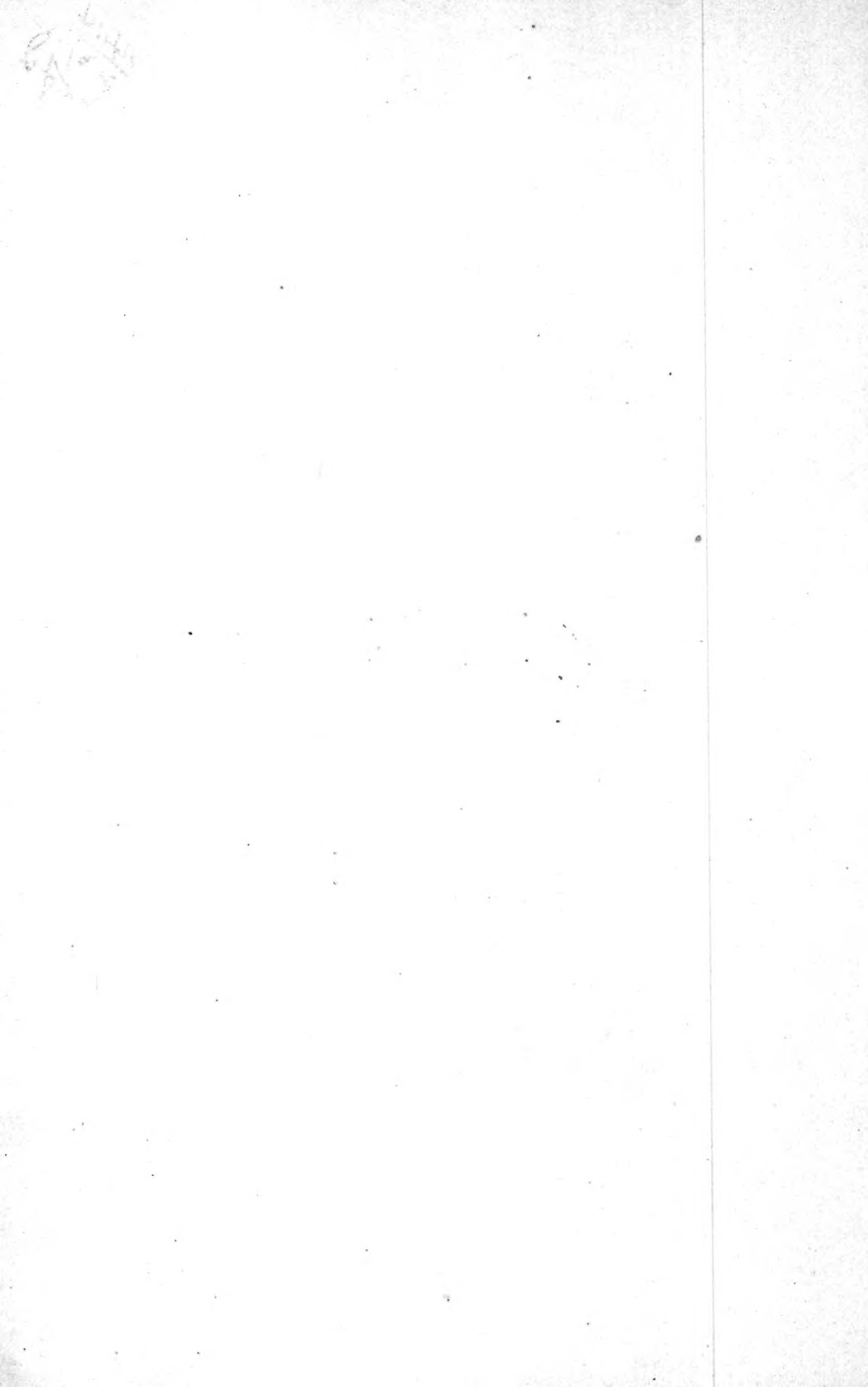
ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS
(TOMO VI)



ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO VI — EL CLAMOR DE LOS BARDOS

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

EL CLAMOR DE LOS BARDOS

JOSÉ RIVERA INDARTE

JOSÉ MÁRMOL

CLAUDIO MAMERTO CUENCA

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

JOSÉ RIVERA INDARTE

Nació D. José Rivera Indarte en Córdoba, el 13 de Agosto de 1814. Hizo sus estudios de humanidades en Buenos Aires, en cuya Universidad de Derecho se graduó de doctor en leyes. Empezó muy pronto á descollar entre los jóvenes más estudiosos de su generación, y siendo todavía estudiante, se dió á conocer como pensador de grandes vistas, abogando por la apertura de los mercados y puertos argentinos al comercio español, en un opúsculo que publicó en 1834, con el cual alcanzó gran resonancia.

Complicado desde el comienzo de su vida universitaria en la ardiente lucha que sostenían los hombres de las distintas tendencias políticas y religiosas, respecto á la mejor forma de gobierno que se debiera dar al país, sus ideas católicas lo hicieron blanco de los más violentos ataques.

Escritores modernos han lapidado su nombre, presentándolo con la afrenta de la delincuencia, como expulsado de la Universidad, por substracción de libros,

y como expatriado del país, por tentativa de estafa y falsificación de documentos. (1)

La consideración social y el juicio público del más alto exponente de seriedad, ilustración, probidad y cultura de un pueblo, cual es la opinión de los hombres más respetables, no ha sancionado esos fallos de la justicia embrionaria de los estrados de la anarquía, y á nuestro juicio, vale más el aplauso y la consideración que Rivera Indarte mereciera siempre á hombres como el general Bartolomé Mitre, ó el ilustre D. Juan María Gutiérrez, que no lo que puedan probar esas exhumaciones de procesos de una época, en que imperaba, sin contralor de ninguna especie, la omnímoda voluntad del siniestro señor de los Santos Lugares.

Rivera Indarte fué desterrado, es verdad. Pero ¡tantos otros lo fueron, que la *razón* de los destierros desaparece, para no dejar ver más que, el *sistema!*

Dirigía entonces el gobierno de la vecina República el ministro D. Santiago Vazquez, quien, conociendo las dotes de Rivera Indarte, que á la sazón contaba 22 años, apenas supo que se encontraba en Montevideo, lo llamó y tomó bajo su protección, confiándole la dirección de un diario oficial que se llamó «El Investigador», donde, y en opinión del mismo escritor antes citado: (2) «logró abrirse camino al favor de una inquebrantable pertinacia, de una contrac-

(1) A. Saldías. «Historia de la Confederación Argentina». Tomo IV, páginas 33 y 35.

(2) A. Saldías. Obra citada, vol. 4, pág. 35.

ción que desafiaba el cansancio, de cierta audacia genial para encarar toda clase de cuestiones, y de la poderosa iniciativa que empezó á desplegar, alentado siempre con la idea de poner de su parte la opinión».

El año 1843 regresó Rivera Indarte á Buenos Aires, y siguiendo su inclinación al periodismo, redactó «El Imparcial», en compañía de D. Bernardo Vélez.

Dice el Dr. Saldías (1): «Esta es la época de su vida en que mayor gala hizo de su fecundia. La prosa y el verso; el diario y el panfleto; la política y la literatura; las cuestiones de interés local como las que se relacionaban con la Europa, y principalmente con la España, todo lo usó y abarcó su actividad incesante, con éxito más ó menos feliz».

Rivera Indarte se afilió al partido federal, y fué de los más entusiastas defensores de sus principios, y de los más exaltados apologistas de Rosas.

El «Himno de los restauradores» dedicado al «Excmo. Sr. Brigadier General, Restaurador de las leyes, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, D. Juan Manuel de Rosas», y el «Himno Federal» que comienza:

Federales, á Rosas invicto,
Jurad siempre constancia y amor,
Que es terror de unitarios su brazo,
Y del libre el apoyo mejor.

son composiciones del más avanzado servilismo en su

(1) A. Saldías. Obra citada, vol. 4, pág. 36.

género, que bastan para desvirtuar cuanto su autor escribiera después en sentido contrario.

Rivera Indarte fué, durante más de un año, el poeta de la tiranía. Su musa no le inspiraba entonces más que versos en obsequio y alabanza del Restaurador y de la restauración; y su numen se desataba en coplas, canciones y leyendas, que circulaban profusamente por los salones y la campaña, extendiendo su fama de poeta, y difundiendo la admiración hacia D. Juan Manuel.

«Los ecos cada vez más destemplados de la propaganda de Rivera Indarte, dominaron el escenario político del año de 1835. Los partidarios más intransigentes del nuevo orden de cosas, y el pueblo que lo aplaudía, veían reflejados sus conatos más enérgicos en los escritos de ese joven que había colocado una bandera roja en su barricada de combate y batía con ventaja á los enemigos, eclipsando los escritos pálidos y tiesos de D. Pedro de Angelis, los de D. Manuel de Irigoyen, que rebosaban candoroso entusiasmo, y aún los de D. Nicolás Mariño, que fué después su émulo». (1)

Pero, de la noche á la mañana, cambió la situación de Rivera Indarte para con el Gobierno. Empezó á ser sospechado de estar en connivencia con los conspiradores de Montevideo, viéndose obligado á discutir la lealtad de su conducta ante el ceño desdeñoso de los hombres más allegados á Rosas.

---

(1) Saldías. Obra citada, tomo 4, pág. 54.

Al agasajo sucedió el aislamiento, y á éste el castigo. Se le puso preso, bajo la inculpación de ser agente secreto de los emigrados, y al fin fué condenado á ir á reunirse con ellos.

Por consejo del ministro D. Santiago Vazquez, que se hallaba entonces aquí, decidió Indarte volver á radicarse en Montevideo; pero quiso antes realizar un viaje de instrucción por los pueblos más adelantados del continente americano, y se embarcó para los Estados Unidos y el Brasil.

A su regreso á Montevideo entró á formar parte de la redacción de «El Nacional» y su prédica tomó los caracteres de una verdadera *Rosasfobia*.

El lenguaje de Rivera Indarte excedió en despecho y procacidad al de todos los demás escritores de diatribas contra la *restauración*, á tal punto, que protestaron de ello los mismos unitarios.

El fundador de la «Sociedad de Mayo», se expresaba en los siguientes términos, en carta citada por el Dr. Saldías: (1) «¿Qué doctrina social ha formulado Vd. en su apostolado de cinco años en «El Nacional»? ¿qué idea nueva ha emitido; qué *importación* inteligente nos ha inoculado; qué poesía original nos ha revelado; qué intuición de su genio nos ha embutido?... ¡Apostolado para el pueblo! dice Vd. Apostolado de sangre, de difamación, de inmundicia... Hay una doctrina que Vd. ha concebido y desarrollado con la erudición más escogida, y esta doctrina

(1) Obra citada, tomo IV, pág. 44.

es la más digna de su apostolado: el tiranicidio. Pero el pueblo replica indignado: que venga á matar el muy villano, si tiene corazón de asesino; que venga á santificar con su sangre su doctrina... Y el padre Mariana se levanta de su tumba, gritando: ¡Venga mi doctrina! Fuera ese párrafo de erudición que empacha; fuera esa lógica tuerta»...

En 1841 Rivera Indarte, en compañía de D. Juan María Gutiérrez, fundó un pequeño periódico que se escribía todo en verso, y que se llamaba «El Tirteo».

«Rendido por la lucha y la tarea, murió de una enfermedad al pulmón, en la noche del 19 de Agosto de 1845, en la isla de Santa Catalina». (1)

Aun cuando D. José María Torres Caicedo coloca al de Rivera Indarte entre los más bellos nombres de la literatura latino-americana (2), y el Sr. Menendez Pelayo ha calificado de medianos sus versos, el juicio de la crítica nacional ha sido esta vez mucho más severo, y empezando por el ilustre Gral. Mitre, prologista de las poesías de Rivera Indarte, que dice: «Desprovisto de las facultades perceptivas del poeta por vocación, tuvo que suplirlas por arte, estudiando la poesía como quien estudia una ciencia. Su vida rebelde á la armonía se educó en los ensayos del ritmo y la cadencia, y aunque jamás pudo conseguir dar á sus versos el numen de esos versos instintivos que salen confundidos de una pieza, consiguió subordinar-

(1) J. M. Gutiérrez «América poética», pág. 727.
(2) «Ensayos biográficos» 1868, pág. 96.

los á la medida» no ha sido más favorecido por los demás.

D. Juan María Gutiérrez llega hasta decir: «nunca se creyó poeta, y desconfió de la aceptación que pudieran tener sus versos: creía, sin embargo, que la poesía era una fuerza que puede encaminar los espíritus al bien, y que ella debía *tener una misión de castigo y de premio, y no pérderse en el platonicismo de las ideas, ó en la espiritualización del amor.*

Los críticos políticos-literarios, como el Dr. Saldías, le niegan toda inspiración y numen poético.

JOSÉ MÁRMOL

Nació en Buenos Aires el 4 de Diciembre del año 1815 (1).

La época aciaga porque atravesó el país, del año 20 al 53, envolvió los primeros años y la juventud de Mármol en los oscuros pliegues de sus sombras. Solo sabemos, que, siguiendo el derrotero que imponía la barbarie á los que no se doblegaban á servirla

(1) Don J. M. Gutiérrez autor de la la biografía de Mármol (que está en la pág. 533 de la América Poética, ed. 1846), puso su natalicio en 1819, y así lo han transcripto todos los que después lo han mencionado. Los diarios de la época de su fallecimiento le dan 56 años, y el mismo Gutiérrez ha corregido su primer dato, escribiendo una nota (autógrafa) que puede verse en el Tomo que está en la Biblioteca del Congreso.

sin ascos ni miramientos, recibió su primera educación recorriendo las escuelas públicas de Buenos Aires y Montevideo. Esta es la razón por la cual, ese período siempre interesante de la vida de los poetas, que corresponde á la época en que las ninfas del Castalio coro suelen bajar con más frecuencia desde las alturas del Pindo hasta sus pobres viviendas, para acariciar sus sienes y envolverse jugando entre las gasas de luces y colores con que la imaginación juvenil viste sus sueños : tratándose de Mármol, es noche sombría, sin lampo que irradie el menor destello sobre su existencia, en la cual, para hacer más lúgubre su recuerdo, todavía se escucha el éco quejumbroso de su lira á través de las rejas de una cárcel.

Tenía solo veinte años cuando fué encarcelado por orden de Rozas, y en el muro del calabozo donde estuvo preso, dejó inscrita la siguiente cuarteta:

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
¡Bárbaro! nunca matarás el alma,
Ni pondrás grillos á mi mente, no.

Mármol logró salir en libertad, y para escapar á las persecusiones, se desidió á seguir la suerte de los muchos argentinos que vivían emigrados en Montevideo. Desde allí combatió con más tezón que nunca al déspota de Buenos Aires, secundando valientemente la formidable campaña que hacían en la prensa uruguaya los Varela, Mitre, Indarte, Alberdi, Gutiérrez y demás ilustres escritores que hicieron célebres

los nombres de «El Mercurio», «El Investigador», «El Comercio del Plata», «El Nacional», «La Revista», «El Constitucional», y «El Britania».

Cuando el sitio de Montevideo, el joven Mármol era secretario del general Pacheco.

Llevado de su espíritu emprendedor y activo, quiso conocer otros países, y ya quizás con la visión del poema que escribió después, pasó á Río de Janeiro, de donde, en 1844, se embarcó para el Pacífico. Pero el barco en que navegaba no pudo dar vuelta el Cabo de Hornos, á causa de las averías sufridas en los vendavales con que tuvo que luchar en el Atlántico, y regresó al Brasil.

Después de la batalla de Caceros, Mármol regresó á su patria, y abandonando la lira por la pluma del periodista, y los cantos por las discusiones parlamentarias, tuvo una actuación política muy distinguida, figurando como diputado y senador de la Legislatura de Buenos Aires.

Mármol publicó por primera vez sus versos en Montevideo, el año 1851, con el título de «Armonías». En 1854 hizo una nueva edición en Buenos Aires, compuesta de tres volúmenes. El primero y segundo tomo contenian las poesías publicadas anteriormente con el título de «Armonías», y el tercer tomo lo formaban dos dramas: «El Cruzado» y «El Poeta».

Su obra principal «Cantos del peregrino», empezó á publicarse en Montevideo el año 1846. El primer canto que apareció fué el canto XII, produciendo un gran movimiento de espectación al rededor de su

autor. La armonía de sus versos, la galanura de su lenguaje rotundo, rico de imágenes, de sonoridad y colorido, desbordante de entusiasmo por la patria, y cuajado de invectivas contra la tiranía, hicieron estallar sobre la cabeza de Mármol los denuestos de todas las furias de los seides de Rozas, y los aplausos de todos los unitarios.

Florencio Varela hizo el elogio de este canto, en los siguientes términos (1):

«Para juzgar los primeros ensayos de Mármol, bastaba simplemente el *gusto* por la poesía y el conocimiento de su mecanismo; mientras que para apreciar y hacer la crítica de «El Peregrino», se necesita remontarse á la filosofía, á la historia, á la alta literatura, al conocimiento de la política, de los partidos civiles, y de todos los elementos de nuestra sociabilidad. Es porque todo eso comprende el poema de Mármol, de que nos da una muestra el *canto* que nos ocupa. Desde los primeros ensayos de este joven vimos con satisfacción que desdeñaba la forma monótona y vulgar de la simple narración, para adoptar en sus composiciones un movimiento casi dramático, una variación incesante de situación y de entono. Esto mismo advertimos, con éxito muy feliz, en el Peregrino. Su plan, ó idea general es evidentemente el del «Child Harold»: pero quisiéramos que el autor hubiera dejado que cada uno lo adivinase, sin haberlo él indicado en una de sus estancias».

---

(1) «Comercio Del Plata» Nº. 264, del Sábado 29 de Agosto de 1846. Montevideo.

Mármol, como el bardo inglés, ha ido trasladando á sus lienzos las sociedades que visitaba, con sus pasiones, su literatura, sus grandes hechos, sus miserias, su historia y su política; y donde no encontraba pueblos ni vida social que copiar, ha descrito las montañas, el mar, las nubes, los grandes fenómenos de la naturaleza visible, ó se ha concentrado en sí mismo para sondear las altas verdades de la filosofía y de la moral.

Excusado es decir que no ponemos en balanza á nuestro amigo con el bardo inglés, ni al *Peregrino* con *Child Harold.* Mármol mismo no ha pensado que podría, ya el día de hoy, igualar á su modelo; sería eso querer luchar con las leyes del progreso intelectual. Mármol no puede todavía alcanzar á esa libertad de movientos y de giros con que el poeta inglés expresa sus altísimas ideas; esa elegancia de formas y esa gala de colorido con que jamás deja de vestirlas; esa riqueza de substancia, si esto puedo decirse, que se encuentra en los cuatro cantos de *Child Harold*, y cuyo sabor no gozan los espíritus incultos ó vulgares.

Depende esa diferencia, de que nuestro joven poeta no puede todavía tener, en el grado que Byron, ni el dominio absoluto de la lengua que permite expresar todo sin embarazarse jamás en la expresión ni en el ritmo, ni la experiencia del mundo que revela los más ocultos caracteres de la sociedad, ni el gran caudal de conocimientos adquiridos que dan á la poesía esa solidez, esa substancia, que tanto la ennoblece.

Pero si Mármol no ha llegado todavía á ese punto, no seremos nosotros quienes pondremos límites á sus progresos, cuando los años y el estudio le hayan dado lo que Byron no debía á la naturaleza.»

No son menos elogiosos los términos en que Don Juan María Gutiérrez se expresa, en la *Introducción* que sirve de prólogo á la edición de las obras de Don José Mármol, que hizo su hijo Don Juan A. Mármol, el año 1889. Rrecordando la angustiosa situación porque había atravezado el país en aquellos dos terribles lustros de la tiranía, en cuyo tiempo habían sucumbido casi todos nuestros poetas, unos en los campos de batalla, otros entre las olas del mar, otros bàjo el puñal del asesino, casi todos en medio de las amarguras de la expatriación, dice:

«Casi dos lustros habían pasado sobre los últimos sucesos de la guerra de la independencia. Los ensayos sin fruto de una organización nacional, y el luto de la guerra civil resucitada por el mismo sable que debió apoyar las instituciones, tenían entristecida y desmembrada á la sociedad argentina; mayores desastres podrían presagiarse para un futuro próximo, cuando aparecieron en Buenos Aires «*Los Consuelos*» del señor Echeverría. Si el *Triunfo Argentino* de López fué preludio de nuestra lira guerrera, la obra de aquel joven poeta lo fué de la lira del dolor, de la queja individual, de las pasiones ocultas del corazón, de las miradas del porvenir.

La naturaleza de nuestro suelo halló también en Echeverría su pintor, y ayudado de las doctrinas li-

terarias del tiempo, conquistó la *pampa* para la poesía. Atrevimiento del genio coronado de aplausos, como todas las audacias felices.

Obra de la época ó de las producciones indicadas, ha sido la aparición de la poesía que llamaremos *nueva*. Despertada por la voz del *dulce ruiseñor de los Consuelos*, ó por la voz de la época, se presenta la generación actual de poetas, ufanos de su origen, atando con armonías el pasado glorioso á un porvenir todavía más glorioso, en que tienen fe; levantando los ojos desde el seno de la patria para fijarlos en Dios; cantando el suelo en que nacieron con ese amor entristecido y dulce con que amamos los bienes ya perdidos; maldiciendo á veces, y perdonando siempre; explicando, á favor de la filosofía, el bien que ha de nacer del mal; y confiando, más que nunca, en el triunfo de las ideas del programa de Mayo, que han estudiado y convertido en evangelio social.»

Comparando y relacionando el simbolismo del *Child Harold* y el del «*Peregrino*, dice:

«Carlos es el Harold de la patria y de la naturaleza. El héroe del poeta inglés arrastra su melancolía entre sepulcros y recuerdos. El *Peregrino* solo baja la vista al suelo para admirar las flores; la mantiene á la altura de las montañas: en el cenit, para cantar la luz en las horas de su esplendor; en el horizonte, para contemplar el nacimiento y el declinar del día; en las nubes, para encontrar en ellas mineros inagotables de la más lujosa poesía. El *Peregrino* consulta constante-

mente dos mundos de misterio, dos fuentes que jamás se apocan: el corazón y la naturaleza.»

El señor Gutiérrez termina su elogio de las obras de Mármol con el siguiente espléndido discurso: «Si el autor del Peregrino no hubiera dado ya tanta prueba de su talento poético, bastaría esta producción para que cayeran sobre su cabeza las hojas del laurel tan ambicionado como tan pocas veces conseguido. Cantar los sentimientos de la actualidad; pensar sobre el bien, sobre la belleza, sobre la verdad, según la dirección de la época; poner de bulto el pensamiento confuso é incompleto de la generalidad: tales son las condiciones con que se manifiesta al poeta verdadero. El que satisface á este programa, levanta un monumento y graba su nombre sobre el acero, en la historia de la literatura.

Hemos leído el Peregrino y parecíanos que el autor nos había consultado sobre el asunto de sus cantos: nos parecía la obra de un genio que hubiera espiado, invisible, los secretos de nuestra conciencia, los sueños de nuestra alma, las fantasías de nuestra esperanza; y que nos decía: «he aquí el retrato de lo que creíais que no pudiera representarse con la palabra, ni tomar cuerpo con los incompletos recursos del lenguaje.»

La crítica extranjera ha usado también de gentilezas de lenguaje, poco comunes, para con los versos del señor Mármol, que han merecido al señor don Marcelino Menéndez y Pelayo (1) el siguiente juicio:

---

(1) Antología de poetas Hispano Americanos. Tomo 40, pág. CLXXXIII.

«A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aún puede decirse que en parte la conserva otro ingenio romántico, muy desaliñado, y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tuvo el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar lírica, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle sino por grandes mazas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas, con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos imita, procurando emular en su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que solo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rozas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamientos, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva».

¡Cosas de la época! Mientras los críticos del mismo color político que Mármol batían palmas festejando el éxito del autor del «Peregrino», los críticos del partido contrario se expresaban en los siguientes términos (1):

---

(1) *La Gaceta Mercantil* N°. 6.899 del Lúnes 12 de Octubre de 1846.

El Peregrino: «Con este epígrafe ha publicado en Montevideo el salvage unitario emigrado José Mármol, algunos versos malos y mordaces. El poético nombre del Peregrino, tema de tan bellos cantos de altas y sensibles inteligencias, y de tantos recuerdos históricos, es tristemente atormentado en esta ocasión por el rapsodista.

Este ridículo poema no se parece á ningún otro malo ó bueno. Empieza por donde todos finalizan ó van concluyendo: ¡por el canto duodécimo!

Después escribirá el poeta el primero y el último, si no prefiere los intermediarios; y le aconsejaríamos que se evitase tanta molestia. ¡Lástima sería que se malograse tan lindo ingenio bajo el peso de cavilosidades románticas! Con lo que ha publicado, basta y sobra».

Parangonar á Mármol con Zorrilla, como lo hace el señor Menéndez y Pelayo, significa para nosotros el mayor elogio que se pueda hacer al poeta argentino. Porque cualquiera que sea el género, la forma y el gusto literario de las poesías del célebre leyendista y cantor de Granada, es indudable que su personalidad encarna el prototipo del favorito de las musas, del hombre dotado por Dios de aquel rarísimo *mens divinior* de que nos habla Horacio.

Dentro del torrente de sonoridades, de cadencias y armonías que con cualquier motivo desata su vena inagotable, haciendo gala de vencer todas las asperezas del ritmo y todas las dificultades de la rima; por encima de todas las frondosidades de su fantasía

oriental y de su lenguaje principesco, hay algo que no puede ni siquiera discutirse, y es, su condición de poeta; y nos halaga que el señor Menéndez y Pelayo haya salvado así, de una plumada, la personalidad de José Mármol.

Pero, en honor de la verdad, la semejanza que nota el señor Menéndez y Pelayo entre los versos de Mármol y los de Zorrilla no es sino externa; y por lo tanto, lejos de ser por ese lado por donde más aplauso merezca nuestro compatriota, es á nuestro juicio por donde puede ser más criticado.

La musa de Zorrilla es deidad de su raza y de su pueblo, que mueve su corazón y levanta los pensamientos del poeta, evocando en su mente los recuerdos de otras edades, cuyos héroes reverencia, cuyas virtudes encomia, y cuyas costumbres aplaude, poniendo siempre al cuadro de su civilización cristiana y española en medio de ese nimbo maravilloso, en que su imajinación sabe descubrir las formas más perfectas del ideal, para recrear su espíritu en arrullarlo con las más bellas armonías del lenguaje.

Los cantos del trovador empiezan haciendo gala de esos sentimientos; así, la preciosa epifonema que cierra su Introducción es un poema en miniatura de los amores del poeta con su patria:

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un día,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impía! . . .
Yo cantaré tus olvidadas glorias:

Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

Todo lo contrario sucede con Mármol. En los cantos del Peregrino no se advierte más afan que el de la diatriba contra Rozas. No se descubre una sola idea que no esté empapada en sangre, y no destile ódios y venganzas. No se escucha una voz, que no sea un denuesto ó una execración; no alienta un solo sentimiento que no sea perverso y contrahecho. De modo que, lejos de ser el poeta el cantor instintivo de las exelencias de su patria, de sus glorias legendarias, de las maravillas de su arte y la belleza y la gracia de sus mujeres, y el valor y la nobleza de sus hombres, es en este caso, su detractor más procaz y su más acervo maldiciente.

Dice don José M. Gutiérrez que el Peregrino es un himno en loor de la magnificencia del Mediodía Americano, pero creemos que, á pesar de la autoridad de su palabra, no podrá mitigar esa advertencia tanta acíbar como allí se ha reunido.

Adivinamos y respetamos el complaciente propósito que puede haber en la insinuación del señor Gutiérrez. Pero, la poesía es amor, porque es belleza; y nosotros echamos de menos, en el amor á la belleza que demuestran los sonoros versos de Mármol, la belleza del amor que ostentan los de Zorrilla.

¡Y es lástima grande llegar á la celebridad por este contraste! Dice el señor Menéndez y Pelayo: «Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos

en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rozas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos».

En cambio, el parecido externo de los versos de Mármol con los de Zorrilla es tan grande, que la semejanza tiene el carácter de una imitación servil.

Como si la lira no hubiera sido para Mármol más que un instrumento de combate, después de su regreso á Buenos Aires abandonó por completo la poesía y se hizo político y periodista. Fué director de la Biblioteca Nacional. En los últimos años de su vida perdió la vista y murió de una rápida dolencia del corazón, el 9 de Agosto de 1871, á los 56 años de edad.

Mármol es el último de los poetas argentinos que figuran en la América poética de don J. M. Gutiérrez.

DOCTOR DON CLAUDIO MAMERTO CUENCA

El señor don Claudio Mamerto Cuenca nació en Buenos Aires, el 30 de Octubre de 1812.

Cursó Humanidades y se graduó en la Facultad de Medicina, el año 1838.

El mismo año en que terminó su carrera fué nombrado catedrático de anatomía, y más tarde lo fué de Fisiología, Materia Médica y Cirugía.

Murió en la célebre batalla de Monte Caseros, el 3 de Febrero de 1852, habiendo concurrido á ella contra su voluntad, como médico cirujano del ejército Federal. El deber profesional, por una parte, y complacencias amistosas á que no pudo sustraerse, por otra, lo llevaron al campo de batalla, á pesar de su adversión á la tiranía, y de su temperamento pacífico y carácter apacible.

Desde muy joven tuvo trato con las musas, contándose de él, que escribía versos en cuanto momento libre le dejaban sus tareas profesionales y sus cátedras. Sus composiciones anduvieron corriendo mucho tiempo manuscritas, hasta que el poeta uruguayo don Heraclio C. Fajardo las reunió y publicó en 3 volúmenes, el año 1861.

La muerte lo sorprendió llevando en el bolsillo de su gabán la poesía «A Rozas», que se publicó en el

«Agente comercial del Plata», el 27 de Marzo de 1852 completada por mano extraña. Tal como nosotros la incluimos es como se la encontró sobre su cadáver.

La lira de Cuenca ha tenido éco simpático en el extranjero, sobre todo entre sus hermanos de letras americanas, y sus versos, más sonoros que armoniosos, y más retóricos que inspirados, han sido muy favorablemente juzgados.

Ha escrito mucho, en todos los géneros, dando á su producción el carácter de un tratado lírico de los males del corazón.

Su biógrafo y editor, el distinguido autor de «La Cruz de Azabache», dice, refiriéndose á las poesías que Cuenca reunió bajo el título de *Delirios del Corazón:* «¿Anduvo errado el poeta en la elección del título de su obra capital, ó quiso expresar en él ese estado de lucidez perfecta de los seres privilegiados, esa sublime demencia del Dante y de Victor Hugo?

La misma que excarnecemos
Los que no tenemos ratos,
Ni deliquios, ni arrebatos
De bella alucinación.

Porque en la acepción común, solo acusaría *delirio* su poema, en la interpretación del título. Nosotros lo llamaríamos: *Autopsia del Corazón*».

Cuenca pertenece á la categoría de los poetas románticos cuyo prototipo es Espronceda. Vaciados en puro epicureismo, suelen burbugear un momento bajo

la presión de inspiraciones fugaces, pero luego nomás, vuelven á querdar en el reposo de las densas lagunas petroleras.

Caballeros andantes del amor, como los llama el P. Blanco García, colocan todos los ideales de la vida en los placeres del amor; y creyendo sublimar un sentimiento naturalmente hermoso, llegan por aberración á convertirlo en torpeza la más vulgar y chavacana.

Cuenca es bien explícito á este respecto. En la composición «El Corazón», que hace de prólogo á los «Delirios del Corazón», dice:

Yo no te pido, Señor,
Ni fecunda fantasía,
Ni abstrusa ciencia sombría,
Ni talento, ni poesía,
Ni coronas de virtud:
Ni que el mundo me engrandezca,
Me venere y me obedezca,
Ni que el tiempo no envejezca
Mi lozana juventud.

Pues que todo tú lo puedes
Y de todo eres Creador,
Yo te pido bien mayor,
Como la prueba mejor
De tu infinito poder:
Yo te pido ardiente y vivo,
Grande, volcánico, altivo,
Como lo quiero y concibo,
El amor de una mujer.

XXXI

Sí, Señor, de una mujer;
Pero mujer, como yo,
De aquellas á quienes dió
La mano que las formó
El corazón para amar:
Mujer para mi nacida,
Solo para mi venida
Al desierto de la vida,
Donde la debo encontrar.

Misterioso, incomprensible,
Fugaz, transitorio ser,
Angel, prodigio, mujer
Como se ha solido ver
Aunque pocas veces ya:
Mujer que ame y muera luego,
Cuyo fatídico y ciego
Espíritu, alma de fuego,
Pintado en su frente está.

Mujer que cual soy me quiera:
Melancólico, ignorado,
Feo, pobre, desairado,
Y cruelmente condenado
A maldecir y llorar;
Hombre oscuro, peregrino,
Que va andando en el camino
De la vida sin destino
Ni vestigio que dejar.

Sí, Señor, de una mujer;
Más de una mujer tremenda,
Heróica, audaz, estupenda,
Que el espíritu comprenda
De su amorosa misión;

Mujer como yo, furiosa,
Frenética espirituosa,
Grande, loca, portentosa,
Más que mujer, ilusión.

Este último verso nos permite hacer alto en el despeñadero.

A parte de que en el fondo de toda esta retahila existe una promiscuidad ética la más escandalosa, de aberraciones y de nobles deseos, que se mezclan y revuelven de todos modos, sin más razón aparente que la de satisfacer las exigencias de la rima, el pensamiento dominante es ese mismo: de posponer todas las cosas al amor de una mujer.

Detrás de esta idea, que reemplaza al númen verdadero, déjase correr á la imaginación atropelladamente por sobre todos los principios éticos, verdades, y conveniencias, sobre todas las lógicas y sobre todas las teorías estéticas. El caso es correr, del oriente al ocaso, de un polo al otro, de la virtud al crímen, del amor al ódio, de lo blanco á lo negro, de lo bueno á lo malo, del goce al tormento, del cielo al infierno. De cualquier parte, á su contraria ú opuesta, y hasta á lo contradictorio.

La *mujer ilusión* que constituye el ideal de Cuenca, debiera ser, tal:

Que me maldiga y me llore,
Que me aborresca y me adore,
Que me asesine y devore,
Si soy á su amor infiel.

Mujer para quien yo sea
El angel de su ventura,
Su destino su locura,
Su vida, su sepultura,
Su Lucifer y su Dios.

La locura de Byrón, de Leopardi, de Heine, de Muset y de Espronceda, tenía aberraciones geniales que los ha llevado, sin disputa, á los primeros puestos entre los grandes poetas: porque á pesar de lo artificioso de su escuela se admira en todos ellos el sentimiento sublimado hasta los estallidos de la pasión, la fantasía exaltada hasta los esplendores de lo maravilloso, el entusiasmo vibrante hasta las fatigas del mareo, el lenguaje tamisado hasta las galas del deliquio, y la verdad, la verdad poética, transparentada hasta las formas de la emoción. Pero la representación del ideal de Cuenca parece que no debiera complacer sino á la rima, y la excesiva especialización con que la adorna produce el efecto contrario: de lo ridículo y lo absurdo.

La verdad es, que, si Espronceda pudo decir de él, en el Diablo Mundo:

Sin regla ni compas canta mi lira,
Solo mi ardiente corazón me inspira,

del abnegado doctor Cuenca no puede decirse, como poeta, sino esto otro, que también es de Espronceda:

Terco escribo, en mi loco desvarío,
Sin ton ni son y para gusto mío.

¿Qué puede ser la poesía, para un gusto de esta clase?

Cuenca se hace á sí mismo la pregunta, y se responde con la siguiente andanada:

Ese vortice de fuego,
Y esa inquieta fantasía
Que no puede sujetar:
Y ese amor que no se sacia,
Y esa luz que de él chispea,
Y esa cosa que lo extasia,
Y ese crater, y esa idea,
Y ese eterno batallar.

La difinición es del género romántico puro; y si bien no contesta la pregunta, por lo menos sirve para despertar el entusiasmo en los correligionarios de escuela, quienes alentados por el éxito, quieren confirmar esa definición, aunque más no sea que probando á imitarla.

Dice, el complaciente vate uruguayo que ha prologado las obras de Cuenca: «Porque la vida del poeta es una lucha permanente: Sisifo del ideal, parece condenado á hacer rodar incesantemente el pedernal de la idea, que chocando en el eslabón humano brota la chispa inmaterial del progreso indefinido (¡ !)».

Las demás poesías de Cuenca, escritas en diversos géneros, son iguales en mérito á estas que se quieren llamar *de tendencia*, pero que no son sino: *de ocasión*.

Cuenca escribió también un poema titulado «*La expiación reciproca*», cuyo argumento está formado

por intrigas de amor entre personajes de la corte de Felipe II, siendo protagonista el mismo rey.

En opinión de su prologista, el inspirado vate don Heraclio C. Fajardo «resaltan por principales cualidades: un plan perfectamente combinado, figuras diseñadas por mano maestra, resortes muy dramáticos, hermosas peripecias, mucho colorido histórico, enérgicas alusiones á la tiranía de Rozas, y morales conclusiones contra el odioso sistema de los déspotas».

En nuestra opinión, este elogio es demasiado complaciente.



ANTOLOGÍA

(TOMO VI)

JOSÉ RIVERA INDARTE

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO VIEJO

POEMA Á MAYO

Hundió el sol su corona en occidente,
Y en carro de zafir, la blanca luna
Del mísero aliviaba la fortuna,
Vertiendo olvido en su afligida mente.

De Mayo era una noche: esplendorosa
La vió en su patria el pobre desterrado,
Mas hoy errante, en penas abismado,
La mira triste, lóbrega, enojosa.

Y la bella ciudad, nítido espejo
Era de luz y de gracioso encanto,
Pero á él los ojos embargaba el llanto,
Junto á la cruz del cementerio viejo.

Cuando la angustia le carcome el pecho,
Sin que temor ó religión le asombre,
Siempre á las tumbas se encamina el hombre,
Cual si allí se ocultase el que lo ha hecho.

Apoyose á una piedra el desterrado,
Y clavando la vista en aquel suelo,
Sintió en sus venas circular consuelo,
Y de espíritu heroico arrebatado:

Sepulcros—exclamó—vuestro hondo seno
De la raza es mansión que supo en Mayo
De los tiranos afrontar el rayo
Con faz altiva y corazón sereno.

En este campo con furor lidiando,
Más de un héroe rindió su noble vida,
Y del déspota aquí cayó abatida
Bandera odiosa de poder nefando.

¡Más de un héroe murió, desconocido!...
Alma formada para excelsa gloria,
Para asombrar al mundo con su historia
Que hoy es polvo del viento combatido:

Bajó con ellos al sepulcro frío
La dulce unión, la plácida esperanza,
Y en la tierra quedó cruda venganza,
La rabia de Caín al pecho mío.

¡Porqué más antes yo no fuí nacido!
Y ¡oh mi madre! tu parto bendijera:
Yo en ese Mayo del honor viviera,
Héroe tal vez como ellos habria sido.

No mezclaré mi voz á los conciertos
Que de Mayo saludan el gran día,

Y siguiendo á mí otra melancolía
Lección de gloria pediré á estos muertos.»

O sea que la voz del que gemía
Con poder en las tumbas resonara,
O que el triste en su mente se forjara
De otra voz la ardorosa fantasía;

La luna entre celages se ostentaba,
Y turbando la noche silenciosa
De guerreros caterva estrepitosa,
En el aire fantástica giraba.

Y bélica sonando una armonía
De trompetas clarines y tambores,
De la lid se escuchaban los clamores,
Y el canto de batalla que decía:

Suena el clarín, de América campeones;
La que es colonia quiere ser nación;
Relinchan de la guerra los bridones;
¡Gloria al azul y blanco pabellón!

Entre Europa y América lindero
De mar profundo puso el Hacedor,
Salvolo el genio de la España fiero,
Y la cruz en los Andes enclavó.

Y bajo el soplo de ambición cruenta
Cayó el imperio idólatra del sol,
Sobre él cristiana una nación se ostenta:
Ya terminó de España la misión.

Suena el clarín, de América campeones,

El campo labra nuestro corvo arado,
Vencido el toro á nuestra fuerza es buey,
Y el inglés en batallas avesado
Sus armas ha rendido á nuestros pies.
Doctores, vates, próceres tenemos,
Las de la ciencia, del Estado honor,
Ciudades, puertos, minas poseemos,
Y un varonil y altivo corazón.

Suena el clarín, de América campeones,

Un pueblo somos de otro pueblo esclavo,
Entre los ciervos abatida grey,
¡Tal afrenta borremos! el que es bravo,
No consiente en su casa extraño rey.
Bellas, como los ángeles del cielo,
De nuestra patria las mujeres son,
Pero al mirar á un español, al suelo
Bajan los ojos con servil temor.

Suena el clarín, de América campeones,

Grandes, obispos, jueces, generales,
A nuestras playas nos arroja el mar;
Nobles son y señores principales;
Nosotros, un rebaño que les dán.
¡Indio! ¿porqué derramas triste lloro?:
Me envían al horrendo socavon
A do murió mi padre, á sacar oro,
Oro que á España llevará el galeón.

Suena el clarín, de América campeones,

Sangrienta ha sido por demás la historia
Del indio, presa del hispano audaz;
Olvidemos tan hórrida memoria,
Que á nuestros padres Dios ha de juzgar.
De verdugos y víctimas nacidos,
De la paloma y gavilán voraz,
¿Porqué encerrarnos en obscuros nidos
Si á los vientos podemos desafiar?

Suena el clarín, de América campeones,

Mísero negro, al Africa robado,
Encara firme el matador fusil;
De tu esposa en el vientre condenado
Estaba tu hijo á servidumbre vil.
Doble falange de tus amos viene,
Hiérela asado, venga tu baldón;
Sobre su esclavo un déspota no tiene
Sino de orgullo y crimen la ilusión.

Suena el clarín, de América campeones,

Vuestros harapos, gauchos del Oriente,
Trocareis por la gala carmesí,
Recamada de plata reluciente
Que ostentan esos sátrapas allí.
¡Sus! á la carga, con la lanza fija;
Nada detenga el rápido corcel.
Entre el montón nuestro rencor elija
La sangre odiosa que ella ha de verter.

Suena el clarín, de América campeones,

Esa servil mesnada que se avanza,
A vuestro intento apoda de traición ;
Mostrad que quien combate lanza á lanza
Es un leal adversario, no un traidor.
¡No os apiadeis! que caigan esos cuellos
Bajo del sable, al filo del puñal:
Ved que cuelgan en trenzas sus cabellos,
Son asideros que la muerte os da.

Suena el clarín, de América campeones,

Cadalzo en esos muros, ominoso,
Para el vencido preparado está,
Y laurel al que en ellos animoso
Logre el patrio estandarte tremolar.
¡Ea! á la carga; rotas sus legiones
De la llanura en la tremenda lid,
En salva estrepitosa esos cañones
De anuncio á nuestra gloria han de servir.

Suena el clarín, de América campeones,

Y después, de esta guerra, vencedores,
Alzaremos el templo de igualdad:
Habrá pueblo, no plebe, ni señores,
Y ara el trono será de libertad.
Y tú, ¡oh mi patria entre los pueblos bella!
De dicha y virtud serás mansión,
Cual del opaco cielo nueva estrella
De misterioso y plácido esplendor.

Cesó el campo y la visión,
Y despertó el desterrado,
Afligido el corazón
Y en llanto el rostro bañado,
Dijo en doliente expresión:

—Lo que el labio prometió,
Del fuerte brazo la espada
En lid sangrienta cumplió;
De esclavitud rescatada
América se ostentó:

De Montevideo el muro
Rindió la roja bandera,
Después que en combate duro
Vencida la gente fiera,
Del aéreo cedió al apuro.

Y cadenas destrozando,
El Ande, monte sublime,
Su cúspide os vió escalando;
Y en el Rimac que oro esprime
Los caballos abrevando.

Despojo de vuestro carro
En Lima, ciudad de reyes,
Cayó el pendón de Pizarro,
Que al indio imperio dió leyes,
De los altares al barro.

Potosí en minas famoso,
El Cabo de Hornos temido,

El Chimborazo nevoso:
Columna triunfal han sido
De vuestro esfuerzo grandioso.

Escribir puede la historia,
Sin adulación ni engaño,
Con el buril de victoria,
En cada aurora del año
Un hecho de vuestra gloria.

El asta fuerte blandiendo
En la batalla terrible,
O en el cadalso muriendo
Al pie de un verdugo horrible,
El mundo os miró venciendo;

Y flotando en vuestras manos
El símbolo de igualdad
Sobre tumbas de tiranos,
Iris fué de libertad
A los míseros humanos.

Do la colonia gimió,
Diez repúblicas se alzaron;
Donde una choza existió,
Ciudades diez se formaron,
Un mundo nuevo surgió.

Es libre el negro infelice,
Tiene derechos el hombre,

Y el indio ya no maldice
De blanco y cristiano el hombre,
Ni hay quien la mente esclavice.

De tanta victoria el fruto
No en América se encierra:
Ya en Europa como bruto
El hombre encorvado á tierra
No rinde al hombre tributo.

Hoy el odio se apagó
De América con España;
Benéfica paz borró
Recuerdos de negra saña:
Pero ¡ay! otro se encendió.

Impíos odios de hermanos
La triste América aflijen;
Bañadas mira sus manos
Con sangre de un mismo origen,
A oprimidos y tiranos.

—

Susurro cual de llanto sofocado,
Del proscripto la voz interrumpió,
Y la luna, entre círculo encarnado,
Pálido el rostro en lo alto descubrió.

Lento y pesado resbalaba el viento,
Y anunciando cercana tempestad,
El mar en irritado movimiento
Enturviaba el azul de su cristal.

En las tumbas reinó silencio mudo,
Que lo llegaba solo á interrumpir,
Con su silbido fatigante y rudo,
La agorera lechuza de ala gris.

Y con veste monjil de negras tocas
De una mujer la forma se abatió,
Y de la playa en las vecinas rocas
En lastimeros ayes prorrumpió:

—

—Huyendo rigores de injusto tirano,
Que en fiero suplicio marido y hermano
En su ansia de sangre feróz me robó,
El suelo de Oriente mendiga he pisado,
Y en él mis amores sin susto llorado,
Sin susto ceñido la sien de crespón.

Recuerdos amargos mi pecho comprimen,
Las penas en mi alma sus huellas imprimen,
Y el aire yo anhelo del suelo natal:
Mi madre en él vive, doliente y anciana,
De mi hijo en él crece la vida temprana,
Los restos descansan del bien que perdí.

Y siempre en la mente su río argentino,
Sus sílfides bellas de rostro divino,
Sus calles y templos, la noble ciudad.
De su ópimo campo la vasta llanura,
Sus flores y cielo, su sol de hermosura,
En sueño y velando presentes me están.

Mas ¡ay! que del libre la exelsa bandera
De torpes caudillos está prisionera,
Manchado su blanco, sangriento su azul;
Y ostentan al aire con giro esplendente
Sus altas murallas ¡oh pueblo de Oriente!
Colores de Mayo, de Mayo la luz.

Y triple despojos pisando de Reyes,
La frente no encorvas sino ante las leyes
Que Dios en el seno del hombre grabó.
Encierra tu cárcel al fétido crimen,
No en ella cautivos los míseros gimen
Que á luchas civiles lanzara el error.

Ni tiembla el esposo que infame cohorte
Ultraje alevoso la dulce consorte,
Ni angustian sus noches ideas de afan.
Erguido se muestra, oh, teme su pecho
Que al hijo despojen del plácido techo
Do tuvo su cuna, le roben el pan.

Hipócrita el labio no rinde alabanza
A aquel que detesta con negra venganza,
Ya sea mendigo, ya jefe de pro.
Sus dudas, sus odios á otro hombre confía,
Que en torno no acecha vilísimo espía,
Palabras que ofendan á odiado mandón.

De Mayo los viejos inválidos veo,
Honrados del pueblo cual santo trofeo,
Correr á la plaza, gritar: «libertad.»

Y canas de nieve, palabras de fuego,
No oyendo de amigos y nietos el ruego,
Con férvido aliento la espada empuñar.

Y sábios varones de ilustre renombre,
De patria á los fuertes que exaltan el nombre
Doctrina enseñarles de gloria inmortal.
—« En Mayo se dijo: por siempre nefario
« América sea poder arbitrario.
« Morir ó ser libres: esclavos jamás.

—« Con lanza abatimos al déspota hispano,
« Y si entre vosotros se alzase un tirano,
« Que muera en suplicio de infame dogal.
« ¿ Qué importa la patria que al tigre ha nutrido?
« Pensad al mirarlo de sangre teñido,
« Al tigre matando la vida salvar. »

—En tanto que gima la tierra que adoro
Cadena arrastrando, perdido decoro
¡Oh suelo de libres! mi patria serás,
Y en medio á tus hijos, el astro de Mayo,
Bañando mi frente con fúlgido rayo,
Dulcísimo al pecho consuelo dará. »

—

¿Quién la mujer sería que así el canto
Elevaba en la noche tempestuosa,
Que á interrumpir venía con su llanto
El placer de la fiesta estrepitosa?

Genio, mujer, exhalación ó sombra,
Rápida huyó, cual inconstante brisa,

Por las arenas que la mar alfombra
Con pedernales que el coral matiza.

Y en los ojos vertió dulce beleño,
Del proscripto infeliz la amiga noche,
Y en las sombras le trajo de su coche
De la esperanza y del amor el sueño.

—

Que una aurora soñó, pura y luciente,
Tras de la noche lóbrega se alzaba;
Y que en el campo y en la flor brillaba
Rocío matinal;

Y en vez de turba bélica inclemente,
Que siembra por do quier miseria y duelo,
Próvida gente cultivaba el suelo
En dicha perenal.

Ni suntuosos alcázares había;
Mansión humilde, cómoda, espaciosa,
La familia albergaba venturosa,
Exenta de ambición.

Y en el templo tan solo se veía
Brillar el oro de labor costosa;
Y era el clavel y la encendida rosa
Guirnalda del amor.

Que la fortuna con igual balanza
La copia de sus dones repartía,
Ni se escuchaba estrépito de orgía,
Ni de mendigo voz.

Odio profundo ni feral venganza,
Con su ponzoña el corazón turbaba,
La cadena de esclavo no arrastraba
El hombre de color,

Y popular de próceres consejo,
Regía en paz la nave del Estado;
Al Dios que nuestras horas ha contado
Temor tenía el juez;

Esfuerzo el jóven y experiencia el viejo,
Candor el niño y la doncella amores,
Puros como el aliento de las flores,
Ocultos cual su miel;

Y la casada, de pudor espejo,
Era madre feliz, querida esposa;
De dicha y de virtud región hermosa,
Era aquel un Eden!

Cárcel había pero no cadalso,
Ni grillos, ni carlancas, ni verdugo;
Era süave de la ley el yugo,
Y al malo hacía mejor,

A Dios el hombre no invocaba en falso,
Ni la bestia á sus golpes espiraba:
Que ríos y peñascos allanaba
La industria y el vapor.

El dulce lazo de himeneo unía
A los mancebos en edad temprana,

Que ni miseria, ni opresión tirana,
Era estorbo á su amor.

Y un mismo polvo sepulcral cubría
Los hijos, la consorte, el padre anciano,
Que no reinaba déspota inhumano,
Y horrible proscripción.

Era sagrado el noble pensamiento;
Libre el genio sus alas remontaba,
Y gratitud y lauro le esperaba
En premio de su afán.

Y de consuelo al corazón sediento
La religión su bálsamo aplicaba;
Y el empíreo del justo le mostraba,
Y su faz inmortal.

—

Las que viera en su sueño el desterrado,
Son para el mundo sombras, ilusiones
Que desparrama el sol.

Para el que el libro del sepulcro ha hojeado,
Santas serán, proféticas visiones
De un porvenir mejor.

Porque el árbol del bien bajo del cielo,
Si germinar le impiden en el suelo
Los ábregos del mal,

Cuando envíe el Señor su primamera,
Sus ramas hasta el éter levantando
La tierra cubrirá.

Y el sueño de hoy, la rápida quimera,
Las densas nubes del error lanzando,
Será luz de verdad.

Y al contemplar su refulgente rayo,
Exclamará la humanidad gozosa
Con resonante voz:

«Salud al astro del divino Mayo,
La planta excelsa que mirais frondosa
En Mayo se sembró.»

HIMNO DE LOS RESTAURADORES *

DEDICADO AL EXMO. SEÑOR BRIGADIER GENERAL RESTAURADOR DE LAS LEYES, GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, DON JUAN MANUEL DE ROSAS.

CORO

Alza ¡oh patria! tu frente abatida,
De esperanza la aurora lució:
Tu adalid valeroso ha jurado
Restaurarte á tu antiguo esplendor.

I

¡Oh gran Rosas! tu pueblo quisiera
Mil laureles poner á tus piés;

* La música para esta canción fué compuesta por D. Esteban Massini y se publicó en hoja suelta con el retrato de Rosas. Existe un ejemplar en la Colección de don J. M. Gutiérrez en la Bibl. del Senado Nacional.

Mas el gozo no puede avenirse
Con el luto y tristeza que ves.
¡Aguilar y Latorre no existen!
Villafañe el invicto, murió...
Y á tu vida tal vez amenaza
De un malvado el cuchillo feroz.

CORO

II

De discordia la llama espantosa
El país amenaza abrasar,
Y al audaz demagogo se mira
La orgullosa cerviz levantar.
¿No los veis como lelos conspiran?
¿Cual aguzan su oculto puñal?
¿Cual meditan la ruina y escarnio
Del intrépido y buen Federal?

CORO

III

Esa horda de infames ¿qué quiere?
Sangre y luto pretende ¡qué horror!
Empañar nuestras nobles hazañas,
Y cubrirnos de eterno baldón.
¡Ah! cobardes temblad: es en vano
Agoteis vuestra saña y rencor,
Que el gran Rosas preside á su pueblo,
Y el destino obedece á su voz.

CORO

IV

¡Asesinos de Ortiz y Quiroga,
De los hombres vergüenza y borrón!
A la tumba bajad presurosos,
De los libres temed el furor.
Esos mismos que en Marquez vencieron,
En San Luis, Tucumán y Chacon,
Con la sangre traidora han jurado
De venganza inscribir el padrón.

CORO

V

Del poder la *gran suma* revistes,
A la patria tú debes salvar;
¡Que á tu vista respire el honrado,
Y al perverso se mire temblar!
La ignorancia persigue inflexible,
Al talento procura animar
¡Y ojalá que tu nombre en la historia
Una página ocupe inmortal!

Buenos Aires, 1835.

HIMNO FEDERAL *

CORO

Federales á Rosas invicto,
Jurad siempre constancia y amor,
Que es terror de unitarios su brazo,
Y del libre el apoyo mejor.

I

Ese bando traidor, parricida,
Que en Diciembre mostró su furor,
Sobre ruinas y sangre de hermanos
Tremoló su rebelde pendón.
El dispuso en sus bárbaras orgias
Cien peremnes cadalzos alzar:
El mandó á sus inícuos soldados
A Dorrego y á Maza matar.

II

Transportaos, Federales, al tiempo
De anarquía, de luto y de horror,

---

* Esta composición fué publicada en 1834, en Buenos Aires, precedida de la siguiente notita:

«Mientras algún Federal predilecto de Apolo, no presenta una canción digna del sistema de los pueblos y de las virtudes del héroe porteño, puede servir la siguiente. Nosotros no aspiramos al renombre de poetas; únicamente al de Netos Federales. Y estarán satisfechos nuestros votos desde que sepamos que él exita los sentimientos patrióticos de los Restauradores, y causa mortales apoplegías á los Decembristas. El Sr. Massini le ha acomodado una música que, según el dictamen de los inteligentes, es del mejor gusto. Cántese, pues, en nuestras reuniones, en nuestros teatros y sea un nuevo vínculo que una á los decididos por el orden».

Está en la Gaceta Mercantil núm. 5954 del 2 de Agosto de 1843.

En que el buen campesino moría
Por ser fiel á su patria y honor,
  Y vereis al infante, al anciano,
Degollados con saña brutal,
Con sus tristes despojos sangrientos,
De los viles la rabia saciar.

III

  En la inerme ciudad las virtudes
Cual el crimen se vieron tratar;
Y el patriota, el amigo del pueblo,
En la cárcel inmunda morar.
  Pan y sangre pedía el soldado,
Y amasado con sangre ¡qué horror!...
Pan le daban los hombres infames,
Esos hombres de eterno baldón.

IV

  Mas cual cóndor altivo que hendiendo
De las nubes la eterea región,
En el ave atrevida y astuta
Patentiza su ilustre valor,
  Así Rosas domando la intriga,
Y las armas de vil seducción,
Destruyó tan odiosos tiranos,
Dió la vida á las leyes y unión.

V

  Recordad como próvido supo
El gobierno civil arreglar,

Dar justicia á los pobres y al rico,
La divina igualdad conservar.
¿Y jamás esos prósperos días
Volverán en el país á existir?...
Federales, si tal nos sucede,
Es mejor el aliento rendir.

VI

Vuelve, pues, adalid valeroso,
A regir á este pueblo fiel,
Y se olviden las crueles angustias
De horfandad y despecho cruel;
Y si acaso la artera calumnia
Tus virtudes quisiere empañar,
Tus leales, en sangre de inícuos,
Tal agravio sabrán castigar.

CORO

Federales á Rosas invicto,
Jurad siempre constancia y amor,
Que es terror de unitarios su brazo,
Y del libre el apoyo mejor.

A LA MEMORIA *

DEL ILUSTRE BRIGADIER GENERAL DON JUAN FACUNDO QUIROGA, ENCARGADO POR EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES DE MEDIAR EN LAS DIFERENCIAS DE LAS PROVINCIAS DE TUCUMÀN Y SALTA, ASESINADO TRAIDORAMENTE EN BARRANCA YACO.

Yace sangriento en el desnudo suelo
El gran soldado que domó la tierra,
Víctima noble de traidora guerra,
De su alto esfuerzo y cívico desvelo:

Rasga la nube el tenebroso velo,
Retumba el trueno amenazando estrago,
Y ante el potente divinal amago,
Tiemblan los orbes, se estremece el cielo.

Trémulo en tanto, con incierto paso,
Huye el verdugo que cobarde gime
Opreso el pecho de pesar profundo:

Tal sucediera al que con impío brazo,
En la cumbre del Gólgota sublime
Hundió su lanza al salvador del mundo.

* Se publicó en hoja suelta. Existe un ejemplar en la colección de don J. M. Gutiérrez en la Bibl. del Sen. Nal.

A RUFINO VARELA *

Horrenda lucha en el desierto campo
Trabó la hueste del precito esclavo,
Y por la patria al que batalla bravo,
Se vé sangriento entre el sulfúreo lampo.

Altivo el rojo pabellón ondea
De servidumbre símbolo y matanza,
Y el bárbaro feroz clava su lanza
Al moribundo herido en la pelea.

La tierra y aire destructora llama
Surca y fatiga el varonil aliento,
Y de humo y polvo recargado el viento,
Sofoca el ¡ay! del mísero que clama.

Ya del cañón no se oye el estampido,
Ni rasga el aura del fusil la bala,
Solo se escucha el abatir del ala
Del cóndor y su fúnebre graznido.

Al estridor del fulminante acero,
Del combate á la grita poderosa,
Del caballo á la marcha estrepitosa,
Y de las cajas al redoble fiero,

* Se publicó en Montevideo en 1841, conjuntamente con la poesía del general Mitre que también se incluye en esta antología.

Muda calma sucede: y no la noche
Sus sombras ha tendido en la llanura:
El sol esplende en su mayor altura,
Cual vencedor en su triunfante coche.

Y galopando la colina opuesta,
Los adaliles de la azul bandera
El campo dejan á la gente fiera
Que no la pugna á renovar se aprestan:

Ninguna hazaña al triunfador da gloria:
Difuntas madres que en sus pechos yertos
Tienen pendientes sus infantes muertos,
Son el despojo y prez de esta victoria;

Y el viejo y niño y mísero cansado,
Y el flaco tercio de ínclitos peones,
Que abrumado por cuádruplas legiones
De victoria es trofeo celebrado;

Y los corceles que en el suelo yacen
De la fatiga y de la sed postrados,
Y otros que, por el hambre aguijoneados,
Punzante abrojo con deleite pacen.

La mesnada que Rosas avasalla
Prorrumpió audáz en cantos de victoria,
E insultar al rendido fué su gloria,
Y el campo recorrer de la batalla.

Y un prisionero llaman que les diga
De cada muerto calidad y nombre:

Es un simple soldado sin renombre,
Pero gran corazón su seno abriga.

En lo hondo sufre férvidos enojos,
Aunque camina en aparente calma;
Lleva de penas traspasada el alma,
Llorando el corazón, secos los ojos.

Su vista ansiosa por los muertos gira,
Y luego exclama en ademán gozoso:
—Todos eran de aliento valeroso,
Pero adalid ninguno aquí se mira.

—Y la frente radiando de esperanza,
Y libre el pecho de congoja intensa,
En patria, gloria y libertad ya piensa,
Y altivo su mirar en torno lanza,

Doncel, empero, con almilla roja,
Yace por tierra pálido é inerte,
Muestra en su faz la huella de la muerte,
Sangre del pecho lacerado arroja.

Al verlo se detuvo el prisionero,
Y en aflicción cambiando la ufanía,
Sobre el cadáver lágrimas vertía
Y se quejaba en eco lastimero.

La turba entonces le pregunta ansiosa:
¿Es acaso un caudillo por quien lloras?
¿Es tu amigo, tu hermano, el que deploras?
Y él con voz, les responde, lacrimosa:

—Es Varela, entre bravos animoso;
Si en combate leal cayó vencido,
Grande sin duda vuestro esfuerzo ha sido,
A la patria y los buenos ominoso.

Mas si muerto le habeis con villanía,
Vergüenza eterna á vuestra acción espera,
Que una mano invicible y justiciera,
Gravará en vuestras frentes: ¡cobardía!

¿Y con él, por ventura, habeis lidiado?
¡Imposible! que al punto de velada,
Huyera vuestra hueste ante su espada
Como del tigre mísero ganado.

Cuando sonó el clarín en la campaña
No en batalla jamás se había probado,
Y el fusil embrazando, fué soldado
Primero, en el peligro y en la hazaña.

Ledo y marcial parece que le veo
Del Sauce Grande en la contienda fiera,
Rota su arma exclamar: ¡ahora aunque muera
Dulce patria te dejo este trofeo!

Ya en las riberas del undoso Plata
No pulsará con lira melodiosa
La grata endecha en que á Dorila hermosa
De su pasión el fuego le retrata.

Ni allá de Mayo en el glorioso día,
Haciendo resonar robusta trompa,

Cantará de su patria el lauro y pompa
Cuando á el león ibérico vencía.

Que era poeta y adalid valiente,
De alma sensible y brazo poderoso,
En paces blando, en lides rigoroso,
Con los cautivos míseros clemente.

Ingrata por demás te fué tu estrella,
Que en flor te ha marchitado tu esperanza;
Laurel tu patria te dará y venganza,
Y llanto y preces tu adorada bella.

Tu nombre en oro escribirá la historia,
Tema serás á vates y pintores,
Y á tu madre dirán: mujer, no llores,
Tu hijo vive en el templo de la gloria.

Bardo infeliz, guerrero malogrado,
Yo te consagro mi dolor profundo,
Mientras errante por el ancho mundo
Corro á la suerte que me guarda el hado.

Este discurso religión tuviera
Aun en la turba audaz y desalmada;
Con sus santas palabras conturbada
De aquel sitio en silencio se partiera.

Y el prisionero, á solas con el muerto,
Sepultura en la tierra le cavaba,
Y una cruz de madera levantaba,
Misterioso epitafio del desierto.

Cubrió la noche al mundo con su velo,
Y á la luz del crepúsculo, se vía
Al noble prisionero que gemía
Arrodillado en el sangriento suelo.

AL TIRANO JUAN MANUEL ROSAS

FRAGMENTOS

Tiene dentro de su alma
Aposentado el infierno.

Quevedo.

Conjunto horrible de malvado y loco,
Vil asesino, usurpador, tirano:
Todo baldón á definirte es poco,
Y la lengua fatigas y la mano.

¿Hay corazón que al tuyo no aborrezca?
¿Hay alma que la tuya no maldiga?
¿Hay pecho que tu sangre no apetezca?
¿Hay mano que no sea tu enemiga?

Espira aborreciéndote el que matas,
El proscripto te odia, el prisionero,
Quien goza tu favor y quien maltratas,
Y hasta el verdugo envilecido y fiero.

Ser azote del hombre es tu destino;
A toda frente coronar de espinas:
Oro y ponzoña... das á tu asesino,
Sepulcro atroz al justo que abominas.

De rebaños pastor y carnicero,
Del débil en la sangre te has cebado,
Salvaje te criaste y altanero,
Entre voraces tigres educado.

Que á millares de brutos gobernabas
Con el lazo, la pica y el cuchillo;
Que en tu cruel malicia avasallabas
Del indio rudo el ánimo sencillo.

Opresor de mi patria, te acordaste,
Y su pueblo á esos seres igualando,
Su libertad y dicha le robaste,
Su honor y su renombre mancillando.

Eras feble, doncel, y ya malvado
El santo yugo paternal rompieras,
Y por rebelde inclinación guiado
Al aduar de los bárbaros huyeras.

Y en tu seno á sus vicios adunára
Ambición el demonio, y cobardía,
Y en tí un volcán entonces fermentara
De orgullo y de feroz alevosía.

Allí aprendieras la tenaz paciencia
Que empleas en fraguar una venganza,

Del tigre el acechar y la inclemencia,
Más no cual bravo á manejar la lanza.

De amor así carece tu vil pecho,
Que ni madre ni hermanos conoció,
Y mal respeta de otros el derecho,
Quien en la inculta Pampa se crió.

Y torpe, vegetando en la campaña,
No escuchaste la trompa de la gloria,
En tanto que la América y la España
Disputaban el campo de victoria.

Y en las luchas civiles ominosas
Que de Mayo las palmas enlutaban,
Cual un genio del mal te uniste Rosas
A los que el seno patrio desgarraban.

Y azuzando venganzas y rencores,
Del combate los riesgos esquivabas,
Y en tu bien, de la patria los dolores,
Con ambición satánica explotabas.

Sus frentes cien caudillos levantaron,
Que con piedad ó risa te veían,
Y en hórrida contienda se mezclaron,
Y en ingloriosos campos perecían.

Y tú, villano, con atentos ojos,
De esos héroes las tumbas acechabas,
Y encubriéndote audaz con sus despojos,
Ante el verdugo su porte remedabas....

Tener suelen un día las naciones
En que el valor y el génio desparecen,
Solo alientan menguados corazones
Y tiranos cual Rosas aparecen.

Y mi patria que yerta se dolía
De fraticida lucha en los laureles,
Al déspota alevoso no sentía
Que la abrumaba de cadenas crueles.

¡Ay! desde entonces su mortal quebranto
Escrito lleva en la angustiada frente,
Y á su penar ni aun le concede el llanto
Su Régulo implacable y delicuente.

—¡Y ella, que el cetro quebrantó á sus reyes,
Es la esclava de un vil degollador,
Y ella, cuna gloriosa de las leyes,
Es albergue de crimen y dolor!

Sus matronas y vírgenes afrentas,
Ultrajas sus azules pabellones,
En sus hijos las manos ensangrientas,
Y mandas degollar á sus campeones.

Y en el gozo bestial de tu delirio,
Cual reina de sainete la engalanas,
Y en el fango la arrastras del martirio,
La tiznas con carbón cada mañana....

Desvergonzado, fanfarrón, parlero,
Ciencia y valor pretendes demostrar,

Y tus hechos y estilo majadero,
Al discreto de risa hacen llorar.

En cada Enero con hinchada frase
Alzas en el Senado un vendabal,
Y en mentidos encómios se deshace
La grey temblando de pavor cerval.

¡Infeliz del que hubiese pretendido
Hablar en frase y en gerundia voz!
Privilegio tan solo concedido
Al rufián pordiosero Garrigós....

Virgen estaba tu apocada frente
De la palma de honor de los guerreros,
Y quisiste renombre de valiente,
Y títulos pomposos y altaneros.

Venga sin riesgo sobre mí la gloria,
Marchen sobre el desierto mis legiones,
Con oro haré prevaricar la historia,
Y me dirá el mayor de los campeones.

Así tu labio pronunció; marcharon
Tus jinetes de rojo revestidos,
Y con bélicos gritos despertaron
El aduar de los bárbaros dormidos.

¿Cuántos quedaron en el campo abierto,
Pasados por las flechas enemigas?
¿Cuáles fueron los triunfos del desierto?
¿Cuáles las privaciones y fatigas?

En vano de cautivos redimidos
Llenaste tus pomposos boletines,
Y de soñados triunfos conseguidos
Allá de la llanura en los confines.

El humo de tu orgullo vanidoso
No ocultó la verdad; todos rieron;
Y por burla ó temor, el victorioso,
El *héroe del desierto* te dijeron.

¡Héroe!, y en tanto, en el cojín mullido
De la rica carroza que montabas,
En visiones de mando embebecido,
Al ócio del imbécil te entregabas....

Si lo que han visto referir pudieran
Los muros que guarecen tu temor,
Los crímenes sin nombre que digeran
Llenaran á las gentes de pavor.

Es tu guarida dédalo sinuoso
De obscuros subterráneos socavado,
Y allí estás, en su seno cavernoso,
Como el monstruo cretence despiadado.

Sus puertas son los quicios del infierno
Donde el que entra pierde la esperanza;
Y al hollar el dintel, «adios eterno»,
Fuerza es dar á la vida sin tardanza.

En cada losa que cimenta el piso
Hay una gota del humor humano,

De la sangre leal del que no quiso
Besar tus plantas ó acatar tu mano...

Alzó una vez Zelarrayan la enseña
Querida de los libres y leales,
Y una mañana la ciudad porteña
Vió una cabeza yerta en tus umbrales...

Era una noche, la apacible luna
El ágil paso de un corcel guiaba;
Marchaba del amor á la fortuna,
Que el ángel de sus sueños le esperaba.

Por el prisma falaz de sus favores
Ve el monstruo un vengador si un hombre mira,
Y Cienfuegos pensando en sus amores,
En esa misma noche triste expira.

Tal vez entonces se gozaba fiera,
En la sangre inocente que corría
La esposa del tirano y compañera,
Mujer que al vino la razón rendía.

Pero bien pronto del dolor al lecho
La mano del desorden la llevó,
Y allí remordimientos y despecho
Por premio á sus servicios alcanzó.

La fiebre por sus venas circulaba,
Y el aullido espirante de su voz
En la mansión del crimen resonaba:
¡Un sacerdote por amor de Dios!

Y nadie, nadie á su clamor cedía:
¡Cosa espantosa, sin igual, atroz!
Solo el eco incansable repetía:
¡Un sacerdote por amor de Dios!

Rindió por fin su postrimer aliento,
Sin lavar la mancilla de su alma,
Sin tener de esperanza un pensamiento,
Sin alcanzar del corazón la calma.

El polvo mudo oculte mis secretos:
Ahí van dentro del pecho de mi esposa:
El sentido sabrán de mis decretos,
El silencio y misterio de la fosa.

Dijo el tirano. Hipócrita lamento
Dió al ver á la mazhorca que llegaba;
En su interior saltaba de contento,
Y ante su grey lloroso se mostraba...

De la civil discordia los caudillos
Que ensangrentaron á la patria mía,
Aguzaban espadas, no cuchillos,
Las armas de tu miedo y villanía.

El honor que inflamaba su coraje
Hacía palpitar sus corazones,
De su poder vengaban el ultraje
Con sus lanzas rompiendo las legiones.

Mas ambición diabólica y medrosa,
En el veneno y el puñal confía,

De mercenarios en caterva odiosa,
En populacho que el delito guía.

Te escondes de los ínclitos campeones,
Con las doncellas y cautivos fiero,
Y ellos solo buscaban corazones
De valor revestidos y de acero.

Generosos á inermes y vencidos
Para las lides el rencor guardaban,
Y con el lauro triunfador ceñidos,
A la mujer y al débil amparaban.

Del pueblo los derechos defendían,
Por su paz y ventura suspiraban,
A su escudo la ciencia se acogía,
Y de Mayo las glorias veneraban.

Y tú proscribes libertad y gloria,
Aborrecer la paz, amar la guerra;
Sobre el génio es tu bárbara victoria,
Y en sangre empapas la infelice tierra.

¿Por qué en panteones yacen convertidas
Las ciudades ayer tan populosas?
¿Por qué al suelo se encorvan abatidas
Esas frentes ayer puras y hermosas?

¿Por qué su sangre el ciudadano vierte?
¿Por qué á las flores ahogan los abrojos?
¿Por qué se escucha por doquiera *muerte*,
Y al viento flotan pabellones rojos?

¿Por qué rindes honor á la ignorancia?
¿Por qué la ciencia huye de tí mendiga,
Y solitaria del saber la estancia
Su techo amustia la salvaje ortiga?

Porque así afirmas tu ominoso imperio,
Y está segura tu culpable vida
Si permaneceesclava, embrutecida,
Buenos Aires en llanto y vituperio.

El altar por tu imagen mancillado,
El carro que te arrastran las matronas,
El horrible cadalso ensangrentado
Donde en tormentos la virtud coronas.

Esos harapos que al porteño afrentan,
La mordaza que pones á sus labios,
El destierro en que arrojas á sus sabios:
Tu trono de cadáveres sustentan.

Descreído y blasfemo del Eterno,
Hipócrita sin fe, sin esperanza,
Demonio de delitos y venganza,
Con un pecho que es fragua del infierno.

Tus días de maldad están contados,
Tu cabeza al verdugo consagrada,
Y lo profundo de la mar airada
Dará tumba á tus miembros destrozados,

Aun no alumbra la estrella esplendorosa,
Señal terrible de tu fin cruento,

Mas de Dios la justicia no está ociosa,
Y cada instante es para tí un tormento.

En lo íntimo del pecho del malvado
Clava su diente roedor insecto,
Gusano de la tumba anticipado
Que cebo encuentra en corazón infecto.

Y cuando aromas le tributa el mundo
O busca en los placeres el olvido,
Entonces labra un surco más profundo
El reptil misterioso y escondido.

Lleve á las flores la manchada mano,
Llévela al seno de mujer hermosa,
Blandura ni perfume halla el tirano,
Sino el fétido cráneo de la fosa.

Y cuando el vaso de licor henchido
La lumbre de la lámpara refleja,
Recuérdale la sangre que ha vertido,
Y del labio febril el vaso aleja.

Así va con el crimen el castigo
Acosando á los hombres de maldad,
Así el remordimiento va contigo
Incansable verdugo sin piedad.

A LA MEMORIA

DEL POETA JUAN CRUZ VARELA

Tened piedad de mí que muero ausente.
Lope de Vega.

En lecho de dolor yace tendido
El vate ilustre y de la patria ausente;
La horrenda esclavitud, las penas siente,
No el dejar este mundo aborrecido.

Cien guerreros de nombre esclarecido,
Cercan su estancia en ademán doliente,
Y el noble moribundo alzó la frente
Diciendo con acento dolorido:

Cara esperanza de la patria mía,
¡Dichosos más que yo! con fuerte brazo
La coyunda romped que la mansilla;

Y dareis muerta ya la tiranía,
A mis hijas asilo en su regaso,
A mí una tumba en la Argentina orilla.

A los muertos la gloria
Calderón.

Cayó sin vida el que con arpa de oro,
Valor, virtud, belleza celebrando
Ante el orbe gloriosa fué mostrando
Su patria que hoy derrama sangre y lloro.

Ninfas del Plata en gemebundo coro
Por su muerto poeta van llorando,
A su memoria en nácares grabando,
Luctuosos versos de eternal decoro.

Del empíreo á la tierra descendiendo
A Lafinur y Rojas se veían,
En nube exelsa de esplendor ceñida,

Y del vate el espíritu acogiendo,
Con amoroso acento repetían:
¡Gloria en la muerte al que lloró en la vida!

ADIOS A MI PATRIA

Adios dulce patria, adios que la suerte
Con mano severa me aleja de tí;
Tal vez me condena á nunca más verte,
En tierra extranjera tal vez á morir.

Mas siempre en el pecho tu imagen gravada,
Daré yo á los vientos suspiros de amor,
Suspiros que alivian al alma angustiada
Con fiero infortunio y amargo dolor.

Tus verdes llanuras, tu cielo dorado,
El grato galope del fuerte alazán,
Y el río argentino de naves surcado,
No en climas lejanos mis ojos verán.

Ni el talle divino de tantas hermosas
Que Venus propicia de gracias ornó,
Su rostro formado de nácar y rosas,
Ondeado el cabello de negro color.

Su seno derrama perfume de amores,
Infunde esperanza en tierno mirar,
El suelo que pisan se cubre de flores,
Cautivo se rinde quien vé su beldad.

Mas ¡ay! que una nube cruzando sangrienta
Me roba ominosa tu nítida faz,
Y el noto que ruge presagia tormenta,
Y el pecho batiendo me anuncia mi mal.

¡Dichoso el que nunca recorre los mares,
Ni á frágil barquilla su vida confió!
¡Dichoso el que siempre miró de sus lares
El fuego sagrado que amor encendió!.

A LA MEMORIA DEL GENERAL
DON SANTIAGO LINIERS Y BREMONT

¿Qué fué de aquel francés, noble proscrito,
Que las legiones humilló de Albión,
El que primero al argentino pueblo
Del laurel de victoria coronó?

Los vencidos pendones que él rindiera
En el templo se ven del Hombre—Dios,
Y aún está mutilada la alta torre
Que hízo temblar tres veces el cañón.

Para vencer al Brítano ambicioso
El popular torrente desató,
Y del fiero elemento á los combates
El trono de tres siglos sucumbió.

Ser podía caudillo idolatrado
Del pueblo que su brazo defendió,
Pero firme en la fé de sus abuelos,
A la gloria el martirio prefirió.

Del nuevo culto la deidad terrible
Una inocente víctima pidió,
Y el severo ministro en sus altares
La noble sangre de Liniers virtió.

Así de Roma el implacable Consul
La sangre de sus hijos derramó;
Así el senado de la libre Francia
Al nieto de San Luis sacrificó.

Almas sensibles, no busqueis su tumba
En la ciudad donde Liniers venció,
¡En un campo desnudo y solitario
Su humilde huesa os mostrará una cruz!

Yacen allí sus cinco compañeros,
Fieles como él, murieron por su honor:
Si pronuncia sus nombres el viajero,
Crée escuchar un lúgubre CLAMOR.

LA BANDERA DE LA PATRIA

Al pié de la ciudad cuna de gloria,
Tranquilo y silencioso meditaba,
Pero la cruel memoria
De su adverso destino,
Pronto alejó del alma
La grata paz y misteriosa calma.

Vapor horrible enrojeció la luna,
Y de la noche el estrellado manto
Fatídico ocultó velo de espanto;
Del horizonte en el confín opaco
El trueno sordamente amenazaba,
Y en las vecinas tumbas
El agorero pájaro gemía,
Y horror secreto el corazón sentía.

A la playa se acercó
Magestuoso y noble anciano,
A una peña se apoyó,
De aquesta suerte cantó.

Rota está la bandera vencedora
Del argentino pueblo orgullo y pres,
Y en lugar de las flores de otro tiempo,
La adorna solo el lúgubre ciprés.
Por la seguir en mis tempranos años

Abandoné los goces del amor,
Y á la patria y á Dios juré en el templo
Defender con mi sangre su esplendor.»

¡Oh cuán hermoso de Maipú en el campo
Desplegaste tu lienzo virginal!
Al mirar mis contrarios tus colores,
Bandera, te creyeron celestial.
En mis brazos robustos sustentada
La ciudad de Pizarro te vió ondear,
Y del Inca los nietos pronunciaron:
Sobre sus rotos hierros, ¡libertad!

Esas marchitas rosas que te ciñen,
Bajo otros climas las miré nacer,
Y salpicadas de enemiga sangre,
Las junté con mi mano á tu laurel.
Con su perfume angelical y puro
En mi pecho revive un santo ardor,
¡Doblad ingratos la rodilla ante ella,
Aquí solo hallareis gloria y honor!

¡Ay que no puedan mis cansados brazos
El acero empuñar de libertad!
El viejo granadero de Ayacucho,
Lágrimas solo puede derramar.
Cuando el Eterno piadoso y justo
Dejar me ordene la terrena luz,
Mi yerto cuerpo cubra esta bandera,
Y en mi huesa levántese su cruz.

El viejo trabador bajó la frente
Del ronco pecho despidió un gemido,
Y las ondas del río arrebataron
El laud de sus manos desprendido.

EL PÁJARO DEL MAR

Aquella noche de memoria ingrata
Mar y cielo entre sombras ocultó,
Solo una estrella á ratos despedía
Por entre nubes pálido fulgor.

De las rugientes olas azotada,
Luchando con el viento bramador,
La nave de los hijos de Colombia
Audaz el ancho piélago surcó.

El bronce que á las horas acompaña
La fatídica décima anunció,
Y el blanco paño del bajel soberbio
La estrella solitaria reflejó.

Sobre el árbol mayor deforme objeto
El nauta absorto entonces descubrió:
Era un obscuro pájaro selvático,
Que reposo ó asilo allí buscó.

Tan extraña visión en aquella hora
Llenó mi alma de súbito terror

El espíritu errante ver creía
De alguno que en las ondas espiró.

Era tal vez una ave peregrina
Que la tierra extranjera abandonó,
Para gozar en los nativos valles
La gloria con que Mayo los vistió.

Horrible idea el fiero nauta tuvo
Y la muerte del ave decretó;
Su bárbara impiedad yo le afeaba:
Ni ruegos ni reproches escuchó.

El plomo despidió su arma funesta
Un gemido en los aires resonó;...
Y con sangre las velas salpicando
Sin vida, al mar el pájaro cayó.

No dejará sin pena tal delito
Aquel uno invisible vengador:
Yo ví ¡ay! al rojo fuego levantarse
En el lugar do el pájaro murió.

Calmó el viento y las ondas se aquietaron
El marino su hazaña celebró.
¡Necio contento! á veces la venganza
Es más cruel si dilata su furor.

Á LOS PADRES JESUITAS DE BUENOS AIRES

Cuando el tirano su copa
De amarga hiel os prepara
Y de robo y muerte avara
Os circunda su vil tropa,
Y la América y la Europa
Adulan su torpe estrella,
Vuestra santidad descuella
Con arrojo sobre humano,
Y apartais su aleve mano,
Cuando otros besan su huella.

Y yo que al infierno pido
Una Euménide de fuego
Que estampo en la frente luego
Del Régulo aborrecido,
Una guirnalda he tejido
De versos que inspira el cielo,
Y en las alas de mi anhelo
Dignos padres os la envío,
Y que os la ciñais confío,
Cual corona de consuelo.

Vuestros tenaces rivales
Nos cuentan que en otro siglo,
Erais cual otro vestiglo

Que dabais sustos fatales;
Los Reyes como animales
Los tristes pueblos miraban;
Y al ver que los devoraban,
Cetro hicisteis del cayado,
Y á vuestro esfuerzo sagrado
Los opresores temblaban.

Que habeis sido, jesuitas,
Excelsos republicanos,
Y el matar á los tiranos
Que dan penas infinitas,
Como remedio de cuitas,
Al hombre habeis enseñado;
Y su puñal ha afilado
El fuerte tiranicida,
En ese libro de vida
Con que Mariana os ha honrado.

Errante han visto mis ojos
Memorias de inicuo imperio:
Murallas de vituperio;
Campos sembrados de abrojos;
Padrones que dan sonrojos;
Altos muros derruidos;....
Los déspotas fementidos
Que vuestra orden proscribieron
A la América cubrieron
De esos rastros maldecidos.

Mas las vuestras ennoblecen
Cien pueblos civilizados,
Edificios extremados,
Que amor del bien encarecen;
Y aun en el Chaco aparecen,
Zona hoy al hombre robada,
Ruinas de villa encumbrada
Do vuestra piedad curó
Heridas crueles que abrió
De la conquista la espada.

Dejemos de lo pasado
La memoria disputada;
Vuestra gloria acrisolada
Ante el mundo se ha mostrado,
Manteniendo inmaculado
El templo que, impío Rosas,
Con orgías espantosas
Pretendía mancillar,
Colocando en el altar
Sus insignias afrentosas.

Manchado está todo el clero:
El obispo y franciscanos,
Monjas y dominicanos
De ese tigre carnicero
Han seguido el culto fiero.
Su retrato han levantado
Sobre el sagrario velado;
Y á tan vil profanación

Solo el Obispo de Aulón
Cual vosotros se ha negado.

Vuestra humildad ha vencido,
No ante el déspota temblando,
Ni profanos conspirando.
Otro vuestro triunfo ha sido:
De la cruz el diablo ha huído;
Que á Rosas y sus sicarios,
Guía en sus hechos nefarios.
Mostradle siempre la cruz,
Que al reflejo de su luz
Huirán vuestros adversarios.

Hincado en el duro suelo
Bajo el peso de la muerte,
Ha oído el patriota fuerte
Vuestra oración de consuelo;
Y en la noche de desvelo
Que se pasa en la capilla,
Os ha abierto sin mancilla,
Secretos del corazón,
Y en lágrimas de aflicción
Habeis regado su silla,

Y ante el cadáver sangriento
Con dolor arrodillados,
A los verdugos malvados
Movisteis á sentimiento.
Vuestro alto recogimiento
En claros rasgos decía,

Que un mártir allí yacía,
Honor del porteño suelo,
Que su alma volaba al cielo,
Y de gloria se ceñía.

El colgajo envilecido
De la *mazorquera* cinta,
En sangre y oprobia tinta
No llevais en el vestido;
Y vuestro labio no ha sido
Jamás villano instrumento
Del degollador cruento
Que infama y asombra al mundo;
Ni habeis su favor inmundo
Buscado con fingimiento.

Los bárbaros invadieron
El culto Imperio Romano
Y de su hierro inhumano
Las nobles ciencias huyeron;
Los monges las acogieron,
Y se debe á su cuidado
El más precioso legado
De la sabia antigüedad:
Perdida la libertad
La ciencia habeis conservado.

Ese tigre, en su rencor
A la santa libertad,
La docta universidad
Proscribiera con rigor;

Y vosotros con fervor,
Sacerdotes de la ciencia,
Librasteis de su inclemencia
A la tierna juventud,
Y al camino de virtud
La guía vuestra experiencia.

De los griegos y romanos
Democrática doctrina,
Y la elocuencia divina
Azote de los tiranos,
Diligentes vuestras manos
Siembran en sus corazones;
Mañana serán varones
Sabios al par que esforzados,
Y á pueblos esclavizados
Quebrarán sus eslabones.

Tenáz el pueblo conspira
Contra el vil degollador,
Y del Plata al Ecuador
En venganza arder se mira
Todo pecho que respira
Aliento de libertad.
Pastores sois; trabajad
Por auyentar del rebaño
Tigre, que vive en su daño,
Y lo mata sin piedad.

Detenerse en el camino,
Que es grave error advertid;

Dios os grita: proseguid
Vuestro brillante destino,
Y que os mire el argentino
Atropellando rigores;
Que sois sus libertadores;
Y el brillo de vuestra cruz
Disipe el negro capuz
De su noche de dolores.

JÚDAS ISCARIOTE

MELODÍA HEBRAICA

Lívido el rostro y de sudor bañado
Torva la vista Júdas despertaba,
Y el recuerdo de ayer sobre él pesaba
Como de negro ensueño la ilusión.
Ya no era aquel apóstol predilecto
De azules ojos y cabellos de oro,
Sino el perverso que en su estéril lloro
Solo arranca implacable maldición.

Tendió la vista en derredor, y en vano
Buscaba objeto en que olvidar su duelo;
Que en la tierra, en los aires y en el cielo
Fieros testigos de su culpa halló.
Miraba el sol y de rubor ardiendo

Entre el lóbrego soto se escondía,
Y allí las sombras con pavor huía,
Temiendo un invisible vengador.

Secos los lábios, su convulsa planta
Al claro arroyo dirigió, y al punto
Vió en el cristal pintado su trasunto,
Tan espantoso, que dudó si era él.
Erizada la blonda cabellera,
Las mejillas hundidas, y los ojos
Desencajados, como sangre rojos,
Huyó de la onda sin saciar su sed;

Y de su casta esposa los umbrales
Enderezó, y en el hogar postrada
De agudísima pena traspasada
Halló á Rebeca, en férvida oración.
Y se escondió entre el manto con vergüenza
La faz culpable, no la historia acaso
Ella supiese de su horrendo caso,
O leyera en su frente la traición.

Cuando vió á Júdas, Rebeca,
En sus brazos se lanzara,
Y el carrillo le besára
Donde él á Cristo besó.
¿No sabes que al maestro han preso?
¿Que abrumado de baldones
Vá entre escribas y sayones?
Y él, temblando, dijo: nó.

Y el rostro Júdas torcía,
Y su mujer proseguía:

—De la inícua sinagoga
Al sacerdote enemigo
Lo ha entregado falso amigo,
Y por precio de oro vil.
Un apóstol como tú,
De doce que le seguían
Y al mismo plato comían...
Su nombre adivinas... ¿Dí?

Júdas no respondía,
Y su mujer proseguía:

—Dar un ósculo á Jesús
Fué la seña concertada,
Para la infame emboscada
Que el bárbaro preparó;
Y los medrosos discípulos
Huyendo con torpe susto,
Abandonaron al Justo,
Y uno de ellos le negó.

Júdas callaba y gemía,
Y su mujer proseguía:

—Con rudos golpes lo empujan
Al tribunal ominoso,
Y se levanta espantoso
El hombre á juzgar á Dios;

¡Mayor delito en verdad
Que el que lo injuria y le prende,
Fué del traidor que lo vende
Con pérfida devoción!

Y Júdas se estremecía,
Y su mujer proseguía:

—Todo Israel abomina
Tan alevoso delito,
Y ese traidor es maldito
Del mismo á quien se vendió;
Borrón de su estirpe mísera;
Será su nombre un agravio,
Y sonará en todo labio
Sinónimo de traición.

Júdas en rubor ardía
Y su mujer proseguía:

—Escrito está en los Profetas
La traición y el sacrificio,
Pero el horrendo suplicio
Del falso amigo no está,
Porque la natura entera
Será precursor infierno,
Del fuego, insondable, eterno,
Que su alma devorará.

Entonces Júdas tremendo
Gritó con fiero alarido:

—¡El perverso que ha vendido
Al hijo de Dios soy yo!
Y se alejó delirante;
Y desalado corría,
Mientras Rebeca caía
Ahogada por el dolor.

Y él á escape seguía en su carrera
Cual selvático potro roto el freno
Y el pueblo murmuraba: —El Nazareno
Es aquel de su maestro delator.
Tan desgreñado y sucio como su alma
O su razón el crimen le ha extraviado,
O en su oprobio con vino se ha embriagado
Con los treinta dineros que ganó.

Y Júdas el barro hollaba
Su pie y túnica manchando,
Y con ímpetu chocaba,
En las piedras tropezando.

Y los hombres le decían:
—Nazareno tente un poco—
Y los muchachos corrían
Tras él, gritándole: Loco

Pero inmóvil el semblante
Nada veía ni escuchaba,
Y de su sien palpitante
Raudal de sudor brotaba.

Al fin al templo llegó
Y el tribunal congregado
En su vestíbulo halló,
Y á Cristo ya condenado.

A tal vista su razón
A entrar volviera en su quicio,
Triunfando en su corazón
La virtud del negro vicio

Detuvo el pie, y la cabeza
Alzó mirando altanero,
Y mostraba con fiereza
Una bolsa de dinero.

—El testigo escuchad del Inocente,
Vosotros que pagasteis al traidor;
Al que hoy os habla con altiva frente,
Ayer vuestro sumiso delator.
¿No mirais que la espada está pendiente
Del implacable celestial rigor?
Que inícuos sois, y vuestro fallo injusto
A Cruz infame ha condenado al Justo?

«El es el hijo del Señor del cielo;
Para salvar al hombre el escogido;
Hoy de mis ojos que se rasga el velo
Conozco ¡ay! tarde, á quien os he vendido.
Bajo mi planta se conmueve el suelo. . .
Un perverso cual yo nunca ha existido. .

Piedad ¡oh jueces! que tengais os ruego...
Ruge del cráter el eterno fuego.

—De Israel el Mesías suspirado,
El triunfador glorioso de la muerte,
El místico cordero inmaculado,
De la casa de Judá el varón fuerte,
El Rey de Reyes, de la cruz cargado
Su excelsa sangre en ignominia vierte:
Que en nuestro pueblo maldición imprime
Y del pecado al hombre lo redime.

¡A risa con mis ansias os provoco,
Oh mísero de mí!... ¡Dad al impío,
Duro sayón mi cuello!... no estoy loco,
É insulto vuestro infame poderío;
Venganza y odio como premio invoco,
De mi vergüenza y del delito mío:
Llegue pronto el verdugo carnicero,
Os dejo por herencia este dinero.

Los príncipes escucharon
A Júdas con gran paciencia,
Mas con fría indiferencia
Dijeron:... ¿Qué se nos dá?
Y al ver las treinta monedas
Rodar por el pavimento,
Se les vino al pensamiento
Campo de tumbas comprar.

A extranjeros sepultaran,
Porque de la sangre el precio
Tuvieron á menosprecio
En su tesoro guardar;
Y en tanto el culpable Júdas
En su agonía ultrajado,
Vagaba desesperado
Reposo sin encontrar.

Sus sombras tendió la noche
Y judas siguió la vía
Que al Gólgota conducía
Y á la cruz al Redentor;
A intervalos se postraba,
Regando su acerbo llanto
Las huellas que dejó el santo,
En la hora de su pasión.

Y cuando subió al Calvario
Sintió una fuerza invisible
Que le estorbaba terrible
El acercarse á la cruz;
Y oyó retumbar el trueno,
Y vió con mortal desmayo
Las negras nubes el rayo,
Rasgar con súlfurea luz.

Se oían extraños ecos,
Suspiros, preces y lloros,
Dolientes místicos coros

Y pavoroso tropel;
Y armónica y misteriosa
Voz á lo lejos sonaba,
Mientras que Judas luchaba
En incertidumbre cruel.

SALMISTA

Aquel mortal ingrato
Que en paz vivió conmigo,
Que yo creí mi amigo
A quien el pan le dí,
A mí confianza aleve
Me preparó emboscada,
De perdición sembrada
Y en ella yo caí.

ZACARIAS

Y les decía dadme
El precio que halleis justo
Por mi valor robusto
No me le deis sino;
Y en desigual balanza
Infieles lo pesaron,
Y treinta me pagaron
Monedas de traición.

SALMISTA

Del odio evitar fácil
Era la cruel insidia,
Mas no tú atroz perfidia

Mi hermano y mi guardián.
Vivian nuestras almas
En solo un pensamiento
Y unidos, alimento
Partíamos y hogar.

ZACARIAS

Cuando el señor me dijo
Arroja á ese estatuario
Tu expléndido salario,
Su voz obedecí;
Y respirando enojos
Para inmortal ejemplo,
Se lo arrojé en el templo
Al estatuario vil.

SALMISTA

Y de la casa del señor la via
Seguimos juntos en acorde amor;
Venga la muerte y con tenaz porfía
Se dispute él infierno este traidor.

De los profetas la sagrada endecha
Fué para Judas lumbre de esperanza,
Y aunque invocaban celestial venganza
Sonó para él acento de piedad,
Y cayendo de hinojos en el polvo
Con poder sobrehumano se sentía,
Y al través de las sombras descubría
La cruz y su sangrienta majestad.

ISCARIOTE

Tienes abiertos los brazos
No me los cierres á mí,
Déjame que llegue á tí,
Que mis ardientes abrazos
No serán mentidos lazos,
De Judas el traidor beso,
Cuando te entregaba preso:
En mí tu piedad ostenta;
Dadme el dolor que atormenta;
Del crimen quítame el peso.

Absolviste al buen ladrón,
Mas de tu amor mayor prueba,
Tu misericordia llueva
Sobre este humano borrón;
Cubra mi horrible baldón
La sangre que has derramado,
Para lavar el pecado;
Y allá en su congoja el reo
Dirá: en mi perdón yo creo,
Que Judas fué perdonado.

¡Ay! señor, yo te vendí
Sin saber lo que me hacía,
Un demonio me impelía,
Mi culpa no conocí,
Hasta que en manos te ví
De tus horrendos sayones;
Yo por romper tus prisiones

Mi eternidad habría dado,
Y hoy mi sangre derramado,
Jesús, porque me perdones.

Tu suplicio estaba escrito
Siglos antes que mi madre
Unida á mi triste padre
Me concibiera al delito.
¿Pudo mi crimen maldito
Evitar mi voluntad?
¿No era cruel necesidad,
Para el hombre, irresistible?
¿No era un enorme imposible
El evitar mi maldad?

« Fuí como vaso que encierra
Licor de mortal veneno;
Como centella que el trueno
Arroja á poblada tierra;
Como la espada en la guerra
Que empuja brazo cruento:
Privadas de sentimiento
Espada, centella y vaso:
¿Son delincuentes acaso
Del daño de ageno intento?

Mas ¡ay! que mi orgullo insano
Igual á ayer, hoy me ciega.
Y al torbellino me entrega
De impío sofisma insano.

El hombre tiene en su mano
La balanza de su suerte,
Y si la inclina á la muerte,
Del daño á que él no previno
Culpa muy mal al destino
Que nunca vence al que es fuerte.

¿Y este cruel remordimiento
No es mísera vanidad?
¿Si triunfase mi maldad
Padeciera este tormento?
¿Tendría arrepentimiento
Si en este mundo malvado
Mi crimen fuera ensalzado?
¿Elevaría este ruego
Si á voraz eterno fuego
No estuviera condenado?

Mas repentino, horrisonante trueno
Dejó al mísero Judas abismado,
Y de inmenso relámpago alumbrado
El Gólgota tembló bajo sus pies;
Y se creyó sin esperanza réprobo,
Y buscando acabar su desventura,
Del suicida invocó la muerte dura
Y á la garganta se anudó un cordel.

En una rama formidable y alta,
Con el impulso de fatal despecho,
Alzado de la tierra largo trecho

Sin espirar el mísero osciló;
Y torbellino poderoso y raudo
El árbol por sus raíces arrancando,
Chozas, plantas y muros arrasando
En erial aquel sitio transformó.

Obscura tradición con lengua varia
Cuenta de Judas la funesta historia:
Quien lo llama al hablar de su memoria
Del infierno precito habitador,
Por que la angustia en que acabó su vida
Fué rabia del orgullo pisoteado
No el punzante dolor acrisolado
Que respira el contrito corazón;

Pero otros dicen que acogiera el Padre
Su terrible veráz remordimiento,
Que de matarse le privó el intento
Y el moribundo se abrazó á la cruz;
Y que una gota de la sangre mártir
Cayendo de la cruz sobre su frente,
Transformó al miserable delincuente
En aureo arcángel de celeste luz.

JOSÉ MÁRMOL

CANTOS DEL PEREGRINO *

CANTO PRIMERO

Á MI PATRIA

Hijo de la desgracia el PEREGRINO
Ha confiado á los mares su destino,
Y al compás de las ondas y los vientos
El eco de sus tristes pensamientos
Vibrará por el mar. El su grandeza
Cantará entusiasmado: la belleza
De la expléndida bóveda estrellada,
Con el alma ante Dios arrodillada;
Y cantará también sobre los mares
La libertad, su amor, y sus pesares.

---

* Buenos Aires: Mis ojos se abrieron á la luz bajo tu cielo hermoso: y, digno hijo de tus pasadas glorias, se cerrarán acaso bajo el cielo nublado del extranjero.

Pero en mi destierro, tu recuerdo santo se confunde en mi memoria con los primeros besos de mi madre; y, si ambicioso de gloria he buscado con las inspiraciones de mi alma una guirnalda de poeta, es por depositarla á tus plantas: por que tú eres, patria mía, el imán de esas inspiraciones.

Acepta el primer «Canto del Peregrino»: y ¡ojalá que ese recuerdo de tus pasados tiempos y de tu hermoso porvenir, te haga enjugar un instante el llanto de tus desgracias presentes!

Adios, Buenos Aires: orgulloso de mi origen moriré en el destierro, si no puedo algún día respirar en tu seno el aire puro de la libertad: pero mi última palabra será tu nombre; mi último pensamiento será tu imagen.

José Mármol.

Montevideo, Mayo de 1847.

Sigámosle en el mar, doquier existe,
Como las sombras de la tarde, triste,
Y una secreta dulce simpatía
Nos roba su letal melancolía:
¡Él! el proscripto trovador del Plata,
Que conducido por la suerte ingrata,
Cinco años ha que su enlutada lira
Bajo extranjero sol triste suspira!

Con él la dulce inspiración del canto
Nació para cantar el dogma santo
Que inauguró á la luz de la victoria
Ese pueblo, que en brazos de la gloria,
Reventara de un mundo las cadenas,
Con prender el cañón de sus almenas.
Pero helose la voz en su garganta
Cuando, al mover la adolescente planta,
En vez de abierta y espaciosa vía
Al genio, á la virtud y nombradía,
Tropezó de un patíbulo en las gradas
Con la sangre de Mayo salpicadas.

Ya el eco del cañón no se dilata
En las riberas del altivo Plata,
Cuando dora su linfa el sol de Mayo (1)

---

(1) A costa de nuestro orgullo nacional, diremos al extranjero una palabra sobre ese mes de Mayo que sirve de tema á todos los cantos argentinos. Mayo es para los argentinos, y me atrevo á decir para la América Meridional, un momento perdurable para marcar á las generaciones futuras la época gloriosa en que una generación de héroes osó trozar con el sable la cadena de fierro que unía un mundo á otro mundo.

El 25 de Mayo de 1809 la capital de Chuquisaca dió, por primera vez, la voz de Libertad en el virreinato de Buenos Aires; y los delegados del poder español se rindieron al amago solo de un puñado de animosos chuquisaqueños, que arrebatados por el instinto de la justicia, no se detuvieron á

Con su primero suspirado rayo:
Ya no suenan sus cánticos triunfales:

Ya no escuchan sus santas catedrales
Los religiosos himnos de alabanza
Al Dios que iluminaba la esperanza
En medio de la larga incierta lucha.
Ya en las calles y plazas no se escucha
Del pueblo rey la estrepitosa grita,
Cuando á los rayos de su luz bendita
Festejaba aquel sol que hirió su frente
Con raudales de gloria refulgente:
Ya no oprimen las madres en su seno
Su tierno fruto de esperanzas lleno,
Ni á par del blando maternal arrullo
Lloran sobre su sien llanto de orgullo.

---

medir los peligros de su noble pero arriesgada empresa. La fortuna los abandonó en medio de su grandiosa tentativa; por que los pueblos dormían aún y sus destinos no estaban cumplidos.

El 25 de Mayo de 1810 fué el día señalado por la Providencia para la victoria de la razón y de la humanidad en Sud América; y en él empieza la historia gloriosa de la República Argentina, y de la existencia política de un continente capaz de abrazar, al andar de los siglos, toda la población, la sabiduría y poder de las naciones que hoy nos asombran con su opulencia y su cultura.

En este día se cerró para siempre el libro en que se registraba la sumisión y dependencia secular de los vastos imperios ofrecidos al rey de Castilla por el más intrépido y afortunado viajero que la historia presenta.

¡Prodigio misterioso de la libertad. Los ecos de Mayo, desde las orillas del Plata atravesaron como el rayo por el soplo del Ser Supremo, hasta los confines de la América Meridional; y en el mismo día repercutieron en los pechos varoniles de Santa Fe y Caracas!

Unos y otros dijeron en Mayo «No más esclavitud y coloniaje. No más ignorancia y superstición. No más patrimonio de individualidades. Demos independencia y libertad á nuestra tierra: Dios y sus virtudes darán el porvenir á nuestros hijos». Y Dios oyó y acogió estas palabras.

Los que las pronunciaron las cumplieron fielmente y las sellaron con sangre. Las generaciones que les suceden repiten con ardor el mismo voto, y reciben el legado de Mayo para trasmitirlo á sus hijos.

¡Cuan inmensas fueron ya las adquisiciones derivadas del santo juramento de aquel día, tanto mayores cuanto que no son exclusivas á la América! Es un suceso universal por excelencia, aquel que ha presentado al género humano un mundo nuevo á la libertad y al pensamiento, sofocado por el peso de los siglos entre los límites estrechos del mundo viejo. (Nota del poeta).

Ya el Plata no se enpina del profundo
A ver la Roma del naciente mundo,
Y á sus olas indómitas desciende,
Y en las arenas sin valor las tiende.
Ya en las grietas del Andes no se interna
Derrumbada la nieve sempiterna,
Porque no hay otra vez quien de la cima
La arroje y ledo la montaña oprima (2):

(2) El 20 de Enero de 1817, el Ejército Argentino, al mando del general San Martín, salió de Mendoza hacia las cordilleras de Uspallata, Aconcagua y Planchon; y el 11 de Febrero cayó al valle de Aconcagua en el territorio de Chile. Esta empresa gigante como el terreno en que se había ejecutado debía ser coronada por la victoria, como un homenaje debido al genio audaz del general San Martín; y el 12 del mismo mes, las cuestas de Chacabuco sintieron marchar los escuadrones argentinos por una vertiente de sangre enemiga, derramada con denuedo en una de las más hermosas de nuestras batallas.

Pero mucha sangre argentina debía derramarse por la independencia del nuevo mundo; y aun no se habían recogido los frutos de la jornada de Chacabuco, cuando Cancha Rayada dió al ejército del rey una completa victoria. Todo entonces parecía perdido. Derrotado ese ejército argentino, dueños de Chile los españoles, los americanos perdían repentinamente la ofensiva en la cuestión de su independencia. El Perú quedaba inconquistable; las Provincias Unidas, amagadas por el Occidente y por el Norte, habrían tenido que reconcentrar sus medios de acción en su territorio únicamente, y Colombia se habría limitado apenas á una guerra parcial. Toda la América se presentaba en detalle á los ejércitos realistas, y tal situación podía serle funesta en poco tiempo.

Pero peleaba por la causa más santa de los pueblos, y una derrota fué siempre para los patriotas el preludio de una victoria.

El ejército derrotado en Cancha Rayada, fué pocos días después vencedor á las orillas del Maipú. Los chilenos han acusado al general San Martín de haber ejercido actos de despotismo sobre el pueblo, para la reorganización de su ejército. Entre tanto, una batalla era entonces una necesidad de vida ó muerte, y la de Maipú afianzó para siempre la independencia chilena, y volvió la cuestión americana á su verdadero equilibrio.

Libre Chile, ese mismo ejército que había escalado los Andes, atravesó el Mar Pacífico para libertar al Perú, defendido por los más hábiles generales y los mejores soldados españoles que ha tenido la América. La empresa rayaba casi en la temeridad, y la guerra se hizo larga y sangrienta. Pero el ejército argentino fué saludado al cabo con el título de Libertador del Perú.

No hay un palmo de terreno en la América del Sur, antes española, que no haya sido sombreado por la bandera azul y blanca; y—¡cosa original!—no hay un solo estado que haya auxiliado al pueblo argentino, cuando fatigado con los esfuerzos que hizo por la libertad de todos ellos, cayó bajo la mano de fierro del despotismo. Entre tanto, es mas desgraciado Buenos Aires bajo la dictadura de Rosas, que lo eran aquellos bajo el dominio español, cuando Buenos Aires fué en su auxilio.

«Es una cuestión de libertad civil, dicen: y no tenemos derecho de intervenir». Pero, ¿en qué código público se encuentra el derecho que tuvo Buenos Aires para intervenir en la cuestión política de la independencia de los otros Estados? El resultado vino á justificar esa intervención: y el beneficio que Buenos Aires habría reportado del auxilio de sus hermanos.

Ya para el cóndor en la sien su vuelo,
Y ese invasor intrépido del cielo,
Ya no vuela á esconderse entre la nube,
Al ver que raudo de la falda sube,
Labrando las pedrosas cordilleras
Un mundo de guerreros y banderas.

¡Patria! ¡Patria del alma! con tu espada,
El Atlas de la América admirada
Trazaste en la pelea. Repartiste
Los montes y los ríos; y volviste
A reposar la sien en sus laureles.
¡Grande fué tu misión! Grandes y fieles,
La llenasteis vosotros, los que hermosa
Visteis la luz de una época dichosa:
Ya la época pasó!...
Dormid con ella
A los celestes rayos de la estrella
Que alumbrará eternal en la memoria,
La época, con vosotros, y su gloria.

Siguió tras ella, como al claro día
Siguen las horas de la noche umbría,
La época del dolor. Del mundo es esa
La eterna ley que sobre el mundo pesa.
Una edad á otra edad se precipita,

---

habría justificado del mismo modo, y convertido en derecho, la intervención de ellos en su lamentable situación presente.

Mas todo esto es el resultado de la época de transición en que vivimos. Los pueblos de la América conocerán más tarde la necesidad vital de defender y proteger mútuamente sus derechos; y que los principios públicos de la Europa, no son aplicables en muchos sentidos á la América. Esta es una de las razones que han hecho nacer en el autor del PEREGRINO, esa fe robusta en el porvenir americano, que respiran sus cantos.(N. del A.)

Y en el rápido empuje inhabilita
Y destruye y derrumba el edificio
A la edad que pasó grande y propicio.
Su ley es destruir; destruye, mira,
Completa su misión, y alegre espira.

Otra generación viene tras ella,
Y para edificar halla en su huella
Escombros humeantes todavía,
Sin plan, ni base, ni favor, ni guía.

La misión de tumbar solo es de UNA;
La ley de edificar pesa importuna
De diez generaciones en los hombros.
¡Ay de aquella que en medio á los escombros
Nace; al caer el edificio al suelo,
Y entre caos de ¡vivas! y de duelo,
Buscan sus ojos el color del día
Y hallan las sombras de la noche umbría!
¡Ay de la reacción que la atropella!
¡Ay de su porvenir la incierta estrella!
¡Ay de tus hijos, que en furor contínuo,
Cual verdes hojas de tumbado pino,
Sacude oh Patria el vendabal de Mayo!
El quebró con el ímpetu del rayo
La cadena de fierro de dos mundos;
El levantó en sus vuelos furibundos
El porvenir del suelo americano,
Bello como su cielo soberano,
Inmenso cual sus montes y sus mares:

El ungió nuestra frente en los altares
Con las glorias del tiempo venerado:
El nos legó la gloria del pasado,
Y á los hombres que vengan la fulgente
Gloria del porvenir. Pero el presente,
Eco rudo de bélico estallido,
Ultima convulsión, postrer quejido
De nuestra vieja lamentable vida;
Destello fatuo, emanación perdida,
De la pasada edad, que vaga incierto
Entre los miembros de su cuerpo yerto,
Y asusta y cruza con su luz siniestra,
Solo nos cupo por desgracia nuestra.

¡Luchar y padecer!—Es un tributo
Que aún le pagamos á tu edad de luto:
Holocausto de sangre y de reposo
Por las primicias de tu tiempo hermoso;
Y nosotros, sufriendo los rigores
Del crudo tiempo en la estación de flores,
Le rendimos doquier, lejos del Plata,
¡Oh, madre hermosa! sin llamarte ingrata.

Ahí va Cárlos, proscripto y peregrino,
Sobre la popa del nadante pino...
La arpa en las manos, con el alma herida,
Sin patria, sin hogar y sin querida,
A merced de las ondas y los vientos;
Fijos en Dios sus altos pensamientos,
Y con la fe del corazón cristiano
Esperando del mal el bien lejano.

¡Cinco lustros de vida solamente!...
¡Y de tanto sufrir ni el dolor siente!

Un pueblo hermano á su feliz ribera
Llegar proscripto sin hogar le viera;
Y allí un destello de esperanza vana
Profetizó la libertad cercana
De su patria infeliz. Mas ¡ah! ¿la hoguera
Del ángel de la muerte reverbera
Su fuego por el mar? Sobre la espalda
De los cerros los mantos de esmeralda
Cambiaron su color? Piedad, ¡Dios mío!
¡Es SANGRE nada más! El ancho río,
Las colinas, las sierras y los llanos
Sangre muestran doquier. Sangre de hermanos,
Que de inocente ó de malvado pecho
La derraman sus venas, sin provecho
Para la libertad... Del tiempo es ella
No de las lanzas ni sangrienta huella,
Y en el tiempo vendrá... Mas ¡ay! se escucha
Fatídico el cañón, arde en la lucha
El fuego nada más de las pasiones:
¡El Plata es un volcán! los corazones
Rudos palpitan de venganza henchidos,
Y ni de vencedor ni de vencidos
La suspirada libertad se escuda
Entre el caos de la victoria ruda.

¿Qué es del cantor allí?—Dulce suspira
Un himno melancólico su lira,

Y el trueno de la pólvora vibrando
Ahoga el acento melodioso y blando
Como á orillas del mar muere un gemido
De las ondas al áspero bramido:
Como la voz de la torcaz medrosa
Entre las ramas de la selva hojosa,
Cuando los vientos desatados zumban
Y las palmeras con furor derrumban.
¿Qué es el poëta allí? Lo que el navío
Presa de calma sobre mar bravío,
Que combatido del empuje fiero
Y cargado de paño el mastelero,
Fijo y convulso está sobre el abismo,
Luchando, sin andar, consigo mismo.
¡Carlos! es aire para él de vida,
Unica luz, la libertad querida!
Era pesado el aire que aspiraba
Y al alma dentro el pecho sofocaba.
Suspiró entonces con amargo duelo,
Miró del plata el azulado cielo,
Y ocultando en el alma sus pesares
¡Adios! le dijo; y se lanzó á los mares

¡Magnífico Brasil! tú le has mirado
En sus tristes recuerdos sepultado
A las orillas de tu mar tranquila,
De lágrimas bañada la pupila,
Fija del horizonte en los celajes,
O en tus bellos fantásticos paisajes.
Te pronuncia un ¡adios! ¿No ves? su lino

El Fénix desplegó, y el PEREGRINO
Oirá quebrarse en la atrevida proa
Las ondas saludadas por Balboa.
Tibio su pecho cual su tibia brisa,
Ni un suspiro de amor ni una sonrisa
Al dejar tus riberas te regala;
Nadie tampoco con amor exhala
Un suspiro por él: miró tus flores
Y no sabe contar de sus olores.

Ya las olas Atlánticas surcando
La erguida nave, en movimiento blando
Se columpia en el piélago espumoso,
Como cándido cisne majestuoso.
Al sur volviendo la filosa prora
Mira á su izquierda el trono de la Aurora,
Y á su diestra las nubes de occidente,
Coronando de América la frente.

Dadas las velas á merced del viento
Se desliza en el líquido elemento
Como esas blancas ilusiones bellas
Que pasan raudas sin dejar tras ellas,
En el mar de la inquieta fantasía,
Más que un eco espirante de armonía.

Cárlos, en tanto, pálido, sombrío,
Reclinado en la popa del navío,
Está fijo en los vastos horizontes,
Contemplando de América los montes,

Como, bajo un ciprés, frente á una losa,
Llora el esposo la perdida esposa.
Descubierta la sien, flota el cabello
En negros rizos sobre el blanco cuello,
O la pálida frente le descubren
Y con sus hebras otra vez le cubren;
Cual de la selva el trecho despejado,
Por la luz de la luna plateado,
Las movedizas hojas del ramaje
Sombrean con su fúnebre celaje.
¡Silencio! ¿no lo veis? *Cárlos* suspira...
Su rodilla dobló... sus ojos gira,
Rayos vertiendo de celeste lumbre,
Cual si en el alma rica muchedumbre
De fúlgidos diamantes esparcida
Reflejase su luz... Vedle: oprimida
Tiene su lira en la convulsa mano;
Y animado de impulso soberano,
Hiere sus cuerdas.—¿No escuchais? Su acento
Nos trae vibrando el conmovido viento:

CANTO DEL PEREGRINO

LA AMÉRICA

Dirán: esa tierra inculta se ha vuelto un paraíso.

Ezequiel.—(Cap. XXXVI)

América es la virgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad;
Y de su tierna frente la estrella se levanta
Que nos dará mañana radiante claridad.

No hay MAS ALLÁ en los siglos á la caduca Europa,
Que al procurar mañana se encuentra con ayer;
Bebió con entusiasmo del porvenir la copa,
Y se postró embriagada de gloria de poder.

La gloria quiere vates, la poesía glorias:
¿Por qué no hay armonía, ni voz, ni corazón?
La Europa ya no tiene ni liras ni victorias:
El canto espiró en Byron, la gloria en Napoleón.

Los tronos bambolean y el cetro se despeña;
Los pueblos quieren alas y se les clava el pie;
El pensamiento busca del porvenir la enseña,
Y no halla sino harapos del pabellón que fué.

Hay tumba á las naciones. Se eleva y se desploma
La Grecia que elevara sus sienes inmortal;

Al mundo hallaba chico para hospedarse Roma,
Después murió en el nido de su águila imperial.

¿Adonde irá mañana con peregrina planta
La Europa con las joyas de su pasada edad?
América es la virgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad.

¿Qué importan del presente los días lastimeros,
Cuando el pasado es lleno de gloria y esplendor,
Y á quien por vida cuenta los siglos venideros
Que borrarán, pasando, las huellas del dolor?

Salpique á los bridones la sangre de los llanos,
Y en medio á la tiniebla se hieran—está bien:
La niña coje flores, é hiriéndose las manos,
Trabaja una corona para su blanca sien.

Hasta el presente ingrato la servirá de gloria
Cuando los tiempos viva de porvenir mejor;
Pues que verá en nosotros para hermosear su historia
Dramática epopeya que inspirará al cantor.

Quedad entre leyendas y hermosas tradiciones,
España, que dormíais con mundos á los pies;
Quedad como el guerrero que cuenta sus blasones,
Y honrosas cicatrices, cayendo de vejez.

Quedad, altiva Francia: la luz del pensamiento,
Que destellando chispas en vuestra sien está,
Mañana, cuando el tiempo le saque el alimento,
Sobre el naciente mundo la llama prenderá.

Quedad, vieja Inglaterra: ha mucho los *Leopardos*
Encrespan la melena, sin levantar la sien;
Que, al procurar el pueblo de Alfredos y Ricardos,
El pueblo de las *cifras* y mercaderes ven.

Quedad, mundo europeo: ennoblecido padre
De tiempos que á perderse con el presente van;
Quedad, mientras la mano de América mi madre
Recoje vuestros hijos y les ofrece el pan.

¿Qué importa? ¡eh! ¿que importa? Si no vienes de guerra,
Nosotros te daremos donde segar la mies;
Para que nazcan pueblos tenemos, si, más tierra
Que espacio para estrellas sobre las cielos ves.

Tus hijos en nosotros encontrarán hermanos,
El sable se ha tirado después de combatir;
Venid y cultivemos con fraternales manos,
La prometida tierra del bello porvenir.

América no puede ser libre todavía,
Porque su herencia ha sido bastarda oscuridad;
No temas, no; mañana cuando despunte el día,
Fijando sus destinos, verás la libertad.

América que se alza sobre columnas de oro,
América la joya del universo es:
La miro y me envanezco; y al contemplarla, lloro...
¡Sus montes á mis ojos, sus mares á mis pies!

América es el arca que al porvenir humano
Contiene misteriosa y un día se abrirá;

Entonces el Eterno levantará en su mano
La herencia de los hombres que prometida está.

La libertad, el genio, la paz, la poesía,
En tronos de alabastro levantarán la sien;
Y lleno de esperanzas, como la luz del día,
El corazón del hombre palpitará también.

No son dorados sueños de mi alma americana;
Son leyes que promulga para los pueblos Dios,
Escritas en las cosas donde la mente humana
Estudia y desenvuelve profética la voz:

Los Andes cuya frente se junta con el cielo,
Mientras sus plantas de oro dentro del mundo están;
Su cóndor, que se duerme sobre el eterno hielo
Mientras chispea y brama la fragua del volcán;

Las mantas del desierto sin fin, sin horizontes,
Donde discurre el potro sin freno ni señor;
Los vientos sin estorbo; los ríos y los montes
Inmensos, solitarios, sin hielos ni calor;

Las vírgenes llanuras, el oro y los diamantes
Bullendo en el arena de arroyos de cristal;
Los perfumados bosques, y por doquier gigantes,
Con sienes de esmeralda y entrañas de metal;

Quince años de batallas por montes y por llanos,
Un mundo despertando al trueno del cañón;
Quince años de victorias, hasta lavar sus manos
En sangre de opresores los nietos de Colón;

Veinte años lamentables de fratricida guerra,
Para acabar la herencia del español así;
Generaciones nuevas, que al saludar su tierra
La traen las esperanzas y porvenir en sí;

De la caduca Europa la hidrópica colmena,
Que se deshace al peso de su miseria ya,
Y en bandos se avalanzan sus hijos al arena
Que compasiva y rica la América les dá;

Son estos los bellos
Eternos emblemas,
Las ricas diademas
Que tienen escrito
Con lumbre esplendente,
Que en pos del presente
De América oscuro,
Vendrá en lo futuro
La aurora risueña
De la libertad.

En ellas traslucen
Altivos, prolijos,
Los huérfanos hijos
Del inca, los días
Que Dios les reserva
De gloria y de amores
Así que den flores
Las ricas, veladas,
Semillas doradas
De la libertad.

Figuras tan bellas
Irritan la mente
Del pueblo, y en ellas
Se crea impaciente
Celestes visiones,
Que tras las edades,
Y tras las pasiones,
Serán realidades
Que afirmen el trono
De la libertad.

Tuyo es el porvenir, reina del mundo,
Inmenso cual tus montes y tus mares,
Y de esperanzas y de luz fecundo
Cual tu cielo y tus bellos luminares.

Alza la sien orlada con tu gloria,
Y verás tras las ondas del Oceano,
Que el mundo de los reyes y la historia
Cabe entero en el hueco de tu mano.

Tuya es la paz del mundo venidera,
Cuando del genio la defienda el brazo,
Y clave para siempre su bandera
En la cúspide azul del Chimborazo.

Tuya también la dulce poesía,
Virgen como tus ríos cristalinos,
Así que lejos de la noche umbría
Alcen las aves sus celestes trinos.

Cantará, por tus selvas inspirado,
El joven trovador; y conmovido,
Abriendo el inca su sepulcro helado,
Su sombra se alzará con el sonido.

Y los héroes de Mayo que en la cima
Duermen del Andes con su nieve presos,
Al oir los nombres de Ayacucho y Lima,
Pondrán de pie sus entumidos huesos.

Tuya es del porvenir la poesía,
Que del sol á el arena de tus mares,
Todo está misterioso todavía,
Virgen al corazón y á los cantares.

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres
No ha sorprendido el ojo del poeta,
Ni el bello original de tus mujeres
Ha encontrado una tinta en su paleta.

Mas brotarán una inspirada frente
Los jardines de América encantada,
Que alumbre el sol ecuatorial ardiente,
O la luna del Plata desmayada;

Cantará de su madre la hermosura,
Hoy con las cataratas en concierto,
Mañana de una selva en la espesura
Con el susurro de la brisa incierto.

¡Ah quién me diera renacer la vida
En esos días de mis sueños de oro

Y escuchar, con el alma enternecida,
De tus poëtas el excelso coro!

Mas ¡eh! no importa. Los escucha, siente
Su voz mi corazón, y yo, mendigo
De patria y libertad en tu presente,
Madre del porvenir, yo te bendigo.

Bendita mil veces la sangre que un día
La selva y el prado y el monte teñía,
Luchando tus hijos y el viejo león:

Bendita la selva y el llano y el viento
Que oyeron del Andes crujir el cimiento,
Al trueno contínuo del rudo cañón.

Benditos aquellos que un mundo nos dieron,
Y en medio al combate, sin vida cayeron
En charcos de sangre posando la sien.

Por ellos alzamos soberbia la frente,
Por ellos decimos: es nuestro el presente,
Y nuestros los siglos que vienen también.

Por eso, bendito quien dice orgulloso:
Nací bajo el cielo de América hermoso,
Y siento, al decirlo, la sangre latir.

¿No veis? ¿No parece que el Andes se empina
Por ver impaciente si el alba ilumina
Los tiempos hermosos que están por venir?

Vendrán, y el infelice
Proscripto Peregrino alza su mano,
Descubierta la frente,
Y de en medio á las ondas del Oceano,
Olvidando el presente,
Madre de lo futuro te bendice.

CANTO SEGUNDO *

Hay una edad en la vida,
Cuyo hechizo y cuyo nombre
Solo los comprende el hombre
Después que pasó la edad.
¡Ay! cuando da solamente
Un recuerdo á la memoria,
Como el sol desde Occidente
Un rayo de claridad.

---

* *Sr. D. Luis L. Dominguez.*

Cada uno de los *Cantos* de este Poema lleva el nombre de alguno de mis amigos, ó el de mi patria: son los títulos de nobleza con que dignifico mi *Peregrino.*

Necesito el nombre de un poeta para condecorar este *Canto*, escrito en el lenguaje íntimo del alma: y Vd. que lo ha honrado tanto con las sentidas estancias que le inspiró su lectura (1), me permitirá escribir el suyo y habrá en una sola página, para Vd., y para mí, el doble recuerdo del poeta y del amigo.

Mármol.

Montevideo, Abril 24 de 1847.

(1) ¡Bello, bello, vive Cristo!
Mil veces bello es tu canto,
Déjame secar el llanto
Que me arrancaste, cantor!
Deja que vuelva á estas hojas,

Edad que, en muchos, tan luego
Como comienzan sus años,
La hieren los desengaños
Y muere casi al nacer,
Quedando el cuerpo en aurora
Y el alma sin ilusiones,
Cual una flor inodora
Con hojas en rosicler.

Edad donde entramos todos
Con los besos maternales
Y los sueños virginales
De la alegría infantil;
Edad de donde salimos
Siempre huérfanos y tristes,
A soñar lo que perdimos
En pesadilla febril.

¡Y dichoso quien no lleva
Incrustado en la memoria,

Y á leer en cada una de ellas
La historia de mis congojas,
Los recuerdos de mi amor.

¡ Aqui hay verdad, aqui hay fuego !
¡ Por Dios, que esto es poesía !
Esto es lo que yo querría
De todo poeta oír.
Parece que estas palabras
Del alma misma han nacido;
Dichoso tú que has sabido
Así al hombre traducir.

Al acabar la primera lectura que he hecho del segundo canto del PEREGRINO, de Mármol, he escrito estos versos.

Luis L. Domínguez.

Montevideo, Abril 23 de 1847.

Un recuerdo de su historia
Torcedor del corazón;
Y al recordar de su vida
La juventud borrascosa,
No siente abrirse una herida
Por negra recordación!

Edad que una mar bravía
En débil barca navega,
Y más con las olas juega
Cuanto es más el huracán;
Y más canta barcarolas
De triunfos de amor y gloria,
Cuanto más bravas las olas
En torno á la barca están.

Edad sin llanto, que vuela
En blanca nube de incienso,
Y siempre horizonte inmenso
Descubre ufana doquier:
Que solo siente desvelo
Por el placer que la espera,
Viendo en la gloria su cielo,
Y su mundo en la mujer.

Unico tiempo que puede
Llamarse vida en el hombre,
Pues no merece tal nombre
El tiempo que viene en pos:
Muerte lenta y fatigosa
De cuanta ilusión florida,

De cuanta ambición hermosa
Nos puso en el alma Dios.

Y todavía es más dura
Esa muerte que camina,
Cuando el hombre peregrina
En su primer juventud;
Y lleno el cuerpo de vida,
El alma desencantada
Está del mundo aburrida,
Presa de su ingratitud.

Entonces solo el recuerdo
De nuestra pasada historia
Nos viene á herir la memoria
En medio á la soledad;
Y echamos tristes de menos
Aquellas tan raudas horas
En que gozamos amenos
Días de felicidad.

Entonces damos su precio
A todo cuanto perdimos,
Y no volverá, decimos,
El tiempo perdido ya.
Y allá en la tarde tranquila
Cuando la mente recuerda
¡Cuántas veces la pupila
Llorando el recuerdo está!

Entonces quedais vengadas,
Vosotras, pobres mujeres,
Que os pagan vuestros placeres
Con largos tragos de hiel.
Angeles en sacrificio
Sobre el pantano del mundo,
Que en el rodar de un segundo
Perdeis las alas en él.

Vosotras, que, si amais mucho,
Os acusa el mundo loco,
En tanto que, si amais poco,
Os acusa el amador.
Vosotras, pobres mujeres
Que tanta lágrima os cuestan
Los más cándidos placeres,
Si son placeres de amor.

Vosotras, tan inexpertas,
Tan tristemente engañadas,
A la fin quedais vengadas
Por el mismo que engañó.
Pues un tiempo al fin vivimos
Tan árido de ilusiones,
Que ansiamos cuanto perdimos
Y el alma desconoció.

Entonces ¡ay! comprendemos
Vuestros nobles sacrificios,
Y aquellos días propicios
De tan rápido existir;

Y el prisma de la distancia
Nos hace veros más bellas,
Y llorar nuestra inconstancia,
Y vuestro amor bendecir.

Porque en aquesta campaña
Que hacemos desde la cuna,
Va de escolta la fortuna
Y de vanguardia el dolor.
Y así, á medida que vamos
Caminando sobre el mundo,
A aquellos que atrás dejamos
Dámosle precio mayor.

Se echa de menos la infancia
En la juventud, y luego
De ésta lloramos el fuego
Cuando extinguirse se ve.
Y siempre yendo más lejos
En el viaje de la vida,
Niños, jóvenes y viejos,
Lloramos por lo que fué.

El sol que claro alumbrara
La senda del Peregrino,
Se oscureció en su camino
Al punto de amanecer:
Y acaso allá en su memoria,
Sin haber nunca engañado,
Suele mezclarse á su historia
La imagen de una mujer.

—

En las llanuras solas
Vibrado había el último sonido
De la inspirada lira, y conmovido
Lo hizo rodar el mar sobre las olas,
Bañado de armonía
Los mil colores de la luz del día:

Guardaba el sol los rayos de su frent
En las doradas nubes de Occidente,
Y un crepúsculo incierto
Daba su luz al piélago desierto.

La brisa de la noche
Tendió después sus alas al espacio,
Y á la par que en los ámbitos vagaba
De su inmenso palacio,
Las nubes y las ondas agitaba;

Y la bizarra nave,
Dividiendo colinas ondulantes,
En su curso suave
Formaba en pos de sí y á sus orillas
Alfombras amarillas
De fugitivos granos chispeantes.

Y el joven *Peregrino,* reclinado
En la elevada popa, contemplaba
La onda que fugitiva se alejaba,
Llevando de su pecho lacerado
Los amargos recuerdos del pasado

Que en la mísera vida
Por talismán secreto, indefinible,
Más al dolor el corazón anida,
Cuando en hora apacible,
Irritada la sien y el pecho yerto,
Vemos el mar, las nubes ó el desierto.

Dios en sus insondables creaciones
Para cada dos almas tiene un molde;
Al punto de nacer el molde quiebra,
Y de las almas corta
Una sútil imperceptible fibra;
Y arrojadas después al laberinto
De la vida y el mundo, á que al instinto
Cada una de ellas su sendero siga,
Cada cual busca por distinta huella,
De las almas, aquella
Que el mismo soplo de existencia abriga.

El hallarla es el bien sobre la tierra;
Y el tormento mayor que el alma encierra,
Es vagar peregrina,
Mirando una por una,
Sin hallar en ninguna
La que en el temple de su amor se afina.

Pero Cárlos la halló. Mujer hermosa
En el virgíneo seno la encerraba
Como al perfume la pintada rosa.
María ¿dónde estás? ¿dónde se fueron

Los célicos momentos de ventura
Que nuestras almas apurar supieron?

¿Los recuerdas, mujer? El tiempo adverso
Rodaba sin poder á nuestros ojos,
Y mustio el sol ardiente,
Y mustio el universo,
Lo que no era el amor eran despojos
De una otra creación indiferente.
Y en tus ojos los suyos embebidos,
La fantasía y la pasión tranquilas,
Callaban los sentidos,
Y conversaba el alma en las pupilas.

No había entre los dos sino el presente;
Que no hay para el amor tiempo pasado
Ni porvenir, cuando á la par se siente
Confundirse el aliento enamorado.
Con el fuego del alma se evapora
La amarillenta nube
Que el cielo del pasado descolora,
Y á un soplo del amor, desecha sube
La condensada niebla
Que el horizonte del futuro puebla.
¡Ay del que en brazos de mujer querida
Piensa en mañana y el presente olvida!
¡Ay del que mira la azucena en broche
Y osa pensar lo que será en la noche!

¡Que fuera, sí, del corazón humano,
Si en medio del placer pensar debiera
Que al rodar un minuto,
Esa chispa ligera
Del tiempo inexorable
Vase á perder en el eterno luto!
¡Que fuera si en los brazos reclinado
De su ídolo adorado,
Por el ebúrneo cuello
Derramando su espléndido cabello,
Matizados de nieve presumiera
Los rizos de la negra cabellera,
Y á par de la vejez mirase luego,
Yerto también del corazón el fuego!

El amor atesora
Como las flores, fugitiva aurora;
Tiene un sol que le abate y acongoja,
Y una noche también que le deshoja.

Ven á mis brazos, ven: yo quiero en ellos
Vivir soñando en ilusión florida,
Pues soñar es vivir, y son los bellos
Sueños del corazón los que adormecen,
Y el desierto embellecen
Do errante vaga la infecunda vida.
Ven á mis brazos, ven: que parta el rayo
Y rudo quiebre el pedestal del mundo,
Que yo á tu lado, en celestial desmayo,
A Dios no veré tanto en los enojos

Que la tormente apura,
Como en la lumbre pura
Que brota el fuego de tus dulces ojos.
Así en instantes de pasión decía
El joven trovador á su María,
Imprimiendo en su frente
Y en su preciosa boca el labio ardiente.

Y luego su cabeza
Con vértigos de amor buscaba el seno
Que de suspiros lleno
Con fuerza palpitaba,
Resaltando del ángel la belleza,
En quien la vida al corazón bajaba,
Y, sin sangre el semblante,
Contrastaba en la pálida mejilla
El azabache de sus tiernos ojos
Con el brillo azulado del diamante;
Ojos que de placer se adormecían;
Miradas que de amor desfallecían.

¡Como era entonces bella!
¡Como sublime resaltaba en ella
Esa lucha del alma y los sentidos,
Esos esfuerzos santos, escondidos
Del alma en lo profundo,
Con que defiende su perfume de ángel
La tímida hermosura sobre el mundo!

¡Como era entonces bella!
Para su copia fiel no alcanza el arte,

Que al pincel faltaría
De sus tintas de luz la mejor parte:
Para dar á sus ojos la dulzura,
Y el cincel del romano quebraría
Los detalles del mármol florentino
Antes de dar al cuello y la cintura
La gracia leve y el contorno fino,
Antes de dar al seno
Las redondas ebúrneas proporciones
Que, cual ondas de leche en mar sereno,
Al respirar ondulan suavemente,
Dejando trasparente
El movimiento blando
De su sangre en las venas circulando.

Crepúsculos, callad: callad, estrellas,
La historia de dos almas que vosotros
Y los cielos no más han conocido.
Para amar y sufrir nacieron ellas
En un mundo de amor desconocido,
Donde la luz del día
No penetró jamás. La noche umbría,
La luz crepuscular desconsolante
Y el fugaz soplo de la vida errante,
Testigos fueron de su amor un día.

Si la vista profana
El misterio alcanzó de sus amores,
Algo alcanzó de Dios. ¡Ay no confundan
El terrenal amor de alma liviana

Con el amor de Carlos. Cojan flores
Y coronen la sien de su María,
Pura como el albor de la mañana,
Como el rocío de la noche fría
Sobre las hojas de una flor!
Ninguna
Más pura y virginal entre los brazos
Suspiró de un amante. Más amada
No hubo tampoco criatura alguna;
Ni más libre de lazos
Hubo mujer al mundo más ligada.

¿ Bendición sobre tí! Yo te procuro
Como el huérfano niño á su amorosa
Y virginal hermana. Al pecho mío
Llega tu voz amante, como llega
Un consuelo de Dios, cuando depliega
Su melodiosa voz órgano santo
En el sagrado templo, y sube el canto,
Entre nubes de incienso á los altares,
Eclipsando los pardos luminares.

Eres mi Dios, mi hermana, mi querida,
Y mi esposa también. Palabras santas;
Dádivas del Señor para la vida,
Puras como las lágrimas del niño,
Tiernas como los besos de la madre;
Palabras, sí, que el corazón no miente,
Riquezas de cariño
Con que adorna mi amor tu blanca frente.

¿Qué tengo yo sin tí? penas y llanto;
Llanto frío, infeliz, sublime y santo,
Porque lloro de amor. Tú mi primera
Impresión en la tierra, tú tendiste
Mano de compasión al Peregrino,
Y tierna y hechicera:
Ven hacia mí, dijiste,
Arrojando una flor en su camino.
¿Y olvidarte podré? ¡Mujer hermosa!
No se olvida la fuente del desierto
Que nos calmó la sed, ni la primera
Sonrisa del amor.

Así decía
El joven trovador á su María,
Y de placer lloraba,
Y en sus amantes brazos la estrechaba;
Y al mirarla tan bella, conmovida
Como la sensitiva al tacto humano,
Estrechando su mano,
Repetía su voz: Luz de mi vida:
¿Quién mas bella que tú? ¿Quién mas querida?
Al mirar tu beldad siento mi pecho
Para mi amor estrecho;
Y mi voz de mortal, débil y fría,
Para decir te adoro,
Derramando á tus pies ardiente lloro.

Y María temblaba,
Y Carlos en sus brazos la estrechaba.

Porque ese Carlos, insondable foco
De perpetua inquietud y de inconstancia
Que allá en su joven pensamiento loco
Ama para olvidar, y se recrea
En desechar la idea
Que antes buscaba el corazón con ansia;
Alma que vive en perdurable hastío,
Por largas horas de martirio llenas,
Que al lado del calor percibe frío,
Y en medio del placer inventa penas;
Que vuela, busca, ve, toca, delira,
Y cuando está en su mano
La posesión de lo que inquieto aspira;
Por algo más lejano
Su veleidoso corazón suspira.
Que por estar en su alma las pasiones,
Envidia los tranquilos corazones,
Como al gozar sociego
La fiebre envidia de amoroso fuego;
Esa alma chispa, exhalación de rayo,
Sin rumbo cierto entre la noche umbría,
Se convirtió en desmayo
Ante el célico amor de su María.

No era ese amor frenético y ardiente
Que arrebata la calma,
Más que del corazón de los sentidos:
Era esa tierna abnegación del alma,
Que ni siente placer, ni dolor siente,

Sino en el alma del objeto amado:
Era ese amor de Dios sobre la tierra
Lo que el bardo infeliz tuvo y encierra.

Y ¿durará ese amor? Es muy sublime,
Para que dure mucho, el entusiasmo
Todo deja de ser, y en los amores
Solo el materno amor jamás perece.
El amor degenera: á sus ardores
Sigue la calma, y en la calma luego
La amistad aparece,
Mas duradera si con menos fuego.

El corazón es árbol de afecciones
Que florece en diversas estaciones:
Hoy se agostan sus flores,
Y otras mañana lucen sus colores.
Ley de inconstancia, triste,
Pero ley eternal de cuanto existe.

Esa misma María,
Sin olvidar á Carlos, quizá un día
Sienta en su corazón inquietud nueva;
Y el mismo Peregrino,
Sin olvidarla—pues jamás se olvida
La primer falta ni el amor primero—
Allá en los giros de su errante vida
Halle quizá otra flor en su camino;
Y él ama todavía
Con entrañable amor á su María.

¿Por qué se mira pálida su frente,
Y húmeda la pupila,
Fija en la última luz que el occidente
Derrama apenas por la mar tranquila?
¿Qué linea cruza sobre el alto cielo,
Desde el bajel hasta el lejano suelo?
¿Qué tierra estará allí? ¿Qué larga vía
Le aparta del lugar do su inclemencia
Radiante ostenta el luminar del día,
Y do convino la obstinada ciencia
De pensador profundo
Hacer mitades del tarraqueo mundo?

¡Ah! esa enlutada nube
Que mira, en el confin del Plata sube.
Allí Montevideo...
Y el Peregrino al occidente mira,
Porque en su misma latitud respira.

Allí Montevideo:
Tierra del Plata do pisó extranjera
Toda la patria de la opuesta orilla,
Cuando en su misma tierra alzada viera
Sobre su noble frente la cuchilla;
Cuando huyó del recinto de su gloria,
Llevando la memoria
De sus tiempos benditos
En dos generaciones de proscritos.

Eres, tierra Oriental, la historia viva
Del llanto y los pesares

De esas generaciones arrancadas
De sus patricios lares,
Por las manos de fierro
Del despotismo en sangre salpicadas;
Y de la llama activa
Y secreta de su alma, también eres
El libro en que ha guardado su destierro
Sus tan cortos instantes de placeres.

Cuando la libertad les vuelva un día
De su patria infeliz los brazos bellos,
Serán pocos aquellos
Que no lleven prolijos
Dulcísimos recuerdos de alegría,
Entre muchos recuerdos punzadores:
Eres de unos, la patria de sus hijos,
Y muchos, en el alba de su vida,
Sus primeros amores
Recordarán en tí y á su querida.

Allí Montevideo:
Ciudad que guardas su perdida amante,
Bajo tu misma latitud respira
El peregrino errante;
Y en medio de los mares,
Te recuerda su amor y sus pesares.
¿No lo veis? ¡Una lágrima! ¡Suspira!
Escuchad, escuchad... pulsa su lira.

CANTO DEL PEREGRINO

Á MARÍA

La misma línea del cielo
Cubre tu frente y la mía:
¿Qué haces ahora María
Mientras suspiro por tí?
Esos instintos secretos
De los corazones que aman,
¿A ver el mar no te llaman,
Pensando, María, en mí?

María, mi dulce amiga,
Mi angel de luz en la tierra,
¡Cómo en mi pecho se encierra
La imagen de tu beldad!
¡Cómo estás en mi memoria,
Cual un destello divino,
Que va alumbrando el camino
De mi negra adversidad!

El precio de tus amores
¡Cómo conozco en la ausencia!
Tienes toda mi existencia....
¡Bendita seas de Dios!
Fuiste mía por el cielo,

No eres mía por el mundo,
Mi corazón sin segundo
Te dice, del mar: ¡adios!

¡Y tan lejos! ¡sin oirnos!
No, María, habrá momentos
Que puedan los pensamientos
Del uno al otro volar;
Que conversemos en calma
Un lenguaje delicioso,
Que el corazón misterioso
Solo alcance á interpretar.

En medio á la triste noche,
Mira, mi bien, las estrellas,
Mis ojos también en ellas
Se fijarán con amor.
Su dulce trémulo brillo
Me recordará tus ojos,
Tus repentinos sonrojos,
Tus gracias y tu pudor.

Propicio á nuestros amores
A ellas nos concede el cielo,
Como un espléndido velo
En la frente de los dos;
Mientras faltes á mi vista,
Como en un espejo terso
Te veré en el universo,
Y escucharé hasta tu voz.

Tu voz en el blando arrullo,
De la brisa entre las hojas,
O en el plácido murmullo
Que hace el arroyo al correr;
Y aquel sello indefinible
Del pudor sobre tu frente,
Lo veré en esa apacible
Lumbre del amanecer.

En las sombras de la noche
Recordaré tus cabellos,
Y en los crepúsculos bellos
Tu meláncolica tez;
Veré en la tímida luna
El candor de tu semblante,
Y, cuando el sol se levante,
De tu sien la esplendidez.

Pondré rosas en mi seno
Para aspirar tu fragancia,
Y entonces ¿qué es la distancia
Si allí tu aliento también?
¡Allí! donde tu cabeza
Se inclinó pura y serena,
Cual la más blanca azucena
Que se dobla en el edén.

María, todo ha pasado,
Todo es recuerdo y despojos,
Pero no llanto ni enojos,
Sino valor quiero yo;

Tu alma semeja la mía
En las pasiones valiente,
Ten tan soberbia la frente
Cual la que el cielo me dió.

¿No has visto las recias olas
Rodar con ímpitu horrible,
Y la roca inconmovible
Su tenaz choque burlar?
Así es bello ver los golpes
Sucesivos de la suerte,
Y el alma, constante y fuerte,
Golpe por golpe parar.

Vive feliz en el mundo
Hollando flores tus pasos
—Si puede en el mundo, acaso,
Ser feliz una mujer—
No me recuerdes, María,
Quiero feliz tu destino,
Y el que cupo al Peregrino
Tiene llanto en el placer.

Yo que he visto, una por una,
De mi esperanzas las flores,
Ir perdiendo sus colores
Y acongojarse en su albor;
Yo que llevo el desencanto
Fijo, entrañado en la vida,
Como el dolor de la herida,
Como en la llama el calor;

Yo que volviendo á los hombres
Por un agravio otro agravio,
Tengo la risa en mi labio
Y el llanto en el corazón,
Sufriendo sobre mi rostro
Falsa y alegre careta,
Por esconder del poeta
El sello de su aflicción;

Yo que en el mar de este mundo
Dejo nadar mi barquilla,
Sin curarme de la orilla,
Oyendo al viento bramar:
Conservaré tu memoria
En lo íntimo de mi pecho,
Hasta que quede deshecho
Mi batel sobre la mar.

Solo te pido á estas hojas
La última gota de llanto,
Y quema luego este canto
Con lágrimas de los dos,
Unico ser que desmayas
La fuerza del alma mía:
¡Te quiero tanto María!
Bendita seas de Dios.

CANTO TERCERO *

PRIMERA PARTE

En medio de las sombras
Enmudeció la voz del PEREGRINO,
Y el rumor de las ondas solamente,
Y el viento resbalando por el lino,
Sobre el Fénix se oía,
Que, como el genio de la noche, huía
En las alas del viento tristemente,
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

En el siguiente día,
El Fénix navegaba
Sobre las ondas que el silencio turban
De la tranquila Pampa: EL PEREGRINO,

* *Al señor don Valentín Alsina.*
Su afectísimo amigo y compatriota.
José Mármol.

Julio de 1847.

Acabamos de ver, en la entrega tercera de la América Poética, algunos fragmentos de este canto, que en el Janeiro, dimos en manuscrito al distinguido editor de esa obra. Después hemos hecho algunas ligeras alteraciones en el texto, que no hemos tenido tiempo de transmitir al editor de la América; y de aquí resulta la diferencia que se hallará entre algunos de nuestros versos que él nos ha hecho el honor de publicar, y los que aparecen en esta edición.—EL AUTOR.

Montevideo, Junio 1847.

Con los brazos al pecho contemplaba
Los mares y los cielos de su patria.
Y acaso recordando,
Estaba, y comparando
La tropical naturaleza hermosa,
Que bajo un sol abrasador rebosa
De alegre poesía,
Con el frío y adusto mediodía.

¡Qué bello es al que sabe
Sentir con la natura,
Pasar al mediodía
Del circo tropical;
Y comparar el cielo
De la caliente zona,
Con el que tíbia pinta
La luz meridional!

¡Las trópicos! radiante
Palacio del Crucero, (1)
Foco de luz que vierte
Torrentes por doquier;
Entre vosotros toda
La creación rebosa
De gracia y opulencia,
Vigor y robustez!

---

(1) Constelación del Sur.

Cuando miró imperfecta
La creación tercera,
Y decretó el diluvio
Desde su trono Dios,
Naturaleza llena
De timidez y frio,
Huyendo de los polos
Al trópico subió.

Y cuando dijo: basta,
Volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo
Su nuevo porvenir:
Alientos de su boca
Los trópicos sintieron,
Y reflejarse el rayo
De su miralla allí.

Entonces como premio
Del hospedaje santo,
Naturaleza en ellos
Su trono levantó,
Dorado con las luces
De la primer mirada,
Bañado con el ambar
Del hálito de Dios.

Y derramó las rosas,
Las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas,
De mirtos y arrayán,

Las aves que la arrullan
En melodía eterna,
Y por su linde ríos
Mas anchos que la mar.

Las sierras y los montes
En colosales formas,
Se visten con las nubes
De la cintura al pie.
Las tempestades ruedan,
Y cuando al sol ocultan,
Lo mira de los montes
La esmeraltada sien.

Su seno engalanado
De primavera eterna,
No habita ese bandido
Del Andes morador,
Que de las duras placas
De sempiterna nieve,
Se escapa entre las nubes
A desafiar el sol.

Habitan confundidos
La tigre y el jilguero,
Tocanos, guacamayos,
El león y la torcaz.
Y todos, cuando tiende
Su oscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátil
En lechos de azahar.

La tierra de sus poros
Vegetación exhala,
Formando pabellones
Para burlar al sol;
Su luz no necesita,
Pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio,
Magnífico esplendor.

Naturaleza virgen,
Hermosa, radiante,
No emana sino vida
Y amor y brillantez;
Donde cayó una gota
Del llanto de la aurora,
Nace una flor, y de esta
Nace un jardín después.

Así como la niña
De quince primaveras,
De gracias rebosando,
De virginal amor,
No bien recibe el soplo
De enamorado aliento,
Cuando á su rostro brotan
Las rosas del pudor,

¡Los trópicos, el aire,
La brisa de la tarde,
Resbala como tíbio
Suspiro de mujer;

Y en voluptuosos giros
Besándonos la frente,
Se nos desmaya el alma
Con dulce languidez!

Mas ¡ay! otra indecible
Sublime maravilla
Los trópicos encierran,
Magnífica: la luz;
La luz ardiente, roja,
Clarísima, brillante,
En ondas se derrama
Por el espacio azul.

¿Adónde está el acento
Que describir pudiera
El alba, el medio día,
La tarde tropical,
Un rayo solamente
Del sol en el ocaso,
O del millón de estrellas
Un astro nada más?

Allí la luz que baña
Los cielos y los montes,
Se toca, se resiste,
Se siente difundir:
Es una catarata
De fuego, despeñada
En olas perceptibles
Que bajan del cenit.

El ojo se resiente
De su punzante brillo,
Que cual si reflejase
De placas de metal,
Traspasa, como flecha
De imperceptible punta,
La cristalina esfera
De la pupila audaz.

Semeja los destellos
Espléndidos, radiantes,
Que en torbellinos brota
La frente de Jehová
Parado en las alturas
Del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra
Por si á doblarse van.

Y con la misma llama
Que abraza, vivifica
La tierra que recibe
Los rayos de su sien;
E hidrópica de vida,
Revienta por los poros,
Vegetación manando
Para alfombrar su pie.

Y cuando por las tardes,
Al soplo de la brisa,
Se parten las montañas
Flotantes de vapor,

Las luces son entonces
Vivientes inflamados,
Que en grupos se amontonan
A despedir el sol.

Enrojecidas sierpes
Entre doradas mieses,
Caracoleando giran
En derredor á él;
Y azules mariposas
En bosques de rosales,
Coronan esparcidas
Su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes
De espléndido plumaje
Nadando sobre lagos
Con lindes de coral,
Saludan el postrero
Suspiro de la tarde
Que vaga como el pardo
Perfume del altar.

La tarde, que aparece
Mirando las estrellas
Que asoman indecisas
Con pálido color,
Como las tiernas hijas
En torno de la madre,
Cuando recibe su alma
La mano del Señor.

Si en peregrina vida
Por los etéreos llanos
Las fantasías bellas
De los poetas van,
Son ellas las que brillan
En rutilantes mares,
Allá en los horizontes
Del cielo tropical.

Allí las afecciones
Se avivan en el alma;
Allí se poetiza
La vida y el amor;
Allí es poëta el hombre;
Allí los pensamientos
Discurren solamente
Por la región de Dios.

Un poco más, y el mustio
Color de las estrellas,
Al paso de la noche
Se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo
Bordado de diamantes
Que por engarce llevan
Aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas,
Inspiradoras, leves,
Parecen las ideas
Del infinito Ser,

Que vagan por el eter
En átomos de lumbre,
Así que de su mente
Se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia,
Cercada, transparente,
Con iris y aureolas
Espléndidas de luz,
La luna se presenta,
Como la virgen madre
Que pasa bendiciendo
Los hijos de Jesús.

Así como el entusiasmo
Muere al paso de la vida,
Y el calor de las pasiones
Con los años se resfría,
De los trópicos perdemos
La opulenta perspectiva,
Si descendiendo pasamos
Al cielo del Mediodía.
Aquí la naturaleza
Cambia de aspecto y de vida,
Bajo otro sol y otro cielo,
Con otros tesoros rica.
No es ya la joven alegre
Que voluptuosa suspira:
Es la valiente amazona
Indómita y atrevida;

Y bajo su fuerte imperio,
En el corazón palpitan,
No los ensueños bordados
Con flores de fantasía,
Sino robustas pasiones
Armonizadas al clima,
Y pensamientos nacidos
De innata melancolía,
Prodigios son misteriosos
Que la esperiencia concilia,
Los eslabones secretos
De esa cadena infinita
Con que se anudan los hombres
Al sol que en su cielo brilla,
Al agua que ven sus ojos,
Y al aire y tierra que habitan.

Al pie de los cocoteros
Y las piñas amarillas,
De los pájaros pintados
A la dulce melodía;
Bajo los mares de fuego
Que el horizonte iluminan,
Y del hálito caliente
De la perezosa brisa,
La vida no está en el alma,
Ni está el alma con la vida.

Parece que el mismo fuego
Que á la tierra fecundiza,

Agosta la flor del alma
En su primer lozanía;
Parece que faltan fuerzas
A la mente adormecida,
Porque la gastan voraces
Los sentidos cada día.

Bajo el cenit del Mediodía
Es lánguida la luz y desmanada,
Al sol el ojo altivo desafía,
Y se clava en su frente la mirada.

Siempre de azul y blanco el firmamento,
Como de una mujer la azul pupila,
Nos despierta en el alma el sentimiento,
Si en el caos de la pasión vacila.

Baja el sol á su alcázar de occidente,
Sin esplendor de nubes, silencioso,
Llevando alguna vez sobre su frente
Una corona de oro luminoso;

Y su pardo crepúsculo, agorero
De vendabal y tempestad lejana,
No toca el corazón, toca severo
Los pensamientos de la mente humana.

Las hebras del cabello, húmedo el viento
Agitan sin cesar; rugen las olas,
Invadiendo con ímpetu violento
Por las rocas estériles y solas.

Escuadrones de pájaros salvajes
Huyen buscando sus ocultas breñas,
Negras como el color de sus plumajes,
Entre los antros de las duras peñas.

Relincha el potro en la desierta pampa,
Fijos los ojos en el sol poniente,
Y el duro casco con fragor estampa,
La crín volando de su altiva frente.

Se anublan los cercanos horizontes,
Toda naturaleza desfallece,
Y á la par de los cielos y los montes,
El alma taciturna empalidece.

Muere lento el crepúsculo del día
Con el color de la torcaz pintado,
Y de él en pos llega la noche umbría
Sobre el desierto pabellón toldado.

Reina la noche al fin, y de improviso,
Un relámpago súbito ilumina
El postrimero rayo, que indeciso
Queda del sol en lámpara argentina.

Y del negro seno
De la nube errante,
Un sordo truëno
Retumba distante,
Vibrando en el aire
La tierra y la mar.

Se rompen las fuentes
En el firmamento,
Y el agua á torrentes
En brazos del viento
Desciende, sin rumbo,
Del viento á la par.

Contínuo truëno
Distante retumba,
Y el viento sin freno
Los álamos tumba,
Los sauces desgaja,
Deshoja el ombú:

Doquier ilumina
Relámpago activo,
Y el cielo fulmina
Sus rayos doquiera,
Hendiendo la esfera
Su rápida luz.

¡Magnífico: las rocas estériles y solas
En medio de la noche bramando el huracán!
¡Magnífico: el ruído gigante de las olas
Cuando á romperse rudas contra la roca van!

¡Magnífico: las nubes que raudas se atropellan
Llevando entre su vientre la tempestad veloz;
Los rayos que la frente del pedernal estrellan,
Y el trueno que revienta de su fulgor en pos!

¡Y es bello meditar á los reflejos
De una lámpara triste, en climas tales,
Oyendo el trueno retumbar de lejos,
Y quebrarse la lluvia en los cristales!

Entonces grandioso se inspira un pensamiento
Que sale entre palabras de idioma celestial,
Como al lanzar la fuente su vómito violento
En hebras lo deshace de líquido cristal.

Y las ideas al calor responden
Que guarda el corazón porque son bellas,
    Y grandiosas aquellas
Que en la nocturna lobreguez se esconden.

El genio duerme cuando nace el día,
Y alza sus alas en la noche umbría,

La noche es para el alma creadora
Lo que es al fuerte labrador la aurora.

En medio á las sombras el recio pampero
Despliega sus alas y en ímpetu fiero,
Destroza las nubes, y en negros pedazos
    Las toma en sus brazos,
Y al lóbrego oriente las tira por fin.

El cielo se limpia, y en mantos azules
Cubiertos por ondas de nítidos tules,
Pajizas estrellas de brillo indeciso
    Vense de improviso,
Aquí solitarias y en grupos allí.

Y del sonoro río embravecido
O de la oscura sien de una colina,
Con palidez el rostro embellecido
Muestra incierta la virgen argentina,

Cual en cita nocturna niña hermosa,
Oculta en el jardín tímidamente,
Sale andando con planta recelosa,
Ardiendo el corazón, yerta la frente.

Algún fragmento de rasgada nube
La envuelve en su carrera, y la mirada
Pretende adivinar por donde sube,
Si alcanza un rayo de su luz velada.

Así cuando en el seno de una bella
Una flor divisamos entre encajes,
Pensamos descubrir el trono de ella
Al través de los cándidos celajes.

Con gracia y majestad lenta camina,
Despejada y gentil la augusta frente,
Y cuando más bellísima ilumina,
Se esconde entre las nubes de repente:

Cual suele una mujer enamorada,
Después de ciego, voluptuoso instante,
Pálida, bella, tierna, avergonzada,
Esconder en sus manos el semblante.

Y de la noche fría,
La luna y las estrellas
Apáganse las huellas,
Porque despunta el día
Sus claridades bellas

Y asoma en el oriente
La luz de la mañana,
Tan pura, tan lozana,
Como en virgínea frente
La palidez temprana.

Sus carmesíes tintas
Asoma en pos la aurora,
Y luego con distintas
Arreboladas pintas
Su bella sien colora.

Pálido rayo alcanza
Las hojas de las flores,
Cual suele á los amores
Llegar una esperanza
Para calmar rigores.

Y en rosas purpurinas
Que asoman de su broche,
Vacilan peregrinas
Las gotas cristalinas
Del llanto de la noche.

La pájara entumida
En el mojado nido,
Siente la luz querida
Que á despertar convida
Su cuerpo adormecido,

Y del nido á la rama,
Con trinos de alegría,
Salta contenta, y llama
Al pájaro á quien ama,
Para cantar al día.

Con ágil cuerpo blando
La cabra trepadera,
Rocío destilando
De su vellón, saltando
Corre por la pradera.

Corre, vuela, y liviana
Sobre la sierra sube,
A contemplar ufana
De la fresca mañana
La arrebolada nube.

Sale el toro sediento
Del bosque á la laguna:
Bebe, y luego contento
Escoje aquel sustento
Si este otro le importuna.

Corre el potro en el prado,
Y de repente vuelca
Su cuerpo, y agraciado,
Sobre el pasto nevado
Contento se revuelca.

Y á saludar el día,
Con el día despierto,
También con alegría,
Sin sentir embarazo,
Sale el rey del desierto
Jugando con su lazo.

Hasta que al fin su esplendorosa frente,
Bajo pomposo pabellón de grana,
Muestra desde las puertas del oriente
El poderoso rey de la mañana:
Y con los rayos de su luz fulgente,
Los valles y las rocas engalana
De esa naturaleza árida, fría,
Bajo el cenit azul del mediodía.

¡Veneración en tí, tierra sagrada,
Sin montes de oro; poderosa en gloria!
No iluminó tu frente la mirada
Brillante del Señor; abrió la historia
A las altas naciones reservada,
Y el ángel escribió de la victoria:
TUS PUEBLOS CRECERÁN BAJO MIS ALAS,
TIERRA DESNUDA DE RIQUEZA Y GALAS.

SEGUNDA PARTE

Y el *fénix* navegaba
Bajo ese cielo azul del mediodia,
Sobre las ondas que el silencio turban
De la tranquila pampa. El Peregrino,
Con los brazos al pecho, contemplaba
Los mares y los cielos de su patria:

¡Su patria! ¡Buenos Aires!
La altiva emperatriz del ancho Plata;
La mejor perla que en su sien ostenta
La hermosa virgen que dará su mano,
En dulce enlace al porvenir humano!

¡El molde de los fuertes corazones!
¿Dónde están sus guerreros afamados,
Sus virtuosos varones,
Y sus dias dorados
Por la luz de la gloria iluminados?
¿Por qué surgieron del cegado abismo
Sus antiguos tiranos,
Y en la noche, otra vez del fanatismo
Engrillaron sus manos,
Y en rencorosa saña
Mancharon en su frente los laureles?

Llora, patria infeliz, tus siglos crueles....
Esa es la herencia de tu madre España.

En su arrogante vuelo,
Al águila alcanzó tu mortal flecha;
Murió en la nube, y te dejó en el suelo
El nidal con sus hijos.

Al trono de los reyes
Tumbó doquier el plomo del combate,
Pero del tiempo el poderoso embate
No tumbó todavía
El fuerte alcázar de tus viejas leyes.

Ese pueblo tan fiero
Si lo busca en la lid el extranjero,
Y que á su patria en llamas prefiriera,
Primero que rendir la azul bandera,
Más que en rudo quietismo
Sufre los amos que improvisa él mismo,
Y, en medio á los escombros
Que acumulan al pie sus propias manos,
Lleva sobre sus hombros
Con mansedumbre extraña,
Victoreando y contento á sus tiranos:
Eso, patria Argentina, eso es la España.

Ese viejo que miras con enojos
A la extranjera luz cerrar sus ojos,
Y que adusto rechaza

Cuanto los lindes de su ciencia pasa,
Avido de metal, de genio pobre,
Venas sin sangre, corazón de cobre,
Terco en ideas, en pasiones duro,
Poniendo al pueblo con sigilo y maña
De fanatismo y opresión un muro,
Eso es el fraile de la antigua España,
Que, el Escorial dejando,
Disfrazado pisó nuestras arenas,
Y apellidóse Aranas ó Anchorenas.

Los españoles reyes
Jamás alzaron su apocada frente,
Para ver tras las ondas del océano,
Aquel naciente mundo americano
En que incrustaban sus caducas leyes.
Esclavo eternamente,
En su ciega ambición le presumieron;
Y, en error sin segundo,
La voluntad de Dios no comprendieron
En el mismo aislamiento de ese mundo (2)

---

(2) ¡ Y qué ! ¿creéis que El hiciera
Ríos cual mares, y mineros de oro,
Y llanos de verdura deliciosa,
Y las brisas fragantes del desierto,
Y ese risueño azul de nuestro día,
Y esas mujeres del amor tesoro,
Para solo saciar la codiciosa
Sed de un imperio á las virtudes muerto,
Pero vivo al placer y altanería ?
No ; que cuando la mano
Se abrió del Dios bondadoso y soberano,
Y puso, entre las nubes de occidente,
A su América, pura é inocente.
Dijo : «Bendito suelo,
Tú, del mundo caduco y envidiado,
Serás la primavera y el consuelo,
Cual es el hijo al padre ya cansado.»

Juan María Gutiérrez

(Canto premiado en el certamen de Mayo).

Alado el pensamiento,
Para su propia gloria
Ninguno levantó, y en el futuro
Vió ese cambio de mapas y de historia,
Que trae el tiempo poderoso y lento
En su curso de siglos inseguro.

Y en vez de padres que educaran hijos
Para el saber y la virtud un día,
Fueron solo prolijos
En su larga y pesada tiranía:
Por tres siglos cortaron el oceano
Entre Europa y el mundo americano,
Dejando solamente,
Como seguro puente,
El manto real do España se escurría,
Y ufana nos traía
En nombre de la Cruz el fanatismo,
Y en nombre del poder el servilismo.

Y cuando el Andes sacudió su espalda,
Y arrojó, como polvo, de sus hombros,
Reyes, cadenas, ignominia y duelo,
Sin dejar una flámula española
Bajo el hermoso americano cielo,
Miró, empero, en su falda,
Ensangrentada y sola,
De un trono de tres siglos los escombros.

Los cantos de victoria;
La salva del cañón en las almenas;
La España derrotada; un pueblo joven

Que palpaba sus miembros sin cadenas;
Y esa voz **¡libertad!** dulce, atractiva,
Que embriaga el corazón con magia activa,
En risueño alboroto
Alucinar supieron
A los bisoños pueblos, que creyeron
Rota la tradición porque fué roto
Al vigor de su mano
El yugo férreo del monarca hispano.

Mira tu error en tí, patria guerrera,
Madre que un mundo de su entraña diera:
¿Crees que los sables de Junín segaron
Las raíces que en siglos se internaron?
No: la sangre que corre
Empapando las sierras y los llanos,
Sin que ni ardiente sol ni viento borre
La mancha enrojecida;
Esa lucha de libres con tiranos,
En quince años de horror envejecida,
Esa es la lucha extraña
Con que combate tu naciente vida
La vida férrea de la antigua España.
. . . .

Venciste al español, pero tu vida
Es de revolución por todo un siglo:
Es la lucha fatal de dos creencias,
De dos tiempos, de dos inteligencias
Que la América anida.

Todavía hay España entre nosotros,
Y la habrá mucho tiempo, aún cuando dora
El sol de independencia nuestra aurora,
Como mucho después que asoma el día
Guarda el campo la nieve de la noche
Y el sueño los sentidos todavía.

. . . .

Mas del caos de fraticida guerra,
Una generación se ha levantado
Limpia, cristiana, de esperanzas llena,
        Como en sangrienta tierra,
Palenque de combate encarnizado,
Nace sin mancha cándida azucena.

Por los rayos de su época alumbrada
        En tu noche sombría,
Ha comprendido su misión sagrada,
Y émula de la gloria y nombradía
De sus heroicos padres, con la mente
Conquistará laureles en la patria,
Como aquellos, al golpe de sus lanzas,
Con brazo firme y corazón valiente.

De esa generación el Peregrino
Verde vástago es; en noche umbrosa
Fué de sangre la pila de su frente,
Y desterrado de su patria hermosa,
Va de su época ingrata en el camino
Viendo secarse en la estación florida
Las esperanzas verdes de la vida.

¡Desde el mar, y muy lejos de sus rocas,
Ha conocido Carlos
Los cielos de su patria!
¡Calma, mi Dios ¡La brisa sobre el lino
Pliegue sus alas, y se clave el pino
Sobre el tranquilo mar! ¡Ellos son, ellos
Los cielos de su patria, puros, bellos,
Como esperanzas cándidas del alma
En el primer amor! Mi Dios, la calma
A los vientos y al mar, del Peregrino
Te pide el corazón .... Deja que mire
Por la postrera vez, quizá, los cielos
Que alumbraron su vida y su destino;
Que bajo de ellos con placer respire
El aire que de niño respiraba;
Que mire el sol que calentó su frente,
La luna y las estrellas y los velos
De nácar y zafir que contemplaba
Arrullado del Plata dulcemente!
Que pase por su sien la misma nube
Que por la sien de Buenos Aires pasa,
Y que el suspiro que en el aire sube,
Lo respire también su dulce patria!
¡Miradlo! tiembla en su pupila el llanto,
Y mirando á su patria exhala el canto:

CANTO DEL PEREGRINO

A BUENOS AIRES

I

Son estos los mares que besan su planta,
Son estos los cielos que doran su sien:
¡Allí Buenos Aires, el águila esclava
Que hendía altanera las nubes ayer!

¡Oh patria! tus días de gloria pasaron,
Pasaron las horas benditas de Dios;
Tus hijos proscritos el pan ablandamos
Con lágrimas tibias de ingrato dolor!

Así lo quisieron... ¡Silencio! del alma
Se legue al olvido la fuente del mal:
Si nada nos queda de bien ni de patria,
Feliz del que puede tu cielo mirar!

¡Tu sol! ¡tu horizonte! ¡tus nubes! ¡son ellas,
Tus nubes pintadas de plata y zafir!
¡Oh madre! ¡Si al hombre faltara la ciencia,
Sabría al mirarlas que estabas allí!

Al ver estos cielos, á mi alma dirían:
Nosotros te dimos la luz al nacer

Nosotros velamos tu patria argentina,
Y en olas de lumbre bañamos su sien.

¡Cuan bellos tus mares! ¡Cual alzan henchidos
De orgullo sus ondas, valiente su voz!
¡Oh! yana en vosotros al suelo argentino
Vibrando en las olas mi lúgubre ¡adios!

¡Oh mar! si en la tierra proscrito me aguarda
Sepulcro extranjero sin llanto ni cruz,
Subleva tus ondas, allí está mi patria,
Mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡eh! ¿no habrá un día justicia del cielo,
Que puedas ¡oh madre! tus hijos mirar?
¿También un sepulcro proscritos tendremos
Que pedir á extraños, cual hoy un hogar?

¿La nube del crimen que cubre tu frente
No habrá de romperla la mano de Dios?
¿Las manchas de sangre que el suelo enrojecen
No habrá de extinguirlas benéfico sol?

¡Oh patria! lo espero. Tú lloras el llanto
Que vierte del cielo la aurora al nacer,
Con él reverdecen las flores del campo,
Y al rey de los astros anuncia con él.

En tanto, doquiera verán á tus hijos
Sin caer abatida la sien al dolor,
Que el pecho orgulloso del nombre argentino
Ni sufre desmayo diciéndote ¡adios!

II

Venid, proscriptos, con la sien orlada
Del infortunio santo que la oprime,
Y hablemos de la madre abandonada
Que allá sin hijos en cadenas gime;
Y una lágrima al párpado asomada,
Que la desgracia al corazón exprime,
Mezclemos al contarnos de su historia
La oscurecida fugitiva gloria.

Sí, ¡adios! dijimos á la patria bella;
Venid en derredor de mis canciones,
Y suspirando el corazón por ella,
Hablemos de su gloria y sus varones,
Del Plata hermoso que sus lindes sella
Con gigantes y ricos eslabones,
De nuestro bosque y su flor mimosa,
De nuestro cielo y de la pampa hermosa.

Yo soy el trovador que las inciertas
Huellas de mi destino voy siguiendo,
Y que al sentir las esperanzas yertas,
Pulso mi lira y las percibo hirviendo:
Canto, y veo las tumbas entreabiertas;
Los incas á sus hijos bendiciendo;
Y, levantando el porvenir la frente,
Iluminar de América el oriente.

Venid; el arpa que tomé en mis manos,
Cuando del Plata abandoné la arena,

Tiene una maldición á los tiranos,
Que en sus bordonas ásperas resuena;
Y una voz *¡libertad!* que á mis hermanos
De sacro fuego el corazón les llena,
Porque ellos, como yo, secan el llanto
Con el calor del patriotismo santo.

Cuando la frente os rinda la fortuna,
Yo rasgaré del porvenir los velos,
Y á vuestros hijos en su pobre cuna,
Les contaré de Mayo y sus abuelos.
Y cuando triste la extranjera luna
Con su pálida luz bañe los cielos,
Las sombras llamaré, con la arpa mía,
De los que habitan ya la tamba fría.

El brazo al cuello de la tierna esposa,
Reclinado el infante en la rodilla,
Nos encuentre la tarde silenciosa
De ageno mar en la desierta orilla;
Y ocultando á la amiga cariñosa
La lágrima que empaña la mejilla,
Enviemos á la patria un pensamiento
Sobre las alas de extranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
Antes de dar nuestra cabeza al sueño,
Hablemos de la patria á nuestros hijos,
En derredor del encendido leño;
Ellos, en su alma los acentos fijos,
Cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
Irán ¡oh patria! á presentarte helados
Los huesos de tus viejos desterrados.

CANTO CUARTO*

Caro lector, que descansemos quiero
(Si lees á cansarte, lo que dudo)
De escribir y leer tan lastimero
Verso, de risa y de placer desnudo:
Del primero, el segundo y el tercero
Me ha fatigado tanto el son agudo,
Que quiero en este, el cuarto de los cantos,
Olvidar tanto afán en versos tantos.

Una palabra: si te llamo *caro*,
Sinónimo no es esto de *querido*,
Pues si he de hablarte con verdad y claro,
Que á pocos quiero yo ten entendido;
Ni por prurito de imitar el raro
Lenguaje de los clásicos, he sido
Tentado de llamarte cortesmente:
Caro, amigo, benigno, complaciente.

Nada de eso, por Dios: caro te digo
Porque me has de costar caro algun día;
Y tanto, que á ti mismo por testigo
Pone de su verdad la musa mía:
Tú solamente gastarás conmigo

---

* *Al señor Juan María Gutiérrez.*

Su afectísimo amigo:

José Mármol.

Montevideo, Julio de 1847.

El precio de un volumen, y á porfía,
Yo gastaré contigo cuerpo y alma,
Salud, paciencia, bienestar y calma.

¿Sabes tú lo que cuesta un libro impreso,
A su infeliz autor? Más te valiera
Ser marido tres veces; dar un beso
A niña de treinta años y soltera;
Amar bien á los hombres, y por eso
Darles en amistad tu alma sincera;
Ser revolucionario con esclavos,
Testarudo en hacer de siervos, bravos;

Más te valiera, en fin, nacer dos veces;
Buscar á un español á horas de siesta;
Enprender un negocio con ingleses;
Hacer con porfiados una apuesta;
Hablar y no gritar con portugueses;
Pues todo esto, lector, menos te cuesta
Si quieres escribir, que ver tu escrito
Salir en libros mil del manuscrito.

Primero el impresor, casta judía
Que quiere por papel plata contante,
En ajustar el precio vase un día,
Y un año vase y la obra va adelante.
Los cajistas después....¡Oh! la ironía,
El sarcasmo del libro más tocante:
Adonde hallan *aflige*, ponen *dije;*
Y el pobre autor corrije que corrije.

Y después ¡ay! ¡el crítico severo!
¡Y sobre todo, aquellos literatos
Que solo han hecho un prólogo ligero
De una obra por hacer; y los sensatos
Y moralistas luego; y luego el fiero
Gramático, empleando sus conatos
En probar que, pues hay ripio y pleonasmo,
El autor es un bestia que da pasmo.

Y luego, y luego, y luego: y hasta el diablo
En el babel de críticos se cuela,
¿Aquese tonto ves que ni un vocablo
À medio deletrear supo en la escuela?
Pues hasta él, lanzando su venablo,
En criticar el tipo se consuela.
Jura el autor callarse como un plomo,
Y escribe el juramento y va á otro tomo.

Pero si al corazón el libro toca,
Ya tiene protección. ¡Salud, mujeres!
Sí, yo veo la risa en vuestra boca,
Al hablaros de amor y de placeres;
Si de mi lira el ¡ay! tierno provoca
Vuestro dulce sentir, divinos seres,
¿Que me importa la crítica importuna
Ni la estrella sin luz de mi fortuna?

¿Qué mayor galardón para el poeta,
Mientras la envidia de morderle cuida,
Que estar una mujer leyendo inquieta
Sus versos, ya por el jardín perdida,

Ya de su lecho en soledad secreta,
Entre las colgaduras escondida,
Casi desnuda, pálido el semblante,
Y el libro junto al seno palpitante.

¡Oh! si en ese momento de embeleso,
Yo hasta vosotras penetrar pudiera,
Como el soplo profético y travieso
Llegaba á las Sibilas de otra era,
Con que placer os pagaría un beso
Por cada perla que en los ojos viera;
Otro por cada verso; y todos juntos
Y otros mil, por las comas y los puntos!

No me violentaría, yo os lo juro;
La gratitud es en el alma mía
La virtud favorita, y si perjuro
Con alguna mujer he sido un día,
Fué por este mi amor eterno y puro
Que con todas y más se quedaría
Al verlas en el mundo despiadado,
Siempre infelices en cualquier estado.

¡Oh! y cuan clara y feliz fuera mi estrella
Si hallara en tal instante por lectora,
De esas tantas del siglo alguna bella
Que, presa del dolor que la devora,
Huye del mundo la espinosa huella,
Y triste, y sin futuro y pensadora,
Ve, doncella, en la ley del matrimonio,
Con Georges Sand, la firma del demonio!

O algunas de esas otras desgraciadas
Que el material esposo no comprende,
A que por ley del mundo estan ligadas:
—Bárbara ley, que al alma desatiende—
Y solas, y al tirano abandonadas,
Con lágrimas su pecho se defiende,
Pidiendo de rodillas al destino
La ventana y la daga de Antonino. (1)

O alguna de esas mil viudas juiciosas
Que lloran su viudez porque estan viudas,
Y al acostarse, huérfanas y hermosas,
Rezan por el difunto en voces mudas,
Y, al despertarse y contemplar las rosas
De su mejilla, entre esperanza y dudas,
Rezan por los que habitan este mundo,
Páramo eterno del dolor profundo.

Mundo inhumano, digno de anatema,
Fábrica del dolor y del destino.
Teneis razón, querubes sin diadema,
Que del Edén perdisteis el camino,
Y os he de hacer un mundo en un poema,
Cuando toque su fin mi PEREGRINO:
Un mundo tal que, cuando Dios le vea,
Envidia sienta en su inefable idea.

Será el globo de placas de esmeralda,
Para que andando, contempleis de paso

(1) Personajes de Alejandro Dumas. (N. del A.)

Si van bien los encajes en el halda,
Y el atacado del botín de raso:
Tendrá de luz espléndida guirnalda,
Pero en cuatro horas llegará á su ocaso,
Porque el amor se duerme con el día,
Y se despierta con la noche umbría.

Tendrá por bosques encantadas grutas
De jazmines y rosas y azucenas,
Y árboles muchos de pintadas frutas,
Con la virtud de la manzana llenas;
Y por estrechas y escondidas rutas,
Casi á la vista del mortal ajenas;
Se hallarán, pabezadas de coronas,
Glorietas do no quepan tres personas.

Habrá en ellas magníficas pinturas,
Representando en trajes y en costumbres
Las bíblicas hermosas criaturas,
Presidiendo Raquel la muchedumbre.
Y de fuentes clarísimas y puras,
Que atornasole la escondida lumbre,
Caerá en cálices de oro cincelado,
Fermentando al caer, champaña helado.

Pues tendrá nuestro mundo primoroso,
De vino el mar y de café los ríos,
Dos cosas que en concierto delicioso
Hacen con el amor sublimes tríos
Y de arroyos de giro caprichoso

Bajo doseles de arrayán sombríos,
El agua de Colonia en las orillas
Invadirá por bosques de pastillas.

Será movido el mundo por un viento
Tan tranquilo, que apenas se adivine,
Y que al tocar el claro pavimento,
Cuando el día las grutas ilumine,
Esparza en delicioso encantamiento
Sonidos de arpa, que al vibrar se afine
De Donizetti en la alta fantasía,
De Bellini en la dulce poesía.

Mas nuestro nuevo mundo necesita
Un nuevo ser de cosas y de leyes,
Y á mi mente también se precipita
Un bosquejo de códigos y reyes,
Cuya grandeza y novedad me incita
A sacar (como hacían los virreyes
De mi abuela la España), en un segundo,
Todo el tesoro de mi nuevo mundo.

LEYES FUNDAMENTALES DEL ESTADO:
Primero: Será un reino indivisible,
Democráticamente gobernado
Por mujer, sin parientes, y elegible.

Segundo: Abolición de lo pasado,
Declarando por siempre inadmisible
Cuanto hicieron los hombres, que no hicieron
Sino enredar el mundo que les dieron.

Tercero: No cuadrando á nuestros días
Sino la libertad y el sentimiento,
Y para obstar viudeces y porfías,
Se derroga la ley del casamiento.

Cuarto: El empleo de las viejas tías
Se destierra con ellas á un convento,
Y cesará la maternal tutela
Desde que salgan las hijas de la escuela.

Quinto: No siendo militar la gloria
De aqueste reino, de hoy en adelante,
Exigirá la reina una memoria
A ciertos generales, y al instante
Disolverá, sin derrota ni victoria,
Cuanto ejército de hombres se levante.

Sexto: CONSTITUCIÓN: ley soberana:
Cada uno hacer lo que le dé la gana.

¿Que tal el mundo? Apenas un diseño
Os he dado esta vez, pero otro día,
Dueño del tiempo y de mi mismo dueño,
Concluido os lo dará mi fantasía
En un poema, mi palabra empeño,
Mas primero os exijo garantía
De hacerme consejero sin segundo
Del monarca mujer, sino, no hay mundo.

Entretanto, mujeres que venero,
Deidades del más santo paganismo,
Semidiosas ó diosas por entero,

Del más sublime y rico orientalismo,
Yo que tanto os procuro y tanto quiero
Vuestro mágico dulce magnetismo,
Yo pongo de mi musa los despojos
Bajo la tierna luz de vuestros ojos.

Cual las huérfanas flores del desierto
Veladas por la luz de las estrellas,
Les ofrecen del cáliz entreabierto
Todo el aroma que se esconde en ellas:
Cual del sol en ocaso un rayo incierto,
Débil se ampara de las nubes bellas,
Y forma luego espléndidos paisajes,
Difundido en sus diafanos celajes...

Parémonos, por Dios, mi lector caro,
Y cojamos el hilo de la historia,
Que tal como soy yo, no fuera raro
Se perdiese el asunto en mi memoria.
A los veinticinco años no hay amparo
Contra una imagen bella, aunque ilusoria:
La sangre hierve entre las venas loca,
Como el champaña que en el cáliz toca.

Mas ¡ay! diez años más y ya la vida
Es una pobre cosa, bien pensado;
Es una luz crepuscular tendida
Sobre horizontes á medias alumbrado,
Do la luz por la sombra perseguida
Va perdiendo su brillo entre el nublado;
Es un linde entre el Eden y el Infierno,
Con un arpa de un lado y de otro un cuerno.

Y volviendo al principio de este canto,
Quise decirte allí, y hora lo digo,
Que despues de apurar lo serio tanto,
Es ameno reir, y si consigo
(Si tu sabes llorar) secar tu llanto
Con decir vaciedades, yo me obligo
A escribir cien octavas, cuando menos,
En versos de aire, pero versos buenos.

La rima es para mi tan fácil cosa,
Que no me cuesta tanto, te lo juro,
Como á otros dictar en mala prosa
Peores ideas en lenguaje impuro:
Es en el mundo la querida hermosa
En cuyas gracias el deleite apuro,
Que pródiga en su amor, si la provoco,
Me da tesoros y los juzga poco.

Con dos botellas de cerveza blanca,
Y algo de mal humor, la musa mía,
En buen palenque, con nobleza franca,
A cuanta musa existe desafía.
¿Este cartel la vanidad arranca?
¡Y bien! dinero, hazañas, jerarquía,
¿No son de ostentación medios diversos?
Yo no se que ostentar, y ostento versos.

Y escucha: esta inconstancia en mi poema,
Al grotesco saltando de lo serio,
No es tanto inspiración como sistema,
De lo que, ya lo ves, no hago misterio.

El mundo es una orquesta, el cambio un tema:
Una orgía vecina á un cementerio:
Una luz y una sombra: anda; detente;
Así es el mundo y quien lo niega miente.

El que quiere en el mundo hacer mañana
Lo que hizo ayer y hoy, está perdido:
En la inconstancia, la constancia humana
Encuentra su verídico sentido.
Cambiar es ser constante: esta es la sana
Verdad que la experiencia ha recogido;
Las cosas son las inconstantes, ellas:
Mas no nosotros al seguir sus huellas.

Se adopta una política calmante;
Una belleza nuestro amor provoca;
Pues se con la política, constante,
Y más constante con la linda boca.
La política se hace intolerante,
Y la bella después te sale loca:
¡Que diablos! arrojarlas al olvido,
Es ser constante con el buen sentido.

Hablar de amor constante y perdurable
Es virtud de los tontos y las feas,
Y de hombres que obediencia impermeable,
Constantes al poder, ostentar veas,
Huye, caro lector, huye incansable
Si alejarte de hipócritas deseas;
Y algo más, porque tales en el seno
Llevan sangre de hiel, alma de cieno.

Esos altos y humildes servidores
Que viven en redor de los tiranos,
Mitad leales y mitad traidores,
Parte de tigres, parte de gusanos,
Te cuentan en secreto los dolores
Que les causan los grillos en sus manos.
Rompedlos—les decis—¿Cómo? ¡Que ofensa!
¿Y la fe?—¿Y la constancia? ¿Y la vergüenza?

Yo esclavo solamente del buen gusto,
El cual por excelencia es inconstante,
He querido cambiar el tono adusto
Por un tono más dulce y mas picante.
De las reglas del arte no me asusto,
Porque el arte soy yo. Tengo bastante;
Mi regla, es la que arregla por fortuna
Mi vida y mis poemas sin ninguna.

Así la vida, el mundo, así los días,
Cambios de horas, de giro, de pasiones;
Así las infinitas armonías;
Así el aire, la luz, las estaciones,
Todo, en fin, en eternas graderías
De diversos y unidos eslabones,
Es un constante giro de inconstante
Manera de vivir en un instante.

¡Gloria y veneración á las mujeres!
Pues nadie sabe aquesto cual las bellas.
¡Artistas inventoras de placeres,
Genios de la inconstancia todas ellas!

¡Bendición á vosotros, tiernos seres,
Volubles cual la luz de las estrellas,
Que de vuestra inconstancia indefinida
Saqué el DIVINO INFIERNO de la vida. (1)

Pero bien (me dirás), puedes si quieres
Cambiar de estilo y tono de repente,
Pero de asunto no, si no prefieres
Hacernos un babel impertinente.
Tienes razón, lector, y más tuvieras
Si dijeras también que hasta el presente
Maldito lo que he dicho en este canto
Con ser, caro lector, que he dicho tanto.

Pero también es cosa meritoria
Hablar sin decir nada muchas veces:
Es talento tan raro, que en su historia
Hablan de él con asombro los ingleses.
Fué del genio de Cromwell de alta gloria,
Cuando callar quería sus dobleces,
Hablar como un francés en las tribunas,
Y dejar á los lores en ayunas.

Pero ¡ay! ¡de Buenos Aires los archivos
No legarán mi crónica al futuro!
Y á mi genio entre muertos y entre vivos
Nadie lo ha de aplaudir, á buen seguro,
Bien que de ora, á los sabio smas activos,
Yo, con don Pedro de Angelis, les juro,

(1) EL DIVINO INFIERNO; nombre de un poema escrito por el autor del PEREGRINO, que aun no se ha publicado. (N. del A.)

Que á los archivos hallarán de modo
Que con ver los estantes vean todo.

Es justo, pues, hablar del PEREGRINO,
Anudar canto á canto con sistema,
Y no volver por Dios al desatino
De jugar con los versos y el poema;
Que muchos, por jugar en el camino
(Tomaremos los ángeles por tema)
Pierden el rumbo, y ofuscados luego
Pierden cuanto hay por el maldito juego.

Ocupemos el cuarto de los cantos
En hablar del bajel y su equipaje,
Que es, por cierto, el bajel, uno de tantos
De los que tienen parte en este viaje.
Hasta hoy, vive Dios, de los más santos
Que se han hecho en tan frígido paraje,
Pues ya estamos, lector, sobre la pampa,
Do vino Rosas á buscar su estampa.

Hablemos de ese pobre PEREGRINO
Que en los albores de su edad florida,
No tiene bien, ni patria, ni destino,
Ni el seno virginal de su querida;
Que ha visto oscurecerse su camino;
Y que algún sol benéfico á su vida
Se cansó de esperar días y meses,
Como á don Sebastian los portugueses.

Ese hombre joven, aburrido, triste,
Que ni espera, ni goza, ni delira,

Que no tiene mas bien de cuanto existe
Que las bordonas de su agreste lira,
A cuyos tonos ni su patria asiste,
Ni el corazón de la beldad suspira,
Y se pierden en huérfano concierto,
Cual los trinos de una ave en el desierto;

Qué vió romperse al deleitar su boca,
El cáliz del placer entre su mano,
Y luego, cual las ondas en la roca,
Recias batir su corazón lozano,
Penas, pasiones, esperanza loca,
Y ese tropel de vientos tan tirano
Que habita y se confunde y se dilata
Bajo la ronca tempestad del Plata;

Donde la flor mas bella se aniquila
Antes de dar el cáliz su perfume;
Donde la luz mas fúlgida vacila,
Y con su propia llama se consume;
Donde al llegar las madres á la pila,
Que en agua santa la esperanza asume,
Al presentar un niño y darle nombre,
Lágrimas vierten porque el niño es hombre;

Donde el alma está vieja á los treinta años,
Blanco el cabello y pálida la frente;
Donde brota la tierra desengaños,
Y sangre el suelo y pólvora el ambiente;
Donde el padre y el hijo son extraños;
Y la virtud y el vuelo de la mente,

Y el amor á la patria, son delitos
Que hacen tumbas, cadenas, ó proscriptos!

¿Volvemos á lo serio?—me olvidaba,
Perdón, lector—yo debo en este canto
Hacer cual Larra, que á la España daba
Bajo alegre careta el triste llanto.
Porque, al fin, esa España que él amaba,
Y el Buenos Aires á quien amo tanto,
Bien pueden escuchar del mismo modo,
Pues tienen sello de familia en todo.

Ya pues, hablemos del bajel que habita
El héroe Peregrino de mi historia:
Ser de forma y color: ser que palpita,
No bella creación de la memoria,
Cual si dijera: la amistad bendita,
La constancia en amores, ó la gloria.
Ser de carne, de huesos y de venas,
Materiales como alma de Anchorenas.

Ser que ha estudiado el universo externo,
Y el otro que hay del alma en lo profundo,
Y luego creyó en Dios y en el infierno
Viendo los cielos y mirando el mundo;
Que conoció una vez el amor tierno,
Y ha conocido diez el furibundo,
Lo que quiere decir que, en once amores,
Ha tenido uno malo y diez peores.

Ser que gustó del vino y de las bellas,
Del café, de la música y las flores;

Filosóficas cosas todas ellas
Que hacen tanto más bien cuanto mejores:
Y si hoy le cansan música y botellas,
Y el café le hace mal, mal los amores,
Suya será la culpa, que tan pronto
Se cansó de ser sabio y se hizo tonto.

Pues no es *valle de lágrimas* el mundo,
Como dice la Salve—nada de eso—
Es teatro magnífico y fecundo
De placeres, de risas y embeleso,
Donde un año se va como un segundo,
Y donde no hay hastío, ni hay exceso:
Lo malo es que no se entra sin *entrada*,
Y á nadie se la dan sino comprada.

No hay oro y no hay teatro—esto es lo cierto—
Sin entrada se quedan en la calle;
Y después ¡ay! del páramo desierto!
¡El ciego mundo! ¡el lacrimoso valle!
Qué valle, ni qué ciego, ni qué tuerto;
Echese á si la culpa quien mal se halle,
Que á mi me haría el mundo Papa y Santo
Si yo tuviese lo que vale tanto.

¡Pobre de Rosas si en mi mano fueran
Cien talegas de plata mejicana,
Que en concierto de diez, diez veces dieran
Serenatas al pie de su ventana!
Y pobres cuantos muros existieran
De poder, de virtud, de gloria vana,

Si, para divertirme unos instantes,
Pudiese apedrearlos con diamantes!

Bien, pues: el Carlos del romance mío,
Es cual lo he retratado en este canto,
Donde yo—narrador prosáico y frío—
Por esto ó por aquello he entrado tanto.
Uso ministerial fué este desvío:
Recordé al pecador y olvidé al santo,
Tal es mi Carlos que, al placer ageno,
Va sobre el *fénix* para el mar chileno.

El *fénix* es un barco nuevo y viejo,
Nuevas las velas, pero viejo el casco,
—De lo que ni censuro ni me quejo
Porque no solo el *fénix* da este chasco—
Pero su andar en popa le festejo,
Y justo en compararlo me complazco,
Con un vieja que remilga el talle
Cuando cree que la siguen por la calle.

Pero fuerte, eso si. Bien que hasta ahora
Virgen va de peligros y huracanes,
Cual aquella legión restauradora
Que por laureles dió á sus capitanes,
Fósiles raros de color de mora,
Y de algun pampa los sagrados manes,
No con acero ni con plomo muerto,
Sino muerto de viejo en el desierto.

Su bandera es chilena—esto me encanta,
Pues sé que Chile y Carlos son gemelos:

Vistosas flores de vistosa planta,
Cuyas raíces están por muchos suelos.
Carlos nació cuando entre gloria tanta
Nació la libertad bajo los cielos
Bellísimos de Chile, bajo el rayo
Que daba el sol del pabellón de Mayo.

Noruego el capitan—Jhompson se llama,
Tendrá como treinta años: alto, grueso;
Rubio cabello, piel como una llama,
Y redonda la cara como un peso;
Derecha la nariz, de roja trama,
E hidrópico de rhom, corto el pescuezo;
Ojos chicos y azules, pero vivos
Y en desconfianza y en mirada activos.

Las cuatro quintas partes de su vida
Ha pasado en el mar bien divertido;
Y quedose á la fin de la partida
En animal anfibio convertido,
Esta es chanza del mar muy conocida:
Igual prodigio fuera repetido
En el señor Mackau, que llegó un día
Animalmente hasta la patria mía.

Jhompson, pues, como el mar, ruge, atropella,
Corre, brama, destroza, moja y arde;
Inventa con el diablo una querella,
Y hase de su valor soberbio alarde.
Asi es el mar—un potro que domella,
Y lo monta el muchacho mas cobarde:

Gigante que hace ruido con los brazos,
Y solo agarra tantos ó yerbazos.

En cuanto á su cïencia, no es por cierto
Nuevo Draker ni nuevo Magallanes,
Ni un continente encontrará desierto,
Si acaso no le dan los huracanes
Contra una rocas al buscar un puerto,
En fin, es de esos muchos capitanes
Que, como muchos generales, anda
A la merced de lo que Dios le manda.

Pero Jhompson, al cabo es un buen hombre;
Es sin lluvia ni rayo un fuerte trueno.
Quiere con gritos obtener renombre:
¿Y de Jhompsons no vive el mundo lleno?
En los hombres de tierra es solo un nombre
La franqueza leal, pero en el seno
De los hombres de mar, es verdad lisa,
Sin doblez cual su enojo y cual su risa.

Siempre honrado y sincero es un marino,
Y en los peligros siempre generoso:
Con la misma verdad que ofrece vino
Ofrece una puñada sin reboso;
Y fiado á los brazos del destino
De tres cosas no más es ambicioso:
De ver el puerto, de gastar su plata,
Y de volver borracho á la fragata.

Embozado en su capa, envuelto el cuello
En cachemira que á su bien amada

Velaba en otro tiempo el seno bello,
A media noche, con la brisa helada
Que conmueve en sus sienes el cabello,
Oyó Carlos de Jhompson la cansada
Historia de sus viajes y amoríos,
Debidas sus proezas á sus bríos.

Y después de reir de la inexperta
Alma cándida y niña del marino,
De popa á proa la húmeda cubierta
Pasea silencioso el Peregrino
Ante esa inmensa soledad desierta,
Con los golpes de mar crugiendo el pino; (1)
Hasta que asoma entre la niebla umbría
La débil claridad de un nuevo día.

Y con éste, el concierto de preguntas
De treinta pasajeros al piloto,
Una á una insufrible, y todas juntas.
¿Cuántas millas anoche? ¿Algo se ha roto?
¿Vese tierra? Allí están, ¿no son las puntas
De Malvinas aquellas? y no hay coto
A tanto preguntar, si no se empieza
Por decir que el almuerzo está en la mesa.

---

(1) Les nuits passées au milieu des vagues sur un vaisseau battu de la tempéte, no sont poin stériles pour l'ame, car les nobles pensées naissent des grands spectacles. Les étoiles qui se montrent fugitives entre les nuages brisés, les flots étincelants autor de vous, les coups de la lame qui font sortir un bruit sourd des flancs du navire, le gémissement du vent dans les máts, tout vous annonce que vous étes hors de la puissance de l'homme, et que vous ne dépendez plus que de la volonté de Dieu. L'incertitude de votre avenir donne aux objets leur véritable prix : et la terre, contemplée du milieu d'une mer oraguese, ressemble á la vie considéré par un home qui va á mourir. (N. del A.)

Chateaubriand.

¡Qué micelanea de hombres y mujeres!
¡Qué Babel por fracción y por entero!
Lector, si allí tu vas, allí te mueres;
Mira, allí va un ministro brasilero,
Con sesenta ó mas años si tu quieres,
Apuntando prolijo el derrotero,
Para enviarle después al Instituto,
De su humilde saber humilde fruto.

Allí un doctor en leyes, peruviano,
¡Gran profesión en el Perú, por cierto!
Lo mismo es cazador en el oceano
O pescador de red en el desierto,
Va con un hijo comilón, malsano,
Sucio, tonto, durmiéndose despierto,
Y á quien doctor en cánones desea
Hacerlo el padre cuande grande sea;

Allí, con su mujer, su queso y vino,
Va un genovés, navegador tan ledo,
Tan guapo, según él, y tan marino,
Que á Gama y Nelson compararle puedo.
Mi buen Giaccomo, al dulce florentino,
Y al fuerte de Jerez grato les quedo,
Ya no hay más, es verdad, pero te juro
Que era el Jerez de lo mejor y puro.

Allí van ¡esto sí! van comediantes,
¡Esta si es buena gente en buen oficio!
A donde ellos están hay abundantes
Momentos de placer, que, excepto el juicio,

Todo sobra á estos reyes ambulantes,
Siempre francos, alegres y en desquicio;
Cómicos son los lances de esta vida
Cuando se tiene el alma desabrida.

Bougainville, La Pérouse, Cook: muy bueno;
Yo veré vuestros mapas otro día—
Mi bravo Franklin, esperad, sereno
Mañana admiraré vuestra osadía
De jugar con el rayo y con el trueno—
Herschel, después; la noche está sombría—
Mi querido Bonpland, tengo embarazo
De acompañarnos hoy al Chimborazo:

Atrás toda la ciencia. Atrás la historia
Con su filosofía impertinente,
Para probarnos que la humana gloria
Pasa como los sueños de la mente.
Atrás la inspiración y la memoria,
Atrás el hombre con su voz doliente;
Que todo esto, ó es farsa ó es veneno
Que está enojada el ánima en el seno.

En esas horas en que sufre el alma,
Y hay veneno sutil en cada fibra
Y hay en el corazón salvaje calma,
No es con la ciencia, no, que se nos libra
De estado tan cruël, él se nos calma
Con un vaso de ponche, que equilibra
El placer y el dolor, y más nos sana,
Si es en reunión de vagos charlatana.

¡Mala moral! ¡Ideas perniciosas!
¡Qué diablos! no soy yo quien las concibe:
Es la naturaleza de las cosas,
Y leyes fijas porque el hombre vive.
Si ellas son sin moral y contagiosas,
No es la culpa de aquel que las escribe;
El mira el mundo, y lo que el mundo enseña,
O lo apunta ó lo copia ó lo diseña.

Carlos en medio, pues, de tanta gente
No deja de pasar alegres ratos;
Y los instantes son, precisamente,
En que los pensamientos mas ingratos
Se agolpan como llamas en su mente;
Entonces busca los amables tratos
De los francos y alegres comediantes,
Zozobrando el bajel y ellos cantantes.

Allí vé á un rey de Atenas en camisa:
A Escipión masticando unas galletas:
Comiendo *charque* á la princesa Elisa,
Y á la amante de Eneas en chancletas;
Y todo esto por fin, le causa risa,
Porque también son hombres los poetas,
Y en vez de echarse al mar y darse muerte,
La da cansando un puntapié á la suerte.

Cuán rara y caprichosa es la fortuna!
Entre esa multitud á quien aleja
De si la sociedad, porque importuna
Su vanidad, cuando su tez refleja

Como un cristal de transparente luna
Que ante su propia espectación la deja,
Carlos, en otros días del pasado
Encontró el corazón más delicado.

Así entre nubes se divisa un rayo
Desprenderse de pálido lucero
Entre las noches lúgubres de Mayo,
Cuando bate sus alas el pampero;
Así entre el arrayán del Uruguayo
Suele ver admirado el pasajero,
La blanca flor del aire derramando
En hálitos de amor su aroma blando.

Celina, el corazón del Peregrino
Te consagra un recuerdo de los mares,
Donde, en pos de su bárbaro destino,
Ya no lleva más bien que sus pesares;
Recuerdo de aquel tiempo cristalino
Perfumado de aromas y azahares,
En que su hermosa juventud se abría
Para morir al despuntar el día.

Pero ¡cuanto episodio majadero!
¡Cuantas cosas he dicho y cuanto callo,
Por no poder decirlas como quiero!
Y en este oscuro laberinto me hallo
Por darte gusto á tí, crítico fiero,
De quien ya escucho el tremebundo fallo,
Que condena á galeras mi poema
Por faltarle *unidades* y sistema.

Algún amigo mío—¡como es pura
Y noble la amistad en sus deseos,
Y fuerte, vive Dios, cual la armadura
Que disfrazó á Ricardo en dos torneos!—
¿Qué es sin amigo humana criatura?
Ostras sin Rhin, sandwich sin burdeos:
Usa de vez en cuando una careta,
Pero esta es chanza que á ninguno inquieta.

¡Viva mil siglos la amistad! Sin ella,
El mundo fuera un ambigú sin pabo.
Mas, ¡ay, amigos mios! por la estrella
Que guió los tres reyes, por el bravo
Arcángel San Miguel, y por la bella
Virgen que nunca he visto y siempre alabo,
Os pido que llegueis á conocerme,
Y que nunca mintais por complacerme.

Yo soy un hombre que tranquilo rompo
Desde que niño fuí, cuanto he querido:
Primero mis cometas y mi trompo;
Mi cartilla después y mi vestido,
Y mi lengua después, y escribo *pompo*,
Y el consonante á *trompo* se me ha ido:
Después mi corazón en mil pedazos,
Y del mundo después todos los lazos.

Amo á mi patria; la justicia adoro;
Amo la libertad hasta el delirio;
Tengo en el porvenir, mis sueños de oro;
Sufriera por mi Dios hasta el martirio.

Amo hasta el polvo, pero nunca imploro,
Del jardín del amor ni un solo lirio,
Que yo también, al fin, una por una,
No quiero de sus flores á ninguna.

¿Me traicionan? muy bien: venga la mano.
El tiempo de Luis IX me incomoda,
Y ni papista soy ni luterano.
Soy un hombre, no más... así... á la moda:
Propio para soldado; franco y llano,
Y que á todo en el mundo se acomoda.
¿Mandais quemar mi pobre Peregrino?
Allons diner; las paces con el vino.

Y luego, antes de un mes, otro poema.
Otra vez criticais y otra vez brindo;
Y cada cual porfiando con su tema,
O al fin vosotros me arrojais del Pindo
O yo os regalo en él, de mi diadema,
Una hoja de laurel, y al fin os rindo.
¿Quién ganará? Veremos; por ahora
Veamos qué hace Carlos á esta hora.

Hora de media noche; hora tranquila
Y lúgubre en el mar y en las aldeas,
Donde en pos de cenar, dormir se estila
Sin pensar en ventanas ni azoteas.
Hora boba en el mar porque no asila
Ni una sombra de amor si amor deseas
Ni una de esas (hechura de los reyes)
Orgías de mucho vino y pocas leyes.

Esta es la hora de la vida en tierra:
Hora de intervención y de invasiones
Contra el principio de la buena guerra
Y el derecho de paz de las naciones.
¡Oh, si saliera el sol cuando la tierra
Pide á su media noche los crespones!
Hora sublime, en nombre de los sabios,
Gracias y bendición te dan mis labios.

Tu sola has hecho más por los humanos
Que cuantas leyes hay y cuantas glosas
De los libros sagrados y profanos,
Desde que hay humanidad, leyes y cosas.
Pero todo esto en tierra—en los oceanos,
Por desgracia de tí, no hay mas hermosas
Que las salvajes ondas, cuyo ceño,
Si lo vé el corazón le inspira sueño.

No es la hora, en el mar, del sentimiento,
Como es aquella en que se apaga el día,
Pero es hora sublime al pensamiento
Y á los vuelos de la alta poesía.
La vasta soledad, la sombra, el viento,
Chocando en el bajel la onda bravía,
Dan á la mente indefinible esencia
De religiosidad y de conciencia.

Un rayo incierto de lejana estrella,
Que se quiebra en las ondas blandamente,
Es un alambre eléctrico que aquella
Pone entre Dios y el hombre de repente.

¡Grandeza del Eterno: santa y bella
Sombra del cuadro que inventó su mente!
El Peregrino tu grandeza admira,
Y entre sombras y mar pulsa su lira

CANTO DEL PEREGRINO

LA NOCHE OSCURA

I

Noche, misterio, soledad del alma
¿Quién habita tus ámbitos profundos,
Que en hálitos de amor vierte la calma
Por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende
Cuando oculta su frente el rey del día,
Y silencioso los espacios hiende
En nube melancólica y sombría?

¿Qué magnífica campana el sueño advierte
Del Supremo Hacedor, que á sus acentos
Se apagan, como el soplo de la muerte,
Las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado

Sintiendo el peso de la ingrata vida
En tu templo sin límites, sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
Tu balsámica faz sobre los cielos,
Y á la conciencia á confesarse llamas
Bajo el crespón de tus oscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano
No te contó del corazón la historia,
Y algún pesar recóndito y tirano
Que vive torcedor de la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento
Bajo tu imperio, dí, noche sombría?
¿Quién no te hizo un noble juramento?
¿Quién no le ha roto con la luz del día?

¡Noche, consolación! la vital trama,
La bañas de un amor puro, sin nombre.
¿Por qué en su torpe confusión te llama
Madre del crimen la impiedad del hombre?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
Fuerza extraña de su alma se lo inspira,
No serán tus estrellas, ni tu luna,
Ni la sombra sin fin que absorto mira.

Te busca el criminal porque, alma insana,
Es cobarde si el brazo es temerario:
Pero también un templo se profana,
Y no es padre del crimen el santuario.

Si de sangre infeliz ves una mancha,
Y torpes manos que el puñal oprimen,
¡Ay, que también á una beldad se mancha,
Y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
Tan solo el canto y el amor inspira,
Que siempre inquieto el corazón te nombra,
Y el son escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,
Su ardiente inspiración, su tierno acento,
No ha debido á tus sombras sepulcrales,
Madre del corazón, y el pensamiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado
Entre los brazos de su bien querido,
Por tu silencio bienhechor velado,
Por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender á la insondable nada,
Dijo Dios: «Haya luz» y la luz fuera;
Y midió de una vez con su mirada
El lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio,
«Haya tiniebla», dijo, y de repente,
Alzó la noche su eternal imperio
Y vió al alma del hombre transparente.

Paz de los mundos; soledad del alma;
Yo venero tu oscuro sacro manto,

Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida,
Con sus penas, su llanto y sus amores,
Desde mi juventud vive escondida,
Coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
Que no se enlace con tu nombre luego,
Y á tí también te deberé la gloria
Si alguna vez á conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,
Que respirais las auras de la noche,
Y bajais á las flores silenciosos
A desplegar las hojas de su broche;

Sílfides que tocais á mis cristales,
Vagorosas en mil nubes de niebla,
Y me cantais en himnos celestiales
Los palacios y el Dios de la tiniebla;

Fantasmas sin color ni forma humana
Que sorprendeis mis ojos de repente,
Y en diáfana y fugaz sombra liviana
Al pasar junto á mí tocais mi frente;

Almas en confusión que por las salas
Correis del eter, á la vista mía,
Y el aire que agitais con vuestras alas
El calor tibio de mi rostro enfría;

¡Salud todos, salud! sois mis hermanos,
Mis hijos y mi ser... sabeis mi vida
Con su ambición, su amor y sus arcanos,
En sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay cuántas veces de improviso os llama
Solitaria mi voz, y en torno mío,
Relámpago veloz el aire inflama,
Y muere y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden
En tristes ayes y cantares bellos,
Y seres impalpables se confunden
Revolviendo en mi frente los cabellos!

Y á su tacto se agolpan á mi mente
Escuadrones de altivos pensamientos,
Y arde como volcán mi joven frente,
Y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y cayendo en raudal celeste riego
Sobre mi herida fantasía inquieta,
Escribo con febril desasosiego,
Y soy bueno y sé amar y soy poeta.

Bendición, sobre tí, del alma mía,
Madre sensible y del amor y el canto:
¡Ay! quien pudiera detener el día
Bajo las orlas de tu negro manto!

II

Adonde del impío que con blasfemo pecho
De su Hacedor reniega por renegar de sí,
Id, genios de la noche, y del impuro lecho,
Atónito arrástradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo
Llevando hasta la nada la humanidad en pos,
Y en medio de las sombras y el piélago profundo
Se encuentran con el alma, la eternidad y Dios.

Aquí, donde el orgullo se postra de rodillas,
En medio á las grandezas del infinito Ser,
Que ostenta sus más altas sublimes maravillas
En la extensión que abraza su celestial poder.

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible
Movido en estas ondas, dentro esta inmensidad;
Sintiendo estos abismos en su inquietud terrible,
Y el silbo de los vientos bajo esta oscuridad.

Y aquí donde es un hombre, porque su Dios lo manda,
Como su Dios potente, como su Dios, un Dios,
Y en medio de los mares y de las sombras anda
Burlando de los vientos el ímpetu veloz:

¡La sombra solamente! ¡la que anunció el diluvio;
¡La que vendrá á los mundos con el clarín final!
No vaga en el espacio ni fugitivo efluvio
Que anuncie la existencia del lampo universal.

¡Las sombras y las olas! fantasmas y vestiglos
Los ojos y la mente por el espacio ven.
¿Son estos los abismos do los errantes siglos
Del tiempo desprendidos al caducar caen?

¿Acaso los ruïdos gigantes que me aterran,
En el caos de siglos los alaridos son
De las generaciones que entre la nada encierran
Con su virtud, su crimen, su tiempo y su misión?

¿Y las que ayer cayeron se agolpan y preguntan
Si de la herencia suya se conservó la fe,
Y las que se despeñan su vanidad insultan
Sardónicas gritando: ¿vuestro legado fué?

¿Acaso es de su reino la lóbrega caverna
Que habitan los etéreos espíritus del mal,
Después que han apagado la mágica linterna
Que alumbra de su paso la huella funeral?

¿De aquí salen, acaso, para el desierto campo,
A convertirse en lenguas de fugitiva luz,
Y en medio á los sepulcros, al oscilar el lampo,
En lívidas visiones en torno de la cruz?

¿Acaso ese ronquido que por las ondas vibra
Se escapa broncamente del pecho de Satán,
Que al sueño, entre las sombras, impávido se libra
Mientras las ondas rudas sobre su frente dan?

¿Acaso de estas ondas bajo la mole inmensa
De ese ángel maldecido se esconde la mansión,

Y con su lecho de olas el renegado piensa
Burlar hasta en los rayos su eterna maldición?

¿Incierta peregrina por tan oscuras salas
De los antiguos bardos el ánima tal vez,
Y agita por el eter sus vaporosas alas
En medio de la densa, tranquila lobreguez?

¿Acaso todavía la humanidad contemplan,
Y cuando de las nubes á saludarla van,
Se miran, y en su mano las liras se destemplan?
¿Homero, entre las sombras suspiras con Ossian?

Pasad del pensamiento, pasad, pasad, delirios,
Que al desplegar mis alas entre ilusiones ví...
Pasad, abismos, genios, fantasmas y martirios...
No hay más que la grandeza del Hacedor aquí.

Señor, yo te comprendo: tu espíritu divino
Por la creación derramas en hálitos de amor:
La luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,
Y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo: te siento entre mí mismo;
Te miro en una gota del llanto matinal;
Te encuentro de estos mares en el oscuro abismo;
Te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia; te toco entre las flores,
Te escucho cuando ruge la ronca tempestad;
Te veo cuando asoman los plácidos albores;
Y ante tu faz me postro bajo esta oscuridad.

Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira,
Para saber que es eso que apellidamos Dios;
Para adorar su risa, para temblar su ira,
Para postrar el alma y enmudecer la voz.

Noche—misterio—soledad del alma,
Yo venero tu oscuro sacro manto,
Porque siento con él nacer mi calma,
Y la sublime inspiración del canto.

Por los mares atlánticos mecido,
Y el arrullo del viento y de las ondas,
Pulso mi triste lira conmovido
Bajo tus negras cavidades hondas.

Mañana en otras tierras peregrino,
La yerta tumba extinguirá mi canto;
Pero, atraído de tu imán divino,
Mi sombra se alzará bajo tu manto.

CANTO QUINTO

La tarde era tranquila. Silenciosas
Las olas con placer se deslizaban
Por los flancos del *fenix,* que impelían
Del grato abril las auras de la pampa.
Olas teñidas con azul celeste,
Y como el cielo que las cubre, claras;
Que todo el mar de la templada zona

No tiene de cruel sino la fama
Que pregonan los tímidos viajeros,
Cuando se ofusca de pavor su alma
Al mirarse en las ondas que atropellan
Del patagón las solitarias playas.

El cielo estaba limpio. Majestuoso
El sol para su ocaso caminaba,
Dorando con su luz los horizontes,
Y de la mar el manto de esmeralda.
Multitudes de pájaros gigantes,
Negros como la noche ó como el alba,
Blancas sus plumas, sobre el mar caían,
Y á la popa del *fenix* se agolpaban.
Seguíanlo un instante, y de repente,
Levantando del mar sus grandes alas,
Volaban al oeste fugitivos
Para alcanzar el sol sobre la pampa,
Donde el cañón del Plata todavía
No ha violado la paz de sus moradas (1)

Todo era triste, religioso, dulce.
Es la hora en el mar que más nos habla
En mudo melancólico lenguaje,
El idioma benéfico del alma.
Es la hora en el mar, del sentimiento,
Hora en que desfallece la esperanza
Como el sol en su ocaso tristemente,

---

(1) Le bruit des combats n'a point encore epouvanté notre solitude,—(Tasso.—Jerusalen delibrée.)

Como la luz crepuscular que exhala;
En que solo se avivan los recuerdos
Tristes de lo pasado; en que las almas
En los brazos caen de la memoria,
Sin valor y sin fuerzas desmayadas.

Hora en que el navegante retraído,
Reclinando la sien sobre las tablas,
Tiene fijos los ojos en el cielo
Y conversa tranquilo con el alma;
O con secreta voz, para sí mismo,
Algún romance de su patria canta:
Palabras que aprendió de su querida
O de los tiernos años de su infancia. (1)
Es la hora del mar. Por solo ella,
Bien se puede arrastrar la dura saña
De las bravías ondas y los vientos,
Cuando las recias tempestades braman.

Es la hora de amar, (2) ¿Quien navegando
Bajo nubes de arminio, derramadas
Sobre infinito manto de zafiro,
Cuando del sol el horizonte guarda
Sus postrimeros pálidos fulgores,
No suspiró por la mujer amada?

---

(1) Horas tan dulces de la tarde, que despertais los recuerdos y enterneceis el corazón de aquellos que recorren los mares, el primer día de sus tiernos adioses; que bañais de amor al peregrino temblando al son de la campana de vísperas, de quien la voz parece llorar el día que espira. ¿Es una ilusión acaso, que la razón rechaza con desdén? No, ciertamente; nada muere sin excitar algunos recuerdos melancólicos (BYRÓN.—don JUAN).

(2) Ave María, es la hora de la plegaria; Ave María es la hora del amor; Ave María, puedan nuestras almas elevarse, hasta tí y hasta tu hijo. BYRÓN.—Don Juan.

¿No oyó á su corazón decir latiendo:
¡Si ella estuviera aquí! y entusiasta
La fantasía, con pensarlo solo,
Al par del corazón soñó mirarla,
Los rizos agitados por la brisa,
En los amantes brazos reclinada?

Son misterios del alma indefinibles,
Ese imán, esos lazos que nos atan
Cuando ama el corazón, á ciertas horas
A ciertas perspectivas encantadas.

Las horas indecisas de la tarde
En que la naturaleza arrodillada
Ruega al Dios de los mundos que la vuelva
Esa luz bienhechora que se apaga,
Y en dulces melancálicos suspiros
Parece que en el éter se derraman
Sus místicas plegarias, difundiendo
Paz y consolación para las almas,
Solo el amor y religión inspiran,
Solo de amor y religión nos hablan!

Esas tranquilas horas de la noche,
Cuando la luna en el cenit descansa
Sobre plumas de cisne su cabeza
Y bella y melancólica derrama
Espirales de luz pálida y débil,
Cual suele una mujer abandonada
Ir noche á noche á reposar la frente
Sobre el mármol que cubre de su falta

La yerta cifra, y de su amante el crimen,
Y solitaria y lívida suspira,
Solo el amor y religión inspiran,
Solo de amor y religión nos hablan!

¡Las colinas, las aguas del arroyo,
Los prados con sus mares de esmeralda
Y los anchos oceanos, cuando apenas
Sus olas muellemente se levantan:
Solo el amor y religión inspiran,
Solo de amor y religión nos hablan!

¡Bello y grande es correr sobre las ondas
Donde el alma sin límites se explaya,
Y ver la luna, el sol, y las dudosas
Horas de los crepúsculos, que bañan
Con sus pálidas luces tristemente
Del oceano la ondulante espalda!
¡Y sentir de las olas el murmullo
Tranquilo y misterioso, como el alma
En esas horas lánguidas, que late
Con las luces y el mar armonizadas;
Y sentir por la frente deslizarse
Los hálitos del mar en tiernas auras
Refrescando la sien enardecida,
Como el aliento de mujer amada
Cuando duerme y suspira en nuestros brazos:
Al mundo criminal, y al cielo casta!

¿Cómo entonces se afinan en el pecho
Las cuerdas del amor! ¡Cómo en el alma,
Vive la fe de un Dios que la examina!
¡Cómo la eternidad se muestra y habla!
¡Cómo entonces se eleva el pensamiento
Más allá de la vida y de los vanos
Fantasmas de la mente; y las pasiones
Cómo en vez de crüeles se hacen blandas!

Todas las concepciones de la mente
Son grandes en el mar y son cristianas.
Las más ricas creaciones de los genios,
Son debidas á él. Byron es nada
Despojado de Harold, y necesita
Surcar los mares de la Europa y Asia,
Para crear sus seres inmortales
Entre los brazos de las ondas bravas.
La voz de Chateaubriand se olvidaría,
Puede ser, sin sus *Mártires* ni *Atala*,
Y solo los cantó después que dijo
¡Adios! del mar á su adorada Francia,
Y las olas atlánticas mojaron
De ese cóndor francés las blancas alas.

Es grande Ulises por el mar vagando;
Y el latino cantor su Eneas lanza
Al valladar inmenso de los mares,
De tierra en tierra mendigando patria.

Todo es grande en el mar, todo es sublime
Como las ondas de su hinchada espalda,

Como el rugido de sus hondos senos,
Como su inmensidad, como su saña.

Y es fuerza que así sea. No se mira
En redor sino á Dios, en las más altas
Ideas de su mente; y ante ellas,
En la contemplación reposa el alma,
La humanidad y el mundo se divisan
Por el prisma que forja la distancia,
Como á la gota de agua y sus insectos
Por el vidrio que el físico prepara.
Lo individual se olvida ó desvanece
Y solo en abstracciones se levantan
Los vuelos de la mente, comparando
La grandeza de Dios que la anonada
Y el átomo que olvida su miseria
Y osa volar sin fuerzas y sin alas.

Tan solo el corazón desciende al mundo,
Al mundo del recuerdo y de las ansias,
Y tierno y melancólico suspira
Por su Dios, por su amor y por su patria.

Y Carlos ¡ay! mi joven Peregrino,
Alma por excelencia infortunada,
Mezcla de león y tórtola que abriga
Hombre que si en titán se trasmudara
Y de lo alto del trópico mirase
La tierra por sus mares inundada,
Y rodando á sus polos en las ondas
Los montes, las naciones y las razas,

Como el padre del Arca se hincaría
En un místico canto á dar las gracias
Al dueño de la luz, diciendo ledo:
« *Así, sea, Señor*, aquí está mi alma ».
Y hombre que sin querer empalidece
Conmovido al aliento de las auras;
Que una lágrima empaña su mejilla
Cuando débil la luz del sol se apaga,
Y vaga una sonrisa por sus labios
Así que asoma (como virgen casta
Con su pálida tez y ojos brillantes,
Que mueve apenas la indecisa planta
A encontrar á su amante, y su mejilla
Más se colora cuanto más avanza)
La blanca luz del alba en el oriente,
Y en pos de ella la aurora iluminada!

Y á Carlos, ¡cuántos pensamientos bellos
No le ha inspirado el mar! ¡Cómo su alma
Se ha gozado con él! ¡Cómo han caído
Lágrimas de sus ojos, solitarias,
A perderse en las ondas, cual se pierde
En un mar de rigores su esperanza,
Que tantos años suspiró á la orilla
De la felicidad que ambicionaba
Como un ángel sin alas sollozando
Junto á las puertas del Edén cerradas.
¡Cuántos otros como él sobre los mares
Al mismo tiempo su infortunio cantan! (1)

(1) Nosotros nos embarcamos para Chile el día 17 de Febrero de 1843; y días antes supimos que nuestro amigo el señor Gutiérrez debía salir de

Laureado cantor de nuestro Mayo (1)
Varela, Alberdi, que la suerte ingrata
Por diferentes mares os conduce
En igual tiempo, con igual desgracia,
Como arrastra también al peregrino
Lejos muy lejos de la dulce patria,
Hermanos en virtud y en sufrimientos,
Hermanos en valor y en esperanzas,
También alguna lágrima ha caído
De vuestros ojos por la patria amada,
Al cruzar solitarios los oceanos
En busca siempre de extranjeras playas;
También inspiraciones atrevidas
Habreis debido al mar, cuando calladas
Las horas de la tarde hayan movido
De vuestro genio las hermosas alas!

Marsella para Montevideo en el mes de Marzo. Nuestro querido Alberdi había salido de Janeiro para Chile pocos días antes que nosotros; y cuando escribíamos este canto á principios de Abril, enfrente á las costas patagónicas, suponíamos al señor Varela en viaje de Europa para Montevideo, como lo estaba efectivamente.

(1) En los primeros días de Mayo de 1841 el jefe político de Montevideo invitó á los poetas á solemnizar el gran día de la América, con una de esas lisas espléndidas con que los griegos imortalizaban sus genios y sus glorias.

Una comisión crítica debía laurear con el premio acordado, aquel canto que más correspondiese al programa y las reglas de crítica que la comisión se impusiese á sí misma.

Llegó el día inmortal y se inmortalizó un joven.

Nuestro distinguido amigo el doctor don Juan María Gutiérrez recibió el premio del vencedor, los aplausos del pueblo, y los abrazos de sus amigos que desde una tierra extranjera le dieron las gracias á nombre de su patria por la página de oro que acababa de regalar á su naciente literatura.

La comisión acordó el premio al que más lo merecía. No conocemos en toda la poesía española una obra que, considerada por su mérito artístico, presente la perfección y el gusto que el canto á Mayo del señor Gutiérrez; y á excepción de algunas estancias del Olmedo no hay en la lira Americana una inspiración patriótica que le parezca, ni un cuadro filosófico que le rivalice.

Es lo más acabado que en poesía ha presentado hasta hoy la literatura americana en español.

Guardadlas dentro del alma;
Guardadlas, que vendrá un día
En que á la fortuna impía
La postre su mismo afán;
Y nuestra sien levantemos
Más orgullosa y más noble,
Como se levantó el roble
Que lo inclinó el huracán.

¡Día eterno de venganza!
¿De venganza? ¡de justicia!
En que la mano propicia
De Dios escribe la ley;
Y en que del labio de un pueblo,
Con la balanza en la mano
La escuche hincado un tirano,
En medio de su sierva grey.

Hemos visto, los proscritos,
Nuestros juveniles años,
Bajo los cielos extraños
Deslizarse á la vejez;
Hemos perdido las claras
Horas de nuestra existencia,
Batallando sin clemencia
La miseria y la altivez.

Hemos visto uno por uno,
Como en otoño las hojas,
Caer al plomo ó las congojas
Nuestros hermanos doquier,

Hemos cubierto su tumba
Con tierra del extranjero,
Sin lápida ni madero
Para el polvo guarecer.

Hemos visto á nuestros padres,
Mas de dolor que de viejos,
Decirnos: « ya no más lejos,
Me falta la fuerza ya;»
Y bendiciendo á sus hijos
Pasar su alma á otras mansiones
Como el sol á otras regiones
Cuando en la tarde se va.

Hemos visto al infortunio,
En cuanta faz el destino
Puede lanzarlo al camino
Del hombre en la adversidad;
Que hasta la fuente del llanto
Agotando en sus enojos,
Arrebató á nuestros ojos
La postrer felicidad.

Hemos hecho — es menos fuerte,
Infierno, el tormento tuyo —
Abnegación del orgullo
Si el honor supo quedar;
Que luchando brazo á brazo
Con la miseria la vida,
Cuando se cierra una herida
Queda otra para cerrar.

Y la esperanza, ¡ay! de todos,
Astro de aureola esplendente,
Nunca nos mostró su frente,
Sino en incierto trasluz,
Cual estrella que á la tarde
En oriente se divisa,
Resplandeciendo indecisa
Entre la sombra y la luz.

—

Patria, reina del Plata: Aguila fuerte
Que ayer en el plumaje de tus alas
De la España y de Albión viste las balas
Envolverse y caer sin ofenderte.

Y bien, madre de glorias, hemos visto
Arrancar de tu sien, palma por palma,
Con más espinas traspasada el alma
Que en la sangrienta cruz la sien de Cristo.

Hemos visto triunfante tu tirano
Al carro atar tu frente sin guirnalda,
Y á los golpes del látigo, tu espalda
Sangre brotar para teñir su mano.

Hemos visto sumirte embrutecida
En un abismo de ignorancia y crimen,
Y al son de las cadenas que te oprimen,
Sin osarlas quebrar dormir tu vida.

Y hemos visto también del Continente
Los pueblos por doquier tender las alas,

A recibir las prometidas galas
Del rico porvenir que alza su frente.

Y de la libertad la trompa de oro,
Anunciar en la choza y los palacios
Que de hoy más en su trono de topacios
El labrador y el rey forman su coro.

Y hemos visto también que no limita
En el siglo la vida de tu llanto,
Pues esos niños que acaricias tanto,
La sangre llevan de la grey maldita.

Y una generación como una madre,
Cuando el alma y el cuerpo tiene impuros,
Nunca se reproduce en hijos puros
Aún cuando el tiempo á mejorarlos cuadre

Mas si no de salud, pueblo argentino,
El día vengador no está distante,
En que se embote el golpe de diamante
Que descarga en tus sienes el destino:

En que fulmine de venganza un rayo
El dueño de la luz desde su trono,
Y de rodillas, al vibrar su tono,
Se postren los apóstatas de Mayo,

Y tus proscritos la justicia eterna
Venguen más que tus penas y tu yugo,
Cuando al cortar el cuello á tu verdugo
Laven la mancha de tu frente tierna.

Y ante la ley á compasión agenos,
(Porque es alguna vez tal virtud crimen)
En cuantos hoy tu libertad oprimen
El fallo de la ley cumplan serenos.

No desconfíes, no; vendrá esa hora,
Como tras largo estío,al suelo en llama,
En fuentes de relámpagos derrama
La tempestad su lluvia bienhechora.

Hombres de nuestro tiempo, conocemos
Que el bálsamo eficaz para tu herida
Está en la sangre de tu propia vida,
Y con tu mismo humor te curaremos.

Y habrá en tu cenit tempestad y rayo
Que purifique al aire y limpie el cielo,
Para que en blanco y azulado velo
Se extienda el iris con la luz de Mayo.

Ese día vendrá; lo espero. Entonce,
Vosotros que en los brazos del destino
Vais doquier, cual mi joven PEREGRINO,
Oponiendo al dolor pecho de bronce;

A quienes desde el mar he dirigido
Estas palabras huérfanas de nombre,
Pero hijas, sí, del corazón de un hombre
El más infortunado y ofendido;

De quien solo á su patria llanto debe
Y la da con amor sus bellos años,

De quien solo á los hombres, desengaños,
Y del dolor sin odio el cáliz bebe;

Vosotros, hallareis al PEREGRINO
Cuando la libertad os llame al Plata,
Y de esas horas en que el mar retrata
La vaga incertidumbre del destino,

Cuando al límite el sol de dos regiones,
Medio oculto en el mar, para una espira,
Y á punto de nacer otra lo mira,
Todos os contareis las impresiones.

Ya del ansiado río en las arenas
Al claro de la luna, en noche hermosa,
Ya en el hogar, junto á la tierna esposa,
Con la amistad de las comunes penas;

Y una lágrima acaso... Basta... ignoro
Como he dejado deslizar mi pluma,
Y de penas pintar tan larga suma
Queriendo hacer llorar porque yo lloro.

Quise solo de un mar dar un saludo
A vosotros que veis mares diversos,
Y he escrito ¡vive Dios! doscientos versos,
En cosas que mejor es estar mudo.

¡Episodios! manía de mi musa
Que enlazada anda siempre á mi manía
De libertad para la patria mía,
Cosa que ni la entiende ni la usa.

Sabe hoy de ella como sabe el necio
De los autores que ignorante cita:
¡Oh Corneille! ¡oh Voltaire! ¡oh Byron! grita,
Y al oirse silbar grita mar recio.

Su nombre, ¡oh, eso sí! de gente en gente,
Cual de champagne en líquidos cristales
Se deleitan los labios virginales
En la aromada espuma solamente.

Y vaya esta figura en verso tierno,
Porque al fin es mi patria de quien hablo,
Que sino habría dicho: como el diablo,
Nombrando á Jesucristo en el infierno.

Mas de mis episodios insufribles
Tiene la culpa mi adorada rima,
Que caprichosa mis caprichos mima
Con encantos á mi alma irresistibles.

En la noche jamás tomé la pluma
Habiendo antes pensado, y con la aurora
No la dejó jamás sin que sonora
La rima me embriagara en buena suma

De deliciosos versos los oídos.
Son para mí la dulce melodía
Con que Platón al despuntar el día
Llamaba sus discípulos dormidos.

Un verso dulce, espirituoso, terso;
Si ser dueño de todo yo pudiera,

Quiero decir, si soberano fuera,
Cambiaría dos hombres por un verso.

Por amor á la rima es que amo tanto
A todas las mujeres que son bellas,
Porque una de la otra, y todas ellas,
Los consonantes son de un solo canto.

No te rías, lector, todo consuena:
Una hermosa mujer no es otra cosa
Que el consonante puro de otra hermosa,
Cual la palabra *agena* con la *buena*.

Diversas nada más las iniciales;
Negros, azules, tiernos, brillantinos,
¡Qué diablo! todos son ojos divinos,
Con un mismo poder en sus finales.

Unos hieren el alma poco á poco,
Otros, con más poder, súbitamente;
Pero todos acaban igualmente
Por nos dejar el pensamiento loco.

Y por ella también en este canto
La estricta regla de unidad se olvida,
Que á imitación de viuda condolida
He soltado la risa en pos del llanto.

¡Ah! tengo dos razones; y es la una,
Que de todas los reglas más en regla,
La única que poseo es la que arregla
Mi vida y mis poemas sin ninguna.

Y á fe que es la mejor por todos lados;
Y es la mejor porque la siguen todos,
Desde el diluvio hasta los viejos godos,
Señores bien en regla desreglados.

Mas ¡las reglas! ¡ah! ya. Cosas del mundo
Un poema un poema, hombres los hombres,
Y todos los demás nombres y nombres
Más estéril, al fin, el más fecundo:

Más allá de la muerte, los rigores
De Nerón, Roma maldecir debía,
Pues bien, murió Nerón y al otro día
Sobre su tumba se encontraron flores.

Mi segunda razón (razón y media):
Que quise hacer lo que en Madrid se estila,
Que dan, por si se anubla la pupila,
Un sainete después de una tragedia.

Mas diré mi creencia llana y lisa:
La digestión del español es buena,
Y antes de divertirse con la cena,
Su estómago preparan con la risa.

¿Y dónde hemos dejado el PEREGRINO?
Contemplando en el mar la luz sombría
Que deja el claro luminar del día
Al terminar su espléndido camino.

Mentira pasajera de una llama
Que se ha extinguido ya... así una risa

En un pálido rostro se divisa,
Rota ya del placer la frágil trama.

¿Mas por qué asoma al contemplar la tarde
Una gota á su lánguida pupila,
Que en el párpado trémula vacila
De sensibilidad haciendo alarde?

¿Por qué?—Porque las horas
De Carlos son aquellas
En que la tarde vierte
Su parda claridad,
Y aquellas en que bañan
La luna y las estrellas
De pálidos colores
La quieta inmensidad.

Con ellas enlazada
La historia de su vida
Suspira al contemplarlas
Su triste corazón,
Y escucha por el éter
La voz de su querida
En la primer palabra
De su primer pasión.

De aquella criatura
Destellos de los cielos,
Aurora que asomaba
Con la postrera luz,
A repetir temblando

Su amor y sus recelos,
Ante la faz sagrada
De misteriosa cruz. (1)

Y todo cuanto bello
Lo encadenó á la vida,
Las horas de la tarde
Le traen al corazón. . .
La luz se desvanece,
Y pulsa conmovida
La lira, de las ondas
Al misterioso son.

CANTO DEL PEREGRINO

CREPÚSCULO

Con el color de la torcaz y el lirio
Tranquilas nubes el espacio pueblan,
Y allá el confín del horizonte inundan
Ondas de fuego que en la mar reflejan.

Guardado el rostro en azulados velos
Cae á su ocaso la vital lumbrera,

(1) Esta estrofa bien puede pasar en calidad de enigma para el lector, yo me contento de ello, pues debo hacerlo así. Sin embargo, si hay en el mundo una sola persona que lo comprenda, mi deber y mi corazón habrán cumplido sus deseos.

Pero el cabello destrenzado flotan
En sierpes de oro sus brillantes hebras

Púrpura y oro en el ocaso brillan
Entre celajes de enlutada niebla,
Como entre el manto de la negra duda
Los bellos sueños de la edad primera.

Púrpura y oro en el ocaso brillan;
Y frente á frente de la luz postrera,
Paso tras paso, con semblante adusto,
La oscura noche al firmamento trepa.

Así las esperanzas alumbraron
Mi joven corazón; y así con ellas
La gloria y el amor se reflejaban
Sobre las flores de mi incierta huella.

Así vino después, como la noche,
El desencanto á oscurecer la senda;
Y de gloria y de amor y de esperanzas
Un crepúsculo vago se conserva.

CANTO DEL PEREGRINO

DESENCANTO

I

Mi sueño de oro
En noche ingrata
¡Ay! fué del Plata
La libertad;
Y de mis ansias
El paraíso
¡Ay! fué el hechizo
De la beldad.

II

Mas ¡ay! mi patria
Recuerda apenas
Que entre cadenas
Su cuello está;
Y acostumbrada
La sien al yugo,
Ni á su verdugo
Maldice ya.

III

Mas ¡ay! el astro
De mis amores,

Sus resplandores
Oscureció,
Y entre las sombras
Del desencanto,
Mi postrer llanto
Se deslizó!

IV

El alma tibia,
Floja la mente,
Indiferente,
Muevo mi pie,
Que en lo mas hondo
Del pecho mío,
Dejó un vacío
Mi yerta fe.

V

Cual verde rama
Que el viento quiebra
Y en débil hebra
Cayendo está,
Así mi vida
Se tiene leve
En soplo breve
Que vuela ya.

VI

Y no del Plata
La luna hermosa,

Dará en mi losa
Pálida luz;
Y no en mi pobre
Tumba extranjera
Habrá siquiera
Benigna cruz.

VII

Bello es el mundo,
Bello es el día,
Y al alma mía
La eternidad,
Alma que late
Desencantada,
En su rosada
Temprana edad.

Y el arpa del PEREGRINO
Enmudeció *el desencanto*,
Interrumpido su canto
Por un ¡ay! del corazón...
Descansó el rostro en sus manos,
Y desagotado el seno,
Alzó la sien más sereno
Y cantó, en lúgubre son

Canto sentido, del alma,
Imágen fiel y sombría
De la palidez del día
Que vió morir en el mar;

Canto del que todo ha visto
Desparecer paso á paso,
Como se ve en el ocaso
La lumbre crepuscular:

CANTO DEL PEREGRINO

Á EMILIA

En cada instante de la triste vida
Hemos dicho un ¡adios! á una esperanza:
Todo es ¡adios! ¡adios! y no se alcanza
Sino en la tumba el postrimer ¡adios!

Esta palabra en el dintel del cielo,
Nos la sentencia el Dios que nos destierra,
Y la vamos diciendo por la tierra
En cada paso con oculta voz.

Todo es ¡adios! en el presente, todo;
Y la vida vasalla del pasado,
No tiene más derecho consagrado
Que el del *recuerdo* para más llorar.

Emilia, ¿donde estás? Tu pobre hermano
Ya no parte contigo su destino,
Y huérfano, infeliz y peregrino,
Suspira solo sobre el ancho mar.

Voláronse los plácidos momentos
De nuestra infancia y juventud tranquila,
Y el llanto nos empaña la pupila
Sin que uno al otro consolando esté.

¡Ay, cómo te preciso! más que nunca
Pesa en mis hombros mi cansada frente,
Y solo en torno mío extraña gente
Mi alma doquiera suspirando ve!

¡Cómo he sufrido, Emilia! ¡cómo sufro
Con este desamor amargo y frío,
Que contemplo doquier en redor mío,
Sin ver mis lares ni escuchar tu voz!

¡Cuan amargos, injustos desengaños!
¡Cuánto mi corazón ha suspirado!
Y tú no lo sabrás, pero ¡ he llorado
Con agrio llanto tu postrer adios!

Y más y más la fortuna,
Siempre ensañada conmigo,
Vame llevando consigo
¿Adonde, hermana? no sé.
Hoy por el mar batallando
Con viento y olas bravías,
Mañana por cerranías,
Por los desiertos después.

¡Ah, hermana mía! ¡si vieras
Que pálida está mi frente,
Cómo enseña transparente

La llaga del corazón!
! Qué marchito mi semblante!
¡Qué blancos ya mis cabellos!
¡Ay hermana! ¿que es de aquellos
Dulces instantes de amor?

Pasaron ya. ¿Los recuerdas?
Pobres nacimos: ninguna
Sonrisa de la fortuna
Nos acarició jamás;
Pero el pan de nuestra madre,
Con su desvelo comprado,
Comíamos á su lado
Sin lágrimas que enjugar.

Pronto llevónosla el cielo,
Pura, santa, idolatrada,
Y en orfandad desgraciada
Quedamos niños los dos.
¡Como era buena! lloremos,
Lloremos siempre, mi hermana,
Aquella madre tan sana,
Tan pura de corazón.

¡Aquella madre que al vernos
Pasar tan pobres la vida,
Iba á llorar escondida
Por no causarnos pesar!
¡Ay, cuántas veces dormidos
Nos besaría en el lecho,

Hinchado de llanto el pecho
Y el labio sin murmurar.

Solos quedamos, y vimos
Nuestros juveniles años,
Siempre en medio á los extraños
Viviendo para los dos;
Pero á lo menos tu risa
Con otra risa se hallaba,
Y mi lágrima encontraba
Otra lágrima de amor.

Perdí mi patria. La vida
Comencé del peregrino;
Vida errante, sin destino,
Sin horizonte, sin fin;
Y en ese infortunio santo
De los proscritos, ¡cuan bella
Resplandecía mi estrella
Desterrado junto á tí!

Tú consolabas mis penas,
Tú del futuro me hablabas:
Ay, hermana, te engañabas,
Y me engañaba también;
Pero á lo menos tu acento
Era puro y cariñoso:
Sobre el cáncer sanguinoso,
Dulce, balsámica miel!

¡Y tu amor! amor de hermana,
Unico santo en la tierra:

Gota de ambar que se encierra
En el cáliz de una flor;
Amor puro, generoso,
Inmaculado en las venas,
Sin restricción, ni cadenas,
Y eterno en el corazón.

¡Amor de hermana! ¿cual otro
Más dulce tiene la vida,
Cual afección más sentida,
Ni mas íntima su fe!
¿Qué placer no se transmite,
Qué sinsabor ó despecho
No es magnético en el pecho
Fraternal de una mujer?

¡Mi pobre Emilia! ¡tan lejos!
¡Horas de vivir tan largas,
Penas tan hondas y amargas,
Tanto hastío, tanto mal!
¡Sufrir tanta indiferencia,
Ingratitudes, falsía,
Sin que mi sien pueda un día
En tus brazos descansar!

Tú no me vendes, no engañas
Mi corazón inocente,
Ni manchas mi pura frente
Con la calumnia ¿es verdad?
¡Oh, nunca, nunca! En el mundo,
Donde lloro desvalido,

¡Tú sola me has comprendido,
Y tú me quedas, no más! (1)

Como yo nadie presentó á los hombres
Un corazón más cándido ni puro,
Ni más limpia de mancha, en tiempo impuro,
Nadie tan poco mostrará la sien.

Con raudales de amor el pecho mío
Del corazón las fuentes inundaba,
Y del polvo hasta el sol se derramaba
Siendo mi gloria y religión, querer.

Mas ¡ay! hermana, me avergüenzo acaso
Del excesivo amor del alma mía.
No puede aborrecer, pero está fría,
Desencantada, sin poder amar.

Esos hombres que claman entusiastas
El fraternal amor que en su alma sienten,
Todos mienten, hermana, todos mienten
Cálculo siempre, pero amor jamás.

Nunca mi corazón buscó los hombres
Sin encontrar ingratos. Un amigo
Tuve de la niñez; yo le bendigo,
Y no recuerdo su inconstancia, no.

Ni un hálito de amor debo á mi patria,
Y todo cuanto soy debo á mi mismo;

(1) Ma soeur au nom des dieux ne m'abandonnez pas.—(CORNEILLE, Ariane).

Fué de grillos mi cívico bautismo,
Y solamente mi esperanza Dios.

Seguiré los reflejos de mi estrella
Sin referir á nadie mi destino,
Y el que quiera alcanzarme en mi camino,
Las flores coja que dejando iré.

Si no me inspira el hombre ¿qué me importa?
Yo tengo el mar, las nubes y los vientos,
Y un eterno jardín de pensamientos,
Rica corona de mi joven sien.

Ahí está Dios, y América la virgen;
El Andes y su cóndor y su hielo,
Imágenes poéticas del cielo
Con que á la bella libertad pintó.

Ahí está el porvevir. En él mi patria,
La patria rica de opulenta gloria,
No ese rincón ingrato á la memoria
Que baña el Plata con vergüenza hoy.

Pues hay inspiración, venga la lira;
Yo viviré burlando mi destino,
Y el que quiera alcanzarme en mi camino,
Las flores coja que dejando voy.

¡Adios! mi adorada, mi síncera hermana;
¡Adios! y á tu amigo no olvides jamás;
Quien sabe si acaso te cuentan mañana
Que solo en el cielo mirarme podrás.

Yo sé que mi vida se exhala marchita
Cual flor en desierto que el sol abrasó;
Yo sé que la llama que el alma me irrita
Las fuentes de vida temprano secó.

Quien sabe qué tierra me cubre extranjera,
Quien sabe si tiene mi tumba una cruz
Que en medio á la noche la parda lumbrera
Alumbre tranquila con pálida luz.

¡Feliz si entibiara la cruz de mi fosa
El sol que en mi cuna doraba mi sien!
¡Feliz si á su lado creciera una rosa
Del agua del Plata regada también!

No olvides, Emilia, jamás, á tu amigo,
Y ten, si le nombras, orgullo de tí.
¡Ay! si alguien llevara mi nombre consigo
No herede mi suerte pero mi alma sí!

¡Adios! mi querida, mi síncera hermana,
De en medio á las hondas te envío mi ¡adios!
Si nunca nos une la suerte tirana,
Que el mundo te quiera, bendígate Dios.

CANTO SEXTO

Á LA LUNA

Duerme tranquilo el mar sueño profundo,
Sin que agite su sien brisa importuna,
Y se levanta la redonda luna,
Como el ojo de Dios mirando al mundo.

Un finísimo rayo de su frente
Llega trémulo al borde del navío,
Y en la espalda del líquido sombrío
Se mueve cual bellísima serpiente.

Al astro envuelve cenicienta nube,
Y de la lumbre de su frente luego,
Más el reflejo que la sombra sube,
Y el linde dora en espiral de fuego

Sigue trepando en carro de diamantes
Al cenit de la bóveda azulada,
Y la sierpe se expande, y transformada
Queda en lago de chispas rutilantes.

¿Qué mágico pincel pintar podría
Un solo rayo de su luz hermosa?
¿En que tinta el color encontraría
De un arrebol entre una nube umbrosa?

Si el dulce ruiseñor de *Los Consuelos*
Pisara este bajel, él te cantara,
Tímida virgen, en los altos cielos
De suspiros y lágrimas avara.

Y á su voz de letal melancolía
Murmurara de amor el mar sombrío,
Y en torno se agolparan del navío
Los peces á la dulce melodía.

¿A quien buscas, viajera de la noche,
Sobre este llano de aridez eterna,
Do nunca al rayo de tu luz tan tierna
Abre una flor su perfumado broche;

Do nunca una beldad triste suspira
De su balcón en las heladas rejas,
Y al dar al viento sus sentidas quejas
Alza sus ojos y tu rostro mira;

Do nunca una mujer junto á una losa
Hincada llora á su perdido fruto,
Pagando el triste maternal tributo
Bajo tu luz tranquila y misteriosa;

Donde no hay sino espacios infinitos,
Brisas que corren las llanuras solas,
Y el lúgubre quejido de las olas
Bajo los rayos de tu luz benditos?

Gracias, ángel que velas los pesares,
Casta beldad de adormecidos ojos,

Tú calmas dulcemente los enojos
Del viajador errante de los mares.

El conmovido mar se magnetiza
Tocado apenas por tu blanco rayo,
Y al contemplar su lánguido desmayo,
Pliega sus alas con temor la brisa.

Como genio del mar, el bajel vuela,
Murmurando las olas mansamente;
Y el triste marinero alza la frente
A ver tus rayos en la blanca vela.

¡Bendita, entonces, tu tranquila lumbre,
Del sol ardiente pálida memoria!
Ella trae de nuestra misma historia
Recuerdos mil en grata muchedumbre.

Uno derrama silencioso llanto,
Otro canciones de su patria canta;
Pero todos *recuerdan*, virgen santa,
En el bajel bajo tu dulce encanto.

Ya estás en el cenit; bendita seas.
Ya iluminas la cien del Peregrino:
Ya escucharás su amor y su destino,
Cuando en tu rostro sus miradas veas.

Oye, casta beldad perla del cielo,
El ¡ay! de un corazón que Dios no quiso
Que el molde original en que le hizo
Diese otro semejante al triste suelo.

Oye de su dolor las justas quejas
En el albor de su infelice vida,
Y toque y cierre su profunda herida
El dulce rayo que de Dios reflejas.

Aquí desde un bajel perdidos llora
Amor y patria y juventud temprano;
Y al arrullo del viento y del oceano,
Pulsa su lira y la esperanza implora.

Es benigna tu luz, cual la mirada
De tierna madre y desgraciado hijo;
Ven, y en su pecho su dolor prolijo
Cálmale con tu luz inmaculada.

Su amante madre le robó la muerte;
A su tierra natal, la tiranía;
Y del mundo también, la hipocresía
Robó su amor y su temprana suerte.

Huérfano, como el lirio del desierto,
Lo abrasa el sol y el viento lo deshoja:
Ven, blanca luna, ven, y su congoja
Hable y suspire con tu rayo incierto.

A LAS ESTRELLAS

EN EL MAR

Sobre la mar tranquila,
Suavemente vacila
La blanca luz de la lumbrera hermosa;
Rutilan las estrellas,
Y el mar á todas ellas
Las duplica en su frente majestuosa.

Allí están chispeantes
Los fúlgidos diamantes
Del manto azul, del César de los cielos,
Con quienes los querubes
Juegan entre las nubes
Sus luces apagando con sus velos.

Allí está ese misterio
Del eternal imperio
En todo su esplendor y poesía;
Allí están los puñados
De mundos inflamados
Que tiró Dios sobre la noche umbría;

Allí están como fueran
Cuando junto cayeran
A la urna sin fin del universo;

Cual serán en la hora
En que anuncie sonora
La trompeta final el día adverso.

Allí están sin asiento,
Por el divino aliento
Suspendidos en medio del espacio,
Y con magia encantada
Arrastrando imantada
A la mente sus rayos de topacio.

¿Qué magnético encanto,
Irresistible y santo,
Hay en vosotras, trémullas estrellas,
Que robais con cariño
Las sonrisas al niño
Y al anciano recuerdos y querellas?

¿Qué relación existe
Entre este mundo triste
Y vosotras, alegres y radiantes?
¿Qué tiene vuestro rayo
Con el mortal desmayo,
Con las penas del hombre palpitantes?

Decidme: vuestra lumbre
De grata mansedumbre
¿Tiene algo de común con los mortales?
Vuestros rayos supremos
¿Acercan los extremos
Del hombre y de los seres divinales?

O cual dicen las fablas
De las antiguas hablas
¿Sois de todos clarísimos destinos,
Y cuando nace un hombre
Lleva un astro su nombre,
Y le marca en la tierra su camino?

Si lo sois, descubridme
El misterio, y decidme
Cuales los astros son de los tiranos:
¡Y podré, aunque de lejos,
Maldecir sus reflejos,
Ya que no sofocarlos con mis manos!

Y señaladme cuáles
Con rayos virginales
Son los que alumbran la virtud sagrada,
Para poner mis sienes
A recibir los bienes
De su divina lumbre inmaculada;

Enseñadme cual fuera
Quien á mi patria hiciera
Surgir brillante de su noche umbría,
Para clavar mis ojos
En su rayo, y de hinojos
Veneración rendirle el alma mía;

Y cual la roja estrella
Que sus rayos destella
En su senda de lágrimas ingrata,

Para pisar contento
Sus rayos un momento
En el agua ó cristal que los retrata.

Y del triste destino
Del pobre Peregrino
¿Cuál es, decid, la inapiadada estrella?
¡Ay! será aquella acaso
Que se hunde en el ocaso,
Las ondas de la mar tocando en ella!

Cuantas veces al lado
De su ídolo adorado,
Allá en las noches de su patria hermosa,
«Esa es nuestra» decía,
Enseñando á María
En el cenit azul, la más preciosa!

Y fijando, la bella,
Sus ojos en la estrella:
«Que velen nuestro amor sus resplandores»
Decía, en embeleso,
Recibiendo en un beso
El premio á sus angélicos amores.

¿Dónde están las dulzuras
De esas horas tan puras
Deslizadas en tiempo cristalino?
¿Donde el bello tesoro
De los delirios de oro?
¿Dónde la juventud del Peregrino?

¿Dónde está la querida
De su temprana vida?
¿Dónde en el cielo la preciosa estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
Que se hunde en el ocaso
Las ondas de la mar tocando en ella?

Viene el día:
Quieto el cielo,
No hay un velo,
Ni un indicio
De impropicio
Vendaval.

Fresca brisa
Mueve el pino,
En camino
Balanceando,
Coqueteando,
Con el mar.

Olas levas
Con espumas,
Como plumas
De rizada
Nacarada
Redondez,

A los bordes
De la nave,
En suäve

Curso llegan,
Y se pliegan
A su pie.

Y del barco
Por las huellas
Cantan ellas
Dulce canto,
Como llanto
De torcaz,

O murmuran
De que aliente
Quien valiente
Turbe el sueño
Halagüeño
De la mar.

Ya vese
Que sube
La nube
Que forman,
De pardos
Colores
Vapores
Del mar.

Y hendiendo
La fina
Neblina

La vista,
Se puede
La frente
De oriente
Mirar.

Un tenue
Rosado
Pintado
Se mira
Al borde
Lejano
Del llano
Del mar.

Y un arco
De plata
Dilata
Sus luces
En débil
Anillo
De brillo
Fugaz.

Aun en tinieblas
Tristes y solas
Sobre las olas
Corre el bajel.
Un día nuevo
Ya se divisa,

Y fresca brisa
Viene con él.

Es la paloma
Que se despierta
Y corre incierta
Por ver el sol;
Es el jilguero
Del oceano,
Que canta ufano
El arrebol.

En el velamen
Y los cordajes,
Forma paisajes
La media luz:
Son la arboleda
Del mar desierto,
Do asoma incierto
Débil trasluz.

Sobre la popa
El Peregrino,
Ve el matutino
Suave color;
Su mies el alma;
Su hoz los pesares;
Y es de los mares
El labrador.

El alba una por una
Apaga las estrellas,
Y pálida la luna
Desmáyase con ellas;

Y al borde de occidente
Corre á ocultarse fría,
Por no mirar la frente
Del que ilumina el día.

El que la da un tesoro
De pura luz preciosa,
Llega en su carro de oro
Para mirar su hermosa,

Pero es mujer la luna,
Y es como tal ingrata,
Sin compasión alguna
Con quien mejor la trata.

Cual de virgínea frente
La juvenil tersura,
Se esparce en el oriente
Bellísima blancura.

Un rayo de la aurora
La nitidez esmalta,
Y el cielo se colora
Y el agua se esmeralta.

La nave está plateada
Con un reflejo vago,

Y muellemente nada
Cual cisne sobre un lago.

Y el joven Peregrino
Contempla indiferente
Un día sin destino,
Una alba sin oriente.

Sus ojos al ocaso
De vez en cuando gira,
Pero aún el tardo paso
De la tiniebla mira.

¿Qué quiere tras las solas,
Las únicas tinieblas?
¿Qué maga de las olas
Procura entre las nieblas?

¿Qué inspiración creadora
Su ojo en el mar procura,
Que no está de la aurora
Bajo la luz tan pura?

¡Ay, que en la ciencia sabe,
Y en el latir del pecho,
Que no pasó la nave
La altura del Estrecho;

Y que la mar quebrada
Que al occidente viera,
Bien cerca y bien amada
Le anuncia una ribera!

Mudo su labio luego
Y hablando el corazón,
Reza en secreto un ruego,
En tímida oración:

ORACIÓN DEL PEREGRINO

¡Gloria, Dios, que de tu boca
A los hálitos fecundos,
La nada brotara mundos
Y las tinieblas la luz!
¡Gloria á tí, gloria á tu hijo,
Que en horas de sed y muerte,
Vino á darnos agua y suerte
Con la sangre de la cruz!

Bajo las bóvedas puras
Del templo de la mañana,
Postrada mi alma cristiana
Sube á tí mi corazón;
Y en medio á los valladares
Solísimos de un oceano,
Escucha, Dios Soberano,
Mi purísima oración.

Perdón, Señor, para aquellos
Que olvidan tu santo nombre,

Y tu bendición al hombre
Que te busca en su orfandad.
Tus ojos vuelve á este mundo
Que rueda en tiniebla umbría,
Y llegue á la patria mía
Un rayo de claridad.

Luz á mi patria, Dios bueno,
Y el fuego de tu mirada,
Sobre la tierra yermada
Seque la sangre infeliz.
Paz y amor en mis hermanos;
Odio y penas al olvido;
Abrazo al que fué vencido;
Abrazo al que fué feliz.

En sola una sien fulmina
El rayo de tu venganza,
Pues si tu perdón alcanza
Fuera un crimen tu perdón.
Los árboles lloran sangre,
Las rocas del Plata gimen:
Señor, por tan negro crimen
No ruega mi corazón.

Y mientras llegan los días
De paz y de amor benditos,
Vela, Señor, los proscritos
En su santo padecer.
Que unos al hielo del tiempo,
Y otros al de sus congojas,

Todos van viendo las hojas
De la esperanza caer.

Niños dejamos la patria,
Y vamos llegando á viejos,
Siempre en borrasca y más lejos
Del puerto de salvación.
Nos va cubriendo uno á uno
La tierra del extranjero:
¡Ay! ¡que la fe no es de acero!
Tennos, Señor, compasión.

Queremos paz y justicia:
¿No somos, Señor, cristianos?
Maldecimos los tiranos:
¿No os complacemos, Señor?
Gloria ¡Dios! pues si el destino
Todo á mi patria ha robado,
Tu bondad le ha conservado
En nosotros el honor.

Y á mí que en batirme se place el destino,
Cual baten la nave los vientos y el mar;
A mí que me cansa mi errante camino
Sintiendo la fuerza de mi alma cesar;

A mí, Dios bendito, tus justos enojos:
Yo sé que no es mucha mi humana virtud;
Castiga mi vida, más no mis despojos,
Te pido en mi patria mi pobre ataud.

—

Abrió el alba sus puertas de plata
Sobre goznes de perla y topacio,
Y mostró de la aurora el palacio
Sostenido en las olas del mar.

Sus jardines de luces esparcen
Muchedumbre de rayos por flores
Que matizan con tenues colores
De los cielos el limpio cendal.

Olas y olas; y espacio doquiera,
Y en el centro del mar una pira
Cuya llama en boreales espira,
En el cenit y el fondo del mar.
Salve, espléndida virgen del día,
Maravilla que el mar atesora:
¡Ay, si el genio del mar se enamora,
En su amante tu rara beldad!

Eres bella mirada en los campos,
Entre cuna de bosques y lomas,
Mas, ¡cómo eres sublime si asomas
Sostenida en las olas del mar!
¿Quién os pinta las mil espirales
De esos juegos de luz diferente,
Cual las aguas de artística fuente
Que se escapan en giro fugaz?

Allí están los colores del iris,
Allí brillan del ópalo aquellos,
Reflejando su luz todos ellos
En la hermosa esmeralda del mar.

Te descubres y el alma se alegra,
Y en secreto se expande la vida,
Pues en tí y en las flores se anida
Misterioso un aliento vital.

¡Ay de aquel que al mirarte no siente
De esperanzas y amor un destello,
Y de Dios no comprende lo bello
Cuando doras los cielos y el mar!
Son los lazos del hombre y el ángel:
De la aurora los bellos colores,
La armonía, la tarde, las flores,
Y la casta y risueña beldad.

¡Salve, salve, magnífica aurora,
Cabellera de alado querube
Que esparrama sus rizos y sube
De bañarse en el centro del mar!
Allí está un laberinto de rosas,
Allí cisne en lago azulado;
¡Salve, salve, bosquejo alumbrado
Del jardín primitivo de Adán!

Que no invada tu plácido alcázar
El soberbio monarca del día,
¡Ay, que entonces la bella arquería
Cae deshecha en las olas del mar!
Que sus rojas oleadas de rayos
No derrame en tus suaves jardines,
¡Ay, que entonces los blancos jazmines
Y las rosas, quemadas serán!

Sí, conserva tu ramo de luces
En su hermoso jarrón de esmeralda,
Y una flor llevará á su guirnalda
Quien recoge las flores del mar.
Quien, con alma y con ojos cansados,
Teme al sol y las sombras adora,
Y la luz la procura en la aurora,
O en la tarde, la noche al llegar.

Ya la cándida luz de la mañana
Despareció en los límites de oriente,
Y en su pomposo pabellón de grana
Descubrió el sol su poderosa frente.

Ya perdiose la plácida y tranquila
Cambiante luz de la risueña aurora;
Y al fijarse en oriente la pupila,
Herida por el sol, trémula llora.

Así se desvanece el puro y tierno
Primer albor del corazón humano,
Cuando de las pasiones el infierno
Alza en el alma su poder mundano.

Eres creador, oh sol; en tu camino
Hombres y mundos con placer te miran
Gracias por los demás: El PEREGRINO
Solo canta tus rayos cuando expiran.

Ama la tarde como busca y ama
En pudorosa virgen la tristeza;

Y á su alma choca tu radiante llama
Como mujer de lúbrica belleza.

Foco eterno de luz, padre del día,
El mundo adora tu esplendente huella;
Gracias por los demás. CARLOS daría
Cien soles como tú por una estrella.

Ostenta el genio sus lujosas galas
En el tranquilo reino de la noche;
El amor y la fe baten sus alas,
Y abre la flor su delicado broche;

CARLOS contempla en tu brillante imperio
La inspiración de su alma sin colores,
Llorar su amor la ausencia del misterio,
Y heridas por tu luz morir las flores.

Es un hombre no más bajo tu lumbre,
Y en medio de la noche es un poeta:
Lo arrastra con tu luz la muchedumbre,
Y es solo y ángel en la noche quieta.

Jamás le diste inspiración ninguna,
Ni hojas de mirto á su secreta historia,
Y debe al rayo de la blanca luna
Mucha felicidad y mucha gloria.

Pasa sobre el cenit, rey de los astros,
Baña de luz tu espléndido camino,
Que no echa flores en los claros rastros
El oscuro y altivo PEREGRINO.

CANTO DEL PEREGRINO

SÚPLICA

Espíritus del alma que conducis la mente
Con misteriosas alas más lejos del presente,
Más lejos de las cosas que nuestros ojos ven;
Y donde ya la lumbre del porvenir vacila,
Y donde con su rayo no alcanza la pupila,
Llegais y con vosotros el ánima también:

Venid, y arrebatada mi herida fantasía,
Que llegue en vuestras alas hasta la patria mía
Tras las oscuras rocas que miro en confusión:
Son ellas de mi patria la poderosa mano
Que en el confin detiene las ondas del oceano
Para escudar los prados que habita el patagón:

Arrebatadme el alma para poder, de hinojos,
Reverenciar la tierra que niegan á mis ojos,
Empero que es mi patria, la dicha de mirar,
Y pueda con la mente palpar estos parajes,
De virgen poesía, magníficos paisajes,
Que están tras de las rocas que miro desde el mar;

Y pueda con la mente mirar en sus regiones
Aquellos colosales soberbios patagones,
Sin freno dominando su indómito corcel;

Y cual la rauda flecha de su carcax de cuero,
Y cual las raudas alas del silvador pampero,
Pasar de los desiertos el último dintel.

En su tostada frente las coloradas plumas
Y piedras cristalinas que cubren las espumas
Del mar que se derrama por el estrecho allí;
En el nervoso brazo la desmedida lanza
Que mata con el peso, cuando á tocar alcanza,
Y en los desnudos hombros el ancho *quillapí*:

Y verlos en la tarde, cuando la tribu acampa
De soledad rodeada sobre la inmensa pampa,
Huyendo á su presencia los potros y el yajá;
Y verlos, sin cuidarse de huella ni de rastro,
Confiados en su marcha, del brillo de algún astro
Que asoma y con su rayo la brújula les da.

Y verlos levantarse, con su salvaje calma,
Y al lomo de sus potros cual á segura jalma,
Saltar y estar el hombre clavado al animal;
Y luego como el viento cruzar rápidamente
Su patria los desiertos, do queda solamente
De América, su madre, la forma original.

Su patria, los desiertos, de cuya vasta orilla
No osó ir mas adelante la gente de Castilla
Para matar sus hijos en nombre de la cruz;
O acaso para darles la lengua en que no escucho
Ni el arte ni las ciencias, y que dejó por mucho,
Por único recuerdo de bienes y de luz.

Y pueda con la mente llegar hasta la roca
Donde se quiebra el Andes y en el estrecho toca
De su cadena inmensa como último eslabón;
Y ver sobre la tierra donde nací á la vida
La frente de los Andes, quebrada y abatida,
Rindiendo á los desiertos honor y admiración.

Y pueda, de una en otra, por las montañas largas
Que el rayo de la aurora reciben en sus bargas,
Correr las cordilleras que por mi patria van;
Hasta que llegue al pico soberbio de Aconcagua
Donde fermenta eterno, dentro profunda fragua,
Para quemar las nubes el sin igual volcan.

Y cerca de los cielos, del cráter á la orilla,
Sobre la eterna nieve, doblada la rodilla,
Saludaré entusiasta la patria en que nací;
Y lleno de recuerdos é inspiración entonce,
Pulsando las bordonas de mi laud de bronce,
La gloria de sus armas le cantaré de allí.

La gloria que el reflejo de sus fulgentes brillos
Deslumbrará en diez siglos el león y los castillos
Que el godo levantara por símbolo español,
Cuando al brillar el oro del estandarte ibero
Los otros apagaban su brillo pasagero,
Cual hacen las estrellas al asomar el sol.

Que porque son doradas las hojas de su historia
Mostrando en cada letra de su opulenta gloria
Que en españolas venas no hay sangre sin valor,

Fué grande de mi patria la coronada hazaña
De haber hecho pedazos el pabellón de españa,
Cercada de adalides del castellano honor.

Mirad de esa Aconcagua sobre el cristal de hielo,
Do paran sin aliento los cóndores el vuelo,
La conocida huella del argentino pie.
Corred para mirarla también en Uspallata,
Que no es al argentino la cordillera ingrata,
Como los anchos valles que el occidente ve.

Sobre ella palpitaron valientes corazones,
Marchando por la nieve soldados y cañones,
Haciendo entre las nubes el pabellón lucir.
Y encima de los Andes, con hecho sin segundo,
Jugando iba mi patria del porvenir de un mundo
Los dados que debieran la suerte decidir.

Afronten mis pupilas el descubierto rayo
Que se quebró algún día sobre el fusil de Mayo
Que hería de los cielos el transparente tul;
Y atónitas contemplen los hondos precipicios
Por do bajó al impulso de santos sacrificios,
Para cubrir ingratos el pabellón azul.

Desde Aconcagua puedan los ecos de mi lira,
A Chile, que grandezas y libertad respira,
De Chacabuco hablarle y hablarle de Maipú;
Y un eco discurriendo del Andes por la cima
Repita, entre cien otras, las de Ayacucho y Lima,
Mezclando entre victorias, Colombia y el Perú.

¡Mas, eh, la patria mía se paga con su gloria!
Fué sola en otros tiempos, y sola en la victoria
Mañana á sus tiranos abatirá la sien...
Yo cantaré en la cumbre de los altivos Andes
La fe que sostuviera los corazones grandes
De los que ya á sus plantas los luminares ven.

Yo cantaré victorias sin pronunciar enojos:
Yo miraré los pueblos sin fluminar mis ojos,
Que tras la cordillera sobre la mar están,
Y el porvenir de todos saludaré en la cumbre,
Bañado de otros tiempos en la fulgente lumbre,
Mientras despido aquellos que túrbidos se van.

Y en tanto que mi lira sobre Aconcagua loa
Los pueblos que salpican las ondas de Balboa,
Por el clivoso hielo mi espíritu escurrid;
Y baje la montaña por la argentina grieta
Que toca con sus valles Mendoza, la coqueta,
Bajo el dosel dormida de su frondosa vid.

Y allí sobre los campos por bendición opímos,
Cubriendo mi cabeza dulcísimos racimos
Y oyendo de las fuentes la armónica inquietud:
Mirando por el Andes bajar la caravana,
Y entrando por el llano la tropa tucumana,
Con cuerdas de mi patria resonará el laud.

Y acaso á sus sonidos la esbelta mendocina,
Con sus cabellos negros y tez alabastrina,
Del trovador al lado se acercará gentil;

Y juntos, y á la sombra de perfumada parra,
Se pierda entre las hojas el son de una guitarra
Pulsada dulcemente por manos de marfil...

Espíritus del alma, llevadme todavía
Más lejos, sí, más lejos, que hoy quiere el alma mía
Correr sobre mi patria y en ella respirar;
Llevadme, que son muchos mis años de proscrito,
Los años que las playas del extranjero habito,
Las puertas de mi patria rondando sin entrar.

Llevadme, que es amarga la miel del extranjero,
Sus días no son claros ni el aura lisongero,
Sus frutas son muy agrias y pálida su flor;
Llevadme, que en su aurora, mi vida se acongoja
Perdiendo cada día su flor, hoja por hoja,
Que se las lleva el soplo del frío desamor.

Paseadme por los valles, y al claro de algún astro
Mostradme esas lagunas, cual platos de alabastro
Con aguas que se entibian al pie del Limarí.
Llevadme hasta la Arauca sin miedo que peligre;
Que el *tigre de la pampa* mató al *llanero tigre* (1)
Hiriéndole dormido, con rudo frenesí.

De Catamarca rica, de Salta la gloriosa
Llevadme hasta los bosques donde la luz se embosa,
Bañadme en esos ríos que incógnitos están.
Con flores de cien prados tejedme una guirnalda,

(1) Quiroga : era llamado vulgarmente en las provincias: El tigre de los llanos.

Y pues estoy dormido con sueños de esmeralda,
Bajadme á los jardines del fértil Tucumán.

Del naranjal espeso bajo la fresca sombra
Dormido reclinadme sobre la blanda alfombra
De dardos que codician las jarras del Edén;
Y cuando me despierten las aves bacanales,
Cubierto me contemple por dulipán y chales
De azahares que cual lluvia del naranjal caen.

Y en tanto que en las ramas murmuran las palomas,
Y los jilgueros trinan en las doradas pomas,
Y están las mariposas besando el alhelí,
Presenten á mis labios la perfumada mora,
De la colmena blanca las mieles que atesora,
Jugosos arrayanes y el dulce *piquillí*.

Y vibrará mi lira dulcísimos sonidos,
Que embriaguen cual embriaga los ávidos sentidos
La lúbrica belleza que ostenta Tucumán;
Jardín con laberintos de luces y de grutas
Donde se guardan flores y pájaros y frutas,
En mesas de esmeralda que las praderas dan.

Llevadme; que yo pueda gozar en la belleza
Del único tesoro de la naturaleza
Que al suelo de mi patria le regalara Dios;
Y allí bajo tan dulces y suaves impresiones
Olvide mis pesares, y sienta mis pasiones
Hablar al pecho mío sin tan pujante voz.

Un poco más de vuelo, y en vuestras raudas alas,
Y revestida el alma de flores y de galas,
Por compasión llevadme donde mi cuna fué.
Y cual se olvidan quejas á la mujer querida
De sus amantes ojos bajo la luz de vida,
Mis años de destierro, mi llanto olvidaré.

Bajad por las corrientes que el Paraná desata,
Y la hallareis á orillas del caudaloso Plata
La música escuchando de su gigante voz.
Allí do se contemplan los claros horizontes
Y la mirada hiende sin tropezar con montes
Que tuerzan á los vientos en su ímpetu veloz.

Allí donde levanta su frente descubierta,
Como águila parada sobre extensión desierta
Que mide con sus ojos el circular confín;
Como de extensa plaza sobre el marcado centro,
Para mirar si llega quien le vendrá al encuentro,
Pasea sus miradas el noble paladín.

Del alto San Isidro sobre las verdes lomas,
Do llegan de sus bosques rodando las aromas
Y del jazmín del aire la esencia virginal,
Sus diez y nueve torres descubrireis sombrías,
Como fantasmas negros que de las ondas frías,
Levantan de improviso su cuerpo colosal.

Allí está Buenos Aires; el vaso de esmeralda
Que guarda transparente las joyas y guirnalda
Que relumbraron antes en la Argentina sien.

Allí está mas hermosa con su desgracia misma
La inconsolable viuda que en su dolor se abisma:
El ángel que ha dejado las puertas del Edén.

De allí se levantara la estrella que siguieron
Por montes y desiertos los pueblos que salieron
A ver el nuevo Cristo del mundo de Colón,
Y siempre caminando tras su fulgente rayo,
El Cristo descubrieron que les predijo Mayo,
En cunas de banderas, al lado del cañón.

Y todos el bautismo tomaron en la fuente
Que el Plata les llenara con rápida corriente,
Y toda fué bendita la americana grey;
Y fuera para todos su religión segunda
La *libertad* del Plata, benéfica y fecunda,
Su nuevo Jesucristo, su prometido rey.

Velando de la patria la sacrosanta pira,
Los triunfos del guerrero cantaban en la lira
Los bardos inspirados bajo la patria luz;
Y allí está el primer templo que al porvenir recuerda
Donde vibró primero la americana cuerda
Los verdaderos nombres de libertad y Cruz.

Con blancas vestiduras y celestinos lazos
Las madres levantaban sus niños en los brazos
Para cantar á Mayo cuando naciera el sol,
Y allí fué la primera generación que toma
De libertad y glorias americano idioma,
Su corazón pasando por límpido crisol.

Allí venid conmigo, bellísimos delirios;
Yo quiero iluminarme con su millar de cirios
En medio de la santa grandiosa catedral.
Yo quiero pues que vuelvo junto á mi tierna madre
Dar gracias de rodillas al justiciero padre,
Donde mojó mis sienes el agua bautismal.

Salid de la memoria recuerdos punzadores,
Yo quiero dentro el alma fraternidad y amores
Cuando hoy toca mi planta la tierra en que nací.
Al pie de la columna de nuestro Mayo santo,
De paz y de esperanzas elevaré mi canto...
Señor, mi pecho late, la inspiración en mí!

Venid en torno mío, bellísimas mujeres
En cuya boca juegan la risa y los placeres,
En tanto que en el pecho cobíjase el pudor;
De quienes la cintura las sílfides envidian,
Y cuyo pie las gracias por conquistarle lidian,
Y cuya tez da celos al matinal albor.

Venid é iluminadme con la pupila negra,
A cuyos dulces rayos el corazón se alegra,
Como á la luz que vierte la luna sobre el mar.
Venid, hijas del Plata, con ramos de jazmines
Y rosas que en la tarde tomais de los jardines
Que vuestras lindas manos se esmeran en regar.

Venid y coronadme—Yo soy el PEREGRINO,
Que, andando en otras tierras en pos de su destino,
Cantó de Buenos Aires las glorias y el honor.

Venid, y vuestros ojos con su apacible lumbre
Inspiren á mi lira preciosa muchedumbre
De acentos perfumados con ámbar del amor.

Yo he visto en mi destierro mujeres hechiceras,
Mas, recordando luego del Plata las riberas,
He dicho entusiasmado: «más lindas son ALLÍ»:
Las rosas he tenido de espíritu el más blando:
Llevarlas quise al pecho, y el pecho suspirando
Me ha dicho « de ALLÍ » quiero más tarde un alhelí

Contadme sin misterio vuestra pasión secreta
Y os formará romances mi mente de poeta,
Y encontraré en vosotras lo que perdiera yo;
Que, apenas de mis años en la estación florida,
Al sol del infortunio se acongojó mi vida,
Como silvestre lirio que el huracán dobló.

Y luego al separarnos os pediré una rosa,
Cuando mi sien descanse bajo temprana losa
A orillas de ese Plata que heló mi juventud;
Mas no de vuestros ojos os pediré una perla,
Creríame infelice dentro mi tumba al verla,
Y yo pido á mi pátria siquiera mi ataúd.

Espíritus del alma que conducís la mente
Con misteriosas alas más lejos del presente,
Más lejos de las cosas que nuestros ojos ven,
Venid, y con mis sueños de lirios y amapolas,
Llevadme hasta esas rocas que miro tras las olas,
Son rocas de mi patria: la patria es el Edén.

CANTO UNDÈCIMO

AL BRASIL

I.

En medio de la bóveda celeste,
Como globo de fuego chispeante,
Vierte océanos de lumbre rutilante
El sol enrojecido del Brasil.

La nube con estambres carmesíes,
Diáfano forma y vaporoso velo,
Que vaga muellemente por el cielo
En un día magnífico de Abril.

La frente del Janeiro, iluminada,
Parece que se eleva con los montes
A contemplar los rubios horizontes
Que circundan las sierras y la mar.

Cual asamblea extraña de gigantes
Con fibras de metal, piel de esmeralda
Las montañas contemplan en su falda
La señora imperial velada estar.

La brisa con el ámbar perfumada
De una vegetación que en ser eterno

No le importa de estío ni de invierno,
Los perfumes esparce del jazmín.

Y la inmensa bahía, la primera
En bellezas, en lujo, en mansedumbre,
Como un cristal la enrojecida lumbre
Refleja por su líquido sin fin.

Sobre ese mar sin ondas muellemente
Una graciosa nave se desliza,
A quien la tibia perezosa brisa
Va llevando á las puertas de la mar;

Y en el mástil los linos suspirando,
Ora se hinchan al viento, ora se abaten,
Y en el rebelde lienzo libres baten
La flámula y las cuerdas sin cesar.

Parece que la nave amedrentada
Al rumor de las ondas del océano,
En ese de cristal dormido llano
Quisiese su carrera detener;

O que Dios á la brisa adormeciendo,
Dijese al navegante que suspira:
« Sal paso á paso y contemplando admira
« Esta magnificencia de mi ser.

« Esta bella guirnalda americana,
« Hipérbole de lujo y fantasía
« Que en mi pasmosa creación un día
« Reveló mi entusiasta inspiración ».

Y es en verdad la hipérbole del cielo
Cuanto el Brasil en su Janeiro encierra,
Desde la luz del sol hasta en la tierra
La eterna colosal vegetación!

Y ¿quien va en esa nave que tranquila
Surca el límpido arroyo de cristales,
Para luego quebrar las colosales
Soberbias hondas del pujante mar;

Como al salir de la niñez la vida
Por el canal de mansas afecciones,
Surca luego en el mar de las pasiones
Naufragando y luchando sin cesar?

¿Quien dice adios al paraíso bello
Del mundo americano? El PEREGRINO,
El hijo predilecto del destino,
El artista que lleva el huracán,

El que ha dos años sobre el mar dejamos
Arrullado por roncas tempestades,
Y que hoy vuelve al altar de sus deidades
Que en viento y olas con su mente van.

Ya está sobre los mares; ya habita en su elemento
Ya marca en las arenas sus garras el león;
Ya el aguila recorre, mecida por el viento,
Y atropellando nubes, su cóncava región.

Su corazón salvaje se expande dentro el pecho
Por respirar la brisa valiente de la mar;
Sus ojos se dilatan para salvar el trecho
Que puede uu horizonte del otro separar.

A su alma en el oído reconcentrada afina
Para del mar el rudo concierto percibir:
Su frente descubierta sobre la borda inclina
Para la blanca espuma de la onda recibir.

Ya está sobre los mares. Ya envuelven su camino
Los vientos, los abismos, las tempestades: bien.
Salud, benigna estrella; ya puede el PEREGRINO
Bajo tus dulces rayos adormecer la sien.

Ya puede, desprendidos sus lazos con el mundo,
Volar á los espacios su espíritu hasta Dios:
Ya bátenle los vientos, y sobre el mar profundo
Ya mira de una nube la tempestad en pos.

¡Salud, obras gigantes de la naturaleza!
¡Salud, de los oceanos tranquila soledad!
El hombre ante vosotros inclina la cabeza
Y al genio reverencia de la divinidad.

Y el mundo desparece; la humanidad se abisma,
Se borran los recuerdos, extínguese el dolor;
Y solamente vagan los ojos en un prisma
De eternidad y calma, felicidad y amor.

Al viajador errante ¡oh mar! de tu desierto
Sin que lo sepa su alma, le sirve de crisol,

Y ante la fé se inclina, purificado y cierto,
Al claro de los astros ó al descender el sol.

El hombre, ese rebelde proscrito sobre el mundo,
Que aún no ha reconciliado la sangre de la cruz,
Se sublimiza, si ama, y en nuevo ser fecundo,
Se torna á las regiones de su primera luz.

Pues bien: en tus espacios, sobre tu blando llano,
De tu silencio eterno bajo el extraño imán,
Es fuente de afecciones el corazón humano,
Y los recuerdos dulces en primavera están.

Allí ve entre las nubes, bajo la triste luna,
La fugitiva sombra de su primer amor;
Y el maternal acento que le arrulló en la cuna
Percibe de las olas y el céfiro al clamor.

Allí llevan suspiros las alas de la brisa;
Allí ven las estrellas la lágrima brotar;
Allí tranquilos ojos en éxtasis divisa
La tarde que desmaya sus luces en el mar.

Es ese amor del alma dulce, tranquilo, santo,
Que mezcla en la memoria la tierra y el Edén:
Que sublimando al hombre con su divino encanto
La culpa de profano le borra de la sien.

¡Oh mar! También el hombre se eleva hasta los cielos
Cuando en gigantes alas el pensamiento va,
Y en medio á tus desiertos das pábulo á los vuelos
Del genio que en su cárcel por caducar está

Las roncas tempestades vibrando por tus ondas
Cuando revienta el trueno del huracan en pos:
Las olas que vomitan tus cavidades hondas
Para apagar los rayos en su ímpetu veloz:

Tu inmensidad desierta, sin luz, sin horizontes,
Do al brillo de improviso relámpago fugaz
Se miran solamente los movedizos montes
Que ruedan al empuje del huracan tenaz:

Todo esto, es para el alma, lo que es para el acero
La misteriosa mágia del poderoso imán:
Lo que es el cañonazo para leal guerrero
Que descuidado duerme cuando la seña dan.

En altas concepciones vagando en los espacios
El alma se levanta como la mar, sin ley,
Del trueno y de los rayos recorre los palacios,
Y se hace, como el viento, de los espacios rey.

¡Ah, pueda el Peregrino de nuevo sus pasiones
Y el temple de su mente sobre la mar medir.
¿Dos años lo agostaron? ¡Eh! no; hay corazones
Que acaso en el sepulcro se escuchará latir.

Ya está sobre los mares. Ya habita en su elemento,
Ya marca en las arenas sus garras el león.
¡Que bellos son los astros y el ancho firmamento
Mirados de la nave que impele el aquilón!

Adios, Janeiro hermoso... del bardo PEREGRINO
Te lleguen en las olas los ecos de su voz...

La página más bella te debe su destino...
Adios, Río Janeiro, CINCO DE ENERO, adios.

Cuando ha dos años, dijo: «Janeiro, yo te dejo».
Y se lanzó á los mares, sin fe en su porvenir,
Por ti de amor sentía ni un pálido reflejo,
Y tibio cual tu brisa te saludó al partir. (1)

Empero, no fué injusto con tu sin par grandeza
Y saludó entusiasta tu cielo tropical;
Cantó lo portentoso de tu naturaleza
Y veneró en tu suelo la mano celestial. (2)

Los mares le cerraron su caprichoso paso
Y el hado entre los vientos lo recondujo á tí.
¡Ay, cuantas impresiones á este hombre del acaso,
Janeiro reservabas para hospedarlo así!

II

En vosotras montañas,
Que con un sol de llamas en la frente
Y el fuego del metal en las entrañas,
Parece que del suelo de repente

(1) . . . .
Tibio su pecho cual su tibia brisa
Ni un suspiro de amor ni una sonrisa
Al dejar tus riberas te regala.
Nadie tampoco de dolor exhala
Un suspiro por él.... Miró tus flores
Y no sabe cortar de sus olores....

(CANTO PRIMERO)

(2) Descripción de la naturaleza tropical.—(CANTO TERCERO).

Os escapais, para pedir á prisa
A los cielos un hálito de brisa,
Alguna vez, oculta por las yedras,
Una letra hallarán en vuestras piedras.

El pie del PEREGRINO
Ha tocado la sien de vuestras moles,
Y más arriba de las densas nubes
Ha dormido á la sombra de algún pino
Bajo un cielo bordado de arreboles,
Su sueño acariciando
El plácido murmullo
De la brisa en las palmas resbalando,

O el armónico arrullo
De las fuentes corriendo cristalinas
Con bulliciosa voz por mil canales,
Y en hebras serpentinas
Por entre los sahumados vegetales,
O al tocante y agudo
Silbido de las sierpes escondidas,
Bajo el leve dosel de hojas caídas
Que al rodar turban el silencio mudo;

Y al llegar á su oído
De montaña en montaña el ronco trueno
Rodando en compasadas vibraciones,
¡Cuantas veces ha visto conmovido
Sin mancha el cielo iluminar sereno,
Y cual negras visiones
Que velan de los montes la cintura,

Rodar las nubes destilando el agua,
Y entre los velos de su niebla oscura
Prender los rayos en etérea fragua!

¡Volar desde la falda
Las espantadas aves á la cumbre,
Y sobre las coronas de esmeralda
Beber del sol la brillantina lumbre,
Mientras que al pie de la montaña quedan
Oscuras nubes que tronando ruedan!
¡Muchas veces, así, llena de espanto,
En sublime abstracción se escapa el alma,
Y en un cielo sereno
Vaga la mente en religiosa calma
Por no escuchar del seno
En rudas vibraciones
La tormenta infeliz de las pasiones!..

Arquerías de espléndidos torrentes
Que coronais la sien de la Thijuca (1);
Pintoresca cascada

---

(1) La Thijuca es la montaña más elevada de las que están á la vista del Río Janeiro. Pertenece á la Serra do Mar, cadena de montañas del litoral del Brasil que corre casi paralelamente á la costa del Imperio, al N. E. de Río Janeiro, inclinándose hacia el Río doce y terminando cerca de Bahía por los 12° 58' de L.,

Es de esta montaña que se precipita la cascada de su nombre, cuyas aguas son recogidas en el Corcobado por el costoso acueducto del Janeiro que las lleva á la fuentes de la ciudad.

Yo conozco bien el flanco vulnerable que presentará á la crítica la parte descriptiva de este canto. Sé que acusará de excesivo el entusiasmo con que pinto las bellezas de algunos cuadros de la naturaleza en el Brasil. ¿Como hablar de la Thijuca cuando existen los Andes; de la cascada de aquella, cuando existe la del Niágara?

En efecto, considerada por su tamaño, la Thijuca con sus 2.300 pies ingleses sobre el nivel del mar, está en proporción de 1 á 10 con la montaña de Aconcagua por ejemplo, en los Andes argentinos, que tiene 23.000 pies sobre el nivel del mar; el más alto volcán que existe sobre el globo.

Y la cascada de la Thijuca desaparece al recuerdo de la del Niágara, cuyo estruendo, como dice Heredia, es una tormenta para muchas leguas en

Fuente de cien arroyos y cien fuentes,
Reverencia y loor á tu grandeza,
Y á tu sublime bello
Que hace inclinar del hombre la cabeza
Enseñando de Dios el sacro sello.

¡Oh! si en rápidas ondas,
Ese arco colosal de agua y colores
Que formas al lanzar tu torbellino,
No se precipitara en las montañas,
Y de una en otra cavidades hondas
No corriese apagando los rigores
Del fuego tropical en las campañas,

---

derredor, y cuyo arco, como dice Chateaubriand, es un cielo de agua para el que se coloca bajo de él.

Pero la imaginación no mide las bellezas por el tamaño de los objetos, ni la novedad por la superioridad de ellos sobre otros de su rango. La belleza de los objetos físicos de la naturaleza y aun la sublimidad misma, nace de cualidades bien distintas de las proporciones del tamaño, y una belleza trae siempre en sí misma el sello indefinible de una grandeza superior á todas, la grandeza de la creación. La novedad de los objetos no está tampoco en su originalidad propia: está en la imaginación del que los contempla. Sobre la corteza de la tierra nada hay nuevo, nada superior, sino comparativamente. La novedad nace para el hombre, á la contemplación de un objeto, de la no recordación de otros iguales. Y para un hijo de Buenos Aires, cuya mirada está habituada á sumergirse en los horizontes, atravesando la inmensidad de los desiertos sin encontrar más obstáculos que los accidentes de la atmósfera, son una novedad, sin duda, las montañas que hacen alzar su cabeza sobre los valles del Brasil, no importa que no la alcen tanto como las de Pichincha, de Cayambé ó del Chimborazo.

Y si belleza puede entusiasmar la imaginación de un hombre, hasta el extremo que él saque á los objetos de su orden natural para engrandecerlos, á esa Thijuca, esa cascada que parece un chiche de mujeres si se recuerda las descripciones de las vertientes del Atlas, los torrentes de Escocia, ó del Niágara y Tekuendama, en América, son acreedoras al más alto grado de aquel entusiasmo. Ninguno de los viajeros europeos que ha visitado el Janeiro, ni aun aquellos que se han empeñado más, (por ese prurito de despreciar á la América que respira tanto en las obras de sus visitadores de Europa) en presentar bajo feos colores la fisonomía del Brasil, se han atrevido á negar el bello sorprendente de la naturaleza del Janeiro.

Los mismos William Guthrie y después Hyacinthe Langlois, que corrigió la obra de geografía de aquel, que contiene lo peor que se ha escrito sobre la América Meridional en geografía física descriptiva, como en política é historia, no puede menos de hacer la declaración siguiente.

«Se sale apenas del laberinto perpetuo de la capital de este joven imperio (el Brasil) y cuando los cuadros más seductores vienen á herir nuestras miradas: la naturaleza embellecida con todos sus tesoros parece enriquecerse más todavía á medida que se avanza en el país. De cualquier punto

Y dando vida en la caldeada roca
Al rudo vegetal y al yermo suelo,
Como el soplo de Dios baña la esfera
De mundo en mundo, y cuanto raudo toca
Vive y forma la eterna primavera
De la pasmosa creación del cielo,
¡Ese arco cristalino
Reflejaría, acaso,
La descubierta sien del PEREGRINO
Cuando la vez primera lo admiraba,
En momentos que el sol desde el ocaso
Sus postrimeros rayos apagaba,
Y el lánguido color de los topacios,
Matizaba el zafir de los espacios,

«elevado se descubre en todo su esplendor la bahía sembrada de islas esme«raltadas, al puerto cubierto de un bosque de mástiles, la ciudad y sus al«rededores: el aspecto verdaderamente mágico de tantos objetos bellos y «variados, dan origen á sensaciones tan dulces y deliciosas, que el hombre «se encadena á pesar suyo como clavado al lugar que ocupa, tan grande es «y magnífico el cuadro brillante que se desenvuelve á sus miradas sorprendidas!»

No es el tamaño, pues, es la belleza de esas montañas, la variedad de sus formas ligeras y graciosas, su pintoresca vegetación que no cede jamás al influjo de las estaciones, y que como un manto de flores cubre esas montañas que á cada giro del ojo ofrecen un panorama diferente y poético: es esa abundancia de la naturaleza que rebosa vida y opulencia por doquiera: es esa animación constante que rodea la naturaleza del Janeiro, lo que ha movido el entusiasmo del PEREFRINO. Y es sobre esas montañas, á la contemplación de esa poesía de la naturaleza, y al arrullo de esa armonía eterna de fuentes y de hojas que ruedan de monte, en monte, sobre las alas de la brisa, que él ha escrito muchos de sus versos y que ha repetido más de una vez estas palabras de Lord Byrón:

«En momentos como estos es cuando nos encontramos menos solos que «nunca; es entonces que se despierta en nosotros la conciencia íntima de lo «infinito. Este sentimiento purifica y enmudece todo nuestro ser. Es á la «vez el alma y la fuente de una melodía que nos recuerda la armonía eterna «y reparte un encanto nuevo sobre cada objeto; encanto que hiere á los «hombres con una arma material. Cuán bella era la idea de los primeros «Persas, de elevar sus altares sobre las cimas de las montañas, y de rogar al «Eterno en un templo sin aparato y sin murallas, mirando como indignos «de él los monumentos religiosos que la mano de los hombres construyera!

«Comparad la tierra y el aire, esos templos de la naturaleza, á vuestras «columnas, á vuestros templos griegos ó góticos, y ya no encerrareis vuestras plegarias en lugares tan limitados.»

Montevideo, Noviembre de 1846.

Y en el arco ruidoso y movedizo
Relumbraba del ópalo el hechizo!

Allí, y en esa hora
Melancólica y dulce de la tarde,
Viendo lánguidamente
Morir del sol el amarillo rayo,
Viendo en el trono de la ausente aurora
Mostrar la noche su severa frente,
En medio de ese tímido desmayo
De la naturaleza, cuando mira
Nacer la noche y que la tarde expira,

Allí, la alma embriagada,
Respirando una brisa perfumada
Con los dulces alientos de las flores,
Que no ha tocado el ¡ay! de los dolores,
Y que parece, cuando el rostro toca,
En vez de brisa, el aliento de las puras
Seráficas criaturas
Que en las nubes de perlas y zafiro
Exhalan tiernas de su dulce boca,
Allí, sobre la cumbre de esa tierra
Que ha visto deslizarse uno por uno
Los siglos de la tierra
Sin conservar el rastro de ninguno,

Sobre aquesas montañas
Que cual fibras de vida los metales
En mineros sin fin forman su entraña,
Como forman las venas

De su pecho y sus miembros colosales
Los ríos desprendidos
Que llevan confundidos
El oro y los diamantes por arenas;
Allí, sobre su frente,
Ese arco estrepitoso del torrente,
Y al poder de tan fuertes impresiones
El joven PEREGRINO
Ha sentido tal vez revelaciones:
Mezcla de mundanal y de divino,
Pero sublimes, cual sublime viera
La cascada, los montes y la esfera.

El comprendió quizá que sobre el mundo
No se ha perdido todo, cuando queda
Dentro del corazón rayo fecundo
De inmaculada fe... fuente do pueda
Tomar el corazón dentro sí mismo
De la conciencia espiritual bautismo.

Se abrillantó el recuerdo en su memoria;
Sintió el eco de Dios en la conciencia;
Y patria y madre y religión y gloria
Dibujaron un prisma en su presencia.

Y al rumor del torrente,
Y á la postrera luz del tibio día
Sintió que le decía
El corazón latiendo dulcemente:
«Aun necesito *amar*»...; ¡palabra santa!

¡Ósculo que se dan reconciliadas
La humanidad y el alma entusiasmada!

Mas ¡ay! esa palabra dentro el seno
Vierte oculta la vida y el veneno.
Es la revelación indefinible
De esas almas que viven de armonía
Por su secreta condición sensible;
Y es ¡ay! para la humana criatura,
En su misión de llanto y de agonía,
Su sensibilidad, su desventura.

¡Insondables misterios
De eso que llaman corazón del hombre!
¿Por qué esos espectáculos salvajes
De la naturaleza en sus imperios:
Esos cuadros sin nombre,
Panorama de luces y paisajes;
Ciertas horas, los montes, el océano,
Todo lo que sorprende en la natura,
Hace amar y temer al pecho humano
Levantando hasta Dios su criatura?

Ello es así; parece que la vida
De su materia débil asustada
A la faz de las grandes creaciones,
Corre á buscar guarida
Al centro de los otros corazones,
O ante el Supremo Ser desalentada,
Como tímida virgen, sorprendida
En medio á su jardín por la tormenta,

De otra niña hasta el brazo,
O al amoroso maternal regazo
Corre y temblando sus temores cuenta.

Ello es así: marchad en el desierto,
Contemplad la grandeza de los mares
O paraos en la sien de una montaña,
Y un místico concierto
De recuerdos, de afectos y pesares,
Os toca el corazón con voz extraña.
Contemplad un cadáver,
O escuchad la fatídica campana
Que al expirar el día,
Llama al templo de Dios la alma cristiana
Para el lleno de amor *Ave Maria,*
Y vuestro corazón, en lo profundo
De su ser misterioso, ama y padece,
¡ Porque nada en el mundo
Ante los ojos del mortal perece,
Sin robar un suspiro, sin que triste
Perezca repitiendo
Que morirá también cuanto hoy existe!

Espléndida cascada, en el estruendo
De vuestro torrentoso torbellino
Que magnetiza el corazón del hombre,
Escapado en la voz del PEREGRINO
Para siempre jamás perdióse un nombre....
Pero al menos mezclóse la armonía
De tu grandiosa orquesta,
En los palacios que abrillanta el día,
Donde vese de Dios la eterna fiesta.

Mas de ese nombre vivirá una letra
Oculta por tí misma entre las rocas,
Que si en tu raudo torbellino tocas,
Ni sin quebrar tu rayo el sol penetra,
Como bajo las bóvedas del templo,
A la luz de los pardos luminares
Viven en los altares
Palabras santas de amoroso ejemplo.

¡Ah, no llamen profano
El labio mío, no, cuando confundo
Un recuerdo de Dios y otro mundano!
Esa mezcla de barro y de divino
Que apellidamos *hombre* sobre el mundo,
Magnifica en el lodo su destino,
Cuando en medio á la espléndida grandeza
De las obras de Dios, tierno se inflama
A esa chispa vital que amor se llama,
Y que al aliento del Señor prendida,
Velar por su pureza
Es la misión celeste de la vida!

¡Ay! quien no sabe amar, de Dios no sabe,
Ni en su pecho glacial la virtud cabe!
¡Y, cómo el pensamiento arde y delira,
Y, cómo el corazón enamorado
Al palpitar suspira
Bajo esa luz del trópico tostado!
¡Y, cómo esa ciudad que ora me inspira,
Contiene entre sus límites de cerros
Cuanto el trópico ostenta por belleza

En su fértil gentil naturaleza!
Quien no ha visto la luna levantarse
Sobre la aguda sien del Corcobado,
Y con su luz de plata iluminarse
Esa llanura de cristal bruñido,
Que un pedazo del mar forma escondido,
    Acariciando apenas
Del bello Botafogo las arenas (1):

---

(1) La bahía de Río Janeiro divide esta ciudad de la de Nictheroy (ó Playa Grande) capital de la Provincia, con una anchura de 3 á 3 1/2 millas. Las montañas del Janeiro y de Nictheroy, que no son sino eslabones de la bahía. El cerro llamado Pan de Azúcar y los últimos declives del Corcovado, son los que, de la parte del Janeiro entran más hacia aquella, y desde el plantel de la ciudad váse prolongando hasta ellos un semicírculo, sobre el valle natural de las montañas. En él se encajona un remanso de las aguas de la bahía más tranquilas aun en este segundo receptáculo.

Este lugar es el que tiene el nombre de Botafogo (lanza fuego). Nombre que se comunica también á su playa, donde estan los más bellos edificios de la ciudad y en que hacen su recidencia habitual los individuos del Cuerpo Diplomático.

Pero ¿por qué al lugar más pintoresco que tiene allí la naturaleza, se ha bautizado con un nombre tan antipático y tan poco análogo, sobre todo? No es extraño que yo no pueda determinar su origen, cuando de los mismos brasileros no hay ninguno que lo conozca; como sucede con casi todos los nombres de sus localidades, de quienes la tradición portuguesa no les ha dejado el por qué de sus nombres.

Veamos lo único que hemos hallado escrito respecto al de Botafogo.

«Doblando la fortaleza de San Juan, encuéntrase el seno de agua que se «engolfa en la tierra y forma una playa circular, que vemos hoy toda guar«necida de casas habitadas. Llamóse primero de Francisco Viejo, nombre «del colono que allí tenía su habitación, y después mudó su nombre por de «Botafogo, que igualmente será tal vez el nombre de algun otro habitante de «ese lugar, ó de algun heredero del mismo Francisco Viejo, que quien sabe «si tenía también aquel otro nombre».

Por lo que se vé que con esta historia no quedamos más ilustrado que sin ella.

La poesía quiso hacer su historia á su manera y la hizo de este modo:

Esta penha redonda, alta é pontada,
Soster parece á Capricornea zona:
A Pyramide de Egypcia mais aguda
D'elle á vista se abate, é desabona.
Ou he de madre terra á lingua muda,
Do Mundo antigo maravilha nona,
Ou foi, segundo os Gregos e Romanos,
Pão de Assucar do Chá dos Centimanos.

Tomando sim os monstruosos Brontes
De Baccho ó Chá na Liparea cópa,
Bicaram contra ó Ceo soberbas frontes:
E qualquer joga as armas com que topa;

Quien de ese lago la tranquila brisa
Impregnada de esencias no ha gozado
Al claro de la luna, que matiza
Con sus pálidos rayos las extrañas
Sombras y media luz de las montañas,
Ese no ha visto en la natura el sello
De la melancolía y de lo bello.

Era una noche plácida y serena
Como frente de virgen adormida;
La luna en el cenit pálida y llena

Com as chicaras lhe atiram de ôcos montes,
Cahe na Asia ó Tauro, e os Pyrineos na Europa,
E o Pão de Assucar, como mais ligeiro,
Na faz cahio do Rio do Janeiro.

Seu cume excelso sempre fumegante
Apparece por vezes inflammado:
Raios trisulcos lança-lhe ó Tonante,
Neptuno ó tem bramindo rodeado.
E, ou por jazer debaixo algun gigante,
Qu'inda chammas vomita exasperado,
Ou dos relampos pelo assiduo jogo,
Chama-se á curva praia *Bota-Fogo.*

La poesía, pues, ha tenido que valerse de una extravagancia para interpretar el nombre de Botafogo; pero esa alegoría nos deja tan en tinieblas respecto al origen de aquel como la historia de Francisco Viejo.

Del cerro de Pan de Azúcar, de que tanto partido saca el poeta en esa alegoría para hacer un nombre de situación el de Botafogo y que á la puerta misma del Janeiro parece el centinela que vigila la corona Imperial, un escultor ingeniero ofreció á don Pedro I hacer una estatua que representase un gigante armado. Al principio la idea hubo de adoptarse, pero desechóse luego por los gastos que la empresa exigía.

Una tarde paseaba yo á caballo en la Playa Bermeja que está al pie de este cerro y por la primera vez se me refirió allí ese pensamiento; y confieso que ese atrevimiento del arte me dejó aturdido, fuese porque la inmediación á que yo me encontraba del cerro aumentaba su magnitud á mis ojos, fuese porque no tuve el tiempo suficiente para meditar sobre los medios que hacen posible tal empresa. Bien, esto fué á la tarde; pero á la noche reíame de mi aturdimiento y del gigante armado, cuando en un volúmen leía lo siguiente:

«Strasicrates, ingeniero al servicio de Alejandro, ofreció á éste hacer del monte Athos una estatua que lo representase. Esta enorme figura debía tener en su mano izquierda una ciudad con diez mil almas de población, y en la derecha un vaso donde los diversos torrentes de la montaña se reunirían para formar un río majestuoso.»

Si en ofrecer no hay ni inconveniente ni atrevimiento, es preciso confesar que Strasicrates ha sido el hombre mas generosamente pródigo del mundo.

Montevideo, Noviembre de 1846.

Alumbraba el espacio
Con el pajizo rayo del topacio,
Con no sé qué de animación y vida
Sobre su melancólico semblante,
Y entre el iris boreal de órbitas bellas,
Lanzaban rutilante
Las trémulas estrellas
El rayo azul del fúlgido diamante.

Una leve barquilla sobre el lago
Se deslizaba al cariñoso halago
De la aromada brisa,
Como en finos cristales
La gota del rocío se desliza
Tocada por las auras matinales,
O, en más dulce cariño,
Por el aliento angelical de un niño:

En ella el PEREGRINO, y á su lado,
A la argentada claridad se vía
Una mujer en cuya frente pura
Reflejábase el rayo de una estrella;
O más bien de su célica hermosura
Una luz celestial se desprendía.

Desde la sien más pálida y más bella,
Con el color del ébano el cabello
Caía en rizos espléndidos al cuello,
Do el aura suave á conmoverlos llega,
Y en el hombro de Carlos se inclinaba,
Cual una flor que el céfiro doblaba,

Una cabeza de moldura griega;
Mientras sus negros y rasgados ojos,
Do brillaba una lánguida pupila,
Clavaba su mirada en las estrellas,
En contienda tranquila
Cambiando el rayo de sus luces bellas,
Mientras de amor y de suspiros lleno
Blando latía su redondo seno
Velado por la blanca vestidura
Que cual diáfana niebla lo cubría,
Y entre una negra cinta se escurría
En torno á su finísima cintura.

Pero ¿en esa visita misteriosa
Del amor, á la hermosa
Naturaleza tropical, venía
De la felicidad la clara estrella?
¡Se puede ser feliz con ser amado,
Y por el mismo amor ser desgraciado

Una nube importuna,
De misteriosa huella,
Eclipsó el rayo de la parda luna;
Y al virar la barquilla
Para la opuesta orilla,
Se apartaron dos rostros y cayeron
Lágrimas que en el lago se perdieron.

III

Desde la altura tropical admira
¡Oh Janeiro! la espléndida grandeza

Que bajo el arco ecuatorial empieza.
Y acaba en el confin del Uruguay.

Y tú, reina apulenta de ese vasto
Jardín de luces, pájaros y fuentes,
Selvas, montañas, flores y vertientes
Donde bullen diamantes y metal,

Luego, con vanidad, gira los ojos
De un polo al otro, para ver que el mundo
Nada tiene más rico ni fecundo
Que tú, bello y magnífico Brasil.

Guirnalda de mil flores que corona
De la virgen América la frente,
Y á que no ha dado precio esta inocente
Heredera feliz del porvenir;

Eres, Brasil, el Indo Americano,
Sin el soplo maléfico de Java,
Y en lo que Italia su belleza acaba
Comenzar puedes la belleza tú.

Puedes sin miedo desafiar la Europa,
Cuadros midiendo con los cuadros tuyos,
Y cuando se hable de los grados suyos,
Parte cuarenta de distinta luz.

Puedes, Janeiro, miniatura bella
De cuanto ostenta el Brasiliano suelo
Hablar de los encantos, sin recelo,
Que pintó ufana la Natura en tí.

Puedes llamarte la primera joya
En la corona de tu rico Imperio,
Y llamarte también, de un hemisferio
El lujoso y espléndido jardín.

Si de la vida la materia ruda
Se queja de tu sol enrojecido,
El espíritu, ageno del sentido,
En vez de quejas, alabanzas dá.

Al paraíso si volviera el hombre,
Algo de que quejarse encontraría,
Y esclavo de su inercia llamaría
Moliciosa la tierra celestial.

Bajo tu sol y al soplo de tu brisa
Es verdad que la vida se esparrama,
Pero si el alma con tesón la llama
Vuelve llena de hechizos y de amor,

Cual agua de un arroyo desbordada,
Sobre los planos valles y las selvas,
Vuelve otra vez sahumada en madre-selvas
Al canal del arroyo que dejó.

Carlos ha respirado entre la nieve
Bajo el día sin sol del yerto Polo,
Y ha meditado en él, tranquilo y solo,
Concentrado en el alma su existir.

Pero nunca su espíritu ha sentido
La actividad febril, la poesía,

Que sintió al rayo del rosado día
Que abrasa las arenas del Brasil.

Puedes, Janeiro, hablar de tus encantos;
Mas cuando, ufano, tu retrato hicieres,
No olvides el contar que tus mujeres
Mujeres nuevas en el mundo son:

Que es el tipo, mas puro, americano;
Su corazón, la hechura de su clima;
Y su pupila que al mirar lastima,
Una llama espiral del corazón.

Mujeres de tez morena
Y ojos de negra pupila,
Que con azul aureola
Cual negro diamante brilla;
Y cuando mira, parece
Que la mirada suspira,
Diciendo que está en el alma
La tentación escondida;
Ondas de negro cabello
Abultan su sien altiva,
Y la espiral de los rizos
Por los hombros se desliza.
Ancho y derramado el seno,
Late contando que abriga
Un manantial de deseos
En voluptuosa armonía;
Y en él, veladas por nubes

De encajes y muselinas,
Dos ondas de un mar de leche
Si no se ven se adivinan.
Gasas como niebla leve
Que al solo aliento se agitan,
Ciñen su fina cintura
Con tanta coquetería,
Que de las ocultas formas
La redondez se adivina:
Y la mirada se escurre
Por esas nubes malditas
Que nunca el viento se lleva
Y que á un suspiro se agitan:
Mirada que bien comprenden
Las hadas, y en su sonrisa,
Y en un nuevo movimiento,
Su curiosidad castigan.
Posadas en sus divanes
De plumas y sedería,
Haciendo burla del aire
Con abanicos de la India,
Y embriagadas con la esencia
De rosas y clavelinas
Que en la atmósfera impregnada
Ni un débil soplo aniquila;
En palabra y movimiento
Perezosas y aburridas,
Teniendo miel en el labio
Y en las posturas malicia,
Como si á mengua tuvieran

Emplear la palabrería;
Mujeres que á su albedrío
Con los ojos magnetizan;
Mujeres así, en el mundo,
Al extraño que las mira
Si ellas dicen: «Brasilianas»
El las presume Odaliscas,
Que del Oriente escapadas,
Llenas de encanto y de vida
Corrieran al nuevo mundo
Tras su libertad querida,
Dejando entre los serallos
Cadenas y cachemiras,
Mas trayendo su belleza,
Su amor y su poesía.

Que los rayos del genio de la Europa
Penetren la tiniebla americana,
Mas la mujer que nazca brasiliana
No la toquen jamás.

Cuando ella sus costumbres aniquile,
Cuando se haga europea, en ese día
Para siempre perdió su poesía
El sello original.

Perdió también su corazón la fuerza;
Perdió sus llamas de pasión el alma,
Que en esa fría y aparente calma
Queman su corazón.

En su abandono y soledad secreta, (1)
La brasiliana, en apariencia esquiva,
Goza jugando con la llama activa
De misterioso amor.

---

(1) Se ha escrito algo y se ha hablado mucho sobre la clausura en que viven las brasileras; sobre la dependencia casi de esclavas en que están de sus maridos; y últimamente sobre el espíritu de su sociedad.

Los que han escrito no se han tomado el trabajo de averiguar la parte de apariencia y la parte de verdad que hay en las costumbres brasileras; su origen primitivo, las causas locales que contribuyen á ellas y las modificaciones que han sufrido por el tiempo y el progreso incesante del Brasil, y últimamente por la nueva existencia política de este que ha contribuido á modificar y á ir desligando poco á poco la tradición portuguesa. Y desde las ventanas de un hotel, y en veinte días de residencia han juzgado y sentenciado la mujer brasilera sin mas datos que su ausencia de las calles y celosías de sus balcones. Los que hablan solamente, no hacen sino repetir lo que han leído con algo más que agregan de su derecho irresponsable.

Hago al lector la justicia de creerlo instruido del grado de civilización del Portugal desde los tiempos en que se hizo dueño del Brasil, hasta aquellos en que vióse obligado á entregarlo á su existencia propia y á la civilización del siglo XIX, para ahorrarme el trabajo y el disgusto de indicarle el rango social y la cultura á que pudo elevar á la mujer brasilera, esa Metrópoli, que por una ley aprobada en el consejo de la Corona, obligaba á pasar á Lisboa todos los brasileros que llegasen á adquirir en su país una fortuna que pudiera exonerarlos de su trabajo personal. Pero me detendré un poco á examinar las causas de aquellas costumbres que en la mujer chocan mas al extranjero y que nace de las localidades y del carácter mismo brasilero.

Es cierto que en el Brasil la mujer es menos espectable que en cualquier otra parte del mundo civilizado. Es cierto también que la apariencia de sus casas indica algo de clausura y encerramiento; es cierto también que el carácter de la brasilera tiene poco de cumunicativo. Y por último, es cierto también que el extranjero transeunte goza bien poco de los placeres inocentes que nacen en otras partes del trato franco de la sociedad.

Pero está muy lejos de ser verdad, que el retraimiento de la brasilera sea una imposición despótica de los hombres; que sus ventanas cerradas, que originan tantas críticas, sea un resultado de aquella imposición; qne lo poco comunicativo de su carácter nazca de un espíritu agreste é incivilizado, y que los pocos goces del extranjero en la sociedad brasilera, sea el resultado de la falta de atractivos en ella.

La brasilera se presenta pocas veces en los paseos públicos ó en las calles de la ciudad. ¿Luego sus maridos las encierran? no; *luego* ellas son las hijas, bien disciplinadas de su clima; este es el verdadero *luego*.

En las ocho ó diez horas del riguroso calor del día nada prefiere, la mujer brasilera, á la sombra de sus habitaciones y á la levedad de sus trajes caseros; y en aquella y con estos ella evita la poca galantería de su clima, y defendiendo de él la suavidad de su cútis, ella se ocupa de la educación de labor ó en su educación de inteligencia. Durante las dos únicas horas de la tarde, en que puede, sin el inconveniente del sol presentarse en los paseos públicos, ella se ocupa en preparar su nueva toilet para hacer en su salón los honores de una sociedad de la cultura mas aristocrática y refinada que puede darse.

Ella es poco comunicativa; cuesta mucho para ganarse su confianza; generalmente se le observa circunspecta y aun desdeñosa. Estas mujeres entonces no son amables, tienen hasta miedo de conversar con los hombres, dice el extranjero, que se roza apenas media docena de veces con ellas. Pero esas mujeres son amables y á nadie temen, sin embargo. Sea efecto

Por celosías escondida pierde
Del extranjero la fugaz sonrisa,
Y no en sus ojos al pasar divisa
Tributo á su beldad;

Pero tras ellas, de su pecho cuenta
Por los latidos el feliz instante,

---

del retraimiento en que viven como resultado siguiente de su clima, ó sea por uno de esos rasgos característicos que se notan en la fisonomía de cada pueblo, la especialidad del espíritu en la brasilera, es la melancolía, ó si es demasiado fuerte esta palabra, una especie de suave reconcentración. Y hay también en ella, y que le hace mucho honor, un alto grado de desconfianza en el atractivo de su sociedad, originado por las críticas constantes, y la mayor parte inmerecidas, que de ellas hace el viajero europeo, que luego se las manda de Europa como un galante recuerdo, de las distinciones que mereció ó mas bien que no mereció.

Desengaños continuos de esta especie han hecho á la brasilera justamente desconfiada del extranjero.

Pero uno llega, él trae una carta respetable de recomendación para una familia notable en el Janeiro, ó es presentado á ella por una persona de la relación de esa casa. El marido ó la esposa, reciben al caballero con afabilidad: presentándolo en seguida á todas las personas de la familia, y al despedirse le dicen: «todas las noches á tal hora tomamos nuestro té, ó en tal noche de la semana recibimos á nuestros amigos». Este caballero ya tiene entrada franca en esa casa á las horas ó en el día en que se le ha prescripto. El puede venir á ese salón, donde gozará de los encantos de la música, de la conversación general, y de una sociedad escogida y de buen tono, pero por mucho tiempo debe repugnarle cierta circunspección que parece exclusiva para con él. Se le está observando: se está clasificando por sus acciones, por sus palabras, su origen, su educación y sus habitudes. Al cabo de ese tiempo si esa observación da un resultado desfavorable al caballero, aquella circunspección se aumentará y él se verá en la necesidad de abandonar esa relación, y en este caso la culpa será de él. Si por el contrario, él ha ofrecido con su comportación una garantía de sus condiciones morales, el retraimiento desaparece y él viene á ser casi un miembro de la familia; y en todo cuanto constituye el solazamiento de ésta, su familiaridad es sin límites; porque la familiaridad entre los hombres de buena educación y de buena moral, nunca pasa con las señoras los límites de la urbanidad y de la decencia.

No hay entonces nada mas ameno que el trato de la brasilera. Su belleza es reanimada por una imaginación fecundísima, y los caprichos de su imaginación siempre son acompañados de esa timidez que nace de la suavidad ó melancolía de su espíritu.

Su educación es mas de labor que de inteligencia. Ellas no ofrecen la amenidad literaria de la mujer francesa; pero ofrecen con su gusto y habilidad sorprendente en la música, el hechizo de la italiana.

Si el filósofo las contempla él halla grandes vacíos todavia, en el ser social de la mujer brasilera, si las observa el poeta él halla un bellísimo tipo de mujer. El halla sobre todo el pábulo mas activo de las fuertes pasiones y al ejercicio de la sensibilidad en ese mismo modo de ser y de vivir de la mujer brasilera.

Yo por mi parte no solo he hallado reprochables las críticas que de ella se han hecho, porque no aplaudo jamás lo que carece de justicia y de verdad, sino que he sentido algo de compasión por aquellos á cuya imaginación nada ha hablado la mujer brasilera.

Montevideo, Noviembre de 1846.

En que los pasos de su tierno amante
Dichosa escuchará.

Si á ese momento la costumbre veda,
Ella con cintas y pintadas flores
Tiene en secreto para hablar de amores,
Idioma que formó.

Y el amor siente como siente el rostro
El sol que rojo hasta la tierra quema:
Y cambia solo en ambición suprema
La vida por amor:

Se muestra poco, mas se muestra nueva,
Valor al mismo retraimiento dando:
Es una estrella que, de vez en cuando,
Aparece y se va.

Que los rayos del genio de la Europa
Penetren la tiniebla americana,
Mas la mujer que nazca brasiliana
No la toquen jamás.

Luces vagas y sombrías
Un salón iluminaban,
Mientras los rayos estaban
Quemando las celosías.

Y entre la luz y la sombra,
El lujo, el gusto y la gracia,

Respiraba aristocracia,
Desde el techo hasta la alfombra.

En un diván amarillo
Se reclinaba una hermosa,
Trabajando primorosa
Con plumas, un canastillo:

Y acariciaba tranquila
De vez en cuando los ojos,
Cual si hubiese algo de enojos
En su lánguida pupila.

Suelto el cabello á la espalda,
Desnudos los lindos brazos,
Y atando celestes lazos
El blanco tul de la falda,

La celosía sombreaba,
Su aroma daba una rosa,
Y trabajaba la hermosa,
Y al canastillo mojaba.

Cuando el salón pisó, y al lado de ella
Un caballero saludó á la bella.

—¿Luisa, llorabas quizá?
—¿Yo? no; Eduardo, yo no lloro
—Tú tienes algo.
—Un tesoro.
¿No ves? plumas del Pará.
—Tú te burlas.

—Tú también.
—¿Estás quejosa de mí?
—No puedo decirte *sí.*
—Cuán pálida está tu sien.
—Más el alma.
—Sales poco.
—¡Para qué!
—Para gozar,
Para ver, para danzar.
—Gracias.
—¿Y el piano?
—No toco.
—Qué, ¿no bajas al salón?
—¿Vienes tú á él?
—No he podido.
—Bien, el piano me ha aburrido.
—¿Y el canto?
—¿Y nuestra canción?
—¿Sabes que me ausento, Luisa?
—¿Tú?
—Sí.
— Y á donde?
—A viajar.
—Bien.
—Pero en ti he de pensar.
—Bien.
—Mas, ¿por qué esa sonrisa?
—Es de placer; ¿no lo crees?
¡Tú vas á ser tan dichoso!
(Y enrojecióse su semblante hermoso,

Y el canastillo resbaló á sus pies.)
—Luisa, tu mandato aguardo.
—¿ Ya ?
—Me apuran los momentos.
—Eduardo: ¿y tus juramentos?
—Adios, Luisa.
—Adios, Eduardo.

Y él se fué, y Luisa quedóse
Con los ojos en la alfombra.
Fuese aumentando la sombra,
Y la rosa marchitóse.

Un día á la puerta toca
Eduardo, y pregunta: ¿y Luisa?
Y le responden sin prisa,
¿Quién?»—Luisa.—¡Luisa, está loca!.

Cuenta, pues, ¡oh Janeiro! tus mujeres
En el rico jardín de tus encantos,
Que ellas son las primeras entre tantos,
Y ellas lo fueran aunque más tuvieres.

Muchas veces, plebeyos y señores,
Manchan ó niegan al contar tu historia,
De tu primer Emperador la gloria,
Llamándole liviano en sus amores.

Mas ¿qué eran sus amores? El destino
Natural entre un hombre y unas bellas,
Si está el hechizo y el amor en ellas,
Y él es hermoso, rey, valiente y fino.

Su primera virtud—yo escribiría—
Fué el querer, como quiso á la belleza:
Pláceme un rey que por amar empieza
Y se jacta, como hombre, de hidalguía.

Para dar á su Amelia su pañuelo,
De sus reales manos desprendido,
Ante un inmenso pueblo sorprendido,
Su rodilla juntaba con el suelo.

Era un astro, ese rey, que en otra esfera,
Y en derredor girando de otro anillo,
Al resplandor de su fulgente brillo
Al mundo todo iluminado hubiera.

Da su acusada liviandad al lado,
Sabrían todos repetir prolijos,
Que abdicó dos coronas en sus hijos
Para ponerse un casco de soldado.

Al contar sus nocturnas aventuras,
Dirían: « Desde el trono brasiliano
Fué á restaurar el trono lusitano
Con un puñado de hombres y armaduras. »

Al referir sus citas y estocadas,
Academias y leyes mostrarían;
Y envanecidos de su rey dirían:
Son obras por su genio improvisadas.

El rey, dictaba leyes justiciero
Y velaba la gloria brasiliana;

El caballero, al pie de una ventana,
Se confiaba en el temple de su acero.

Rey, conquistó la gloria y la grandeza;
Hombre, ante una mujer se descubría...
Su primera virtud, yo escribiría:
Fué el querer, como quiso á la belleza.

Mas no fué rey de Europa, y son agenas
A la gloria, por tanto, sus acciones;
Pero pueden ser glorias y blasones
De Versalles los bailes y las cenas.

Rey de veinte años, con rosario al seno,
Y que huye y teme el femenil encanto:
Puede la iglesia al fin llamarle *santo*,
Pero el pueblo jamás llamarle *bueno*.

El tiempo que se empeña con locura
En cambiarnos las cosas y los nombres,
Hoy apellida hechura de los hombres
Lo que llamaba ayer del cielo hechura.

Y era bien se educase entre los frailes,
Ayer el niño rey, *hijo del cielo;*
Hoy, que el tiempo lo llama *hijo del suelo*,
Es mejor que se eduque entre los bailes.

Hay mucho de esperanza y garantía
En las almas vivísimas y abiertas;
Pero en aquellas que se esconden, yertas,
Hay no se qué de ingrata profecía.

Cuenta, pues, oh Janeiro, en tus bellezas
Esas mujeres de tu rey queridas;
Y si tus bellas y tu rey olvidas
Háblanos de tu genio y tus riquezas.

Cuenta tus acueductos y castillos,
Tus templos, tus jardines y arsenales,
Tus fuentes, y palacios imperiales,
Llenos de novedad y á par sencillos.

Cuenta que tu progreso se descubre
Al través de la sombra lusitana;
Como vése la luz de la mañana
Entre la sombra que el espacio cubre.

IV

Esos pasados siglos de ignorancia
En que á la España y Portugal les plugo
De sus colonias educar la infancia
Con duro azote y afrentoso yugo,
Conteniendo del genio la arrogancia
Con el hacha ó la soga del verdugo,
Apocaban la mente americana
Y la flor se agostaba en su mañana.

Era un mar sin rumor ni movimiento
Dormido en su extensión lánguidamente,
Pero que al soplo de improviso viento
Alzaría sus ondas prepotente;

Y vino el vendaval, y fué violento
El choque de las ondas en la frente
De las soberbias rocas, conmovidas,
Y quebradas al fin, y sumergidas.

El castellano león enfurecido
Sus garras con valor clavó en la tierra,
Es MÍA, dijo; pero al fin vencido
Dejó la arena de sangrienta guerra.
El eco del cañón fué repetido
Por los llanos, los ríos y la sierra,
Y despertó la mente americana
En lo que antes fué inercia castellana.

Mas débil Portugal, ó generoso,
No osó clavar con lanzas tus cadenas,
Y compraste, Brasil, tu ser hermoso
Sin derramar la sangre de tus venas.
Te falta el brillo militar, glorioso,
Que abrillanta del Plata las arenas;
Pero á la sombra de tu paz bendita
Tu genio al porvenir se precipita.

Puede ser que en los giros de tu vida
Sientas alguna vez no haber crecido
Sobre tierra con sangre humedecida,
Por las revoluciones sacudido:
Que esa lucha violenta, envejecida,
Que escandaliza al mundo sorprendido,
Es, empero, el crisol que la futura
Existencia del Plata nos depura.

Pero hoy levantas tu tranquila frente
Medio siglo adelante en tu camino,
Y al soplo bienhechor de tu presente
Florece para el mundo tu destino.
Del brillo de la Europa refulgente,
Ha visto entusiasmado el PEREGRINO,
Reflejar los destellos en tus sienes,
En dulce agüero presagiando bienes.

De las leyes en la órbita sagrada
Do el pueblo tiene sus derechos fijos,
Ha visto, la justicia respetada,
Campear el pensamiento de tus hijos;
Y á tu querida libertad, velada
Por los esfuerzos y valor prolijos
Del venerable anciano, y del que empieza
A mostrar el poder de tu cabeza.

Ha visto de las ciencias y del arte
Amaneciendo en tí la hermosa aurora; (1)

---

(1) En efecto el sol de la civilización es anunciado en el Brasil por los albores mas risueños. Tres ó cuatro años no bastan muchas veces para conocer con exactitud la índole, la moral, las costumbres y las interioridades de la vida doméstica en un pueblo, cuyo estudio sirve después para justipreciar la relación entre él y sus instituciones su política, y el carácter de transición ó de aplomo de su existencia moral y de su civilización. Pero tres ó cuatro semanas pueden bastar muchas veces para adquirir un conocimiento casi perfecto de su cultura y de su progreso en sus manifestaciones visibles.

Un hombre un poco familiarizado con la sociedad, dos minutos después de haber pisado el umbral de una casa, comprende la clase, la educación de sus dueños, por el simple examen de lo que se le presenta á la vista. Del mismo modo, cuando un viajero se desembarca en una capital, ya está bajo el imperio de sus ojos la civilización de sus habitantes, en sus manifestaciones materiales.

Yo tendré el gusto de transcribir aqui lo que ha escrito bajo este mismo pensamiento el señor don M. de A. Porto Alegre, una de las capacidades mas distinguidas que hoy tiene el Brasil, como poeta; y al cual, en esta última dote, se puede considerar en primer rango, por su fuerza descriptiva,

Y de tu juventud la mejor parte
Que del arte y la ciencia se enamora;
Y á la mente afanada en coronarte,
Que agita en sí la inspiración creadora,
Brotando nueva flor y nuevos gajos
En cada sol que alumbra sus trabajos.

---

por la valentía de sus imágenes. y mas que todo por el tinte de localidad y expresión brasilera de que abundan sus obras. El dice así:

«La primera cosa que el viajero encara, es el terreno en que pisa y los edificios que lo circulan; y en este primer paso encuentra ya un documento que prueba exuberantemente el estado del gobierno de aquel país; y la suerte y condición de sus súbditos: si los caminos y las calzadas son buenas, el gobierno vigila y entretiene la prosperidad material, y ya ve el viajero una realidad de civilización en el pensamiento que lo domina y rige, y una señal de prosperidad incontestable, pues que hay mas dificultad en juntar y nivelar las piedras, que en amontonar palabras y discursos que alucinan á veces una generación entera, sin que ella pueda entretanto legar un solo monumento de progreso á las generaciones que la suceden.

El mayor ó menor grado de urbanidad en los empleados públicos, algo indica del regimen gubernativo del país; y su mayor ó menor diligencia, el estado de la marcha del gobierno en los negocios públicos.

Si luego concurre al teatro, el viajero tiene á sus ojos todas las clases de la sociedad, en una arena donde se aprueban ó reprueban ideas con señales estrepitosas, que no dejan duda sobre la impresión que ellas hacen. Si oye el viajero, por ejemplo, que el público tributa aplausos á un cantor desafinado, sabe de improviso que ese público no está educado para la música, que no siente todavia la perfección en la combinación de los sonidos, que las leyes de la armonía y melodía no son conocidas aun de la mejor parte de esa sociedad.

Las decoraciones, y todo el mecanismo del escenario le muestran el grado de las artes y la mayor ó menor inteligencia en ellas.

En los siguientes dias el viajero continúa sus pesquizas visitando los monumentos, los edificios públicos y establecimientos de instrucción. Si los halla en perfecto estado y sin un carácter melancólico propio á la decadencia; si sus paredes y pavimentos denotan aseo y reparos frescos, si hay actividad en los empleados, si hay vestigios de aumento, coge entonces un testimonio irrefragable de prosperidad intelectual y del celo del gobierno por el progreso de las luces.

La visita á los templos, le dará cuenta del estado moral de la sociedad; y el examen de ellos, en su carácter arquitectónico, punta segura para apreciar las artes, la riqueza y el mayor ó menor entusiasmo, por las ideas religiosas. Y aun la música que escucha en el templo, puede servirle de clave por el carácter artístico de su composición, para conocer el grado de creencia y el espiritualismo de esa sociedad. ¿Porque una música sensual no puede ser acogida por un pueblo delicado en su espiritualismo religioso; y por que hay entre las melodias y las ideas de los himnos sagrados, aquella ligazón y armonía, que existe en las obras del arte, á que llamamos carácter dominante, y que es siempre el denunciador del pensamiento íntimo que le produjo. etc.»

Bien, pues, yo encuentro en la capital del Brasil todas las manifestaciones externas de una sociedad en progreso y que ya tiene acumulados gran parte de los elementos que servirán en adelante á su completa civilización.

Yo miro la actividad material abriéndose paso por en medio á los inconvenientes de la naturaleza misma. Las montañas se desmoronan; el hacha las hiende y abre calles á través de ellas para facilitar el comercio: los caminos se extienden, se ramifican y se mejoran por todas partes: los edifi-

En justo empeño y pensamiento sano,
Con la Europa, sin celos ni querella,
Extendidos ha visto en el oceano
Los brazos tuyos y los brazos de ella:
Llegarte frutos del saber humano,
Frutos mandarle de tu industria bella,
Y en esos cambios de progreso, leales,
Dentro tus pueblos pulular caudales.

---

cios se multiplican; se abandona la vieja y pesada forma arquitectónica, introducida por los portugueses, y se adopta para ellos la forma ligera y graciosa de la arquitectura moderna.

Yo miro en una ciudad que no puede decirse propiamente que tiene pasado, monumentos de arte de buen gusto y de suma utilidad pública. Un acueducto que podría honrar á cualquiera de las capitales europeas, por el inmenso trabajo y los cuantiosos gastos que ha demandado. Fuentes públicas en todas las plazas y calles de la ciudad (a). Un jardín botánico primorosamente atendido y cultivado. Tres teatros, uno de los cuales podría ser una buena sala de ópera en París ó en Londres. Veinte y tantos templos (b) que se mejoran y se enriquecen artísticamente cada día.

(a) Ya no existe uno de los trabajos hidráulicos mas útiles que ha tenido el Río de Janeiro: un conductor que desde la orilla del mar en la plaza del Carmen llevaba á los navegantes las aguas de un abundante Chafariz por espacio de algunas toesas hacia el mar, para impedir el trabajo de desembarcar las pipas. El Chafariz y el conductor fueron mandados construir por don Luis de Vasconcellos y Souza que con patente de 4o. Virrey llegó al Janeiro y tomó posesión de la Capitanía el 5 de Abril de 1779.

Todo el Janeiro está lleno de monumentos que recuerdan la memoria de este hombre, el mejor de sus vireyes. Fué el fundador del Paseo Público: hizo abrir la linda calle que hoy se llama das Carrecas y á quien dió entonces el nombre de Rua das Bellas Noites: la fuente que existe hoy en esa calle es también obra suya como muchas otras.

Era tal el entusiasmo del Virrey Vasconcellos por los edificios públicos que hizo construir una hermosísima casa para cuidar y disecar en ella los pájaros del Baisal, que por orden de la Corte, se enviaban al Gabinete de Historia Natural de Lisboa. Esta casa sirve desde 1814 de Erario y Casa de Moneda.

El nieto suyo actual Encargado de Negocios de Portugal en el Janeiro debe pasear con cierto orgullo las calles de esta ciudad.

(b) No hay sin embargo, en el Janeiro una catedral digna de la ciudad. En 1837 se hizo catedral á la iglesia de N. S. del Rosario; pero por quejas elevadas á D. Juan V. por la Hermandad de San Benito, S. M. ordenó al obispo que se escogiese un lugar para construirse una catedral digna de tan vasto imperio. En 1747 se escogió el terreno en que debía alzarse el templo de San Sebastián y en 1749 púsose la piedra fundamental de ese edificio. En 1752 paráronse los trabajos y no continuaron hasta 1796. Al año siguiente suspendiéronse de nuevo y lo que debió ser las naves de la catedral hoy son las aulas de la Escuela Militar.

Se determinó por catedral, en orden regia de 1808 la iglesia llamada antes de las Carmelitas calzadas, Capilla Real durante el reinado de D. Juan VI y conocida hoy con el nombre Capilla Imperial.

Ganar tus hijos sin perder aquellos,
Y la industria llegar á tus arenas
A enriquecer y mejorar los bellos
Frutos de bendición de que estan llenas;
Y más altiva levantar por ellos,
¡Oh Brasil! tu bandera en las almenas,
Que bajo el sol del siglo en que vivimos
Solo en el genio y la virtud subimos.

Tomo otro camino de estudio, y me encuentro con una Universidad en cuyos bàncos se sientan anualmente de 800 á 1000 estudiantes: con una academia de medicina y ciencias naturales donde una juventud entusiasta hace brillantes progresos, en la medicina especialmente: con una Academia de Bellas Artes, que al fin de cada año pone en pública espectación las obras de sus alumnos, de los cuales manda el gobierno á estudiar tres años en Europa, á aquellos que hayan al fin de cada año llenado las condiciones de los estatutos académicos: con un Instituto Histórico Geográfico, que con una laboriosidad constante, hace el Brasil y á la ciencia los mas importantes descubrimientos: con una Academia Militar (c) y otra de marina en las cuales y con especialidad en esta última, la juventud tiene un entusiasmo remarcable por sus estudios. Cuando, en fin, yo miro bibliotecas con cien mil volúmenes, museos públicos y gabinetes particulares de física, de mineralogía, etc., y que todo esto se mueve y se investiga diariamente por las manos de la juventud, yo puedo decir entonces al Janeiro sin temor de ser desmentido, y con el solo examen de cuanto acabo de bosquejar apenas:

He visto de las ciencias y del arte
Amaneciendo en tí la hermosa aurora.

Cuando en un examen mas serio y detenido quiero estudiar la sociabilidad brasilera en su más alta expresión, y veo en ella un orden constitucional bien sostenido, sí no puedo decir bien experimentado; una monarquía representativa, la más democrática del mundo, defendida por un partido de orden é interesado á todo precio en la conservación de la paz, una constitución que determina con precisión los deberes y los derechos del gobierno y del pueblo, y una libertad que es, sin disputa, un hecho positivo y no una teoría de escritores; cuando veo á un gobierno que se empeña, en abrir á la industria nacional todos los canales posibles de su mejora y que facilita con las garantías y la equidad la introducción de la industria, del comercio y del capital extranjero; cuando veo en esa sociedad la actividad mercantil é industrial creciendo por días y derramando en todas las clases el bienestar y la abundancia; cuando miro, en fin, el orden, el trabajo y la libertad esparcidos sobre los hombres, y empeñados todos en la conservación de estos elementos que hacen la felicidad individual y el engrande-

(c) La Academia Militar fué creada por carta regia de 4 de Diciembre de 1810, gobernando todavía D. Juan VI como príncipe regente y siendo su ministro el Conde de Linhares.
En 1832 fué reunida la Academia de Marina á la militar, más en 1834 fué nuevamente separada, como existe hoy.—(Véase el Ostentor Brasileiro).

Un poco más, y en su constante anhelo
La industria de la Europa habrá podido
Victoriosa alcanzar sobre tu suelo
Lo que la libertad no ha conseguido.
Mañana, si, por bendición del cielo,
No será ya tu fruto humedecido
En su flor, en su tallo, en su simiente,
Con el sudor de la africana frente.

---

cimiento de una nación puede decir entonces al Brasil, sin temor de ser desmentido.

Sea que á la sombra de tu paz bendita
Tu genio al porvenir se precipita.

Esta ligera enumeración de los elementos de civilización y de progreso con que cuenta el Brasil, y que no puede desenvolver en la estrechez de este trabajo, dá á conocer de parte mía, que no ignoro los continuos reproches que se hacen al Brasil sobre el atraso de su sociedad y que he querido prevenir la censura de mis versos, en aquellas personas que toman una página francesa como un capítulo de las escrituras.

Si en vez de un cuadro descriptivo de un poema, hubiese querido escribir una obra crítica sobre la sociedad brasilera, hallaría en ella de cierto, un campo vasto para la censura, y ¿ qué mucho que me ofreciera ese campo una sociedad que no cuenta treinta años de existencia política, y que ha vivido más de dos siglos en la vida de las colonias ? ¿ qué mucho, cuando las naciones europeas mismas, en el vuelco de las revoluciones y los siglos no han acabado de depurarse todavía en el crisol de tres rangos de civilizaciones distintas ? y ¿ que mucho, sobre todo, si para medir la civililización brasilera, tomaba por pauta la civilización de la Francia ó de la Inglaterra, como hacen desacordadamente los escritores europeos que transitan por la América ?

Mucho tiene la sociedad brasilera de criticable, mucho en las costumbres de sus hijos especialmente; muchos son los trabajos y trastornos por que tiene que pasar todavía para purificarse; puede que hasta un riego de sangre sea necesario algun día para que el arbol de su civilización dé en última sazón sus frutos exquisitos. Pero mucho tiene ya de adelantado; mucho de civilización y mucho más adelante marcha de lo que equivocadamente creen algunos. En América es de los primeros en la escala de las naciones, y en la América del Sur el será, antes que ninguno otro Estado, el emporio de la riqueza y del comercio.

Por otra parte, yo, por sistema, he querido en este cuadro de mi poema presentar, aunque en grandes rasgos, lo que he hallado de bello y aplaudible en el Brasil. La ingrata misión de descubrir á la censura sus lados vulnerables la dejó con gusto y sin esfuerzo á los escritores europeos.

Es el tributo de gratitud que pagó al Brasil por los dos años que he residido en él en mi ya tan larga proscripción, y que no he tenido embarazo de confesar otra vez, que ellos han sido los dos años menos azarosos de mi vida después que el suelo de la Patria me fué vedado, por una política que aún no he perdido el derecho de excomulgar.

Ageno de toda pretensión, he esperado decir adios al Brasil para pagarle aquel tributo.

Escritor en un periódico literario del Janeiro, no sacrifiqué consideración

Esa palanca del poder humano
Que hoy suple al hombre y avasalla al mundo,
Dará su libertad al africano
Con más provecho que el saber profundo:
Do había sien esclavos, una mano
Bastará sola, y bastará un segundo
En lo que antes el negro consumía
De fuerza ruda y de dolor un día.

El hombre libre rasgará la tierra
Para echar la simiente perfumada,
Y con la industria y libertad en guerra
Será aquella por estas conquistada;
Y cuanto jugo, y cuanta savia encierra

---

ninguna á la independencia de mis opiniones, y más de una vez afronté sin temor la suceptibilidad nacional. Ausente del Brasil, yo le envío hoy este canto. de mi PEREGRINO y no doy á los Brasileros esta ligera explicación por que ni un instante haya puesto en duda ni su liberalidad, ni su respeto por la emisión del pensamiento; no, yo le cedo de buen grado este honor al señor Capitán de Mar y Guerra don Pedro Ferreyra de Oliveira ex comandante de la Estación Naval Brasilera en el Río de la Plata.

A este caballero le cupo la honra, hace tres meses, de venir por su propia cuenta á poner en problema la liberalidad Brasilera en un país extranjero. Desconociendo que en su posición tan espectable, sus acciones refluian más ó menos en honra ó en perjuicio del crédito de su Nación, desconociendo el espíritu de libertad y tolerencia de que con tanta justicia, blasonan sus compatriotas: desconociendo, en fin, hasta los derechos que en ese caso le correspondían, él dió orden para que no fuese transportado al Janeiro en embarcación Brasilera el autor del PEREGRINO, solo porque en el canto anteriormente publicado yo atribuia menos talento al actual monarca Brasilero que el que atribuia á su ilustre padre.

El señor Ferreyra se imaginó á caso algun ascenso ó alguna sonrisa de favor por su injustificable celo; pero olvidó que hay defensas tan intempestivas é hiperbolicas, que más ridiculizan que defienden y que estaba en presencia de una población extranjera que no tenia obligación de creer más ilustrados á los brasileros, que lo que era quien al frente de su escuadra los presentaba en partes sobre las aguas del Plata: y olvidó también que el autor del PEREGRINO no pasaría en silencio un hecho que, si bien no podía calificarlo como una ofensa personal, era un desmentido, á lo menos, á cuanto ofrecía hablar en honor de los Brasileros en el canto mismo que dió origen al proceder del señor Ferreyra, que ha servido solo para el ridículo y la mofa de la población de Montevideo, y de los mismos marinos de las estaciones extranjeras. ¿Que afan no tendrian los Almirantes franceses ó ingleses si hubieran de estar leyendo las obras de los viajeros para permitirles ó negarles pasaje en los paquetes de sus respectivas naciones?

Montevideo, Noviembre de 1846.

Le será por el arte arrebatada,
Y en tus opimos y sabrosos frutos
Darás al arte y libertad tributos.

Con este nuevo cauce de riqueza:
Con la industria de Europa entre tu mano,
Adios, Brasil, te pierdo en la grandeza
Del porvenir del mundo americano...
No diviso en los siglos tu cabeza...
¿Imperio? ¿Estados? me pregunto en vano.
No sé qué serás tú; sé solamente
Que alzarás, grande, tu soberbia frente.

¿Quien divisa de América la estrella?
¿Quien no ve en el futuro su reflejo?
¿Quien no la mira iluminando bella
Con torrentes de luz al mundo viejo?
Lánzate en pos de su fulgente huella,
Lánzate al porvenir, y allí te dejo;
Que allí la vista del mortal deslumbra
El mar de luz que fúlgido relumbra.

V

Sobre aquese fecundo
Suelo de vida que se ofrece al mundo
Como flor en pimpollo todavía,
Amortiguar sabía
Ese dolor que lo consume lento,
El héroe de mis versos un momento.

Una naturaleza
La más rica y variada en su belleza
Encontraba doquier, bien; de su vida
La primera querida
Fué la naturaleza, y hasta ahora
El no puede decir: fuéme traidora.

Ella siempre le guarda una sonrisa;
Renueva sus encantos á sus ojos;
Anima la expresión de su semblante,
Y siempre la divisa,
Sin fingida alegría y sin enojos,
Mostrarse bella y cariñosa amante

Ella conoce bien lo más sensible
Del corazón de CARLOS, y su mano
Pulsa diestra las cuerdas de esa lira
Que responde apacible
Al amor, á la gloria, á cuanto humano
Y celestial el corazón aspira.

Ella toda su mente,
Y la chispa impaciente
Del genio salta y resplandece el alma,
Que siente vida, inspiración y fuego,
Sacudiendose luego
Del peso rudo de su estóica calma.

Ella tiende su diestra
Y orgullosa la muestra
El libro azul y verde que contiene

La profunda y primer filosofía
Que desde el primer día
Escrita por su Dios el hombre tiene.

Si; CARLOS, como Byron, bien pudiera
Decir, que unas montañas, un desierto,
Un mar, una pradera,
La han enseñado más que todo cuanto
En los libros ha visto y descubierto
Por más que fueran su primer encanto.

Un libro lo envanece; una montaña
Lo humilla y lo confunde á su presencia.
¿Cual de los dos engaña?
No sé.—Yo me presumo en armonía
Con mi tenue tejido de existencia,
Cuando humillo ante el sol la mente mía.

Newton y Galileo
Hacen á CARLOS Dios sobre la tierra;
Y luego á la manera del caldeo,
Sube á la cresta de empinada sierra
Para medir en su órbita algun astro;

Pero al seguir su luminoso rastro
Cree ver seis caracteres en el cielo,
Dos palabras: ¿POR QUE?, y fría y muda
En su perenne duda
Su alma cae sin alas sobre el suelo.

En su mano la frente,
El se abisma en los libros de la ciencia,

Y al misterio vital baja su mente
En pos de las lumbreras de experiencia.
Todo ha visto, tocado y comprendido;
Mas su mano á la vez siente un latido
En la frente sobre ella descansada;
Es una arteria,—bien; más **¿Por qué** late?
Y la mente se abate
Entre el caos de su insondable nada.

Pero ¡ay!, tras el ¿POR QUE? que le aniquila
En la naturaleza,
Ve de su alma la fúlgida pupila
Otra palabra, **Dios**; y á su grandeza,
Ni teme, ni pregunta, ni vacila.

¡Lee por doquiera **Dios**! y lo respeta,
Y este es el gran secreto
De las inspiraciones del poeta,
Que va á buscar en la Natura, inquieto,
La concepción del cuadro y la paleta.

Es Dios el entusiasmo que le anima;
Es la abstracción de su constante duda;
Es la verdad que con su luz lastima
Y hace dar un gemido á la conciencia.

De vanidad y de ficción desnuda
Dice el alma: *no sé;* sé solamente
Que ruje una tormenta con violencia
Y que voy yo tras ella con la mente.

—

Luces, montañas, bosques y llanuras
Que bajo el arco tropical formando
Laberintos sin orden y en montones,
Pareceis las inmensas miniaturas
Del infinito bando
De las bellas gigantes creaciones;

Tempestades del trópico, que raudas
Venis, pasais, y apareceis más luego,
En el curso de un día ó de una hora,
Ya con el brillo de inflamadas caudas,
Ya sin su mar de fuego,
Ya mudas, ya con lengua tronadora;

Salud todos, salud. El Peregrino
Es demasiado diestro en vuestro idioma
Para no haber gozado de su gracia...
Ese idioma se aprende del destino,
Si de niños nos toma
Y nos hace marchar con la desgracia.

Carlos ha padecido demasiado,
Para dar á su vida un alto precio;
Y cuanto brinda de placer el mundo
De verlo y de gozarlo está cansado,
Para no sentir ya cierto desprecio
Por toda flor de su pantano inmundo;
Y joven todavía
Ya de su juventud se acabó el día.

Trévol marchito, el delicado aroma
Su sensibilidad, conserva apenas,

Pero ella es lo bastante— Es en el hombre
El oído que escucha vuestro idioma
Dulce, de amor, consolador de penas...
Gracias, Naturaleza, ¡ay! vuestro nombre
Es el nombre divino
De la querida leal del PEREGRINO.

Al contemplaros él, radiante y bella,
En vuestro rico y fúlgido palacio
Do el Crucero destella
Rayos de oro que alumbran el espacio,
No solamente religiosa calma
Y un hálito de Dios sintiera su alma,
También bello y ufano,
Sintió hablar á su orgullo americano.

Bajo el Crucero, CÁRLOS no ha podido
Preguntar á Venecia, qué se hicieron
De su tiempo florido
Los trece siglos que al león oyeron
Rugir con libertad, dejando al mundo
Desde San Marcos en pavor profundo,
Como en cien barcarolas
El gondolero en sus canales solas.

Ni como Harold, á la augusta Atenas,
Preguntar por los sabios ciudadanos
Con almas puras, de coraje llenas,
Al contemplar las manos
De la Grecia infeliz entre cadenas.

Ni ha visto en Waterloo desparramada
La ceniza del águila francesa,
Que ayer sobre las nubes remontada
Al peso descendió de su grandeza.

Ni como Chateaubriand, quebrando yedras,
Ha examinado las ocultas piedras
        Del romanesco Oriente,
Para encontrar los héroes de la historia
En las perdidas tumbas de su gloria,

Ni en fragmentos de mármol, encubierto
Por el crecido musgo, ha descubierto
        En la Roma presente,
De la pasada Roma los ejemplos,
En rotos dioses y arruinados templos.

Ningún lugar ha traído á su memoria
        Un recuerdo brillante
        De la pasada gloria
Que ha llevado del mundo el tiempo errante.

Ningún lugar contó á su fantasía
        En las antiguas hablas
        De la Mitología,
Guerras y amores, religión y fablas.

        En ningunas arenas
        Bañadas por las olas,
Ha visto aquellas que escuchaban solas
De Penelope las sentidas penas.

Él no ha reconocido
La peña de Vulcano,
Ni á la musa de Lesbos percibido,
En los montes á orillas del oceano.

Sobre la cima de ninguna sierra,
Ha visto de los dioses el asiento,
Do á su potente voz el rayo, el viento,
Se despeñaban en tronante guerra.

En ningún monte el célebre Parnaso;
En ningún mar bañarse la Mañana;
En ningún bosque de la hermosa Diana
La huella ha visto del ligero paso.

Nada de esto ha tocado de repente
La memoria una vez del PEREGRINO;
Pero, ¿acaso lo siente?
No; que cosa más bella en su camino
Ha visto entusiasmado,
Y al mirarla su frente ha descubierto.
Él, sus brazos al pecho, no ha mirado
Á un noble anciano en el sepulcro, yerto;
Ha contemplado un niño
De riente faz y virginal cariño.

Genios sublimes del antiguo mundo,
Abrid sepulcros y cabad cimientos,
Y con saber profundo
Habladnos de los viejos monumentos.

Levantad los sudarios
Que cubren del pasado la grandeza,
Y en la misión tan útil de *anticuarios*
Mane palmas sin fin vuestra cabeza:
En la América mía
Vuestra misión muy poco ganaría.

Perdón. De gloria os mostrará diez siglos
Habidos en diez años solamente.
¡Oh! no penseis que la irritada mente
Se imagina fantasmas y vestiglos.
Es todo realidad. Solo un cartucho
Quemado sobre el campo de Ayacucho,
Vale algo más que toda la metralla
Que gastó Francia en su mejor batalla!

Si la grandeza militar se estima
Por lo que de ella al porvenir le toca,
Cabe bien Austerlitz dentro la boca
De un cañón de Junín, ó Maypo, ó Lima.
Cualquier bala del campo americano
Le vale más al porvenir humano,
Que de este siglo todas las medallas
Que recuerdan de Europa cien batallas.

En nuestro mundo, el monte y la pradera
Tocan árido, pobre é infecundo
El antiguo pasado con su mano,
Pero, ¿cuánto daría vuestro mundo
Por un poco siquiera
Del porvenir del mundo americano?

Aquí si se contempla una llanura
No se cree oir un canto de victoria,
Ni ver de Jerges la sangrienta huella:
Mas se adivina una época futura
En que al aliento de la humana gloria
Veránse pueblos levantarse en ella.

Al contemplar un monte
No se piensa escuchar dioses ni amante,
Pero se piensa ver el horizonte
A través de su cuerpo de gigante,
Cuando el arte y la industria con sus brazos
Partan las cordilleras en pedazos.

El río, el monte, el llano,
La piedra, las arenas, cuanto existe,
Son aquí joyas del futuro humano:
Joyas con que la América se viste,
Y virgen y radiante y poderosa
Presenta al porvenir su mano hermosa.

¡Salud, joya del mundo, el PEREGRINO
Siente demasiado alta su cabeza
Cuando á los pies de tu sin par belleza
Te ofrece de rodillas su destino.

Bastante se ennoblece y abrillanta
Bajo la lumbre suave de tus ojos,
Para envidiar del Asia los despojos
Ni cuanto Europa envanecida canta.

Al pintar tu hermosura
Lo inspira y alza lo sublime de ella,
Y con solo seguirte, virgen pura,
El se baña en los rayos de tu estrella.

¡Salud, ricas coronas
Para la blanca frente de la hermosa,
Tejidas desde el Plata al Amazonas
Por la mano del cielo primorosa!

Salud, Janeiro,—primavera eterna,—
Rosa nunca sin sol, siempre aromada,—
Tú le enseñaste al peregrino errante,
De su América tierna
Una belleza más en el semblante,
Un rayo más de luz inmaculada.

Al mostrarle tu frente al PEREGRINO
Purificaste, acaso, el pensamiento
Que en embrión contenía su cabeza,
Sobre el alto destino
Que jugará en el mundo la grandeza
De lo que tiene americano asiento.

Él no lo duda, no; él cree y se fía
En la eterna armonía
De las obras de Dios sobre la tierra:
Y cuando ha visto los ópimos dones
Que derramó á montones
La mano del Creador sobre tu frente,
Ha visto tras los siglos, con su mente,

En genio y paz y en libertad prolijos
La futura grandeza de tus hijos.

Él no te olvidará. ¿Él? ¿Quién olvida
El lugar que en la vida
Nos dió un poco de calma y de ventura?
¿Quién olvida la palma del desierto
Que en el camino incierto
Nos guareció del sol que nos quemaba?
Tú le distes un dia á quien llamaba,
Su *día de oro*... Deificado día,
Que él adora en sublime idolatría.
Adios Río Janeiro; del bardo PEREGRINO
Escucha, va en las ondas, el eco de su voz:

CANTO DEL PEREGRINO

ADIOS AL JANEIRO

La página más bella te debe mi destino,
Adios, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adios.
. . . .
No tengo yo ni patria, ni amigos en el mundo
Y allí donde palpita mi corazón feliz,
Mi pecho de recuerdos y gratitud fecundo,
Al despedirse deja su bendición allí.

No tengo por riqueza sino mi triste lira,
Que canta cuando llora mi triste corazón;
Llevad brisas del Norte los tonos que suspira,
Adios, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adios.

La patria en que he nacido cantando sus victorias
Se levantó en los brazos del genio militar;
Bajo la paz mañana la esperan otras glorias
Y las orladas sienes elevará inmortal.

Su abrazo es el más noble, su mano la más fuerte,
¡Que marchen abrazados, el águila y el sol!
La paz es para entrambos la egida de su suerte,
Adios, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adios.

CANTO DUODÉCIMO *

En muda soledad duerme tranquila
Cual postrado león, la mar sonora,
Y allá en el horizonte su pupila,
Cual risueña beldad, muestra la aurora.
El primer rayo de su luz vacila
Y apenas de la mar la espalda dora;

* *Al Sr. Dr. D. Francisco Pico:*

El amor á la patria—el infortunio del proscrito, la esperanza en el porvenir—son flores y espinas que ha brotado el corazón de Vd. desde su más temprana juventud.

Una amistad la más pura y desinteresada hace mucho tiempo que nos une.

En este *Canto* hablo de patria, de infortunio, de porvenir; ¿querrá el proscrito y el amigo aceptar este homenaje pobre de una amistad rica de cariño y consideración?

José Mármol.

Montevideo, Julio 19 de 1846.

Pero llegan en pos y en muchedumbre
Rayos y rayos de brillante lumbre.

Huye la oscuridad y huye el sosiego
De la ofendida mar que hincha su espalda,
Y allá en el horizonte ondas de fuego
Disputan á la mar las de esmeralda;
Hasta que bordan opulentas luego
Del astro rey la fúlgida guirnalda,
Que en su llama inmortal al mundo absorbe
Como la luz de Dios absorbió al orbe.

Con la brisa del Norte hinchado el lino
Se desliza el bajel rápidamente,
Como la vida al soplo del destino
En el mar de las cosas y la mente.
En la popa, su vista el PEREGRINO
Tiene fija en las nubes de occidente;
Baja sus ojos y las ondas mira;
Y como lleno de dolor suspira.

¡Un suspiro!... ¿y por qué? ¿Carlos acaso
Tiene algo de común con los dolores
Ni la felicidad? ¿Ya en el ocaso
Su estrella no apagó sus resplandores?
Indiferente al infortunio, el paso
No mueve por do quiera, sin amores,
Sin dar al ruido mundanal un eco
Su corazón desencantado y seco?

¡Ay! ese corazón fué tan á prisa
Despeñado en los piélagos del mundo,

Que si mira el pasado, en él divisa
Un largo siglo de dolor fecundo!
Se acabó para Carlos la sonrisa,
Y, escondido del alma en lo profundo,
Coge allí la raíz de sus dolores
Y la pone en su lira en vez de flores.

Él fué para los hombres, franco y bueno;
Noble su corazón cual la nobleza;
Pero existía un cáliz en su seno
Y una chispa del genio en su cabeza.
Le llenaron el cáliz de veneno;
La chispa hirió del mundo la corteza;
Y él dijo al contemplarlo, fríamente:
«Nos miraremos, mundo, frente á frente».

Y después, desatando sin recelo
Del mundo y del espíritu los nudos,
Cual noble caballero, que en el duelo
Deja su brazo y corazón desnudos,
Tras de la tempestad remontó el vuelo
Del infortunio al ¡ay! sus labios mudos,
Comenzando esa vida, ese romance
Que ojalá nadie á comprender alcance.

Esa vida, ese cúmulo de escenas,
Donde el drama del mundo ha conocido
Y donde todo, sin excluir las penas,
A excepción del honor, ha consumido.
¿Cuáles dichas de amor le son agenas?
¿Qué hiel del infortunio no ha bebido?

¿Qué lágrima ha quedado en su pupila?
¿A qué se lanza ya, ni en qué vacila?

¿Acaso los recuerdos todavía
Arrebatan á su alma ese suspiro?
¿Del cielo tropical el claro día
Viene á su mente á perturbar el giro
De las negras ideas? ¿Su alma umbría
Se alumbra con el rayo de zafiro
Que el Crucero en su espléndido palacio
Vierte en hebras de luz sobre el espacio?

¿Acaso su inmortal CINCO DE ENERO (1)
Ese suspiro lánguido arrebata
Y recuerda con él su amor primero,
Y esa mujer hasta con Dios ingrata
Para entregarle el corazón entero,
Esa mujer cuyo recuerdo mata,
Porque, al verla una vez, el alma expira
Si lejos de ella y de su amor suspira?

Aquella á quien un día el PEREGRINO
Dijo: «Adios! yo te he amado hasta el exceso;
Mi amor primero te guardó el destino.

---

(1) Después de su viaje al mar del Sur, volvió el PEREGRINO á la Ciudad de Río Janeiro, donde permaneció dos años; los más tranquilos, y aun podemos decir, los más felices de su vida. El canto undécimo del poema está consagrado á su recuerdo del Brasil; y á arrebatar, en cierto modo, algunas ideas falsas y desfavorables que existen en general sobre la sociedad Brasilera; como también, á revelar esa naturaleza magnífica, rica en novedad y poesía, con que ha engalanado Dios ese pedazo de suelo americano.

Entre aquellos recuerdos, hay un día que á menudo se nombra en ese canto—el 5 de Enero, á quien llama el PEREGRINO «su día de oro»—un recuerdo individual, pobre para los otros si se quiere; pero rico tesoro para el corazón del PEREGRINO, á quien es preciso perdonar que se ocupe de algunos recuerdos propios de él, por lo mucho que se ocupa y sufre por los recuerdos agenos.

Toma, guarda también mi último beso;
Si te hallare otra vez en mi camino,
Entonces te diré con embeleso:
Si conoces el sello de tu boca
Ven, y mi labio con tu labio toca».

No, no es esa quien ora de su pecho
Arranca ese suspiro; la ama tanto,
Que el corazón en lágrimas deshecho,
O sueños de placer, en vez de llanto,
Nunca á su imagen y á su amor estrecho,
Nunca suspira, pues su dulce encanto
Es guardar cuanto fué y es de su bella,
Sin que robe un suspiro el nombre de ella.

Esas ondas que mira el PEREGRINO
¿No sabeis cuales son? Son las del Plata;
Y esas nubes que el rayo matutino
Sobre el cenit azul blancas dilata,
Do descubren el Cabo Cisplatino
Cuya sombra en las olas se retrata,
¿Comprendeis el suspiro? Al sur, la nube
De las riberas de su patria sube.

Si al extranjero que aprendió la historia
De estos pueblos, las ondas de su río
Inspiran un recuerdo en su memoria,
Triste como el crepusculo del día,
Al que en ellas nació, cuando la gloria,
Que al nacer expiró, también nacía,

Oh, que no inspirarán, si acaso siente
Sensible el corazón y alta la mente!

El PEREGRINO sus miradas gira:
A su izquierda la patria. *Allí está ella*,
Dice; y las nubes y las ondas mira,
Por distraer el alma de la huella
Que labra la vergüenza... El aura aspira
De la patria oriental... Sus rocas, bella
Baña la luz del sol... mas ¡ay! le muestra
Que también hay tiranos á su diestra. (1)

De un hombre que en el Plata fué su cuna,
Sus esperanzas y su fe primeras,
Es por cierto, gran Dios, bella fortuna
Estar del río entre las dos riberas,
Y saber que á la vez en cada una
La barbarie despliega sus banderas;
¡Y que en aquella ó en aquesta orilla
A su garganta espera la cuchilla!

Es cierto, sí; mi pobre PEREGRINO
Bien habrá de mover su mundo interno,
Al contemplarse sobre débil pino
Navegando á la entrada de un infierno;
Bien puede meditar sobre el destino,
Los fallos de Satán ó del Eterno,

---

(1) EL PEREGRINO entraba al Río de la Plata el 17 de Abril de este mismo año, tiempo en que el general Oribe era dueño de casi todos los departamentos de la República.
Por esta fecha vése también que el PEREGRINO no tiene el don de la oportunidad para hacer sus viajes.

A la vista de pueblos y señores
Que dejó malos y los ve peores.

Su madre patria allí, y allí su hermana...
Hay parientes, por Dios, que más valiera
Llorarlos muertos en su edad temprana.
Y esa madre de hermosa primavera,
Y esa joven tan pura en su mañana,
El triste viajador verlas quisiera
En aqueso que llaman en la historia
No tumba, sino templo de la gloria.

¡Argentino! por Dios y por mi vida,
Que este mundo no es hoy una gran cosa;
Si no se llama cosa desmedida
Ciervo vivir de tiranía odiosa,
O arrastrar vagabunda y desvalida
Una existencia oscura, fatigosa:
Dos extremos, los únicos al hombre
Que lleva de Argentino el triste nombre.

Antes era otra cosa; antes valía
La pena de llevar una estocada
El decir con orgullo y bizarría:
Nací argentino y en mi patria amada
No hay ya ni esclavitud ni tiranía;
Y en la frente del hombre inmaculada,
Donde la libertad graba su sello
Deslumbra un rayo de esperanzas bello.

Pero antes, esa patria, en vez de yugo,
Laurel tenía y palmas en la frente;
En vez de miserables y verdugo,
Hombre de honor y corazón valiente;
Y en vez del vicio cuyo amargo jugo
Hoy nutre sus entrañas torpemente,
La miel de la virtud nutria el seno
De amor, nobleza y esperanzas lleno.

Entonces á la luz del claro día
Se conquistaban glorias inmortales,
Y el corazón en ecos repetía
Las voces de los cánticos triunfales;
Entonces por la patria se moría,
Y eran templos las urnas sepulcrales;
Entonces ¡ay! las madres envidiaban
La suerte de los hijos que espiraban.

Entonces en la lid nuestros guerreros
Dirigían al pecho castellano,
Como leales y nobles caballeros,
La punta de su sable americano;
Entonces se envainaban los aceros,
Y al vencido infeliz, la propia mano
Del vencedor cuidaba de su herida,
Al que no quiso matar, dándole vida (1).

---

(1) Hemos dejado en el Janeiro muchos de nuestros papeles, y sentimos no tenerlos presentes para ilustrar esta nota con algunos hechos históricos de la guerra de la Independencia, notables por su nobleza.

Pocas guerras han existido más encarnizadas, más de conciencia, que la que, por espacio de 15 años, han sostenido sobre nuestro continente los españoles y americanos; pero pocas también más llenas de actos bizarros y generosos.

Por ejemplo—durante el sitio de los castillos del Callao, el General San

Entonces el anciano, cuya noble
Frente, al peso del tiempo ya se abate,
Cual viejo y fuerte deshojado roble
Que resiste del viento el duro embate,
Escribía la ley, cuando el redoble
Convocaba sus hijos al combate,
Y ellos le daban patria con la guerra,
Y el viejo á ellos, ley para su tierra.

Entonces en las bóvedas del templo
La palabra de Dios repercutía,
Y la virtud de Cristo era el ejemplo
Que el sacerdote al pueblo descubría;
Entonces esta lira que yo templo
A la voz de mortal melancolía,
Otros templaban á la dulce y bella
Voz de la libertad, en redor de ella,

Entonces el labrador, cuando el arado
Volvía á levantar dejando el sable,

Martín ofrecía los hospitales de la Ciudad de Lima á los heridos y enfermos de la Plaza, inhabilitada para atenderlos, y muchos españoles, no menos generosos que su enemigo, aceptaban la oferta; pasaban á Lima; y restablecidos, pasaban á sus filas si así lo querían.

Pero no se crea que solamente con enemigos comunes se tenían estas consideraciones. Uno de los generales españoles, gravemente enfermo, aceptó del general argentino la oferta de pasar á curarse á Lima, donde se le arregló una casa, y donde asistido por oficiales del ejército patriota, se restableció: y pidió y obtuvo su pasaporte para España después que los castillos fueron tomados.

Las crueles pero imperiosas exigencias de la guerra obligaron, por más de una vez á la adopción de medidas rigurosas; pero esto era el resultado de las circunstancias más ó menos premiosas, pero no de la índole de la guerra ni del carácter de los americanos.

El cuchillo, la traición y todos esos medios bárbaros y reprobados que hoy se emplean en nuestras guerras civiles son la invención exclusiva, y por consiguiente moderna entre los argentinos del general Rosas. Son su obra, y aunque somos sus enemigos, jamás desconoceremos en él como en nadie lo que sea parte de su genio.

De su esposa y sus hijos rodeado
A la puerta del rancho miserable,
Ricas cosas contaba entusiasmado,
Todas de patria y gloria memorables;
Sin miedo de negar ó dar renombres,
Porque entonces los hombres eran hombres.

Entonces eras tú, pueblo argentino,
Grande como los Andes y el océano,
Y á la luz de tu fúlgido destino
Alumbrabas el mundo americano
Derramando en tu espléndido camino,
Como Dios las estrellas con su mano,
Chispas de libertad, rayos de gloria,
Desde el carro veloz de la victoria.

Rodaban de los Andes de repente
Torrentes de guerreros á su acento,
Para caer cual rayos en la frente
De un trono con dos mundos por cimiento;
Como al eco de Dios, en llama ardiente,
Cayeran en raudal del firmamento
Nubes y nubes que el cenit desploma
En la réproba frente de Sodoma.

Y á sus plantas tiraba hecha pedazos
La cadena de fierro de dos mundos,
Que cayeran del cielo sin más lazos
Que aquellos del amor, y los profundos
Mares que los estrechan con sus brazos,

Por más que sus desiertos infecundos
Donde todo se pierde ante los ojos,
Parezcan separarlos con enojos.

Y cambiaba del hombre los destinos
Levantando una virgen de esperanza,
Como alza Dios los rayos matutinos
Y cambia el huracán por la bonanza.
Y abría de un futuro los caminos
Donde una nueva humanidad se lanza,
Como hizo Dios al presentar la oliva
Dentro del arca á la familia viva.

Entonces al sepulcro caminaba
Paso á paso el guerrero, y de su frente
La aureola el sepulcro iluminaba,
Y el más allá de la futura gente:
El sol así, cuando su marcha acaba
Lleno de magestad en occidente,
De su tumba los bordes ilumina
Mientras á otra región su luz camina.

En fin, la vida y aun la misma muerte
En los pueblos del Plata, para el hombre
Eran entonces envidiable suerte:
Vida era gloria, y muerte era renombre.
Pero á esa patria, valerosa, fuerte,
Llena de gloria y opulencia y nombre,
Rica de corazón, rica de espada,
¿Sabeis ahora lo que resta?... ¡Nada!

Parece que su frente hubiera sido
Por la vara de un mágico tocada,
O la trompeta de Josué sentido,
Al mirarla tan rápido postrada.
Parece que algun soplo desprendido
De las egipcias playas, abrasada
Su admósfera dejase, y de repente
Postrado hubiera la marchita frente.

Todo, todo pasó: gloria, opulencia,
La virtud misma del hogar no existe,
Y las horas las cuenta la existencia
Por los golpes del fierro que resiste;
La propia flor de la beldad su esencia
Ha perdido y su brillo, mustia y triste,
Encerrada con hálitos impuros
De la barbarie entre los altos muros.

Apenas esa patria que derrumba
Más y más cada día el despotismo
Y besa más la mano que la tumba
Cuanto más la despeña en el abismo,
Apenas, como el polvo de una tumba,
Tiene flores que brota de si mismo:
Tiene ella por el mundo algunos hombres
Celosos de sus glorias y sus nombres

Que han bebido la hez de la amargura
Bajo el pálido sol del extranjero,
Y consuelan su misma desventura
Con hablar á su patria dulce agüero:

Que bajo suelo extraño sepultura
Dan á sus viejos padres y al guerrero,
Y les dicen: «Quedad, hasta que un día
Lloremos ¡ay! vuestra ceniza fría»;

Que ven nacer sus inocentes hijos
Sin nacer en la patria de su padre;
Y en vez de maldecir, hacen prolijos
Que al empezar á hablar la llamen MADRE:
Y siempre en Dios y en la esperanza fijos,
Cuando á su patria la bonanza cuadre,
Ven que el dolor y la vejez los labra,
Sin decir de Escipión la cruel palabra. (1)

Aquesto y nada más, patria argentina,
Queda de tu pasado y tu grandeza;
Es el último rayo que ilumina
Del sol que abrillantaba tu cabeza.
Pero lejos de tí su luz camina
Sin animar tu lívida belleza:
Esa que abrigas torpe muchedumbre
Nada conserva de tu antigua lumbre.

¿Nada?... ¡Oh, es mucho *nada!* Tiene menos
Esa gente en el vicio embrutecida:
Tiene acreedores de piedad agenos,
Tiene la humanidad, que sorprendida,
Y los cielos también de pasmo llenos,
La piden cuenta, y en rigor debida,

(1) «Ingrata Patria, no tendrás tú ni mis cenizas», (inscripción hallada sobre la tumba de Escipión el Africano).

De esos largos escándalos salvajes,
Con que al mundo y á Dios comete ultrajes.

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
Pueblo sumido en lodazal del crimen,
Espúrea raza de los hombres bravos
Que hoy en la tumba de vergüenza gimen.
¡Ah, bien las pagas ya!... Sientes los clavos
Y el son de las cadenas que te oprimen;
Dentro del corazón la verdad sientes,
Y nuevo Galileo, crées y mientes.

Diputados, ministros, generales,
¿Que haceis? corred: el bruto tiene fiebre.
Arrastrad vuestros hijos virginales
Como manjar nitroso á su pesebre.
Corred hasta las santas catedrales,
A vuestros pies la lápida se quiebre,
Y llevad en el cráneo de Belgrano
Sangre de vuestros hijos al tirano.

Que su carro triunfal vuestras esposas
Arrastren otra vez: dadlas al bruto
Para que os honre, si las halla hermosas,
Con daros de su raza un noble fruto.
¿De qué no es amo y digno vuestro Rosas
Si le disteis la patria por tributo?
Gracias, señores, gracias por la gloria
Que dejais de nuestra época en la historia (1).

(1) En 1839, un carro triunfal donde iba colocado un retrato de D. Juan

Envidiasteis tal vez á los campeones
Que llamáronse *célebres* un día,
Y al nivel de esos ínclitos varones
Os quiso levantar vuestra osadía.
Y en efecto, tan altas ambiciones
Se os han llenado ya, y en demasía;
Pues la fama, con nombres y apellidos,
Os llama los más *célebres bandidos.*

Generales, ministros, diputados,
Grande es vuestra misión en vuestra era;
Y si por buena ley moris ahorcados,
Ni admirable tal vez ni extraño fuera
Que allí vuestros cadáveres colgados
Quedasen, como ejemplo al que los viera,

Manuel Rosas, ha paseado las calles de Buenos Aires.

Las guarniciones de ese carro eran unas cintas blancas y punzóes, y cuatro señoras que se mudaban de cuadra en cuadra, tiraban de ellas. Estas señoras eran las esposas de los generales, de los ministros, de todos los principales magnates del general Rosas.

Dos hileras de hombres cerraban los flancos de la comitiva de damas; los unos con su espada de soldado á su cintura; los otros con su bastón de magistrado en la mano. Estos hombres eran los maridos de esas damas.

A estos hombres nos hemos dirigido:

¿Son demasiado acres nuestras palabras?

Empezaron por envilecer la patria, después se envilecieron y prostituyeron ellos, esto era lógico. Envilecidos, esclavos llenos de zozobras y de miedo, para mejor adular á su señor, envilecieron á sus esposas, esto era lógico. ¿Será mucho que por miedo también las convirtieran en Mesalinas, quienes las convirtieron en mulas? No, no habría de qué sorprenderse.

Por otra parte, si nuestras palabras son agrias, téngase presente que los hombres que de conciencia, por convicciones, hacemos la guerra á Rosas y á sus amigos, se la hacemos de frente, de muerte, como nos la hacen á nosotros, mientras seamos enemigos, y así es como se sostiene, á lo menos, como se ha debido sostener, nuestra guerra. Cuando algunos de esos hombres ha vuelto en sí, y se ha alistado en nuestras banderas para trabajar por la libertad de la patria de todos, ninguno de los enemigos del tirano le hemos cerrado nuestros brazos. Cuando los que le quedan le abandonen, olvidaremos todo, porque ninguno entonces tendrá el derecho de fiscalizar su pasado, si trabajan por el porvenir. No es, pues, el rencor, sino el espíritu de la guerra actual el que dirige las palabras y las acciones de los enemigos de Rosas. Espíritu que han marcado primero Rosas y sus amigos.

Del modo como se hacen inmortales
Los célebres, los altos criminales.

¡Oh Rosas! No la prensa y la tribuna
Del Brasilero, GRANDE, solamente
Te llamará, eso no. También hay una
Joven y noble y argentina frente
Que hoy se levanta, y sin temor ninguno
Te llama grande, FUERTE, OMNIPOTENTE,
Y asi te llama ante la luz del día,
Que es frente sin doblez, porque es la mía.

Y asi te llamo, para orlar de gloria
Esa patria infeliz á quien adoro;
Que destinada en su naciente historia
A escribir con valor páginas de oro,
Primero bien la grandeza en la victoria,
Después de inteligencia un gran tesoro,
Y á tí después te levantó en sus manos,
El mas grande de todos los tiranos.

¿Quien más que tú fué grande en osadía?
Escupes en la frente de la Europa,
Y ese mundo de regia gerarquía
Te brinda luego de amistad la copa.
Y pisas del bajel en que la envía
El pabellón de la soberbia popa:
Gracias, Rosas; mi nombre de argentino,
Que el de enemigo tuyo antes me vino.

Ese nieto imperial de veinte abuelos,
Hijo pigmeo de gigante padre,

Manda tender del águila los vuelos
Luego que al potro de la pampa cuadre,
Y tú, rama del pasto de los suelos,
Gaucho sin Dios ni ley, de oscura madre,
Haces que lleve un puntapié consigo,
Y te llame el monarca: GRANDE AMIGO. (1)

Uno que es más que tú, transformó un día
En estatua de sal una belleza;
Y tú, mayor que él en fantasía,
Has tenido el capricho en tu cabeza
De hacer de una nación de nombradía
Un pantano cubierto de maleza,
Y de un millón de seres racionales
Número igual de estátuas animales.

Estátuas con resortes; tú las tocas
Y ellas corren, se paran, lloran, cantan,
Les das de latigazos, y más locas
Saltan, gritan, te aplauden y se encantan;
Y al ruido el infierno abre sus bocas

---

(1) «S. M. el Emperador del Brasil y el gobierno encargado de las R. E. de la Confederación argentina se unen en alianza ofensiva y defensiva contra el poder y autoridad que ejerce Fructuoso Rivera en la república del Uruguay y contra los rebeldes de la provincia del Río Grande del Sud y contra los partidarios del dicho caudillo y de los mencionados rebeldes».

(Art. 1º del tratado de 24 de Marzo de 1843), «... las tropas imperiales que entrasen al territorio de la República Oriental del Uruguay se pondrán á las órdenes del general de las Fuerzas Confederadas». (Período del art. 6).

Este tratado, presentado en proyecto por el Plenipotenciario Argentino en la Corte del Brasil, el 5 de Febrero, y celebrado el 24 de Marzo, se envió á Buenos Aires, ratificado por S. M. á recibir la competente ratificación del Gobierno Argentino, como se previene en el art. 13 del tratado. Rosas *no quiso* ratificarlo.

Este notable asunto, que es ya propiedad del público, no lo queremos comentar, tanto porque nos llevaría á consideraciones bien detenidas, como él lo merece, cuanto porque muy poco podríamos decir despnés de los ilustrados artículos del *Comercio del Plata* en los números 6, 8, 11 y 14 de Noviembre de 1845 á que nos referimos.

Y hasta Satán y el Tártaro se espantan,
Que á tantos á la vez ni Satán mismo
Enloqueció jamás en el abismo.

Gracias, Rosas: mi mente de poeta
Busca la novedad, y cada fibra
Siento del corazón latir inquieta
Por toda voz que de ignorancia libra;
Y tú eres á mi oído una trompeta,
Que en ecos claros me repite y vibra:
Que si tú no eres *grande,* pocos reyes
Y pocos hombres hay que no son bueyes.

Ah, Rosas, si mi joven PEREGRINO,
A quien haces viajar pobre y errante,
Te encuentra alguna vez en su camino,
Habeis de ser amigos al instante.
Puede ser que se canse el argentino
—Tú apuestas á que no—y ¡ay! su gigante,
Viaje por el Brasil ó por la Europa...
Si te halla Carlos chocareis la copa.

Y gran cosa por Dios mirar sería
Conversando el demonio y un poeta
En una noche de tormenta, umbría,
Con voz pausada, con pupila inquieta,
A la pálida luz de una bujía,
Entre misterio y soledad secreta,
Acariciando cada cual á solas
El oculto puñal ó las pistolas.

Y descubriendo de tu mundo interno
Esos cóncavos senos del delito
Que abrió en tu corazón el mismo infierno
Para vaciar la rabia del precito,
Y mostrando el *por qué* del odio eterno
Que fulminó tu corazón maldito,
Saber Carlos entonces el enigma
Para cantar su horrible paradigma;

Y al oscilar la luz sobre tu frente,
Las sombras de tus víctimas pasando
Contemplase el poeta, y de repente,
El trueno en los espacios retumbando,
Y de cien rayos á la llama ardiente,
Ver con arpas de fierro negro bando
De bardos de Luzbel, á roncos gritos
Cantar tu maldición y tus delitos;

Todo esto para Carlos bien seria
Espectáculo ameno – escena rara
Del drama de su vida—y bebería
Contigo dos botellas, cara á cara,
Sin miedo y con placer. ¡Cuanto sabría!
¡Tú que enseñas tan bien, con voz tan clara!
Mas ¡ay! no te he de hallar; y grande y fuerte,
Seguirás en tu cátedra de muerte.

¡Cuanto no has enseñado y puesto en duda!
¡Cuanta filosofía no has dictado
De ficción y oropel siempre desnuda!
Las cosas como son has enseñado;

La ley de Dios para la tierra, muda;
Bajo el látigo el hombre arrodillado;
Y que todo es ficción cuanto decimos
Del palabrero siglo en que vivimos.

Una cosa más práctica la mente
Te debe todavía, y es el modo
De comprender de América el presente
Y su modo de ser y sufrir todo;
Pues, libre un poco más, toda su gente
Cual la que mandas tú, duerme en el lodo;
Erial de los alcaldes y virreyes
Do plantaron el bosque de sus leyes.

Hay coincidencias raras en la vida
De los célebres pueblos. Cuantos males
Ha sufrido la España en su caída
Los debe á esos magníficos caudales
Que le enviaba la América oprimida;
Y ésta debe de llantos sus raudales
A las manos que España le mandaba
Para coger el oro que encerraba.

Yo miro levantarse soberana
De Wáshington la patria, como el astro
Que del pálido oriente en la mañana
Se alza dejando iluminado rastro:
Miro su libertad virgen y ufana
Despeñarse en su carro de alabastro,
Atravesar los piélagos profundos,
Y en sus hombros después volver con mundos.

Yo miro del Brasil brotando lumbre
La razón y la industria palpitantes,
Como brotan en rica muchedumbre
Sus arenas el oro y los diamantes:
Y allí su libertad en regia cumbre
Fascinar con sus ojos rutilantes,
Cual fascina su monte y su pradera
Con su eterna y lujosa primavera.

Y yo miro tambien que donde el carro
De la España rodó sobre la tierra
Inmensa de Cortés y de Pizarro
Hay solamente esclavitud y guerra,
Pueblos sumidos en inmundo barro
Que estremecen los llanos y la tierra,
Recibiendo en la punta de las lanzas
De la alma libertad las esperanzas.

Salud, Duque de Rivas. Eres hombre
Que dijiste verdad en ecos llanos,
Cuando dijiste, por negarnos nombre:
Españoles sereis, no americanos...
He aqui la verdad por más que asombre,
La verdad que descubre cien arcanos,
El prolijo compendio de una historia
Que ya cuenta más lágrimas que gloria.

Aquí hay España, si; pero no aquella
España de los ínclitos varones
Que por su Dios y por su patria bella,

De Cristo y de Castilla los pendones
Al rayo divinal de clara estrella
Y al soplo de sus nobles ambiciones
Desplegaban doquier, y el mundo todo
Seguía el carro del triunfante godo;

Mas no la España que de su alta frente
El dulce rayo del saber fecundo,
Llena de Majestad su luz fulgente,
Brillaba por el ámbito del mundo;
Y cual fuera en las lides imponente
De sus armas al golpe furibundo,
Fuera después, al golpe de su acento,
Bizarro paladín del pensamiento.

Esa España su gloria nos daría;
Y el alma de Colón al vernos grandes,
Nuestra madre inmortal bendeciría
Desde la sien de los soberbios Andes,
Y á su virgen espléndida diría:
«Para que al mundo en lo futuro mandes,
Cuando te hallé desnuda entre las olas,
Te cubrí con banderas españolas».

Mas era su poder, poder del suelo;
Humana creación que al fin perece,
Y debía brillar como en el cielo
Exalación que brilla y desparece;
Y cuando tras del mar alzóse el velo
Y á sus ojos la América se ofrece,

Sobre los campos de Rocroy caía (1)
La última luz de su rosado día;

Y sumergióse luego en el torrente
De las edades, y dejó en la historia
Las huellas de sus pasos solamente,
Que también pasarán con su memoria;
Hasta que al fin la venidera gente
Pierda hasta el nombre de su antigua gloria,
Yerta en el panteón de las edades
Con sus hombres, sus siglos, sus ciudades.

Y en el Tajo, el Sena, el Rhin, en cuyas olas
Al son guerrero de su trompa un día,
O al eco de las liras españolas,
El nombre de la España se aplaudía,
Perdidas de su sien las aureolas,
Y las lluvias de luz y de armonía,
No sabrán de sus liras ni su trompa,
Ni que hubo España de envidiable pompa.

De su caos los siglos se desprenden,
Llegan, ruedan, levantan en sus manos
Generaciones, mundos, y descienden
De la honda eternidad á los arcanos,
Asi del hombre las pasiones hienden
Por esos del placer goces mundanos,

(1) Ou sont les vieilles bandes espagnoles qui avaient mis la main dans tous les grands événements des siècles précédents, qui avaient fait les destinées de l'Europe? elles son mortes á Rocroy. (Coussin, Histoire de la Philosophie).

Roban la aroma de la flor, y luego
Vuelven al corazón marchito el fuego.

Tienen y nada más sobre este mundo
Una nación, un siglo, un hombre, un día;
Y el antes y el después es infecundo
Tiempo que habita entre la nada umbría.
Ya es la memoria en su caos profundo
Al Partenón y al Capitolio fría;
Y de Venecia apenas los canales
Hablan de Bucentauro y Carnavales.

Y la grande misión, el siglo bello
Terminaban de España: á su cabeza
Había orlado ya con todo aquello
Que puede dar de grande la grandeza;
Y sobre el viejo mundo puesto el sello
De su genio, su lanza y su nobleza,
Cuando un hombre, en los siglos sin segundo,
Pidióla un barco para darla un mundo.

Suele haber en la suerte un mal sentido
Que no sabe dar precio á los momentos.
Antes, un siglo, el genovés nacido,
La España hubiera puesto los cimientos
A un nuevo porvenir; habría sido
El orbe avasallado á sus acentos,
Y el cataclismo que tumbó su frente
Deshecho por su mano omnipotente.

Y si un siglo después nace y le muestra
Este mundo Colón, ya no lo toca:

El galo y el bretón ponen la diestra
Y sus muros de bronce en nuestra roca...
¡Ay! la fortuna de hoy menos siniestra
Fuera para nosotros, y más poca
Servidumbre á la España costaría
Este mundo encontrado en fatal día.

No habrían derramado al suelo hispano
Esas brillantes lluvias de tesoros
Las nubes del cernit americano
Para agostar la flor de sus decoros,
Para embriagarlo y enervar su mano,
Para hacer que brotara de sus poros,
Desde Felipe hasta Fernando, males,
En tres siglos á España tan mortales.

Eso es lo que hay aquí. La España muda,
La que tres siglos de fatal memoria
Bajo el peso gimió de ambición ruda,
Llorando apenas su perdida gloria
Alguna lira de temor desnuda,
—Lágrima santa que guardó la historia—
O la voz de alguna alma sin mancilla,
Junto al fuego ó al pié de la cuchilla.

La España con que luchan todavía
De sus hijos de ahora el genio y brazos,
Sin poderla vencer en su porfía,
Ni con rayos del genio ni á balazos:
En la que el fraile pertinaz porfía;
La que ese Rey con cetro hecho pedazos

En tenaz ambición mueve y ensaña,
Contra la nueva floreciente España.

Eso tiene este mundo americano
Como fibras de vida dentro el pecho,
Desde el florido suelo mexicano
Hasta la estéril roca del estrecho:
Absolutismo, siervos y tiranos;
Farsas de libertad y de derecho;
Pueblo ignorante, envanecido y mudo;
Superstición y fanatismo rudo.

Eso tienes, América. Responde,
¿Cuál es tu porvenir? quita un instante
Tus ojos de la urna en que se esconde
De tus glorias el tiempo de diamante;
Deja tu noble vanidad, y ¿dónde,
Dime, se aclara el *más allá,* que errante
Busca inquieta y tenaz la mente mia
Entre las nubes de tu noche umbria?

Deja tu gloria en la nevada cumbre
De los altivos Andes, frente á frente
Con la posteridad brotando lumbre,
De mar á mar, en fúlgido torrente;
Deja también la rica muchedumbre
De las verdes promesas de tu mente,
Y mirando tus *hombres,* lo que ignoro
Revélame, por Dios, que yo te adoro.

¿Cuál es tu porvenir? ¿Por qué camino
Despeñada mi mente en lo futuro

Encontrará de América el destino,
Atravesando siglos, como el puro
Rayo del sol nadando brillantino
De nube en nube en el cenit oscuro?
Habla: los Andes, y la mar, y el viento—
No ves?—se postran á esperar tu acento.

Yo sé que serás tú la flor mas blanca
En el jardin del porvenir humano;
Y que en tu cielo el Hacedor estanca
Las lluvias que abrirán puro y lozano
Tu cáliz virginal; y al orbe, franca,
Olas darás de tu ambar soberano;
Yo sé que tus destinos son estrellas,
¿Más cómo, madre, dí, rodarán ellas?

¿Habrá sobre tus hombros, algún día,
El manto azul de Césares, acaso,
Y espléndido y brillante, madre mía,
En tapiz regio marcarás el paso;
Y tu primera estrella mustia y fría,
Llevada por el tiempo hasta el ocaso,
Habrá dejado apenas por memoria
El nombre de la *República* en la historia?

Pero, silencio....la tormenta ruje,
Y á los golpes del rayo de repente
En su cimiento de oro el Andes cruje...
Tu sabrás qué poner sobre tu frente
Cuando en el cielo el iris se dibuje...
Entre tanto, esta chispa que mi mente

Acaba de arrojar, hoy no se mire:
Que en la posteridad luzca ó espire.

Entre tanto, también con tus cadenas
Queda ¡Oh Plata! y tus crímenes prolijos,
Como Saturno, de tus propias venas
Tragándote voraz los tiernos hijos:
Tendido en tus bellísimas arenas
Queda en sangre no más tus ojos fijos;
Como el boa del indo harto de entrañas
Postrado queda entre aromadas cañas.

Queda por medio siglo todavía,
Pobre patria argentina, sin guirnalda,
Sin luz, sin genio, aletargada y fría,
Brotando las heridas de tu espalda
La sangre que nutrió tu tiranía;
Y cuyo rostro el monte hasta la falda,
Las piedras, los desiertos, cuanto existe,
Conservarán enrojecido y triste.

Queda hasta el más allá, donde el destino
De América revele los arcanos,
Y con ellos también, suelo argentino,
Los tuyos que el futuro entre tus manos
Conserva todavía; y el camino
Por que transitas hoy y esos tiranos,
Sean en colosales dimensiones
Cuadro de novedad é inspiraciones.

—

Suspira El Peregrino, y de la nave
Vuelve del sur la vista conmovida,
¿Cómo no suspirar, cuando no cabe
Dentro del pecho tan ingrata vida;
Cuando pasan los años y no sabe
Sino que pasan sin curar la herida;
Cuando en su mente ¡ay! todo concentra,
Y á nada y nadie su memoria encuentra?

Cuando á los hijos del honor divisa
Condenados de Tántalo al suplicio;
Y mira en el tirano la sonrisa,
Y á ellos ahondar su propio precipicio;
Trabajar con valor, y más á prisa
Que el ariete se alzó, ser el desquicio;
¡Cuando vé por doquier tiendas y lanzas,
Y por doquier perdidas esperanzas!

¡Y siempre bajo el sol del extranjero,
Y siempre el pan de la miseria amargo!
Carlos ¡ay! tiene el corazón de acero
Para llorar por él; pero, ¡es tan largo
El tiempo que ha corrido lastimero
Sobre tanto infeliz; y el triste cargo
De llorar su dolor es tan sagrada,
Tan hermosa misión de alma inspirada!

Allí están unas rocas—¡Sufre tanto
Al volver á mirarlas de este río
Regadas por la sangre y por el llanto,
Bajo un cielo tan lúgubre y tan frío....!

Allí donde otra vez su primer canto
Como al alba del ave el primer trío
Saludó el porvenir, fija su frente
En las rosadas nubes del oriente...!

Allí donde en el alba de su vida
Se abrió la flor de sus afectos pura,
Y vió la primer hoja desprendida
Al primer temporal de desventura....
Allí conoció su alma sorprendida
Su luz vital y su misión futura....
Allí vió descubierto su camino,
Allí dió el primer paso El Peregrino.

¡Allí están esas rocas orientales
Do le arrojaran de su patria bella
Esos raudos furiosos temporales
Que deshojaran la guirnalda en ella!
¿Y cuándo? Cuando apenas virginales
Veía Carlos los rayos de su estrella;
¡Cuando daban apenas entre amores
Sus diez y ocho años las primeras flores!

Y ya cárcel, cadenas y destierro....
Amor, placeres, juventud perdida;
Y ya la sin piedad mano de hierro
Del infortunio taladrar la vida;
Y ya el primer dolor, el primer yerro,
La primer falta, la primer caída;
¡Y ya, en cuerpo infantil, alma enlutada,
De pasión en pasión ir despeñada...!

¡Y ya saber odiar...y entre despojos
Dejar la patria por la vez primera
Sin brotar una lágrima sus ojos!....
¡Y ya con alma noble y altanera
Soportar desengaños y sonrojos,
Pisando sin hogar patria extranjera!....
Pasad tristes recuerdos de la mente
Allí están esas costas del oriente

Bellas como su nombre; allí su falda
Besan del río y de la mar las olas,
Y las cumbres bordadas de esmeralda
El ambar de la flor esparcen solas,
Cual si el aura que agita su guirnalda
Impregnada de esencia de amapolas
Adormeciera desmayado al hombre
Dentro de ese jardín bello hasta en nombre

En esos campos el corcel de Carlos
Cien veces estampó sus herraduras
Cuando quizo el poeta contemplarlos,
Lleno, por tradición, de su hermosura,
Y pudo en sus bellezas admirarlos
Y más que en su belleza en su ventura,
Que eran felices ¡ay! pues más que flores
Brotaban libertad y paz y amores.

¡Oh! esos campos son fértiles y bellos
Cual corazón de quince primaveras!
De la alta bendición vense los sellos
En la vegetación de sus praderas;

En el millar de arroyos que por ellos
Serpean entre blancas primaveras,
Como arterias de un cuerpo derramando
Vital licor en movimiento blando.

Y en esas mil espléndidas cuchillas
Risas de gracia y aromadas flores,
Que en medio de la mies son amarillas
Nubes que flotan ricas de colores;
Y cuando hiela Julio sus orillas
Y el pampero desata sus rigores,
Son las oscuras y robustas ondas
Que en el centro del mar se alzan redondas.

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,
Tan grata para el alma del proscrito,
Que al ver su patria bajo nube oscura,
Atmósfera de sangre y de delito,
Ciudadano del mundo, á la ventura,
Salió á buscar el hálito bendito,
Soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,
De la suprema libertad del hombre.

¡Ay! entonces ese hálito de vida
Refrescaba la sien del uruguayo,
Y esa patria—esa rosa desprendida
De la corona virginal de Mayo—
Desplegaba sus hojas engreída
Del alma libertad al dulce rayo;
Y en la más joven de sus tiernas hijas
Tenía Mayo sus miradas fijas.

Llena de fuerza y de temor desnuda,
Arrebatar al Plata parecía
Todo su porvenir en solo un dia.

La industria de la Europa en raudas alas
Miraba la infeliz Montevideo
Llegar para cubrirla con sus galas.
Era el bello festín de su himeneo
Con el progreso, en las brillantes salas
Del arte, de la ciencia y del deseo:
Pues cuanto pudo ambicionar su mente
Allí tenía para orlar su frente.

Atropellando las soberbias olas
Del Plata, dilataba sus cimientos;
Y en las rocas estériles y solas
Improvisaba ricos monumentos;
Y en ellos y doquier, las aureolas
De las artes burlaban los momentos;
Y eran, al contemplarla, recordadas
Las fabulosas grutas encantadas.

La libertad cubría su cabeza
Con su manto de luces, y atraídos
Por el tocante imán de su belleza
Los hijos del honor—los escogidos
Paladines de la última nobleza
De la argentina patria—conmovidos,
Llegaban á guardar bajo ese manto
Sus bellas esperanzas y su llanto.

Un coro de poetas esparcía
Su música inefable para el alma,
Regalando en su dulce melodía
Para el inquieto corazón la calma;
Porque es lluvia de Dios la poesía
Que al pecho del mortal la fiebre calma;
Irresistible y santa cual la pura
Lágrima virginal de la hermosura.

Ellos, con arpas de marfil, el lloro
Del proscrito calmaban y sus penas:
Ellos la libertad con trompa de oro
Anunciaban al pueblo entre cadenas;
Y sus almas de fúlgido tesoro
De inspiración y de armonía llenas,
Saludaban también el primer rayo
Que anunciaba en oriente al sol de Mayo.

Y la felicidad lluvia de flores
Derramaba también sobre la frente
De esa ciudad, que, rebosando amores,
Era en verdad, belleza del Oriente.
Un tulipán de espléndidos colores,
Que á la orilla del Plata de repente
Se levantaba á seducir los ojos,
Y á dar al corazón goces y enojos.

Pues era un carnaval de mil placeres,
Que por primer imán de todos ellos,
Tenía sus bellísimas mujeres
Con seno de jazmín, negros cabellos

Y ojos que procuraban por quehaceres
Quemar al corazón con sus destellos.
¡Clima frío, salud; salud, hermosas!
Sois lo que hay de ese tiempo y esas cosas.

La sangre ha enrojecido las campañas
De esa patria que fióse en la fortuna:
Los hijos han rasgado las entrañas
De la madre infeliz, y en cada una
Levantan el laurel de sus hazañas.
Pueblo del Plata, al fin; fuerte en la cuna
Y apenas joven, en vejez de males,
No deja de su fuerza ni señales.

Esa patria tan bella en su regazo
Ahogó su tierna libertad querida;
Como madre inexperta, que en su brazo
Su primer hijo sofocó dormida.
En un solo momento ha roto el lazo
Con su prosperidad, y en larga vida
El yermado jardín no tendrá flores,
Ni el tulipán espléndidos colores.

Una lluvia de lágrimas la tierra
Ha bebido mezclada con torrentes
De la sangre vertida en torpe guerra;
Y rotas del dolor todas las fuentes,
Esa patria oriental ora no encierra
Sino del mal los fúnebres cimientos,
Que esa lluvia de llanto es esperanza
De una flor que se llama la venganza.

Ah! cuando á ese miserable plugo,
(Moderno don Julián, con rabia extrema) (1)
Vender la patria al extranjero yugo,
No adivinó que él mismo su anatema,
Su nombre de traidor y de verdugo,
Entregaba también como el emblema
Con que habrá de indicarlo á la memoria
De la futura gente nuestra historia.

Y que una maldición sobre su nombre
En la posteridad se grabaría,
Y que al pasar junto á su tumba el hombre
Sus ojos con horror apartaría.
No habrá, no, quien mirándola se asombre
De hallar en derredor flores un día,
Que el alma tigre de Nerón le cupo,
Mas sus caprichos de virtud no supo. (2)

Pero esa patria en su dolor aun halla
Almas de libertad y valor llenas,
Como en sangriento campo de batalla

---

(1) Respetamos la historia española; creemos creer con ella que el conde D. Julián entregó su patria á los moros. Pero, ¿quién sabe si este desgraciado cuya traición fué revelada primeramente por los historiadores moriscos que han podido escribir bajo inspiraciones de su odio á la España, fué arrastrado á ese crímen por el despecho de una ofensa, la más acre al corazón de un hombre, como lo cuentan las crónicas españolas; y como tan noblemente, tan lleno de generosidad, el Sr. D. Miguel Agustín, Príncipe 1º ha proclamado á la faz de la historia y de la tradición española; y entonces hacemos nosotros una ofensa al soldado español escribiendo al lado de su nombre el nombre de Oribe, que para entregar su patria á Rosas, no ha tenido otra causa que una miserable ambición de caudillo y una sed implacable de sangre.

(2) Al siguiente día de la muerte de Nerón se hallaron algunas flores esparcidas sobre su tumba; y los comentadores de este fenómeno lo han explicado por algunos rasgos del carácter individual del tirano, que lo hacía algunas veces prodigar oro y beneficios sobre aquellos de sus esclavos que menos podían esperar su recuerdo, por su nulidad ó por su clase, eran puramente *caprichos* del tirano. Algunos de esos beneficiados derramó esas flores. ¿Quién derramará flores sobre la tumba de Oribe?

Suelen verse silvestres azucenas,
Que no ofendió el rigor de la metralla
Ni salpicó el torrente de las venas...
Y el heroísmo de D'Assas tuvieron (1)
Y á su alma los pueblos respondieron.

Mas ¡ah! la herida es honda: muchas veces
Verá el ombú reverdecer sus hojas,
Y las praderas renacer las mieses,
Antes que veas tú las manchas rojas
Desparecer del suelo, antes que ceses
En la recordación de tus congojas;
Antes que bebas del placer la almibar
Sin que tenga una lágrima de acibar.

He aquí el Plata con sus dos riberas;
He aquí alzado el velo del presente,
Y á la vista las horas lastimeras
Que ruedan de sus pueblos en la frente,
Como sombras que pasan agoreras
De un tiempo cada vez más inclemente;
He aquí la verdad, amarga y dura,
Más la verdad, al fin, sagrada y pura.

No hay misterios al ojo del poeta
Dueño del corazón, donde la vida
Guarda de todo la raíz secreta.

---

(1) El coronel D'Assas, en ocasión de hallarse de jefe de avanzadas del ejército Francés, fué en la noche sorprendido solo, al reconocer las centinelas. Algunos enemigos le pusieron las armas al pecho diciéndole que comprase su vida con el silencio: «—A las armas», gritó D'Assas—fué asesinado, pero libró al ejército de la sorpresa. La historia Francesa perpetúa este nombre benemérito.

La dulce rosa que al amor convida
Y la amarga cicuta que la inquieta
Pasión del odio y la venganza anida,
Nacen del corazón: ¡ah! no hay arcanos
A quien lo tiene entre sus propias manos!

El mal está en el hombre, no en las cosas;
Y eso que llaman en el mundo estrellas,
Hado, fortuna, suertes veleidosas,
Son invenciones de la mente bellas
Con que las almas cubren afanosas
Los errores y vicios de sus huellas.
La fortuna es el hombre, y el abismo
De sus males, también, el hombre mismo.

No hay fortuna ni estrella para el Plata;
Son sus hombres, no más, sus propios males;
Está en su alma la llaga que los mata.
Ausentes de sus rayos divinales
De la fe y la virtud, en noche ingrata
Se pierden en las sendas fraternales,
Y todos marchan de distinto modo:
Falta la religión y falta todo.

Cuando el tiempo en su mano poderosa
Haya llevado al fondo de su abismo
Una generación ya cancerosa,
Y que el tiempo á la vez traiga en sí mismo
Otra, que sienta en su alma la preciosa
Y purísima luz del cristianismo,

No habrá un astro de más sobre los cielos,
La paz de Dios habitará estos suelos.

He aquí el Plata; su PASADO hermoso
Es de eterno valor rica simiente:
Su FUTURO es el árbol majestuoso
Que alzará de ella su verdosa frente.
¿No conoceis la tierra que el valioso
Germen de ese árbol guarda? Es el PRESENTE.
Y aunque es verdad que la semilla encierra,
Es nuestro tiempo de hoy tan solo tierra...

No son del corazón ocultas penas
Que vibran en las cuerdas de la lira,
Cuando estas voces de congoja llenas
Bajo del patrio sol triste suspira;
Es que un rumor escucha de cadenas,
Truenos del cañón, gritos de ira,
Cuando al dejar el mar siente las olas
Bramar del Plata en las arenas solas.

Es que hay un no se qué de pesadumbre
En las auras que vagan sobre el Plata;
Un no se qué fatídico en la lumbre
Que en el cenit azul el sol dilata;
Un no se qué de vaga muchedumbre
De ideas, que en el alma la más grata,
La mas bella esperanza desvanecen
Y los dorados sueños oscurecen.

No es el alma, es el tiempo en que vivimos
El que vibra en la lira sus rigores.

¿Si hasta la luz que alumbra maldecimos
Cómo cantar el ámbar de las flores?
Si el mismo porvenir que bendecimos
No nos guarda su luz ni sus amores,
Si hasta la fe en el alma se aniquila,
Y hasta el llanto se agota en su pupila!

Ved á Carlos; el tipo, historia pura
Del alma de mil otros peregrinos,
El no canta su propia desventura,
El cruza de su tiempo los caminos
Y es el ángel que espía la amargura
Los ayes y los sueños cristalinos
De sus hermanos, y en su triste lira
Hace á todos hablar cuando suspira.

Y bien ¿qué tiene aquí? Dejó este río
Huyendo de su atmosfera pesada;
Ha sufrido dos años el hastío
De una existencia lánguida, cansada;
De la orfandad y desamor el frío,
Su alma por las pasiones abrasada;
Y surcado la mar errante y solo
Desde el sol tropical al yerto polo.

Ha sorprendido al mar en su misterio,
La luna, las estrellas, los albores,
La oscuridad entre su mismo imperio,
La tempestad y el rayo en sus rigores.
La luz, la nube en su palacio eterio,
En todos sus secretos y esplendores

Ha visto y ha cantado la grandeza
De una virgen feliz naturaleza.

Ha cantado al arrullo de los mares
A su Dios, á su patria, á su querida,
Nuevo Harold en alma y en pesares, (1)
Ha comprado con fibras de su vida
Una bella corona de azahares.
Y bien, ¿cesó el dolor? Brota la herida
Más y más sangre, y al volver al Plata
El agudo dolor más lo maltrata.

Planta exótica en su época maldita,
Con la posteridad vive su mente;
Y allá en la luz del porvenir bendita
Un rayo busca su abatida frente.
Escuchad ¿no le veis? Su sien marchita
Se anima y se colora de repente:
Sobre las ondas sus miradas gira
Y, volando el bajel, pulsa la lira:

CANTO DEL PEREGRINO

AL PLATA

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante,
Y atropellen tus ondas el pino:
Es un hijo del suelo argentino
El que vuelve tus ondas á ver,

---

(1) *Childe-Harold.* Poema de Byron.

Que el pampero sacuda sus alas,
Que las nubes fulminen el rayo:
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino
A la saña del alma responde,
Si el rigor en el alma se esconde,
No desmienta su brazo el rigor.
Se la imágen del tiempo presente
Y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuan bien lo retrata
Desafiando tus ondas mi voz.

¿No escuchais ese ronco bramido
Que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra,
¿No sentís un torrente bramar?
¿En un mar de pasiones y sangre,
Sin orillas, ni luz, ni horizontes,
Donde absorta la sien de los montes
Mira rayos y pueblos rodar?

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante,
No desmientas tu tiempo inclemente
Y salpiquen tus ondas mi frente
Conmoviendo la nave á mis pies.
Ese mar de pasiones y sangre
Mi barquilla también arrebata;
¿Qué me importan tus ondas ¡oh Plata!
Si aún aquellas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
Bogará por el mar iracundo;
Si me cupo esta suerte en el mundo,
Adelante, surquemos el mar.
Mi alma tiene la fe del poeta,
La esperanza me templa la lira,
Ese mar con su furia me inspira,
Y á su estruendo mi voz se alzará.

De mi frente las nítidas flores
Por los vientos verá desprendidas,
Y hasta el fondo del mar sumergidas,
Sin llorar al decirlas adios.
Tumbarán mi barquilla las olas
Y caerá dentro el mar sin enojos,
Pero sé que al cerrarse mis ojos
Queda abierta en mi nombre otra flor

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
Que fulminen las nubes el rayo;
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.
¿La borrasca me espera en la orilla?
Pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan á mi alma?
Pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
Yo me voy más allá de mis años,
Y entre cielos y mundos extraños

Vivo tiempos que están por venir.
Que haya sangre también en tus olas,
Que salpique su espuma mi frente:
Mira ¡oh Plata! cual vuela mi mente,
Oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

—

El ángel del futuro de hinojos en oriente
Espera el primer rayo del venidero sol
Para decir al hombre del viejo continente:
La aurora se levanta del mundo de Colón

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
Los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
Harán sobre los cielos, magnífico horizonte
Que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
Descenderá del cielo la bendición á tí,
Y entonce el viejo mundo te gritará: Detente
Mis razas arrebatas, mi genio y porvenir.

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
Las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
Y de hombros y de industria y de virtudes llenas
Suplicarás el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
Podrás girar altivos los ojos en redor
Sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
Ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre Argentina frente
Alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
El hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonce
Ofertas y amenazas y naves burlarás,
Y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce
Que osare en las riberas del Plata retumbar

La Libertad hermosa se bañará en tus olas,
El aire de su vida lo aspirará de tí,
Y en tus riberas antes tan áridas y solas
Tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
El labrador sus flores derramará á sus pies;
Y el alto pensamiento mirando su cabeza,
Del genio en la batalla te buscará el laurel.

Y poderoso entonce y entusiasmado y libre,
¿Qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre,
Y cien ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando á tu ¡alerta!, grite la Patagonia ¡alerta!,
¡Alerta! el viejo Chaco, y ¡alerta! el Paraná,
Y la nación levante su frente descubierta
Diciendo con sus bronces al enemigo; ¡Atrás!

—

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo,
El árbol que plantasteis dará fruto,

Cuando asome en oriente el primer rayo
Y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
Los temporales de mi tiempo yerto...
Mi voz, con tus bramidos arrebata..
Adelante, bajel; vamos al puerto.

A DIOS

Señor, no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
La cristalina gota
Del llanto matinal sobre las flores,
El pequeñuelo arbusto
Besando el mar desde la peña rota,
Al expirar el sol los mil colores
Que huyen la noche con su ceño adusto,
De los niños la risa y las congojas,
De las palomas el sentido arrullo,
La música del céfiro en las hojas
Y el cristal de una fuente y su murmullo,
Fueran siempre, Señor, al alma mía
El terso espejo do tu imagen vía,
Do mis ojos, Señor, te contemplaran

En tu esencia de amor y de pureza,
Como el trueno y el sol me revelaran
Tu eminente poder y tu grandeza.

Pero nunca jamás te hallé más bueno,
Ni más sublime en débil criatura,
Que al sentir en mi seno
Este mar de inquietudes y ternura.
Hoy no vivo por mí...vivo en la vida
De una mujer que á revelarme vino
La esencia celestial que hay escondida
En cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano
En otro corazón sentir sus penas,
Y en la leve presión que hace una mano
Trasmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
Ceder el agua en medio del desierto;
Por evitar un ¡ay! darse una vida;
Y adorar cuanto mira y cuanto toca
Bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,
Cuando ese imán pusiste dentro el seno
Que arrastra misterioso
Un ser hacia otro ser, de encantos lleno.
Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento
El calor mismo de tu mismo aliento;
Y no á tu grave magestad profana
Al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,
Si tú me has dado la mujer que adoro,
Haz que yo goce en calma
Su dulce amor, mi celestial tesoro.
En plácido sosiego
Hazla mía no más. . .solo con ella,
Más te veré, señor, cuanto más bella
La halle á la luz de mi amoroso fuego.

Una cabaña en las desiertas islas
Del alto Paraná, seráme un Eden,
Si allí en mi seno su cabeza hermosa
Tiernos mis ojos contemplarla pueden.

Sentada en mis rodillas,
Coronada de flores,
En la tarde tranquila y silenciosa,
Del río en las orillas
Tú escucharás, Señor, nuestros amores
En las voces sentidas
De dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,
Porque tanto de cielo representa
Que á veces creo que remonta el vuelo
Y en ángel ó en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía;
Ella hiere, Señor, con magio encanto
La sensibilidad del alma mía,
Como la luna sobre el mar las olas,

Como en el templo el religioso canto,
Como en lo espeso de las selvas solas
La música del viento
El quejido de amor de las palomas,
Y el penetrante aliento
De las auras besando los aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente
Allá en mis creaciones de poeta,
Cuando de mi alma ardiente
La inspiración secreta
Me hiciera imaginar lo que no vía
En mi ambición de amor y poesía.
Ella no siente sino amor del alma,
Y pudorosa y tímida y amante,
A mi sensible voz pierde su calma,
Pero en su virgen seno,
De sueños de ángel y suspiros lleno,
La flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece;
Y en su mismo sufrir su amor se excita,
Como abre y enrojece
La rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza,
Y ángel en su bondad y en su pureza,
Aun no comprendo si en mi amor profundo;
Me vence el cielo, ó si me vence el mundo;
Solo sé que contento,
Cuando á su lado estoy, más pienso en ella

Que en los ardores que en mi pecho siento,
Aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores;
Dame paz y sociego;
Que á tanto amor son tantos los rigores,
Que á tí levanto mi sentido ruego.
A tí, á quien no profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.

EL CANTO DE LA PATRIA

EL POETA MÁRMOL AL POETA MITRE

Ya las nubes del Plata al fin se doran
Tras larga noche de tiniebla umbría,
Y á la luz del suspirado día
Los pueblos cantan, los tiranos lloran.

Ya la patria del genio y las victorias
A su trono inmortal radiante sube,
Envuelta, como en blanca y azul nube,
En la bandera de sus viejas glorias.

Madre ardiente de amor, yerta al encono,
Del Plata al Andes sus miradas gira,
Y á un solo pueblo envanecida mira,
Que en su hombro de titán sostiene el trono.

El destino solícito levanta
A sus ojos el velo del futuro,
Y ella, al través del horizonte oscuro,
Ve el porvenir y su grandeza canta:

Allá está iluminada por el divino rayo
Que brota la mirada dulcísima de Dios
La interminable senda que me enseñara en Mayo
Cuando sonó á mi oído su omnipotente voz.

Allá está atravesando del tiempo las regiones
Surcada de los siglos por el gigante pie,
Cubierta con los restos de cien generaciones
Que vánse trasmitiendo la herencia de mi fe.

Allá está la corona del genio americano,
Y el libro del destino, bajo región de luz:
Regalos á la esposa del porvenir humano,
A la heredera rica del mundo y de la cruz.

El porvenir la espera. Allá está y se levanta
La lumbre que ilumina de América la faz.
Marchemos adelante de su atrevida planta;
Sobre el pasado ingrato, resignación y paz!

Aquí, dentro mis rios que riegan las entrañas
De un mundo y le difunden la vida y robustez,

Sobre mis anchos prados, al pie de mis montañas
Que dora de mis astros la clara brillantez;

Aquí no he respirado, después que sonó ingrata
De la vergüenza mía la bárbara señal:
Las olas no llevaron mi lágrima en el Plata
Ni el viento de la pampa mi queja maternal.

Y errante peregrina, viví con el tesoro
De los recuerdos bellos de mi rosado albor,
Cuando se abrió en la historia la página de oro
Que recibió mi nombre con su inmortal honor.

En lágrimas bañada, y ahogada en mi delirio
Dentro del pecho mío la dolorida voz,
De hinojos he pasado las horas de martirio
Pidiendo por mis hijos la caridad de Dios.

Mi sed amortiguaba en los torrentes fríos
Que de la sien del Andes espléndidos caén;
Y allí los pasos vía de los guerreros míos
Marcando sempiternos la empedernida sien.

Mi lecho eran los campos que hubieron por alfombras
Las rotas armaduras del duelo colosal;
Y allí me rodeaban las impalpables sombras
De los que al caer oyeron mi cántico triunfo.

Por guardarme el sueño entre mortuoria pompa
Velaban silenciosas su inmenso panteón;
Pero soñando oía de la guerrera trompa
Los vibradores ecos, y el trueno del cañón.

La noche fué muy larga, pero sonó la hora
De la justicia eterna y el rayo descendió:
Iluminó la esfera la llama vengadora,
Y la proterva frente del bárbaro rompió.

Abriéronse los muros del templo maldecido;
Los ídolos cayeron de su sangriento altar;
Pero el espeso polvo por vientos sacudido
Encegueció á mis pueblos al procurarme hallar.

Al fin nos encontramos, y cerco diamantino
Me forman con el alma que les tocara yo:
Nos vemos á los rayos del Sol de mi destino;
El polvo de sus ruinas se levantó y cayó.

¡Adios para el pasado! Allá está y se levanta
La lumbre que ilumina de América la faz,
Marchamos adelante de su atrevida planta,
Tras el pasado ingrato, fraternidad y paz!

¡Al porvenir seguidme! la luz lleva en su mano
Mostrando de la senda la hermosa libertad,
Si halláramos de paso que crece algún tirano,
Al águila en el huevo de paso reventad.

Buenos Aires, Octubre 21 de 1860.

EN EL ALBUM DE LA STA. PILAR GUIDO *

EL DIA DE SUS 15 AÑOS

Inocente Pilar, mi tierna amiga,
Sobre tus sienes su invisible mano,
El Padre de los cielos te bendiga
Desde su trono de oro Soberano.

Hoy el Sol de tu vida se levanta;
El alba ya pasó. Brilla en tu oriente
Magnífica su luz, deslumbra, encanta
¿Nunca una nube eclipsará su frente?

¡Ah, quien pudiera detener la noche
Que los años traén, yerta y oscura;
Y bajo eterno sol guardar en broche
La delicada flor de tu hermosura!

Ríe, canta feliz; sean tus horas
Gotas de agua de fuente cristalina;
Y sea de placer si inquieta lloras,
Tórtola de las selvas argentinas.

Guarda en tu corazón, tan inocente,
Por largo tiempo la infantil sonrisa;
Y al adormirse tu virgínea frente
Sueña por tu jardin lirios y brisas.

* Cop. de la colección de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

De hora en hora, tan libre como hermosa,
Juega con tus canciones y tus galas,
Como juega la blanca mariposa
De flor en flor sin espinar sus alas.

Y como ella se escapa de los suelos
Embriagada del ambar de las flores,
Tu alma de serafín alce sus vuelos
Para beber de Dios luces y amores.

CRISTOBAL COLÓN

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino:
El labio de Jesús le dió otra esencia,
Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo:
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Ángel, genio mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria,
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento á tu memoria;

¡Ah, bendita la pila do tu frente
Se mojara en el agua del bautismo,

Y el ala de tu genio amaneciente
Se tocara en la unción del cristianismo!

Angel, genio mortal, yo te saludo
Desde el seno de América, mi madre;
De esta tierna beldad que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante con sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del oceano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Despues de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A su grandeza un siglo era pequeño;
Y en los futuros siglos difundida
Es el eterno tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú como Dios, al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
Al *más allá* de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia y paso á paso,
Su destino la América trastorna,
Y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón: la hermosa perla,
Que sacaste del fondo de un oceano,
Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila,
Pero ¡ay!, el tiempo en su veloz corriente
Mina el cimiento donde ya vacila.

El destino del mundo está dormido
Al pie del Andes, sin soñar su suerte;
¡Falta una voz bendita que á su oído
Hable mágico acento y le despierte!

¡Un hombre que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos,
Y ponga una diadema en su cabeza,
Y el manto azul sobre sus hombros bellos!

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay COLOMBIA en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el oceano,
Y el Andes, la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,

Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos, y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso
El imantado acero se desvía,
Y un rayo de tu genio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria
No verá en sus montañas colosales,
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?

¡Salve, genio feliz! mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía
Plegadas tén en los etéreos velos
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa;
Y, como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria
A respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

Montevideo, Octubre 12 de 1849.

ADIOS A MONTEVIDEO

Adios voluptuosa coqueta del Plata
Que lloras y cantas á orillas del mar;
Y el mar en sus brazos te besa y retrata
Sobre olas azules tu nítida faz.

No en vano quisieron señores de antaño,
Robarte de niña y esclava te hacer,
¡Mas ¡ay! que llegaron al Plata en su daño
Los regios piratas que huyeron después!

Yo sé que no es mucho tu amor á los míos,
¡Vejeces de Artigas, caprichos no más!
Vendrán otros tiempos de menos desvíos
Y mas reflexiva tu amor nos darás.

Un vértigo agita tu joven cabeza,
Y hoy vives con risas y llanto á la vez;
Beldad que en el mundo sus horas empieza,
Ingrata por gusto de verse querer.

Dejemos al tiempo... por mí, yo te quiero,
Y el alma me duele diciéndote ¡adios!

De amor y placeres copioso venero,
¿Por qué no te llaman: *Oriente de amor?*

Si valen tus hombres, ni sé, ni me inquieta.
Mas ¡ay! lo que valen tus hijas, lo sé.
Sus ojos hirieron mi ser de poeta,
Jugando con mi alma su fe de mujer.

Mis bellos veinte años su jardín abrieron
En medio á tus hijas de talle gentil,
¡Nací tan sencible! ¡tan lindas nacieron!
¡Qué hacer! dí las flores de todo el jardín.

Las ví tan hermosas que, la culpa es de ellas
Si á todas no he dado recuerdos de amor;
Que es poco galante doncel que entre bellas
Ofende á las otras con una excepción.

Y sólo advirtiendo que mi ofrenda pura
No todas querían ingratas tomar,
Venguéme de todas, hasta la locura,
Queriendo una sola de tanta beldad.

Verdad es que sola por todas valía,
Que es bien el llamarla: belleza ORIENTAL;
Mas de aquel oriente do Mahoma envía
Huríes que sobran al jardín de Alá.

¡Qué noches! ¿recuerdas? la veían mis ojos
Mas linda que miro la estrella y la flor,
Mas llena de encantos, de amor y sonrojos
Que asoma en verano la luz del albor.

Su esbelta figura, sus negros cabellos,
Sus ojos más negros, su pálida tez,...
¡Por Dios, que pasaron momentos tan bellos!
¡Por Dios, que no pueden volver otra vez!

Adios voluptuosa coqueta del Plata;
De en medio á las ondas te envío mi adios.
El alma que abrigo jamás será ingrata,
Y pues fuí dichoso, ¡bendígate Dios!

A ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1843

I

Miradlo, sí, miradlo. ¿No veis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente,
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz.
Los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II

¡Sus hijos! ¿por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,
A tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales
¿Por qué ya no se escucha la salva del cañón,
Los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
El aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
¿Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡oh sol!
Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza, oh sol de Mayo, tus rayos en la esfera,
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!

La emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre gemidos su dolorida voz.

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la pampa quc vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él!

IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento:
¿Qué has hecho de la patria que te guardaba en sí?
Contempla lo que viene cruzando el firmamento,
Y dínos, de sus glorias la que te debe á tí.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños,
¿Quién la arrojó y gozando de contemplarla está?

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con rayos que indelebles en la memoria están,
Y dínos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
O acaso en Chacabuco, ó en Maipo, ó en Junín;
O si marcando hazañas más célebres y grandes,
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dínos que lidiando la hubiste en Ayohuma,
O acaso en Vilcapugio, Torata, ó Moqueguá.

VI

¡ Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció;
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón:
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos, al pie del Chimborazo,
Sus altaneras sienes vestían de laurel:
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

¡ Ah! Nada te debemos los argentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolación sin fin.
Jamás en las batallas se divisó tu espada,
¡Pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas, al pie de tu caballo,
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron;
¡Y sangre, sangre á ríos, se derramó doquier;
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder!

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da,
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento,
Para arrojarle eterna, tremenda *maldición!*

X

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde sn trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad entonces, cuando la vejan tanto
También tiene derecho de maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, NO.

XI

Por tí esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo su pie un león,

Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
Pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
¡Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!...

XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir;
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos,
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

Hay más allá, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios,
Y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente:
Hay más allá, responde con su gigante voz.

Al expirar los héroes: *hay más allá,* exclamaron,
Su acento conmoviendo de América el confín;
Y, al trueno de los bronces, *hay más allá,* gritaron
Los campos de Ayacucho, de Maipo, y de Junín.

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
Al sol de las victorias que iluminando está.
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces, ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal:
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
O el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que oprime tu ambición;
Y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, Sol de Mayo, los días inmortales
Sobre mi libre patria recordaránse en ti;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales,
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre,
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón;
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,
Ni esclavos, ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

A BOLIVIA

(en 1846)

I

Divina inspiración, genio del canto,
Tiende sobre mi sien tus blancas alas,
Y de entusiasmo en la pupila el llanto,
Suba la mente á las etéreas salas.

Postrada el alma ante el eterno trono
Beba las auras que el Señor respira,
Y de las arpas de marfil al tono,
Temple las cuerdas de mi dulce lira.

La luz de Dios, radiante á mi memoria,
La voz de Dios, á mi mundano acento,
Y en un mar de esperanzas y de gloria
Se lance al porvenir mi pensamiento.

Tú grabaste, Señor, Dios de los mundos,
En la frente de América una estrella,
Que al futuro en sus cóncavos profundos
Alcanza un rayo de su lumbre bella.

Yo seguiré ese rayo soberano
A sorprender los siglos con mi mente,
Como la fe del corazón cristiano
La lumbre sigue de tu regia frente.

Yo leeré nuestro tiempo con su rayo.
Genio del canto, ven; mi nombre imprime
En la arena del río Pilcomayo,
Dándole á mi alma inspiración sublime.

II

Bolivia, tierno seno
Del corazón de América, mi madre,
De amor y vida, y esperanza lleno,
Como la luz del astro,
Señor del Inca que tu frente dora;
Verde promesa del futuro hermoso,
Virgen en cuyas sienes de alabastro
La mirada de Dios refleja y brilla,
Al levantarse tu radiante aurora,
Yo te saludo de la triste orilla
Que baña el Plata en su raudal undoso.

En la noche sombría
Que el humo del cañón formó en tu cielo,
Quebraste con tu espada
De tres centurias la coyunda impía.
El león de las Españas, en tu suelo,
Desde la sien nevada
Miró al cóndor del Andes boliviano
Como flecha de Dios caer á su frente;
Y su hercúlea pujanza de repente
Con su airado rival luchara en vano.

De América el cimiento
Se conmovió al estrépito gigante
De un torrente de lanzas que violento
Invadió por las sierras y los llanos,
Quebrando con sus puntas de diamante
La muralla de bronce
Do el pendón de los viejos castellanos
Se desplegaba entonce
Sobre acerada clava,
Bajo el cielo de América su esclava.

Y en aqueste torrente
Allí la patria de Belgrano estaba,
Allí la Paz y Cochabamba alzaron
Ceñida de laurel su altiva frente,
Y á los ecos del Plata se mezclaron,
Bajo la luz de Mayo,
Los ecos del Bermejo y Pilcomayo.

Allí estaba el desierto;
Y en un mundo sin fin, sin horizonte,
Allí la selva y empinado monte,
Allí el mar que Balboa saludára,
Y allí las rocas que Colón pisára.

Todos, todos allí, y allí la patria
Del ancho Beni y Potosí opulento,
Quebrando sus cadenas
En aquel día de sublime intento;
Y con sangre copiosa de sus venas
Bautizando la frente

Del mundo que legaban
A la futura americana gente.

Sangre preciosa que Ayacucho viera
Del pecho varonil como un rocío
De los cielos caer, para que un día
Cada gota inmortal un pueblo fuera.
Animad, animad el cuerpo frío
De los héroes allí. . .La fosa umbría
Su polvo esparcirá, y *ellos*, la frente
Con aureola de mártir alumbrada,
Y el descarnado brazo
En los hombros del ángel de la gloria,
¡Subirán á la sien del Chimborazo
Por la huella esplendente
Que hizo del carro veloz de la victoria!

¡Animad, animad! *Ellos*, sus ojos
En torno volverán. . .las cordilleras
Inclinarán sus sienes altaneras,
Callarán sus enojos
Las irritadas olas de los mares,
Y las llamas y el cóndor escondidos,
Los valles y las selvas y los montes,
El sol y los ardientes luminares,
Sin ley, sin horizontes,
Serán de santa admiración henchidos.

III

Mas tu misión, oh Bolivia,
No estaba solo en tu lanza,

Que otra más alta esperanza
Reservó Dios para tí:
Tus héroes en los combates
No fueron más que tu aurora
Que vino á anunciar la hora
En que habrá el sol de salir.

Esa misión del acero
La llenaron tus campeones,
Pero á otras generaciones
Legaron otra misión,
Tan rica de gloria y nombre
Tan orlada de opulencia,
Que fué la más bella herencia
De su paternal amor.

Tocas y admiras los Andes,
¿No es verdad? pues tu cabeza
Con más poder y grandeza
Un día levantarás.
Que es América el emblema
Del cóndor entre la nube,
Cuando más arriba sube
De la ronca tempestad.

Pero la mano del cielo
Entre misterio profundo,
Pareció robarte al mundo,
Huérfana y oculta flor.
Y abandonada, perdida,
Cual un diamante entre rocas,

Lo que hoy tan posible tocas
Ayer pareció ilusión.

¡El mar! ¡sublime esperanza
De tu ambición más sublime!
Es tuyo, Bolivia, imprime
Sobre las ondas tu pie.
Es tuyo, vuela, te espera
La brisa de los oceanos,
Para mecer soberanos
Los laureles de tu sien.

Es tuyo, que de sus ondas
Tu porvenir al oriente,
Dora espléndido la frente
De tu más bella región;
Y el diamante entre las rocas,
La huérfana flor perdida,
Sube con él á otra vida
Buscando un tiempo mejor.

No son tus minas, Bolivia,
La fuente de tu existencia,
Ni tu futura opulencia,
La contiene el Potosí:
Los pueblos no se enriquecen
Pisando sobre metales:
Serán otros los canales
De tu hermoso porvenir.

Serán tus ríos, señora
Que de tu seno profundo,

Filtrando por todo el mundo,
Nacen y buscan el mar.
Serán tus bosques, tus llanos,
Tus perfumadas praderas,
Y las extensas riberas
Del Beni y del Paraguay.

Serán tus manos, quebrando
Los diques de la ignorancia,
Para decir con jactancia:
Europa, ven por aquí.
Y mirar en cada río,
Luchando con su corriente,
Llegar su industria, su gente,
A un mundo rico y feliz.

A un mundo donde la Europa
Tiene fija su esperanza,
Porque en el suyo no alcanza
En el tiempo un *más allá:*
A un mundo donde más tarde
En cada empinado monte,
Tendrán su luz, su horizonte,
El genio y la libertad.

¡Ve adelante! los oceanos
Te esperan con impaciencia,
Y del cielo la clemencia
Escribe tu *más allá.*
¡Ve adelante! tus hermanos
Que baña el potente Plata,

Te batiremos las manos
Al ver tu enseña pasar.

Ese tirano que rudo
Rasga á tu hermana las venas,
Pone, bárbaro, en cadenas
Lo que también es de tí;
Pero mañana su cuello
Será presa del verdugo,
Y el Paraná sin su yugo
Sonreirá al verte feliz.

IV

Feliz en tu grandeza
Cual fuiste con tu lanza,
Lidiando con la saña
Del déspota español:
Feliz, como los pueblos
Donde la mar alcanza,
Dorados con la lumbre
De americano sol.

Rasgado tu misterio,
Radiante de hermosura,
Descubrirás al mundo
Tu rostro virginal;
Y el mundo entusiasmado,
Para la virgen pura
De joyas de la mente
Preparará un caudal.

Que por tus ríos llenos
De vida y opulencia
Te invadirán torrentes
De civilización;
Y vibrarán los ecos
Del arte y de la ciencia
Donde antes retumbaron
Los truenos del cañón.

En el grandioso Chaco
Las fértiles llanuras
Sorprenderá la industria
Del europeo al fin,
Y en cada sol que dore
Del Andes las alturas,
De tu futuro hermoso
Se agrandará el confín.

Y como aspiras ámbar
De tu jardín de selvas,
La atmósfera del genio
Respirarás también;
Que á do tus manos lleguen,
A do tu vista vuelvas,
Te bañarás en luces
De boliviana sien.

No en vano en lo más alto
De América blasonas,
Nutriendo de tu seno
Dos mares á la par;

Gigantes sin rivales
El Plata y Amazonas,
Que pueden del oceano
Las ondas desafiar.

No en vano se levanta
Sobre metal tu asiento,
Bolivia, no hay arcanos
A tu destino, no.
La suerte de los pueblos,
El Dios del firmamento
Sobre su suelo mismo
Grabada les dejó.

Mañana tus hermanos,
Desde el Estrecho al Istmo,
A contemplar tu frente
Sus ojos alzarán;
Y con tus mismas alas,
Y con tu genio mismo,
Tu porvenir al mundo
Contigo mostrarán.

Que á los futuros siglos,
Del Andes se divisan
Precipitarse raudos
Al mundo de Colón:
Como al nacer el alba
Las luces que se aprisan
A iluminar los cielos
En fúlgida invasión.

Mañana el europeo,
Cuando á buscar se lance
De América en la orilla
La luz y libertad,
Bolivia, quizá entonce
A comprender alcance
Que viertes la más bella
Radiante claridad.

Quién sabe si mañana
Conservarás tú sola
Lo que otros al presente
Destrozan con el pie:
Sobre el Perú y mi patria
De sangre hay una aureola,
Y un iris de bonanza
Sobre tu sien se ve...

V

Bendición en la frente de tus hijos
Que en el hogar, junto á la tierna esposa,
Hablan de paz y libertad prolijos,
Tejiendo palmas á su patria hermosa.

Calma en las sienes de tu jefe, y gloria
Para su nombre que ennoblece el tuyo:
Sonó ayer ese nombre en la victoria,
Y el que hoy repite el mar también es suyo.

Por la tierra vagando sin destino,
El sol desmaya ante mi sien su rayo:
¡Ay! si el nombre infeliz del PEREGRINO
Conservara tu rico Pilcomayo!

SUEÑOS

Venid, venid ¡oh sueños! á mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir;
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente cual amorosa voz;
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde lluevan palmas á mi inspirada sien;
Y mire descorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado Edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan, y con ellas envuelto en sus vapores,
Me eleve á las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno
Al escuchar mi oido su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Como salió la lumbre del fúnebre capuz,
Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano,
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda cuando aspire su aliento soberano,
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios,
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carrosa de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y á comprender alcance, cuando sus santas huellas
Los límites marcando del Universo van,
Como su luz esconden la luna y las estrellas
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
A comprender alcance su misterioso Ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime,
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y broten pensamientos de mi inspirada mente
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios, ya rojo y explendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid ¡oh sueños! y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no . . .
Yo vivo solamente cuando febril deliro
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della
Si descorrido el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?

Venid, hermosos sueños, y á vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitais al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante,
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

CANTO DEL POETA

I

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar,
Y, la vela desplegada,
Y en el mástil mi corona,
Si por mí ninguno abona,
Yo por mí sabré abonar.

Vuela, vuela,
Mi barquilla,
No hay orilla
Que tocar;
Que en tu rumbo
Tan incierto,
Es tu puerto
Todo el mar.

II

Si me encuentra algún pirata
Y á mi rumbo presto vira,
Yo me río, y en mi lira
Suena un canto sin afán.
Que al puñal que me amenaza
La alma mía no se inquieta,
Pues si matan al poeta,
La canción no matarán.

Vuela, y todo
Desafía,
Barca mía,
Sin temer;
Que lo humano
No se avanza
Donde alcanza
Tu poder.

III

Cuando recio brama el viento
Y la ruda mar se empina,
Mi cabeza se reclina
En los hombros de mi bien.
Y, al arrullo de las ondas,
Yo me duermo en su regazo,
Mientras forma con su brazo
La corona de mi sien.

Corre, barco,
Descuidado,
Que tu lado
Va el amor:
Que á este niño,
Allí se encanta,
Donde canta
El trovador.

IV

Si altas naves al hallarme
Alzan fuerte su bandera,
Id con Dios, que es más velera
Mi barquilla, digo yo;
De oro y seda son las vuestras,
Mis banderas son de flores,
Sois más ricas en honores,
Pero no más libres, no.

Vuela, vuela,
Barca activa,
Con altiva
Vanidad;
Que en tu humilde
Popa airosa,
Va la hermosa
Libertad.

V

Cuando en medio de las olas
Se deshaga mi barquilla,
Mi corona irá á la orilla
Mientras yo á la eternidad.
Y banderas y altas naves
Cuando ya nadie recuerde,
Mi corona siempre verde
Vivirá en la humanidad.

Sigue, sigue,
Barca bella,
Yo tu estrella
Sé alumbrar.
Yo, que si eres
Sumergida,
Nueva vida
Te he de dar

VI

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Vuela, vuela,
Mi barquilla,
Que en tu rumbo no hay orilla.
Y es tu puerto todo el mar.

MI FANTASIA *

(inédita)

Mujer, ángel, poesía,
Sombra, sueño, fantasía,
Que mi mente
En los aires y en el cielo,
En los mares y en el suelo
Te vé ardiente.

Donde estás? ¡Mas, ah, ¿que digo?
¿Porque me embriagó contigo

---

* *Al señor don Juan María Gutiérrez.*

Janeyro, Febrero de 1845.

Vuelvo á leer estos versos después de 4 años, y ó bien era yo el año 41 un loco ignorante, ó soy ahora un cuerdo sabio.—Me han hecho el efecto que siente el hombre á los 30 años, volviendo á ver á una mujer fea, á quien amó á los 15, y se pregunta á sí mismo: ¿dónde tenía los ojos entonces?

Mármol.

La ambrosia
Cuyo deleite á los cielos
De los ángeles en vuelos
Me subía,

Si apenas la hube probado,
Como á horrendo condenado
Del Eterno,
Desde los cielos me lanza
Brazo lleno de pujanza
Al infierno?....

¿Porque no viste primero
Que hay un sello lastimero
En mi frente,
Que arrugándola sombría,
Deja al genio que me guía
Transparente;

Que está amarilla mi mano
Porque la oprime inhumano
Un destino,
Que con burla, saña, y risa,
Del dolor me lleva aprisa
En el camino?...

Que marchitas divagando
Mis miradas van buscando
Una huella,
Donde no mire al infierno
Y ocultarme sempiterno
Pueda en ella.

Donde no mire á mi lado
Llama, demonio inflamado
Que exhalando
Su pestífera humareda,
Va á mi vida entre su esfera
Sofocando.

Donde no mire á mi lado
Un fantasma descarnado,
Que con saña,
Como el pensar á la vida,
Como el dolor á la herida,
Me acompaña.

Y que cuando más opreso
Mi pecho siente al exceso
La amargura,
Siento á mi lado un suspiro,
Vuelvo mis ojos y miro
Su figura...!

Y que cuando más la copa
Mi líbido labio toca
De ventura,
Siento me están apresando,
Me fijo, y veo temblando,
Su figura...!

Y que cuando más cautiva
Del festín mi risa esquiva
La locura,

Entre la risa y bullicio
Veo alzarse cual suplicio
¡Su figura!...

Y que cuando más pretendo
Del porvenir estar viendo
Lumbre pura;
Allí contemplo enlutada
Trayendo en su frente: «nada»
Su figura!...

Y entre llanto y entre gozo,
Y en el festín y el reposo,
Va un clamor:
Para mí solo lanzando,
Y que yo escucho temblando
De pavor.

Que en el llanto y en el gozo
Y en el festín y reposo:
Ven, me dice, criatura,
Que esa esencia de ventura
Que has buscado delirando
No se exhala para tí.

Y esa vida que llorando
Las vas terco conservando,
Créelo, créelo, no es de ahí.!!

¿No es de ahí? ¡Oh, y que cierto!
A mi espíritu ó destino,

Que es el mundo en que camino
Sinó un árido desierto!.....

¿Mi corazón, qué ha encontrado
Cuando de amor encendido
Gloria y amor ha buscado,
Sinó un hielo endurecido?....

¿Qué ha visto mi pensamiento
Cuando penetró violento
Del grande en el Arcano,
Sino siempre un mundo vano?.....

¿La sociedad, qué me ha dado,
Cuando le mostré en su seno,
Que tenía el mío bueno,
De amor por ella inflamado?...

¿Que me ha dado? ¡Desengaños!
¡Y unas leyes que rompieron
Las cadenas que debieron
Al amor ligar mis años!....

Y si ya ni una lazada
A mí espíritu ceñía
Con el mundo, dó ignorada
Me fué siempre la alegría,

Porque, mujer, convertiste
En volcanes mis pasiones,
Y en vez de amor me pusiste
Del frenesí las prisiones?....

¿Porque me enseñaste un mundo
Lleno de gloria y bonanza,
Y un corazón en mi pecho
Lleno de amor y esperanza?...

¿Porque, mujer, me enseñaste
Que felicidad existe,
Si cuando en ella me viste
¡Maldición! me la robaste?

Mas ay deliro; ¡mi Elvira!
¿El que solo en tí respira
Se atreve á culpar tu amor?...
¿Blasfémo al cielo en mi voz?...
¿Culparte á tí? ¡Oh, que horror!
A tí, suspiro de Dios.

A tí, mi esposa, mi estrella
Que supo la negra huella
De mi destino alumbrar;
A tí mi amiga, mi flor,
Que supo en ambar de amor
A mi espíritu embriagar...

A tí, que contra mi seno,
Cual la esperanza y la vida,
Te quisiera ver unida
Una eternidad, mi bien;
Y del mismo fuego lleno
Que otra vez, verte temblando
En mis brazos y exhalando
En vez de aliento, volcán...

Y cual otra vez, mil años
Tu boca á la mía unir,
Y á nuestras almas pasando
De un cuerpo al otro sentir?...

A tí, que ni la distancia,
Ni del tiempo la arrogancia,
Ni del dolor la constancia,
Te separan de mi mente,
Donde estás resplandeciente
Como el sol en su brillar...

A tí, que en la flor que crece,
En la estrella que aparece,
En cuanto bello se ofrece
Con el sello divinal,
Cual en un terso cristal
Te contemplo reflejar...

A tí, que en vela y en sueño,
En un delicioso ensueño
Con los ángeles me tienes;
Y del mundo los vaivenes,
O sus premios ó desdenes,
Sombras haces para mí;
Y suspiro, pienso, vivo,
Solo, errante, fugitivo,
Por volver, mujer, á tí...

¿Y te he culpado? ¡Angel mío!
Perdona.... mi genio impio

Me separó de tu lado
Y mi espíritu enlutado
De más negro se cubrió...!

Y esa fantasma sombría
Que me sigue noche y día
Sin huir por compasión,
No es más que mi fantasía
Que del infierno las llamas
Guarda y quema mi razón....

Montevideo, Marzo de 1841.

EN LA LÁPIDA DE FLORENCIO VARELA

MUERTO Á LA LIBERTAD, NACIÓ Á LA HISTORIA,
Y ES SU SEPULCRO TEMPLO DE SU GLORIA

ROZAS

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
Formó á su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen;
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro!, y sangre, y sangre, humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo; y de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La justicia se acerca religiosa
A llamar en la tumba de Belgrano:
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la gloria
A esconderse en las grietas de los Andes,
Reclamando á los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen,
Se apagan los radiantes luminares;
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,

Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas: ¿después?... tal es, atiende,
La pregunta de Dios y de la historia.
Ese *después*, que acusa ó que defiende,
En la ruina de un pueblo ó en su gloria.

Ese *después* fatal á que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla; y, en pos la destrucción, responde:
¿Do están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿las bases, dónde,
De grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que á tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo trasformada en hombre.
Mas ¡ay de tí! que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre.

El tiempo sus momentos te ha ofrecido,
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tu no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza el terror, por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte;
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;
Eso es sólo matar, porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Serás reptil que pisará la historia,
Con asco de tu forma y tu veneno.

Nerón da fuego á Roma y lo contempla...
¡Y hay no sé qué de heroico en tal delito!..
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;

Y, más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad y, en fiebre carnicera,
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud, valor siquiera.

Pero tu corazón solo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado:
Tigre, que te encontraste en el camino,
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y solo dejarás un nombre inmundo
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran;
Y ellos temblando y en tu imagen fijos
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
A los cuentos que invente tu memoria;
Y, execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía:
Porque sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día.

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno;
Nunca á tu nombre la memoria ingrata:
Nunca á tu maldición el pecho, tierno;

Y por último azote de tu suerte,
Verás, al expirar, que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
Más que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tiranos,
Ni dejar la señal de tus cadenas.

DOCTOR CLAUDIO MAMERTO CUENCA

ODA

Á LA JURA DE LA INDEPENDENCIA

¿Qué gritos de alegría
Se levantan del suelo americano,
Que del Sud y del Norte al Mediodía
Publican su contento
Retumbando en la bóveda su acento?

¿Qué fulgor de repente
Esparciendo su luz clara y radiante
De los hijos del sol al continente
Se extiende por la esfera
Do la alma libertad se ama y venera?

¿Qué prodigio se muestra
En la etérea región ante mis ojos,
Que asombrando su luz la razón nuestra,
Empaña el rostro hermoso
Y los rayos de Febo luminoso?...

Cual rayo discurriendo
En esplendente y cristalina nube,
Distingo por los aires ir subiendo
Al tímido guerrero
Que en los campos de Marte fué el primero.

La fama en raudo vuelo
Hasta el templo le lleva de Mavorte,
Que en lo más alto del cerúleo cielo
Espera la venida
Del que ha dado á su patria gloria y vida.

Girando estrepitoso
El quicio celestial á su llegada,
Sobre su trono de gloria magestuoso
Al mismo Marte enseña
Que el hablar á Belgrano no desdeña.

Se adelanta pausado
Hasta el trono de Dios el gran guerrero,
Y él le coloca de Belona al lado,
Sobre Alejandro y Ciro,
Cuyo bélico esfuerzo ya no admiro.

Sonó la trompa fina
En dulcísimos sones modulando,
Y el cóncavo celeste luego trina,
El eco repitiendo
De Belgrano inmortal con ronco estruendo.

Un rayo soberano
De los ojos del Dios entonces brilla
Sobre la patria del guerrero indiano
Que ha sido la primera
En llevar á la lid legión guerrera.

Varón esclarecido,
Que llevaste, le dice, tus pendones,

De victoria en victoria conducido
Sobre huestes contrarias
Que humilló tu valor en lides varias;

Tú, que alzaste del Plata
En la orilla argentina el grito santo
De muerte ó libertad, que se dilata
Corriendo prontamente
De nación en nación, de gente en gente:

Contempla tantos bravos
Que el valor de tu diestra ha libertado
De humilde servidumbre, al ser esclavos
Del español austero,
Si no triunfara en Tucumán tu acero.

Las huestes aguerridas
Que opusiera Tristán á tus legiones
Por tu espada en vil polvo convertidas,
Son los timbres primeros
Que te harán inmortal entre guerreros.

Por tanto, de mi mano
Esta corona ceñirá tu frente,
A cuyo aspecto temblará el tirano
Que oprime el hemisferio,
Que vé en cadenas aherrojado Hesperio.

Recorre sin demora
La extendida región que al libre alienta,
Do en Mayo el astro de la luz se adora,

Y dale independencia
Que alcanzaron su esfuerzo y resistencia.

Bajando en blanca nube
Hasta el suelo argentino el gran Belgrano
Pregona independencia. Al cielo sube
Apacible y sereno,
Dejando al orbe de su gloria lleno.

Los libres á millares
De todas partes concurriendo entonces
Al suelo tucumano, en sus altares
Juraron prontamente
Sostener á la patria independiente.

¡Salve, patria dichosa,
Que rescatada para siempre fuiste
Del extraño poder y suerte odiosa,
Por el valor probado
De tantos héroes que en tu suelo has criado!

No más del torvo ceño
Te verás insultar de opresor fiero:
Ni tendrán tus riberas otro dueño
Que tus hijos queridos,
Libres, iguales y á tu grito unidos.

Hoy miran tus pendones
Coronados de bélicos trofeos
Absortas y suspensas las naciones
De ver la bizarría
Con que ahuyentaste á tu opresor un día.

Del Plata en los cristales,
Que los libres, del mundo concurriendo
Encuentran libres, de tal nombre tales,
Viviendo independientes
Y sirviendo á la Patria reverentes.

Renaciendo la España
De la antigua opresión de sus tiranos,
Se prepara á olvidar la cruda saña
Que un tiempo alimentaba
De volver otra vez á hacerte esclava.

Mas hoy recibe en tanto
De un hijo de tu suelo, Patria mía,
De entusiasmo y amor el dulce llanto
Con que humedezco el ara
Que de Julio en honor mi mano alzára.

VISIÓN

La bóveda etérea se abrió de repente,
Y un genio circuido de luz esplendente
Bajó entre vapores de perla y zafir;
Y á un nuevo entusiasta doncel argentino
Presagios risueños de un fausto destino
Con estas palabras le plugo decir:

De gloria inefable ceñistes el lauro,
Sagrado misterio del Dios de Epidauro,

Que solo al talento las ciencias se dan;
Y ocultos secretos del mundo ignorados,
Su templo, sus aras y libros sagrados
Por siempre á tus ojos abiertos están.

Un astro fulgente que nace en el cielo
Del alma y la vida rasgándote el velo
Te alumbra designios que nunca alumbró;
Y de artes y ciencias y de hondos misterios
Las présagas voces de génios aéreos
Diránte secretos que nadie alcanzó.

Al signo de tu hado se postra la suerte,
Tu genio comprende la vida y la muerte,
Tus pasos dirige la mano de Dios;
Y el llano y el monte y el Plata famoso
De templos y altares y nombre glorioso
Verás algún día cubrirse por vos.

Le dijo: y el joven miró en el instante
Veladas sus sienes por nube flameante
De nítido nácar y hermoso oropel.
Su frente radiosa brilló como el día,
Y de altos designios de genio y poesía
Chispearon los ojos del brioso doncel.

EL SUSPIRO

CANCIÓN

Soplo vano que apaciguas
De los males la inclemencia
Tan fugaz en tu existencia
Como inmenso en tu poder:
Dióte amor su dulce fuego,
La belleza su misterio,
Cuyo blando dulce imperio,
Es tu afán engrandecer.

Tú descubres el efecto
Que el rubor no permitía,
Das al tímido osadía
Y eres nuncio del amor.
De dos almas entretienes
La simpática ternura,
Y proteges la hermosura
Contra el tedio y desamor.

Tú conviertes en sonrisa
Del amante los recelos
Y disipas de sus celos
El veneno matador.
Por tí nace la esperanza
Ya no más alimentada,

Y la llama sofocada
Recupera su fervor.

Nunca faltes á los labios
De la bella á quien adoro,
Cuando en blando ruego imploro
Un favor á su esquivez:
Ni le niegue una sonrisa
De mi pecho al ¡ay! ardiente,
Cuando acusa de inclemente
La crueldad de su altivez.

A CÓRDOBA

Vagando en la selva y el prado y el río,
El hombre bravío
Sin luces ni leyes, apénas hombre es;
Y apénas imágen grosera del ente,
Que abarca en su mente
Los mundos que ruedan de Dios á los pies.

Fluctuando al capricho de cruda inclemencia
Su triste existencia
Es flor sin perfume, simiente y color:
Estéril destello de luz, que pudiera
Brillar en la esfera,
Si hubiese encontrado destino mejor.

Sin luces su mente se agosta y marchita,
Su vida se agita
De torpes pasiones y vicios en pos,
De espíritu tosco no se alza ni crea,
Ni alcanza su idea
La escelsa grandeza de un único Dios.

Si no es que la ciencia que al hombre sublima.
Le encumbra á la cima
De bien consumada civil perfección;
Si no es que su genio se espande y avanza,
Si no es que se lanza
Y abarca en su vuelo la entera creación.

El hombre á las luces les debe el imperio
Terrestre y aerio
Que le hace en la tierra la imágen de Dios;
Les debe el dominio de tierras y mares,
Les debe sus lares,
Les debe sus horas de dicha precoz.

Les debe la alianza sincera de hermanos
Que enlaza las manos
De pueblos que alejan las olas del mar;
Les debe la industria, comercio, riqueza,
Progreso y grandeza,
Que en vano sin ellas quisiera alcanzar.

Les debe la gloria por Dios prometida
Después de esta vida,
Les debe la muerte cristiana de paz;

Les debe... mas todo cuanto hay se lo debe
De grave, de leve,
De bueno, de santo, de gusto y solaz.

Así es que los pueblos donde ellas prosperan
Prodigios operan
Y alcanzan destinos grandiosos á fé;
Y alcanzan renombre, poder y ventura,
Que niega natura
Al pueblo que culto como ellos no fué.

Bendita la tierra, de Dios y del hombre,
Que puede su nombre
De cultas naciones poner á la par;
Bendita por eso la tierra argentina,
Riquísima mina
De espíritu y genio que se ha de explotar.

Bendito el destino que unió la fortuna
Del pueblo en la cuna
Que desde los Andes ve el Plata á sus pies;
Benditos vosotros los hijos mimados
Del cielo y los hados
Que habemos delante viniendo después.

Merced á la gracia del cielo germina
En lumbre divina
La mente creadora del ópimo Sud,
Y el genio que en ella rebosa y chispea
Las horas campea
Del tiempo en demanda de gloria y virtud.

Dichosa por tanto: tú, Córdoba, fuiste
Que al Plata le diste
Las togas patricias primeras que vió;
Y él hoy con orgullo contempla en su historia
La aureola de gloria
Que en ciencia y en artes tu genio alcanzó.

Cual premio á tus luces oh Córdoba dado,
Te fué deparado
Dignísimo, sabio, piadoso pastor,
Que diese ó tu mente por orden del cielo
El giro y el vuelo
Que le hacen y te hacen justicia y honor.
....
....

EL PAMPERO *

De la brisa y vapores
De aquel solitario suelo
Tan inmenso como el cielo
Que allá entredivisa el hielo
De los Andes relumbrar;

---

* Según el apreciable joven D. Juan Gil, de cuya solicitud por todo lo concerniente á las poesías inéditas del Dr. Cuenca hacemos en nuestro prefacio el merecido encomio, estas estrofas de *El Pampero* no forman más que la primera parte de la composición que había concebido su autor; y nótase al leerlas, en efecto, que no está completamente desarrollado en ellas el pensamiento sintético de dicha composición. (Nota del editor de las poesías de Cuenca).

Y de los hálitos vagos
De los espíritus magos
Que en sus llanuras sin lagos
Deben sin rumbo vagar;

Y de la bruma y del aire,
La sequedad y el rocío,
De la templanza y del frío,
El misterio y el vacío
De la llanura del Sud,
Naces, Pampero, cual nace
Todo aquello que Dios hace,
Cuando á los designios place
De su eterna rectitud.

Y como hijo de la Pampa
Que ocupa medio hemisferio,
Y estiende hasta allá su inperio
Donde ciñe el cielo aerio
De los Andes la alba sien;
Eres como ella un coloso,
Inmensurable, asombroso,
Genio inculto y misterioso
Nacido en silvestre Edén.

Cada grano del desierto
Te da un soplo de existencia;
Cada planta en florescencia
Te da un átono de esencia,
Cada brisa una impulsión;
Cada palmo de verdura

Un soplido de frescura;
Cada arroyo de agua pura
Una grata emanación.

Cada páramo un ambiente,
Cada florcilla un olor,
Cada atmósfera un primor,
Cada ave un trino de amor,
Cada clima una virtud;
Y cual lluvia de consuelo,
Regalada por el cielo,
Tú derramas en tu vuelo
La existencia y la salud.

Desde aquel llano sin fondo,
Mar sin término ni puerto,
Florido y verde desierto
Donde solo hay descubierto
Cielo, tierra, espacio y luz;
Misterioso caos y abismo,
Tan solo igual á sí mismo
Que aun alzar del cristianismo
No ha visto la Santa Cruz:

Levantas tu vuelo mago
Por el éter transparente,
Y con tu ala omnipotente
Cubres medio continente
Desde los Andes al mar;
Y del mar hasta el espacio
De oriflama y de topacio,

Donde ostenta su palacio
El perpétuo luminar.

Y de la Pampa y del cielo
Por donde á la vez caminas,
Los mil perfumes hacinas
Que para el solaz destinas
De tu querida ciudad;
Y en su fresca cabellera
Viértesle la copa entera
Que lleno de media esfera
La fragante inmensidad.

Lluvia de gracia y ventura
Con que fecunda la mano
De Dios á ese inmenso llano
Donde aún de pié cristiano
No se ha impreso la señal:
Y que por tí recogida
Es á su labio ofrecida
Como un néctar que da vida
A su pecho virginal.

Tú eres un genio amoroso
Para la dueña del Plata,
Con cuya presencia grata
Su existencia se dilata,
Se espande su corazón:
Tú das á sus fuerzas brío,
Frescura á su ardiente estío,

Bonanza á su inquieto río,
Y á su génio inspiración.

Tú derramas en sus venas
Vida, salud, alegría;
Tu haces festivo su día,
Risueña su noche umbría,
Su existencia de envidiar;
Tú las besas en la frente,
Y se agitan de repente
Como las olas de un mar,

Tú fecundas su vigilia,
Tú le inspiras grato sueño,
Tú conviertes en risueño
El acaso esquivo ceño
Que disfraza su beldad:
Das facundia á sus letrados,
Clemencia á sus magistrados,
Valentía á sus soldados,
Y á su industria actividad.

Empavonas sus jardines,
Aromatizas sus flores,
Desvaneces sus rencores,
Multiplicas sus amores,
Le inspiras hilaridad:
Y de su asta en la cimera
Haces flamear la bandera
Que al par que en el Plata impera
Custodia su libertad.

Bajo su místico influjo
Se volcaniza y se inspira
De sus poetas la lira
Que en blandos versos delira
Con su bello porvenir;
Y de sus pintores mana
Bajo la brocha liviana
Del albayalde y la grana,
Creación que no ha de morir.

Cuando reinas, en el aire
Hay algo que el alma alhaga,
Una cosa etérea y vaga
Que regocija y embriaga
Cuanto tocas al pasar,
Y es, Pampero, de tu esencia
La vivificante influencia
Que derrama la existencia
Desde los Andes al mar.

Marzo de 1851.

EL MIRTO

Precioso mirto que en el blanco seno
Te viste un día de Dorila bella
Y ahora en mis manos con placer te miro,
Dí si me quiere.

Tú que oprimiste blandamente el seno
Dó la hermosura colocó su trono,
Dí si se apiada de los tristes males
Que esperimento.

Tú que dejaste del ameno prado
Las dulces auras y fragante aroma
Por un instante de gozar sus besos,
Dime sus ansias.

Cuando su labio de jazmín y rosa
Besó tu frente, venturoso mirto,
Dime si el fuego del amor acaso
La enardecía.

¿Nunca sentiste si al mirar á Licio
Su tierno pecho se ajitó siquiera
Un solo instante con el tierno anhelo
Que amor inspira?

¿Cuando postrado con humilde ruego
De mis quebrantos le pedí el remedio,
Algún suspiro se escapó del lábio.
Dó amor se anida?

¡Más oh ventura de mí triste ansiada:
Tocar mis lábios el dichoso mirto,
Que de Dorila la preciosa boca
Llenó de almíbar!

¡Si ella supiese que á mi pecho unido
Un año y otro cubriré de besos

Aqueste ramo que escondió en su seno!
¿Que me dijera?

Aunque mil soles sobre tí pasando
Dejen apenas de tu ser indicio,
Eternamente en mi memoria nueva
Será tu vida.

Ven, pues, objeto de las ansias mías,
Preciosa prenda del amor primero
De un tierno pecho, con mi triste unido
Vive por siempre.

UN AÑO DESPUÉS

I

—¡Soy *invariable!*... De tu fe en rehenes
Toma mi *fe*...! Tu ausencia me consume!...
¿Cuando á gozar de tu ventura vienes?
—¡Ya ni el recuerdo de tus cartas tienes,
Y aún tus cartas conservan su perfume!

¡Sacrificio!... ¿Supones que lo ignoro?...
Cuando el amor el corazón espande

Con sus mirages y horizontes de oro,
Es, el que adora como yo te adoro,
Capaz de todo lo sublime y grande!...

¡Soportaré las pruebas más acerbas
Porque conmigo tu existencia partas!...
¡Sóbrame á mí *energía,* si te enervas!
—¡Ya ni el recuerdo de mi amor conservas,
Y aún conservo el perfume de tus cartas!

II

¿Y es cierto que el amor, ese perfume,
Ese aroma de ambárico pebete,
Es cierto, santo Dios, que se consume
Del cuerpo y alma que una vez le asume
Antes que el vil sahumerio de un billete?

¡Oh flaca humanidad!... todo lo puedes,
Y nunca, nunca de flaqueza te hartas...
Y, ni ya muerta la ilusión concedes
Que rompa el hombre sus amantes redes
Y rompa y queme sus amantes cartas.

¡Oh caractéres que trazó su pluma!
Y aun al leéros en amor me inflamo...
Y aun el pesar mi corazón abruma...
¡Y mientras ella acaso, *otros* perfuma,
Aún sus billetes olvidados amo!

III

Tú que fuiste ideal de mi ventura
Por el prestigio de ilusión funesta;
Tú, que acusar pudiera de perjura,
No temas de mí, nó, venganza dura....
Olvida y goza: ¡mi venganza es esta!....

¡No temas de mi labio una palabra,
Una sola palabra de reproche!...
No temas, nó, ni que á tus ojos abra
El agravio recóndito que labra
Mi corazón en tenebrosa noche!...

No temas, nó, que mi pasión exhume
Para que tu de nuevo la compartas,
Ni que por eso de desdén te abrume...
¡Aun tus cartas conservan su perfume,
Y aun conservo el perfume de tus cartas!

SÁTIRAS

I

Que aparente ser letrado
Por lo grave y circunspecto,
Cierto *quidam* que el aspecto
Siempre tiene avinagrado,
No lo estraño

Pero que mientras no calle
Que se trate algún asunto,
Y en llegando al postrer punto
Que como maestro no falle,
Sí lo estraño.

Que recite un orador
Un sermón bien estudiado
Con mil testos empedrado
Traídos con gusto y primor,
No lo estraño.

Mas que falte algún oyente
Que lleno de admiración
No le llame Cicerón
Porque en realidad lo siente,
Sí lo estraño.

Que nos diga un D. Germano
Que habla corriendo el francés
Cuando observo yo después
Que maltrata el castellano,
No lo estraño.

Mas que falte bajo el sol
Quien le llame caballero
Porque muerde al extranjero
Cuando araña al español,
Si lo estraño.

Que nos hable todo el día
Con igual fuerza y calor

Un sempiterno hablador
Que mucho más charlaria,
No lo estraño.

Mas que en todo su sermón
No se encuentre algún descuido
Por ignorancia ú olvido
O cualquiera otra razón,
Sí lo estraño.

Que se advierta que ha pasado
Por el rostro de una bella
A pesar de ser doncella
Medio siglo bien contado,
No lo estraño.

Pero que ella no nos diga
Que á los treinta apenas llega,
Y para esto nos alega
Que lo afirma cierta amiga,
Si lo estraño.

Que pretenda un D. Fulano
Que le llamen señoría
Porque tiene en su alcancía
Diez mil ducados á mano,
No lo estraño.

Más que tales distinciones
No le cuesten su dinero,
Y ser noble caballero

No le sufran sus doblones,
Sí lo estraño.

Que anochezca diariamente
Muy sentada en la ventana
Protestando Doña Juana
Que gusta mirar la gente,
No lo estraño.

Mas que ignore su vecino
La causa que allí la tiene
Cuando vé que va y que viene
Un tapado de contino,
Sí lo estraño.

Que después de bien leído
Rasgue una dama el billete
Que le envió cierto pobrete
Que por ella anda perdido,
No lo estraño.

Pero que alguno no crea
Que se ha portado inclemente,
Porque el pobre pretendiente
No la llamó Citerea,
Sí lo estraño.

EL CORAZÓN

¿Qué corazón es el mío,
Oh Dios que riges los mundos
Con la ley de tu albedrío?

Echeverría.

Fortuna, destino, Dios,
Oscura, inconstante suerte
Que no alcanza á comprenderte
Ni en la vida ni en la muerte
La mísera humanidad:
Ser excelso y soberano,
Angel, espíritu, arcano
Que contienes en tu mano
La insondable eternidad.

Tú, que del polvo, del humo,
Formaste mundos sin cuento;
Misterio, deidad, portento,
Que ofuscas mi pensamiento
Y abismas mi corazón:
Que hiciste de una mirada
Levantarse consumada
Del vano caos de la nada
La estupenda creación;

A quien llaman reverentes
Las criaturas terrenales,

Los seres angelicales
Y espíritus infernales
Su piadoso eterno Dios:
Yo, ceniza, reptil, hombre,
Que no acierto á darme nombre,
Sin que mi nada me asombre
Levanto hacia tí mi voz.

Tú, Señor, que allá sentado
Sobre los cielos fecundos
Miras los soles y mundos
En los abismos profundos
Revolver bajo tus piés:
Inclina la excelsa frente
Desde tu trono esplendente
Y acoje la voz de un ente
Que no sabe ni aun lo que es.

Tú que pudiste demonio,
Angel, espíritu hacerme,
Y me has hecho un ser inerme
Que no alcanzo á conocerme
Ni comprendo lo que soy:
Polvo, lodo, insecto inmundo,
Que tú arrojastes al mundo
Donde me arrastro y confundo
Sin saber á donde voy.

Es preciso por lo menos,
Ya que misterio me hiciste
Cuando hacerme ángel pudiste,

Que la nade que me diste
Te deba algo, eterno Dios;
Así es que yo, vil gusano
Que no sé de donde emano,
A tí excelso y soberano
Levanto, Señor, mi voz.

Y pues encerrar te plugo
En frágil pecho mortal
Tremendo, loco, fatal,
El mónstruo horrible infernal,
De mi ardiente corazón:
No le niegues la primera,
La sola, la postrimera
Merced que implora y espera
Mi frenética ambición.

Yo no te pido, Señor,
Yo no te pido riquezas,
Ni renombre, ni proezas
Ni magníficas grandezas,
Ni que me hagas inmortal;
Ni que esté sujeto al mío
Del indómito y bravío
Fuerte bruto el poderío,
Ni el imperio terrenal.

Yo no te pido, Señor,
Ni fecunda fantasía,
Ni abstrusa ciencia sombría,
Ni talento, ni poesía,

Ni coronas de virtud:
Ni que el mundo me engrandezca,
Me venere y obedezca,
Ni que el tiempo no envejezca
Mi lozana juventud.

Pues que todo tú lo puedes
Y de todo eres Criador,
Yo te pido bien mayor
Como la prueba mejor
De tu infinito poder:
Yo te pido ardiente y vivo,
Grande, volcánico, altivo,
Como lo quiero y concibo
El amor de una mujer.

Sí, Señor, de una mujer
Pero mujer como yo,
De aquellas á quienes dió
La mano y las formó
El corazón para amar;
Mujer para mí nacida,
Solo para mí venida
Al desierto de la vida
Donde la debo encontrar.

Misterioso, incomprensible,
Fugaz, transitorio ser,
Angel, prodigio, mujer
Como se ha solido ver
Aunque pocas veces ya:

Mujer que ama y muere luego,
Cuyo fatídico y ciego
Espíritu, alma de fuego,
Pintado en su frente está.

Mujer que cual soy me quiera,
Melancólico, ignorado,
Feo, pobre, desairado,
Y cruelmente condenado
A maldecir y llorar:
Hombre oscuro, peregrino,
Que va andando en el camino
De la vida sin destino
Ni vestigio que dejar;

Sí, Señor, de una mujer;
Mas de una mujer tremenda,
Heróica, audaz, estupenda,
Que el espíritu comprenda
De su amorosa misión;
Mujer como yo furiosa,
Frenética, espirituosa,
Grande, loca, portentosa,
Mas que mujer ilusión.

Mujer como yo, capaz
De apreciar todo el fervor
La intensidad y el furor
Con que mi alma del amor
Se abandona al frenesí:
Que no piense ni imagine,

Discurra ni raciocine
Para amar; que se destine
Ciegamente para mí.

Intima, cruel, prodigiosa,
Cuyo demente heroísmo
Me cause espanto á mí mismo,
Capaz de echarse á un abismo
Si yo me sepulto en él;
Que me maldiga y me llore,
Que me aborrezca y me adore,
Que me asesine y devore
Si soy á su amor infiel.

Mujer para quien yo sea
El ángel de su ventura,
Su destino, su locura,
Su vida, su sepultura,
Su Lucifer y su Dios;
Hombre, misterio, fantasma,
Que la deleita y la pasma,
La estremece y la entusiasma
Y va de su sombra en pos.

Yo no pido en la mujer
Que arrebate el alma mía
Ni vetusta gerarquía,
Ni precoz sabiduría,
Ni aun belleza y juventud:
Pero una alma sí, tan fiera,
Y que á extremo tal me quiera,

Que al universo prefiera
Si es conmigo, el ataud.

No pretendo que me dé
Cosa alguna que no deba,
Ni de amor ninguna prueba
Tremebunda, rara, nueva,
Romántica y funeral;
Pero sí, para probarme
Que respira por amarme,
Que me dé si puede darme
Por mi amor, amor igual.

Vívida, ardiente, rabiosa,
Llama voraz del averno,
Maldición, suplicio, infierno,
Venganza del Dios eterno,
Es para mi alma el amor:
Y así, maldición, venganza,
Suplicio que fin no alcanza,
Y amor que el infierno lanza,
Quiero el suyo aterrador.

Fiebre ardiente, inextinguible,
Que su existencia envenene,
La devore, la enagene
Y á quererme la condene
Y á llorarme y maldecir:
No sea su amor distinto
Del voraz que quiero y pinto,

Fatal y bárbaro instinto
Que esté obligada á seguir.

Amor á mi amor igual,
Audaz, monstruoso, sin juicio,
Para quien no haya suplicio,
Abismo ni precipicio,
Que lo pueda contener;
Placer que la desvanezca,
Deleite que la enceguezca,
La entusiasme y enloquezca,
Sin enfriarse ni ceder.

Amor vívido, insaciable,
Amor como el amor mío;
No el amor cobarde, frío,
Maldito, hipócrita, impío,
Que miente el mundo falaz,
Sino inmenso amor de vate,
Que la embriague, la arrebate,
Que la consuma y la mate
Con un incendio voraz.

Ventura de otra ilusión
Que en sueños de amor arrulla
En la alma de fuego suya
Nunca jamás sustituya
La que en mis labios bebió;
Y su mente entusiasmada
Con mi amor toda ocupada

No encuentre en la tierra nada
Tan precioso como yo.

Memoria de mis amores,
Brillante y eterna llama
Que en su corazón derrama
Delicias del hombre que ama,
Perpétua en su mente esté;
Y en su delirante anhelo
Entre el bello azul del cielo
Y entre las flores del suelo
Se imagine que me vé.

Velado de hermosa nube
Que viva luz centellea,
El ángel de amor yo sea
Que en la dulce embriaguez vea
De sus sueños de ilusión;
Y á la clara faz del día
La parezca todavía
Que de su alma y fantasía
Delirios de amor no son.

Chispa eléctrica del genio
Que mundos y cielos dore
Y fuego y deleites llore,
Encuentre la que me adore
Manar de mi verso vil;
Y en cada página mía
Beba sedienta á porfía

Con la miel de mi poesía
Veneno de amor sutil.

Línea mágica que rasga
De altos misterios el velo
Y en osado y loco vuelo
De la inmensidad del cielo
Busca atrevida el confín:
Se imagine que mi verso
Como el sol brillante y terso,
Descubre del universo
Las maravillas sin fin.

Blando deleite inefable
Mi tierno canto la inspire,
Cuando ternura suspire
Y á embriagar el alma aspire
Con su néctar celestial :
Y una lágrima amorosa
Como aljófar en la rosa
Surque amable y deliciosa
Su mejilla virginal.

Entre el aura embalsamada
Que exhalan otros amores
Eche de menos las flores
Que mis labios seductores
Saben solo deshojar;
Y en el ala misteriosa
De su pena vagorosa

Vuele su alma silenciosa
Mis suspiros á encontrar.

Menos bella la parezca
Con toda su pompa vana
La risa de la mañana
Que la divinal que mana
Mi labio de pura miel;
Y sus ojos centellantes,
Insaciables y anhelantes,
A beberla por instantes
Vengan sedientos en él.

Flor marchita sin fragancia
De su tallo desprendida
En la fiesta más lucida
Mustios sus ojos, sin vida,
Si no me encuentran estén;
Y un pesar oculto y vago,
Para su delicia aciago,
Vierta veneno en su alhago
Y en su corazón desdén,

Relámpago pasajero
Que sus afectos excite,
Oiga mi nombre y se agite,
Y se estremezca y palpite
De contento y de pesar;
Y con un suspiro ardiente
Que la traicione inclemente

De sus labios juntamente
Vuele abrasado á la par.

Seducción de otros amores
Que extraviado alguno sueñe,
Fiera, altiva la desdeñe,
Y en lanzarla cruel se empeñe
Su anatema y maldición;
Y en perpétuo desvarío
Yerto esté, solo y vacío,
Sino late junto al mío
Su insaciable corazón.

Realiza, Señor, los sueños
De mi mente enardecida,
Y en la copa de mi vida
Vierte veneno en seguida
Y acerbo llanto infeliz:
Que pobre, huérfano, oscuro,
Si encuentro lo que procuro,
Por su grandeza te juro
Ser el hombre más feliz.

Realízeme tu clemencia
Los delirios de mi sueño,
Y hazme un solo instante dueño
Del dulce amor alhagüeño
Que suele en mi alma reir:
Y en humo sutil convierte
Los alhagos de la suerte,

Que acaso pueda deberte
Mi remoto porvenir.

Y en perpétua noche oscura
Cámbiese la luz del día,
Y en veneno la ambrosía
Que derrama la poesía
En mis horas de dolor;
Ni mi mente como suele
Por ideales mundos vuele,
Ni comprenda ni revele
Los secretos del Criador.

Desvanézcanse de mi alma
Las sublimes concepciones,
Las poéticas creaciones
Y las gratas ilusiones
De mis mundos de oropel;
Ni haya aromas en las flores,
Ni sonrisa en los amores,
Ni matices, ni colores
A que dé alma mi pincel.

Todo cuanto yo te debo
Quítame, si te parece,
Que te doy sin que me pese
Cuanto tengo y ennoblece
Los misterios de mi ser;
Y aun renuncio las mercedes
Que piadoso hacerme puedes,

Si por todo bien me cedes
El amor de una mujer.

En una de aquellas horas
En que el corazón desea
Materializar la idea
De aquella mujer que crea
Nuestra mente para amar,
A un joven de alma voltaria,
Poética y visionaria,
De hinojos esta plegaria
Oyósele pronunciar.

INDICE

José Mármol:

CANTOS DEL PEREGRINO

Dr. Claudio Mamerto Cuenca:

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutiérrez.

TOMO VI — EL CLAMOR DE LOS BARDOS

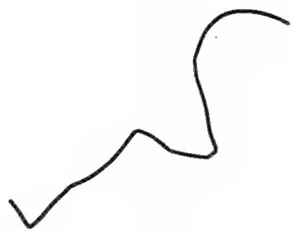
BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO VII)





ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutiérrez.

TOMO VII — NUEVA ALBORADA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

NUEVA ALBORADA

VENTURA DE LA VEGA

GABRIEL REAL DE AZUA

BARTOLOMÉ MITRE

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

RICARDO GUTIÉRREZ

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

VENTURA DE LA VEGA

El Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, que trae una noticia biográfica muy completa y detallada sobre D. Ventura de la Vega, la empieza con estas palabras: *Célebre poeta español. N. en Buenos Aires á 14 de Julio de 1807.* La autoridad del léxico, y la notoriedad del personaje, nos haría aparecer discutiendo con España la nacionalidad de Ventura de la Vega, si no tuviéramos otros títulos para reclamar como nuestra á esta gloria de la poesía castellana. Pero los tenemos.

No hay situación más desairada que la del amor á la fuerza, y estimamos tanto el concepto de la patria, que quizás nosotros mismos hubiéramos rehusado incluir á de la Vega entre los poetas argentinos si no hubiéramos encontrado manifestaciones suyas, bien claras, espontáneas y terminantes á este respecto.

De la Vega es argentino no solo porque nació en Buenos Aires, sino porque sus sentimientos para este país fueron siempre los de un hijo amante del suelo que lo vió nacer; sus recuerdos acariciaron en todo tiempo la memoria del lejano hogar, mirándole con cariño diseñarse á través de las brumas del oceano,

en las playas del río de la Plata; y sobre todo, porque esta patria y no aquella, es la que ha resonado en las cuerdas de su lira cuando el poeta ha invocado los benditos afectos del terruño.

Díganlo sino los siguientes versos con que empieza la segunda de las décimas á D.ª Matilde Lamarca, en que, hablando de sus ojos, la dice:

Yo que en su luz soberana
El Sol de mi patria ví,
Orgulloso me sentí
De mi sangre americana.

Dígalo sino la primera cuarteta de la *Despedida á un amigo:*

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonacible el mar,
¡Oh! si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

Y sobre todo, la siguiente, que no puede ser más terminante respecto á sus afecciones en el suelo extranjero:

¡Oh! cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh! si á este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postrer á Dios!

Y fimalmente, este párrafo de su carta de fecha 6 de Febrero de 1865, dirigida al general D. Bartolomé Mitre (1): «Pero sepa Vd que mi deseo sería ir á

(1) Esta carta está agregada, encolada sobre una tira de papel, entre la 1.ª y la 2.ª de las hojas en blanco ó tapas interiores del volúmen de las poesías de Ventura de la Vega que fué de D. Juan María Gutiérrez, y está hoy en la biblioteca del Senado Nacional.

morir donde nací: que mis restos descansaran donde están los de mi padre, donde estarán los de mi madre, en ese país cuyo recuerdo vive en mí ligado á la mejor época de mi vida. Dios me lo conceda.»

No pudieron llenarse sus deseos porque le faltó muy pronto la salud, pero nos demostró su amor y su entusiasmo por la patria lejana, en este final de la citada poesía, tan sentido y como hermosamente expresado:

¡Llévale tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor:
Díle que es ella el númen que me inspira
Y el solo objeto de mi ardiente amor!

Aun cuando de la Vega se educara en España, y aun cuando allí muriera sin haber vuelto á ver el cielo de su patria, nosotros tenemos así todos los derechos que dan los hechos y los sentimientos, para decir que era argentino.

Fueron sus padres Dn. Diego de la Vega, español, ex-contador mayor del Tribunal de Cuentas y Visitador general de la Real Hacienda del virreinato del Río de la Plata, y D.ª Dolores de Cárdenas, argentina.

Cuando solo contaba once años de edad, mandolo su señora madre á que se educara en los colegios de la península, embarcándose Ventura con ese destino, en compañía de un sacerdote amigo de la familia, el 19 de Julio de 1818. Entregado á su tío don Fermín del Río y de la Vega, que era oficial mayor de la Secretaría del Ministerio de Hacienda, éste lo puso

en el colegio de San Isidro, con los padres jesuitas. De allí pasó al célebre colegio de San Mateo, donde recibió las lecciones de Lista y de Hermosilla, vinculándose en estrecha amistad con sus condiscípulos Espronceda, Ochoa, Patricio de la Escosura y Roca de Togores bajo la dirección de Dn. Alberto Lista, en su pequeña academia *El Mixto*, continuadora de la enseñanza de la escuela sevillana cuyo ideal se sintentizaba en aquella célebre y repetida frase del maestro: *pensar como Rioja y decir como Calderón*.

Las corrientes liberales de la época complicaron á Vega en las bulliciosas conjuraciones de los *Numantinos*. Pero terminó pronto con estas calaveradas de muchacho, á costa de una reclusión de algunos meses, que debió sufrir en el convento de la Trinidad, en Madrid. Vistió más tarde el uniforme de miliciano, y al último empezó á derivar hacia las esferas oficiales, atraído por el halago de la protección de su tío político Dn. Francisco de Zea Bermudez. La muerte de este hombre público privó á de la Vega de su principal apoyo en el momento más crítico de su vida, cuando su ingenio empezaba á destacarlo de la mediocridad y lo llevaba á trasponer las cumbres de la indiferencia y de la envidia, para hacerlo esparcir el esplendor de sus galas por el campo de las letras castellanas. Y como de la Vega nunca fué hombre de trabajo, se encontró en esta ocasión tan falto de recursos y tan desorientado en su vida, que se decidió á regresar á su patria, por lo cual escribió á su madre, pidiéndole los fondos necesarios para ello. Los ruegos de una amiga

tuvieron más fuerza que la voz de la sangre que clamaba por él desde las orillas del Plata, y dejó salir el barco que debía traerlo, componiendo con tal motivo el siguiente soneto, inédito:

IMPROVISACIÓN

Cruza sin mí los espumosos mares,
Saluda ¡oh nave! de mi patria el muro,
Y déjame vagar, triste y oscuro,
Por la orilla del lento Manzanares.

Si osa turbar la paz de mis hogares
De tirano extranjero el soplo impuro,
Otro defienda con el hierro duro
Su libertad y mis nativos lares.

Así exclamaba yo, cuando las olas
Rompió la nave en que partir debía
Y abandonó las costas españolas.
Ella al impulso plácido del aura
Voló á las playas de la patria mía,
Y yo á los brazos me volví de Laura. (1)

Entonces fué que, para ganarse la vida, empezó de la Vega á traducir comedias del francés. Pasan de ochenta las obras que tradujo y arregló para el teatro español; pero esta poco noble tarea le valió también que le dijeran:

«El señor Vega todo lo hace con las comedias; las lee, las estudia, las critica, las traduce, las ensaya, las representa; solo le falta..... escribirlas.» (2)

---

(1) Copiado de un m. s. de Dn. J. María Gutiérrez, inserto en el vol. de las poesías de de la Vega, que fué suyo, y forma hoy parte de la Biblioteca del Senado Nacional.

(2) *Ferrer del Río:* cit. por el P. Francisco Blanco García, en su obra: «La literatura española en el siglo XIX» Tom. 1, pág. 319.

Su acercamiento, cada vez mayor, al mundo oficial fué quedando jalonado por las poesías que le inspiraban los sucesos de la época. Al regreso de Fernando VII de su viaje á Cataluña, después de terminarse el movimiento subversivo iniciado por los célebres *agraviados* que formaron la *Federación de los realistas puros*, compuso un canto épico (1), que es más notable por la prodigalidad de los agasajos al Soberano, que por el tono de la composición y el valor de las ideas con que realza el mérito de aquel triunfo sin lucha. Los días de la reina María Cristina, su juramento de la Constitución ante las Cortes, ó sus visitas al Liceo, quedaron así también como fechas celebradas por el poeta.

Esto le valió el que le dieran un puesto de Auxiliar, en el Ministerio de la Gobernación, y que más tarde le hicieran Secretario de la comisión encargada de inspeccionar el «Conservatorio de María Cristina» y de proponer su reforma. En este instituto fué donde Vega conoció á Dª Manuela de Lema, cuya belleza y voz preciosa cautivaron su corazón, con la que después se casó.

Dicen sus biógrafos españoles que Vega cambió radicalmente de ideas con los años, y que, «de volteriano que era en su mocedad, pasó á devoto en la edad madura». Y hasta se ha dicho que al quedar viudo, en

---

(1) Dice el Sr. de la Vega en una nota con que precede á esta composición: «El Ayuntamiento dispuso magníficos festejos: arcos triunfales, danzas, fuegos, iluminaciones, toros, funciones alegóricas en los teatros. Ofició á Dn. José María de Carnerero, á Dn. Manuel Breton de los Herreros, á Dn. Juan Bautista Alonso y á mí, pidiéndonos versos, que todos hicimos, y que imprimió en un cuaderno, con la relación circunstanciada de las fiestas.» Poesías de V. de la Vega, pág. 515.

1854, sintió viva inclinación á retirarse á un convento.

Al fin llegó á gozar de favor en la Corte. Fué maestro de literatura de Isabel II y de su hermana, y gentil-hombre, y secretario particular de la primera. Fué después, sub-secretario de Estado; y según lo manifiesta él mismo, en la carta al general Mitre á que ya hemos hecho referencia, al crearse la legación española en la República Argentina, se le ofreció el cargo de Ministro, que no pudo aceptar por el estado precario de su salud.

La verdad, es que, sufrió muchos padecimientos en sus últimos años. Dice su biógrafo más notable: «Se diría que vivía de milagro, y que su voluntad y su espíritu le sustentaban». Falleció el 30 de Noviembre de 1865, en Chamberi, cuando se dirigía á Madrid para asistir al estreno de su tragedia «*La muerte de Cesar*».

Respecto al mérito literario de las obras de Vega, dejaremos la palabra á sus críticos de la península, su segunda patria.

El señor M. Menendez y Pelayo (1) lo juzga en los siguientes términos: «Su verdadera gloria está en la poesía dramática; pero en la lírica tiene, aunque con menos perfección y amplitud, cualidades muy análogas: el mismo respeto á la forma, el mismo acicalamiento de versificación, con la misma tersura y nitidez de estilo con que á veces llega á simular la efervescencia de la vida poética que nunca es en él muy inten-

---

(1) *Antología de poetas Hispano-Americanos*. Tom. 4º pág. CXLVI.

sa, y el sentimiento que nunca es muy profundo. Su cultura clásica, superficial sin duda, pero sana, unida á un exquisito buen gusto, que parece haber sido en él casi innato aunque luego se desarrollase con las enseñanzas y los consejos de Lista, le dieron desde muy temprano la perfección negativa, esto es, la ausencia de defectos monstruosos y palpables, tales como los que en torno suyo cometía á diario la escuela romántica.

Su estro lírico no era muy vigoroso, y por consiguiente, no le fué difícil encerrarle en un cauce fácil y ameno (semejante al del *Pusa* descrito por él), donde la vista se recrea en la transparencia de las aguas sin buscar misterios en el fondo. Todo es natural, sencillo y culto; todo está bien dicho y bien versificado, sin ningún género de afectación ni de violencia: no se puede dar una poesía de salón más amena ni más ingeniosa: nadie ha hecho los versos de álbum con más primor y buen tono, ni las odas de circunstancias con tanta oportunidad. Se dirá que todo esto es tan efímero como las flores ó los perfumes de un sarao; pero algún mérito ha de tener la dificultad vencida cuando son tan pocos, á lo menos en España, los que han sobresalido en este género de agradable pasatiempo.

Lo que falta en la mayor parte de las composiciones sueltas de Ventura (y hablando de tal ingenio, puede decirse sin reparos la verdad entera) es personalidad lírica, ímpetu varonil, entusiasmo sincero, pasión hondamente sentida por algo divino ó humano.—Sé que pueden alegarse excepciones; pero son tan pocas, que

por el momento solo recuerdo una aunque bellísima y llena de fuego, *La Agitación*, que es una ráfaga romántica; quizás pueda añadirse la oda política *A mis amigos*, escrita en 1830, tributo pagado á ciertos hervores revolucionarios que nunca volvió á sentir el autor, y que eran de todo punto contrarios á su índole y temperamento. Todo los demás son versos de encargo en que ha entrado la cabeza, pero no el corazón del poeta».

Este reposado y concienzudo juicio del señor Menendez y Pelayo (cuyas apreciaciones sobre Vega son muy benévolas á nuestro parecer), se acentúa y pronuncia más en sus alcances, teniendo en cuenta lo que escribe D. Juan Varela, en su «Estudio biográfico crítico de las obras de la Vega, inserto en la colección de «*Autores dramáticos contemporáneos*»: «Tal fué el hombre que, en aquella brillante época de renacimiento literario, sobresale entre muchos que indudablemente valían; y si por fecundidad y riqueza de inventiva, por originalidad y brío de imaginación, y por enérgica novedad en el estilo propio, queda por bajo de Zorrilla, Espronceda, duque de Rivas, Bretón de los Herreros y García Gutiérrez; por rectitud de juicio, por acendradísimo buen gusto y por primorosa elegancia de dicción nos parece que supera á todos, desempeñando así, en aquella revolución literaria, el útil y conveniente papel de conservador de las tradiciones de la escuela clásica, tan ilustrada por Lista, Moratín, Gallego, Hermosilla y Quintana».

En parecidos términos se expresa también el P.

Blanco García; y como hasta los más entusiastas panegíristas de Vega eluden discutir su mérito como poeta lírico, hay que convenir en su justicia.

Las obras poéticas de Ventura de la Vega han sido publicadas en un lujoso volumen de 647 págs. en 8° (París imprenta de J. Claye, 1866), pero esa colección es muy incompleta.

GABRIEL ALEJANDRO REAL DE AZUA

Nació en Buenos Aires y muy joven se ausentó del país emprendiendo largos viajes de estudio por Europa y América. Según la información biográfica con que por primera vez se le presentó en la *América poética* (1), no volvió al país sino para cruzarlo, en dirección á las costas del Pacífico, el año 41.

En *El Nacional* de Montevideo, del 2 de Enero de 1841, publicó entonces la poesía *El villano discreto,* y los apólogos: *El ciervo y el perro de ojeo, La gallina y el pollo* y *La abdicación del león*,

Don Juan María Gutiérrez (2) nos dice lo siguiente: «El Sr. Real de Azua ha cultivado las letras con constancia, ya haya vivido entre los monumentos de

(1) *América poética*, pág. 716.

(2) *Revista del Río de la Plata*, Tomo V, pág. 153.

Roma ó entre las montañas del Alto Perú. Su instrucción le ha hecho acreedor á la amistad de eminentes literatos europeos, y á que varias sociedades científicas y literarias le cuenten en el número de sus miembros.

La intención moral de las obras del señor Real de Azua es la más pura y bien intencionada que pueda darse.»

Las obras del señor Real de Azua son:

Poesías diversas, 1 vol. en 8° menor, 304 págs. París, 1839.

Fábulas, 1 vol. en 8° menor, 181 págs. París, 1839.

Comedias, 1 vol. en 8° menor, 286 págs. París, 1840.

Fábulas, 1 vol. en 8° menor, 448 págs., 2ª edición, aumentada. Valparaíso, 1854.

Máximas y pensamientos diversos, en prosa y verso, 1 vol. en 8° menor, 351 págs. Valparaíso, 1856.

TENIENTE GENERAL D. BARTOLOMÉ MITRE

Hay nombres que representan un siglo, una época, una nación ó un pueblo, porque: como Lutero, trastornaron los ideales del mundo; como Frankclin desentrañaron el secreto de una ciencia; como Cesar personalizaron sus estados, ó como Napoleón condensaron la gloria de sus armas: Así el nombre del Teniente General D. Bartolomé Mitre representa para

la República Argentina su siglo, su época, su pueblo, su cultura y su grandeza.

Pretender escribir la biografía de una personalidad cuya vida es casi la historia de la República, es lo mismo que aspirar á representar al mar por una gota de agua, y para eso, basta decir que: nació en Buenos Aires el 26 de Junio de 1821, falleciendo en la misma capital el 19 de Enero de 1906.

Mitre ha sido todo cuanto un hombre puede aspirar á ser en la vida de su pueblo, y todo cuanto el pueblo quiso ver en aquel hombre. Cuanto la fortuna pudo darle, estuvo á su servicio; y cuanto la inteligencia y el trabajo pudo hacerlo, se lo dió su voluntad.

Fué político y soldado: y agotó todas las gerarquías civiles y militares. Luchador infatigable, fué periodista; estudioso observador, fué historiador; repúblico apasionado, fué polemista; patriota desinteresado, fué reformador; ingenio cultísimo, fué poeta.

Su musa fué la patria, y sus versos reflejan los elevados pensamientos que le inspirara esta hada de todos sus sueños. Su ideal fué la gloria, y su estro revela el lento y paciente esfuerzo con que luchó por conseguirla.

Algunas de sus composiciones han llegado á ser populares: ¿Ha sido efecto de íntima consonancia de su poesía con los sentimientos del pueblo, ó mero reflejo del prestigio y de la simpatía de que gozaba su autor?

Nosotros creemos que los versos no se popularizan sino cuando realmente traducen el anhelo ó el sentimiento general; cuando en sus ideas chispean las luces que iluminan el alma de la multitud, ó cuando

en sus acentos palpitan los afectos que le son más caros.

El general Mitre ha sido un gran literato. A este respecto, uno de sus últimos biógrafos se expresa en los siguientes términos: (1)

«Pero no creemos engañarnos al decir que cifra en las letras su mayor orgullo, á par que su más vivo y constante fervor: termina su vida como la empezó, siempre fiel á las musas y dedicado en su gloriosa ancianidad al mismo culto que mereció sus votos juveniles. Además de sus grandes obras históricas sobre Belgrano y San Martín, que han alcanzado varias ediciones, el general Mitre ha colaborado infatigablemente en casi todos los periódicos de su país, y, entre muchos volúmenes de crítica histórica, política y literaria, ha dado á luz un tomo de *Arengas*, otro de *Rimas*, y traducciones en verso de Dante, Victor Hugo y Horacio».

La obra literaria de este gran hombre de la política y las letras argentinas, publicada en libros, es la siguiente:

Rimas (vol. 2.ª ed. 1876); *Estudios históricos sobre la Revolución Argentina. Belgrano y Güemes* (1 vol. 1864); *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (3 vol. 4.ª ed. 1887); *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (4 vol. 2.ª ed. 1890); *Comprobaciones históricas á propósito de algunos puntos de historia argentina* (2 vol. 1882); *Arqueología Americana, Las ruínas de Tiahuanaco* (1 vol. 1889); *Arengas* (1 vol. 1889).

---

(1) *P. Groussac.* «La Biblioteca» Tom. VIII, pág. 268.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Entre la pléyade de hombres superiores que siguió á la heroica generación argentina á cuya inteligencia y denuedo debe el país su independencia, se han revelado muchas figuras de relieve intenso y actuación brillantísima, que se destacan en el fondo de los acontecimiento nacionales como los astros de las grandes constelaciones sobre su cielo cubierto por miriadas estelares. López, Frias, Alberdi, Varela, Echeverria, Domínguez, Avellaneda, Cané, Mitre y Sarmiento, son nombres que resplandecen en el horizonte argentino por el intenso fulgor que irradian sus talentos, y representan algo así, como vértices principales de una gran triangulación ideológica, cuyas líneas morales y políticas abarcan todo el campo de nuestra historia en el período angustioso que precedió á la organización constitucional de la República, y á los comienzos de su progreso no interrumpido.

Y, sin embargo, con ser todos ellos tan notables, aún llega á serlo más, entre ellos mismos, nuestro ilustre D. Juan María Gutiérrez, de quien vamos á ocuparnos en estas páginas. Su personalidad es más pura, y por lo mismo más ámplia, más dulce y más suave que la de aquellos otros, tan brillantes como fogosos contemporáneos; su acción fué más honda, y en consecuencia su trabajo más fecundo; su mi-

sión más pacífica, y por lo tanto su recuerdo más extensamente apreciado.

Políticos, militares, poetas y literatos, todos ellos acusan en las formas angulosas de sus escritos el desquiciamiento social de la época. Las espadas ociosas después de la victoria que derrumbó la tiranía, continúan peleando en el campo de las letras, donde se truecan en las mejores plumas; y tanto afilan sus plumas los escritores, que resultan las mejores espadas.

En medio de esta efervescencia pasional de la época, y del resplandor de aquellas inteligencias que convirtieron en momento de fulguración genial del pensamiento argentino las horas más lúgubres de la historia patria, la personalidad de D. Juan María Gutiérrez se destaca entre todas, por la intensa nobleza de sus líneas, luciendo, entre las desgarradas vestiduras de sus contemporáneos, la inmaculada túnica de su sacerdocio literario.

Trabajador infatigable de erudición tan vasta como sólida, su carrera profesional á base de matemáticas, había sedimentado su cerebro y ordenado sus ideas, habituándolas á desenvolverse con método y precisión algebraica; y su temperamento afectuoso, su gentileza patricia, su amor á la patria y su entusiasmo por la libertad y solidaridad de las repúblicas americanas, envolvían sus pensamientos en cendales tan hermosos, que las hijas del divino Apolo debían sentirse tentadas de engalanarse con ellos. Era poeta en toda la extensión de la palabra.

Las obras de los escritores argentinos que descollaron después de Caseros se caracterizan por su tendencia polemista, por el desenfadado personalismo y altanero exclusivismo de sus autores. El ambiente de controversia que epilogó la caída de Rozas, prologando nuestra organización definitiva, ha azotado con tanta furia sobre las páginas impresas entonces, que es difícil encontrar una sola de ellas que no esté ajada por la pasión ó rota por el encono.

La obra de D. Juan María Gutiérrez es la única que ha escapado de este vejamen.

La admiración que el señor Gutiérrez sentía por los hombres de la guerra de la independencia, sobre todo por el vencedor de Maipo y Chacabuco; su visión de la grandeza americana á la luz de aquella inmensa aurora que saludaron las dianas de Ayacucho; y su amor al terruño, á la patria recién acariciada con todas las ternuras del regazo materno, á la raza recién levantada á la faz de las otras naciones con todas las altiveces de sus victorias, determinaron en él un exclusivismo de otro orden, más ficticio que verdadero, pero que desgraciadamente aparecía siempre como tal, en forma de repulsa á todo lo que fuera español, aun cuando en el fondo de esa actitud no hubiera otra cosa que el propósito bien patriótico de aplaudir la causa de la emancipación, y el anhelo bien legítimo de coadyuvar por todos los medios á su alcance á demostrar la importancia de la revolución americana y la posibilidad de su evolución independiente.

Fuera de este detalle, de esta aparente animosi-

dad contra España, la obra de D. Juan María no puede ser más noble y desinteresada, puesto que tiende á establecer una situación que no hubiera podido nunca juzgarse si él no se hubiera preocupado de reunir los elementos que se necesitaban para ello. Su trabajo es de un valor inapreciable por la cantidad de documentos que ha salvado del olvido; y gracias á su laboriosidad, su celo y su pasión por las letras, tenemos un verdadero tesoro histórico-literario, en sus colecciones de manuscritos autógrafos de los poetas americanos, que afortunadamente para el país, han sido adquiridas por el Estado para la Biblioteca del Senado Nacional.

Don Juan María Gutiérrez, nació en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809. Su primera escuela fué su hogar, en cuyo ambiente solariego aprendió los primeros conocimientos del saber y practicó las virtudes heredadas de sus padres. Cursó humanidades en el colegio de la Universidad, y tanto se distinguía por su inteligencia y aplicación, que siendo todavía estudiante fué nombrado miembro de la comisión topográfica de la Provincia, y jefe de trabajos prácticos del mismo colegio.

Orientado en la dirección de las matemáticas, obtuvo con lucimiento el título profesional que daba entonces la Universidad. Pero desde muy joven también mostró D. Juan María su afición á las letras, haciéndose admirar por el buen gusto y la profundidad de sus trabajos en las reuniones de carácter artístico-literario que se celebraban en casa de D. Mar-

cos Sastre, educacionista de la época, cuyo nombre ha pasado á la posteridad, venerado por la juventud de la cual supo ser maestro y compañero.

El señor Zinny (1) recuerda el éxito que obtuvo el joven Gutiérrez con una disertación leída en aquella minúscula academia, el año 1837, sobre la *Fisonomía del saber español*, y la colaboración que tuvo ese mismo año en la publicación del *Cancionero Argentino*, de D. José Antonio Wilde, cuyo prólogo fué hecho por él. (2)

Asociando los trabajos científicos con los literarios, como ingeniero primero del Departamento Topográfico de la Provincia el Sr. Gutiérrez tomó parte en la medición de precisión del ancho de la nave central de la catedral, que se verificó el año 1836, para referir á ella la longitud de la unidad lineal, y colaboraba en los periódicos de la época *El Museo Americano* (3), *La Moda* y *El Recopilador*.

Fué, con Echeverria y D. Juan B. Alberdi, fundador de la *Asociación de Mayo*, ideada por el primero; y con ellos dos redactó la memoria explicativa del *Credo*, que aceptaron y juraron sus miembros en la tenida del 8 de Julio de 1837.

Como todos los hombres de mérito de su tiempo, que no respondieron al déspota adueñado del poder,

---

(1) *Juan María Gutiérrez. Su vida y sus escritos*, por Antonio Zinny, 1878, pág. 9.

(2) Creemos que sobre este punto haya error de información en el señor Zinny, porque el *Cancionero Argentino*, editado el año 1837, no tiene prólogo de nadie.

(3) Este fué el primer periódico ilustrado que se publicó en Buenos Aires. Apareció el año 1835.

el joven Gutiérrez fué á dar á las mazmorras de sus prisiones, y de ellas salió para el destierro.

Dirigióse á Montevideo donde se hallaba reunido un grupo tan numeroso como selecto de amigos víctimas del mismo infortunio, y junto con ellos siguió sus campañas en la prensa, colaborando en todos los periódicos que se publicaban contra Rosas: *El Iniciador* (1), *El Muera Rosas* (2), *El Talisman* (3), *El Tirteo* (4), *El Museo Literario* y *El Comercio del Plata.*

Pero el enjambre rumoroso de los expatriados argentinos no reducía su trabajo de colmena al propósito de derribar la tiranía, clavando sus aguijones en la endurecida epidermis del trágico señor de Palermo, sino que formaban allí de todos modos, para la patria, el panal de rica miel de las más nobles aspiraciones de sus almas.

El ostracismo templaba sus fibras. El ambiente fraternal que les brindara la sociedad uruguaya revivía en sus corazones los entusiasmos de los años juveniles, y libando ambrosías en los afectos y festejos de sus aristocráticos salones, revoloteaban, alegres y de-

---

(1) *El Iniciador* era redactado por Lamas, Alberdi, Echeverría, Cané, Mitre, Tejedor, y D. Félix Frías. Existen en él los siguientes artículos de don Juan María Gutiérrez:

«Capítulo XIV de los deberes del hombre. Del estudio.—No lo diré.—Endecha del gaucho.—El hombre hormiga.—A los poetas (*traducción de una poesía italiana*).—Mirabeau, juzgado por Víctor Hugo en 1834 (*traducción*).—Don Juan Meléndez y Valdes.—Costumbres españolas (*cuentos á la manera de los caprichos de Goya*).—La flor y la tumba.—Pensamientos de Mr. Lamartine, estractados de su viaje á Oriente.—El encendedor de faroles.—La flor del aire.—El alma de Luvina (*canción*).—Venecia (*traducción de una poesía italiana*).

(2) Lo redactaban Gutiérrez, Dominguez, Cané, Echeverría, Alberdi, Irigoyen, Orma y Goyena.

(3) Lo fundaron Gutiérrez y Rivera Indarte.

(4) Lo redactaban Gutiérrez y Rivera Indarte.

cidores, cargando sobre sus alas el polen de oro de sus chispeantes ocurrencias para amasar con él las celdas de todos sus planes y proyectos.

Asi nació la idea de celebrar con un certámen poetico el aniversario de Mayo del año 1841.

¡Los manes argentinos debieron sonreir complacidos al ver á aquel grupo insuperable, aprestándose á arrancar de sus liras los sonidos más alegres y armoniosos, para cantar la gloria y la grandeza de la patria ¡sumida en llanto!

«Son los poetas sacerdotes, encargados de las festividades de la patria»—empezaba diciendo el informe de la comisión clasificadora (1) del certámen—Y ante las aras del altar de Mayo en que se elevaba el sol de la libertad, los poetas argentinos y uruguayos, mostrándose vinculados en los más altos ideales, realizaron aquel día la más solemne evocación poética de sus destinos, de que nos habla la historia.

El gobierno oriental auspiciaba el acto. (2)

El poeta laureado fué D. Juan María Gutiérrez; y el Presidente de la comisión del certámen, don Cándido Juanicó, le entregó el premio con las siguientes sencillas palabras: «Hé aquí el lauro consagrado

---

(2) *J. B. Alberdi*. Obras completas. Tom. II pág. 69.

(1) Don J. B. Alberdi (obras completas. Tom. II, pág. 77) dice: «Aun cuando el señor Antuña no se hubiese señalado por otros actos recomendables, en el empleo que desempeña, sino por su decreto del 6 de Mayo, este solo pensamiento haría digna de recuerdo su administración de policía por mucho tiempo.»

El decreto del señor Antuña, decía: «Al individuo que presente la mejor composición poética, en celebridad de la revolución de Mayo, de los obstáculos que tuvo que vencer y de los beneficios que ha producido al continente Sud Americano, se ofrece un premio, que consistirá en: una medalla de oro, que en su anverso tendrá: REPÚBLICA ORIENTAL—25 DE MAYO DE 1841, entre dos ramos de laurel; y en su reverso: AL MÉRITO POÉTICO, entre una orla de siempreviva y rosa.

por el patriotismo, al sublime cantor del gran día de América. Os habeis hecho por vuestro noble ingenio, digno de él y del común aplauso.»

Don Juan María permaneció en Montevideo hasta Abril de 1843, en que se embarcó para Europa, junto con D. J. B. Alberdi, á bordo del bergantin «Edén». Dejaba huella imperecedera de sus tendencias políticas y de su amor á las letras en las páginas del *Tirteo*, el *Iniciador* y el *Museo Literario*, donde, además de innumerables artículos de todo género, había publicado la conocida poesía *la bandera de Mayo*, la leyenda histórica *Irupeza*, y *la endecha del gaucho;* pero dejaba ya también la semilla fecunda de su laboriosidad y de su amor á las letras americanas.

Desde un año antes venía trabajando con sus amigos el poeta D. José Rivera Indarte y el historiógrafo D. Andrés Lamas, en la formación de una Antología de los poetas del Río de la Plata, que pensaban titular: *Poetas del Río de la Plata.* (1)

Verdaderamente es de sentir que aquel trabajo no se terminara, pues era el momento más oportuno para salvar las lagunas con que hoy nos encontramos.

---

(1) En la colección de manuscritos de D. Juan María Gutiérrez adquirida por el gobierno para la Biblioteca del Senado Nacional, existe un cuaderno titulado: «*Notas para la colección de poetas del Río de la Plata que compilaban en Montevideo en 1842, los señores don Juan María Gutiérrez, don José Rivera Indarte y don Andrés Lamas.*» Este es un cuaderno en folio, que contiene notas referentes á nombres de ciudades, de personas, de cosas, hechos históricos, usos y costumbres americanas.

El Sr. D. Antonio Zinny, que es autor de la biografía más completa que se ha escrito del Sr. Gutiérrez, dice que el Sr. Lamas terminó solo esa obra, y que la remitió á París para su publicación «con la condición de que la edición fuese de primer orden, estremadamente correcta, hallándose bajo la inspección de tres literatos españoles», pero, el hecho es que la obra no apareció jamás, y D. Juan María no hace nunca mención de un trabajo tan adelantado, al cual difícilmente hubiera renunciado á vincular su nombre.

Ellos habían estado en contacto inmediato con los poetas de la colonia y de los primeros años de la guerra de la independencia, y eran del grupo de donde salieron los editores de La lira, la Colección de poesías patrióticas y el Cancionero Argentino. Ellos conocían la paternidad y la historia de todas esas composiciones, y por lo tanto estaban en condición de poder aprovecharlas á todas. (1)

Al empezar á escribir esta biografía, hemos trepidado sobre la elección del mejor modo de hacerla, temiendo sacrificar al orden de los sucesos la importancia de los hechos realizados. Pero como toda la vida de D. Juan María está ligada al movimiento literario de su época, siendo actor y espectador, su obra solo puede apreciarse en conjunto. Para estudiar el significado de ese exponente de la cultura intelectual argentina, su generación, su desenvolvimiento y su influencia en el país, vamos á dar preferencia á la reseña y comentario de sus trabajos sobre el de las circunstancias porque atravesara en su vida, abandonando los detalles de la personalidad del poeta, escritor y publicista, del político, del viajero y del hombre de estado, del educacionista y del bibliófilo, para poder encuadrar, siquiera sea someramente, los orígenes de ese espíritu privilegiado, las fuentes que alimentaron su cerebro, los estudios que completaban su ilustración, sus gustos y sus métodos de trabajo, sus opi-

---

(1) Don Juan María ha eliminado muchas de estas incógnitas respecto á Lavardén, Azcuénaga, Rojas y Fray Cayetano con su feliz inclinación á coleccionar autógrafos de poetas. Así ha salvado también del olvido muchas de las poesías de los emigrados.

niones en materias de discusión científica ó religiosa, sus creencias y sus teorías sobre el estado y la sociedad.

A bordo del *Eden*, durante la travesía del Atlántico, los espíritus de aquellos dos jóvenes tan animosos como ya desgraciados, vincularon los sentimientos de sus almas en las estrofas de un mismo canto, del que trascienden las profundas meditaciones del filósofo, entre las dulces armonías del poeta. (1)

Don Juan María llevó á cabo la *versificación* del *Eden*, y dos años más tarde, desde las costas del Pacífico, remitía á su amigo las estrofas de aquel canto que el juzgaba las más correctas, *quedando las otras condenadas al olvido, sin apelación, ante el tribunal de su propia critica.* (2)

---

(1) J. B. Alberdi, autor del argumento de este poema que titularon *El Eden* en recuerdo del barco que los conducía, puso el libreto en manos de Dn. Juan María, con la siguiente carta:

Oceano Atlántico, 26° 32' lat. N. y 37° 45' log. O, á bordo del *Eden* el 9 de Mayo de 1843.

Sr. Dn. Juan María Gutiérrez.

Mi querido Gutiérrez:

Aquí tiene Vd. un trabajo literario, sin norma conocida, que me ha ocurrido apellidar poema. Pero un poema en prosa es como un *libreto* de ópera sin música.—Según esto, ¿no se atrevería Vd, á tomar el rol de Rossini, y acomodar mi asunto á la música de sus versos?

Los que prescriben la imitación como ley del arte, persiguen al imitador como plagiario. Creo haber eludido esa ley, sin hacerme culpable de plagio. Pueden, sino, citarme al jurado de la rapsodia literaria, si he tomado los elementos de mi obra de otras fuentes que mi corazón, el oceano y el sol de la zona torrida.

Muy posible es que los lectores académicos no me hallen ajustado al código del poeta; pero al menos me hallarán pintor sincero y veraz, los lectores que meten el fastidio de la navegación á la sombra de la *randa* en los mares tropicales. Para ellos se destina este escrito, no para corazones artificiales, que sienten su literatura por medio de la regla, como los viejos ven con auxilio de los anteojos.

Pintor vulgar, yo escribo para el pueblo, que lee en el corazón como yo escribo con el instinto.

J. B. Alberdi.

(2) Valparaíso, Mayo 20 de 1845.

Sr. Dn. Juan B. Alberdi.

Mi compañero y amigo: Vd. conoce tanto como yo la historia de estos

El Sr. Gutiérrez visitó la Italia, la Suiza y la Francia, y volvió á América recorriendo casi todas las repúblicas del Pacífico, para radicarse en Valparaíso. Allí levantó su tienda de emigrado político, y el ilustre huesped retribuyó las atenciones que se le dispensaron, con los dones de su ilustración y su cultura: Fundó y dirigió la escuela naval.

Colaboraba en todos los periódicos que defendían la tendencia política contraria al tirano de Buenos Aires; escribía poemas genuinamente americanos como *Caycobe* (1); escribía folletos descriptivos de los lugares visitados, donde su talento práctico descubría las fuentes de riquezas inexplotadas que podían ser objeto de los negocios más lucrativos. Y con el alma llena de entusiasmos por el país y la raza sudamericana, que nunca supo ver sino entre nímbos de gloria y de grandeza, ocupaba sus ocíos en recopilar las producciones de los poetas del continente, publicando en 1846, la primer antología americana *La América Poética* (2). Ese mismo año publicó un tomito de lec-

---

versos. Han estado entre mis papeles, sin revisión ni lima desde que nos separamos en Europa. Sobre la cubierta que los guardaba yo había escrito esta advertencia: «La inspiración y los pensamientos de este poema, pertenecen á mi amigo el Dr. Dn. Juan B. Alberdi.»

El vuelo de los pensamientos del original y mucha parte de sus galas, han desaparecido al sugetarlos al tormento de la medida y de la rima. El *Edén* no es en mis versos, sinó la copia descolorida de un cuadro de maestro. La parte que le adjunto es la más correcta, quedando las otras condenadas al olvido, sin apelación, ante el tribunal de mi propia crítica. Estimo en muy poco los versos mismos que le adjunto, y los he copiado en limpio, porque son lo único que puedo ofrecerle en prueba del amor y la estima que le profeso.

Su amigo.

Juan María Gutiérrez.

(1) Se publicó en *El Comercio del Plata*, núm. 227 del 16 de Julio de 1846.

(2) *América poética*, colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo. Valparaíso. Imprenta del Mercurio, 1846.

Los poetas argentinos incluídos en esta antología son; Florencio Balcarce,

tura para los colegios, titulado *El lector americano* (1), con el objeto de propagar entre la juventud el conocimiento de los grandes hechos de la historia americana, y alentar en sus almas su amor á la libertad, y su veneración á los próceres de la independencia.

—Muy grande debe ser nuestro agradecimiento hacia los hombres ilustres que han escrito aquel período de nuestra historia en el idioma de las musas—decía el patriota publicista, en el prólogo de aquella obra de la cual el Sr. Menéndez y Pelayo ha dicho, con razón, que: «no ha sido superada ni igualada después, por ninguna otra» —la epopeya de la lucha de la independencia existe burilada; falta únicamente que se reunan en un cuerpo los himnos en el triunfo y las elegías en los desastres, que se han escrito desde el Anahuac hasta la tierra Argentina —Y en aquella época en que todos los vínculos de la solidaridad hacían crísis, enervados por la anarquía, y en que los pueblos se hallaban agrupados en torno de la banderola roja, azul ó blanca que flameaba en la lanza de sus caudillos, recordando la unidad de propósitos, de ideales y de sacrificios que los habían agrupado bajo las mismas banderas, desde el Orinoco hasta el estrecho de Magallanes, él volvía á hacer resonar en sus oídos

---

José María Cantilo, Luis L. Domínguez, Esteban Echeverría, Juan Godoy, Juan Crisóstomo Lafinur, Vicente López y Planes, Esteban de Luca, José Mármol, Gabriel Alejandro Real de Azúa, José Rivera Indarte, Florencio Varela y Juan Cruz Varela.

Esta obra se publicó por entregas, y se concluyó de imprimir á fines de Junio de 1847.—Comprende 53 autores y 455 composiciones.

(1) *El lector americano*, colección de trozos escogidos de autores americanos, sobre moral, maravillas de la naturaleza, historia y biografía americana, estractados y ordenados por don Juan María Gutiérrez. Valparaíso. Imprenta y Librería del Mercurio. 1865. (2.a edición).

las clarinadas de Maipo, de Junín y de Ayacucho, en las estrofas de López, de Olmedo y de Varela.

La *América Poética* es el primer y más hermoso monumento que se haya erigido en honor de la *armonía del pensamiento sudamericano.* Fué hecha para difundir entre las diversas repúblicas el gusto de la amena literatura, renovando los recuerdos más convenientes para alimentar el espíritu público, y de este punto de vista su importancia era tan grande y su propósito tan trascendental, que el sociólogo y el político, el filósofo y el estadista, pudieron ver en ella la mejor de las propagandas, como los poetas veían el más galano de los homenajes. Por eso es, que, ese *americanismo mal entendido,* que critica el Sr. Menéndez y Pelayo (1) á Dn. Juan María Gutiérrez, ha sido apreciado en América como el mejor y más justo título de su reputación de hombre ilustrado y patriota. (2)

---

(1) *Antología de poetas hispano-americanos.* Tom. IV, pág. CLXXXI.

(2) En el *Album Mejicano* Tom. 1.º, pág. 614, se leen las siguientes palabras sobre la obra del Sr. Gutiérrez:

«La *América Poética* es no solamente un monumento levantado á la gloria de los ingenios del continente; es una vindicación solemne que responde á los que nos representan día á día sumidos en la más dolorosa barbarie. La *América Poética* si para el humanista y para el filósofo debe ser un objeto de estudio, para nosotros además, es un libro de familia; es el álbum en que han escrito nuestros hermanos; es el registro simpático en que está formulada nuestra manera de sentir.»

—*La Prensa* de Guayaquil, núm. del 3 de Febrero de 1848, hablando de los emigrados políticos argentinos con motivo del arribo de Sarmiento que venía á Chile, dice: «Es nuestro deber asociar á estos nombres el del señor Juan María Gutiérrez que ha levantado en la *América Poética* un monumento á todo la América hispano-americana; obra de erudición, de buen gusto, obra de un patriotismo ilustrado, que ha tratado de probar que el genio naciente de la América podía prestar un gran interés á los que contemplan con gusto los primeros albores de la inteligencia; obra que probará mucho en favor de América, pues sus poetas han cantado más por un impulso natural, que por esa sed de gloria, por ese entusiasmo que en las sociedades más adelantanas arroja coronas de gloria ó de martirio sobre la frente del genio.»

No conocemos discrepancia alguna á este respecto que sea digna de tomarse en cuenta; y no puede haberla, porque, aún cuando este anhelo particular de concurrir al restablecimiento del orden, al afianzamiento de la paz, al goce de los derechos y libertades *que supieron conseguir* los prohombres revolucionarios, y á la solidaridad en los principios de la democracia y de la igualdad ante la ley, fueran en Dn. Juan María la preocupación incesante de toda su vida, el mismo sentimiento palpita en los corazones de todos los sudamericanos.

El pensamiento de utilizar la literatura y sobre todo la poesía, para restablecer el predominio de estas ideas, no era incensato, y tenía en la historia de aquellos mismos tiempos los más sugestivos ejemplos. Equivalía á echar al molde de los ideales de la revolución de Mayo las gangas del primer estrato del terreno movedizo de la anarquía, para fundir, al calor de las más altas temperaturas del patriotismo, los nuevos sistemas é instituciones de sus pueblos.

Así piensa también Dn. Juan Valera (1), cuando dice: «Mientras una nación conserva fecunda actividad en el pensamiento no es de temer que por la acción decaiga y mucho menos que se hunda. En todas partes, en estos últimos tiempos, los grandes pensadores y escritores, y los eminentes é inspirados poetas han sido, en el pueblo que los poseía, como anuncio

---

(1) *Ecos Argentinos.* Apuntes para la historia literaria de España en los últimos años del siglo XIX—1901—pág. 4.

Carta dirigida al Sr. Dn. Rafael Obligado, con fecha 27 de Noviembre de 1886. (Publicada el *El Sud Americano* año 1888. pág. 231.)

y señal de altas venturas, de renacimientos políticos y de extraordinarios triunfos en la vida práctica. A la formación de la unidad italiana, soñada y deseada en valde durante tantos siglos, precedió una rica y brillante actividad intelectual, donde dieron gallardas pruebas de su valor Parini, Alfieri, Casti, Monti, Fóscolo, Manzoni, Leopardi, Mamiani, Rosmini, Nicolini, Giusti, Gioberti, Galuppi, Tosti, César Balbo y muchos otros. Fueron éstos como los profetas y precursores de Victor Manuel, de Cavour y de Garibaldi. Y á las victorias de Prusia sobre Francia, y á la formación del nuevo imperio alemán precedió también, en Alemania, un gran movimiento filosófico y literario, acaso en su mayor auge cuando Alemania parecía más en peligro y más abatida bajo el imperio de Napoleón I. Göthe, Schiller, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, y una hueste luminosa de otros ilustres filósofos, historiadores y poetas fueron los precursores de Bismarck y los profetas de su éxito y de su gloria.»

Convengamos pues en que, el calificativo de *mal entendido* que el Sr. Menéndez y Pelayo aplica al patriotismo del Sr. Gutiérrez, es cuando menos, tan injusto y disonante, como así hayan podido serlo siempre los ataques de éste á todo lo español.

La filología, y por ende la literatura, ha sido muchas veces la víctima más inocente de los regionalismos de los pueblos, y España ha pagado tanto tributo á este mal, que ya podía estar habituada su crítica á distinguir las razones que vinculan ó separan los pueblos entre sí, de aquellas que las circunstancias po-

nen en boca de los exaltados, para no exponerse á trocar el manto inmaculado de su realeza por la capa plebeya de la política.

El mismo insuperable crítico que tan agresivo resulta para nuestro insigne D. Juan María, no ha creído siempre que fuera malo el que nuestros poetas trataran de ser lo más americanos posible; y haciendo justicia á la fuerza de la sangre, á la influencia del lenguaje, al ambiente de la religión y á las armonías del clima, escribía hace algunos años, á uno de nuestros vates más jóvenes, estas hermosas palabras que están may lejos de ser una paradoja:

«Cuanto más argentino, sea Vd. tanto más español llegará á ser.» (1)

Cosquillas nos hace ahora mismo el propósito de probar que D. Juan María Gutiérrez ha sido *el más español* de todos los argentinos: de los periodistas, por lo apasionado; de los literatos por lo castizo; de los poetas por lo galano; de los críticos por lo gentil; y de los hombres, por lo regionalista y aferrado á las cosas de su pueblo.

Pero, la madre patria ha perdido esta vez el derecho á nuestra consideración, para que la demos una satisfacción tan grande.

—El año 1851 pasó el señor Gutiérrez al Perú, radicándose en Lima, donde dejó rastros imperecederos de su saber y su cultura, publicando en el *Comercio de Lima* un trabajo muy importante sobre Juan de

(1) Carta dirigida al señor D. Rafael Obligado, con fecha 27 de Noviembre de 1886. (Publicada en *El Sud Americano*. Año 1888, pág. 231.)

Caviedes. Cuando supo el levantamiento del general Urquiza se puso en viaje de regreso; y en la bahía de Valparaíso recibió la noticia de la victoria de Caceros, que le habría las puertas de la patria.

Apenas llegado á Buenos Aires fué electo diputado. Pero el Dr. D. Vicente López y Planes acababa de ser nombrado gobernador titular de Buenos Aires, y el señor Gutiérrez aceptó compartir las tareas de su gobierno, en las difíciles circunstancias que se produgeron después del acuerdo de San Nicolás.

Como ministro de gobierno le tocó defender aquel célebre tratado ante la Cámara de Representantes, teniendo por opositores, entre otros, al Dr. D. Dalmacio Vélez Sársfield y al entonces coronel D. Bartolomé Mitre. La historia patria ha recogido el eco de aquellos célebres debates, y ha puesto de relieve el caracter del ministro informante, estereotipando la siguiente frase dirigida al pueblo y á la cámara, en un momento en que las manifestaciones de la barra le eran más adversas (1): «Parece desgraciadamente, que los diputados y la barra están bajo la presión de sentimientos iguales á los del 1º de Diciembre de 1828. En aquel tiempo no hubo ningún mozo de tienda, ni ningún estudiante de la Universidad, y yo entre ellos, que no viniese á este sitio á producir escenas análogas, como si representaran efectivamente la opinión pública; y sin embargo, esta aparente opinión pública

(1) *Historia de la organización nacional*, por Mariano A. Pelliza, 1852-1862, pág. 48.

no fué la de la razón, según lo patentizó su desenlace en el puente de Márquez.»

En medio de las agitaciones de la política de aquella época, en que el país recién salido de las sombras de la tiranía, encaraba de frente el problema de la organización nacional, hollando resistencias de toda clase, y antagonismos los más opuestos é inconciliables, don Juan María Gutiérrez fué, en todas partes, factor de orden, de paz y de progreso; vínculo de solidaridad en medio de los más apasionados localismos provinciales; y símbolo de ilustración y de cultura para todas las administraciones que honró con sus luces y sus esfuerzos. Y en todas partes y en todo momento, continuaba con infatigable constancia y entusiasmo sus estudios filosóficos y literarios, sus trabajos profesionales, sus investigaciones históricas y bibliográficas sobre la literatura americana (que era su pasión favorita), sus correspondencias literarias á diarios y revistas nacionales y extranjeras, y sus visitas al Pindo.

Puede apreciarse el mérito de sus versos por las siguientes palabras con que los juzga el señor Menéndez y Pelayo (1): «La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus versos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la línea

(1) «Antología de poetas hispano-americanos». Tomo IV pág. CLXXXI.

no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto *á la Revolución de Mayo,* premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta magestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.»

Imitando el ejemplo de varios de sus compatriotas contemporáneos, pagó á su país el tributo de esos nobles sentimientos é inspiraciones generosas que inspiran á los poetas, y reunió sus versos en un tomo de 339 páginas, en 8°, que publicó en 1869 (1), aspirando (según él mismo lo dice en el prólogo) á que se le tuviera solamente «por tributario, en verso, al caudal de la literatura patria, probando con un nuevo hecho que los argentinos que se creyeron capaces de manejar la pluma, no fueron jamás perezosos para celebrar las glorias de su país, dolerse de sus males ó

(1) Se publicó por la imprenta y librería de Mayo, de D. Carlos Casavalle. Plaza Monserrat, Moreno 241.

describir lo que es bello y característico en esta porción de América en donde Dios nos hizo nacer.»

—Se ha hecho alguna vez mención de las ideas liberales del señor Gutiérrez, y el ilustrado cuanto erúdito autor de la Historia de las ideas estéticas en España, corrobora esa triste fama y acentúa más el rumor sobre la dudosa ortodoxia de nuestro insigne compatriota, hablando de su *empedernido volterianismo*, como de una *fanática é intolerable manía.*

Estamos muy lejos de pensar de acuerdo con el insigne autor de los Heterodoxos españoles.

Si algo prueban los versos del señor Gutiérrez son sus creencias, su fervor y su moral.

En la primera de las poesías de su volúmen, titulada *A Mayo*, ya encontramos estrofas como éstas que bien pudieran ser firmadas por Fray Luis de León:

«Palma á mi sien, recogimiento á mi alma,
Sublime magestad á la voz mía,
Dad ¡oh mi Dios! dispensador del día,
Como dais tempestades y dais calma.

Todo es tuyo, Señor, en mi creencia:
Prodigios de los hombres y conquistas,
Creaciones de vates y de artistas,
Son obra tuya, no de humana ciencia.

Jamás alcé mi pensamiento al cielo
A contemplar las luces de tu gloria,
Sin tenerte, Señor, en la memoria
Y sin mirar compadecido al suelo;

Y cuando pude comprender un día
Lo que hicieron los próceres de Mayo,
Ya comprendí también que ardiente rayo
De tu luz divinal les dirigía.

—¿No es esta una confesión de fe la más amplia, rotunda y entusiasta?

¿Acaso no es ortodoxo este otro pensamiento de la misma composición, basado en su fe y confianza en la divina providencia?:

Los pueblos más lejanos
De amor riendo y de placer henchidos,
Hélos ahí, nos dirán, los escogidos:
Y vendrán á nosotros atraídos
Por esa luz que la virtud derrama,
Inflamando los pechos con su llama.
Vendrá del polo el hombre endurecido
Y el rudo habitador de las montañas;
Y el invierno aterido
Que les heló la sangre en las entrañas,
Verán trocado en dulce primavera
BAJO ESTE CIELO QUE EL SEÑOR NOS DIERA.
Y, creeis que El hiciera
Rios cual mares y mineros de oro,
Y llanos de verdura deliciosa,
Y las fragantes brisas del desierto,
Y ese risueño azul de nuestro día,
Y esas mujeres del amor tesoro,
Para solo saciar la codiciosa
Sed de un imperio á las virtudes muerto
Pero vivo al placer y altanería?

Quítese de aquí la alusión particular al móvil de la dominación española, que es suposición del poeta, por

cuanto ello no es más que un desahogo (apasionado, si se quiere); quítese igualmente toda la exactitud que convenga al juicio sobre el estado social y político de la España de Carlos IV y Fernando VI, que envuelven los dos últimos versos; déjese solo, limpio y escueto, el pensamiento que une á la intensión divina con el porvenir de estos países, y si es heterodoxia pensar como D. Juan María, nosotros confesamos el mismo error.

¿Y la estrofa siguiente?:

« No, que cuando la mano
Se abrió de Dios bondadoso y soberano
Y puso entre las nubes de occidente
A su América virgen é inocente,
Dijo: Bendito suelo,
Tú, del mundo caduco y enviciado
Serás la primavera y el consuelo,
Como hijo de ese padre ya cansado.

Casi no hay una sola poesía del señor Gutiérrez en que no se nombre á Dios, y en que no resulten inspirados en él los sentimientos más entusiastas que palpitan en sus versos, que, como él mismo dice de su corazón:

Dióselo Dios para sentir lo bueno
Dióselo Dios para admirar lo grande.

Don Juan María Gutiérrez murió en Buenos Aires el 26 de Febrero de 1878.

Sus principales obras son: «América Poética» y «El lector Americano» (1846).—«Elementos de Geometría» (1848).—«Pensamientos, máximas, sentencias, etc., de

escritores, oradores y hombres de estado en la República Argentina» (1860).—«Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX» (1865).—«Bosquejo biográfico del general San Martín» (1868).—«Poesías de Florencio Balcarce, con noticias sobre el autor y sus obras» (1869).—«Elogio del profesor de filosofía doctor Luis José de la Peña» (1871).—«Historia Argentina, para los niños» (1873).—Origen del arte de imprimir en la América Española», «Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta el año 1810, inclusive el catálogo de las producciones de la imprenta de Niños Expósitos, con observaciones y noticias muy curiosas», «Poesías» (1869).—«El capitán de Patricios», «Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública y superior de Buenos Aires», «Estudio sobre las obras y persona del literato y publicista argentino don Juan Cruz Varela.»

De sus trabajos inéditos el más importante es el *Diccionario de poetas americanos* que ha quedado á medio hacer. Son notables sus colecciones de *manuscritos y autógrafos originales* de poetas americanos, por la abundancia y la variedad de documentos que contienen, principalmente la colección de poemas anteriores á la Independencia, y la colección de poesías americanas modernas.

DOCTOR RICARDO GUTIERREZ

Entre los poetas que más renombre alcanzaron en la segunda época de nuestro pequeño ciclo alrededor del romanticismo francés y más ilustrado público deleitaron con sus versos, figura en primera línea, el doctor don Ricardo Gutiérrez, quien, por sus ideas, ha merecido además el que lo llamen: *poeta cristiano.*

Sin embargo, sus composiciones no son de carácter religioso, ni es misticismo de ningún género lo que exalta su imaginación. Sus versos reflejan ese estado pasional de las almas que ama las luces crepusculares, y busca en la vaguedad de las expresiones el equilibrio necesario para que sus ideas tengan contornos visionarios, y se admiren como verdaderas creaciones poéticas de su númen. Pero, si bien es cierto que en algunos casos, el poeta alza los ojos al cielo y su pensamiento se dirije á Dios, eso es solo como recurso de artista y no como tendencia religiosa.

Y no es que pensemos que para juzgar de verdaderamente cristianas á las ideas ó á los afectos, han de estar aquellas sahumadas á incienso, ó destilando éstos agua bendita. La naturalidad es la verdadera fuente de la poesía, y lo que pueda tener teológicamente de arriesgado un pensamiento, se compensa, en el mundo de la belleza, con lo que puede sobrarle de espiritualidad y de gracia.

Así, nos resulta mucho más cristiano el padre Fonseca, cuando dice que: «*á Dios, en creando á la mujer, se le fueron los ojos trás ella, y dijo: Por ésta dejará el hombre al padre y á la madre*», que no el señor Gutiérrez cuando canta:

Y eras un ángel de inmortal belleza,
Y era loco el amor del alma mía;
Tu único tesoro, la pureza;
Mi único porvenir, noche sombría.
Noche ¡ah! de fatídica tristeza,
En que, amándote, hundirte no podía;
Horrendo abismo de insondable angustia
Que abrió una maldición en mi alma mústia.

La lira cristiana no repudia cantar el amor á la mujer; pero la moral cristiana, y el título de cristiano, requieren ajustes y composturas muy diferentes de las que usa el señor Gutiérrez.

Quien repudia el amor místico á la mujer es la poesía: porque misticismo y sensualidad son términos opuestos; y pretender juntarlos, es ir contra lo natural.

La forma místico-sensual del Sr. Gutiérrez entra en la categoría de aquellos platonismos de los cuales ha dicho lord Byron:

Oh Plato! oh Plato! you have paved the way,
With your confounded fantasies, to more
Inmoral conduct by the fancied sway.
Your system feigns o'er the controlles core
Of human hearts, that all the long array
Of poets and romancers: you are a bore,
A charlatan, a coxcomb; and have been,
At best, no better, than a go-between.

Se ha dicho de Lamartine que «el canto parecía en sus labios tan natural como en boca de los demás hombres la palabra» (1), y con razón, se ha atribuído esa facultad de expresarse siempre admirablemente, á «la plenitud de su vida interior, que caudalosamente se derramaba en sus estrofas.» Por eso la lira de Lamartine tenía resonancias supremas, aunque á él le pareciera no hallar armonías suficientes ni en el estruendo de los clarines de guerra, ni en los acordes de las arpas eólicas:

Il n'est pas de langage ou de rhytme mortel
Ou de clairon de guerre ou de harpe d'autel,
Qui ne brisât cent fois le souffle de mon âme;
Tout se rompt à son choc et tout fond à sa flamme!

Gutiérrez se siente á sí mismo mucho menos ansioso que el poeta francés. En «La batalla» nos dice:

Alma gentil, espíritu sublime
Que alientas en la esfera de mi alma,
Voy al impulso, sobrehumano impulso
Que en pos de tí me arrastra:
¡A precio de tu amor, no hay en la vida
Rémora ni dolor para mi planta!
No sé qué insomne y misterioso acento
A mis oidos sin cesar te llama;
No se que genio ante los ojos míos
Tu sombra me levanta;
Allá voy, allá voy, tras el impulso
Que á tu existencia mi existencia enlaza!

---

(1) M. Menéndez Pelayo. Ideas Estéticas, Tom. IX, pág. 312.

Y en la poesía «El poeta y el soldado» donde más acentúa su aspiración de pocta, solo llega á decirnos:

Yo soy el arpa que en el triste suelo
Templa de Dios la mente soberana
Para que cante á la creación humana,

empequeñeciendo más á este pensamiento la impropiedad del concepto, que supone malgastada la inspiración divina, en cantos á la creación humana, en vez de hosannas á la obra del creador.

Aparte, pues, de lo bonito de los versos, por su fluidez, variedad de ritmo, sonoridad y armonía, y aclarado el punto de las reminicencias de ética cristiana, debemos reconocer que el Sr. Gutiérrez incurrió también en muchos de los pecados de su poeta favorito *Lamartine*.

Así, son características de su estilo: las repeticiones ó divagaciones al rededor de una misma idea; el abuso de las expresiones abstractas; los epítetos impropios y arbitrarios; y el amaneramiento en la forma.

La extremada frecuencia de las repeticiones mata todo su efecto poético, y destruye la armonía de los versos, introduciendo en los períodos de sus frases un retintín incómodo, un machaqueo impertinente y fastidioso, que más bien predispone en contra que no en favor de la idea que así se desenvuelve.

Entre las numerosas composiciones de Dn. Ricardo Gutiérrez sobresalen: *El misionero*, *La oración* y *El poeta y el soldado*, y estas bellísimas poesías son pre-

cisamente aquellas en que el poeta ha hecho menos uso de su tendencia á las repeticiones.

Creemos que en *El misionero* el Sr. Gutiérrez se pone á la altura de los mejores poetas líricos españoles, de su época; y que el cantor de *La duda* y de los *Gritos del combate* no hubiera desdeñado firmar esas estrofas.

El Sr. Gutiérrez ha escrito también dos poemas que se titulan: «La fibra salvaje» y «Lázaro».

Ambos adolecen de los defectos de la escuela: plan descabellado, forma vaga é inconexa, y escenas fantásticas y pasmosas, á toda costa.

Así: en *Fibra salvaje* nos encontramos con que Ezequiel se enamora de una mujer casada, y que resuelve el conflicto entre el amor y el deber confesándole su pasión, y huyendo de ella al desierto de la pampa.

Este buen propósito está bien manifiesto en la siguiente estrofa:

¡Sálvate! ¡Adios! La noche más oscura
Enlute mi esperanza y mi existencia
Antes que la pasión en su demencia
Envenene la paz de tu alma pura!

Llegado Ezequiel al desierto y después que:

Del sombrío éxtasis
Vuelve Ezequiel, que le embarga,
Y al fin la severa vista
En redor inquieto vaga,
¡Oh! cuán bello cuadro hiere
La última lumbre de nácar
De esa luna que semeja
Que en el desierto rodara!

haciendo la descripción de la pampa en versos que son una verdadera filigrama, nos dice el poeta, que Ezequiel se dirigió hacia un rancho, que alcanzó á ver en el corazón de un bosque:

Entra, mas nadie responde
A su voz; de nuevo llama,
Y el eco solo repite
La nota de su palabra.
Y él, sin temor ni recelo,
Sobre aquel lecho descansa,
Esperando el rumbo fijo
Que el destino le guardaba.

Se entra también con esto, al canto II, y como en algo había de ocuparse Ezequiel, (y todavía el arado no roturaba tierras tan lejanas), decidido á hospedarse allí como en su casa:

Y libre así del infernal hastío
Que su abatido corazón desgarra,
Pulsa una melancólica guitarra
Que sola allí desamparada halló!

El canto «A Lucía» que viene en seguida no resulta aparente para la situación de los personajes; y el abuso de consideraciones discursivas en que el poeta sacrifica su estro, quita á la composición su carácter amatorio, dándole más reflejo de raciocinio que de expresión de sentimientos.

Pasando del mundo de lo real al de lo maravilloso, se oye una voz que dirigiéndose á Ezequiel, le dice:

¿Quién eres tú, que con poder secreto
Encadenas á tí mi voluntad,
Oh, y á encontrarte en su delirio inquieto
Mi espíritu me arrastra á mi pesar?

Cualquiera se imagina el susto de Ezequiel viendo á una fantasma abrazada á sus rodillas:

Las fibras todas de Ezequiel temblaron,
La voz á su garganta se anudó,
Y en sus ojos, sus ojos se enclavaron
Con expresión de espanto y de dolor.

Cuando al lector empiezan á parársele los pelos de punta, se le mata la ilusión, diciéndole que la *aparecida* no era otra que la dueña del rancho, en carne y hueso, lo que hubiera sido muy natural; pero no bien repuesto de esta sorpresa, se le vuelve á dejar desconcertado, presentándole en ella, á la mismísima Lucía, que resulta así ganándole en diligencia, en actividad y en celo á su enamorado Ezequiel.

A esta altura del poema viene á saberse que no fué Ezequiel quien huyó de Lucía, sino Lucía quien huyó de casa de su esposo. Porque, según ella refiere, este buen señor:

Ya al juego todo su caudal perdido,
Abandonada al sueño me creía
Y á otro hombre, miserable, me vendía.

Antes que sufrir semejante infamia, la pobre mujer huye despavorida; hasta que, postrada por el cansancio, desfallece al borde de una laguna; de donde la recogió una buena paisana que tenía por allí su ranchito.

Dedúcese de todo esto: que la escena no es en la pampa, ni en el desierto, sino en región muy civilizada, de gentes muy caritativas y hospitalarias; y,

además, que Ezequiel no huyó del peligro, sino que corrió hacia él.

El poeta ha reunido así á sus héroes á costa de toda verosimilitud, pero no lo hace sino para darse el placer de volver á separarlos.

Ezequiel jura matar al esposo de Lucía, y la abandona, diciendo:

¡Déjame! ¡Ni una lágrima! es en vano.
¡Nada en el mundo á detenerme alcanza!
¡Oh, de aquel hombre la cobarde mano
Arrancó tu esperanza y mi esperanza!
¡Déjame! Con esfuerzo sobrehumano
El demonio feróz de la venganza
Me arrastra en fin, hasta fijar mi suerte
Y pongo á precio de tu amor su muerte!

La violencia de un sentimiento malsano apaga en Ezequiel todas las efervescencias del hermoso sentimiento de su amor (que hubieran podido inspirarle actitudes tan grandes como poéticas, morales y propias); y Lucía se queda sola (suponemos que pensando en la locura, de ir á comprar un amor que ya había ella confesado de balde).

Con todo, hasta se le olvida á uno lo horrible de este juramento, cuando al empezar el Canto III, titulado *La venganza*, se encuentra de manos á boca con algo peor que la fantasma que asustó á Ezequiel en el rancho, y es: con el mismo Ezequiel, vestido de fraile y en un convento.

El ánimo se prepara á batir palmas al triunfo de los buenos sentimientos, y el oido se deleita con aque-

llos versos tan fluídos y armoniosos en que se pinta á fray Ezequiel, con la capucha hasta los ojos, cejijunto, ensimismado y sombrío. Ansiamos llegar á la escena de su conversión; creemos que vamos á admirar el rayo de la divina gracia que hirió su corazón; á escuchar conmovidos el grito de arrepentimiento de su conciencia; y llegamos afanosos á su confesión:

Padre: sobre la tierra de los hombres
Mi vida es un naufraaio de desgracias.

Dos solos lazos en el mundo triste
Mi vida ataron á la vida humana:
El mas sublime amor del alma mía,
Y el odio más tremendo de mi alma.

Él ya no existe: por la tierra entera
Lo buscó en vano sin cesar mi planta,
Y solo á precio de su sangre infame
Juré comprar en ella mi esperanza.

Así, ya sin objeto sobre el mundo,
Vengo á entregar á Dios mi alma;
Y aqui una celda miserable pido
Para huir del infierno que me llama.

No, no quiero palabras de consuelo.
Todo es en vano cuanto digas; basta.
No hay más, que yo que sepa que mi angustia
No cabe ya sobre la vida humana.
....

Nuestra desilusión no puede ser más completa. Ezequiel se hace fraile porque crée que ya no puede

cumplir su venganza, no porque haya desistido de su idea homicida.

Así, ya sin objeto sobre el mundo,
Vengo á entregar á Dios toda mi alma.

La libertad poética es muy amplia, y la imaginación del poeta salva constantemente los límites de la verdad, como ultrapasa los lindes de lo natural en sus creaciones.

Pero la libertad y la verdad poética tienen también sus barreras, en la moral y en lo absurdo; como las tiene lo maravilloso en lo imposible. Y entonces, por más romántico que se sea, no se puede fingir como real una situación, á costa de la lógica, de la moral y de las creencias religiosas en cuyo ambiente se pretende encontrar materiales para el poema.

Pero, más que convento de monjes, la casa aquella en que encontramos á fray Ezequiel parece casa de duendes; tal es la forma solapada, furtiva y misteriosa en que se presenta á todos sus personajes.

Apenas repuestos de la trasmutación de Ezequiel, y cuando empezamos á fijarnos en su catadura frailesca, se aparece otro fantasma, que asustándose del susto de Ezequiel, se arrodilla humildemente á sus pies, y le pide perdón, por haberlo molestado y por lo que vá á confesarle.

El penitente es Julio. ¡Qué casualidad!

Ya estamos con el reo frente á frente del juez, y nos preparamos para oir tronar á la justicia. Hubiera podido imaginarse que el seudo-monje se levantara

en esta ocasión por encima de las miserias de la tierra; que se exaltara su amor, su aspiración y su orgullo, y quisiera con la grandeza del ejemplo, hacer más vergonzosa que la muerte, la bajeza de su rival. Se hubiera podido pensar, que la vanidad brindaba á Ezequiel con la copa del desprecio, para que en ella hiciera beber á Julio todas las hieles de su aborresible conducta con su esposa. Pero todo esto, que hubiera estado muy de acuerdo con los programas de la escuela romántica, es ahora lo que no se hace; prefiriéndose rematar el cuento con una excena de bodegón, trenzando á los actores en descomunal pugilato, para darse el placer de presentar al fraile como homicida.

Después de todo esto: ¡viva la patria! y.... ¡qué casualidad! *El amor de la patria* se titula el canto siguiente, que es el IV.

Otra vez á galope, en brioso corcel, con rumbo á la pampa..... El jinete es Ezequiel, de quien se dice que *rompió.* Y como sobre esto no se añade una palabra más, se queda el lector sin saber si rompió á llorar, á correr, ó si rompió alguna cosa. Pero nada de esto debe ser; porque el poeta nos pinta al héroe: mudo, inmóvil y frío.

Con tantos sentidos en suspenso, el pobre Ezequiel no ve al principio á toda una columna militar que andaba haciendo operaciones por esos parajes; hasta que, percibiéndola al fin, y envalentonado con su triunfo sobre Julio, se siente ahora arrastrado á la guerra, y les grita: «¿Dónde se muere por la patria?...

como suelen los *compadres* gritar: ¡qué salga el que quiera..... maula!

Un soldado (que debía ser algún veterano en las lides del porrón) al oir esta pregunta, le contesta con sorna:—¡Bajo la sombra!—como diciéndole: Vaya, amigo, á dormir la *tranca* á la sombra. Después de lo cual, el poeta nos lleva á un campo de batalla, para decirnos:

Una vez más los ojos
Te encuentran Ezequiel, pero caído
En sangrientos despojos.

Así termina este poema romántico, en cuyo desarrollo se encuentran muchos trozos de versificación muy buena, y de lenguaje muy hermoso, mezclados con otros muy malos, de pura retórica artificiosa y malísimo gusto.

El poema *Lázaro*, es mucho menos romántico, y quizás por esto, mucho mejor que *Fibra salvaje*. Su argumento es de ambiente nacional característico; los hechos son posibles dentro de lo natural y de la lógica de los sentimientos personalizados por sus héroes; las escenas se prestan á que la imaginación del lector establezca composiciones de lugar poéticas y apropiadas; y su recitado tiene hilación suficiente para que se salve el interés dramático del exceso de divagaciones del relato.

Su héroe principal es un gaucho de nuestras campañas, no del todo semejante al tipo legendario inmortalizado por la leyenda de Santos Vega, las trovas

de Aniceto el Gallo ó las crónicas teatrales de Anastasio el Pollo:

« No es el gaucho insolente de la pampa
Que de la noble sociedad se aleja. »

Pero este *paisano romántico* conserva siempre en el poema los rasgos psicológicos más característicos del verdadero gaucho: astucia, nobleza y valor; y si resulta deformado, ello se debe al afán por destacarlo, al extremado conceptualismo de sus ideas, y á la impecable cultura de su lenguaje.

Entre los fragmentos de versificación más hermosa, apropiada, fluída y armoniosa, podemos citar la trova que canta Lázaro, escrita en décimas que son de las mejores que se hayan compuesto en el país.

Ricardo Gutiérrez nació en Arrecifes, Provincia de Buenos Aires, en 1836; donde después de su muerte, acaecida en 1896, se le ha levantado un monumento y dado su nombre á una calle.

Cursó la carrera de Derecho hasta el 3er año, pasando después á estudiar medicina, para la que se sentía con verdadera vocación; y á medio camino, debió interrumpir nuevamente sus estudios para concurrir á las filas del ejército de Buenos Aires, que en Cepeda y Pavón dió el tributo de su sangre á nuestras contiendas preparatorias de la organización definitiva.

A esta interrupción sucedió otra mayor, debida á la declaración de guerra con la República del Paraguay. Allí ganó todas las condecoraciones que otorgó su patria á los héroes de aquellos cruentos combates, y las que otorgaron el Brasil y la república del Uruguay.

Poeta por temperamento, desde su tienda de campaña escribía versos que se publicaban en «La Nación Argentina» ó en «El Correo del Domingo» de Buenos Aires; y prestaba sus servicios profesionales con tan patriótica y humanitaria complacencia, que se cuenta que una vez, después de un combate, regresó al campamento picando una carreta cargada de heridos, desarropado y cubierto de piojos.

De regreso en Buenos Aires terminó su carrera; y habiendo obtenido una pensión del Gobierno de Buenos Aires, para estudiar dos años en Europa, se ausentó decidido á especializarse en lo que después fué su ramo predilecto y el pedestal de su fama: la clínica infantil.

Fué el fundador del Hospital de niños, y allí prestó gratuitamente sus servicios durante 25 años. ¡El célebre especialista solía romper las prescripciones más severas de sus propios tratamientos, llevando almendras y bollitos de Tarragona, á los cuales él mismo les quitaba los granos de anís, para que no les hicieran daño á los enfermitos!

Otro rasgo que sirve para apreciar la bondad de su carácter es el siguiente:

Cuando la gran epidemia de cólera del año 1867, el

Dr. Gutiérrez tuvo á su cargo la región del Tigre; y de allí regresó una vez, en mangas de camisa, hasta San Fernando. Había dado en el Tigre, su dinero y su ropa.

Siempre fué poco afecto á presentar reunidas sus poesías. En 1860 publicó su primer poema «Fibra salvaje», y en 1901, es decir varios años después de su muerte, recién se publicó un volúmen de 302 págs. en 8.° titulado: *Poesias escogidas*, que contiene la mayor parte de su producción.

ANTOLOGÍA

(TOMO VII)

VENTURA DE LA VEGA



EL LIBRO PRIMERO DE LA ENEIDA *

Las armas canto y el varón que á Italia
Y á las lavinas costas el primero,
Prófugo á impulso de los hados, vino
De las playas de Troya. Largos años
Acosole por tierras y por mares
El poder de los númenes, movidos
Por el rencor de la implacable Juno,
En sus odios tenaz. También en guerras
Padeció mucho, hasta llegar el día
Que fundó la *Ciudad,* y que sus dioses
En el Lacio asentó.—De aquí el latino
Linaje viene, los Albanos padres,
Y las murallas de la excelsa Roma.
Dime, oh musa, las causas. ¿Por qué agravio
A su deidad; por cuál ofensa airada,
La reina de los dioses, en tan duros
Trances lanzó, y en infortunios tales,
A este varón, por su piedad insigne?—
¡Tanto rencor en celestiales pechos!—

Fué una antigua ciudad, colonia tiria:
Cartago era su nombre. Frente á Italia
Y á las bocas del Tiber tuvo asiento,
Opulenta en riquezas, y en las lides

* Esta traducción, cuya elegancia está demás recomendar, puede considerarse como inédita, puesto que no se halla en la colección de las obras del autor, publicada en París en el año 1866. (Nota del libro). Rev. del Río de la Plata, Tom. 7, pág. 562.

Guerreadora terrible. En ella Juno,
Con preferencia á las del mundo todo,
Hizo su habitación, por tal estremo,
Que aun á la misma Samos la antepuso.
Allí sus armas tuvo, allí su carro;
Y ya la Diosa maquinaba entonces,
Si en hecho tal los hados consintieran,
Del Orbe hacerla universal señora.

Mas entendido había que un linaje
De la troyana sangre descendiente,
Llamado estaba á derrocar un día
Los alcázares tirios, engendrando
Una nueva nación, reina del mundo,
Y soberbia en la guerra, que la Libia
Lograse exterminar: que así las Parcas
Hilado lo tenían.—Temerosa,
De caso tal la hija de Saturno,
No se olvidaba de la antigua guerra
Que movió á Troya por sus caros griegos,
Ni de su pecho se apartaba un punto,
Viva siempre la causa de sus iras
Y su amargo dolor, que en lo más hondo
De su mente grabados conservaba
La sentencia de Paris, el agravio
De su belleza despreciada, el odio
A la troyana gente, y los honores
Que recibió el robado Ganimedes.

Con tales pensamientos encendida,
Del Lacio á los troyanos alejaba,
Errantes por el mar, restos salvados
Del furor griego y del tremendo Aquiles;
Y ellos, cediendo al hado, un año y otro
Así de mar en mar vagando andaban.
¡Tan laborioso afán costar debía
La fundación de la romana gente!

Apenas de la costa Siciliana
Se hicieron á alta mar, con férrea prora
Cortando alegres la salobre espuma,
Cuando Juno, que eterna la honda herida
En su pecho guardaba, entre sí dijo:
«Que al fin vencida el comenzado intento
Habré de abandonar, sin que consiga,
De la Italia alejar al rey troyano.
¡Los hados estorbármelo!—¿Pues Palas
No incendió á su placer la armada griega
Y hundió en el mar; á los aquivos: todo
Por culpa de uno, por la furia loca
De Ayax, hijo de Oiléo?—Palas misma,
Desde las nubes fulminando, armada
Con los rayos de Júpiter, las naves
Dispersó por el mar; turbó las olas
Con los vientos; en raudo torbellino
Arrebató al mancebo echando llamas
Del traspasado pecho, y en la punta
De agudo escollo lo dejó estrellado.
¡Y yo, que de los Dioses me apellido
Reina, yo, hermana y cónyuge de Jove,
Con esa gente sola en larga lucha
Tantos años estoy?—¿Quién ya de Juno
Honrará la deidad, y suplicante
Irá en sus aras á imponer ofrendas?

Esto la Diosa en su inflamado pecho
Revolviendo consigo, parte á Eolia,
Patria de las borrascas, negro albergue
De los furiosos austros. Allí Eolo,
Rey del antro espacioso, comprimidos
Bajo su imperio tiene á los rebeldes
Vientos y mugidoras tempestades,
Y con grillos y cárcel los enfrena.
Ellos con gran rumor en torno al muro
De la montaña braman indignados;
Y sentado en su alcázar eminente,

Eolo empuña el cetro, y su brioso
Ímpetu amansa y sus furores templa.
Que si no hiciese tal, por los espacios
Con rapidez arrebataran ellos
La tierra, el mar, el firmamento mismo.
Mas precaviendo este peligro el padre
Omnipotente, en negras espeluncas
Encarcelarlos quiso, echando encima
Moles inmensas de elevados montes;
Y rey les dió que, con prudente imperio
Y según la ocasión, ya refrenarlos,
Ó ya las riendas aflojar supiese.
A éste, pues, Juno, en suplicanes voces,
Así le dijo:—«Eolo: á tí que el padre
De los Dioses y Rey de los humanos
Te dió aplacar ó embravecer las olas
A poder de los vientos, á tí acudo.
Gente enemiga mía ora navega
Por el Tirreno mar, y á Italia quieres
Llevar su Ilión y sus vencidos Diose.
Empuja allá con ímpetu los vientos,
Hunde sus naves, ó dispersas sean,
Y siembra de cadáveres el ponto.

Catorce ninfas de gallardo talle
A mi servicio están, y entre ellas una
A maravilla hermosa, Deyopéa,
Que en firme lazo juntaré contigo
Y tu esposa será; y en justo premio
De tal favor, á tí por siempre unida,
Padre te hará de descendencia hermosa.»—
Eolo contestó:—«Tu oficio, ¡oh Reina!
Es indicar lo que te place; el mío,
Obedecer humilde tus mandatos.
A tí este Reino, tal cual es, y el cetro
Que empuño debo, y el favor de Jove:
Por tí á la mesa de los Dioses sacros
Asiento digno tengo, y rey potente
Soy de las tempestades y borrascas».

Dijo, y volviendo el cetro, con la punta
Impele el monte cóncavo; y los vientos
Cuál cerrado escuadrón, por donde espacio
Abierto se les dá, rompen con furia,
Y en revuelto huracán barren la tierra.
Échanse al mar, y desde su hondo asiento
Euro y Noto revuélvenlo á porfía,
Y Abrego proceloso, y á la playa
Cual montes vuelcan las hinchadas olas.

Síguese el vocerío de la gente
Y el crugir de las jarcias: luz y cielo
Roban las nubes súbito á la vista
De los troyanos, y la negra noche
Se tiende sobre el mar. Truenan los polos:
Arde el aire en relámpagos contínuos:
Toda la imagen de la muerte ofrece.

Siente Enéas al punto un mortal hielo
Por sus miembros correr; gime y entrambas
Manos al cielo alzando:—«¡Oh una y mil veces
Felices, clama, aquellos que alcanzaron
Morir por dicha á vista de sus padres,
Lidiando al pie de los troyanos muros!
¡Oh tú, varón fortísimo entre toda
La griega gente! ¡Oh hijo de Tideo
Qué en los iliacos campos no lograra
Yo tambien sucumbir, allí exhalando
Mi espíritu á los golpes de tu diestra!
¡Allí donde Héctor, el terrible, yace
Por la lanza de Aquiles traspasado;
Dó cayó el giganteo Sarpedonte;
Donde el Simois revuelve entre sus ondas
Arrebatados multitud de escudos,
Cascos y cuerpos de varones fuertes!»—

Mientras así clamaba, embravecido
El rugiente Aquilón hiere y desgarra

La vela con fragor, y á las estrellas
Alza las olas; trónchanse los remos;
Sin gobierno el bajel tuerce la proa,
Y el costado presenta al oleaje.

Una montaña de agua salta encima
Y la cubierta barre: vense al punto
Unos allá colgando en la eminencia
De la empinada ola; otros divisan,
Abierto el mar hasta el abismo, el fondo,
Y en bullente furor hervir la arena.
Tres naves arrebata el Noto airado
Y á sus peñascos latentes las arroja.—
(A estos peñascos, que en el mar se esconden,
Aras llaman los Italos: escollos
Tremendos á flor de agua). Embiste el Euro
Con otras tres, y (¡oh vista dolorosa!)
A las desnudas sirtes las empuja
Desde alta mar, las embarranca y ciñe
Con muralla de arena.—Una gigante
Ola rugiendo avanza, y á los ojos
Del propio Enéas, contra la alta popa
Rebienta del bajel que conducía
Al fiel Oronte y á los Licios: salta
Sacudido el piloto, y volteando
Cae de cabeza al mar: torna allí mismo
Contra el bajel la ola; le hace en torno
Por tres veces girar, y de repente
Lo sorbe el mar en raudo remolino.

Salen aquí y allí nadando algunos
En aquel vasto abismo: á par flotando
Se ven armas, tablones y tesoros
De Troya, por las ondas esparcidos.
La poderosa nave de Ilionéo
Y la del fuerte Acates, la que á Abante
Lleva, la que el anciano Aletes rige,
Ceden á la borrasca: todas ellas,

De sus costados rota y desclavada
La tablazón, reciben en su seno
Por grietas mil las enemigas ondas.

Neptuno en tanto el gran murmullo siente
Del ponto, y el rugir de la borrasca,
Y su líquido imperio conmovido
Desde el profundo asiento. Con sorpresa,
Por contemplar el mar, sobre las altas
Olas asoma la apasible frente;
Y la armada de Enéas vé dispersa
Por el piélago inmenso, y acosados
A los troyanos por la mar y el cielo.
Cuando esto mira, de su hermana Juno
No se le ocultan el rencor y el dolo.
Al Céfiro y al Euro ante su vista
Llama, y así les dice:—«¿Tal soberbia
Vuestro linaje os dá, que, tierra y cielo,
Sin mi licencia soberana, osásteis,
Oh vientos, remover, y esa terrible
Borrasca alzar? Yo os juro...—Mas primero
Urge aplacar las alteradas ondas;
Que esta insolencia pagareisme en breve
Con sin igual castigo. Presto, osados,
Marchad lejos de aquí, y en nombre mío
A vuestro rey decid que no el imperio
Del mar y el gran tridente fué por suerte
A él concedido, si no á mí. Domine
Allá en buenhora, en el peñasco rudo
Que es, Euro, tu mansión: gócese Eolo
En tal palacio, y á su antojo reine
En la cerrada cárcel de los vientos».
Dijo, y apenas acabó, en serena
Calma tendiose el mar: las apiñadas
Nubes ahuyenta, y restablece el día.
Cimoteo y Tritón, contra el escollo
Estribando á la par, de allí las naves
Desencallan por fin. Neptuno mismo,

Con el tridente ayuda; por en medio,
Les abre paso de las vastas sirtes;
Aplaca el mar, y en sus veloces ruedas,
Sobre las altas ondas se desliza.

Tal cuando á veces se levanta un pueblo
En furioso motín, y el freno rompe
Embravecida la grosera plebe,
Y por el aire vuelan arrojadas
Piedras enormes é incendiarias teas,
Y armas le dá el furor, si á dicha entonces
Aparece un varón de alto respeto,
Por su virtud y méritos, al punto
Callan todos y dóciles le escuchan,
Y él con su voz las voluntades rige
Y los pechos amansa; tal en calma
Quedó el fragor del piélago, con solo
Una mirada de su rey, que suelta
La rienda á sus caballos, bajo un cielo
Despejado y sereno, por las ondas
Tendidas vuela en su brillante carro.

Cansados los de Enéas, la cercana
Tierra ganar procuran, y de Libia
A la costa se tornan.—Hay en ella
Cierta bahía oculta y espaciosa.
Con sus opuestos bordes una isla
Forma el puerto; quebranta allí su furia
El impetuoso mar, rómpese, y corre
Por entrambos canales dividido.
Doquier rocas altísimas: dos de ellas
Hasta el cielo se elevan, y á su sombra
Tiéndese el mar, sereno y silencioso,
A largo trecho. Cubre las alturas
Campo selvoso de verdor brillante,
Do con sombría magestad un bosque
Tenebroso descuella. Hay á su frente,
De encorvados peñascos guarnecida,

Vasta caverna, y un remanso dentro
De dulces aguas, y de viva piedra,
Asientos por doquiera. De las ninfas
Aquella es la mansión. Allí ni amarras
Han menester las trabajadas naves,
Ni aferrarse del ancla al corvo diente.

Con siete solas, única reliquia
De cuantas trajo de su patria, Enéas
Allí arribó. De hollar la tierra anciosos,
Saltan al punto á la anhelada costa
Los troyanos, y tiéndense en la playa,
Sus cuerpos á orear, del mar bañados.
Hiriendo luego el pedernal Acates,
Brota ligera chispa; cunde el fuego
En secas hojas, y aplicado en torno
Alimento mayor, prende la llama.

Sacan con gran fatiga á tierra el grano
Averiado del agua, y los preciosos
Instrumentos de Ceres, y en el fuego
A tostarlos se aprestan, y en la piedra
A molerlos después.—Sube entretanto
A una alta roca Eneas, y por todo
Aquel extenso mar la vista tiende,
Por si tal vez, juguete de los vientos,
Divisa á Anteo, ó los bajeles Frigios,
O á Capis, ó en las popas arbolada
La enseña de Caico.—En vano todo.
Nave ninguna ve.—Solo tres ciervos
Errando por la orilla, y á su espalda,
Una manada entera que, formando
Escuadrón dilatado, por el valle
Paciendo andaba.—Párase, y al punto
El arco toma y las veloces flechas
Que el fiel Acates le llevaba.—Postra
Prímero á los tres guías que ostentaban
Arbóreas astas en la erguida frente;

Dispara luego á la cuadrilla, y toda
Por el fragoso bosque se desbanda.
Síguela, y no desiste hasta que en tierra
Derriba siete corpulentas reses,
Número tal, que iguale al de sus naves.

Vuelve al puerto: la presa entre los suyos
Distribuye, y el vino con que Acestes,
Héroe famoso, en la trinacria playa
Sus toneles llenó por despedida;
Y hablando así, sus pechos contristados
Procura consolar:—«¡Oh compañeros!
(Que ya antes de hoy en padecer lo somos)
A mayores trabajos avezados
Sin duda estais: también á los presentes
Pondrá término un Dios.—¿No sois vosotros
Los que el furor de la rabiosa Scila
Y el tronante bramar de sus peñascos
Supisteis arrostrar? ¿los que de cerca
El antro de los cíclopes mirasteis?
Animo, pues, y el miedo se deseche.
Acaso llegue un día en que con gozo
Estos trabajos recordeis. Por medio
De tan varios sucesos y de tanta
Multitud de reveses, el camino
Ganando vamos hacía Italia, en donde
Tranquilo asiento nos depara el hado;
Que allí concede á nuestro afán el reino
De Troya renovar.—Vivid, amigos:
Guardaos para gozar tiempos felices»—

Dijo; y de angustia poseido, el rostro
Esperanza aparenta, y en el alma
Comprime hondo dolor.—Ellos en tanto
Ponen mano á la presa, disponiendo
El futuro festín. Desuellan y abren
Las reses, unos pártenlas en cuartos
Que palpitando en asadores clavan;

Otros calderas en la playa ponen
Y las aplican fuego.—Al fin las fuerzas
Les vuelve el alimento, y por la verde
Yerba tendidos, hártanse á porfía
De añejo vino y suculenta caza.
Libres del hambre, alzadas ya las mesas,
Larga plática entablan, recordando
Sus perdidos amigos, y fluctúan
Entre el temor y la esperanza: vivos
Éste los juzga, aquel los llora muertos,
Y ya no aguarda que á su voz respondan.
Sobre todos Enéas, ya del bravo
Orontes, ya de Amico la desgracia
Gime, y de Lico la funesta suerte,
Y á Gias y á Cloanto valerosos.

Y ya espiraba el día, cuando Jove
Desde la etérea altura contemplando
El mar de naves lleno, y las extensas
Tierras, las playas y remotos pueblos;
En medio al cielo se detiene, y fija
En los Líbicos reinos su mirada.

Absorto el Dios en pensamientos tales,
Venus con faz tristísima le mira,
Y arrasados en lágrimas sus ojos,
Así les dice:—«¡Oh tú, que los destinos
De hombres y Dioses con eterno imperio
Riges, y el mundo con el rayo aterras!
¿Cuál culpa, dime, contra tí ha podido
Mi Enéas cometer? ¿cuál los Troyanos,
Para que el orbe entero se les cierre,
Por cerrarles la Italia?—Prometido
Me tienes tú que, á renacer tornando
El linaje de Teucro, engendraría,
Andando el tiempo, esa romana estirpe;
Esos grandes caudillos que á sus plantas
Verán la tierra, el mar, el mundo todo.

¿Qué causa, oh padre, tu formal promesa
Te obliga á retirar?—¡Ay! ella sola
Me consolaba en la fatal ruïna
De la incendiada Troya, acá en mi mente,
Oponiendo á un desastre una esperanza!

Mas viendo estoy que la desgracia misma
Los persigue doquier.—¿Cuándo resuelves
Poner fin, oh gran rey, á sus trabajos?

Pudo Antenór, de entre la armada griega
Escapando veloz, cruzar seguro
El mar de Iliria y el Liburnio reino;
Y superar la fuente del Timavo,
Que con alto rumor por nueve bocas
Del monte al mar se lanza, y cual sonante
Piélago sobre el campo se derrama;
Y la ciudad de Padua para asiento
De los Teucros fundar, su nombre darles,
El Troyano blason plantando en ella;
Y hoy en tranquila paz allí reposa.
¡Y nosotros, Señor, progenie tuya,
Nosotros que, del cielo en el alcázar,
Por tí esperamos soberano asiento,
Nuestras naves perdemos (¡oh desdicha!)
Y por agenas iras se nos veda
Llegar á Italia, y lejos de sus playas
Se nos arroja!—¿El galardón á este
Debido á la piedad?—¿Así el imperio
Ofrecido por tí nos restituyes?—

Dulce sonríe el padre de los Dioses,
Y con aquel semblante que serena
Tempestades y cielo, á la hija amada
Cariñosa besó, y así le dijo:—
«No temas, Citeréa: es inmutable
De los tuyos el hado.—De Lavinio
Tú verás la ciudad, tú las murallas

Prometidas verás, y en las estrellas
Colocarás del soberano cielo
Al magnánimo Enéas.—No se rompe
Mi palabra jamás.—Y pues te apura
Ese cuidado tanto, oye, que quiero
Hasta edades remotas descubrirte
Del hado los recónditos arcanos.
El en Italia una tremenda guerra
Sostendrá; domará pueblos feroces;
Ciudades fundará, y usos y leyes
Dará á sus hijos; y en el Lacio al cabo
Tres estíos veranle y tres inviernos
Reinar sobre los Rútulos vencidos.
Sucederale el niño Ascanio, que hora
Iulo añade á su nombre; (*Ilo* llamado
Cuando existió Ilion.) Verá en el trono
Treinta giros del Sol en torno al orbe;
Y trasladando de Lavinio el reino,
Asentaralo en Alba: Alba-la-longa,
Por él de inmensa fuerza coronada.
Ya de año en año allí los hijos de Hector
Trescientos reinarán, hasta que *Ilia*,
Reina y sacerdotisa, en solo un parto,
Dos gemelos dé á luz, prole de Marte.
Será uno de ellos Rómulo, que alegre,
Sobre sus hombros por blason llevando
La roja piel de su nodriza loba,
Juntará un pueblo, la ciudad de Marte
Fundará, y á sus nuevos moradores,
Romanos llamará del nombre suyo.
A estos *Romanos* ni barrera pongo,
Ni término señalo: les he dado
Un imperio sin fin.—Y hasta la misma
Juno, esa áspera Juno, que hoy medrosa
Fatiga el mar, la tierra y el Olimpo,
A consejo mejor tornará un día,
Y á par conmigo exaltará al Romano
Togado pueblo, rey del universo.—
Tal es mi voluntad.—Las venideras

Edades, en humilde servidumbre
De la casa de Asáraco á las plantas
Verán á Phtia y á la gran Micenas,
Y subyugada y sierva á Grecia toda.
De esta troyana esclarecida sangre
Nacerá César, que heredando el nombre
De *Julo* el grande, llamarase *Julio.*
Límite de su imperio será solo
El oceano, y de su fama el cielo.
Cargado con despojos del oriente
Recibirasle en el Olimpo un día,
Y aras y culto le dará la tierra.
Entonces ya, las lides apagadas,
El aspereza de los siglos rudos
Suavizándose irá, y el universo
Por la cándida fe será regido,
Y por la pura Vesta y los hermanos
Quirino y Remo. Las funestas puertas
Del templo de la guerra, con cerrojos
Fuertes serán cerradas: ni el más leve
Resquicio quedará. Dentro el impío
Furor sentado sobre horrendas armas,
Y con cien férreos nudos, ambos brazos
A la espalda amarrados, roncos gritos
Exhalará de la sangrienta boca.»—

Esto dijo: y bajar del alto cielo
Mandó al hijo de Maya, y en las tierras,
Y de Cartago en los recientes muros,
Hacer que hallasen acogida franca
Y hospitalario albergue los troyanos;
No aconteciese que ignorando Dido
Los decretos del hado, de su reino
Los quisiera arrojar.—Las alas bate
El mensajero, y por los aires vuela,
Y á las Líbicas playas raudo baja,
Y su mandato cumple.—Ya deponen
La natural ferocidad los Penos,

Por voluntad del Dios; y más que todos,
La reina Dido penetrar se siente
De espíritu apacible y de benigna
Inclinación en pro de los Troyanos.

En tanto el pío Eneas, que en la noche
Mil varios pensamientos revolvía,
Al primer rayo de la blanca aurora,
Salió á explorar los ignorados sitios.
Saber quería, y á los suyos luego
Con certeza contar, á que regiones
Los arrojara el viento, y si habitadas
Eran de hombres ó fieras, tan incultas
Se mostraban doquier.—En medio á un bosque,
Bajo cavada roca guarecidas,
Con árboles en torno y densas sombras,
Sus naves ocultó, y acompañado
De solo Acates, el camino emprende,
Y dos venablos en la diestra empuña
De ancha punta acerada.—De la selva
Iba por la mitad, cuando á su encuentro
Sale su madre, en traje, rostro y armas,
A doncella Espartana semejante,
O á la Amazona Harpálice, que aguija
Sus caballos, y vence en la carrera
Del Hebro la corriente arrebatada.
Tal iba, á fuer de cazadora, el arco
Ligero de los hombros suspendido,
La cabellera desparcida al viento,
Desnuda la rodilla, y con un lazo
Por encima la túnica prendida.
Ella primero adelantose á hablarles
De esta manera:—¡Eh! jovenes, decidme
Si á una de mis hermanas por acaso
Visteis en estos sitios, con aljaba,
Y con pellico de manchado lince;
O si su voz oísteis acosando
En la carrera al jabalí espumoso.»

Así Venus habló, y así su hijo
Le responde:—No he visto yo á ninguna
De tus hermanas, ni su voz tampoco
Ha llegado hasta mí.—Mas dime, ¡oh virgen,
¿Por quién debo tomarte?: tu semblante
No es de mortal, ni humano es el sonido
De tu voz. Ciertamente tú eres Diosa,
De Febo hermana, ó de las Ninfas una.
Vive feliz, y dale algún alivio
A nuestro afán, diciéndonos qué cielo
Es este que nos cubre, en qué regiones
Nos hallamos por fin. Peregrinando,
Sin conocer ni sitios ni habitantes,
Andamos por aquí, donde los vientos
Nos arrojaron y las ondas bravas.
Habla, y de muchas víctimas, ¡oh Diosa!
Cubrirán nuestras manos tus altares.»—
Venus le respondió:—«No soy, por cierto,
Digna de tal honor. Llevar aljaba,
Uso es común en las doncellas Tirias,
Y en purpúreo coturno el pié calzado.—
Viendo aquí estás las Púnicas comarcas,
La ciudad de Agenor, el tirio pueblo.
De la Libia son estos los confines,
Gente en la lid feroz.—La tiria Dido,
Huyendo de su hermano, aquí los muros
Alza de una ciudad, y en ella impera.
Largo el relato de su ofensa, largos,
Sus pormenores son. Narrarte solo
Lo culminante de la historia quiero.
Su esposo era Siquéo. No le había
En Fenicia más rico, ni que fuera
De su mísera esposa más amado.
Entregósela el padre tierna virgen,
Con felices presagios.—Mas en Tiro,
Su hermano Pigmalión reinaba entonces,
El malvado mayor de los malvados.—
Pronto el furor á dividirlos vino.—
Ciego este impío del amor del oro,

Dió al incauto Siquéo, ante las aras,
Secreta muerte á hierro, sin cuidarse
Del amor de su hermana.—Largo tiempo
Fingió el perverso, y el suceso oculto
Supo tener, con vanas esperanzas
Entreteniendo á la apenada amante.
Mas ya en sueños, por fin, la imagen misma
Le apareció del insepulto esposo,
Pálido el rostro y con terrible aspecto;
Mostró el desnudo pecho, traspasado
Por el hierro ante el ara, y el delito,
En la casa ignorado, hizo patente.
Acelerar su fuga le aconseja
Y abandonar la patria; y porque sirvan
A su marcha de auxilio, le descubre
Escondidos tesoros, suma inmensa
De plata y oro, en tierra sepultada.
Conmovida á tal nueva, apresta Dido
Con los suyos la fuga. Al propio trance
Se aperciben también los que al tirano
Tienen odio mortal, ó inmenso miedo.
Echan mano á las naves, que por suerte
Aparejadas hallan; su oro en ellas
Cargan, y las riquezas del avaro
Pigmalión por el mar desaparecen.
¡Fué una mujer quien dirigió la empresa!
Llegaron á estos sitios, donde ahora
Las ingentes murallas y el alcázar
De la nueva Cartago alzarse miras,
Y del suelo compraron, que por eso
Lleva el nombre de *Birsa,* cuanto espacio
La piel de un toro circundar pudiera.
Mas ¿vosotros quién sois? ó ¿de qué playas
Venís? ó ¿donde vais?—«El, con suspiros
Y voz que arranca del profundo pecho:
«¡Oh Diosa!, le responde, si intentara
Desde su origen referir la historia
De los trabajos nuestros, y en tí hubiera
Vagar para escucharla, antes que diese

A mi relato fin, ya muerto el día,
Negra tiniebla encapotara el cielo.
Desde la antigua Troya (si es que acaso
Llegó el nombre de Troya á vuestro oído)
Llevados fuimos por diversos mares,
Hasta que recia tempestad ahora
Nos arrojó á las líbicas riberas.
Yo soy el pío Enéas, cuya fama
Sobre los cielos vuela. Mis Penates
Logré arrancar de la enemiga hueste,
Y conmigo los llevo. Voy buscando
Mi patria Italia. Del supremo Jove
Mi linage desciende. Veinte naves
Saqué del Frígio mar, y el derrotero
Que la Diosa, mi madre, me mostraba,
Seguí, cumpliendo con la ley del hado.
Siete apenas me quedan, de las olas
Maltratadas y el viento. Y yo aquí solo,
Sin auxilio, ignorado, piso errante
Los desiertos de Libia, repelido
De la Europa y del Asia.»—Ya sus quejas
Sufrir no pudo enternecida Venus,
Y su dolor interrumpiendo, dijo:
«Seas quien fueres, de los Dioses, creo,
No es odiada tu vida; marcha ahora
Y á la Tiria Ciudad lleva tus pasos,
Y á los umbrales de la Reina llega.
Porque te anuncio que á tu lado en breve
Verás á tus amigos, y tu armada
En segura mansión, trocado el viento:
Si no en vano mis padres me enseñaron
La ciencia del agüero.—¿Doce cisnes
Allí no miras, en bandada alegre,
Ha poco en el espacio amedrentados
Por el ave de Jove que sobre ellos
Se deslizó de la región etérea?

Ya en prolongada hilera tierra toman,
O á tomarla se aprestan... ¿Ves cual baten

Las resonantes alas, y rodean
En corro el cielo, desatando el canto?
No de otra suerte los bajeles tuyos
Y tus gentes, ó entraron ya en el puerto,
O van á entrar con desplegadas velas.
Parte sin detención; y por la vía
Que te conduce allá, dirige el paso.»
Dijo, y marchando, su cerviz de rosa
Resplandeció de luz; olor divino
De celeste ambrosía sus cabellos
Esparcieron en torno; flotó en tierra
Hasta los pies la veste, y en su marcha
Se descubrió la verdadera Diosa.
Conoce Enéas á su madre, y esto,
Siguiéndola en su fuga, le decía:
—«¿Y tú también, cruel, al hijo tuyo
De nuevo engañas con mentida forma?
¿Por qué le niegas que á tu diestra pueda
Juntar su diestra, y departir contigo
En coloquio veráz?»—Así la causa,
Y hácia los muros encamina el paso.
Venus al punto á entrambos caminantes,
Cerca de oscuro ambiente, y con un velo
De niebla densa los envuelve en torno;
Porque ni vistos ni ofendidos sean,
Ni los detenga nadie, ni les pida
De su viaje razón.—Ella su vuelo
Dirige á Pafos, y su caro albergue
Torna gozosa á ver. Allí erigido
Un templo tiene, donde en cien altares
Arde el Sabeo incienso, y frescas flores
Al aire exhalan regalado aroma.
Tomaron ellos el camino en tanto
Por do la senda los guiaba: suben
A un collado que altísimo se encumbra,
La ciudad dominando, y de su cima
La muralla y alcázares descubren.
Maravíllase Enéas contemplando
Aquella inmensa mole, allí do fueron

Otro tiempo cabañas de pastores.
Admíranle las puertas, y el bullicio,
Y el pavimento de las anchas calles.
Allí los Tirios con ardor se afanan:
Unos se ocupan en alzar los muros,
En trazar el alcázar, y las piedras
Acarrean á brazo; otros eligen
Solar para su casa, y con un surco
En derredor lo acotan: templos, curias,
Y la sacra mansión para el Senado.
Aquí cavan el puerto: hondos cimientos
Echan allí para un teatro, y labran
De roca inmensa altísimas columnas,
Noble ornamento á la futura escena.

Tal las abejas su labor emprenden
Por los floridos campos, cuando brilla
El sol primaveral; y ya conducen
Los adultos enjambres, ya las mieles
Líquidas cuajan, y su dulce néctar
Por las celdillas del panal derraman,
O á las que llegan de la carga alivian,
O en cerrado escuadrón, de la colmena
Los inútiles zánganos arrojan.
Hierve el trabajo, y á tomillo esparcen
Olor en torno las fragantes mieles.
«¡Oh, dichosos aquellos, dice Enéas,
Que ya sus muros elevarse miran!»
Y contempla los altos edificios.
Penetra en medio de la gente, siempre
Cercado de la niebla, ¡oh, maravilla!
Mézclase entre ellos, y de nadie es visto.
Un bosque había de apacible sombra
En medio á la Ciudad, donde los Penos,
Que allí un día arrojaron las borrascas,
En la tierra cavando, un signo hallaron
Deparado por Juno: la cabeza
De un valiente caballo, testimonio
De que en los siglos fama ganarían

De gente sóbria, y en la guerra insigne.
Allí un gran templo la Sidonia Dido
A Juno edificaba, ricos dones
Ostentando, y la imagen de la Diosa.
De bronce eran las gradas que ascendían
Hasta el umbral del pórtico, de bronce
Las columnas: los quicios rechinaban
Con el girar de las ferradas puertas.
Allí por vez primera un nuevo objeto
Contempla Enéas, que el temor le calma,
Y osa esperar salud por vez primera,
Y hallar alivio á su aflicción confía:
Que mientras de la Reina la llegada
Aguardando recorre el vasto templo,
Y lo examina todo y la opulencia
De la nueva ciudad entre sí admira,
Y la rica labor de obras preciosas
De ingeniosos artífices, de pronto,
Ven sus ojos, por orden, los combates
De la troyana guerra, cuya fama
Vuela ya por los ámbitos del Orbe.
Ve á Agamenón y á Priamo, y á Aquiles,
Implacable con ambos.—Se detiene,
Y con lágrimas dice: «¿Dónde, Acates,
Hay ya sitio ó región en la ancha tierra
Que no llene la voz de nuestras cuitas?
¿A Priamo no miras?—Justo premio
Aquí también á la virtud se otorga:
También aquí se llora el ¡infortunio
Conmueve aquí las almas!—Deja el miedo,
Y de esta fama la salud espera.»
Esto dice, y recrea sus miradas
En la inerte pintura; le contrista
De casos varios el recuerdo aciago,
Y largo llanto sus mejillas baña.
Los combates contempla que vió un día
En derredor de Pérgamo; los griegos
Huyendo aquí de la troyana hueste.
Allí los Frigios, que en su carro acosa

El penachudo Aquiles. No distante,
Reconoce con lágrimas, de Reso
Las blancas tiendas por traición vendidas
Al hijo de Trideo, que en las horas
Del primer sueño, penetrando en ellas,
Las devastó con hórrida matanza;
Y del vencido los corceles bravos
A su campo llevó, sin que gustasen
De Troya el pasto, ni de Janto el agua.
En otra parte, á Troilo fugitivo,
Al mancebo infeliz, que con Aquiles
Osó medirse en desigual combate,
Sus caballos arrastran; de sus armas
Desnudo va, sobre su propio carro
Derribado de espaldas, y aun las riendas
En la mano empuñando. En tierra tocan
Su cabeza y cabello desgreñado,
Que el suelo barre, y con la lanza vuelta,
Abriendo va en el polvo un largo surco.
En tanto, al templo de la adversa Palas,
Las doncellas de Ilión, suelto el cabello,
Suplicantes, llorosas, con las manos
Golpeando su pecho, un péplo llevan
Por ofrenda á la Diosa, que los ojos
De ellas aparta y en la tierra fija.
Tres veces arrastrado en torno al muro
De Troya el cuerpo de Héctor, á su padre
Allí Aquiles lo vende á peso de oro.
De su profundo pecho lanzó Enéas
Un gran gemido, los despojos viendo,
Y el carro, y el cadáver de su amigo,
Y á Priamo tender la mano inerme.
A sí propio también viose mezclado
En recia lid con los caudillos griegos,
Y descubrió las orientales huestes,
Y del negro Memón también las armas.
Guiando su falange de Amazonas,
De lunados broqueles, al combate
Se arroja con furor Pentesiléa,

Que por debajo del cortado pecho
Atado lleva el ceñidor dorado,
Y virgen es, y con varones lucha.

Mientras suspenden al dardánio Enéas
Tan altas maravillas, y los ojos
En cada objeto embebecido fija,
He aquí que al templo se adelanta Dido,
La hermosísima reina acompañada
De numerosa juventud en torno.
Cual Diana en la margen del Eurotas
O en las cumbres de Cinto, el coro guía,
Y acuden mil Oréadas formando
Apiñado cortejo en torno suyo:
Ella, la aljaba al hombro suspendida,
Entre las diosas marcha, y sobre todas
Descuella en magestad; y henchido el pecho
Siente Latona de secreto gozo.
Tal Dido apareció: tal iba ufana
Entre todos marchando, y á las obras
Impulso daba y al futuro reino.
Entra en el templo, y sobre excelso trono
Debajo de la cúpula erigido,
Cercada de guerreros toma asiento,
Y mientras leyes y sentencias dicta,
Y las diversas obras entre todos
Con equidad reparte, ó dá por suerte,
Vé de improviso Enéas acercarse
En gran tropel á Antéo y á Sergesto,
Y al valiente Cloanto, y varios otros
De los troyanos que la negra furia,
De la tormenta dispersó, y llevados
A otras orillas por las ondas fueron.
Pásmase Enéas, y á la par Acates
Y entre gozo y temor, ambos ardían
En vivas ansias de estrechar sus manos;
Mas del suceso la ignorada causa
Sus ímpetus embarga: disimulan,
Y en la cóncava nube guarecidos,

Averiguar esperan cúal la suerte
De aquellos hombres es, en qué riberas
Han dejado sus naves, con qué objeto
Se dirigen allí. De los bajeles
Los jefes eran, que favor pedían,
Y con clamor al templo se acercaban.
Entran, y obtienen para hablar permiso;
Y el principal de todos, Ilionéo,
Con plácida expresión así comienza:
¡Oh reina! tú á quien Júpiter concede
Nueva ciudad fundar, y en justo imperio
Fieras gentes regir, á tí acudimos
Estos troyanos míseros, llevados
De mar en mar por fieros huracanes.
¡Oh! no permitas que inhumano fuego
Incendie nuestras naves: gracia otorga
A este pío linaje, y nuestra suerte
Benigna mira con propicios ojos.

No con el hierro á derribar venimos
Los Líbicos Penates, ni á llevarnos
El robado botín á los bajeles:
No hay para tanto en nuestras almas fuerza,
Ni tal soberbia en los vencidos cabe.
Hay una antigua tierra, que los griegos
Hesperia llaman, belicosa y fértil.
Los Enotrios varones la habitaron,
Y segun fama, Italia la apellidan
Sus hijos hoy, del nombre de su jefe.
Nuestro rumbo era allí. Mas de improviso.
Alzase el Orion tempestuoso,
Y agita el mar, y á los latentes vados
Nos arrojan los austros bramadores,
Y á la borrasca vence, y por las ondas
Entre fieros peñascos nos arrastra.
Por fin á vuestras costas arribamos
Los pocos que aquí ves.—Mas ¿qué linaje
De gentes hay aquí? ¿Qué pueblo es este,
De costumbres tan bárbaras, que niega

Hospedaje en su playa y nos acosa,
Hasta impedirnos asentar la planta
En la primera tierra que tocamos?
Si con desprecio tal á los mortales
Y su fuerza mirais, temed al menos;
A los Dioses temed, que nunca dejan
Sin premio al bueno, sin castigo al malo.
Nuestro rey era Enéas; más piadoso
Varón, más justo, ni menos guerrero
No hubo jamás. Si nos lo guarda el hado,
Si aura vital respira, si aun no habita
El pavoroso reino de las sombras,
Nada nos acobarda; y de haber sido
Tú la primera que nos des amparo,
No te arrepentirás. Ciudades y armas
En Sicilia tenemos, donde el noble
Acestes reina, de troyana sangre.
Licencia danos de sacar á tierra
Nuestras naves del viento maltratadas,
Y madera cortar en estos bosques,
Y de remos armarlas. Si de nuevo
A nuestro rey y amigos recobramos,
Y nos es dado navegar á Italia,
Con gozo á Italia, al Lácio partiremos.
Si huye toda salud; si en sus abismos,
¡Oh, de los Teucros amoroso padre!
Te esconde el mar de Libia; si una pérdida
Vemos de Yulo la esperanza, al menos
Por el mar Siciliano hagamos rumbo
A la región de donde aquí vinimos,
Y donde amigo asiento nos aguarda,
Y allá volvamos junto al rey Acestes».
Así dijo Ilionéo; y un murmullo
De aprobación entre los Teucros suena.
Dido entonces, los ojos inclinando,
Esto en breves palabras le responde:
«Troyanos, desterrad de vuestras almas
Todo temor, y respirad tranquilos.
Grave ocasión, y mi naciente reino,

Tal me aconsejan, y á distancia larga
Fuerzas tener que mis fronteras guarden.
¿Quién hay que á los de Enéas desconozca,
Y á Troya, y sus hazañas, y sus héroes,
Y los horrores de tan cruda guerra?
No somos, no, de condición tan ruda
Los Penos, en verdad; ni sus caballos
Tan lejos unce el Sol del Tirio pueblo.
Ora á la grande Esperia y de Saturno
A los campos marcheis, ora á la falda
Del Erix os volvais al rey Acestes,
Con segura custodia y con socorros
De mi reino saldreis. Si aquí conmigo
Quedaros preferís, contad por vuestra
Esta ciudad que fundo, los bajeles
Sacad á tierra: tirios y troyanos
Formarán para mí tan solo un pueblo.
¡Y ojalá el mismo viento á estas regiones
Lanzado hubiera á vuestro rey Enéas!
Mas yo las costas y la Libia toda
Registrar mandaré, por si perdido
Vaga errante por selvas ó ciudades».
Al oir tal discurso, el padre Enéas
Y el esforzado Acates, ya alentados,
En ansia ardían de romper la nube.
Y Acates el primero así le instaba:
«Hijo de Venus, ¿qué te dicta ahora
El corazón? Asegurada miras
Nuestra suerte: las naves, los amigos
Acogidos están: solo uno falta,
Uno que entre las ondas sumergirse
Con nuestros ojos vimos: lo restante
Responde de tu madre á las palabras».
Al decir esto, rásgase de pronto
La nube que los cerca, y se evapora
Desvanecida en el etéreo espacio.
Enéas aparece: le ilumina
La clara luz, y en rostro y continente
Aseméjase á un Dios; su misma madre

Hermoseó su cabellera, y dióle
Purpurea luz de juventud lozana,
Y dulce magestad puso en sus ojos.
Tal, ingenioso artífice decora
El marfil, y la plata ó marmol Pário
Con baño de oro refulgente cubre.
Así á la reina entonces, así á todos
El de improviso apareciendo dice:
«Ved aquí el que buscabais: yo el Teucro Enéas
Soy, de las ondas Líbicas salvado.
¡Oh, reina! Tú, la sola que de Troya
Mueven á compasión los grandes males,
Tú que á nosotros, restos escapados
Del Aquivo furor, y en cuanto ofrecen
Tierras y mares de accidentes duros,
Agotado el sufrir, faltos de todo,
En tu ciudad, en tu palacio acoges,
A darte digna recompensa, ¡oh Dido!
No alcanzamos nosotros, ni alcanzaran
Cuantos hoy viven del Dardanio pueblo
Del orbe por el ámbito esparcidos.
Los Dioses, si hay en el Olimpo algunos
Que galardonen la piedad, si aun queda
Un resto de justicia, á tí los Dioses,
Y la conciencia de tu acción, el premio
Merecido te otorguen. ¡Oh, dichoso
Siglo que te dió el ser! ¡dichosos padres,
Que dignos fueron de engendrar tal hija!
¡En tanto que á la mar corran los ríos;
En tanto que la sombra gire en torno
De la montaña; en tanto que los cielos
Se tachonen de estrellas; donde quiera
Que yo habitare, vivirá conmigo
Tu honor, tu nombre, tu alabanza siempre!»
Esto dijo, y tendió la diestra mano
A su amigo Ilionéo, y la siniestra
A Seresto, y después á los restantes,
Y á los valientes Gías y Cloanto.

Pasmó primero á la Sidonia Dido
El aspecto de Enéas, y su historia
Peregrina después, y así le dice:
«¿Qué destino fatal, hijo de Vénus,
A tantos riesgos te arrastró? ¿Qué mano
A estas riberas bárbaras te arroja?
¿Con que eres tú en verdad, aquel Enéas
Que del Dardanio Anquíses la alma Venus
Dió á luz á orillas del troyano Símois?
Bien recuerdo que, echado de su patria,
Llegó Teucro á Sidon, y nuevo Estado
Quiso fundar con el favor de Belo.
Belo, mi padre, en la opulenta Chipre
Lidiaba á la sazón, y victorioso
A su imperio sujeta la tenía.
Ya entonces yo de la ciudad Troyana
Noticias túve, y de su triste historia,
Y de tu nombre, y de los Reyes Griegos.
Que él mismo de los Teucros enemigos
Grande alabanza hacía blasonando
De descender de aquella antigua raza.

Así, pues, sin temor venid, mancebos,
Y con nosotros habitad.—Por trances
Iguales á los vuestros la fortuna
Me arrastró á mi también, hasta que al cabo
Fijar mi asiento en esta tierra quiso.
Mísera fuí; del mísero me duelo»
Estos recuerdos hace, y luego á Enéas
A su palacio lleva, y á los Dioses
Manda hacer en los templos sacrificios.
También dispone que á la playa lleven
A la gente de Enéas veinte toros,
Cien recios lomos de gigantes cerdos,
Cien cebados corderos con sus madres,
Y el dulce néctar del alegre Baco.
Con regia pompa lo interior adornan
Del gran palacio, preparando en medio
La sala del festín: cuelgan tapices

Bordados con primor de rica grana.
Las mesas cubre inmensa argentería,
Donde en oro esculpidos aparecen
Los hechos de sus ínclitos mayores,
Série inmensa de hazañas, que ilustraron
A tantos héroes, y que allí figuran
Desde el origen de su antigua raza.
En tanto Enéas, cuya mente agita
El paternal amor, ordena á Acates
Pronto á las naves ir, y que esto cuente
A Ascanio, y á palacio lo conduzca.
¡Solo en su caro Ascanio el padre piensa!
Ordénale además ricos presentes
Traer, salvados del troyano incendio:
Un manto que recaman signos de oro,
Y un velo, cuyos bordes festonea
Franja de rubio acanto: adornos ambos
Que sacó de Micenas cuando huyendo
A celebrar á Pérgamo partía
La Argiva Elena sus infandas bodas:
Dones preciosos de su madre Leda.
También el cetro que en Ilion un día
La hija mayor de Príamo llevaba,
Y una sarta de perlas para el cuello,
Y una corona de preciosas piedras
Engastadas en oro.—Presuroso,
Por todo Acates á las naves corre.

Mas Vénus en su mente nueva astucia,
Nuevo proyecto forja: hacer intenta
Que tomando Cupido el rostro y talle
Del tierno Ascanio, junto á Dido llegue,
Y con los dones en la reina encienda
Furioso amor, y abrase sus entrañas,
Porque aquel hospedaje mal seguro,
Y de los Tirios la doblez, le asusta.
Juno atroz la atormenta, y con la noche
Sus sobresaltos crecen, de tal suerte,
Que á su ligero Amor esto le dice:

«Hijo, en quien miro mi poder, mi fuerza;
Tú el único, hijo mío, que no temes
El sumo dardo que rindió á Tiféo:
A tí me acojo, y suplicante pido
Favor á tu deidad.—Tu hermano Enéas,
Errante por el mar, de playa en playa
Se vé, por ódios de la inícua Juno.
Tú bien lo sabes; tu dolor mil veces
Respondió á mi dolor, La Tiria Dido
Ora le hospeda, y con palabras blandas
Le guarda junto á sí.—Mas yo recelo
De un hospedaje que consiente Juno:
Que ella no cesa en sus intentos nunca.
Así á la Reina con mi industria pienso
Antes ganar, y en llamas abrasarla,
No la cambie otro Dios, y hacer que á Eneas
Ame con tanto amor como yo misma.
Esto has de hacer, y escucha de qué modo:
El régio infante, en quien me miro ahora,
Al llamamiento de su caro padre,
A la Tiria ciudad marchará en breve,
Llevando los presentes rescatados
De la borrasca y del Troyano incendio.
Yo, en profundo letargo adormecido,
En las sacras mansiones de Citera
Le esconderé, ó en el Idálio bosque;
No al saber el engaño, se presente.
Tú, por sola una noche, su semblante
Toma; y pues eres niño, de otro niño
Sabrás fingir el conocido aspecto.
Y cuando Dido, de alborozo llena,
Te acoja en su regazo, entre la bulla
Del festín régio, y al calor del vino,
Y te abrace, y te imprima dulces besos,
Introduce en su pecho el fuego oculto,
Y el veneno de amor vierte en su alma...»
Obedeciendo de su cara madre
Los mandatos, Cupido, se despoja
De sus alas al punto, y parte alegre,

Igual en rostro y continente á Yulo.
Vénus entonces en Ascanio infunde
Un plácido sopor, y en su regazo
Abrigado lo lleva á los repuestos
Bosques de Idalia, do con blandas flores
El oloroso almoradúx le cubre
Y le rodea de apacible sombra.—
Obediente á su madre iba Cupido
Llevando alegre los presentes regios
A los tirios, guiado por Acates.
Llega, cuando la Reina en medio ocupa
Su aureo lecho de espléndidos tapices;
Llega Enéas también y sus Troyanos,
Y en purpúreos estrados se recuestan.
Agua para las manos dan los pages;
De las cestas el pan sacan, y cubren
Las mesas con finísimos manteles.
Cincuenta mozas dentro, en larga fila,
Preparan las viandas, y alimentan
La llama á los Penates. Otras ciento,
Y cien mancebos á la par, iguales
Con ellas en edad, las mesas cargan
Con los manjares, y las copas sirven.
Y muchos Tirios á la alegre fiesta
También acuden, á quien Dido manda
Recostarse en los lechos de colores.
Todos el don magnífico de Enéas
Admiran, y de Yulo la hermosura,
La faz resplandeciente, y las palabras
Simuladas del Dios; el manto admiran,
Y el velo con festón de rubio acanto.
Más sobre todos la infelice Dido,
Ya sentenciada á próximo desastre,
No se sácia mirando, y más se abrasa
Cuanto lo mira más, y á par las joyas,
Y el niño hermoso el alma le conmueven.
Él, cuanto á Enéas abrazó, y colgado
A su cuello, colmó al supuesto padre
De inmenso amor, dirígese á la Reina.

Ella con ojos y con alma toda
Se fija en él, y siéntalo en su falda,
Y lo acaricia: la infeliz no sabe
Cuál es el Dios que estrecha entre sus brazos
El los mandatos de su madre Venus
Recuerda entonces. y á borrar comienza
Del corazón de Dido, poco á poco,
La imagen de Siquéo, y con activo
Amor intenta trastornar de nuevo
Aquel pecho que vive ha tiempo ocioso,
Y aquel alma de amores olvidada.
Da fin la cena; se alzan los manteles,
Y en las mesas colocan grandes copas,
Y de vino las llenan. A su vista
Rompe inmenso clamor. El vocerío
Del palacio en los ámbitos retumba.
Cuelgan de los dorados artesones
Mil encendidas lámparas, que ahuyentan
Con viva llama las nocturnas sombras.
La Reina entonces que le traigan pide
La copa de oro y de preciosas piedras
De gran peso y valor, que desde Belo
Siempre usaban sus régios descendientes.
Guardan silencio todos; y ella dice:
– «Júpiter, pues por tí la ley se acata
De la hospitalidad, haz que este día
Feliz á Tirios y á Troyanos sea,
Y viva eternamente en la memoria
De nuestros hijos. Que descienda Baco,
Numen de la alegría, y la benigna
Juno con él.—¡Oh Tirios! y vosotros,
La unión presentes celebrad propicios».—
Dijo, y libó en la mesa el dulce néctar,
Y el borde de la copa con los lábios
Tocando apenas, se la entrega á Bicias,
Y le incita á beber. El, sin demora,
El licor espumante ansioso apura
De la aurea taza, y se salpica todo.
Siguen su ejemplo los demás señores.—

Pulsa el crinado Yopas la dorada
Cítara en que aprendió del grande Atlante:
Canta el curso del sol, la errante luna,
Donde el origen de animales y hombres
Está, y el de la lluvia y el del rayo:
Canta á Arturo, las Hiadas pluviosas,
Los gemelos Triones; por qué causa
Corren los soles invernales tanto
A hundirse en el Océano, y las noches
El paso acortan tardo y perezoso.—
Rompen luego los Tirios á porfía
En grande aplauso, y siguen los Troyanos.—
La noche entanto en pláticas diversas
Entretenía la infelice Dido,
Bebiendo largo amor. Mucho pregunta,
Ora acerca de Priamo, ora de Héctor;
Ya en las fuerzas con que á Troya vino
El hijo de la Aurora; ya del lance
De los caballos de Diomedes; ora
Noticias sobre Aquiles.—Y al fin dijo:
«Ea, mejor será que nos relates,
Huésped, desde su origen las astucias
De los Griegos, la historia de los tuyos,
Y de su vida errante, pues ya has visto
Siete giros del sol, vagando siempre
Por tantos mares y por tierras tantas.

Á DON ALBERTO LISTA

EN SUS DIAS

ODA

Del blando lecho de *Titón* hermoso
La sonrosada aurora
Gallarda se lanzó: rauda traspasa,
Precursora del astro refulgente,
Los piélagos de Tetis,
Y á los campos llegó que riega el Bétis.
Oye la lira y el cantar sonoro
Del inmortal *Fileno*, (1)
Que la *inocencia* lamentó *perdida;*
El vuelo enfrena, y al felice vate,
Que admiración inspira,
«¿Qué cantas, dice, en la templada lira?»

«¿Segunda vez, acaso la inocencia,
De la tierra alejada
Lamentas, ó de nuevo el fiero trono
Que la superstición erige altiva,
Y el negro fanatismo,
Lanzas, á la mansión del hondo abismo?» —

---

(1) *Reinoso*, autor del poema *La Inocencia perdida:* compañero y amigo de Lista.

«No, le responde el vate, interrumpiendo
Su dulcísimo canto:
El fiero monstruo que mi voz hundiera,
Para siempre le hundió: la virtud pura
A la tierra tornada,
Tiene en ella por fin digna morada».

«Que Anfriso nace; y la virtud sublime,
La cándida inocencia,
Fugitivas doquier, buscando errantes
Asilo do morar, vieron su pecho,
Y en su pecho anidaron,
Y virtud é inocencia le inspiraron».

«Este día feliz, cuyos albores,
Bella aurora, derramas,
Le vió nacer: el caudaloso Betis,
Torciendo ufano su corriente pura,
Besar la cuna quiso
Do reposaba el envidiado Anfriso».

«Y la orgullosa frente levantando,
De laurel coronada,
Al sacro *Tajo*, al rápido *Garona*,
Y al *Ródano* y al *Pó* y al *Manzanares*,
La vista audaz tendía,
Clamando ufano: «¡la victoria es mía!»

«En su cándida mente el mismo Apolo
La ternura derrama
De Anacréon, y del sublime Horacio

La poderosa enérgica armonía;
    Baja del Pindo y llega,
Y su templada cítara le entrega».

«Anfriso canta; y Píndaro y Horacio,
    Y cien vates y ciento,
Cantan, y ceden al cantor del Betis,
Y la vencida cítara deponen;
    Y el coro de Helicona
Su docta frente de laurel corona».

«Ya las cuerdas hiriendo dulcemente,
    Las blandas guerras canta
De la madre de Amor; ya más robusta
La voz engrandeciendo, tu salida,
    Del día precursora,
Mensajera del sol, celeste aurora».

«Canta *la tolerancia* (1) y á sus ecos
    La espelunca horrorosa
Crujiendo se desploma, y sus ruïnas
Y sus ministros bárbaros consume
    La hoguera aborrecida,
En su seno por siglos encendida».

«Pregunta al justo, quién el dulce encanto
    De la virtud divina
En su pecho inspiró; pregunta al malo
Quién su maldad impávido combate;

(1) Alude á la oda de *Lista* que lleva ese título.

Pregunta á los pastores,
Si amores sienten cuando canta amores».

«A mi pecho pregunta do se anida
Inextinguible fuego
De sagrada amistad. Sí, caro *Anfriso,*
Tuya es mi voz, mi dulce risa tuya,
Tuyo mi triste llanto,
Mi voz, remedo informe de tu canto».

Dijo *Fileno;* y con el plectro de oro
Hirió la acorde lira;
Y en los senos del Betis cristalino
El canto resonó. La frente alzando,
El Dios lo escucha; atento,
Callan las aves, enmudece el viento.

1825,

IMITACION DE LOS SALMOS

¡Ay! no vuelvas, Señor, tu rostro airado
A un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
La celda del delito.

Y en tí humilde, ¡oh mi Dios! la vista clavo,
Y me aterra tu ceño;
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada
Henchida de armonía!
Y tú, por el perdón purificada,
¡Levántate alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora,
Y por el ancho mundo
Cantemos de la diestra vengadora
El poder sin segundo.

Te cantaré, ¡oh mi Dios! cuando te plugo
Bajo tu amparo y guía
A Israel acoger, que bajo el yugo
De Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
Pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino;
Soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
Ancha senda le ofrece.

Síguelo Faraón... La mar serena
Lo traga y desparece.

Violo el Jordan, y huyó. Monte y collado,
Cual tierno corderillo,
Saltaron de placer, el risco alzado
Cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿porqué tus aguas dividiste,
Y á Faraón tragaste?
¿Porqué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte ¿porqué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra.
Las trompetas sonaron;
¡Parose el sol, y *Gabaon* se aterra;
Y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, señor, de piedra dura,
Agua en mansa corriente,
Y aplacó de tu pueblo su dulzura
Allí la sed ardiente.

« Canta, Israel, al justo, al fuerte, al santo,
« Al que enjugó tu lloro;
« Acompañe la cítara tu canto,
« Y el tímpano sonoro. »

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
Osado el marinero,
Y pide al polo el que la mar le niega
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro suave,
    Y el hondo mar turbando,
Cruzan los vientos, y la triste nave
    Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
    Al abismo horroroso;
Ruge el trueno: veloz el aire hiende
    Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora; y aplacado,
    Lo miras con ternura.—
¡El vendabal es céfiro; el hinchado
    Mar, tranquila llanura!

    « Canta, Israel, etc. »

Los tiranos del mundo en liga impía
    Para el mal se adunaron,
Y á la incauta Israél «¡Dios nos envía!»
    Desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha
    « Al justo renovemos:
«Blasfememos, que Dios no nos escucha:
    «Dios no vé: degollemos.»

Dijeron, y no son.—Su raza impía,
    Cual humo se deshizo.—
¿No oirá quien dió el oído? ¿no vería
    El que los ojos hizo?

«Canta; Israél, etc.»

Los ímpios que tus casas allanaron
De uno al otro horizonte,
Y con hachas sus puertas destrozaron,
Como leña del monte;

Los fuertes que se alzaban, cual montañas
Que á las nubes se eleva,
Desparecieron como débil caña
Que el huracán se lleva.

Los robustos de *Edón*, y los tiranos
De *Moáb*, ¿qué se hicieron?
El Señor los miró, y abrió sus manos,
Y al abismo se hundieron!

« Canta, Israél, al justo, al fuerte, al santo,
« Al que enjugó tu lloro;
« Acompañe la cítara tu canto,
« Y el tímpano sonoro. »

1826.

EL CANTO DE LA ESPOSA

(IMITACIÓN DEL CANTAR DE LOS CANTARES)

Ven á tu huerto, Amado;
Que el árbol con su fruto te convida,
Y el céfiro callado
Espera tu venida:
Tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada
Desdeña esquiva la purpúrea rosa,
A la tierra inclinada;
La abeja silenciosa,
Ni en torno gira, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin tí, cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores,
Desplegando sus alas de colores.

Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazonadas pomas,
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas,
Sin tí mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado
El sol ardiente tus mejillas tuesta;
Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasaras la siesta.

Yo duermo en mi morada;
Mas del esposo, el corazón velando,
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando;
El Esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mío;
Abreme por tu vida,
Que yerto estoy de frío,
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA

¡Ay! que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho!:
¡Ay! que el pie delicado
Temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta;
A su tacto amoroso
Mi corazón despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alceme presurosa
Para abrir al Esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.

¡Mas el Esposo amado
No me esperaba, ¡ay triste!, y era ido
Celoso y despechado!

Mi acento dolorido
Llámalo, y no responde á mi gemido!

Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron;
Como sola me vieron,
Y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
Si por dicha encontrais un fugitivo,
Decidle que no sea
Con su adorada esquivo,
Que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conoceis por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura,
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.

Conocereis quién sea,
Si al verle os encendeis en fuego vivo.
Doncellas de Judea,
Traedme al fugitivo,
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

1825.

AL EXMO. SEÑOR DUQUE DE FRIAS

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

ELEGIA

¿Quién á mi frente ciñe
El funeral ciprés? La destemplada
Lira de Young entre mis manos yertas
¿Quién viene á colocar? ¿Quién á mi pecho
Pide lúgubre canto?
¿Quién agolpa á mis párpados el llanto?

Santa amistad, perdona
Si alguna vez á tu celeste influjo
Pude el canto ensayar, destellos eran
Del juvenil ardor: nunca del genio
La antorcha refulgente
Con su lumbre inmortal ardió en mi mente.

A tu demanda en vano
Llamó la inspiración: lágrimas solo,
Lágrimas te daré. Si el llanto es digno
Tributo á la beldad que hundió en la tumba
La parca devorante,
¡Ay! yo la lloraré! ¡que otro la cante!

A la hermosura, al alto
Ejemplo la virtud, dotes que unidas
Ve el mundo rara vez, ¿qué humano pecho
Niega su admiración? Hijos de Iberia,
Que el sacro Pindo inspira,
¡*Piedad* enmudeció!: pulsad la lira.

Sonó el himno: *Barcino,*
Madrid y el *Sena* y el *Adur* lo oyeron.
En el inerte mármol, en el mudo
Lienzo, al olvido de la tumba arranca
Su forma peregrina,
Su celeste beldad, arte divina.

¿Cuál es tu triunfo, oh! muerte?
De tu falsa victoria ¿cuál trofeo
Es el que arrastras al sepulcro? En vano
Allí tu triste víctima sepultas:
De tu cetro profundo
Rayo consolador refleja al mundo.

Así después que cruza
Por el tendido cielo el sol radiante,
Y en los abismos de la mar se esconde,
Melancólica, blanda, halagadora
Luz á la tierra envía,
Dulce recuerdo del ardiente día.

¡Lloras, mi dulce amigo!
Llanto y no más á su memoria, estéril
Holocausto será. Más alta ofrenda

Pide á tu amor: quien el consuelo hermoso
De la virtud ignore,
A su muerta beldad eterno llore.

No tú, que de los cielos
El númen recibiste que tu nombre
Hará inmortal, y lauros militares
Que tu diestra ganó, y en bien del pobre,
Dones de la fortuna,
Y heredado blasón de ilustre cuna.

¿De labios más queridos
Oirlo quieres? Ven: allí se eleva
El gótico recinto: allí dirije
Tu planta: llega: sobre el fuerte quicio
Las cinceladas puertas
Por invisible impulso mira abiertas.

Traspasa los umbrales.
Lámpara funeral su tembloroso
Rayo refleja en el bruñido mármol
De ostentosos sepulcros: en su centro
Los restos venerables
Yacen de los antiguos Condestables.

¡Mas tus inquietos ojos
Buscan la tumba de tu amor!—Escucha:
¡Sordo ruïdo en su profundo seno
Se deja percibir!... Alzase en ella,
Sobre la abierta losa,
Una matrona. Mírala: es tu esposa.

De sus hombros desciende
Cándido lino hasta la planta. El negro
Cabello ondea en su marmórea espalda.
Pálida majestad su noble frente
Y sus mejillas tiñe:
La corona ducal sus sienes ciñe.

Y con solemne acento
Así te dice:—«Treguas, caro esposo,
Treguas á la aflicción; harto bañaste
De amargo llanto el solitario lecho:
Tú que lloras mi suerte,
¡Si el triunfo vieras que nos da la muerte!

Aquí no turba el alma
El tronante cañón, la asoladora
Lanza que salpicó de humana sangre
Los pacíficos campos donde alzamos,
Bajo el pajizo techo
De nuestro mutuo amor, el primer lecho.

La envidia ponzoñosa,
La calumnia procaz, la tiranía,
La bajeza servil, del mundo, solo
Del mundo son: la adulación traidora,
Que honor mentido ofrece,
En la losa del túmulo enmudece.

Mas no con llanto estéril:
Con la virtud conquistarás, esposo,
Este ignorado mundo de delicias.

¡Virtud costosa, sí!; que esta diadema,
    Tanto del hombre ansiada,
Al bajar á la tumba, ¡cuán pesada!

    ¡No el velo misterioso
Me es dado alzar!—A Dios!—conmigo un día
En lazo eterno!... «Enmudeció la sombra
Y hundióse en el sepulcro; y aun su acento
    «¡Virtud!, ¡virtud!» clamaba:
«¡Virtud!, ¡virtud!»—el templo resonaba.

Julio de 1830.

A LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

VISITANDO EL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE MADRID

Cuando la griega juventud volaba
    Al campo de la gloria,
Y al macedón guerrero arrebataba
El sangriento laurel de la victoria,
¿Quién á blandir la fulminante lanza
    Robusteció su brazo?
En el estrago de feroz matanza;
¿Quién su pecho alentó? ¿quién, sino el fuego

Del entusiasmo ardiente,
Que corrió en viva llama por sus venas,
Cuando escuchó elocuente
Tronar la voz del orador de Atenas?

Tú fuiste, ¡oh santo fuego!
Tú quien el duro mármol animaba
Bajo el cincel del inspirado griego;
Tú quien la trompa de Marón sonaba.
En cuanto el mundo á la memoria ofrece
De eterno, de elevado,
Tu creador espíritu aparece.
Tú, ante el funesto vaso envenenado,
En el alma de *Sócrates* brillabas;
Tú la mano de *Apéles* dirigías,
En la lira de *Píndaro* sonabas,
Y la lanza de *Arístides* blandías.

Mas, ¡oh! ¿por qué ofuscada
A tan remota edad vuela mi mente?
La centella sagrada,
De la aureola de Dios destello ardiente,
Que de la antigua Grecia derruída
El canto melodioso
Eternizó, y el brazo belicoso,
¿Yace entre tus escombros extinguida?

No. Como chispa eléctrica impaciente,
Que presa en frío pedestal, no pudo
Brillar, hasta que siente
De acerado eslabón el golpe rudo,

Así en medroso pasmo
En tu pecho dormía,
Juventud española, el entusiasmo.
Mas cuando el regio acento generoso
Retumbó por los ámbitos de España,
De el Pirene riscoso
Al confín andaluz que Atlante baña,
Estalla al fin la mágica centella
Las almas conmoviendo,
Y el abatido pueblo se levanta,
Y en sed de gloria ardiendo,
Lidia el guerrero y el poëta canta.

¡Todo ya es entusiasmo, todo es vida!
Navarra muestra su campaña en sangre
De rebeldes teñida;
Allí guerrera juventud, clamando
Cristina, libertad, en ronco acento,
La espada desnudando,
La vaina arroja al viento,
Y al son del himno nacional, se lanza
Con noble bizarría
Sobre la hueste audaz que el polvo muerde
En *Luchana, Arlaban, Mendigorría.*

Aquí los que sintieron
Su pecho palpitar, en mudo asombro
De rodillas cayeron
Ante la virgen pura,
Cuyo rostro de cándida hermosura

Y maternal desvelo
Reveló al gran *Murillo* el mismo cielo.

Los que el sagrado canto
Que entonaba León en arpa de oro
Oyen con tierno llanto,
Y al Dios del alma coro
Alzan también el cántico sonoro,

Ó al robusto sonido
De la trompa de *Herrera,* ante sus ojos,
Ven cargadas de bárbaros despojos,
A las veleras naves españolas
Victoriosas bogar, cuando *Lepanto*
Con turca sangre enrojeció sus olas.
Todos en lazo fraternal unidos,
Digno templo á las artes elevando
Preparan ya los himnos merecidos,
Y aprestan los pinceles,
Con que en la edad futura eterna sea
La fama de esa hueste generosa,
Que por su Reina hermosa
Y por la santa libertad pelea.

Mas ¡oh! ¿qué nuevo rayo
De luz las liras y los lienzos dora,
Como á los campos del florido Mayo
El resplandor de la rosada aurora?
¿Me engaña mi deseo?
¡Vedla!... ¡es ella!... ¡es *Cristina!*

Su presencia divina
Baña de lumbre el español *Liceo.*

Busca en tu dulce lira
Cómo pintar su célica hermosura,
Que amor y gloria inspira,
Si al humano poder por dicha excedes,
Inspirado poeta.
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes
En el vario color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
Sobre el excelso trono castellano,
La frente hollando del rebelde fiero,
Y con risa bondosa,
Ciñendo de laureles con su mano
Al pintor, al poeta y al guerrero.

1838.

LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor!... ¡Caber no puede,
Donde impera tu imagen adorada,
Sino amor, solo amor!... ¡cuanto solía
Mi pecho conmover!... ¡ya todo cede
A la ardiente mirada
De tus luceros bellos!

Mal mi grado á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta.
Como al influjo de fatal cometa
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracan sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
Ó vá á estrellarse en el peñasco rudo,
Así en la fiebre do anhelando gira
Este alma delirante,
Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío,
Lánzase á la virtvd, lánzase al crimen.
¡Y este vaivén contínuo, esta perpetua
Conmoción, es la vida!—¡Cuántas horas,
Mudo, yerto, insensible,
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía
Que la felicidad en tí habitaba,
Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.

Mi corazón de fuego
En tí no la encontró. Floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.
Felicidad ¿dó estás?—Este vacío,
Que al dilatarse el corazón no llena,
Ven, ocúpalo tú.—Si ronco suena
El guerrero clarín, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime,
¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
Al son triunfal de los preñados bronces,
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad ¿te hallaré entónces?—
En el tropel del mundo,
Yo también te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
«Felicidad, felicidad» clamaba;
Y en tanto, «aquí domina»
Otro desdén la tumba me gritaba.
¿En la vida? ¿en la muerte?
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!...
¡Y los años volaban!...
Las hojas de los árboles caían...
Las hojas de los árboles brotaban.

¡Una mujer! con su flamante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente;
Los brazos tiendo á la fantasma bella,
Mas al asirla, alzada
Ví un ara ante mis pies, y detrás de ella,
Mi visión adorada,
Y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación! . . . ¡delirio!»
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oído,
¡Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera,
Dejándome con sola una mirada
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.
¡Ah! ¿qué me importa? Agitación sublime
¡Yo te adoro! ¡Tú eres
Alma de mi existencia!—¡Oprime, oprime
Un corazón á quien la calma espanta;
Inunda, inunda mi mejilla en lloro;
Clamar me oirás entre congoja tanta;
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

1832.

AL EXMO SEÑOR CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL

¿Donde la gloria vive del que un día,
En Accio vencedor, desde las cumbres
Del enriscado Cáucaso á las playas
Del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde?—Ese imperio destrozó en un punto
Bárbara hueste que lanzó cual raudo
Torrente el Septentrión: circos y templos,
Termas, palacios, todo, el habla misma
Desapareció; mas al común estrago,
Sobre siglos sin fin los inmortales
Cantos de *Horacio* y de *Maron* divinos,
Sobreviviendo van, y allí la gloria
Del protector de las Romanas letras.
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
De torbulentos próceres la dura
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,
Del purpurado Richelieu? Juguete
Del viento popular, voló en pedazos.
Mas contra el murmurar de la indignada
Posteridad, el opresor valido
Salva su gloria en la que alzó, y aun vive
Con renombre inmortal, docta *Academia*.
Tú, más que á los históricos ejemplos

Y ardiente sed de fama, á los impulsos
Del corazón magnánimo que abrigas,
Obedeciendo fiel, en tus floridos
Años, asunto con tus hechos prestas,
¡Oh noble Conde! á la española Musa.
Ella, en tanto que al pie del soberano
Solio te vió, dispensador de honores,
Mezclar su voz no quiso á la que alzaba
El lisonjero, que al poder presente
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas á la puerta del modesto albergue
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,
Te esperó silenciosa, el plecto de oro
Presto, y la voz y la sonante lira.
Oye cual vibra en tu loor, y el estro
De cien vates inflama que, á porfía,
«Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
Protector de saber.»—¡oh noble, oh digno
Premio que tanto mereciste, y gozas!
Gózalo en paz, y el que ásperos desdenes
Halla no más, y hondo silencio, cuando
De la áurea silla del poder la instable
Deidad le precipita, á sí se culpe.
No riqueza y dominio á la existencia
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
La abundancia, la paz, su cuerpo nutren,
Alma tiene también, y el alma vive
De esa gloria purísima, que el vulgo
De los graves políticos desdeña,
Y humo vano apellida.—Tú, arrostrando

Tal vez su risa imbécil, decoroso
Templo alzaste á *Talía.*—Allí de *Lope,*
De *Calderón,* de *Rojas* y de *Inarco,*
De *Moreto* y de *Tirso,* numeroso
Pueblo torna á admirar, ora discreta
Y en artificio rica, ora terrible,
Ora humilde y moral, la siempre nueva
Dramática ficción.—Los que al reflejo
De aquellos faros luminosos, siguen
La árdua senda con gloria, que á la cumbre
Del sacro Pindo guía, de las rosas
Que en sus pensiles de eternal verdura,
Al amoroso riego de Hipocrene
Dulce fragancia esparcen, ya preparan
A tus sienes espléndida corona.
Yo, á quien no es dado la sublime altura
Del Helicon pisar, una sencilla
Flor de su falda corto; ofrenda humilde
Que agradecido te presento en estos
Desaliñados números, que acaso
No morirán, porque tu nombre llevan.

1851.

DESPEDIDA A UN AMIGO

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh! si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh! cuánto fuera mi consuelo, cuánto
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh! si á este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postrer adios!

Tranquilo viera, y con serena calma,
Desatarse bramando el aquilón:
¡Junto á la horrible tempestad del alma
Las tempestades de la mar, qué son!

Mas ya quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí;
Por mí te postra, y con tus labios sella
La tierra amada en que feliz nací.

Llévame tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor;
¡Dile que es ella el numen que me inspira,
Y el solo objeto de mi ardiente amor!

1856.

LA CITA

Nunca mas bello color
Dió al horizonte tu llama,
Astro de eterno fulgor,
Al esconder tu esplendor
La cumbre de Guadarrama.

Nunca tu aroma sentí
Más delicioso que ahora,
Linda rosa carmesí;
Nunca más bella te ví
Con las perlas de la aurora.
Arroyo que, turbio y feo,
Ayer te ví deslizar;
¿Cómo tan limpio te veo,
Que ya de tu fondo creo
Las arenillas contar?
Galanos campos que haceis
De toda esta pompa alarde,
¿A quién celebrar quereis?...
¿Ó es por dicha que sabeis
Que viene Laura esta tarde?

1830.

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

EN UNA FUNCIÓN DE ANIVERSARIO DE CERVANTES

Si de norte á mediodía,
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un día,
Por un nombre todavía

Somos los que fuimos antes,
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos: **Cervantes**!

Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En *Virgilio* y en *Homero.*
Contra el destino severo,
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.
¿Puede el *Quijote* morir?—
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
Respondeis de patria y gloria,
Venid, honrad la memoria
Del *Soldado de Lepanto.*
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
¡Gloria al *Cautivo de Argel!*—
¡Aun nos llamamos por el
La primer nación del mundo!

Abril de 1862.

EN EL ALBUM DE MATILDE LAMARCA

¡Matilde! ¿quien no diría
Que para quedar vengada
De la conquista pasada
La América aquí te envía?
Pague España su osadía
Y sus marciales arrojos,
Pues nunca tantos despojos
Vieron Pizarro y Cortés,
Como aquí rendidos ves
A los rayos de tus ojos.

Yo que en su luz soberana
El sol de mi patria ví,
Orgulloso me sentí
De mi sangre americana.—
Toda cempetencia es vana:
No os pongais en su camino,
Flores, que el pincel divino
Que os matizó de colores,
Pintó más bellas las flores
Que brota el suelo Argentino.

Madrid, 1860.

GABRIEL REAL DE AZUA

INTRODUCCION

Los espantosos ecos
De destructoras guerras
Por donde quiera se alzan
Y á mis oídos llegan.
¿Quién como yo podría,
Con elevada endecha,
Cantar su crudo estrago
Si al rededor me suena?
Pero mi musa calla,
Que compasiva y tierna,
No puede hablar de lides,
De muertes, ni violencias
No es para mí este asunto;
Otro pulse por ellas
De su dorada lira
Las sonorosas cuerdas.
Diga con plectro grave,
Cuál se estremece y tiembla
Al estallar el bronce
La infortunada tierra;
Cante el prolijo llanto
De la consorte bella,
Al ver partir su esposo
Entre las huestes fieras;

También, como los surcos
Que abrió la amiga reja,
Con sangre (derramada
Por ambición) se llenan.
Yo amores solo canto,
Las gracias y lindeza
De una beldad esquiva,
No más mi lira suena;
Y la importuna instancia
Que un fino amante emplea,
Y el rendimiento altivo
De quien causó sus penas.
Ni es para más mi musa,
Que compasiva y tierna
No puede hablar de lides,
De muertes, ni violencias.

Era yo niño tierno
Que apenas conocía
Lo que son complacencias,
Amores y caricias,
Y ya como por juego,
A una donosa niña
Mis tímidas miradas
Y versos dirigía.
Quise en vano enmendarme;
Ellas tras ella se iban,
Y estos, como con burla,
Osados las seguían.
Pasé después cual todos

De inocencia á malicia,
Y fué entonces muy serio
Lo que antes niñería;
  Pues vino á ser por ella
Mi afecto, pasión viva;
Y para bien cantarla,
Le consagré mi lira.
  Y me quedé por siempre
Sin hacer otra vida
Que amarla y escribirle
Canciones y coplillas.

  Yo no conozco á Vénus
Y menos á su hijo,
Tan solo en las pinturas
Y versos les he visto.
  Dicen que ella es divina,
Que toda es un hechizo,
Que las Gracias la adornan
De miles de atractivos;
  Que él es un niño ciego,
Travieso y fementido,
Que engaña y aprisiona,
Que hiere y da el alivio.
  Aunque no les conozco,
Por las señas concibo
Que mi Celia es la misma
Que Vénus y Cupido.
  ¿No es linda? ¿no es graciosa?
¿No tiene mil hechizos?

¿No engaña? ¿no seduce?
¿No es todo mi cariño?
  Por ella yo me formo
La idea que han querido
Darme de la Ciprina
Y del Amor festivo.
  Por ella solamente;
Y todo lo colijo
También como si viera
Al prototipo mismo.
  Que no puede ser Vénus
Más bella, ni su niño
Más tierno y amoroso
Que lo es el dueño mío.

DE LO QUE SOY CAPAZ

  Son célebres los unos
Por cultivar las ciencias,
Aquellos por las armas,
Estos por las riquezas.
  Quien hay que de la industria
Los arcanos revela,
Y el detestable lujo
Con su invención aumenta.
  Mas yo, que á nada de esto
Soy por naturaleza

Inclinado, les noto
Sin que á envidia me muevan.
  Todos en sus destinos
Fama inmortal adquieran,
Arrebátense el lauro
Por el que tanto anhelan;
  Que yo estaré contento
Con adorar á Celia;
Con disfrutar su hechizo,
Y con morir por ella.

A ROSA

QUE ME PEDÍA QUE ADOPTASE EN MIS COMPOSICIONES EL ESTILO GRAVE Y ELEVADO DE LOS POETAS CÉLEBRES

Chantons le vin et la beauté:
Tout le reste est folie.

Béranger.

  En hora buena Homero
Cante al fogoso Aquiles,
Y su alto tono esfuerce
Narrando crudas lides.
  Bien que el Mantuano á Dido
Desesperada pinte,
Y conmovido á Enéas
Al ver su pena horrible.

Que Juvenal y Horacio
Violentos satiricen,
El uno con más saña,
El otro con más chiste.
Sea que diga Ovidio
Con sus lamentos tristes
Que recuerdos y ausencia
Le fueron insufribles.
A mí no me estimula
Para que les imite
Cuanto ellos han cantado
Con acentos sublimes.
Tal don no les envidio,
Que á mi pecho sensible
Los fúnebres asuntos
Abaten y comprimen.
Yo cual alondra tierno,
Cual tórtola apacible,
A mencionar desastres
¿Cómo podré avenirme?
Mas sí de Anacrëonte
Imito el plectro libre,
Con que cantó gozoso
Las danzas y festines.
Él con amor y vino
Risueño me repite:
Goza, que los placeres
Bien pronto han de huirte.
Tras de la infancia acude
La senectud flexible,

Llega después la Parca
Con su aspecto terrible;
  Nonada es esta vida,
¿Y qué habrás hecho, dime,
Si odias de Amor los gustos
Y de Baco los brindis?
  A él oigo solamente,
  Y si quieres seguirme,
  Rosa, desde hoy gocemos
  Como él años felices.

LA MAÑANA

Alza la aurora su virgínea frente
Bañando el cielo de encendida grana,
Y húmedas rosas despidiendo ufana
Al mostrarse gentil por el oriente.

Pero ántes el lucero refulgente,
Heraldo y precursor de la mañana,
Subió anunciando que la luz cercana
Es muy más que su luz resplandeciente.

Vuelve á la vida el mundo; á sus amores
Tornan las aves con festivo canto,
Y á su rústico afán los labradores.

Y los que beben de la noche el llanto,
Cálices puros de gayadas flores,
Brindan perfume, suavidad y encanto.

DULZURA DEL PETRARCA

A la ciencia del foro tan confusa
Renuncia pronto el vate, á quien el cielo
La lira concedió del dios de Delo,
Y los acentos de amorosa musa.

Canta á Laura en la selva de Valclusa,
Y Amor corona su sensible anhelo;
De su dama le premia el fiel desvelo,
Que escuchar sus gemidos no rehusa.

Venus, Gracias y Amor con dulce encanto
A cual más engalanan su poesía;
Al leerla el pecho se enternece, y tanto,

Que llora de feliz melancolía;
Y goza y se enagena en cada canto,
En que advierte la gracia y melodía.

BUCÓLICA

¿Quién es, Alfrida, ese zagal donoso
Que pasa por tu puerta de mañana,
Y á quien sueles hablar por la ventana
Antes que apunte el día luminoso?

Saca su ganadillo al prado hojoso,
Pero apenas te ve, de mala gana
Atiende á los corderos, ni se afana
Porque muestre la senda el manso hermoso.

¿Es tu hermano? ¿Es tu deudo? Alfrida bella,
Dime quién es, pues de zagal ninguno
Me interesa cual de este la noticia.

No burles mi inquietud, que si con ella
Te ofendo á mi pesar por importuno,
Aun más puede ofenderte mi malicia.

DESCONFIANZA

No teme tanto el labrador pechero
Ver robada su mies por un extraño,
Ni los tristes efectos de un mal año
En que pierde su afán, lucro y esmero;

Ni tanto teme el pobre ganadero
Ver el lobo cebarse en el rebaño,
Y que le deje su furor extraño
Sin tener qué esperar, sin un cordero.

Como recelo yo, querida mía,
Mudanza en tu cariño, ó que en tibieza
Degenere tu amor en adelante.

Perdóname el agravio, que no fía
En juramento de eternal firmeza
El que es celoso cuanto fino amante.

MUERTE DE PLINIO EL NATURALISTA

Cual docto observador infatigable,
El denso velo descorrer procura
Que las causas esconde de natura,
Y la hace en sus arcanos insondable.

¿Mas qué se ha de ocultar á la admirable
Penetración de Plinio? Cosa oscura
No halla él; todo lo traza con pintura
Verdadera, sencilla, inimitable.

Pero ¡ay! que sin piedad naturaleza
Castiga de su intérprete la audacia,
Que descubre y revela su grandeza;

Pues cuando del incendio el sabio quiere
Observar el fenómeno, (¡oh desgracia!)
¡La llama le sofoca y Plinio muere!

CONSTANCIA DE EPITECTO

Nada importa que el mísero Epitecto,
Sometido á la dura servidumbre,
Sea tratado, por bárbara costumbre,
Como un esclavo sórdido y abyecto.

En su mezquina suerte circunspecto,
Estoico fiel, en vez de pesadumbre,
Heroica fortaleza y mansedumbre
Opone á tanto mal su juicio recto.

El cruel Epafrodita y Domiciano
Maltratan al filósofo virtuoso,
Pero el buen Marco Aurelio, el hombre humano,

Al fin le da su aprecio generoso;
Y con premiar al siervo, el soberano
De justo adquiere el título precioso.

BONDAD DE ANTONINO

No el esplendor del trono satisface
La ambición de Antonino; mas su historia
Conquistas no nos trae á la memoria,
De sangriento y horrible desenlace.

Con dulce humanidad él se complace
En alcanzar inmarcesible gloria,
Pues de su alma disputan la victoria
El mal que evita con el bien que hace.

Pacífico, sencillo, no ha pensado
Más que en ser la deidad consoladora
De los hombres, que sabio ha gobernado;

Y por esto le asigna, admiradora,
De padre de ellos el renombre amado,
La gratitud del mundo que le adora.

PROSPERIDAD DEL TICIANO Y DESDICHA DEL CORREGGIO

Como el grande Alejandro quiere, vano,
Que solo Apeles copie su figura,
Así otro grande emperador procura
Dar este honor al célebre Ticiano.

En recompensa liberal su mano
Honra, fama, opulencia le asegura,
Y el artista feliz en la dulzura
Del contento y la gloria vive ufano.

¡Pero no así el Correggio! Su talento
Nadie premia en su siglo, y ni aun se advierte,
Y él vive en escasez y abatimiento.

¡Raros caprichos de la humana suerte,
Que á los unos da bienes en aumento
Y á los otros persigue hasta la muerte!

LA PRIMAVERA

Amigos, del campo
Alegres gozemos,
Que ya el lindo Octubre
Se viste de nuevo:
Se viste de flores
Que agosta el invierno,
Cubriendo la tierra
De frígidos hielos.
Ya colores varios
En la selva veo,
Que de iris imitan
Los claros reflejos.
Hojosos tapices
De matiz diverso
Mil sitios ofrecen
En que reposemos.
Venid que Favonio
Recobra su imperio,
Y al crudo destierra
Maléfico cierzo.

Oídle cual sopla
Bullidor, travieso,
Y da á nuestros labios
Purísimo aliento.
Las flores le brindan
Sus cálices frescos,
Y la esquiva rosa
Lo admite en su seno.
Oídle en el bosque
Susurrar inquieto,
Mecerse en las ramas,
Bullir sin sociego,
Mientras que la aurora
Su puro destello
De aljófar derrama
Empapando el suelo;
Y despliega el manto
De púrpura hinchiendo
De luz y de vida
Todo el universo.
Oíd á las aves
Con qué dulce acento
Cantan la alborada
Saludando á Febo.
La alondra ¡cuán tierna
Eleva su eco!
¡Cuán plácido el mirlo,
Y dulce el jilguero!
Todas, todas huyen
Del mórbido lecho

Por hacer al día
Salvas y festejos.
  Al lado el amante
De su caro dueño,
Modulan gozosos
Sus finos gorjeos.
  En tanto los bueyes
Y lindos corderos
Los prados ocupan
Balando y paciendo,
  Trisca allí la cabra,
Aquí ladra el perro,
Y miden los toros
Acullá sus cuernos.
  ¿Y qué si notamos
El modo sincero
Con que se saludan
Pastor y labriego?
  Que viva el trabajo
Dicen; no es molesto
A quien lo distraiga
Cantando y bebiendo.
  Ved los muchos corros
De danzas y juegos,
En que las zagalas
Muestran su despejo.
  Cual mueve con arte
El flexible cuerpo
Y salta y da vueltas
Ágil como el viento;

Cuál otra fatiga
A su compañero,
Cediéndole todas
De la danza el premio,
Sin que se perciba
Forzado su aliento,
Ni faltar la gracia
A su talle esbelto.
Ved otras al frente
Guirnaldas tejiendo
De rosa, y jazmines.
De violas, y trébol,
Con las que festivas
Ornan sus cabellos,
Sirviendo el arroyo
De límpido espejo.
¡Oh! cuánta alegria!
¡Cuán fausto contento
Ríe en los semblantes
Y reina en los pechos,
Cuando la natura
Bella reviviendo
A todos convida
Con placeres nuevos,
A todos, amigos,
Y de ella gocemos
Mientras no la cubra
De luto el invierno.

SÚPLICA Y RESPETO

Vuelve, zagaleja,
Vuélvete hacia mí,
Porque sin tu vista
No puedo vivir.
  Son largas las horas,
Las noches sin fin,
En que me lamento
Ausente de tí.
  ¡Cuán recios suspiros
El pecho infeliz
Exhala, buscando
Que lo oigas gemir!
  Mas tú, desdeñosa,
Tú, cruda, de mil
Que tímido lanzo
Solo haces reir.
  ¿Te ofende, bien mío,
Ofédete, dí,
Que amándote tierno
Me querelle así?
  Permite piadosa
A mi frenesí
Que tenga consuelo
Siquiera en decir:
  Pues que me desoyes,
Zagala gentil,
Acabe la muerte
Con tanto sufrir.

LA TORTOLILLA

Por bosques y selvas
El eco latía,
Triste eco lanzado
Por la tortolilla.
¡Oh suerte inestable!
La pobre decia:
¡Ayer en placeres
Hoy en agonías!
¡Para una infelice
Que triste es la vida!

Poco hace que libre,
Risueña y festiva,
Con vuelo incesante
Las selvas corría.
Del pichón hermoso
Amada y seguida,
Del pichón que ha sido
Mi fiel compañía.
¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

Amante el mas fino
¡Entonces vivías!
Entonces tu dueño

Nadaba en delicias;
  Pero hórrido el plomo
Cortó nuestras dichas;
Moriste, y viuda
Dejaste á tu amiga.
  ¡Para una infelice
Que triste es la vida!

  ¡Qué dulces arrullos!
¡Qué tiernas caricias
En el blando nido
Sensible me hacías!
  Cortando los aires
Seguí, siempre fina,
Tu suerte en un todo
Unida á la mía.
  ¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

  Te busco, te llamo;
Tu sombra querida
Se graba con pena
En mi fantasía.
  Tú has muerto ¡y yo vivo!
¡Qué ingrata sería
Si no publicase
Mi acerba cuita!
  ¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

Así entre las ramas
Los ayes se oían,
Que alzara con llanto
La fiel tortolilla,
Y el aire movido
De quejas tan finas,
Por bosques y selvas
Veloz repetía:
¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

AL JAZMIN

Que nunca la hermosura
Más largo espacio que las flores dura.
Lope de Vega.

Flor delicada, cuyo albor imita
El alma pura y el candor de Celia,
Fresca y luciente cual su dulce labio,
Yo te saludo.

Imagen viva de la cruda nieve
Que hiela el pecho de la ingrata mía,
Eres como ella de hermosura frágil,
Cándido objeto.

Guarda en tu seno virginal pureza,
Mientras las auras de tu olor perfuman

Todo el ambiente, cuando el alba asoma
Fúlgida y bella.

A tí concurren ruiseñor canoro
Y la caterva de pintadas aves,
Y en contrapunto la naciente lumbre
Plácidas cantan.

Liba la abeja tu precioso jugo,
Y cambia el néctar, industriosa y hábil,
En miel hiblea, que en la dulce boca
Guarda mi dueño.

¡Cómo el amante desdeñado y triste
Fija sus ojos sobre tí y suspira!
¡Cómo contempla, y en tu seno puro
Vierte su llanto!

Allí, embebido, de tu aroma goza,
Y se consuela su sensible pecho;
Después te besa con deleite blando,
Y se despide.

Por si llegare su adorado dueño
A oler sencillo tu fragante cáliz,
Y que el contagio de su amor ardiente
Les comuniques.

A la manera te acaricia tierno
Que el cefirillo, que volando en torno
Te da mil besos, y tu vida extiende
Su hálito blando;

Tu vida extiende, si el período corto
Que vives deja percibir distancia:
Tu triste fin y tu nacer rïente
Tócanse en uno.

Así es de breve la beldad de Celia,
Y cuando cedes tus encantos, dura
Ella desoye la amorosa instancia
De quien la adora.

Dile, si el hado por mi bien te lleva
Hasta su esquiva delicada mano,
Que aunque es milagro de hermosura y gracias,
No pierda tiempo.

Pues todo tiene limitada vida,
Y solo quedan desengaños tristes
Cuando á la fresca juventud suceden
Frígidas canas.

A LA ESPERANZA

Dulce esperanza que futuros goces
Siempre prometes al amante triste,
¿Por qué no asiste tu ilusión á mi alma
Y la conforta?

Llámote amiga, mas cual hada leve,
Si quiero asirte, por burlar mi anhelo

Huyes, y en duelo sin piedad me dejas
Abandonado.

Tú calmas de otros los pesares duros:
Así el cautivo que corrió á tus brazos,
Aunque entre lazos, de ilusoria dicha
Llena su mente.

A los amantes que en terribles penas
Pasan las horas de un ingrato día,
La noche umbría les presenta en sueños
Finos amores.

Tal el ausente que deshecha en llanto
Dejó á su amada, resignado espera
Que el plazo muera de la ausencia dura,
Que los divide.

Solo á mí niegas el risueño halago
De un bien futuro, y á tenaces penas
¡Ay! me condenas, esperando eterno
Llanto y dolores.

Término tienen los ajenos males;
Imitan todos el volar pausado
Del tiempo alado, que aunque tarde pasa
Para el que pena.

Al fin conmuta su dolor en gozo,
Y tras un día de enemiga suerte,
Otro se advierte de ventura y dichas
Que lo subroga.

Yo no más sufro tu aversión constante;
Y ya que nunca te veré sensible
A mi terrible desventura, muero
Desesperado.

LAS QUEJAS DEL SOLDADO

Nos patriæ fines, et dulcia linquimus arva.
Virg.

¡Oh bellos campos!, ¡oh dichosa tierra,
De do tal vez por siempre me retiro!
Apenas ya tus arboledas miro,
Pero antes que me lleven á la guerra,
Recibe mi suspiro.

Aún no se oculta el árbol majestuoso
En que grabé de Fili el nombre amado;
El nos brindaba el fruto sazonado,
El fué testigo del amor dichoso
Que á su sombra he gozado.

Debajo de él pasaba el ganadillo
El abrasado sol del mediodía;
Y allí mi fiel zagala concurría,
De flores lleno el albo sombrerillo,
Que conmigo partía.

Ya se acabaron los alegres juegos;
Ya la inocente fraternal confianza;
Ni ya parece la ligera danza,
La que encendía los ardientes fuegos
De amor y de esperanza.

Céfiro con sus auras y las aves
Con su festivo melodioso canto,
Huyen, temiendo interrumpir mi llanto;
Y mis lamentos y suspiros graves
Solo al cielo levanto:

Al cielo, que se burla de mis quejas,
Que por un puesto de amargura lleno
Me hace dejar el bosque, el prado ameno,
Mi amor, mi bien, mi choza, mis ovejas,
En el dominio ajeno.

Adios, humilde plácida alquería,
Adios, valles, praderas y ganado,
Adios, de mi alma objeto idolatrado,
Que ya en espada de función impía
Trocaron mi cayado.

A UN POETA

QUE USABA DE PIROPOS Y DE FRASES EXÓTICAS

Mal discípulo de Apolo,
Que con atrevido vuelo
Elevas tu estilo al cielo,
Do te entronizas tú solo:
Si tu alto ingenio pretende
Dar á luz sus producciones,
Délas en esas regiones,
Que aquí nadie las entiende.

FÁBULAS

EL PINTOR Y EL AGRAVIADO

Hubo un pintor travieso y provechoso,
(Donde y quien fué decir es excusado)
Que los vicios de todos atacaba
Poniéndolos risibles en sus cuadros.
Con cabezas de brutos, peces y aves,
Pinta á los hombres en difraces varios,
Y escoge el animal que se asemeja

Al que ridiculiza en el retrato.
El avaro es un mono mal vestido,
Que abarca cuanto vé con piés y manos.
Copia á un Quijote, reñidor eterno,
Bajo la forma de un rapante gato.
A un presumido sin ningunas prendas
Con los colores de un ventoso pavo.
¿Pretende zaherir á un juez perverso?
Viste de toga al lobo entre el rebaño.
¿Quiere afear el rebaño? con garnacha
Pinta la zorra defendiendo al gallo.
Y porque pueden corregir sus burlas,
Pone á la vista los morales cuadros.
Todos van, á hacer mofa de sí mismos,
Del filósofo artista al grande patio,
Aplicando unos á otros con malicia
Lo que no advierten que les cae de plano.
Pero ételo á un vecino que se atufa,
Y descubre al pintor su injusto agravio
Diciendo: que un amigo le dió cuenta
Que él á guisa de mono le ha pintado,
Con semejanza tal que todo el pueblo
Le reconoce por el fiel retrato.
En mí no hay avaricia, continúa,
Son mis ahorros lo que cuento y guardo...
Aquí el artista le interrumpe: ¡nécio!
¿No ve que quien le ha dicho le ha zumbado?
¿A qué apropiarle? cuando á nadie nombro,
Ni usted es mono, ni á su juicio avaro.
Si algo hay de cierto que ofenderle pueda,

Culpe al amigo que le cree dechado;
Que yo ni pinto tal ó cual persona,
Ni escojo original, que en todos hallo.

EL ASNO

¡Ea! la suerte á visitarme vino
¡Que vivan el descanso y la cebada!
No es tan cruel ni triste mi destino,
    Pues no me falta nada.
Así discurre á solas un jumento
No más que por un coto ya segado
Que á pellizcar le dan, en un momento
    De la albarda aliviado.
Mas viene á poco un alazán robusto
Que libre pace por el prado ameno,
Tan harto y satisfecho que de gusto
    Retozaba en el heno.
Clama: ¡oh adversa para mi fortuna!
¿Qué valen mi descanso y mi comida
Si me comparo á este, que ninguna
    Pena siente en su vida?
¿Qué nos prueba el jumento? Que á la suerte
Se la ve respectiva; por muy buena
Sin serlo pasará, si no se advierte
    Otra mejor y ajena.

EL LEOPARDO, EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES

Reuniose en gran tertulia aquella gente
Que se da á respetar con garra y diente.
Tranquilos á su modo conversaban
Y sus heróicos hechos se contaban.
    Cual refería un lance,
Este un asalto, aquel un fiero alcance
    Que á un bruto que huía
Diera, y en que lució su valentía.
El Leopardo callaba, pero luego
Que se cansaron todos
De alabarse apurando varios modos,
El llamó la atención, y con sociego,
Para hacer más notables sus razones,
En esta prorrumpió, la más osada:
Yo el famoso Leopardo, descendiente
    De aguerridos Leones,
De todos me reputo el más valiente.
    No bien la andaluzada
El fanfarrón soltó, que á la pelea
Se dispone agraviada la asamblea.
Gruñe el Cerdo, aulla el Lobo, el León ruge,
Brama el Tigre feroz, el Toro muge:
    Y hasta el Asno paciente,
Que de verse pospuesto se resiente,

Abre contra el audaz el largo hocico,
    Clamando reciamente:
—Haz de pagarla como soy borrico.
Devorádole hubieran al instante
    Si el cordato Elefante
    No exclamara:—señores,
Dejémonos de ofensas y rencores,
    ¿A quien mató el Leopardo
Por creerse más fuerte y más gallardo?
    Si es una extravagancia,
Despreciemos por necia la jactancia,
    Que cada uno tenemos
    Ridículos caprichos,
Y es justo que los de otros perdonemos
    Cuando quedan en dichos
    Que á ninguno maltratan,
Ni el verdadero mérito arrebatan.

EL CONEJO Y LA LIEBRE

Viendo la Liebre
Que entre unas cercas
Anda el Conejo
Buscando yerbas,
  Necio, le dice,
Sal pronto fuera,
Antes que el hombre

Llegue y te vea.
Ya que hay más pastos,
¿No es imprudencia
Buscar la muerte
En casa ajena?
Mas el Conejo
Así contesta:
Tras este gusto
Venga quien venga,
Que mejor sabe
Cuanto más cuesta
Comer de aquello
Que se nos veda.
Lo ajeno es un estímulo maldito;
La privación aviva el apetito.

LOS RATONES Y EL GATO

Con gran sigilo y en la noche oscura,
Los golosos ratones maquinaban
Donde dar el asalto. El uno piensa
Que se debe primero
Atacar la cocina, que guardaban
Dos mastines de fuerte dentadura:
El otro es de opinión que á la despensa
Dirijan el ataque, y saco fiero
Ejecuten (entrando á viva brecha)

En el campo enemigo,
Hasta dejar el hambre satisfecha.
A este fin se proponen
Hacer, poniendo al cielo por testigo,
Una alianza ofensiva y defensiva
Contra toda gatesca comitiva,
Por si se les oponen
Los enemigos con mayor pujanza,
O por si una asechanza
Oculta les disponen
Contra el asalto que ellos premeditan.
Todos al jefe pronto se lo juran,
Y entusiasmados gritan:
Uñas á la obra. Del primer retrete
Son dueños, de la presa se aseguran;
Pero el que más avanza y más se mete,
En protestas fiado,
Es el jefe por todos aclamado.
Mas ¡ay! mientras el uno
Halla en un queso grato desayuno,
El otro en un mechado,
Y aquel en un mollete,
Ñaufúf, gato advertido,
Que estaba de antemano allí metido,
Al jefe de las ratas acomete
De saña y rapidez con tal exceso,
Que sin aliento, aquel, perdido el seso,
Grita: ¡favor! á mí, tropa guerrera,
Que en garras de Ñaufúf con mengua muero.
¿Que dijo?... Cual se encoje en la fiambrera,

Cuál se oculta detrás de unos cajones;
El otro mas ligero
Sale por donde entró perdiendo el rabo,
Y aquel tira á esconderse en los rincones,
Esperando el momento
En que pueda ponerse en salvamento.
Sin resistencia alguna lleva al cabo
Ñaufúf su cruda hazaña,
Y después que al ratón pela y araña,
La vida le quitó para escarmiento.
¿Y el hombre franco y animoso piensa
Que al cobarde, aunque jure,
La buena fe le dure.
Hasta exponer la vida en su defensa?

EL DROMEDARIO, EL AVESTRUZ Y EL ELEFANTE

Eres en gracia, lo diré, el primero,
Erguido que pareces hecho á plomo;
No hay quien pueda igualar, ni por asomo,
Tu airoso talle, tu lucido cuero.
Así habla el Avestruz, y al lisonjero
Contesta el Dromedario: pero ¿como?
¿Y mi corcova y albaradado lomo?—
Son tu mayor adorno, majadero.

Ya la burla halagüeña va tragando
Aquel, cuando le dice el Elefante:
¿No adviertes, necio, que te está adulando?—
Lo he advertido en el primer instante,
Pero yo no sé cómo este tunante
Ibame con dulzura alucinando.
¡Que incentivo tan blando
El de la adulación, que aun conocida
Por el cuerdo, también tiene cabida!

EL RATÓN

¿Quieren dejarme aquí? Si no estoy quieto,
Encerrado, contento y callandito,
Y si ven que las nueces no respeto
Que me frían permito;
Sobre que yo de poco necesito.
Así un ratón pedía
El *uti possidetis,* porque hacía
Su mansión ordinaria
Entre altos quesos y de forma varia,
Tan en ello y despacio
Como dispone un rey de su palacio.
¿Quien oyendo al gazmoño no diría
Que un ratón penitente allí vivía?
Hombre hay también que, de lo ageno usando,
Pasa vida dichosa y caponera,
Y dice al pobre, que lo ve, burlando:
Yo no aspiro, me basta esta friolera.

LA ALDEANA Y LA GALLINA

Cierta villana tenía
Una gallina excelente,
Porque diariamente un huevo ponía.
Como ganaba reía
Con esta, y su cacareo
Ni su desaseo jamás reprendía.
Mas la que en faldas vivía
No pone en lo sucesivo,
El frío excesivo postrádola había.
Entonces su ama la envía
Por bulliciosa de casa,
Y porque sin tasa el trigo comía.

Aquí al interés cubría
La estimación aparente.
¿Y no hace la gente lo mismo hoy en día?
Uno los brazos te entrega,
Te sufre, adula; y mañana,
Si en esto no gana, verás que te niega.

EL LOBO CONVERTIDO

Fué motivo de alboroto
Para fieras de montaña
Un lobo que dió en devoto,
¡Conversión sin duda extraña!
Y más cuando les expuso
En piadosas homilías
Que era gran crimen el uso
Del robo y carnicerías.
Pero tan altivo estaba
Con su abstinencia y reforma,
Que á los otros fastidiaba
En vez de servir de norma.
Una leve ajena falta
Llama escándalo, y se irrita,
Creyendo que así resalta
Su mérito, y se acredita.
Mas no, por atrabiliario
Perdió la opinión y todo
Lo que obtenido al contrario
Hubiera, es decir, con modo.
Que uno en virtudes convierta
Los vicios que tuvo, bueno;
Pero que los de otro advierta
Intolerante, condeno.

EL CAZADOR Y SUS PERROS

Á MI HERMANO DON EZEQUIEL MARÍA REAL DE AZUA

Un rico cazador con gran cuidado
Enseñó á varios Perros: del ganado
Unos quiere que salgan cuidadores,
Y á los otros destina á cazadores.
    Bastante la enseñanza
Costóle de paciencia y de dinero,
    Mas al fin con su esmero
Que sean eximios en el arte alcanza.
    Leales, diligentes,
Y del amo á la voz siempre obedientes,
Su casa y su ganado defendían
    Y además le traían
    Las escogidas aves
Al paladar más gratas y suaves.
En tanto al cazador se le convierte
    En adversa la suerte,
Y sigue su afición y grato empleo
Más por necesidad que por recreo.
    Pero ¡quién se pensara
Que el amor de los perros aplacara
    Su dolor y su enfado!
    Y al ver que de los dientes
Soltaban complacientes
La presa que cada uno había tomado,

Por darla á su señor necesitado;
En su melancolía
Daba él gracias al cielo, y bendecía
El tiempo bien logrado
De haber aquellos Canes enseñado.

Educa así á tus hijos; saldrán fieles
Al modo de Podencos y Lebreles,
Como Galgos activos y agenciosos,
Cual Mastines honrados y celosos;
Y si en tu contra los volubles hados
Alguna vez tuvieres,
Ellos te pagarán con sus cuidados
La virtud y el saber que tu les dieres.

LOS GATOS EN SENADO

Con muchos aparatos
Se instituyó el Senado de los Gatos.
Era de ver el grave continente
De cada concurrente;
¡Qué ceremonias y fastuoso esmero!
Tenían escobas por excelsas mazas;
Por curules, partidas calabazas;
Y por togas, pellejos de carnero.
Pues señor, el decano con prudentes
Y enérgicas razones

Comenzó á amonestarles que observaran
El derecho de gentes;
Que entre ellos los Ratones
Seguridad individual hallaran,
Y cesasen inícuas concusiones.
Todos gritan: ¡muy bien! Pero entre tanto
Uñilarga despide una bolilla,
Y corriendo tras ella á maravilla,
En esto tiene su afición y encanto.
    Lameplatos botaba
Con la mano una borla que colgaba,
Y de alto á bajo estremecer la hacía.
    Maullo se mecía,
En un festón, á modo de maroma,
Que de un extremo al otro el circo toma;
Y Rasguño sus garfios afinaba
En un pardusco desenvuelto ovillo,
    Al cual él manejaba
Como si fuese un tierno Ratoncillo.
En fin, todos saltaban, se volvían,
Y ensayándose así se divertían.
    Viendo esto el Presidente,
    Ceñudo é impaciente
    Gritóles: ¿hasta cuando
Habreis de conservar el vicio infando
De asaltar, de esgrimar las uñas fieras,
Y hacer por juego lo que haríais de veras?
¡Oh descrédito! ¡Oh mengua! Y en vos eso,
Padres conscriptos, en mayor exceso..
    Tal paulina descarga,

Que se ofende Uñilarga,
Y le hace esta pregunta majadera:
¿Si pasara un Ratón usted qué hiciera?—
¿Contestó el Presidente?... Avergonzado
Sin decir chus ni mus se volvió á un lado.

Sí, bueno era Uñilarga para fiestas.
Y si yo de igual modo contestara
Las pláticas molestas
De gazmoños, que piden sea enmendado
Por consejos un vicio inveterado,
¿Cuántos tendrían que volver la cara?

LOS CONEJOS

A ver si es de tu agrado, lector mío,
Esta fábula: y va de historia ó cuento...
De historia debe ser, pues yo no miento.
Hubo un conejo que mostrando brío
Dijo á los otros: camaradas, basta
De huir con infamia; nuestra casta
Fué valerosa; desterrad el miedo,
Y sepa el perro vil que si es valiente,
Nosotros, no arredramos por su diente,
Vencemos ó morimos con denuedo.
Haya sí dirección, nos valga el arte
Para triunfar de tan tremendo Marte.

Dijo, sonó su voz por la comarca,
Y ante la armada tropa de conejos,
Sin esperar el voto de ninguno,
El por sí solo se eligió monarca.
Les hizo que acudiesen desde lejos
Con varas y terrones; de consumo
Formaron prontamente las trincheras,
Albarradas, cortinas y troneras,
Con tal arte, que aquello parecía
Que el célebre Vauban lo dirigía.
Y dispuestos así para la guerra,
Llegó un perro veloz, que á fuer de guapo,
Dando con el soberbio muro en tierra,
No dejó que escapase ni un gazapo.
Mató á todos, excepto al demagogo,
Que viendo fin tan malo en su proyecto,
Sintió una alteración de bajo efecto,
Cual si hubiese bebido quimagogo.
Mas ¿por qué no murió? porque el taimado
A prevención oculto ahondó un forado,
Donde escapar pudiera si perdiesen
Y en la refriega los demás muriesen,

Así hay muchos caudillos que concitan
Al pueblo necio con discursos vanos,
Y cuando escapan del peligro sanos
A los que entran con ellos precipitan.

LA MOSCA Y LA ARAÑA

Una Mosca volaba libremente,
Y observando á la araña que tejía
En un rincón las hebras de su tela,
Compañera, la dice: muy paciente
Es usted en estarse noche y día
    De insomne centinela
Cuidando su labor. Siga mi escuela,
Diviértase en andar y no se entregue
A un inútil trabajo, en que se expone
    A que un muchacho llegue,
Y hallándola enredada de las patas,
Por gusto de hacer daño no perdone
Ni á usted ni á su tejido. Yo á las natas,
A los dulces y hojaldres me encamino;
    Chupo un trago de vino;
Paso al hombre, le pico, y muy en vano
Procura darme caza con su mano.—
    Pues yo quisiera, hermana,
Ver como vuela usted que es tan liviana.
La Mosca al punto para darle envidia
    A revolar empieza
    Ostentando destreza,
Y va sin prevenir tan triste evento
A enredarse en la tela de la Araña.
Hace esfuerzo, aletea, en balde lidia;

Pide favor, lo pide con lamento,
Pero la otra con saña
Repone: ágil y libre compañera,
Dígame ¿usted no era
La que me daba vaya con su vuelo?
Pues tenga de morir el desconsuelo,
Que para eso he tendido
Esta red invisible en que ha caído.

No se engría jamás el inocente
Creyendo que el malvado es impotente;
Tema que cuando menos lo comprenda
Un insidioso lazo aquel le tiende.

EL MONO Y LOS DEMÁS ANIMALES

Hubo en Africa un Mono muy astuto,
Ambicioso y audaz; con tales prendas
Asió bien pronto del poder las riendas.
Una ocasión sus muchos cortesanos
Fueron al besamanos,
Es decir, á pagar bajo tributo
De adulación; y el Mono sonreía
A menudo, (es en él una manía)
Esto fué lo bastante
Para que cada bruto
Las mejillas frunciese,

Y la sonrisa general se hiciese.
El Monarca lo observa y dice: amigos,
Vosotros de mi risa sois testigos;
Más allá no procede de alegría,
Es una enfermedad; las dos quijadas
Tengo, sin saber como, dislocadas,
Y sin querer me río
Cuando llanto debiera ser el mío.
No bien lo dijo que el concurso todo
Pasó de gusto á pena, de tal modo,
Que muchos que el dolor aparentaban,
En lágrimas copiosas se anegaban,
El Mono muy deveras se reía
De ver tanta ficción é hipocrecía;
Y queriendo seguir taimadamente
La burla, dijo: mitigad, señores,
La pena, pues mi mal ya no es reciente,
Y el hábito suaviza los dolores.
Yo os agradezco el interés sincero
Que por mí demostrais, y como quiero
Que no os equivoqueis en adelante,
Seguid vuestro prurito dominante:
Si me viereis reir, mostraos con risa:
Y si llorar, verted el llanto á prisa,
Pues viviré contento de este modo
Sabiendo que yo el alma soy de todo.

No hay Monarca en el mudo que no vea
Lo que vió el Mono en Africa, y que sea
Tan presumido y necio

Que entre sí no condene á igual desprecio
La adulación; la anima ó la contiene
Según á sus designos le conviene

LOS TRES PERROS

Machucho, perro viejo,
Cargado de experiencia como de años
(La cual solo se adquiere
Comprándola con pérdidas y engaños),

Machucho, pues, encuentra
En medio de un camino á dos Sabuesos,
Dándose dentelladas,
Como si aquello fuera darse besos.

Parados en las piernas
Al modo de la gente los perrazos,
Para mejor asirse,
Se estrechaban uno á otro entre los brazos.

Y vibrando los dientes
Con sangriento furor, se combatían
De tal modo, que ambos
A morir decididos parecían.

Cuando Machucho, viendo
Tan fiera saña, les gritó: imprudentes,
¿Para hacer ese uso
Naturaleza os dió los recios dientes?

¿Contra vosotros mismos
Llevais las armas, que benigna os diera
Para defensa propia,
En caso que os ataque alguna fiera?

¿Que dejais para cuando
El Jabalí sañudo, el Lobo fuerte
Y el Toro corpulento
Procuren alevosos daros muerte?

Entonces uno solo
No podrá resistir; cuando si unidos
Os conservareis siempre,
Difícilmente quedariais vencidos.

Los fieros contendores
No escuchan la razón, siguen la guerra,
Hasta que el uno muerto
Por el otro, quedó tendido en tierra.

Entonces vino el Lobo,
Y encontrando al que aun vive sin aliento
Y de auxilio privado
Se fué sobre él y le mató al momento.

Pueblos, que en anarquía
Os destruis, continuad; vuestra impotencia
Bien pronto de un tirano
Provocará el poder y la insolencia.

UN PAVO Y EL GALLO

El Pavo con el Gallo disputaba,
Sosteniendo que más que la destreza
Les era útil la fuerza. Su adversario
Muy cuerdo discurría:
Las dos son necesarias, mas si debo
Entre ambas escoger, yo no vacilo
En tomar la destreza. Eres un loco,
Le dijo el Pavo. Tú eres un pelele,
Respondió el otro. Tú de papanatas
Hablas, repuso aquel. ¡Qué disparate!
(Aquí como sucede las más veces,
El argumento vino á ser insultos)
Mas el Gallo cedió por el momento,
Y dijo: paz, caballeros; pero cuando
La paz vió el martagón restablecida,
Dió á su rival repente
Un picotazo por el lado izquierdo,
Y saltando sobre él, con grande maña,
Le clavó el espolón por los ijares:
Era una exhalación, no se le vía
Saltar, volver, herir y defenderse.
El Pavo, que se inflaba
Y daba en vago coz y picotazo,
A dos por tres se confesó rendido,
Y al contendor triunfante
Le dió toda razón con grave tono,
Antes de verse en tal desaguisado,
Si no ciego, á lo menos entortado.

El valor y el esfuerzo
Pueden ayudar mucho en la pelea;
Mas sin táctica ni arte,
De nada sirve su pujanza á Marte.

LAS HORMIGAS Y EL GUSANO DE SEDA

Ufanas se mostraban las Hormigas
Con el contínuo afán y las fatigas
Que sufren para henchir de Enero á Enero
De ricas vituallas el granero.
Nosotros sin reposo trabajamos,
Clamaban, de lo cual nos alabamos.
Justa es, dijo el Gusano, esa alabanza,
Pues no os domina lo poltrona holganza;
Mas no la mereceis, á mi juicio,
Tanto como quien obra en beneficio
Público solamente, sin que espere
Más lucro que la gloria que se adquiere.
¿Y quién, dijo una Hormiga, en su provecho
No trabaja, y el bien que satisfecho
Puede él gozar para los otros deja?
Contestole el Gusano: yo y la Abeja.

El vulgo, amigo, en traficar se afana,
Lo hace por su interés, en esto gana.
Pero el sabio que solo se dedica
Al bien de los demás, y sacrifica
Caudal, salud, reposo, ¿no parece
Que más que todos galardón merece,

Y que lisonja no es, si se le alaba?
Pues bien, ya que el Gusano no adulaba,
Yo tampoco te adulo si te digo
Que la Abeja eres tú, mi caro amigo.

EL TERMÓMETRO Y EL HOMBRE

Como entrasen tertulios, más de ciento,
De un rico al aposento,
Donde encienden cigarros, chimenea,
Y cada vela que arde es una tea,
El termómetro allí, por consiguiente,
Subió mucho. Pues de esto un concurrente
Combustión en la atmósfera concluye
Que va á sobrevenir, se asusta y huye,
Sin pensar que tan súbita ocurrencia
De la misma reunión es consecuencia.

¿Por qué á causas sencillas y triviales
No atribuimos las cosas?
¿Para qué recurrir á portentosas
Y sobrenaturales?
Lo que es somero y llano en el abismo
Nos gusta contemplar, para que asombre.
¡Asi se forja un coco siempre el hombre!
¿Pero el coco quién es...? El hombre mismo.

BARTOLOMÉ MITRE



EL CORSARIO

(PROSPECTO DE UN PERIÓDICO POLÍTICO EN 1840)

Es mi barco mi tesoro
Es mi Dios la libertad.

Espronceda.

Es una linda goleta,
Ligera como la brisa,
Que en el Plata se desliza
Cual fantástica visión.
Ruge el viento enfurecido
En la blanquecina vela,
Mientras ligero revuela
Del corsario el pabellón.

Sentado un hombre en la popa,
El ancho río admirando,
Meditabundo, fumando,
Entre una nube se vé;
Es su frente ancha y altiva,
Es tostado su semblante,
Es su mirar penetrante
Y su brazo de temer.

Entre sus manos robustas
Una guitarra se mira,
Que blandamente suspira
Como querella de amor,
Y mientras ruge en los cables
El pampero embravecido,
De su guitarra al sonido
Entona aquesta canción.

CANCIÓN

« Es mi goleta el cisne de este río,
Que tiende el ala cuando brilla el sol;
Es en el puerto libre como el viento,
Y en alta mar tan libre como yo.
A mi querida la llaman
La goleta «Libertad»
Por que asila al hombre libre
Y hace fuego á la maldad.
Y de todo tirano los pendones
Se abaten al rugir de sus cañones.

Ha navegado hasta la vieja Europa
Enarbolando el argentino sol,
Y en su crucero, al pabellón de Iberia
Con sus rayos ardientes eclipsó;
Y al divisarse sus velas,

De Cádiz en la ciudad,
Decían los gaditanos:
«Ahí viene la «¡libertad!»
Y flotaba el pendón americano
Desafiando las balas del tirano.

Cubierto el puente de caliente sangre,
Izando al tope flámula de honor,
Ha visto la bandera de un Imperio
Sepultarse entre el humo del cañón;
Y al pasar por su costado,
Brown, que el combate ordenaba,
Con su bocina de mando
A los bravos saludaba
En el Juncal, donde con pecho fuerte
Clamaban todos: «¡Libertad ó muerte!»

Ora corsario de los hombres libres
Se ve mi enseña por do quier flotar,
Y el marinero en medio de la noche
Suele decir: «¡Ahí va la «Libertad»!
Soy el amigo del pueblo,
Ante nadie me arrodillo,
Ni á los esclavos halago,
Ni á los déspotas me humillo.
Vivo en la mar, desprecio los tiranos,
Nunca con ellos enlacé mis manos.

Cuando cruzando el Río de la Plata
Veo flamear de Rosas el color,

De alerta el grito doy á mis marinos,
Empuñando la barra del timón.
Y cuando al frente aparecen,
Grito á mis valientes: ¡fuego!
Por no tomar esas presas
A las llamas las entrego.
Que allí mi Libertad tan solo impera.
Bajo sus fuegos rinden sus banderas.

Mi divisa es:—«Valor é Independencia.»
Mi ley:—«Aborrecer al opresor.»
Mi religión:—«La libertad del mundo.»
Mi patria:—«El continente de Colón.»
Y sin tener más tesoro
Que mi barco y mi puñal,
Primero daré la vida
Que rendir la libertad.
Que ese pendón que brilla con la luna
Jamás se abate ante bandera alguna.»

El marinero que en la cofa estaba
Gritó al corsario que también velaba,
« Un barco viene.»
Y se levanta majestuoso y mudo,
Y de los vientos al silbido rudo
Todo previene.

Era francés el buque que venía,
Y allá en su mástil ondear se vía
De Julio el pabellón.

¡Viva la Francia! gritan muchas veces
¡Vivan los libres! gritan los franceses
De noble corazón.

Sigue el buque francés su derrotero
Impelido del soplo del pampero
Por el piélago azul.
En tanto que el corsario navegaba
Y al divisar sus velas esclamaba:
«A los libres, salud.»

Un negro bergantín pasó á lo lejos,
Y de la mustia luna á los reflejos,
Dijo, al ver su pendón:
Mirad, se llama de la mar señora,
Esa bandera que enlutada llora
En el templo de Dios.

Hoy de la Francia muéstrase celosa
Porque cree que fuerte y poderosa
Nos podrá sojuzgar.
¿Islas quiere la Francia? Ya el britano
Ha robado en el mundo americano
Malvinas y Roatán.

¿Quiere nuestras ciudades? los pedazos
De la bandera inglesa, que á balazos
Supimos conquistar
Y son de gloria nuestra herencia rica,
Levantados en lo alto de una pica,
A la Europa dirán:

Que en todo el continente americano,
Ni el francés, ni el inglés, ni el castellano,
Su mano asentará.
¡A ver! que alguno la conquista intente,
Y de todo un ejército insolente
Los cráneos mostrará.

Dijo el corsario, y en su altiva frente
Relámpago de luz cruzó luciente
Como una exhalación.
Volvió á la popa, y se acostó en su asiento,
Y en medio de la música del viento
Tranquilo se durmió.

—

La aurora aparece con dulce sonrisa
Y llena de aromas la atmósfera está.
Hermosa goleta que impele la brisa
Surcando va el agua del gran Paraná.

En tanto el corsario la costa admirando
Saluda aquel río de gracia inmortal,
Y en alto levanta, su sien desnudando,
Tres fajas de blanco y azul celestial.

Y dice, las islas y el bosque mirando:
Lavalle y sus bravos aquí me hallarán,
Y el río en mi barco, veloces pasando,
¡Mi vida y mi barco por suyo tendrán!

De pronto en el llano se ven mil guerreros,
Bandera argentina se mira lucir,

Y al pié resplandecen los fuertes aceros
Que van sus valientes con gloria á esgrimir.

Salud, hombres libres, la patria os espera,
Guerreros antiguos y nuevos, salud.
Gritoles, y todos al ver su bandera
Bajaron sus lanzas diciendo: «salud».

AL 25 DE MAYO *

¡Cascadas de Niagara y Tequendama, (1)
Donde el agua del mundo se derrama
Para apagar de América la sed!
¡Amazonas, Misoury, bello Plata,
Donde la virgen pura se retrata
En tu margen bañándose los pies!
Pampas inmensas, selvas olorosas,
Del Andes cordilleras orgullosas
Que corona la ardiente cruz del Sud:
Perfumaos como nube de incensario,
Harmonizaos cual himno del santuario,
Para decir de mayo al sol; ¡Salud!
Salud página inmensa de la historia,

---

* *Cantos á Mayo*, 1844, pág. 105.

(1) Cascadas del Niágara y Tequendama

Considerando la revolución Americana, como una cadena sucesiva de revoluciones, que deben confundirse en un centro común—el de la libertad—he creído deber vincular en este canto el presente y el porvenir de los dos grandes continentes, cuyas cataratas evoco. Su posición geográfica parece estar indicando en el Istmo de Panamá el lazo estremo que los debe ligar.

Divino resplandor de la memoria,
Fuente de perennal inspiración;
En tus alas de fuego me sublimas,
Y el entusiasmo sacro en que me animas
Calienta mi cabeza y corazón.
Irrefragable manantial de vida
Que enriquece la savia bendecida
Del árbol de la hermosa libertad,
Donde crecen las flores inmortales
Teñidas de colores celestiales
Con que perfuma Dios la humanidad.
Inextinguible cifra que concreta
Las utópias doradas del poeta,
Y la idea de genio pensador,
Como de mil cabezas agitadas
Uniforma las creencias encontradas,
El madero del sacro Redentor.
Del gran día celeste monumento,
Donde arde su divino pensamiento
Como el fuego sagrado en el altar,
Que bañará del mundo las edades,
En medio de las densas tempestades,
Para impedir al hombre naufragar.
Hoguera abrasadora del gran Mayo
Do se encendió terrible como el rayo
El fuego de un pensar generador,
Que el corazón templó cual hierro fuerte,
Y dió existencia á la materia inerte
Como al soplo divino del Creador.
Al vivífico rayo de tu lumbre,

Se extremeció la inmensa muchedumbre
Y el polvo del esclavo sacudió.
Allí surgió la dignidad humana,
Y una nación potente y soberana
Que el soplo democrático animó.
Allí génios pujantes inspirados,
Formularon derechos pisoteados,
En solo una palabra: libertad,
Y ella virtió con generosa mano
Perfumes sobre el mundo americano,
Y en ideas de gloria lo embriagó.
La inspiración de la alta inteligencia,
El calor de la intrépida elocuencia,
En el astro de Mayo concentró;
Y del ardiente labio de Moreno
Se desprendió de su palabra el trueno,
Y el programa de Mayo formuló:
« Derribemos su trono al despotismo; (1)

---

(1) «Derribemos su trono al despotismo
Abramos ancha vía al patriotismo,
Alcemos los fanales de la ley,
Rompamos su barrera á la ignorancia.
Alumbremos la mente á la infancia
Y ennoblezcamos el humano ser.»

Moreno fué en efecto el Miguel Angel político de la revolución de Mayo y estas palabras que ponemos en su boca no son una suposición gratuita, sinó literalmente las que pronunció en la mañana del mismo dia 25, al saber que había sido nombrado secretario de la junta: »La variación presente no debe limitarse á suplantar á los funcionarios públicos é imitar su corrupción é indolencia. Es necesario destruir los abusos de la administración, desplegar una actividad que hasta ahora no se ha conocido, promover el remedio de los males que afligen al Estado, excitar y dirigir al espíritu público, educar al pueblo, destruir los enemigos y dar nueva vida á las provincias. Es preciso emprender un nuevo camino, en que lejos de hallarse alguna senda sea necesario practicarla por todos los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones han amontonado después de siglos ante la felicidad de este continente.» (Vida y memorias del doctor Moreno). Sin embargo Rosas y sus infames lacayos que anhelan por oscurecer las glorias nacionales en las que ninguna parte han tenido, niegan im-

« Abramos ancha vía al patriotismo;
« Alcemos los fanales de la ley;
« Rompamos su barrera á la ignorancia;
« Alumbremos la mente de la infancia,
« Y ennoblezcamos al humano ser ».
Al ver tan magnífico programa,
Prendió en los corazones noble llama,
Que como chispa eléctrica cundió:
Como hierve entre escollos la marea,
Hirvió entre las cabezas una idea
Que dió vida á la gran revolución.
Revolución sin lanzas ni fusiles,
Un alto pensamiento fué su Aquiles
Y la razón su escudo tutelar;
Revolución nacida de las cosas
Que rugiendo como olas tempestuosas
Derribaron la estátua personal.
Revolución con cauda de cometa,
Que atravesó los aires cual saeta
Despedida del arco del Señor.
Parto de mil ideas generosas (1)

pudicamente la existencia del grande pensamiento que presidió á la revolución de Mayo.

No es extraño; hay dementes que niegan la existencia del sol, pero los hombres de libertad y todo el que no es esclavo de Rosas, mirarán siempre en las palabras de Moreno el verdadero y único programa del 25 de Mayo de 1810.

(1) Parto de mil ideas generosas
Que volaron en chispas luminosas
Por todo el continente de Colón.

La revolución de 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires no fué la primera de América, como algunos lo creen. Antes de ella: el 9 de Agosto de 1808 México dió el primer grito de alarma, formando una junta conservadora, bajo los auspicios del mismo virrey; pero fué disuelta á los treinta y siete días. La Paz imitó su ejemplo en 15 de Junio de 1809, y sus autores perecieron en un cadalso. Caracas instaló su junta en 19 de Abril de 1810, y fué la primera sección americana que se declaró independiente y se constituyó

Que volaron en chispas luminosas
Por todo el continente de Colón.
  Solo una vez brillaron sus espadas
Para romper cadenas execradas
Y sostener las tablas de la ley;
Para postrar esclavos y tiranos,
Para afirmar los vínculos de hermanos
Y atarlos con coronas de laurel.
  Tuvo ejércitos grandes, generales
Que pasearon gloriosos y triunfales
Las banderas del pueblo paladión,
Y de los Andes en la blanca cima,
En Chile hermoso y opulenta Lima,
Postraron al ibérico león.
  Legisladores de alta inteligencia
Que encendieron la luz de la experiencia
Para alumbrar su vía al porvenir,
En Tucumán el acta formularon,
Y libre é independiente declararon
Al pueblo que rompió su yugo vil.
  Sol de Mayo, que entonces refulgente,
Suspendido por Dios en el oriente

---

en República. Santa Fe de Bogotá lo hizo en 25 de Mayo de 1810; Quito en 10 de Agosto de 1810, y Chile en 11 de Setiembre del mismo año. A la revolución de Mayo ejecutada sin bayonetas ni violencias, presidió una solidez de ideas que prestándole vigor desde sus primeros pasos, le dieron lugar á establecer un inmenso sistema de propaganda, que antes de seis meses, por los esfuerzos directos de sus agentes y de sus armas, se extendió á Chile y el Perú. La revolución de Mayo nunca fué ahogada: todas las demás lo fueron, y en medio de los mayores contrastes de la guerra de la Independencia, no hubo una sola República que no respirase libre de congoja al mirar de pie á las Provincias Unidas del Río de la Plata. La revolución de Mayo no es, pues, la primera por su orden cronológico, sino por su objeto, por su poder, por sus resultados, y su influencia en los destinos de la América toda, en cuya balanza puso su inteligencia, su oro, su sangre, y su espada.

Alumbraste la gran revolución,
Al fecundar de Mayo la semilla,
Hoy te doblan humildes la rodilla,
Los nietos de esa audaz generación.
Mira el árbol sembrado por sus manos
Que enarbola sus gajos soberanos
Sombreando al Sud, al Norte y Ecuador;
A cuyo pie la libertad divina,
Vagando por el mundo peregrina,
La tienda americana levantó.
En vano las segures cortadoras
En su tronco se hundieron destructoras
Sin conseguir sus ramas marchitar;
Y aunque hollado por hondas cicatrices,
Extiende poderosas sus raíces,
La América abarcando cual Titán.
Contempla al Norte en trece fajas bellas, (1)
Cómo flamea el pabellón de estrellas,
Símbolo de la gloria de la Unión,
Y en la torre de su alto Capitolio,
La Democracia encima del gran solio
Que elevó la Justicia y la Razón.
De allí voló de Mayo la simiente;
De allí de libertad el soplo ardiente
Que la mente del pueblo calentó,

---

(1) Contempla al norte en trece fajas bellas
Como flamea el pabellón de estrellas
Símbolo de las glorias de la Unión.

Debemos este tributo á la República Norte Americana que fué el heraldo de la de Sud América, y el primer pueblo del mundo que reconoció nuestra independencia. Así contestamos también á los groseros insultos, que algunos hijos de la Patria de Washington suelen prodigar á los pueblos Sud Americanos, sin tomarse el trabajo de estudiarlos.

Como se prestan jugos y colores (1)
En el polen fecundo de las flores
Que la brisa en sus alas derramó.
  Contempla al pueblo libre que en el Istmo
Se labró con intrépido heroísmo
El acta de su gloria y libertad:
Al formarlo parece que Dios quiso
Dar á su americano paraíso
Vínculo de eternal fraternidad.
  Al Sud siete repúblicas hermanas
Enarbolan banderas soberanas
En vez del rojo trapo colonial;
Y al soplo tempestuoso de la guerra,
Fortifican sus astas en la tierra,
Cual árbol que sacude el vendaval.
  Las repúblicas hijas de Bolívar
Beben gotas de mieles y de acibar,
Caminando á un hermoso porvenir;
Y Chile, cual fanal del marinero,
Va mostrando el seguro derrotero
Porque debe la América seguir.
  ¿Y que es de la república que un día
Hizo surgir de entre la noche fría
De esclavitud, un mundo colosal?
¿La que dando patrióticas lecciones

---

(1) Como se prestan jugos y colores
En el polen fecundo de las flores.

Aunque el fenómeno de la fecundación de las flores ha sido siempre un objeto común de comparaciones poéticas, debo en conciencia hacer memoria de la de M. Delavigne en sus «Trois jours de Cristophe Colomb» por referirse igualmente á la revolución Norte-Americana.
Teil un jeune palmier pur feconder ces soeurs.
Fleurit et livre aux vents ces parfumes voyageurs.

Fundó en el continente tres naciones,
Sobre el polvo del trono colonial?
¿De aquella que con brazos vigorosos,
Derribó los guerreros orgullosos
Del Brasil, de la España y de Albión?
¿La que abatió la cima de los Andes,
Y dió á la historia de los hechos grandes
Páginas de belleza y esplendor?
¿La que envuelta en el manto de la gloria
Sobre el carro triunfal de la victoria
Se coronó la frente de laurel,
Y en vez del negro trono de los reyes
Hizo elevar el ara de las leyes,
Y derramó sobre ella mirra y miel?
¿La que libre, feliz y soberana
Bebía la virtud republicana
En el soplo del férvido huracán?
¿La que en alas del rápido pampero,
Parecía decir al mundo entero;
«A donde va mi viento, el brazo va?»
¿La que, Atenas del mundo americano, (1)
Distribuyó con generosa mano
De ilustración y de verdad el pan,
Y en la mente sin luz de la criatura
Encerraba la ardiente levadura
Que con la edad debía fermentar?

---

(1) La que Atenas del mundo americano

Antes que yo la ha llamado así, un escritor célebre por su amor á la libertad y ardientes simpatías por las Repúblicas de Sud América, el Abate Deprad.

Ahí la teneis encima de un calvario,
Envuelta por el fúnebre sudario
Que le arrojó la torpe esclavitud:
Reina con el cabello pisoteado,
Laurel á quien la lluvia no ha regado
Y se marchita en flor de juventud.
La sociedad sin leyes, desquiciada,
Y bajo férrea mano nivelada,
Armada del cuchillo del terror;
Los nombres de patriotas eminentes,
No grabados en bronces relucientes,
Sino en tablas de horrible proscripción.
Los principios de Mayo conculcados;
Los derechos del hombre pisoteados,
Sin que pueda decir: «yo tengo pan.»
Un pueblo destinado al sacrifio
Sobre el horrendo tajo del suplicio,
Que sangre pura destilando está.
Al deshonor sus hijas entregadas,
Las madres en los templos azotadas,
Coronadas del moño de irrisión,
Arrastrando, cual mulas, sucio carro,
Donde llevan un ídolo de barro
Que colocan al lado del Señor.
La tribuna de Agüero y de Dorrego, (1)

---

(1) La tribuna de Agüero y de Dorrego

Al nombrar dos célebres oradores argentinos, no he querido en ningún modo, establecer la supremacía suya sobre los demás. He tenido en vista al elegirlos el tomar el nombre del orador más popular que ha tenido cada uno de los dos partidos que han desgarrado el seno de nuestra patria, manifestando en esta amalgama que la herencia que nosotros hemos recogido es la de la patria, y no la de los partidos.

Cuya palabra descendió cual riego
En medio de la barra popular,
Hoy la ocupan estúpidos sectarios, (1)
Donde leen un papel sin comentarios,
En defensa del crimen y maldad.
La bandera que guiaba al combatiente
Despojada del sol resplandeciente,
Y ennegrecido su divino azul;
Desterrado el valor de su milicia;
Derrumbado el altar de la justicia;
Los poetas sin patria y sin laud.
En todo impreso del demonio el sello,
El robo y el incesto y el degüello
Sancionados por ley y religión;
Coágulo de los vicios más inmundos
Que emponzañara el aire de mil mundos
Si no se contuviese su explosión.
El genio que preside esta anarquía
Entre el vapor espeso de la orgía
Desparrama en su aliento corrupción:
Aborto abominable del infierno,
O maldición tremenda del Eterno, (2)

---

(1) Hoy la ocupan estúpidos sectarios
Donde leen un papel sin comentarios
En defensa del crimen y maldad.

Después de escrito estos versos he hallado las siguientes palabras en la historia de Napoleón por Norvins «la tiranía es un libro sin comentarios, que tiene sus fanáticos» y aun cuando algunos crean que los he tenido presentes antes de escribir los versos, será siempre necesario convenir que el plagio estaría de parte de los seides de Rosas y que pintando el estado de mi patria, bajo su brutal poder he venido á ser indirectamente el plagiario de Norvins.

(2) Oh maldición terrible del eterno
Porque el lazo rompimos de la unión.

No hay uno de los jóvenes poetas que hoy escriben que no hayan bebido

Porque el lazo rompimos de la unión.
Salvaje, que en sus raptos de demencia
Volcó la hermosa antorcha de la ciencia
Para encender con ella su fogón.
Allí quemó del pueblo los derechos,
El bello libro de los grandes hechos...
Pero su cifra está en el corazón.
Entonces á demanda tuya ¡oh Mayo!
Armamos nuestra diestra con tu rayo
Para acorrer la patria en su orfandad,
Dando al viento de nuevo los colores
Que engalanó en tus nítidos albores
De nuestra patria el sol de libertad.
Pero la diestra que mi patria azota
La revolcó en el campo de la rota,
Y vió abatido su inmortal pendón.
Los buenos argentinos sucumbieron,
Y en el seno de oriente se acogieron,
Cual la paloma que huye del balcón.
Hijo del pabellón del argentino,
Su bandera dió sombra al peregrino,
Como el palmero al pobre viajador;
Pero el feroz tirano en torvo ceño,

---

alguna inspiración en el último himno que don Juan C. Varela dedicara á Mayo, poco antes de morir. Por mi parte confieso que siempre considero al tirano de mi patria como un castigo de nuestra desunión, se presentan expontáneamente á mi memoria aquellos versos del gran poeta de la revolución.

¡Oh Dios, no supimos vivir como hermanos!
De la cara patria, nuestras mismas manos
Osaron el pecho sagrado romper,
Y por castigarnos, al cielo le plugo
Hacer que marchemos uncidos al yugo
Que obscuro tirano nos quiso imponer

Los despertó de su agitado sueño
En la tierra de lenta proscripción.
Al mirar levantarse agigantado
Un pueblo por las leyes gobernado,
Vió su trono sangriento bambolear.
Ante la ley retrocedió el salvaje,
Y sus hordas hambrientas de pillaje
Bajo rojo pendón hizo juntar.
Y dijo: « Al otro lado de ese río,
Se levanta con fuerte poderío
El odiado pendón de libertad;
Corred allí, mis bravos federales,
Y quemad esos libros infernales
En que se habla de patria y de igualdad.
¡A la carga! ¡á deguello! mis sicarios;
Que mueran los salvajes unitarios
Por mi mashorca á filo de puñal:
Despedazad sus cráneos con la bola,
Y arrastrad de los potros á la cola
Sus cabezas en medio de un cardal.
Que vista en pocos días triste luto,
Y que me pague en llanto su tributo
La que llaman República Oriental.
Atádmela á la cincha con un lazo,
Que dando espuela y rienda á mi picazo,
La vereis por las pampas arrastrar.
Predicad que á los pies de mi caballo
He borrado los códigos que en Mayo
Una turba de locos escribió,
Y he formado en la palma de mi mano

Un famoso *Sistema Americano*
Para reinar sobre las leyes yo».
La mesnada de torpes asesinos
Que deshonran el nombre de argentinos
Volaron cual hambriento gavilán;
Y al barbárico son de un clamoréo,
Llegan ante la gran Montevideo
Donde los libres en su puesto están.
Llegan y se detienen asombrados
Antes los fuertes muros levantados
Del pueblo por la mano colosal;
Y en el Cerrito de inmortal memoria, (1)
Donde Rondeau se coronó de gloria,
El miserable esclavo alzó su real.
No ya, cual otro tiempo; en las almenas
Van á trozar las bárbaras cadenas
De tres siglos de oprobio y opresión;
Renegando la gloria de esos días,
Vienen á traer satánicas orgías,
El degüello y la cruel confiscación.
Por las orillas fértiles del Plata

(1) Y en el Cerrito de eternal memoria
Donde Rondó se coronó la gloria.

Entre las glorias actuales de la ciudad de Montevideo no es la menor la que le cabe en tener en el recinto de sus muros el vencedor del Cerrito, al General D. José Rondeau, al que en ese mismo lugar donde hoy se levantan las tiendas de los degolladores de Rosas penetró la arrogancia del poder colonial y conquistó las llaves de Montevideo, para que abriendo otros sus cerradas puertas hicieran entrar las huestes triunfantes de la patria y con ellas el aliento democrático que hoy opone á la tiranía de Rosas un obstáculo incontrastable.

El General Rondeau á los setenta y cinco años de su edad conserva aun una admirable energía y hace votos ardientes á la providencia por el triunfo de los principios de Mayo que como el mismo dice en sus memorias, que se ha ocupado á escribir en su retiro, «han sido siempre mi ídolo.

La gavilla de Rosas se dilata,
Amenazando hundir la libertad.
Montevideo grande, fiel, sublime,
Bajo el enorme peso que la oprime,
Alza sobre sus hombros la igualdad.
Oponiendo la espada á la venganza,
Guarda el arca de la última esperanza
En el recinto de la gran ciudad;
En ella cual depósito sagrado,
Se encierra el porvenir ilimitado
Que asombrados los hombres dejará;
En ella de estos países venturosos
Fructifican los gérmenes hermosos
De libertad y civilización,
Y día y noche la ciudad invicta,
Guardando con amor su arca bendita,
Vela al pié del sagrado pabellón.
Funde cañones, arma ciudadanos,
Y al niño, á la mujer y á los ancianos,
Les infunde el aliento varonil.
Amasa con su sangre sus murallas
Bajo el fuego de la hórrida metralla
Y el mortífero plomo del fusil.
La pólvora y la sangre siempre humean,
El cañón y la lanza centellean,
Y uno á uno sus hijos ve caer;
Pero ella más heroica y más constante,
Los envuelve en su manto rutilante,
Y les ciñe coronas de laurel.

En vano viejos pueblos enervados (1)
Escriben en sus libros despreciados:
« El oro, el oro es de la tierra Dios».
Que ella dice, con hechos elocuentes:
«En los pueblos viriles y valientes
El Dios es de la patria el santo amor».
Al que infame, cobarde y miserable
Deserta su defensa inimitable,
Le estampa el sello ardiente del traidor,
Y teje siempreviva y mustio lirio
Para ceñir corona de martirio
Al que le de su vida en oblación.
Y sus hijas también, con patriotismo,
Vendan al que cayó con heroismo
Peleando por su hogar y castidad,
Y comprendiendo su misión inmensa,
Se entregan de la patria á la defensa
Ofreciendo sus hijos en su altar.
¡Oh! la misión de la mujer es santa:
Ella la flor de las virtudes planta

---

(1) En vano viejos pueblos enervados
Escriben en sus libros despreciados:
«El oro! el oro! es de la tierra Dios;
Que ella dice con hechos elocuentes:
«En los pueblos viriles y valientes
«El Dios es de la Patria el santo amor.

Estos son los últimos versos que he añadido á mi composición, después de la lectura pública que de ella se hizo en la noche del 25 de Mayo: la idea me ha sido sugerida por un valiente apóstrofe de la composición del Sr. D. Luis Domínguez, que fué coronado de aplausos; y he añadido esta estrofa porque no debe pasarse en silencio la inmensa gloria que cabe al Pueblo Oriental, de haber sostenido una guerra sin dinero. El Conde Darú dice en su historia de Venecia: «La máxima que el dinero es el nervio de la guerra, verdadera bajo algunos conceptos en administración, no ha podido acreditarse sino en los pueblos incapaces de esfuerzos generosos: cuando se aspira á la independencia, á la gloria y al poder, es necesario saberlo conquistar por sí mismo.»

Del niño en el fecundo corazón,
Y cuando ve la patria que agoniza,
Desprende de su seno á el ancha liza,
De patriotas, audaz generación.
  De los niños confiados á sus manos,
Salen fuertes y buenos ciudadanos,
Formados en el halda maternal,
Do aprendieron á odiar la tiranía
Y á combatir con ínclita porfía
Por los santos principios de igualdad.
  Así en Mayo nacieron los campeones
Que rompieron los duros eslabones
Que nos forjó la torpe iniquidad,
Y con la leche encima de los labios,
Fuertes guerreros, gobernantes sabios,
Contempló con asombro aquella edad.
  Y hoy, en la lucha santa que emprendimos,
Niños sobre la arena descendimos
Para arrimar el hombro al patrio altar,
Y al darnos nuestra madre abrazo estrecho,
Nos pone sollozando sobre el pecho
Los colores de Salta y Tucumán.
  ¡Oh! mil veces, mil veces venturosa
La juventud que en causa tan hermosa
Puede toda su sangre derramar;
La que serena ante el combate rudo
De tiranía, cae en el escudo
Del mártir de una causa universal.
  Esos tus hijos son: los que á tus dogmas
Les tributan sus cánticos y aromas,

Su brazo y su poder intelectual:
Que acaudillan de Mayo aquellos hombres
Cuyos gloriosos é inmortales nombres
Son nuestro patrimonio nacional.
  Cada viejo de Mayo es flor divina
De ia corona cívica argentina,
Y la corona cívica oriental;
Y si el viento le arranca alguna hoja,
Tu luz seca las gotas de congoja
De nuestras patrias en la bella faz. (1)
  Detente ¡oh Sol! y mira á ese caído,
Porque ese era un guerrero esclarecido
Que en holocausto tuyo se ofreció,
Y hasta lanzar su postrimer aliento,
A tí te dedicó su pensamiento,
Y al ver tu faz contento pereció.
  Grande entre los gigantes de aquel Mayo
Que robaron á Dios su ardiente rayo
Para decir al pueblo: «fiat lux»
Hoy miró su postrer aniversario
Sirviéndole de espléndido sudario
De la ciudad el estandarte azul.
  Tuvo seis hijos, del amor el fruto,
Que presentó á la patria por tributo

(1) De nuestras Patrias es la bella faz

Ningun verso más lleno de verdad que este. Argentinos y Orientales podemos decir, cuando hablamos de estos países, nuestras patrias, y nada será más bien dicho. La solemnidad literaria 25 de Mayo, ha expresado más claramente que nada, el espíritu fraternal de los dos pueblos.

La composición del distinguido poeta oriental D. Francisco Acuña de Figueroa, respira el más puro argentinismo, al paso que la de los poetas argentinos respiraban el más acendrado amor por la Patria Oriental.

Cuando miró su estatua bambolear;
Y á la cabeza de su prole hermosa,
Desembainó su espada victoriosa
Para poner á raya la maldad
Y en cien combates de eternal memoria,
Do la ciudad se coronó de gloria,
Relampagueó su acero vencedor,
Y el entusiasmo puro en que él ardía
A sus valientes hijos lo infundía
Entre el silvo del plomo matador.
Hermosa cual su vida fué su muerte.
Con el aliento varonil del fuerte,
Peleando por su patria sucumbió
En hombros de sus hijos esforzados;
De balazos el pecho acribillado,
El campo de batalla abandonó;
Y tendido en el lecho de agonía,
Reconcentró de su alma la energía
Para poderte contemplar ¡oh Sol!
Y á veces repetía el fuerte anciano:
«Pueda mirar el astro soberano
Que el día de la América alumbró!»
El cielo oyó su ruego: esta mañana (1)
Cuando tocaba á vuelo la campana

(1) Esta mañana
Cuando tocaba á vuelo la campana.

La idea de saludar los grandes días de la patria con un repique general de campanas, pertenece al Jefe Político de Montevideo D. Andrés Lamas.

No podemos recordar su nombre sin felicitarle por sus laudables esfuerzos para dar á las festividades nacionales un fin de mejora y de ilustración. La creación del Instituto Histórico Geográfico Nacional y los cantos consagrados al 25 de Mayo de 1844 para destinar el producto de su impresión á beneficio de los invalidos del asedio, son ciertamente los títulos envidiables al reconocimiento público.

Y tronaba la salva del cañón,
Sintió fuego patriótico en el alma,
Y cual hojas al tronco de la palma,
Su valerosa prole le rodeó.
Sobre su calva é inspirada frente
Relucía la chispa refulgente
Que fijó con su dedo el Hacedor.
Abrió sus ojos á la luz suave,
Y arrojó una mirada dulce y grave
A sus retoños que en amor regó.
Los estrechó con paternal terneza;
Y elevando exaltada su cabeza,
En las nubes de oriente se fijó.
Cayeron de rodillas ante el lecho,
El corazón en lágrimas deshecho,
Y él asi les echó su bendición:
« Benditos seais para salvar la patria
Y fecundar de Mayo la simiente:
Para adornar con palma refulgente,
De nuestra patria el pabellón triunfal.
Benditos seais para morir por ella
Entre el ardor de la feral batalla;
Para oponer incontrastable valla
En la tribuna al despotismo audaz.
Benditos seais para rasgar el pecho
Del torpe Rosas con robusta mano,
Y dar al pueblo en que nació Belgrano
De libertad y gloria la señal.
El mundo entero aplaudirá ese golpe, (1)

---

(1) El mundo entero aplaudirá ese golpe

No necesito confesar que he tenido muy presente la bellísima imprecación del Sr. D. José Rivera Indarte, en su elocuente y erudito discurso.— «Es acción santa matar á Rosas.»

La humanidad os colmará de loores
Y el cincel de los grandes escultores
Os armará del salvador puñal.
Himnos sin cuento os rendirán los vates,
Párvulos tiernos santas bendiciones,
Casta doncella puras emociones,
Y admiración la noble ancianidad.
El pueblo grato os ceñirá de lauros;
Enjugareis de una nación el lloro;
Que vuestro nombre escribirá con oro
En las fajas del lábaro triunfal.
Grandes sereis por mil generaciones
Y vuestra gloria inundará este suelo,
Y vuestro padre desde el alto cielo
Os enviará su bendición de paz.
Benditos seais para salvar la patria
Y dar al mundo ese inmortal ejemplo,
Volar de gloria al sacrosanto templo
Y de Mayo las aras levantar»...
Dijo el anciano, y el gran sol de Mayo
Vertió sobre su frente un puro rayo
Que en misteriosa aureola lo ciñó.
Lo contempló con ojo entusiasmado
Diciendo «patria mía»...y apagado
Quedó su inteligente resplandor.
Así de libertad sucumbe el hijo,
Sobre la patria el pensamiento fijo,
Abrazando las gradas de su altar;
Como Castelli, y cual Berón de Astrada,
Como Lavalle de alma no domada,

Muere para vivir vida inmortal.
Con mártires de grandes corazones,
Se alzan y regeneran las naciones,
Y su sangre es la ofrenda que le dan;
Mártir fué el Redentor, y de un madero
Do lo enclavó el impío, al mundo entero
Regeneró con su misión de paz.
Bebiendo el entusiasmo de sus hechos,
Buscaremos del hombre los derechos
A la radiante luz de la verdad.
El templo del gran Mayo concluiremos
Con la caliente sangre que le demos
Peleando por su dogma celestial.
Profética la mente ve otros días
En que se oirán sublimes armonías
Bajo el domo que habremos de elevar;
No habrá tiranos ni sangrienta guerra:
Tierra de promisión será esta tierra,
Norma de la afligida humanidad. (1)

---

(1) **Norma de la afligida humanidad**

¿Quién podría decir que ésta sea una hipérbole atrevida? Acaso todos los pueblos del mundo á su vez no han empuñado el cetro del poder, de la sabiduría, del comercio, de la política? y por qué la América, que por sí sola reune más elementos de libertad, de prosperidad, de engrandecimiento que todas esas naciones juntas, por que no ha de dominar á su vez? Dominará sí, pero su dominación no será egoista, como lo fué la de Roma en la antigüedad, como la de muchas naciones en la edad media, y como la Inglaterra en nuestros días.

«¡Qué perspectiva risueña, dice el Atlas de Lesage, descubre en cualquier sentido que la examine la imparcial filosofía! ¡Qué campo tan vasto de meditación y de esperanzas para el destino de los hombres!» Sus territorios, sus ríos, sus vegetales y montañas, todo en ella es gigantesco y nuevo, sus habitantes, sus costumbres, sus formas de gobierno, sus mismas convulsiones, y hasta el idioma inglés y español, herencia de la Europa, todo lleva impreso el sello de la originalidad americana. Nuevo mundo como lo llamó Colón, considerándolo bajo su aspecto físico está destinado por la providencia para dar existencia á un nuevo mundo moral. La sociedad del viejo continente está carcomida y necesita regenerarse en un pueblo joven como el nuestro y el sistema democrático que lo anima, le ha de regenerar algún día y entonces reinarán los principios de Mayo, que no son sino los

¡Oh Mayo! de tu espíritu invisible
Penetrarás un mundo indivisible
Como el aire, de Dios la inmensidad,
Y al esplender tu sol del alto cielo,
Se elevará sublime desde el suelo
Un coro de alabanza universal:
«¡Gran lámpara del templo soberano!
¡Vasta concretación del ser humano!
¡Monumento grandioso de igualdad,
Cuya piedra fué puesta por gigantes
Dejándonos sus hijos que pujantes,
Alzaran su cimborio colosal!!
Tú guardas de los hombres el tesoro,
Y en los altares de tus urnas de oro
Derramas democrático raudal,
Con que bañas del mundo las naciones
Que entrelazan sus ínclitos pendones
Para beber tu universal maná.
Bajo la inmensa cruz del cristianismo
Que domina tu domo, el despotismo
Yace herido del rayo popular,
Y la divina imagen que soñaron
Los hombres que tu base levantaron
Le oprime con su planta de Titán.

Isla de la Libertad, Mayo de 1844.

---

principios del género humano. Tal ha sido mi idea en ese verso, pero ya que le he hablado del viejo y nuevo mundo, permítaseme decir algo más sin pasar del linde de los días presentes—¿Puede negarse que la América puede vivir sin la Europa y la Europa sin la América nó? El Paraguay que aunque uno de los dos países más favorecidos de la naturaleza, no es ciertamente el más industrioso; no nos ha hecho palpable esta verdad en más de 30 años de aislamiento? Hacen ya muchos años que Deprad dijo, y ¡ojalá no nos hubieramos olvidado jamás de estas palabras: «La América puede cerrar sus puertas á la Europa, segura de que al otro día, ella vendrá á golpearlas para que le abran.»

LA ORACION DE SETIEMBRE

Doblemos la rodilla: ya luce en el oriente
El sol, que en otros días, con brillo refulgente,
Inauguró del pueblo la estatua colosal.
Miradle en este templo que alzó la providencia:
Sobre el altar se eleva, fijando la creencia
Que llena nuestras almas de espíritu inmortal.

Chile es el templo inmenso: los Andes sus altares
Sus flores el incienso, sus cedros los pilares,
Sus aves la armonía, su cielo el pabellón
Valparaíso el pórtico que sobre el mar se inclina,
Y el sol que nos alumbra, la lámpara divina.
Do arde sagrado fuego de eterna religión.

Mirad cual lo saludan del muro los cañones,
Cual alzan los guerreros sus ínclitos pendones
En que la estrella luce cual signo de hermandad.
Mirad como se riza del mar la blanca espuma,
Cual se disipa en torno la misteriosa bruma,
Y cual se tiñen de oro los Andes; ¡contemplad!

Oíd como resuenan los ¡vivas! nacionales,
Cual desde el alta torre sus glorias inmortales
Publica la campana con lenguas de metal;
Oíd como retumban los bélicos tambores,
Los cantos de la infancia, del pueblo los clamores
Que llenan todo el templo cual coro universal.

Doblemos la rodilla, y en nuestros labios vibre
Una oración solemne digna de un pueblo libre,
Que en alas de los ángeles remonte hasta el Señor;
Doblemos la rodilla, y alzando el pensamiento,
En un amor unidos y un mismo sentimiento,
Roguemos al abrigo de un manto protector.

Roguemos por la suerte del mundo americano,
Porque sus nobles hijos con palmas en la mano,
En nombre de un principio se abracen con amor;
Roguemos porque caigan los réprobos caudillos,
Que en el altar sagrado dan filo á los cuchillos,
Para apagar, matando, de libres el clamor.

Roguemos porque nunca naufrague la creencia,
Para que tenga un culto la excelsa inteligencia
Que dice á la barbarie:—« ¡De aquí no pasarás! »
Roguemos porque todos escriban en sus pechos
Con sangre de sus venas, sus leyes y derechos,
¡Que nunca borrar pueda la tiranía audaz!

Pidamos para el campo las mieses abundosas,
El pan para los pobres, virtud á las hermosas,
Y para el pueblo todo, la luz de la razón.
Y ante la tumba fría do yacen nuestros padres,
Que de laurel eterno cubrieron nuestras madres,
¡Pidamos para todos de paz la bendición!

Este es el ruego digno de un pueblo generoso,
El único que al solio del Todo-Poderoso
En alas de los ángeles la brisa llevará;

Roguemos, que templados por el sublime ruego,
El alma encandecida del entusiasmo al fuego
A otras generaciones su ardor transmitirán.

Doblemos la rodilla: ya luce en el Oriente
El sol que á nuestros padres encandeció la mente,
Para vaciar en ella de Chile la nación;
¡Silencio! en nuestros labios como en el arpa vibre
Que pida para todos amor y redención.

A LA AMÉRICA

Por las fieras hambrientas perseguido
Cruza indómito potro las llanuras,
Y amarrado con fuertes ligaduras
En sus hombros Mazzepa va tendido.

Por la carrera al fin desfallecido
El bruto cae sobre las breñas duras,
Y libre de sus recias ataduras,
Mazzepa se levanta rey ungido.

Así América gime entre cordeles
Al rudo potro colonial atada,
Seguida por la jauria de lebreles,
Y exámine, y sangrienta y lacerada
Corre, cae, se levanta, y de laureles
Resplandece su frente coronada.

A LOS MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA

Herido por un dardo en la pelea
Epaminondas cae sobre su escudo,
Abierto el pecho por el dardo agudo
Que mata el cuerpo, pero no la idea.

Y al ver triunfal que su pendón flamea,
Afloja de la muerte el fiero nudo,
Y dice á Tebas: «¡Madre, te saludo!
«Quedan mis hijas, Leuctra y Mantinea!»

También dos hijas bellas nos dejaron
Los que el libre pendón dieron al viento
Y á su sombra su espíritu entregaron;

Hijas son de su esfuerzo y su ardimiento:
La Independencia que ellos proclamaron;
La Libertad que dió su pensamiento.

EL INVÁLIDO

No mirais aquel mendigo
De aquella iglesia á la puerta,
Cuya miseria despierta
Simpática compasión,
Y que á todos los que pasan,
Tendiendo mano transida,
Pide con voz dolorida
Una limosna por Dios!

Es un mártir de la patria,
Un soldado valeroso
Del estandarte glorioso
Que el hemisferio cruzó;
Soldado que en otro tiempo
Hizo temblar al guerrero,
Y que hoy pide al pasajero:
¡Una limosna por Dios!

Ved: en su manga derecha
Se perciben dos galones,
Y de Maipo los cordones
Que la patria le donó;
Cabo invalido, sin brazo,
Solo le resta en la tierra
Pedir después de la guerra
¡Una limosna por Dios!

A la puerta de la iglesia
Rememora sus hazañas,
Y las gloriosas campañas
Que en otros días siguió;
Y mostrando con orgullo
De su frente una ancha herida,
Pide con voz dolorida
¡Una limosna por Dios!

« Fuí soldado de los Andes,
« En Maypo, Cabo me hicieron
« Y las balas deshicieron
« Mi brazo en Ituzaingó;
« Entonces mi voz se oía
« En medio del fuego recio,
« Y hoy me arrojan con desprecio
« ¡Una limosna por Dios!

« ¡De frente! ¡A la bayoneta!
« El coronel nos gritaba,
« Y sin miedo nos llevaba
« A la boca del cañón.
« Al brazo el arma llevaba,
« Metralla y bala llovía,
« Y entonces yo no pedía
« ¡Una limosna por Dios!

« Cuantas veces en los Andes,
« Al venir la madrugada,
« En medio de una nevada,
« Mi bigote emblanqueció.

« Hoy la nieve de los años
« Mi cabello ha encanecido,
« Y estiendo la mano y pido
« ¡Una limosna por Dios!

« ¿Donde están mis camaradas
« Del Cerrito y Ayacucho,
« Que mordían el cartucho
« Con indomable valor?
« Donde están? tal vez ahora
« Duermen en la tumba helada,
« O piden con voz quebrada
« ¡Una limosna por Dios!

« Como ellos yo moriré;
« Y en la tierra de mi fosa
« ¿Qué alma verterá piadosa
« Una gota de dolor?
« Y cuando en algún camino
« Bajo los años sucumba,
« ¡Quién dará para mi tumba
« Una limosna por Dios! »

« Cesa, cesa en tus lamentos,
« Cabo lleno de laureles,
« Que hay olvidos más crueles
« Que los que llora tu voz:
« La República Argentina
« Bajo el yugo de un tirano
« Pide al mundo americano
« ¡Una limosna por Dios!

LA REVOLUCIÓN DEL SUD

Á BUENOS AIRES

«El cuello atado á la servil cadena,
«Del tirano postrándose á los pies
«Buenos Aires esclava y miserable
«Ya no es el pueblo de ochocientos diez».

¡Oh patria! así decían, y entre tanto,
Tú oías esas voces con desdén,
Esperando mostrar con grandes hechos
Que eras el pueblo de ochocientos diez.

La vista al suelo con dolor bajabas,
Pero en tu corazón había fe,
Y ardiente por tus venas aun corría
La sangre pura de ochocientos diez.

Y derepente, cual gigante inmenso,
A quien dormido ataran al cordel,
Despertaste rompiendo tus cadenas
Como en el día de ochocientos diez.

¿Quién alza el grito? preguntó el tirano.
El trueno sordo retumbó á sus pies,
Y la corneta contestó en la Pampa:
«¡Yo soy el pueblo de ochocientos diez!»

Fuiste vencida, cara patria mía,
Tus legiones sufrieron un revés,
Pero nadie dirá que no caiste
Como los héroes de ochocientos diez.

No lo dirán... ¡cobardes!... las espaldas
Muestre lanceadas argentino infiel;
Nobles heridas muestren en el pecho
Los descendientes de ochocientos diez.

En sus lanzas filosas levantaron
Los sicarios del dèspota cruel
Del inmortal Castelli la cabeza,
Del hijo noble de ochocientos diez.

De la sangre del mártir de la patria
De cada gota un héroe ha de nacer,
Sangre fecunda, como fué fecunda
La de los muertos de ochocientos diez.

Tus nobles hijos al mirar su busto
Del polvo alzaron la humillada sien,
Y levantaron con robustos hombros
El ara santa de ochocientos diez.

«¡Venganza al pueblo!» prorrumpieron todos,
«¡Palmas al mártir que murió con fé!
«¡Gloria al que caíga en medio del combate!
«¡Gloria á los hijos de ochocientos diez!»

Se vió agitar del mártir la cabeza,
Y su ojo frío se volvió á encender,
Y desatado el labio á la palabra,
Clamó: «¡Sois hijos de ochocientos diez!»

EL VELO

La mies se corona de espigas doradas,
Y el cielo se esmalta con nubes de azul,
Las flores se envuelven con hojas variadas,
Y en gajos flexibles el verde abedul.

Se ciñe el guerrero con palma triunfante,
El rey con diadema circunda la sien,
La falsa coqueta prefiere un diamante,
Que á par de ella muchas prefieren también.

Se ciñen los montes coronas de hielo,
De blancas espumas las olas del mar,
De fresco rocío las plantas del suelo,
De llamas rojizas la esfera solar.

Mas hay una bella que dulce y modesta
Ni flores, ni nubes, ni llamas buscó,
Y en vez de la joya que adorno le presta,
Con diáfano velo su frente ciñó.

Si fuese al combate, colgára en mi lanza
Con lauros de triunfo su leve crespón;
Y altivo, animado de doble esperanza,
Sería de guerra mi sacro pendón.

Si fuese marino, colgara ese velo
Por vela á mi buque, por toldo á su imán,
Y en calma mirando los astros del cielo,
Las iras burlára del negro huracán.

Si fuese poeta, mi armónica lira
Pondría al amparo del ténue cendal,
Y al son de la brisa que mansa suspira,
Le diera inspirado su acorde final.

Si fuese viajero, deseara una palma
Que sombra tranquila me diese á su pie,
Como esa que el velo con plácida calma,
Derrama en la frente que el ojo entrevé.

Feliz el que pueda del cándido velo
Alzar el estremo que cubre la sien,
Porque ese, olvidando las penas del suelo,
La luz habrá visto del mágico Edén.

Feliz el que pueda con él envolverse
Y dar estasiado su espíritu á Dios,
Y ver á la tierra de vista perderse,
Cual ave que asciende con ala veloz.

Feliz el que pueda colgar á su estremo
La excelsa corona de rosa y laurel,
Cual símbolo hermoso del genio supremo
Que indique á la reina de todo el verjel.

Feliz el que pueda mezclar sus despojos
Al polvo impalpable que el viento alzará,

Cuando esa belleza con llanto en los ojos
Desgarre ese velo que sombra le dá.

Mas esto es muy triste; tal vez distraído
Su frente he podido de nieblas cubrir,
Y al velo que lleva solo es permitido
Con nubes ligeras su frente circuir.

Él es como nube que cruza su frente,
Cual cruza los cielos la bruma fugaz,
Realzando en el fondo su rostro esplendente
Que adornan matices del iris de paz.

Yo soy como un ciego que canta á la puerta,
Deseando al que me oye placeres y amor;
Deseando que nunca se mire cubierta
La gaza, con perlas que dorde el dolor.

¡Mas no soy tan ciego! pues miro en el cielo
Brillar las estrellas con tibio fulgor,
Y luego eclipsarse si entreabre su velo
Mostrando los ojos que irradian amor.

Á UN AMIGO DE 24 HORAS

En los ardientes climas tropicales,
Con el rocío de una sola noche,
La perfumada flor abre su broche,
Y al sol y al aire entrega su beldad,

Así en mi corazón, de amor fecundo
Ha brotado en un día una flor pura,
Y esa flor de rarísima hermosura
Es por tí mi simpática amistad.

EL APÓSTOL DE BERANGER

DEDICADO Á LAMENNAIS

¿Adónde vas?—Voy á salvar al mundo
Propagando de Dios la ley de amor.
—Apóstol, tu labor será infecundo,
Ven al festín, y enjuga tu sudor.
—No, no: yo voy á emancipar el mundo
De Dios siguiendo santa ley de amor.

¿A dónde vas?—¡A predicar al hombre
La justicia, la paz, la caridad!
—No corras ¡ay! en pos de un vano nombre
Que jamás se convierte en realidad.
—No, no: ¡yo voy á predicar al hombre
La justicia, la paz, la caridad!

¿Adónde vas?—A las humanas almas
Voy á enseñar la senda de los cielos.
—Busca otro triunfo entre gloriosas palmas
Consagrando á la musa tus desvelos.
—No, no: yo voy á las humanas almas
A enseñar el camino de los cielos.

¿A donde vas?—A alzar en las campañas
Templos al Dios que cría la gramilla.
—Huye del precipicio en las montañas,
Teme de bandoleros la gavilla.
—No, no: yo voy alzar en las campañas
Templos al que bendice la gramilla.

¿A dónde vas?—En medio á las ciudades
Voy á purificar los corazones.
—Detén, que si al impío no persuades,
La rabia exaltarás de las pasiones.
—No, no: yo voy en medio á las ciudades
Á curar los viciados corazones.

¿A dónde vas?—Buscando al afligido
Para decirle: ¡Solo Dios es fuerte!
—¡Ah! teme al poderoso envanecido,
Y que el esclavo contra tí despierte!
—No, no: yo voy buscando al afligido
Para decirle: ¡Solo Dios es fuerte!

¿A donde vas?—A recorrer la tierra
Confortando creyentes que flaquean,
—¡Qué! ¿la edad, las fatigas y la guerra
No han donado tus sienes que blanquean?
—No, no: yo voy á recorrer la tierra,
Y á confortar creyentes que flaquean.

¿A dónde vas?—A quebrantar los yugos
Con que oprimen al pueblo los tiranos.
—¡Tiembla! te entregarán á los verdugos,

Y el pueblo inerme batirá las manos.
—No, no: yo voy á quebrantar los yugos
Con que oprimen al pueblo los tiranos.

¿A dónde vas?—A confesar mi culto,
En presencia del Juez y sus lectores.
—Se perderá tu voz en el tumulto
Que alzarán los serviles oradores.
—No, no: yo voy á predicar mi culto,
En presencia del Juez y sus lectores,

¿A dónde vas?—Voy á entregar mi cuello
Sobre el cadalso donde Dios me aguarda.
—Dí una palabra y de tu gracia el sello
Pondrá la mano que las leyes guarda.
—No, no: yo voy á doblegar mi cuello
Sobre el cadalso donde Dios me aguarda.

¿A donde vas?—Entre ángeles divinos
A descansar en brazos de mi Dios.
—Tú nos conviertes; sigue tu destino¡
En tu sepulcro llorarán! ¡Adios!
—Sí, sí: yo voy entre ángeles divinos
A descansar en brazos de mi Dios.

A MI AMIGO JUAN MARIA GUTIERREZ

Los pobres ecos que á mi humilde lira
En otro día arrancó el dolor
Hoy los destroza con su bella mano
El ángel bello que posee mi amor.

Así el guardian que sobre el hombre vela
Si ve en su frente el polvo sombrear,
Tendiendo el ala blanda cual la seda
Quiere la mancha de su sien borrar.

Aquellos ecos fueron un pecado
Que en mis primeros años cometí
Mas hoy por la bondad de una belleza
Santa misericordia conseguí;

Como en un tiempo al pie de los altares
Magdalena las piedras anegó
Y en el puesto del hombre arrepentido
El perdón de sus culpas alcanzó.

Pero qué importa que mis pobres versos
En este libro vuestro ya no estén
Si mil estrellas de esplendor divino
Entre sus hojas relucir se ven.

Como del cielo el estrellado manto
Si tenue nube empaña su color
La faz hermosa del Señor reluce
Si el viento suave limpia ese vapor.

Pero diréisme que un lunar es bello
Como en el seno fúnebre crespón,
Como el cabello sobre el albo rostro,
Que en su contraste forma la ilusión.

Mas no es hermoso fango que salpica,
Ni negra sangre bella sombra hacer
En la pisada de la sucia bota
Sobre vestido níveo de mujer.

Al reemplazar *mis ecos* con *mis ecos*
Pienso que los dedico á la amistad,
Y si en el cambio poco se adelanta
En algo apreciareis la voluntad.

Sones despedazados de mi lira
Que en horas congojadas exhalé
Como el cristiano al pie de los altares
Mi corazón en ellos derramé.

No los perfumes hallareis en ellos
Del balsámico aliento del amor,
Ni del poeta las ligeras sombras
Ni el férreo trazo de pensar creador.

Si no el aliento de las flores secas
Y exhalaciones del dolor tenaz

Y más que todo las amargas gotas
Con que el destino humedeció mi faz.

Y si buscais recuerdos del amigo,
Tal vez los hallareis con atención,
Como se encuentra entre árboles marchitos
La sombra colosal de Napoleón.

No me pidais las hojas arrancadas
Que arrebató en su espalda el huracán,
Y que amarillas cual la flor de otoño
Mustias y secas por el suelo van.

Ya no se pueden recoger del suelo,
Pues apretados por polvo veloz
Que irá volando por el aire vago
A contemplar la inmensidad de Dios.

Así se pasan los floridos días
Y uno por uno míranse caer,
Y al levantarlos de la tierra fría
Inerte polvo son ellos también.

Montevideo, 6 de Diciembre de 1842.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

A MAYO *

Triunfos y glorias en la lira mía
Deben hoy resonar. Cese el gemido
Que en torno al polvo del campeón caído
Lanzara el alma en pavoroso día.

Vengan hoy á mi sien palmas verdosas,
Porque el mústio crespón que anuncia el llanto
Nubla la mente que levanta el canto
Al nivel de victorias portentosas.

¡Palma á mi sien! mas palma entrelazada
Con albas cintas en azul teñidas,
Colores que á la vez son bien queridas
Del cielo hermoso y de la patria amada.

¡Palma á mi sien, recogimiento á mi alma,
Sublime majestad á la voz mía,
Dad, Oh mi Dios, dispensador del día,
Como dais tempestades y dais calma!

* Esta composición fué escrita para concurrir á un certamen abierto por las autoridades de Montevideo en el aniversario de Mayo de 1841. Entre las diez composiciones presentadas, esta mereció el premio principal, que consistía en una medalla de oro con algunas inscripciones y emblemas alegóricos á su destino. Fueron jueces de este certamen los señores D. Florencio Varela, D. Manuel Herrera, D. Cándido Juanico, D. Juan Andrés Gelly y D. Francisco Araucho. Por la imprenta de P. P. Olave se publicaron ocho de las diez composiciones presentadas, en un volumen de 80 páginas con un prólogo crítico de D. Juan Bautista Alberdi, y el informe de la «Comisión clasificadora» firmado por los cinco señores ya nombrados. (Nota del mismo autor).

Todo es tuyo, Señor, en mi creencia:
Prodigios de los hombres y conquistas;
Creaciones de vates y de artistas,
Son obra tuya, no de humana ciencia.

Jamás alcé mi pensamiento al cielo
A contemplar las luces de tu gloria,
Sin tenerte, Señor, en la memoria
Y sin mirar compadecido al suelo.

Y cuando pude comprender un día
Lo que hicieron los próceres de Mayo,
Ya comprendí también que ardiente rayo
De tu luz divinal los dirigía.

Por eso al destello
De rayo tan bello
Marcharon seguros
A quebrar los muros
Que al genio y riqueza,
Con torpe vileza,
La mano ponía
De la tiranía.

Alzaron potentes
La voz, y las gentes
Las voces oyeron.
Son ellos, dijeron,
Que traen en la frente
La lumbre esplendente
De la libertad.
¡Marchemos! ¡Marchad!

Los tiernos infantes
Que en llanto, anhelantes,
Las madres dejaban,
Donceles que amaban
A ángeles del cielo,
No á seres del suelo,
Deleites huían,
Gozosos venían.

Y en vano, la mano
Del tiempo, al anciano
Las sienes le hiela;
En vano, que vuela
Llevando en los ojos
Venganza y enojos;
Pues siente con pena
Que arrastra cadena.

Tal cual oprime en círculos instables
El ancho Paraná sus frescas islas
En belleza y verdor inimitables,
Y en voluptuoso abrazo
Parece que les presta su regazo,
Así la muchedumbre
Cerca á los hombres que inspirados vienen
Del alto pensamiento
De alzar el monumento
De libertad que meditado tienen.
Pasmada mira y silenciosa escucha,
Como que espera ver brotar la lumbre

En medio á las tinieblas con que lucha.
« No más de hoy tiranía;
No más vasallos ni pendones régios
Crucen las calles de la patria mía
Con servil y demente regocijo».
Así una voz profética les dijo,
Y el pueblo con silencio la escuchaba,
Y á proseguir, atento, la alentaba.
Y la voz prosiguió: «Sois escogidos
Para llevar un mundo en las espaldas
Y derramarlo en las plateadas faldas
Que dilatan los Andes engreídos,
Y en los desiertos de la inmensa Pampa,
Y en los pasmosos ríos do la estampa
Del rostro del Señor se ve riendo,
Y de ese mundo cual de fértil grano
Que bajo el surco el labrador encierra,
Irán otros naciendo,
Cada uno libre, ilustre y soberano,
Bendecidos del cielo y de la tierra.
Grande es vuestra misión. No os amedrente
El altivo poder de las Españas,
Ni el ódio de esos ricos infanzones,
Que llevan corazón en las entrañas
Duro como el metal de sus blasones.
Soplareis en la frente
Del Rey soberbio que temblando vimos,
Y ese coloso del poder humano,
Ese dueño mentido de la vida,
Burla provocará con su caída:

Y al que cual sierva grey obedecimos,
Pigmeo mediremos con la mano.
Los pueblos crecen como el hombre crece,
Y en la vida de un pueblo son los siglos
Lo que en el hombre el círculo de un día.
Para ellos la razón tarde amanece
Tras larga noche de tiniebla fría,
En que creen en mentiras y vestiglos.
    Así nuestros pasados
Vivieron ante el trono arrodillados,
Creyendo ilusos que de Dios venía
Esa vara de hierro con que hería
Un hombre ungido en la apocada frente.
    Mas hoy omnipotente
Se alza la majestad de un pueblo entero:
El vestirá las armas del guerrero;
Y á la luz de la gloria caminando,
Y la luz de la gloria reflejando,
Ofuscará los falsos resplandores
    De la real diadema.
Hombres libres tendrá por servidores,
Y el astro de los Incas por emblema.
—Así una voz profética les dijo
Y el pueblo silencioso la escuchaba,
Y á proseguir, atento, la alentaba;
Y la voz prosiguió:—Llevemos fijo
Dentro del alma un santo pensamiento;
Un magnánimo intento:
Somos desde hoy pontífices y reyes.
    El foro que pisamos

Y que al nombrar la historia
Le dará el apellido de Victoria,
Es en este momento la aleatoria
Urna que encierra los benditos nombres
De los que han de dar leyes
A los presentes y futuros hombres.
Bajad la vista y contemplad la infancia
Que alegra al suelo como flor caída
Del árbol de esperanzas y de vida;
Miradla, y recordad nuestra ignorancia.
Disipemos la noche de su alma
Ilustrando su mente
Y dándole á beber en la ancha fuente
Que fecundiza del saber la palma.
Infundid en su seno
Santo amor de virtud y de justicia,
Y ódio implacable á la infernal malicia.
Corroedor veneno
Es el saber sin la virtud. El vicio
Suele el incienso mundanal prospicio
Encontrar bajo techos altaneros,
Como bajo el azahar de naranjeros
En lecho de sahumados vejetales
Descansan espantosos animales
En los bosques de América la bella;
Mas la virtud hermosa,
En medio de la tierra tenebrosa
Brilla, como en los cielos una estrella.
—Así una voz profética les dijo,
Y el pueblo con silencio la escuchaba,

Y á proseguir, atento, la alentaba;
Y la voz prosiguió:—Largo y prolijo
Fué el largo dominar del despotismo:
    Código de egoismo
Con ultrajantes leyes nos regía,
    Y en menos nos tenía
Que á bestia dócil la altanera España.
Mas no á venganza ni ardorosa saña
Os aliente mi voz: es del cobarde
Teñir en sangre la coyunda rota,
Hacer que el fuego del furor en que arde
Cubra el campo iufeliz de la derrota,
    Y aguzar en los grillos
El filo vengador de los cuchillos.
¡Piedad y compasión para el vencido!
    Generosos y humanos
Respetemos el llanto del caído,
Y á los hombres miremos como hermanos.
Así cuando la enseña despleguemos
Y al aire puro sus colores demos,
    Los pueblos más lejanos,
De amar riendo y de placer henchidos,
Hélos ahí, nos dirán, los escojidos:
Y vendrán á nosotros atraídos
Por esa luz que la virtud derrama,
Inflamando los pechos con su llama.
Vendrá del polo el hombre endurecido
Y el rudo habitador de las montañas;
    Y el invierno aterido
Que les heló la sangre en las entrañas,

Verán trocado en dulce primavera
Bajo este cielo que el Señor nos diera.
¿Y créis que él hiciera
Ríos cual mares y mineros de oro,
Y llanos de verdura deliciosa,
Y las fragantes brisas del decierto,
Y ese risueño azul de nuestro día,
Y esas mujeres del amor tesoro,
Para solo saciar la codiciosa
Sed de un imperio, á las virtudes muerto,
Pero vivo al placer y altanería?
No, que cuando la mano
Se abrió de Dios bondoso y soberano,
Y puso entre las nubes de occidente
A su América virgen é inocente,
Dijo: Bendito suelo,
Tú del mundo caduco y enviciado
Serás la primavera y el consuelo,
Como hijo de ese padre ya cansado.

Cesó el discurso del varón prudente...
Contempló con amor la muchedumbre,
Y de sus ojos y apacible frente
Brotaron rayos de divina lumbre.

Y luego absorto, en actitud sublime,
Dió rienda al pensamiento soberano;
Vió en lo futuro el pueblo que redime,
Y complacióse en la obra de su mano.

Sin duda entonce, en su potente seno
Ondas de gozo férvidas bullían,
Plácidas cual la risa de Dios bueno
Cuando los mundos y la luz nacían.

Pero, tal vez, como celaje espeso
Que cruza el cielo y entristece el día,
La duda vino á descargar su peso,
Y el placer de aquella alma turbaría.

Que siempre sigue al alto pensamiento
Religioso pavor de incertidumbre,
Y el corazón que abriga un grande invento
Trepida cual de un astro la vislumbre.

Mas no desmayo en su mirar mostrara,
Que era tan fuerte como su obra el justo,
Y el varón no temiera ni temblara
Llevando el pecho amurallado al susto.

Así Colón un día
Tuvo la inspiración de un pensamiento,
Y con esa constancia y ardimiento
Que da al pecho la fe de quien confía,
A los ignotos mares dió la prora;
Volvió la espalda al trono de la aurora;
Y su altanera frente
La fijó en los misterios de occidente.
La envejecida tradición le muestra
En los pilares de Hércules escrita,
Cifra fatal que la ambición limita

Y cierra allí los lindes de la tierra.
Le muestra, pero en vano,
Que él alza ya su prepotente mano
Y más pujante que el mentido Alcides
Se prepara á las lides
Que va á ofrecerle el irritado oceano...
Falta la estrella al polo,
Y la barra imantada, misteriosa,
Cual de pavor turbada y temblorosa,
Abre torcida y estraviada vía.
Ya los cansados linos
Silban, y crujen los nadantes pinos;
Y la onda hinchada pavorosa truena,
Y la algazara del motín resuena,
Y todo es confusión... Pero una frente
Se levanta radiosa é inspirada,
Y de calma y de fe toda bañada,
Descuella en medio á la alterada gente,
Y les vuelve la paz mostrando un mundo.

No en vano entre dos fajas de victoria
Colocaron al Sol nuestros mayores,
Y miraron el rostro de la gloria
A la luz de sus fúlgidos clarores.

No en vano espiaban su primer destello
Para encender el bronce de la almena,
Para humildosos inclinarle el cuello
Libre ya del pesar de la cadena.

Porque es astro de vida y de esperanza,
Y esperanzas y vida infundió Mayo:
Si las luces del Sol dan la bonanza,
La libertad alienta con su rayo.

El pensamiento de Mayo
Fué una sublime esperanza
De dicha que no se alcanza
Sino en el volcar del tiempo:
Porque las obras humanas
Crecen entre las espinas
O truécanse luego en ruïnas
Que desbaratan los vientos.

¡Maldito! maldito el hombre
Que al oir bramar la tormenta
Que las pasiones fomenta
Con soplos enardecidos,
Cruza las manos al pecho
Desmayando en la esperanza
De ver lucir la bonanza
Y el porvenir prometido.

¿Qué son en la eterna vida
De pueblos que ayer nacieron,
Los instantes que perdieron
Por extraviados caminos?
¿Qué son las gotas de sangre
Que salpicaron el suelo?
¿Qué son el llanto y el duelo
Que alguna vez padecimos?

¿Qué son? sino un pobre grano
De la ancha playa de un río,
Breve gota de rocío
Que se mezcló con los mares?
¿Qué son, sino leves nubes
Desatadas por el viento,
Acrecentando un momento
La sombra en las tempestades?

¡Bendito, bendito el hombre
Que espera y marcha brioso
Por un sendero espinoso
Confiado en el porvenir;
Y fuerte de fe y constancia
Ni se queja ni maldice
Al oir voz que le dice:
Adelante, proseguid!

¿Y habrá quien reniegue del gran pensamiento
Sublime, esplendente, como el firmamento,
Que Dios sonriendo gozoso formó?
¿Habrá quien mezquino, la mente apocada
No enalce á la altura que está reservada
Al pueblo que en Mayo—¡«soy libre»!—clamó?

¿No ve en lo futuro cruzar por los mares
Azules pendones llevando á millares
Los ópimos frutos de un mundo feliz?
¿No mira naciones hasta hoy altaneras
Rendir debeladas sus régias banderas
Y al hijo del Inca doblar la cerviz?

¿No mira en palacios y en pobre cabaña,
No mira en los llanos y en la alta montaña,
Cual linfa tranquila la vida correr?
¿No escucha los himnos que suben al cielo
Cantados por libres que cuajan el suelo,
Así que la aurora comienza á nacer?

¿No mira ondulante la inmensa llanura
Con mieses doradas, con rica verdura,
Que en dulces afanes la frente regó?
¿No advierte ya mudos los ecos de guerra,
Y en vez de cañones rodar por la tierra
Pacífico invento que el arte formó?

¿No mira la prole robusta y hermosa,
Cual frutos benditos en torno á la esposa
En ciencia y virtudes y en años crecer;
Y al padre que toma gozoso en el brazo
Su hijuelo postrero, que abriga el regazo,
No ve cual le baña de amor el placer?

Revuelve en su mente la historia pasada
Con sangre en el bronce por siempre grabada
Pensando en los padres de entonces y en él;
Y suelta en suspiros la dicha del seno
Diciendo: yo gozo de día sereno
Porque otros bebieron el cáliz de hiel.

En pecho preclaro y en mente lucida,
La fe resplandece con llama encendida
Mostrando los tiempos que están por venir;

Infunde calores fecundos al suelo
Y pintan su lampo la curva del cielo
Con íris variados de bello lucir.

Nada faltó á tu gloria ¡patria mía!
Cuando armada en guerrero te mirabas
Y la azulada enseña encaminabas
Donde más resplandece el rey del día.

Entonces por diadema de tu frente
Llevabas mil pendones empolvados,
Y bélicos trofeos conquistados
Al extranjero audaz en lucha ardiente.

Aclamábante entonces, poderosa,
Las salvas del cañón en las almenas,
Los himnos de tus hijos sin cadenas,
Y la voz de tus vates armoniosa.

Voz de tus vates queridos
Que cuerdas de oro pulsaron,
Y á las gentes te mostraron
Velada de resplandor:
Que con las chispas del genio
En la memoria del hombre
Dejaron tu santo nombre
Escrito como el de Dios.

Sí; fué la voz de tus vates
Para anunciar tu grandeza,
Para anunciar tu belleza,

Para anunciar tu esplendor,
Como es el eco del trueno,
Como es del mar el bramido,
Para anunciar el temido
Enojo del Hacedor.

¡Oh! sí; la voz de tus vates
Fué un torrente de armonía
Que solo por tí corría
Solo tus plantas besó;
Y su linfa cristalina
Que nada humano tocaba,
Solo á tí te reflejaba
Con entusiasmo y amor.

Allí te miraste ¡oh madre!
Cual madre alguna se viera,
Levantada hasta la esfera
Donde brilla eterno el sol.
Era tu gala la gloria,
Y nubes te coronaban
Del incienso que quemaban
Hombres libres en tu honor.

¡Ay! esos vates queridos
Que tanto lustre te dieron
Todos, todos perecieron
Sin renegar su misión.
Unos cayeron envueltos
En el polvo del combate,

Otros al terrible embate
Del infortunio y dolor.

Murieron; pero dejaron
La fama que no perece,
Como esa luz que anochece
Vuelve con más esplendor.
Su muerte fué cual la nube
Que ofusca un momento al día,
Y redobla su alegría
Cuando se disipa al sol.

Descansen en el seno omnipotente.....
Ya nuevos bardos alzan su cantar,
Perfumando de aromas el ambiente,
Puras como la mirra del altar.

Suenan hoy en las liras, inspirados
Himnos al mes de gloria y libertad,
Que escuchan los mortales admirados
Pendientes de su gracia y magestad.

Y yo también, sobre la sien de Mayo
Quise una flor humilde deponer:
La mano del dolor la arrancó al tallo;
¡Qué otra ofrenda el proscrito ha de ofrecer!

Montevideo 1841.

LA BANDERA ARGENTINA

EN MAYO

Llevó gloriosa guerra
Desde el río Plateado
Al suelo por los Andes dominado.
Florencio Varela.

¡Salud estrella de la gloria! hermana
Hízote el pueblo al redimir su suelo,
Del azul de las aguas y del cielo
Y del cándido albor de la mañana.
Puso en tu centro, de la luz al padre;
Al sol, dios de los Incas, raudal vivo
Que en los hombres de América derrama
Del ingenio la llama,
De virtudes y amor el incentivo,
Y la sed insaciable de ser libres.
¡Cuántas veces, tal vez, cruzando al pecho
Sus brazos un guerrero,
Ya en la cumbre del Andes altanero
O en las llanuras del ameno Chile,
No clavó en tí, trofeo de la gloria,
Su vista y su memoria!

En tu presencia se agitó su seno;
Llanto de amor humedeció sus ojos,

Y de tiempos pasados los despojos
Cual si fantasmas fueran, le asaltaron.
Vió en su delirio las plateadas aguas
Moverse del gran río, y la corriente
Llevar á la otra playa del oriente
Libertadoras naves,
Guerreros argentinos que las llaves
De muro incontrastable conquistaron.

En su delirio oyó poblarse el viento
Del cántico inmortal que dice al mundo:
«Con respecto profundo
«¡Mirad cual se alza un pueblo venturoso!
«¡Miradle victorioso!
«¡Miradle á par de las naciones libres!»
Recordó en su delirio el templo santo
Rebosando en gentío,
De flores lleno el pavimento frío
Y de rotos pendones la techumbre.
La roja cruz británica, los leones,
Almenas castellanas, mil blasones
De tronos seculares,
Miró el guerrero en su entusiasmo, envueltos
En el humo que mandan los altares
A par de la oración al Dios del libre.

Vió en su entusiasmo varonil matrona
Que de mirto y laurel una corona
Entre esperanza y susto entretejía;
Fijó con más porfía
Su atención el guerrero,

Y vió á la esposa que ciñó su acero
Cuando de combatir luciera el día.

Tal vez entonces suspiró, diciendo,
Con lamentable voz: «¡Patria querida!
Amor, tiernos halagos, sangre y vida,
A tu honor y tu gloria posponiendo,
La enseña sigo que á triunfar me guía.
Mas ¡ay! la sangre que en el campo vierta
Prenda de dicha y de hermandad te sea:
¡Que la discordia fea
Mire mi sangre y se sepulte yerta.»

Sonaron los atambores
Y se recobró el guerrero:
Llevó la mano al acero
Y en ágil potro montó.
Sacó del seno una imagen
Y la contempló amoroso:
En ademán religioso
Los ojos al cielo alzó!

En tanto erguidos pendones
En la llanura asomaban,
Unos, dos leones llevaban;
Los otros, un puro sol:
Y en la remota montaña
Que la alarma repetía,
Ya la clara luz lucía
Del alba que amaneció.

Brillan espadas y lanzas,
Truena el cañón homicida,
La muerte busca á la vida,
Y el bravo su galardón.
Palpitan miembros trozados,
Se tiñe de rojo el suelo,
Y en el tranquilo arroyuelo
La sangre al agua se unió.

Clamor de triunfo se escucha:
¡Viva la patria! ¡Victoria!
Ya se cubrieron de gloria
Los héroes que el Plata dió.....
Y en el remoto confín
De la llanura estendida,
Va huyendo despavorida
La turba que un rey mandó.....

Mas ¡ay!, cuatro granaderos
En lecho de armas formado
Llevan un jefe esforzado
Que bala enemiga hirió;
Y en su pálido semblante
Signos se ven misteriosos,
Como rastros deliciosos
De una pasada visión.

¡Sangre del héroe que regó los llanos
Y las altivas cumbres abundante,
Cual corriente ondeante

Lavaste los insultos castellanos!.....
Hora en los pechos de la nueva prole
Del venturoso Mayo,
Revives ¡sangre! despertando el rayo
Que en polvo vuela la gigante mole
Del despotismo audaz de otros tiranos.

1838.

LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón,
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que no dejeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
Para saber que pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos,
La libertad clavaba donde clavaba el pié

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
Seguir en sus victorias al pabellón azul:
Ni la pupila impávida del ágila, un momento,
Pudo mirar de frente su inextinguible luz.

Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
De nuestra gran familia el apellido es él;
Dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas,
Mañana en torno suyo se abrazarán también.

Valparaiso, Mayo 25 de 1846.

AL AUTOR DEL PEREGRINO

¡Vuelva á mí la esperanza!
Aun brilla airosa la incansable lanza,
Y aun suena el casco del bribón bravío
Sobre las toscas del remoto río:
Y lanzas y bridones
Caminan al fulgor que en los pendones
Difunde el sol de Mayo,
Luminar sin ocaso ni desmayo.

¡Vuelva á mí la esperanza!
Que no solo en los campos de matanza,
Sino también en la invisible esfera
Donde la mente impera,
Hay combate y labor. ¡Bello destino,
Es el tuyo, inmortal pueblo Argentino!
Al redoblar del atambor avanzas,
Al estampido del cañón sonries,
Y en tus victorias el laurel que alcanzas
Sin que del fiel de la equidad desvíes
Engalanas al vate y al guerrero.
Jamás colgaras el feliz acero
Al muro de tus santas catedrales,
Sin que sonara al pié de sus umbrales
Una lira inspirada.
Hermandad de la Lira y la victoria,

Abrazo de la gloria con la gloria,
Osculo que se dan las dos hermanas,
A par que las más grandes, las más vanas.

¿Será el rugido de tus ondas bravas
Con que el cimiento de mi patria lavas,
Río sublime como el mar, ó acaso
Los llanos que se estienden á tu ocaso,
Quienes el rico don de la armonía
Dispensan generosos?—Desde el día
En que entre risas de la aurora vieron
Nacer la libertad nuestros mayores,
En fuego santo inspirador ardieron,
Y bañada una frente en sus clamores,
Alzóse audaz á la inmortal lumbrera
Diciendo al mundo: ¡oid! ¡Jamás bandera,
Ni trompa, ni clarín, puso en las venas
Tanto valor para quebrar cadenas
Como de López la canción; sublime
Como la mar cuando se esplaya y gime,
Como el amor, como la luz fecunda.

¡Y hubo de gloria un siglo en pocos años!
Transformados en hombres los rebaños
Con el poder del huracán cundieron,
Y al sol ardiente ecuatorial pidieron,
Una luz digna de quebrar su rayo
Sobre el acero del fusil de Mayo.

¡Envidia tengo al que viera entonces!
Al que escuchara retumbar el bronce

Arrastrado por potros de mis llanos;
Envidia tengo á quien alzó las manos
Al cielo, agradecido,
Y de pólvora el lábio ennegrecido
Abrió á la estrofa que en sagrado verso
Manda antes perecer, que ante el perverso
El cuello doblegar.

¿Por qué pasaron,
Por qué solo recuerdos nos dejaron,
(Recuerdos punzadores) esos días?
Del arpa son las tristes melodías
Que hora escucho sonar; solo quejidos
En extrangeros pueblos difundidos
Arroja el pecho del patricio vate,
Cuyo robusto corazón no late
Al bullicio marcial de la victoria.
¿Y, como no llorar cuando la historia
Es tan triste del tiempo en que vivimos?

Joven poeta, ven; mano de amigo
Pongo sobre tu sien: te absuelvo, llora.
¿Cómo no ha de llorar quien va mendigo
De Patria y Libertad, y en cada hora
Escucha, en el martillo que la suena,
Caer una gota al cáliz de su pena?
Llora, pero con lágrima sublime,
Como el órgano santo cuando jime
A par del salmo; como llora el día
Dentro la tumba de la noche fría.

Cuál tu sabes llorar; cuál Carlos llora,
Harold, tu Peregrino:
Es tesoro divino
Una líquida perla, si colora
Su superficie en el rosado viso
Que Dios poner en las mejillas quiso
De virgen pudorosa;
Es cosa santa, irresistible, hermosa;
Vence á las fieras; enloquese al hombre;...
Lágrima de mujer no tiene nombre!

Y el llanto del Poeta,
¿Quién sabrá lo que es?... En la paleta
Que el iris pone en medio del espacio,
En la luz del diamante y del topacio,
En los cambiantes de la luz que espira,
Dentro la mar donde la luz se mira...
No hay colores capaces de pintarlo,
Ni palabra, ni voz para expresarlo
En cuantos ecos la Natura tiene.
Nunca á los ojos por consuelo viene;
Y en gotas de metal enardecido
Cae sobre el corazón... llanto sublime,
Que al pecho del mortal desfallecido,
Del desaliento y del dolor redime.

Río Janeiro, Enero 14 de 1845.

À PLÁCIDO *

«De cobre es tu color, mas tu alma es de oro»
Acuña de Figueroa.

¡Peregrino infeliz! alma probada
En el crisol del sufrimiento! El mundo
Si no maldice á tu asesino y llora,
Yo le daré mi maldición; y el llanto,
Única perla que la tumba pide,
Colocaré en la tuya. Yo he nacido
Bajo el cielo de América, y hermano
Te reconozco envanecido. El Plata
No columpia en sus brisas los palmeros
Que toldaron tu cuna; pero en ellas
Se bebe al par del nectar de las madres,
Fiereza y libertad: ¡yo soy tu hermano!...
Pongo las palmas en tu yerta frente,
Y mis manos de libre y de poeta
Te lavan del delito. ¿Cual fué el tuyo?...
Llevar la sangre de español mezclada
Al fervoroso humor del africano,
Y en las sienes la llama del ingenio?
¿Tener el cuello á la cadena uncido
Como el bruto al arado, é independiente
El alma, como el condor que sublima

* Apareció en el «Mercurio» de Valparaiso el 12 de Junio de 1845.

Su vuelo en espirales hasta el cielo?
Si ese tu crimen fué, yo te perdono!
Te absuelve el Dios que te abrigó en su seno,
Y se alzan en la tumba á perdonarte,
Los mejicanos Cesares, los Incas,
Las esposas del sol... y los volcanes
De los Andes eternos, rebramando
De cólera en tu muerte, sulfurosas
Y amarillentas teas te levantan.
¡Descansa en paz! no faltará á tu tumba,
Huérfana de una cruz, ni el agua santa,
Ni el funeral incienso... que las Musas
Te llevarán en las sonantes alas
La purísima linfa del torrente,
Y los vientos del trópico su aroma.
¡Sublime criminal! ¡Cuanto te envidio
La gloria que te espera! Ya te siento,
Bajo el rastrero césped que te cubre,
Saltar de gozo al escuchar las liras
De los vates de América. Ninguno
Avaro fué de su tribuno en flores,
Ni al genio perseguido ni á los héroes.
Heredia huyó su esclavizada Cuba;
Olmedo puso la mejor diadema
En las sienes del grande de Colombia,
Y espirando, Varela, á su tirano
Con punzadores versos le hirió el alma.
Te cantarán, te cantarán, ¡ho cisne
Del mejicano mar! Dirán al mundo
Que la cuchilla de Pizarro existe

Con su rabiosa sed de sangre criolla;
Que es delito tener tostado el rostro
Con el fuego del sol, y que el tributo
Del amargo sudor de sus esclavos
Pide aun Fernando en boca de su hija.

Á LA INDEPENDENCIA DE CHILE

Aquí la libertad buscó un asilo,
Amable peregrina,
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo.

J. J. Olmedo.

Del Atacama ardiente,
Al Cabo en que se estrecha el iracundo
Mar que con su corriente
Rompe los hielos que amontona el polo,
Del aurífero monte
Hasta la playa en donde el alga verde
Se mece al robozar de las mareas,
De uno al otro horizonte,
Seca el pueblo el sudor de sus tareas
Y al natalicio de la Patria acude.
Envanecida frente

Pasea bajo el toldo de pendones,
En que brilla una estrella refulgente
Y el Cóndor vencedor de los Leones.
Ábrese el pecho al júbilo. Las almas
Libres hoy como el ave del desierto
Donde destilan miel airosas palmas,
Solo respiran gloria. Los altares
Mandan á Dios reconocido incienso;
Y el leño audaz que se lanzó á los mares,
Despide del cañón el estampido,
A la par del baluarte no vencido
Y de los cantos del concurso inmenso.
¡Pueblo, daos al placer! Harto en el llanto
De vuestros padres se empapó la tierra;
Harto arrastraron de viudez el manto
De otras generaciones las esposas!
¡Para ellos las espinas!... ¡Ay! se encierra
Una lágrima amarga en esas rosas
Que os perfuman, oh vírgenes, el seno;
Y el cáliz del placer que hoy hierve henchido,
Colmado de veneno
Por vuestros viejos padres fué bebido.
¡Martirio y gloria y gratitud á ellos!...
¿Cuál fuera vuestra suerte,
Si del astro del Inca á los destellos,
Arrostrando la muerte,
No mostraran el pecho? ¿Si la enseña
De santa rebelión no enarbolaran?
¿Si al peso de mortífera cureña
La braveza del potro no domaran?

Del páramo silbaron
Helados vientos en sus nobles frentes,
Y de los arenales inclementes
El cansancio y la sed les aquejaron.
Aún fuera estrecha á su ardoroso empeño
La estensa base en que se empina el Andes:
Uno tras otro leño
Abatió el hacha en la araucana selva,
Y al Norte dando impávidos la proa,
Miróles espantada
La quieta mar que saludó Balboa.
Nacida de la nada,
Como labor de un Dios, doquier tendiera
Sus albos linos la inesperta armada,
Doquier al viento sus banderas diera,
Arreaban sus leones
Y almenados castillos
Las poderosas naves,
Como á la vista del audace cóndor
Pliegan sus alas de temor las aves...
No es tan fecunda el agua del torrente
Que serpeando va al mar, y la sequía
Aplaca al suelo por el sol quemado,
Como fué del valiente
La sangre derramada en su agonía
Por libertar al pueblo esclavizado.
Humor de generosos corazones
La simiente del bien regó en la patria:
Por que á veces el cielo
No concede sus dones

Al paciente desvelo,
Sino á la voz audaz de los cañones.
  Apenas del postrero
Combate la humareda se deshizo,
E inoficioso descansó el acero,
Cuando mostró la Libertad risueña
Su semblante de amor. Naturaleza
No tiene en sus colores,
Ni la palabra humana en su nobleza,
Con que pintarte ¡oh madre! De Dios mismo
Eres porción. Para calmar dolores
Te manda al mundo envuelta entre destellos
De su divina luz, y rodeada
Del Arte, de la Ciencia y la Riqueza...
  ¿Qué es el hombre sin tí? De qué le vale
Saber que bulle en él el pensamiento,
Si hundido en la vergüenza,
De su labio no sale
Si no la voz sumisa al mandamiento?
Ciego, sin tí, camina
El hombre ¡oh Libertad! por entre sombras
De pánicos pavores,
Y vaga y desatina
En la noche fatal de los errores.
Mal comprende á su Dios: del harmonioso
Concierto en que los orbes van rodando
En torno al luminoso
Foco del sol, la avasallada mente
Aleja, y delincuente
Apellida y osado,

Al varon inspirado
Que con mirar profundo
Leyó en los juicios del creador del mundo...
¡Bendición de los cielos,
Don del Omnipotente, os saludamos,
Fecunda Libertad! Por tí los vuelos
Del pensamiento altivo levantamos:
Por tí reina la paz: por tí la estrella
Del pabellón chileno,
Acatada descuella
Del mar del sur sobre el hirviente seno.
Por tí del Rhin, del Támesis y el Sena
En hospitales puertos,
Sobre linfa serena,
Los fatigados linos
Pliéganse con placer... En los desiertos
Del Magallan, por tí, cunden las leyes:
Sus ignoradas selvas,
Abrigo solo á bárbaros un día,
Ceden hoy el espacio á los hogares
Colmados de alegría
Del colono feliz, y á sus altares.
¡Jamás ¡oh Libertad! en el hermoso
Cielo de Chile, en el nublado escondan
Tu frente el Despotismo ó la Anarquía!
¡Jamás el venturoso
Mes de Setiembre entre sus flores vea
La maleza del mal cegar la vía
Del constante progreso!...
Que más el llano de Maypú no sea

Campo de sangre, ni á su mies dorada
Abatan otros filos,
Que los fecundos de la hoz callada.

Valparaiso 1845.

OGAÑO ET ANTAÑO

Los tiranos puñan que los de su señorío sean siempre nescios et medrosos, que hayan desamor entre sí... et sobre todo siempre puñaron los tiranos de matar á los sabidores y de vedar ayuntamientos de los homes.

D. Alfonso—2a Partida.

Las cosas de ogaño me causan grand pena,
Por ende en la fabla y en trova de Mena
Mi pennola quiere sus cuitas decir.

Vocablo vetusto, guisado, sabrido,
Con nuestras usanzas es bien avenido
Ansi que tres-picos con luengo espadín.

Garridos et apuestos coidanse donzeles
De agora, gayados de mil oropeles
De bajo quilate, menguado valer.

Et solo en las farsas de Carnestolendas,
Las nuestras casacas asaz reverendas,
Gregüezco et coleta se suelen meter.

El seso fuscado les ha las novelas
Que allegan de estrangis esas caravelas
Que otrosí la villa truecan en Babel.

Germano apellidan á todo extrangero,
Nin paran las mientes si es noble ó pechero,
Que en siendo de allende se pagan deel.

Ansi de las Galias et de Ingalaterra
Los fijos osados nos facen la guerra,
Non ya con mosquetes, con arma peor.

En libros polidos de gaya semblanza,
Con frasis polida que cualquier alcanza,
Sus artes asconden con grande primor.

Enantes folgaban garzones crecidos
Volando cometas, et ogaño engreidos
Cobdician ser sabios como homes de pró:

Enantes oraban la su letanía
Et non se curaban de filosofía,
Ca non eso atañe que al preste de Dios.

Por ende en usanzas ¡qué grand trocamiento!
¡El mundo avecina de su finamiento!
La villa semeja mansion de Luzbel.

Si en las sus fachadas se paran las mientes,
Guarnidas veranse de enseñas pendientes
Con luengo letrero labrado á pincel.

Los sastres de Francia et las confituras
Atristan et apenan las gentes maduras,
Que los sus doblones saben recatar.

Sorber chocolate se tiene á grand mengua,
Aplacen las viandas que escuecen la lengua:
¡Malditos brebages que son rejalgar!

El muro almenado é regios torreones,
Derrumban sin tino et enalzan pendones
De azur et de blanco do meten al sol.

Muy grand malquerencia tienen á los Reyes;
Sabidos se tienen en facer las leyes;
¡Grand desapostura et grand sinrazon!

Con fuertes galeras et peon et caballo,
Al Cid de grand cuenta entienden domallo,
Que judga en la villa de allende la mar.

Que diz que es torcido el su mandamiento,
Que á los sus vasallos lleva á perdimiento,
Por ende le quieren ferir et matar.

Et non es ansina, que á tal rico-home,
Juntar el ditado de bueno á su nome,
Por las sus pramáticas merece endemás.

A todo el que fabla le mete en picota,
Et pone mordaza, et empotra, et azota,
Ansí que facian los reyes atrás:

El torna en usanza las cosas pasadas,
Con los sus bufones discurre á vegadas,
Et tiene á manera de una Inquisición:

Et tiene alguaciles que llama mashorca,
Temidos del vulgo mui más que la forca,
Et más acatados que noble infansón.

Don Cristo le meta por buen derecero
Et ponga en sus mientes acuerdo certero,
Et allegue su armada á nos redimir.

Placiente al miralla serános su enseña,
Ca entonce la vida será falagüeña,
Et el siglo de antaño tornará á lucir.

Montevideo, 1841.

DOS JINETES

Veloces van por la grama,
Lanzando espumas y llama,
Dos corceles,
Y en vez de polvo, levantan
Esencias puras que encantan,
De claveles.

Veloces pisan la grama
Del arroyo que se llama

Curupá,
Cuya corriente serena
Llevan entre sauces y arena
Sus zarzas al Paraná.

Alazán es el uno
Y el otro moro;
Cada una de las crines
Vale un tesoro:

Vuelan como las aves
Libres del cielo;
Apenas si la alfombra
Tocan del suelo.

Relinchan sacudiendo
Leves melenas,
Y fogosos dilatan
Sus anchas venas.

A veces acercando
Cuellos y frentes,
Parece que se dieran
Besos ardientes;
O que indiscretos,
De sus dueños dijeran
Dulces secretos.

El alazán en sus espaldas lleva
Una moza del pago,
Gallarda á toda prueba,

Pero rebelde al amoroso halago.
    Las galas del domingo
Ostenta en el collar de la garganta,
Y cuelga al flanco de su airoso pingo
    Una vistosa manta.
    Descuida en la carrera
La renegrida y lisa cabellera;
    Y llevando una mano
Al lino leve que la cubre el seno,
    Al ver su empeño vano
Esconde el rostro de sonrisa lleno.
    Tan solo permanece
    En su frente tostada,
Una diamela que su tallo mece
En sus esencias mismas embriagada.

Quiebra los bríos del ardiente moro
Un mocetón á cuyo labio asoma,
    Como flor del aroma,
Vello sutil de la color del oro;
    Y no menos dorado
Que el pelo de la barba, su cabello
    Le azota ensortijado
El ancha espalda y el nervudo cuello.
De un leve poncho las rojizas rayas
Bájanle en rededor á confundirse
    Con el fleco y las mallas
    Del ancho calzoncillo;
    Y la estrella de acero
    De su bruñida espuela,

Hace sonar lijero
En la carona de bordada suela.
Impaciente de amor, á su caballo
Ha soltado la brida,
Y á par de él, como rayo,
Galopa el alazán de su querida.

Clava en ella una mirada
Que parece acompañada
Con sangre del corazón,
Y con la voz conmovida,
Con la mejilla encendida,
La pide la blanca flor:

La dice: ¿acaso más bello
Parecerá tu cabello
Porque esa flor esté en él?
A la amorosa paloma
Que tiene nido en la loma
La basta su candidez.

¿Por deshojarla en el viento,
Por quemarla con mi aliento,
Qué exiges, bella, de mí?
¡Lo atestiguo con los cielos!
Esa flor me causa celos
Y quisiera ver su fin.

Silencio guarda la moza,
Y en actitud cavilosa
Acaricia su alazán:

Mas, la diamela arrancando,
La contempla suspirando
Y con lágrimas la dá.

Pasa la flor á la mano
Del que pretende tirano
Privarla de su esplendor...
Pero no le da la muerte,
Que, dichoso con su suerte,
La lleva hácia el corazón.

Y mostrando á su querida
Con la mano de la brida
La espesura de un ombú:
Allí, la dice, hay un lago,
Que nos brinda con halago
Los misterios de su azul:

Coronado del cabello,
Como el de un cisne, tu cuello
En el agua jugará;
Y mi mano afortunada
En el lago, deshojada,
Esta flor arrojará.

Diciembre de 1843—en el mar.

LA FLOR DEL AIRE

¡Oh bella flor, oh bella flor del aire!
¡Quién eres dime, quién te dió tu ser?
Es imposible que entre tí no aliente
El tierno corazón de una mujer.

Dímelo á mí, que soy discreto y te amo,
El eco tuyo nadie escuchará:
Duermen aún las aves en el nido
Y las olas también del Paraná.

Así una vez interrogué curioso,
A ese ente puro, blanco, celestial,
Que más que flor la lágrima parece
Que arranca al alma el amoroso mal.

A ese ente puro que cual perla brilla
Sobre las ramas ricas en verdor;
Huye la tierra y solo pide al cielo
Húmedas brisas, luces y calor.

Un colibrí moviendo las alitas,
Rubí, topacios y oro derramó,
Y fué amoroso revolando inquieto
Y dentro el caliz de la flor bebió.

Entonces ví, cual llanto doloroso,
Líquidas perlas de la flor brotar,

La pérdida llorando del almíbar
Que el colibrí se deleitó en libar.

Cerró las hojas, pálidas, marchitas,
El albo seno púdica veló,
Como la virgen que al salir del baño
Huellas humanas en la arena vió.

Corrió ante mí sus velos el misterio,
Supe el emblema de la airada flor:
Ella es la esencia del candor del alma
Que se disipa al beso del amor.

1843

RECUERDO

Del huracán las alas tenebrosas
Sobre el abismo enfurecidas van,
Cual fúnebres coronas deponiendo
Blancas espumas sobre el negro mar.

Vienen en tanto á la memoria mía
Las frescas horas de mi quieta edad,
Con la inquietud presente se confunden,
Como la espuma y el horror del mar.

¡Visión de luz! amor primero y puro,
¡Cáliz de almíbar que arrojé desleal!
En esta noche que entristece á mi alma,
Eres la espuma que ilumina al mar.

Perfumes llegan de mi patrio suelo
De trébol, rosas, violas, azahar.
Y de esa flor del aire misteriosa
Que es como espuma blanca de la mar.

Siento en la playa del inmenso río,
Correr veloz el férvido alazán,
Bañado el pecho en argentada espuma,
Como la espuma que levanta el mar.

Madre y hermanas que lloraís mi ausencia,
Yo pisaré vuestro desierto umbral:
Es el tirano odioso de mi patria
Espuma leve que se traga el mar.

Golfo de Gascuña, Noviembre 1843.

VENTURA DE LA VEGA

VERSOS RECITADOS DELANTE DE SU RETRATO EN EL TEATRO DE LA VICTORIA EN LA NOCHE DEL JUEVES 25 DE ENERO DE 1866

Saludémosle; es él: el inspirado,
Que cual las cuerdas de su lira, supo
Estremecer del corazón las fibras,
Hundirle en el dolor, bañarle en gozo,
Y dominar las almas. Esa lumbre
Que brota de sus ojos renegridos,
Viene del fuego de su mente, en donde
Vicios, carácter y pasión y afectos,
Del hombre en sociedad, claros bullian,
En el molde del arte se animaban,
Y hechos carne y verdad aparecían,
Del májico á la voz. ¡Ficción divina,
Segunda creación, fuerza del genio,
A tí la admiración! A tí, que sabes
Convertir sombra en luz, mentir dolores,
Atizar los volcanes en el pecho,
Hacer amar ó aborrecer: con sueños,
Con visiones, no más. ¡Tal te fué dado,
Cisne del Plata en lago extraño creado,
Pues también en tu frente
Puso el cielo la llama

Que al través de la noche de los siglos,
Mostrada por la fama,
Brilla aún en Calderón y alumbra en Lope.
Reinar en los espíritus; silencio
Y atención imponer; con cetro de oro
Despotizar el auditorio inmenso;
Y ora risas ó llantos arrancarle
Segun tu voluntad; ese el destino
Fué de tu vida. ¡Cuánto,
No has debido gozar, rey de la escena,
Al ver que á par del armonioso verso
Que el númen te dictaba, acongojado
El seno se movía
De mil mujeres bellas,
Cual la onda azul de tu nativo río;
Y cuánto al contemplar, que la mejilla
Surcada por honrosas cicatrices
Enjugaba el soldado, conmovido,
Y te aclamaba vencedor!.... Mas, ¿cómo
No vencer si en tu boca
Puso jazmin la aurora, miel la abeja,
La pampa su perfume, y su susurro
Misterioso la linfa de los ríos
Que inmensos, raudos, en el Plata se hunden?
La lengua de León, de Herrera y Rioja,
Hija del Lácio, y del Oriente hermana,
Al tocar en tu labio remedaba
Rumores de las harpas suspendidas
En las alas del céfiro; y atónita,
Al escuchar la nueva melodía,

Al mundo, España, preguntó: ¿de dónde
Viene esta voz? El ave que la forma,
En que bosque nació? Qué aura impregnada
De ritmo y armonía
Ha aspirado al nacer? ¡Pregunta vana!
Ese del Pindo cóndor altanero,
Su pecho en el ambiente de los llanos
Abrió por vez primera, y en aurea cítara
Su pecho se trocó: que el nuevo mundo
Tiene angélicos coros en el éter
Y aliento de sirenas en sus auras.
Sí; sublime al cenit se encumbra el cóndor,
Y de César la túnica sangrienta
Lleva en la garra, á guisa de bandera
Que pregona la gloria del poeta.
¿A dónde ufano se encamina? Acaso
Va á medir con las alas el Océano,
Cambiar de mundo, y descender al Plata
A engalanar sus ondas con los mirtos
Y rosas y laureles cosechados
En las sagradas selvas de las Musas?. . . .
  ¡Ah, infortunado! ¡cuando al sol tocaba
Y entre aureolas de luz resplandecía,
Nubes de luto y muerte le rodean,
Y repliega las alas, y desciende
Yerto, helado, sin vida, al nido eterno
Mudo guardián de sus postreros trinos.
¡Cuál, con los vendabales reluchaba
Ansioso por llegar! ¡Cuál dilataba
Sus vivaces pupilas sobre el vasto

Campo verdoso de la mar, buscando
El árbol de su infancia, y la sonora
Linfa que de su cuna el pie mojaba,
Y él en sueños de amor rememoraba!
  Muda la voz, pero elocuente el alma
En el trance fatal; ¡quién nos dijera
El himno que cantó de despedida
A la mundana gloria, al don del verso,
Al amor de sus hijos! ¡Quién, dichoso,
Pudiera dar al pensamiento forma
Del genio que se extingue en playa extraña,
Y ve los brazos de la madre abiertos,
Siente el aire nativo, escucha voces,
Lejanas sí, pero amorosas todas,
Que le hablan de sus tiempos de inocencia,
Del juvenil amor! ¡Morir entonces
Es mil veces morir! El césped patrio
Es blando al postrer sueño; duro y frío
El que nos brindan extranjeras playas.
  Tanta gloria y dolor ungen del vate
Los mortales despojos, y aromados
Dentro la urna de sándalo que labra
La fama al génio, en átomos brillantes
Eternamente irradian en la frente
De la patria feliz que le dió aliento.
Tú la fuiste de Vega, Buenos Aires,
Madre fecunda de hijos generosos,
Que ora la lanza, ora la lira mueven
Y en el escudo victoriosa te alzan.
Abre el panteón de amor al nuevo héroe.

Mira cual presurosas
Las sombras bajan y en silencio vienen
De López, Luca, Lafinur, Varela,
Y abrazan al hermano, y le coronan
Con siemprevivas y verdosas palmas,
Y remontan con él á las regiones
Desde donde bendicen á la patria,
Con liras de oro, sus virtuosas almas.

ARMONIAS DE LA TARDE

I

Vagan mis blandos versos desmayados,
Por la molicie de tu voz dictados,
¡Hora de melodía!
Duermen las aguas entre muzgo y flores,
Y perezoso se reclina el día
Sobre leves vapores.
Acacias, sauces, ceibos y palmeras
Sueltan ébrios de amor las cabelleras,
Y al seno de las rosas
Se asilan las fugaces mariposas.
De las sienes las trenzas renegridas
Desciñen las beldades presumidas,
Bajo los cisnes se desliza el lago,
Y á paso lento se retira al pago

El gaucho fatigado del rodeo.
Barre su potro con la crin la grama,
Y en prolongado relinchar reclama
    La próxima tropilla;
Lleva el gaucho doblada la rodilla,
    Y pensando en su amada,
Mira al cigarro que se vuelve nada.

II

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
    Vacilante,
Porque entonces no importuna
Claro sol ni tibia luna
    Tu semblante.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
    Tras el llano,
Porque solo ese momento
Me embalsama con tu aliento
    Soberano.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
    Entre nubes,
Porque á esa hora yo te veo,
Y al balcón de tu recreo
    Tú me subes.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
Entre sombras,
Porque entonce á mis pisadas
Son discretas y calladas
Tus alfombras.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
Tras el río,
Porque á esa hora, en dulces lazos,
Se aprisiona entre mis brazos
Tu albedrío.

Te adoraba vida mía,
Cuando caer la luz del día
Ví en el mar,
Por que escrito está en el cielo
Que no hay vida ni consuelo
Sin amar.

Yo te adoro, vida mía,
Al nacer la luz del día
Y al morir;
En mis dichas y en mis penas,
Mientras dure de mis venas
El latir.

III

Sombra de mi día,
Nube de mi sol:

Era una esperanza,
Corrí de ella en pos,
Y al ir á gozarla,
Humo se volvió,
Cual sombra en el día,
Cual nube en el sol.

Sombra de mi vida,
Nube de mi sol;
Figura velada
De triste crespón;
Malhechora maga,
¿Por qué oscureció
Tu sombra mi día,
Tu nube mi sol?

Sombra de mi día,
Nube de mi sol;
Imagen que pasas
Diciéndome adios;
¿Por qué despiadada
Tu aliento sembró
De sombras mi día,
De nubes mi sol?

Sombra de mi vida,
Nube de mi sol;
Tormento de un alma
Nacida al dolor,
Eres mi esperanza
Que se deshojó;

La sombra en mi día,
La nube en mi sol.

Sombra de mi vida,
Nube de mi sol;
Funesta te agrandas
A esta hora en que Dios
Envuelve en la nada
La luz que pasó,
En sombras el día
Y en nubes el sol.

IV

Algo de nuestro ser se lleva el día
Al sepultarse en la región umbría
De occidente;
Los ojos melancólicos bajamos,
Y visiones dulcísimas creamos
En la mente.

Flores hay vergonzosas en la tierra
Cuyo cáliz al alba ya se cierra;
Mas, ansiosas,
En el misterio de la noche beben
Gotas de amor que de las sombras llueven
Voluptuosas.

Así también en su pudor nuestra alma,
El loco vuelo de sus sueños calma
Con el día,

Y á divagar de nuevo se abandona
Cuando al mundo enlutado no corona
La alegría.

Mística entonces se levanta en ella,
Como el trémulo rayo de una estrella
En el cielo,
Una imagen querida, no olvidada,
Que entre sombras de amor vive guardada
Por consuelo.

1844.

A UNA PLAYA HOSPITALARIA

Oigo del mar la voz tempestuosa,
Y el corazón me late con dolor:
No es miedo vil lo que me aflije el pecho,
Sino un fatal y doloroso «adios».

Adios te doy, suelo extranjero, en donde
Puse distraído, indiferente, el pie;
Donde ora dejo la mitad del alma,
Y en donde amé por la postrera vez.

Pongo mi labio en tu arenal ardiente,
Suelo, te abrazo y lloro sobre tí,
Porque las huellas de su planta leve
Ella estampó para mi gloria aquí.

Decirte adios, es apartarme de ella,
De ella la luz, la vida de mi ser,
La armonía más íntima de mi alma,
La ilusión más dorada que formé.

Guardamela; sobre sus bellos ojos
Jamás un grano de tu arena dé,
Ni el abrasado sol de tus veranos
Altere su hechicera palidez.

Mándala, sí, tus auras perfumadas
Con purísima esencia de azahar,
Y en la graciosa taza de sus labios
Depon la almíbar que tus bosques dan.

Brille tu cielo despejado ante ella,
Y entre celajes de oro aduerme al sol,
Para que viva en paz todos los días,
Y el rayo no la asuste el corazón.

Yo te lo pido, ablándete mi llanto.
¡Ah! si insensible me dijeras, no!
Levantando los ojos á otro mundo
Lo que te pido á tí pidiera á Dios.

Él la conoce, es su mejor hechura;
Quiso con ella su poder mostrar:
Y la hizo á semejanza de los seres
Que entre las nubes de su gloria están.

¡Ah! porque era perfecta no fué mía!
¡La conocí para decirla adios!
Para amarla en secreto eternamente,
Y enlutar para siempre el corazón.

RICARDO GUTIÉRREZ

EL HIJO DEL SOL *

(IMITACIÓN DEL ESTILO DE OSSIAN)

AL SEÑOR DON LUIS L. DOMINGUEZ, EN MUESTRA DE RESPETO Y GRATITUD

I

¡Grandes son las hazañas
Del altivo guerrero
De la pasada edad! ¡Cual las montañas
Que al cielo alzan la frente encanecida
En el desierto campo en que altanero
Cayó el héroe sin vida,
Como en la niebla el sol, su eterna fama
El torbellino vence de los siglos!
Su nombre esclarecido,
Como el astro inmortal recorre el mundo
En los cantos del bardo:
Con respeto profundo

* «El Orden», Noviembre 30 de 1856.

Le escucha el joven, y en su pecho siente
De valor y esperanza estremecido
El corazón ardiente,
¡Porque el eco lejano
Finje con él de su futura gloria;
Y al recordar del héroe la memoria,
Una lágrima suelta
De sus enjutos ojos el anciano!...
La raza de tus hijos
Ya no existe ¡oh Capac! El tiempo alado,
Una edad y otra edad llevó en su vuelo,
Y enmudecido el suelo,
El golpe de su planta espera en vano!
Lánguida brisa errante
Las llanuras de Cuzco,
De Ambato y Tambo y de Puná corriendo,
Ya no lleva en sus alas sollozante,
Como en días de lágrimas ó gloria,
El prolongado estruendo
Del aureo escudo herido,
Ni el guerrero alarido,
Ni el canto abrasador de la victoria.
El padre Sol, la enrojecida frente
Mil de veces hundió tras de la cima
Del monte Chimborazo;
Mil de veces después; ¡silencio mudo!
Corrió el tiempo inclemente;
¡Ya no vió levantarse un solo día
La lanza reluciente
Que de su hijo en el robusto brazo

Su eterno rayo engendrador partía!...
Grandes son las hazañas
Del valiente guerrero,
Rayo de las edades que pasaron;
Los siglos que vinieron
El rumor de sus nombres escucharon;
¡Solo el rumor! los hijos de la guerra
Duermen en las entrañas de la tierra.

II

¿Por qué la sombra del dolor anubla
Del poderoso la soberbia frente?
¿Por qué sus ojos enrojece el llanto?
¡Oh! ¿gastará el valiente
La fuerza de su brazo
Con la lágrima vil del inocente
Que llora de la madre en el regazo?
Miró á su pie tendida
La lanza que empuñaron sus mayores,
Como soberbio pino corpulento
Que abatió en sus furores
De las montañas el nocturno viento
Al verde musgo inclina
La orgullosa cabeza
Que plateó la nieve de los años
Sin helar el valor y la altiveza
Que entre su seno ahogaron
La tromba del dolor y la tristeza.
Muchos son los guerreros

Que en la falda del monte
Se alzan á su alredor, fuerte en su brazo,
Formidable en su porte;
Pero todos enclavan
Los inmóviles ojos en sus ojos.
Reina el silencio frío:
¡Oid! del arpa en tanto
Gime la voz; sombrío
Alza el bardo su canto.
Su eco melancólico y tremendo,
El ronco son figura
Del torrente sonoro,
Cuando ya el ala de la noche oscura,
La cima de los Andes envolviendo,
Se cierne en la llanura
Inmensa de Atacama,
Y el pavoroso estruendo
Como un mar por los aires se derrama,
¡Oid! este es su canto.
El rayo de la muerte
Arde, como el volcán de sus montañas,
En la torba mirada del guerrero;
Pero su brazo fuerte
Que grabó en mil escudos sus hazañas,
Con rudo golpe fiero,
Débil hoy como el junco de los mares,
Puede en su palma sostener apenas
La frente que agobiaron los pesares.
Plácele el dolorido
Viento suave que en redor suspira,

Triste como su alma;
El salvaje alarido
Y el confuso rumor de la batalla
Ya no halagan su seno
Que alza el suspiro de su angustia lleno.
¿La noche tenebrosa
Ha cubierto del sol los resplandores?
¡Capac! ¡ahoga el valiente,
La voz de sus dolores,
De la enemiga sangre en el torrente!
¡Capac, hijo del sol! ruja tu acento
Como una tempestad, álzate, ¡oh inca!
Fuerte como el sombrío Chimborazo:
El cóndor altanero
No es más veloz que tú, pero tu brazo,
Que grabó en mil escudos tus hazañas
Con rudo golpe fiero,
Débil hoy como el junco de los mares
Puede con su palma sostener apenas
La frente que agobiaron los pesares.
Dijo; á su voz se estremeció el anciano,
Y con todo el furor de la venganza,
En la trémula mano
Se alzó vibrando la irritada lanza.
Como el rayo del cielo
Su mirada brilló; bajo su planta
Tembló agitado el suelo.
¿Gozas ¡ay! en herir mi alma triste,
Oh rey del suave canto?
Caer de mis ojos viste

Una gota de llanto;
Pero la ronca tempestad que brama
Y el monte y valle atruena,
Lágrimas de furor también derrama.
Oye ¡oh bardo! mi pena.
¡Estranjero en la tierra de sus padres
Es ya el hijo del sol! El musgo crece,
Como en roca desierta,
En el palacio de su Dios, sombrío;
Sobre el cielo se mece
La muerte macilenta;
Y cual la nieve del invierno frío,
Los restos insepultos del peruano
Platean monte y llano.
¿Porqué la virgen de elevado seno,
De los hijos del mar cautiva llora?
¿No ves? El extrangero
En nuestra tierra mísera ha caído
Cual torrente de lava abrasadora;
El sol ha abandonado
A su pueblo escogido,
Y su raza maldita,
Huyendo como el llama de los montes
Va de su hogar proscrita!...
¿Donde estás ¡oh Sahira!
Como rayo nocturno
Es de tu voz suäve la dulzura;
Son dos astros del cielo
Tus ojos tristes, y tu alma pura
Como la luz del sol; pero tu acento,

¡Oh lejana cautiva!
Ya no puede calmar la ruda pena
De tu padre abatido.
El alma tengo de tu imagen, llena,
¿No volaré hasta tí?...¡Oh bardo! siento
El furor renacer de la venganza;
Mi poderosa lanza
Que siembra en los combates negra muerte,
Jamás tembló; y el arco
En vuestro brazo fuerte
Es, ¡oh héroes! un rayo de la nube.
¿Cual de vosotros seguirá mi planta?
Todos están á su alredor. El inca
Rápido y magestuoso se adelanta,
Como la inmensa tromba que antecede
A la ruda tormenta;
Su pisada en el hórrido silencio
De los campos resuena:
Sigue el rey de los montes
Semejante...¡oh Capac! ¿á qué tu orgullo,
Tu valor y arrogancia
Podría comparar? ¡ah! ¿por ventura
¡Oh hijo de la guerra!
Tienes acaso igual sobre la tierra?

III

La roja luz del día
Llega con la pisada del guerrero
A la llanura del Yncay; en torno

Calla el silencio de la noche umbría,
¿Duerme acaso en el musgo el extranjero?
Como un bosque sin fin se alza doquiera,
Desde la fuente al pie, siniestro brillo
Su bruñida armadura reverbera:
El soberbio caudillo
De en medio de sus héroes se levanta,
Como el pilar del Cuzco,
Cuando sobre él con toda
La fuerza de su rayo el sol descansa.
Capac le vé, sus ojos
Con dos centellas de furor brillaron;
Tembló en su diestra la flexible lanza,
Y su tostada frente los enojos
Con ruda tempestad encapotaron.
—¿Me arrojaré, se dijo,
A detener en su veloz carrera
Al torrente sonoro?
Sí; sea para el hijo
De la nave extranjera,
La tierra en que buscaba su tesoro
Tumba de su altivez; te sigue el fuerte,
¡Oh rayo de la muerte!...
Pero por tí, en el seno
Me tiembla el corazón dulce Sahira,
¿Vives aún, luciente astro sereno
En la noche de calma;
O del palacio de tu padre entorno
Triste como él suspira
Vagorosa tu alma?

¿ Vive el recuerdo acaso en tu memoria
De tu padre proscrito?
En sus días de gloria
Regalaba á mi oído, placentera;
Mil de veces tu voz, palabras dulces
Como el rayo furtivo
Del joven de la rubia cabellera. (1)
¿ Podré llevar sobre mi aguda lanza
Al enemigo suelo
Toda la destrucción de la venganza,
Cuando moras en él luz de consuelo?
No, porque el bardo de la edad futura
Dirá: manchó el valiente
De su arma el brillo,
Con la sangre inocente
De la triste hermosura.
Levanta ¡oh Nubo! de la paz el canto;
Acércate al caudillo;
Si desoye la voz de mi ternura,
Caeré sobre él con todos mis guerreros,
Como la tempestad de noche oscura.
Nubo llegó, y el arco
Arrojando á su planta,
Alzó el himno de paz. Rey de las olas,
¿ Ves la nube sombría
Que mancha el sol al suspirar el día?
Así la sombra triste
De la callada soledad, la frente

* Daban este nombre los peruanos al planeta Venus.

Del poderoso viste.
Su estrella de consuelo
Te baña con su luz. Rey de los mares,
Vuelve á Sahira á su perdido cielo:
¡Ah! de su padre anciano
¡Cuantos son los pesares!...
¿Sonará el himno de la paz en vano?
El oro en nuestras grutas resplandece
Como el rayo de noche tenebrosa.
Mucho es el oro que Capac te ofrece:
¿Quieres volver al triste su alegría?
¿No ves la opaca nube borrascosa
Que oculta el sol al suspirar el día?
—Llega y escucha, respondió el guerrero,
Con la voz de su orgullo:
Gime aún en mi alma el lastimero
Suspiro del valiente
Que á los golpes cayó de vuestra lanza,
Cuando con fé inocente
La palabra de paz llevó al caudillo
Y su crueldad en él hartó el peruano.
Mas no me agita de tu oro el brillo,
Ni me mueve la voz de la venganza:
Toma, lleva la hija al padre anciano.
Dijo asi el extranjero,
Y alzando el brazo fuerte
Le hundió en el pecho el formidable acero.
Como el llama salvaje
Que de la frente al pié del pardo monte
El flamígero rayo precipita,
Nubo murió y cayó; pero su muerte
Fué el pavoroso grito de la guerra.
El escudo sonante

Batió Capac; sus héroes se arrojaron
Rápidos como el cóndor de los Andes;
Alzose el hijo de lejana tierra:
Las huestes se inclinaron,
Y como dos opuestos torbellinos,
Con espantoso empuje se chocaron.
Crujió la herida malla,
Silvó la alada flecha,
Y el confuso rumor de la batalla
Tronó en el llano y ocupó la esfera.
Mil soldados cayeron
Como niebla en el mar; cedió el caudillo;
Los golpes de Capac prevalecieron:
Mas ¿qué triste gemido
Penetrando el horror lánguido suena
Y oprime el pecho que de angustia llena?
Al rudo tronco asidas
Las manos temblorosas,
Bello en la muerte el pálido semblante,
Desnudo y palpitante
El seno que rompieron las heridas
De la extranjera flecha que colgaba,
Y en sus ojos dos lágrimas hermosas,
Triste como el silencio de la noche,
Al espirar Sahira
Honda queja lanzaba,
Cuando Capac el grito de victoria
Con el escudo de su padre alzaba.
Oyó, miró y cayó. Cayó el anciano
con el dolor inmenso,
Cual rota nube; el extranjero insano
Le rodeó; mil espadas
Rompieron ¡ay! su encanecida frente;

Enrojeció su sangre el verde suelo:
¡Cayó, cayó el valiente
Como en la tempestad el sol del cielo!
Vino la noche y ocultó la huida
Del herido peruano;
Reinó el silencio; solo
En el distante albergue de la roca,
Con lúgubre y oscura melodía,
Turbando la quietud y calma inerte,
Sonó el himno de muerte.
La noche tenebrosa
Ha cubierto del sol los resplandores.
¿Donde ¡oh Capac! tu sombra silenciosa
Aplaca tus furores?
Tu diestra poderosa
Sembró con golpe fuerte
En las batallas el estrago y muerte,
Pero también caiste
Sobre el campo sangriento,
Como un astro sin luz, pálido y triste.
¡Hijo del sol, tu fama
Es sempiterna ya! Si en los palacios (1)
De tu padre redoblas su alegría,
¿Llegará acaso el día
Que golpees con planta vigorosa
La tierra que pisaron tus mayores?...
¡La noche tenebrosa
Ha cubierto del sol los resplandores!

---

(1) Creían los peruanos, que cuando algún Inca se moría era por que el sol le llamaba á regocijarse en su esfera, para volver después de un tiempo indeterminado con más esplendor á la tierra de sus padres.

LÁZARO

DEDICATORIA

Cuando en la noche de sombría calma
Me despierta el sollozo en mi quebranto,
Mi arpa pulso, y á su acorde canto
Para engañar la soledad del alma.

Temo que en mi vigilia hasta la aurora
Me arrastre la aflixión á la locura,
Si hundido en el recuerdo y la amargura
Me abandono al pesar que me devora.

Así fué que arrullando mi memoria
Con la voz de mis cantos fugitivos,
Llené para tus ojos pensativos
Las páginas sombrías de esta historia.

¡Oh! para tí, no más! Por eso en ella
El pesar de mi alma se ha volcado.
La desesperación que la ha cruzado
Con tan rasgada y dolorosa huella,

Aquel profundo hastío de la vida
Que todo el cielo á oscurecer alcanza,
Cuando por fin la última esperanza
Se desprende del alma estremecida,

Aquel inconmovible abatimiento
Que pesa sobre el alma como un mundo,
Aquel salvaje vértigo profundo
Que envuelve la razón y el sentimiento:

¡Oh! la desgracia de la vida entera
Que cruza el corazón como una espada;
El corazón misántropo, que nada
Busca en el mundo ni del mundo espera:

¡Nada! vuelve tus ojos á las huellas
Que parten á la gloria y la fortuna,
Y no hallarás perdida entre ninguna
La estampa de mis pies cruzando en ellas

¡Nada!—que yo no encuentro sensaciones
Donde los otros en su afán se agitan,
Donde las fuerzas de su alma exitan
Buscando desengaños ó ilusiones.

Yo no parto su gloria, su riqueza,
Su dicha, sus pesares, ni su hastío,
A cambio solamente de que el mío
No vengan á turbar con su franqueza.

Nunca habrás visto blanquear mi frente
Cuando tus ojos con afán vagaron,
Y de estremo en estremo la buscaron
Entre las oleadas de la gente.

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
Sin misión sobre el mundo en mi caída;
Solo, con la desgracia de la vida,
Entre mi propio corazón me encierro,

Ya ves entonces que el afán de gloria
No ha llenado mi libro con mi canto,

Que es ya en el mundo, para mí, su encanto—,
Como un girón de miserable escoria.

Canto, porque en mis noches de desvelo
Se engañan mi recuerdo y mi amargura;
Para robar mi alma á la locura
Que se agita en el fondo de mi duelo.

Canto, para que sepas que en mi frente
No se rebulle el alma de un idiota,
Aunque vencida y agoviada y rota
Se abisma en su ansiedad tan hondamente.

Canto, para enseñarte que en la tierra
Crecen dolores que el amor no calma,
Por más que en ese amor que arrulla el alma
Su única ambición el alma encierra.

¿Y no penetras la mortal congoja
Que tu recuerdo mismo me envenena,
Y vertiendo el horror de que está llena
Verso por verso vá y hoja por hoja?

¡El peso de un fatal remordimiento!
—Esta espantosa llaga de la vida
Que en lo más hondo de mi ser caída,
Hace de mi conciencia su alimento—

Nada ya de mi espíritu agitado
Disipará esta sombra de la muerte:
¡El golpe irremediable de la suerte,
Que me apartó por siempre de tu lado!

Deja entonces que huya de mi mismo,
Para arrancarme del pesar eterno:
El más cruel demonio del infierno
Vive de mi memoria en el abismo.

¡Deja que cante! Si nací poeta,
Arrullaré tu sueño desolado;
Guarda esas tristes flores que he arrancado
Del roto corazón, grieta por grieta.

Y vale más que en mi dolor profundo
Pueda mecer mi pena el canto mío,
¡Ah! que sino, para engañar mi hastío,
¡Qué me dá ya sin tu recuerdo el mundo!

CANTO PRIMERO

I

Del noble Roca en la morada suena
El magnífico estruendo del festín;
La noche de su júbilo es serena
Con la diáfana luna en el cenit.

Música alegre de incesante danza
Del castillo en redor el aire hiende,
Sobre el campo sin término se lanza
Y en vibradoras ráfagas se estiende.

Despierta entre las selvas sorprendido
El éco de la virgen soledad,
Y el fragor del insólito estallido
De bosque en bosque remedando va.

El ave que arrullaba adormecida
Del viento entre los árboles la queja,
Se atropella en las ramas aturdida
Y el grato abrigo de las hojas deja.

Ladra el mastín errante en la espesura,
Y espantados los potros de tropel
Huyen estremeciendo la llanura
Bajo el sonoro golpe de su pie.

Y en la estancia feliz del poderoso
Todo á la vida despertar se siente,
Sin que del alba el resplandor dudoso
Colore aún la franja del oriente.

Plácele la quietud de la campaña,
Y habita la suntuosa propiedad
Sobre los campos vírgenes que baña
El riego del salvaje Paraná.

Mas hoy las glorias de su rey adula,
Rey que pisa en dos mundos soberano,
Porque el lábaro audáz de España ondula
Bajo el hermoso cielo americano.

Por eso el ruido del festín aplaza
La severa quietud de su mansión,
Que con toda la pompa de su raza
A los señores del hogar abrió.

II

Se alza el castillo de soberbia cumbre,
En medio de la espléndida cuchilla,
Y colgado de antorchas, á su lumbre
Como un palacio de luceros brilla.

La prez de la hermosura y la nobleza
Baila y se agita en las crugientes salas,
Que el impávido orgullo y la riqueza
Visten allí con asombrosas galas.

Mujeres de fantástica hermosura,
Como la mariposa reluciendo,
En torno giran de la lumbre pura,
El suelo apenas con la planta hiriendo.

Hombres de aristocrático linaje,
Girasoles idólatras de ellas,
Engalanados con vistoso traje,
Siguen el laberinto de sus huellas.

Cruzan en encontrado remolino
Pages en lo interior, y servidores,
Y de pié y deslumbrado el campesino
Se agrupa en los inmensos corredores.

Luces, colores, brillos y reflejos,
Roce de voluptuosa sedería,
Tapices de oro y tul, muros de espejos,
Aromas de suavísima ambrosía;

El éco de la risa y el murmullo
Del habla, de la música el estruendo,
Del aire hendido el tembloroso arrullo,
El vaivén de las ropas sacudiendo;

El prolongado son y el incesante
Choque de la gentil cristalería;
Del repentino brindis la ondulante
Ráfaga de frenética alegría:

Todo en extraña confusión asombra
Saltando á los sentidos de repente,
Como de un sueño mágico la sombra
Que vé en conjunto al despertar la mente;

Todo en febril animación se mira,
Cuadro que nunca á compendiar se alcanza,

Y que en redor como encantado gira
En el vértigo insomne de la danza.

Del noble Roca en la morada suena
El mágico estrüendo del festín;
La noche de su júbilo es serena
Con la diáfana luna en el cenit.

III

¿Quién es el que impasible y recostado
Contra el pilar del ángulo sombrío,
No toma parte en el festín brindado,
Ni se mezcla á la turba del gentío?
Solo y distante, mudo y concentrado,
De allí contempla, impenetrable y frío,
El voluptuoso círculo de vida
Que en placer rueda y al placer convida.

Es arrogante y varonil su traza
En la movilidad de su apostura;
La raza de los nobles no es su raza,
Pero es noble y gallarda su figura;
Porte, que no envilece ni disfraza
La rara y desenvuelta vestidura
Que lleva con descuido soberano
El intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó á la frente
Nublando de las luces el destello,
Y en redor de la barba que naciente
Sombrea apenas el altivo cuello,
Reposa sobre el hombro negligente
En separados rizos su cabello
Que encierra en blondo círculo ondeante
El óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
Los pliegues de su ancha camiseta,
El *tirador*, que envuelve la cintura,
Sobre cada puntada una peseta.
Y el puñal de luciente engastadura,
De la mano al alcance, atrás sujeta,
Que sobre el talle con desdén cruzado
Asoma de un costado á otro costado.

La manta de vicuña recojida
Bajo aquel aro de cambiante brillo,
Del chiripá en los pliegues compartida
Se envuelve en el cribado calzoncillo:
El poncho leve que arrolló y descuida
Cuelga en la empuñadura del cuchillo,
Y en los caireles de su fleco suena
La estrella de la hermosa *nazarena*.

No es el gaucho insolente de la pampa
Que de la noble sociedad se aleja,
Y donde el rastro de su potro estampa
Si no deja rencor desprecio deja;
No es el rudo, salvaje que se *empampa*
Ante las maravillas que refleja
De golpe el cuadro que asombró su mente,
Y esclava allí del esplendor la siente.

No; lleva él las prendas de aquel traje
Que destaca del muro sus colores,
Con toda la arrogancia del salvaje,
Y aquella majestad de los señores;
Y es único padrón de su linaje
El sello de los seres superiores,
Que en el primer relámpago adivina
El ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
Hay la intensa quietud de un pensamiento,

Hondo como el desmayo del hastío,
Fijo como fatal remordimiento:
Rastro indeleble del afán impío
O del triste y profundo sentimiento,
Que en mansa paz ó en tenebrosa calma
Habita lo más íntimo de su alma.

IV

El espíritu del hombre
Su tierra natal refleja;
Cada rasgo de su índole
Un perfil retrata de ella.
Bajo un cielo transparente
De suavísima belleza,
Donde la noche sublime
Tiende su manto de estrellas;
Sobre una planicie virgen,
Siempre verde, siempre inmensa,
Siempre inmóvil y desnuda,
Siempre callada y desierta;
Entre un aire que perfuma
La primitiva pureza,
Y templa el plácido rayo
De inmutable primavera;
Sin más Dios y sin más ley]
Que su albedrío y su fuerza,
Sin más tesoro visible
Que su caballo y sus prendas:
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura eterna,
Errante, solo y sombrío,
El gaucho su vida lleva.

Siempre el desierto á sus ojos
Su plan infinito muestra,
Donde el ombú solitario

Se empina de legua en legua;
Siempre aquel mismo horizonte
Donde el sol tan solo llega;
Siempre el mismo panorama
De adormecida belleza;
Siempre aquella inmensidad,
Cielo, cielo, tierra, tierra:
Inmensidad que dilata
El corazón que serena,
Y en cada respiro el aire
Le trasmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
Que su espíritu refleja
Cuando con la luz del alba
Como el pájaro despierta,
Y al galope del caballo
Las llanuras atraviesa,
Al compás de las pisadas
Cantando amorosa décima.

Aquella es la impresión última
De la silenciosa vuelta,
Cuando el fúnebre crepúsculo
De la tarde le rodea,
Y ya cediendo al suave
Cansancio de su faena,
Y al desmayo misterioso
Que el sol al hundirse deja,
Torna callado y tranquilo,
Mas sensible el alma lleva,
Concentrada en el abismo
De su memoria secreta,
O el cuadro de la mañana
Mirando con gracia nueva
Cernido en la media lumbre
Del día y de las estrellas.

Así respira su alma
La misteriosa tristeza
Que está esparcida en el aire
Y está arraigada en la tierra;
La soledad y el silencio
De pensamiento la llenan,
Y concentrada en si misma
Su mundo incrusta y refleja.
Mundo de pasiones vírgenes,
Como la naturaleza,
Que en el corazón palpita
Bajo esa calma sin tregua;
Mundo de nobles instintos
Que el sentimiento gobierna,
Porque es sentimiento todo
Cuanto el corazón encierra;
Sentimiento que en lo íntimo
De la vida se aposenta,
Y que el pensamiento educa
Y agranda y ahonda en ella.
Por eso en sus horas tristes
Cada gaucho es un poeta,
Poeta que canta trovas
De misteriosa cadencia
En las que lleva una lágrima
Cada pie de cada décima,
Sin más arte que su alma
Que en la soledad le enseña
A sentir lo que retrate
Y á retratar lo que sienta;
Arte que escribió con llanto
Las trovas de Santos Vega.

Espíritu concentrado
De estraña naturaleza,
Con la malicia del mundo
En su salvaje inocencia,
Porque da la inspiración

La llave del alma ajena.
Espíritu que se basta
Fiado en su sola fuerza,
En el dolor y en la dicha,
En la calma y la tormenta.
Corazón valiente y noble,
Ni provoca ni tolera,
Que en sí á respetar aprende
El valor y la nobleza.
Impenetrable y callado,
Doquier estampa su huella,
Voluntad y sentimiento
Su extraño porte refleja,
Porque en la expresión sombría
De su semblante les lleva:
Rastro de un alma profunda
Que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
Lanzada en la noble senda,
Y en la pendiente del crimen
Sabe de hierro volverla,
Que la pasión que la absorbe
Se extiende y confunde en ella
Como en su pampa salvaje
La sombra de la tormenta.

Ese es el gaucho de raza
Que las soledades puebla,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura inmensa.
Ese es el ser misterioso
Que aislado y mudo contempla
En el palacio de Roca
La agitación de la fiesta.
El corazón de aquel hombre
Una tempestad encierra,
Pero ¿qué espíritu alcanza
Al fondo del alma agena?

Una misma es la sonrisa
Que imprimen todas las penas,
Y siempre á través del velo
De amargura que hay en ella,
El ojo audaz que á estudiarla
Adelanta más de cerca
Tan solo una maldición
A medio formarse encuentra.

V

El está allí contra el pilar desierto,
Aunque toca á su término la fiesta,
Que ya del alba el resplandor incierto
Colora de los álamos la cresta.

Y bajo aquella impenetrable calma,
Tras la muda expresión de aquel semblante,
Hunde á un infierno de ansiedad su alma,
La desesperación de cada instante.

Infierno que en el fondo de su vida
Como la lava del volcán se encierra,
Y solo su ceniza entibiecida
Lanza á la superficie de la tierra.

Rastro que apenas el dolor creciente
Deja en la palidez de la mejilla,
En el ceño convulso de la frente,
O en la luz muerta que en los ojos brilla.

Y ni un suspiro allí, ni un movimiento
Le arranca en su quietud meditadora
A ese cáncer del alma, el pensamiento,
Que cráneo seca y corazón devora.

Que aquella paz que en la ansiedad le alienta
Es el dominio de las almas grandes,
Que saben reposar en la tormenta
Como el altivo cóndor de los Andes.

Fuerza de voluntad que solamente
Doblega el alma á su poder rendida
¡Ay! cuando al fin el corazón ardiente
Se ha roto en los escollos de la vida.

Cuando reconcentrado en su ostracismo
Medita el mundo y su vileza alcanza,
Y esconde de los otros, en sí mismo,
Su desesperación ó su esperanza.

¡Ah! la incurable y dolorosa herida
Que han abierto los hombres en su seno,
Le enseñó en el desierto de su vida
A comprender el corazón ajeno.

Que ellos sobre su espíritu acinaron
La impiedad, el oprobio y el ultraje,
Y un ser nacido para el bien, trocaron
En un triste misántropo salvaje.

VI

Él, al nacer, del alma en lo profundo,
Trajo la inspiración de la pureza,
Sello que imprime el Hacedor del mundo
En toda creación de su grandeza.

Y al impulso frenético impelido
De la inexperta juventud ardiente,
De fe y nobleza el corazón henchido,
Tomó el mundo por suyo, el inocente.

Y un hombre halló en sí mismo, que los hombres
Como él á ellos respetar debían,
Y soñó que las glorias de los nombres
Por las prendas del alma se medían.

Y en cualquier circunstancia en que la suerte
Arrojó á su camino un ser humano,
Ni al débil oprimió, ni cedió al fuerte,
Que en todo semejante vió á un hermano.

¡Pero era ilusión! que todo era
De su infantil candor hermoso engaño,
Y cogió en paga de su acción primera
Premio de ingratitud y desengaño.

El no era igual; que la nobleza solo
No da valor al alma bajo el cielo;
Ni la rara virtud que la acrisola
Hace ley de igualdad aquí en el suelo.

No; sobre el mundo, el que robó más oro
Mejor escudo de nobleza alcanza;
Quien pone en la balanza su tesoro
Inclina de su lado la balanza.

Él sirvió al hombre, y cuando al hombre un día
Llegó como un igual, fué escarnecido
Por muro de insalvable altanería
Se halló entre los esclavos confundido;

El furor, la insolencia y la amenaza
En el ceño encontró de los señores:
Porque era un gaucho de salvaje raza,
Sin herencia de oro ni de honores.

Y él, que su noble espíritu sentía
Libre como los vientos del desierto,

Vió que hasta entonces el orgullo había
Con desprecio su afán forzado y muerto.

Su afán, que alzaba una sonrisa, y era
Del insolente orgullo la alabanza,
Era el ceño del amo, que se altera
Cuando homenaje de su siervo alcanza.

Entonces fué cuando absorbió su alma
Esa desolación de la tristeza,
Presagio mudo de abatida calma
Con que la ruda tempestad empieza.

Pálida y triste y árida y oscura,
La tierra halló que á los demás reía;
Él, la dicha del mundo y la hermosura
Al través de una lágrima veía.

Lágrima que en sus órbitas temblaba,
La luz del sol á su través nublado;
Tromba del corazón que se avanzaba,
El cielo de su vida sombreando.

Solo y callado entonces, y abatido,
Reconcentró en su angustia su existencia,
Que él se halló entre los hombres maldecido,
Y huyó la humillación de su insolencia.

En el desierto y soledad, sustento
Dió á aquellas horas de animada muerte,
Y en la cárcel del alma el sentimiento
Rompió con llanto que culpó á la suerte.

¿La suerte? no. Los que su alma hirieron,
Los que su corazón emponzoñaron,
Los que como á un reptil le escarnecieron,
Los que como á un leproso le arrojaron;

Eran hombres no más, seres mortales,
Que hallaba de su vida en el camino,
Déspotas sin piedad de sus iguales
Que se alzaban entre él y su destino.

Satélites de un rey aventurero
Que unció un mundo á su cetro con cadenas,
De un rey vampiro, avaro y extranjero
Que se hartó con la sangre de sus venas.

¡Extranjeros también, y dominaban,
Donde á él la luz le amaneció del día,
Y de su misma tierra le arrojaban,
Y proscrito en su tierra se veía!

¡Basta! que ahogó sus lágrimas de niño
Sonriendo el gaucho que nació salvaje;
Y la piedad que en él abrió el cariño
En odio inmenso convirtió el ultraje.

Odio que no se exhala en maldiciones
Ni en terribles miradas se divisa,
No da soberbio orgullo á las acciones
Ni en el sarcasmo va de una sonrisa.

Odio que llena el corazón demente
Y nunca en vano á traslucirse alcanza;
Que solo salta á ennegrecer la frente
En el día sin sol de la venganza.

Día que entre las brumas del futuro
Soñó surjir su espíritu sereno,
Y al alcanzar su luz durmió seguro
Y guardó su furor entre su seno.

¡Oh! y es aquella la funesta calma
Con que ha lanzado en el festín sus ojos,

Sin nada al parecer que allí en su alma
Alce la tempestad de sus enojos.

VII

Miraba sin cesar, pero caído
En la enagenación del pensamiento,
Como reconcentrado y absorbido
En fijo y doloroso sentimiento.

Vibración de su alma que no era
El sofocado encono de la envidia,
Ni el goce inquieto de intención rastrera
Que adelanta impaciente la perfidia.

Ni el desconsuelo del dolor presente
Que en la impotencia su desquite alcanza,
Y á tiro fijo de la mano siente
La codiciada presa de venganza.

No; ni al palacio fué de los señores
Aquella noche del festín buscando
Despertar en sus pechos sus rencores,
Que estaba entre ellos su dolor llorando.

No; la crueldad del corazón ajeno
Y el golpe de su propia desventura,
Dejaron sin romper entre su seno
Una fibra sensible á la ternura.

Fibra que el alma en la impiedad sofrena
Y con el mundo á reanudarla alcanza,
Mientras en el infierno de la pena
Vive aún sollozando la esperanza.

Fuerza que hasta el palacio aborrecido
Su pisada soberbia conducía,

Y presa allí de afán desconocido,
Toda el alma en sus ojos recogía.

Toda, para buscar con su mirada
El bien soñado de su mente loca,
La realidad de su ilusión dorada
Que halló en la hija del altivo Roca.

¡Oh! y al verla cruzar, se ha extremecido
Como un cristal al retumbar del trueno,
Y helado el corazón y suspendido
Siente desfallecer entre su seno.

Rápido y nebuloso torbellino
Como el embate de encontrados vientos
Con salvaje vigor y en remolino
Arranca de tropel sus sentimientos:

El concetrado amor que para ella
Creció en las horas de pesar, en calma,
Último resplandor con que su estrella
Mantenía un crepúsculo en su alma;

El odio mudo del furor oculto
Que la presencia redoblar hacía
De aquellos que al desprecio y al insulto
Encadenaron su existencia un día;

La fija y melancólica amargura
Del que vencido en el dolor se siente,
Y en toda su extensión su desventura
Ya en su conciencia sondeó la mente; —

La angustia, en fin, del que en su propio pecho,
Sobra de alma y corazón encierra,
Y siente su derecho, y su derecho
Desconocido ve sobre la tierra;—

Y aunque entre hombres como él se halla,
Se mira por los hombres arrojado,
Y á la maldita esfera del canalla
Por su orgullosa voluntad lanzado;—

Y él, que heredó en su pampa un mundo entero,
Se encuentra sobre el mundo sin guarida,
Que es en su misma patria un extranjero,
Y de extranjero rey sierva es su vida;

Y mira en los festines de un magnate,
Compartiendo su encanto y su ventura
¡Oh! también la mujer para quien late
Su corazón con íntima dulzura.

¡Ay! aquella mujer, en los rigores
Y en el destierro del dolor amada,
Y que lejos de él, á los señores
Dirije sonriendo su mirada;—

Que ella quizá también bajo aquel traje
Con que en un día le encontró á su paso,
En él tan solo sospechó un salvaje,
Si su mirada en él detuvo, acaso;

¡Y ve que aun cuando imaginó sufrido
Del último pesar el golpe recio,
Faltaba por sufrir, y ve caído
!Ay, el golpe también de su desprecio!

Así su alma entonces sacudía
El choque de encontrados sentimientos,
Y en espirales ráfagas sentía
Vagar sus agitados pensamientos.

¡Así de su ansiedad la fuerza ruda
De golpe al corazón y á un tiempo lanza,
El odio y el amor, la fe y la duda,
La desesperación y la esperanza!

VIII

Él á la sombra del pilar esquiva
La luz de los brillantes reverberos.
Del alba aún la claridad furtiva
No apaga el resplandor de los luceros.

¿Qué luz entonces al cruzar refleja
Tan honda palidez sobre su frente?
No es luz, que es sangre, que su rostro deja
Cayendo al corazón como un torrente.

Relámpago fatal del sentimiento
Con que rompe el furor dentro del alma,
Y alumbra como hoguera el pensamiento,
Así formado con salvaje calma:

—Los que se llaman reyes y señores
Mi raza condenaron al dolor,
Para pasto, al nacer, de sus furores
También caí sobre la tierra yo.

Como si un monstruo maldecido fuera
Me acosan y desprecian sin piedad,
No tengo más guarida que la fiera
Que perseguida por los perros va.

La última esperanza de mi vida
Estaba en el amor de una mujer,
¡Oh! pero en esta hora maldecida
Me la arrebatan sin piedad también.

Porque á mirar mi raza la enseñaron
Como un objeto pavoroso y vil,
Sus ojos al mirarme se apartaron,
Y desprecio también encontré allí.

¡Basta! si un Dios se esconde tras del cielo,
También desde el nacer me abandonó;
Si no hay más dios que el hombre, sobre el suelo
Mi dios, yo mismo, y mi justicia soy.

Para sembrar la muerte y la venganza
En medio del estruendo del festín
¡Oh! si el puñal de Lázaro no alcanza,
De sobra á su alredor hará blandir.

Los que comparten mis amargas penas
Y sufren la vergüenza y el dolor,
¡Como trahilla de salvajes hienas
Caigan sobre el palacio del señor!—

Y él se destaca del pilar sombrío,
Como un fantasma de la noche, ausente,
Y con pasmosa agilidad y brío,
Salta sobre su potro febriciente.

Un instante, no más, y en el desierto
Como un meteoro romperá en su huída....
Pero un hombre hasta él con paso cierto
Avanza y toma á su corcel la brida.

¡Atrás, el insensato! mas ya siente
La punta del puñal en su garganta,
Y antes que el golpe amenazado asiente,
Su voz con una súplica adelanta:

—No hieras, Lázaro; para;
Que el tenerte no es agravio;
Las palabras de mi labio
Palabras amigas son:
Siervo soy del noble Roca,
¡Oh! no desprecies mi ruego,
Que aunque le invoco, no llego
En nombre de mi señor.

La súplica que me guía
Hasta cruzarme en tu senda,
No hay alma que no la atienda
Porque voz de un ángel es.
Cede, que no hay ser humano
Para quien su amor no sobre;
Para el rico, para el pobre,
Para el siervo y para el rey.

Para cumplir su deseo
No es mucho si á tí me avanzo,
Con él al infierno alcanzo
Sin fatiga ni temor;
Que aquel ángel bendecido
Que el labio sonriendo invoca,
Solo es, la hija de Roca,
El magnífico señor.

Plácela tu voz serena
Cuando en la noche de calma
Los pesares de tu alma
Con trovas llorando vas.
Al través de los señores
Sus tristes ojos te hallaron,
Y sus labios me mandaron
La súplica á tí llevar.

Antes que á la luz del día
Cese el festín del contento,
En él se escuche el acento
Del sombrío trovador:
Ven al palacio de Roca
Donde resuene tu canto,
Que ojos hay que amigo llanto
Derramen por tu dolor.—

IX

Lázaro oye esta voz; enmudecido
Abandona la brida del corcel,
Y en insondable reflexión caído
Del paje sigue el presuroso pie.

Como que le impulsara parecía
Fuerza de incontrastable voluntad,
Y el rastro como máquina seguía,
Tan olvidado de sí mismo ya.

Y va tras él, sin descubrir la frente,
Al centro del magnífco salón;
Preludia la guitarra tristemente,
Y al pecho arranca la inspirada voz:

TROVA

—El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarra,
Solloza en esta guitarra,
Y está llorando en mi acento.
Como es mi propio tormento,
Fuente de mi inspiración,
Cada pie de la canción
Lleva del alma un pedazo,
Y en cada nota que enlazo
Se me arranca el corazón.

Te ví, y aunque no sentiste,
En mi soledad te amé

Con esa profunda fé
Que hay solo en una alma triste;
Tú en un palacio naciste,
Yo en un desierto nací,
Y aunque en el alma sentí
Fuerzas para alzarme al cielo,
El hombre cortó mi vuelo
Y hasta el infierno caí.

La estrella de mi destino
No importa, un rayo lanzaba
Que á disipar alcanzaba
Las brumas de mi camino.
Ya ese rayo mortecino
Para siempre se apagó,
Y solo á alumbrar sirvió
Esta eterna noche impía,
Cuando en tu alma, la mía
También el desprecio halló.

Como fiera perseguida
Piso una senda de abrojos,
Sin sueño para mis ojos
Ni venda para mi herida;
Sin descanso ni guarida,
Ni esperanza ni piedad;
Y en fúnebre soledad
A mi dolor amarrado,
Voy á la muerte arrastrado
Por mi propia tempestad.

El cielo me ha maldecido,
El mundo me ha despreciado,
¿Dónde, sin verme acosado
Sentaré el pie dolorido?
No hay recuerdo, no hay olvido
Para engañar mi aflicción,
Solo hay desesperación

Para mí en el mundo ajeno...
¡Yo mismo huyo, de horror lleno,
De mi propio corazón!—

X

Con un sollozo terminó su canto
Y soltó la guitarra estremecida,
Alzó la frente de pesar rendida,
Y el primer paso describió su pie.
¿Por qué al partir inmóvil se detiene?
Nadie opone á su marcha sus enojos,
Y aunque todos en él fijan los ojos,
Nadie su voz ha dirigido á él.

¿Nadie? Cual si la fuerza la atrajese,
De aquella honda y fúnebre mirada,
Una mujer con trémula pisada
Se dirije hasta allí, donde él está;
Lleva una flor que levantó del suelo
Oprimida en la mano temblorosa,
Y en el pecho de Lázaro la posa
Con sencilla y serena majestad.

Y ella, la hija del altivo Roca,
La inocente y angélica Dolores,
Se alza de entre la rueda de señores
Y habla así al misterioso payador:
—Toma; guarda esta flor que de mi seno
Cayó con una gota de mi llanto,
Cuando el sollozo en que espiró tu canto
Mi alma conmovida estremeció.—

Y él guardó aquella flor. Todos, sus labios
También entonces agitarse vieron,
Pero si con palabras se movieron,

Ella sola, no más, las pudo oir.
Honda, honda mirada en la mirada
Dejó caer de la mujer querida,
Y sin bajar la frente á su partida,
Como una sombra se perdió de allí.

XI

Y corta los inmensos corredores,
Sin mostrar cortesía ni cautela,
Que ni aún por respeto á los señores
Empina la rodaja de la espuela.

Nadie tampoco recordarle osa
Que pisa en el palacio de un señor;
Le abre calle la turba silenciosa,
Y murmura de él cuando pasó.

Villano y pusilánime murmullo
Que no alcanza valor hasta su oído,
Pero no es desprecio ni es orgullo
Lo que imprime á su marcha su descuido.

No, que aquel porte de sombría calma
Solo el olvido de los otros es;
Solo el recogimiento de su alma
Que arrastra como máquina su pie.

Y salta en el caballo inteligente
Que modera el afán de su partida,
Porque sus flancos oprimir no siente
Ni levantar la abandonada brida.

Así, como tocado de idiotismo,
Lázaro inmóvil sin guiarle va,
Y lanzado del alma en el abismo
Que pisa el mundo se olvidó quizás.

Y entre la opaca niebla que el incierto
Calor levanta del naciente día,
Se interna á la ventura en el desierto
Donde el capricho del corcel le guía.

XII

Los que jamás lloraron
Flores del corazón que se cayeron;
Los que no maldigeron
Que aunque sobre la tierra se encontraron
Con alma solo de reptil nacieron,
Al través de la yerta
Bruma que te rodea en el camino,
No seguirán tu rastro, peregrino
De la pampa desierta,
Su mirada no avanza
Al fondo de tu alma combatida,
Y al verla como pasto repartida
Entre el amor y el ódio,
La desesperación y la esperanza,
Fantasma de mi sueño te creyeron,
Mal trazada y desforme,
Y de mi sueño informe
Con sarcástica burla se rieron.
Ellos que solo tienen
La cavidad de un cántaro en el alma,
Ni más fuego contienen
Que el fuego que da un fósforo encendido;
Ellos que en paz y calma
Su dicha y su dolor tienen medido,
Y con prolijidad y simetría
Llorando ó sonriendo los embocan,
Como en nichos separan y colocan
Sus efectos de tienda ó mercería;
Ellos que solamente se conmueven
Por quiebras y asonadas,

Por los tiempos que secan ó que llueven,
O por modas salidas ó dejadas;
Ellos, jamás en fin del alma ajena
La tempestad mugiendo imaginaron,
Porque á su propio corazón le hallaron
Con válvula serena
En su más honda angustia que soñaron.
No puede junto concebir su mente
El cáos de encontradas sensaciones,
Ese sordo torrente
Que en confusión revienta
Con ola turbulenta
Que arrastra en su camino las pasiones;
No llega su mirada
Al abismo profundo
De tu alma educada
En esa reflexión de la amargura,
Cáncer que en ella el sentimiento apura
Y abre fondo en su seno para un mundo.

No alcanza á reflejar el sentimiento
Lo que á sentir no alcanza:
La vorágine loca
Que estrelló el corazón y el sentimiento
Cuando inmóvil y mudo,
Contra el pilar desnudo
Te amarró la ansiedad como á una roca,
Solo se ve sentida:
¡Ay! entonces se sabe
Que así como en el cielo
Rompen las tempestades de la vida,
Que el fúnebre rayo que las hiende
Todo á la vez y en confusión desciende,
Sombra y luz, fuego y hielo!
Sí también con ellas
Que descargan la nube de que nacen
En lluvias ó en centellas,
En lágrimas ó en sangre se deshacen.

Después, el alma se refugia al seno,
Rugiendo ó sollozando,
Como el último trueno
Que con sordo bramido
Se aleja estremecido
En majestuosa postración rodando:
Así también partiste
Del palacio brillante,
Y entre la bruma densa,
Tu sombra muda, pavorosa y triste,
Llevando sigues por la pampa inmensa.

Oh! ¿por qué aún sobre tu frente oscura
La desesperación medita en calma?
¿Por qué va en tu camino
Siempre aquel abandono del destino?
Por qué siempre el dolor dentro del alma?
Cuando, por fin, la suerte
La única ambición cumplir figura,
¿Con esa honda postración inerte
Responde el corazón á la ventura?

¿Qué hay entonce en tu seno
Que á penetrar la reflexión no alcanza?
¿Qué sonda de veneno
En tu maldito corazón se abisma,
Si la esperanza misma
Cuando ha tocado en él no es ya esperanza?

Feliz quien no se avanza
A ese infierno del alma que no ignoro.
Yo sé que puede compendiar la vida
Su único tesoro
En el amor de la mujer querida;
Sé que en sus ojos puede,
Como á la luz del sol brilla la estrella,
Derramarse el amor que al amor cede.

Sé que los labios de ella
Pueden llevar también hasta el oído,
Con su más dulce acento,
La palabra de amor correspondido,
Sin que el demonio cruel del sufrimiento
Beba en su voz la calma;
Sin que ese amor que la esperanza encierra
Del cielo y de la tierra,
Consuele el corazón y arrulle el alma.
¡El alma! el alma triste,
Que al tocar en la suya se desvía
Volviendo á su infernal misantropía,
Porque al tocarla alcanza
Que mientras más amor la acerca á ella,
¡Ay, más se hunde su apagada estrella
Y más se desvanece su esperanza!

En la vida y en la muerte,
Tu primer ambición, tu último anhelo,
Fué el bien que al fin te concedió la suerte,
Un pedazo de cielo.
Cielo que fueron sus celestes ojos,
Donde la luz del sol el alma era.
Por camino de abrojos
Su ambiente virgen á aspirar llegaste,
Y cuando hasta el ocaso del futuro
Has mirado en su esfera,
El punto más oscuro
De la vida y la muerte allí encontraste.
¿En sus ojos?— ¡mentira!
Esa noche sin fin que el alma encierra
Y á su sombra convierte,
Cuanto da resplandores
Está solo en los ojos del que mira.
¡Crecen sobre la tierra,
Sin remedio también como la muerte,
Pesares y dolores!

CANTO SEGUNDO

I

Es la mujer un querubín del cielo
En la aureola del amor caída,
Para abrir en el páramo del suelo
El gérmen misterioso de la vida.
Angel de caridad y de consuelo,
De abnegación sublime poseída,
Va junto al lecho del mortal velando,
La vida hasta la muerte acariciando.

¡Oh! ¿qué sensible y dolorosa herida
Curar no puede su piadosa mano?
¿Qué pena el alma llevará escondida
Que no consuele su fervor cristiano?
¿A qué ser, á qué idea engrandecida
No abre su noble corazón humano,
Ni que felicidad ó desventura
No halla una bendición en su alma pura?

¡Una mujer! tesoro inestimable
Que el mundo ingrato á valorar no alcanza;
Manantial de cariño inagotable,
De piedad, de nobleza y confianza.
Ella, sobre la tierra deleznable
Es misterioso faro de esperanza
Que con suave resplandor divino
De otro mundo mejor muestra el camino.

Ella no da en su espíritu guarida
A la sed de la gloria y la fortuna,

Esas dos solas rutas de la vida
Que no deja de hollar planta ninguna;
Ella, si una corona suspendida,
Soñó bajo los rayos de la luna
Y la alzó al despertar, fué solamente
Para adornar la sien de ajena frente.

Ella desvía la inocente planta
Del huracán frenético del mundo,
De donde al hombre mísero no espanta
De las pasiones el aspecto inmundo;
Donde puñal contra puñal levanta
El, y sobre el hermano moribundo
Alza entre sangre, lágrimas y escoria,
El sacrílego canto de victoria.

Ella desde los mágicos fulgores
Del alba del Eden, perdida y bella,
Del nacer al morir riega con flores
De la cansada humanidad la huella;
Y en cambio ¡ay! cadenas y dolores
El mundo nada más le guardó á ella,
Sin quebrantar su fé, su fé que gime
En silenciosa abnegación sublime.

Ella, corriendo el mundo zona á zona,
Eterno campo de batalla horrenda,
Al rastro de la muerte se abandona
Donde el rugido del dolor se extienda;
La alzada frente al vencedor corona;
La hundida frente del vencido venda;
Que se basta en su amor desconocido,
Angel del vencedor y del vencido.

Ella en el alma del poeta canta;
Del artista en el alma y del guerrero;
Y del sabio el espíritu levanta
Y el brazo del humilde jornalero;

Del niño el primer sol riendo encanta,
Y encanta del anciano el sol postrero,
Porque del cielo para amar caída
Es el ángel de guarda de la vida.

La pureza, la paz y el sentimiento,
Velan entre su alma candorosa,
Y allí del mundo el corrompido aliento
Desvanecen con ala presurosa.
Y ella en su manso, íntimo aislamiento,
Se expande en otra vida silenciosa,
Vida de amor eterno y bendecido
Que es un reflejo del Eden perdido.

¡Una mujer! ¡feliz el que en la vida
El alma de ella á comprender alcanza,
Y sabe abrir la senda florecida
Que al cielo extraño de su mundo avanza;
Cielo de beatitud desconocida,
Donde por fin reposa la esperanza,
Arrullada en la gloria del presente
Sin que otro cielo tramontar intente!

II

Ella, la melancólica Dolores,
Aunque hija también del castellano,
Miraba con pesar de los señores
La bárbara crueldad para el paisano.
Ella no compartía sus rencores,
Y llamaba al indígena su hermano;
Que era como su madre, ya perdida,
Bajo el cielo de América nacida.

En ellos, por el suyo, comprendía
Su inmenso corazón triste y callado,

Y en ellos, seres su piedad veía
Indignos de aquel yugo tan pesado.
Ni humillación ni honores exigía,
Y el cariño en su senda derramado
La dió por fruto donde fué su planta,
Nombre y veneración y amor de santa.

Ella, cuando en la tarde silenciosa
La tierra de sus flores refrescaba,
Y allí como indecisa mariposa
En medio de los árboles vagaba,
¡Ay! en aquella esfera misteriosa
Extraño afán indefinible hallaba,
Que á un tiempo mismo al corazón le era
Ráfaga dolorida y placentera.

Ella no era feliz, pero sentía
Una extraña orfandad dentro del alma;
Un punto solo allí donde no había
La dicha entrado á conmover la calma;
Ultima hoja desmaya y fría
De floreciente y olorosa palma,
Donde el rocío que la noche riega
Por entre el seno capilar no llega.

Cruzar veía por el aire en tanto
Sombras de fugitivos resplandores,
Que remedaban en secreto canto
Las palabras de amor de los señores;
Y allí en suave enternecido encanto,
Arrobando su espíritu, Dolores,
Dormía y sollozaba y despertaba;
Que árido aquel amor y frío hallaba.

Era el perfume del amor sereno
Con que en íntima calma placentera
Abre la flor que nace dentro el seno
Con la lozana juventud primera;

Intenso aroma de armonía lleno,
Que en torno al corazón forma su esfera,
Engendrando en su mundo enternecido
Inquieto afán de amor desconocido.

Inmenso amor cuyo ideal hermoso
A mostrar en sí misma no alcanzaba
La palabra de amor del poderoso,
Que en medio de las fiestas resonaba;
Su corazón altivo y vanidoso
Lleno tan solo de su orgullo hallaba;
Y volviendo á su seno entristecida
Soñaba el alma su ilusión perdida.

Así una vez cuando en la tarde bella
Vagaba triste en su jardín florido,
Sintió al extremo mismo de la huella
Como el rayar de un potro suspendido.
Volvió los ojos y en los ojos de ella,
Íntimo, concentrado y recogido,
Sintió cubriendo el tinte de sonrojos,
El rayo descansar de ajenos ojos.

¡Lázaro el payador! solo y callado,
Sin desmontarse del corcel ardiente,
Un momento fatal allí clavado,
La contemplaba así profundamente.
Luego, como rendido y desmayado,
Inclinó al pecho la pesada frente,
Con mustio brazo circuló la rienda
Y se perdió por fin entre la senda.

¡Lázaro el payador! nadie aquel nombre
Escuchó sin sorpresa en la campaña;
Nadie miró el aspecto de aquel hombre
Sin recogerse en impresión extraña.
Que aunque jamás dió vuelo á su renombre
La relación de ensangrentada hazaña,

Algo en él de terrible se escondía
Que el corazón estremecer hacía.

Y ella, ni estremecida ni aterrada,
En calma allí permaneció serena;
Porque leyó en su fúnebre mirada
La historia solo de escondida pena.
Pena que hasta su alma inmaculada,
Y abierta siempre á la desdicha ajena,
Llegó, tocando de piedad la fibra,
Que al tono del dolor acorde vibra.

Y siguió con sus ojos impaciente
Al gaucho aquel que á contemplarla vino,
Deseando en su espíritu inocente
Que se doblase el tramo del camino.
Placíale el salvaje continente
Del fúnebre viajero vespertino,
Y al corazón por él brotar sentía
Intima y deliciosa simpatía.

Y tarde á tarde á su jardín bajaba,
Que tarde á tarde Lázaro caía;
Del fondo del desierto se avanzaba,
Y al fin de la arboleda se perdía.
¡Siempre tan hondamente la miraba;
Siempre ella con sus ojos le seguía;
Brindando en ellos su inocente anhelo,
O bálsamo de amor ó de consuelo!

Así nació en su espíritu inocente
Del alma juventud el amor puro;
Amor que hallaba de su afán la fuente
En misterioso vértigo inseguro;
Amor que, recogido en el presente,
No llora ni sonríe en el futuro,
Y en concéntrica ráfaga camina
Al resplandor de su ilusión divina.

Un día, en fin, que el castellano impío
Con ella en los jardines paseaba,
Y vió cruzar por entre el soto umbrío
Al gaucho payador que se alejaba,
Rugó la frente con desdén sombrío,
Y marcando la huella que llevaba,
Clamó, como estallando en sus furores,
Vuelto á los aterrados servidores:

—¡Oh! si el gaucho otra vez, si el insolente
Asoma del castillo al horizonte,
Sin que descubra como vil la frente,
Sin que como villano se desmonte,
Soltadle la trahilla más valiente,
Que devora las fieras en el monte,
O juro ¡vive Dios! que yo á vosotros
Mando que se os amarre en cuatro potros—.

Y ella se estremeció; que aquel acento,
Cayendo sobre el alma comprimida,
Trajo por vez primera al pensamiento
El espantoso cuadro de la vida;
Y aterrada en su propio sentimiento,
Siguió su vuelo y se encontró perdida
En el abismo lóbrego y profundo
Que entre Lázaro y ella cavó el mundo.

Y como entonces el dolor primero
Que arrancó la ilusión á la inocente,
Un rayo fué de luz, que en su reguero
Transparentó de Lázaro la frente:
¡Como al íntimo rastro pasajero
Leyó en aquel espíritu demente
El insondable infierno que el destino
Llevó en su maldición al peregrino!

¡Oh, tarde ya! la voz del castellano
Marchitar ha podido la esperanza,

Pero del melancólico paisano
El corazón á envilecer no avanza.
¡Tarde! que si el orgullo del tirano,
En él un gaucho, nada más, alcanza,
Los ojos del amor, los ojos de ella,
Alma le hallaron misteriosa y bella.

Y escondiendo en la suya estremecida
Aquel primer amor desventurado,
Intimo compañero de la vida
Que habita el corazón desesperado,
Levantó en la memoria enternecida
Ese mundo sin sol del desgraciado,
Donde si el alma en él ya nada espera
¡Ay al menos, por fin no desespera!

III

Ha destellado el sol su nuevo día
Tras de la noche de la fiesta loca,
Y el rayo de su luz más suave envía,
Porque su disco en el ocaso toca;
Cesó el vaiven de insólita alegría
En el palacio del soberbio Roca,
Y ya de la faena de costumbre
Descansa la rendida servidumbre.

El lastimero toque de oraciones
Ya cesa en la capilla tramontana,
Y del golpe postrer las vibraciones
Extiende lentamente la campana;
Todos alzan á Dios sus corazones
Rogando por el día de mañana,
Y su descanso cada cual y asilo
Busca en el seno del hogar tranquilo.

Tan solo una mujer paseando queda
El parque del castillo silencioso,
Cuando en el corazón de la arboleda
Ya el ave misma se buscó reposo.
Ella va descendiendo en la alameda
Con paso distraído y cadencioso;
Hasta un banco de céspedes camina,
Y en él como cansada se reclina.

Mujer de leve y mística belleza,
Extraña adoración secreta infunde,
Que un rayo de misterio y de tristeza
Como aureola á su alredor difunde.
Tipo de aérea y virginal pureza
Que entre el ángel y el niño se confunde,
Y de su suave atmósfera irradía
Aroma y resplandor y melodía.

En la luz de su límpida mirada
Se desborda su espíritu inocente,
Y el color del jazmín en la alborada
Difunde á la mejilla transparente;
Ondas la fresca boca ennacarada
Al respirar levanta sonriente,
Que en la blonda raíz de su cabello
Despejan, al morir, su rostro bello.

Tan pura, tan sencilla, tan ligera,
De su blanco ropage entre la nube,
Parece el rayo de la luz primera
Que por la franja de los cielos sube;
Paloma que se anida en la pradera,
Risueño y melancólico querube
Que busca con los ojos desde el suelo
Rumbo feliz para tender su vuelo.

La tímida y despierta mariposa
Que liba el cáliz de la flor más bella,

No se mueve del pétalo en que posa
Cuando á regar la flor se acerca ella;
Y el ave que en la selva silenciosa
Canta sobre la rama de la huella,
Tampoco calla el comenzado trino
Si es ella quien asoma en el camino.

¡Oh! que invisible talismán abriga
Que tan sincero amor tras si levanta!
No hay labio que su nombre no bendiga
De bien prendado y de belleza tanta;
Llámala el rico y el señor amiga,
Santa los pobres y los siervos santa,
Porque igual á su angélica hermosura
Es la piedad el alma y la ternura.

Huye la ostentación de los festines,
Que en medio del estruendo se atortola,
Y halla mejor que el mundo sus jardines
Cuando alza ó cae el sol tras su aureola:
Allí, de la alameda en los confines,
Vagando entonces pensativa y sola,
Como una flor también, entre las flores
Vive la melancólica Dolores.

Y cuando llega allí de la capilla
El toque triste de oración diaria,
También dobla en el musgo la rodilla
Y alza á su Dios su íntima plegaria;
Y antes que apague el sol su luz que brilla
Tras la vecina loma solitaria,
Deja el jardín y en el palacio hermoso
Vuelve á la sociedad del poderoso.

Hoy ya en la tarde refrescó sus flores,
Ya dijo su oración arrodillada,
Y aunque la sociedad de los señores
Espera en el vestíbulo su entrada,

Ella, la hermosa y cándida Dolores,
En su banco de cesped reclinada,
Del palacio y los huéspedes no cuida
En misteriosa reflexión caída.

Nunca aquella expresión de consuelo
Cual hoy á contraer mi frente vino,
Ni esa intuición de inevitable duelo
Ha alzado así su seno peregrino;
Nunca sus ojos con tan vivo anhelo
Fijó en el horizonte del camino,
Como el que ansía y teme cuando espera
Cumplir la realidad de su quimera.

¡Rara esperanza es! La senda aquella
Conduce solamente á campo abierto,
Y aunque á otra huella va, también la huella
Arranca desde el fondo del desierto.
Un solo sér no más cruza por ella
Cuando declina el sol su rayo incierto
Y el astro vespertino de topacio
Cuelga sobre las cruces del palacio.

Si *él* es el esperado, la esperanza
Cumpla el inquieto afán del desvarío,
Porque la vista á distinguirle alcanza
Que asoma lentamente en el vacío;
Es él, es él, que como siempre avanza
Callado, melancólico y sombrío,
La barba sobre el seno recogida
Y abandonada del corcel la brida.

El es, que de su lóbrega mirada
He visto el rayo que adelanta el trueno,
Alma terrible en el dolor probada
Y ungida en el bautismo del veneno.
El es — porque á su aspecto, impresionada

El alma se comprime dentro el seno,
Sintiendo á su pesar que él deja en ella
Rastros más indelebles que en su huella.

¡El es! — que solo él á hollar se atreve
Los campos del palacio á su albedrío,
Sin temer la amenaza de la plebe
Ni del amo el furor nunca tardío;
Y allí donde la brisa no se mueve
Sin voluntad del castellano impío,
El sin bajarse ni humillar la frente,
Pisa como en su hogar, tranquilamente.

¡Extraña realidad!; desde que asoma
No levantó la espuela ni la rienda,
Y ya que entienda misterioso idioma
O que infalibles prácticas entienda,
Y aunque dos calles hay, el potro toma
Del banco de los céspedes la senda,
Y relincha al llegar, como advertido
De un punto de reposo conocido.

Si, porque tarde á tarde en su camino
Se desmonta allí mismo el caballero,
Y sobre el tronco del ombú vecino
Correr deja el crepúsculo postrero;
Luego, cual descansado peregrino,
Torna á seguir en calma su sendero,
Y hasta llegar al punto más distante,
Volviendo muchas veces el semblante.

Hoy no hay reposo allí, que el potro siente
Que á animarle la espuela se prepara
Cuando allí como ayer pausadamente
Bajo la sombra del ombú se para;
Y, antes que toque de la espuela el diente,
Veloz en su abandono se repara,
Y dejando la yerba que mordía,
Busca de nuevo la tortuosa vía.

¿Y mira y pasa él? ¡Ah, no! que siente
Que en vano al corazón mandar intenta;
Le llama esa mirada que doliente
Al través de una lágrima revienta:
¡Atrás! él vuelve la sombría frente
Y el pie de golpe sobre el musgo asienta,
Que á desatar un lazo de esperanza
La desesperación tan solo alcanza.

Y arrancando del alma estremecida
La entrecortada voz del sentimiento,
Al alma en fin de la mujer querida
El abismo enseñó del pensamiento;
Cuadro desesperante de la vida
Que en el oído compendió su acento
Cual náufrago infeliz que llora y cuenta
La pasada ansiedad de la tormenta.

IV

—Juré, Dolores, callando
Morir solo con la pena
Que me va como gangrena
Toda el alma devorando;
Hoy llorando, sí, llorando,
Crucé á verte en la oración,
Para cumplir la intención
Más fija del pensamiento,
Pero al fin el sufrimiento
Estalla en el corazón.

Ya ves; me tengo en tu huella...
Toda el alma te debía;
Tómala, no es culpa mía
Si hay solo veneno en ella;
Tan oscura fué mi estrella,

Que para privar tu aprecio
Paga como el mundo, á precio
De lágrimas tu favor,
Pero no tengo valor
Para sufrir tu desprecio.

Sé que callando y muriendo
Pude aliviarte un pesar,
Que á veces suelen llevar
Las horas que van huyendo,
Y al menos, hoy que estoy viendo
Que ya todo lo he perdido,
Así no hubieras sufrido,
No hubieras llorado así,
¡Y quedaban para mí
El desprecio y el olvido!

Pero era entonces preciso
Que yo no te hubiese amado,
Ya que un ser tan desgraciado
El mundo volverme quiso;
La gloria del paraíso
Es infierno envilecida,
Y el amor que hace en la vida
De un hombre un ser sobrehumano,
No alcanza á hacerle un villano
Ante la mujer querida.

Esto está escrito en mi frente:
Mira, no sé quien lo ha escrito,
Pero aquí dice—maldito—
Aunque soy solo inocente.
Lo lee todo ser viviente
Y huye con horror de mí;
Yo también, y conocí
En mi refexión primera
Que fuí poco para fiera
O mucho para hombre fuí.

Mi corazón arrojado
De toda honorable senda,
A la orfandad más horrenda
Se encuentra al fin condenado:
Yo mismo me he despreciado,
Tan despreciado me hallé,
Y á mi corazón bajé
Con el ódio más impío,
Para llenar el vacío
Que en toda mi alma encontré.

En fin, hasta la esperanza
De salvación me quitaron,
Que el camino me cerraron
Del bien, que hasta el cielo avanza;
El alma á explicar no alcanza
Tan implacable crueldad,
Y solo la realidad
Del desprecio y los rencores
Me han enseñado, Dolores,
Que es una horrible verdad.

Tiene el hombre todo un mundo,
Tiene la fiera el desierto,
Tiene el ave el cielo abierto,
Tiene el pez el mar profundo;
Y Lázaro el vagamundo,
Como una fiera acosada,
No halla solo en su jornada
Un seno amigo, un hogar,
Donde poder reposar
La frente desesperada.

Gaucho, el mundo me ha nombrado,
Y me arranca de su seno
Como planta de veneno
Que mata al que la ha pisado;
Canalla, en fin, me ha llamado

Con toda su indignación;
Y en toda la creación,
Con mi angustia y con mi vida,
No tengo ya más cabida
Que mi propio corazón.

Solo de común me aferra,
Entre los seres humanos,
El hambre de los gusanos
Que han de comerme en la tierra;
Nada que encanta ó aterra
Penetra á la soledad
De la sombría orfandad,
Donde mi dolor profundo
Ha levantado su mundo
Fuera de la humanidad.

Con un grito de venganza
Mil gauchos levantaría,
Y al Señor hundir podría
Entre el fuego y la matanza;
Pero en mi labio se avanza
Y se cambia en maldición,
¡Que en la horrenda confusión
De oprimidos y opresores,
Veo hombres no más, Dolores,
Que me han roto el corazón!

¿Porqué tu alma se llegó á la mía
Si cuanto toco lo enveneno yo!
Nada más que tu amor me sonreía,
¡Ya todo lo he perdido con tu amor!

Sí, lo he perdido. Lázaro el salvaje
No puede amarte sin vergüenza tuya,
Y es mucha la barrera del linaje
Para que un pobre gaucho la destruya.

Y aunque tu amor tan valeroso fuera
Que te arrojaras á seguir mi pie,
¿Dónde ha de reposar que no siguiera
De los señores el furor tras él!

Guarda entonces tu alma de dolores,
Que llega acaso á comprender apenas;
Solo puede domar sus sinsabores
Quien como yo se arrastra entre cadenas.

Guarda ese amor que brinda tu mirada
A ocultas como goce de ladrón;
Para absorber mi alma concentrada
El amor de un esclavo es poco amor.

No; yo tengo en el fondo de mi alma
Un mundo de ventura recogido,
Mundo aparte del mundo, en honda calma,
Que es un compendio del Eden perdido.

Mundo de inmensa dicha que no cabe
En la tumba sin luz de una prisión,
Cielo cuyo camino solo sabe
Quien nace con un alma como yo.

Mundo que no es la esfera vagorosa
Donde se arroba el niño enamorado;
Es el último tramo en que reposa
El corazón de un hombre que ha llorado.

De un hombre maldecido que á la tierra
Ni un lazo tiene que le junte ya,
Y tierra y cielo sobre el mundo encierra
En las cuatro paredes del hogar.

¡Ay! pero aquel hogar caído en ruina
Encuentra hoy del hombre á la pisada,

Cuando á su puerta el infeliz camina
Guiando á la mujer idolatrada!

Era el último albergue de esperanza
Donde llevaba á descansar su pie,
Y allí también le sigue la venganza;
¡Dios lo ha querido así: cómo ha de ser!

No puede hacer mi dicha ni la ajena,
Tan implacable fué mi maldicion,
Y para último colmo de mi pena
Soy el demonio en fin de tu dolor.

¡Adios! pero perdona al gaucho rudo
Que no pudo á tus ojos ser un vil,
Y porque más que un hombre ser no pudo
Para romper su espíritu y morir.

¡Adios! Con la fortuna y los amores
Te sonríe en la tierra la esperanza;
Tú puedes ser feliz, tú sí, Dolores,
La maldición del mundo no te alcanza.

¡Adios! —yo sé la historia de la vida;
Yo sé medir la fuerza del pesar;
Para cerrar los labios de tu herida,
Bálsamo el tiempo y el olvido dan.

Solo yo seguiré, que sola puede
El alma con su inmensa pesadumbre;
Ni cede al llanto, ni á la furia cede;
El hombre hasta el dolor hace costumbre.

¡Todo es lo mismo!—siento que al perderte
Me ha vencido el dolor al idiotismo
Sí, la vida, Dolores, y la muerte,
La dicha y el pesar, ¡todo es lo mismo!

¡Basta! ya sabes lo que en mi alma había
Dolores, deja que te diga adios;
¿Porqué tu alma se llegó á la mía
Si cuanto toco lo enveneno yo!—

V

Ella escuchaba, la infeliz, llorando,
Escuchaba hasta el fin ¡pobre Dolores!
Y sufriendo y callando,
Iba al seno inclinando
La atormentada frente sin colores.

Cargada de pesar y estremecida
Con el sollozo que en su pecho ahogaba,
Al fondo de la vida
El alma recogida
En el dolor inmenso se abismaba.

No podía en su espíritu inocente
Con el ajeno y propio sufrimiento,
Y con la palma ardiente
Oprimía la frente
Como para tener el pensamiento.

En insensato vértigo, aturdido,
Giraba el corazón con tanta pena,
Y sentía al oído
El rasgado estallido
Con que la arteria reventada suena.

Y á él los ojos inmóviles alzaba,
Como ignorando allí que le veía;
Mirándole callaba,
Y lloraba, lloraba,
Caída en su fatal melancolía.

Solo cuando ya Lázaro rompiendo
Con el último adios pisó la huella,
De su dolor volviendo,
Tristemente siguiendo,
Hasta cruzar su marcha, se alzó ella.

Pero aquella ansiedad que en la partida
Trae la desolación del sufrimiento,
Ahogó la voz sentida,
Y en el alma afligida
Turbó la inspiración del pensamiento.

Y allí sin voz, sin fuerza, ni albedrío,
Con el renuevo del dolor postrada,
Tendió el brazo tardío,
Buscando en el vacío
Donde ayudar su trémula pisada.

Giró dos pasos, y en sus pies perdida
Se postró sobre el césped de su asiento;
Esa eterna partida,
Mirando así, caída
En el más espantoso abatimiento.

¡Y él ha dicho su adios, su adios postrero!
Y marcha abandonado á su destino:
¿Marcha? no, que al sendero
Salta el Roca altanero
Con su turba de esclavos al camino.

Y con la voz que entre los labios traba
El creciente furor que el alma llena,
Habló al gaucho que odiaba,
Al que allí le esperaba
Con planta firme y voluntad serena.

—¡Has dicho adios! tu corazón, villano,
Da al mundo en ese adios tu despedida;

Oh! no le has dicho en vano,
Ya estás bajo mi mano,
Y en el último instante de tu vida.

Era mi hija ¡miserable!, piensa
Cuánto debe mi alma aborrecerte.
¡Oh! mi cólera inmensa,
Tan vergonzosa ofensa
Puede lavar apenas con tu muerte!—

VI

Y Lázaro sonriendo
En su reposo salvaje,
Iba del audaz ultraje
En calma el furor siguiendo.

Y cuando el noble crüel
Cortó el insulto en el labio,
Hallando el último agravio
De mandar armas sobre él,

Lázaro en toda su alma
Su enojo estallar sintió,
Pero otra vez sonrió
Volviendo á su extraña calma.

Y en Roca fijos sus ojos
De tenebrosa pupila,
Respondió con voz tranquila,
Sin temor y sin enojos:

—¿Me ves?—tu ultraje no alcanza
A despertar mi furor;
Espero á un día mejor
Para cumplir mi venganza.

Que aunque solo es justa en mi
La razón de este odio impío,
No sé que fatal hastío
Siento hoy en matarte á tí.

Sí, más justa es en mi vida,
Tú alcanzas esa razón,
¡Y basta! que al corazón
No quiero tocar mi herida.

¡Mandas matarme! ¿por qué,
Sinó es por aborrecerte?
¿Por qué hizo en tu hija la suerte
La mujer á quien yo amé?

Roca, de Dios hasta tí
En mí solo hallé mi amo,
Y libre aborrezco y amo
Lo que amé ó aborrecí.

¡Esclavo yo! ¿de que grey?
Si alguien lo de esclavo toca
Es á tí mismo, á tí, Roca,
Que eres esclavo del Rey.

Yo soy solo un hombre, si,
Un hombre igual á cualquiera,
Pero á un hombre que no fuera,
Roca, semejante á tí.

Hombre como los que ignora
Tu raza de orgullo necio,
Porque ninguno hace aprecio
De joya que no atesora.

No me alcanza tu razón;
Soy el hombre americano

Sin más Dios ni soberano
Que su propio corazón.

Guarda entonces tus furores,
Que ya sabes lo que sé;
Amo á esa mujer que amé,
Aunque es tu hija Dolores.

Guarda, no turbes la huella
Que está abierta en mi camino;
Repara que es el destino
Quien me va guiando por ella;

Que aunque solo es justa en mi
La razón de este odio impío,
Y no sé que extraño hastío
Siento hoy en matarte á tí;

Y aunque hasta un día mejor
Te guarda su odio el salvaje,
Adormeciendo el ultraje
La fe de estrago mayor,

Soy un hombre á otro hombre igual,
Mi mano es pronta y segura,
¿No ves? y acá en la cintura
Vá colgado mi puñal.

VII

¡A él! gritó el Señor; ¡al bandolero!
Y atropellaron todos contra él;
Pero el primero que llegó, el primero
Fué que cayó de Lázaro á los pies.

Y rápido y sereno y atrevido,
Al medio mismo del tropel saltó,
Entre la mano su puñal asido
Y describiendo campo á su alredor.

Y el poncho vuelca sobre el brazo fuerte,
Y quita y vuelve y se revuelve y dá,
Y en cada golpe de puñal la muerte
Lleva del que ha todo su puñal.

Ya entre gritos y votos y gemidos
Cuatro se azotan contra el suelo allí,
Sin que los más serenos y atrevidos
Le logren nunca con su arrojo herir.

Y él con vista y manejo y avisado,
Aunque mueve entre un círculo sus pies,
Hace volcar el círculo de un lado
Como para saltar en su corcel.

Y cerca ya, con tan tremendo brío
Vuelve á esgrimir de nuevo en su furor,
Que el diámetro fatal del aro impío
Doble distancia de terreno abrió.

Pero el último golpe que triunfante
Descarga por la ansiada libertad,
Trae el conflicto del postrer instante
Que vuelve al enemigo más audaz.

Y en él todos á una comprendiendo
Que es muerte fija batallar así,
Ya de súbito el círculo oprimiendo
Juntos todos sobre él cargan por fin.

Y aunque en su propia sangre enrojecido
Otro entre los cadáveres cayó,
Él ya está sin puñal, débil y herido
Y amarrado á un cordel como un ladrón.

Roca le vió vencido y jadeando;
Y cuando inerte le miró caer,
A su postrada hija abandonando,
Atropelló hasta Lázaro también.

También; y ante él con su furor se encara,
¡Oh! y á aquel hombre que postrado está,
Le cruza con su látigo la cara
Que cubre honda palidez mortal.

VIII

¡Ah! ni el frenético acento
De marcada maldición
Que traiciona el sufrimiento
Cuando el último tormento
Ha caído al corazón;

Ni aquella seca mirada
Que salta de la pupila
Con el furor arrancada
Sobre el aro destacada
Del párpado color lila;

Ni aquel sudor de la frente,
Ni la palidez mortal
De ese rostro maldiciente
Que cruzó tan hondamente
Aquel látigo brutal;

Ni de aquel seno crispado
La trémula ondulación,
Que ahoga al desesperado
Porque helada se ha agolpado
La sangre en el corazón;

Ni el sombrío abatimiento
Con que cae el que es vencido
Con doble aborrecimiento,
Por ser al golpe violento
Del que vence aborrecido;

Nada en fin de cuanto puede
Mostrar que en el alma ajena
La vida á la muerte cede
Con un martirio que excede
La medida de la pena;

Nada á los ojos de Roca
Su odio á llenar bastó,
Que en cada angustia que toca
Su alma implacable invoca
La afrenta que recibió.

Nada, porque nada alcanza
Ninguno de ellos, que acierte
A rematar su venganza:
Los dos, solo en la esperanza
Viven de la ajena muerte.

IX

¡Al virrey, al virrey! tal fué el mandato
Con aterrante prontitud cumplido;
Y á la ribera Lázaro traído,
A bordo le arrojaron de un bajel.
Allí con otros viles y ladrones
Que el noble Roca á la justicia envía,
Mandó al gaucho infeliz, que aborrecía,
Pasto para la espada de la ley.

¡Al virrey, al virrey! Criollo y villano,
Crimen para morir de sobra era;
Por eso la justicia les espera
Con viles horcas levantadas ya.
Dos días más, su vida es su camino,
Que al tocar en la tierra conquistada,
Cuervos para sus ojos en bandada
Nublando el cielo de su patria están.

¡Al virrey, al virrey! que mientras tanto
Sobre las ondas el navío avanza,
Roca, seguro ya de su venganza,
Manda al olvido del pasado allí:
Manda, y el ángel inocente vuelve,
¡Ah! con sus besos de perdón la llena,
Y en el palacio renovar ordena
El magnífico estruendo del festín.

CANTO TERCERO

I

¡Cómo se aleja rápido
El español crucero
Que lleva hasta el patíbulo
Al gaucho prisionero!...
¡Avanza, avanza, avanza!
Sin rumbo de esperanza,
Sin puerto de piedad.

Con el sereno ímpetu
Llena la limpia vela,
Es semejante al pájaro

Que majestuoso vuela
A flote de la espuma,
Donde la blanca pluma
Humedeciendo vá.

En él navega Lázaro
El Paraná salvaje,
Bajo la eterna bóveda
De fúnebre ramaje
Con que unen las riberas
Las mústias cabelleras
Del sauce secular.

¡Oh! quien cruzó esas márgenes
Sin lastre de cadena,
Perdonará esa lágrima
Que la pupila llena,
Allí donde murmura
La más tranquila y pura
Aura de libertad.

Allí donde su espíritu
Sintió elevarse al cielo
Trás de la mente espléndida
Que sobre el patrio suelo
Para mostrarse quiso
De nuevo el paraíso
De la creación alzar;

Y allí cayó esa lágrima,
Porque, al juntar las manos,
Las encontró entre cárceles
De hierros inhumanos,
Y se miró en la tierra
¡Que para él no encierra
Ni una esperanza ya!

Entonces en el vértigo
De su dolor profundo,
Bajó la frente lóbrega
Dando un adiós al mundo:
Adiós á su esperanza,
Adiós á su venganza,
Gimió su libertad.

Y trás la borda húmeda
Del español crucero,
Postró su cuerpo exámine
El gaucho prisionero,
¡Más que al de sus cadenas,
Al peso de sus penas
Vencida el alma ya!

II

El dormía. Soñaba
Que era una tarde bella,
Y los campos sin término corría
Sobre el potro frenético que amaba.
De súbito una huella
Que sin fin se tendía
Se abrió, cercada de árboles y flores,
Y era el mismo camino
Donde al bajar el astro vespertino
Hallaba tarde á tarde á su Dolores.
¡Ah! su potro demente,
La furia extraña á su pesar doblando,
Iba, como fantasma pavoroso,
Bajo sus pies la huella devorando.
El sentía en su frente
La ráfaga del viento proceloso
Dividirse, rugiendo,
Y allí donde en la senda

El banco de céspedes tocaba,
En su ansiedad sintiendo
Que su *bagual* la rapidez doblaba,
Bajó su mano á rescatar la rienda,
Y ¡oh! ¿qué poder sublime
Juntó á su corazón aquella prenda,
Esa prenda que adora
Si al corazón la oprime
Y la siente y la ve tan solo ahora!

¡Ella, Dolores; cielo!
Contra su propio seno se abrazaba,
Y él con salvaje anhelo
Oprimida en sus brazos la miraba:
—Sálvame vida mía,
Sálvame—le decía;
Y él lleno el corazón de afán profundo
—Sí, no llores, no llores,
¡Nadie de aquí, Dolores,
Alcanza á arrebatarte sobre el mundo!—
Y sin piedad entonces ni cautela,
Mientras más á su seno la apretaba,
Hundiendo en el hijar toda la espuela
Por la senda fantástica volaba!

....

El soñaba y dormía,
Pero el dolor interrumpió su sueño
Al sentir que una mano con empeño
Sus pesadas cadenas removía;
Y con un rayo de furor mirando
Al que osaba colmar su desventura,
Echó la mano atrás, y á la cintura
Su daga ausente con afán buscando
Y al encontrarse inerte y prisionero,
Con salvaje y magnífica tristeza,
Alzó los ojos, contempló un lucero,
Y abatió sobre el pecho su cabeza,
Pero de pronto levantó la frente

Ya tranquila y serena,
Y habló así como un gaucho y un valiente
Al que vino á tocar á su cadena:

—Mire amigo, que el Señor
No está de valde en el cielo;
Voy á pedirle un consuelo
¡*Despéneme* por favor!—

—¡Cállese, por caridad!...
Respondió el otro enseguida:—
Vengo á ofrecerle la vida
Y á darle la libertad.

Somos diez de corazón
Que va cuarteando la muerte;
Morir por morir, la suerte
Se nos brinda en la ocasión.

Si usted es hombre de agalla,
Como su fama lo menta,
Pegue el grito, y á la cuenta
Nos vá á ver esta canalla.

No hay ni para comenzar
Con toda esta gallegada;
¡Como á tropa de carneada
Los vamos á acuchillar!

Después, á sitio certero
Llevaremos el navío;
Yo sé la vuelta del río
Por que soy del Baradero.

Allá no más llego á ver
Tras de aquel monte un islote,
Donde á son de camalote
Nos podemos guarecer.

Diga si es de corazón,
Para mandar esta buena;
Ya le alivié la cadena;
Tome, guarde ese facón.

. . . .

Lázaro alzó la mirada,
Y registró á aquel paisano
Hasta el más oculto arcano
De su conciencia velada,

Y viendo sobre su frente
Aquella serena calma
Que se refleja del alma
Cuando el corazón no miente:

El que quede ha de contar
(Dijo) si soy hombre, amigo;
Pero oiga lo que le digo:
Ni uno solo ha de escapar.

No se trata de esperanza,
De libertad, ni de vida:
No tengo en mi alma cabida
Sino para la venganza.

No la venganza vulgar
Que un resentimiento encierra:
¡La venganza de la tierra!
De la patria y del hogar!

Siento acá en mi corazón
Yo no sé qué rabia santa;
¡Creo que me lo levanta
Un grito de la Nación! . . .

III

Espectáculo horrible
Es siempre de un combate el cuadro impío,
¡Ah! pero es más sangriento y más terrible
Sobre las escotillas de un navío.
Allí es golpe de muerte
Todo golpe que postra ó embaraza,
Igual es el herido y el inerte,
Y al muerto y al herido
Los arrojan al mar para hacer plaza:
Allí no hay el refugio de la huída,
Ni sirven estrategias de combate;
Es cada cual el jefe, y el soldado
mata ó muere callado,
Y sabiendo se bate
Que alcanza la victoria el que más mate;
Allí se vé relampaguear el brillo
Del hacha y el cuchillo;
La mecha, nada más, arma es de fuego,
Y ¡ay! si su luz ardiente
En el último instante se difunde,
Porque es en vano del cobarde el ruego
Cuando en la Santa Bárbara la hunde
La desesperación de algún valiente,
¡Oh! y así batallaban
Esos que ayer ceñía una cadena,
Y hoy entre un mar de sangre la arrastraban,
Pero de sangre ajena.

Guardas y marineros
En círculo imprudente
A la ansiedad del naipe abandonados,
Solo vieron llegar los prisioneros
Cuando entraban allí, como un torrente,
Por el terrible Lázaro guiados.
La desesperación de la sorpresa

Comenzó la derrota,
Al verse todos de la muerte presa,
Y con golpe funesto,
Que la aterrada súplica no embota,
Hizo el puñal el resto.
Los demás que esparcidos
Acá y allá sobre cubierta estaban,
Y en reposo velaban,
Con sus armas se alzaron
Al fragor del combate sorprendidos;
Y aunque ya menos, si llamarse menos
Puede un número igual, de furia llenos,
Cual ola contra ola se estrellaron.
Y era tarde;—su gloria
Fué solo perecer, y en más impía
Y más horrenda lucha, al que vencía
Dilatar el laurel de la victoria.
Tarde;—los otros su puñal alzaban
Como incansables máquinas de muerte.
Vencer ó sucumbir igual les era,
Solo con tal que fuera
Después de ver inerte
Muerto caer al último que odiaban.
Era mucha su sed de sangre, mucha,
Y á matar por matar se atropellaban:
¡Oh! cuando así se lucha
No es el triunfo tardío;
En la mano reposa
Bien pronto el arma ociosa,
Dueño de la victoria el más impío!

IV

El combate concluyó
Con el último extranjero,
Y ni un solo marinero
A la matanza escapó.

Los cuerpos despedazados,
Rojos de sangre caliente,
Fueron entre la corriente
Por las aguas dispersados.

Entonces, Lázaro allí
Alzó su frente serena,
Y con voz de calma llena
Habló á sus hombres así:

—La estrella de nuestra suerte
No ha cambiado de rigor,
Por más que nuestro valor
Hoy nos salva de la muerte.

¿Adónde podremos ir
Bajo la luz de este sol,
Sin que el tirano español
No nos llegue á perseguir?

En este día maldito,
Su autoridad soberana
Nos priva de ley humana
Y nos consagra al delito.

Pues sigamos la partida
Donde su crueldad nos lanza,
Y hagamos por la venganza
Lo que hicimos por la vida.

La suerte está ya tirada;
¡Adelante, y hasta el fin!
Caigamos en el festín
Como tigres en majada.

Y como primer laurel
De este combate primero,

Les brindo el palacio entero
Con todo lo que hay en él.

Con todo; salvo el primor
Que es prenda de mi caudal:
Roca para mi puñal,
Dolores para mi amor.

¡Guerra á muerte y sin piedad!
En ella está nuestra suerte.
Solo buscando la muerte
Se encuentra la libertad!

V

Con un clamor impío
La venganza de Lázaro aplaudieron,
Dando rumbo al navío,
Y en la más honda reflexión cayeron.
¡Oh! cada cual entonces apartaba,
Allá en su fantasía,
La prenda más lujosa,
La mujer más hermosa,
Y en su insensato afán no se olvidaba
De aquel Señor que más aborrecía.

El hombre es una fiera,
Como el tigre salvaje;
Mata la vez primera
Por rechazar el golpe ó el ultraje;
¡Ah! pero al fin, después, cuando ha aspirado
El vapor de la sangre que le embriaga,
Es el tigre cebado,
Que mata por placer sin que al sangriento
Flojo labio sediento
El manantial más hondo satisfaga!

VI

Llena con el fragor de la alegría
Está de Roca la morada bella,
Porque el festín que ha renovado en ella
Acaba solo con la luz del día.

Pero ya en la ribera silenciosa
La ensangrentada nave se azotó,
Y Lázaro y su turba pavorosa
Corren como una plaga en derredor.

Eternamente como ayer mañana,
Al lado del placer y del contento
La desesperación y el sufrimiento:
Este es el cuadro de la vida humana.

Sí, que llenos de sangre y de venganza
Pisaban ellos sobre el suelo allí,
Donde el vaivén de la incesante danza
Redoblaba el estruendo del festín.

Donde la inquieta luz de la bujía
Y el pacífico rayo de la luna
No herían, al caer, frente ninguna
Que no resplandeciese de alegría.

¿Ninguna?; no, que la infeliz Dolores
Tenía desmayado el corazón,
Que al golpe de tan hondos sinsabores
Trastornarse su espíritu sintió.

Y huyendo al corredor más silencioso
Respiraba la atmósfera serena,
Sin que hasta el alma de martirios llena
Descendiese la noche su reposo.

Una fiebre mortal, devoradora,
La palpitaba en torno de la sien,
Fuego de intensa llama abrasadora
Que consumía el pensamiento en él.

Y así, ya casi la razón perdida,
Sobre un asiento se arrojó llorando,
Lágrimas de dolor que iban brotando
Por las puntadas ¡ay! de ajena herida.

Por él, que entonces cual rabiosa hiena
Derramando el espanto en el festín,
Lleno de propia sangre y sangre ajena
Atropellaba con su turba allí.

Ella, transida de terror y angustia,
Vió alzarse su puñal sobre el primero
Que más audaz llegando al bandolero
Rota dejó á sus pies la frente mustia.

¡Oh! y esa frente tan altiva y fiera,
Que ha partido de Lázaro el puñal,
La frente misma de su padre era,
¡Allí postrado para siempre yá!

Ella le vió caer; el sufrimiento
Llenó con este golpe la medida,
Y ella cayó también desvanecida,
Arrancando el más íntimo lamento.

Bastaba en fin; despertará mañana,
Lejos ya del alcance del dolor,
¡Ay! porque aquella angustia más que humana
La había confundido la razón!

Y él, que otra vez en su furor sangriento
Levantaba su brazo enfurecido,

Al horrible clamor de aquel lamento
Soltó el puñal, como del rayo herido.

Porque aquel eco de tan honda pena
Se enterró entre su alma al respirar,
Y con su inmenso amor el alma llena
Serenó la sombría tempestad.

Y al rumbo de la voz rompe su planta,
Como una exhalación en su caída,
Llega á aquella mujer desfallecida,
Y en sus robustos brazos la levanta.

Y allí solo con ella, y olvidando
Los que al saqueo y la matanza guió,
La senda de la playa va pisando
Del espantoso incendio al resplandor.

¡Oh! de esa hoguera que en volcán convierte
Aquel castillo que á las llamas dieron,
Cuando ya harta en su impiedad sintieron
La sed de la codicia y de la muerte.

VII

Y dan rumbo á la isla salvadora
Con el primer crepúsculo del día;
Pero en la nave ahora
No vá aquella quietud aterradora
Ni aquel silencio horrible que traía.

El cantar y el reír de los bandidos,
De las cautivas el doliente llanto,
A la vez confundidos,
Retumban en las playas repetidos
Como un coro infernal de inícuo canto.

Y el sombrío Lázaro, no siente
Lo que él tan solo á contener alcanza;
¡Oh! su alma hondamente
Gusta, reconcentrada en el presente,
El fruto del amor y la venganza.

Y allí sobre la popa reclinado,
Contra su corazón oprime y cierra
Aquel ser adorado,
En quien su alma lóbrega ha cifrado
La última esperanza de la tierra.

Sus ojos sobre el pálido semblante
Con intensa ansiedad la vida espían,
Y otra vez un instante
Contemplan el incendio devorante,
Y otra vez sobre el rostro se desvían.

¡Oh! para siempre; pero al fin vengado,
Se aleja, pero al fin correspondido,
De aquel suelo arrasado,
Donde con toda el alma había amado,
Con todo el corazón aborrecido!

CANTO CUARTO

Plácida y sin dolor corre la vida
En el hogar de la amistad pasada,
Aún para esa banda forajida
En su salvaje isla refugiada.

¡Plácida y sin dolor! El alma mora
Un mundo aparte de la tierra allí,

Y arrojando su máscara traidora
Se abre á la noble intimidad sin fin.

¡Oh! nunca en ella la mirada ajena
Toca que no derrame simpatía
En su sombrío crimen y en su pena,
O en su pura virtud y en su alegría.

Y aquellos hombres cuyo impío seno
No abriga compasión de los demás,
Le sienten para sí piadoso y lleno
Con la sincera fé de la amistad.

Ellos se aman—la igualdad de suerte,
De peligro y fortuna y esperanza,
Ató en su corazón lazo tan fuerte
Que su puñal á dividir no alcanza.

Se aman; y en la lucha se sonríen
Diciéndose palabras de valor,
En el reparto de las presas ríen,
Y amigos fieles en el ocio son.

Ellos se saben sin cuartel buscados,
Mas del aviso allí ninguno cuida,
Que aunque están todos á morir llamados,
Es pensar en morir, roer la vida.

Sorpréndales la muerte en el contento,
—Ellos apuran la alegría en él—
Y luego de morir vendrá el momento,
Que es el momento de matar también.

¡Oh! mas por eso en su prisión salvaje
El cobarde temor no les sujeta,
Y hacen la vida allí del vandalage,
Como las olas de la mar inquieta.

Que ora sobre la isla guarecidos,
Ora bogando al rumbo más feliz,
O reparten la presa los bandidos
O persiguen el rastro del botín.

Y así, partiendo entre el amor su vida,
La amistad y el peligro y el reposo,
Truecan aquella cárcel escondida
En su risueño paraíso hermoso.

Allí no dan asilo entre su mente
Al tiempo que vendrá ni al que pasó:
¡Lleno con la alegría del presente
Rebosa su aturdido corazón!

II

Hoy en la tarde serena
La turba impía descansa
Sobre el cesped florido
De la alfombra de esmeralda.

Ayer su frente encendía
El furor de la batalla,
Y hoy la brisa pasajera
Le lleva fresco en sus alas.

Ellos, en círculo todos
A la sombra de las ramas,
Con misterioso deleite
Tienen arrullada el alma.

Escuchando al payador
Que tristes décimas canta
Con melancólico acento
Y al compás de la guitarra.

Décimas que traen recuerdo
De aquella perdida pampa
Donde el frenético potro
También ellos gobernaban;

Porque es un cuento de amores,
En que un gaucho de su patria
Iba á las sierras huyendo
Con la mujer adorada.

¡Oh! muy triste es esa historia
Que así el corazón ablanda
De aquellos que hacen la vida
Del saqueo y la matanza.

¡Pero no hay alma insensible
Al recuerdo de la patria,
Cuando el pie tan solo cubre
El polvo de tierra estraña!

Y él, en fin, Lázaro, ¿dónde
De allí tan lejos se aparta
Que no llegan á su oído
Las voces de la guitarra?

¿La décima entristecida
Ya no deleita su alma,
Esta pasión en el gaucho
Más fuerte que la venganza?

¡No! su espíritu oscurece
La sombra de la desgracia,
De un pesar que sobre el mundo
Ya nada á engañar alcanza!

Y él no parte los placeres
En que se aturde su banda,
Y ellos que saben su pena
Ni le brindan ni le estrañan.

Solo divide con ellos
El día de la batalla,
Cuando es difícil la presa
Que la victoria retarda.

Vénle entonces complacidos
Que en raro encono se ensaña
Atropellar el primero
Sobre la nave que asaltan.

Y enfurecido cruzando
La carabina á la espalda
Alzar con gritos de muerte
Aquella terrible daga.

Aquél puñal que al vencido
Jamás un golpe descarga,
Pero que postra al más bravo
Con solo un golpe á sus plantas.

¿Porqué luego de la presa
Su mejor porción no aparta
Y el brindis de la victoria
Él no gusta que la alcanza?

¿Qué horrible furor le absorbe,
Que sin codicia en el alma
A lo más duro se arroja
De la implacable matanza?

¡Oh! de su pena terrible
A sus secuaces no habla;
Y ojalá que aquel infierno
Con silencio se ocultara.

Pero á los ojos de todos
Es patente la desgracia
Que entre el odio y el amor
Tiene partida su alma.

Siempre en el ocio se pierde
En la selva más poblada,
Cual hoy que sus compañeros
Con sus placeres se embriagan,

Y allí las horas, los días,
Que nadie á turbar se avanza,
Vive, hundido entre los bosques
Como una fiera acosada.

¡Allí esta! mudo y sombrío,
Sobre la raíz descansa
Del ombú que nubla el cielo
Bajo el manto de sus ramas.

Apoya en su carabina
La mano que hunde en las barbas,
Y oculta tiene en los rizos
La frente desesperada.

¡Oh! no duerme; de sus ojos
El rayo intenso descansa
Sobre otros ojos, que anublan
Los cristales de una lágriama!

III

¡Ella, como la sombra de su amante,
Vá siempre la infeliz trás su pisada,
Buscando eternamente su semblante
Con aquella fatídica mirada!

Mirada de recóndita amargura
Que alumbra una sonrisa de contento,
Como sarcasmo atroz de la locura
Que turbó en aquella alma el pensamiento.

¡Ay! ella ignora que de amor vencido
Sigue sin tregua á Lázaro su pie,
No sabe que es su Lázaro querido,
Y le pregunta sin cesar por él.

No conoce la voz que está escuchando,
Ni atina á las palabras de su amor,
Y pregunta otra vez, y huye llorando,
Porque le dice á él que él le mató.

Y otra vez vuelve, y á su pie se sienta
Con la sonrisa sobre el labio ahora,
La historia triste de su amor le cuenta,
Soñando aún que en su palacio mora.

Y acaso á él como á su padre llama,
Y le aparta los rizos del sembante;
Y acaso le repite que le ama,
Por ser con su querido semejante.

Y de nuevo por Lázaro pregunta
Cayendo en la más íntima ansiedad,
Y alza los ojos y las manos junta,
Y rompe, de rodillas, á llorar.

O teniendo de súbito su llanto,
Corre y arranca la silvestre flor,
Y torna á él con infantil encanto
Y la anuda en los rizos que apartó.

Ella así, vagorosa y delirante,
Entre la espuma de su tul vestida,
Parece al caminar, estrella errante
Que no apagó su lumbre en su caída.

Eterno girasol de su mirada,
No se aparta de Lázaro un momento;
Siempre con él, siguiendo su pisada
Vá como su inmortal remordimiento.

¡Ah! todo así, pero aterrada cuida
Que ni á sus ropas él la toque allí,
Porque entonces se aleja estremecida
Sin quitarle sus ojos la infeliz.

Ojos que reflejaban hondamente
De su espíritu el pánico terror;
Pero él, solo una vez besó su frente,
Que aquel estrago de sus labios vió.

Más tarde entonces ¡ay! sus ojos bellos
Están con la vigilia empedernidos,
Porque no duermen ni se inquietan ellos
En las violadas órbitas hundidos.

Insomnio eterno que á postrar su vida
Ayuda con la fiebre á la locura,
Por la plaga de sobra consumida
De aquella irremediable desventura.

No duerme ya, pero las noches vela
Sentada de su Lázaro á los pies,
Cuando más fuerte en fin que su cautela
El sueño bienhechor le vence á él.

No se sonríe entonces y no llora
Ni le acaricia, ni habla de su amor;
Solo con la mirada le devora
De aquellos ojos que el pesar hundió.

Así, como la rosa del camino
Donde el fuego del sol mata sus flores,
El azote cruel de su destino
Vá marchitando la infeliz Dolores.

¡Ay! vanos son razones y consuelos
Cuando es vano el amor que al amor calma:
Nada puede arrancar los dos flagelos
Que comen de su cuerpo y de su alma.

Lázaro la contemplaba día á día;
¡Ay! para siempre ya morir la vé,
Disputando su fuerza la agonía
Que no puede arrancar sus ojos de él.

La vé morir, y desmayado él mismo
Con el último golpe del pesar
Siente que encaminada al idiotismo
Su alma á paso de gigante vá.

Ella no siente al fin vigor bastante
Para seguir de Lázaro la huella
¡Oh! pero sin cesar llama á su amante
Porque es ahora él la sombra de ella.

Y busca conmovido y diligente
La más lozana selva florecida,
Donde la brisa de mejor ambiente
Pueda alentar á la infeliz la vida.

Y todo en vano en fin; que bajo el cielo
Consuelo no hay que calme su pesar,
¡Ay! aunque ese tesoro de consuelo
Entre sus almas palpitando está.

Bajo la selva fiel que les abriga
Corre el tiempo mortal para los dos,
Carcomiendo sus almas que fatiga
La desesperación de igual dolor.

IV

Una tarde en fin, sentía
Que ya la muerte la ahogaba,
Cual la noche que apagaba
La luz última del día.

Él inmóvil y abismado
En su salvaje dolor
A aquel ángel de su amor
Velaba insomne á su lado.

Le vió ella, y sonriendo
Con tristísima dulzura,
A él, la mano insegura,
Tendió su mano pidiendo.

La llevó en su ardiente palma
Hasta el seno comprimida,
Y le habló con voz traída
De lo más hondo del alma:

—¡No sé que fuerza íntima
De incombatible empeño,
Viene á cerrar mis párpados
Con misterioso sueño;
Y el alma se me parte,
Que no podré mirarte
Cuando dormida esté!
Siento una flébil música
Que el corazón me encanta,
Como la voz de Lázaro
Cuando sus trovas canta:
En su onda estremecida
Mi alma suspendida
Quiere volar también!

¡Ay! si me tienes lástima
No duermas vida mía,
Porque este sueño insólito
No acabará en el día.
¡No sé qué voz me advierte
Que acaso no despierte
Por una eternidad!
¡No duermas! ¿quieres?—vélame
Sentado aquí, mi amigo,

Como en la noche lóbrega
Velaba yo contigo:
¿Me ves?—¡estoy llorando
En el horror pensando
De tanta soledad!

Enjúgame esta lágrima,
Porque mi vista ofusca;
No sé—su rayo trémulo
En vano ya te busca
Perdido entre la densa
Fúnebre sombra inmensa
Que cae á mi alredor!
¿No estás?...¡ah! ¡si!—buscábate
Y aquí tu mano estrecho!
¡Oprime!—que mi espíritu
Se arranca de mi pecho:
No siento en mi ya el alma:
¡Que oscuridad! ¡que calma!
¡Lázaro!...¡ay!...adios!!

Nada más!—estremecida,
La mano en el seno hundió
Y un suspiro la arrancó
Su último soplo de vida.

Aquel lamento profundo
Llevó su espíritu al cielo,
Alma que en tan hondo duelo
Había abismado el mundo!

El miraba allí; miraba
Aquel semblante ya inerte
Donde el dolor de la muerte
Tan honda ansiedad dejaba;

Miraba petrificado
En la pena que le embota,

Miraba como un idiota
Allí inmóvil á su lado,

Sin arrancar en su duelo
De aquella mano tan fría
La mano que le oprimía
Como un grillete de hielo.

¡Oh! ¿qué espera entónces ya
En esa mansión de muerte,
Si allí para siempre inerte
Su sola esperanza está?

¿Qué espera?—nada—¿y qué espera
Tampoco fuera de allí?
—¡Nada también!—¿porqué así
No ha de estar de esa manera?

Para él, ya iguales son
La muerte como la vida,
Después que la última herida
Le ha rasgado el corazón.

Cualquier pedazo de tierra
Le es igual á su pisada;
Si allí no hay nada—ya nada
Toda la restante encierra.

Y si no hay razón á fe
Que lo que ha sido deshaga,
Tampoco hay fuerza que haga
Arrancar de alli su pie.

Un sol y otro sol pasaron
Desde la noche fatal,
Y allí inmóvil, y allí igual
Siempre á Lázaro encontraron.

Pero al fin su banda fiel
Con la ausencia sorprendida,
Pisó la selva tupida
Resuelta á llegar á él.

¡Oh! ¡le amaban!—su pesar
Conmovió sus corazones,
Y con amigas razones
Le lograron apartar.

Y haciendo brazo piadoso
Del brazo que dá la muerte,
A aquel bello cuerpo inerte
Dieron en tierra reposo.

V

¡Ay! para siempre la infeliz Dolores
Duerme bajo la tierra funeraria:
Allí marca su tumba entre las flores
La cruz que se levanta solitaria.

Flores que nadie de la rama inerme
Corta jamás con mano inadvertida,
Porque los restos ¡ay! de la que duerme
Son los que alientan su inocente vida.

Y en bóvedas caídos, la ribera
Con su ramaje lánguido decoran
Sauces de destrenzada cabellera
Que en el sepulcro reclinados lloran.

¡Oh! muchas veces á la sombra de ellos
Lázaro se refugia tristemente,
Cuando con sus más débiles destellos
Vá declinando el sol al occidente.

Allí, sentado allí sin movimiento,
Fija sobre el sepulcro la mirada,
Como abismado al hondo pensamiento
De su lóbrega frente atormentada,

No habla, no se mueve, no se azora,
El mira, nada más; mira sombrío;
La salvaje ansiedad que le devora
Parece que anonada su albedrío.

Luego, cuando el crepúsculo ya espira,
Se aleja de la fúnebre espesura
Y por las huellas solitarias gira
Como un fantasma de la noche oscura.

¡Oh! siempre así, que en su dolor alienta
Y al fin si al menos su ansiedad no calma,
Su desesperación ya no se aumenta...
Porque no cabe más dentro del alma!

VI

En tanto allí la banda forajida
        Por mar y tierra asola
Con su terrible estrago la comarca;
        No hay una nave sola
Que no pague tributo á la partida;
El paso del canal es su guarida
Y desde el Plata al Paraguay abarca.

        Ellos viven dichosos
En su insensata libertad salvaje,
        Ricos y poderosos,
        Sin ley ni pesadumbre;
        La vida del saqueo
Pueden abandonar y el *bandalage,*

No es fuerza, no es deseo,
Pero roban y matan por costumbre.

¡Ah! pero la alegría ó la riqueza
Que compra el miserable
Con sangre ajena y con ajeno llanto,
Suele no ser durable,
Y antes á veces de gustar su encanto
En llanto y sangre á convertirse empieza:
Ellos gozan, y en tanto
Escatima el verdugo su cabeza.

El virrey orgulloso
Sabe de su guarida y sus horrores
Cuando sopla el espanto en sus oídos;
Ya los buques mejores
Y el jefe más famoso
Están á su palabra prevenidos;
La formidable flota
Desprende ya sus anclas de la arena,
Y en la noche serena
A la guarida en fin sus cascos bota.

El juró por Santiago
Volar aquel peñón de bandoleros,
Y á sus bravos guerreros
Habla de horrendo y de implacable estrago.
¡Nada quede con vida!
El mismo asi lo manda,
¡Oh! sobre todo, la primer herida
Al formidable jefe de la banda.

VII

¡Una vela! ¡otra más!...Los bandoleros
Las ven, y el grito de su alerta lanzan;
Ya desprenden los botes más remeros
Y en ellos juntos de tropel se avanzan.

Bogan sin reposar; ¡es presa, es presa!
Con agitada voz claman en coro;
¡Rumbo y al abordaje; á priesa, á priesa!
Son naves del Virrey cargadas de oro!

¡Y les ofusca tanto la codicia,
Que ni un presentimiento les advierte,
Pero carga de oro su avaricia
Las naves que el Virrey cargó de muerte!

Muy cerca están ¿qué súbita tormenta
Mancha con nubes el cristal sereno?
¿Es esa luz el rayo que revienta?
¿Ese fragor es el fragor del trueno?

¡Ah! son cañones del Virrey! bramando,
Fuego y metralla al abordar bomitan,
Y las audaces lanchas enfilando
Barren sin compasión y precipitan.

Una sola libró, la más pesada,
Que aunque velóz y poderosa era,
Para llevar los últimos dejada
Esperó mayor tiempo en la ribera.

¡Ah! cómo en toda su verdad pesaron
Aquél revés terrible de fortuna
y rotos y perdidos se encontraron
Sin esperanza de vencer, ninguna!

Y aunque allí cada uno era un valiente
Y de tentar morir hacía alarde,
Allí rumbo volvió, volvió la frente,
Como hace en las batallas el cobarde.

¡Volvieron ay!—pero al volver, jurando
Dar muralla de pecho á su guarida,
Y en los tupidos bosques batallando
Con estrago mayor vender la vida.

Y bajo el humo del cañón que impera,
Burlando la metralla de la flota,
Tocan por fin, saltando á su ribera
En esa confusión de la derrota.

VIII

¿Y Lázaro?—¡cosa estraña!
Solo en la isla quedando
No quiso tomar el mando
En aquella última hazaña.

Al marchar les habló así:
—Id, lo que es yo, yo me quedo!
Quien piense que abrigo miedo
Venga á decírmelo á mí.

Que si alguno á trance tal
Osa arrojar su demencia,
Le hará mudar de creencia
La punta de mi puñal.

Sobra con vuestro coraje
Para el triunfo.—Ved, que quiero
Que mande aquel que primero
Pise un puente al abordaje.

Si mala seña se advierte,
Que vuele un aviso aqui:
Muy cerca están, yo iré allí
Para hacer cambiar la suerte!—

Y queda en su desconsuelo
Como siempre, al caer el día,
Bajo la rama sombría
Del sauce que toca al suelo;

La barba en el arcabuz,
Sobre la mano apoyada,
Y aquella honda mirada
En la solitaria cruz.

Allí para él el mundo
Sintió del alma borrado,
En el dolor abismado
De su martirio profundo.

¡Ni el rugido del cañón
Llegó á despertar su oído,
Tan hondamente absorbido
Estaba su corazón!

¡Oh! ¡no piensa en ellos más.
Al que lanzado á un abismo
No le importa de sí mismo,
¿Que le importan los demás?

IX

¡Ay! como vivos despojos
Del estrago de la flota,
Los que huyeron en derrota
Miró de pronto á sus ojos.

El primero se avanzó
Con paso postrado y lento,
Y en su conmovido acento
Estas palabras habló:

—Lázaro, tú lo has mandado,
Traémos el parte, ya ves;
¡Ah! pero somos los tres
Los únicos que han salvado!

Que importa la descripción!
Los demás han perecido;
Lanchas y todo ha barrido
La metralla del cañón.

Las naves que tan apriesa
Entrar al canal miramos
Y que en mala hora soñamos
La más magnífica presa.

Son una flota atrevida
De invencible intrepidez
Que avanza en fin de esta vez
Á volar nuestra guarida.

Hemos huído al enemigo,
Porque luchando mejor
Y entre un estrago mayor
Queremos morir contigo.

Basta!—la tarde es oscura,
La lucha al valor da creces,
Y vale un hombre diez veces
Batallando en la espesura.—

Y en verdad tiempo ya era,
Que en torno á la isla salvaje
Las lanchas del abordaje
Tocaban á la ribera.

Tiempo ya, que reventaban
Algunos tiros certeros
Que al grupo de bandoleros
Por las voces asestaban.

Y una bala de arcabuz
Por medio de ellos silbando
Atravesó, derribando
Sobre el sepulcro la cruz.

X

Cuando el angustia que el alma llena
Ni alivio busca ni encuentra ya,
Sin que el exceso de tanta pena
Halle un imbécil al despertar,

¡Oh! cómo vuelve cansado y frío
Para su odio, para su amor,
La mano lánguida con que el hastío
Oprime entonces el corazón!

En desmayada quietud sombría
La carne postra y en languidez,
Y acaso el alma la fuerza ansía
Que en los instintos pese también.

Venga la vida, venga la muerte,
Que igual fortuna promete allí,
Con tal que aquella quietud inerte
Tras de su ráfaga no agite al fin.

Es que la tierra llama á la tierra,
Cuando este barro del corazón
Carcome el lazo con que la aferra
Fuera del centro su odio ó su amor.

Así ya Lázaro, que le aniquila,
Siente una extraña fuerza tenaz,
Y en esa inmóvil quietud tranquila
Tan fija muerte soñó esperar.

¡Oh! pero ¿y ellos? ¡jamás; no puede
Sino entre bravos morir también!
Y aunque á su peso su alma cede
Se alza y les guía con firme pie.

Mas no es ya entonces aquel salvaje
Lázaro, intrépido, vivo y feroz,
Que en los horrores del abordaje
Llevaba el triunfo donde pisó.

¡Es del hastío la sombra ahora;
Como una máquina siguiendo va,
Porque en la angustia que le devora
Le es á la vida la muerte igual!

XI

¡Ay! la lumbre del día
Antes sobre la isla tremolaba,
Su cielo embellecía
Y en ella despertaba
El inquieto rumor de la alegría.

Hoy, su horizonte dora
Con el primer color que el alba vierte,
¡Ah! pero solo ahora
La quietud de la muerte
Bajo los sauces agobiados mora.

La noche y la batalla
Disipa el sol, y en el mortal sosiego
No silba la metralla
Ni rompe el aire el fuego:
Cuando el soldado cae, el arma calla.

Y ellos, todos cayeron,
Vencidos por el número de esclavos
Que cual niebla crecieron;
Pero libres y bravos
Muertos y no rendidos sucumbieron.

Ruda fué la pelea;
La isla de cadáveres poblada
Con roja sangre humea,
Y á balazos rasgada
La costra de los árboles blanquea.

XII

Mas él, ¿donde ha caído
Que nadie en torno su cadáver halla?
¡Es extraño! no ha huído,
Pues su voz se ha sentido
Hasta el último instante en la batalla.

Pero ya cuando en ella
Las armas con el triunfo enmudecían,
Del fondo de una huella
Tras de la selva aquella
Las balas más mortíferas partían.

Tal vez el bandolero
Era, que en retirada descargando
Disparo tan certero,
Por oculto sendero
Iba refugio ó salvación buscando.

De ribera á ribera
Rastrearon palmo á palmo la guarida.
¡Oh! todo inútil era,
Sin que Lázaro fuera
Presentado al virrey, muerto ó con vida

Y en vano su pisada
Escatimó á su rumbo el más ladino;
Ni en la yerba marcada,
Ni con sangre regada,
Pudo ser descubierta en el camino.

¿En vano?—no; de cierto,
No ignoran que buscarle inútil sea
Entre su hogar desierto:
No; ni herido ni muerto,
Lázaro no ha caído en la pelea.

Allá en lo más distante,
Donde se alza una cruz en la colina,
Como seña bastante,
Caliente y humeante,
Hallaron su terrible carabina.

Y esa cruz que arrancada
Fué por el plomo que silvó primero,
Allí de nuevo alzada,
Dejó en la tumba helada,
Como última caricia el bandolero.

Era él. Un soldado
De guarda en el más próximo navío
Vió un hombre que arrojado
Iba salvando á nado
Sobre las ondas el canal del río.

Al través del ramaje
Le vió saltar después en campo abierto
Con pasmoso coraje
Sobre un potro salvaje
Que se perdió, bramando, en el desierto.

XIII

Las espantosas plagas de la tierra
El hombre todas á burlar alcanza;
Un paso más sobre la tierra avanza
Y un paso lejos de la muerte va:

¡Ay! pero aquel pesar de los pesares
Que se esconde en el alma estremecida,
¿Quién puede sacudirle de la vida,
Si en cada soplo de la vida está?

Nadie logra arrancarse de su alma
Sino con el poder de la demencia,
La memoria, el sentido y la conciencia.
¡Lázaro, todo eso es tu dolor!
¿Dónde irás, infeliz, que no te siga
El salvaje pesar que te enloquece?
La sombra de los pies se desvanece
¡Ay! pero ella, la del alma, no!

LA FIBRA SALVAJE

AL EMINENTE LITERATO DON MIGUEL CANÉ

« Hay vidas que se parecen á la yerba solitaria que nace en medio de las arenas abrasadas por el sol ».

Cora, por Miguel Cané.

CANTO PRIMERO

EL ALMA ERRANTE

I

Es triste y suave tu fulgor, viajera
De la fúnebre noche solitaria!...
Intima es tu plegaria,
Oh brisa pasajera,

Que vas de rama en rama sollozando
El lastimero adios de tu partida!...
    ¡Remedo de la vida,
Que entre flores y espinas va cruzando,
    Los recuerdos llorando
De la inocente juventud perdida!

Tú, dulce brisa, la invisible huella
Que hasta el confín de tu natal desierto
    Guía tu rumbo incierto,
¿No vuelves á cruzar? ¿En él acaso
Mueres tal vez como la vida, y ella
    Como tú, su camino
Sigue también que la marcó el destino?

¿Quien sabe al fin, oh brisa pasajera,
Quien sabe al fin si le cortó en el suelo,
    Y tu vuelo y su vuelo
Son soplos de una ráfaga precaria?...

Es triste y suave tu fulgor, viajera
De la fúnebre noche solitaria......
¡Oh! cuántas veces, silencioso guía
    Del peregrino errante,
    En su breñosa vía
Las sombras disipó!... Sabe su pena,
    Que en la noche de calma
Acaricia en sus ojos su desmayo:
    El es su amigo rayo,
    Si en el seno del alma
Que la conciencia de la angustia llena,
    Aún afecto inspira
Lo que de el rencor muere ó respira!
....

Llevas la angustia en la abatida frente
Como una noche, errante peregrino:
    El sol de tu destino
    Se hundió ya en occidente
Para no alzarse más en tu camino!

II

Sobre la inmensa llanura,
Sobre la pampa desierta
En la noche solitaria
El casco de un potro suena.

¡Un jinete!—Campo abierto
Al rumbo de su carrera!
Los ojos que así relucen
La muerte en el alma llevan.

¡La muerte!—¡sola esperanza
Que á aquel corazón alienta,
Cruzando como un espectro
Sobre el polvo de la tierra!

III

El es! Tan honda amargura
Solo vierte su mirada,
Mirada inmóvil, que llora
Todas las penas del alma.

No es el rayo de la luna
Que en redor incierto vaga
La palidez que su rostro
Melancólico desmaya.

No son la herencia del tiempo,
No son del vicio la marca
Las hondas huellas que surcan
Su frente desesperada.

No es la aureola del martirio
Que ciñe la sien escuálida
Cuando el corazón rompieron
Las tempestades del alma:

Cuando el pesar incesante
Despliega en torno las alas
Y por siempre de los ojos
El amigo sueño aparta;

Cuando el porvenir sombrío
La mente desesperada
Ve, cual noche sempiterna
Sin un rayo de esperanza,

La maldición que se anida
En el fondo de aquella alma
Y que el mundo ante sus ojos
De sombra y de nieve baña,

No es el amor marchitado
Al soplo de la desgracia,
No es la ilusión de la vida,
Que el desencanto arrebata,

No es la ambición, no es el odio,
No es pasión del alma humana,
Lo que en aquel seno mudo
Tan horrendo abismo cava.

¡Ay! es la soledad, es el desierto
Que se extiende en el alma del suicida:
Esa completa ausencia de esperanza,
Ese invencible hastío de la vida,
Ese abandono yerto
En que el alma se entierra,
Y sin buscar donde su rumbo alcanza
Se arroja en el naufragio de la tierra:

¡Aquel hondo desdén donde se arrumba
    El hombre sin destino
Que busca en cada palmo del camino
El miserable albergue de una tumba!

IV

Él amó á una mujer, porque en la vida,
Intima vida que contó á su oído
La voz de esa mujer enternecida,
    Halló el ángel caído
    Que á confundirse alcanza
Con ese ensueño de la edad primera;
    Porque Lucía era
El tipo celestial de su esperanza;
    Imagen de dulzura,
Visión de inmenso amor y de heroísmo,
De angélica piedad y de ternura,
    El la soñó en el cielo,
    El la buscó en el mundo
En el insomne afán del desconsuelo,
Y en el delirio del amor profundo.
    Cuando la vida avanza
Y el fátuo sol de la ilusión se aleja,
Cuando el último rayo de esperanza
En el refugio del hogar nos deja,
El la buscó para la dicha sola
    De un alma combatida;
El la soñó para el hogar sereno
Donde el ideal de la ilusión se anida;
Y la encontró, para su amor perdida,
En el sagrado del hogar ajeno.

Y así aquel sólo y último y primero
    Lazo que ataba al mundo
    Su corazón inerte,
Rompió también en su dolor profundo

Para no hundir la luz de aquel lucero
En la eterna tormenta de su suerte.
Y huyó con el recuerdo dolorido
Su tierno amor y su natal ribera,
Con la conciencia de imposible olvido
Y á morir lejos de su hogar siquiera.

Pero al partir, su alma lacerada
Estalló en el dolor que la roía;
Y como último adios, mandó á Lucía
Las frases de esta carta desolada.

LUCIA:

Oyeme por piedad. Deja que lleve
Sobre la onda de la brisa leve
    Que se estrella en tu oído,
El canto de este amor que mi alma bebe
    En la fuente del cielo;
    En ese insomne anhelo
De infinita ventura, que la mano
    De Dios omnipotente
    Encendió en nuestra frente
Como diadema del linaje humano.

Creí que la celeste simpatía,
    Que hasta tí me arrastraba,
Era inocente afán del alma mía,
Que el valor de tu alma comprendía
Y con sencillo afecto lo pagaba.
Creí después que tu inspirada frente,
Y la nobleza de tu rostro bello,
Y aquel divino escorzo de tu cuello,
    Y aquel fulgor ardiente
    De tus ojos sombríos,
Eran visiones de los ojos míos;
    Una ilusión ligera

De la amistad galana
Que perfuma y que viste
Al noble objeto de su fe primera
Con el misterio de la tarde triste
Y el purísimo albor de la mañana.

Y en aquel insensato desvarío
Donde el amor que empieza
Confunde la amistad y la ternura,
El poder seductor de la pureza,
Y el prestigio fatal de la hermosura,
Perdí mi corazón que te seguía,
Perdí mi corazón que te soñaba
Y en torno de tu atmósfera vivía,
Y con tu dulce aliento me embriagaba.

Y todo eso era amor. Mi alma entera
Se refugió á mi seno sollozando.......
¡Ah! todo, todo era
Extasis celestial del sentimiento,
Que en cada melodía de tu acento
Iba mi corazón avasallando!

¡Te amé! ¡Te amé en el alma! ¿Qué valdría.
Sin esa lúz tu espléndida hermosura?
Lo que valdría el mármol de Carrara
En la veta más pura
Antes que la creación de Miguel Angel
Con su cincel divino lo animara!

¡Tiempo de agitación! ¡Oh, cuántas veces
Se volcó en un suspiro
La palabra del amor sobre mi labio,
Y el temor del agravio
Dándole en mi sonrisa extraño giro,
La refugiaba al seno
Del miserable corazón amante
Que te halló como un astro radiante
En el sagrado del hogar ajeno!

¡Tiempo de agitación! La vida mía
Era como las olas del oceano
Que se destrozan sin cesar y envano
    En la roca sombría.
El mundo todo, la creación entera,
Yo con tu imagen celestial llenaba,
    Y mi existencia era
Como el reflejo de tu luz fulgente,
    Que estrellado en mi frente
Bajo mi sueño mismo centellaba.

¡Pobre de mí! Bajo la luz incierta
Del rayo melancólico y postrero
    De una tarde de Enero,
    Te soñé adormecida.
Y si eres bella como un sol, despierta,
¡Oh, más hermosa te encontré dormida!

¡Ah, con qué inmensa y celestial ternura
Sonreía tu labio suavemente
    Irradiando en tu frente
El puro albor de tu infantil dulzura!

Como una melodía era el murmullo
    De tu leve respiro,
Y era como el arullo de un suspiro
De tu aliento purísimo el arrullo.

En majestuoso escorzo reclinado
Tu cuello de alabastro se doblaba;
    Y el brazo torneado
    Oculto en la hechicera
Cascada de tu blonda cabellera,
Tu frente pensativa rodeaba.

¡Pobre de mí! Tu palpitante seno
Como la espuma del mar en calma
    Se agitaba sereno,

Y al dar cada latido
Tu corazón querido
Llenaba con su música mi alma!

Y yo tu aliento angelical bebía,
Y tu inspirada frente acariciaba,
Y en ver me embebecía
Que tu granado labio sonreía
Si mi nombre á tu oído murmuraba,

Sobre tu rostro bello
Vagaba como un soplo el alma mía,
Y en tu dormido párpado posaba.
En torno de tu cuello
Sus temblorosas alas oprimía,
Y en mecer me encantaba
Las ondas de tu espléndido cabello.

¡Y cuando el alma loca
Iba á posar su vuelo
En el risueño nido de tu boca,
Como extraviada tórtola que gime,
Se disipó mi cielo
Y desperté de mi ilusión sublime!

Y al despertar, creí que el pensamiento
Era esclavo del alma, y que podía
Dominar la razón al sentimiento:
Y aquel demente amor que me agitaba,
Sofocar en mi seno prometiendo,
A buscar tu palabra me lanzaba,
En tu hogar codiciado me absorbía,
¡E iba en aquella atmósfera bebiendo
El inmenso dolor que me embriagaba!

¡Te amé! ¡La lengua humana
A definir no acierta
Este vago deliquio de ternura,

Este secreto arullo
De insólito murmullo
Que con tu nombre al corazón despierta;
Este insondable afán que el alma loca
Me lleva sin reflejo de esperanza,
Donde la fibra de tu carne toca,
Donde tu luz de pensamiento alcanza!

¡Qué agitación! ¿No viste la doliente
Madre del moribundo,
Muda, pálida, inmóvil, azorada,
Enterrar la mirada
Sobre la mústia frente
Donde un soplo mortal la roba un mundo.......
Y mira al hijo y sin cesar le mira
Y no arranca un lamento
Ni llora ni suspira?...
¡Tiempo de horrendo afán! ¡Tiempo de calma
Que pesa sobre el alma
Con el dolor de la existencia entera!...
¡Por fin el huracán del sufrimiento
Saltando la barrera
Que soporta en el alma duelo tanto,
Con grito horrible se desborda en llanto!

Así el intenso amor, así el intenso
Profundo afán inmenso
Que rebosó en la valla
Del sufrimiento mío,
Rompe su dique de dolor, y estalla
En este pobre corazón sombrío,
Que le ocultaba en vano,
Olvidando que era
Un miserable corazón humano.

¡Así siento el amor!... Aunque mi alma
Muerta para las viles ambiciones

Y ardientes ilusiones
Que brinda la vorágine del mundo,
Parece emponzoñada y recogida
En el dolor profundo
Donde el frío misántropo se encierra
Para odiar en la vida
Cuanto á sus ojos engendró la tierra.....

¡Si mi pálida frente
No surge en la marea del gentío,
Es que no encuentro halago
Adonde brilla la mirada ardiente,
Donde suena el suspiro,
Donde se ostenta aliciente mago
De un mundo de bellezas
Que á los demás con su prestigio encantan,
Y que en mi alma, rota
A toda sensación que en tí no brota,
Ni asombro inspiran ni ilusión levantan!

Si la palabra mía
En el certamen popular no suena
Donde la luz que el pensamiento alumbra
El corazón deslumbra,
Y en fuego se convierte
Que ofusca y enagena,
Y arrebata á la gloria y á la muerte;
Si mi alma impasible
A todo afán del suelo
Jamás tendió tras la fortuna el ala,
Ni rastreó su vuelo
Por donde el cetro del poder se escala;
Si mi pie solitario
No pisó en el calvario
De aquellas tenebrosas ambiciones
Donde un mundo sin fin de sensaciones
Lanza al que no halla con tus ojos bellos
Y con tu vida de su amor esclava

Satisfecha la sed de su riqueza,
Es que el encanto de su mundo empieza
Donde el encanto de mi mundo acaba.

¿Qué guarda la fortuna,
Qué promete la gloria
Ni la vana ilusión del poderío?...
¿Un tesoro, un renombre, una corona?...
¡Oh! quede en paz el pensamiento mío,
Si con la gloria y la fortuna entera
Que sobre el mundo á recogerse alcanza
No me es dado siquiera
Levantar del abismo mi esperanza!

Si te perdí en el mundo,
¿Qué estrella de la suerte
Puede alzarme á los cielos la mirada
Desde esta urna de dolor profundo?...
Si probé en mi existencia desolada
La inmensa desventura de perderte!...

¡Tú no eres para mí!... y el alma loca
A tu alrededor enamorada gira,
Y mi mano te toca,
Y mi trémulo lábio febriciente
Se nutre en el ambiente
Donde tu aliento abrasador suspira!...

¡Tú no eres para mí!.. ¡y el mundo, el cielo,
Todo se me refleja en tu mirada,
Y con febril anhelo
Envidio el polvo del humilde suelo
Donde deja su rastro tu pisada!...

¡Tú no eres para mí!... y el pecho mío
Donde golpea en vano
Toda ambición del corazón humano,
Tiembla como una gota de rocío

Cuando en el aire leve
Como el rumor de lánguido follaje
Ondulante se mueve
El voluptuoso pliegue de tu traje!...

Me siento vacilar. Un alma sola
Con tan enorme tempestad no puede,
Y ya la mía cede
Al vaivén formidable de la ola......

Me siento vacilar. Escucho en calma
Los huracanes que mi pecho baten:
El ángel y el demonio que combaten
Por conquistar mi alma.......
Me siento vacilar. Mi mente avanza
Al imán seductor de tu belleza,
Y como un faro á iluminarme empieza
Un siniestro reflejo de esperanza.......

¡Ah, no, jamás! La seducción cobarde
No profana la senda del martirio
Donde reluce y arde
La religión divina de lo bello
Que ha orientado mi planta en tu camino
Al sublime fulgor de su destello........

¡Sálvate! Adios! La noche más oscura
Enlute mi esperanza y mi existencia,
Antes que la pasión en su demencia
Envenene la paz de tu alma pura.

Adios, mi planta de tu umbral se aleja,
Y como aquel que para siempre deja
Los templos de su tierra en lontananza,
Mi corazón partido
Deja á la puerta de tu hogar querido
El último fulgor de su esperanza.

« Mi corazón es fuerte
Porque su fibra se templó en el mundo
Bajo el tremendo golpe de la suerte.
Mi alma recogida
En su dolor profundo
Puede con el naufragio de mi vida.
¡ Adios ! Solo y errante
Cruzaré sobre el polvo de la tierra
Con máscara de dicha en el semblante,
Y sofocando un corazón maldito
Que como atroz delito
El más sublime amor del alma encierra.

V

Así escribió con mano estremecida
El doloroso afán de su destino,
Y lanzó su camino
Al azar miserable de la vida.

VI

El es, ¡ Ezequiel ! Su rostro
Un rayo de luna baña:
El es, que tanta amargura
Solo vierte su mirada.

Desierto sendero cruza
Sobre el caballo que marcha
Con la brida á la ventura
En el cuello abandonada.

Mudo, impasible, sombrío,
Jamás los ojos levanta:
Que negra tormenta abruma
La frente al pecho inclinada,

Acaso léjos su espíritu
Á otros mundos arrebata,
Acaso le abisma solo
En la idea que le embarga:

Acaso, como las hojas
Que el viento lleva en sus alas,
Sigue el impulso de vida
Que sobre el mundo le arrastra.

Con la rienda á la ventura
¿Qué importa si al fin avanza
Á algún palmo de la tierra
Que no es tierra de su patria?

Y bosques, valles, colinas,
Y campos y campos salva,
Que bálsamo de su angustia
Creyó el tiempo y la distancia.

¡Oh! la quietud del retiro
Y la soledad callada
Son las únicas dos fieles
Amigas de la desgracia.

¡Que es dulce al insomne espíritu
Con una memoria grata
Llenar las horas del tiempo,
Del tiempo sin esperanza!

Allí la imagen confusa
Con nueva vida engalana,
Suave armonía la presta,
La luz que la iluminaba;

Y al pulsar las muertas fibras
Las sensaciones borradas,
Vivo suspira en la gloria
De su dicha envenenada.

Mas ¡ay! de aquel sin ventura
Que allá en su pasado guarda
Solo un recuerdo maldito
Que en vano en borrar batalla.

La soledad y el retiro
Que la fiebre intensa calman,
En la mente desarrollan
La honda idea que la embarga.

¡En vano entónces el que huye,
Huye el siniestro fantasma
Que al corazón va ligado
Como la sombra á la planta!

¡Pobre Ezequiel! Su martirio
Le sigue á tierras extrañas;
¡No está en su patria el recuerdo,
Que vá el recuerdo en su alma!

VII

De fatiga al fin rendido
Su noble caballo *pampa*,
En el declive de un valle
El casco sonoro para.

Tal vez el suelo que pisa,
O el aire que absorbe extraña;
Tal vez el instinto solo
Le ha detenido en su marcha:

Y abre la naríz fogosa
Y el cuello altivo levanta
Y en el campo que atrás deja
Los despiertos ojos clava.

Es el instinto salvaje
Que en secreta voz le llama
Al pisar la última legua
De su nativa comarca!

VIII

Paró. Del sombrío éxtasis
Vuelve Ezequiel que le embarga,
Y al fin la severa vista
En redor inquieto vaga.

¡Oh! cuán bello cuadro hiere
La última lumbre de nácar
De esa luna que semeja
Que en el desierto rodara!

Allí la inmensa llanura
Como una mar de esmeralda
En el confín del oriente
Sublime y desnuda acaba.

Aquí el bosque gigantesco
Borda la loma empinada
Como desigual cadena
De ennegrecidas montañas,

Y el hondo arroyo tranquilo
Que abre la tierra abrasada,
Como herida de su seno
Sin término se dilata.

Allá la huella tortuosa,
Que del quieto valle arranca,
Trepa la loma vecina
Como una sierpe de plata,

Y entre las yerbas ya oculta
Muere trémula y borrada
En el mirage del campo
Que finge arroyos de nácar.

Allá, trepado á la cima
De su salvaje montaña,
Como un genio del desierto
San Lorenzo se levanta.

¡Y todo, bajo aquel cielo;
Todo, en la armonía y calma;
Todo, en el suave desmayo
De la noche solitaria!

IX

El no goza en su belleza;
Y con decidida planta
Y el caballo por la brida,
El bosque costeando baja.

Ha visto lumbre en un rancho,
Y hasta su puerta se avanza
Tal vez á indagar el rumbo
Que ha descuidado en su marcha.

La humilde luz que ilumina
Aquella fúnebre estancia
En el corazón de un bosque
Sin sendero, abandonada,

Y el pobre lecho que apenas
Al débil fulgor se alcanza,
Un ser humano traicionan
Que habita aquella morada.

Entra, mas nadie responde
A su voz. De nuevo llama;
Y el eco solo repite
La nota de su palabra.

Y él, sin temor ni recelo,
Sobre aquel lecho descansa,
¡Esperando el rumbo fijo
Que el destino le guardaba!

Canto segundo

LA FUERZA DEL DESTINO

I

Íntimo y afanoso sentimiento
De extraña y melancólica ternura,
Ráfaga de suavísima frescura,
Armónico latir del corazón,
Risueña imagen de soñada vida,
Onda suave de insondable calma,
El seno misterioso de su alma
Con desmayado ímpetu agitó.

Vaga, voluptuosa y conmovida,
Leve y profunda languidez serena,
Deliquio incomprensible, vena á vena
Tembló en su sangre de la frente al pie.
Hondo suspiro levantó su pecho
Errando sobre el labio vacilante,
Y sintió por su pálido semblante
Dos abrasadas lágrimas correr.

El tenebroso vértigo inclemente
Que en su sombrío espíritu pesaba
Sintió que de su seno se arrancaba
En pos de aquella lágrima fugáz;
Y en plácida quietud la razón fria
Y el corazón que emponzoñó el veneno
A un tiempo alegre de ternura lleno
Sentía sollozando despertar.

Y era aquel gérmen de insondable encanto,
Como el secreto son de un eco amigo
Que en el fondo del alma humilde abrigo
Buscára á la promesa de su fé;
Como un recuerdo misterioso y puro;
Como infantil y dulce sentimiento
Nacido en algún otro pensamiento
Que respondiese al pensamiento de él.

Y libre así del infernal hastío
Que su abatido corazón desgarra,
Pulsa una meláncolica guitarra
Que sola allí desamparada halló:
Triste preludio, fúnebre preludio,
Arranca de la cuerda estremecida,
Y con voz sollozante y conmovida
Entona esta tristísima canción:

Á LUCIA

¡Dáme una lágrima, solo una lágrima!
¡Ah, no! no puedo darte un pesar! . . .
¡Dáme un instante de tiempo rápido,
Ya que te he dado mi eternidad!

¡Dáme un recuerdo! En él, cuán íntimo,
Íntimo, piensa que es mi dolor,
Cuando el futuro maldito y lóbrego
Ya espera inmóvil mi corazón.

¿Qué es el futuro? Es noche lúgubre,
Noche de nieblas, noche sin fin;
Perdido y solo mi errante espíritu
Se agita en ella sin porvenir.

¡Allá en su eterna quietud fatídica
Oh! nada al alma conmueve ya.
¡Solo un recuerdo, recuerdo fúnebre,
Como ella misma, siempre inmortal!

Y no maldice. Su gloria única,
—Tu dicha—compra con su dolor.
Tú te has salvado; errante y huérfana,
Busca ella el rumbo que se trazó.

« ¡Ay! donde lleve mi planta trémula,
Con mis pesares arrastraré
Tu sombra muda, que vá en mi ánima.
Tú, ¡ni un recuerdo de mi tal vez!

Dáme una lágrima, solo una lágrima!
¡Ah, no! no puedo darte un pesar,
¡Dáme un recuerdo del tiempo rápido,
Ya que te he dado mi eternidad!

II

Con tímida y rasgada melodía
Que suspende y oprime el corazón,
Retemblando en la atmósfera sombría
Triste sollozo de ansiedad rompió.

Un momento siguió de mudo espanto,
Cual si una vida en él llevado hubiera.
Profundo luego y comprimido llanto
Estalló en una queja lastimera.

Llanto de honda, emponzoñada fuente,
Que el pesar en secreto alimentó,
Que como un manantial de lava hirviente
Colmó de las entrañas el temblor.

Llanto de misterioso y escondido
Amor, que el alma adormecida ignora,
Y en apagado eco y abatido
Sus triunfos canta y sus caídas llora.

Llanto que con el vivo pensamiento
Rompe, que el alma atónita llenó,
Penetrando en el rayo de un momento
De un mundo suspirado al corazón.

Mundo que su vago y nebuloso ensueño
Miró y dejó el espíritu al pasar;
Y ora que en él por fin despierta dueño,
Sus dichas todas desparecen ya!

Llanto que el alma á enloquecer alcanza
Con el bárbaro grito del dolor:
Llanto de meláncolica esperanza,
Llanto de rota y última ilusión.

Y una voz dolorida y sollozante
Que el caudal de las lágrimas cortaba,
Así exclamó con eco penetrante
Que el espantado corazón helaba:

—¿Quién eres tú, que el alma estremecida
Se refugia, al oirte, en la memoria,
Buscando inquieta en la pasada vida
La misteriosa cifra de tu historia?

¿Por qué tu meláncolica mirada
Siento que me acaricia el corazón
Con la imagen confusa y agitada
De un sueño hermoso que en la noche huyó?

¿Quién eres tú, que con poder secreto
Encadenas á tí mi voluntad,
¡Oh! y á encontrarte, en su delirio inquieto,
Mi espíritu me arrastra á mi pesar!

¡Y del oscuro ángulo surgiendo
Velada en negra ropa una mujer,
A su invisible fuerza obedeciendo
Se abrazó á las rodillas de Ezequiel!

Las fibras todas de Ezequiel temblaron ....
La voz á su garganta se anudó.......
¡Y en sus ojos sus ojos se enclavaron
Con expresión de espanto y de dolor!

Miraba aquella aparición, miraba
Aquella imagen mústia del pesar,
Y nunca de mirarla se saciaba,
En su profundo vértigo y afán.

Porque algo en ella misterioso había
Que su alma y su memoria sondearon,
Y que un recuerdo íntimo traía
De las risueñas horas que pasaron.

Y era de meláncolica belleza
El rostro de la pálida mujer;
Y un vagoroso rayo de tristeza
Las dulces formas desmayaba en él.

Mústios los ojos del color del cielo
Preñados con sus lágrimas alzaba,
Y eternas noches de ansiedad y duelo
En su mirada inmóvil traicionaba.

La tez marchita de la frente bella,
Cual flor del aire que al caer se hirió,
Arida y sola y enterrada huella
Surcaba, contrayendo su dolor.

¡Oh, tanta pena y desventura tanta
Un alma sola fatigaba allí!.....
Al peso del dolor que la quebranta
Ya la suya Ezequiel siente morir.

Y habló por fin, que el hondo sentimiento
Más fugáz es cuanto más hondo es;
Que á no pasar, meteoros del momento,
¡Ay! matara el dolor como el placer!

—¿Quien eres tú? Mi alma es fría y triste,
Y en toda el área de la tierra oscura
Un ser tan solo que conmueva existe
El seco manantial de mi ternura.

Tu vos ha desmayado el alma mía,
Tu pena me ha partido el corazón.
Si eres Lucía, sombra de Lucía,
¿Quién á mi ingrata senda te arrastró?

¡Ay! ¿qué dolor inmenso tu hermosura
Marchitó con tu alegre juventud?
¿Quien en sombría noche de amargura
Hundió aquel astro de dorada luz?...

Dijo; y el bronce de su ceño eterno
Una helada sonrisa despejó
Pero era una sonrisa del infierno
Que formaba en sus lábios el temblor.

Sonrisa loca del feroz intento
Que cumplido, al pensar, ha visto el alma,
Y jura en la conciencia el pensamiento
Con invariable y espantosa calma.

El hastío á su alma dado había
Fuerza para diezmar la humanidad,
Y acaso en su desgracia combatía
La sorda voz que le llamaba al mal.

Pero ¡ay! ya del ser que ha profanado
Lo que él en su desgracia respetó;
Acaso el solo escudo levantado
En medio de su angustia y su furor!

No era ya el génio oculto del destino
Quién su rigor en su ansiedad cebaba;
Era un sér como él, que en su camino,
Provocando su cólera se alzaba:

Frenético y sombrío sentimiento
Que no ya sin temblar sondeó tal vez;
Implacable y helado pensamiento
Que un nuevo surco lapidó en su sien.

¡Ay! del que ya sin esperanza alguna
Va errante en el desierto de la vida!
Pero ¡ay! de la mano que importuna
Agitó la ponzoña de su herida.

Por eso una sonrisa el ceño eterno
De su pálida frente despejó,
Pero era una sonrisa del infierno
Que formaba en sus lábios el temblor.

III

Hondo, fúnebre lamento,
Queja del alma partida,
Negra imagen de la vida,
Breve historia del dolor,
¡Pobre mujer! con las sombras
De su pasado en su mente,
Así la angustia presente
De su seno la arrancó.

¿Ezequiel?... ¡Santo Dios! ¡ah! tu voz era,
Que viene á despertarme en mi agonía!...
¿Por qué en tí, vida mía,
La última, la sola, la primera
Ilusión hallo al fin, cuando el impío,
El horrible tormento,
Secó en mi corazón el sentimiento,
Fatigó mi hermosura
Y encadenó la suerte mi albedrío?...
Cuando desprecio ó lástima te inspira
La que finge esperanza en su quimera
Su triste desventura,
Y sola y verdadera
Ahora entre los dos alzarse mira
Insalvable barrera!

¿Me amabas? es verdad ¡Oh! la memoria
Llora en mi alma afligida
La dolorosa carta de tu historia
Que iluminó la noche de mi vida.
Tú en ella, un meteoro,
Un meteoro pasajero fuiste.
Intima era y ardiente
Tu palabra de amor, pero tu frente
No sé qué horror secreto desmayaba.

Y yo que te adoraba
Oí tu último adios! El inclemente
Tiempo corrió; corrieron
Largos años con él, y ya mis ojos
A hallarte sobre el mundo no volvieron!
Te alzaste y te perdiste
En la noche de paz meteoro triste!

....

¡Ah! ¿por qué entre los hombres confundidos
Séres arroja sobre el mundo Dios,
Que con humanas formas concebidos
Tienen todo de fiera el corazón?

Entes sin alma, formas con instintos,
Sarcasmos de la idea omnipotente
Y que no llevan, para ser distintos,
La eterna maldición sobre la frente!

Julio; ¿te acuerdas de él? ¿Por qué, Dios mío,
Le entregué como esposa el corazón,
Si el sacrílego mónstruo, si el impío
A un abismo de infamia me arrastró?

¡Ay! al correr de mi pesar la historia
Estalla el alma de dolor transida,
Porque se alzan con ella en mi memoria
Las horas más horribles de mi vida!

Escucha: la vergüenza y el despecho
Mi sangre encienden que el pesar heló.
Oye: que acaso en tu abatido pecho
Dé un latido por mí tu corazón.

—Era ya entrada una noche,
La más siniestra y oscura
Que sobre el campo desierto
Desplegó sus álas mústias,

Triste mi alma y despierta
Velaba con su amargura
En la soledad tranquila
De aquella estancia desnuda.

De inquietudes y tormentos,
De terrores y de angustias,
¡Ah! ya mil noches como ella
Pasé abandonada y muda.

Yo no lloraba su ausencia,
Que me era ya una fortuna
Desde aquel día funesto
Que unió mi vida á la suya,

Lloraba la crueldad solo
De mi ingrata estrella oscura
Que unió al suyo mi destino
Con tan pesada coyunda!

Hirió de pronto mi oído
Una algazara confusa
Donde escuchaba el acento
De su voz áspera y dura.

Trémula y de horror transida
Salté del lecho desnuda,
Y ensordeciendo la planta
Temerosa y mal segura,

Y ahogando, ahogando en el pecho
Los suspiros de mi angustia,
Escuché con toda el alma
Estremecida en mis dudas.

¡Qué horror! !aquellas palabras
No dejan mi oído nunca!
¿Por qué allí la muerte misma
No acabó mi desventura?

Julio, sí, era él; su mismo acento
Llegó trémulo y sordo hasta mi oído
Sellando con horrible juramento
El pacto infame que escuché cumplido!
¡Qué horror! Aquella noche de tormento,
Ya al juego todo su caudal perdido,
Abandonada al sueño me creía
Y á otro hombre, miserable, me vendía!

¡Ah! no soñé. Despierta en mi pavura
Sentí el siniestro recontar del oro,
Y en el misterio de la noche oscura
A aquel cobarde huir con su tesoro.

Bien pronto hirió la fúnebre llanura
Del caballo el estrépito sonoro,
Que al golpe de su casco me anunciaba
La infamia y el horror que me dejaba.

Pero hay un Dios en el cielo,
Que á los débiles ampara,
Porque en ese instante horrible
Dió fuerza y valor á mi alma.

Corrí, corrí por los campos,
Loca, trémula, espantada,
Al favor de las tinieblas
Que protegieron mi marcha.

Huí sin saber á donde
Ya mis plantas me llevaban,
Por los ásperos senderos
Que destrozaron mis plantas.

No sé más. Desfalleciente,
Con la primer luz del alba
Desperté, bajo el amparo
De esta choza hospitalaria.

A mi lado, compasiva
Hallé una noble paisana,
Que protegía mi sueño
Como el ángel de mi guarda.

Al borde de una laguna
Me encontró ya desmayada
Y entre sus brazos me trajo
A esta choza solitaria......

Cuán eternas son las horas
Que corren en la desgracia,
Y en vano imágenes busca
Para pintarlas el alma.

La sombra de aquella noche
Me sigue como un fantasma,
Y no alejan sus terrores
Ni el tiempo ni la distancia.

¡Oh! déjame llorar, porque es mi suerte
Llorar desamparada y escondida;
Mi única esperanza está en la muerte,
Porque huyó la esperanza de mi vida.
Tal vez un rayo de su luz, al verte
Acarició mi alma estremecida,
—Ultimo resplandor de un astro amigo
Que al separarte seguirá contigo.—

Y aunque siento, Ezequiel, que el alma mía
Hoy que te pierde la infeliz, te adora,
No te pido el amor que sonreía
En tu mirada un tiempo abrasadora:
¡Ay! que aquella Lucía, la Lucía
No es que abatida y miserable ahora
Llora su angustia en el misterio impío
Que separó tu corazón del mío.

Y en un sollozo
La débil voz
Entrecortada
Desfalleció,
Sollozo íntimo
Del corazón.

IV

Y él habló con dulce acento
De suave y tranquila calma:
—¡Oh, qué hondo sentimiento
Vencía en aquel momento
La tempestad de su alma!

Hay un gérmen, Lucía, de ternura
En el seno del alma combatida,
Que eterno mana misteriosa y pura
Fragancia en ella de ilusión y vida.
Ráfaga virgen de inmortal frescura
Que en suave deliquio adormecida
Con un soplo de Dios despierta en calma
En la primera inspiración del alma.

Es el amor: como recuerdo vago
De única y pasada gloria incierta,
De amor ajeno al penetrante halago
Con su escondida eternidad despierta;
Misterio de dolor y encanto mago
Que loca el alma á definir no acierta,
Vagarosa, suspensa y recogida
En el secreto gérmen de otra vida.

Y así te amé, con la ilusión primera;
Y así te amé, con tan profundo anhelo,
Como si el alma recordado hubiera
Haberte amado ya bajo otro cielo;
Y que proscrita allí, de allí trajera
Con escondido afán entre su vuelo
La imagen ¡ay! que en su segunda vida
Halló á tu imagen celestial unida.

Y eras un ángel de inmortal belleza,
Y era loco el amor del alma mía:
Tu único tesoro la pureza,
Mi único porvenir noche sombría.
Noche, ¡ah! de fatídica tristeza,
En que, amándote, hundirte no podía;
Horrendo abismo de insondable angustia.
Que abrió una maldición en mi alma mústia.

Perderte ú olvidarte fué la suerte,
El solo porvenir que pude darte;

Y era inmenso mi amor para perderte,
Y era inmenso mi amor para olvidarte.
Y alejarme juré para no verte
Y en mi desierta soledad llorarte
Con la sola esperanza de la vida
Que en tí cifró mi alma combatida.

Partí partí, turbando la armonía
Que concierta las almas bajo el cielo;
Un solo sentimiento sonreía
En la horfandad de mi profundo duelo.
Él tan solo en mi alma sostenía
El valor y la fe del desconsuelo:
—Tú te salvabas,—y tu dicha sola
Era de mi martirio la aureola.

Te amé; ¡no llores ya. La noche triste
Con que veló mis glorias el destino,
¡Ah! no ya todo de tinieblas viste
Al corazón del pobre peregrino.
Un rayo melancólico aún existe
De aquel fuego inmortal, de aquel divino
Primer amor, que en la desgracia ruda
Más fuerte mi alma en tu alma anuda.

¡Pero es fuerza partir! oye; la suerte
Pide un momento más, alma querida!
¡Oh, sí, yo volveré! ya ni la muerte
Podrá entonces apartarnos en la vida!
¡Adios! basta ¡infeliz! El golpe fuerte
Que abrió en tu corazón tan honda herida,
También ha entrado de mi alma al seno
Volcando el manantial de su veneno!

¡Déjame! ¡ni una lágrima! ¡es en vano!
¡Nada en el mundo á detenerme alcanza!
¡Oh, de aquel hombre la cobarde mano
Arrancó tu esperanza y mi esperanza!

¡Déjame! Con esfuerzo sobrehumano
El demonio feróz de la venganza
Me arrastra al fin hasta fijar mi suerte,
Y pongo á precio de tu amor su muerte!

V

Y á otros lábios sus labios se apretaron,
La voz en ellos trémula rompiendo,
Lábios que sin buscarse se encontraron,
A un misterioso impulso obedeciendo.

¿Qué gloria, qué deleite, allá en el cielo
Guarda para las almas el Señor,
Que no desflore en el perdido suelo
El primer beso del primer amor?

Errante el alma sobre el lábio ardiente,
En otro lábio otra alma en su ansiedad
Recoge avara, y confundido siente
Su espíritu en su espíritu inmortal.

Y desmayada de placer, suspira
En esa queja que en los labios suena,
Y otra vez temblorosa se retira
Y al corazón desierto se encadena.

¡Con música secreta de ternura
¡Canta en el agitado corazón
La gloria de otro mundo y la ventura
El primer beso del primer amor!

VI

Pero al partir, fatal presentimiento
El alma hirió de la infeliz Lucía,

Que en su débil aliento, ya el aliento
De la cercana muerte conocía.
La ansiedad, la desgracia, el sentimiento
Avanzaron su muerte en su agonía,
Y al partir Ezequiel, con un gemido
Deslizó estas palabras en su oído:

—¡Ay! en memoria del amor primero
Que allá en la noble juventud me diste,
Guardaba como él, pálida y triste,
Esta marchita flor de resedá.
Aquel amor, del gérmen primitivo
Más íntimo ha brotado y más sereno:
Ella un gérmen también lleva en su seno,
Que puede en nuevas flores respirar.

Sea ella la imagen de mi vida.
¿Ves ese ombú de mi destierro amigo?
Allí, bajo su sombra y á su abrigo,
Al perderte á mis ojos la pondré!
¡Ay! cuando vuelvas, tumba solitaria
Será el hogar de la infeliz Lucía,
Si esa flor de su esperanza, un día,
Hallas marchita al avanzar tu pié!»

—¡Adios!—Aún otro
Ultimo adios,
Del viento en alas,
Cruzar se oyó.
Luego el confuso
Sordo rumor
Del potro rápido
Que se alejó;
Y al fin perdido
Como la sombra
Del incesante
Viajero errante,
En el incierto

Triste y desierto
Negro horizonte
Despareció.

Rota la nube
Que el furor
De los vientos
Dispersó:
Dolorida
Ilusión:
Promesa
Querida
De amor:
Ultimo
Rayo
De sol!
Y en la llanura
Como en el mundo
Del corazón,
Quedó tan solo
Silencio fúnebre
En derredor.

Brilló en el cielo
La luz de Dios;
Y halló Lucía
Como los rayos
De luna fría
Su resplandor.

¡Ay! de su alma
El bello sol
Ya en occidente
La hermosa frente
En sempiterna noche sepultó!

VII

Un ángel inocente de dulzura
Allá en la virgen juventud fué ella,

Como las brisas del desierto, pura,
Como los astros de la aurora, bella;
Pero era melancólica y oscura
De su destino la perdida estrella,
Y alumbró su existencia solitaria
Como pálida antorcha funeraria.

Como un preludio, el misterioso acento
De aquel que solo la adoró en la vida
Oyó, en las alas de apagado viento,
Brotar y huír en él la voz querida.
El que dejó, confuso sentimiento,
En su alma serena y adormida,
No tornó más á despertar amante
Aquel mágico ensueño de un instante.

Y corrió el tiempo, y la memoria luego
Con él, del hombre que soñó olvidado;
Y otro después con miserable ruego
Le mintió el paraíso suspirado:
Fuego no más, que chispeante fuego
Prendió en su corazón desamparado,
Forjando acaso la embriagada mente
Amor en él, de ráfaga inocente.

Ella, ¡infeliz! el incitante y grato
Vértigo, amor en su ilusión creía,
Ligada para siempre al insensato
Que el alma en su inocencia escarnecía.
Ella al fin despertó, cuando el ingrato
Sin comprender el alma que perdía,
Un porvenir de infamia y amargura
En pago daba de la fe más pura.

La malograda juventud serena
Corrió entonces, llorando, en la memoria,
Y era de encanto y de dulzura llena,
Y de esperanza y de ilusión y gloria;

Y allá, borrando su profunda pena,
En el recuerdo de escondida historia
El solo amor halló que en su desvelo
Guiaba el alma al suspirado cielo!

Amor que bajo el rayo de la vida
No alcanzó á recoger la dulce palma,
Porque en su primer ósculo prendida
Se arrancó, ¡ay! del corazón su alma,
Huyendo de la cárcel corrompida
Hasta un cielo de luz y eterna calma;
Que virgen era, y en su seno era
Virgen la fe de la ilusión primera.

CANTO TERCERO

LA VENGANZA

I

Monje de los altares,
Muy larga es tu oración. La noche avanza.
¿Velas en ella tú, cuando descansa
De recuerdos el alma y de pesares?...
¡Muy larga es tu oración! Pasó la hora
Del rezo y la plegaria;
La campana sonora
Apagó ya su lamentable acento,
Y en las tranquilas celdas del convento
Reina la triste noche solitaria.

Extraña es tu plegaria,
Y el claustro helado y lóbrego y desnudo

No es tampoco un altar: tú no te humillas,
    No ruegas de rodillas......
Estás de pié reconcentrado y mudo.

    Fúnebre capuchino,
Tú no invocas á Dios.... marchas, te agitas,
Te paras, vacilante en tu camino,
    Sonríes brutalmente,
    Te golpeas la frente
    Y meditas, meditas
Bajo la angustia que tu alma ahoga
Y tu soberbio corazón revienta:
¡Ah! te conozco, masa de tormenta,
Que sobre el mar de las pasiones voga!

II

El es fray Ezequiel. Su altiva talla
Sobre el pilar del claustro se dibuja,
Entre sus blancos hábitos envuelta
Como un fantasma de la noche oscura.

Sobre su pecho que el respiro agita,
Con salvaje ademán los brazos junta,
Y fijando en la tierra la mirada,
Como en la inmensidad sus ojos buscan.

Mirada de recóndito reflejo,
Con que el recuerdo al corazón alumbra;
Ojo de la conciencia que despierta
Y la batalla de la vida cruza.

Mirada como el brillo del acero,
Pálida y fría, penetrante y dura.
No mira con sus ojos, amenaza.
Su rayo es un puñal que se desnuda.

Rayo que empalidece cuanto mira,
Como el fulgor que la tormenta anuncia
Y en el primer relámpago que enciende
La formidable tempestad derrumba.

III

¡Él es! Sobre su frente tenebrosa,
Bajo el plegado capuchón, se alcanza
La arruga cruel que el pensamiento deja
Como una cicatriz de su batalla.

Siempre severo, pensativo y solo,
Entre los claustros del convento vaga,
O caminando en su desierta celda
Las mudas horas de la noche pasa.

Como un extraño entre los otros vive,
Y en su fría reserva se amuralla;
No sonríe jamás su labio inmóvil,
Y es breve y altanera su palabra.

Él consagra la misa sin reproche
Cuando el servicio del altar le llama,
Pero hay entonces en su aspecto rudo
Como una distracción tenaz y extraña.

Cuando las horas de oratorio suenan
No se escucha su voz en la plegaria,
Y en insondable reflexión perdido
Queda cuando los otros se levantan.

Solo el silencio le despierta entonces,
Y bajo un golpe de temblor se para
Como si acaso, de su cuerpo ausente,
Volviera á entrar á su conciencia el alma.

Inquietas son las horas de su sueño
Y le abandona al despuntar el alba
Que entra á su celda sorprendiendo á veces
La temblorosa luz de su velada.

No son el Evangelio, ni el salmista
Con los que el tiempo de su insomnio mata;
Son las mundanas hojas de la historia,
O el relato infernal de las batallas.

Allí su frente lóbrega se anima,
Rueda el ojo feroz brotando llama,
Y al agitar la juvenil cabeza
Derrumba el capuchón sobre la espalda.

Negro como sus ojos, su cabello
En negligentes ondas se derrama
Y las soberbias líneas del semblante
Con salvaje vigor bajo él destaca.

El propio brillo de su vista, alumbra
El tinte americano de su raza
Que sobre el rostro pálido se cierne
Para mostrar el temple de su alma.

A veces huye de su celda triste
Con el primer fulgor de la mañana,
Y á largo paso infatigable trepa
La cima colosal de las montañas.

Y el panorama de Mendoza mira
O el espantoso abismo de la falda,
O inmóvil como el genio de las rocas
Hunde en el infinito su mirada.

De allí retorna á su convento humilde,
Y en su más hosca agitación se entraña,
Como si en las grandezas de la cumbre
Algún soplo satánico aspirara.

El monje anciano con piedad le mira,
Y huye el novicio de él cual de un fantasma,
Cuando en la tarde del tranquilo huerto
Pasea en derredor su vista huraña.

¿Qué horrible pensamiento, qué desdicha,
Cruza aquel corazón como una espada?
¿Qué formidable golpe de tormenta
Su vida entera sin reposo asalta?

Nadie á afrontar su intimidad se atreve;
Su gesto es como el bote de una lanza,
Y hay algo en él que revelar parece
Que aquella tempestad le arrulla el alma.

IV

Su historia en el convento que le asila
Es breve y tenebrosa y desolada,
Dos años há que una sombría noche
Tocó Ezequiel á la pesada aldaba,

Llamó al padre prior, y en voz resuelta
Le habló tranquilamente estas palabras:
—Padre; sobre la tierra de los hombres
Mi vida es un naufragio de desgracias.

Dos solos lazos en el mundo triste
Mi vida ataron á la vida humana:
El más sublime amor del alma mía,
Y el odio más tremendo de mi alma.

El ya no existe: por la tierra entera
Lo buscó en vano sin cesar mi planta;
Y solo á precio de su sangre infame
Juré comprar en *Ella* mi esperanza.

Así, ya sin objeto sobre el mundo,
Vengo á entregar á Dios toda mi alma,
Y aquí una celda miserable pido
Para huir del infierno que me llama.

No, no quiero palabras de consuelo.
¡Todo es en vano cuanto diga; basta!
No hay más que yo que sepa que mi angustia
No cabe ya sobre la vida humana.—

Así Ezequiel encadenó su voto
En los altares de la ley sagrada,
Para huir del infierno de la vida
En la celeste paz de la plegaria.

Ató á su cuerpo el cíngulo funesto,
Como un grillete que á los piés se amarra;
Y al abatir su negra cabellera,
Su fuerza de Sansón cayó á sus plantas.

Y como el joven cóndor que aprisionan
Arrancado á su nido de montañas,
Con salvaje y magnífica tristeza
Miró á los cielos, y abatió las alas.

Así, como el galeote miserable
Que á la rejilla de su cárcel salta,
Y á través de sus lágrimas devora
El ave libre que en los cielos vaga,

Así, ya para siempre ante sus ojos
Vió volar el girón de su esperanza,
Como la nube que la tarde dora
Y el soplo de los vientos arrebata.

En ese mundo recogió el recuerdo
Y se hizo triste y tenebrosa el alma,
Vagando en los espacios infinitos
De su desierta soledad callada.

El tiempo al fin con su terrible ciencia
Le mostró allí su libertad esclava,
E iluminó el naufragio de su vida
Con el fulgor de la verdad amarga.

Entonces sobre el labio contraído
Expiró la oración y la plegaria,
Y el inmenso dolor del desconsuelo
Sobre su frente desplegó las alas.

El vigor de su espíritu soberbio
No exhaló con el llanto en queja vana,
Y la presión del claustro aborrecido
Como una fuerza concretó su savia.

Y creció poderoso en el abismo
Que el pensamiento solitario cava,
¡Ay! pero en vez de levantarse al cielo,
Rastreó en la tierra su raíz amarga.

Como el potente roble que aprisiona
La grieta colosal de la montaña,
Y sin perder su robustez soberbia
El tronco dobla y la cerviz levanta,

En el retiro de su celda triste
Refugió su conciencia desolada,
Estudió el mundo y arrastró á su juicio
La miserable sociedad humana.

Y solo vió oprimidos y opresores,
Y él se miró caído entre la garra
Bajo el azote de la ley maldita,
Que aprisionó sus carnes y su alma.

Entonces en su espíritu soberbio
Pasó el soplo infernal de la batalla
Y levantó su lábaro terrible
En el brillo feroz de su mirada.

No era el ceño del odio que sonríe
Al salto de la sangre y de la entraña,
Ni el rencor era que burlando aspira
El alarido atroz de la desgracia;

Ni la horrenda crueldad del alma fría
Que templa su furor como una espada
En los humores de su herida propia
Para roer y emponzoñar la extraña;

Ni el dolor ciego que el puñal desnuda,
Ni el deleite infernal de la venganza
Que saborea con paciencia horrible
El salvaje veneno que prepara.

Era el brillo acerado de la cota,
La muerta luz que en la tormenta avanza,
Y á cuyo lampo empalidece el mundo
Esperando el azote de sus alas;

Era el dolor que á combatir se arroja,
La desesperación blandiendo el hacha
Que hiere sin guardarse, invulnerable,
Porque no lleva carne de esperanza;

Era la conmoción del estallido
Que la potencia de opresión levanta;
Era el cartel del implacable duelo
A que aplazó en un día su venganza.

Midió el alcance del poder ajeno
Por la caída en que abismó su alma;
Y encontró, blasfemando, que la fuerza
Era la ley de la existencia humana.

Entonces, como el hierro estremecido
Bajo el imán que en la tormenta pasa,
Blandió en el aire su robusto brazo
Agitando la cruz como una espada.

V

De pronto un paso furtivo,
Cauteloso y fugitivo
Sonar en el claustro oyó,
Y vió el fantástico bulto
De un hombre, en su capa oculto,
Que á su celda se acercó.

Y era siniestra y oscura
La sombría catadura
Del que avanzaba hasta allí;
Y le vió con temblorosa
Mano agitada y dudosa,
La pesada puerta abrir.

Y abrió; pero al entrar sus ojos vieron
El formidable aspecto de Ezequiel,
Y con extraño ahinco lo midieron
Ávidos de la frente hasta los pies.

Pero en las ropas de Ezequiel hallando
Un pobre capuchino penitente,
Así le habló con eco reverente,
Y la rodilla en el umbral doblando:

—Padre; perdón si mi llanto
Turba la paz solitaria
De la devota plegaria
Que levantas al Señor;
Pero el crimen, el espanto
De mi alma pecadora,
Me arrastra á tus pies é implora
Tu consejo y tu perdón.

¡Ah! ¿por qué al son de ese acento
De súbito helada de la frente al pie
Sintió con golpe violento
Pararse en sus venas la sangre Ezequiel?...

¡Ay! cuando en las horas puras de la vida
La gloria que el alma única forjó
Muere marchitada por siempre y caída
Al injusto soplo de ajeno rencor,

Y ya el desencanto, huérfana del mundo
La esperanza roba que no torna más,
Y en una hora eterna de hastío profundo
Se recoge el alma sola en su pesar:

Cuando nada importa la ajena ventura
Ni el dolor ajeno, ni aún él mismo al fin,
Porque ni el presente la propia amargura
Llora, ni el pasado ya, ni el porvenir;

Y ya envejecido y agostado vive
Como en un sepulcro, roto el corazón,
Y solo desprecio por afán recibe
Cuanto de él las fibras á tocar llegó;

Entonces la herida de traidora mano
Que del infortunio la paz va á romper,
Con ímpetu horrible, con furor insano
Agita en el seno la dormida hiel.

¡Ay! triste el que entonces mira en su impotencia
Huir impugne y salvo al ser que le hirió
Sin dar al orgullo la amarga conciencia
De vengar siquiera su inmenso dolor.

Sus días son noches, ¡ay! de insomnio eterno,
Sus noches son siglos de eterna ansiedad,
Y es su vida toda tenebroso infierno
Donde expira el alma sin morir jamás!

¡Ah! ¿no fué una sombra de loca quimera
El hombre que hallaba junto á sí Ezequiel?...
¡Era Julio mismo!... ¡La misma voz era,
Que encerró en su oído su encono una vez!

El ser que en su seno ponzoñosa herida,
La última de su alma, la más honda abrió,
Y del astro único de su oscura vida
En noche de crimen empañó el fulgor,

Ser que de su alma el odio profundo
Despertaba en ella sin piedad ni ley,
Y en quien ella todos los golpes del mundo
Reunió que postraron su gloria y su fe.

Y anchos corredores que la noche viste
Con sus hondas nieblas, recorriendo van,
Reina allí el silencio, y en la inercia triste
Sus dos corazones se escuchan pulsar.

Súbita aunque débil, suave y temerosa,
Con incierto giro de extraño temblor,
De Ezequiel la mano crispada y dudosa
Las flotantes ropas de Julio buscó.

Como el que de un vago sueño poseído
Duda y se pregunta si sueña en verdad,
O bajo el influjo de él adormecido
Palpa los objetos que halló al despertar...

¡Al fin sobre el mundo se hallaban reunidos
Los que juntó el odio sobre él y alejó!
Los ojos en tierra de Julio vencidos
Ante aquellos ojos que los más perdidos
Misterios de su alma sondear sintió.

VI

—Padre! la fuerza invencible
De uu hondo terror sin calma
Lleva mis ojos al suelo
Y me arrebata á tus pies,

En la noche más horrible,
La más negra de mi alma,
Como ha sido para el cielo
La más oscura también.

Ya el desmayo y la fatiga
De mi cuerpo dolorido,
Ya la inquietud de mi mente
El reposo dispersó.
¡Piedad! escucha y mitiga
El terror desconocido
Con que lucha tenazmente
En vano mi corazón!

Yo allá en mi patria habitaba
Una hermosa estancia mía
En la ingrata compañía
De una insensible mujer;
Aquel día en que mi mano
La dí por mi mala estrella,
No recibí con la de ella
Todo el caudal de su fe.

Su pecho mismo guardaba
Todo su amor para otro hombre;
Ezequiel, era su nombre,
Que en sueños la oí nombrar:
Mas él, olvidado, acaso,
O desesperado amante,
Huyó desde aquel instante
Del país por siempre ya.

Tú puedes aquella vida
Idear en tu pensamiento,
De fastidio y aislamiento,
De violencia y de rencor:
Y yo que el alma soberbia
Siempre eduqué en su albedrío,

La dejé sola á su brío
Que el yugo al fin sacudió.

Desde entonces entregado
Al estruendo de la orgía,
Tan solo la luz del día
Me hallaba en mi triste hogar:
Y el juego, el juego que era
Todo mi universo entero,
Noche á noche en mi dinero
Devoraba mi caudal.

Una noche, en fin, lanzado
En la ambición del desquite,
Al primer golpe de envite
Alzar mi suerte soñé;
Y á una carta tentadora,
Solo en una carta, en una,
El resto de mi fortuna
De un solo golpe jugué.

Y perdí!—Desesperado,
Y en secreta calma impía,
Volví al hogar que perdía,
Lleno de envidia y rencor:
En mi cerebro demente
Fúnebre plan concibiendo,
Que iba doblando y creciendo
La fiebre del corazón.

De pronto sonó á mi oído
Una palabra altanera
Que bien conocida era
Y terrible para mí;
Torné el rostro sorprendido,
Viendo acercarse á mi lado
Al tahur afortunado
Que me habló entonces así:

—¿Quieres tentar un albur
En una última jugada?...
Entre toros no hay cornada;
Si no te conviene, abur.

Pero no sé qué has de hacer
Rodando en noches tan largas
Con dos horrorosas cargas:—
La miseria y la mujer!...

Pues déjame el campo llano,
Y lleva esta bolsa de oro:
¡Lo que ha de comerse el moro,
Que se lo coma el cristiano!

No sé que mejor jugada
Caiga del cielo á un tahur;
Pero si eres tonto, abur.
¡Entre toros no hay cornada¡

Y haciendo sonar su mano
La bolsa repleta de oro,
Puso en la mía el tesoro
A cuyo tacto temblé:
Y al influjo de su brillo
En mi vértigo cediendo,
Con aquel tesoro huyendo...
¡Vendí mi propia mujer!...

¡Ah! no mates mi esperanza
Con esa mirada horrible,
Que bajo el ceño insensible
De tu frente se arrancó;
Porque su rayo que alcanza
Al fondo del alma mía,
Deja en su fuerza sombría
Todo el hielo del terror......

No es este el crimen que agita
La conciencia de mi pecho
Y en el refugio del lecho
Viene mi sueño á turbar:
¡Ay! en mi labio inseguro
Y mi acento estremecido
Lucha errante y combatido
Por mi mengua y tu piedad!

¡Oh, monje! tú no comprendes
La tempestad que se agita
En esa pasión maldita
Que ha roto en mi el corazón;
Porque tu alma piadosa
Alza su vuelo del mundo
Y nunca al abismo inmundo
De las pasiones bajó.

Y la mía, desde aquella
Noche de miseria tanta,
Donde ha pisado mi planta
Se ha envilecido también;
Y según lució mi estrella,
Ya perdiendo, ya ganando,
Fué entre pecho doblando
Eternamente su sed.

Vencido al fin por la suerte,
Me arrancó un hombre la mía;
En esta noche sombría
Le ha acechado mi traición:...
Acabo de darle muerte
En el bosque de un camino...
¡Padre! soy un asesino
¡Que implora el perdón de Dios!...

VII

Sin una nube en la frente
Ni una chispa en la mirada,
Ni una sonrisa en el labio,
Ni en los miembros un temblor,
La voz de Ezequiel, doliente,
Y en suave acorde templada,
Sin furor y sin agravio
Estas palabras habló:

¡La sombra del pesar está en mi frente!
¿Por qué entonces tu alma envilecida
Crée que no alcanzó la pasión demente
Que agita aún las horas de tu vida?...
En los días profanos
De mis goces mundanos
También una pasión bramó en mi seno,
También el sueño me robó y la calma,
También su embate conmovió mi alma,
También virtió en mi vida su veneno!......

Donde no lleva tu ansiedad sombría,
Donde el amor impávido no alcanza
Ni el furor de los celos... allí guía
La frenética sed de la venganza!......
Al través de extranjeras
Cien lejanas riberas,
Todo en la mía con mi amor dejando,
Indiferente para mí ya el mundo,
Sin otra fe que mi rencor profundo,
Seis años fuí... su huella rastreando.

¡Piedad! ¿y piensas, infeliz, que ella
De Ezequiel cabe en el precito seno?
¡Seis años há que tu maldita huella
Sigue mi corazón, de tu odio lleno!

¡Hoy al fin, asesino,
Te encuentro en mi camino!...
Para vengar á la infeliz Lucía
Precisaba el rugido de tu muerte.
¡Alzate, miserable, porque al verte
Se arranca de furor el alma mía!...»

VIII

En el furor de la mortal contienda
Los dos contra la lumbre se estrellaron,
Y el cuadro así de la matanza horrenda
En medio de las sombras sepultaron.
Solo el rumor se escucha
De la enardecida lucha ......
Luego un instante de silencio inerte ...
Luego un hondo y frenético gemido ...
¡Luego el golpe de un cuerpo que ha caído,
Y solo al fin, la calma de la muerte! ......

Y de pronto una lumbre repentina
Hiere de aquella oscuridad el manto,
Y con un rayo trémulo ilumina
La escena del combate y del espanto.
Firme la mano alzada
Con la luz agitada
Y la feroz sonrisa en el semblante
Sigue Ezequiel en su ansiedad impía
Del moribundo Julio la agonía,
Inmóvil ya sobre la tierra humeante.

Miraba en él, miraba aquel sangriento
Trémulo labio de la inmensa herida,
Como esperando en su feroz contento
El paso de aquella alma aborrecida.

IX

Cuando la luz de la aurora
A la celda penetró;
Los monges horrorizados
Cayeron en oración.

En balde á Ezequiel buscaron;
Solo el eco de su voz
Con aquel nombre terrible
En los claustros resonó.

¡Pasó un día, pasó un año,
Y un año y otro año en pos,
Y jamás á su convento
El fraile Ezequiel volvió!

CANTO CUARTO

EL AMOR DE LA PATRIA

I

¿Una vez más la planta
Del fogoso corcel, con rumbo cierto
Guías sobre la arena del desierto?
Ni el polvo que levanta
Te es ya conocido:
¡Todo, todo lo muda
El tiempo asolador, viajero triste!
Y muchos son los años

Que en su vuelo han corrido
Desde la vez postrera
Que en la loma desnuda
En que hoy fijas tu pie, tu pie pusiste.
¡Todo, todo lo muda
El tiempo asolador, viajero triste!

Sí; y en tus mismos ojos
Aquel intenso resplandor sencillo
De tu pesar, es ora
Salvaje, inmóvil, nebuloso brillo,
Que suspende en la faz la aterradora
Calma feroz del alma
Que recuerdos no oprimen
Porque su solo goce está en su crimen!

En un tiempo que huyó, que huyó inclemente,
Se levantó un asilo misterioso
En ese valle lúgubre y sombrío:
El bramador torrente
Y el huracán bravío
Han cruzado en él ya; su ronco vuelo,
Su marcha destructora,
Del hogar de Lucía no dejaron
Un solo rastro en el breñoso suelo.
¿Qué busca entonces tu mirada ahora?...

El es, sí, ¡Ezequiel! Profeta el alma
Siente acaso y espera
Ya la herida postrera
Con que abatirla al fin debe el destino......
El ombú se levanta
Allá sobre el camino;
Pero inmóvil, la plata
Del sombrío Ezequiel, allí en el suelo
Han clavado la duda y el anhelo.

Rompió:—¡corta es la senda!...
Y así solo el instante de un gemido

Que separa la vida de la muerte,
¡Ay! en el corazón estremecido
Más amargura vierte
Que de la vida toda los pesares!
Rompió: sus patrios lares
Dejó una vez errante y peregrino;
Triste fué su camino;
Más, ¡ay! que en la postrera
Breve estensión al fin que recorría,
Más dolorosas rémoras había
Que en la distancia de su huella entera!

Rompió: ¿por qué se para?
Caer toda la sangre yerma siente
Al frío corazón, y á su despecho,
Firme en la tierra el pie: ruda tormenta
Abate, abate la oprimida frente:
Los brazos sobre el pecho
Con desmayada languidez asienta
Y cuál la imagen del dolor sombrío
Queda inmóvil allí, pálido y frío.

Fijos los ojos, su mirar de calma
Esa enclavada vaguedad tenía
Que en el último instante de agonía
Deja al partir de su prisión el alma.

II

Al pié de aquel ombú y en aro unidas,
Cuatro musgosas piedras se enterraban;
En el centro, del tronco se elevaban
Los brazos de un arbusto seco ya:
Algunas hojas pálidas, caídas
En los espacios de la piedra oscura,
Mostraban que la planta en su frescura,
Fué de Lucía el triste *resedá!*

III

¡Ah! ¿qué ofrece en su páramo la vida
Que la ilusión y la esperanza trunca,
Cuando pesa en el alma estremecida
Todo el horror de esta palabra: nunca?

¡Nunca! que si hay un prometido cielo,
No vive el alma en la pasada historia,
Por que abandona, al desatar su vuelo
En su desierta carcel la memoria.

Y es en vano llorrar: ¡oh! y es envano
El maldecir también; que lo que ha sido
No alcanza el génio del poder humano
A arrancar de la muerte y el olvido.

Solo queda al espíritu en su seno
Un insondabie y espantoso abismo,
Donde de inercia y de desprecio lleno
Se recoge en misántropo ostracismo.

IV

Héle allí aún, inmóvil, mudo y frío,
En el lugar que le fijó su anhelo;
Ni despeja en su frente el ceño impío,
Ni alza los ojos que enclavó en el suelo;
Ni del intenso vértigo sombrío
Le vuelve la ansiedad al desconsuelo,
Porque es mortal la herida de su alma
Y no dejó al caer furia ni calma.

¡Siempre allí, siempre allí! ¡Oh! ¿ni á qué intenta
Huír de allí con su dolor profundo,
Si es muy feroz de su alma la tormenta

Para ahogarse en las ráfagas del mundo;
Si el silencio del destierro aumenta
Del corazón el éco moribundo;
Sí, en fin, caído al golpe de la suerte
No le importa la vida ni la muerte?

V

No miró, porque en su alma pesaba
Ya su fúnebre vértigo cruel,
Una hueste que al llano bajaba
Entre nubes de polvo á sus pies;
Ni el monótono golpe escuchaba
En la tierra, del brioso corcel,
Ni el crujir de las armas prendidas,
Ni el gemir de las trompas heridas.

Viejos, jóvenes, todos mezclados
En columnas simétricas, van
Sobre el bravo corcel los soldados
En profundo silencio mortal:
Pero alumbra sus ojos turbados
La embriaguez de la gloria en la faz;
Que en su sueño de amor y alegría
Á morir por la patria les guía.

Para súbito, inmóvil ya aquella
Ondulante columna sin fin,
Como un bosque llenando la huella
Con alegre y siniestro matiz
A la lumbre del sol que centella
En las armas, se ve relucir
Como trémula inmensa laguna
Donde rompe su rayo la luna.

Dos ginetes, del centro surgiendo,
Recorrieron la huesta en redor,

Y al lugar que dejaron, volviendo
Todo en mudo silencio quedó.
Luego inmenso, con hórrido estruendo,
Como el canto del mar, un clamor
Gritó: ¡viva la patria!; y el éco
Llenó rápido el cóncavo hueco.

VI

Y de la inmensa voz al hondo acento
El alma estremecida despertó
Con un nuevo y estraño sentimiento
Cautivo y arrobado el corazón;

Como si de él sintiese en su tristeza
Caer la tempestad que le oprimía,
Y que en pesada y áspera corteza
Al sonar de la voz se desprendía.

Y en inocente calma enternecida
Brotar en él un manantial de amor
Que las pasadas penas de su vida
Con su murmullo trémulo adurmió.

Y una fuerza después, irresistible,
Y ardiente como el soplo de un volcán,
Que con secreto ímpetu, invisible,
De allí le arrebataba á su pesar;

Que iba siguiendo su alma enagenada,
Confusa, aérea, mágica visión,
Que de vírgenes glorias coronada
A él perpétuas glorias le brindó.

Triunfos que su alma á definir no alcanza
Y huyen del alma si á tocarlos va,
Pero que en alas ¡ay! de la esperanza
A su esperanza sonriendo están.

Amor también que á regalar no acierta,
Que no fija al objeto el pensamiento;
Cierta seguridad y duda cierta,
Feroz y enternecido sentimiento.

Amor salvaje que en su mústio seno
Las hórridas pasiones sofocaron
Bajo el mar palpitante de veneno
Que el odio impuro y el dolor brotaron.

¡FIBRA SALVAJE que en furtiva calma
El nombre eterno de la patria hirió,
Y cuyo timbre puro llenó el alma
Con una intensa ráfaga de amor!

Y vió la pobre patria conquistada,
Mústia á sus pies la libertad cayendo;
Y miró aquella hueste que esforzada
Marchaba á la batalla sonriendo.

Y era su patria misma; que el proscrito
Una tierra natal tuvo también,
Que un día libre del dolor maldito,
Con venerado afán amó tal vez.

Y despeñado de la loma al suelo,
Al frente del magnífico escuadrón,
Como un cóndor audaz que cae del cielo
El frenético *pampa* sugetó.

—¿Dónde se muere por la patria?—dijo,
Soberbio alzando la mirada fiera,
Y el fuego todo de su rayo fijo
De su patria en la impávida bandera.

—Bajo su sombra—respondió un valiente.
—Yo por ella también quiero morir!
(Clamó, agitando la sombría frente)
¡Una lanza! una lanza para mí!

VII

¡Cae siempre al fin el opresor tirano!
¿Veis? El campo fecundo
Tinto con sangre está, pero no envano .....
De San Martín la formidable espada
En aquella jornada
Dió libertad á un mundo.

Rasgada y vencedora,
En la cima humeante
Se enclavó la bandera
Que el azul mismo del cenit colora.
Cadáveres sangrientos la rodean
Sobre el suelo sagrado
Que en suelo de venganza trocó Marte.
¡Ah! pero tú ¿quién fuiste
Que en el campo caiste
Al pié del melancólico estandarte?
Tú ropa no es la ropa del soldado:
Bárbara herida parte
Tu macilenta frente, pero en ella
Otra más honda y dolorida huella
¡Ay! enfierece tu postrera calma,
Porque fué de la herida de tu alma.

La palidez sombría
Que se cierne en tu faz sobre la muerte,
La frescura serena
Es de la loca juventud ardiente
Que marchitó el infierno de la pena:
Y su limpia pureza
Traiciona al hijo en tí del pensamiento,
Cuyo campo no era
El campo de batalla.

Mas si lo hollaste, no lo hollaste en vano.
Mucha es la sangre extraña
Que el polvo á tu alredor humeante riega
O seca tiñe tu crispada mano:
Y la feroz sonrisa
Que aún tu labio amoratado pliega,
Labio tal vez que ennegreció el encono,
¡Oh! que no siempre ha reposado en calma
Tu formidable brazo
Muestra, y que en tu regazo
Desmayó antes que el furor de tu alma!

VIII

¡Una vez más los ojos
Te encuentran, Ezequiel, pero caído
En sangrientos despojos!
¿Por la patria también tú has perecido?...
¿Qué era ella para tí mudo viajero,
Cuando ya el mundo entero
Con todas sus caídas y victorias,
Sus lágrimas, sus glorias,
Su vida y su esperanza,
En tu alma sensible
Al golpe del dolor, tan solo alzaron
El odio mudo y el desprecio horrible?

¿Por la patria también, mudo viajero?
¿Lo sabias tú mismo?...
¿Silencio, á tanto la razón no alcanza!
¡El corazón del hombre es un abismo

¡Oh! si solo la sed de la matanza
Te arrebató al campo de la muerte,
Mi alma que valora
El salvaje dolor de tu alma triste,
Una lágrima vierte,

Sola como tu amor! ¡Al fin caiste
Bajo el paterno lábaro de gloria,
En nombre de la patria combatiendo
Y por la eterna libertad muriendo!

LAMENTACIÓN Á LA PATRIA

EL 25 DE MAYO DE 1877

Sobre la inmensa ruina del pasado
Me siento á contemplar tu porvenir,
Y pulso el arpa que el Señor me ha dado...
¡Para llorarte, tierra en que nací!

¡Para llorarte, con cobarde llanto:
Como llora el esclavo envilecido,
Como llora tu pueblo, en el espanto,
Y en la miseria y la vergüenza hundido.

Para que el Sol de tu pasada gloria
El fango alumbre en tu divina frente,
Y la cobarde pluma del presente
Escriba con más lágrimas su historia.

Para que el negro del Brasil, ufano
Te muestre á su Señor como un trofeo,
¡Patria de San Martín y de Belgrano!
Hundida bajo el taco de un pigmeo.

Para que el grito de dolor profundo
Que rompe tus entrañas, Madre mía,
Estalle en mi sollozo y mi elegía
Y alce por tí la indignación del mundo.

Para que el pueblo mudo que sujeta
Ante la fuerza armada sus dolores,
Oiga que azota el verso del poeta
El rostro de sus viles opresores.

Los que en sistema de gobierno alzaron
La corrupción, la estafa y el pillage,
Y todas tus provincias amarraron
Al infame baldón del caudillage.

Los que á tu pueblo, que segó á montones,
Desde el Plata á los Andes tus laureles,
Remacharon el grillo en los pontones,
Y rompieron el cráneo en los cuarteles.

Los que tu pensamiento amordazaron
Escupiendo tu aureola en tu cabeza;
Los que en treinta dineros empeñaron
Por las calles de Lóndres tu grandeza.

Los que en un siglo de gloria y batalla
Que iluminó ante el mundo tu figura,
Arrojaron de pasto á la canalla
Que se partió tu régia vestidura.

Los que para guardar sus vientres llenos
Arrastran en tus plazas tus cañones,
Mientras que allá en tus Andes, á jirones,
Te arrancan las entrañas los chilenos.

Los que olvidan que el pueblo americano
Que el grito dió de libertad primero,
Ya en Southampton ha escrito este letrero:
¡Aquí se pudre mi último tirano!

¡Ah! por eso ante el mundo tus cadenas
Hago crujir llorando en mi elegía,
Para que salte sangre de tus venas
Al rostro de tus hijos, Madre mía.

Para que el grito de mi voz que alcanza
A los confines de mis pátrios llanos,
Guarde en los pueblos de mi pueblo hermanos
El fuego de la gloria y la esperanza.

Para mostrar que el sol de tu grandeza
Jamás ha de eclipsarse en tus destinos,
Mientras que los poetas argentinos
Lleven sobre sus hombros la cabeza.

Rugió el abismo del volcán tremendo,
La tierra se rasgó bajo la planta,
Templos, cabañas, montes y llanuras
Todo en ceniza sepultó su lava.

LA PATRIA

No pises en el campo del combate
Con el trofeo horrible de las armas,
Y en vez de abrir la carne de los hombres,
Cierra la herida que los otros abran.

Sonrie á aquel que te llamó cobarde,
Porque no derramaste sangre humana:
Como el divino Salvador del mundo
Que espiró en el patíbulo de infamia.

¡Ay! el risueño porvenir del mundo
Se rompe en cada palmo de batalla,
Como las ondas del torrente inmenso
Que por las rocas del abismo saltan.

El que descuella entre los hombres solo
Por la sangrienta punta de su lanza,
Con cada golpe que asestó en la vida
Allá en el porvenir su tumba cava.

Patria es palabra de ambición y guerra:
Si te oyes preguntar: ¿Cuál es tu patria?
Dirige al cielo tu inocente mano
Y la infinita bóveda señala!

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía
Y el arte prostituído blasfemaba,
Y en el estruendo de perpétua orgía
La miserable humanidad rodaba,...
Abrió la cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubrió el suelo,
Y el hombre en ella al estampar sus pasos
Sintiendo al Dios que el universo encierra,
Alzó la frente al cielo
Y cayó de rodillas en la tierra.

Así la humanidad fué redimida;
Así el Cristo en la cruz cambió su suerte;
Así, desde el espanto de la muerte
A la inmortalidad alzó la vida.
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
Solo la Cruz alcanza:
¡Ella es la tabla en que salvó el abismo
Desde la tierra al cielo, la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila,
El ideal del arte se transforma;
La estirpe humana misma

Girando en el perpétuo torbellino
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose á Dios cambia de forma.

La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad en vano,
Sin encontrar siquiera
La ley que rige la materia inerte
Y enciende el pensamiento soberano
Que en la frente del hombre reverbera
Como diadema del linage humano.

¿Qué ha sido de la espada,
Qué ha sido del poder y de la gloria
Con qué la España deslumbró la historia
Al pisar en la América ignorada?...
¡Lo que fué de la estela
Que en las ondas del mar dejó el sendero
De la audaz carabela
Que guió de Colón la fe cristiana!...
¡Solo quedó la cruz del misionero
Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
Lo vé la mente que la ciencia absorbe,
Lo escucha el alma en su esperanza tierno;
Todo pasa en el mundo
Todo cambia en los ámbitos del orbe:
¡La Cruz solo es eterna!

....

Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella:
Yo soy el fraile que en tu burla humillas,
Yo levanto la Cruz...yo muero en ella!......
Yo soy su misionero,
Yo soy su combatiente solitario;

¡Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí las sendas del Calvario!
Soy el hijo proscrito
De la familia humana;
El hogar de la paz y la alegría
Se cierra para siempre el alma mía
Que ata el lazo bendito
Que el Padre al hijo ligará mañana.

En la cuna inocente
Donde tú ensayas tu primer respiro,
Pongo el sello de Dios sobre tu frente.
Y en el lecho doliente
Donde exhalas el último suspiro
De la vida precaria,
Yo aliento tu partida,
Te enseño el rumbo de la eterna vida,
Y te levanto al cielo en mi plegaria.

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo á la brecha del combate
Con la sandalia de mi pie llagado;
Y entre el humo y la sangre y la metralla
Que ocultan á los cielos tus despojos,
¡Te hago besar la Cruz, en la batalla,
Y te cierro los ojos!

¡Y yo también, en la existencia triste
Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
Llevo el arma divina,
Llevo la cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina:
La cruz, más poderosa que la espada.

La cruz, que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa;

La cruz, donde repite el niño tierno
La oración de la madre y de la esposa;
    La cruz, que en el regazo
    De la sagrada tierra
Que las cenizas de tu padre encierra
Cubre tus hijos con su eterno abrazo.

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y á la sombra de Atila se lanzaron
Y la espantada Europa sorprendieron
Y entre sus propias ruinas la abismaron,
    El fraile moribundo,
Hasta en las Catacumbas perseguido,
Salvó en las Catacumbas escondido
    El progreso del mundo.
¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella
    El hombre hasta la gloria,
Al surgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué en un tiempo tu mansión paterna,
Qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
    Qué fué tu Patria entera
Donde hoy sus pasos el progreso estampa?....
Antes de alzar mi cruz, ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

Yo caigo en él. Soy el primer cristiano
Que recibe la bárbara flecha
Y abre en sus hordas la primera brecha
    Al pensamiento humano
Y sobre el rastro de la sangre mía
Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo.

Yo caigo en él. ¿Qué pierdo
En la vida de glorias rodeada

Cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?...
¡El pedazo de piedra
Que me sirvió de almohada,
Y el mendrugo de pan con que la tierra
Alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mía
En el mundo feliz, solo un lamento
Viene á llorar bajo la noche umbría...
El gemido del viento.

Caígo bajo la cruz con que combato
Por la gloria del hombre eternamente;
Y ahora, mundo atéo, mundo ingrato:
Escúpeme en la frente.

LA ORACIÓN

Oye la voz con que á los cielos llama
El universo que en la tarde gime,
Y alza al Creador sublime
La oración que en tu labio se derrama:
Siente la estrofa que la mar murmura,
Contempla el sol que su corona humilla,
Oh mortal criatura,
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

¡Madre Naturaleza,
Cómo se templa enternecida el alma
En tu hora de calma
Al eco universal de tu tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo
Que el inmortal espíritu remueve

En tu misterio la esperanza bebe
La magestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,
Todo en el alma universal se anida,
Y la creación en éxtasis caída
Como arpa eólea su plegaria canta.

Rueda la mar sus gigantescas olas
Con manso y perezoso movimiento,
Hasta el desierto de las playas solas
        Donde dormita el viento:
El último crepúsculo que baña
Con el color de fúnebre desmayo
La inmensidad del infinito ambiente,
Apaga el tornasol de la montaña
        Que levanta la frente
Para mirar el rayo, último rayo,
Del sol que se derrumba al occidente.

        El desierto sereno
Tiembla al paso del bruto, que se abriga
        Entre la selva amiga,
De estraño afán y mansedumbre lleno:
        El bosque bullicioso
Repliega en el silencio su follaje
        Sobre el ave salvaje
        Y el pájaro medroso;
Y como un alma tímida y errante
La sombra sale que en la selva espía
El último crepúsculo del día
Para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,
Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo;
        Parece que dijera

—¡Silencio! á la creación con su gemido.
Entonces en la bóveda azulada
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida mirada,
En el cenit del orbe,
Vaga armonía suena,
Que el espíritu absorbe,
Y con sublime adoración le llena:

¡Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el infierno de tu duelo,
Oh criatura humana,
Y oye ese canto que te llama al cielo!

¡Oh tarde majestuosa,
Cómo muestras á Dios en tu grandeza,
Cómo brota la vida misteriosa
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el eco lejano
Habla una voz que el corazón halaga
Como la voz del padre y del hermano;
Y en el suspiro de la brisa vaga
Que entre el cabello de la frente anida
Su secreto murmullo,
¡Oh, de la madre el cariñoso arrullo
Parece hablar al alma conmovida!

Sobre la cuenca lóbrega retumba
El salvaje alarido del torrente
Que cuelga en la pendiente
Y al antro pavoroso se derrumba,
Brama y se precipita,
Su golpe tiembla en el abismo hueco,
Y horrorizado el eco
Se asoma á las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
Hace temblar el corazón con ella;

Parece el rumor leve
De una sombra evocada,
Y en la luz temblorosa de la estrella
Hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime,
Y la piedad invoca
Bajo el pie cauteloso que la oprime;
Hay una rama que al pasar nos toca,
Una tímida rama;
Hay una flor que se abre con delicia
Y su lluvia de pétalos derrama
Bajo el ojo mortal que la acaricia;
En las quimeras de la errante sombra
Se borra y se diseña
Una pálida mano que hace seña
Y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto
La soledad como un fantasma mira
Y resucita y se estremece y gira
La vida de lo muerto.

Oh mortal criatura,
¿No siente á Dios la esencia de tu vida?
¡Es que en el alma universal fundida
Aspira á El tu alma con tristeza;
Es que la majestad de la grandeza
El corazón inunda de ternura!

Oh tarde, tarde bella
Que vuelcas sobre el mundo el firmamento
En el fulgor de tu primer estrella,
Tú me templas el alma solitaria:
Siento en su seno una armonía, siento
Como un ángel que llora......
¡Oh Dios! es la plegaria
Con que en la tarde la Creación te adora!

LA HERMANA DE CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
Que descansas el vuelo
Sobre la cárcel del linaje humano,
Para abrir una fuente de ternura
Y una puerta del cielo
Donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que oras
Junto al desierto lecho del que espira?
¿Quién eres tú, que lloras
Por la desgracia agena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
Al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
De la feroz matanza,
El rastro de la muerte vas siguiendo
Por el ¡ay! que se lanza,
Y entre la sangre y el dolor perdida,
Donde se dá la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
Angel del moribundo,
Bálsamo misterioso del herido,
Y patria en fin del huérfano y el triste:
¿De que estrella caiste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
Para que quepan en tu amor sagrado
Todas las desventuras de la vida?

¿O qué caudal de abnegación encierra,
Que no acaba, regado
Sobre todas las llagas de la tierra?

No pisa sobre el mundo
Más que un ser, nada más, que templa y calma
Tanto dolor profundo
Con el insomne afán de su ternura...
¡Te adivina mi alma!...
Eres mujer, sublime criatura.

Eres mujer, lo eres,
Y no te abisma la borrasca humana
Al mágico festín de los placeres;
Y los vivos albores
De la ilusión galana,
No alumbran el Edén de tus amores;

Y tu rostro tan bello,
No es flor del mundo en el jardín viviente;
Y tu blondo cabello,
En ondas meláncolicas caído,
No es tesoro de un labio enardecido,
Ni espléndida corona de tu frente.

Y la angélica lumbre de tus ojos
Tan solo á Dios y al moribundo mira;
Y la frescura de tus labios rojos
Solo se va perdiendo y marchitando,
La helada cruz besando
Y la pálida frente del que espira.

¡Oh! ¿qué profundo encanto
En la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
Con el consuelo del dolor y el llanto,
Que el placer de la tierra
A cambio de él el corazón olvida?

¡Angel de caridad, alma templada
Del mismo Dios en el amor fecundo,
Tórtola de Noé desamparada,
Eres flor bendecida
Bajo la sombra de la cruz nacida
Donde espiraba el Salvador del mundo!

Tu enternecido corazón sublime
Es el arca del pobre:
Allí busca consuelos el que gime,
Allí pide una lágrima el que llora,
Y allí un pan, y allí un cobre,
Aquel que con el hambre se devora.

Allí, muertos de frío,
Van á llamar el huérfano y la viuda
Con la carne desnuda,
Y el pie despedazado
Bajo la noche del invierno impío
Sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
Se para junto al lecho de la vida,
Lleva su mano inerte
El que está solo en su dolor horrendo,
Para besar tu mano bendecida
Y morir sonriendo.

Así tu vida en la piedad se encierra,
Así la viertes sobre el lodo inmundo,
Sin pedir ni una lágrima á la tierra.
Así tu noble corazón sincero
Sin patria sobre el mundo...
Patria es del mundo entero.

¿Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también solo allí busco mi palma:
Voy donde el diente del dolor se encarne,

Seco también las lágrimas del suelo,
Y cierro las heridas de la carne
Como tú las del alma:

¡Alumbra mi destino
Sobre la cárcel del linage humano!
¡Ay! solo pide mi ambición precaria,
Que en el último asiento del camino,
Pongas en mí tu mano,
Y levantes mi vida en tu plegaria.

EL POETA Y EL SOLDADO

POETA

Soy el alma divina
Que alienta el corazón de las naciones;
El astro que sus glorias ilumina.
Soy la canción primera
Que hace flamear al viento su bandera
Y levanta á su sombra sus legiones.

Soy la eterna esperanza
Que en la frente del hombre reverbera,
Y á cuya luz la humanidad alcanza
Desde su cárcel de fatiga y duelo,
A vislumbrar el rastro
Que deja de astro en astro
El Creador de los orbes en el cielo.

Soy el arrullo de la fe sublime
Que en el idioma de los cielos canta

Al alma de los mártires, que gime
En la encendida hoguera,
Y al corazón del Cristo que redime
Desde su cruz la humanidad entera,
Y á su origen divino la levanta.

Soy el rayo celeste que colora
La bóveda estrellada de la tierra;
Soy el rubor de la inmortal aurora
Que abrillanta y que dora
Cuanto en la vida la ilusión encierra.

Yo canto al mundo las eternas leyes
Que la sublime libertad inspira,
Y al arrancar la estrofa de mi lira,
Hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía
La desolada humanidad despeja
Su doloroso ceño;
Yo acompaño en mis cánticos su queja;
Yo arrullo su agonía;
Yo cierro los ojos y la enseño
Del sepulcro á la puerta,
Que la muerte es un sueño
Que en la inmortal eternidad despierta.

Yo soy el arpa que en el triste suelo
Templa de Dios la mente soberana
Para que cante á la creación humana:
— Mortal: ¡álzate al cielo!—

SOLDADO

Yo soy la sangre universal que late
De la Patria en las venas;
Mi pecho es su muralla de combate.

Yo desnudo la espada
Por su gloria sagrada,
Y rompo de su planta las cadenas.

Yo soy su vengador. Yo soy el brazo
Que aplasta la conquista en su sendero
Y estrella el cráneo del león Ibero
En la nevada sien del Chimborazo;

Yo soy la carne de cañón que alfombra
Sangrienta y palpitante,
Rota y hecha jirones,
El camino triunfante
Que conduce á la gloria sus legiones;

Yo soy la abnegación desconocida
Y la pena ignorada,
Soy la sangre vertida
Con todo el sacrificio de la vida,
Y sin otra ambición en su carrera
Que un jirón de bandera
Que sepulte mis miembros en la nada;

El amor, el cariño,
Del dulce hogar el apacible encanto,
Las caricias angélicas del niño
Y de la madre el llanto,
Todo lo que encadena
A la tierra y al cielo,
Lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,
Y con frente serena
Marcho al sublime horror de la batalla ......
¡Cuando el lamento de la Patria suena,
Hasta el lamento de la madre calla!

Yo soy el centinela de su gloria,
Yo marco con mi espada su destino,
Yo mismo hago su historia,
Regando con mi sangre su camino;

¡Para que el eco de su nombre vibre
Y cruce su estandarte el mundo entero,
    La hago inmortal, y muero
    Como un soldado libre!

. . . .

¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
Batalla por la fe que tanto anhela?...

POETA

    El destierro del Dante,
    La tumba de Varela,
El tajo de la infame guillotina
Que hace rodar la frente iluminada,
Y los dos brazos de la cruz divina
En la cumbre del Gólgota clavada:
Esa es la brecha que el deber me fija.
La paz universal es mi bandera:
¡A su gigante sombra se cobija
    La humanidad entera!

Mis armas no son armas de la muerte,
Son la fraternidad y la esperanza;
El grito del cañón no es el más fuerte:
Donde él no llega, la razón alcanza,

Allá en el porvenir reluce un día
Sin hierros, sin banderas, sin cañones:
Esa es la patria tuya,—esa es la mía,
¡La Patria Universal de las Naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
Y la paz es el fruto de la guerra;

Bajo ese sol no brillará mi frente...
No. ¡Yo he caído en la primer jornada,
Al pie de mi bandera idolatrada
    Y abrazando mi tierra!

POETA

Si ha de brillar, en la lejana historia
    De la pasada gloria,
En la epopeya de supremo duelo
    Que el poeta divino
Cantará á las batallas del camino
Que salva el hombre de la tierra al cielo.

SOLDADO

—¿Esa es la gloria mía?

POETA

—¡Esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese sol, adios. Tú eres mi hermano.

POETA

¿Adios?... ¡jamás!... Marchemos de la mano:
¡Tú eres el corazón, yo soy el alma!

PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
Dormido en tu regazo, madre mía,
Sobre mi frente pálida sentía
El beso de tu amor sublime, tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
Como un eco del cielo desprendido,
Anidaba su música en mi oído
Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
Mis ojos ¡ay! acariciando abría;
Y al levantar los párpados veía
El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
Risó por mí tu venerable frente,
Como clara y purísima corriente
Besada por el soplo de la brisa.

Soñé... mas ¡ay! que al despertar del sueño,
Me hallé muy lejos del hogar amado,
Y tan solo en mi espíritu grabado
Tu semblante purísimo y risueño.

¡Ah! yo soñaba despertar contigo
Madre de mis hermanos, madre mía,
Y me hallé que en un páramo dormía
Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo,
Y besando tus flores perfumadas,

Acaso con tus lágrimas regadas,
Levanté mi plegaria de consuelo:

Feliz aquel que al despertar del día,
Aunque proscripto del hogar paterno,
Encuentra el corazón profundo y tierno
Que responda al llamarle: ¡madre mía!

LAS DOS PLEGARIAS

Te ví con ropas de dolor vestida
A los pies del altar arrodillada,
Y la mirada, celestial mirada,
Con llanto de piedad humedecida.

Tu voz, como la brisa solitaria
Que á la oración por el desierto gime,
Sollozante, dulcísima y sublime,
Levantó bajo el cielo tu plegaria.

¡Ah! tú rogabas con fervor profundo
Por la paz de los muertos que te amaron,
Por un reposo, que en el mundo hallaron
Dos palmos ya bajo la faz del mundo.

Entonces ¡ay! mi espíritu abatido
Con el insomne afán del desconsuelo,
Miró una noche oscurecer su cielo,
Negra como el crespón de tu vestido.

Y mi voz sollozante y funeraria,
Rota contra las ondas del ambiente,
Volcó sobre mi lábio balbuciente
El inmenso dolor de esta plegaria.

¡Ah! tú no ruegas por aquel que cruza
La tierra propia como tierra extraña,
Rodando en la tormenta de la vida
Sin hogar de reposo en su jornada,
Como las hojas
Que el viento arrastra:
¡Oh! ruega por aquel que busca solo
Su día de descanso en la batalla.

¡Ay! tú no ruegas por aquel que habita
El tenebroso abismo de su alma,
Agitado en las horas de su sueño
Por el pesar que se alzará mañana,
Como la muerte
Que el reo aguarda:
¡Ah! ruega por aquel que nada espera
En el mundo feliz de la esperanza.

Su amor es prenda del amor ageno,
Su vida es sombra de la vida estraña,
Y el porvenir de la existencia suya
Como huracán que en el desierto avanza
Bajo la noche
Desamparada:
¡Oh, ruega entonces por aquel, que solo,
Como un espectro sobre el mundo pasa!

En tí la tierra mi esperanza lleva,
En tí los cielos mi esperanza guardan,
Y ya en el mundo y en el cielo mismo
Te perdió sollozando mi esperanza,
Como un lamento,
Como una lágrima:
¡Ah! ruega entonces por aquel que solo
No duerme bajo el polvo de tu planta!

LAS DOS ALMAS

Huérfana como el águila del cielo,
Errante como el céfiro del alba,
Triste como el desierto del proscrito,
Sola como la flor de la montaña,
    Como el lucero
    De la mañana,
Así vivió tu alma sin la mía,
¡Así vivió mi alma sin tu alma!

Como el cuerpo y la sombra de su cuerpo,
Como el mar y la onda de sus aguas,
Como el canto y el eco de su canto,
Como el sol y la lumbre de su llama,
    Como los ojos
    Y la mirada,
Así se unió tu alma con la mía,
¡Así se unió mi alma con tu alma!

Sobre la tierra de extranjeras olas,
Bajo el cielo sublime de la patria,
En las risueñas horas de la dicha,
En la noche fatal de la desgracia,
    Como dos ruedas,
    Como dos alas,
No se apartó tu alma de la mía,
¡No se apartó mi alma de tu alma!

Cuando el tremendo golpe de la muerte
La misma tierra á nuestros cuerpos abra,
Tu alma en sus alas alzará mi vida,
Mi alma la tuya subirá en sus alas
    Hasta ese mundo
    De la esperanza,
Patria inmortal de tu alma y de la mía,
Patria inmortal de mi alma y de tu alma.

1859.

ELEGÍA

Ubi dolor ibi fluctus.
Hipócrates.

Á MI BUEN AMIGO EL DOCTOR B. MARTINEZ

Al través de una lágrima te veo,
Tierra de los patriotas y valientes:
¿Y éstas llorando y humillada?... ¡Mientes!
¡Tú no eres la inmortal Montevideo!

El grito de tu llanto y tus ultrajes
De asombro al mundo y de vergüenza llena,
Y con sollozo de dolor resuena
En la tumba de Diaz y de Tajes.

¡Y ni una voz viril, ni un solo eco
Hoy pide cuentas de tu honor vendido,
Donde abortó con magnífico estallido
La tremenda palabra de Pacheco!

¡Ay!... ¿para trono de un caudillo inmundo
Los muros de nueve años se elevaron,
Y una hazaña en cada ángulo dejaron
Que basta y sobra para honrar un mundo?

¡Troya...y Gomorra! confusión doliente
Que ofusca el pensamiento horrorizado:
Arca de salvación en el pasado:
Tumba de dignidad en el presente.

¿Cómo ha caído tu soberbia raza
De hinojos á la espuela de un caudillo,
Agoviada tu diestra bajo el grillo,
Y sujeta tu lengua á la mordaza?...

¡Ah! solo el día de Polonia esperes
Si duermes á los pies de tu verdugo...
Hasta que venga á destrozar tu yugo,
El brazo vengador...de tus mujeres.

Para que ignore tu vergüenza el mundo,
Sofoco el corazón que me suspira,
Y lleno de dolor parto mi lira
Sobre las rocas de tu amor profundo.

Y al través de una lágrima te veo,
Tierra de los patriotas y valientes:
¿Estás llorando y humillada?... ¡Mientes!
Tú no eres la inmortal Montevideo.

LOS HUÉRFANOS

Cuando el estruendo del festín resuena
En torno de tu mesa regalada
Y entre las ondas del quemado aroma
El rumor de los brindis se levanta,
¡Acuérdate de aquellos
Que á los umbrales de la puerta llaman!

Cuando en el día de tus padres gires
En el salón de la revuelta danza,
Y dejes, al pasar, enternecido
El beso de tu amor sobre sus canas,
¡Acuérdate de aquellos
Que solo al borde de su tumba pasan!

Cuando el concierto de armonioso canto
Te arrulle con su música inspirada,
Y el lujo y el fulgor de la alegría
Doblen el espectáculo que embarga,

¡Acuérdate de aquellos
Que solo al ¡ay! de los pesares cantan!

Cuando en las horas de la noche negra
Contra tus muros la tormenta brama,
Mientras en lecho de mullida ropa
Junto á los hijos de tu amor descansas,
¡Acuérdate de aquellos
Que al solo amparo de los cielos andan!

Y cuando el rayo del albor primero
Entre por el cristal de tu ventana
A encender bajo el párpado que duerme
El fuego de la vida en tu mirada,
¡Acuérdate de aquellos
Que no despiertan más en la mañana!

¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma,
Y sobre el cielo de la tierra triste
El sempiterno hogar de la esperanza!

EL ÚLTIMO ADIOS

Angel de mi terrestre paraíso,
Estrella de mi noche funeraria,
Arrullo de mi sueño desolado,
Música de mi selva americana,
Tórtola triste,
Como una lágrima,
Sombra de mi reposo:
¿A donde irá tu alma sin mi alma?

Inspiración divina de mi espíritu,
Impulso de mi carne fatigada,
Atmósfera celeste de mi vida,

Rumbo de mi existencia solitaria,
    Mitad errante
    De mi esperanza,
    Ya no te ven mis ojos;
¡Allí quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones,
Pupila de mis ojos arrancada,
Caricia de mi madre enternecida,
Descanso del naufragio y la batalla,
    Templo caído
    De mi plegaria,
    En la tierra, en el cielo:
¿A donde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa,
Sola como el desierto de la pampa,
Mústia como los sauces del sepulcro,
Triste como la última mirada,
    Como un sollozo,
    Como una lágrima,
    Así quedó tu alma sin la mía;
¡Así quedó mi alma sin tu alma!

DÉCIMA

No te vayas, luz nacida
En mi noche desolada,
Llevando en cada pisada
Un pedazo de mi vida;
Mi esperanza entristecida
Como un toque de oración,
Para comprar la ambición
De este inmenso amor sin calma,
Te trae un cielo en el alma
Y un mundo en el corazón!

INDICE

PÁGINAS

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«La patria es una nueva musa que influye divinamente.»

Fr. C. J. Rodríguez

«Nuestros poetas han sido los sacerdotes de la creencia de Mayo.»

J. M. Gutiérrez

Tomo VII — NUEVA ALBORADA

BUENOS AIRES
Editores: MARTIN BIEDMA é HIJO
Bolivar Nº 535
Año del Centenario—1910

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez

Tomo VII — NUEVA ALBORADA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910



ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

(TOMO VIII)

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutiérrez.

Tomo VIII—LAÚDES Y GUITARRAS

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

LAÚDES Y GUITARRAS

JOSÉ MARÍA ZUVIRÍA

HILARIO ASCASUBI

ESTANISLAO DEL CAMPO

JOSÉ HERNÁNDEZ

JORGE M. MITRE

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

DOCTOR DON JOSÉ MARÍA ZUVIRÍA

José María Zuviría era salteño. Nació en la capital de la heróica provincia el año 1830.

El furor de los opresores de la patria obligó á su padre, el patricio Dr. D. Facundo de Zuviría, á salir del país, cuando sus hijos eran todavía muy pequeños para soportar las penurias de aquellas largas y peligrosas travesías, por lo cual se dirigió sólo á sufrir su ostracismo, y se radicó en La Paz, buscando en la vida de la célebre Universidad Boliviana el ambiente de ilustración que necesitaba su cultura.

Poco tiempo después, nuestro ilustrado compatriota mereció ser nombrado Rector de aquella Universidad, y entonces llamó á los suyos á su lado. Allí se educó José María.

Devuelta al país la normalidad y el goce de los beneficios de la libertad con el triunfo de Caceros, la familia Zuviría regresó á Salta, empezando el joven Dr. José María Zuviría á destacarse entre los hombres de su generación y de su época por sus talentos y bellas prendas de carácter.

Inicióse en la vida pública como diputado al Congreso Constituyente del año 1853, del cual fué presidente su ilustre padre.

José María fué nombrado secretario, en la sesión del 23 de Febrero de 1853.

Entre las muchas cuestiones que ilustró con su palabra, merece recordarse su campaña por el aplazamiento de la aprobación de los tratados sobre la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay, que se firmaron en San José de Flores el 10 de Julio de aquel año. El Dr. Zuviría sostuvo sólo el aplazamiento, replicando á todos los impugnadores; y empezó su célebre discurso con las siguientes palabras: (1)

« Supuesto que hay tanta oposición al aplazamiento que por primera vez, y solo por la enfermedad que me aqueja, he pedido, desde que soy diputado, retiro mi solicitud y hago uso de la palabra. *Ni la enfermedad, ni la muerte me impedirán llenar mi deber.*

« Por cuanto se ha expuesto ayer y hoy, y por la opinión pronunciada por la mayoría de los señores diputados, conozco que el proyecto que sostengo será rechazado por la votación. Con esta seguridad, la prudencia me aconsejaría abandonarlo si otros consejos más enérgicos é imperiosos que los de la prudencia no me impulsaran á sostenerlo hasta que se agoten mis fuerzas físicas y morales. *La voz del deber y de la conciencia mucho más sagrada que aquella, me alentará para llenar sus preceptos.*»

---

(1) Sesión del 9 de Setiembre de 1853.

El Dr. Zuviría sostenía la tésis de que no era el Congreso Constituyente el que debía aprobar esos tratados, y reforzaba sus argumentos de orden institucional, con otras de orden político, diciendo: « La aprobación de los tratados por quien no corresponde, y con violación de una ley fundamental, lejos de ser de pública conveniencia, es una arma contra los tratados mismos; y si como se ha dicho, se teme que Buenos Aires los ataque, no hay que darle esa arma; *porque no hay arma tan cortante como el Derecho en manos del enemigo.* »

Después de clausurarse el Congreso, el joven secretario fué nombrado Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda, puesto que renunció el 22 de Mayo de 1855. Fué también secretario del gobierno de la Confederación, Juez Federal en el Rosario de Santa Fe y secretario de la Legación Argentina ante la Santa Sede.

Toda la vida de este ilustrado jurisconsulto, pensador, hombre de estado y diplomático, se ha desenvuelto en la mayor placidez, formándose alrededor de su nombre una verdadera aureola de consideración y de respeto.

Orador y literato distinguido, fué también amante apasionado de las musas, y obedeciendo á ese *impulso repentino* que busca expansión á los anhelos juveniles y desahogos al espíritu del hombre, buscó en las armonías del verso las formas más acordes para la expresión de sus sentimientos.

Su astro no es muy intenso, pero su inspiración es siempre honesta, apasible, rumorosa y buena. Según

él mismo lo dice en el prólogo de su colección de poesías, (1) su escuela fué la lectura entusiasta de inspiraciones poéticas que lo deleitaban. Sin embargo, son bien perceptibles en sus versos las trazas del romanticismo de aquella época.

El poeta y escritor Martín García Mérou, haciendo el juicio crítico del poema *Abel*, decía: (2)

« Recorriendo sus páginas descriptivas, se encuentran consideraciones filosóficas, recuerdos históricos, arranques líricos subjetivos, pero raras veces inspirados por la naturaleza que lo rodea. *Abel* habla mucho de las ciudades y poco de los campos. Al penetrar en Francia recuerda á Juana de Arco, Carlota Corday y Eloisa, y canta la guerra del 70; al penetrar en Londres nos muestra un cuadro de miseria y de dolor, al que sigue uno de muerte que oprime el corazón; Italia, que le ha dado tema para uno de los cantos más bellos del poema, le hace tributar un recuerdo de admiración á Dante, Virgilio, Ovidio, Tasso, Manzoni, Rafael y Miguel Angel. En Roma describe el carnaval, en Venecia evoca una grandeza pasada para siempre, y solo al referirse el río Paraná, en un canto lleno de delicadeza é inspiración, trata de reflejar el colorido de la naturaleza que lo abriga. Esto, como he dicho, señala á *Abel* una esfera especial de acción, un límite determinado en medio de otras producciones que le son semejantes.»

---

(1) *El Peregrino del Plata.*—Abel y Poesías diversas. 2a Ed. Buenos Aires 1880.

(2) «La Nación» núm. del 8 de Abril de 1880.

«El señor Zuviría ha cumplido el ideal de Longfellow. Su lira tiene cuerdas que vibran heridas por otros sentimientos que los puramente subjetivos. Canta las glorias de la patria, las heroínas de la caridad, la majestad de la naturaleza americana. Sus poesías pasan de lo sencillo á lo grave, de lo triste á lo humorístico, con transiciones tan felices como oportunas.»

Parece que el Dr. Zuviría eliminó intencionalmente de entre sus poesías todos los versos que escribió contra la tiranía, para no contribuir á reforzar el eco de aquella inmensa tortura que sufrió la patria; pero se puede apreciar el entusiasmo de su aversión á la causa de Rosas por las siguientes estrofas del himno con que celebró su caída: (1)

TRES DE FEBRERO

HIMNO

CORO

Patriotas ya sois libres
La frente levantad;
Cayó, cayó el Tirano
Gritemos Libertad.

—

De Palermo el Tirano ominoso
Ya lanzó su postrer alarido
Y en su frente feroz el vencido
Muestra solo miseria y baldón.
Ya soltó de su garra la presa

(1) *El Nacional Argentino.*—Año III, núm. 77 del 5 de Febrero de 1854. La poesía está firmada en Febrero de 1852.

Que saciaba su instinto de fiera;
Halle solo en la tierra extrangera
Como aquí, maldición, maldición.

—

Argentinos no el odio abriguemos,
Somos libres, seremos hermanos;
Libertad tienen ya nuestras manos,
Las de todos sean libres también.
Desplegando el azul estandarte
De la patria el gran himno cantemos;
Y entre vivas, la palma llevemos
Del guerrero entrerriano á la sien.

—

Gloria al Héroe que marcha al oriente
Cual si fuera inspirado del cielo,
A librar de opresores un suelo
Fiel baluarte de la libertad.
Por do quiera triunfando sus huestes
Sin que arroje el cañón la metralla,
Corre á abrir la gloriosa muralla
De la heróica invencible Ciudad.

—

Ved cual teje á su palma de triunfo
De la paz los ansiados laureles;
Vedle luego en guerreros bajeles
La ancha falda del Plata surcar.
El veloz Paraná sus legiones,
Ya conduce en su espalda gigante
Y la pampa le mira triunfante
Su región desvastada cruzar.

—

Ya en Casero el Ejército Aliado
Lanza al aire mortiferas balas,
Tres banderas despliegan sus alas

A los gritos de unión y hermandad.
El Tirano se aterra á su aspecto;
No es la viuda que llora á su oído,
Es de guerra el mortal estallido,
Es que pide el cañón libertad.

—

Y el que hiciera correr tanta sangre
Las cabezas cortando en las calles,
Ved cual huye, cruzando los valles,
Tan veloz como el raudo huracán.
La victoria pronuncia su fallo:
Doquier triunfan las huestes aliadas;
Doquier cruzan las densas oleadas
De enemigos que prófugos van.

—

Al combate sucede la calma
Y de heridos la triste plegaria;
La llanura quedó solitaria
Como lóbrego y mudo panteón.
Mas un día de gozo y ventura
Tras la noche de luto amanece;
El Tirano á su luz desparece,
Y sus huestes alcanzan perdón.

—

¡Gloria á Urquiza! en la tierra Argentina
Ni opresores hay ya ni oprimidos;
Vencedores, aliados, vencidos
De la Patria el gran himno cantad.
Sepa el mundo que el pueblo argentino
Al que un Rozas feroz oprimía,
Sepultando su atroz tiranía
Libertad tiene ya ¡libertad!

J. M. Z.

El Dr. Zuviría murió en Buenos Aires el 9 de Noviembre de 1891.

De su labor puede juzgarse por las siguientes obras que dejó publicadas: «Religión de Religiones»; «Los Constituyentes de 1853», «Estudios sobre la Historia Argentina»; «Anales Contemporáneos», «Sarmiento» y un tomo de poesías.

HILARIO ASCASUBI

El autor de las *trovas gauchas* tiene más de un nombre de pila con el que vive en el culto de las simpatías populares. Porque, podrá alguno ignorar, quien fué el coronel don Hilario Ascasubi, más no habrá quien no sepa que *Paulino Lucero* y *Aniceto el Gallo* han sido cantores de los más *mentaos* de su tiempo, y tan célebres, por lo menos, como el mismo *Santos Vega*.

Todos estos personajes viven en la imaginación del pueblo, fantaseados con el encanto de sus hazañas, como otros tantos héroes de la leyenda de las pampas, que falta todavía de figura digna de la grandeza de aquel inmenso escenario, huelga con las acciones de estos tipos novelescos de su raza, á la espera de la evocación genial que ha de llenarlo.

Como todos los pueblos que han estado largo tiempo abandonados á la evolución de sus tendencias naturales dentro de los medios y recursos de que ha podido disponer para alcanzar el máximum de satisfacción de sus afanes, amalgamándose en el contacto continuo con la naturaleza los elementos primordiales de su etnicismo, fundiendo en el crisol de las virtudes heredadas el precioso metal de su carácter, y cristalizando al fin, por lento reposo, en forma típica de rasgos éticos y fisonómicos inconfundibles, el pueblo argentino tuvo su tipo especial en el *gaucho,* que era el hombre del campo, no pastor ni agricultor, sino *peón* de estancia ó vagabundo ocioso.

El escenario en que actuaba, la sencillez de sus hábitos, la simplicidad de sus elementos de acción, de guerra y de trabajo, que consistían en su caballo, el lazo, las boleadoras y el cuchillo; la destreza é intrepidez con que los manejaba y el contraste avasallador de la grandeza de los obstáculos que con ellos vencía, la inmensidad del desierto, el poder del salvaje y la furia de las bestias, bastaban para atraer sobre sí la consideración y el cariño de la sociedad con que vivían en contacto, y el aplauso y la exaltación de sus hazañas por los poetas más favorecidos por la musa del patriotismo nacional.

Pero antes de que ninguno de estos lo cantara, la imaginación popular vislumbró bajo el alero de los ranchos la personificación del valor, la nobleza, la hidalguía, la lealtad y el arrojo; y acariciando en su mente la memoria de sus proezas y aventuras, lo en-

volvió con las luces de su fantasía, lo llevó á los apartados dominios de la leyenda, y entre sus misterios forjó su paradigma. Tal era Santos Vega.

La musa de los payadores no tuvo alas para volar más alto, pero ella fué quien brindó al numen de los poetas argentinos el prototipo de su belleza.

Dificil es ahora juzgar de la importancia ni del mérito que hayan podido tener las producciones de nuestros bardos de chiripá y cuchillo á la cintura, por cuanto no habiendo sido recogidos más que por la tradición, en algunos casos, tales como hoy los conocemos solo sirven para demostrar la forma que tenían esos cantares, no la expresión de sus sentimientos, ni la verdad de sus rústicas evocaciones.

Pero esa poesía verdaderamente popular no es esta de las *trovas gauchas* de Ascasubi.

En este caso la musa culta, *pueblera,* se disfraza de musa campesina, remeda su inspiración, abate el vuelo hasta rozar la tierra con sus alas, interpreta sus sentimientos y habla buscando la mayor naturalidad del colorido en la expresión y de estilo en el lenguaje.

La falta de *verdad poetica* no ha sido echada de menos, y como la forma tuvo gran aceptación en el país y la crítica la acogió cariñosamente, dándola el nombre de *poesía gauchesca,* ella ha llegado á constituir un verdadero *género,* del cual ya hemos dicho que el precursor más lejano fué el santafecino don Baltazar Maciel, no bastando á nuestro juicio que en el título de una composición cualquiera se diga que es gauchesca, ó que es «para ser cantada en *comunes instrumentos*

por los labradores, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente comun en la calle y plazas», para que se la considere como tal, y pueda atribuirse su paternidad al doctor Rivarola, como lo hace el señor Menéndez y Pelayo. (1)

Hablando de ella don J. M. Gutiérrez, dice lo siguiente: «El escritor tiene una fisonomía especial, se expresa en un lenguaje que ningun pueblo habla, usa de palabras que requieren un glosario para ser comprendidas, toma sus imágenes poéticas de regiones apartadas de la civilización, de costumbres de una raza de hombres que habita llanuras cubiertas de ganados y escasa de poblaciones, y de una naturaleza que ni la ciencia ni los viajeros han explorado todavía. *Trobas* ha llamado el señor Ascasubi á su poesía, y las ha bautizado con el título de *campestres.* En español se habría dicho «trobas» y *campesinas.* Pero nuestro compatriota no escribe en la lengua de los castellanos sino en la bastarda que se atribuye á los *gauchos.* Este rasgo es el más saliente de sus composiciones por su parte exterior ó su forma, y he aqui como le justifica el autor al frente de su poema «Los Mellizos« publicado en Montevideo en 1850. «El uso de este lenguaje ageno en muchas voces y modismos al idioma de la literatura española, era esencial y requerido para revelar los secretos y los hábitos de las campañas argentinas que el autor se ha propuesto sacar al conocimiento y examen de la crítica; porque en los pue-

(1) Antol. de Poetas Hispano Americanos, Tom. 4, pág. CXCV.

blos lo mismo que en los individuos, el estilo, el lenguaje, los modismos, son la parte más profunda, más homogénea, más explicativa de su ser».

El autor de «Los Mellizos» comprende y describe el paisaje y los accidentes del suelo y el alma, y el corazón del gaucho, á su manera. La pampa no se le presenta con la solemnidad que esta maravilla de la creación ostenta en el primer canto de «La Cautiva», y Santos Vega no se expresa ni siente con la alteza de Brian. Ascasubi no alcanza á dominar toda la extensión del desierto, y acaso tampoco lo ha pretendido. Lo contempla y lo pinta por partes, buscando la originalidad y el colorido en los detalles y en la multiplicación de los nombres locales, generalmente exóticos».

Don José María Torrez Caicedo, en París, y desde las columnas del «Correo de Ultramar» de 24 de Julio de 1861 decía lo siguiente:

«El señor Ascasubi no pertenece á la categoría de poetas que Taine, Morin y otros han bautizado con el nombre de *lakistes,* pálidos imitadores de Chateaubriand, que solo saben vibrar una nota vaga, tierna y plañidera; está distante de seguir la escuela de los que á todo trance quieren aparecer escépticos, abrumados por el tedio como Birón, sin poseer las sublimes cualidades del autor de Lara y de Manfredo, sin haber sufrido sus padecimientos, sin estar atormentados por el genio «de ese ángel ó demonio»; tampoco sigue á los afiliados en el gremio de la fantasía, como Banville, Beaudelaire, Pommier, etc. No; el

poeta porteño ha aspirado á enrolarse bajo otra bandera, y en esas filas ha obtenido un rango superior.

El señor Ascasubi ha comprendido que en este siglo, el poeta debe elevarse á otras esferas, ser sacerdote de la idea, servir la causa de la libertad y del progreso, emplear un acento viril para alzarlo en las luchas de la humanidad que se esfuerza por hacer triunfar el derecho y la justicia.

En su género, y aun cuando dista mucho en cuanto á la forma, ha emprendido el camino que llevan De Laprade, Dupontavice, De Heussey, Carlos Alexandre, Esteban Arago y otros pocos que se empeñan en salvar de su ruina la poesía francesa.

El señor Ascasubi, por la originalidad, tiene muchos puntos de contacto con el célebre Tasnusi, cuyos cantos, en una lengua que tiende á desaparecer han arrancado estrepitosos aplausos á las grandes ilustraciones literarias de la capital de Francia. Por su buen sentido y naturalidad podría decirse que ha bebido en las mejores obras del buen La Fontaine. Por su robusta entonación en defensa de la patria y de la libertad tiene grande analogía con el amable Beranger, el bardo popular de Francia, tan amado por los hijos de las clases trabajadoras y tan injustamente calumniado después de su muerte, aun por algunos que se llaman liberales y que han dado algunas pruebas de verdadero liberalismo, entre los cuales se cuenta Pelletan.

El señor Ascasubi ha sabido separarse de esa trillada senda que han recorrido muchos poetas ameri-

canos, que no han tenido en mira fundar una literatura propiamente nacional, y que han empleado sus robustas facultades en imitar el lenguaje, las formas, los sentimientos y aun asimilarse las enfermedades del corazón de los escritores desesperados ó desesperanzados de las viejas sociedades europeas.

El señor Ascasubi ha comprendido que el poeta debe servir practicamente al pueblo, y ha cantado la libertad, ha tronado contra la tiranía, ha seguido paso á paso los terribles episodios, las tremendas escenas que se han desarrollado en las dos riberas del Plata; y para dar á sus agradables é interesantes descripciones un tinte original y algo de color local, ha empleado el lenguaje animado, expresivo, varonil hasta en su misma falta de cultura, de los *gauchos*, de esos habitantes de las Pampas, que acostumbrados á vivir dueños de sí mismos, han defendido con brio la libertad y la independencia, cuando ellas han estado amenazadas ó próximas á sucumbir.»

El reputado literato y educacionista Uruguayo don Márcos Sastre, se ha complacido igualmente en significar su agrado hacia este género de poesía, de la cual poseen nuestros vecinos de la *Banda Oriental* el mejor modelo, en las producciones de don Bartolomé Hidalgo, considerado por muchos como creador más inmediato del estilo; y refiriéndose al poema «Paulino Lucero» dice: «Paulino Lucero, como todas las composiciones de su autor, toma una dirección verdaderamente grande, y cual otro Beranger, marcha tras la patria, la libertad, y el pueblo que es su Musa y su Parnaso».

La crítica más severa, la de la madre patria, ha suavizado también el tono de su voz para juzgar el estilo gauchesco, simpatizando con él, por su tendencia hacia la originalidad y el colorido local.

El señor Menéndez y Pelayo se expresa en los siguientes términos:

Los diálogos de Hidalgo y los de sus imitadores no tenían un fin poético, propiamente dicho, pero no puede negarse que fueron el germen de esa peculiar literatura *gauchesca,* que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura Sud Americana. Estanislao del Campo, Hilario Ascasubi y José Hernandez, son los que logran más nombradía entre estos ingenios del terruño; y con su lectura descansa algo el ánimo de la servil y fastidiosa imitación de Victor Hugo y otros franceses, que es la plaga del arte argentino. Estos poetas, sea cualquiera su valor intrínseco, son al cabo de nuestra familia, hablan, no muy estropeada, la lengua de nuestro vulgo, y son los únicos que pueden revelarnos algo de lo que verdaderamente piensa y siente el pueblo de los campos, la masa que más intacta se ha conservado de la antigua colonización española.

Ni Estanislao del Campo, hijo de un coronel de la Independencia, diputado varias veces, secretario del Gobierno de Buenos Aires; ni Hilario Ascasubi, ayudante del General Urquiza; ni José Hernandez, antiguo redactor de «*El Río de la Plata*», pueden ser calificados en rigor de *payadores* ni de poetas populares: hay en sus obras mucho *dilettantismo* artístico, pero

la fibra popular persiste, y en el último llega á manifestarse épicamente».

Don Hilario Ascasubi nació en «Fraile Muerto» pueblo de la Provincia de Córdoba, el año 1807. Respecto á los primeros años de su vida solo sabemos que se educó en Buenos Aires.

En 1819 emprendió un largo viaje por la América del Norte, yendo á bordo de la «Rosa Argentina» (que fué el primer barco que atravesó la línea ecuatorial izando el pabellón argentino), y habiendo regresado en 1822, después de un viaje á Bolivia, se hizo impresor de libros, estableciéndose con una imprenta en la ciudad de Salta.

En 1825 abandonó su pacífico oficio y abrazó la carrera militar, incorporándose al contingente de soldados que la patria de Güemes enviaba á participar de la gloria de Ituzaingo, sirviendo primero á las órdenes del entonces coronel don José María Paz y después á las del general Lavalle.

Al finalizar aquella célebre campaña que devolvió la libertad al pueblo Uruguayo, había estallado en el país la guerra civil que provocó la presidencia de Rivadavia y la sanción de una constitución unitaria, y Ascasubi siguió al leader de esa idea al valiente general La Madrid.

Después tomó parte en la revolución encabezada por el general Lavalle que destituyó á Dorrego y ensangrentó el suelo de la patria con esta noble víctima

de la fatalidad de un carácter tan audaz como impulsivo, y habiendo caído prisionero de los federales, después de 28 meses de encarcelación salió en libertad, gracias á la mediación del Obispo de Buenos Aires, trasladándose á la República del Uruguay donde se casó y logró realizar una fortuna bastante considerable, gracias á su laboriosidad y espíritu emprendedor.

La casa de Ascasubi ofreció hospitalidad á numerosos compatriotas emigrados por causa de la sangrienta persecución con que el gobierno de don Juan Manuel Rosas pretendió ahogar la idea unitaria, y con sus fondos particulares armó y tripuló un buque que puso al servicio de su partido.

Al iniciarse la campaña que terminó en Caseros Ascasubi pasó á Entre Rios, coadyuvando eficazmente á la obra del general Urquiza con la publicación de sus composiciones joco-serias, muy propias y adecuadas para popularizar aquella cruzada libertadora, siendo nombrado ayudante de órdenes del general Urquiza.

Vencido Rosas, volvió nuestro poeta á dedicarse á la vida del trabajo y entre las muchas aplicaciones que dió á su fortuna considerablemente aumentada en esta segunda época de labor, debemos recordar con simpatía, la construcción del viejo teatro Colón, el primer coliseo de la metrópoli Porteña.

La empresa tuvo mal resultado financiero, por lo que Ascasubi se vió obligado en los últimos años de su vida, á solicitar pensión militar; siendo de recordar las si-

guientes palabras con que terminaba la vista del señor Fiscal don Rufino de Elizalde: «La Ley de pensiones acuerda la totalidad del sueldo, á los que quedaron inutilizados por función de guerra, inciso 1°, artículo 17.

El Fiscal cree que V. E. en atención á los remarcables servicios de este Jefe, que es más meritorio que si se hubiese inutilizado por heridas en función de guerra, debiera acordarle el sueldo íntegro con retiro á inválido.»

Don Hilario Ascasubi publicó sus poesías reunidas en 3 tomos en 8°, en Paris, el año 1872.

El primer volumen se titula: «*Santos Vega ó los Mellizos de la Flor*». Su asunto empieza el año 1778 y concluye en 1808.

El segundo volumen es el de «*Aniceto el Gallo*» extracto del periódico escrito en prosa y verso con este título, rememorando la guerra y el sitio de Buenos Aires por las fuerzas del general Urquiza en 1853 y la cruzada libertadora del general Lavalle contra Rosas.

El tercer volumen se llama «*Paulino Lucero*» y contiene poesías descriptivas sobre las fiestas cívicas realizadas en Montevideo en 1833 y 1844.

ESTANISLAO DEL CAMPO

La situación general del país después de Caseros se refleja sobre todo en la literatura de la época, y ya hemos dicho hablando de Ascasubi, que la razón política fué la que más influyó en sus preferencias por el estilo gauchesco con el que tuvo gran éxito, poniéndolo en boga.

La ciudad y la estancia eran los centros de todas las actividades del país; pero como generalmente estaban separados por grandes estensiones de *pampas* y las comunicaciones eran frecuentemente cortadas por los indios, ambas necesitaban bastarse á sí mismas y por lo tanto irradiaban civilizaciones características.

El aislamiento, la indolencia de las gentes de la campaña, su relativo bienestar y el analfabetismo, eran una muralla china para cualquier propaganda. De modo que para llegar á levantar al pueblo y á formar opinión entre tan distanciados elementos, había que disfrazarle los ecos de las diatribas políticas de los partidos entre los aires quejumbrosos de sus guitarras y lanzarles el pensamiento sugerente del menosprecio ó el odio al adversario oculto entre las coplas de *gastos, media-cañas, refalosas y cielitos.*

Para esto era necesario recurrir el estilo gauchesco,

—por lo que el estilo gauchesco tiene para nosotros más importancia política que literaria—y el resultado que se obtuvo no pudo ser más favorable para el poeta que lo usó y para su causa.

El estilo gauchesco había llegado con Ascasubi á mostrar pretenciones, á reforzar su manera original, á uniformar sus tonos, fijar su pauta y estender la gama de sus notas.

¡En la aureola que circunda la grandeza de la República se empezaba á vislumbrar un nuevo color: el celeste de la *Literatura nacional;* y en los anales de la América independiente se empezaba á escribirse: *Poesía americana!*

Pero el tema político había ya perdido su principal interés después de Caceros, y el género gauchesco empezaba á languidecer en las aburridas tiradas de coplas de sonsonete, desprestigiándose con mucha mayor rapidez de la que había necesitado para levantarse. Los poetas de más renombre esquivaban cortesmente á su musa el patriótico entretenimiento que este campo les brindara; y sin renegar sus prestigios, dirigían sus esfuerzos hacia objetivos diametralmente opuestos, deleitándose algunos, como Guido, en aparecer lo más clásicamente virgilianos; otros, como Ricardo Gutiérrez en arpegiar las cuerdas más vibrantes del romanticismo; Olegario Andrade en reproducir á orillas del Plata las resonancias de la lira colosal de Víctor Hugo; y los más modernos, todos sin excepción, en calzar el coturno en vez de la bota de potro, para cantar en la lengua de Cervantes las glorias y bellezas en que su Musa se inspiraba.

Tal era la situación cuando, en 1866, apareció el *Fausto* de D. Estanislao del Campo.

La trascendencia del asunto (el famoso poema humano de Goethe) y la calidad del comentarista (un *gaucho* que asiste como espectador á la representación de la ópera de Gounot, en el primer teatro de Buenos Aires) en cuyo criterio moral y estético no se podían suponer congeturas de ninguna clase sino apreciaciones materiales de aquellas escenas, reflejaban sobre la narración de lo visto y oído que pudiera hacer el paisano todo el prisma de luces de lo extravagante, y todo el cendal de sombras de lo festivo. Por lo tanto, la relación de Anastasio el Pollo tuvo desde el primer momento el libre paso de las obras de puro entretenimiento.

Sin embargo, en la ejecución de esta idea había un pensamiento mucho más trascendental que el de divertir al público con las ocurrencias del paisano, en aquella situación para él tan solemne como rara y curiosa.

Lo humano, lo maravilloso y lo esotérico del inmenso poema de Goethe se prestaba admirablemente para la sugestión de un cerebro tan liviano como el de un observador campesino; y era entonces una idea grandiosa la de buscar nuevamente, por este modo, la dispersión de las luces de la gran epopeya que han sido reunidas en un solo rayo á través del prisma del genio de Goethe, haciendo pasar ese rayo á través de la mente de un hombre del pueblo. Equivalía á intentar el volver á la forma subjetiva la forma

objetiva del drama; y aprovechar el momento de la transformación para colorear sus imágines con las tintas propias al nuevo ambiente en que se difundían.

Pero esta idea, tan hermosa como atrevida, que buscaba los perfiles èpicos para el cuadro escénico de Goethe y que veía sus figuras más aparentes en los trovadores de las pampas, y sus horizontes más grandiosos en los de América (lo que bastaba para hacer célebre el intento, velando todas las deficiencias con que se realizara), no es del autor del *Fausto* Anastasio el Pollo, sino del poeta D. Ricardo Gutiérrez.

Así se deduce de la carta que éste escribió á del Campo, con motivo de la publicación de su poema, la que dice:

«Recuerdo que una noche alegre, en que yo apreciaba infinidad de ocurrencias criollas que decía Vd. al vuelo, á propósito de las escenas del *Fausto,* lo tenté á escribir en estilo gaucho, sus impresiones de ese espectáculo, seguro de que un cuadro compendiado bajo el punto de mira de tan original criterio, ofrecería un interés particular.

«Para un carácter como el de su índoie literaria era este tema completamente seductor, y yo veía que la oportunidad y el motivo podrían pocas veces tentar con mejor éxito la musa de Hidalgo, para levantar sobre el torbellino de nuestra sociedad, desprovista de papel trasmisible y determinado, la extraordinaria, especialísima, profunda y poética índole americana

primitiva, refugiada hoy naturalmente en el corazón del *paisano*».

Salvada esta circunstancia, véamos ahora si, en la ejecución de la idea llegó del Campo á encarnar el alma de *Santos Vega* en el cuerpo de *Anastasio el Pollo* y á animar y hacer palpitar en su héroe á la raza americana.

El mismo Ricardo Gutierrez nos da la respuesta, que es afirmativa: « Vd. ha venido al terreno más difícil, pero al mas grandioso: la magestad está siempre en esa especie de topografía humana que nunca se halla á la superficie. Es por eso que su leyenda está colorida con las dos tintas más sublimes de la poesía, la filosofía y el sentimiento, que son los arqueos de la expresión. El que sube sobre este trípode está en el camino de la belleza, de donde se domina todo accesorio; el que entra al espíritu domina la materia: así, Hidalgo no ha copiado al gaucho; ha mirado por los ojos del gaucho; no se ha amanerado á su sentimiento, ha sentido por su corazón.

Todas las dificultades redundan en provecho de Vd. una vez que se ha levantado á la atmósfera de la interpretación verdadera: *Anastasio el Pollo es aqui la raza de Santos Vega.* »

El complaciente juicio del inspirado cantor del *Misionero* no explica cómo es que *aquella, pesadilla del espíritu* como la llama Mme. de Staël, y *Biblia del panteismo* como otros la llaman, fuese tan fácilmente asimilable para un gaucho. Pero de todos modos, aun limitando el alcance de su comprensión, á un caso

vulgar de galanteo de *gallo viejo, patrón de estancia,* la verdad es que la naturalidad de la descripción es bellísima y que la escena del diálogo de Laguna y Anastasio el Pollo es magnífica.

Es que del Campo era un apasionado creyente de las maravillas de la *lira gauchesca* y pensaba que, desde la Odisea hasta la más vulgar *vidalita,* todo podía decirse á la criolla, con ideas criollas y lenguaje mucho más criollo. En este género había él escrito sus primeros versos, según lo manifiesta al poeta Mármol en el prólogo que escribió para su colección de poesías, donde refiriéndose á la cuestión de fondo le dice: «Habría sido de desear que el poeta hubiese dedicado el esfuerzo de su ingenio á otro asunto más análogo á la elevación y virtudes del corazón americano, que aquel que preocupó el espíritu de Goethe, en la obra que tanta celebridad le conquistara y del cual no retrocedió, ni en los últimos años de su larga vida, en que puso término á la última parte de su trabajo. Pero esta culpa de elección no altera en lo más mínimo el mérito del poeta argentino, vaciando en el molde de la palabra y reflexiones *gauchas* el pensamiento, y filosofía del poeta alemán».

Vemos así que no dejaron, sus mismos amigos, de observar al aplaudido autor del Fausto criollo la aberración de su tesis, puesta á prueba en un asunto de tan vastas proporciones, que le resultaba, sin materia para épico y con sobrado discurso para lírico.

En cambio, la forma, es decir, los lineamientos ge-

nerales de la escena en que el poeta presenta á sus personajes entretenidos en su diálogo, por la simplicidad del ambiente y la sencillez de los recursos es sublime; y por la naturalidad y la propiedad del lenguaje, la gracia y el movimiento de las expresiones es magnífica.

Nada más intensamente poético y grandioso que la primera descripción en que el poeta presenta á sus personajes: Don Laguna y Anastasio el Pollo. Podrán perderse ú olvidarse muchas estrofas muy bellas del Fausto, pero no morirán nunca sus tres primeras décimas:

En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caía al bajo al trotecito,
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao,
De apelativo *Laguna:*
Mozo ginetaso ¡Ahijuna!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.

¡A criollo! si parecía
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual,
A la rienda obedecía,
De suerte, que se creería
Ser no solo arrocinao,
Sinó también del recao
De alguna moza pueblera:
¡Ah cristo! ¡quien lo tuviera!...
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
Vivaracho y coscojero,
Le iba sonando al overo
La plata que era un primor:
Pues eran plata el fiador,
Pretal, espuelas, virolas,
Y en las cabezadas solas
Traía el hombre un Potosí:
¡Qué!....si traía para mí,
Hasta de plata las bolas!

Pero es bueno notar que esta belleza no se debe al estilo gauchesco (esquisitamente pulido en este caso), sino á la perfecta armonía de notas y colores y á la sobriedad y pureza de las ideas con que se describe.

En efecto, el poder sugerente de las palabras depende de la frecuencia con que se usen para un objeto determinado más que de la alcurnia de sus antecedentes etimológicos ó de sus relaciones con los léxicos; y en el lenguaje de nuestros hombres de campo, el verso *Flete nuevo y parejito* dice todo cuanto su imaginación puede desear ver en un caballo que le interese. Porque, se llama *flete,* al caballo de buenas condiciones de forma y estado, de acción lucida y energías manifiestas, (quizás porque tales condiciones pueden garantizar su trabajo y por lo tanto, su *flete* ó alquiler). En este caso, *nuevo* es la condición complementaria de un *flete,* para que sea *más interesante.* Es la nota de color que destaca la figura, avivando todas sus tintas con el reflejo de la pujanza y la gracia de la juventud. Y finalmente, *parejito* es el adjetivo más propio y adecuado para fijar la belleza del objeto su-

gerido á la imaginación. Es aquí el golpe de maestro con que se remata el efecto artístico buscado, prolongando en un solo rasgo las armonías del conjunto y esfumando todos los contornos, para calmar la ansiedad natural respecto á detalles no recordados y satisfacer los caprichos de todas las exigencias; como se prolongan las resonancias de las cuerdas, despojándolas de todas sus apoyos para dejar lentamente apagarse el eco rumoroso de sus notas.

Caia al bajo, al trotecito es un verso digno del anterior por el enérgico poder descriptivo de sus palabras y el intenso sabor local de la expresión, como lo es el siguiente:

Y lindamente sentao, con que el poeta nos presenta á D. Laguna, marchando tranquila y airosamente, sobre la inmensa alfombra verde de los campos, en complaciente abandono á la natural nerviosidad de su caballo. Apenas se ha terminado la pintura cuando una preciosa epifonema, de rotundo dejo criollo, tan oportuna como gráfica, termina esta magnífica estrofa *mentando* la fama de jinete del paisano, que ya ha sido descontada en el ánimo del lector mientras con los ojos de la imaginación lo está mirando alejarse, *al trotecito* . : . tan *lindamente sentao* sobre su overo:

Mozo ginetaso ¡Ahijuna!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.

Lo mismo podríamos decir de las otras dos décimas que completan esta bellísima portada del Fausto, pe-

ro no siendo nosotros más que meros cronistas, vamos ya á dejar la palabra á los maestros que la han juzgado.

Ricardo Gutiérrez, que como ya hemos visto, fué quien sugirió á del Campo la idea de este poema, se expresa en los siguientes términos: (1) «El *Fausto*, Anastasio, es lo más notable que he visto á propósito del poema de Goethe, y no encuentro nombre de poeta americano que no se hallase favorecido al pie de muchas de sus estrofas.

La introducción es un hermoso trozo de descripción local, un bello cuadro de costumbres, de mano maestra. Hay en todo ese prólogo una infinidad de imágenes comparativas, de peculiaridades de frase y de toques generales que ocuparían mucho espacio para transcribirse.

El cuadro donde comienza la narración, tiene un raro interés descriptivo, que hace apresurar la lectura en busca de los incidentes graciosísimos que se suceden sin descanso: cada estrofa, cada verso y á veces cada palabra, rebosa de pensamiento y de interpretación.

La tercera parte tiene una novedad especialísima, comprendida en los recursos que hasta hoy no había desplegado Vd., tiene un caudal de encantadora y sentimental poesía revestida de una sencillez, tan admirable, que no la hace extraña en la boca de un paisano».

---

(1) Carta del Dr. Ricardo Gutiérrez al autor del Fausto, inserta en el tomo de poesías de Estanislao del Campo, pág. 207.

El poeta Guido Spano, esmeradísimo cultor de la forma clásica, le dice á del Campo, también en forma epistolar: (1) «Su parodia está llena de gracia, de novedad y de frescura. Los dos *paisanos* que Vd. nos hace conocer, atraviesan por entre la nebulosa metafísica del *altísimo poeta,* como suelen hacerlo gallardamente á través de las brumas de la pampa, nuestros gauchos, interrumpiendo los cantos con que entretienen el camino, para fijarse aquí y allí en las perspectivas fantásticas que produce el miraje. Singular es que sostengan su larga plática con tanta amenidad y donaire. ¡Cuanto ingenio no es necesario para que no decaiga el interés! A este milagro concurren una versificación fácil y espontánea, un pincel galanamente colorido, un epígrama chispeante del cual se escapan algunos versos de una melancolía expresiva, engarzados en una composición tan lozana y burlesca, parecen lágrimas en el rostro de un niño que ríe y llora al mismo tiempo».

El príncipe de la crítica española, juzga la obra de del Campo en los siguientes términos: «Prescindiendo de lo inverosimil del dato, divierte é interesa mucho esta especie de parodia inocente, ó más bien de libre interpretación del pensamiento poético de Goethe por un compesino ingenuo y semisalvaje, que cree haber visto realmente al diablo en el teatro»... «Todo está dicho con sencillez suma, y nada hay que exceda de la comprensión del rústico narrador».... «Hay redondillas sumamente felices, por la rápida vi-

(1) Obra cit. pág. 211.

veza con que se precipita el relato. Así cuando el capitán presenta al diablo la cruz de la espada:

—«Viera al diablo retorcerse
Como culebra—¡aparcero!
¡Oiganle!
—Mordió el acero
Y comenzó á estremecerse».
....

Después de citar varias de las descripciones más hermosas del Fausto, dice el señor Menendez y Pelayo:

«Todo esto, á pesar de su forma modestísima, es buena, sana, legítima poesía, que recrea suavemente la imaginación más que las rapsodias filosóficas de Encina y los arrebatos apocalípticos de Andrade».

Estanislao del Campo nació en Buenos Aires el 7 de Febrero de 1834, y desde muy joven rindió culto apasionado á las musas. Gran alsinista, fué secretario del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y diputado al Congreso Nacional. Sus últimos años los pasó muy enfermo, y murió el 6 de Noviembre de 1880.

Dr. JOSÉ HERNÁNDEZ

La musa criolla tuvo al fin su Píndaro, ya que no haya tenido su Homero.

El poema genuinamente *paisano*, la poesía *verdaderamente* gauchesca, en sus ideas, su lenguaje, su entonación, su ritmo, su gracejo y su amargura, llegó al fin en los versos de *Martín Fierro.*

Después que el poeta oriental D. Bartolomé Hidalgo tomó el estilo de algunas de las composiciones festivas del santafecino Juan Baltasar Maziel, para hacer hablar á *un gaucho de la guardia del Monte* y contestar en esa forma al célebre manifiesto de Fernando VII, entrando con tal motivo en una especie de contrapunto joco-serio con el autor del romance endecasílabo que empieza

> Junto á un ombú morrudo y sauce tierno
> De mi guitarra templo el instrumento
> Y aunque me apura el frío del *hibierno*
> Con agua sacra ordeno yo mi acento

con lo cual, poco á poco, fué tomando cuerpo dicha forma y desenvolviéndose más, á favor de la fácil aceptación con que el público recibía estas composiciones, hasta lanzarse á campear por sus respetos, como un nuevo género, levantando la bandera de la *poesía americana,* todos los poetas que lo han ensayado han seguido siempre el mismo procedimiento, de subjetivar los asuntos por medio de un personaje ficticio que canta ó relata sus impresiones:

Ramón Contreras había *retrucado* así al rey de España, burlando y zahiriendo al conde de Casa-Flores, en las redondillas de un *cielito* donde el pueblo gustaba, con el sabor del lenguaje más vulgar, el filtro de la rebelión y el zumo del entusiasmo; *La gaucha de Morón,* se había carteado en esta forma con el señor *Teofilantrópico,* criticando la pobreza de los funerales del general Belgrano, realizados en la iglesia de Santo Domingo; y *Jacinto Chano* había condenado las rivalidades que desde el principio de la revolución diseñaron las dos tendencias que más tarde llegaron á los extremos de la guerra civil.

Del mismo modo procede Hilario Ascasubi, que habla por boca de *Jacinto Amores* y de *Paulino, Lucero,* cuando se trata de burlar ó de zaherir á los hombres de la política y del gobierno. Y, hasta cuando quiere elevar la leyenda de Santos Vega á la categoría de poema nacional, en los *Mellizos de la Flor,* enviciado en esta forma, no hace otra cosa que dar el nombre del legendario payador al *cantor* de sus fechorías.

Aniceto el Gallo era gaucho periodista, que brindaba en gaucho en los restaurants de París; y el inmortal *Don Laguna,* si bien era

Mozo ginetazo ¡Ahijuna!
Como creo que no hay otro
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna

era también hombre de teatro, y nada menos que concurrente á la gran Opera de Buenos Aires; de modo que, todos ellos, si como gauchos subjetivaban en algo el pensamiento general del pueblo, como culteranos

apenas si objetivaban el asunto que el poeta se proponía tratar.

La poesía gauchesca resultaba así cohibida, trabada y deformada desde su origen, pues para la épica le faltaba sujeto, y para la lírica le sobraba pensamiento.

Al Dr. D. José Hernández le cupo la fortuna de corregir estas aberraciones, presentando el conjunto más armonioso y proporcionado en su *Martín Fierro,* que no es más que un cuento, en verso, de la vida azarosa de un pobre paisano, narrado por él mismo.

Habiéndose eliminado con toda maestría la mano de su autor y reducido el actor á su verdadero escenario, resulta *Martín Fierro* una *payada* de verdad, y en esto consiste su verdadero mérito.

El público reconoció inmediatamente la voz, y la encontró legítima; escuchó la primera estrofa, y en seguida arpegió las demás en la guitarra. Por eso *Martín Fierro* ha sido el libro más popular de toda la América. El público prescindió de su valor extrínseco ó literario, y aplaudió su valor intrínseco: la verdad de las situaciones descritas, la justicia de las apreciaciones, la *profundidad* de sus sentencias y la oportunidad de sus alusiones.

Ponderando esta naturalidad el ilustre general Mitre, decía al Sr. Hernández, en carta de fecha 14 de Abril de 1879: «Su libro es un verdadero poema espontáneo, cortado en la masa de la vida real».

La verdad artística, es decir *el parecido*, ha sido llevado hasta el extremo de sacrificar en su obsequio muchas veces la métrica, á fin de no deformar una frase característica, ó á fin de que no apareciera como impecable retórico un gaucho que solo canta de *oído.*

Refiriéndose á este detalle, en la misma carta que

acabamos de mencionar, dice el general Mitre, con mucha razón: «Después que Vd. lea mi nota crítica, no extrañará que le manifieste con franqueza, que creo que Vd. ha abusado un poco del naturalismo, y que ha exagerado el colorido local, en los versos sin medida de que ha sembrado intencionalmente sus páginas, así como con ciertos barbarismos que no eran indispensables para poner el libro al alcance de todo el mundo, levantando la inteligencia vulgar al nivel del lenguaje en que se expresan las ideas y los sentimientos comunes al hombre.»

El valor literario de *Martín Fierro* ha sido apreciado de todos modos, poniéndolo desde la categoría del brillante de más pura agua de la poesía nacional, hasta la mejor clase de *payada* galponera.

Sobre materia en que tanto se ha dicho nos limitamos, también por muchas razones, á anotar complacidos el juicio del Señor Menendez y Pelayo, á pesar de no ser *criollo* que haya podido gustar el sabor de muchas partes del poema, ó quizás por esto mismo: (1)

« Pero la obra maestra del género, es, por confesión unánime de los argentinos, el poema de José Hernández, *Martín Fierro*, obra popularísima en todo el territorio de la República, y no solo en las ciudades, sino en las pulperías y ranchos del campo; obra de la cual en diez años (de 1872, en que apareció, á 1882) se agotaron cerca de sesenta mil ejemplares, y de la cual existen más de doce ediciones en forma de libro, ya plebeyas, ya lujosas, y no sé cuántas más en las columnas de los periódicos. Entre nosotros ha tenido por ferviente encomiador á uno de los jóvenes

---

(1) Antología de poetas Hispano—Americanos. Tom. IV, pág. C.C.I.

de mayores esperanzas y de más vigoroso pensar con que hoy cuenta el profesorado español.

Quizá habría que rebajar algo de su entusiasmo; quizá el poema no sea tan genuinamente popular como él supone, aunque sea sin duda de lo más popular que hoy puede hacerse; quizá el pensamiento de reforma social resulte en el poema de Hernández más visible de lo que convendría á la pureza de la impresión estética, defecto que crece sobremanera en la segunda parte titulada *La vuelta de Martín Fierro*; pero en general, el juicio del Sr. Unamuno, que es al crítico á quien aludimos, nos parece penetrante y certero. Lo que pálidamente intentó Echeverría en *La Cautiva*, lo realiza con viril y sana rudeza el autor de *Martín Fierro*. El soplo de la pampa argentina corre por sus desgreñados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva, en lucha con el mecanismo social que inútilmente comprime los ímpetus del protagonista, y acaba por lanzarla á la vida libre del desierto, no sin que sienta alguna nostalgia del mundo civilizado que la arroja de su seno:

« Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones,
Y á Fierro dos lagrimones
Le corrieron por la cara..... »

« De este modo el gaucho pacífico, perseguido por la leva y acorralado por la civilización, se convierte de desertor en nómada ó *matrero*, gasta la vida en huir de la justicia, y vuelve como sus antepasados los conquistadores, á abrirse camino por las selvas con su cuchillo. »

«En *Martín Fierro*—dice el señor Unamuno—se compenetran y como que se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; *Martín Fierro* es de todo lo hispano-americano que conozco lo más hondamente español...Cuando el *payador* pampero, á la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, ó en la noche serena á la luz de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española, las nonótonas décimas de *Martín Fierro*, y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconciente del espíritu ecos inextinguibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres...*Martín Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué á América á servir de avanzada á la civilización y á abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura.»

—

El Dr. D. José Hernández nació en la chacra «*Pueyrredón*», posesión de su familia materna, en el partido de San Martín, Provincia de Buenos Aires, el 10 de Noviembre de 1834, y fueron sus padres don Rafael Hernández y doña Isabel Pueyrredón.

Del artículo necrológico de don Tomás Moncayo A·ellan (1), tomamos los siguientes datos biográficos:

(1) *El Sud Americano.* Núm. 7, del 20 de Octubre de 1888, pág. 127.

«Residió algún tiempo en la campaña de esta provincia (Buenos Aires), contraido á negocios de campo' observando con particular atención las costumbres peculiares del tipo *gaucho,* y preparándose acaso para ser más tarde el benefactor de esa clase desamparada, el poeta de sus dolores y el apóstol de las reformas que habrían de mejorar su situación.

Afiliado al partido político que después de la batalla de *Caceros* tuvo de órgano en Buenos Aires á *La Reforma Pacífica,* se distinguia, al lado de Calvo, como uno de los más ardientes colaboradores de ese diario, distinguiéndose igualmente en los clubs y en los comicios.

Trasladado aquel diario á la ciudad del Paraná, Hernández lo siguió también, acompañado de su inseparable hermano Rafael, y en ese nuevo centro participó de todas las peripecias de la época llamada de *la Confederación.*

Allí conoció y trató á todos los hombres políticos de aquellos tiempos, anduvo mezclado en los acontecimientos que se produjeron, y fué: secretario del Vice Presidente Pedernera, taquígrafo del Senado, periodista y militar.

Simultáneamente con el desempeño de estos cargos, estudiaba y leía mucho, auxiliado por la prodigiosa memoria que no decayó jamás en él.

Vencida la *Confederación* en Cepeda y en Pavón, Hernández se trasladó á Corrientes, donde desempeñó cargos públicos de importancia, bajo el gobierno de don Evaristo López, contribuyendo eficazmente al mejoramiento de la administración correntina, como Fiscal unas veces y como Ministro otras.

En 1864 se instaló en la ciudad del Rosario, en la

que continuó su vida de hombre político, de periodista y de trabajador. El año 1868, volvió á Buenos Aires y fundó *El Río de la Plata,* en cuyas columnas escribía constantemente con la facilidad, el colorido y el nervio que le eran propios. En la redacción de este diario le encontraron los sucesos de Entre Ríos, de 1870, y la abandonó para incorporarse á las filas de los que luchaban con las armas en las manos, por la libertad de esa heróica provincia. El desastre de *Ñaembé* le obligó á refugiarse en Montevideo, donde empleaba sus ocios de emigrado, ocupándose en la redacción del diario *La Patria,* de esa capital.

Al terminar la administración Sarmiento volvió Hernández á Buenos Aires y fué inmediatamente elegido miembro de la Legislatura Provincial.

La vida legislativa de Hernández ha sido larga, pues comenzada en 1874, concluyó con su vida. Murió el 21 de Octubre de 1886, en su quinta *San José,* en Belgrano.

JORGE M. MITRE

Jorge M. Mitre nació en Buenos Aires el 24 de Agosto de 1852. Bondadoso é inteligente, digno hijo de su ilustre padre el Teniente General don Bartolomé Mitre, presidente de la República Argentina cuando Jorge entraba á la primavera de la vida, ésta debió sonreirle con todos sus atractivos. Pero su cerebración se anticipó á su edad, y aquel espíritu vivaz, lleno de ilusiones en la mente y de afectos entusiastas en el corazón, llegó á

no pensar más que en la muerte, como en el mejor remedio de sus males.

Un incidente pueril vino á sacudir más su ánimo, ya desorganizado por el pesimismo, el fatalismo y la duda; y la idea de la destrucción voluntaria de su ser volvió á presentarse á sus ojos, envuelta en los cendales de la paz y los engañosos mirajes del eterno sociego, arrastrán dolo al fin al abismo del suicidio.

En la carta que dejó escrita al general Paunero, con quien se hallaba entonces en Río de Janeiro le dice: «He sido bueno, porque no he prostituído mi alma. Las lágrimas que por mi causa se han derramado en el mundo he querido siempre enjugarlas sobre la misma mejilla que humedecían.»

. . . .

Jorge Mitre era un soñador, un poeta, (en toda la extensión de la palabra) culto, apasionado y sincero; pero fué un poeta desgraciado, por el giro desorbitado de sus ideas. ¡Pobre niño!

A los 14 años fué periodista, y en compadía de sus amigos Adolfo Lamarque y Eduardo L. Gutiérrez fundó el periódico *La Regeneración*.

No tenía 15 años cuando escribió la composición *A Méjico;* y por lo entusiastas y sinceras, merecen conocerse las palabras con que el distinguido poeta peruano don Clemente Altahus la precedió al transcribirla en el *Correo Literario* (año 1865): «La poesía que más abajo publicamos pertenece á la inteligencia *en embrión* del joven Jorge M. Mitre, hijo del presidente de la República. Apreciamos á este joven mucho, por su modestia y sus bellas cualidades: no es extraño, pues, que entremos en algunos detalles sobre la composición poética que nos ocupa. Somos amigos de la juventud y no nos

negamos nunca á alentarle y marcarle el camino de las luces; somos amigos de lo bello y lo queremos formado en los retoños de nuestras vírgenes naciones.

Jorge Mitre tiene apenas 15 años. Escribe, y escribe mal; preciso es que se lo digamos; pero en sus escritos, cada línea es un eco que repite:

He aquí una esperanza; he aquí una antorcha cuya luz se esparcirá más tarde en la mansión olvidada de nuestra literatura.

La poesía que hoy publicamos, lo demuestra también así. Es uno de esos escritos llenos de fuego, de entusiasmo, de virilidad; en una palabra, lleno de juventud; pero que deja mucho que desear. El autor se esmera en dar espansión á las mil ideas entusiastas, juveniles, que bullen en su cerebro, y no se cuida de la gramática, ni de las figuras de retórica, ni de nada. Y esto en sí puede considerarse como un mérito.»

. . . .

Jorge Mitre contestó á esta filípica, componiendo una Oda, que dedicó al señor Altahus, y ésta fué reproducida en *La Tribuna,* donde se le clasifica de: «delicado y dulce canto como la materia que lo inspira.»

Todas las poesías de este niño precoz muestran su numen, su gusto y su entusiasmo por el ideal fantaseado que formara su imaginación. Su inspiración es florida y armoniosa, su entonación es siempre levantada y digna.

Aceptando todas las incorrecciones gramaticales que nota el señor Altahus, ¿qué le faltó á Jorge Mitre para haber sido un gran poeta? Nada más que haber vivido.

Murió el 18 de octubre de 1870.

Sus poesías forman un tomo en 8° de 262 pág. que se publicó, con su retrato, el año 1871.

ANTOLOGÍA

(TOMO VIII)

JOSÉ MARÍA ZUVIRÍA

A GÜEMES

EN LA EXHUMACIÓN DE SUS RESTOS

Salta, Güemes, libertad y patria,
Constelación de nombres que iluminas
Las sendas de las armas Argentinas,
De triunfos coronándolas. ¡Salud!
Gloria á Salta, Provincia que fecunda
Madre de génios concibió al guerrero,
Que electriza á los pueblos, y el primero
Les dió ejemplo de honor y de virtud.

Ese hijo ilustre, alzándose potente
Como huracán que arrastra las arenas
Levanta polvo de hombres, y cadenas
De esclavitud trozando va doquier.
Sobre un río, á su borde, en la montaña,
Sobre el llano, entre bosques, noche y día,
Busca el combate y en la lid porfía
Con brazo infatigable hasta vencer.

Es nuestra patria el númen que lo inspira;
Es nuestro Salta el templo de su gloria;
Blanca y azul su enseña de victoria;
Su verbo: ¡independencia y libertad!

Ese verbo hace carne en las entrañas
Del mundo de Colón, y nace de ellas
Coronada de fúlgidas estrellas
En medio de hombres libres: *la igualdad!*

Redimida la patria hoy pide al polvo
El polvo de sus huesos redentores,
Regándolos con lágrimas y flores
De gloria y gratitud, tributo fiel.
Al derramarse en ellos esta ofrenda,
Como el incienso en la ceniza ardiente,
De fuegos patrios exhalar se siente
Una vívida llama—y ¡esa es Él!

. . . .

Es él que se levanta de la tumba,
Y apartando de sí mortales sueños,
Parece que dijera á los salteños:
—Con mi vida os he dado libertad,
De abnegación ejemplo, amor de patria,
Constancia en la labor y el sufrimiento;
Pido me alceis de paz un monumento
Jurando sobre mi fraternidad!

. . . .

Recordad que la vida es humo leve,
Sombra que pasa y ola transitoria,
En que solo escribir podeis la historia,
De estos dos nombres: nuestra Patria y Dios.
La eternidad entreabre su Eliseo
A la creencia y patriótico heroísmo,
Una puerta á la fe y otra al civismo;
Seguid mi huella y abrireis las dos.

Huid cual yo las pompas de la tierra,
El sensualismo del poder sin freno,
De egoísta ambición sutil veneno,
Del odio y la codicia el vil placer.
Venís á honrar la herencia de la patria,
Y no la mía, en este polvo yerto;
Por ella viví pobre, pobre he muerto,
Cumpliendo austeramente mi deber.

Compadecido ví de mis gauchos,
Desnudo el brazo, pero siempre fuerte;
Sus lanzas ví abatidas á la muerte,
No á la miseria, al hambre ni al dolor.
Vistiéndose de harapos, á su patria
De libertad tejían aureo manto;
Pronunciaban su nombre sacrosanto,
Y era, al morir, el premio á su valor.

¡Guerra immortal!: titánicos Salteños,
Defendiendo la entrada á un continente,
La chuza del gaucho hizo al torrente
De aguerridos ejércitos cejar.
Obra fué vuestra, de puñados de héroes,
Sin orden, ni fusil, ni disciplina;
A esta tierra juraron, Argentina,
Con solo amor y sangre libertar.

Sangre y amor de patria, no oro y fierro
Un mundo salvarían de tiranos...
¿De quién pudieran ora mis hermanos
A solo Salta unidos defender?...

—La misteriosa voz callar parece,
Disipándose su eco en el vacío...
La llama se aniquila, y sudor frío,
Como llanto en sus huesos pude ver.

AL PLATA

¿Qué cantaré de tí, sublime Plata,
Si henchido vas de ofrendas y de gloria,
Si en cada ola que llevas se retrata,
Un nombre, un hecho bélico, una historia?

¿Qué importa que me inspire tu corriente,
Cuando en la tarde á tu ribera llego,
Si la musa Argentina, rica, ardiente,
En tí agotó su inspiración de fuego?

Si el pie de los proscriptos aun se mira
Estampado en tus fúlgidos cristales,
Y al eco de sus cantos inmortales,
Cae de mi mano la atrevida lira....

Si mil bardos te hicieron sus honores,
Y escuchaste su célica armonía,
Si brillan en tu frente tantas flores,
De Dominguez, Varela, Echeverría?...

Arrastraban tus ondas mil laureles,
Y tu alba frente reflejó la gloria,
Cuando altivo llevaste los bajeles,
De esta patria al combate y la victoria.

Cuando tu brisa se elevó altanera,
Para batir, triunfantes los pendones
De azul y blanco y la imperial bandera
Convirtióse en arapos y jirones;

Cuando al bretón, al franco y al hispano,
Les impusiste leyes á tu antojo,
Sin que cedieras á su orgullo insano,
A su festivo alhago ni á su enojo:

¡Cuánta grandeza en tí! Nación alguna
Triunfó más firme de extranjero asalto;
Ni la América vió, de su fortuna
El astro precursor brillar más alto.

Mas; ¿qué frío terror hiela mis venas?
¿Por qué calló? ¿Qué tengo? ¡Me horrorizo!
¡Sangrienta espuma tiñe tus arenas,
Mancha tus olas un color rojizo!

¡Ah! ¡qué veo! cadáveres, cabezas,
Flotando sobre el agua nauseabunda;
Y sin gloria ni honores ni riquezas
A tu orilla mi patria moribunda!

En la noche, familias desoladas,
Que abandonan sus lechos con sigilo,
Y en tus ondas se arrojan desaladas,
Buscando libertad, buscando asilo!

¡Cuánta miseria, oh Dios! este gran río,
Que tantas glorias ostentara ufano,

Deslízase tristísimo y sombrío,
A los pies de su bárbaro tirano.

Y nuestra patria, su feliz pasado,
Su porvenir, sus glorias, ¿qué se han hecho?
¡Rodando van en tu raudal airado,
Como despojos de bajel deshecho!

Oye el vehemente acorde de mi lira,
Vital arteria de mi patrio suelo,
Espejo colosal en que se mira
Toda la noche envanecido el cielo.

¿Por qué olvidando tu misión grandiosa,
Dejaste que una hiena, en pleno día,
De sangre y muerte y destrucción anciosa,
Rasgara el seno de la patria mía?

¡Ah! ¿por qué entonces, no elevaste airado
Tus olas al confín del firmamento,
Desplomándolas luego, en el momento,
Sobre la frente inícua del malvado?...

Quitando un día al monstruo la cuchilla,
A un hondo abismo lo ha lanzado Dios!
Desde entonces ¡oh Plata! en vuestra orilla
Cantar podemos y llorar con vos!

UNA NOCHE

Á ORILLAS DEL PLATA

¡Cuál me place mirarte entristecido,
A la luz de la luna, inmenso río,
Y en las calladas noches del estío
Tu fresca brisa respirar también!
¡Qué contraste! te muestras tan risueño,
Mientras yo triste en mi delirio llamo
Un ángel bello á quien decirle: te amo,
Un seno amigo en que apoyar mi sien.

Si esta noche, sentado bajo un sauce,
Contemplara al través de su ramaje,
De una tormenta el lúgubre celaje,
Salpicado de negra oscuridad;
Y escuchara á mis pies, sordo el murmullo
De las olas que azotan la muralla,
Y que violentas braman, cuando estalla,
En el Plata la ronca tempestad...

¡Oh Dios! si entonces, á la luz del rayo
Que cruza fugitivo por la esfera,
El blanco seno palpitante viera
De una virgen sentada junto á mí;
Unos ojos brillantes como el cielo,
Que en mí claven su lánguida mirada,
Y una boca que diga enamorada,
Yo soy feliz, estando junto á tí...

¡Oh! nada más pidiera á mi destino;
Nada más que un amor cual ese puro,
Sin que el deseo, con su aliento impuro,
Fuera á empañar tan nítida pasión,
¿Y posible será tanta ventura?
¿Alguno más feliz que yo la alcanza?
¡Cuántos otros colmaron su esperanza!
¡Cuántos adoran y adorados son!...

¿Dónde está, dónde,
La mitad querida,
Que desde el cielo
Me guardó el Señor?
¿Dónde se oculta
La que al alma unida,
Aquí en el suelo,
Me dará su amor?

Así decía á solas,
Paseando la ribera,
Que la onda salpicante
Del Plata humedecía;
Y en las calladas olas,
Mi queja lastimera
Y mi plegaria amante
El eco repetía...

Sintiéndome cansado,
Y opreso de tristeza,
Reclino mi cabeza
Sobre un escaño helado;
La noche era sombría,

Sonó el reloj, dá la una,
Y á su ocaso la luna
Tranquila descendía.

Mi párpado rendido,
Cerrábase ya al sueño,
Y sobre el duro leño
Quedéme, al fin, dormido...

. . . .

Vén, vén, ¿por qué tardabas?
En este bosque espeso,
Mi corazón opreso,
Te espera desde ayer.
Ya miro tu semblante,
Tu blanca vestidura,
Decidme, visión pura,
¿Sois ángel ó mujer?

Yo soy la que aguardabas,
Yo soy la que el destino,
Ha puesto en tu camino
Para seguirte en él...
Tu Julia soy, tu Eloisa,
Tu Atala moribunda,
Más fuego que su tumba
Mi seno abriga fiel;

Mi ser es todo tuyo,
Asílome en tus brazos,
Dáme tu amor y abrazos,
Tu amor, hasta morir...
Quizá será este un sueño...
Tal vez estoy dormido,
Despierto, nunca ha sido
Tan bello mi existir...

No es sueño, tú en mi seno,
Pendiente de mi cuello,
Flotando tu cabello,
Disperso por mi sien;
Mis brazos, tu cintura,
Tu voz, mis desvaríos,
Tus labios y los míos,
Convulsos y la sien;

Tus ojos amorosos,
Inflaman el deseo,
Y en tus encantos veo,
La imagen del placer...
La fiebre me devora...
Mas profanar no quiero,
Tan casto amor, prefiero,
Mil veces perecer...
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
¿Yo aquí?... de noche... ¿á solas?...

Y al canto de las aves,
Y al ruido de las olas
Me siento despertar...
Y todo, ¡oh Dios! fué sueño,
Todo ilusión, mentira,
Mi vista en torno mira,
Lo que miraba ayer;

Y el corazón tristísimo, se lanza,
A un nuevo abismo de mortal dolor;
Adios, adios, ya basta de esperanza;
Ilusiones adios, adios amor.

LOS OJOS NEGROS

Oscuro gérmen de sin par grandeza
Guardaba el caós en quietud profunda,
Cuando del seno de la noche empieza,
Bello, á surgir el día;
Y derramando de su luz fecunda
Verde esmeralda al suelo,
Rosas al alba y azulado al cielo,
En ráfagas de gloria y armonía
El universo inunda.

Así en la noche de los negros ojos
Enciende amor su antorcha bendecida,
Y velando entre púdicos sonrojos
La lúz del pensamiento,
Con el rayo les dá, que abre la herida,
El bálsamo que calma,

En horas tristes, la inquietud del alma,
Cuando en llamas de gozo y de tormento
Arde de amor la vida...

Negro es el fondo en que la nube esconde
El rayo ardiente que su seno inflama;
Negro en su cráter de volcán, de donde
Iras, ódio y venganza,
Sopla al cielo flamigera su llama.
Así de negros ojos,
En las lides de amor brotan enojos,
Cuando huyendo del pecho la esperanza,
Muere de amor el que ama.

Negra es la noche, transparente al manto,
Salpicado de fúlgidas estrellas,
Que la revisten de indecible encanto;
Como irradia miradas,
El fondo oscuro de pupilas bellas;
Y sí perlas anida,
La parda concha en antros escondida,
En negros ojos, lágrimas guardadas
Hay de sublime llanto.

Tan solo negros ojos, los fulgores
De la luz plena como el sol derraman,
Mientras pródigo prisma sus colores,
Va doquier esparciendo
Con el verde y azul á ojos que claman,
Por la llama de aquellos,
Cuando chispeantes lanzan sus destellos,
Y el foco encienden, que en el alma ardiendo
Nido es de amores...

UNA VIOLETA

Corté un día una tímida violeta,
Más que las otras, pudorosa, esquiva;
Pero, cual mi sorpresa,
Al notar que solo esa,
Me negaba su olor, y dijo, poeta:
Te ha engañado mi faz; soy siempreviva;
Vé á las otras que llaman á su estancia
Con su fuerte fragancia,
Respíralas y róbales su aliento,
Su virginal pureza;
Estima mi franqueza;
Por tí ni nadie ese delirio siento,
Que las hace fingirse las honestas,
Las tristes, las calladas,
Cuando á todos, y á gritos, sus olores
Hablando están de amores;
¡Y se llaman modestas!...
Déjame; quiero serlo,
Más bien que parecerlo,
Viviendo muy feliz, asi olvidada.

MÚSICA Y POESÍA

Hermanas del acorde y melodía,
De amor hablando, goces y amistad,
Música y poesía,
Cruzan el cielo de su eterno día,
Cantando siempre la risueña edad.

La flauta y el violín, el piano y lira,
Todos diciendo la verdad están;
Pero ¿quién no suspira,
Si el disco empujan que brillando gira,
De hermosos años que á extinguirse van?

Ráfagas llevan de entusiasmo y gloria,
Tiernos afectos de amistad y amor;
Solo dejan memoria,
De nuestras dichas pálida la historia,
Como en herbario la marchita flor!

Vuelan los años con que el hombre paga
Al tiempo adusto su tributo fiel;
¡Cuanto se halaga!
Hasta que el soplo de la muerte apaga
La luz de vida que renace en él.

Luchemos con el tiempo y la amargura;
Suenen siempre esas cuerdas, vibre el laud;
Es la emoción más pura;

Nos da recuerdos en edad futura,
Coronas sobre el fúnebre ataúd.

Cantemos pues las rosas, las espinas,
La belleza y el arte, astro inmortal
De luces peregrinas;
Con sus formas trazándonos, divinas,
La historia de la vida universal.

Y la nuestra también, la propia historia,
Que tarde acaso nos hará llorar;
Cuando sin luz ni gloria,
De tan dulces acordes la memoria
Triste evoquemos sin poder cantar.

Que ese es del arte el inmortal destino,
Y por eso á su espíritu da Dios
El lenguaje divino
Y ese eco excelso de sentir profundo,
Que habla en las cuerdas con celeste voz.

Cuando con mi alma sus creaciones miro
¿ Que vale el verso que escribiendo estoy ?
Cuando veo y suspiro...
Callo al instante, con placer admiro,
Siento que me hablan y á escucharlas voy.

AL PASAR

Levántase la aurora, y sujetando
Con albas cintas su dorado pelo,

Nos saluda risueña desde el cielo,
Deshojando sus rosas *al pasar.*

También la brisa que en la noche duerme,
Al despertar, paseando entre las flores,
Se empapa de suavísimos olores,
Brindándoles caricias *al pasar.*

Mi alma, que flores ni perfumes guarda,
Para ofrecer á la beldad que admira,
Hace gemir las cuerdas de su lira,
Y es el saludo que le hará *al pasar.*

Es la aurora tu frente y un perfume
De tu alma celestial el puro aliento;
¡Ah! déjame, cual brisa en tí sediento,
Empaparme de aromas *al pasar.*

DIOS TE BENDIGA

Hoy que cumples catorce primaveras,
Que revelan tus ojos la inocencia
Y la verdad tus labios, hoy que esperas
Cruzar por entre flores tu existencia;

Hoy que el rubor te inflama ó palidece
Y se adivina en tu mejilla hermosa,
Que el pimpollo de amor se torna rosa
Y el corazón de virgen se estremece;

Hoy quisiera apartar de tu camino
Las espinas, los ásperos abrojos,
Y encontrar en el cielo de tus ojos
El astro hermoso de un feliz destino.

Hoy quisiera del sabio la alta ciencia
Y la madura reflexión del viejo,
Para, en cifras de luz, darte un consejo
Que salve de peligros tu inocencia.

Y que de amor la sin igual ventura
Que puso Dios propicio en este suelo,
Entreabra á tu esperanza bello el cielo,
Que mereces sin sombra de amargura.

Lo espero así; sobre tus ojos bellos
Brilló la luz del serafín alado,
Y solo pone Dios esos destellos
En la frente de un ser predestinado.

Hay alegría en tu sonrisa tierna,
Descubre un cielo tu serena calma,
Y en el aliento que se escapa á tu alma,
Se aspira un soplo de la vida eterna.

Mas nunca olvides que en las gayas flores
Que guardes en tu seno cariñoso,
Hay espinas, y crueles sinsabores
Que, quiera Dios, no turben tu reposo.

Sé, pues, feliz; y tú, mi Dios, su guía
En el sendero que su planta siga...
¡Ah! mi oración al comenzar el día,
Por tí, por tí será: ¡Dios te bendiga!

LA FLOR LOCA

Si no recuerdo mal, era una rosa
Sentimental y hermosa,
Las más apasionada entre las flores:
Ambiciosa de gloria,
Y por ello la víctima expiatoria
De extraños y patéticos amores.

En medio de festivas compañeras
Creyóse la más bella, y despreciaba
La corte que rodeaba
Con requiebros y fiestas placenteras
La vívida corola
De tanta flor, allí dichosa amante,
Que á menudo, burlaban su talante.

Más ella, triste y sola,
No hace caso de risas maliciosas;
Despide á picaflores, mariposas,
Abejas, ruiseñores, visitantes,
Y á cuantos más se acercan
Al tesoro vedado, y que galantes,
Más que por gusto, por capricho cercan.

Y con todo, ella vive enamorada.
Lo está profundamente.
Se ignora solamente
La causa oculta de pasión tan rara;
Mas nadie el hecho aclara,

Y el saberlo es de todos la porfía.
Hasta que un ruiseñor muy picarezco
Denuncia ante las flores
Un caso misterioso y novelesco...
En nocturna vigilia ha descubierto,
Estando bien despierto,
Que mientras en su seno replegada
Toda flor se dormía
Al empezar la noche,
Y al sol abierta saludaba el día,
Nuestra rosa al contrario,
(Contra la luz del sol muy indignada,
Por creerlo el fiel galan de aquellas flores
Y el objeto feliz de sus amores)
Cerraba siempre de su lindo broche
Pudorosa el santuario,
Y en negro capuchón su faz cubría
Así que á Oriente el sol aparecía...
En tanto que de noche estaba abierta,
Vívida y despierta,
Con tela-araña ornándose á porfía
Hasta venir el día...

.. ..

Así pasó su vida solitaria
La rosa visionaria...

....

Una noche de invierno la hallan muerta
La frente hundida en hielo,
Y todavía, su pupila yerta,
La prenda de su amor pedía al cielo
Con mirada importuna....
¡Estaba enamorada de la luna

EL POETA Y LA LIRA

¡Ah! que muda, que tarda, lira mía,
Te siento en este instante;
Habla cual nunca, canta y llora,
Que la prenda del alma está delante:
¡La de los negros ojos,
La que tu bardo adora,
La que siempre abrazándote bendigo,
La que ensalzo contigo!
¿Por qué tu voz no vibra cual solía?
¿Por qué mezclas á tu éco la ironía,
Mostrando celos y desdén y enojos?
¿Qué temes, qué presientes?
¿Lo que por ella siento ya no sientes?
Depón, te ordeno al punto, injusta esa ira
Jamás la ví tan bella y seductora,
Ni tan sensible tierna y soñadora.
Contémplala: se embriaga dulcemente
Un éxtasis su mente....

LA LIRA

Te obedezco, poeta infortunado,
Tu amiga fiel, tu noble compañera,
Poeta, te obedece;
Aunque solo esta vez maldiga tu hado

Y sea la primera,
Que viéndote soñar te compadece;
¡Porque eres engañado! ...

EL POETA

¡Ah! no; cual antes canta, lira mía.
Haz triunfar en tus cuerdas mi martirio;
¿No la vés? De tus notas la armonía
La hiere, la estremece ....
Baja sus ojos y llorar parece....
Me ama; no hay duda, observa en su delirio
La emoción que te causa
El tierno arpegio que en tus cuerdas vibra,
Que hasta sus dedos vá y última fibra;
Tan solo en cada pausa
De tu cadente nota ella respira;
Al respirar, turbada, rompe el velo
Y quiebra el hielo,
Que avaros mezquinaban su tesoro:
¡Ah! díla que la adoro,
¡Y cuanto el corazón por ella clama!

LA LIRA

¡Ah! poeta, no te ama.
No pidas á mis cuerdas más acentos,
Ni pidas ya éco dulce á mi turnura:
Faláz es la hermosura,
Y más falaces son sus juramentos.

Tu alma engañada, la esperanza pierda;
Ella ama á un otro; y si arde á mis concentos,
Ebria de amor, .. se acuerda!...

ELLA

¡Mi alma recuerda!...

EL POETA

¡Adios!—vén, oh mi Lira;
Ven, y al menos me acoja en tu regazo;
Sea el postrer cariño un tierno abrazo
Al éco de tu voz; llora y suspira;
Que tu última canción canto es de muerte;
Quien nos mata, lo sabes—tu recuerdas
A la que hirió nuestra alma,
Rasgó mis fibras y rompió tus cuerdas:
Ven, Oh! mi Lira... sí...serena... calma...
Estréchate á mi seno, oprime y fuerte...
¡A saltar en pedazos!....
Estréchame más fuerte.....
Muriendo así...los dos...¡los dos, en brazos!...

EL PALACIO Y LA CHOZA

—Yo soy del opulento la morada,
Aureo es mi techo, mis murallas piedra;
—Yo soy mansión del pobre, trabajada:
En barro y paja que cubrió la yedra.

—Gloria y ocio, poder, lujo y grandeza,
Todo en mi espacio cabe y sobra todo.
—Solo cabe en el mío la pobreza,
Y este menaje que ante el vuestro es lodo.

—Mío es el país que del terrado admiro
Con sus jardines, parques y ganado.
—Yo, el caballo y el perro solo miro,
Los dos bueyes, el carro y el sembrado.

Esta inmensa riqueza, al fin, es precio,
Del hombre á quien con ella haré mi esclavo.
—¡Ah! yo no tengo sobre mí un centavo,
Con que comprar pudiera ni su aprecio.

—Doile un lecho de sándalo, y repleta
De manjares su mesa, es un enjambre....
—En la mía, de pino, sacia su hambre,
Y duerme sobre el leño en su carreta.

—Vive en música y danza entre el gentío
Que en torno á su existencia el oro atrajo....
—Yo solo soy su yunque de trabajo;
Le doy felicidad.... tú, solo hastío....

A MIS HIJOS

VELADA ÍNTIMA

En mi risueño hogar tened el vuelo,
Luces del alba, soñolientas horas,
Que, cual vosotras, con paterno anhelo,
Llevo á mis hijos luz, á su alma auroras.

Juntos llegando al ansiado oriente...
Los aires vistan su glorioso manto
Bendiciendo al Creador, mientras ferviente,
Por mis hijos elevo el ruego santo.

Mas, no para implorar esos favores,
Que envidia el mundo y el mortal ansía,
Ni ráfagas de luz ni bellas flores
De efímero valor, de solo un día...

Belleza, juventud, gracias, contento,
Que abren del oro al resplandor su broche,
Beban del vicio corruptor aliento,
Cierre el olvido en desolada noche.

No de aplauso falaz dulce lisonja,
Ni excelsa cima de brillante escena;
Que es la voz del engaño amarga esponja,
Y no hay, en lo alto, cúspide serena.

Aquí la dicha que buscamos todos,
Hijos queridos, para nadie existe;
La paz del alma, si, de varios modos
En cielos cambia nuestros valles tristes.

El sol de estío que las mieses dora,
Aves y flores en sereno día;
El mar, las nubes, la rosada aurora,
Del universo todo la armonía;

La tarde y noche, su estrellado manto,
Lagos y bosques, perfumado ambiente;.

En todo bebe el hombre ó gozo ó llanto,
La dicha ó penas que en el alma siente!

Preguntareisme acaso ¿y cómo y cuando,
Llega á ese fin ansiado la esperanza?
Y mi labio os dirá: tan solo amando
Cuanto de bueno y justo á ver se alcanza.

Que el alma ni odios ni pasión soporte,
Uncida á la conciencia que es su guía:
Si murmurando rien, no os importe:
Que es síntoma de infierno la ironía.

Serpiente silvadora de la astucia,
Engaños, vanidad, audaz mentira,
Ingratitud, envidia, artera argucia:
¡Id al averno, y os sepulte su ira!

De hipócritas se os hable ó liberales,
Misterio, enigmas hay en cada pecho.
Mirad quien hace el bien, quien obra males;
No es virtud la palabra, sino el hecho.

Nada la envidia al mérito concede;
Si uno ostenta virtudes que le faltan,
Lo acusa un otro que ocultar no puede
Los propios vicios que á la vista saltan.

De espíritu y salud, pudor, nobleza,
Os colma Dios. Sus dones generosos
Merecereis, viviendo en la pureza,
Resignados, pacientes, bondadosos.

Y el universo entero gloria inmensa
Reflejará en el alma bendecida,
Cual fresca lluvia al labrador compensa,
Con mieses y ocio la afanosa vida.

No cual hijo, que pródigo sucumba
Y haga del dote, que disipa ufano,
Momia á que baste el fondo de una tumba,
Aire que escape al hueco de la mano.

Las almas de los grandes en virtudes
Vuelven su don al cielo agradecidas;...
¡Cuántas lloran su suerte en inquietudes,
Volviendo á Dios sus ojos... desvalidas!...

¡Oh! no os seduzca el brillo de ese lodo,
Que envidia busca en la ávida mirada;
En lo que el hombre esconde hay algo ó tod
En lo que el mundo muestra hay poco ó nad

Dignidad, y no orgullo ni bajeza:
De muy alto Luzbel cayó al abismo.
Ni de ángeles soñeis con más grandeza,
Ni de humildes bajeis, aun más que el mismo.

Dando á su Dios la espalda, pierde el cielo
Ese Arcangel soberbio, Adan la tierra,
Y esta su patria el hombre, Eden de duelo,
Si come el fruto que vedado encierra.

En púdico decir, sobrios, discretos,
Al proterbo cerrad el fácil vado

De la virtud guardando los secretos,
Que es de más precio el mérito velado.

Ningún valor tendría el mejor oro,
Ni la plata, la perla y el diamante,
Si los mares y rocas, su tesoro
Brindaran á su paso al caminante...

Os dieron sangre juvenil mis venas,
Mas tarde el pecho paternal su escudo,
Y vuestra vida de amargura y penas
Mi amor inmenso defender no pudo.

Afánase entre tanto mi existencia
Por legaros la dicha en el reposo
Que tranquila me brinda la conciencia,
Y cumplido el deber me hace dichoso...

La creencia en Dios la dá; que no abandona,
Como El, tan solo la bondad paterna;
El desvío á su amor calla y perdona...
Mas mi vida es fugaz, la de El eterna.

Y huérfanos, en fríos pavimentos,
Mi nombre en breve buscareis acaso;
Deteneos en estos pensamientos...
Son el padre y la huella de su paso.

Todavía os estrecho contra el seno
Vuestra vida nutriendo con mi vida,
Y el corazón que late de ánsias lleno,
Parece presintiera la partida.

Y si entonces velar ya no me es dado,
Si en el hogar os vieseis solitario....
El ángel de virtud á vuestro lado,
Custodiará las puertas del santuario.

Dí por vosotros con mi nombre mi alma
Y era mi pan el calumnioso aserto;
En lecho de ascuas sepulté mi calma,
Y en mar de injurias os llevé hasta el puerto.

Héme aquí solo en la desierta arena,
Del naufragio contando los despojos;
¡Salvos los tres! De gozo no de pena,
Anúblanse de lágrimas mis ojos!

¡Bendito Dios! Del hijo en los cariños,
Grabais de nuevo con bondosa mano,
Del padre el nombre. ¡Lo defienden niños
Contra las iras del poder humano!

CANTO Á CORRIENTES

Dormida entre las ondas y las flores,
De tres ríos que te hacen soberana, (1)
Me pareces magnífica sultana
Que entre sedas, soñando sus amores,
Apoya en blanda pluma su cabeza,
Mientras el mundo admira su belleza.

---

(1) Paraguay, Bermejo y Paraná, ríos que se reunen frente á Corrientes. (N. del A.).

Nada turba tu sueño; gime la onda,
Vuela trinando una ave á tu cabeza,
Silva el reptil oculto en la maleza,
Frágil piragua tus contornos ronda...
Mas, oyes de la guerra el sordo alerta,
Y á su eco solo tu alma se despierta.

Nunca el reposo tu valor estingue,
Nunca el placer hasta enervarte llega;
Tal el águila duerme, si distingue,
Pobre avecilla que en las brisas juega;
Pero sigue su *presa* á la tormenta,
O en el abismo la desgarra hambrienta.

Tú, si el estruendo de la guerra sientes,
Tomas la lanza y muestras erizadas,
Siete rocas al pié, siete corrientes, (1)
Que protejen tus armas celebradas;
Débil entonces tu enemigo advierte,
Que es hermoso tu trono á par que fuerte.

Como á reina, los tributos
De comarcas apartadas,
Tres corriêntes esmaltadas
A tu falda arrojarán.

El Bermejo da á tu manto
Viva púrpura; al vestido,
Todo el oro que escondido
En la sierra halló al bajar.

(1) La ciudad descansa sobre una costa de puntas salientes, sobre la que se estrella el río Paraná. De aquí tomó el nombre de ciudad de las Siete Corrientes. (Nota del Autor).

El Paraguay trae los cedros
De sus bosques primorosos,
Y de pájaros hermosos,
Plumas de varío matiz

También lleva á tu corona
Con sus flores, los diamantes,
Que al pasar le dan galantes
Los arroyos del Brasil.

Mas el paso les disputa,
Lucha y vence poderoso,
Y sus perlas da gozoso
A su reina, el *Paraná*.

Ella acepta complacida,
De los tres rico presente,
Mas á este solo consiente
Su diestra y su pie besar.

El Paraná desde entonces,
Da su nombre á los vencidos,
Y á su carro van uncidos
El Bermejo y el Paraguay

Hasta que entrando en el Plata
Depone su gesto osado,
Viendo rodar á su lado
Las ondas del *Uruguay*.

Cuando el Sol su rayo intenso
Clava en tu faz sin recelo,

Son los vapores tu velo,
Son los bosques tu dosel.

Los aromos y naranjos
Sus perfumes te dan suaves,
Y su música las aves
Volando en torno á tu sien.

Es el musgo blando lecho
A tu espalda, si reposas,
Son tu almohada frescas rosas,
Es tu baño el Paraná;

Y si buscas presuntuosa,
De tu imagen el reflejo,
Ahí le tienes, es tu espejo
La laguna de Yberá (1).

Hubo un tiempo, tu suelo combatido,
En sangre generosa fué inundado,
Mas no abrirá sus surcos el arado
Sin tropezar con huesos de invasor.

Cuando Corrientes combatió al tirano,
Giró su dedo y escribió, inmutable:
«De aquí no pasarás»; impenetrable
Fué siempre el muro á su tenaz rencor.

De libertad el rayo postrimero
Allí como un santuario se escondía;
Tronó la tempestad: su altar ardía,
Y su fuego dió fuego á los demás.

---

(1) Esta laguna es un rasgo físico muy prominente de aquella Provincia, inunda una inmensa región del país y surte cuatro ríos considerables. (Nota del Autor).

Y cual si fuera estrecho su recinto,
Sus cadáveres pasa, sus heridos,
Y busca sus hermanos oprimidos,
Dejando libre su pendón atrás.

Y su planta más tierra necesita,
Más aire pide su bandera al cielo,
Y la América toda da su suelo
Por campo de batalla á su valor.

Los Andes y el Perú, la Pampa, el Chaco,
Vieron sus bravos hijos en pelea;
Doquier su sangre generosa huméa,
Doquier su brazo infundirá pavor.

En Salta, esos guerreros, deshechas sus legiones,
Sin armas ni vestido, sedientos y sin pan,
Del estandarte asidos, los últimos jirones,
De manos del tirano por arrancar están.

Más tarde, de Bolivia, por ásperos senderos,
Los ví sobre altas cumbres subir y descender;
Sin cielo ni horizontes; ¡que pobres y extrangeros,
La muerte y la miseria ven solo por doquier!

Marchaban inundados en lágrimas sus ojos,
Y fijos sobre la urna que en hombros lenta va;
Ocultan los proscriptos de un mártir los despojos,
De un héroe que aunque muerto, también proscripto está.

Proscripto, el que blandía desde Jujuy su brazo,
Tendiendo la cadena del último eslabón;

Y, en el supremo esfuerzo, con el postrer abrazo,
En mil pedazos roto nos dió su corazón.

Bolivia, de invasores la tierra ve oprimida,
Los peregrinos dejan su triste oscuridad,
Y al suelo de su asilo consagran ya la vida,
Brindándole de nuevo reposo y libertad.

También Montevideo ha visto en su muralla
Con sangre de tus hijos la tierra enrojecer;
¿Quien torna ya á la patria, si el hambre, la metralla
La guerra ó el martirio los hizo perecer?

¡Salud, tierra de libres! ¡guerreros afamados!
¡Laureles en tus sienes, tiranos á tus piés:
Ya vuelvan á tus manos como antes los arados,
Y á la campiña hermosa la sazonada mies.

Nada falta á tu ventura,
Ciudad de dichas y amores,
Si hay en tus hijos bravura;
Si hay constancia sin igual;

La mujer es en tu suelo,
Tan graciosa y seductora,
Cual lo fué la habitadora
Del paraiso terrenal.

Ojos negros, grandes, bellos,
Y su tez de perla y nieve,
Larga seda sus cabellos,
Alto seno y breve pie.

Sobre el musgo es flor silvestre,
Es nadando bella ondina,
Es la mujer argentina
Si dá rienda á su corcel.

Es una virgen del Sol
Si en el templo se arrodilla;
Es mústio lirio, si brilla
En su semblante el dolor.

Y este conjunto de gracias,
Como un iris se desplega,
Si feliz el hombre llega
Que ha de inspirarles amor.

Venid, venid viajeros del más remoto suelo,
Y al contemplar las bellas que en la ribera estén,
Decidnos, si son dignas, de que les diera el cielo
Espejo en este río, alfombra en este edén.

Si es digna esta corriente de sus contornos bellos,
Cuando su seno bañan y alabastrino pie,
Si enjugan dignamente sus húmedos cabellos
Las brisas perfumadas que la floresta de.

Decidnos si merecen dormir á la armonía
Del canto del jilguero, del tordo y del zorzal,
Y despertar al lloro con que saluda el día,
La cándida paloma que les enseña á amar.

Venid, venid viajeros del más remoto suelo
Buscando las regiones por dó mi planta va;

Y ençontrareis entonces el prometido cielo
En la floresta vírgen que baña el Paraná.

Mas alcemos la vista al estandarte
Cuyos prodigios conservó la fama,
Que al bárbaro venciera, y roja llama
Tres veces apagó bajo su pie. (1)

Si, Corrientes, merece tu bandera
La cruz enarbolada en el Calvario, (2)
La que bendice el sueño del osario
Y es para el hombre símbolo de fe:

Ella en tus armas reflejó la gloria,
Triunfó á su sombra el pueblo denodado,
Y á su sombra también abre el arado
Esas campiñas que bendijo Dios.....

....
....

Aqui calla un laud entristecido...
Habré tocado del dolor la cuerda...
Tal vez el alma ausente que recuerda,
Guarda el silencio del postrer adios...

---

(1) Tradición histórica del tiempo de la conquista.

(2) Corrientes lleva desde la conquista una cruz en su bandera y escudo de armas, y la miran como su numen tutelar.

LÀGRIMAS

Vengo de flores, bellas, lozanas,
Soy en sus hojas gota fragante,
Lágrima pura, fresca, brillante,
 Soy el rocío,
 El llanto frío
Que noche oscura triste lloró.
Bebe poeta, que estás sediento...
—Véte—tú no eres—si sed yo siento,
 No es por tí, nó.

Soy en vapores del mar incienso,
Rásgome en tules al rayo y trueno,
Vierte á torrentes lluvia mi seno;
 La tierra y vientos,
 Beben sedientos
Todas mis lágrimas que un soplo heló;
Yo soy la nube. Si sufres tanto...
—No; que en tormentas...ese tu llanto
 Lo vierto yo.

Soy de una virgen lágrima ardiente,
Prisma de amores, luces, sonrojos;
Yo soy la perla de negros ojos,
 Yo soy el llanto,
 Que en su quebranto,
Brota de angustias el corazón...
—Venga esa lágrima, que mi sed calma,
Quiero esa esencia, llanto del alma,
 Beberla yo.

HILARIO ASCASUBI

NUNCA FALTA UN GÜEY CORNETA *

Pues, sí, señor: de Alderete,
Presume el de los *nutriales*, (1)
Que puede juntar sus *riales*
Robando en el Miguelete
Hasta cueros de bagüales.

Porque UNO, en *letra menuda,*
Dijo: «sí puede, ¡pues no!»
Cuando el *nutrial* dijo: «Yo
Tengo en el *derecho* duda»,
Usté por mí espliqueló.

De suerte que en el Cerrito,
Está Oribe pataliando;
Y acá está UNO aconsejando
Que se le haga compadrito
El *nutrial,* que está *boyando.*

---

* Indirecta encaminando á cierto agente norteamericano que dijo en Montevideo, que, teniendo dudas sobre si Oribe tenía ó no derecho para habilitar puertos y embargar en el estado oriental todos los frutos del país, no podía resolverse á contestar de acuerdo con una circular que le pasó el gobierno de Montevideo á ese respecto, y concluyó (el agente) por entregarse á los consejos de un abogado Oribista y Rosista, quien (por supuesto) le aconsejó que contestara al gobierno, de que Oribe tenía completo derecho como beligerante para establecer bloqueos, habilitar puertos, y robar á trocha y mocha.

(1) Neutrales.

Ansí mesmo, me confundo;
Y dudo que en la ocasión,
Hombres que dicen que son
Los *liberales* del mundo,
Se recuesten á un ladrón.

Aunque cierto gaucho dijo
Y acertó como profeta:
«Que no hay *boyada* perfeta,»
Porque *mesmamente*, fijo:
¡Nunca falta un güey corneta!

CARTA DE UN JEFE ASUSTADO DEL RESTAURADOR ROSAS

DÁNDOLE CUENTA DE CIERTO FUNESTO ENCUENTRO QUE TUVO CON LAS FUERZAS DEL GENERAL RIVERA, EN EL DEPARTAMENTO DE MALDONADO EN LA BANDA ORIENTAL.

Cerrito de Montevideo, á 23 de Julio de 1843.

Juan Manuel, á estos parajes,
Después de aventuras tiernas,
Con el *rabo* entre las piernas
Me han arriado *los salvajes;*
Es preciso que trabajes
Por auxiliarme lueguito;

Pronto, por Dios, hermanito,
Que estamos muy apuraos,
Y todos apeñuscaos
En la falda del Cerrito.

Confieso que disparé
Completamente asustao,
Y aunque todo *desollao,*
Por fin el bulto salvé.
En otra vez trataré
De comportarme mejor;
Pero en ésta, por favor,
Sacáme de esta apretura
Donde el hambre nos apura,
Y los *tapes,* que es lo *pior.*

El diablo me hizo topar
Con Rivera el otro día,
Y por pocas ¡Virgen mía!
Cuasi me hace desnucar:
Que si no echo á disparar
Más ligero que un *venao*
Ya me hubiera *basuriao*,
Pues cada *tape* es un moro,
Y son más bravos que toro
Cuando está recién *capao.*

Bien podías arrejar,
Vos que sós tan *balaquero,*
Verás si sos el primero
Que al infierno vas á *dar:*

¡Y qué te ibas á escapar,
Sin sacarte un *maniador!*
Animáte por favor,
Y en la primera topada....
¡A que te dejan hinchada
La panza como un tambor!

¡Ah, salvajes! figurate
Que juimos más de mil hombres,
Y ellos con cien ¡no te asombres!
Cuasi nos rompen el *mate.*
¡Ah, diablos! imaginate
Qué gauchos son los que tiene
Rivera, que se nos viene
Haciéndonos corralito,
Para *limpiarnos el pito,*
Si el diablo no lo entretiene.

Luego, PAZ y la gringada,
Y el ejército pueblero,
Que nos tiene al retortero
Como un lobo á una majada;
Después toda la inglesada,
Y *en la punta* el comodoro
Don *Purvis* que es otro toro
Que nos quiere atropellar,
Y por vernos pataliar
Daría mil onzas de oro.

¡Ay! si vieras qué *cosquillas*
Le hace este inglés á *Ciriaco;*

¡Infeliz! que ya de flaco
Le relumbran las canillas,
Así es que hasta las costillas
Se le están por desgranar:
Y á todos nos va á pasar
Otro tanto en este invierno,
Porque está el pasto muy tierno
Y no hay cómo adelantar.

Y el ejército se va
De una vez adelgazando,
Y de yapa, *resertando*
Con mucha temeridá.
En fin, no sé qué será
De todos los masorqueros,
Tus cañones y morteros;
Pues no hay como disparar,
Y están por atropellar
Los de ajuera y los puebleros.

Si *Mandevil* se empeñara
Con el comodoro inglés,
Presumo yo que, tal vez,
El hombre nos *aliviara;*
O al menos si se embarcara
El *Briste Pake* y viniera,
Puede ser que consiguiera
Pillarlo de buen humor;
Porque si no, el comodor
Le hace pelar la *cadera.*

Por último te prevengo,
Como amigo de confianza,
Que no me queda esperanza
Sino en los barcos del *Rengo*.
A *Brun* tan solo me atengo;
Aunque el viejo desconfía
Que lo *atrasen*, ¡Virgen mía!
Me cuelgo de una cumbrera,
Y concluye su carrera.

Tu amigo:
¡Jesús María!

EL GAUCHO JACINTO CIELO *

AL PÚBLICO

Pueblo de todo mi *afeto*,
Allá va *Jacinto Cielo*
Echándose por el suelo
En prueba de su respeto:
Que aunque rudo y gaucho neto,
Venera á la sociedá;
De suerte y conformidá,
Que si comete un error

* Con este título apareció un periódico en Montevideo, y en su primer número, publicado el 14 de Julio de 1843, les dirigió las salutaciones siguientes al público y á todos los periódicos que en aquellos días se publicaban en la plaza sitiada. De este periódico solo se publicaron dos números en Montevideo, y fué refundido luego en el *Aniceto el Gallo*.

Al largarse de escritor,
No será de voluntá.

AL NACIONAL

Un gaucho sin más caudal
Que las bolas y el apero,
Hoy sale de gacetero
Paisano del Nacional:
Como á viejo ternejal
Y amigo de los paisanos,
Le besa el gaucho las manos,
Y le promete ayudar
A escrebir y proclamar
La ley contra los tiranos.

AL CONSTITUCIONAL

Amigazo y compañero,
Si me permite llamarlo:
Dispense que al saludarlo
Lo haiga dejao el tercero.
Un cariño verdadero
Le ofrezco con amistá,
Pues me gusta su lealtá,
Y respeto su saber
Para hablar y defender
La patria y la libertá.

AL PATRIOTA FRANCÉS

Aunque usté no es Oriental,
Señor Patriota Frances,

Los gauchos sabemos que es
Un patriota liberal;
Y como es acidental
Ser francés ó americano,
Lo estimo como á paisano,
Porque dice quien lo entiende:
Que usté muy lindo defiende
La causa contra el *tirano*

AL BRITANIA

Señor Britania: un tesoro
Es su modo de escrebir,
Pues lo he oido *trasducir*,
Y me ha parecido de oro
Su pico. Así es que lo adoro
Por ser el primer inglés
Que, clarito y sin doblez,
Le ha dicho á don Mendevil
Que *fieramente* servil
Se ha mostrado de esta vez.

LOS PAYADORES

SENTADOS EN RUEDA Á LA ORILLA DE UN FOGÓN Y AL PIÉ DE LAS TRINCHERAS DE MONTEVIDEO, CANTANDO LAS TROVAS SIGUIENTES, SE LAMENTABAN TRES MOZOS ARGENTINOS Y PAYADORES, EN EL MISMO DÍA EN QUE, ABANDONANDO LAS FILAS DEL EJÉRCITO ROSIN Y SITIADOR Á LAS ÓRDENES DEL GENERAL ORIBE (ALIAS ALDERETE), SE PASARON Á LAS DE LOS DEFENSORES DE LA PLAZA.

ENTRERRIANO

¡Ay! en el nombre del Señor!...
A cantar va un Entrerriano,

Ea, lengua no te turbes,
En lance tan soberano—
—En lance tan soberano;
Al tirano abandoné,
Ya estoy con los Orientales,
Ya gaucho libre seré.

PORTEÑO

¡Virgen mía de Lujan!....
Ayudá mi entendimiento
Y que el corazón se explique
En este puro momento—
—En este puro momento,
Y en esta conformidá
Ya vuelve un gaucho porteño
A gozar la libertá.

CORRENTINO

A gozar la libertá ...
También vuelve un correntino,
Atención pido, señores,
Al relatar mi destino—
—Al relatar mi destino
En la Provincia Oriental
Se acabaron mis desdichas,
Volvió mi felicidá.

ENTRERRIANO

¡Ay! con el general Rivera....
Nos vemos en la ocasión
Libres de la tiranía;
Y de la infausta opresión

—Y de la infausta opresión
Nuestra patria libraremos,
Y hasta acabar los tiranos
No lo desampararemos—

PORTEÑO

No lo desampararemos:
Me cautiva la afición,
Y al compás de un instrumento
Se lo digo en la ocasión—
—Se lo digo en la ocasión,
Soy gaucho fiel y Porteño,
Y hasta ver la patria libre
No he de salir del empeño—

CORRENTINO

No he de salir del empeño....
Hasta que no llegue el día
De vengar mis padeceres;
Si Dios me presta la vida
—Si Dios me presta la vida
Y el arcángel San Miguel,
Voy á buscar á Lavalle
Para juntarme con él.—

ENTRERRIANO

¡Ay! pa juntarme con él....
Me aprisionó don Pascual
Trayéndome riguroso
Para esta Banda Oriental:
—Para esta Banda Oriental
Nos ha traído ese mandón,

De la suerte en que nos vemos
En la presente ocasión—

PORTEÑO

¡Ay! en la presente ocasión....
Suelto al viento mis pesares:
Yo también vengo infeliz
Dende allá de Güenos Aires—
—Dende allá de Güenos Aires;
Yo era mozo acomodao,
Pero ahora por el tirano
Me miro tan desgraciao—

ENTRERRIANO

¡Me miro tan desgraciao!....
Canta un triste correntino
Arrastrado de su tierra
Para seguir un destino—
—Para seguir un destino
En contra de la opinión;
Para ponernos al fin
En la triste situación—

ENTRERRIANO

¡Ay! En la triste situación....
Entrando á considerar
Las desdichas de mi tierra,
No me quisiera acordar—
—No me quisiera acordar,
Pero es una sinrazón
Porque ya mi patria es libre
Y feliz en la ocasión.—

PORTEÑO

Y feliz en la ocasión......
La libertá de Corrientes
Muy clara se deja ver
Y lo publican las gentes—
--Y lo publican las gentes;
¡Ea, lengua, no desmayes!
Para cantar las vitorias
Del libertador LAVALLE.—

CORRENTINO

¡Ay! del libertador LAVALLE
Suena el clarin de su fama.
Ansí al pronunciar su nombre
El pecho se me hace llama—
—El pecho se me hace llama;
Perdón pido al auditorio:
Soy súdito de Lavalle,
Soy argentino notorio.—

ENTRERRIANO

¡Ay! soy argentino notorio....
Aquí entran los gustos míos,
Yo soy José Santos Vera,
Payador del Entre-Rios—
—*Payador* del Entre-Rios,
Que presumo en la ocasión
Presentármele á Lavalle
General de la Nación.—

PORTEÑO

General de la Nación. . .
¡Viva donFrutos Rivera!
¡Muera Rosas el tirano,
Echagüe y Urquiza mueran!—
—Echagüe y Urquiza mueran:
Lo dice Pancho Morales,
Porteño de los pasaos,
Y en las filas Orientales.—

CORRENTINO

Y en las filas Orientales,
¡Vivan todos los franceses,
Compañeros en la causa,
Liberales sin dobleces—
—Liberales sin dobleces,
Y sin más aspiración
Que hacer sucumbir á Rosas
Tirano injusto y ladrón.

LOS MISTERIOS DEL PARANÁ

Ó LA DESCRIPCIÓN DEL COMBATE DE OBLIGADO

Bajada del Paraná, Diciembre 25 de 1845.

Mi querida Estanislada:
He llevao un gran *sustazo,*
Pero, á Dios gracias, *buenazo*

Hoy me encuentro en la *Bajada;* (1)
Aonde veo muy ñublada
La causa de *nuestro aquél,*
Pues ya viene de tropel
Toda la Correntinada
Y atrás la Paraguayada
A tragarse á Juan Manuel.

Ya ves, lo van apurando
Muy *fiero* al Restaurador;
Y sin duda á lo mejor
Lo han de sacar *apagando.*
Vé quien le viene *apuntando:*
¡Paz!, que con el Paraguay
Ha hecho una *vaca,* y la *traí*
Tan sumamente *preñada,*
Que á la hora menos pensada
Nos *largan* el *vacaray.* (2)

¿Quién será ese *paraguayo*
Que la echa de Presidente,
Y al *heroe del Continente*
Le ha *atravesao* el caballo?
¡Ah, hijito...! si será gallo!
Mesmo, ha de ser algún *crudo*
Que no *echa panes al ñudo,*
Y ha de traer un *Camuatí*

---

(1) El pueblo de la Bajada está situado enfrente al de Santa Fe, río Paraná de por medio. (Nota del autor).

(2) Vacaray: nombre que dan al ternero nonato. (Nota del autor).

De más gauchos que *maní,*
Por eso es tan corajudo.

En ancas la extranjerada
De estos malditos *Naciones,* (1)
También tiene sus razones
Para andar endemoniada,
Y al *lao* de la salvajada
Se han *recostao;* de manera
Que nos tienen la *tranquera* (2)
Tapada con *barquería,*
Y hasta Rosas desconfía
De caer en la tapadera.

¡Infeliz! y nos decía:
—«Si dentran al Paraná
«Van á morder: ¡Ja, ja, ja!
¡Tramojos de batería!»
¡Ah, gaucho! ¡qué fantasía!—
¡Y tan *morao* (3) que de flojo
No ha ido á ver, ni por antojo,
Sus *Castillos de Obligao,*
Que los barcos le han dejao
Polviando como *rastrojo.*

El día que aparecieron,
En cuanto los descubrimos
De balde les sacudimos,

(1) **Naciones: les llaman los gauchos á los extranjeros indistintamente.**
(2) **Alude al bloqueo francés que sufrió entonces Buenos Aires.**
(3) **Morao: cobarde.**

Mansitos se nos vinieron:
Y aguas arriba embistieron
Con la *velería* inflada,
Ocultando la güevada:
Redepente... ¡Virgen mía!...
Abrieron la aujurería
Y mostraron la *nidada.*

Traen en cada costillar,
Del pecho al *cuarto trasero,*
De trecho en trecho un ahujero
Que parece palomar:
¿Quién diablos iba á pensar
Que allí *traiban* los cañones?
Y *ahí mesmito* en dos tirones
Los cargan y ¡bra... ca... tan!
¡Virgen mía de Luján!
¡Que aguanten los cimarrones! (1)

¡Ah, día amargo y fatal
Tuvimos en *Obligao!*
Los gauchos, por de contao,
Peleamos, á lo animal.
Y al fin hasta al general
Mansilla lo *machucaron;*
Porque hasta nos atracaron
Con metralla *embotijada:*
Ansí de la paisanada
La *mita* nos *dijuntiaron.*

---

(1) Cimarrones: perros salvajes.

¡*Ahijuna,* gringos de *ley*
Y diestros en los cañones,
Para largar botijones
Como cabezas de *güey!*
Al primer *bulto* yo crei,
¡Como hay Dios! que era un zapallo;
Pero *bochó* en un caballo...
¡La pujanza!... y reventó.
¡Y hecho tiras lo *aventó*
A las pu...ntas de Ramayo! (1)

¡Y qué barcazos! Ché! Ché!
Tan morrudos nunca he visto.
¡Si había algunos, por Cristo,
Como de aquí á Santa Fe!
¡Y tan muchos!... ya se sabe,
Como en *Uropa* hay *manadas,*
No andan con habas contadas,
Sino, en *puntas* á la guerra,
De Francia y de Ingalaterra
Los echan como *yeguadas.*

Tres barcos *ñatos* venían,
Muy cosa extraña *su laya:*
Con ruedas, y con hornalla;
Barajo!... ¡y qué estrago hacían!
No sé que diablos tenían
Arriba del *espinazo,*

(1) Ramayo es un arroyo inmediato al Rincón de Obligado.

Que hasta nos dieron *humazo;*
Y de yapa, *¡ Cristo mío !*
Chapaliando por el río
Nos largaban *el bochazo*..

Hubo hombre tan acosao
De esos *brutos,* de manera
Que ganó una *viscachera* (1)
Por crerse más resguardao.
¡Pero qué! si era excusao
Andarse haciendo chiquito;
Ansí es que ahí mesmo, lueguito,
Vino un *triunfo* y reventó;
Y hasta el pelo lo tapó,
Después *de limpiarle el pito* ..

Últimamente *emplumamos*, (2)
Porque era costa insufrible
La desventaja terrible
Con que ese día peleamos.
Ni yo sé como aguantamos
Que Rosas *ansí* nos meta,
Y *al botón* se comprometa
A pelear con los *Naciones*
Que de cuatro manotones
Lo han de *aplastar* por trompeta.

Si él hiciera un *arrejón*
Algún día, fuera bueno,

---

(1) Gran cueva que hacen en el campo las vizcachas: cuadrúpedos que abundan en los campos de Buenos Aires. (Nota del A.)

(2) Emplumar: huir muy de prisa.

Pero siempre al *cuero ageno*
Se atiene ese baladrón;
Y ya ves en el montón
De *guerras* que se ha empeñao,
Y que al *cuhete* ha desafiao
Al Brasil, al Uruguay,
A Bolivia, al Paraguay
Y á *Uropa* por decontao.

Presume de *ternejal*
Y no es más que presumido,
Que en *siete años* no ha podido
Ni con *la Banda Oriental.*
Y eso, que de Portugal
(Dicen), y muy bien pudiera,
Que de miedo, *¡ah, cosa fiera!*
Lo *palanquean,* y tal...
Porque puede cada cual
Tener el miedo que quiera.

Y como se ha titulao
El héroe del Continente,
¡Quién sabe allá cierta gente
Si de esto no se *ha asustao!*
Y á la cuenta han *opinao*
Que al *continente de allá*
La *mashorca* le entrará;
Y ésta al diablo lo acobarda,
Aunque ande con *espingarda*
Y con *faca.* ¿No es verdad?

Con todo eso, Estanislada,
Y como te iba diciendo,
La *cuestión* se va poniendo
Para Rosas, muy *ñublada.*
Y mirá qué *destapada*
Acá mesmo me ha hecho el *Cura,*
Que no es *lerdo,* y me *asigura*
Que antes de entrar el otoño,
Si el *Ilustre no alza moño* (1)
Le *dan en la matadura*...

¡Vieras al Cura *caliente*
Rascuñando la sotana,
Hablar fiero esa mañana
De Rosas únicamente!
Me dijo á gritos:—«Vicente,
Demasiados desengaños
Hemos sufrido en quince años
Que ese diablo ha gobernao,
Y á su antojo ha degollao
Los suyos y los *extraños.*

«Ya es preciso abandonar
La causa inícua de Rosas,
Y estas guerras desastrosas
Con él deben terminar.
¡Hasta cuando hemos de andar
Matándonos entre hermanos,
Por caprichos inhumanos

(1) Alzar moño: huir, disparar.

De ese *tigre* carnicero,
Que *odea* á todo extranjero
Y extermina á los paisanos!

« Por esto la *Intervinción*
Lo quiere, y lo ha de *apretar:*
No vos viene á conquistar...
Miente, ese loco ladrón.
Solo enfrenar su ambición
Es la razón que la *trai;*
Viendo que hasta al Paraguay
Quiere *manotiarlo* ya,
Cerrándole el Paraná
Que le han abierto... ¡Velay!

«¿Ni por qué á un barco extranjero
Le han de privar *dende allá*
Que ande por el Paraná?
¿O es el río *su potrero?*
Se engaña el gaucho *muy fiero:*
Las aguas del Paraná
Son también de propiedá
De los pueblos *costaneros:*
De balde los *mashorqueros*
Niegan esta *realidá.*

«Y estos pueblos, á la vez,
Por mas que Rosas se aflija,
Se le han de alzar, *á la fija,*
Colijiendo su interés.
Luego, á estos Puertos verés

Que de *Uropa* en derechura
Se vienen con *su fatura*
Las gentes y *barquería*,
Y correrá *peseria*
Como *haberá* baratura.

«Pues cada *ciudá* á su *duana*
Sus *reglamientos* le hará,
Y sus derechos pondrá
Como le dé gusto y gana.
Y si hoy no vendemos lana
Ni á *doce riales* quintal,
Es cosa muy natural
Que habiendo mucho tragín
Se venda tanta, que al fin
Nos den por la libra un *rial*.

«De consiguiente, vendrán
A levantar poblaciones
Gentes de todas naciones
Que sus familias *trairán*,
Y se *desparramarán*
Por los campos y ciudades;
Y hasta en las inmensidades
De costas del Paraná
Dentro de poco no habrá
Disiertos ni soledades.

«Verás miles de artesanos,
Cuántas *fábricas* pondrán !

Y en ellas enseñarán
A nuestros hijos ó hermanos:
Y en lugar de ejercitarnos
En destruirnos cual lo hacemos,
A trabajar nos pondremos
Para curar tantas ruinas;
¡Y sables y *garabinas*
Al infierno arrojaremos!

«Y los gauchos en su hogar
Vivirán como unos reyes,
Al abrigo de otras leyes
Que entonces se han de formar.
Leyes que han de terminar
La anarquía en que nos vemos,
Y á las cuales juraremos
Obedecer ciegamente.
¡¡Entonces, todos, Vicente,
¡Qué felices viviremos!

«Vos mismo, pongo por caso,
Topando en algún camino
A un *emigrao argentino,*
Le has de soltar un abrazo:
Y has de decirle—¡amigazo!
Vámonos á divertir;
Y á la par han de salir
A las *yerras* y *carreras,*
Aonde semanas enteras
Podrán los gauchos lucir.

Pues los barcos de vapor
Y multitú de otras clases,
Traerán á estos *Paranases*
Prendas lindas de mi flor,
Y lo mas fino y mejor
En paño, lienzo y zaraza,
Que en cambio, por sebo y grasa
Nos darán mas que de prisa:
Y hoy comprar una camisa
Mirá cuanto nos atrasa.

Además, un barco de esos,
Para un flete ó para un viaje,
Por lejos que esté el paraje
Te llevan por cuatro pesos:
Porque no tiene *trompiezos*
Río arriba ó río abajo;
Y sin tener mas trabajo
Que echar humo *y chapaliar*,
Empezando á disparar,
¡Ni el diablo les pone atajo!
....
....

¡Bien *haiga* el Padre ladino
Y profundo en su corazón!
Atendé por conclusión
Con que prosa se me vino,
Pues ponderando el camino
De esos barcos, y la *historia*

De la ventaja notoria
Que nos *trai* la *intervinción,*
Me largó esta relación
Que conservo en la memoria:

—Estos barcos concluirán—
Dijo—la obra de *Cornejo*, (1)
Subiendo por el Bermejo
Desde el Paraguay á Orán.
De allí á Salta anunciarán
Por los ecos del cañón,
Que por primera ocasión
Saludan á esas riberas
Las naves y las banderas
De la ci...vi...liza...yción!

—Voto al diablo! ahí me enredé
En un *terminacho* al fin!
Porque tiene un *retintín*
Que me cuesta, ¡ya se ve!
Pero te lo explicaré
Sigun yo lo he comprendido:
El cura solo ha querido
Decirme en esa expresión
Que va á llegar la ocasión
En que no *haiga hombre tupido.*

De manera, Estanislada,
Que como al cura le creo,

(1) El señor Cornejo fué el primer descubridor que navegando el río Bermejo, vino desde el puerto de Orán perteneciente á la provincia de Salta, hasta el Río de la Plata. (Nota del A.).

Hoy mesmito me *guasqueo*
A *campiar* la salvajada.
Ya no quiero saber nada
De Rosas *ni de esa gente;*
Pues deseo solamente
Vicharle á Paz una oreja;
Verás que cuento le deja
A Juan Manuel...

Tu Vicente.

SUPLICA GAUCHA

DIRIGIDA AL ILUSTRADO REDACTOR DEL «COMERCIO DEL PLATA» DOCTOR DON FLORENCIO VARELA, PIDIÉNDOLE ANUNCIARA LA PUBLICACIÓN QUE SE IBA Á EFECTUAR DEL POEMA «PAULINO LUCERO».

Señor relator del Comercio del Plata.

Montevideo, Noviembre 14—1846.

Muy señor mío:

Velay le mando, señor,
A que lea mi *argumento,*
Que en este puro momento
Ha soltao el *imprentor.*
Hágame pues el favor,

Usté que es hombre maestrazo,
De pegármele un vistazo,
Y verá *un pial de volcao,*
En que á Rosas le largao
La *armada* de todo el lazo.

Y si por felicidá
Le agradase mi versada,
En su *gaceta mentada*
Avísele á la cuidá,
Del modo y conformidá
Que el gaucho saldrá lueguito;
Ya que usté es el primerito
A quien le largo este *envite,*
A fin de que me acredite,
Si es su gusto, patroncito.

Paulino Lucero.

COPLAS DE CIELITO Y PERICÓN

Á LA SALÚ DEL EJÉRCITO ENTRERRIANO Y CORRENTINO

Vaya para Rosas solo
Este cielo y pericón,
Pues á los demás Rosines
Les toca de refilón:

¡Ay, cielo de la Victoria!
Cielito del Paraná...
¡Oido! que ya la corneta
Tocó un *punto alto en Calá* (1)
¡Atención!... En el campo
Tocan á montar.
¡A caballo, soldados
De la libertad!
¡Guerra al tirano!
¡*Garabina* á la espalda,
Sable á la mano!
Ya brillan los *corvos* y las tercerolas:
Y lucen las lanzas... lindas banderolas
De los valientes
patriotas entrerrianos
Y de *Corrientes.*

Vamos á ver en Palermo
Si es garbosa la persona
De ese *general Vejiga,*
Juan Manuel Rosas Corona.

Cielito de la tristura!...
Con que se dice al remate,
Que ese *bruto* es general,
Por las campañas de *uñate.*

Cuando va al tranco esa *maula,*
La panza le hace: *clá! clá!*

(1) Un punto alto toca la corneta de órdenes para llamar la atención de un cuerpo de tropas. (Nota del autor).

De *aguachado,* de *bichoco* (1)
Y de *barrigón* que está.

¡Cielito!... y de precisión
Tenemos que adelgazarlo,
Para lo que vamos todos
Dispuestos á *galopiarlo.*

El piensa de Tucumán,
Salta, Córdoba y La Rioja,
San Juan, Mendoza y San Luis,
Seguir con la *cincha floja.*

¡Cielito!... y por desengaño,
Pronto, tirano, has de ver,
Que entre todos, de un tirón,
Dos barrigas te han de hacer.

Y si nos facilita,
Un tal *Badana,*
Para cruzar el río,
Cualquier chalana:

No hay *necesidá*
De hacernos *capiguaras* (2)
En el *Paraná.*

Ya verás, ingrato, cuando la embestida,
Donde aparecemos de una *zambullida.*

---

(1) Bichoco: caballo viejo y enfermo de las manos. (Nota del autor).
(2) Capiguaras: cuadrúpedo anfibio. (Nota del autor).

Y después de eso,
¿No te dá comezón
En el *pescuezo?*

Tambien quiero prevenirte
De que el general *Garzón*
Va de un galope *al Cerrito*
A echarle un *¡truco!* *á* *Violón.*

¡Ay, cielo mío!... y después,
Sino te parece mal,
Le piensa pasar la mano
Al titulado *Legal.*

De balde te vas poniendo
Tan cumplido y tan *blandón,*
Tratando de hacer compadres
A los de la *Entreínvención.*

¡Cielito de la *sordera!*
Salí, *Supremo* lagaña,
¿No ves que los Uropeos
Ya te conocen la maña?

Pues si el general *Urquiza*
No te hubiese *abandonao,*
Atenido á él estarías
Mordedor y endemoniao.

¡Cielito!... porque en lo guapo
Sos enteramente igual

A un *perro bayo* que tiene
En la estancia el General

Dicen que en Buenos Aires,
En la situación,
Se ha puesto *redepente*
Muy caro el *jabón.*

¡Qué *calamidá!*
¡Cuando el *Jefe Supremo*
Tan *jediondo* está!

Dormite, morrongo, dormite mi amor
Dormítele Urquiza al Restaurador
Y la pichona,
Que pretende su parte
En la *corona.*

—

Si Rosas mata al *botón,*
Le *juega* mi General
A cual de los dos resulta
Con mas *charque en el tendal.*

¡Ay, cielo, y de la *mashorca!*
¡Si endurece la pandilla,
Lo que ha de tener de sobra
Juan Manuel... será *morcilla!*

Y si *Corona* presume
De un ejército infinito
El que de acá le larguemos
No ha de ser muy *peticito.*

¡Cielito!... y ya los Rosines
Deben sàber que no es broma,
Que el ejército Entrerriano
Como se *las dan las toma.*

También saben que no usamos
Echar de lejos *balacas,*
Ni *peliar* con los matreros,
Ni robar *pingos* y vacas.

¡Ay, cielo!... pero si alguno
Medio á forcejear nos sale,
Por sostener al tirano:
¡A qué te cuento, más vale!

El diablo es, que anda sonando...
¡Cristo! ¿si será verdá?
Que el ejército *Rosín*
Lo debe mandar Biguá. (1)

¡Ay, cielo!... de la barriga
Cómo vendrá el pobrecito,
Después que lo largue Rosas
Soplao hasta lo infinito.

¡Jesus nos favorezca,
Si viene Biguá!
Y nos larga la inflada...
¡Qué *barbaridá!*

---

(1) Biguá: nombre de uno de los dos locos con el cual se divertía Rosas inflándoles el vientre con un fuelle. (Nota del A.).

Cuando atropelle...
¡Y que nos desenvaine
Tamaño fuelle!

Y traiga á *los tientos* las armas de Rosas
Fuelles y jeringas,... vergas y otras cosas,
Con que en Palermo
Se divierte el *Ilustre*
Cuando *está* enfermo.

Velay, el sol aparece,
Y al *escurecer* la luna,
¡Miren cómo resplandece
De los libres la coluna!

¡Ay, cielo!... digan conmigo:
¡Viva la Federación!
¡Viva Urquiza y Virasoro!
¡Y también viva Garzón!

Con que, ¡adiosito, paisanas!
Que aquí concluye el cielito;
Y ya para mi escuadrón
También me *largo lueguito.*

Cielito, y por conclusión,
La más linda moza diga,
Si no me hace algún *encargue*
Para el general *Vejiga.*

. . . .

Esta versada cantaron
En el baile de Sayago,
Y al cantor, de trago en trago,
Esa noche lo *apedaron.*
Y, como lo calentaron,
A lo mejor del *bureo,*
Ahí les largó un *bordoneo*
Para llamar la atención;
Y las mozas con razón
Le hicieron un *palmoteo.*

Luego, sacó á su aparcera
La Juana Rosa á bailar,
Y entraron á menudiar
Media caña y caña entera.
¡Ah, china! ¡si la cadera
Del cuerpo se le cortaba!
Pues tanto lo mezquinaba
En cada dengue que hacía,
Que medio se le perdía
Cuando Lucero le entraba.

En fin, allá al aclarar,
Se tocó la despedida,
Porque la gente rendida
Ya se comenzó á *raliar.*

¡Qué divertirse esa gente!
¡Qué beber y qué bailar!
Eso fué hasta rematar
En el patio últimamente.

Y fué un fandango de humor,
Donde acudieron con ganas
Lindas mozas entrerrianas,
Que las hay *¡como una flor!*

Luego Paulino y Sayago
A la cocina *surquiaron,*
En donde *cimarronearon*
Sin dejar de echar un trago,
Y en ese mesmo momento
Martín le dijo á Lucero:

—No se vaya á ir, aparcero,
Sin hacerme otro argumento
Como ese de la *ramada,* (1)
Que fué cosa superior,
Aun cuando el Restaurador
Nos eche alguna putiada.

—¿Qué me importa que se enoje?
Contestó el gaucho Paulino,
Si él sabe que, correntino,
No hay ninguno que le afloje.
Con que así, monte, cuñao,
Vaya no más á *campiar,*
Que al volver me ha de encontrar
Pronto y listo á su mandao.

(1) Ramada: cobertizo que con ramas de árboles hacen junto á las casas de campaña sobre un zarzo colocado en cuatro puntales clavados en tierra, con el objeto de tener sombra.

AGACHADA

Á LAS GARANTÍAS QUE OFRECIÓ EL ALMIRANTE MACKAU EN SU TRATADO CON ROSAS

Estos versos á la paz,
Los larga un gaucho voraz.

A decir cuatro verdades
Va un miliciano oriental:
Que cuando es pura y cabal,
No tiene dificultades
Ningún *gaucho liberal.*

Es ruindá que en la contienda
De Rosas y el almirante,
Pierda el francés *el aguante,*
Pues sin tirarle la rienda
Lo han sujetao al istante.

A la cuenta, don Macó
Será mozo asustadizo;
Pues Batata como quiso
La *mashorca* le atracó
Cuando lo vió espantadizo.

Pues mire... los orientales,
A pesar de sus trataos

No andamos muy asustaos;
Aunque usté y los federales
Se vengan acollaraos

Ya verá que sin *vapores,*
El *Viejo* Frutos Rivera
No deja ni polvadera
De los dos *Restauradores,* (1)
Sin hacer tanta *humadera.*

¡Ah, hijo de... Dios! ¡quién diría
Que el almirante Macó
De Uropa se nos apió
A poner *carbonería,* (2)
Y Rosas se la fundió!

Así es que la francesada
Patriota y de calidá,
Al ver tamaña ruindá,
Está toda endemoniada,
Y habla con temeridá.

Y dicen que, si Macó
Tan fiero pudo ladiarse
Y á Rosas arrecostarse,
Los demás franceses no
Son capaces de humillarse.

---

(1) Rosas: Restaurador de las Leyes. Echagüe: Restaurador del Sosiego Público. (Nota del A.)

(2) Efectivamente, cuando llegó el almirante Mackau á Montevideo hizo grandes acopios de carbón de piedra, que mandó desembarcar y apilarlo á inmediaciones del muelle. (Nota del A.)

Bien puede un ruin capataz
Hacer *cuerear la manada;*
Será de él la cochinada,
Sin que deba ser jamás
Descrédito á la *pionada.*

En fin, el Restaurador
Ahora andará más holgao,
Pues dicen que ha retozao
A su gusto en un vapor
Que el Barón le ha regalao. (1)

¡Qué Cristo! de aquí á unos días,
Por diciembre, cuando más,
Le hemos de salir de atrás,
Cobrando las *gàlantías*
Que nos promete en la paz.

Pero el diablo es que LAVALLE
Se ha de querer empacar:
A bien que lo va á buscar
Batata, y adonde lo halle,
Diz que lo va á desarmar. (2)

¡Valientes Americanos,
Paisanos de toda laya!
Antes que Macó se vaya,
Le haremos ver que un tirano
A ningún libre avasalla.

---

(1) El barón de Mackau.

(2) Era esta una de las condiciones estipuladas en el tratado Mackau. (Nota del autor).

¡Vencedores de Cagancha!
¡Valerosos del Yeruá!
Rosas nos aguarda allá,
Pues presume que en su cancha
Medio nos aguantará.

¡A las armas, argentinos!
Vamos juntos á *peliar:*
¡Que hasta morir ó *cueriar*
Al salteador asesino,
Naides debe recular!

El piensa que en desunión
Nos ha pillado la paz.
¡Ah, bruto! ya lo verás,
Si al primer atropellón
No te *boleamos* de atrás!...

¡Degollador afamao!
Ni tu compadre Macote
Te ha de valer. Del cogote,
El día menos pensao,
Te hemos de sacar *cerote.*

Jacinto el Gaucho.

LA ENCUHETADA

Ó LOS GAUCHOS Y LA INTERVENCIÓN EN EL RIO DE LA PLATA EN 1848 *

Montevideo, á 18 de Agosto de 1849

Señor patrón y relator del Comercio de la Plata.

Hoy hará una *trasnochada*
Apretando el *imprentero,*
Y allá al rayar el lucero
Piensa acabar mi versada.
Siendo *ansí,* á la madrugada
La *echaré* en la población;
Pero antes hago intención
(Se lo *alvierto* por si acaso)
De ir á pegarle un *albazo*
Llevándosela, patrón.

Por *ahora* voy á *largar*
Solamente el *primer trozo,*
Y hay otro más *cosquilloso,*
Que después le he de *atracar*
Hasta hacerlo *corcoviar*
A ese conde PALMETON;

---

* Con estas décimas se anunció la primera parte de la Encuhetada, composición que salió ilustrada con dos láminas. (Nota del autor).

Y le asiguro, patrón,
Que no desprecio á otro inglés
Más que á ese *maula,* y después
A otro de un ZAINO RABÓN.

Con que, ya sabe. Temprano,
Mañana al venir el día,
Me cuelo en la imprentería
De Hernandez el valenciano,
Y me agarro mano á mano
A *cimarroniar* con él.
Y en cuanto acabe el papel
Dándomelo, *de ahi* mesmito
Me *guasquiaré,* patroncito,
A su casa de tropel.

Verá, señor, con qué esmero
Ha *pintao* la *estamperia,*
Que le ha hecho á mi versería
Musiú LEBAS (1) el *santero.*
!Ah, Francés, lindo! *ansí* quiero
Pagarle muy *rigular;*
Y *ansí* tienen que alumbrar
Los que *pretiendan* libritos,
Con diez y ocho *vintencitos*
Al tiro y sin *culanchear.*

Su amigo: *Luciano Callejas.*

---

(1) **Lebas: el litógrafo de Montevideo que hizo las láminas para ilustrar la Encuhetada. (Nota del autor).**

LA ENCUHETADA

ADVERTENCIA Á LOS UROPEOS COSQUILLOSOS

Van tres gauchos liberales
A quejarse, con razón,
De una *floja* y ruín *aicion*
De los gobiernos desleales: (1)
Siendo gauchos, como tales,
Se explicarán sin *rodeos,*
Sin que *dentre* en sus deseos
Ni un *remoto* pensamiento
De hacer en el *fundamento*
Agravio á los *Uropeos.*

DEDICATORIA

Señor conde *Palmeton:*
A usté por lo *bien portao,*
Y el haberse acreditao
¡Tan lindo en su *Intervincion!*
Callejas, de refilón,
A nombre de la *Gauchada,*
Le dedica esta *enflautada.* (2)
Celebrando entre otras cosas,
Que en ancas le largue Rosas
Por el *Harpy* (3) una ensilgada!

---

(1) Alude á los de Francia é Inglaterra que aflojaron en la Intervención armada contra Rosas. (Nota del autor).

(2) Enflautada: burla, ironía, lo mismo que ensilgada. (Nota del autor).

(3) *Harpy:* nombre de un vapor inglés por el cual contestó Rosas al gobierno, diciéndole que no recibiría al ministro Southern. (Nota del autor).

¿Sabe lo que es ensilgada?
Es una *vaina,* patrón,
Sin grano, y (con su perdón)
Que *jiede* á bosta quemada;
Medio *aceitosa,* y buscada
En los *pagos* (1) del Tandil, (2)
Y propia para el candil
De cualesquier *baladrón;*
Con que, atráquele, patrón,
Esa mecha á *Mistre-Pil.* (3)

SORPRESA DEL GAUCHO MORALES AL RECIBIR Á SU AMIGO OLIVERA EN SU RANCHO, JUNTO Á LAS TRINCHERAS DE MONTEVIDEO.

¡Cristo!... ¿Si será *verda?*
Lo que dudo en la ocasión...
¡Caball!.... no es una ilusión......
Que es él *mesmo*... *¡voto-va!*
Lléguese, amigo Olivera:
¿Diaónde (4) sale? ¿Qué anda haciendo?

OLIVERA

¡Tristemente consumiendo
La vida, hasta que Dios quiera!

(1) En los distritos. (Nota del autor).
(2) Fortaleza situada á cien leguas al sud de Buenos Aires. (Nota del autor).
(3) Mr. Peel: primer ministro en la Gran Bretaña. (Nota del autor).
(4) De donde.

Ansí caigo (1) á su presencia
Dichosamente, *aparcero,* (2)
Pues acá soy forastero
Sin la menor *conocencia.*

MARCELO

Debe serlo, me hago el cargo,
Como que de Maldonao
Presumo que habrá llegao,
Y habrá padecido largo...

OLIVERA

¡Largo y *fiero!*....mesmamente:
Y toda laya de penas,
Tanto mias como agenas,
Que es mejor que ni las *mente,* (3)
Porque el corazón, lueguito
Que dentro á considerar,
Se me oprime de pesar
Y se me hace chiquitito

MARCELO

¡Infeliz viejo Olivera!
¡Lagrimiando.....sientesé:
Aunque no tengo, ya ve,
Ni un triste *tronco* (4) siquiera.

---

(1) Así vengo. (Nota del autor).
(2) Amigo, camarada. (Nota del autor).
(3) Recuerde. (Nota del autor).
(4) Asiento de campaña, tronco de arbol. (Nota del autor).

Ansí, amigazo, en el suelo
Crúcese sobre este *hijar;* (1)
A bien que no ha de extrañar....

OLIVERA

¡Qué he de extrañar, ño Marcelo!
Después que me han *baquetiao*
Ocho años de sacrificios
Tan crudos, que hasta los *vicios* (2)
Sin sentir he *olvidao.*

MARCELO

Dejuramente (3) lo creo,
Porque yo en el *mesmo* caso
De *infelicidá* y atraso
Con la familia me veo.

Ahora *mesmo* mi Pilar
Cogió y fué desesperada
A vender una frezada,
Ganosa de *yerbaquiar.* (4)

OLIVERA

¿Con que Dios se la conserva
Alentada?

---

(1) Cuero desgarrado.
(2) Los vicios: les llaman al fumar, beber licores, tomar mate.
(3) Ciertamente.
(4) Tomar té de yerba del país en un mate.

MARCELO

Y *traginista*,
Mientras la salú le asista.
Ya verá como *trai* yerba,
Y tabaco, y aguardiente,
Y *en ancas* (1) puede que traiga
La frezada, sin que la haiga
Ni empeñao siquieramente.

Por lo tanto, á prevención
Voy á mandar hacer fuego,
Cosa que, en llegando, luego
Tomemos un *cimarrón*... (2)

Con su licencia... ¡Agapito!
Vení, llená la caldera!...

AGAPITO

¡La bendición, ño Olivera!

OLIVERA

¡Que Dios te haga un santo, hijito!
¡Temeridá que ha crecido
El muchacho!... y *memorista:*
En cuanto me echó la vista
Al golpe me ha conocido.

Vení, *largame* un abrazo,
Rubio amargo... ¿cómo estás?

(1) Y también.
(2) El mate amargo

Y decime... ¿te acordais
De tu potrillo *picazo?*... (1)

AGAPITO

¿Cuál?... ¿Aquel *bellaco* viejo?
Me lo *ageniaron cuantuá* (2)
En las *puntas* de *Aceguá*, (3)
Junto con otro *azulejo;* (4)

Que yo le puse *collera* (5)
Y se lo prendí al *picazo,*
Porque como era *malazo*
Presumí que se me juera;

Y ni bien se *aquerenció,*
Cuando cierta madrugada,
Con la *yunta* y la *manada*
Una partida se *arrió.*

MARCELO

Vaya un recuerdo prolijo
Del tiempo de don *Echagua:* (6)
Pero de calentar agua,
¿A que no te acordás, hijo?

Aunque... alvierto á ño Severo
Ganoso de hablar con vos;

---

(1) Color particular de un caballo.
(2) Ageniaron cuantuá: robaron hace mucho tiempo.
(3) Cierto lugar en la campaña Oriental.
(4) Otro color particular de un caballo.
(5) Presilla doble de cuero para atar dos caballos unidos por el pescuezo.
(6) Nombre de un general Argentino que invadió la Banda Oriental el año 1839.

Así, quédense los dos,
Que voy y vuelvo ligero.

OLIVERA

Bueno, paisano... ¿Con que,
Agapito, ahora andarás
Como andamos, á cual más
Atrasao, pobre y *á pie?*

AGAPITO

Pobre, á veces suelo andar,
Y *ansí mesmo* siempre yo
Me amaño, creameló,
Y *agenceo* (1) que *ensillar.*

Luego verá, ño Severo,
Un potrillo *pangaré,* (2)
¡Lindo! que le trajiné
A un inglés, que fué *chasquero,*

Y salía cola alzada
Ajuera contínuamente,
Y de ahí volvía caliente
A presumir en la Aguada,

Aonde se *apea* (3) y se cuela
Atrás de cualquier muchacha,
A pesar que tiene facha
De más zonzo que su *agüela*...

(1) Buscar.
(2) Otro color de caballo.
(3) Donde se desmonta del caballo.

OLIVERA

¡La del inglés Agapito!...
¡Barajo!.... No te turbés...

AGAPITO

¿Cuál quiere que sea, pues?
La del *Bisquete* (1) mesmito;
Ese maula que cruzaba
Lo mesmo que *autoridá,*
Del Cerrito á la *ciudá,*
Y aquí nos menospreciaba...

Tanto, que á mí en la avanzada,
Porque le pedí un cigarro,
Si no ando vivo, en el barro
Me *arronja* de una pechada.

¡Ay—juna!... y se la juré.
Ansí un día que salió
De *mañanita* y volvió
Trayendo el tal *pangaré,* (2)

Dije entre mí: «Si te pillo
Hoy *en pedo* (3) ¡lo verás,
Matucho, (4) si te me vas
Golpiao y sin el potrillo!»

---

(1) Beef-steak: así les llaman los paisanos á los ingleses.
(2) Pangaré: caballo de color tostado claro.
(3) Ebrio.
(4) El hombre que no sabe andar á caballo.

OLIVERA

¡La purísima, el muchacho,
Que es propio para un descuido!
Me alegra que *haigás* salido
Alentao (1) y vivaracho.

Proseguí, no te parés,
Que recien me va gustando.

AGAPITO

Pues, como le iba contando,
Resolví *dende* esa vez
No darle *alce* ni cuartel,
Y sobre el rastro, ahí no más,
Largámele por atrás,
¡Y que se me iba el *infiel!* (2)

Alvierta, señó Severo,
Que *dende* que lo seguí,
Y aun antes, ya conocí
Que el pingo era *pajarero.* (3)

De suerte que en cuanto entró
En el pueblo esa mañana,
Le dió al potrillo la gana
De espantarse, y *se tendió*;

Y ya por el costillar
Lo echó al hombre de cabeza,

(1) Valiente.
(2) Infiel: También llaman así los paisanos á los extranjeros que no hablan en español.
(3) Caballo espantadizo.

Y en colmo de la *maleza* (1)
Medio lo empezó á arrastrar,

Porque al cair, en la *estribera*
De una pata lo enredó,
Fortuna que reventó
El ojal de la *arcionera.* (2)

Entonces echó el caballo
A disparar como flecha
Por esa calle derecha
Del veinticinco de Mayo:

Y yo atrás *dél* me largué,
Hasta que allá entre las tiendas
Se enredó *fiero* en las riendas,
Se *sofrenó* y lo *agarré.*

SEVERO

Mirá el diablo... ¡de manera
Que en cuanto lo asiguraste,
De ahí mesmo ya enderezaste
A media rienda hasta *juera!*

AGAPITO

Al contrario, le aflojé
La cincha, y bajo la silla,
El tronco de una *costilla*
De punta le acomodé.

---

(1) **Maleza**: andar de mala suerte.
(2) Lugar de la montura en el cual se asegura la estribera y el estribo.

Luego lo cincho flojito,
Dejando el *cuhete* (1) tapao,
Y el *pingo*, por de contao,
Comenzó á *lomiar* (2) lueguito.

Ultimamente, tirando
Volvió á traírselo al Inglés,
Al cual lo encontré otra vez
alentao y *renegando.*

Y después que le arreglé
El estribo como pude,
Dije entre mí: ¡Dios te ayude! ...
Y el potrillo le arrimé.

Con que, patrón... ¿cómo se halla?
Le pregunté medio en broma;
Y él me contestó en su *aidioma:* (3)
« *¡Mochi diabli la caballa!* »

Y al verlo en disposición
De montar, cuasi me rio,
Porque... cuando... ¡Cristo mío!
¡Se aguantaba el *chapeton!*

Mesmamente, la acerté.
El hombre apenas montó,
Y ni bien se acomodó,
¡La *gran*... *punta* el *pangaré!*

---

(1) El cuhete: el tronco de la costilla.
(2) Estremecer el lomo.
(3) Idioma.

Cuanto le asentó la nalga
A-la-inglesa, y con el peso
Le hizo tomar gusto al *güeso,* (1)
Se encogió, y *¡Cristo le valga!*

Conoció al ginete tierno,
Y al pingo *se le hizo robo* (2)
Aliviarse, y de un corcovo
Echó la carga el infierno...

OLIVERA

¡Oiganle al matucho inglés!
¡Cómo aflojó de un tirón!...
¡Y tan altivos que son
En sus barcos!... y ¿después?

AGAPITO

Hasta frente á un conventillo
Que le llaman de Pozolo,
Siguió *guasquiándose* solo
Y *corcoviando* el potrillo,

Tanto, que al fin se quedó
En pelos (3) completamente,
Y como era consiguiente
Entonces se sosegó.

Ahí-mesmito lo agarré;
Y... «¡ahora sí, lo verás, *Laucha,*

(1) Hueso.
(2) Se le hizo facilísimo.
(3) Caballo desensillado.

Si has de *pelar esta chaucha!*
Le dije, y me le senté.

Y dende allí *cachetiando*
Y meniándole *talón*,
Me fuí *á golpiar* del tirón
A la Aguada disparando.

Y como hasta hoy *en el pago* (1)
Ni el inglés me lo ha cobrao,
Que lo habrá *descogotao*
Es la cuenta que yo me hago.

Con que ansí, señó Olivera,
Supuesto que se halla *á pié*,
Disponga del *pangaré*
Como guste y cuando quiera...

MARCELO

Pero, hijito, ¿todavía
Estás meniándole *taba?* (2)
¿Y usted soltando la baba,
Aparcero? ¡Virgen mía!

OLIVERA

¡Voto-al ante, ño Marcelo!
Por su tardanza ha perdido
De oir como me ha divertido
Su Agapito, que es un cielo,
Y gaucho crudo y á *macho;* (3)

(1) El lugar.
(2) Meniando taba: conversando seguidamente hasta fastidiar.
(3) Completo.

MARCELO

Y *prosista* (1) más que todo,
Sino, repare del modo
Con que á mi *me largó el guacho*
De hacer fuego y calentar
La agua que yo le mandé.
¡Ah, diablito!... pero... ché,
Velay, acá está Pilar!...

PILAR

¡*Aparcero* ño Olivera,
Gracias á Dios que lo veo!
¿Y ña Petrona, y Mateo?...

OLIVERA

A su mandao, aparcera.

MARCELO

¡María Santísima! amigo,
Perdone si he *olvidao*
El haberle preguntao
Por su mujer... *¡pucha digo!*

OLIVERA

Recién se acaba de *apiar*,
Y ya quería venir;
Pero no puede salir
Hasta medio *pelechar.* (2)

---

(1) Prosista: hablantín.
(2) Vestirse ó equiparse.

PILAR

¡Por vida!... Y ¿cómo les ha ido
En tanto apuro ó *redota?* (1)

OLIVERA

¡Hágase cargo!... en pelota
Y en montón hemos venido:

Pues mandaron embarcar
De un modo tan *redepente*,
Que fué rejuntar la gente,
Y al momento de mandar,

Como aguacero á la costa
La *botería* (2) acudió
Y el criollaje ahí se juntó
Como manga de langosta.

De ahí empezaron á echar
Viajes al barco á menudo,
Y en el *bordo* (3) como pudo
Nos hizo desparramar...

Del *pértigo* (4) á la *culata*
De un *barcazo* roncador,
Ñato viejo y rodador
A impulsos de una fogata;

Cosquilloso á una ruedita
Que de atrás un marinero

(1) Desdicha ó infortunio en la guerra.
(2) Multitud de lanchas y botes.
(3) A bordo.
(4) Pértigo: parte delantera y sobresaliente del lecho de una carreta.

Se le prendió, á lo carnero,
Como *haciéndole colita.* (1)

Pero paisana... ¡qué cosa
De barco tan *maquinal!*
¡Y grandote el animal!
Deuna manera asombrosa.

Oiga, le relataré
La laya de barco que era,
Que no es fácil, aparcera,
Pero, en fin, me amañaré.

Era un barco... ¡tamañazo!
De madera de *mi flor*,
Y tendría de largor
Como dos tiros de *lazo.*

En la barriga tenía
Un pozo, donde se *apiaba*
La gente que traginaba
En pura carbonería.

Arriba los *comendantes*
Rodeaos de la *oficialada*,
Y mucha *marinerada*,
Con sombreros relumbrantes,

Que á unos *horcones* (2) tan altos
Que en las nubes se perdían,

---

(1) Los muchachos criollos, para hacer correr á un carnero, le hacen colita meneándole el rabo.

(2) Horcones: palos rústicos y muy altos, que enterrados sirven de puntales para construir casas de campaña.

Por unas cuerdas subían
De tropel y dando saltos.

Abajo había cuarteles
Y corrales y galpones,
Y encima grandes cañones
Con rondanas y cordeles:

Y un *cañuto* ¡temerario!
Enterrao yo no se cómo
En lo más ancho del lomo:
Y más allá un campanario:

Y luego en cada *costao*
Una rueda con aletas,
Que no he visto ni en carretas
De esa laya de *rodao*.

Viese, aparcera, al montar,
¡Qué julepe y qué jabón
Nos pegó una quemazón
Que abajo entró á reventar!...

Y ver salir *apuraos*
Como avestruces corridos...
Los hombres que á unos *chiflidos* (1)
Subían todos *tiznaos*.

Yo me empecé á *refalar*
El poncho para aliviarme,

---

(1) Silbidos.

Y estuve por *azotarme* (1)
Como *carpincho* (2) á la mar,

Pero, supe que de intento
Prendían abajo el fuego,
Y ví á un oficial que luego
Se puso á *vichar* (3) atento;

Y en cuanto por el *cañuto*
Vido salir la *humadera*,
Le aflojaron, aparcera,
Y echó á correr ese bruto.

A *dos laos*, (4) y *relinchando*,
Campo ajuera salió al mar,
Aonde empezó á *bellaquiar*,
Y ya nos juimos *echando*.

Luego no más en tendales
Quedó todito el *hembraje*,
Y atrasito entró el *machaje*
A rodar como costales.

Al momento una fatiga
Y un asco tal nos entró,
Que á todos nos revolvió
Tan *de-una-vez* la barriga...

Que con los ojos saltaos,
Haciendo *jucrza bramaban*

---

(1) Precipitarse.
(2) Cuadrúpedo anfibio y campestre.
(3) Vichar: observar.
(4) A dos laos; á toda carrera.

Los criollos, y *gomitaban*
Quedando *despatarraos;*

Y sin poder aguantar
A semejante alboroto,
Hasta el último poroto
Nos hizo desembuchar.

Ansí he *cruzao* el camino
Con todito ese trabajo,
Y he venido cuesta abajo
A entregármele al destino.

MARCELO

¿Ha visto cuan riguroso
El nuestro nos ha salido,
Que á todos nos ha sumido
En un abismo espantoso?

¿Y cuánta sangre y estrago
Aún devora nuestra tierra?
Sin terminarse esta guerra,
Porque hay hombres...

PILAR

Eche un trago,
Y *arme*, (1) aparcero: velay
Papel, tabaco y *facon*, (2)
Pues alvierto en la ocasión
Que usté ni cuchillo *trai*.

---

(1) Arme un cigarro de papel.
(2) Gran cuchillo que se hace de un pedazo de sable ó espada inservible.

OLIVERA

Cabal, paisana, ni quiero
Negarle que traido apenas
Muy poca sangre en las venas,
Y *ojales* por todo el *cuero.* (1)

MARCELO

¿Y cuándo, amigo, al remate
De esta *custion* llegaremos?
¡Por Cristo! que ya debemos
Tener juicio y...

AGAPITO

Velay, *mate.*

MARCELO

¿Será posible que siendo
Tan poquitos los paisanos,
Como fieras entre hermanos
Nos sigamos destruyendo?

Usté que tiene experencia
Profunda, y conocimiento,
Y en cada razonamiento
El poder de una sentencia,

Diga si por desventura
Nos ha *condenao* el cielo
A tener el desconsuelo
De *cair* á la sepultura....

---

(1) Heridas.

Sin que logremos jamás
Bendecir á cualesquiera
Que á nuestros hijos siquiera
Les ponga su tierra en paz....

OLIVERA

Sí, amigo; no desespere
De que esta calamidá
Pueda terminarse ya
Si la Virgen y Dios quiere,

Pues ya sabe que en la vida
No hay cosa que no termine,
Por más que el hombre imagine
De que no tiene medida.

MARCELO

Con todo eso, van ocho años
De ruina que hemos tenido;
¡Y en la guerra hemos sufrido
Tan amargos desengaños!....

De ambición en los de acá
Hasta asigurar *el mono;* (1)
Y á lo último de abandono
Y perfidia en los de allá. ..

¿No ha visto de Ingalaterra
Y de Francia lo que han hecho

---

(1) El dinero.

Con nosotros, que *hasta el pecho*
Nos han metido en la guerra?

Haciendo al principio roncha
Con tanta alianza y promesa,
Y á lo último con vileza
Juir y meterse en la concha....

Queriéndonos entregar
Después de sacrificaos
Por esos mesmos aliaos
Que nos han hecho matar...

¡Malditos sean....*ahi-juna,*
Ciertos monarcas del mundo,
A quienes odio profundo
Les juro, y piedá ninguna!

Y de corazón, quisiera
Que *cierto rey reculao*
Algún día ande arrumbao
Y con las *tripas de juera.*

Pues, si algún criollo no sale
A sacarnos de este infierno,
Será nuestro mal eterno,
¡Y cairse muerto más vale!

OLIVERA

Dejuro, tiene razón
De quejarse y renegar,

Pues á eso ha dado lugar
La ruinosa entrivención, (1)

Que la figura *más ñata* (2)
Con fantástico poder,
Es lo que ha venido á ser
En el Río de la Plata.

Ansí es, paisano Marcelo,
Que me alegro de que Rosas
A esas potencias famosas
Hoy las humille hasta el suelo.

Sin que ninguno le ladre
De esos *diablos coronaos,*
Que de miedo y *sobajeaos*
Lo están haciendo compadre.

Y le quitan el *bocleo*,
Como diciendo: «Nos vamos,
Y *velay*, que te entregamos
Por junto á Montevideo.»

Aonde nos echan bravatas
A nosotros; pero á aquel,
Al tirano Juan Manuel
Lo saludan con fragatas.

En fin, usté me *ha templao,*
Y malo es que me caliente;

(1) Intervención.

(2) Más ñata: más ridícula.

Pero....déme el aguardiente,
Y luego me oirá, *cuñao.*

MARCELO

¡Ah, viejo terne!...de balde
Lo traquea la vejez,
Se conserva cada vez
Con más letras que un alcalde.

Sí, amigo, me ha de gustar
Oirlo á usté, y oir á Callejas;
Casualmente hacen parejas
En el modo de pensar.

OLIVERA

¿Con que, mi amigo Luciano,
También anda por acá?
Me alegro; y ¿cómo le va?

MARCELO

Rigularmente paisano.

Hoy ha venido un *ganao* (1)
Que lo están desembarcando,
Y allí lo dejé *enlazando*
Por seis pesos y un *asao.*

Y ahí *mesmo* me *asiguró*
Que viene á hacer *medio día*
Conmigo; y que me *trairía*
Vino duro, ¡y qué se yo!

---

(1) Un ganao: una cantidad de animales vacunos.

De suerte que comeremos;
Y luego con mi patrona
A traer á *señá Petrona*
Al cuartel nos largaremos.

Pero....¿usté está cabeciando?
Mal dormido...ya se vé....

OLIVERA

Es verdá....

MARCELO

....Pues *echesé*
Vaya medio dormitando.

Y....andá, Pilar, por favor,
Mientras duerme ño Severo,
Ve si te *empriesta* el pulpero
Un *vaso* y el asador.

Y en cuanto llegue Luciano,
La venida de Olivera
Celebraremos, siquiera
Con un *pedo* soberano.

Ansí, aprontate, mujer,
Como para cocinar;
Que yo voy á traginar
Más leña, que es menester.

Vos, Agapito, por la olla
Andá al muelle, ya *sabés*....

AGAPITO

¿Y si me topa el inglés?

PILAR

Sumíle, hijito, la bolla.

AGAPITO

Entonces, por si lo *pillo,* (1)
Y me atropella *Balija,* (2)
Para irme más á *la fija*
Voy á llevar mi *cuchillo.*

Pues, si me atraviesa el *zaino* (3)
En que ahora anda, y con *la tranca* (4)
Me ataja, *y volea la anca,* (5)
Ahí mesmo le *desenvaino*....

MARCELO

Salí....maula... *farolero;*
Si te *ronca,* ¿qué has de hacer?

AGAPITO

Nadita....aunque....¡puede ser
Que le haga *sonar el cuero!*

---

(1) Por si lo pillo: por si lo encuentro.

(2) Apodo y sobrenombre con que conocían muchos paisanos á cierto individuo.

(3) Otro color de caballo.

(4) La tranca: la borrachera.

(5) Volcar la anca: alzar precipitadamente la pierna derecha, para desmontar del caballo,

REMITIDOS AL CONSERVADOR, PERIÓDICO QUE SE PUBLICÓ EN MONTEVIDEO EN TIEMPO DEL SITIO GRANDE.

Como *apareao* (1) al invierno,
Ha *caido* por esta tierra (2)
Un *loro* de Ingalaterra,
¡Mozo lindo para yerno!

Hombre *loro* tratador,
Que en el Río de la Plata
Trató con *loro* Batata,
Y el *loro* *Restaurador*.

Y como tengo mis dudas
De cómo se llama el hombre,
Pues no estoy cierto si el nombre
Es don *Juden* ó don Judas... (3)

El que comió mazamorra
Allá en los Santos Lugares,
Y tantió los costillares
De Manuela la cotorra....

Bailando la refalosa
Y el cielito federal,
Porque es *loro* liberal,
Y no *loro* cualquier...cosa;

---

(1) Apareao: junto, á la par.
(2) Montevideo.
(3) Lord Howden.

Aunque al gaucho Juan Manuel
Fieramente le aflojó,
Y al decirle el gaucho: ¡No!
Le respondió el *loro: ¡Well!*

Pues á ese *loro,* patrón,
Que acá trata de voliarnos
Y á la *mashorca* entregarnos,
Porque él le tiene afición:

Yo que soy de la bandada
De los *loros cimarrones,*
Le diré cuatro razones
En una carta *ensilgada*....

Si usté, patrón imprentario
A quien ésta le dirijo,
Me asigura el nombre fijo
De *loro* cipotenciario....

LA DESPEDIDA AL COMELORO DON HERBETE

Al fin *largando manija,*
Sin esperar que oscurezca,
Se va el viejo CARNE FRESCA
Y el chasquero don Balija.
Ojalá á tal sabandija
Luego la avente un arriero
Rempujador del *pampero,*
Y en lo más *hondo* del *charco,*

A los DOS SOLOS, el barco
Se les ponga de sombrero.

Cosa que de la *sumida*,
Como *zamaragullones*,
A salir á Patagones
Vayan de una *zambullida;*
Y que al hacer su salida
Por la costa, entre dos luces,
Los vean los guaicuruces
A pie y con la panza hinchada,
Y me los corra la indiada
Creyéndolos avestruces,

Y los lleve pisotiando
Por el monte y por la sierra,
Desde allí hasta *Ingalaterra*,
Donde lleguen tropezando;
Y así que vayan llegando
A sus pagos, la inglesada,
Caliente y alborotada,
Y en la punta PALMETÓN,
Se les vengan en montón
Y les larguen la perrada.

Después de este zamarreo,
Que no pasará de chanza,
Pueden con toda confianza
Volver á Montevideo,
Donde yo espero y deseo

Que vuelvan otra ocasión
Don Balija y su patrón,
Y los aguardo, al primero
Con un *reyuno aguatero*,
Y al otro...un *zaino rabón*.

CARTA FRESCA Y NOTICIOSA DEL EJERCITO DEL NORTE

Campamento de Cepeda, Setiembre 28 de 1859.

Señora doña Sinforosa Pretao:

Celebraré, amada esposa,
Que ésta te halle *ricotona,*
Y sin estar barrigona,
Que estés siempre buena moza;
Yo acá estoy como la rosa,
Gracias á la Providencia,
Aunque sintiendo la ausiencia
De tu amor, que es mi regalo,
Ando de amores *al palo,* (1)
Y, ¿qué hemos de hacer? Pacencia.

Con esta carta van dos
Que te escribo esta semana,
Pues tarde, noche y mañana,
A toda hora pienso en vos,

(1) Al palo: sin goce de ninguna clase.

Que este invierno sabe Dios
Los frios que habrás pasao,
A no haberte calentao,
Como cuasi lo supongo,
De dia con tu *morrongo,* (1)
De noche con tu pelao. (2)

Has hecho bien, Sinforosa.
Como yo, haciendo un esfuerzo,
Para concertarte en verso
Esta carta cariñosa;
Aunque lo pior de la cosa
Es que he de verme apurao
Para hacer tal *concertao,*
Apesar de que haré empeño;
Pero es el diablo que el sueño
Me tiene muy atrasao.

Y no pensés que el servicio
Me esté haciendo cabeciar,
No es eso. Es el orejiar...
Que siempre será mi vicio:
Así anoche, con Mauricio
Tu primo, en una *jugada*
Me pasé de trasnochada,
Porque me sentí *acertao;*
Aunque habia trasnochao
En la anterior de avanzada.

(1) Tu morrongo: tu gato.
(2) Tu pelao: tu perrito pelado.

Pues, con todo, entre bostezos
Y sin mas luz que la luna,
Sin errar carta ninguna,
Les *pelé* nueve mil pesos
A unos mercachifles de esos
Que vienen de la ciudá
A *pelarnos* por acá,
Vendiéndonos el tabaco
A *diez pesitos* el *náco*
Y aventao...¡Barbaridá!

Y aquí que corre moneda,
Como en la vida se ha visto,
Por diez *papeles*, ¡qué Cristo!
Sin pitar naides se queda,
Pues no hay soldao que no pueda
Hoy de nuestro campamento
gastar veinte, ó gastar ciento,
Divertirse y *voraciar*,
Y por supuesto pagar
Sin *hacer asco* al momento.

Unicamente he notao
En nuestra gente un disgusto
Presumiendo que á don Justo
El *rosín* se le ha empacao;
O que se le ha empantanao,
De juro, errando la senda,
Por la cual á media rienda,
A venir se disponía

De un tirón; y que venía
A trair la *guerra tremenda.*

¡Ojalá llegue mañana!
De veras que lo deseamos;
Y verá si le atracamos
Chuza, balas y *tacana.*
Pues aquí crece la gana
De peliar, cada vez más;
Así, á quien te hable de paz,
Mientras que gobierne Urquiza,
Hasta sacarle la friza...
Largátele por atrás.

Por mí no tengas cuidao,
Ni por naides finalmente,
Porque, mi alma, entre esta gente
Ni con luz se halla un *morao;* (1)
Solo hay criollaje alentao,
Rumboso y bien mantenido,
Como igualmente lucido
A respeuto de armamento,
Pues tenemos, y no miento,
El siguiente contenido:

—Fusiles á *Lominié,*
Garabinas fulminantes,
Artillerías volantes
Y de cuhete Lacongré,

(1) Un morao: un hombre cobarde.

Chocho largo y fiero que
Encienden entre un cañuto
Veinte ó treinta por minuto,
Y como ascuas culebriando
¡Barajo! salen matando
Gente y pingos á lo bruto.

En fin, ya el sueño me quiebra,
Voy por eso á rematar
Esta carta, y destapar
Luego un porron de giniebra,
Al que, á tu salú, *de una hebra* (1)
Le sacaré hasta *el añil;*
Y como siento al candil
Flaquiar y hacerme *chus-chus,*
Contento aparto á la luz
Seis *loros nuevos de á* MIL... (2)

Los cuales te entregará
Don Rosendo, el pagador,
Mozo lindo y servidor,
Con la mejor voluntá.
El, pues, te los llevará
Sigún me lo ha prometido;
Así, chinita, te pido
Que al hombre lo agasajés,
Pero, no te descuidés,
Mirá que es medio cupido.

---

(1) De una hebra: me lo bebo de un trago seguido.

(2) Seis loros de á mil: seis billetes verdes de á mil pesos cada uno, pues ese es el color de dichos billetes del Banco.

Luego, soltale las riendas
A tu gusto en el gastar,
Sin dejarte trajinar
Por los mozos de las tiendas.
Comprá, eso sí, lindas prendas,
Como es y será tu flujo;
Largale el valor al lujo,
Y lucí tu aire de taco
Zarandeando el miriñaco,
O, más bien dicho...el *tapujo.*

Con que así, prenda adorada,
Adiosito, que ya *espicha*
El candil, cuando por dicha
Mi carta está terminada.
Mañana á la madrugada,
Si Dios quiere, Sinforosa,
Te escribiré cierta cosa
Fatal que me ha sucedido...
Al firmarme—tu marido—

Anacleto Reventosa.

PARTE DEL GENERAL DON PASCUAL ECHAGÜE

AL RESTAURADOR DE LAS LEYES, DÁNDOLE CUENTA DE LA DERROTA Y DISPARADA DE «CAAGUAZÚ», EN DONDE FUÉ COMPLETAMENTE BATIDO Y HECHO PRISIONERO EL PODEROSO EJÉRCITO ROSISTA Á LAS ÓRDENES DEL RESTAURADOR DEL SOSIEGO PÚBLICO.

Al Exmo. Señor Brigadier General don Juan Manuel de Rosas—Ilustre Restaurador de las Leyes—Héroe del Desierto—Defensor del Continente Americano—Miembro de la Sociedad Numismática de las cinco partes del mundo—Conde de Poblaciones—General en Jefe de los ejércitos federales, y Gobernador y Capitán General de la Confederación Argentina con Mashorca y todo, etc., etc., etc.

Paso del Infiernillo á 1 de Diciembre de 1841.

Juan Manuel: no extrañarás
Que hasta ahora te haiga escrebido,
Porque á *corral* me ha tenido
Cerca de tres meses *Paz*.
¡Ah, diablo! pero sabrás
Que me escapé á lo *ñandú*, (1
El día que en Caaguazú
Me echó la *correntinada*
Con la marca recaldeada
A quemarme el caracú.

(1) Ñandú: avestruz.

A sujetar á *Alegrete* (1)
Vine á dar con el *jabón*,
Y pensaba del tirón
Juir hasta *Portugalete*.
Pero ya el número siete
Lo creo en siguridá,
Y en esta conformidá
Te escribo la relación,
Del cómo perdí la *aición*
Por una fatalidá.

El 26 del pasado,
Frente á *Capitaminí*, (2)
Caliente me resolví
A *guasquiarme* al otro lado:
Pero el río estaba *á nado*,
Y el diablo que atravesara;
Así, tomé una *tacuara* (3)
Esa noche, y redepente
Se *azotó Paz* con su gente,
Que son como *capiguara*. (4)

Y allá al rayar el lucero,
Estando yo en el fogón,
Al tragar un *chicharrón*
Recién sentí el *avispero*.
Salté á caballo ligero,

(1) Alegrete y Portugalete son pueblos del interior del Brasil.
(2) Capitaminí: nombre de un río en la provincia de Corrientes.
(3) Una tacuara: una borrachera, una tranca.
(4) Capiguara: cuadrúpedo anfibio.

Y ya mandé á tirotiarlos;
Y conseguí el sujetarlos;
Y así hasta de noche oscuro
Les hice arrimar *del duro,*
Con intención de *tantiarlos.*

La noche del veintisiete
Toda los hice pelear,
Y luego empecé á tratar
De asigurar el rosquete.
Le hice una pregunta al *flete,* (1)
Y al sentirlo tan liviano,
Dije entre mí, muy ufano:
«No hay miedo que aquí se ofrezca:
¡Ya verán cuanto amanezca
Lo que es un amor tirano!»

Así fué que al aclarar
Del veintiocho, me trepé
A una carreta, y logré
Desde la tolda *vichar.*
Después entré á meditar.
Cómo saldría de allí,
Cuando, en esto, colegí
Que *Paz* se me iba atracando
Muy suavemente, y largando
Avispas del *camuatí.* (2)

---

(1) **Flete:** nombre que le dan los paisanos á un buen caballo.
(2) **Camuatí:** panal ó nido de las avispas.

Al punto á mis escuadrones
De punta á punta aclamé,
Y después que les mandé
Que pelaran los *latones,* (1)
Yo me saqué los calzones
Y me puse medio atrás,
Pues como soy tan voraz
No quise *compromisarme* . . .
Y crei mejor apartarme
Por no calentarme más.

Nuñez se vino adelante
Y me comenzó á *toriar;*
Y cuando empieza á chanciar,
¡El demonio que lo aguante!
Yo me enojé, y al istante
Mandé que doce cañones
Y veinticinco escuadrones
Salieran á escarmentarlo;
Que á ese *tape* el sujetarlo
No es cosa *de dos tirones.*

Así al amigo Servando (2)
Le dije: «vaya adelante,
Y atropelle, que al istante
Van á salir *apagando*». (3)
Dió vuelta Nuñez chanciando,
Porque ahí no más se *empaco;*

---

(1) Latones: los sables.

(2) El general don Servando Gomez.

(3) Apagando: huyendo.

Gomez de eso se asustó,
Y ya me lo atropellaron.
¡Cristo! lo que le *aflojaron;* (1)
¡Y que aguantaban! ¡pues no!

Disparando en pelotones
Cayeron á una *cañada,*
Donde estaba de emboscada
Lopez con sus batallones, (2)
Que salieron como leones
Del pajonal *¡á la carga!*
Y en la primera descarga
El *tendal* allí quedó,
Y Gomez nunca se vió
En situación más amarga.

Mi izquierda y centro que vieron
Disparar á mis dragones,
Y que otros dos batallones
De los bañados salieron,..
«¡Para los pavos»! dijeron,
Tratando de disparar;
Pero no les dió lugar

---

(1) Aflojar: esto es, la brida para que corra el caballo á todo escape.

(2) El señor coronel don Felipe Lopez que se halla hoy en Buenos Aires, en la batalla de Caaguazú mandaba el batallón de cazadores de la libertad, del cual eran ayudantes los señores Bustillos y Tejerina, coroneles posteriormente.

El día de aquella batalla, entre los tres señores que he citado ocurrió una escena muy singular. Estaban los tres á caballo dando el flanco derecho al enemigo, y como era regular, el señor Lopez, siendo jefe, estaba en línea en el centro de los dos señores ayudantes, cuando una bala de cañón enemiga vino y picó debajo de la barriga del caballo del señor Tejerina, y pasando por debajo de la del otro caballo del señor Lopez, últimamente le atravesó el cuerpo y lo destripó al caballo del señor Bustillos, y á este no le hizo más daño la bala que el de llevarle la tela de la pierna izquierda del calzoncillo. (Nota del autor).

Ramirez (1) el salvajón,
Que á *bala, chuza y latón*
Nos hizo *pericantar.*

Entonces yo *rebenquié*
Juyendo á los *malezales,*
Y entre unos *tacurusales* (2)
Cuasi me descogoté.
Hasta las botas largué,
Chaqueta, poncho y *justillo,* (3)
Y de ahí *le metí cuchillo*
A la cincha, porque al fin
Se me aplasta allí el *rocín,*
Si no salgo en calzoncillos.

¡Pu... cha la correntinada,
Que se ha explicao esta vez,
Cuando á lo gato montés
Me sacó de disparada!
¡Maldita sea la espada
Y el cargo de general!
Pues temo ¡á fe de Pascual!
Que el día menos pensao
Me han de dejar estirao
En algún *calcagüesal.* (4)

---

(1) El general Ramirez, después de haber pertenecido á la buena causa desertó de ella pasándose á los Rosistas.—En la primera edición se cometió un error al hablar de este general, confundiéndolo con el general Lopez (alias el Chico).

(2) Tacurusales: terrenos de tierra fofa de la que escarban ciertos animalitos en los campos de Corrientes.

(3) Justillo: nombre que le dan los paisanos al chaleco.

(4) Calcagüesal: sitio lleno de terrones duros, formados del barro que traquean los animales en el campo.

¡Si vieras el aguacero
De *bolas* que hemos sufrido!
La fortuna mía ha sido
Que yo *puntiaba* el primero.
Pues si no ando tan ligero
Me prienden las *tres-marías,* (1)
Y á esta fecha lo tenías
Al Restaurador Badana,
Boleao y con la *picana*
Al sol, para muchos días.

Al amigo Algañarás, (2)
El más *terne* que yo *traiba,*
Se le atravesó un tal *Paiba* (3)
Y se las *prendió* de atrás.
Boliaron á otros mil más,
Que mataron á lo perro;
Y hasta le sonó el cencerro
A mi pobre cirujano
Que como andaba *orejano* (4)
También le atracaron *yerro.*

Galán y su infantería,
Sin escaparse un soldao,
A discreción se ha entregao
Junto con la artillería.
Luego en la musiquería

---

(1) Las tres bolas de que se forman las boleadoras.

(2) Algañarás: coronel de Echagüe.

(3) Paiba: capitán del ejército del general Paz.

(4) Orejano: animal sin marca.

Que nos dieron hasta el fin,
Por supuesto, hubo *violín*,
Y también hubo *violón*,
Contrabajo, serpentón,
Fagote, trompa y clarín.

Prisioneros, ¡Virgen mía!
Raro será el que ha escapao,
Pues *todo bicho* ha quedao
En el pantano ese día.
Pueden tener fantasía
Del triunfo los correntinos,
Que se han hecho tan ladinos
Para eso de *menear hacha*, (1)
Que le limpian la caracha
Al diablo de esos destinos.

La caballada todita
La dejé á *Paz* á invernar,
Porque él los ha de cuidar
Para hacerte una visita.
¡Ya verás la gentecita
Que te larga el *cordobés!*
Conmigo ya no contés,
Porque si vuelve á la cancha,
Pascual *Cristóbal Cagancha*, (2)
La embarra bien lo sabés.

---

(1) Menear hacha: sablear.

(2) Cristóbal Cagancha: alude á los campos de don Cristóbal y de Cagancha, donde fué derrotado Echagüe por los generales Lavalle y Rivera.

En fin, yo para otra empresa
Me siento muy incapaz;
Puede que te sirva más
Oribe, *el Corta Cabeza;*
Pero, si se le atraviesa
Lopez el de Santa-Fe,
Tendrá que hacer hincapié,
O que dejar de *mojón*
El mate (1) en algún *horcón,*
Ahí no más por Melincué. (2)

Con que, será hasta la vista;
Pronto iré á darte un abrazo,
Si Dios quiere, y por si acaso,
Tené la *jeringa* lista.
Me alegraré que te asista
Conformidá, compañero.
Ya ves que no es el primero
Badana en darte disgustos,
Aunque puedan estos sustos
Apretarte el *tragadero.*

Pascual Cristóbal de Badana y Cagancha.

(1) El mate: también así le llaman los paisanos á la cabeza.
(2) Melincué: lugar de la campaña de Santa Fe.

SANTOS VEGA EL PAYADOR

LA TAPERA (1)—SANTOS VEGA EL PAYADOR (2)—RUFO EL CURANDERO—EL SOLAZO—EL MIRAJE—EL RABICANO

Cuando era al sur cosa extraña,
Por ahí junto á la laguna
Que llaman de la *Espadaña,*
Poder encontrar alguna
Pulpería de campaña,

Como caso sucedido,
Y muy cierto *de una vez,* (3)
Cuenta un flaire (4) cordobés
En un proceso *imprimido,*
Que, el día de San Andrés,

Casualmente se toparon
Al llegar á una *tapera,*
Dos paisanos que *se apiaron* (5)
Juntos, y desensillarron
A la sombra de una higuera;

Porque un sol abrasador
A esa hora se desplomaba,

(1) Tapera: ruina de una casa de campo.
(2) Payador: poeta improvisador campestre en la República Argentina.
(3) De una vez: del todo, completamente.
(4) Flaire: fraile.
(5) Se apiaron: se apearon, desmontaron.

Tal que la *hacienda* bramaba, (1)
Y juyendo del calor,
Entre un *fachinal* estaba. (2)

Ansí, la *Pampa* (3) y el monte,
A la hora del medio día,
Un *disierto* parecía,
Pues de uno al otro horizonte
Ni un pajarito se vía;

Pues tan quemante era el viento
Que del naciente soplaba,
Que al pasto verde tostaba;
Y en aquel mesmo momento
La higuera se deshojaba.

Y una ilusión singular
De los vapores nacía,
Pues, talmente parecía
La inmensa llanura un mar
Que haciendo olas se mecía.

Y en aquella inundación
Ilusoria, se miraban
Los árboles que boyaban,
Allá medio en confusión,
Con las lomas que asomaban.

---

(1) La hacienda: el conjunto del ganado vacuno,

(2) Fachinal: pajonal alto.

(3) Pampa. Aunque toda la campaña de la Provincia de Buenos Aires es una extensísima llanura, propiamente hablando, no es la pampa lo que el gaucho llama la pampa: es el territorio desierto que queda más allá de las fronteras guarnecidas donde no hay propiedad y donde las tribus indígeñas vagan y viven según su estado salvaje.

Allí, pues, los dos paisanos
Por primera vez se vieron;
Y ansí que se conocieron,
Después de darse las manos,
Uno al otro se ofrecieron.

El más viejo se llamaba
Santos Vega, el *payador,*
Gaucho (1) el más *concertador,*
Que en ese tiempo privaba
De *escribido* y de *letor,* (2)

El cual iba *pelo á pelo* (3)
En un potrillo *bragao,*
Flete (4) lindo como un *dao,* (5)
Que apenas pisaba el suelo
De livianito y *delgao.*

El otro era un Santiagueño
Llamado Rufo Tolosa,
Casado con una moza
De las caidas del *Taqueño,* (6)
Muy cantora y muy donosa.

---

(1) Gaucho. El gaucho es el habitante de los campos argentinos: es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los ejercicios del pastoreo. Por lo regular es pobre, pero libre é independiente á causa de su misma pobreza y de sus pocas necesidades; es hospitalario en su rancho, lleno de sutil inteligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse á los extraños, de un tinte muy poético y supersticioso en sus creencias y lenguaje, y extraordinamente diestro para viajar solo por los inmensos desiertos del país, procurándose alimentos, caballos, y demás con solo su *lazo* y las *bolas*.

(2) Letor: hombre lector y letrado.

(3) Pelo á pelo: andar en un solo caballo, ya sea en viaje, ó de paseo.

4 Flete: caballo ligero é infatigable para galopar.

(5) Dao: dado de jugar, de hierro, marfil ó metal.

(6) Taqueño: nombre de un arroyo.

Rufo ese día montaba
Un redomón (1) *entrerriano,*
Muy *coludo* el rabicano, (2)
Y del cabestro llevaba
Otro rosillo *orejano.* (3)

Ello es que allí se juntaron
De pura casualidá;
Pero, muy de voluntá
Lo que medio se trataron,
Hicieron una amistá,

Conviniendo en que se *apiaban*
Por la calor *apuraos,*
Y en que *traiban* (4) *fatigaos*
Los *pingos,* (5) como que estaban
Enteramente *sudaos.*

Ansí es que desensillaron,
Y, á fin que no se *asoliasen*
Los *fletes* y se pasmasen,
A la sombra los ataron
Para que se refrescasen.

Luego, al *rasparle* el sudor, (6)
Santos Vega á su bragao,
Reparó que á su costao

(1) Redomón: caballo recién amansado.
(2) Rabicano: caballo que tiene cerdas blancas á la raíz de la cola.
(3) Orejano: caballo sin marca ni seña artificial.
(4) Traiban: traian
(5) Pingo: caballo de linda forma y presencia.
(6) Raspar: limpiar el sudor del lomo y costillares.

Estaba en su *maniador* (1)
El *rabicano* enredao.

Y al *dir* á desenredarlo,
Cuando la *marca* (2) le vió,
Tan feo se sorprendió,
Que sin poder ocultarlo
Ahí mesmo se santiguó.

Tolosa luego también
Se asustó de Vega al verlo
Triste, y por entretenerlo,
Haciéndose como quien
Suponia conocerlo:

—¿No es usté el amigo Ortega?
Tolosa le preguntó;
Y el viejo, ansí que le oyó:
—No, amigo; soy Santos Vega,
Su servidor, respondió.

A esta oferta, el santiagueño
Se quitó el sombrero atento,
Y con todo acatamiento
Se le ofreció con empeño
A servirlo al pensamiento.

Tal merese un *payador*
Mentao (3) como Santos Vega,

---

(1) **Maniador**: tira de cuero crudo y larga hasta de 15 varas, que se soba hasta ablandarla, y sirve para atar los caballos al pasto.

(2) **Marca**: cierto signo ó letra con que los hacendados marcan sus ganados, quemándoles un jamón con un hierro á propósito.

(3) **Mentao**: renombrado, famoso.

Que, á cualquier *pago* (1) que llega,
El *parejero* (2) mejor
Gaucho ninguno le niega.

De ahí Rufo picó tabaco
Y dos cigarros armó,
Que en apuros se encontró
Para armarlos, porque el *naco* (3)
Medio apenas le alcanzó.

Largole á Vega el primero,
Y á los avíos (4) lueguito
Echando mano, ahi mesmito
Sacó fuego en el yesquero
Con un solo golpecito.

El viejo inmediatamente
Que su cigarro encendió,
A Tolosa le largó
Un chifle (5) con aguardiente,
Y Rufo se le afirmó.

Luego, los dos á pitar
Frente á frente se sentaron:
Y, lo que se acomodaron
Al ponerse á platicar,
De lo siguiente trataron.

(1) Pago: distrito, lugar, pueblecillo.
(2) Parejero: caballo de correr carreras.
(3) Naco: último resto de una cuerda de tabaco negro del Brasil.
(4) Avíos: útiles para sacar fuego en el yesquero.
(5) Chifle: botella hecha de un cuerno de buey.

LA MADRUGADA.—LA RAMADA.—EL SOL NACIENTE.—LOS GAUCHOS RECOGEDORES.—EL RODEO.—EL VENTEVEO.—EL CHIMANGO.

Como no era dormilona,
Antes del alba siguiente,
Bien peinada y diligente
Se hallaba Juana Petrona,
Cuando ya lucidamente

Venía *clariando* al cielo
La luz de la madrugada,
Y las gallinas al vuelo
Se dejaban *cair* al suelo
De encima de la *ramada.*

Al tiempo que la naciente
Rosada aurora del día,
Ansí que su luz subía,
La noche oscura al poniente
Tenebrosa descendía.

Y como antorcha lejana
De brillante reverbero,
Alumbrando al campo entero,
Nacía con la mañana
Brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte
Por San Borombón cruzaba

Sahumado, porque llagaba
De Buenos Aires, la corte
Que entre dormida dejaba.

Ya también las golondrinas,
Los cardenales y *horneros*,
Calandrias y *carpinteros*,
Cotorras y becasinas
Y mil loros *barranqueros*,

Los más alborotadores
De aquella inmensa bandada,
En la Espadaña rociada
Festejaban los albores
De la nueva madrugada.

Y cantando sin cesar
Todo el *pago* alborotaban,
Mientras los gansos nadaban
Con su grupo singular
De gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
Toda la *pampa* brotaba,
Al tiempo que coronaba
Los montes á la distancia
Un resplandor que encantaba.

Luz brillante que allí asoma,
El sol antes de nacer;
Y entonces da gozo el ver

Los gauchos sobre la loma
Al campiar y recoger; (1)

Y se vían alegrones
Por varios rumbos cantando,
Y sus caballos saltando
Fogosos los albardones,
Al galope y *escarciando*.

Y entre los recogedores
También sus perros se vían,
Que retozando corrían
Festivos y ladradores,
Que á las vacas aturdían.

Y embelesaba el *ganao* (2)
Lerdiando (3) para el *rodeo;*
Como era un lindo recreo
Ver sobre un toro *plantao*
Dir cantando un venteveo, (4)

En cuyo canto la fiera
Parece que se gozara,
Porque las orejas para
Mansita, cual si quisiera
Que el ave no se asustara.

---

(1) Campiar y recoger: todas las mañanas en la estancia, salen los peones á recoger el ganado vacuno y traerlo á un punto que se llama playa del rodeo.

(2) Ganao: ganado, el conjunto de la hacienda vacuna.

(3) Lerdiando: al paso, marchando lentamente.

(4) Venteveo: pájaro que acostumbra posarse sobre el lomo de los toros, aunque marchen.

Ansí, á la orilla del fango
Del bañado, la mas blanca
Y cosquillosa potranca (1)
Ni mosquea si un chimango (2)
Se le deja *cair* en la anca.

Solos, pues, sin *albeldrío*,
Estaban los *ovejeros*,
Cuidando de los *chiqueros*,
Mientras se alzaba el rocío
Para largar los corderos. (3)

Después, en San Borombón
Todo á esa hora embelesaba,
Hasta el aire que zumbaba,
Al salir del cañadón
La bandada que volaba;

Y la sombra que de aquella
Sobre el pastizal refleja,
Tan rápida que asemeja
Un relámpago ó centella,
Y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban
Entre las yeguas *mezclaos*;
Y allá lejos *enzelaos* (4)

---

(1) Potranca: yegua joven.

(2) Chimango: ave de rapiña que abunda en el campo de Buenos Aires.

(3) Largar los corderos: no se sueltan hasta que no se evapora el rocío, porque les hace daño comer el pasto mojado.

(4) Enzelaos: celosos.

Los *baguales* (1) contestaban
Todos *desasosegaos.*

Ansí los ñacurutuces (2)
Con cara fiera miraban
Que esponjados, *gambetiaban*,
Juyendo los avestruces
Que los perros acosaban,

Al concluir la recogida,
Cuando entran á corretiarlos;
Y que al tiempo de alcanzarlos
Aquellos, de una tendida
Se divierten en *cociarlos.* (3)

Y de ahí, los perros, trotiando
Con tanta lengua estirada,
Se vienen á la *carniada,* (4)
Y allí se tienden, *jadiando*,
Con la cabeza *ladiada,*

Para que las *criaturas*
Que andan por allí al *redor*,
O algún mozo *carniador,*
Les larguen unas *achuras*, (5)
Que es bocado de mi flor.

---

(1) **Baguales: los potros salvajes que nunca han sido apresados por el hombre.**

(2) **Ñacurutuces: aves de la familia de las lechuzas, pero más chicas y que viven en cuevas en el campo de Buenos Aires.**

(3) **Cociarlos: los avestruces se tiran coces como los burros y caballos, y á veces un avestruz con darle una coz le quiebra una pata al caballo.**

(4) **Carniada: el acto de matar una res en el campo y descuartizarla.**

(5) **Achuras: los carneadores le llaman así á los intestinos de la res, como son el hígado, los riñones, las tripas, la panza, y hasta la lengua y los sesos.**

Tal fué por San Borombón
La madrugada del día
En que el *payador* debía
Hacer la continuación
Del cuento aquel que sabía.

LA INDIADA—EL MALÓN—EL ADIVINO—LOS PICHIGOTONES—LAS REPARTICIONES—LAS CAUTIVAS

Siempre al ponerse en camino
A dar un *malón* (1) la indiada
Se junta á la madrugada
Al *redor* de su adivino; (2)
Quien el más feliz destino
A todos les *asigura,*
Y los anima y apura
A que marchen persuadidos
De que no serán vencidos
Y harán la *buena ventura.*

Pero al invadir la indiada,
Se siente, porque *á la fija* (3)
Del campo la sabandija
Juye adelante asustada,

(1) Malón: ataque brusco de los indios,

(2) Adivino: los indios traen en efecto entre ellos un individuo á quien reputan adivino, y le oyen sumisamente lo que les anuncia todas las madrugadas cuando hacen alguna expedición.

(3) A la fija; infaliblemente, sin falta.

Y envueltos en la *manguiada* (1)
Vienen perros *cimarrones,* (2)
Zorros, avestruces, liones,
Gamas, liebres y venaos,
Y cruzan *atribulaos*
Por entre las poblaciones.

Entonces los *ovejeros*
Coliando (3) bravos *torean,* (4)
Y también revoletean
Gritando los teruteros; (5)
Pero, eso sí, los primeros
Que anuncian la *novedá*,
Con toda siguridá,
Cuando los indios avanzan,
Son los *chajases* que lanzan
Volando: ¡chajá! ¡chajá!

Y atras de esas madrigueras
Que los salvajes espantan,
Campo ajuera se levantan
Como nubes, *polvaderas*
Preñadas todas enteras
De *Pampas* (6) desmelenaos,
Que al trote largo apuraos,
Sobre sus potros tendidos,

---

(1) **Manguiada: la arreada para acorralar y cazar bestias.**
(2) **Cimarrones: silvestres.**
(3) **Coliando: meneando la cola.**
(4) **Torean: ladran bravíos.**
(5) **Teruteros: aves del campo muy gritonas y noveleras por cuanto ven y oyen.**
(6) **Pampas: indios de las pampas.**

Cargan pegando alaridos,
Y en media luna formaos.

Desnudos de cuerpo entero
Traen solo encima del lomo
Prendidos, ó no sé cómo,
Sus guillapices (1) de cuero,
Y unas tiras de plumero
Por las canillas y brazos.
De ahí grandes cascabelazos
Del caballo en la testera;
Y se pintan de manera
Que horrorizan de *fierazos.* (2)

Y como ecos del infierno
Suenan roncas y confusas,
Entre un enjambre de chuzas,
Rudas trompetas de cuerno;
Y luego atrás en lo externo
Del arco que hace la indiada,
Viene la *mancarronada* (3)
Cargando la *toldería,*
Y también la chinería (4)
Hasta de á tres *enancada.* (5)

Ansí es que cuando pelean
Con los cristianos, que acaso

---

(1) Guillapices: mantas de cuero de huanaco.
(2) Fierazos: feísimos.
(3) Mancarronada: caballos viejos, estropeados.
(4) Chinería: la chusma de mujeres.
(5) Enancada: tres en un solo caballo.

En el primer cañonazo
Tres ó cuatro indios voltean,
En cuanto remolinean
Juyen como exhalaciones;
Y, al ruido de los latones, (1)
Las chinas al disparar
Empiezan luego á tirar
Al suelo *pichigotones*. (2)

Pero, cuando vencedores
Salen ellos de la empresa,
Los pueblos hechos pavesa
Dejan entre otros horrores;
Y no entienden de clamores,
Porque ciegos atropellan,
Y así forzan (3) y degüellan
Niños, ancianos y mozos;
Pues como tigres rabiosos
En *ferocidá* descuellan.

De ahí borrachos, en contiendas
Entran los más mocetones,
Para las reparticiones
De las cautivas y prendas.
Y por fin con las *haciendas*
De todo el *pago* se arrean;
Y, cuando rasas humean
Las casas de los cristianos,

(1) **Latones**: sables que tienen la vaina de hierro.
(2) **Pichigotones**: indiecitos de pecho ó niños mayorcitos.
(3) **Forzan**: violan, estupran.

Los indios pampas ufanos
Para el *desierto trotean*....

Sin dejar vieja con vida;
Pero de las *cotorronas,* (1)
Mocitas y muchachonas
Hacen completa barrida.
Y luego á la repartida
Ningún cacique atropella;
Y á la más linda doncella
Aparta y la sirve en todo,
Hasta que luego, á su modo,
También se casa con ella.

Y, desdichada mujer
La que después de casada
Comete alguna *falsiada* (2)
Que el indio llegue á saber;
Porque con ella ha de hacer
Herejías, de manera
Que á la hembra mejor le fuera
Caer en las garras de un moro,
Ó entre las *aspas* de un toro,
Que con un indio cualquiera.

En fin, á la retirada
Nunca salen reunidos,
Sino en trozos extendidos
Por la campaña asolada;

(1) Cotorronas: mujeres que tienen de treinta á cuarenta años.
(2) Falsiada: infidelidad conyugal.

Y, en toda la atravesada,
Mamaos (1) atrás van llorando
Los que *cautiva faltando,*
Es decir, los que no tienen
Mujer, desgracia que vienen
Con la *tranca* (2) lamentando.

Y hay cautiva que ha vivido
Quince años entre la indiada,
De donde al fin escapada
Con un hijo se ha venido,
El cual, después de crecido,
De que era indio se acordó
Y á los suyos se *largó,*
Y vino otra vez con ellos,
Y en uno de esos degüellos
A su madre libertó.

Como ha habido desgraciada
Que, escapada del disierto,
Sus propios hijos la han muerto
Después en una avanzada,
Por hallarla *avejentada,* (3)
Ó haberla desconocido;
Y otros casos han habido
que luego referiré;
Y antes de eso *pitaré*
Porque estoy medio rendido.

(1) Mamao, mamado: embriagado, borracho.
(2) Tranca: borrachera.
(3) Avejentada: envejecida.

LA YERRA.—SANTOS VEGA EN EL CONVENTO.—EL FRAILE SALOMÓN.—LOS CURIOSOS.—EL APERO.—EL ECLIPSE.

Pues, sí, señor; el trabajo
De campo, en que sobresalen
En agilidá y destreza
Los gauchos de estos parajes,
Es la yerra, en donde suelen
Hacer cosas almirables,
Luciendo allí con primor
Su saber el paisanaje

¡Eh, pucha! si es un encanto
Ver los diferentes lances
De prontitú, de fijeza,
De fuerzas y de coraje
Con que un mozo pialador
Suele en la playa floriarse;
Y el tino y la inteligencia
Con que saben, al istante,
Unos á otros, muchas veces,
En un peligro auxiliarse.

¡Que vengan facultativos
En *cencias,* de todas clases,
Los más profundos! ¡Que vengan
De Uropa y otras ciudades
Esos *leidos* y *escrebidos;*
Y en ancas nuestros *manates*

Puebleros!... (no digo todos,
Pues todos no son iguales)
Hablo tan solo de aquellos,
Tan fantásticos, que no hacen
Caso de un pobre paisano;
Sin duda porque no sabe
Como ellos, cuándo la luna
De un vuelco debe empacarse
Frente al sol, y hacer un *clise:*
Es decir, que nos ataje
La luz del sol y en tinieblas
Ponga el campo á media tarde.

Y eso ¿qué tiene de raro?
Cualquier triste gaucho sabe
Que esa oscuridá resulta
De una sombra semejante
A la que (pongo por caso)
Dentro de un rancho se le hace,
Cuando es preciso, á un enfermo,
Solo con atravesarle
Un cuerno ó cualquier corona
Por entre el candil y el catre.

Pues bien; los sabios que explican
La causa de casos tales,
Y que por esa razón
Piensan que todo lo saben,
Ya que son tan entendidos,
Que vengan á estos parajes
Y todas nuestras costumbres

Las miren bien y las palpen,
Y luego que nos expliquen
De corrido, sin turbarse,
La cencia de nuestras bolas
Y el poder de nuestros piales,
Para, con un tiro á tiempo,
Postrar á un toro indomable.

Que vengan, vuelvo á decir,
De todos los gamonales,
Y muente el más vanidoso
Y llegue sin escaldarse
A estos campos de un galope;
Y acá, entre los pajonales,
En una noche nublada
Y oscura, despues de darles
Un par de güeltas á pie,
Que conteste ó que señale
A qué rumbo se entra el sol,
O el lado por donde nace...
¿Y qué acertaba? ¡Nunquita!
Siendo una cosa tan fácil,
Como que cualquier paisano
Tan solo con agacharse
Y medio tantiar las pajas
Secarronas, luego sabe
Que cuando las tuesta el sol,
Siempre cain al marchitarse
Con las puntas al Naciente,
Y no hay como equivocarse.

Algunos presumirán
Que estas son barbaridades;
Entre tanto, es la evidencia
Sin ponerle ni quitarle.
Y que no podrán negarlo
Más de cuatro, que no saben
Tampoco decir la causa,
Porque no suele la carne
Cocerse de dos hervores;
Pero, luego que la saquen
De la olla y en la agua fría
La zopen por un istante,
Dándole un tercer hervor,
Tierna como *choclo sale.*

Lo mesmo es la mazamorra;
Ninguno podrá negarme
Que se cuece, fijamente,
En una tercera parte
Del tiempo que se precisa,
Siempre que acierten á echarle
Una argollita entre la olla,
O un clavito, ó tanto vale
Una losita cualquiera,
Para que hierva al istante.

Además, á esos engreidos
También quiero preguntarles:
¿Por qué razón un bagual
Soberbio, alzao, indomable,
Cuando lo bolea un *gaucho,*

Desde el punto que lo agarre
Y le dueble las orejas
Para adentro, y se las ate
De firme con unas cerdas
Que de la cola le arranque,
El animal más *bellaco*
En pelos deja montarse,
Y el jinete lo endereza
Como oveja á cualquier parte?

Después de esto, á un avestruz
Es perder tiempo de balde
Correrlo, porque á ese bicho
Ni el demonio que lo ataje.
Pero, lo bolea un gaucho,
Y le impide que dispare
Con cuatro plumas de la ala
Que suelen atravesarle
Por medio de las narices.
Y de ahí lo sueltan á que ande;
Y con las plumas en cruz
Se lo arrean por delante
Y lo arriman á las casas,
Sin temor de que se escape.

Estos prodigios, las bolas
Unicamente los hacen;
Pero de esto á los puebleros
Poco les gusta informarse;
Hasta que vienen al campo
Donde lo único que saben

Es maltratar mancarrones
Y *charquiar* (1) y desollarse.

Sin embargo, en otras *cencias*
Hay hombres interminables
En cacumen y saber,
Y es preciso tributarles
Todo el respeto debido
Por lo que enseñan y saben.

Yo conocí un franciscano
Que era ¡un Salomón! el flaire:
Y una ocasión que bajé
A pasiar á Buenos Aires,
Desensillé en el convento,
Y en su mesma celda el padre
Me trató unos ocho días
Con el agrado más grande.

Allí supe muchas cosas;
Porque solían juntarse
Los amigos de fray Justo,
Ricachones, gamonales,
Y hombres de letra menuda,
Pero todos muy tratables,
Y tan corteses que entre ellos
Solía yo entreverarme
Haciéndome el infeliz,
Siendo capaz de tragarme
A todo el convento entero;

---

(1) Charquiar: agarrarse de la cabezada de la montura para no caer.

Pero, dejaba palmiarme
Por tomar las once á gusto,
Pues solían convidarme,
Y luego me divertía
Viéndolos contrapuntiarse,
Alegando hasta en latín:
Y, siempre antes de largarse,
Se divertían conmigo
A fuerza de preguntarme
Cómo trajinan los gauchos
En el campo, y obligarme
A desatar mi recao
Para que les amostrase
Las bolas, el lazo, el freno,
Y en fin, todo el *cangallaje.*

Luego, como una indireuta
O el deseo de enseñarme,
En cuanto á bolas, solían
Decirme que la más grande
Es la del mundo que tiene
(Me asiguraban formales)
Algo más de ocho mil leguas
En el redor, (y quién sabe
Contadas cuándo y por quién);
Mas, ninguna duda cabe,
Que cada veinticuatro horas,
Esa bola formidable
Siempre en una mesma güella
Da una güelta sin pararse

Ni perder el equilibrio
(Que es decir, sin balanciarse),
Sino rodando parejo:
Del mesmo modo que lo hace
En sus regiones la luna,
Que es otra bola notable,
Aunque nos parece un queso
Porque la vemos distante,
Por allá arriba á las güeltas,
En los *circuleos* que hace
Diariamente hasta que suele
Algún día atravesarse
Por entre el sol y la tierra,
Y entonces es que nos hace
El clise, en cuanto la luna
Pone el cuerno por delante.

Con esto, que es la verdá,
Solían embelesarme;
Pero, en lo que me hacían
De sorpresa santiguarme,
Era con la siguranza
Que me daban, al contarme
Que al sol, la luna y el mundo
Dios los mantiene en el aire
Suspendidos, dando güeltas,
Sin permitirles ladiarse
Del círculo señalao,
Sino que giran costantes,
Con aquella liviandá

Primorosa con que saben
En el campo muchas veces
Serenamente elevarse,
Dando vueltas suspendidas,
Las finas flores que esparce
Sobre un tostado cardal
La alcachofa al marchitarse,
Y que á los soplos del viento
Suelta estrellas relumbrantes.

EL HURACAN.—EL RANCHO SIN PUERTA.—LA OLLA PATA QUEBRADA.—LA MAZAMORRA.—LA SEPARACIÓN.

Era de otoño á la entrada,
Esa noche que Azucena
Se acostó con mucha pena
Por los celos disgustada;
Ansí, triste y desvelada
Algunas horas pasó,
Pero por fin se durmió;
Y, no siendo rencorosa,
Al otro día la moza
Tranquila se levantó.

Entre su rancho hizo fuego,
Pues ni cocina tenían,
Ni levantarla querían,
Pensando en mudarse luego,
Y por no tenerle apego

A ese lugar donde estaban,
Como que allí lo pasaban
Con mucha incomodidá,
Pero por necesidá
Las molestias soportaban.

Luego, entonces ya no había
De Chascomun al redor
Donde anidarse mejor,
Pues la gente que acudía
A ese punto no cabía;
Y hubo familia completa,
Que con solo una maleta
Y algunas gergas (1) pasó,
El tiempo que allí vivió,
Adentro de una carreta.

Después de esa disgustada
Noche, que pasó Azucena,
Muy fresquita y muy serena
Fué la nueva madrugada,
No habiendo en el cielo nada
Que una tempestá anunciase,
Ni temor de que se alzase
Redepente una tormenta,
Tan furiosa y tan violenta
Que los ranchos arrancase.

---

(1) Gergas: mantas de lana que dobladas se ponen sobre el lomo del caballo abajo de la silla ó montura.

Pero, á las nueve del día
Poco más, ó poco menos,
Fué cnando se oyeron truenos;
Y que al poniente se vía
Un nubarrón que subía
El horizonte cubriendo
De oscuridá, pareciendo
Lo mesmo que resultó,
Pues luego eso reventó
En un huracán tremendo.

Media hora no más duró
La furia del ventarrón,
Que árboles y una porción
De ranchos arrebató;
Pero Berdun consiguió
De que el suyo bamboleando
Le dejase el viento, aun cuando
Al principio le arrancó
La puerta, y se la llevó
Muy lejos revoletiando.

Cuando sin puerta se vió,
Genaro, con un hijar
Esa noche el remediar
Aquella falta logró;
Ansí en el marco amarró
El cuero con unos tientos,
Lo que hizo pocos momentos
Antes de echarse cansao,

Porque había trajinao
A quedarse sin alientos.

Entre tanto, su mujer,
Pasao el primer conflito,
A los tres un asadito
Solo hizo para comer;
Y gracias que pudo hacer
Eso la pobre Azucena,
Después que tuvo la pena,
En su triste situación,
De mirar que el ventarrón
Le maltrató su alacena.

Cuando el huracán pasó
Esa tarde hasta las tres,
Llovisnó, pero después
Muy lindo el tiempo siguió,
Porque de nuevo salió
El sol, y esa tardecita
Ni una sola nubecita
En todo el cielo quedó,
De suerte que continuó
La tarde muy serenita.

Estando pronto el asao,
Junto al fogón se pusieron
A comerlo, y lo comieron
En el asador clavao;
Luego el asador pelao
Ahí quedó junto al fogón,

Que hacían por precisión
En el rancho aonde dormían,
Desde que allí no tenían
Más cocina ni galpón.

Ya estadan por levantarse
Al acabar de comer,
Porque debían hacer
Algo para resguardarse
Del frío, cuando allegarse
Miraron á un carretón
Que le traiba una porción
De cosas para Azucena,
Con la prometida y buena
Lana para otro colchón.

Entró pues á descargar
El pión las cosas aquellas;
Siendo la primera de ellas
Un buen sobrecostillar
Con cuero; además, un par
De gallinas y un *atao,*
Aonde había maiz pisao,
Yerba, azúcar, y á más de eso
Un hermosísimo queso
Perfeutamente amasao.

Su tía, en fin, se portó
Muy lindo en esa ocasión;
Pues para el nuevo colchón
Ni del lienzo se olvidó;

Y para el fuego mandó
Unos postes recortaos
En tres trozos bien rajaos,
Cosa que necesitaban,
Que ya de leña se hallaban
En el Vitel apuraos.

Al ver Azucena al pión
Que entró al rancho con su lana,
Le dijo: « Aquí, hasta mañana
Déjela en este rincón;
Retirada del fogón
Póngamela desatada,
Pero bien arrinconada,
Que luego yo la ataré;
Y al volverse llevelé
A mi tía su frezada ».

Después que allí concluyó
El pión su descarga aquella,
Se fué por la mesma güella,
Que hasta la Vitel surquió:
Adonde algo churrasquió,
Porque estaba sin comer;
Y como él tuvo que hacer
Su churrasco, retardó
La vuelta, y cuando salió
Las nueve debían ser.

Antes de la retirada
Del pión para Chascomun,

Ya la mujer de Berdun
Andaba algo acoquinada
Por el frío de una helada
Que se había descolgao
Estando el tiempo templao,
Cuando naides la esperó,
Y esa noche los pilló
Con el rancho algo estropiao.

Ansí apurada Azucena
Por el frío, se acordó
Del maiz pisao que guardó
Poco antes en la alacena,
Y dijo: «con leña buena
Como tengo en la ocasión,
Puedo dejar el fogón
Ardiendo, y de mañanita
De mazamorra (1) tiernita
Tener una provisión».

Para eso determinada,
Entró la moza á pensar,
Cómo podría parar
A su olla pata-quebrada,
No teniendo allí más nada
Por lo pronto en que poner
Su mazamorra á cocer;
Pero luego se amañó

(1) Mazamorra: maíz pisado que se pone á hervir hasta que se hace gelatina.

Y el pie á la olla le suplió,
Como lo van á saber.

Las ollas que los ingleses
Nos train, para en los fogones
Meterles fuego en tizones
Abajo, tienen tres *pieses*
Que hacen de *treves* (1) las veces;
Pero, en llegando á faltarle
Una pata, para hallarle
Acomodo en el fogón,
Debajo, por precisión,
Una piedra hay que atracarle.

Pero Azucena no usó
De piedra ni de ladrillo,
Encontrando más sencillo
El modo con que pensó
Parar la olla, cuando vió
Su marca que estaba allí,
Cuya marca era una Y,
Con la cual la olla calzó
Por el fondo, y la dejó
Firme, y bien parada ansí.

Entre tanto, su marido,
Trajinando continuó,
Hasta que medio tapó
Ciertas rendijas que vido

(1) **Treves: trébedes, utensilio de cocina.**

Entre el rancho, sacudido
Ese día como fué,
Con tanta violencia que
Cuando paró el ventarrón
Les hizo allí una porción
De aujeros en la paré.

Cuando Genaro acabó
Su tarea, muy cansao
Vino al fogón y sentao
Callado un rato pasó,
Hasta que se le ocurrió
Por broma, viendo el montón
De lana allí en el rincón,
El decir: —¿Quien será el mozo
Bien querido y muy dichoso
Que estrenará ese colchón...?

—Debe ser el aturdido,
Dijo Azucena impaciente,
El grosero, el imprudente,
Ó el loco de mi marido,
El que, cuando esté concluído
Mi colchón, lo estrenará;
Pero, desde ahora hasta allá,
¡Le juro, que no ha de ver
A su lao á su mujer,
Y que solo dormirá!...

Luego, dejando el fogón,
Un poncho blanco agarró

Azucena, y se envolvió
Marchando para el rincón,
Donde encima del monton
De lana, toda encogida,
Se acostó tan resentida,
Que, aunque Genaro trató
De acariciarla, lo echó,
Y al fin quedose dormida.

Genaro desengañao
De lo inútil que sería
Rogarle á quien no quería
Pasar la noche á su lao,
Como estaba tan cansao
Y era tarde, se acostó;
Pero en el fuego dejó
A la mazamorra hervir,
Y en cuanto se echó á dormir,
Como un tronco se quedó.

. . . .

Ya no puedo proseguir
Por ahora, dijo el cantor,
Y les pido por favor
Que me permitan dormir,
Porque principio á sentir
Una triste desazón,
Que, siempre en toda ocasión,
En esta parte del cuento,
Me causa tal sentimiento
Que me duele el corazón.

ESTANISLAO DEL CAMPO

A DIOS

Del mundo en el desierto,
Yo he cruzado, Señor, yermas llanuras,
Y con el labio seco, el paso incierto
Y de polvo cubierto,
Por lecho solo hallé las piedras duras.

Ni praderas pintadas,
Ni arroyos murmurantes, saltadores,
Ni selvas de tejidas enrramadas,
Ni sábanas de flores,
Se ofrecieron jamás á mis miradas.

No alhagaron mi oído
Con su armonioso canto, aves parleras:
Solo con un fatídico graznido,
Bandadas agoreras
Por sobre mi pasando, lo han herido.

En mi viaje cansado
No besaron mi frente frescas brisas,

Soles abrasadores la han tostado,
Y en suelo de cenizas,
Mis huellas estampadas he dejado.

Nunca lució, Dios mío,
A mis ojos, rosado un horizonte;
Siempre mi cielo me miró sombrío,
Como un fantasma el monte,
Y como sierpe enfurecida el río.

Luce ahora á mis ojos
Un esplendente encantador paisaje
. . . .
¡Harto he andado ya por sobre abrojos!
¡Que no sea un mirage
Yo te pido, gran Dios, puesto de hinojos!

ANASTACIO EL POLLO *

Á ANICETO EL GALLO

La carta de despedida
Que me ha soltao, amigaso,
Ha caído como guascaso
Sobre esta alma entristecida;

* Apareció en «La Tribuna» del 15 de Abril de 1862.

Pues aunque no es de esta vida
Que usté se vá, yo me aflijo
Porque, *D. Gallo,* colijo
Que años y años andará
Por esas tierras de allá
Pasando penas de fijo.

Me dice que puede ser
Que por ser mozo unitario,
Me echen de *Sipotenciario*
Y nos volvamos á ver:
Eso no ha de suceder
Y en usté mesmo me fundo,
¡Tal vez cruze el mar profundo
El día menos pensaó,
Con el corazón *cribao*
De *mordeduras* del mundo!

¿Con qué *moñéa?* ¡Amalaya
El viaje se lo empacase
El cielo y no nos alzase
Un *payador* de su laya!
Yo siento de que se vaya
¡Y como no, cuando vivo
Desde que nací, cautivo
De sus versadas, velay,
Porque en esta tierra no hay
Cantor *tan facultativo!*

En fin, si usté allá se topa
Con D. Juan Manuel de Rosas,

Digamelé, entre otras cosas,
Que se aguante por Uropa:
Que Orquiza *ha juntao su ropa*
Y está medio atribulao,
Liando *á la juria* el recao
En que disparó en Pavón,
Por que se va á *Sutantón*
A verlo sacar pescao.

Y que si alguna ocasión
Gracias á guen aparejo
Comen algún bagre viejo,
O zurubí barrigón,
No traigan á colación
Las custiones argentinas,
Ni hablen de Mitres ni Alsinas,
Porque pueden *alterarse*
Y es cosa fiera atorarse
Cuando se tragan espinas.

Si cabando algún *jaguel*
Encontrase á aquellos pobres
Que les *bolsiquió* los cobres
Don Calvo, el *malevo* aquel,
Alviertamelés que de él
No hagan memoria jamás;
Que sigan cabando más,
Y que en la agua que rejunten,
Gueno es que el *débito* apunten
Del mentao D. Nicolás.

Tal vez tope á un tal Alberde,
Que anda por aquellos pagos
Echando sus guenos tragos
A salú de lo que *muerde*,
Dígale que el tiempo pierde
En sus ardiles, porque
Asigún lo que yo sé,
Todo el sueldo *le han sentao*
A que ha vivido pegao
Lo mesmo que un saguaypé.

Dígales á esos *naciones*
Que asigún se anda corriendo,
Hoy día, están pretendiendo
Maniarnos de los garrones;
Que más que tengan cañones
Con mas rayas que el cotín,
No ha de cuajar el maquín
Que hoy día train entre manos,
Y que ya los mejicanos
Se han *basuriao* á un tal *Prin*.

Dicen que la gallegada
Que acampó por *Verga-Cruz,*
Ni bien bañó con su luz
El campo la madrugada,
Sin aguardar la *gringada,*
Campo adentro se metió
Y que ni bien la sintió
La milicada de Juares

Le cayó con los dos pares
Y ahí mesmo la redotó.

Que se vengan, ño Aniceto,
Con armas de todas layas,
Aunque les hagan más rayas
Que letras tiene un boleto;
Que también á ese respeto
La güelta les buscaremos,
Pues aquí les rayaremos
El lomo á nuestros cañones,
Y hasta á los escobillones
Cien mil rayas les haremos.

Por mi parte, he comenzao
A rayar el *corvo* ayer,
Y que rayas le he de hacer
Hasta en la vaina he jurao:
Lo he de dejar mas rayao
Que una paré de *crugida,*
A ver si queda con vida
El primer *gallego* ó *gringo*
A que le enderece el pingo
Y le haga una arremetida.

Si acaso por un evento
Viese á la Reina Victoria,
Convénzala que no es gloria
Vivir en un campamento;
Que refleicione un momento,
Que ella es mujer, y no es justo

Que se esponga á tanto susto
Y á tanta incomodidá,
Buscando *una enfermedá*,
Tan solo de puro gusto.

Que aunque nunca la he tratao,
Por no haberla conocido,
Causa que siempre ha vivido
En pago tan retirao,
Vide el retrato pintao
(Y es hembra muy cosa papa)
En el medio de la tapa
De una caja muy lucida
Que, por supuesto vacida,
Me dió un *tiendero* de yapa.

Al *paine* Don Napolión,
Digamelé que se apriete
Hasta la pera el bonete
Con respeuto á la custión:
Que ya que ha hecho el arrejón
Solita la gallegada,
Que no la ayude con nada;
Y aunque le frunza el hocico,
No le mande ni un milico
Y la deje en la estacada.

Y usté no extrañe amigaso
Al ver que *Anastasio el Pollo*
Suelta hasta el último royo
Largando enterito el laso,

Que aunque soy medio güenaso,
También *retobao* estoy,
Y es justo que así me halle hoy,
Pues la custión mejicana,
Es custión americana
Y americano yo soy.

A otra cosa: cuando llegue,
Sea de noche ó de día,
Por allá, á una pulpería
No se me mame ni juegue,
Ni á hombre ninguno le pegue
Ni con el *lomo* siquiera,
Pues aunque usté se metiera
Bajo siete estaos de tierra,
En Francia ó en Ingalaterra,
Le han de sacar de ande quiera.

Si intentaran el burlarse
Porque va de *chiripá*,
Creamé que *boliao* va
Si trata de retobarse.
Vea de no calentarse,
Pues no es güeno que se exceda;
Pague en la mesma moneda,
Y si ellos se ríen de usté
De ellos también ríase
Y amuélelos como pueda.

Lo mesmo que arroyo son
En cuanto á murmuradores

Y se llenan de primores
Al santísimo botón:
Algunos train de un cordón
Dos vidriecitos colgaos,
Por parecer delicaos
De la vista, cuando, amigo,
Ven á cien leguas un higo
Sus ojos despabilaos.

Ellos creen que es un primor
Embarrunarse el bigote
Con un unto de cerote
Para torcerlo mejor;
Y su delirio mayor,
Es tener alborotao
Ese pelo colorao
Que ahuyenta á cualquier muchacha,
Y que parece esa hilacha
Del choclo recién cortao.

Y atienda, que esto es formal:
Güeno es que vaya avisao
De que allá han edificao
Un caserón de cristal.
Si va, deje el animal
Medio retirao, no sea
Que si por algo cocea
Vaya algún vidrio á quebrar,
Y á usté me lo hagan pagar
Mucho más de lo que sea.

En fin, aunque usté se va
A tan retirada tierra,
Mi alma esperanza encierra
De verlo otra vez acá,
Que yo colijo que allá
No es fácil que pueda hallarse,
Pues no podrá aquerenciarse
Ande no hablan la castilla,
Ni saben lo que es bombilla,
¡Yo creo que eso es matarse!

Y asigún lo que yo sé,
La gente allá es muy tupida:
Dígame:—cuando, en la vida
Ha visto domar usté,
Como dicen que se vé
Domar allá un animal,
Poniéndole entre el morral
Un misto de *cloroflor*,
Que solo con el olor
Queda *almareao* el bagual.

¿Y ande se han visto carreras
Como corren por allá?
Al menos, amigo, acá
No somos mulas tauneras:
Ellos dan güeltas enteras
En vez de ir derecho viejo,
En un circo como un tejo
De redondo. ¡Mire amigo

Por dir á rairme, le digo
Que daría el azulejo!

Lo lindo es que el corredor
Va con una vestimenta
Que mas colores ostenta
Que el pecho de un *pica-flor;*
Y en *apero de dotor*
Por supuesto es la corrida;
Así ni bien se descuida
Ya tamién se refaló
Y un trecho de suelo aró
Con la cabeza rompida.

En fin, yo creo que usté
Cuando se venga de allá,
Vendrá conforme se va
No como uno que yo sé,
Que solamente porque
Salió de tierra argentina,
Trujo lo costumbre indina
De quererse hacer *bozal*,
Y preguntó que animal
Era, al ver una gallina, (1)

Porque ya no puedo creer
Que usté, amigaso, que es *Gallo*,
Y *encelao*, al fin y al fallo
Las quiera desconocer;

(1) Histórico.

Ni yo puedo suponer
Que á un *Pollo* que lo aprecea,
Le haga partida tan fea,
Solo porque usté haiga andao
Mirando medio abombao
La fantasía uropea.

Abra el ojo por la mar,
Y es güeno que le aconseje
Que á su hijita no la deje
Ni por asomos cantar,
Pues si la llega escuchar
Una envidiosa Sirena,
Afirmándose en la arena
Le puede el barco cociar,
Y yo no quiero llorar
De esa pérdida la pena.

Hasta al Espíritu Santo
Le rogaré por ustedes,
Y á la Virgen de Mercedes
Que los cubra con su manto,
Y Dios permita que en tanto
Vayan por la agua embarcaos,
No haiga en el cielo ñublaos,
Ni corcobos en las olas,
Ni el barco azoten las colas
De los morrudos pescaos.

Aquí este triste cantor
Sus versos fieros remata

Y en el cañuto los ata
De su barco de vapor.
No extrañe que ni una flor
Vaya en mi pobre *concierto*:
No dá rosas el dicierto,
Ni dá claveles el cardo,
Ni dió nunca el triste nardo
Campo de yuyos cubierto.

Apareció en «La Tribuna del 15 de Abril de 1862.

JESUS

«Para curar los males que aflijen á los hombres, predicábales á todos la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad que es la consumación de la justicia.»

Lamennais.

I

¡Hijo del almo Dios de tierra y cielo!
Al hablarte no doblo la rodilla
Sobre el blando tapiz que cubre el suelo
De los templos suntuosos, en que brilla
Más que la antorcha de la fe cristiana
El indigno oropel, la pompa vana.

A tu férvido culto no buscaste
Altares de oro y jaspe:—la doctrina
De amor y de perdón que propagaste,
Llenando el orbe con tu voz divina,
Encontró una tribuna donde quiera
Que á tu paso hubo un hombre que la oyera.

Desde los verdes valles de Bethlehem
Hasta la falda en que el Jordan serpéa,
Desde Getsemaní á Jerusalem,
Y en toda la extensión de Galilea,
En el llano, en el monte, en la quebrada,
Tu rodilla, Señor, está estampada.

Hoy yo quiero doblarla, Jesús mío,
Alzando á tí la miserable frente,
Sobre la roca que horadó el judío
Para clavar en su furor demente
El leño desde el cual tú, moribundo,
Una herencia de amor dejaste al mundo.

II

El pueblo de Israel ya no camina
Al resplandor de la brillante lumbre
Con que doró la voluntad divina
Del elevado Sinaí la cumbre:
El hombre, del amor rompió los lazos,
Y el Decálogo santo hizo pedazos.

La humanidad gentílica, cargada
Del rudo peso de sus dioses falsos,

Camina entre tinieblas extraviada:
Sus sangrientos altares son cadalsos,
Y el fátuo brillo de la luz pagana
Deslumbra y turba la conciencia humana.

¿Quién á tus pobres, tristes criaturas,
La venda arrancará, Dios de los cielos?
¿Descenderá por fin de tus alturas,
De las nubes envuelto entre los velos,
El que anunciaron tantas profecías?
¿Les enviarás, Señor, á su Mesías?

Sí: le enviaste, gran Dios, mas no velado
Por los albos encajes de las nubes,
Ni en trono de oro y de zafir sentado,
Ni entre alados y cándidos querubes.
Tú le hiciste nacer, Dios Soberano,
Bajo el techo de un mísero artesano.

¡Misterio augusto! ¡Manantial sagrado
De religión sublime! ¡Qué doctrina
De perdurable amor nos ha enseñado
Con ese *fiat,* la bondad divina!...
¡Bendito, Eterno Dios, sea tu nombre!
¡El hombre viene á redimir al hombre!

III

¿Quién, divino Jesús, seguir podría
De tu sandalia humilde la pisada,
En la extensión de la nación judía

Que recorrió tu planta consagrada
En el viaje que hiciste, legendario,
Del verde Nazareth hasta el Calvario?

Nadie, nadie Señor, porque el gusano
Del vil suelo la frente no levanta:
Yo que canto tu nombre soberano,
El polvo beso en que tu huella santa,
Y anegados en lágrimas los ojos,
Los siglos besarán, puestos de hinojos.

¡Divino Salvador! A tu doctrina
Por toda fuente el corazón le diste;
Y allí adonde tu paso se encamina,
Flameando va el pendón en que escribiste:
¡Amor al Padre, Eterno Soberano,
Fraternidad del corazón humano!

Y cunde la verdad que pura brilla
En tu inspirado labio, Jesús mío;
Y Desde Nazareth, vuela á la orilla
Del caudaloso, murmurante río,
En que Juan el Bautista se prosterna
Ante la luz de tu palabra eterna.

¡Atrás, atrás, profanos esplendores,
Que tu cátedra santa está doquiera!
Las barcas de los pobres pescadores,
El desierto, los montes, la ribera,
Son otros tantos púlpitos sagrados
En que dictas tus dogmas inspirados.

De tu palabra, en el raudal, se ahoga
Del escriba el sofisma meditado,
Y el muro de la oscura Sinagoga
Vacila en su cimiento, socavado
Al empuje del férvido torrente,
Que se desata de tu labio ardiente.

La natura se impregna de tu esencia,
Tu voz es ya la voz omnipotente
Que sujeta lo creado á tu obediencia,
Acalla su murmullo el mar hirviente,
Y las líquiddas ondas, serenadas,
Soportan en su espuma tus pisadas. (1)

Quieres la fe del corazón, y pagas
La fe que el corazón te brinda pura:
Del leproso infeliz sanas las llagas,
Y golpeando á una triste sepultura,
—LÁZARO, ¡ARRIBA! exclamas; y á tu santa
Evocación, el muerto se levanta.

Se escucha allá, en las horas misteriosas,
Entre el murmurio de Jordán tu acento;
De Jericó las perfumadas rosas
Exhalan los efluvios de tu aliento,
Y en tu cabello el céfiro tocando
Impregna el ala de perfume blando.

IV

¿Por qué Jerusalem los ojos cierra
A la vívida luz del dogma hermoso,

(1) San Mateo, Cap. XIV, vers. 25; y San Marcos: Cap. VII, vers. 48.

Alzando impía su pendón de guerra
Contra el sublime apóstol fervoroso
Que del único Dios viene en el nombre
A quebrantar la esclavitud del hombre?

¡Jerusalem! ¡Jerusalem! En vano
Cierras tu puerta á la doctrina santa;
El hombre debe ser del hombre hermano.
Ya su bandera la igualdad levanta,
Y en el real de tu torpe aristocracia
Clavará su pendón la democracia.

En vano afilas el tajante acero
Y la mirada fijas iracunda
En la mirada blanda del Cordero:
Su sangre correrá; pero fecunda
Será á la redención del oprimido
Que llora en dura esclavitud sumido.

V

Desciende, del pretorio por las gradas
El humilde profeta galiléo:
Las incrédulas masas enojadas
Segundan al escriba y fariséo,
Que señala del Gólgotha el camino,
Al Hombre Dios, al Redentor Divino.

Como al beso falaz que le traiciona
Ofreció la mejilla, manso inclina
La frente en que le enclavan la corona
Que la maldad tejió, de dura espina,

Y el hombre pone al áspero madero
En que su sangre verterá el Cordero.

¡Oh, si pudiera en mi dolor sombrío
Besar, Señor, el suelo pedregoso
En que iracundo te arrojó el judío,
Y donde se estampara el pie glorioso
Que bajo el peso de la cruz llevaste
Hasta el triste peñasco en que espiraste!

¡Sigue, Señor! La humanidad no tarde
En beber con tu sangre tu doctrina:
Ya tras las nubes en los cielos arde
La blanca luz de la verdad divina,
Que ajitarás bien pronto, refulgente,
Hiriendo del incrédulo la frente.

. . . .
. . . .

Llega la muchedumbre al pie del monte
Teatro de la tragedia dolorosa:
Enluta la tiniebla el horizonte,
Y de Jesús la túnica gloriosa,
Que arrancan los impíos en jirones,
Se disputan los bárbaros sayones.

Mústios están los campos, pues su brillo
El sol quiso ocultar horrorizado;
Y el golpe del sacrílego martillo
Que levanta el judío despiadado,

Cuando clava á su Dios en el madero,
Repercute en los montes, lastimero.

¡La cruz ya está de pie! . . . . La sangre corre
De tu frente augustiosa, Jesús mío;
Tú mismo quieres que esa sangre borre
El horrible atentado del impío,
Y á Dios dices, con ojos suplicantes:
¡PERDÓNADLES, SEÑOR, SON IGNORANTES!

Así concluyes tu misión divina:
El patíbulo vil á que te alzaron
Fué cátedra también de tu doctrina;
Desde él tus labios puros proclamaron:
¡AMOR AL PADRE, ETERNO SOBERANO,
FRATERNIDAD DEL CORAZÓN HUMANO!

Desgárranse las nubes de improviso;
Retiembla el suelo con fragor tremendo,
Y tu espíritu vuela al Paraíso,
Las alas vaporosas sacudiendo,
A confundirse, puro y peregrino,
De Dios con el espíritu divino.

VI

La humanidad, Señor, triste y llorosa
Recogió el testamento sacrosanto,
Sellado con tu sangre generosa
Sobre la cumbre del Calvario santo,
Y el dogma hermoso de tu amor fecundo
Recorrió la extensión del ancho mundo.

¡Fraternidad! ¡Fraternidad! resuena
Sobre el haz de la tierra redimida,
Que, cual otra María Magdalena,
Confiesa su delito arrepentida,
Y proclama la fe del cristianismo
Desde la cumbre del Calvario mismo.

¡Revolución trascendental, sublime,
Que del mundo el cimento ha conmovido
En favor del mortal que ya no gime
En las tinieblas del error sumido,
Y que en su propio corazón adora
La doctrina del Cristo, salvadora!

¡Jesús Divino, Redentor del hombre;
Piedra angular del templo perdurable
Que del Eterno Dios alzaste en nombre;
Vil gusano, me arrastro miserable,
Hasta besar el polvo que tu planta
Del Gólgotha oprimió en la cima santa!

LA LUZ Y LA SOMBRA

Á MI RESPETABLE AMIGO EL POETA DON JOSÉ MÁRMOL

«Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes».
Esteban Echevarría.

Rojo el sol, en el ocaso
Sus resplandores hundía,
Y la Sombra que venía
Siguiendo á la Luz el paso,

—Para, Luz, y ven conmigo,
Exclamó, ven un momento,
Que ha mucho el deseo siento
De conferenciar contigo.

—¿Sí? pues que cese tu afán,
Dijo la Luz á la Sombra,
Y sea la verde alfombra
Nuestro mullido diván.

Sombra y Luz se reclinaron
Sobre una verde colina,
Y hete aquí la vespertina
Conversación que entablaron:

—Mira, Sombra, empieza ya,
Y trata de ser concisa,
Pensando en que estoy de prisa,
Pues mi padre, el Sol, se va.

—Ha mucho noto el desdén
Con que la espalda me das...
—¿Y por qué vienes detrás?
—Veo que contestas bien.

Pero hazme la confesión
De que tu faz refulgente,
Algo tiene de insolente...
—¡Aprensión, Sombra, aprensión!

Haces muy mal en tomar
Mi esplendor por insolencia

Que es la ley de mi existencia
Brillar y siempre brillar.

Y mira, Sombra, lo siento,
Hasta por la paz de tu alma,
Que te arrebate la calma
Envidioso sentimiento.

—¡Envidiarte yo!... ¿Y por qué?
—¿Y lo preguntas, cuitada?
—Tú no eres mejor en nada.
—Que eres ciega, bien se ve.

Yo soy la primer mirada
Que el sol á la tierra envía,
Y vengo trayendo el día
Entre una nube rosada.

Del mar, en el horizonte
Apenas voy ascendiendo,
Y ya me están sonriendo
El agua, el llano y el monte.

Yo tiño de azul el cielo,
Yo arrebolo los espacios,
Yo recamo de topacios
De la blanca nube el velo.

De la mar, en las espumas
Yo brillo á la madrugada,
Como una pluma rosada
Entre blanquísimas plumas

Yo me sé descomponer
En mil variados colores
Que dan su tinte á las flores
Y su brillo al rosicler.

Soy hermana del Calor
Que fecunda la natura,
E hija del Sol que madura
La espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral
Que la creación ilumina;
Soy la sonrisa pristina
Del mismo Dios inmortal.

—Con atención escuché
Tu apología orgullosa;
Ahora escucha, Luz hermosa,
Tambien quien soy te diré:

Yo soy la viuda del Día
Que, envuelta en mi negro velo,
Voy derramando en el suelo
Mi dulce melancolía.

Me dan por nombre *La Noche,*
Y á mi misterioso encanto,
Abren las flores su broche
Para perfumar mi manto.

Siempre la verde pradera
Con amor me está llamando,

Y las brisas van jugando
Con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas
El solo tributo tengo,
Fíjate y verás, que vengo
Con mi diadema de estrellas.

A mis pies traigo la Luna,
Compañera del que vela,
Y que en la plata riela
De la plácida laguna.

Del rayo del sol de estío
Neutralizo los rigores,
Regando á frutos y flores
Con suavísimo rocío.

El amor siempre halló en mí
Amiga discreta y fiel,
Y de sus horas de miel
Muda confidente fuí.

Siempre mi tupido manto
Ha velado generoso
Del jornalero el reposo,
Del que es infeliz, el llanto.

Traigo á todo corazón
Religioso sentimiento,
Pues que yo á mi paso siento
El rumor de la oración.

Aquí la Sombra calló,
Y su voz aún resonaba,
Cuando la Luz, que lloraba,
En sus brazos se arrojó.

Depuestos los negros celos,
Luz y Sombra se estrecharon,
Y de hinojos adoraron
Al monarca de los cielos.

Jurándose ante ese Dios
Que, á la hora vespertina,
Siempre al pie de esa colina
Se abrazarían las dos.

LÁGRIMAS Y CANTARES

«En los bienes fuí mudable
Y en el mal estable soy».

Romanc. Ant.

Ya mi lira, antes sonora,
Solo un sollozo levanta:
No soy ya el vate que canta,
Sinó el infeliz que llora.

Y mal puede en su quebranto,
Derramar blanda armonía,
El que en medio á su agonía
Derrama un amargo llanto.

Pero es la triste misión
Del vate, cantar llorando,
Y yo cantaré, mezclando
Mi llanto con mi canción.

¡Cantaré!... Su triste canto
Al viento mi lira exhale.
¡Lloraré!... ¡Frío resbale
Por mi mejilla mi llanto,

Hondas torturas sufriendo
Y armonías modulando!...
¿No muere el cisne cantando?
¡Pues yo cantaré, muriendo!

Tu camino y mi camino
Un hado, niña, cruzó,
Pero traidor separó
Tu destino y mi destino.

Al encontrarnos, buscamos
Uno para el otro flores:
Yo siento aún los rigores
De las espinas que hallamos.

Seco el labio, y febriciente,
Una sed de agua pedimos:
Una fuente descubrimos,
¡Y era veneno la fuente!

Cuando en lánguido desmayo
Alzamos la vista á Dios,

¿Recuerdas? vimos los dos
Rasgar á una nube un rayo.

Tu alma sensible oprimida,
Quebrado mi ánimo fuerte,
Vimos sentada á la muerte
Al dintel de nuestra vida.

Tú te alejaste de mí
Un triste *¡adios!* murmurando:
—*¡Adios!* dije yo; y llorando
También me alejé de tí.

Es dar la muerte á una palma
Alejar su compañera;
Si mi alma inmortal no fuera,
Muriera entonces sin tu alma.

¡Ay! . . . ¡cuantas veces volví
Hacia tu senda mis ojos!
¿Verdad que no era de abrojos
Como la que yo seguí?

Por ella, triste viajero
Hago mi largo camino,
Dejando al ciego destino
Que marque mi derrotero.

Para templar mi fatiga,
Caminante y trovador,
Canto una historia de amor
A que tu nombre se liga.

Y allá, en las noches calladas,
Recorro yo en mi memoria
Las páginas de esa historia
Tal vez para tí borradas;

Y en esas horas de calma,
Postrado en suelo de abrojos,
Al sueño cierro mis ojos
Por abrir al sueño mi alma.

Despierto, de tu pupila
La mágica luz buscaba,
¿Y sabes lo que encontraba?
Tinieblas negras, Lucila.

Dormido, ¡bello soñar! ....
En la bóveda estrellada
Veo á la luna argentada
Con lánguila luz brillar;

Es una noche serena.....
Tú galopas á mi lado.....
De tu tordo, el casco herrado
Apenas hiere la arena.

¡Qué bella noche de estío!
¡Qué bien la luna retrata
Su disco hermoso de plata
Sobre la plata del río!

¡Gracias, reina de la esfera!
¡Gracias, astro generoso,

Que alumbras el cuerpo airoso
De mi gentil compañera!

El brillo de tu corona
Parece á mis ojos más,
Cuando sus rayos le das
A mi gallarda amazona.

De los sauces el ramaje
Mueve juguetón el viento;
Y se oye, blando el acento
Que levanta el oleaje.

Besan tu labio sonriente,
De los astros los destelllos,
Brillando en tus ojos bellos
É iluminando tu frente.

Sobre tu espalda y tu cuello,
Va, espléndida y derramada,
La caudalosa cascada
De tu joyante cabello.

De mi hondo, férvido amor,
Oyes el himno de fuego,
Y respondes á mi ruego
Con angelical rubor.

Tu labio deja escapar
Un *¡Yo te amo!* y ... ¡desdichado!
¿Porqué fuí tan desgraciado
Que no le volví á escuchar?

¡Placeres que el alma apura
En sus sueños misteriosos!
¡Dejos gratos, deliciosos,
De una soñada ventura!

. . . .
. . . .

Tú te alejaste de mí
Un triste *¡adios!* murmurando:
¡Adios! dije yo, y llorando
También me alejé de tí.

¿En la selva verde, nunca
El hondo lamento oíste
Que da al aire el ave triste
Al ver su existencia trunca?

Mi alma de quejas pobló
Los ámbitos del desierto,
Mas todo allí estaba muerto
Y ni un eco respondió.

Por la vida, peregrino,
Voy desde entonces vagando,
Con mis lágrimas regando
Los abrojos del camino.

Por eso tan triste canto
Al viento mi lira exhala,
Y por eso es que resbala
Por mi mejilla mi llanto.

. . . .

. . . .

Así un poeta cantó:
—¿Cantaría una mentira?
No; yo ví que por su lira
Una lágrima rodó.

TÚ Y YO

« Por tí fué mi dulce suspiro primero,
Por tí mi secreto, constante anhelar ».

G. Gomez de Avellaneda.

El alma del que sufre es noche triste:
Toldada está por el pesar sombrío,
Y las amargas lágrimas que vierte
Son, Lucila, sus gotas de rocío.

Halla quien nace bajo estrella amiga,
Florida primavera en su existencia,
Y hasta el cielo, propicio, le sonríe
Del éter tras la clara transparencia.

Tú de mi amante corazón conoces
El secreto, Lucila, doloroso;
Aunque solo de lejos, has oído
Su gemido profundo y angustioso.

Tú no sufriste ni lloraste nunca:
Tu vida solo ha sido una alborada
Teñida, cual las plumas de un flamenco,
Por una luz dulcísima y rosada.

El fuego del amor que por tí siento,
Voraz, inestinguible, ya ha tornado
En cenizas las flores de mi alma.
¡La lava del volcán invadió el prado!

Tus amores de niña solo fueron
Blandos gorjeos de canoras aves,
Brisas del sentimiento, juguetonas,
De las flores del alma aromas suaves.

Tú, en el romance de la vida mía,
De mi existencia en la novela triste,
Hasta hoy llenaste el doloroso cuadro,
Hasta hoy, Lucila, la heroina fuiste.

Yo pasé por el cielo de tu vida
Como una nube que arrebata el viento,
Sin dejar un recuerdo en tu memoria,
Sin despertar en tu alma un sentimiento.

Tú eres el agua que me roza el labio,
La fruta que el sentido me enajena,
Y un Tántalo yo soy que en vano agito
Los anillos de mi áspera cadena.

Yo soy, Lucila, á tus divinos ojos,
Estrellas de brillantes resplandores,

Mas bien que tu amador, un jardinero
De quien recibes con desdén las flores.

Tú eres la inconmovible y desdeñosa,
Aunque gentil y bella castellana;
Yo, el trovador que canta al pie del muro
Sin que se abra á su acento tu ventana.

Tú eres el astro que en el cielo gira
Derramando su lumbre refulgente:
Yo, el satélite humilde, condenado
A seguir ese giro eternamente.

Tú eres la llama que la brisa leve
Hace ondular, apenas, cariñosa;
Yo, la víctima triste de ese fuego,
La pobre, enamorada mariposa.

Tú, las aguas tranquilas de tu vida
Surcarás, dando el lino al blando viento,
Como el céfiro corre entre las flores,
Como cruza la luna el firmamento;

Yo, el desierto, Lucila, de la mía
Recorreré infelice peregrino,
Mojando con el llanto de mis ojos
Las espinas y piedras del camino.

Yo, en ese largo, fatigoso viaje,
En mi alma llevaré tu imagen bella;
Tú,... ¡ni tan solo pedirás al cielo
Un rayo de su luz para mi huella!

PÁGINA DE MI CARTERA

«A mí la tempestad, á tí bonanza».

Juan Carlos Gomez.

¿Qué nube, qué celaje de tristeza
El cielo de tu frente está sombreando?
¿Qué espina el corazón te está punzando
Con bárbaro rigor?
¿Por bien la pura flor de tu alma bella
Sus albas hojas pliega entristecida?
¿Qué acíbar en la copa de tu vida
Derrama hoy el dolor?

¿Qué brisa melancólica, Dios mío,
Bate á ese ser á quien adoro tanto?
¿Qué húmeda huella de reciente llanto
En esos ojos se ve?
¿El gusano roedor de una honda pena
Su pobre corazón está mordiendo?,
¿Qué hace allí sola, de la fiesta huyendo?
¿Por qué sufre, por qué?

Oye, escucha, mi Dios: sabes que la amo
Con amor digno de ella, amor sublime;
Amor que en lo hondo de mi pecho gime
Carbonizándolo:
Sabes que llevo el corazón herido

Por el dardo mortal de ese amor mismo,
Y que llorando miro el negro abismo
Abierto entre ella y yo.

Oye, escucha, mi Dios: no sé mi culpa,
Pero sé que á llorar yo vine al mundo:
Para mí no es arcano muy profundo
El de mi porvenir.
Es porvenir de duelo: es el hastío
El desencanto, el sufrimiento mudo,
Tal vez el crimen... ¡porque á veces dudo
Si debo ó no vivir!

Pues bien, Señor: en el amargo cáliz
De mi dolor, de mi esperanza rota,
Todavía caber puede una gota;
Derrámala no más.

Pero en la copa de la vida de ella
Solamente, Señor, derrama almíbar,
Aunque yo viva devorando acíbar
Por siempre y por jamás.

PLEGARIA

«Ni la fuente, ni el ave, ni las flores,
Me dejaron rumor, canto ó fragancia».

F. de la Vera.

Del mundo en el desierto,
He cruzado, Señor, yermas llanuras;
Y con el lábio seco, el paso incierto,

Y de polvo cubierto,
Por lecho solo hallé las piedras duras.

En mi viaje cansado
No besaron mi frente frescas brisas;
Soles abrasadores la han tostado,
Y en suelo de cenizas
Mis huellas estampadas he dejado.

Nunca lució, Dios mío,
A mis ojos, rosado un horizonte;
Siempre mi cielo me miró sombrío,
Como un fantasma el monte,
Y como sierpe enfurecida el río.

No halagaron mi oído
Con su armonioso canto, aves parleras;
Solo con su fatídico graznido,
Bandadas agoreras,
Por sobre mí pasando, le han herido.

Ni praderas pintadas,
Ni arroyos murmurantes saltadores,
Ni selvas de tejidas enramadas,
Ni cármenes de flores,
Se ofrecieron jamás á mis miradas.

Luce ahora á mis ojos
Un esplendente, encantador paisaje:
¡Harto he andado ya por sobre abrojos!
¡Que no sea un miraje,
Yo te pido, gran Dios, puesto de hinojos!

AYER, HOY Y DESPUÉS

AYER

Así como el Inca ferviente adoraba
La faz deslumbrante del fúlgido sol,
Así, con el alma de amor impregnada,
Así te amé yo.

HOY

Así como el rayo de luz, desmayado,
Que envía postrero la aljaba del sol
Adora á la rosa de cándido seno,
Así te amo yo.

DESPUÉS

Así como el sauce que envuelven las sombras
Amará el destello primero del sol,
Así, luz de mi alma, mi bien, mi esperanza,
Te adoraré yo.

A LA NIÑA LAURENTINA WILSON

(EN SUS PRIMEROS DÍAS)

¡Vedla! parece un querube
En su cuna, Laurentina;
Un ángel que al cielo sube
Envuelto en la blanca nube
De esa tenue muselina.

En torno de sí tendiendo
Su mirada dulce y pura,
Al mundo está sonriendo,
Graciosamente entreabriendo
Sus labios de miniatura.

¡Ojalá él también te halague
En la edad que aun no divisas!
¡Que nunca tu paz amague!
¡Que nunca, ángel puro, pague
Con lágrimas tus sonrisas!

Recién al mundo venida
Todo es bello ante tus ojos:
¡Ay! al dintel de la vida,
La mujer es flor mecida
Sobre punzantes abrojos.

ULTIMA LÁGRIMA

«¡Consumatum est!»

Jesu-Cristo.

¡Ya todo se acabó!... Dejad que el pecho
Por un instante con mi mano oprima,
Dejad que el llanto de mis ojos corra,
Dejad que mi alma sollozando gima.

Es, señora, mi llanto postrimero,
Llanto del triste corazón herido;
Es mi último sollozo en este mundo,
Es en la tierra mi postrer gemido,

Llorar al pie de un túmulo, señora,
Nunca del noble corazón fué mengua,
Pues con el llanto el sentimiento dice
Lo que decir no puede con la lengua.

La antorcha que encendieron en el ara
A cuyo pie fijasteis vuestra suerte,
A mis ojos, señora, solo ha sido
El amarillo cirio de la muerte.

En la blanca guirnalda, que al cabello
Prendieron vuestras manos delicadas,
Mis ojos solo han visto flores tristes
Sobre el paño de un féretro arrojadas.

En el *Sí* que dijeron vuestros labios
Solo oí el estertor de una agonía,
El rechinar del enmohecido gozne
De un helado sepulcro que se abría.

¡Ya todo se acabó!... Dejad que el pecho
Por un momento con mi mano oprima,
Dejad que el llanto de mis ojos corra,
Dejad que mi alma sollozando gima.

. . . .
. . . .

¡No lloro ya!... La piedra funeraria
Para siempre cayó pesada y fría...
¡Las losas de las tumbas nunca lloran,
Y una tumba es, señora, el alma mía!

CANTARES

Cuando yo tomo la pluma
Y saco á luz mi cuaderno,
Hagan de cuenta que agarro
Mi guitarra por el cuello.

Para ver si soy poeta
Fíjate, niña, tan solo
En que lloro cuando canto
Y en que canto cuando lloro.

Yo mojo en llanto mi pluma;
¡Sarcasmo de hado funesto,
Que siendo mi alma tan blanca
Me ha de servir de tintero!

En tu casa me aborrecen
Sin más que porque te quiero:
Es decir que si te odiara
Me querrían con extremo.

Dicen que soy horroroso.
Por la lisonja, mil gracias:
Mira tú mi corazón
Y prescinde de mi cara.

Las cicatrices del rostro
Poco me importan, ó nada;
Las que me importan, y mucho,
Son las que tengo en el alma.

Se me figura que son
Tus lindos ojos, morena,
Dos lagunas de azabache
En que la luna riela.

¿Qué tienen, niña, tus labios
Que cada vez que los miro
Siento con sorpresa grande,
Que se me estiran los míos?

Mira:—si fuera pastor
Y si tú, pastora fueras,
Me parece que andarían
Mezcladas nuestras ovejas.

Cuando te veo cavilo
En el contraste tremendo
Que hace tu vestido blanco
Con tu corazón tan negro.

Es tu ventana un *altar*,
Una *deidad* tu persona,
Mi amor un ardiente *culto*:
¿Podré contar con *La Gloria*?

Me enviaste un día una cruz
Y desde entonces me digo:

¿Significará esto *Fe*,
O querrá decir: *Martirio?*

Ella vino en un pañuelo
De cambray de hilo bordado:
¡Ay, Lucila! ¡Cuántas veces
Enjugué con él mi llanto!

¡Á OTRO CAN CON ESE HUESO!

Que el señor Dn. N. N.,
Actual empleado del Puerto,
Ande en coche descubierto
Cuando solamente tiene
Un sueldito, que le viene
Como una guinda á un cañón,
Y asegure, el muy bribón,
Que es honrado hasta el exceso:
¡A otro can con ese hueso!

Que la bella Encarnación
Ruegue y llore á su marido,
Para que le dé un vestido
De lujosa confección,
Jurando que su intención
Al tener estos antojos,
Es presentarse á sus ojos
Procurando su embeleso:
¡A otro can con ese hueso!

Que el pobre *Cornelio,* esposo
De una dama que no nombro,
Diga que va sobre su hombro
El fardo horrible, espantoso,
Del gastadero asombroso
Que se nota en su mujer,
Que siempre lo manda á ver
De lo que trata el Congreso:
¡A otro can con ese hueso!

Que la simpática Rosa
Viva tendida en la cama,
Con esta y la otra dolama,
Con histérico y nerviosa,
Y que sea *santa cosa*
A su pronta curación
Un palco alto en el Colón
O una polka en el *Progreso:*
¡A otro can con ese hueso!

Que la monona *Inocencia*
Que andaba el año pasado
Con el corsé desatado
Y escupiendo con frecuencia,
Me pondere la excelencia
De los aires de las chacras,
Diciendo que de sus lacras,
Sanó tan solo con eso:
¡A otro can con ese hueso!

Que el animal D. *Simplicio,*
El padrastro de Manuela,
Ni sepa encender la vela
Para lacrar un oficio,
Y reciba el beneficio
De llenar una vacante,
Por su *criterio brillante,*
O por su *maduro seso:*
¡A otro can con ese hueso!

Que la divina Constancia
Le pondere á su marido
A un su primo, que ha venido
Ultimamente de Francia,
Y le pida, con instancia,
Que le alquile un cupecito,
Para pasear al primito,
(Que más que *primo* es *sabueso):*
¡A otro can con ese hueso!

Me quise una vez casar
Y sintió mi buen olfato,
Que, más que *liebre,* era *gato*
Lo que me querían dar.
La vieja entró á ponderar
Lo que llamaba *dechao,*
Y me dije:—«Estanislao,
¿Te engatuzarán con eso»?—
¡A otro can con ese hueso!

A DON ANICETO EL GALLO *

He visto en un gacetón
Que llaman *El Ordenao*, (1)
Que usté, aparcero ha soltao,
Cuatro letras al botón,
Lo digo así, en la ocasión,
Porque á mí se me hace al ñudo,
Que, el gaucho que boliar pudo
Tan lindo á la tiranía,
Salga diciendo: «No es mía
«La letra de un gaucho rudo».

Velay, su reclaración,
A mi modo de entender,
Lo mesmito viene á ser
Que si dijiera, patrón:
«Reclaro ante la Nación
«Que la chispa que ha saltao
«A causa de haber golpeao
«Un paisano su yesquero,
«No es el Sol que Enero á Enero
«La campaña ha iluminao».

---

* Esta composición fué escrita á consecuencia de haber publicado el señor don Hilario Ascasubi (a) *Aniceto el Gallo*, en el diario «El Orden», un remitido declarando que no le pertenecían los versos que en ese tiempo empezaban á aparecer firmados por *Anastasio el Pollo*.

(1) «El Orden era redactado por el ilustrado publicista argentino don Félix Frías, á quien la prensa burlesca llamaba el *Padre Frías*, aludiendo al espíritu religioso que generalmente campea en sus brillantes escritos y discursos.

Paisano *Aniceto el Gallo:*
Puede sin cuidao vivir,
Que primero han de decir
Que la viscacha es caballo,
Y que la gramilla es tallo,
Y que el ombú es verdolaga,
Y que es sauce la biznaga,
Y que son montes los yuyos,
Que asigurar que son suyos
Los tristes versos que yo haga.

Adios gaucho payador
Del Ejército Unitario,
Adios paisano, ño Hilario,
Adios projundo cantor,
Adios pingo cociador,
Que á tiranos has pateao
Y que hasta mí me has largao
De pronto un par de patadas
A causa de unas versadas
Que en mi inorancia he soltao. (1)

---

(1) El señor Ascasubi contestó á estos versos con la carta que insertamos á continuación, no porque aceptemos los conceptos lisonjeros que ella envuelve, sinó como un recuerdo de la bondad del amigo y por llenar al mismo tiempo el deseo manifestado por el señor Ascasubi, de que esa carta sea conocida de los que conozcan los versos á que ella debe su orijen: (Nota del a.)

Señor don Estanislao del Campo.

Estimado amigo y compatriota:

Acabo de leer con muchísimo gusto los preciosos versos de usted que publican los «Debates» de hoy, en consecuencia del remitido que hice publicar yo, en el «Orden» de ayer; y como puede suceder que las personas que ignoran la sincera amistad que media entre usted y yo, formaran comentarios inadecuados al espíritu y objeto que se ha propuesto usted al hacer la publicación poética de hoy, la cual en mi concepto no tiene otro objeto que amenizar el periódico en que se han impreso con una publicación tan linda é ingeniosa; sin embargo, le diré á usted de nuevo y muy sinceramen-

GOBIERNO GAUCHO

Á LA SALÚ DEL APARCERO HILARION MEDRANO

Tomé en casa el otro día
Tan soberano *peludo,*
Que hasta hoy, caballeros, dudo,
Si ando *mamdo* todavía,
Calculen como sería
La mamada que agarré,
Que, sin más, me afiguré
Que yo era el mesmo Gobierno,
Y más leyes que un infierno
Con la tranca decreté.

---

te, que también yo al publicar mi remitido, de ayer, no he procedido celoso de mi reputación de autor de versos de ese género, pues que, á fe de hombre de bien, le aseguro que sus composiciones, á mi juicio, no solo son buenísimas y graciosas, sinó que yo dudo que pudiera hacerlas mejores en ningún género.

Con todas estas explicaciones y sin embargo que estoy persuadido de que usted no duda de mi sinceridad al dárselas, diré en obsequio y merecida retribución de usted lo que dijo el ilustrado poeta don Juan Cruz Varela cuando se le presentó en Montevideo un *Himno al Sol* compuesto por el decano de los poetas orientales don Francisco Acuña de Figueroa: ¿Sabe usted lo que dijo el célebre poeta argentino? Dijo así: «Es tan hermoso este himno que yo daría gustosamente el mérito que puedan tener todas las poesías que he compuesto en toda mi vida por haber tenido la inspiración de Figueroa al hacer este himno».

Pues bien, querido amigo, yo le digo á usted ahora, con toda ingenuidad, que le daría todo el mérito que usted les atribuye tan modesta y generosamente á mis poesías, por ser el autor de las que hoy ha publicado usted en los «Debates». Si no fuera el tristísimo luto que cubre á toda mi familia y el completo abatimiento en que está mi espíritu en consecuencia de haber perdido el objeto más querido de mi vida, yo me esforzaría en contestarle también con algunos versos; pero repito, estoy sumamente abatido del espíritu y por eso no lo hago, razón por la cual publiqué ayer el remitido á fin de que nadie me creyese ocupado en hacer versos graciosos, cuando estoy con el corazón sumamente lacerado aun por el fallecimiento de mi querida hija.

Deseo querido compatriota que usted publique esta carta y se lo agradecerá á usted su afectísimo y sincero amigo.

Setiembre de 1857.

Hilario Ascasubi.

Gomitao y trompezando,
Del fogón pasé á la sala,
Con un garrote de tala
Que era mi bastón de mando;
Y medio tartamudiando,
A causa del aguardiente,
Y con el pelo en la frente,
Los ojos medios vidriosos
Y con los labios babosos,
Hablé del tenor siguiente:

«Paisanos: dende esta fecha
El continjente concluyo;
Cuida cada uno lo suyo
Que es la cosa mas derecha.
No abandone su cosecha
El gaucho que haiga sembrao;
Deje que el que es hacendao
Cuide las vacas que tiene,
Que él es á quien le conviene
Asigurar su ganao».

«Vaya largando terreno,
Sin mosquiar, el ricachón,
Capáz, de puro *mamón*,
De mamar hasta con freno;
Pues no me parece güeno,
Sino que por el contrario,
Es injusto y albitrario,
Que tenga media campaña,

Solo porque tuvo maña
Para hacerse *arrendatario*».

«Si el pasto nace en el suelo
Es porque Dios lo ordenó,
Que para eso agua les dió,
A los ñublados del cielo.
Dejen pues que al *caramelo*
Le hinquemos todos el diente,
Y no andemos, tristemente,
Sin tener en donde armar
Un rancho, para sestiar
Cuando pica el sol ardiente».

«Mando que dende este istante
Lo casen á uno de balde;
Que envaine el *corvo* el Alcalde
Y su *lista* el Comendante;
Que no sea atropellante
El Juez de Paz del Partido;
Que á aquel que lo hallen *bebido,*
Porque así le dió la gana,
No le menéen *catana*,
Que al fin está *divertido*».

«Mando, hoy que soy *Sueselencia*,
Que el que quiera ser pulpero
Se ha de confesar primero
Para que tenga concencia.
Porque es cierto, á la evidencia,
Que hoy naides tiene confianza

Ni en medida ni en balanza,
Pues todo venden mermao,
Y cuando no es vino aguao
Es yerba con mezcolanza».

«Naides tiene que pedir
Pase, para otro partido;
Pues libre el hombre ha nacido
Y ande quiera puede dir.
Y si es razón permitir
Que el pueblero vaya y venga,
Justo es que el gaucho no tenga
Que dar cuenta á donde va,
Sino que con libertá
Vaya á donde le convenga».

¿A ver si hay una persona
De las que me han escuchao
Que diga que he gobernao
Sin acierto con la *mona?*
Saquemen una carona
De mi mesmísimo cuero,
Sino haría un verdadero
Gobierno, *Anastasio el Pollo,*
Que hasta *mamáo* es un criollo
Mas servicial que un yesquero.

Si no me hubiese empinao
Como me suelo empinar
La limeta, hasta acabar,
Lindo la habría acertao;

Pues lo que hubiera quedao
Lo mando como un favor
Al mesmo Gobernador
Que nos manda en lo presente,
A ver si con mi aguardiente
Nos gobernaba mejor.

FAUSTO

(AL POETA RICARDO GUTIÉRREZ)

I

En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caía al bajo, al trotecito,
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao
De apelativo *Laguna*:
Mozo ginetazo ¡Ahíjuna!
Como creo no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.

¡Ah criollo! si parecía
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual,
A la rienda obedecía;

De suerte que se creería
Ser no solo arrocinao,
Sinó también del recao
De alguna moza pueblera:
¡Ah Cristo! ¡quién lo tuviera!....
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
Vivaracho y coscojero,
Le iba sonando al overo
La plata que era un primor;
Pues eran plata el fiador,
Pretal, espuelas, virolas,
Y en las cabezadas solas
Traía el hombre un potosí:
¡Qué!... Si traía, para mí,
Hasta de plata las bolas.

En fin: como iba á contar,
Laguna al río llegó,
Contra una tosca se apió
Y empezó á desensillar.
En esto empezó á orejiar
Y á resollar el overo,
Y jué que vido un sombrero
Que del viento se volaba
De entre una ropa, que estaba
Mas allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo al paisano
—¡Vaya záfiro! ¿que es eso?

Y le acarició el pescuezo
Con la palma de la mano.
Un relincho soberano
Pegó el overo que vía
A un paisano que salía
Del agua, en un colorao,
Que al mesmo overo rosao
Nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,
Medita güelta dió Laguna,
Y ya pegó el grito:—¡Ahíjuna!
¿No es el Pollo?
—Pollo, nó,
Ese tiempo se pasó.
(Contestó el otro paisano),
Ya soy jaca vieja, hermano,
Con las púas como anzuelo,
Y á quien ya le niega el suelo
Hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo, y se pegaron
Tal abrazo con Laguna,
Que sus dos almas en una
Acaso se misturaron.
Cuando se desenredaron,
Después de haber lagrimiao,
El overito rosao
Una oreja se rascaba,
Visto que la refregaba
En la clín del colorao.

—Velay, tienda el cojinillo,
Don Laguna, sientesé,
Y un ratito aguardemé
Mientras maneo el potrillo.
Vaya armando un cigarrillo,
Si es que el vicio no ha olvidao:
Ahí tiene contra el recao
Cuchillo, papel y un naco:
Yo siempre pico el tabaco
Por no pitarlo aventao.

—Vaya amigo, le haré gasto...
—¿No quiere maniar su overo?
—Dejeló á mi parejero
Que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto,
Mi cuñao se desmayó;
A los tres días volvió
Del insulto, y crea amigo,
Peligra lo que le digo:
El flete ni se movió.

—¡Bien aiga gaucho embustero!
¿Sabe que no me esperaba
Que soltase una *guayaba*
De ese tamaño, aparcero?
Ya colijo que su overo
Está tan bien enseñao,
Que si en vez de desmayao
El otro hubiera estao muerto,

El fin del mundo, por cierto,
Me lo encuentra allí parao.

—Véan como le buscó,
La güelta... ¡bien aiga el Pollo!
Siempre larga todo el rollo
De su lazo...
—¡Y como nó!
¿O se ha figurao que yo
Asina nomás las trago?
¡Hágase cargo!...
—Ya me hago...
—Prieste el fuego...
—Tomeló
—Y aura le pregunto yó:
¿Que anda haciendo en este pago?

—Hace como una semana
Que he bajao á la ciudá,
Pues tengo necesidá
De ver si cobro una lana:
Pero me andan con *mañana,*
O no hay plata, y venga luego;
Hoy no más cuasi le pego
En las aspas, con la argolla,
A un gringo que aunque de embrolla
Ya le he maliciao el juego.

—Con el cuento de la guerra
Andan matreros los cobres,
—¡Vamos á morir de pobres

Los paisanos de esta tierra!
Yo cuasi he ganao la sierra,
De puro desesperao...
—Yo me encuentro tan cortao,
Que á veces se me hace cierto,
Que hasta ando jediendo á muerto...
—Pues yo me hallo hasta *empeñao.*

—¡Vaya un lamentarse! ¡Ahijuna!...
Y eso es de vicio aparcero;
A usté lo ha hecho su ternero
La vaca de la fortuna,
Y no llore, Don Laguna,
No me lo castigue Dios:
Sinó comparemolós
Mis tientos con su chapiao,
Y así en limpio habrá quedao
El más pobre de los dos.

—¡Vean si es escarbador
Este Pollo! ¡Virgen mía!
Si es pura chafalonía...
—Eso sí, siempre pintor!
—Se la gané á un jugador
Que vino á echarla de *güeno.*
Primero le gané el freno
Con riendas y cabezadas;
Y en otras tantas jugadas
Perdió el hombre hasta lo ageno.

¿Y sabe lo que decía
Cuando se vía en la mala?
El que me ha pelao la chala
Debe tener brujería,
A la cuenta se creería
Que el diablo y yo...
—¡Callesé
Amigo! ¿no sabe usté
Que la otra noche lo he visto
Al demonio?
—¡Jesucristo!...
—Hace bien, santigüesé.

—Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego.
Pero no importa, le ruego
Que me dentre á relatar,
El como llegó á topar
Con el *malo,* ¡Virgen Santa!
Solo el pensarlo me espanta...
—Güeno, le voy á contar,
Pero antes voy á buscar
Conque mojar la garganta.

El Pollo se levantó
Y se jué en su colorao,
Y en el overo rosao
Laguna al agua dentró.
Todo el baño que le dió,
Fué dentrada por salida,

Y á la tosca consabida
Don Laguna se volvió,
Ande á don Pollo lo halló
Con un frasco de bebida.

—Larguesé al suelo cuñao
Y vaya haciéndose cargo,
Que puede ser más que largo
El cuento que le he ofertao.
Desmanée el colorado,
Desate su maniador,
Y en ancas haga el favor
De acollararlos...
—Al grito:
¿Es manso el coloradito?
—¡Ese es un trebo de olor!

—Ya están acollaraditos...
—Dele un beso á esa giñebra:
Yo le hice sonar de una hebra
Lo menos diez golgoritos.
—Pero esos son muy poquitos
Para un criollo como usté,
Capaz de prenderselé
A una pipa de lejía...
—Hubo un tiempo en que solía...
—Vaya amigo, larguesé.

II

—Como á eso de la oración,
Aura cuatro ó cinco noches,

Vide una fila de coches,
Contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor
Como hacienda amontonada,
Pujaba desesperada
Por llegar al mostrador.

Allí á juerza de sudar,
Y á punta de hombro y de codo
Hice, amigaso, de modo
Que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
Y di güelta... ¡Cristo mío!
Estaba pior el gentío
Que una mar alborotada.

Era á causa de una vieja
Que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral
¿A que encierran tanta oveja?

—Ahí verá: Por fin, cuñao,
A juerza de arrempujón,
Salí como mancarrón
Que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
Lo propio que picadillo,
Y el fleco del calzoncillo
Hilo á hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñao,
De toda esta desventura,
El puñal, de la cintura,
Me lo habían refalao.

—Algún gringo como luz
Para la uña, ha de haber sido.
—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón
Por la pérdida, dentré
Y una escalera trepé
Con ciento y un escalón.

Llegué á un alto, finalmente,
Ande va la paisanada,
Que era la última camada
En la estiba de la gente.

Ni bien me había sentao,
Rompió de golpe la banda,
Que detrás de una baranda
La habían acomodao.

Y ya también se corrió
Un lienzo grande, de modo,
Que á dentrar con flete y todo
Me aventa creameló.

Atrás de aquel cortinao
Un Dotor apareció.

Que asigún oí decir yó,
Era un tal *Fausto*, mentao.

—¿Dotor dice? Coronel
De la otra banda, amigaso;
Lo conozco á ese criollaso
Por que he servido con él.

—Yo también lo conocí,
Pero el pobre ya murió:
¡Bastantes veces montó
Un saino que yo le dí!

Dejeló al que está en el cielo,
Que es otro *Fausto* el que digo,
Pues bien puede haber, amigo,
Dos burros del mesmo pelo.

—No he visto gaucho más *quiebra*
Para retrucar ¡ahijuna!...
—Dejemé hacer, Don Laguna,
Dos gárgaras de giñebra.

Pues como le iba diciendo,
El Dotor apareció,
Y, en público, se quejó
De que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía
Con la cencia que estudió;
Que él á una rubia quería,
Pero que á él la rubia nó.

Que al ñudo la pastoriaba
Dende el nacer de la aurora,
Pues de noche y á toda hora,
Siempre trás de ella lloraba.

Que de mañana á ordeñar
Salía muy currutaca,
Que él le maniaba la vaca,
Pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,
Y cansado de llorar,
Al fin se iba á envenenar
Por que eso no era vivir.

El hombre allí renegó,
Tiró contra el suelo el gorro
Y por fin, en su socorro,
Al mesmo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustaso, por Cristo!
¡Ahí mesmo, jediendo á misto,
Se apareció el *condenao*!

Hace bien: persinesé
Que lo mesmito hizo yo,
—¿Y cómo no disparó?
—Yo mesmo no sé porqué.

¡Viera al Diablo! Uñas de gato,
Flacón, un sable largote,

Gorro con pluma, capote,
Y una barba de chivato.

Medias hasta las berija,
Con cada ojo como un charco,
Y cada ceja era un arco
Para correr la sortija.

«Aquí estoy á su mandao
Cuente con un servidor».
Le dijo el diablo al Dotor
Que estaba medio asonsao.

«Mi Dotor no se me asuste
Que yo lo vengo á servir:
Pida lo que ha de pedir
Y ordenemé lo que guste».

El Dotor medio asustao
Le contestó que se juese...
—Hizo bien: ¿No le parece?
—Dejuramente, cuñao.

Peró el diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,
Y á medio darle coraje
Hasta que lo engatuzó.

—No era un Dotor muy projundo?
¿Cómo se dejó engañar?
—Mandinga es capaz de dar
Diez güeltas á medio mundo.

El diablo volvió á decir:—
«Mi Dotor no se me asuste,
Ordenemé en lo que guste,
Pida lo que ha de pedir».

«Si quiere plata tendrá;
Mi bolsa siempre está llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir *quiero,* será».

No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
Otra cosa quiero yó
Mil veces mejor que el oro.

«Yo todo le puedo dar,
Retrucó el Ray del Infierno,
Diga, ¿Quiere ser Gobierno?
Pues no tiene mas que hablar».

—No quiero plata ni mando,
Dijo Don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando.

No bien esto el diablo oyó,
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada,
Una paré se partió,

Y el Dotor, fulo miró
A su prenda idolatrada.

—¡Canejo.... ¿Será verdad?
¿Sabe que se me hace cuento?
—No crea que yo le miento:
Lo ha visto media ciudá.

¡Ah Don Laguna! ¡Si viera
Que rubia! ...... Creámelo:
Creí que estaba viendo yó
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzao,
Se apareció la muchacha:
Pelo de oro, como hilacha
De choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,
Y celeste la pollera;
Don Laguna, si aquello era
Mirar á la *Inmaculada*.

Era cada ojo un lucero,
Sus dientes perlas del mar,
Y un clavel al reventar
Era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco
El Dotor cuanto la vió,
Pero el diablo lo atajó
Diciéndole:—«Poco á poco.

Si quiere, hagamos un *pato:*
Usté su alma me ha de dar,
Y en todo lo he de ayudar:
¿Le parece bien el trato?

Como el Dotor consintió,
El diablo sacó un papel
Y lo hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.

—¡Dotor y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñao
¿Si se topó ese abogao
Con la horma de su zapato?

Ha de saber que el Dotor
Era dentrao en edá,
Asina es que estaba yá
Bichoco para el amor.

Por eso al dir á entregar
La contrata consabida,
Dijo:—«¿Habrá alguna bebida
Que me pueda remozar?»

Yo no sé que brujería.
Misto, mágica ó polvito
Le echó el diablo y... ¡Dios bendito!
¡Quién demonio lo creería!

¿Nunca ha visto usté un gusano
Volverse una mariposa?

Pues allí la mesma cosa
Le pasó al Dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón
De pronto se vaporaron,
Y en el Dotor ver dejaron
A un donoso mocetón.

—¿Qué dice?... ¡barbaridá!...
¡Cristo padre!... ¿Será cierto?
—Mire:—Que me caiga muerto
Si no es la pura verdá.

El diablo entonces mandó
A la rubia que se juese,
Y que la paré se uniese,
Y la cortina cayó

A juerza de tanto hablar
Se me ha secao el gargüero:
Pase el frasco, compañero....
—¡Pues no se lo he de pasar!

III

—Vea los pingos.....
—¡Ah hijitos!
Son dos fletes soberanos.
—¡Como si jueran hermanos
Bebiendo la agua juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita

Cuando agatas la puntita
Del sol comienza á asomar!

Usté ve venir á esa hora
Roncando la marejada,
Y vé en la espuma encrespada
Los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca
Y con la vela al solsito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,
Venir voyando un islote,
Y es que trae á un camalote
Cabrestiando la corriente.

Y con un campo quebrao,
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza á hinchar
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa agatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al desplayao
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas, es divino,
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene á estrellarse
El hombre con su destino.

Y no sé que da el mirar
Cuando barrosa y bramando,
Sierras de agua viento alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
Se amostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se vé en este suelo.

Y es cosa de bendecir
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena
Obligándola á dormir.

Y es muy lindo ver nadando
A flor de agua algun pescao:
Van, como plata, cuñao,
Las escamas relumbrando.....

—¡Ah Pollo! Ya comenzó
A meniar taba: ¿y el caso?
—Dice muy bien, amigaso:
Seguiré contándoló.

El lienzo otra vez alzaron
Y apareció un bodegón,

Ande se armó una reunión
En que algunos se mamaron.

Un Don Valentín, velay,
Se hallaba allí en la ocasión,
Capitán, muy guapetón,
Que iba á dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrao,
De la rubia, y conversaba
Con otro mozo que andaba
Viendo de hacerlo cuñao.

Don *Silverio,* ó cosa así,
Se llamaba este individuo,
Que me pareció medio *ido*
O sonso cuanto lo ví.

Don Valentín le pedía
Que á la rubia le sirviera
En su ausencia . . .
—¡Pues, sonsera!
¡El otro que más quería!

—El Capitan, con su vaso,
A los presentes brindó,
Y en esto se apareció,
De nuevo el diablo, amigaso.

Dijo que si lo admitían
También echaría un trago,
Que era por no ser del pago
Que allí no lo conocían.

Dentrando en conversación
Dijo el diablo que era brujo:
Pidió un ajenco y lo trujo
El mozo del bodegón.

«No tomo bebida sola,»
Dijo el diablo: se subió
A un banco, y ví que le echó
Agua de una cuarterola.

Como un tiro de jusil
Entre la copa sonó
Y á echar llamas comenzó
Como si juera un candil.

Todo el mundo reculó;
Pero el diablo sin turbarse
Les dijo:—«no hay que asustarse,»
Y la copa se empinó.

—¡Que buche! ¡Dios soberano!,
—Por no parecer morao
El capitán jué, cuñao,
Y le dió al diablo la mano.

Satanás le registró
Los dedos con grande afán,
Y le dijo:—«Capitán,
Pronto muere, crealó».

El Capitán, retobao;
Peló la lata y Luzbel

No quiso ser menos que él
Y peló un amojosao.

Antes de cruzar su acero,
El diablo el suelo rayó:
¡Viera el fuego que salió!...
¡Que sable para yesquero!

—¿Qué dice? ¡Había de oler
El jedor que iba largando
Mientras estaba chispeando
El sable de Lucifer!

No bien á tocarse van
Las hojas, creameló,
La mitá al suelo cayó
Del sable del Capitán.

«¡Este es el diablo en figura
De hombre!» el Capitán gritó,
Y al grito le presentó
La Cruz de la empuñadura.

¡Viera al diablo retorcerse
Como culebra, aparcero!
—¡Oiganlé!...
—Mordió el acero
Y comenzó á estremecerse.

Los otros se aprovecharon
Y se apretaron el gorro:
Sin duda á pedir socorro
O á *dar parte* dispararon.

En esto don Fausto entró
Y conforme al diablo vido,
Le dijo:—«¿Qué ha sucedido?»
Pero él se desentendió.

El Dotor volvió á clamar
Por su rubia, y Lucifer,
Valido de su poder,
Se la volvió á presentar.

Pues que golpiando en el suelo
En un baile apareció,
Y don Fausto le pidió
Que lo acompañáse á un *cielo.*

No hubo forma que bailara:
La rubia se encaprichó;
De valde el Dotor clamó
Por que no lo desairara.

Cansao ya de redetirse,
Le contó al demonio el caso;
Pero él le dijo:—«Amigaso
No tiene por que aflijirse:

Si en el baile no ha alcanzao
El poderla arrocinar,
Deje: le hemos de buscar
La güelta por otro lao.

Y mañana á más tardar
Gozará de sus amores,

Que á otras, mil veces mejores,
Las he visto cabrestiar.»

¡Balsa general! gritó
El bastonero mamao;
Pero en esto el cortinao
Por segunda vez cayó.

Armemos un cigarrillo
Si le parece...
—¡Pues nó!
—Tome el naco, piqueló,
Usté tiene mi cuchillo.

IV

Ya se me quiere cansar
El flete de mi relato...
—Priendalé guasca otro rato:
Recién comienza á sudar.

—No se apure: aguardesé:
¿Cómo anda el frasco?
—Tuavía,
Hay con que hacer medio día:
Ahí lo tiene, priendalé.

—¿Sabe que este giñebrón
No es para beberlo solo?
Si alvierto traigo un chicholo
O un cacho de salchichón.

—Vaya, no le ande aflojando
Dele trago y domeló,
Que á reiz de las carnes yó
Me lo estoy acomodando.

—¿Que tuavía no ha almorzao?
—Ando en ayunas, Don Pollo;
Porque ¿á qué contar un bollo
Y un cimarrón aguachao?

Tenía hecha la intención
De ir á la fonda de un gringo
Después de bañar el pingo...
—Pues vámonos del tirón.

—Aunque ando medio delgao
Don Pollo, no le permito
Que me merme ni un chiquito
Del cuento que ha comenzao.

—Pues entonces, allá va:
Otra vez el lienzo alzaron
Y hasta mis ojos dudaron,
Lo que ví... ¡barbaridá!

¡Qué quinta! ¡Virgen bendita!
¡Viera amigaso el jardín!
Allí se vía el jazmín,
El clavel, la margarita.

El toronjil, la retama
Y hasta estuatas, compañero,

Al lao de esa era un chiquero
La quinta de Don Lezama.

Entre tanta maravilla
Que allí había, y medio á un lao,
Habían edificao
Una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía
Entre las flores como ella,
Allí brillaba esa estrella
Que el pobre Dotor seguía.

Y digo *pobre Dotor,*
Porque pienso, Don Laguna,
Que no hay desgracia ninguna
Como un desdichao amor.

—Puede ser; pero, amigaso,
Yo en las cuartas no me enriedo,
Y en un lance en que no puedo,
Hago de mi alma un cedaso.

Por hembras yo no me pierdo:
La que me empaca su amor,
Pasa por el cernidor
Y... *si te ví, no me acuerdo.*

Lo demás, es calentarse
El mate al divino ñudo
—¡Feliz quien tenga ese escudo
Con que poder rejuardarse!

Pero usté habla, Don Laguna,
Como un hombre que ha vivido
Sin haber nunca querido
Con alma y vida á ninguna.

Cuando un verdadero amor,
Se estrella en un alma ingrata
Más vale el fierro que mata
Que el fuego devorador.

Siempre ese amor lo persigue
A donde quiera que vá:
Es una fatalidá
Que á todas partes lo sigue.

Si usté en un rancho se queda,
O si sale para un viaje,
Es de valde: no hay paraje
Ande olvidarla usté pueda.

Cuando duerme todo el mundo,
Usté, sobre su recao,
Se da güeltas, desvelao,
Pensando en su amor projundo.

Y si el viento hace sonar
Su pobre techo de paja,
Cree usté que es *ella* que baja
Sus lágrimas á cesar.

Y si en alguna lomada
Tiene que dormir, al raso,

Pensando en *ella,* amigaso,
Lo hallará la madrugada.

Allí acostao sobre abrojos,
O entre cardos, Don Laguna,
Verá su cara en la luna,
Y en las estrellas, sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde
Al bien de su alma querido,
Si hasta cree ver su vestido
En la nube que se pierde?

Asina sufre en la ausiencia
Quien sin ser querido quiere:
Aura verá como muere
De su prenda en la presencia.

Si enfrente de esa deidá
En alguna parte se halla,
Es otra nueva batalla
Que el pobre corazón dá.

Si con la luz de sus ojos
Le alumbra la triste frente,
Usté, Don Laguna, siente
El corazón entre abrojos.

Su sangre comienza á alzarse
A la cabeza en tropel,
Y cree que quiere esa cruel
En su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega
Esa ligera mirada,
Queda su alma abandonada
Entre el dolor que la aniega.

Y usté firme en su pasión...
Y van los tiempos pasando,
Un hondo surco dejando
En su infeliz corazón.

—Güeno, amigo: así será,
Pero me ha sentao el cuento...
—¡Qué quiere! Es un sentimiento...
Tiene razón: allá vá:

Pues, señor, con gran misterio,
Traindo en la mano una cinta,
Se apareció entre la quinta
El sonso de Don Silverio.

Sin duda alguna saltó
Por la zanja de la güerta,
Pues esa noche su puerta
La mesma rubia cerró.

Rastriándolo se vinieron
El demonio y el Dotor,
Y trás del árbol mayor
A aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta
Y la cinta, un ramó armó

Don Silverio, y lo dejó
Sobre el umbral de la puerta.

—¡Que no cairle una centella!
—¿A quien? ¿Al sonso?
—¡Pues digo!...
Venir á osequiarla, amigo.
Con las mesmas flores de ella!

—Ni bien acomodó el guacho
Ya rumbió...
—¡Miren que hazaña!
Eso es ser más que lagaña
Y hasta dá rabia, caracho!

—El diablo entonces salió
Con el Dotor, y le dijo:
«Esta vez priende de fijo
La vacuna, crealó.»

Y el capote haciendo á un lao,
Desenvainó allí un baulito,
Y jué y lo puso juntito,
Al ramo del abombao.

—No me hable de esa mulita:
¡Qué apunte para una banca!
¿A que era mágica blanca
Lo que trujo en la cajita?

—Era algo más eficáz
Para las hembras, cuñao,

Verá si las ha calao,
De lo lindo Satanás.

Trás del árbol se escondieron
Ni bien cargaron la mina,
Y más que nunca, divina,
Venir á la rubia vieron.

La pobre, sin alvertir,
En un banco se sentó,
Y un par de medias sacó
Y las comenzó á zurcir.

Cinco minutos, por junto,
En las medias trabajó.
Por lo que calculo yó
Que tendrían solo un punto.

Dentró á espulgar un rosal,
Por la hormiga consumido,
Y entonces jué cuando vido
Caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,
Enderezó á la cajita,
Y sacó...¡Virgen bendita!...
¡Viera que cosa, amigaso!

¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!
¡Qué rosetas soberanas!
¡Qué collar! ¡Qué carabanas!
—¡Vea al diablo tentador!

¿No le dije Don Laguna?
La rubia allí se colgó
Las prendas, y apareció
Más plateada que la luna

En la caja, Lucifer,
Había puesto un espejo...
—¿Sabe que el diablo, canejo,
La conoce á la mujer?

—Cuando la rubia gastaba
Tanto mirarse, la luna,
Se apareció, Don Laguna,
La vieja que la cuidaba.

¡Viera la cara, cuñao,
De la vieja, al ver brillar
Como reliquias de altar!
Las prendas del condenao!

«¿Diaonde este lujo sacás?»
La vieja fula, decía,
Cuando gritó:—«Avemaria»!
En la puerta, Satanás.

—«¡Sin pecao! ¡Dentre señor!»
—¿No hay perros?—¿Ya los ataron!
Y ya también se colaron
El demonio y el Dotor.

El diablo allí comenzó
A enamorar á la vieja,

Y el Dotorcito á la oreja
De la rubia se pegó.

—¡Vea al diablo haciendo gancho!
El caso jué que logró
Reducirla, y la llevó
A que le mostrase un chancho.

—¿Por supuesto, el Dotorcito
Se quedó allí mano á mano?
De juro, y ya verá hermano,
La liendre que era el mocito.

Corcovió la rubiecita,
Pero al fin se sosegó,
Cuando el Doctor le contó
Que él era el de la cajita.

Asigún lo que presumo,
La rubia aflojaba lazo,
Por que el Dotor, amigaso,
Se le quería ir al humo.

La rubia lo malició
Y por entre las macetas,
Le hizo unas cuantas gambetas
Y la casilla ganó.

El Diablo tras de un rosal,
Sin la vieja apareció....
—¡A la cuenta la largó
Jediendo entre algún maizal!

—La rubia en vez de acostarse,
Se lo pasó en la ventana,
Y allí aguardó la mañana
Sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía,
Y el lucero se apagaba,
Y ya también comenzaba
A venir clariando el día.

¿No ha visto usté de un yesquero
Loca una chispa salir,
Como dos varas seguir
Y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñao,
Caminaban las estrellas
A morir, sin quedar de ellas
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
Como sahumerio venía,
Y alegre ya se ponía
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos
Gotas de cristal brillaban,
Y al suelo se descolgaban
Cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento
Ver los junquillos doblarse,

Y los claveles cimbrarse
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
El botón de alguna rosa,
Venir una mariposa
Y comenzarlo á chupar.

Y si se pudiera el cielo
Con un pingo comparar,
También podría afirmar
Que estaba mudando pelo.

—¡No sea bárbaro, canejo!
¡Qué comparancia tan fiera!
—No hay tal: pues de saino que era
Se iba poniendo azulejo.

¿Cuando ha dao un madrugón
No ha visto usté, embelesao,
Ponerse blanco-azulao
El más negro ñubarrón?

—Dice bien, pero su caso
Se ha hecho medio empacador....
Aura viene lo mejor
Pare la oreja, amigaso.

El diablo dentró á retar
Al Dotor y entre el responso,
Le dijo:—¿Sabe que es sonso?
¿Pa qué la dejó escapar?«

«Ahí la tiene en la ventana:
Por suerte no tiene reja,
Y antes que venga la vieja
Aproveche la mañana».

Don Fausto ya atropelló
Diciendo:—«¡basta de ardiles!»
La cazó de los cuadriles
Y ella.... también lo abrazó!

—¡Oiganlé á la dura!
—En esto....
Bajaron el cortinao;
Alcance el frasco cuñao,
—Agatas le queda un resto.

IV

—Al rato el lienzo subió
Y deshecha y lagrimiando,
Contra una máquina hilando
La rubia se apareció.

La pobre dentró á quejarse
Tan amargamente allí,
Que yo á mis ojos sentí
Dos lágrimas asomarse.

—¡Qué vergüenza!
—Puede ser:
Pero amigaso, confiese
Que á usté también lo enternece
El llanto de una mujer.

Cuando á usté un hombre lo ofiende,
Ya sin mirar para atrás,
Pela el flamenco y ¡sas! ¡trás!
Dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridá
La *partida* le ha soltao,
Usté en su overo rosao
Bebiendo los vientos vá.

Naide de usté se despega
Porque se aiga desgraciao,
Y es muy bien agasajao
En cualquier rancho á que llega.

Si es hombre trabajador,
Ande quiera gana el pan:
Para eso con usté van.
Bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago,
Y cuanto más larga ha sido
Su ausiencia, usté es recebido
Con más gusto y más halago.

Engaña usté á una infeliz,
Y para mayor vergüenza,
Vá y le cerdea la trenza
Antes de hacerse perdiz.

La ata, si le dá la gana,
En la cola de su overo,

Y le amuestra al mundo entero
La trenza de ña julana.

Si ella tuviese un hermano,
Y en su rancho miserable
Hubiera colgao un sable,
Juera otra cosa, paisano.

Pero sola y despreciada
En el mundo ¿qué ha hacer?
¿A quién la cara volver?
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja
Será su solo consuelo,
Y empapar con llanto el pelo
Del hijo que usté le deja.

Pues ese dolor projundo
A la rubia la secaba,
Y por eso se quejaba
Delante de todo el mundo.

Aura, confiese, cuñao,
Que el corazón más calludo,
Y el gaucho más entrañudo,
Allí habría lagrimiao.

—¿Sabe que me ha sacudido
De lo lindo el corazón?
Vea sinó el lagrimón
Que al oirlo se me ha salido...

—¡Oiganlé!...
—Me ha redotao:
No guarde rencor, amigo...
—Si es en broma que le digo...
—Siga su cuento, cuñao.

La rubia se arrebozó
Con un pañuelo ceniza,
Diciendo que se iba á misa
Y puerta ajuera salió.

Y crea usté lo que guste
Porque es cosa de dudar...
¡Quien había de esperar
Tan grande desbarajuste!

Todo el mundo estaba ajeno
De lo que allí iba á pasar,
Cuando el diablo hizo sonar
Como un pito de sereno.

Una iglesia apareció
En menos que canta un gallo...
—¡Vea si dentra á caballo!
—Me larga, creameló.

Creo que estaban alzando
En una misa cantada,
Cuando aquella desgraciada
Llegó á la puerta llorando.

Allí la pobre cayó
De rodillas sobre el suelo,

Alzó los ojos al cielo,
Y cuatro credos rezó.

Nunca he sentido más pena
Que al mirar á esa mujer:
Amigo, aquello era ver
A la mesma *Magalena.*

De aquella rubia rosada
Ni rastro había quedao:
Era un clavel marchitao,
Una rosa deshojada.

Su frente, que antes brilló
Tranquila, como la luna,
Era un cristal Don Laguna
Que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos
Las lágrimas se secaban
Y entre-temblando rezaban
Sus labios descoloridos.

Pero el diablo la uña afila,
Cuando está desocupao,
Y allí estaba el condenao
A una vara de la pila.

La rubia quiso dentrar,
Pero el diablo la atajó
Y tales cosas le habló,
Que la obligó á disparar.

Cuasi le dá el acidente
Cuando á su casa llegaba:
La suerte que le quedaba
En la vedera de enfrente.

Al rato el diablo dentró
Con Don Fausto muy de brazo,
Y una gitarra, amigazo,
Ahí mesmo desenvainó.

—¿Qué me dice amigo Pollo?
—Como lo oye, compañero:
El diablo es tan guitarrero
Como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,
La claridá se ahuyentaba,
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,

Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse, la luna,
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas trompezaban,
Los pájaros que volaban
A guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,
En llanto se deshacía,
Y rezando, á Dios pedía
Que le emprestase su ayuda.

Yo presumo que el Dotor
Hostigao por Satanás,
Quería otras hojas más,
De la desdichada flor.

A la ventana se arrima
Y le dice al condenao:
«Dele no más sin cuidao
Aunque reviente la prima».

El diablo agatas tocó
Las clavijas, y al momento
Como un arpa el estrumento
De tan bien templao sonó.

—Tal vez lo tráiba templao
Por echarla de baquiano...
—Todo puede ser, hermano,
Pero ¡oyese al condenao!

Al principio se florió
Con un lindo bordonéo,
Y en ancas de aquel floréo
Una décima cantó.

No bien llegaba al final
De su canto, el condenao,
Cuando el Capitán, armao,
Se apareció en el umbral.

—Pues yo en campaña lo hacía...
—Daba la casualidá
Que llegaba á la ciudá
En comisión, ese día.

—Por supuesto hubo fandango......
—La lata ahí no más peló,
Y al infierno le aventó
De un cinturazo el changango.

—¡Lindo el mozo!
—¡Pobrecito!....

—¿Lo mataron?
—Ya verá:
Peló un corbo el Dotorcito,
Y el diablo ... ¡barbaridá!

Desenvainó una espadita
Como un viento, lo embasó,
Y allí no más ya cayó
El pobre ...
—¡Anima bendita!

—A la trifulca y al ruido
En montón la gente vino...
—¿Y el Dotor y el asesino?
—Se habían escabullido.

La rubia también bajó
Y viera aflición, paisano,
Cuando el cuerpo de su hermano
Bañado en sangre miró.

Agatas medio alcanzaron
A darse una despedida,
Porque en el cielo, sin vida,
Sus dos ojos se clavaron.

Bajaron el cortinao,
De lo que yo me alegré....
—Tome el frasco, priendalé,
—Sirvasé no mas, cuñao.

VI

—Pobre rubia! Vea usté
Cuanto ha venido á sufrir:
Se le podía decir,
¡Quién te vido y quién te vé!

—Ansí es el mundo, amigaso:
Nada dura, Don Laguna,
Hoy nos ríe la fortuna,
Mañana nos dá un guascaso.

Las hembras, en mi opinión,
Train un destino más fiero,
Y si quiere, compañero,
Le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,
Una delicia es cada hoja,
Y hasta el rocío la moja
Como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor
Linda, fresca y olorosa:
A ella vá la mariposa,
A ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero
Se prenda al verla tan bella,
Y no pasa por sobre ella
Sin darle un beso primero.

¡Lástima causa esa flor
Al verla tan consentida!
Cree que es tan larga su vida
Como fragante su olor.

Nunca vió el rayo que raja,
A la renegrida nube,
Ni vé el gusano que sube,
Ni al fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno
De la pobrecita, cabe,
Pues que se amaca, no sabe,
Entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega
Sin la menor desconfianza,
Y el gusano ya la alcanza ...
Y el sol de las doce llega...

Se vá el sol abrasador,
Pasa á otra planta el gusano,
Y la tarde...encuentra, hermano,
El cadáver de la flor.

Piense en la rubia cuñao,
Cuando entre flores vivía,
Y diga si presumía
Destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador
Afíjese en su memoria,

Y diga: ¿es igual la historia
De la rubia y de la flor?

—Se me hace tan parecida
Que ya más no puede ser.
—Y hay más: le falta que ver
A la rubia en la crujida.

—¿Qué me cuenta? ¡Desdichada!
—Por última vez se alzó
El lienzo, y apareció
En la cárcel encerrada.

¿Sabe que yo no colijo
El por qué de la prisión?
—Tanto penar, la razón
Se le jué, y lo mató al hijo.

Ya la había sentenciao
A muerte, á la pobrecita,
Y en una negra camita
Dormía un sueño alterao.

Ya redoblaba el tambor,
Y el cuadro ajuera formaban,
Cuando al calabozo entraban
El demonio y el Dotor.

—¡Veanló al diablo si larga
Sus presas así no más!
¿A qué anduvo Satanás
Hasta oír sonar la descarga?

—Esta vez se le chingó
El cuete, y ya lo verá.
—Priendalé al cuento que yá
No lo vuelvo á atajar yo.

—Al dentrar hicieron ruido,
Creo que con los cerrojos;
Abrió la rubia los ojos
Y allí contra ella los vido.

La infeliz, ya trastornada
A causa de tanta herida,
Se encontraba en la crujida
Sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al Dotor,
Ya comenzó á disvariar,
Y hasta le quiso cantar
Unas décimas de amor.

La pobrecita soñaba
Con sus antiguos amores,
Y creía mirar sus flores
En los fierros que miraba.

Ella creía que como antes,
Al dir á regar su güerta,
Se encontraría en la puerta
Una caja de diamantes.

Sin ver que en su situación
La caja que le esperaba,

Era la que redoblaba,
Antes de la ejecución.

Redepente se fijó
En la cara de Luzbel:
Sin duda *al malo* vió en él,
Porque allí muerta cayó.

Don Fausto al ver tal desgracia,
De rodilla cayó al suelo,
Y dentró á pedirle al cielo
La recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido
De tanto mal que habia hecho,. . .
Se daba golpes de pecho,
Y lagrimiaba aflijido.

En dos pedazos se abrió
La paré de la crujida,
Y no es cosa de esta vida
Lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia:
Yo ví entre una nubecita,
La alma de la rubiecita,
Que se subía á la gloria.

San Miguel, en la ocasión,
Vino entre nubes bajando
Con su escudo, y revoliando
Un sable tirabuzón.

Pero el diablo, que miró
El sable aquel y el escudo,
Lo mesmito que un peludo
Bajo la tierra ganó.

Cayó el lienzo finalmente
Y ahí tiene el cuento contao...
—Prieste el pañuelo, cuñao,
Me está sudando la frente.

Lo que almiro es su firmeza
Al ver esas brujerías.
—He andao cuatro ó cinco días
Atacao de la cabeza.

—Ya es güeno dir ensillando..
—Tome ese último traguito
Y eche el frasco á ese pocito
Para que quede boyando.

Cuando los dos acabaron
De ensillar sus parejeros,
Como güenos compañeros,
Juntos al trote agarraron.
En una fonda se apiaron
Y pidieron de cenar:
Cuando ya iban á acabar,
Don Laguna sacó un rollo
Diciendo:—«El gasto del Pollo
De aquí se lo han de cobrar».

JOSÉ HERNÁNDEZ

MARTÍN FIERRO

I

Aquí me pongo á cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

Pido á los santos del Cielo
Que ayuden mi pensamiento,
Les pido en este momento,
Que voy á cantar mi historia
Me refresquen la memoria,
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista;
Pido á mi Dios que me asista
En esta ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
Con famas bien obtenidas,
Y que después de adquiridas

No las quieren sustentar:—
Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro á de pasar,
Nada lo hace recular
Ni las fantasmas lo espantan;
Y dende que todos cantan
Yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre—
Dende el vientre de mi madre
Vine á este mundo á cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome á cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento—
Como si soplara el viento
Hago tiritar los pastos—
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo á cantar
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando;
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naides me pone el pie encima,
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir á la prima
Y llorar á la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
Y toraso en rodeo ageno,
Siempre me tuve por güeno
Y si me quieren probar,
Salgan otros á cantar
Y veremos quien es ménos.

No me hago al lao de la güeya
Aunque vengan degollando,
Con los blandos yo soy blando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno, en un apuro
Me ha visto andar titubiando.

En el peligro ¡qué Cristos!
El corazón se me ensancha
Pues toda la tierra es cancha,

Y de esto naides se asombre,
El que se tiene por hombre
Ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
Como mi lengua lo explica,
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor,
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
En el fondo de la mar
Naides me puede quitar,
Aquello que Dios me dió,
Lo que al mundo truje yo
Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo,
No hago nido en este suelo
Ande hay tanto que sufrir;
Y naides me ha de seguir
Cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama—
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato
Que nunca peleo ni mato
Sinó por necesidá;
Y que á tanta alversidá
Solo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
Que hace un gaucho perseguido
Que fué buen padre y marido
Empeñoso y deligente,
Y sin embargo la gente,
Lo tiene por un bandido.

II

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo—
Y naides se muestre altivo
Aunque en el escrito esté,
Que suele quedarse á pie
El gaucho más alvertido

Junta esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y á poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias á empujones;
¡Jué pucha! ¡que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía.
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
Como pasaba los días.

Entónces...cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo
Y los gallos con su canto
La madrugada anunciaba,
A la cocina rumbiaba
El gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
Tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
Empezaba á coloriar,
Los pájaros á cantar,

Y las gallinas á apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual á trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman desde el palenque.

El que era pión domador
Endereza al corral,
Ande estaba el animal
Bufidos que se las pelas...
Y más malo que su agüela
Se hacia astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto al potro enrriendó,
Los cueros le acomodó
Y se le sentó enseguida,
Que el hombre muestra en la vida,
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
Pedazos se hacía el sotreta,
Mientras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,
Y al ruido de las caronas
Salía haciéndose gambetas.

¡Ah! ¡tiempos! . . . era un orgullo
Ver ginetiar un paisano—
Cuando era gaucho vaquiano
Aunque el potro se voliase
No había uno que no parase
Con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y ansí sin sentir pasaban
Entretenidos el día.

Y verlos al caer la noche
En la cocina riunidos
Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos.
Hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al día siguiente
Las faenas del día anterior.

Ricuerdo! . . . ¡Qué maravilla!
Como andaba la gauchada,
Siempre alegre y bien montada

Y dispuesta pa el trabajo...
Pero al presente ... ¡barajo!
No se le vé de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenía tropilla de un pelo,
No le faltaba consuelo
Y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista
Solo via hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador
Y tironiador sin yel—
¡Ah! ¡tiempos! ... pero sin él
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo
Mas bien era una junción,
Y despues de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Pues vivia la mamajuana
Siempre bajo la carreta,
Y aquel que no era chancleta
En cuanto el goyete via,
Sin miedo se le prendía
Como güertano á la teta.

¡Y qué jugadas se armaban
Cuando estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos
Pues en tales ocasiones,
A ayudarles á los pionès
Caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
Y alboroto pa el hembraje,
Pa preparar los potajes
Y obsequiar bien á la gente,
Y ansí, pues, muy grandemente,
Pasaba siempre el gauchage.

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada
Los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino,
Que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridá;
Pero aura ... barbaridá?
La cosa anda tan fruncida,
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
Y si el alcalde lo sabe
Lo caza lo mesmo que ave

Aunque su mujer aborte....
No hay tiempo que no se acabe
Ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto
Si el alcalde lo bolea,
Pues hay no más se le apea
Con una felpa de palos,—
Y después dicen que es malo
El gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan á golpes,
Y le rompen la cabeza,
Y luego con ligereza
Ansí lastimao y todo,
Lo amarran codo con codo
Y pa el cepo lo enderiezan.

Ay comienzan sus desgracias,
Ay principia el pericón;
Porque ya no hay salvación,
Y que usté quiera ó no quiera,
Lo mandan á la frontera
O lo hechan á un batallón.

Ansí empezaron mis males
Lo mesmo que los de tantos,
Si gustan ... en otros cantos
Les diré los que he sufrido,
Después que uno está perdido
No lo salvan ni los santos.

III

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé á padecer,
Me echaron á la frontera,
¡Y qué iba á hallar al volver
Tan solo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho
Como el pájaro en su nido—
Allí mis hijos queridos
Iban creciendo á mi lao...
Solo queda al desgraciao
Lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
Era en habiendo más gente,
Ponerme medio caliente
Pues cuando puntiao me encuentro
Me salen coplas de adentro
Como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez
En una gran diversión;
Y aprovechó la ocasión
Como quiso el Juez de Paz...
Se presentó, y ahí nomás
Hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
Y lograron escapar—
Yo no quise disparar—
Soy manso y no había porqué—
Muy tranquilo me quedé
Y ansí me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
Y una mona que bailaba,
Haciéndonos rair estaba
Cuando le tocó el arreo—
¡Tan grande el gringo y tan feo!
Lo viera como lloraba.

Hasta un inglés sangiador
Que decía en la última guerra,
Que él era de Inca la-perra
Y que no quería servir,
Tuvo también que juir
A guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron
De esa arriada de mi flor—
Fué acoyarao el cantor
Con el gringo de la mona—
A uno solo, por favor,
Logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
Con los que del baile arriaron—
Con otros nos mesturaron

Que habían agarrao también—
Las cosas que aquí se ven
Ni los diablos las pensaron.

A mí el juez me tomó entre ojos
En la última votación
Me le había hecho el remolón
Y no me arrimé ese día,
Y él dijo que yo servía
A los de la esposición.

Y ansí sufrí ese castigo
Tal vez por culpas agenas
Que sean malas ó güenas
Las listas, siempre me escondo
Yo soy un gaucho redondo
Y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
Más promesas que á un altar
El juez nos jué á ploclamar
Y nos dijo muchas veces:
«Muchachos á los seis meses
Los van á ir á revelar.»

Yo llevé un moro de número,
¡Sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho
Más plata que agua bendita
Siempre el gaucho necesita
Un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
Con las prendas que tenía,
Jergas, poncho, cuanto había
En casa, tuito lo alcé
A mi china la dejé
Medio desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
Esa ocasión eché el resto;
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y manea...
¡El que hoy tan pobre me vea
Tal vez no crea todo esto!

Ansi en mi moro escarciando
Enderesé á la frontera;
Aparcero, si usté viera
Lo que se llama Canton...
Ni envidia tengo al raton
En aquella ratonera.

De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron;
Los más viejos rezongaron,
Pero á uno que se quejó
En seguida lo estaquiaron
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El jefe nos cantó el punto
Diciendo: «Quinientos juntos

«Llevará el que se resierte,
«Lo haremos pitar del juerte,
«Mas bien dése por dijunto.»

A naides le dieron armas,
Pues toditas las que había
El coronel las tenía,
Sigun dijo esa ocasion,
Pa repartirlas el dia
En que hubiera una invasion.

Al principio nos dejaron
De haraganes criando sebo,
Pero despues... no me atrevo
A decir lo que pasaba
Barajo... si nos trataban
Como se trata á malevos.

Porque todo era jugarle
Por los lomos con la espada,
Y aunque usté no hiciera nada,
Lo mesmito que en Palermo,
Le daban cada cepiada
Que lo dejaban enfermo.

¡Y qué indios, ni que servicio
No teníamos ni cuartel
Nos mandaba el coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejabamos las vacas
Que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
Y después hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quicho, corté paja . . .
¡La pucha que se trabaja
Sin que le larguen un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo,
Se le apean como plomo.
¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
A mí no me gusta el como.

Mas de un año nos tuvieron
En esos trabajos duros.
Y los indios, le asiguro,
Dentraban cuando querían:
Como no los perseguian
Siempre andaban sin apuro.

A veces decia al volver
Del campo la descubierta,
Que estuviéramos alerta
Que andaba adentro la indiada;
Porque había una rastrillada,
O estaba una yegua muerta.

Recien entonces salia
La órden de hacer la riunion
Y caibamos al canton

En pelo y hasta enancaos,
Sin armas, cuatro pelaos
Que ibamos á hacer jabon.

Ay empezaba el afan
Se entiende de puro vicio,
De enseñarle el ejercicio
A tanto gaucho recluta,
Con un entrutor...¡que bruto!
Que nunca sabia su oficio.

Daban entonces las armas
Pa defender los cantones,
Que eran lanzas y latones
Con ataduras de tiento...
Las de juego no las cuento
Porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao
Me contó que las tenian,
Pero que ellos las vendian
Para cazar avestruces;
Y ansi andaban noche y dia
Déle bala á los ñanduces.

Y cuando se iban los indios
Con lo que habian manotiao,
Saliamos muy apuraos
A perseguirlos de atrás;
Si no se llevaban mas
Es porque no habian hallao.

Allí sí, se ven desgracias
Y lágrimas y afliciones;
Naide le pida perdones
Al indio, pues donde dentra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos
Los matan del mismo modo
El indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha,
Ande enderieza abre brecha
Pues no hay lanzaso que pierda.

Hace trotiadas tremendas
Donde el fondo del desierto
Ansi llega medio muerto
De hambre, de sé y de fatiga,
Pero el indio es una hormiga
Que dia y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
Como naides las maneja,
Cuanto el contrario se aleja

Manda una bola perdida,
Y si lo alcanza, sin vida
Es siguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga
De duro para espichar,
Si lo llega á destripar
Ni siquiera se le encoje,
Luego sus tripas recoge,
Y se agacha á disparar.

Hacian el robo á su gusto
Y despues se iban de arriba,
Se llevaban las cautivas
Y nos contaban que á veces
Les descarnaban los pieses
A las pobrecitas vivas.

¡Ah! si partia el corazon
Ver tantos males, ¡canejos!
Los perseguiamos de lejos
Sin poder ni galopiar;
¡Y qué habiamos de alcanzar
En unos bichocos viejos!

Nos volviamos al canton
A las dos ó tres jornadas
Sembrando las caballadas:
Y pa que alguno la venda
Rejuntabamos la hacienda
Que habian dejao resagada.

Una vez entre otras muchas
Tanto salir al boton,
Nos pegaron un malon
Los indios, y una lanciada,
Que la gente acobardada
Quedó dende esa ocasion.

Habian estao escondidos
Aguaitando atrás de un cerro
¡Lo viera á su amigo Fierro
Aflojar como un blandiso!
Salieron como un maiz frito
En cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
Aunque ellos eran bastantes,
La formamos al instante
Nuestra gente que era poca,
Y golpiándose en la boca
Hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra,
No soy manco pa la guerra
Pero tuve mi jabon
Pues iba en un redomon
Que habia boliao en la sierra.

¡Qué vocerio! ¡qué barullo!
¡Que apurar esa carrera!
La indiada todita entera

Dando alaridos cargó
Jué pucha... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

Que fletes traiban los bárbaros
Como una luz de lijeros
Hicieton el entrevero
Y en aquella mezcolanza,
Este quiero, este no quiero,
Nos escojian con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,
Dificultoso es que sane,
En fin, para no echar panes,
Salimos por esas lomas,
Lo mesmo que las palomas,
Al juir de los gavilanes.

Es de almirar las destrezas
Con que la lanza manejan!
De perseguir nunca dejan--
Y nos traiban apretaos—
Si queríamos de apuraos
Salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
En esa aflicción tan suma,
Vino un indio echando espuma,
Y con la lanza en la mano
Gritando «Acabau cristiano
«Metan el lanza hasta el pluma».

Tendido en el costillar
Cimbrando sobre el brazo
Una lanza como un lazo
Me atropelló dando gritos—
Si me descuido...el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, ó me encojo,
Siguro que no me escapo:
Siempre he sido medio guapo
Pero en aquella ocasión,
Me hacía bulla el corazón
Como la garganta al zapo.

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marias
Y lo engatusé á cabriolas...
Pucha ....si no traigo bolas
Me achura el indio ese día.

Era el hijo de un cacique
Sigún yo lo averigüé—
La verdá del caso jué
Que me tuvo apuradazo
Hasta que al fin de un bolazo
Del caballo lo bajé.

Ay no mas me tiré al suelo
Y los pisé en las paletas—
Empezó á hacer morisquetas

Y á mezquinar la garganta....
Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la jeta.

Allí quedó de mojón
Y en su caballo salté,
De la indiada disparé
Pues si me alcanza me mata,
Y al fin me les escapé
Con el hilo de una pata.

IV

Seguiré esta relación
Aunque pa chorizo es largo:
El que pueda hágase cargo
Como andaría de matrero,
Después de salvar el cuero
De aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento
Porque andaba disparando
Nosotros de cuando en cuando
Solíamos ladrar de pobres—
Nunca llegaban los cobres
Que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos daba horror;
Le juro que era un dolor

Ver esos hombres ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca
Mis tropas solo pa yesca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero;
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Jué quedando poco á poco,
Ya nos tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda
Era cuanto me quedaba—
La había agenciao á la taba
Y ella me tapaba el bulto
Yaguané que allí ganaba
No salía...ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
Se me jué dentre las manos—
No soy lerdo ... pero hermano
Vino el comandante un día
Diciendo que lo quería
«Pa enseñarle á comer grano».

Afigúrese cualquiera
La suerte de éste su amigo
A pie y mostrando el umbligo,
Estropiao, pobre y desnudo,
Ni por castigo se pudo
Hacerse mas mal conmigo.

Ansí pasaron los meses
Y vino el año siguiente,
Y las cosas igualmente,
Siguieron del mesmo modo—
Adrede parece todo
Pa atormentar á la gente.

No teníamos mas permiso,
Ni otro alivio la gauchada,
Que salir de madrugada
Cuando no había indio ninguno,
Campo ajuera á hacer boliadas
Desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
Con los fletes aplastaos—
Pero á veces medios aviaos
Con plumas y algunos cueros—
Que pronto con el pulpero
Los teníamos negociaos.

Era un amigo del gefe
Que con un boliche estaba,
Yerba y tabaco nos daba

Por la pluma de avestruz,
Y hasta le hacía ver la luz
Al que un cuero le llevaba.

Solo tenía cuatro frascos
Y unas barricas vacías
Y á la gente le vendía
Todo cuanto precisaba...
Algunos creiban que estaba
Allí la proveduría.

¡Ah! pulpero habilidoso
Nada le solía faltar—
Ay juna—y para tragar
Tenía un buche de ñandú.
La gente le dió en llamar
«El boliche de virtud».

Aunque es justo que quien vende
Algún poquito muerda,
Tiraba tanto la cuerda
Que con sus cuatro limetas
El cargaba las carretas
De plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos á todos
Con mas cuentas que un rosario,
Cuando se anunció un salario
Que iban á dar, ó un socorro—
Pero sabe Dios que zorro
Se lo comió al comisario.

Pues nunca lo ví llegar
Y al cabo de muchos días—
En la mesma pulpería
Dieron una *buena cuenta*—
Que la gente muy contenta
De tan pobre recebía.

Sacaron unos sus prendas
Que las tenían empeñadas,
Por sus deudas atrasadas
Dieron otros el dinero,
Al fin de fiesta el pulpero
Se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté á un horcón
Dando tiempo á que pagaran,
Y poniendo güena cara
Estuve haciéndome el poyo,
A esperar que me llamaran
Para recibir mi boyo.

Pero hay me pude quedar
Pegao pa siempre al horcón—
Ya era casi la oración
Y ninguno me llamaba—
La cosa se me ñublaba
Y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
Ví al Mayor, y lo fí á hablar—
Yo me le empecé á atracar

Y como con poca gana
Le dije: «Tal vez mañana
«Acabarán de pagar».

—«Que mañana ni otro día»
Al punto me contestó,
«La paga ya se acabó,
«Siempre has de ser animal»—
«Me raí y le dije»;—Yo...
«No he recebido ni un rial».

Se le pusieron los ojos
Que se le querían salir,
Y ay no más volvió á decir
Comiéndome con la vista:
—«¿Y qué querés recebir
Si no has dentrao en la lista?».

—«Esto si que es amolar»
Dije yo para mis adentros
«Van dos años que me encuentro
Y hasta aura he visto ni un grullo,
Dentro en todos los barullos
Pero en las listas no dentro».

Vide el plaito mal parao
Y no quise aguardar mas...
Es güeno vivir en paz
Con quien nos ha de mandar—
Y reculando pa trás
Me le empezé á retirar.

Supo todo el Comendante
Y me llamó al otro día,
Diciéndome que quería
Aviriguar bien las cosas—
Que no era el tiempo de Rosas,
Que aura á naides se debia.

Llamó al cabo y al sargento
Y empezó la indagación,
Si había venido al cantón
En tal tiempo ó en tal otro...
Y si había venido en potro
En reyuno ó redomón.

Y todo era alborotar
Al ñudo, y hacer papel,
Conocí que era pastel
Pa engordar con mi guayaca,
Mas si voy al Coronel
Me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una...la codicia
Ojalá les ruempa el saco;
Ni un pedazo de tabaco
Le dan al pobre soldao,
Y lo tienen de delgao
Mas ligero que un guanaco.

Pero que iba á hacerles yo,
Charavón en el desierto,
Mas bien me daba por muerto

Pa no verme mas fundido—
Y me les hacía el dormido
Aunque soy medio dispierto.

V

Yo andaba desesperao,
Aguardando una ocasión
Que los indios un malón
Nos dieran y entre el estrago
Hacérmeles cimarrón
Y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
Ni defender la frontera—
Aquello era ratonera
En que solo gana el juerte—
Era jugar á la suerte
Con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
Los milicos son los piones.
Y andan en las poblaciones
Emprestaos pa trabajar—
Los rejuntan pa peliar
Cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
Muchos Jefes con estancia,
Y piones en abundancia,

Y majadas y rodeos;
He visto negocios feos
A pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
La barunda componer
Para eso no han de tener
El Jefe, que esté de estable,
Mas que su poncho, y su sable,
Su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
Que aquel mal no tiene cura
Que tal vez mi sepultura,
Si me quedo iba á encontrar,
Pensé en mandarme á mudar
Como cosa mas sigura.

Y pa mejor, una noche
Que estaquiada me pegaron,
Casi me descoyuntaron
Por motivo de una gresca
Ay juna, si me estiraron
Lo mesmo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar
Lo que esa vez me pasó:
Dentrando una noche yo
Al fortin, un enganchao
Que estaba medio mamao
Alli me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
Que nada se le entendía—
¡Quien sabe de ande sería!
Tal vez no juera cristiano;
Pues lo único que decía
Es que era *pa-po-litano.*

Estaba de centinela
Y por causa del peludo
Verme mas claro no pudo
Y esa fué la culpa toda
El bruto se asustó al ñudo
Y fi el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar:
« *Quen vivore* »...preguntó
Que vivoras—dije yo—
« *Ha garto* »....—me pegó el grito:
Y yo dije despacito
« *Mas lagarto serás vos.* »

Ay no mas ¡Cristo me valga!
Martillar el jucil siento
Me agaché, y en el momento
El bruto me largó un chumbo
Mamao, me tiró sin rumbo
Que sinó, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
Se alborotó el avispero
Los oficiales salieron

Y se empezó la junción
Quedó en su puesto el nación
Y yo fi al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo
Vino el mayor medio en pedo
Y allí se puso á gritar
«Pícaro te he de enseñar
A andar declamando sueldos.»

De las manos y las patas
Me ataron cuatro sinchones
Les aguanté los tirones
Sin que ni un ¡ay! se me oyera,
Y al gringo la noche entera
Lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé porqué el gobierno
Nos manda aqui á la frontera,
Gringada que ni siquiera
Se sabe atracar á un pingo
¡Si creerá al mandar un gringo
Que nos manda alguna fiera!

No hacen mas que dar trabajo
Pues no saben ni ensillar,
No sirven ni pa carniar,
Y yo he visto muchas veces,
Que ni voltiadas las reses
Se les querian arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
Lengüetiando pico á pico
Hasta que viene un milico
A servirles el asao
Y eso si, en los delicaos,
Parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
Si yela, todos tiritan
Si usté no les dá no pitan
Por no gastar en tabaco,
Y cuando pescan un naco
Uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
Como perro que oye truenos
¡Que diablos! solo son güenos
Pa vivir entre maricas
Y nunca se andan con chicas
Para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,
No hay ejemplo de que entiendan,
Ni hay uno solo que aprienda
Al ver un bulto que cruza,
A saber si es avestruza,
O si es ginete, ó hacienda.

Si salen á perseguir
Después de mucho aparato,
Tuitos se pelan al rato

Y va quedando el tendal
Esto es como en un nidal
Echarles güebos á un gato.

VI

Vamos dentrando recien
A la parte mas sentida,
Aunque es todita mi vida
De males una cadena
A cada alma dolorida
Le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
A rejuntar caballada,
Y riunir la milicada
Teniéndole en el cantón,
Para una despedición
A sorprender á la indiada.

Nos anunciaban que iríamos
Sin carretas ni bagajes,
A golpiar á los salvajes
En sus mismas tolderías
Que á la güelta pagarían
Licenciándolo al gauchaje.

Que en esta despedición
Tuviéramos la esperanza,
Que iba á venir sin tardanza

Sigún el jefe contó,
Un ministro ó que sé yo
Que le llamaban Don Ganza.

Que iba á riunir el ejército
Y tuitos los batallones
Y que traiba unos cañones
Con mas rayas que un cotin
Pucha...las conversaciones
Por allá no tenian fin.

Pero esas trampas no enriedan
A los zorros de mi laya,
Que esa Ganza venga ó vaya
Poco le importa á un matrero
Yo también dejé las rayas...
En los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,
Siempre pronto, siempre listo
Yo soy un hombre, ¡qué Cristo!
Que nada me ha acobardao,
Y siempre salí parao
En los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
La vida con mi trabajo,
Y aunque siempre estuve abajo
Y no sé lo que es subir
También el mucho sufrir
Suele cansarnos—barajo!

En medio de mi ignorancia
Conozco que nada valgo
Soy la liebre ó soy el galgo
A sigun las tiempos andan,
Pero también los que mandan
Debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
Estaban en la carpeta
Empinando una limeta
El jefe y el juez de paz
Yo no quise aguardar mas,
Y me hice humo en un sotreta.

Me parece el campo orégano
Dende que libre me veo
Donde me lleva el deseo
Alli mis pasos dirijo
Y hasta en las sombras, de fijo
Que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
Sin que me espante el estrago,
No aflojo al primer amago
Ni jamás fi gaucho lerdo:
Soy pa rumbiar como el cerdo
Y pronto cai á mi pago.

Volvía al cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Resertor, pobre y desnudo

A procurar suerte nueva
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,
¡Solo estaba la tapera!
Por Cristo si aquello era
Para enlutar el corazón
Yo juré en esa ocasión
Ser mas malo que una fiera.

¡Quien no sentirá lo mesmo
Cuando ansi padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué
¡Ay! mi Dios si me quedé
Mas triste que Jueves Santo!

Solo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó;
El pobre se guareció
Cerca, en una vizcachera
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber
Pronto debíamos volver
Sigun el juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes la mujer.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Después me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron
La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos,
Y qué sé yo cuantos cuentos,
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas afliciones,
Se conchavaron de piones.
¡Mas que iban á trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

Por hay andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor;
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba á su hermano
Puede ser que algún cristiano
Lo recoja por favor.

Y la pobre mi mujer
¡Dios sabe cuanto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no se que gavilán
Sin duda á buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que á uno le falte
Lo que algún otro le sobre.
Si no le quedó ni un cobre,
Sinó de hijos un enjambre,
Que más iba á hacer la pobre
Para no morirse de hambre!

Tal vez no te vuelva á ver
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
Ya que no me la dió á mi
Y á mis hijos dende aqui
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por hay sin madre
Ya se quedaron sin padre
Y ansi la suerte los deja,
Sin naides que los proteja
Y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
Ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión
Puede que alguna ocasión

Aunque los vean tiritando,
Los echen de algun jogón
Pa que no esten estorbando.

Y al verse ansina espantaos
Como se espantan á los perros,
Irán los hijos de Fierro
Con la cola entre las piernas,
A buscar almas más tiernas
O esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego
Voy á pedir mi bolada
A naides le debo nada,
Ni pido cuartel ni doy
Y ninguno dende hoy
Ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
Y seré gaucho matrero
En mi triste circustancia
Aunque es mi mal tan projundo,
Nací, y me he criao en estancia,
Pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas
Le conozco sus cucañas,
Sé como hacen la partida,
La enriedan y la manejan
Deshaceré la madeja
Aunque me cuesta la vida.

Y aguante el que no se anime
A meterse en tanto engorro,
O sinó aprétese el gorro
O para otra tierra emigre
Pero yo ando como el tigre
Que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho
Tiene un alma de reyuno
No se encontrará ninguno
Que no lo dueblen las penas
Mas no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

VII

De carta de mas me via
Sin saber á donde dirme
Mas dijeron que era vago
Y entraron á perseguirme.

Nunca se achican los males—
Van poco á poco acreciendo,
Y ansina me vide pronto
Obligao andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,
Y á más era resertor;
No tenía una prenda güena
Ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices,
Pensé volverlos á hallar—
Y andaba de un lao al otro
Sin tener ni que pitar.

Supe una vez por desgracia
Que había un baile por allí—
Y medio desesperao
A ver la milonga fuí.

Riunidos al pericón
Tantos amígos hallé,
Que alegre de verme entre ellos
Esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
Por peliar me dió la tranca,
Y la emprendí con un negro
Que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
Que no hacía caso de naides
Le dije con la mamúa:
—«Va...ca...yendo gente al baile».

La negra entendió la cosa
Y no tardó en contestarme
Mirándome como á perro:
—«Más *vaca* será su madre».

Y dentró al baile muy tiesa
Con más cola que una zorra,

Haciendo blanquiar los dientes
Lo mesmo que mazamorra.

—«Negra linda... dije yo,
«Me gusta... pa la carona!»
Y me puse á champurriar
Esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,
«A los mulatos San Pedro,
«A los negros hizo el diablo
«Para tizón del infierno».

Había estao juntando rabia
El moreno dende ajuera—
En lo escuro le brillaban
Los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,
Me acerqué y le dije presto:
«Por...rudo que un hombre sea
«Nunca se enoja por esto».

Corcobió el de los tamangos
Y creyéndose muy fijo:
—«Más *porrudo* serás vos,
Gaucho rotoso», me dijo.

Y ya se me vino al humo
Como á buscarme la hebra—
Y un golpe le acomodé.
Con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de ollín
Más gruñidos que un chanchito
Y pelando un envenao
Me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
Diciéndoles:—«Caballeros,
«Dejen venir ese toro,
«Solo nací... solo muero».

El negro después del golpe
Se había el poncho refalao
Y dijo:—«Vas á saber
«Si es solo ó acompañao»

Y mientras se arremangó
Yo me saqué las espuelas,
Pues malicié que aquel tío
No era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
Pa refrescar un mamao,
Hasta la vista se aclara
Por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
Como á quererme comer—
Me hizo dos tiros seguidos
Y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
Que era de lima de acero,

Le hice un tiro, lo quitó
Y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas
Un planazo le asenté
Que lo largué culebriando
Lo mesmo que buscapie.

Le coloriaron las motas
Con la sangre de la herida
Y volvió á venir furioso
Como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
Por los ojos el cuchillo,
Alcanzando con la punta
A cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
Y me le afirmé al moreno,
Dándole de punta y acha
Pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
En el cuchillo lo alcé,
Y como un saco de güesos
Contra un cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
Y ya cantó pa el carnero—
Nunca me puedo olvidar
De la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,
Con los ojos como ají—
Y empezó la pobre allí
A bramar como una loba—
Yo quise darle una soba
A ver si la hacía callar
Mas, pude reflexionar
Que era malo en aquel punto,
Y por respeto al dijunto
No la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
Desaté mi redomón,
Monté despacio, y salí
Al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
Ni siquiera lo velaron
Y retobao en un cuero
Sin rezarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
Cuando es la noche serena,
Suele verse una luz mala
Como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención á veces
Para que no pene tanto,
De sacar de allí los güesos
Y echarlos al campo santo.

VIII

Otra vez en un boliche
Estaba haciendo la tarde,
Cayó un gaucho que hacía alarde
De guapo y de peliador—

A la llegada metió
El pingo hasta la ramada—
Y yo sin decirle nada
Me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
Que naides lo reprendía,
Que sus enriedos tenía
Con el señor comendante:—

Y como era protegido,
Andaba muy entonao,
Y á cualquiera desgraciao
Lo llevaba por delante.

¡Ah! ¡pobre! si él mismo creiba,
Que la vida le sobraba,
Ninguno diría que andaba
Aguaitándolo la muerte.

Pero ansí pasa en el mundo,
Es ansí la triste vida—
Pa todos está escondida,
La güena ó mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar
Le dió un empeyón á un vasco
Y me alargó un medio frasco
Diciendo: «Beba cuñao»
—«Por su hermana» contesté
«Que por la mia no hay cuidao.»

—«¡Ah! gaucho, me respondió,
¿De que pago será crioyo?
«¿Lo andará buscando el hoyo?
«¿Deberá tener güen cuero?
«Pero ande bala este toro
«No bala ningun ternero.»

Y ya salimos trensaos
Porque el hombre no era lerdo,
Mas como el tino no pierdo,
Y soy medio ligerón,
Le dejé mostrando el sebo
De un revés con el facón.

Y como con la justicia
No andaba bien por allí,
Cuando pataliar lo ví,
Y el pulpero pegó el grito,
Ya pa el palenque salí
Como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé á Dios
Rumbiando pa otro pago
Que el gaucho que llaman vago

No puede tener querencia,
Y ansi de estrago en estrago
Vive llorando la ausencia.

El anda siempre juyendo,
Siempre pobre y perseguido,
No tiene cueva ni nido
Como si juera maldito
Porque el ser gaucho... barajo,
El ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta
Lo larga este, aquel lo toma,
Nunca se aoaba la broma
Dende chico se parece
Al arbolito que crece,
Desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
Aquel que nació en la selva,
«Buscá madre que te engüelva»
Le dice el flaire y lo larga,
Y dentra á cruzar el mundo
Como burro con la carga.

Y se cria viviendo al viento
Como oveja sin trasquila
Mientras su padre en las filas
Anda sirviendo al gobierno
Aunque tirite en invierno
Naide lo ampara ni asila.

Le llaman «gaucho mamao»
Si lo pillan divertido,
Y que es mal entretenido
Si en un baile lo sorprienden;
Hace mal si se defiende
Y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer
Ni amigos ni protectores,
Pues todos son sus señores
Sin que ninguno lo ampare
Tiene la suerte del güey
Y donde irá el güey que no are..

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo algun mamon
Lo persiguen como á plaito
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ay
Lo dan güelta panza arriba,
No hay un alma compasiva
Que le rece una oración
Tal vez como cimarron
En una cueva lo tiran.

El nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra
No le perdonan si yerra

Que no saben perdonar,
Porque el gaucho en esta tierra
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabosos,
Para él las duras prisiones
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre,
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta es gaucho bruto
Si no aguanta es gaucho malo
Dele azote, dele palo!
Porque es lo que él necesita!!
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Vamos suerte, vamos juntos
Dende que juntos nacimos
Y ya que juntos vivimos
Sin podernos dividir...
Yo abriré con mi cuchillo
El camino pa seguir.

IX

Matreriando lo pasaba
Y á las casas no venia
Solía arrimarme de dia

Mas lo mesmo que el carancho
Siempre estaba sobre el rancho
Espiando á la polecia.

Viva el gaucho que ande mal
Como zorro perseguido
Hasta que al menor descuido
Se lo atarazquen los perros,
Pues nunca le falta un yerro
Al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece,
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma
Con las tristezas de su alma
Al pajonal enderiese.

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja,
Y á la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao
Pero el gaucho desgraciao
No tiene á quien dar su queja.

Ansi es que al venir la noche
Iba á buscar mi guarida
Pues ande el tigre se anida
Tambien el hombre lo pasa
Y no queria que en las casas
Me rodiara la partida.

Pues aunque vengan ellos
Cumpliendo con sus deberes,
Yo tengo otros pareceres
Y en esa conduta vivo
Que no debe un gaucho altivo
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito
Mas matrero que el venao,
Como perro abandonao
A buscar una tapera,
O en alguna vizcachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá,
Entre tanta oscuridá
Anda el gaucho como duende,
Allí jamás lo sorpriende
Dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje
Su guardia es la precaución,
Su pingo es la salvación,
Y pasa uno en su desvelo,
Sin mas amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facon.

. . . .
. . . .
. . . .

Ansi me hallaba una noche
Contemplando las estrellas
Que le parecen más bellas
Cuando uno es mas desgraciao,
Y que Dios las haiga criao
Para consolarse en ellas

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegria
Ve salir las tres Marias
Y si llueve, cuando escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores,
Solo vale la esperencia,
Aquí verian su inocencia
Esos que todo lo saben;—
Porque esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
Pasarse noches enteras,
Contemplando en sus carreras
Las estrellas que Dios cría,—
Sin tener más compañía
Que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo,
En aquella soledá,
Entre tanta escuridá

Echando al viento mis quejas;
Cuando el ruido del chajá
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pequé
Al suelo para escuchar,
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos ginetes
Conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
No debe tener confianza,
Ansi tendido de panza
Puse toda mi atención,
Y ya escuché sin tardanza
Como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
Que yo me puse en cuidao,
Tal vez me hubieran bombiao
Y me venían á buscar
Más no quise disparar
Que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
Y eché de giñebra un taco,
Lo mesmito que el mataco,
Me arroyé con el porrón:
«Si han de darme pa tabaco,
Dije, «esta es una güena ocasión».

Me refalé las espuelas
Para no peliar con grillos,
Me arremengué el calzoncillo,
Y me ajusté bien la faja,
Y en una mata de paja
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo á la mano
El flete en el pasto até—
La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquel,
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé.

Cuanto cerca los sentí
Y que hay no mas se pararon,
Los pelos se me erizaron,
Y aunque nada vian mis ojos,
—«No se han de morir de antojo»
—Les dije, cuando llegaron

Yo quise hacerles saber
Que allí se hallaba un varon,
Les conocí la intención
Y solamente por eso
Fué que les gané el tirón,
Sin aguardar voz de preso.

—« Vos sos un gaucho matrero »
Dijo uno haciéndose güeno,
« Vos matastes un moreno

« Y otro en una pulpería,
« Y aquí está la polecía
« Que viene á ajustar tus cuentas,
« Te va alzar por las cuarenta
« Si te resistes hoy día ».

—« No me vengan, contesté,
« Con relación de dijuntos;
« Esos son otros asuntos;
« Vean si me pueden llevar,
« Que yo no me he entregar
« Aunque vengan todos juntos.

Pero no aguardaron mas.
Y se apiaron en montón—
Como á perro cimarrón
Me rodiaron entre tantos,
Yo me encomendé á los Santos,
Y eché mano á mi facón.

Y ya vide el fogonazo
De un tiro de garabina,
Mas quiso la suerte indina
De aquel maula, que me errase,
Y ay no más lo levantase
Lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
Acomodando una bola,
Le hice una dentrada sola,

Y le hice sentir el fierro,
Y ya salió como el perro
Cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflicción
Y la angurria que tenían,
Que tuitos se me venían
Donde yo los esperaba,
Uno al otro se estorbaba
Y con las ganas no vian.

Dos de ellos que traiban sables
Más garifos y resueltos,
En las hilachas envueltos
En frente se me pararon,
Y aun tiempo me atropellaron
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso,
Y el poncho adelante eché,
Y cuando le puse el pie
Uno medio chapetón,
De pronto le dí el tirón
Y de espaldas lo largué,

Al verse sin compañero
El otro se sofrenó
Entonces le dentré yó,
Sin dejarlo resollar,
Pero ya empezó á aflojar,
Y á la p. . .n. . .ta disparó.

Uno que en una tacuara
Había atao una tijera,
Se vino como si juera
Palenque de atar terneros,
Pero en dos tiros certeros
Salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
Venía coloriando el alba
Y dije « si me salva
« La Virgen en este apuro,
« En adelante le juro
« Ser más güeno que una malva ».

Pegué un brinco y entre todos
Sin miedo me entreveré—
Hecho ovillo me quedé
Y ya me cargó una yunta,
Y por el suelo la punta
De mi facón les jugué.

El más engolocinao
Se me apió con un achazo
Se lo quité con el brazo
De no me mata los piojos;
Y antes de que diera un paso
Le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
Refregándose la vista,
Yo me le fuí como lista

Y ay no más me le afirmé
Diciéndole: «Dios te asista»
Y de un revez lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
Sentí que por las costillas
Un sable me hacía cosquillas
Y la sangre se me heló—
Dende ese momento yo,
Me salí de mis casillas.

Dí para atrás unos pasos
Hasta que pude hacer pie,
Por delante me lo eché
De punta y tajo á un criollo,
Metió la pata en un hoyo,
Y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
Lo tocó un San Bendito
A un gaucho que pegó el grito,
Y dijo:—«Cruz no consiente
« Que se cometa el delito
« De matar así un valiente!»

Y ay no más se me apario
Dentrándole á la partida,
Yo les hice otra envestida
Pues entre dos era robo;
Y el Cruz era como lobo
Que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
De dos que lo atropellaron,
Los demás remoliniaron,
Pues ibamos á la fija,
Y á poco andar dispararon
Lo mismo que sabandija.

Ay quedaban largo á largo
Los que estiraron la jeta,
Otro iba como maleta,
Y Cruz de atrás les decía:
«Que venga otra polecía
«A llevarlos en carreta».

Yo junté las osamentas,
Me hinqué y las recé un bendito,
Hice una cruz de un palito
Y pedí á mi Dios clemente,
Me perdonara el delito
De haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
A los pobres que murieron,
No sé si los recogieron
Porque nos fuimos á un rancho,
O si tal vez los caranchos
Ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano á mano
Entre los dos al porrón,
En semejante ocasión

Un trago á cualquiera encanta,
Y Cruz no era remolón
Ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
Y nos largamos muy tiesos,
Siguiendo siempre los besos
Al pichel, y por más señas
Ibamos como cigüeñas
Estirando los pescuezos.

—«Yo me voy, le dije, amigo,
« Donde la suerte me lleve,
« Y si es que alguno se atreve
« A ponerse en mi camino
« Yo seguiré mi destino
« Que el hombre hace lo que debe».

« Soy un gaucho desgraciao
« No tengo donde ampararme,
« Ni un palo donde rascarme,
« Ni un árbol que me cubije,
« Pero ni aun esto me aflije
« Porque yo sé manejarme».

« Antes de cair al servicio
« Tenía familia y hacienda,
« Cuando volví ni la prenda
« Me la habían dejao ya.—
« Dios sabe en lo que vendrá
« A parar esta contienda».

X

CRUZ

—Amigazo, pa sufrir
Han nacido los varones—
Estas son las ocasiones
De mostrarse el hombre juerte,
Hasta que venga la muerte
Y lo agarre á coscorrones.

El andar tan despilchao
Ningún mérito me quita,
Sin ser una alma bendita
Me duelo del mal ageno
Soy un pastel con relleno
Que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
Y desgracias te prevengo,
También mis desdichas tengo
Aunque esto poco me aflije—
Yo sé hacerme el chancho rengo
Cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles
Voy viviendo, aunque rotoso,
A veces me hago el sarnoso
Y no tengo ni un granito,
Pero al chifle voy ganoso
Como panzón al maiz frito

A mí no me matan penas
Mientras tenga cuero sano,
Venga el sol en el verano
Y la escarcha en el invierno—
Si este mundo es un infierno
¿Por qué aflijirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
A los males, compañero,
Porque el zorro más matrero
Suele cair como un chorlito;
Viene por un corderito
Y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
Males que no tienen nombre
Pero esto á naides lo asombre
Porque ansina es el pastel;
Y tiene que dar el hombre
Más vuelta que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
A los brazos de la muerte
Arrastro mi triste suerte
Paso á paso y como pueda—
Que donde el débil se queda,
Se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
Lo que cada cual sufrió:
Que lo que es, amigo, yo,

Hago así la cuenta mía
Ya lo pasado pasó—
Mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón
Y si en aquella ocasión
Alguien me hubiera buscao—
Siguro que me había hallao
Más prendido que un botón.

En la güella del querer
No hay animal que se pierda—
Las mujeres no son lerdas—
Y todo gaucho es dotor
Si pa cantarle el amor
Tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura
Que no quiera á una mujer!
Lo alivia en su padecer:
Si no sale calavera
Es la mejor compañera
Que el hombre puede tener.

Si es güena no lo abandona
Cuando lo vé desgraciao,
Lo asiste con su cuidao
Y con afán cariñoso
Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
Con aquella prenda mía—
Viviendo con alegría
Como la mosca en la miel—
¡Amigo, qué tiempo aquel!
La pucha, que la quería!

Era la águila que á un árbol
Desde las nubes bajó,
Era más linda que el alba
Cuando va rayando el sol—
Era la flor deliciosa
Que entre el trevolar creció.

Pero, amigo, el comandante
Que mandaba la milicia,
Como que no desperdicia
Se fué refalando á casa,—
Yo le conocí en la traza
Que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo
Pero no le tenía fe—
Era el jefe, y ya se vé
No podía competir yo—
En mi rancho se pegó
Lo mesmo que saguaipé.

A poco andar conocí,
Que ya me había desbancao,
Y él siempre muy entonao

Aunque sin darme ni un cobre,
Me tenía de lao á lao
Como encomienda de pobre.

A cada rato de chasque
Me hacía dar á gran distancia,
Ya me mandaba á una estancia,
Ya al pueblo, ya á la frontera—
Pero él en la comendancia
No ponía los pies siquiera.

Es triste á no poder más
El hombre en su padecer,
Si no tiene una mujer
Que lo ampare y lo consuele;
Mas pa que otro se la pele
Lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
La cacarée á mi gallina—
Yo andaba ya con la espina,
Hasta que en una ocasión
Lo pillé junto al jogón
Abrazándome á la china,

Tenía el viejito una cara
De ternero mal lamido,
Y al verlo tan atrevido
Le dije:—«Que le aproveche
«Que había sido pa el amor
«Como guacho pa la leche».

Peló la espada y se vino
Como á quererme ensartar,
Pero yo sin titubiar
Le volví al punto á decir:
—«Cuidao no te vas á pér...tigo,
«Poné cuarta pa salir».

Un puntazo me largó
Pero el cuerpo le saqué,
Y en cuanto se lo quité
Para no matar un viejo,
Con cuidao, medio de lejos
Un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
Le falta algún adulón,
Uno que en esa ocasión
Se encontraba allí presente
Vino apretando los dientes
Como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuelver
Que el hombre creyó siguro,
Era confiao y le juro
Que cerquita se arrimaba—
Pero siempre en un apuro
Se desentumen mis tabas.

El me siguió menudiando
Mas sin poderme acertar,
Y yo, déle culebriar,

Hasta que al fin le dentré
Y hay no mas lo despaché
Sin dejarlo resollar.

Dentré á campiar en seguida
Al viejito enamorao;
El pobre se habia ganao
En un noque de lejia
¡Quien sabe como estaria
Del susto que habia llevao!

Es sonzo el cristiano macho
Cuando el amor lo domina!
El la miraba á la indina,
Y una cosa tan jedionda
Sentí yo, que ni en la fonda
He visto tal jedentina,

Y le dije: «Pa su agüela
«Han de ser esas perdices»
Yo me tapé las narices
Y me salí estornudando
Y el viejo quedó olfatiando
Como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
Señal que quiere cosiar
Ansi se suele portar
Aunque ella lo disimula,
Recula como la mula
La mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
Y me largué á padecer
Por culpa de una mujer
Que quiso engañar á dos
Al rancho le dije *adios*
Pa nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,
Conoci á todas en una
Ya no he de probar fortuna
Con carta tan conocida:
Mujer y perra parida,
No se me atraca ninguna!

XI

A otros les brotan las coplas
Como agua de manantial;
Pues á mi me pasa igual
Aunque las mias nada valen,
De la boca se me salen
Como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera
Ya la siguen las demás,
Y en montones las de atrás,
Contra los palos se estrellan,
Y saltan y se atropellan
Sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
Con gran trabajo me esplico,
Cuando llego á abrir el pico,
Téngalo por cosa cierta,
Sale un verso y en la puerta
Ya asoma el otro el hocico.

Y emprésteme su atención
Me oirá relatar las penas
De que traigo el alma llena
Porque en toda circunstancia
Paga el gaucho su inorancia
Con la sangre de sus venas.

Despues de aquella desgracia
Me refugié en los pajales,
Anduve entre los cardales
Como bicho sin guarida
Pero amigo, es esa vida
Como vida de animales.

Y son tantas las miserias
En que me he sabido ver
Que con tanto padecer
Y sufrir tanta aflicion,
Malicio que he de teuer
Un callo en el corazón.

Ansi andaba como guacho
Cuando pasa el temporal
Supe una vez por mi mal

De una milonga que habia,
Y ya pa la pulperia
Enderecé mi bagual.

Era la casa del baile
Un rancho de mala muerte,
Y se enllenó de tal suerte
Que andábamos á empujones;
Nunca faltan encontrones
Cuando un pobre se divierte.

Yo tenia unas medias botas
Con tamaños verdugones
Me pusieron los talones
Con cresta como los gallos
Si viera mis afliciones
Pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguillo
Habia empezao el changango
Y para ver el fandango
Me colé haciéndome bola
Mas, metió el diablo la cola,
Y todo se volvió pango.

Habia sido el guitarrero
Un gaucho duro de boca
Yo tengo paciencia poca
Pa aguantar cuando no debo,
A ninguno me le atrevo
Pero me halla el que me toca.

A bailar un pericon
Con una moza salí,
Y cuanto me vido allí
Sin duda me conoció
Y estas coplitas cantó
Como pa rairse de mi:

«Las mujeres son todas
«Como las mulas,
«Yo no digo que todas
«Pero hay algunas
«Que á las aves que vuelan
«Les sacan plumas».

«Hay gauchos que presumen
«De tener damas,
«No digo que presumen
«Pero se alaban
«Y á lo mejor los dejan
«Tocando tablas,»

Se secretiaron las hembras,
Y yo ya me encocoré,
Volié la anca y le grité
«Dejá de cantar... chicharra»
Y de un tajo á la guitarra
Tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro
Un gringo con un jusil,
Pero nunca he sido vil,

Poco el peligro me espanta
Yo me refalé la manta
Y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta
Gritando: «Naides me ataje»
Y alborotao el hembraje
Lo que todo quedó escuro,
Empezó á verse en apuro
Mesturao con el gauchage.

El primero que salió
Fué el cantor y se me vino,
Pero yo no pierdo el tino
Aunque haiga tomao un trago
Y hay algunos por mi pago
Que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro
Le salió cara la broma,
A su amigo cuando toma
Se le despeja el sentido,
Y el pobrecito habia sido
Como carne de paloma.

Para prestar un socorro
Las mujeres no son lerdas,
Antes que la sangre pierda
Lo arrimaron á unas pipas,
Ay lo dejé con las tripas
Como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué á los campos
Mas libre que el pensamiento,
Como las nubes al viento
A vivir sin paradero.
Que no tiene el que es matrero
Nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
Que le ha señalao el cielo,
Y aunque no tenga consuelo
Aguante el que está en trabajo
¡Naides se rasca pa abajo!
¡Ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
No hay uno que no se entone,
La menor falta lo espone
A andar con los avestruces!
Faltan otros con más luces
Y siempre hay quien los perdone.

XII

Yo no sé que tantos meses
Esta vida me duró,
A veces nos obligó
La miseria á comer potro,
Me habia acompañao con otros
Tan desgraciaos como yo,

Mas ¿para que platicar
Sobre esos males, canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo,
Sin que mejore su suerte,
Hasta que por hay la muerte
Sale á cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
Que no acabe alguna vez,
Me aconteció que después
De sufrir tanto rigor,
Un amigo por favor
Me compuso con el juez.

Le advertiré que en mi pago
Ya no va quedando un criollo,
Se lo ha tragao el hoyo,
O juido ó muerto en la guerra
Porque, amigo, en esta tierra
Nunca se acaba el embroyo.

Colijo que jué por eso
Que me llamó el juez un dia
Y me dijo que queria
Hacerme á su lao venir,
Y que dentrase á servir
De soldao de polecia.

Y me largó una ploclama
Tratándome de valiente,
Que yo era un hombre decente,

Y que dende aquel momento
Me nombraba de sargento
Pa que mandara la gente.

Ansi estuve en la partida
Pero ¿qué habia de mandar?
Anoche al irlo á tomar
Vide güena coyuntura
A mi no me gusta andar
Con la lata á la cintura.

....
....
....

Ya conoce pues, quien soy,
Tenga confianza conmigo,
Cruz le dió mano de amigo
Y no lo ha de abandonar,
Juntos podremos buscar
Pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
Si es preciso pa salvar,
Nunca no ha de faltar
Ni un güen pingo para juir,
Ni un pajal ande dormir,
Ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trago alguno
Nos haiga el tiempo dejao,
Yo le pediré emprestao

El cuero á cualquiera lobo
Y hago un poncho, si lo sobo,
Mejor que poncho engomao.

Para mi la cola es pecho
Y el espinazo cadera
Hago mi nido ande quiera
Y de lo que encuentro como,
Me echo tierra sobre el lomo
Y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo correr la bola
Que algun dia se ha de parar
Tiene el gaucho que aguantar
Hasta que lo trague el hoyo
O hasta que venga algun criollo
En esta tierra á mandar.

Lo miran al pobre gaucho
Como carne de cogote:
Lo tratan al estricote
Y si ansi las cosas andan
Porque quieren los que mandan
Aguantemos los azotes.

Pucha—si usté los oyera
Como yo en una ocasión,
Tuita la conversación
Que con otro tuvo el juez
Le asiguro que esa vez
Se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos
Con campos en las fronteras,
De sacarlas mas afuera
Donde había campos baldidos,
Y llevar de los partidos
Gente que la defendiera.

Todos se güelven proyetos
De colonia y carriles,
Y tirar la plata á miles
En los gringos enganchaos,
Mientras al pobre soldao
Le pelan la chaucha—¡ah! viles.

Pero si siguen las cosas
Como van hasta el presente,
Puede ser que de repente
Veamos el campo disierto,
Y blanqueando solamente
Los güesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos
La suerte reculativa
Trabaja el gaucho y no arriba,
Porque á lo mejor del caso,
Lo levantan de un sogazo
Sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros,
Pero hacen como los teros

Para esconder sus niditos:
En un lao pega los gritos
Y en otros tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
A dar con la coyontura,
Mientras al gaucho lo apura
Con rigor la autoridá,
Ellos á la enfermedá,
Le están errando la cura.

XIII

MARTIN FIERRO

Ya veo que somos los dos
Astillas del mesmo palo,
Yo paso por gaucho malo
Y usted anda del mesmo modo,
Y yo pa acabarlo todo
A los indios me resfalo.

Pido perdón á mi Dios
Que tantos bienes me hizo,
Pero dende que es preciso
Que viva entre los infieles,
Yo seré cruel con los crueles,
Ansi mi suerte lo quiso.

Dios formó linda las flores,
Delicadas como son,
Les dió toda perfección

Y cuanto él era capaz
Pero al hombre le dió mas
Cuando le dió el corazón.

Le dió claridá á la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida y movimiento
Dende el águila al gusano,
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento.

Y aunque á las aves les dió
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dió al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió á las fieras
Esa juria tan inmensa,
Que no hay poder que las vensa
Ni nada que las asombre,
¿Que menos le daria al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo,
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba
Que los bienes igualaba
Con las penas que le dió.

Y yo empujao por las mias
Quiero salir de este infierno:
Ya no soy pichón muy tierno
Y sé manejar la lanza,
Y hasta los indios no alcanza
La facultá del gobierno.

Yo sé que allá los caciques
Amparan á los cristianos,
Y que los tratan de «Hermanos»
Cuando se van por su gusto,
A que andar pasando sustos...
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros,
Pero ni aun esto me aterra,
Yo ruedo sobre la tierra
Arrastrao por mi destino,
Y si erramos el camino...
No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar ó no,
De esto naides nos responde,
Derecho ande el sol se esconde
Tierra adentro hay que tirar,
Algún dia hemos de llegar
Después sabremos adonde.

No hemos de perder el rumbo
Los dos somos güena yunta,
El que es gaucho va ande apunta

Aunque inore ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pastos la punta.

De hambre no perecemos
Pues sigún otros me han dicho
En los campos se hayan vichos
De lo que uno necesita...
Gamas, matacos, mulitas,
Avestruces y quinquinchos.

Cuando se anda en el desierto
Se come uno hasta las colas,
Lo han cruzao mujeres solas
Llegando al fin con salú,
Y ha de ser gaucho el ñandu
Que se escape de mis colas.

Tampoco á la sé le temo,
Yo la aguanto muy contento,
Busco agua olfatiando al viento
Y dende que no soy manco,
Ande hay duraznillo blanco
Cabo, y la saco al momento.

Allá habrá siguridá
Ya que aqui no la tenemos,
Menos males pasaremos
Y ha de haber grande alegria
El dia que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
Como lo hacen tantos otros
Con unos cueros de potro,
Que sea sala y sea cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar
Vive uno como un señor,
De cuando en cuando un malón,
Y si de él sale con vida
Lo pasa echao pansa arriba
Mirando dar güelta el sol.

Y ya que á juerza de golpes
La suerte nos dejó aflús,
Puede que allá veamos luz,
Y se acaben nuestras penas;
Todas las tierras son güenas...
Vamonos amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial;
Y sentársele á un bagual
Sin miedo de que lo baje,
Entre los mesmos salvajes
No puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
Lo hace el criollo con canciones,
A mas de eso en los malones

Podemos aviarnos de algo;
En fin, amigo, yo salgo
De estas pelegrinaciones.

....
....
....
....

En este punto el cantor
Buscó un porrón pa consuelo,
Echó un trago como un cielo
Dando fin á su argumento;
Y de un golpe al instrumento
Lo hizo astillas contra el suelo.

« Ruempo, dijo, la guitarra
Pa no volverme á tentar;
Ninguno la ha de tocar,
Por siguro téngalo;
Pues naides ha de cantar
Cuando este gaucho cantó. »

Y daré fin á mis coplas
Con aire de relación,
Nunca falta un preguntón
Mas curioso que mujer,
Y tal vez quiera saber
Como jué la conclusión:

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arrearon
Por delante se la echaron

Como crioyos entendidos,
Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habian pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones;
Y á Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
Se entraron en el desierto,
No se si los habrán muerto
En alguna correria,
Pero espero que algún dia
Sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
Mi relación acabé,
Por ser ciertas les conté
Todas las desgracias dichas,
Es un telar de desdichas
Cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza
En el Dios que lo formó,
Y que me despido yo
Que he relatao á mi modo
Males que conocen todos
Pero que naides cantó.

JORGE MITRE

Á MI HERMANA JOSEFINA

Blanca flor del pensil de los amores,
Pura rosa de vívido capullo,
¡Quiera Dios que no rasguen los dolores
El ténue tul de tu inocente orgullo!

¡Quiera Dios que en el curso de tu vida
El ángel del candor vele á tu lado,
Y que no venga brisa dolorida
A marchitarla con su soplo helado!

Tú que sabes amar, tú, que en el alma
Llevas un mundo inmenso de esperanza,
No dejes escapar la grata calma
Que sonríe al amor en lontananza.

Sé buena, presta alivio al afligido;
A los que sufren hambre dales pan;
Al que yerra corrije en su descuido,
Y préstale el calor que no le dan.

Así serás feliz. Si eres esposa,
La mano del Señor irá á tu hogar;
Si madre, su diadema luminosa
Irá sobre tu frente á descansar.

MÉJICO

Thus fonglt the Greek of old,—
Thus will he fight again!
Shall not the selfsame mould
Bring fortlh the selfsame men?

G. Croly.

Serrons nos rangs, brulons nos tentes.

Victor Hugo.

I

ANAHUAC

Crezcan incultas rosas y jazmines
Sin que haya atenta ni prolija mano
Que cuide de la flor de los jardines,
Que los cardos separe
Y los vistosos cármenes prepare.
Cese el bullicio del placer liviano;
Cesen de amor los besos y caricias;
Cese la danza y el alegro canto:
Anahuac llora, respetad su llanto.

Llanto que triste vierte
De tantos hijos por la infausta suerte.
Mas ¡ay! de aquel que su blason desdora,
Señor de Solferino y de Magenta,

No con tímido siervo lidia ahora:
Méjico se alza y lavará su afrenta.

Ya su estandarte triunfador ondea
Los baluartes de Puebla coronando;
Y en la imperial ciudad la fragua humea
De libertad la espada retemplando;
Y en las tranquilas aguas
Del quieto lago que sus muros besa,
Del Azteca las rápidas piraguas
Al par que los jardines undulantes,
Navegan atrevidas
Cual si Guatimozin fuera adelante,
Que en tan terrible duelo
Tendrá parte la tierra y tendrá el cielo.

Las águilas francesas vencedoras
Que del Nilo en las márgenes
Al rápido Beduino han sorprendido,
Que del mundo señoras
En el trono del Papa han hecho nido,
Sobre Acapulco un día se cernieron,
Y al esplendor de la rojiza llama
Sus glorias para siempre oscurecieron.

¡En nombre de la paz y del progreso
Las conducen las hordas musulmanas,
Y con voces profanas
Invocan á la patria los traidores!
Y con tales aliados
Turcos y mejicanos degradados

¿Del triunfo los honores
Acaso Francia espera?
¡Pendón de luto enarbolar debiera!

Excelsos mejicanos, trovadores,
Si el amor patrio os mueve y os inspira,
Si el lauro ambicionais de los valientes,
Romped las cuerdas de la blanda lira,
Subid al alto teocalí sagrado,
Y en su antiguo recinto abandonado
Suene de nuevo el caracol, y el viento
Doquier difunda belícoso acento.
Y cuando el pueblo formidable acuda
Cual tempestad que cruza por la tierra,
Por la ciudad y por la selva agreste
Lanzad el grito de venganza y guerra.
Y si morir os toca,
Lúgubre se alce el postrimero canto,
Cual héroes de Ossian, que el genio evoca
Consagrando el valor y dando espanto.

¿Qué os importa que Francia, la orgullosa,
Sobre vosotros su poder desplome?
¿Qué os importa que avance victoriosa,
Si sabeis sucumbir ante que os dome?
Tú vencerás ¡oh martir coronada!
Y el último que agite tu bandera:
—Gloria al Republicano
Que por la patria muera!—
Dirá muriendo, al mundo americano.

Los que á la vida eterna de los fuertes
Prefieran frájil y cobarde vida,
Como masas inertes
Llevarán existencia maldecida;
Y cuando busquen con afán prolijo,
De Méjico en la historia
Del padre el nombre, en su ignorancia el hijo
Hallará por herencia y por memoria
La mengua para él, para otros gloria.

Si el impasible esclavo moscovita
El Kremlin coronó de ardientes llamas
Cual funeral antorcha que concita
A dormir bajo el pálido sudario
De blanca nieve en que su luz derrama;
Si la Rusia con bárbara alegría
Miró á Moscow que ardía,
Y al primer Napoleón, al temerario,
Que roto y solo y humillado huía;
Cumple al libre de América, imponente
Ejemplo dar al mundo,
Tan heróico, tan grande, tan fecundo,
Que á los futuros siglos amedrente!

II

NAPOLEÓN III

Napoleón, ambicioso aventurero,
Pueda tal vez que triunfen tus legiones;

De una nación serás sepulturero,
Y manto de traiciones
Y símbolo de crimen tus pendones.

Mas no orgulloso en tu arrogancia loca
Ahogar pretendas libertad y leyes.
¡Ay del que al pueblo por su mal provoca!
Ante él ¿qué sois los infatuados reyes?
Si se chocan monarcas y naciones
Desparecen coronas y blasones,
La majestad se ausenta
Y el reo ante su barra se presenta.

Como los mares y agitados vientos
Que sin piedad tus naves destrozaron,
Muchas veces los pueblos turbulentos
Sus ídolos de un día derrocaron.
¡Oprime, y puede que el tranquilo Sena
Arroje tu corona á Santa Elena!

La libertad no muere. Si un momento
La sepultas audaz en honda tumba,
Verás que atada, en cada movimiento
Los imperios conmueve y los derrumba.
«Encélalo arrogante»,
Por el peso del Etna comprimido,
Estremece la tierra á cada instante
Con su aliento de llamas, encendido.

Si la suerte te brinda en su inconstancia
La palma de victoria,

No será tuya, ni será de Francia!
Para el vencido que cayó con gloria
Cuantas veces en unas y otras zonas
La edad tejió coronas!
Inclínate, y el velo de la historia
Alza, tirano, y mira á la distancia:
Sagunto acá responde, allá Numancia,
Más allá las Termópilas sagradas
Por los mismos tiranos respetadas.

Pero no el rostro amedrentado apartes
Al contemplar de lejos
Tan vago cuanto estenso panorama,
Y del pasado en la región sombría,
Permite que á los pálidos reflejos
Que mi antorcha derrama
Te sirva yo de guía,
Y monarca y poeta vagaremos
Al través de ese mundo laberinto,
Lentas y leves sombras
Viendo girar en sepulcral recinto.

¡En carro de oro Faraón avanza
Magnífico, esplendente,
Y entre las olas de la mar se lanza!
Habló el omnipotente:
¡Y carros, y jinetes, en despojo,
Por una eternidad guarda el mar Rojo!

¿No escuchas un confuso vocerío?
¡De Baltazar es el festín impío!

¡Mírale! Fué pesado en la balanza,
Y el persa audáz hasta su trono alcanza.

Julio César, cual súbito meteoro
Que veloz cruza, tu mirada atrae:
Marca su paso con estela de oro.....
Pero no has visto que se apaga y cae.

Lo ves en Galia penetrar osado;
Lo ves romper las nieblas de Bretaña;
Cruzar sin miedo el Rubicón sagrado,
Dueño de Roma y vencedor de. España;

Todo lo abarca su mirada ardiente,
Todo lo alcanza su potente mano,
Lidia en Farsalia, triunfa en el oriente,
Llega, ve y vence...¡Pero fué tirano!

Marzo es fatal, lo ha dicho el agorero;
Marzo viene...ya Bruto se presenta,
Y de César, Señor del mundo entero,
Muestra Antonio la túnica sangrienta,

Mas ¿por qué fatigar el mundo anciano?
Baste ejemplo menor, baste al presente,
¿Del corso que nos queda? ¡Polvo vano!
Y aun el cañón de Waterloo se siente.

A quien un mundo parecióle estrecho
Tuvo una roca por mansión postrera,
Y esa jaula, que el mar tiene por lecho,
Su Bayaceto abandonada espera.

Siempre contra el tirano
De Dios está la poderosa mano,
Y pueblos y elementos
De su justicia son los instrumentos.

¡Ay! del que osado y ciego
La tempestad sobre su frente irrita:
Como al Ángel de luz, á eterno fuego
Su soplo á la soberbia precipita.

Tiemblan del firmamento
Las inmensas reconditas regiones
Cuando la chispa de su enojo brilla;
Y ante El, ¿qué son monarcas y naciones?
Hojas ligeras que arrebata el viento,
Estátuas de oro en pedestal de arcilla.

III

Á LA AMÉRICA

Peuples, formez une Sainte Alliance.
Et donnez vous la main.

Beranger.

Los Sátrapas que oprimen á la opulenta Europa,
América, tus hijas, ven ávidos crecer,
Y la avaricia beben en espumante copa,
Y en medio de sus bosques las quieren sorprender.

Incautas se reclinan rodeadas de los mares;
Las puntas de sus flechas están sin aguzar,
Y la ondulante boa que huella sus hogares
Mil pérfidos anillos sobre ellas va á estrechar.

La Europa de los reyes confía en la fortuna
Y olvida que la indiana sus iras despreció,
Que ahogando las serpientes enviadas á su cuna
Muy alto la bandera de libertad alzó.

Desde el confín de Anáhuac corriendo al Biobio
Iberia pueblos libres avasallando fué;
Mas ¡guay! que entre las selvas, coronas de ese río
Arauco es quien lo habita, y estaba ya de pie.

De cobre son sus miembros; jamás vistosa pluma
Su negra cabellera fué ociosa á acariciar:
Del águila, del cóndor y del pintado puma
Supieron los despojos con hondas arrancar.

Y esa nación salvaje, la mano detenía
Robustecida en Flandes, que un mundo sujetó;
Vestal americana que el fuego mantenía
De independencia ruda que nunca se extinguió.

¡Oh Méjico! adelante, que tú eres el primero
Que el cetro de los reyes amenazando está.
Da temple en tus volcanes al victorioso acero
Que honor y libertades á devolverte va.

¡Avanza! mas no esperes, que esperarás en vano;
En vano fija tienes la vista en el confín:

Verás que brillan armas. . .¡no son las del hermano!
¡El brinda por tus triunfos en medio del festín!

La América indolente de léjos te contempla
Y aplaude coronada de soñolienta vid.
Se mece en sus hamacas, mas no el acero templa,
Segur de nuevos lauros en la cercana lid.

Y cuando caigan rotas sus áras y sus leyes,
Cuando á sus puertas llamen los ecos del cañón,
Desprenderá sus rayos y temblarán los reyes,
Desplegará, aunque tarde, su augusto pabellón.

Su cántico de guerra con varonil acento
Repetirán las tríbus de Arauco y del Darien,
Y un estandarte solo desplegarán al viento,
De palmas coronada la victoriosa sien.

Y al borde de un abismo terrífico, profundo,
Los pueblos y los reyes sus fuerzas chocarán:
La América y la Europa, un mundo y otro mundo,
En gigantesca lucha, sangrientos rodarán.

Y el humo del combate por las distintas zonas
Ocultará los Andes en toda su extensión;
Y rotos, pisoteados, los cetros y coronas,
Veremos cuando brille la luz de redención.

¡Oh tribus mejicanas, vuestra águila altanera
Que pisa la culebra posada en un nopal,
Desgarre del tirano la tricolor bandera,
Y abata la soberbia del águila imperial!

Las filas desordenan tremendos huracanes,
El mar contra sus naves las ondas irritó,
Y escuchan aterrados la voz de los volcanes

Que zumba en sus oídos cual ronca maldición.
La raza de los reyes es tiempo que sucumba
Y el pueblo al mismo pueblo que sepa gobernar.
Los déspotas en vano vigilan una tumba;
La libertad es Cristo, que su poder derrumba,
La libertad triunfante del polvo se alzará!

1865.

ODA

DEDICADA AL DISTINGUIDO LITERATO Y POETA
LIMEÑO DON CLEMENTE ALTHAUS

Feliz la vida oscura
Del mortal que sin cuna ni riqueza
Conoce la ventura
Que da naturaleza,
No la que brinda el fausto ó la grandeza.

No le inquieta el cuidado
Que agita al grande en su mullido lecho;
Y amar y ser amado
Bajo ignorado techo,
Es el único anhelo de su pecho.

Insensible á las vanas
Pretensiones, riquezas no ambiciona,
Ni por tierras lejanas
En apartada zona,
Patria y hogar y amigos abandona.

Para él nada ha mudado,
Ni mudará. La espina de la ausencia
Jamás ha lastimado
Su dichosa existencia,
Que bendice el amor en su presencia.

Pacífico y tranquilo
Vive donde nació. La encina añosa
Que su sombra y asilo
Le dió, lo dá á la esposa,
Lo dá á sus hijos, lo dará á su losa.

Su amante compañera,
Sus cuidados le brinda y su ternura
Con sonrisa hechicera;
Y la misma natura
Sus encantos le brinda y su hermosura.

Tú, cuyo pecho encierra
Egregio vate, el mérito escondido,
Y atraviesas la tierra
De pocos comprendido,
Digno de tal ventura habrías sido.

Porque ese noble pecho
Que arde entusiasta en generosa pira,

Modesto, satisfecho,
Con la ciencia y la lira
¿A qué en el mundo insustancial aspira?

1865.

Á TÍ

Ven á darme una gota de tus mieles,
Abeja del amor, libarla quiero;
Ven á aplacar con su dulzor mis hieles,
Y á iluminar las sombras en que muero.

¡Te amo tanto!... Las horas á tu lado
Me parecen un soplo de los cielos;
Lejos de tí, mi espíritu agoviado,
Se envuelve ténue en trasparentes velos.

Estoy triste, muy triste. Mi mirada
Donde buscar amor y luz no sabe...
¡Como no ha de estar triste la enramada
Si le faltan los cánticos del ave!

Ven ilusión primera de mi vida
A gozar y llorar junto conmigo:
Seré tu ángel guardian, mujer querida,
Seré tu hermano, tu mejor amigo.

Y si penas encierra tu existencia,
Yo las mitigaré; y si suspira
Tu alma llena de amor y de inocencia,
La llenaré con cantos de mi lira.

Mayo 22 de 1870.

LA SOLEDAD

Elevabit se supra se.

Déjame al menos respirar en calma
Tus auras puras, soledad querida.
Déjame al menos que tranquila el alma
Busque en tu sombra la esperanza y vida.

Deja que admire en tu follaje umbrío
La luz filtrarse de brillante aurora,
Mientras las cumbres de los montes dora,
Y humilde gime el sosegado río.

Deja que adore la potente mano
Del supremo Criador que dió á tus flores
Vida y color, y al miserable humano
Alma para sentir tantos amores.

Yo buscaré también en ese asilo
La calma dulce que perdí en el mundo;
Y mi cantar tal vez, tierno y tranquilo
A sorprender vendrá sueño profundo.

Bastante ¡ay Dios! por turbulenta senda
Mis pasos dirigí, doquier vertiendo
Llanto del corazón, mientras la venda
De juvenil error me fué cubriendo.

Bastante, sí, de ingratitud y olvido
Sufrí los golpes que á morir me guían;
Bastante, sí, que al corazón perdido
Con voces seductoras le mentían.

Déjame al menos, soledad preciosa,
En tu seno vivir; besar tus aras;
Regarlas con las hojas de una rosa,
Y adorar la verdad que me brindáras.

No mienten, no, tus perfumadas flores;
La luz no miente de tu hermoso cielo;
Y ni tampoco mienten los dolores
Cuando en tu seno buscan un consuelo.

Solo á esa luz, y en la espesura umbría
Puede el bardo entonar dulces plegarias;
Solo bajo esa luz, que Dios envía,
Pasan en paz mis horas solitarias.

Los recuerdos allí: y allí esperanza;
La vida por doquiera; un Dios que inspira;
En el alma del hombre la bonanza;...
¡Lo demás es un sueño, una mentira!

Que cantar el tumulto que nos zumba
Entre este mundo que sin fin aqueja,
Es cantar el amor sobre una tumba,
Que en todas partes percibir se deja.

AMOR MUDO

Guardo una flor, Matilde, que tus manos
Pusieron en las mías... ¡flor bendita!...
Símbolo del amor en que me abraso,
Símbolo del amor que te domina.

Era una noche clara y melancólica
Cuando tú me la diste ¿lo recuerdas?
Subió el rubor á tu mejilla blanca;
Besé la flor con efusiones tiernas.

Ni yo te hablé jamás de mis amores,
Ni tú me hablaste nunca de los tuyos;
¡Pero en aquella noche nuestros ojos
Cuánto se hablaron en lenguaje mudo!...

Como á impulsos de un choque nuestras almas
Su sér conjuntamente unificaron:
Se confundió tu espíritu y el mío,
Y se enlazó mi mano con tu mano.

¡Ni una palabra más!... cuando se ama
Hay silencios solemnes como Dios...
¿Qué mayor elocuencia que los ojos?
¿Qué mayor elocuencia que la flor?

¡GASPAR CAMPOS!

ÚLTIMO TRIBUTO

En las hojas del libro del destino
Un nombre más se esculpe con decoro:
A nuestra historia patria, un argentino
Acaba de agregar su línea de oro.

Envuelto en la humareda del combate,
Lidiando cuerpo á cuerpo, brazo á brazo,
De la metralla al poderoso embate
Cayó el cuerpo de un héroe hecho pedazos.

Pero cayó luchando por la gloria,
La libertad y el bien del patrio suelo;
¡Sacrosanta y sublime su memoria...
Sirva á los suyos esto de consuelo.

Cuando el lecho mortuorio es la batalla,
Cuando mortaja fúnebre es el humo
Y concierto postrero la metralla,
¡Gloria eterna al valiente! grita el mundo.

¡Gloria eterna! los ecos repitiendo,
Hasta el trono de Dios llega el murmullo:
Y al héroe con sus brazos recibiendo,
Le hace escuchar del ángel el arrullo.

Si el trueno del cañón hirió su oído,
Los célicos conciertos lo adormecen;
Si escuchó de las balas el silvido,
En cuna de jazmín su alma se mece.

De incienso y de azahar gratos perfumes
Al olor de la pólvora suceden,
Y en carro de fulgor, de níveas nubes,
Los ángeles al cielo le preceden.

¡Oh patria! ¡oh libertad! ¡oh democracia!
Esa es la trinidad de los valientes;
Quien por ella sucumba con audacia
Cubierto cae de palmas refulgentes.

¡Gaspar Campos!... Su nombre iluminado,
Su cadáver, sus hechos, su memoria.....
He ahí la herencia que nos ha legado
La muerte en su carrera transitoria.

Lloremos todos con dolor profundo
Al mártir que descansa en una fosa...
Pero el alma inmortal en mejor mundo
Atmósfera más pura y bella goza.

Julio 23 de 1868.

SONETO

(Á JUANA MANUELA GORRITI)

Tus páginas leí, bella escritora
Nacida en los verjeles argentinos,
Y he visto en ellas luz deslumbradora,
Y he visto en ellas rasgos peregrinos

Eres mujer y el corazón, señora,
Sentimientos te inspira tan divinos,
Que todo aquello que tu pluma dora,
Es cántico de amor en dulces trinos.

Y he sabido también que el sufrimiento
Lágrimas de dolor llevó á tus ojos
Y á tu alma funerario sentimiento.

Y yo, que también sufro, yo que siento
Tanta amargura como tú y enojos,
Simpatizo con tu alma y tu tormento.

EL PEREGRINO Y EL ANGEL

—¿Quién eres fatigado peregrino,
Que no quieres tu curso detener?
—Soy un esclavo, mártir del destino,
Que las dichas buscando voy de ayer.
—¿Las perdiste?
—¡Hace mucho! No me queda
Para seguir tras ellas el aliento...
—¿Y no las seguirás?
—¿Creis que pueda
Dejarlas de seguir en mi tormento?
¿Creeis que al corazón una barrera
Puede oponerse y evítar que siga
En su infinita y rápida carrera?
¡Imposible! Se engaña quien lo diga
—No se engaña, viajero, no se engaña...
Yo te lo digo, y que lo palpes quiero.
Ven conmigo hasta el pié de la montaña
Y el bálsamo hallarás pobre viajero.
. . . .
Y lo calmó... llegado á la montaña
Miró el ángel con ojos de consuelo
Al viajero infeliz y—No se engaña,—
Dijo,—quien llama con fervor al cielo!—

LA COQUETA

I

Mirad esa joven de labios de grana,
De tez más hermosa que el blanco fanal,
Que vierte en el mundo raudales de luces
Y esmalta de nácar las ondas del mar.

Mirad esa joven de ardiente mirada,
Que erguida la frente, la faz sin rubor,
Avanza en el mundo con paso atrevido
Marchita en sus sienes la flor del pudor.

Que altiva desdeña los castos consejos
Que vírgenes puras le van á ofrecer:
—El mundo, ¿qué importa?— diciendo altanera,
Si al hombre y al mundo desprecio á la vez?—

—¿No veis aquel hombre de ricos palacios
Que á todos deslumbra con oro y poder?
Pues una mirada tan solo me basta,
Y al punto de hinojos le tengo á mis pies.

¿Que el hombre venera las castas virtudes
Maldice y desprecia los vicios, ¿decís?
Los hombres veneran las pompas y el oro
Y solo desprecian al pobre infeliz.

Virtudes, pureza, ¡malditas caretas
Que ocultan del mundo la vil realidad!
Son ¡ay! oropeles que doran las almas
Que el lodo del crimen llegara á manchar.—

II

Y así diciendo con sarcasmo amargo
Del mundo sigue la corriente insana,
¡Pobre mujer! que en su postrer mañana
Acaso su hijo á maldecirla va.

Y oirá que el hombre con desprecio y rabia,
Le arroja un nombre que le hará temblar,
Que así cual rayo que vomita el cielo
Caerá vibrando en su tranquilo hogar.

Que el que á sus plantas le demanda amores
Al verla joven y de hermosa faz,
Mañana hastiado y con sonrisa amarga,
¡Loca, infeliz! exclamará al pasar.

Y cuando en su alma repercuta triste
De su conciencia la doliente voz,
Y arrodillado ante el altar de Cristo
Al mundo pida por su mal, perdón:

—Mentira es ese llanto, esas palabras—,
El mundo y el esposo exclamarán;
—Pues la que ríe al contemplar el crimen,
No siente en su alma ese letal pesar.—

III

Cuando el tañer de la campana triste
Anuncie al mundo su postrer adios,
¡Nadie con llanto regará su tumba,
Ni á su sepulcro llevará una flor!

La piedra funeraria del olvido
Su recuerdo por siempre cubrirá,
¡Ay!... Nadie... nadie grabará en su losa
Una palabra de recuerdo y paz.

CUBA

Á MI QUERIDO AMIGO EL BUEN PATRIOTA É INSPIRADO POETA CUBANO DON RAMÓN ROA

I

«Y si el cañón retumba
Respóndale el cañón.»

¡Europa atrás! Atrás aventureros!
¡Atrás, tiranos de la tierra, atrás!
No pisarán aquí tus carceleros,
Ni tus cadenas sonarán ya más.

Llévatelas á colocarlas todas
Al pedestal del trono de tus reyes;
Si tú en la vil esclavitud te enlodas
Aquí queremos libertad y leyes.

Vete bien lejos, con tus pompas régias,
Con tus duques, tus condes y marqueses:
Nuestras glorias son mucho más egregias,
Más nobles que las tuyas son mil veces.

¡Oye!... ¿Tú quieres el oro y las riquezas
De este suelo feraz, rico y fecundo?...
Pues bien, ven á luchar. Nuestras cabezas
Regarán con su sangre el nuevo mundo.

¿A vencer ó morir, soberbia retas?
¡Pues luchemos sin fin, sin trepidar!
¡No haya temor! En nuestras bayonetas
Tu mortaja sangrienta ha de ondear.

¡Patriotas, despertad! ¡El arma al brazo!
¡Caigan las falsas é imperiales galas!
Y dándonos de hermanos el abrazo:
¡Gloria al que caiga en medio de las balas!

Este fué el grito que partió del pecho
De la hasta entonces oprimida América,
De aquel mundo tan pobre, tan deshecho,
Presa servil de la nación ibérica.

Este el grito que boca con acibar
En su amargura hizo estallar por fin;
Ese fué el grito que escuchó Bolivar
Y Belgrano y Alvear y San Martín.

Cayeron á él las huestes opresoras,
Acabaron las cárceles y penas...

Concluyeron los males, los dolores:
¡Vino la libertad ¡ya no hay cadenas!

II

América y Europa, heterogeneas
Son sus bases, sus vidas y sus leyes.

Pero de gloria el canto entusiasmado,
A los cielos aún, patria, no suba,
Que si tú el galardón has conquistado
Queda llorando en su infortunio Cuba.

Ella no tiene fuerzas ni elementos,
Pero es de la familia americana,
Y yo sé que repite en sus lamentos:
«América ¡esperadme hasta mañana!»

. . . . ; . .

Y el mañana llegó... ¡atrás España!
Cuba quiere ser libre, sin tiranos,
Y no podrán tus armas, ni tu zaña,
Resistir al empuje de sus manos:

¡Viva la independencia! ¡Viva Cuba!
¡Viva la libertad del oprimido!
¡Viva la ley del pueblo! ¡al templo suba
De la inmortalidad su eco querido!

Al fin lució la aurora tan deseada,
Ya no es Cuba, la esclava que maldice:
Hoy es fuerte y potente, su ígnea espada,
No hay libre á quien su gloria no electrice.

¡Que entre amos y esclavos no haya liga;
Que no haya ni oprimidos ni opresores;
Que las armas de Cuba Dios bendiga;
Que retroceda Europa y sus Señores!

Abril 4 de 1869.

A MARÍA

Virgen santa que en los cielos
Mil consuelos
Nos regalas sin cesar
Quiero dedicarte un canto
Para que enjugues el llanto
Que viene el alma á enturbiar.

Deja que mi pobre lira
Que respira
Para tí tan solo amor,
Te pida un don que ambiciona,
El don santo que corona
De la espanza la flor:

No quiero ni oro, ni gloria,
Ni á la historia
Legar mi nombre yo aspiro;
Solo te ruego, señora,
No apagues el sol que dora
La pasión en que deliro.

Inspírala el sentimiento
    Y el acento
De su sublime misión;
Dila que es mujer y bella,
Que la mujer es la estrella
Guiadora del corazón.

Enséñala á ser esposa,
    Y su hermosa
Alma vela con fervor;
No dejes que las pasiones
Turben las puras regiones
En el cielo de su amor.

Dila que constante sea,
    Que la tea
No apague, porque nos guía
Unidos, entrelazados,
A los ensueños dorados
Que nos preparas, María.....

DIOS

Cantemos con acordes de la sagrada lira,
Las glorias infinitas del venerado Dios:
Desde su trono santo benévolo nos mira
Y espera complaciente los ecos de tu voz.

Enviemos á sus plantas raudales de armonías
Y á su mansión celeste las notas volarán,
Llevadas en las alas de dulces melodías
Que el mar y los espacios fugaces surcarán.

¡Oh, ven numen sagrado! Sobre mi joven frente
La inspiración del bardo se agita con pasión,
Y alígera, impetuosa, pujante, febriciente,
Abandonar intenta su terrenal prisión,

¡Dejémosla que parta! ... Dejémosla que extienda
Su inmenso manto de oro sobre la tierra, sí;
Sentado en alta cumbre, un ser habrá que entienda
Los sentimientos santos que deposito en tí.

¡Dejémosla que parta!... Su vuelo prolongado
Un puerto hallará eterno donde poder llegar,
Del Dios de las alturas, autor de lo creado,
En la mansión soberbia le es dado descansar.

Allí verá otro mundo sin dolor ni falsía,
Allí verá otros seres de origen divinal,
Y en aras de la ardiente, sublime poesía,
Respiran otro ambiente sin miasma mundanal;

¡La religión, la patria!.... Cantemos lira amada,
Cantemos los destellos del genio de esplendor:
Del mundo los objetos son humo, polvo, nada!
Si remontarse intentan al solio del Señor.

¿Qué es ese orgullo fútil con que disculpa el hombre
Su vanidad, soberbia, su ciencia y su poder?

¿Qué son sus facultades cuando analiza el nombre
De Aquel que todo puede desde su trono hacer?

El huracán y el rayo, la tempestad tremenda.
Las ondas de los mares, la voz del Aquilón,
De funeraria noche la lobreguez horrenda,
¿No infunden con sus ecos pavor al corazón?

Pues bien, es Dios, que se hace sentir de los mortales,
Es Dios que con su soplo nos hace estremecer,
Es Dios que corrigiendo de humanidad los males,
Nos dice:—¡Vuestros pasos me toca detener!

Su voz parece entonces condenación severa
Del crimen y del vicio, del dolo y la traición,
Y tiembla el hombre débil en la oscilante esfera
En que su planta posa cual rey de la creación.

Sí; tiembla y se convence del puesto secundario
Que ocupa en esta tierra minada por el mal,
Y escucha un plañidero sonido funerario
Que arruina y que sacude su humilde pedestal.

En cambio ¿no habreis nunca de estío en las mañanas
Vagado por los campos cuando despunta el sol,
Cuando la luz del alba sus tintes de oro y grana
Envía entre celajes de mágico arrebol?

¿No habeis en vuestra frente sentido el aire puro
Bañado de perfumes que corre sin cesar?
¿No habeis ultrapasado del orbe el fuerte muro
Haciendo á otras regiones el alma remontar?

Pues bien, es Dios potente, Dios de bondades lleno,
Que vierte en nuestras almas un bálsamo de fe;
Es Dios que de su altura, de majestades pleno
Nos dice: — ¡Vuestras penas, mortales, calmar sé!»

Es Dios que nos apiada, que al hombre compadece,
Que el díctamo le envía de paz y de consuelo,
Es Dios que en mar de dicha nuestra barquilla mece,
Que su timón y velas gobierna desde el cielo.

Oremos, pues, contritos; oremos fervorosos,
Al soberano augusto que el orbe fabricó;
Doblemos la rodillla; destellos luminosos
Pidamos por antorchas del mundo que nos dió.

Y tú, lira querida, consuelo de mis penas,
Sincera y fiel amiga, canta su gloria, canta!
Si falta la elocuencia, tus cuerdas están llenas
De religión sublime, de efervescencia santa.

¡TODO!

¡Cuán inmenso es mi amor! Cuán esplendente
La pasión irradiante en que me abraso!....
Pídeme cuanto quieras, cuanto intente
Poseer tu corazón en mi regazo!

Pídeme una corona, y en tu frente
Presto la ceñiré; pídeme un lazo

De perlas negras, pídeme que cuente
Las arenas del mar tras de mi paso.

Pídeme imposibles ideales,
Pide la luz que llena los espacios,
Pídame mil tesoros sin iguales,

Mil brillantes y mágicos palacios,
Pero aunque aflijan nuestro amor mil males,
No vengas á pedirme cuatro reales.

DELIRIO

Yo nací en la borrasca y me complace
El tumbo y el embate de las olas.

Juan Carlos Gomez.

¿Por qué en silencio están los hombres quietos?...
¿Por qué la humanidad yace dormida
Y vegeta sin nervio, sumergida
En letargo mortal?

¿Por qué no acepta los audaces retos
Que la fatalidad le lanza airada?
¿Por qué no trepa á la gigante grada
Del trono celestial?

¡Corre, mundo cobarde y fementido!
¡Corre con el empuje del torrente
Y arrastra sin piedad en tu corriente
Toda esa escoria vil!.

¿Temes?.... Y por qué temes? No has nacido
Con alma grande y noble inteligencia?....
¿No te grita la voz de la conciencia
Con eco varonil?

Pues yo no temo: en mi tremendo encono
Quiero romper el duro calabozo,
Que en sus vallas contiene al generoso
Y bravo corazón.

Verme loco, febrífugo, indomable
Desafiando los rayos de los cielos,
Con mi mano rasgando espesos velos,
Es mi grande ambición.

Verme en medio del mar sobre las olas,
En una oscura noche aterradora,
Y arrancar de las nubes donde mora
Su potestad á Dios.

Y á tí, mundo, que pérfido te inmolas
En aras de cobarde sentimiento,
Te regalara entonces el acento
Tremendo de mi voz.

La muerte su cerviz inclinaria
Ante mi cetro de oro y de topacio,

Y en mi soberbio y fúlgido palacio
La pondría de hinojos.

Y luego, por la noche y por el día,
Contra el crimen y el vicio y las pasiones
Vibrarían cual rayos maldiciones
De mis fieros enojos.

À LA ESTÁTUA DE SAN MARTÍN

SONETO

En la lira de bronce del poeta
Vibra siempre una cuerda, que acerada,
Se consagra á la gloria denodada,
Que el mundo, el tiempo y el furor respeta.

Vaciada en bronce tu inmortal silhueta
De lauros y de luces coronada,
Vibrar yo siento la fulmínea espada
Que armó tu brazo, americano atleta.

Tu corazón vibró como tu acero
Templado al fuego de pasiones grandes
Que al redentor animan y al guerrero.

Hoy que al sol de tu patria el labio expandes,
Vibre ese bronce al soplo del pampero,
Y repercuta en los gigantes Andes.

FLORES Y AMORES

DEDICATORIA

Lejos de tí, muy lejos de tu lado,
Perdida la mirada en el espacio,
De silencio y de sombras rodeado,
Consagro á tu recuerdo un dulce canto.

Besan las aguas del manso arroyo
Las verdes hojas del *Irupé* (1).
Gimen las ondas, la flor se inclina,
Y así abrazadas flotar se ven.

La blanda brisa baña sus alas
En la ancha copa del floripón,
Sigue su vuelo, y en ellas lleva
De aquella planta la emanación.

Cubre el rocío con ténues perlas
La flor modesta del resedá,
Y en el perfume que le devuelve
La flor sencilla su amor le da.

Da nueva vida la fresca lluvia
A nuestras flores mustias ayer,
Y ellas entreabren enamoradas
Su hermoso cáliz al renacer.

---

(1) Irupé, que en guaraní significa *maíz del agua*, es el nombre indígena de la *victoria regina* magnífica flor acuática que flota en los lagos y arroyos tranquilos de Corrientes y del Paraguay. (Nota del autor).

Si así las flores aman y premian
¿Porqué desdeñas mi puro amor?
Arroyo, brisa, lluvia y rocío,
Soy yo; Matilde... ¡tú eres la flor!

Á QUINTINO BOCAYUBA

EN NOMBRE DE LA JUVENTUD ARGENTINA

¡Bocayuba! los hijos predilectos
De esta perla bañada por el Plata
Sobre el cual el espectro se retrata
De gigante y audaz generación,
Te saludan, hermano y compañero,
Te brindan el abrazo del amigo,
Y te ofrecen por techo y por abrigo
La sombra de su augusto pabellón.

Apóstol de una noble propaganda,
De santas libertades mensajero,
Heraldo de ese pueblo brasilero
Que escucha de los libres el rumor;
Nosotros somos hijos de Belgrano,
Y al arrullo de gratas esperanzas,
Con ese mismo grito que tú lanzas,
Unimos nuestra voz á tu clamor.

¡La juventud! Detrás de los trofeos
Legados por el tiempo á nuestra historia,
La juventud es nuncio de la gloria,
La juventud es numen de la fe;
Y así como tú execras los tiranos,

Ella execra los viles opresores,
A su bello ideal ciñendo flores
Y rompiendo cadenas con el pie.

Hubo un tiempo lejano y maldecido
En que fuimos tratados como esclavos ....
¡Tú lo sabes también! y férreos clavos
Tuvimos con la mano que romper,
Y hubo un día en que al polvo descendieron
Los déspotas del trono levantado,
Y se elevó de luces coronado
El pueblo soberano, el pueblo rey.

Bocayuba, hoy es libre la llanura
Que á la orilla del Plata se levanta,
Humillando orgullosa con su planta
Los caducos despojos de otra edad,
Hoy es libre y te invita á confundirte
A la luz de su sol que vibra el rayo,
Bajo los pliegues del pendón de Mayo
Democrático signo de igualdad.

Ven, amigo, tu frente de treinta años
Arrogante levanta en esta tierra
Aliada de la tuya en cruda guerra
Y aliada por mil vínculos también;
Ven, hermano, y si buscas en tu anhelo
De santa libertad inspiraciones,
La juventud te da sus corazones....
¡Ella será tu antorcha y tu sostén!

Marzo 23 de 1870.

INDICE

PÁGINAS

ANTOLOGÍA

José María Zuviría:

PÁGINAS

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez

Tomo VIII—LAÚDES Y GUITARRAS

BUENOS AIRES

EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO

BOLIVAR Nº 535

AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

(TOMO IX)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

Tomo IX—LIRA ARGENTINA

BUENOS AIRES
Editores: MARTIN BIEDMA É HIJO
Bolivar Nº 535
Año del Centenario—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

LIRA ARGENTINA

OLEGARIO V. ANDRADE

CARLOS ENCINA

GERVASIO MENDEZ

ALFREDO LAMARQUE

DOMINGO D. MARTINTO

LUIS N. PALMA

MARTÍN GARCÍA MÉROU

ADÁN QUIROGA

RAMÓN OLIVER



NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

OLEGARIO V. ANDRADE

La escuela romántica que tantos adeptos hiciera entre los poetas del Río de la Plata, después que el autor de *La Cautiva* abrió la marcha por ese camino, se dividía con el estilo gauchesco las preferencias del gusto de nuestro pequeño mundo literario. Pero el estilo gauchesco había culminado con los éxitos del *Fausto* y del *Martín Fierro*, mientras que la lírica de más alto vuelo, la de formas cultas y lenguaje castellano, seguía resonando con los versos de Mármol y Rivera Indarte.

Los poetas que descollaron después de la caída de Rosas no han sido de estro tan entusiasta ni vibrante como sus predecesores. Parece que la inspiración se hubiera adormecido con los encantos de la paz, y que las hijas de Apolo holgaran distraídas, embargadas por las dulzuras de los hogares restituídos á su primitiva patriarcal felicidad.

Entre tanto, la visión del porvenir grandioso de estos pueblos empezaba ya á surgir sobre el horizonte de su turbulento pasado.

El alma latina de la raza acariciaba en silencio el rumor de las corrientes de prosperidad que se desbordarían sobre el suelo de la república; el espíritu

nacional templaba sus entusiasmos al rededor de la solución del problema de la federalización de la ciudad de Buenos Aires para capital de la república; y la patria soñada por los libertadores, la *nueva y gloriosa nación* del himno de López y Planes, vestía al fin las galas de la libertad, para ascender al pedestal de la fama.

El ideal así entrevisto, como realización del porvenir grandioso de la República Argentina, plasmaba en la mente colectiva del pueblo nuevos arquetipos de belleza, nuevas formas y nuevos rumbos; y entre el zumbido de la inmensa colmena humana que empezaba á poblar sus desiertos, la *conciencia nacional* percibía el rumor de las voces informes que deberían modular los nuevos poetas para que sus cantos fueran dignos de esta grandeza.

La Musa criolla no podía ni siquiera pretender ensayar esa inmensa sinfonía; y tan difícil parecía el realizarla, que, en las gradas del Parnaso Argentino hubo un momento de espectación y de angustia, por temor de que no hubiera quien llenara tan grandes exigencias.

De esta aspiración nació el poeta hierofante, iniciado en los secretos de la inmensidad como en visión natural de su grandeza, olímpico visionario del destino de su pueblo entre las brumas del futuro é inspirado cantor de formas maravillosas, de entonación profética y resonancias apocalípticas. Tal fué Olegario Andrade.

Cuando el genio enciende en su lumbre las ideas

de un cerebro sus manifestaciones producen una especie de deformación general del terreno allanado por el *común pensar* de los demás, y la belleza y la comodidad de esta bien nivelada superficie se altera y se destruye con proturberancias é irregularidades monstruosas, que á muchos asombran y á otros desalientan y horrorizan.

Sin embargo, todo pensador genial es necesariamente anómalo porque su fuerza de cerebración lo levanta sobre el horizonte de los demás hombres permitiéndole descubrir nuevos seres, nuevos rumbos ó mirages diferentes á los conocidos, que una vez mostrados por ellos entran á ser del dominio del criterio común.

Pero estas percepciones geniales no encuentran muchas veces términos apropiados para su manifestación, dentro del lenguaje hablado; ó porque no hay palabras pue se acomoden á las ideas, ó porque habiéndolas, les falta energía de concepto, alcance de acepción ó tonalidad para revelar sus imágenes.

Hay entonces en el modo de expresarse de estos pensamientos privilegiados una ampulosidad irremediable y una anomalía necesaria, que debe saberse apreciar, para no atribuirla solo á tendencias presuntuosas ó amaneramientos de escuela. La estética de estos poetas tiene proyecciones extraorbitadas para la generalidad; su ojo soporta resplandores fulgurantes y percibe lumbres indefinibles; y su oído se afina con estruendos y rumores que para los demás pueden ser verdaderos desconciertos.

El príncipe de todos los hierofantes, el inmortal autor de la *Leyenda de los siglos*, enriqueció á la lengua de su patria con un verdadero tesoro de nuevas voces y expresiones, y rompió la rigidez de su verso alejandrino anquilosado en varias centurias de uso rutinario. El genio crea y destruye.

Andrade es el poeta argentino más pródigo y magnífico á este respecto; más amplio, soberbio y brillante.

Su musa es hermana de la de Victor Hugo, vive en mundos de apoteosis y canta desde la cumbre del Olimpo.

El insigne autor de las inmortales «Pepita Giménez» y «Doña Luz», que tan refinado gusto y erudición profunda revela en los estudios críticos con que honrara las letras castellanas, hablando de Andrade, se expresa en los siguientes términos (1):

«Las poesías de Andrade son harto difíciles de juzgar con acierto y suscitan multitud de dudas y cuestiones, supongo que en la mente de todos, y de seguro en la mía, sobrado ecéptica quizás, pues no sólo halla muy sujeta á errores la aplicación de las reglas que sirven para juzgar y apreciar las obras de un singular poeta, sino que, aún en las reglas mismas, nota cierta confusión, contradicción é incertidumbre.»

....

«Mirando este punto bajo su aspecto prosaico, acude al pensamiento, al ver como nos dedicamos muchos

(1) *Juan Valera*. Cartas Americanas, 1a. serie, Tomo I, pág. 72.

al magisterio de la prensa antes de saber algo que enseñar, aquello del *maestro ciruela, que no sabía leer y ponía escuela,* ó el chistoso epígrafe de un capítulo de la novela del Padre Isla que ha quedado como refrán: *Deja Fray Gerundio los estudios y se mete á predicador.*

«Claro está que en este sentido, cuando ni los poetas que fueron también grandes sabios pueden ser poetas didácticos en el siglo XIX, menos lo es Olegario Andrade, cuyos estudios habían sido cortos y someros; pero hay otro sentido, según el cual, como por ciencia infusa, puede un poeta ser sublimemente didáctico en nuestros días.

«Las elevadas aspiraciones, el ideal cuya realización se columbra en el porvenir, los planes, doctrinas y esperanzas que están en la mente colectiva de un pueblo ó de la humanidad toda, por estilo vago, informe y confuso, resplandecen con mayor luz en el alma del poeta, y merced á la energía plástica que el poeta tiene, se revisten de forma determinada, precisa y hermosa, en versos que muestran con claridad aquello mismo que agitaba el centro oscuro del alma y que el vulgo apenas comprendía. Para ser así poeta didáctico se requieren dos grandes y raras condiciones, sin las cuales no se alcanza la perfección de la forma en que estriba el misterio. Se requieren el entusiasmo y el buen gusto.

«El entusiasmo, esto es, el sentimiento fervoroso y la imaginación potente que le pone de manifiesto, habilitaban é ilustraban, sin duda, al espíritu de Olega-

rio Andrade: poseía esta primera condición para ser gran poeta docente. Sobre la otra condición, sobre la del buen gusto, hay reparos que poner.

«En mi sentir, es necesario dar á la forma extraordinaria belleza para que este género de poesía transcendental y encumbrada penetre bien en las inteligencias y en los corazones, y venga á ser como la fórmula duradera de una tendencia general, de una aspiración nacional ó humana.

«No bastan las imágenes de que reviste y adorna el poeta su pensamiento, ni el fuego de la pasión con que le presta calor y vida; son indispensables, además, el esmero, la reflexión y el arte más exquisito.»

....

«Presupuestos, con todo, el sentir y el pensar con hondura, y la sinceridad y el brío en el estilo, que todo esto tiene Andrade, no se puede negar que fué egregio poeta, por más que á veces le falte el arte, la mesura, la nitidez y la elegancia.»

La Atlántida, esa especie de Himno de la raza latina, arranca al ilustrado crítico la siguiente franca afirmación: «Por lo citado y expuesto, se ve que, á pesar de todo su desaliño y demás faltas, era Andrade un inspirado y original poeta; pero tal vez resplandecen más sus buenas cualidades cuando desecha la serenidad didáctica, es lírico puro y se deja llevar de la pasión que le agita.»

El celebrado escritor español dice que la poesía que más le gusta, de las de Andrade, es aquella á *La Li-*

bertad y la América, y concreta su opinión sobre el mérito de nuestro compatriota, diciendo:

«A pesar de todo lo expuesto, diré que, tanto por las composiciones de que he hablado, como por *El nido de Cóndores*, *A Paisandú* y otras que no cito, Andrade es uno de los más ilustres poetas que ha habido en América, y que valdría más que Olmedo ó que Bello, y tanto como Quintana, si hubiese cursado más humanidades y hubiese tenido más y mejores lecturas.»

El señor Menéndez y Pelayo (1) es menos elogioso en su juicio. Dice así:

«Andrade era un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido á cañonazos. Pero en esta poesía, toda boato y pompa, toda estrépitos, tempestades, volcanes y cataclismos, hay un fondo de sinceridad y de grandeza lírica que triunfa de lo exuberante y barroso de la forma. Andrade tenía el gusto sin educar, y le fascinó la imitación de lo peor de Víctor Hugo, por quien profesaba una especie de culto, ó más bien de fanatismo; pero tenía también, aunque en pequeña escala, algunos de los grandes dones de su modelo: la sensación ardiente y luminosa; cierta especie de visión hipnótica que agranda y transfigura los objetos; la *imaginación retórica*, que los interpreta de un modo siempre eficaz, aunque desmesurado y sofístico; y juntamente con esto la arrogancia, plenitud y número de la ver-

(1) *M. Menéndez y Pelayo*. Antología de poetas Hispano-Americanos. Tom. IV, pág. CLXXXVII.

sificación, la pródiga y despilfarrada magnificencia del estilo, fecundo en hipérboles, abundando en palabras rotundas, de sonido y brillo metálicos. En él, como en Víctor Hugo, fatiga la monotonía de lo grandioso, la luz abrasadora de Mediodía, derramada por igual y de plano sobre todos los objetos. Y como en todo imitador, aun siendo tan distinguido como Andrade, se extreman los defectos y no las cualidades del modelo, de ahí que el poeta argentino sucumba con frecuencia bajo el peso de los colosos de granito y de las montañas de metáforas con que pretende escalar el cielo.»

«Andrade sabía ciertamente poco para hacer poemas teogónicos ni cosmogónicos; pero sentía con cierto vigoroso, aunque confuso naturalismo, el hervor de la existencia, y aspiraba á encerrar en vastas síntesis el tumulto de la historia. Su expléndido canto sobre los destinos de la raza latina, impropiamente llamado *Atlántida,* tiene á vueltas de todas sus imperfecciones de pensamiento y de formas, versos magníficos, trozos caldeados por la pasión y el entusiasmo, y un juvenil y simpático alborozo por el progreso humano, que hace prorrumpir al autor en ditirambos de férvida elocuencia. Las ideas valen poco y son de las más vulgares del liberalismo; pero el poeta parece que vuelve á inventarlas por el arranque y el brío con que las siente y expone. Daña no obstante, á esta composición el plan demasiado simétrico, y más propio de una lección de historia ó de un tratado que de una oda».

Ya hemos hecho notar en otros casos la acrimonía

que distingue á los juicios del ilustrado autor de los *Heterodoxos Españoles* cuando se trata de los poetas argentinos, pero creemos que esta vez se ha excedido á sí mismo.

Porque, pretender reducir el pensamiento de Andrade á las formas vulgares de la dialéctica, en aquellos casos en que su mérito está en haber trazado con rasgos épicos de leyenda colosal, poemas indescriptibles, equivale á negarle su mayor valor que es la originalidad; y enrostrarle su poca ciencia cuando se le critica la amplitud de sus ideas es una contradicción manifiesta.

Dice Schiller: «No hay vínculo ni límite alguno para mí: libremente quiero remontarme al través de los espacios. Mi reino verdaderamente inmenso, es el pensamiento, y mi alado instrumento la palabra. Cuantas cosas se mueven en los cielos y la tierra; cuantas oculta la naturaleza en el seno de las montañas, deben elevarse y estar patente ante mi vista, *porque no hay cosa alguna que limite la libre acción de la poesía;* si bien entre todas las cosas que puedo cantar, ninguna encuentro más bella que una alma hermosa revestida de hermosas formas».

Si el poeta sueña con un mundo de resplandores deslumbrantes ¿qué mal hay en que todo lo vea iluminado con luz meridiana?

Si su ánimo goza con fragores de cataclismos apocalípticos, ¿que inconveniente puede haber en que el poeta derrumbe los cielos y la tierra (si así se le

antoja) para gozar en la dispersión colosal de sus fragmentos?

¿Que esto no es poético? A nadie se le ha ocurrido decirlo.

De gustibus non est disputandus, y lo que el Sr. Menéndez critica á Andrade es cuestión de gusto. Mejor sería confesar que la pupila no está habituada á mirar estos resplandores y que tanta claridad nos deslumbra; pero de ésto á que el fulgor no sea bello, hay mucha diferencia.

Nos parece pueril la explicación de un distinguido compatriota que dice que esta magnificencia, este explendor y estruendo en que se deleita la Musa de Andrade, es debido á que sus ojos lo han visto todo desde muy lejos, por haberse mantenido siempre en las alturas, mirando con ojos de cóndor ó de águila el espacio sin fin ó el abismo sin fondo, las moles colosales de los Andes y las ondas embravecidas del océano, lugares que su imaginación pobló de dioses, de gigantes y de titanes, y su fantasía revolvió en toda clase de conflictos.

Porque, si algo tienen las figuras de los poemas de Andrade es nitidez de contornos, soltura en el relieve, fijeza en los trazos y claridad y abundancia en los detalles; y esto no se hace viendo mal, sino con la completa visión del ideal ante los ojos.

Su visión calológica es siempre superior al objeto que la provoca; y por eso sus ideas son siempre más grandes, más completas y más universales. El Prometeo de Andrade es al de Esquilo, lo que es el hom-

bre con respecto á la humanidad ó un dios con respecto á la divinidad; lo que es el movimiento con respecto á la energía; y la verdad mística con respecto á la verdad metafórica

Andrade no ve ni piensa en el dios encadenado del patriarca de Eleusis sino en cuanto el afán de su dios cautivo puede ser una chispa del anhelo superior á que se deben todas las conquistas del progreso, que es lo que á él lo inspira; y en cuanto al peñasco de Escitia puede ser un átomo de la montaña de errores á que ha vivido atado el pensamiento humano. No es pues, á la integridad de las figuras de la fábula griega á lo que debe ajustarse la composición del poeta argentino, porque él no canta á ningún prisionero de extraños furores, sino á una víctima de su propio orgullo. Su héroe no es una grandeza determinada, sino una grandeza colectiva, y su Júpiter no es dios de ningún Olimpo sino Dios del cielo y de la tierra, puesto que es: la Verdad misma.

Olegario Victor Andrade nació el 7 de Marzo de 1841. El pueblo de Gualeguaychú (Prov. de Entre Ríos) lo cuenta como al más ilustre de sus hijos. Allí adquirió sus primeros conocimientos que amplió después en el Colegio Nacional del Uruguay, pero no llegó á terminar el bachillerato.

Su biógrafo y prologuista don Benjamín Basualdo nos dice: «Andrade abandonó el colegio el año 1857 sin llevar más bagaje que sus estudios de filosofía,

nociones generales de historia, y conocimientos muy elementales de literatura».

Pero Andrade dejó el colegio para empezar á producir sin dejar por eso de estudiar, dejando correr el raudal de su fecunda vena sobre las páginas sedientas de tinta de los periódicos; y en Gualeguaychú, en el Uruguay, Paraná, Santa Fé y Concordia, donde quiera que vivió, allí hizo estudios y ganó su vida escribiendo.

Dice su distinguido prologuista: »Pasó veinticinco años de su vida, sin intermitencias ni descensos, escribiendo para la prensa diaria; y escribiendo siempre con la novedad, fuerza de pensamiento y de imaginación que distinguen todos sus trabajos».

Pero la vida del escritor no da ganancias de ninguna especie, y segun se desprende de una preciosa cuarteta de su hija Agustina, la situación llegó á no ser nada cómoda:

«¡Ah, todo lo perdiste, padre mío ,
En horas de inclemente tempestad!
¡La miseria pisó nuestros umbrales
Y regamos con lágrimas el pan!

—Entonces vino Andrade á establecerse en Buenos Aires, donde además de su pluma de escritor trabajaba como Contador Público.

El poeta siguió siempre con empeño su lucha por aquel ideal del cual decía:

Tú que al lanzarme á la revuelta arena
Me hablaste de la gloria y la esperanza,
Y al caer en la lucha del destino
Retemplaste mis fuerzas desmayadas;

Para subir á la empinada altura
Ven á prestarme tus potentes alas,
¡Aquellas alas con que el sueño suele
Trepar de Dios á la mansión sagrada!

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
Para ascender á la áspera montaña,
Para colgar el nido de mis sueños
En las arrugas de su frente calva.

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
Donde otra vez relampagueó su llama;
¡Visión del porvenir! dame tu mano,
Quiero seguir las huellas de tu planta!

La poesía «El nido de Cóndores» fué la que atrajo sobre Andrade la atención de todos, destacando su personalidad sobre la de los demás poetas de nuestro mundo literario.

Había cierta novedad grandiosa y una valentía extraña en el estro de aquel cantor hasta entonces poco conocido, que rompiendo el molde de todas las poesías que se hicieron sobre el mismo tema, miraba la reimpatriación de los restos del héroe de la epopeya nacional por el ojo imperturbable *del viejo morador de la montaña,* evocando en el cerebro de aquel testigo sobreviviente el recuerdo de las gloriosas campañas del prócer argentino.

Desde entonces, la reputación de Andrade fué creciendo cada vez más, hasta llegar, después de la publicación de sus grandes cantos: *La Atlántida* (1) *y Prometeo*, á dominar el escenario con su nombre.

---

(1) Esta poesía obtuvo el gran premio de honor en los Juegos Florales celebrados por el Centro Gellego en 1881.

La naturaleza aparentemente robusta hacía pensar en que aquel genio tendría tiempo de llenar grandes páginas para la literatura argentina, pero la muerte lo asechaba en silencio, y de pronto, la encina se desplomó inesperadamente.

Andrade murió en Buenos Aires, el 30 de Octubre de 1882.

CARLOS ENCINA

Nació en Buenos Aires el 20 de Julio de 1838. Á los 9 años de edad ingresó al Colegio Nacional trazando ya su pecho orlado con una medalla de oro, que era el mayor lauro de los cursos infantiles.

Como la familia de Encina no era rica, el niño tuvo que emplearse, y ganándose la vida con su trabajo en la Contaduría Nacional, terminó Carlos su bachillerato, ingresando después á la Facultad de Ciencias Exactas, llevado por su amor á las matemáticas. En 1860 se recibió de Agrimensor.

Su ilustración, sus relevantes prendas de carácter y su constancia para el trabajo modificaron bien pronto la situación financiera de los suyos, y en 1867 for-

mó su propio hogar, casándose con la distinguida señorita doña Mercedes Sáenz.

Hombre de acción y entusiasta defensor de los ideales de la hegemonía porteña, no pudo eludir su concurso personal al movimiento político de aquella época, caracterizada por el hecho trascendental de que el vencedor de *Pavón* supiera levantarse sobre las ambiciones de sus comprovincianos y los enconos de sus enemigos, yendo derecho á la unión nacional, cuando la victoria ponía en sus manos la separación definitiva de Buenos Aires del resto de la confederación y bajando de la presidencia de la República después de haber orientado la contienda electoral para su sucesor dentro de los grandes lineamientos democrático-republicanos que formulara en una carta célebre, llamada, por antinomía, el *testamento político* del general Mitre.

Encina fué electo diputado á la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires el año 1868, y en 1870 fué nombrado Convencional para la reforma de la Constitución de la Provincia. A él se debe la adopción del sistema de la representación proporcional, de que con razón está orgullosa Buenos Aires, porque él fué el autor de ese proyecto de modificación.

Pero su carácter no era el del político sud-americano, y su amor al estudio, sobre todo de las matemáticas, lo desvió muy pronto de aquellos senderos, llevándolo hacia el horizonte de sus simpatías, en el ambiente universitario.

El año 1872 el Gobierno Nacional nombró á Encina Profesor del Colegio Militar, y la Municipalidad

de Buenos Aires le confió la dirección de las escuelas comunales.

También aquí dejó su huella, bien marcada, su espíritu entusiasta, enamorado *á priori* de todo cuanto significaba progreso.

Encina encontró á la enseñanza en el mayor atraso y abandono, é inmediatamente proyectó la reforma del plan de estudios que se seguía. Inplantó los ejercicios físicos obligatorios é introdujo el estudio de las ciencias naturales, cosa de que antes ni noticia se daba á los niños.

Su especialización en las matemáticas lo llevó al fin á la Facultad de Ingeniería, siendo nombrado catedrático de Mecánica racional, académico en 1872, y Decano en 1876. Este fué el período más tranquilo de la vida de Encina, y por lo mismo, aquel en que su espíritu pudo volar más alto.

Contemplando los horizontes maravillosos de la ciencia en aquel ambiente purísimo de las concepciones matemáticas, su alma soñadora debió sentirse trasportada de entusiasmo; y, si no tuviéramos otros antecedentes de sus relaciones con las Musas, diríamos que, había bastado el rumor de las voces que la grandeza de la *verdad* levantara en su conciencia, para despertar á su numen. Pero como estas relaciones eran ya entonces antiguas, se estrecharon más y el poeta se superpuso al matemático.

Antes el poeta había querido ser sabio, y siguiendo tras el rayo de luz de la brillante diosa, colgó la lira de los cantos juveniles para golpear sobre el yunque

del análisis el secreto de las fuerzas con que lo abismaba la naturaleza. Ahora era el sabio el que quería ser poeta, para cantar con la música de los dioses el himno de los grandes ideales.

Por eso cantó *al Arte*, armonizando en sus estrofas los dos grandes impulsos que alentaban su alma: el sentimiento y la razón. Dejó en libertad de expansión á esas nobles energías de su espíritu; prestó oído á las voces de su conciencia; y pensando como sentía, proclamó la visión de su ideal, con el nombre de Dios entre los labios:

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
¡Lo bello, lo sublime, no es materia!
¡No es material el ser que lo proclama!

¡Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa,—
Dios es del arte la sublime idea;
—¡Que su revelación el Arte sea!—

En 1881 el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires nombró á Encina, en comisión con los señores D. Francisco Beuf y D. Francisco Lavalle, para adquirir algunos instrumentos destinados al Observatorio de La Plata y al mismo tiempo estudiar en el Observario de París el pasage de Venus por ante el disco del Sol que iba á realizarse en 1882. Poco tiempo antes, nuestro distinguido colega había recibido encargo del Gobierno Nacional de efectuar una importante operación topográfica en las tierras del Sud

y Encina quiso dejar planteado ese trabajo antes de ausentarse para Europa. Partió pues para el Sud, pero las fatigas y las privaciones de la campaña en aquellas tierras tan apartadas como desprovistas de recursos y la inclemencia de la estación en que trabajaba le provocaron la crisis de una vieja dolencia, y lo sorprendió la muerte en el Neuquen. Falleció el 18 de Junio de 1882.

No son muchas las poesías de Carlos Encina, que se han publicado, pero en cambio son buenas.

La crítica de alto coturno, la más exigente y descontentadiza, la pedagógica, aquella que filtra las estrofas, verso por verso, á través del cedazo de la retórica y del enrejado de las ideas estéticas, esa no ha tenido para Encina, como no tuvo para Andrade ninguna manifestación de franco aplauso ni de encómio entusiasta, como á nuestro juicio merecen; pero la crítica general, la que representa á la opinión pública en sus gustos y tendencias más modernas, esa no ha escatimado elogios á estas dos grandes liras de nuestro Parnaso.

El señor Menéndez y Pelayo clasifica de *rapsodias filosóficas* á las composiciones de Encina; y comparándolas con las modestísimas estrofas de Martín Fierro, se decide francamente por estas últimas.

En más de una ocasión hemos hecho notar la injusta acritud de los juicios del ilustre crítico español sobre los poetas argentinos, lo que hace suponer el propósito de menoscabar su mérito, como si el esplendor que pudiera alcanzar la literatura en la Ar-

gentina no refluyera en brillo y grandeza del lenguaje común.

En el caso de Encina la injusticia no puede ser más clara. Dice así: (1) «Basta pasar la vista por los primeros versos de cualquiera de estas composiciones hinchadas y pedantescas, para convencerse de que su autor era leyente asíduo de Hegel y de Spencer, pero que á penas había recibido de la naturaleza ninguna condición poética. Sus versos, duros, secos, desarticulados, sin color ni música, plegados de voces técnicas y abstractas, son prosa rimada, y de la peor especie posible, prosa de tratados de filosofía puesta en malos versos».

Como el señor Menéndez y Pelayo ha sufrido el dolor de esta misma injusticia creemos que disculpará nuestra queja.

Cuando se leen los juicios que han merecido, á este mismo maestro de la crítica, Quintana, Tassara y Nuñez de Arce, cuyos estilos son por muchos conceptos muy semejantes al de Encina y Andrade y cuyos versos son, casi siempre también, sobre temas filosóficos, religiosos ó sociales, no se comprende como puede condenarse en el poeta argentino lo que se aplaude en aquellos, los tres más grandes poetas líricos españoles de su siglo.

Mucho menos alcanzamos á comprender la razón del fastidio que demuestra el señor Menéndez y Pelayo por el elogio que tributaron á los versos de

---

(1) *Antología de Poetas Americanos.* Tom. IV pág. CXCII.

Encina, sus connacionales diciendo: «Parece imposible que este galimatias haya sido puesto en las nubes como dechado de poesía filosófica y como nuevo rumbo abierto al arte americano. Y, sin embargo, así fué, como puede juzgarse por la lectura de los artículos y discursos que acompañan al tomito de las poesías de Encina (1). «Los que creen que la primera obligación del poeta es saber escribir en verso, no lamentarán mucho que se quedasen en ciernes otros cantos que Encina tenía comenzados, y cuyos títulos ya indican lo que podían ser: *El Poema del infinito; La evolución del espíritu; La Mujer ideal.* ¡Cuántos desastres acarrea la Metafísica mal dirigida!»

Ahora, (después de haber hecho honor á tan inexcusable prevención contra nosotros) mencionaremos uno solo de esos extraordinarios elogios de que habla el Sr. Menéndez y Pelayo.

El Dr. Lucio V. López. que escribió un juicio crítico sobre el *Canto al arte*, dice:

«Es, pues, una revelación el canto de Encina: revelación porque todos lo mirábamos ya como un desterrado del Parnaso; revelación, porque el hombre de ciencia ha renegado de sus creencias religiosas y ha lanzado su espíritu en nuevas averiguaciones; revelación, en fin, porque el «Canto al Arte» no solo ha fijado un rumbo nuevo á la poesía, sino que es seguramente la poesía más notable que haya salido hasta ahora de la pluma de un poeta americano. Como ar-

(1) *Carlos Encina. In Memoriam.* Buenos Aires, 1883.

gentinos hemos sentido en el rostro el calor del más legítimo orgullo al oir el canto de Carlos Encina, y el corazón ha latido con entusiasmo, al ver salir á la escena al poeta sobrecogido, á recibir emocionado los aplausos expontáneos de todos sus compatriotas.»

GERVASIO MENDEZ

Nació en Gualeguaychú (Prov. de Entreríos) el 2 de Diciembre de 1848.

Su carácter jovial, apasionado y animoso y su temperamento ardiente lo llevaron á las filas del ejército; pero siendo todavía muy joven cayó enfermo, atacado de reumatismo, y estuvo postrado 26 años en la cama, hasta que murió el 18 de Abril de 1897.

Así postrado, casi paralítico y muy pobre de fortuna, su espíritu no decayó jamás. Escribió para la prensa, y fué periodista polemista. Fundó el *Album del Hogar* que redactaba y dirigía él mismo, esparciendo por todas sus páginas ideas llenas de ternura y sentimiento veladas con un tinte tristísimo de amarguras que parecían aladas por la desgracia y el dolor.

Esa nota quejumbrosa, sostenida en los versos de Gervasio Méndez con todo el realismo del sentimien-

to herido en su carne propia y vibrada con toda la pasión de que era capaz su alma, armonizaba admirablemente bien con su tendencia romántica y con su amor á las sobreexitaciones del espíritu abocado á los trances más extremos en que la imaginación pudiera colocarlo; y resonando dulcemente, sin gritos, ni llantos, ni desfallecimiento, extendió su fama de poeta confundiendo su nombre con su armonía. Méndez ha sido llamado siempre el *poeta del dolor*.

El melancólico subjetivismo de ideas que pudiera tomarse como dejo de la escuela Bequeriana, con la que Méndez tiene muchos puntos de contacto, puede explicarse en él, por la afligente situación en que debió mantenerse su espíritu; pero, aun considerándola como *lugar común* de fácil inspiración para las musas, el lirismo con que Méndez lo realiza abona más su numen y el brillo de su imaginación.

La religión cristiana le dá conformidad, y levantando sus ojos á Dios le inspira el ofrecimiento de sus penas; la grandeza de Buenos Aires acrecienta sus ansias de vivir y reanima sus esperanzas; el recuerdo de su juventud gallarda y animosa lo llena de valor para combatir, sin rendirse, *contra el hambre, la sed y la desgracia*, y le da fuerzas para desafiar cara á cara al infortunio, levantándolo sobre el lecho del dolor en la misma actitud varonil y resuelta que hubiera sabido tener frente al enemigo, en los campos de batalla; hablando de San Martín olvida todos sus dolores; y hablando de su amor sublima su sentimiento, en esta estrofa de exquisito sabor ascético:

Con saber que estoy vivo, se que me amas,
Que suspiras por mí;
Si no me amaras, alma de mi alma,
No podría vivir.

Ni la visión de la muerte transtornó este espíritu nacido para ser artista del dolor.

Conociendo que su última hora estaba ya próxima, hizo que le trajeran una sobrinita suya, de cuatro meses de edad, y la besó diciendo: «Quiero besar una frente pura.»

ADOLFO LAMARQUE

Nació en Buenos Aires el 18 de Julio de 1852. Fueron sus padres D. Adolfo Lamarque de nacionalidad francesa y Doña Lucía Astigarraga de Lamarque, de nacionalidad argentina. Se educó en el Colegio Nacional de la Capital bajo los rectorados de Yacques y Cosson, donde se encontró con otros jóvenes de su generación que debían distinguirse como él; entre otros Miguel Cané, Juan Serú, Enrique S. Quintana y Juan Carballido que alcanzaron á ser Ministros de Estado y Martín Coronado, Jorge Mitre, Rafael Obligado y Luis B. Tamini que debían ilustrarse como poetas y escri-

tores.—Cursó sus estudios superiores en la Universidad de Buenos Aires, alcanzando las más altas clasificaciones. Su tésis para el Doctorado fué en un trabajo histórico-jurídico sobre la Organización Judicial Argentina, que llamó la atención por ser el primero y el más completo, y que es hoy mismo, utilísimo. El tomo de poesías que publicó bajo el título «Ensayos poéticos» pertenece á su primera juventud, como que apareció teniendo Lamarque, veinte años apenas. Posteriormente publicó otras poesías que existen dispersas en los diarios y revistas de la época. Fué desde temprano muy aficionado á la historia nacional, habiendo publicado diversos trabajos relativos á la época colonial, guerra con el Brasil y algunas biografías, entre ellas la de los Generales Alvear y Bartolomé Mitre. Fué miembro fundador del «Estímulo literario», una de las sociedades literarias de mayor duración que haya existido en el país, habiendo sido uno de los colaboradores más asíduos del órgano de publicidad de dicha sociedad. Con motivo del Centenario de Rivadavia, dió á luz un erudito y extenso articulo sobre la literatura argentina hasta esa época,—que figura en el libro que apareció sobre dicho Centenario. En su primer juventud, redactó el «Estudiante» y la «Nueva Generación», siendo colaborador de otras revistas literarias é históricas, entre estas últimas «El Pasado Patriótico de Trelles».—A raíz de la publicación de su biografía del General Mitre, éste le confió la redacción de «La Nación»,

cargo que abandonó pronto por no tener afición á los asuntos políticos.

Publicó también en el «Argentino» entre otros trabajos una novela titulada «Elvira Contreras». Fué también soldado de la campaña de 1874, habiendo caído prisionero en La Verde. Aunque abogado, nunca mostró afición por la profesión, prefiriendo consagrarse á sus estudios predilectos, literarios ó históricos. A su fallecimiento se encontró entre sus papeles el plan y algunas escenas de varios dramas, relacionados con episodios de la historia colonial argentina, especialmente de la época de Irala, sobre cuyo personaje tenía reunidas muchas notas para un libro que proyectaba. Murió en Junio de 1888.

Los diarios lamentaron su muerte prematura en sentidos artículos necrológicos, que existen reunidos con los discursos pronunciados en su tumba, en un folleto titulado «Corona Fúnebre de Adolfo Lamarque».

DOMINGO D. MARTINTO

Uno de los nombres que más han sobresalido de entre la nutrida falange que ya hoy peina canas, conservando todavía los primeros puestos en las filas de los poetas y escritores argentinos, ha sido el de Martinto.

La raza latina y la germana daban calor á su alma, é idealismos á su mente. Fué, pues, casi necesariamente romántico; y sin embargo, todavía se nota en sus poesías un exceso de tendencia que proviene de su esfuerzo por parecerlo.

Su Musa, como deidad de una época de paz, de progreso y de riqueza, ha sido ninfa galante, un tanto superficial y voluptuosa. La inspiración no tiene, pues, en él, ningun colorido de escuela filosófica especial; no es deista, ni atea, ni idealista, ni materialista; y si es algo, no se le ocurre imbuirnos en sus ideas, lo que no deja de ser un gran mérito, en la poesía. Pero tampoco son el corral, ni el lupanar, ni la taberna, lugares de su predilección; y como sabía hacer versos muy armoniosos, sus temas, aunque sencillos, son siempre agradables é interesantes. Martinto es un poeta cuyas poesías han de ser leídas siempre con gusto.

En algunas composiciones es muy notable la influencia de los grandes líricos españoles de la segunda mitad del siglo XIX, y en otras la de los románticos franceses, sobre todo la de Alfredo de Musset, el más enamorado y menos lírico de todos, de quien el mismo Taine ha dicho que: «No ha sido admirado, ha sido amado, porque era más que un poeta, un hombre». Así, por ejemplo, los versos de: «En el hogar», «Crepúsculo», «Apoteosis» y «Consumatum est» tienen, á nuestro juicio, marcado parecido de estilo con los de D. Gaspar Nuñez de Arce; y en el poemita «Mis amores» se percibe la influencia de los «Poemas cortos» de Campoamor, no solo en el género y en la forma

sino también en más de una frase de aquel, que ha sido usada.

¿Cómo se explica esta doble orientación?

El laureado vate y crítico erudito Dr. Calixto Oyuela que escribió el prólogo para la colección de poesías de Martinto, nos da al respecto la siguiente explicación: «Yo quiero notar aquí cómo Martinto, que empezó á escribir en la legión romántica á que antes hice referencia, ha llegado á sazón fuera del romanticismo, en medio de un eclecticismo artístico, templado, elegante y voluptuoso; y cómo, habiendo sido en sus principios y gustos muy francés, exclusivamente francés, conociendo y admirando mucho la literatura francesa, y sin que, en lo esencial, haya dejado de ser esa una irresistible tendencia de su espíritu, su poesía ha llegado á no ser afrancesada en el sentido para nosotros censurable de esa palabra, y que yo he combatido enérgicamente en ocasiones diversas.

El secreto de una y otra cosa debe buscarse en dos excelentes cualidades de Martinto: la sinceridad y la curiosidad artística. La primera le emancipó muy pronto de la mayor aberración poética, el lamento retórico, y de esa enfermedad *sin nombre* (y también sin causa, como no fuese la de rimar con hombre) de que se creían víctimas los jóvenes poetas de su generación.

La sinceridad ingénita de Martinto le libró, pues, de ser romántico de sistema, y el romanticismo atenuado que quedó en él, en su época de madurez artística, ha de referirse á su modo de ser individual y propio, á esa raíz y tendencia romántica eternamente

humana á que me refería hace un momento, y que todos, todos si exceptuar á los que sentimos el soberano imperio de la clásica y serena hermosura, guardamos deliciosamente en lo más secreto del alma».

Domingo D. Martinto nació en Buenos Aires el 12 de Febrero de 1859. Hizo sus primeros estudios en Alemania, en el colegio Helper, continuándolos en Francia, en el instituto Mercie de Burdeos, donde concluyó el bachillerato.

De regresó entre los suyos actuó con éxito en el movimiento político provincial que promovió la reforma de la constitución de Buenos Aires; y habiendo sido elegido Convencional, fué designado Secretario de la Convención.

Su afición al estudio le llevó á la cátedra, y durante muchos años fué profesor del Colegio Nacional de la Capital.

Martinto no tenía título profesional, pero había cursado los tres primeros años de medicina y después se había dedicado, con especial empeño, á estudiar las enfermedades de los niños, con el propósito de poder aender á los suyos en caso urgente y llegó á adquirir conocimientos muy apreciables en esta ciencia.

En 1898, hizo un viaje de placer á Europa, sorprendiéndolo la muerte en Berna.

Martinto ha dejado publicadas las siguientes obras:

Poesías, 1 vol. en 8º. menor, 172 págs. Buenos Aires, 1892.

Remordimientos, 1882.—*Aves de paso,* 1885.—*Páginas literarias* y *Páginas sueltas,* 1891.

LUIS N. PALMA

Nació en Gualeguay (Prov. de Entrerrios) el 6 de Diciembre de 1863.

Cuando era todavía muy joven se sintió llamado al sacerdocio é ingresó al Seminario Conciliar de Santa Fé, adjunto entonces al célebre colegio de la Inmaculada Concepción que dirigen los Padres Jesuitas. Allí estudió el bachillerato, sobresaliendo siempre en las letras, en las que alcanzó la más altas clasificaciones y premios especiales que otorgaba el Colegio. Terminó el estudio de los sagrados libros el año 1885 siendo ordenado sacerdote por Mr. Gelebert, el 26 de Abril de 1886. El 16 de Mayo de ese mismo año cantó Luis Palma su primera misa, en la catedral del Paraná, abriéndose ante sus ojos arrasados en lágrimas de gozo el horizonte inmenso que encerraba su abrazo con la iglesia de Jesucristo.

Alto, delgado, gallardo y arrogante, de cabello ru-

bio y cútiz marfilino y sonrosado, de nariz agüileña, de grandes ojos azules, de expresión abierta y maneras corteses; noble, hidalgo, leal y afable, su paso por el Colegio de la Inmaculada lo vinculó fraternalmente á todos sus alumnos; y donde quiera que actuó, su bondad, su generosidad, su celo y su hombría le granjearon aprecios, respetos, consideraciones y simpatías.

El mismo año de su primera misa fué Palma nombrado Canónigo honorario de la Catedral y cura párroco de Gualeguaychú, puesto que entró á desempeñar con verdadera vocación, con tanto anhelo y religioso entusiasmo de su ministerio, que el pueblo se sintió conmovido; los aletargados muros de la construcción de su iglesia, abandonados á la ruina después de más de 15 años, sintieron trepar por sus junturas el vigor de aquel aliento juvenil en plena primavera de la vida; y sacudiendo su marasmo, crecieron, se alzaron, se cubrieron y hasta se engalanaron, inaugurándose en espléndida iglesia.

A los dos años de su entrada á Gualeguaychú, el año 1888, fué elegido Diputado á la Legislatura Provincial, y fué reelecto al terminar su período, en 1892.

Poco tiempo después se empezaron á manifestar en Palma los primeros síntomas de la tremenda enfermedad que lo llevó á la tumba.

Convencido de que su mal era incurable aceptó con resignación cristiana la horrible prueba á que el cielo lo sometía, y sobrellevando con valor sus

sufrimientos, fué un enfermo que trabajó como sano, hasta que cayó para no levantarse más. Falleció en el Paraná el 27 de Agosto de 1894.

El sepelio de Luis Palma puso de manifiesto las simpatías que gozaba.

Apenas llegó la noticia de su muerte á Gualeguaychú la Municipalidad celebró una sesión extraordinaria y derogó, por excepción y para él sólo, la ordenanza que prohibía enterrar cadáveres en el templo; y pidió á la familia que le permitiera realizar á ella el sepelio, para lo cual resolvió que el Consejo Deliberante en corporación, se trasladase en tren expreso á la capital de la Provincia, para llevar sus restos.

Así se hizo, y el entierro de Palma en la iglesia de Gualeguaychú resultó una apoteosis.

Tan conmovida se hallaba la concurrencia y tan íntimamente sentida era aquella pérdida, que cuando empezó á hablar el encargado de la oración fúnebre (que era un condiscípulo de Palma), eran las lágrimas signo de dolor que nadie ocultaba; y creciendo la emoción con los recuerdos afectuosos que hacía el orador, llegó un momento en que los sollozos eran tan fuertes y generales, que aquel debió cortar su discurso, reclamando antes un momento de silencio, para pedir á la Municipalidad, en nombre del pueblo, que se diera el nombre de Palma á una de las calles.

Terminada la función religiosa los miembros del Consejo Deliberante se dirigieron á la Municipalidad y sesionaron, dando el nombre de Luis N. Palma, á la calle principal de Gualeguaychú.

Al conjunto de cualidades físicas y morales que hacían de Luis Palma un hombre verdaderamente simpático y atrayente, se unía una inteligencia clara y despejada, una imaginación fecunda y brillante, un lenguaje muy castizo y correcto, una expresión muy galana y un entusiasmo juvenil, expresivo y candoroso, que dá á sus poesías el encanto de las floraciones primaverales y pone en su lira las notas de los más dulces trovadores.

La mayor parte de las poesías de Palma que forman la colección editada por «La Biblioteca del Litoral», las hizo estando todavía en el Seminario. Por lo menos, las poesías de asunto patriótico son todas de aquella época. (1)

Esta circunstancia dá mayor realce á sus composiciones, porque, la naturaleza de sus defectos los hace imputables á los pocos años, y su mérito deja entrever el vuelo que hubiera podido alcanzar aquella inspiración tan inteligente como amante de lo bello.

La musa de la patria inflamaba su alma con grandiosas visiones del pasado y le inspiró los cantos más entusiastas.

Una de las mejores poesías de Palma, *Las arpas mudas,* tiene resonancia digna del estro de Olegario Andrade; sentimiento mucho más hondo que el que admiramos en las composiciones de aquel; y movimiento, elegancia, fluidez y armonía tan apreciable

(1) Estábamos juntos en la Academia de Literatura del colegio de la Inmaculada Concepción, y tuve la satisfacción de ser quien las recitó en público á casi todas.

como la de los mejores líricos de fines del siglo pasado.

La deidad que lo inspiraba no era diosa del Olimpo pagano sino espíritu del trono del Dios verdadero, por lo cual se muestra siempre vestida con la túnica resplandeciente de la Fe, envuelta en los nimbos de luz de la Esperanza y ataviada con las galas de la Caridad. Huesped sigiloso que dormiría entre el boscaje del famoso patio de los naranjos del Colegio de la Inmaculada, atisbando los momentos de silencio de sus aulas de estudio para correr por los claustros desiertos desparramando perfumes de azahares, madreselvas y jazmines, á colarse en el alma de su elegido é inspirarle al oído sus visiones, aquel alado mensajero del cielo posa su mirada entristecida sobre el cuadro de los progresos del más grande de los siglos, y observando el silencio de las liras, pregunta:

¿Qué habrá en la Patria que sus bardos callan?
¿Qué se han hecho sus genios tutelares?....
¿Habrá arrancado el huracán la selva,
Habrá borrado el huracán sus mares?
¿Donde están los poetas?
¿No hablan á su memoria
Nuestra leyenda, asombro de los siglos
Nuestra epopeya, asombro de la Historia?
....

Y exaltando su patriotismo con el recuerdo de las gloriosas campañas de la indepenpencia y robusteciendo su acento con el estruendo de los cañones de

Maipo, Junín, Ituzaingo y Florida, alza su voz contra el significativo silencio de los poetas, y los incita á cantar con un espléndido apóstrofe del más arrebatado lirismo:

«¡Tomad el arpa con viriles manos,
Y rimad al tronar de los cañones
Sus cantos soberanos!
Alzad vuestras canciones,
Para decir con inmortales notas:
¡De pie, nobles patriotas!
¡En el pueblo argentino no hay tiranos!»

Esta composición tiene estrofas magníficas, por la elevación de las ideas y la belleza de las formas con que el poeta las presenta. Así, cuando dice:

El pensamiento es águila, y su vuelo
Nadie encadena sin romper sus alas!
Para alentar su marcha salvadora,
Le dan las cumbres sus eternas galas,
El espacio su cielo,
Su aliento de titán los huracanes,
Y el fulgor colosal de sus incendios
El fuego abrasador de los volcanes!;

cuando define lo que es la poesía:

La virgen poesía
Es vida, es armonía,
Rumor de flores, cántico de aves,
Alborada de luz rompiendo el día,
Grito del alma que el amor expande
En canciones suaves,
Esperanzas, recuerdos, besos, lágrimas,
Notas del corazón.......... ¡todo lo bello!
Dios, la patria, el hogar.... ¡todo lo grande!;

cuando nos pinta el siglo de las luces:

El siglo del progreso,
El que lleva en su mano redentora
La luz del rayo para abrirse paso,
En la fiebre voraz que lo devora,
Con rapidez de vértigo se mueve:
Y va herido á morir en el ocaso
El coloso más grande de los siglos,
¡El siglo diecinueve!;

y cuando describe el positivismo desolador que impulsa sus progresos:

En pos de una esperanza,
Que infunde al corazón nuevos alientos,
La humanidad sobrecogida avanza!
Y de asombro, en asombro,
Ve que llena esa edad de los portentos
El gigantesco nombre de su fama
Y el ruido colosal de sus inventos!
¡Todo la fuerza material lo absorbe,
Y el rudo sello de su amor le imprime!
Ya el infinito su poder no arredra!.......
Ya no hay nada sublime
Sino la hulla y el carbón de piedra!
Ya no hay templos, ni dioses, ni oraciones,
En el pueblo sencillo,
Ni caen sobre él las bendecidas aguas!
El yunque es el altar! No hay más plegarias
Que las que arranca el golpe del martillo
Al hierro enrojecido de las fraguas!
....

terminando con esta magnífica epifonema:

Que en su incansable espíritu de empresa,
Por conseguir un bien que no comprende,
¡El siglo del vapor todo lo pesa!
¡El siglo del metal todo lo vende!

Al leer estas estrofas de Palma no se puede menos que recordar aquel apóstrofe del célebre autor de «La Pesca», en la bellísima poesía «Tristezas»:

«¡Ah, no recuerdo el ánimo suspenso,
Un siglo más inmenso,
Más revelde á tu voz, más descreido!
¡Entre nubes de fuego alza su frente
Como Luzbel potente,
Pero también, como Luzbel, caído!

Y tan unísono es el ritmo y semejante la armonía, tan igual la entonación y parecida la idea, que se puede poner este último á continuación de las primeras, sin que aparezca repetición, ni solución de continuidad, ni se note diferencia de ninguna clase entre los versos del más notable de los poetas españoles de fines del siglo XIX y los del más joven de los poetas argentinos de su época. Lo mismo las composiciones «Recuerdos de Gloria», «Chacabuco y Maipo», «El Águila del Orinoco» y «Himno de gloria», son todas de rápido movimiento en las ideas, de entonación muy valiente y de imágenes muy brillantes.

Pero no es solamente el de la Patria el único sentimiento que sostenga en los cantos de Palma el vuelo de su lirismo. La religión, el hogar, la familia y la amistad tienen para él todo el encanto de los anhelos

más íntimos del alma, y abandonada á sus recuerdos, su Musa llena con la armonía de sus versos el escenario del templo, del huerto y del claustro.

Y para que no se crea que el compañerismo de las aulas y la estrecha amistad que después siempre nos unió con Palma nos dictan estos juicios, vamos á dejar la palabra á otros, y de muy lejos, que se han ocupado de sus poesías.

El ilustrado jesuita J. M. Aicardo, en su obra «De literatura contemporánea» (1901-1905) dice lo siguiente:

«De sus sentimientos, de su corazón, de su alma, algo y mucho nos dirán sus poesías.

Y todo bueno.

Su alma se debió siempre conservar virgen, y, resguardada por el estudio y las paredes del Seminario, no debió sentir los huracanes de la mocedad. Por eso conserva, como una flor las gotas del matutino rocío, los recuerdos y amores de los sueños infantiles:

«Si en el fondo de mi alma, dulce madre,
Fijaras tu pupila,
Mirarías temblar como en un lago
Tu imágen bendecida:
Al ver mi corazón, en él escrito
Tu nombre encontrarías ....;

siente abierto su pecho á la compasión más pura:

La borrasca ha deshecho con rabia impía
Un hogar bendecido. ¡Pobre Maria!
Sólo un nido desierto..... Hondo vacío.....
Ese nido de amores está ya frío.....;

recuerda como dulce ensueño que se gusta al despertar, los goces de su primera comunión:

¡Qué suave placidez! ¡Qué hondo cariño!
¡Qué dulces horas de envidiable calma
Ha sentido mi espíritu de niño
En el sublime festival del alma!.....;

pero al recordarlos, así los pinta, así los siente, que parece que no ha despertado todavía.

Y parece que así debió ser; debió cruzar el corto trecho de desierto mundanal que le asignó la Providencia envuelto en una nube de nácar y oro.

Nunca se amortiguó en él el santo amor á la patria, á la historia de Sudamérica, al pintoresco Entrerríos, su país natal. Cuando se leen las composiciones «A Gualeguaychú», «Himno de gloria», «Himno á Entrerríos», «Perfilando un poema», Chacabuco y Maypo», «El Aguila de Orinoco» y otras, se siente latir un corazón noble, que habla de las cadenas de tres siglos sin saña, sin odio, sin otra pasión que la del entusiasmo juvenil; con la misma que enciende su estro al celebrar hiperbólicamente la provincia de Entrerríos que le viera nacer.»

—El distinguido sacerdote y crítico erudito pondera, sobre todas, la poesía titulada «Inocencia», que indudablemente es bellísima, por la suavidad de lineas y de tonos con que está hecha, y la pureza del pensamiento que en ella se descubre.

La nota del dolor vibra también con intensa resonancia en la lira de Palma, y sus poesías «Sobre una

lápida», «Lágrimas», «Rimas», «Pensando en mi madre» y «Recuerdo», tributos del amor filial ó la amistad, y expresión de los hondos sentimientos que lo conmovieran, son joyas artísticamente cinceladas que bastarían para sentar un renombre de poeta. En algunas de estas composiciones y en la «A Gustavo Becker» se nota bastante la infuencia del estilo de este célebre poeta sobre el de nuestro amigo. Es indudable que ha habido el decidido propósito de imitarlo, pero la semejanza resultante no es más que de forma, de metro y de armonía.

Sea que se las considere como tanteos de un carácter poético que se venía formando y que todavía entonces vacilaba sin encontrar la forma más adecuada para vaciar sus pensamientos, sea que se tomen como complacencias perfectamente lícitas de la obsequiosidad de un carácter poético con otro, al cual quiere demostrar su aprecio no solo cantándolo sino cantando en su propio estilo, lo único que puede decirse es que, Palma no es el creador de esa forma, pero no que no la maneje muy bien.

—El cariño de sus conprovincianos, amigos y feligreses venció esta vez la apatía de los entusiasmos por la virtud y los méritos del talento, y poco tiempo después de la muerte de Palma se inauguró su estátua, que lo presenta en actitud serena y sonriente, de pie en el atrio del templo que levantó con su esfuerzo.

MARTIN GARCÍA MÉROU

Nació Martín García Mérou en Buenos Aires, el 14 de Octubre de 1862. Estudió Humanidades en el Colegio Nacional y recibió el título de doctor en leyes en la Facultad de Derecho de la Capital.

A raíz de los sucesos políticos que conmovieron á la República el año 1880, ingresó al Ministerio de Justicia é Instrucción Pública, siendo nombrado Archivero y Oficial de mesa. Pero sus tendencias eran otras, y siguiendo el impulso de sus aspiraciones trabajó y obtuvo el puesto de secretario *ad honorem,* de la Legación Argentina en Venezuela y Colombia (1881), ejerciendo más tarde el cargo de Encargado de Negocios en ambas Repúblicas. Incorporado así, de lleno, al cuerpo diplomático argentino, en 1883 fué nombrado secretario de la Legación Argentina en el Brasil, pasando poco tiempo después con igual carácter á España y después á Francia.

En 1885 lo llamó el general Roca, que era entonces Presidente de la República, para ocupar el puesto de pro-secretario en su secretaría; siendo nombrado secretario al año siguiente. A fines de 1886, el gobierno del Dr. Juárez lo nombró ministro residente en el Paraguay; y en 1888 fué acreditado como Ministro Plenipotenciario ante aquel mismo gobierno. Igual cargo desempeñó después en el Perú (1891-1894), Brasil (1894-1896), Estados Unidos (1896-1900) y en Méjico, Alemania, Austria Hungría y Rusia.

Fué Ministro de Agricultura de la Nación el año

1900; y formó parte de la Legación Argentina al Congreso Pan Americano de Méjico.

En esta brillante carrera diplomática adquirió reputación de hombre inteligente, laborioso y honesto, y mereció el aprecio y las consideraciones de todas las sociedades en que estuvo, por sus bellísimas prendas de carácter y la exquisita amabilidad de su trato.

García Mérou había sido nombrado miembro de importantes institutos, asociaciones literarias y científicas, y estaba condecorado por varios países.

Falleció, estando de Ministro Plenipotenciario en Berlín, el 30 de Mayo de 1905.

Su obra literaria es bastante nutrida y variada; habiéndose distinguido por la serenidad de sus juicios como historiador, y por la galanura de su estilo como poeta.

García Mérou ha dejado publicadas las siguientes obras:

Poesías, Buenos Aires, 1880.—*Nuevas Poesías,* Buenos Aires, 1881.—*Poesías,* Barcelona, 1885.—*Estudios Literarios*, Madrid, 1884.—*Impresiones:* De Buenos Aires á París. Recuerdos de Venezuela. Recuerdos de Colombia; Madrid, 1884.—*Ley social;* costumbres contemporáneas; Buenos Aires, 1885.—*Libros y Autores:* La novela en el Plata.—De todo un poco.—Bosquejos históricos; Buenos Aires, 1886.—*Perfiles y Miniaturas,* Buenos Aires, 1890.—*Juan Bautista Alberdi,* Buenos Aires, 1890.—*Cuadros Epicos*, Buenos Aires, 1891.—*Recuerdos Literarios,* Buenos Aires, 1894.—*Ensayo sobre Echeverría,* Buenos Aires, 1894.—*Historia de la República Argentina,* Buenos Aires, 1899.—*Estudios Americanos,* Buenos Aires, 1900.—*El Brasil intelectual,* Buenos Aires, 1900.—*Informes Agrícolas,* Buenos

Aires, 1901.—*Historia de la diplomacia Americana*, Buenos Aires, 1904.

Dr. ADÁN QUIROGA

En medio de la despreocupación por la poesía que caracteriza al progreso de la República en estos últimos años, y entre las pocas voces que se han sentido resonar en el derruído templo de las Musas, Adán Quiroga se distinguió por la dulzura, el entusiasmo, el buen gusto y el intenso colorido nacional de sus canciones.

Fué para nosotros una revelación, como jurado que éramos del Certamen Literario Hispano-Americano que se celebró el 30 de Octubre de 1903 en la Academia Literaria del Plata, el leer su composición «El ejército de los Andes», á la cual se le adjudicó el premio acordado á ese tema por el entonces Ministro de la Guerra, general D. Pablo Richeri.

Aquella poesía, presentada al concurso sin más adorno que el encanto de la verdad de los sentimientos y la belleza y naturalidad del colorido, era para nosotros como un rayo de sol de un nuevo día, que atravesara las nieblas del ambiente decadentista de la época y entibiara con el calor del terruño el soplo de las ráfagas de exotismo extravagante que venían helando la floración del Parnaso argentino. Volvía el canto á surgir del fondo de las almas como explosión de los entusiasmos del espíritu; volvía el acento á

tener la intensidad del *os magna sonaturum* Horaciano; volvía el metro á buscar en el ritmo la armonía de las notas musicales; la fantasía á levantar sobre sus alas la belleza del color y el encanto de la vida; y el Credo á resplandecer sobre las ideas. Resonando en nuestros oídos los cantos de Luca y de Varela, de Mármol y de Andrade, volvíamos á escuchar los clarines de Maipo y Chacabuco, velando esta vez el regocijo de sus notas, por no llamar la atención del enemigo; llamando á los patriotas:

A laborar á prisa y sin sosiego
En el callado invierno sin alarmas;
El duro hierro someter al fuego
Y convertirlo en vengadoras armas;
A no dar trégua en la ciudad patricia
Ni en el parque y taller del Plumerillo
A la fragua, al batán, al yunque, al molde,
A la aguja, á la lezna y al martillo.

Se han hecho muchas descripciones del ejército de los Andes, en lenguaje poético, y se han ideado muchos cuadros grandiosos de sus batallas; pero en todos ellos hemos visto siempre, que la grandeza del pensamiento ostentaba las galas de la fantasía, mostrándonos á los soldados bien puestos y equipados, paseando las huestes por el ciclopeo sendero de la gloria. La grandeza de la verdad no se nos había mostrado nunca.

La musa de Adán Quiroga ha tenido el buen gusto de presentar al ejército de San Martín tal como debió ser: pobre en su equipo, sencillo y abigarrado en sus trajes, vario en sus armas, y fuerte y uniforme solamente en su valor y en su entusiasmo:

Es un gran campamento; vivaquean
Cambujos y libertos en sus calles:
Los cholos de rebeldes alardean:
Cantan contra su rey y de las viñas
En odres beben los cuadrienios jugos,
Y en las dulces miradas de las niñas
Uncen de nuevo los odiados yugos.
—¡Todo el mundo á caballo y en campaña!—
Truena un clamor de la argentina tierra;
Y todo el mundo se alza contra España
Con el dilema:—*¡ Independencia ó guerra !*—
El bravo montañés, el heredero
De los dolores de la extinta raza,
En franca rebelión es el primero.
Su varonil espíritu rechaza
Dominaciones, servidumbres,...—¡todo
O nada!—quiere en el natal refugio
De sus bohíos, que el rencor le abruma...
—¡Y, á borrar el baldón de Vilcapugio,
Y, á vengar la vergüenza de Ayohuma!—
De valle en valle la noticia cunde
Que el Salvador apareció en Mendoza.
Y por los llanos y sierras se difunde;
Y entre el contínuo circular del mate,
Junto al fogón de la ignorada choza,
Las mentas hablan de un triunfal combate.
....
En ciudades y villas y campaña
Con un ir y venir de gratas nuevas,
Mozos, viejos, paquetes y paisanos
Se empiezan á alistar para las levas,
Jurando no amainar en la batida
De obligado desquite á los hispanos.

El cuadro tiene detalles de un verismo impresio-

nante y solemne, presentando abrazadas junto á la cuna de la libertad á la religión y á la patria:

Con voz tonante, en el villorrio, el cura,
A la sombra del tala centenario
A la patria proclama;

y apenas menciona el hecho, pasa á buscar el momento más álgido de sus efectos, para admirar en ese instante su belleza; y con verdadero espíritu de artista, para realizar la idea, talla en el bloque de la masa popular la hermosa y simpática figura de un joven exaltado por la prédica, que arrebatando al sacerdote el manifiesto de la insurrección

El viril documento en que palpita
El alma joven de una raza nueva

corre en alas del entusiasmo á enseñarlo á sus paisanos:

Y entrando á la cercana pulpería,
Vuélvese el pueblo una hermandad de amigos,
Una constante vidalita, el día,
La noche, un largo retrucar de *obligos*.

Tres pinceladas le han bastado para pintar la explosión del entusiasmo por el anuncio de la guerra de la libertad.

Ya hemos dicho que nos gusta muchísimo y que nos parece que es verdaderamente bella la presentación de los héroes de la patria en pintoresco desfile de tipos provincianos. Al final, el estilo toma un poquito la forma declamatoria, pero la desviación no es mucha y el poeta vuelve en seguida á tomar el sendero que traía.

En general, la composición no pierde su carácter descriptivo sino es para dar al sentimiento conmovido el dulce reposo de las epifonemas; y su interés poético no decae sino para entrar en la reseña histórica de personajes.

Otra cosa más muy buena y encomiable tiene la poesía de que venimos hablando, y es que, al volver el poeta los ojos al pasado para admirar los cuadros de la guerra de la Independencia, su Musa lo acompaña en actitud siempre alegre y sonriente, mostrándole toda la belleza de aquellos grandes hechos sin que la descomponga la presencia del adversario ni la altere el recuerdo del contraste que llora.

Es que su Musa era el ideal:

«Mi Musa es lo ideal. Cuando la llamo
Acude á mi reclamo,
Junta mis ayes de dolor, dispersos,
Y les hace callar y les inspira,
Les entrega la lira
Y vuelven hasta mí soñando versos».

Quiroga pagó también su tributo á la moda y dejándose seducir por el éxito de los poetas didácticos y de las poesías de puro pensamiento, sin que lo arredrase la idea del terrible parangón con el genio de Olegario Andrade entre nosotros, tomó á su vez el tema inmortalizado de la Atlántida, y se lanzó en alas de su imaginación sobre el inmenso escenario del descubrimiento de la América.

Su composición se reciente de cierta debilidad (efecto, tal vez, de la inevitable comparación con la poesía de Andrade), pero no deja de ser hermosa y muy inspirada.

Fuera de estos casos, cuando abandonado á sus propios sentimientos canta con amor á la belleza natural que le conmueve, desde la modesta *«Flor del aire»* hasta el *«Indio»* salvaje, su estro se levanta y su lira vuelve á sonar en el encanto de las verdaderas armonías.

Adan Quiroga nació en la ciudad de San Juan el año 1863.

Cuando todavía era muy niño, su familia pasó á vivir en Catamarca, radicándose definitivamente allí, por lo que este compatriota ha sido, para muchos, Catamarqueño.

Recibió su título de doctor en leyes, en la Universidad de Córdoba; y después de concluir su carrera se inició allí mismo en la vida pública. Los primeros desengaños lo decidieron á volver al lado de los suyos; y pasó á abrir su estudio de abogado en Catamarca. Allí encontró más fácil y expedito el camino que la emulación le había antes entorpecido, y sus amigos lo llevaron á ocupar el puesto de Intendente Municipal. Después fué Juez, y se distinguió por la serenidad y la ciencia de sus fallos; dando el hermoso ejemplo de dimitir antes que tolerar que la política comprometiera sus funciones.

Al iniciarse la presidencia del doctor Quintana, el doctor Rafael Castillo, ministro del interior, nombró á Quiroga subsecretario de ese ministerio, pero el mal estado de su salud le impidió hacerse cargo del puesto y falleció en el hospital militar el 10 de Noviembre de 1904.

Don Adan Quiroga ha dejado publicado un tomo de poesías, titulado «Flores del Aire». Además, varias obras muy interesantes sobre arqueología ameri-

cana, tituladas «La cruz en América» y «Calchaquí», con las que ha contribuido valiosamente al conocimiento de las antigüedades é historia de la civilización de aquellas comarcas.

DOCTOR RAMON OLIVER

Ramón Oliver nació en Buenos Aires, el año 1860. Cursó sus estudios superiores en el viejo Colegio Nacional de la calle Bolívar, y cuando apenas contaba 21 años de edad, recibía el título de doctor en leyes en la Facultad de Derecho de Buenos Aires.

Fué periodista y escritor desde estudiante, mostrándose siempre vivaz, intencionado, animoso y correcto. Sus relaciones con las Musas empiezan en las aulas del Colegio Nacional y no cesan sino con su salud, quebrantada dolorosamente cuando su talento empezaba á desplegar las alas. Fué laureado en los juegos florales del Centro Gallego, y por el gobierno de Salta.

Después de algunos años de ejercer con brillo su profesión fué nombrado secretario de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires.

Una grave dolencia lo obligó á vivir recluido en su hogar los últimos años de su vida, falleciendo en Buenos Aires el 28 de Enero de 1897.

ANTOLOGÍA

(TOMO IX)

OLEGARIO V. ANDRADE

ATLÁNTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA

Wake

Hamlet.

I

Cada vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brota de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso y movible cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieves sempiternas,
¡Despliegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes

Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora
Que el verde junco con la hiedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo
Teñida por los rayos de la aurora
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales;
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes.—En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto,
¡Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

¡Allá en el fondo oscuro
Del valle que á los pies del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda
Palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,
Vago rumor se siente......
¡El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!

Y en el confín lejano
Del mar, que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
¡Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en son medroso, el viento
Esparse por la tierra estremecida!

La raza que despierta
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
¡Llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Illión, que se desploma
Como gigante estatua derribada,
¡Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender á la llanura
Se torna en ancho río,
Aquella tribu oscura
En turbulento pueblo convertida
Sintió dentro del seno

La inquietud de la ola comprimida,
¡El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza á las naciones
A las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro á sus legiones,
¡La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina.
La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Océano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuando siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje.
Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Afilaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas;
Y las negras pirámides distantes,
¡Que á la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito,
¡Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dolmen maldito!
¡Pero cayó expirante en la contienda
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda!
Y el Sármata cruel, el Bretón bravo,
El Escita ligero,
El sombrío, feróz Escandinavo
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
¡Fueron á prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! Largo y fecundo,
¡El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
Sus desastres, Lucano,
¡Mientras brillaba en el lejano oriente
La luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,

¡Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

¡Despertó, pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
¡La corona de hiedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
¡Y solo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,
¡La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde en verdad! El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la oscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos
Para siempre se hundió.—Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos.
Nubes del Septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.
Sólo quedó de pie, soberbio atleta

Vencido, no tumbado,—destacando
En las sombras el dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra, ¡el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldecida.
Las razas son los ríos de la historia,
¡Y eternamente fluye
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
O por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna
¡Inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,

Donde todo es amor, luz, armonía,
Y el sol más bello, el aire más liviano
Y siempre altivo, desbordante y joven,
¡Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder á la cesárea estirpe,
¡La raza soberana de los Cides!

¡Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
¡Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,

Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
¡La visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,
Y ansioso de combates
Fué á renovar en África prodigios
Y hazañas de Escipiones;
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
¡Sinó cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia y prepara
Otra hoguera, á que arroja
Con ánimo esforzado
Fragmentos de Bastillas,

Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas—
¡Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar, como en fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones,
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
En las horas más grandes de la historia
El génio de Voltaire para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
¡Para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
Astro de inmensa curva, que á su paso
Deja como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles;
Pero astro que se pone en el ocaso
Trás nubes de rojizos arreboles.
¡Brillante fué el imperio de la fuerza!

Brillante pero efímero. La espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta
Trazó fronteras, suprimió desiertos,
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confín remoto
El homenaje de los reyes muertos,—
La espada de Austerlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscou mellada,
Ya no describe círculos gigantes
Esparciendo el pavor de la derrota:
¡Cayó en los campos de Sedan, sombríos,
Ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera,
No mueren aunque caigan.—Así Roma
En su tumba de mármol se endereza
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza;
Así España sacude la cabeza
Trás largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos

De su pesada lápida mortuoria,
¡Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
Del pecho no cerrada,
¡En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

VI

¡Soberbio mar engendrador de mundos!
¡Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes,
O gemidos de sombras lastimeras,
¡Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
¡Soberbio mar! de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de liquen y espadañas,
Al ronco son de tempestad bravía
Náufragos del abismo, las montañas—
Mientras del cielo en la extensión desierta
Que eternas sombras por doquier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa flor de luz, recién abierta,
Sobre la cual en armonioso coro
¡Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Jirones de la túnica de armiño
De tus playas bravias,
¡Huérfano de la historia! un mundo niño.
¡Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagabundo
No fuesen á contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar el horizonte oscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía
Mensajera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar tu frente!
¡Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde, traía
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Engina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
¡Que á sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
¡Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, ¡domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora,
Y la nave avanzó. Y el océano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,

¡Y á su frente rugiendo el torbellino
Jinete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
¡Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas;
¡Era lo que soñaba!
¡Ámbito y luz en apartadas zonas!
Helo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
¡La libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya! lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
¡Y el infinito por doquier lo llama
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
¡Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,

Será cl altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas
¡Para emprender el vuelo á otras riberas!

¡Allá Méjico está! sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
¡Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo;
¡Colombia la opulenta,
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida
Del almo sol que tus encantos cela,

Inmenso hogar de animación y vida,
¡Cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!
Todo en tu suelo es grande,
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroismo,
¡Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla oscura.
¡Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura,
Y entonces cuando llegue,
Para su suelo, la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera,
Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de verguenza y lloro,
¡El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pie del Avila, su genio
Inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa,

Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
¡Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
A colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho.
El Uruguay que combatiendo entrega
Su seno á las caricias del progreso,
El Brasil que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso
Y á quien solo le falta
El ser más libre, para ser más grande,
¡Y la región bendita,
Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublímes ideales,
¡El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
A cuantos rinden culto
A la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia,
¡La patria! que ensanchó sus horizontes

Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
¡Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria! que olvidada
De la civil querella, arrojó lejos
El fratricida acero,
Y que lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
¡Menos pesada que el laurel guerrero!
¡La patria! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza;
En ella el sol de redención se enciende;
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante
¡La inmensa copa á las naciones tiende!

IX

¡Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo...
Y más allá desierto!
Acá ríos que corren desbordados;
Allí valles que ondean
Como ríos eternos de verdura;
Los bosques á los bosques enlazados,
¡Doquier la libertad, doquier la vida

Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
Que Platón presintió! promesa de oro
Del porvenir humano—Reservado
A la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia,
Los Césares del genio y de la espada—
Aquí vá á realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos—
¡La más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

PROMETEO

I

Sobre negros corceles de granito
A cuyo paso ensordeció la tierra,
Hollando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes,
Fueron en horas de soberbia loca,
A escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
Dispersando nublados y aquilones,

Ya heridos de pavor los astros mismos
En confusión horrible,
Como yertas pavesas descendían
De abismos en abismos;
¡Y el Tiempo que dormía
En los senos del báratro profundo,
Se despertó creyendo que llegaba
La hora final del mundo!

El cielo estaba mudo
Y la turba frenética avanzaba
Con ronca vocería,
Como avanza rugiendo la marea
En la playa sombría,
Cuando Jove asomó: vibró en su mano
El rayo de las cóleras sangrientas,
¡Rugió en su voz el trueno del estrago
Y encadenó á su carro las tormentas!

Temblaron los jinetes
En los negros corceles de granito;
Redoblaron su saña
Arrojando á los pórticos del cielo
Con insultante grito
Pedazos de montaña,
Y volcaron los mares
Para apagar en la soberbia cumbre
Los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,
Blandió sobre sus frentes altaneras

El hacha del relámpago que hiere
Como á una vieja selva las esferas:
A su golpe profundo,
Vacilaron montañas y titanes;
¡Y bajó el torbellino,
Heraldo de su gloria,
Con la negra cimera de huracanes
A anunciar á los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
En espantoso vértigo á la tierra.
No volverá á flamear en las alturas
Su pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
Del abismo en las lóbregas entrañas;
¡Y Jove vengativo,
Convirtió los corceles de granito
En salvajes é inmóviles montañas!

II

El Cáucaso, caballo de batalla
De algún titán caído
Al golpe del relámpago sangriento,
Se destaca sombrío
Con el cuello estirado, cual si fuera
A beber en el cauce turbulento
Del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,
Y entre el espeso matorral de rocas,
Que fueron la melena sudorienta
Donde cuelgan las nubes vagabundas
Sus desgarradas tocas
Y en la noche desciende
A dormir fatigada la tormenta,
Tendido está el gigante,
Que amarraron los cíclopes soberbios
Tras larga lucha fiera
Con templadas cadenas de diamante:
Aun su pecho jadea
Como cráter hirviente;
Y cada vez que se retuerce inquieto,
El sol vela su frente,
Y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,
Rojas hogueras que atizó el encono,
Antorchas funerarias de la noche
De su eterno abandono;
Y no es un grito humano
Lo que exhala su pecho
—Que no tiene el dolor tan rudas notas—
Es el estruendo del volcán que estalla,
El grito del torrente en la espesura,
¡Choque de aceros y corazas rotas
En el fragor de la feroz batalla!

Solo el Ponto responde á los rugidos
Que lanza en su desvelo,

Y llama en su socorro con voz lúgubre
A las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
Lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado
Quiere arrastrar consigo á la ribera,
¡Y la ribera sorda
Escapa de sus brazos,
Dejándole en la lucha misteriosa
De su veste de juncos los pedazos!

En vano el Ponto grita
Y se endereza embravecido y fiero.
¡Él es también gigante encadenado!
¡Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
Ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
Para atarlo en perpetuo cautiverio.

¡El titán no se abate!
¡Es que el dolor enerva á los pigmeos
Y á los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
Y más ruda su saña;
Si afloja un eslabón de su cadena,
Un martillo invisible lo remacha
Sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
Al salvaje festín de su martirio,

Vienen los cuervos en revuelta nube;
Verdugos turbulentos,
Que Júpiter envía enfurecido
A desgarrar la entraña palpitante
De su rival temido.
Suelta el titán los brazos
En actitud cobarde y dolorida
Al sentir su frenética algazara;
¡Parece que cayera anonadado
Bajo el horrible peso de la vida!
¿Qué masa lo ha postrado?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?
¡Es que después del rayo de los Dioses
Viene á escupirle el rostro la canalla!

Así en la larga noche de la historia
Bajan á escarnecer el pensamiento,
A apagar las centellas de su gloria
Con asqueroso aliento,
Odios, supersticiones, fanatismos;
Y con ira villana,
¡El buitre del error clava sus garras
En la conciencia humana!

«¡Oh Dios caduco! grita
El titán impotente:
Como esta negra carne que renace
Bajo el pico voraz del cuervo inmundo,
Renacerá fulgente
Para alumbrar y fecundar el mundo

La chispa redentora
Que arrebaté á tu cielo despiadado,
¡Germen de eterna aurora
Del caos en las entrañas arraigado!

« Desata, Dios caduco,
La turba ladradora de tus vientos;
Sacude los andrajos de tus nubes,
Y acuda á tus acentos
La noche con sus sombras,
Con montañas de espuma el océano;
¡No apagarán la luz inextinguible
Del pensamiento humano!

«¿Qué importa mi martirio,
Mi martirio de siglos, si aun atado,
Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
El mártir de tu encono,
Siente tronar la ráfaga tremenda
Que va á tumbar tu trono?

« Tres siglos no he dormido;
Tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
Al sentir mis lamentos,
Ni nube, que al pasar no haya vertido
En la copa de aromas del ambiente,
Una gota de llanto
Para mojar mi frente.

« A veces he llorado,
Y el raudal de mis lágrimas heladas
Corrió por la ladera
Con ruído de cascadas.
El Araxa sombrío,
Dragón de negras fauces,
Que se calienta al sol en la pradera,
Es hijo de mis lágrimas. Por eso
Lanza gritos tan hondos,
Y atrae cuanto se acerca á su ribera.

« De vez en cuando, siento
Sollozos de mujer á la distancia:
Es Hesione, la mártir, que se queja
En el fondo del valle abandonado.
Las águilas del Cáucaso que pasan
Y la nube bermeja
Que recibió en la faz ruborizada
El ósculo del sol en el ocaso,
Le cuentan mi martirio
Y me traen el mensaje de su pena,
¡El mensaje tiernísimo que escucho,
Sacudiendo mi bárbara cadena!

« ¿Qué importan tus tormentos,
Tus tormentos de siglos, Dios airado?
¿Si en la lengua sonora de los vientos
Me trasmite los himnos de su alma,
Como al través del médano abrasado
Va el polen de la palma?

¿Si en el trémulo seno,
Como el rayo en los negros nubarrones,
Lleva ella palpitando
El feto colosal de las naciones?

«¡Desata tus borrascas!
Lanza á los aires tu bridón de llama,
Caduco soberano,
¡Y despliega en los cielos tenebrosos
Tu sangriento oriflama!
Será tu empeño vano;
Soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el Titán que ha de tumbarte
De tu trono de nubes:
¡El Titán inmortal del Pensamiento!

«Ayer, la tierra muda
Flotaba en los abismos de la nada,
Como una urna vacía
Al soplo del azar abandonada,
Y en sus hondas y frías cavidades
Sólo el eco se oía
Del monólogo eterno de las sombras
Y el rumor de las roncas tempestades.

«Hoy la tierra está viva: alguien habita
El fondo de los mares;
Gérmen de vida y juventud palpita
En sus bosques de acidias y corales:
No es el viento, el que gime en la maraña

De las selvas sonoras;
Ruído de alas abajo, y en el cielo,
Parece que revientan
Semilleros de auroras.

« Júpiter: aturdido con tu gloria,
Embriagado de orgullo,
¡No sientes en los senos del abismo
Lo que siente arrobado Prometeo!
Algo, como un arrullo
En el nido de nieblas del vacío,
De misterioso enjambre el aleteo,
¡Cuál si bandas de estrellas ensayasen
Su plumaje de luz, para lanzarse
A lucir en los campos del espacio
Su espléndido atavío!

« Aquella sombra muda,
Aquel eterno esclavo, peregrino,
Que lanzaste sin rumbo
En las negras jornadas del destino,
Ya no va caviloso,
Temblando del rumor de su pisada,
¡Lleva la frente erguida
De misteriosa aureola circundada!

« Hay luz y voz en ella:
Es flor recién abierta,
Cuya blanca y espléndida corola
Tiene el perfume agreste de las cumbres
Y el latir convulsivo de la ola.

En breve de su seno
Volarán las ideas
—Mariposas de luz del pensamiento—
Y asombrarán al mundo con sus alas,
¡Más sonoras que el viento!

«Ellas me vengarán, Jove caduco:
Serán mis herederas.
Ya arrojé en el cerebro de los hombres
Semillas de volcán, gérmen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
Redobla mi tormento;
Que ya viene el Titán que ha de vengarme:
¡El Titán inmortal del Pensamiento!»

Dijo y calló: no ya desesperado,
Torva la faz, revuelta la pupila,
Sino grave, sereno resignado,
Como quien sin vencer, sabe que es suya
La victoria final y no vacila.
Algo, como el fulgor de una sonrisa
Iluminó su frente,
¡Débil chispa encendida
En helados montones de ceniza!

III

No volvió á retumbar en la montaña
El grito del titán retando al cielo;
Ni temblaron las nubes, ni los astros
Detuvieron su vuelo
Para mirar la bárbara batalla;
Ni el negro Ponto amótino sus ondas
Crispado y convulsivo,
Para arrancar de su prisión eterna
Al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,
Y descendió el Araxa gemebundo
Con torpe pesadumbre,
A arrastrar callado en la llanura,
Como del alma en el profundo cauce
Desatan en silencio los recuerdos
Sus ondas de amargura.

¡Siempre el gigante en vela!
El cielo era la página sombría
En que al débil fulgor de las estrellas
Las misteriosas sílabas leía
De su destino fiero;
Y el errante cometa,
Que en la lejana cumbre aparecía,
Su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía
Como ruido levísimo de espumas
En las inquietas algas detenidas;
Como el roce ligero
De fantásticas plumas
Que tocaban su sien calenturienta;
Murmullo blando de hojas,
De un árbol invisible desprendidas
Después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
Ni jirones de niebla desgarrados
Por el aire liviano;
Era el coro armonioso
De las gentiles hijas del Océano,
Que á la luz del crepúsculo salían
De sus grutas azules,
Y en torno del titán encadenado
Los húmedos cabellos sacudían.

«No duermas Prometeo,»
Al pasar á su oído murmuraban,
Desatando en su alma
Las ansias infinitas del deseo.
«¡No duermas! ¡que el Olimpo se estremece
Con inquietud extraña,
Y truenan los abismos,
Como truena el volcán en la montaña»!

Prometeo velaba,
Fijo el ojo en las lóbregas esferas

Que como enormes olas palpitaban,
Y atento al ruido sordo
Que las brisas del valle le traían,
El ruido de las razas que hormigueaban
Del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV

Una tarde...ya el sol desfallecía,
Como herido impotente
En los brazos oscuros
Del enorme fantasma de Occidente,
Cuando sintió temblar la dura roca
En que apoyó tres siglos la cabeza,
Y oyó en los aires algo,
Como un tropel de fieras
Retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,
Interrogó á las nubes que rodaban
Por el espacio mudo,
Como gigantes témpanos de nieve
Que desprende impaciente
El huracán sañudo.
Las nubes le dijeron
Que el Olimpo crujía,
Y que los viejos Dioses expiraban
En horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
De las gentiles hijas del Océano,
Que en su pecho vertía
Las infinitas ansias del deseo,
Volvió á sonar dulcísima en su oído
Para decirle en melodioso idioma:
«¡Despierta, Prometeo,
Que en las lejanas cumbres
Un nuevo sol asoma!»

Volvió el titán á sacudir airado
Sus duros eslabones,
Que al esfuerzo supremo rechinaron;
Y las rocas cayeron
Como viejos torreones
Por el rayo de Júpiter heridos,
Y los cuervos hambrientos se alejaron
Con lúgubres graznidos.

V

¡Ya el gigante está en pie! ya la montaña,
Ara de su martirio,
Que empapó con la sangre de su entraña
Y aturdió en la embriaguez de su delirio;
La montaña, testigo dolorido
De su tremenda historia,
Es su negro caballo de pelea,
¡El pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida
Que su impaciencia calma,
Y otra vez avasalla
Con cadenas de asombros á su alma?
Ve alzarse en el confín del horizonte,
Del espacio en los ámbitos profundos,
Sobre la excelsa cúspide de un monte
Que se estremece inquieta,
Y en medios del espanto de los mundos,
¡De una cruz la fantástica silueta!

«¡Al fin puedo morir! grita el gigante
Con sublime ademán y voz de trueno.
¡Aquella es la bandera de combate,
Que en el aire sereno,
Ó al soplo de pujantes tempestades
Va á desplegar el pensamiento humano
Teñido con la sangre de otro mártir,
—Prometeo cristiano,—
Para expulsar del orgulloso Olimpo
Las caducas deidades!

«Es un nuevo planeta, que aparece
Tras los montes salvajes de Judea,
Para alumbrar un ancho derrotero
A la conciencia humana.
El germen fulgurante de la idea,
Que arrebaté al Olimpo despiadado:
La encarnación gigante de mi raza,
¡La raza prometeana!

«¡Al fin puedo morir! Hijo de Urano,
Llevo sangre de dioses en las venas,
¡Sangre que al fin se hiela!
Aquel que me sucede, hijo del hombre,
Lleva el fuego sagrado
Que eternamente riela,
Ya lo azoten los siglos con sus alas
O el viento furibundo,
El fuego del espíritu, heredero
Del imperio del mundo».

Dijo, y cayó como la vieja encina
Que troncha el leñador con golpe rudo.
La montaña tembló; y el negro Ponto
Se enderezó, sañudo,
Para asistir á su hora postrimera,
Y las gentiles hijas del Océano
Bajaron presurosas
¡Y en torno á su cadáver encendieron
De perfumadas leñas una hoguera!

VI

¿Qué es aquello que cruza
Con planta soberana,
Sembrando mundos y encendiendo estrellas
Por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,
La cumbre se despierta sonrosada,

Como al ósculo tibio de la aurora
Despierta enrojecida la mañana:

Si baja á la pradera,
Dormida en brazos de la niebla fría,
La pradera galana
Con su velo de novia se atavía,
Y al rumor misterioso de su huella
Se ciñe el viejo bosque
Su corona más bella:

Si al mar desciende—que la espalda encorva
Como esclavo sumiso
Para besar su turbulenta planta—
El mar abre su seno
Y el más sublime de sus himnos canta:
El himno con que arrulla
El sueño de los negros promontorios,
Centinelas inmóviles del mundo,
Y le enseña latiendo en sus entrañas
De las faunas y floras venideras,
El légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado
Rechinan á su empuje omnipotente,
Y se alzan en tropel á su presencia,
Desde el fondo del caos petrificado,
Las formas y las razas extinguidas
En cuya adusta frente,
El ojo de la ciencia deletrea

El verdadero Génesis del mundo,
Que la leyenda bíblica falsea.

Todo á su paso vive, alienta, brota:
El mar, el monte, la desierta esfera;
Y á su soplo creador todo se espande,
Palpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
Como un arco triunfal para que pase,
Sus montañas de hielo;
Y enciende presuroso
Sus gigantescas lámparas el Ande
¡Para alumbrarle el tránsito del cielo!

¡Él es el soberano, el heredero
Del cetro de la tierra,
Por su inmenso poder transfigurada!
No hay piélago ni abismo
Que no rasgue su seno á su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
Destronó el paganismo
Y rompió las cadenas que arrastraba
La pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
Encendida en las bóvedas oscuras
De la conciencia humana
Que todo lo ilumina;
El siglo de una raza de titanes,
Destinada á la lucha y al martirio:
¡La raza prometeana!

En la cruz, en la hoguera,
En el árido islote, en el desierto,
En el claustro sombrío, donde quiera,
Vierte su sangre á mares
Que los helados páramos caldea:
¡Su sangre, que en los cauces seculares
De la historia, desata
Las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos
En la fe y en la gloria,
Cuantos despejan la futura ruta
Con la luz inmortal del pensamiento.
Ya mueren en el Gólgota, ya apuren
De Sócrates severo
La rebosante copa de cicuta,
Ya nuevo Prometeo,
¡Al torvo fanatismo desafíe
Sobre Roma, montaña de la historia,
El viejo Galileo!

VII

¡Arriba, pensadores! que en la lucha
Se templa y fortalece
Vuestra raza inmortal, nunca domada,
Que lleva por celeste distintivo
La chispa de la audacia en la mirada
Y anhelos infinitos en el alma;

¡En cuya frente altiva
Se confunden y enlazan
El laurel rumoroso de la gloria
Y del dolor la mustia siempreviva!

¡Arriba, pensadores!
¡Que el espíritu humano sale ileso
Del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
Y la verdad la suspirada meta
De vuestro afán gigante.
¡Arriba! ¡que ya asoma el claro día
En que el error y el fanatismo expiren
Con doliente y confuso clamoreo!
¡Ave de esa alborada es el poeta,
Hermano de las águilas del Cáucaso,
Que secaron piadosas con sus alas
La ensangrentada faz de Prometeo!

Á VÍCTOR HUGO

I

¡La negra selva por doquier! ¡el viento,
Como inquieto lebrel encadenado,
Aullando en la espesura!
¡La noche eterna por doquier! el cielo,
Como un mar congelado,
Y el mar como una inmensa sepultura.

De tarde en tarde brilla
De la aurora boreal el rayo frío,
Y á su vislumbre pálida, los astros
Que ruedan lentamente en el vacío
Enormes buques náufragos semejan,
Que al ronco son del trueno,
¡Van llevando sin rumbo
Cadáveres de mundos en su seno!

Hay vida en la creación, vida embrionaria
Pero embotada y fría. Allá á lo lejos,
En la extensión inmensa y solitaria,
Islas y continentes van surgiendo
De la muriente aurora á los reflejos,
Como monstruos del mar que se dirigen
En confuso rebaño hacia la orilla;
Y los montes lejanos,
Gigantes de armaduras de granito,
¡Parece que esperasen de rodilla
El mandato de Dios para lanzase
Á escalar la región del infinito!

II

Era la edad en que la densa noche
Del polo sobre el mundo se extendía,
La noche de la calma aterradora,
En cuya soledad, lóbrega y fría
Como raudal helado, ¡dormitaba

La savia engendradora!
No hay noche sin mañana...
En el cielo, en la historia, donde quiera,
La sombra es siempre efímera y liviana,
La nube, por más negra, pasajera;
Y aquella noche al fin iba á rasgarse
Como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorjeos, ruidos de alas,
La alegría del nido en la espesura,
Flotarón en la atmósfera ligera,
Y antes de desplegar la luz sus galàs
¡Entonó un ave la canción primera!

Al eco de la insólita armonía
La tierra despertó.—La selva oscura
Con ansia de volar, batió las ramas;
Misteriosa y extraña vocería
Se alzó del mar en la siniestra hondura,
Cual si ensayasen sus salvajes himnos
La borrasca y la tromba asoladora,
Y de la informe larva del abismo,
Mariposa de luz, ¡surgió la aurora!

III

También la historia tiene
Torvas noches de horror como el Océano,
Noches glaciales en que duerme todo,
La vida, el arte, el pensamiento humano.

También como en la selva primitiva
De mustias cicadeas,
La savia del espíritu dormita,
Sin reventar en frutos, ni cuajarse
La flor de las ideas.

¡Qué lentas son las horas de la historia!
¡Qué largo y qué sombrío
El imperio del mal!—cuando parece
La conciencia pasmada,
Profundo cráter de apagada escoria,
Desierto cauce de agotado río,
Y en la noche callada
No se oye más rumor que el de la orgía
O el áspero crujir de la cadena,
¡Mientras del cielo en la extensión vacía,
La ronca voz de los espantos truena!

IV

Tarda el amanecer, pero al fin llega.
¡Oh mal! ¡no eres eterno!
Así como en la noche de la tierra,
Profunda noche de aterido invierno,
El mundo despertó cuando en las ramas
De la selva dormida
El primer himno resonó del ave
Que desplegaba el ala entumecida
Presintiendo á la aurora;

Así la humanidad despierta inquieta
En la noche moral abrumadora
Cuando surge el poeta,
Ave también de vuelo soberano,
Que en las horas sombrías,
Canta al oído del linaje humano
Ignotas armonías,
Misteriosos acordes celestiales,
Enseñando á los pueblos rezagados
El rumbo de las grandes travesías,
La senda de las cumbres inmortales.

V

Olvidada de Dios, Judá apuraba
La copa del placer.—En sus altares,
Los ídolos extraños recibían
Cobarde adoración.—No era la esposa
Sencilla del Cantar de los Cantares,
No era la Virgen de Israel, gallarda
Como las palmas de Samir: ajada
La tez de rosa y ulcerado el pecho,
¡Con inquietud febril se revolcaba
Del vicio impuro en el candente lecho!

¡Viento de corrupción! viento de muerte
Soplaba sobre el mundo.—Babilonia,
Del deleite en los brazos reclinada,
Ceñida la guirnalda, flaco el brazo

Para blandir el hierro,
Y á la orilla del Eufrates sentada,
¡A los pueblos vecinos daba cita
En las lúbricas danzas de Becerro
Ó á la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba á morir—como Bacante
Ebria al compás de báquicas estrofas,
Al son de besos, al rumor de orgías,--
Cuando á las puertas del cerrado templo,
¡Torvo y airado apareció Isaías!
Y tronó en los espacios vengadora
Su voz, hondo murmullo
De rayos, fulminando
Al crimen, á la guerra y al orgullo,
Prediciendo á la plebe pecadora
Largas horas de llanto, tras las cuales,
Purificada y bella, surgiría
La ciudad del Señor; y á Babilonia,
A Babilonia la soberbia, el día
En que el Medo feroz, los vasos de oro
Y las sedas de Persia, el arpa siria
Con que encantaba al mundo,
Las águilas de bronce, los jardines
Aéreos, ¡todo, todo,
Iba á hollar insensible
De sus corceles bajo el casco inmundo!

VI

Dos razas batallaban
En campo estrecho con furor insano:
La vieja raza de la historia, aquella
Señora un tiempo del destino humano,
Abuela de naciones;
La que templó sus armas
Al sol de Arabia y abrevó en las ondas
Del Indus y del Tigris sus legiones,—
Y la raza nacida
Del sol levante al ósculo de fuego,
¡Que llevaba en la frente
La centella de luz del genio griego!

¿Cuál iba á sucumbir? La raza vieja
Esclava del destino, mar volcado
De Tesalia en el valle sonriente,
Avanzaba tenaz.—Ya estaba mudo
De Maratón el bosque consagrado!
Ya no brillaba en el combate rudo
De Leonidas la diestra refulgente,
Cuando la musa helena,
La musa de alas de águila de Esquilo,
Hendió los aires y voló á la escena,
De la rapsodia enervador asilo,
Y con voz que aún resuena
Del mar Egeo en la sonora playa,
Ceñida de laurel la sien divina,

Al cadencioso son del ritmo jonio,
Y entre el fragor de la feral batalla
¡Lanzó el himno triunfal de Salamina!

VII

Ya Roma, no era Roma, la que un día
Encadenó á su paso la fortuna;
La Roma de los grandes caracteres.
Mudo el foro, desierta la tribuna,
En sus plazas y circos no se oía
Más que el rumor de esclavos y mujeres
En bulliciosa confusión danzando
Al son lascivo de los himnos grigos,
Ó el palmotear de cortesana impura
Del vil histrión en los obscenos juegos.
Ya Roma, no era Roma. No anidaban
Del Aventino en la gloriosa cima,
Emblema de una raza gigantea
Las águilas de Júpiter Tonante,
Sino en mansa, blanquísima bandada,
¡Las palomas de Venus Citerea!

Dormido estaba el rayo,—como duerme
En el monte la lava rugidora
Y en la cumbre el turbión.—Llegó la hora,
Y el rayo despertó. Vibró en la lira
De Juvenal, no en caprichoso alarde,
De dulce verso ó de canción sonora,

De torpe mofa ó de cobarde duda;
Sino implacable, acerbo, burilando
En carne viva la común afrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
Alzó sobre la sien calenturienta
De aquel rebaño humano,
Y fué marcando con eterno mote,
A la falsa virtud, al crimen pálido,
¡Al vulgo y al tirano!

VIII

¡Eclipse de la historia, la Edad Media,
Crepúsculo sin día!
Pasaba sobre el mundo, como inmenso
Torrente de tinieblas despeñado
Del ancho cielo en la extensión vacía.—
Astro sin luz, el pensamiento, mustia
Lámpara de un altar abandonado
Que el cierzo helado azota,
¡Al través de las sombras perseguía
De un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino,
Bajó del corazón al antro oscuro
A descifrar la letra del arcano,
La misteriosa cifra del futuro.
Y con voz, ora triste y ora grave,
Mezcla á veces de cántico y lamento,

Dijo á la muchedumbre horrorizada:
¡Quien sabe de dolor, todo lo sabe!
¡Y de su siglo la conciencia helada,
Se despertó á su acento!

IX

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
La caravana humana, halla un poeta
Que espera en el dintel, alta la frente
Coronada de pálidos luceros,
Sacerdote y profeta,
¡Para enseñarle el horizonte abierto
Y bendecir los nuevos derroteros!

Á tí te tocó en suerte, ¡soberano
Del canto! ¡inmortal Hugo!
La más ruda jornada de la historia.
Ya no es una nación que rompe el yugo
De la opresión, ni el canto de victoria
Trás las horas durísimas de prueba:
¡Hoy es la humanidad que se emancipa!
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

¡Todo lo tienes tú, la voz de trueno
Del gran profeta hebreo,
Fulminador de crímenes y tronos!
¡El grito fragoroso del que un día
Encarnó, para ejemplo de los siglos,

La idea del derecho en Prometeo,
La cuerda de agrios tonos
De Juvenal, aquel Daniel latino,
Tremendo justiciero de su siglo,
Y el rumor de caverna, de los cantos
Del viejo Gibelino!

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo
Te dió tan vasto sin igual proscenio.
No hay notas que no vibren en tu lira,
Espacios que no se abran á tu genio.
¡Cantas al porvenir, y los que sufren,
Esclavos de la fuerza ó la mentira,
Sienten abrirse á sus llorosos ojos
De la esperanza las azules puertas!
Apostrofas al tiempo y se levantan—
—¡Mágico evocador de edades muertas!—
Como viviente, inmenso torbellino,
Razas extintas, pueblos fenecidos,
Fantasmas y vestiglos,
Para contarte en misterioso idioma
¡La colosal *Leyenda de los siglos!*

¡Todo lo tienes tú!. Todo lo fuiste:
Profeta, precursor, mártir, proscrito,—
Gigante en el dolor te levantaste
Cuando en la noche lóbrega sentiste
Temblar los mares, vacilar la tierra
Con pavorosa conmoción extraña,
Cual si un titán demente forcejease

Por arrancar de cuajo una montaña.—
Era Francia, montaña en cuya cumbre
Anida el genio humano;
La Francia de tu amor, que tambaleaba
Herida por el hacha del germano;
Y arrojando la lira en que cantabas
La *Canción de los bosques y las calles,*
¡Fuiste á tocar llamada
De París sobre el muro ennegrecido
En el ronco clarín de Roncesvalles!

Desde aquí, teatro nuevo
Que Dios destina al drama del futuro,
Razas libres te admiran y se mezclan
Al coro de tu gloria—
¡Orfeo que bajaste
En busca de tu amante arrebatada,
La santa democracia,
A las más hondas simas de la historia!
¡Desde aquí te contemplan
Entre dos siglos batallando airado
Y arrancando á la lira
La vibración del porvenir rasgado
Ó el triste acento de la edad que expira!
Y al través de los mares,
Astro que bajas al ocaso, envuelto
En torrentes de llama brilladora,
Entonando tus cantos seculares
¡Te saludan los hijos de la aurora!

EL NIDO DE CÓNDORES

FANTASÍA

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio á sus rumores,
¡Un peñasco sombrío!

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno,
¡Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
¡Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
¡Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron á su vista,
Holló muchos volcanes,
¡Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:

¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente.

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta; y el anciano
Con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
De esta cumbre gigante».

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
¡Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,

Recuerdos de otro tiempo de esplendores
  De otro tiempo de gloria,
¡En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!

  Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza á las nubes en Oriente;
  Ó con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
¡Cual se apoya un titán sobre su clava!

  Una mañana—¡inolvibable día!
Ya iba á soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
  Y descender al llano,
Á celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,—

  Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
  ¡La cólera rugiente,
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo!

  Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
  Desde el peñasco mudo;
Y vibraron los bélicos clarines,
¡Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros;
Y atónita al sentirlos la montaña,
¡Bajó la frente, y desgarró su entraña (1)!

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios las empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
¡Van á morir ó libertar un mundo!

III

Pensativo á su frente, cual si fuera,
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
¡Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡éste es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: ¡Mirad! ¡Esa es mi gloria

(1) Pasaje de los Andes—23 de Enero de 1817. (Nota del A.)

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
Y á sus roncos acentos,
¡Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día...se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó á su oido
Rugidos de marea;
Y descendió á la cumbre de una sierra,
¡La corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid! por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
¡Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
Y al fin entre relámpagos de gloria,
¡Vino á alzarla en sus brazos la victoria (1)!

---

(1) Batalla de Chacabuco, 12 de Febrero de 1817. (Nota del A.)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
¡Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos!

V

Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
¡Fué siguiendo los vívidos fulgores,
De la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

¡La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella
Trás las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrado el espanto en los dormidos (1)

(1) Sorpresa de Cancha Rayada, 19 de Marzo de 1818. (Nota del A.)

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo;
El sol de libertad que aparecía
Trás nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
¡Tornó soberbio á la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente
¡Volvió otra vez á sacudir las alas
Y á perderse en las nubes del Oriente!

¿A donde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
¡A cuyo solo nombre se postraban,
Tiranos y opresores!

Va á posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
¡Porque sintió pasar planta extrangera
Y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alze á su paso
    Los himnos de victoria,
Volverá á saludarle como un día
En la cumbre del Ande,
Para decirle al mundo: ¡Este es el grande!

Mayo de 1877.

EL ARPA PERDIDA *

FANTASÍA

I

  La ráfaga lasciva
Jugaba con las velas de la nave
De altivo porte y de cortante prora,
    Que en la tarde serena
Dejó la playa que con dulces lazos
    La retuvo cautiva,

* Esta fantasía tiene por base un episodio histórico. En el mes de Marzo de 1824 naufragó en el Banco Inglés del Río de la Plata el bergantín «La Agenoria», que conducía al Dr. D. Valentín Gomez, Ministro Argentino en la Corte del Janeiro, y su secretario el poeta don Esteban Luca y Patrón.

La mayor parte de los pasajeros se salvaron, permaneciendo á bordo, hasta que fueron socorridos por un buque mandado desde Buenos Aires.

Solo el poeta Luca se embarcó en una débil jangada, formada de tablas, y pereció en el río, sin que se llegase á encontrar su cadáver.

Luca había cantado en magníficos versos la Victoria de Chacabuco, los triunfos de Cochrane en el Pacífico y la Libertad de Lima, en aquella oda inmortal que comienza así:

« No es dado á los tiranos
« Eterno hacer su tenebroso imperio.

¡Y que le tiende los amantes brazos
Que rechaza la amante fugitiva!
    Era la hora
En que la mar, la mar gigante, siente
Misterioso rumor, honda congoja,
Y tiembla como el pájaro en el bosque
Y en el árbol la hoja,
Porque bajan las sombras de occidente
    Con cauteloso paso,
¡A espiar al sol que se envolvió en sus ondas
    Y duerme en su regazo!

    De pie, sobre la popa
De la nave gentil que lenta avanza
Y que á la luz crepuscular parece
Un ave que se pierde en lontananza
    En busca de su nido,
    Va el bardo peregrino,
    Inquieto como ella,
De las ondas antiguo conocido,
A quien habla la brisa vagabunda
¡Y sonríe en los cielos una estrella!

    ¡Aquella estrella amiga,
Que tantas veces en la patria amada
Besó su frente y enjugó sus ojos
Con el dulce calor de su mirada!
    ¡Aquella estrella triste
Que á la orilla del Plata
Bajó una noche, y le confió al oído
El dulce nombre de otra estrella ingrata!

Ni una sílaba brota
Del labio mudo del cantor errante;
Ni palpita una nota
En la lira que otrora
Con acento vibrante,
Alzó á la libertad himno de gloria
Y saludó aquel astro soberano,
Que rasgando montañas de tinieblas,
¡Asomaba en el cielo americano!

¡Algo, como el murmullo
Del enjambre interior del pensamiento,
Misterioso aleteo de quimeras
Que con doliente arrullo
Se alejan en las ráfagas del viento,
Celestes bayaderas
Que en bulliciosa tropa
Lo llaman desde lejos,
Percibe el trovador que yace mudo
Del inquieto bajel sobre la popa!

Al fin el labio trémulo
Les dice *¡adios!* con efusión extraña,
A las ondas que pasan
En raudo torbellino,
A la negra montaña
Que alarga la cabeza de granito,
Como guardián huraño del destino,
De vela en el umbral del infinito.
¡Les dice *¡adios!* el bardo peregrino!

¡Adiós! al mar, la fiera encadenada
Que revuelve en la sombra la pupila
Olfateando la tierra descuidada,
Que eternamente afila
El peñasco sombrío,
¡Hambrienta y negra garra
Con que amenaza al cielo en sus enojos,
Y cuanto pasa á su alredor desgarra!

II

¡Adiós! que allá distante,
Como cinta fantástica ceñida
Del horizonte azul á la cintura,
Va surgiendo á sus ojos, palpitante,
De la patria la tierra bendecida;
La tierra de ventura
Que bajo el cielo tropical soñaba,
Y cuyo santo nombre repetía
En otra tierra bella, ¡pero esclava!

II

El Plata se adelanta
Con impaciente y turbulento paso
A recibir la nave que despliega
En el alto mastil la enseña santa—
La enseña que paseó por sus llanuras

El viejo Brown, en raudo torbellino—
La enseña de los déspotas odiada,
Que parece, flameando en las alturas,
¡Blanca nube que cuelga de los cielos
Con un jirón del firmamento atada!

¡Caricias de león! ¡amor de fiera!
La débil nave cruje entre sus brazos,
Y más la estrecha el río enamorado
Con lujuria salvaje;
Parece que quisiera
Arrastrarla á sus antros tenebrosos,
Ahogarla en sus espumas,
Y jugar con sus tablas, ¡cómo juega
De la gaviota con las blancas plumas!

¿Quién ruge por allá, que tiembla el Plata?
¿Quién baja de la altura
Espoleando las nubes, que parecen
Negros potros que cruzan la llanura?
¿Quién hace aullar las ollas
Como hambrientos lebreles,
Y azota con su látigo de fuego
Las rocas y los frágiles bajeles?

¡El huracán que llega
A disputar su presa al Plata inquieto!
El huracán, pirata del abismo,
Que con la voz del trueno
Lanza á los cielos insultante grito
Y celoso de Dios, que lo perdona,

¡Pretende en su locura
Ahogar con mano impura
La centelleante luz de su corona!

¡Ay de la débil nave!
¡Ay del bardo gentil del arpa de oro!
La nave va saltando de ola en ola,
Como corcel herido
Que lleva en los ijares la cornada
Del iracundo toro.
Y el bardo taciturno
Sonríe con desdén á la tormenta,
¡Fija siempre en las sombras su mirada!

Es que también él siente
Otro huracán rugiendo en su cabeza;
Y lleva, aunque sereno,
Como la nave herida por el rayo,
Otra herida mortal dentro del seno
Que sangra eternamente:
¡La herida de la duda,
Por donde el alma arroja á borbotones
Los sueños generosos que encendieron
Las chispas de las dulces ilusiones!

¡Ay de la débil nave!
¡Ay! ¡del bardo gentil del arpa de oro,
Que la brisa del trópico suave
Despidió con tristísimo lamento!
El huracán sañudo

Va tronchando sus mástiles soberbios
Como podridas cañas,—
¡Asesino feroz que en su vehemencia,
Le revuelve el puñal en las entrañas!

Como la inerme res que el duro lazo
Conduce al matadero—
La res desgarretada
Que aún lucha de rodillas
Con su enemigo fiero—
Aquella pobre nave destrozada,
Gladiador expirante,
¡Va arrojando á la faz de su verdugo,
Jirones de su seno palpitante!

III

¡Horrenda sacudida!
La nave se detiene amedrentada,
Y temblando de espanto como un niño,
Quiere emprender la huída;
¡Pero una mano férrea la sujeta!
La zarpa del abismo,
Que juega con las naves, ¡como juega
Con el carro ligero
El brazo formidable del atleta!

¡Ahí está prisionera
Del escollo traidor que la asechaba!
Y en vano en el terror de la impotencia

¡Quiere romper la bárbara cadena
Que la retiene esclava!
En vano se retuerce y forcejea;
¡El escollo la estrecha entre sus brazos
Y el huracán feroz la abofetea!

¡No hay esperanza ya! ¡la pobre nave,
Como un cadáver mutilado, flota
Amarrada al abismo
Con invisibles lazos!
¡Las nubes, son las aves de rapiña
Que bajan turbulentas
A devorar su carne á picotazos!

IV

En medio del estrago,
Taciturno y sombrío,
Yace el bardo gentil del arpa de oro,
El bardo que cantó del patrio río
La cólera y la calma,
¡Y que al fin va á confiarle
Los últimos delirios de su alma!

Desciende de la nave
Con paso firme y ánimo sereno:
¿A dónde va? ¡quién sabe!
En el roto mastil posa la planta,

Y con la fé del bueno
Y el arpa de oro al lado,
¡Se lanza á la aventura,
A las ondas del piélago irritado!

V

Los náufragos oyeron
Largo rato en la sombra que crecía,
Sobre la voz del huracán y el trueno,
Murmullos de celeste melodía,
Notas truncas de música divina,
Como si alguien cantara en lontananza
El himno de las santas alegrías,
¡El poema inmortal de la esperanza!

VI

Desde entonce, el viajero
Oye en la noche plácida y serena,
Ó entre el rumor de la tormenta brava,
Como el eco de dulce cantilena
Que de lejos lo llama;
¡Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata!

SAN MARTIN

CANTO LÍRICO

(Leído al pie de la bandera de los Andes)

I

No nacen los torrentes
En ancho valle ni en gentil colina;
Nacen en ardua desolada cumbre,
Y velan el cristal de sus corrientes,
Que ruedan en inquieta muchedumbre,
Vagarosos cendales de neblina.

No bajan de la altura
Con tardo paso y quejumbroso acento,
Copiando flores, retratando estrellas
En el espejo de su linfa pura,
Mientra en la lira del follaje, el viento
Murmura la canción de sus querellas.

Se derraman sin rumbo
Por ignotos y lóbregos senderos,
Caravanas del ámbito infinito,
Cual si quisieran sorprender al mundo
Con el fragor de sus enojos fieros,
¡De libertad con el potente grito!

Nació como el torrente,
En ignorada y misteriosa zona
De ríos como mares
De grandes y sublimes perspectivas,
¡Do parece escucharse en los palmares
El sollozo profundo
De las inquietas razas primitivas!

Nació como el torrente;
Rodó por larga y tenebrosa vía,
Desde el mundo naciente al mundo viejo;
Torció su curso un día,
Y entre marciales himnos de victoria,
¡Desató sobre América cautiva
Las turbulentas ondas de su gloria!

II

Cual tiembla la llanura
Cuando el torrente surge en la montaña,
La espléndida comarca de su cuna
Se estremeció con vibración extraña
Cuando nació el gigante de la historia;
¡Y algo, como un vagido,
Flotó sobre las mudas soledades
En las alas del viento conducido!

Lo oyó la tribu errante
Y detuvo su paso en la pradera.
Vibró, como una nota,

De la selva en las bóvedas sombrías,
Flévil nota de místicos cantares;
Y el Uruguay se revolvió al oírla,
En su lecho de rocas seculares.

El viejo misionero
Que en el desierto inmensurable abría
Con el hacha y la cruz vasto sendero,
¡Tembló herido aquel día
De indefinible espanto,
Cual si sentido hubiese en la espesura
El eco funeral del bronce santo!

El soldado español creyó que oía
Cavernoso fragor de muchedumbre,
¡Que los lejanos bosques, que ostentaban
Sobre el móvil ramaje
El áureo polvo de la hirviente lumbre
Del sol en el ocaso,
Eran negras legiones de guerreros,
Que con acorde y silencioso paso
De las altas almenas descendían
Chispeando los aceros!

¡Presentimiento informe del futuro!
¡Voz celeste que anima en la batalla
Al esclavo que lucha moribundo,
Y al opresor desmaya!
¡Pavorosa visión, habitadora
De los viejos derruídos monumentos,

Que guardan de los siglos la memoria,
Y que anuncia á los siglos venideros
Los grandes cataclismos de la historia!

Aquella voz decía:
«Ya nació el salvador, ¡raza oprimida!
«Ya nació el vengador, ¡raza opresora!
«Ya la nube del rayo justiciero,
«Asciende al horizonte rugidora,
«Y se alza el brazo airado,
«Que va á rasgar el libro de las leyes
«De la conquista fiera,
«¡Y á azotar con el cetro de sus reyes
«El rostro de la España aventurera!»

III

Dejó su nido el águila temprano;
¡Ansiaba luz, espacio, tempestades,
Playas agrestes y nevados montes,
Para ensayar su vuelo soberano!
Buscaba un astro nuevo
Perdido en los nublados horizontes,
¡Y fué en su afán gigante
A preguntar por él al Océano!

¿Qué se dirían á solas
El águila de América arrogante,
Mojando el ala en las hurañas olas,
Y el hosco mar Atlante,

De la alta noche en la quietud sagrada,
Y al rumor de la playa estremecida,
Escuchando en la atmósfera callada
Rodar el mundo y palpitar la vida?

Acaso el Océano
Le repitió al oído los cantares
De aquel errante cisne lusitano
Que estremeció con su dolor los mares;
Ó le dijo más bajo,
Con ademán profético y severo:
¡Allá! ¡tengo guardada,
De mi imperio en el límite postrero,
Como una nave misteriosa anclada,
La roca en que en tiempo venidero
Otra águila caudal va á ser atada!

No detuvo su vuelo
El águila de América arrogante;
Iba buscando en extranjero cielo
La estrella fulgurante
Que soñara en el nido solitario
De la selva uruguaya,
Y fué á posarse un día,
Del mar hesperio en la sonora playa.

Tronaba por los montes
De la guerrera tempestad la saña,
Y vió flotar al viento,
Sobre la débil indefensa España,

¡De la conquista el pabellón sangriento!
Y el ave americana
Soltó de nuevo el turbulento vuelo,
Cruzando rauda la extensión vacía,
¡Y fué á buscar al águila francesa
Entre el estruendo de la lid bravía!

Bailén la vió severa
Entre el tropel de la legión bizarra
Que el suelo de la patria defendía;
Y la marca sangrienta de su garra
Quedo estampada en la imperial bandera
Conocida de valles y montañas,
Que los lindes de un mundo había borrado
¡Sembrando glorias y abortando hazañas!

Mas no era aquel el astro que buscaba:
No era el rojizo sol de Andalucía,
El sol de los ensueños
Que con afán inquieto perseguía.—
Allí un pueblo esforzado reluchaba
En la alta sierra y la llanura amena
Por sacudir el extranjero yugo,
Para amarrar de nuevo á su garganta,
De los antiguos amos la cadena.—

¡Volvió á tender el vuelo
Cargada de laureles
Y entristecida el águila arrogante!
Buscaba por doquiera pueblos libres,

Y hallaba por doquiera pueblos fieles.—
Hasta que al fin un día,
Vió levantarse en el confín lejano
Del patrio río en que dejó su nido,
De libertad el astro soberano,
¡De libertad el astro bendecido!

IV

Un mundo despertaba
Del sueño de la negra servidumbre,
Profunda noche de mortal sosiego,
Con la sorda inquietud de la marea.
Y en la celeste cumbre,
Las estrellas del trópico encendían
Sus fantásticas flámulas de fuego
Para alumbrar la lucha gigantea.

Un mundo levantaba
La desgarrada frente pensativa
Del profundo sepulcro de su historia,
Y una raza cautiva
Llamaba al *Salvador* con hondo acento;
Y el *Salvador* le contestó lanzando
El resonante grito de victoria
Entre el feroz tumulto de las olas
Del Paraná, irritado,
Al sentirse oprimido por las quillas
De las guerreras naves españolas.—

¡Fué un soplo la batalla!
Los jinetes del Plata, como el viento
Que barre sus llanuras, se estrellaron
Con empuje violento
En la muralla de templado acero;
Y se vió largo tiempo confundidas
Sobre la alta barranca,
Y entre el solemne horror de la batalla,
¡La naciente bandera azul y blanca
Y el rojo airón del pabellón ibero!

Fué la primer jornada,
Del torrente nacido en las sombrías
Florestas tropicales;
La primera iracunda marejada;
Y su rumor profundo
Llevado de onda en onda por el viento
Del Plata, al Océano,
¡Fué á anunciar por el mundo,
Que ya estaba empeñada la partida
Del porvenir humano!

V

Al pie de la montaña,
Centinela fantástico que ostenta
La armadura de siglos,
Que abolló con su masa la tormenta,
Fué á sentarse el gigante de la historia
Taciturno y severo,

Pensando en la alta cumbre,
Donde el nombre argentino á grabar iba
Con el cincel de su potente acero.

La voz que llama al águila en la altura
Y el huracán despierta en el abismo,
Es la voz de la gloria
Que llama á la ambición y al heroismo;
La misma voz que resonó en su oído
Con misterioso, irresistible acento,
Aquella voz que imita
Rumores de batalla,
Murmullos de laureles en el viento
Himnos de Ossián en la desierta playa.

La oyó el héroe y la oyó la hueste altiva,
Que velaba severa,
¡Soñando con la patria y con la historia,
Al pie de la gigante cordillera!
Y al sonar de los roncos atambores
Largó el cóndor atónito su presa,
Y la ruda montaña, conmovida,
Doblegó la cabeza
¡Para ser pedestal de esa bandera!

VI

¡Ya están sobre las crestas de granito
Fundidas por el rayo!
Ya tienen frente á frente el infinito:

Arriba, el cielo de esplendor cubierto,
Abajo, en los salvajes hondonados,
La soledad severa del desierto;
Y en el negro tapiz de la llanura,
Como escudos de plata abandonados,
¡Los lagos y los ríos que festonan
De la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
Ya relincha el caballo de pelea
Y flota al viento el pabellón altivo,
¡Hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
Es la patria, mirada
Desde el soberbio pedestal del Ande!
El desierto sin límites doquiera,
Océanos de verdura en lontananza,
Mares de ondas azules á lo lejos,
Las florestas del trópico distantes,
Y las cumbres heladas
De la adusta, argentina cordillera,
¡Como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia,
De pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas;
Y con la fé del que á la lucha lleva
La palabra infalible del destino,
¡Se lanzó por las ásperas gargantas,
Y lo siguió rugiendo el torbellino!

VII

Débil barrera oponen á su empuje
Los arrogantes tercios españoles,
De Chacabuco en la empinada cuesta,
Que como roja nube centellea
Mientras el viento encadenado ruge.—
¿Quién detiene el torrente embravecido
Cuando el soplo de Dios lo aguijonea?
El torrente llegó, rompió la valla,
Y se perdió veloz en la llanura.
Y al mirarlo pasar lo saludaron
Las nubes, agitándose en la altura.—

¡Reguero de laureles!
Solo una vez el sol de su bandera
Palideció con fúnebre desmayo:
Aquella ingrata noche de la historia,
Que cruzó como nube pasajera
Barrida por cien ráfagas de gloria.
Para borrar sus sombras, encendimos
Con corazas y yelmos y cañones,
En el llano de Maipo inmensa hoguera
¡Á cuya luz brotaron dos naciones!

VIII

Los vientos del Océano,
Llevaban en sus alas turbulentas

Á los valles chilenos,
Mezclados al rumor de las tormentas,
Los lastimeros ecos fugitivos,
Que los sauces del Eufrates oyeron,
Del arpa de los míseros cautivos.

¡Aun quedaba un pedazo
De tierra americana sumergido
En la noche de horror del coloniaje
Para ser redimido!
Aun yacía en obscuro vasallaje
Aquel pueblo bizarro,
Que cual robles del monte despeñados
Con ímpetu sonoro,
¡Vió caer á sus Incas, derribados
De su trono de oro,
Bajo el hacha sangrienta de Pizarro!

¡Sonaron otra vez los atambores!
Hinchó otra vez el viento la bandera
Que desgarró de Maipo la metralla,
Y á la voz imperiosa del guerrero,
¡Bajó la espalda el mar, como si fuera
Su bridón generoso de batalla!

¡Salud al vencedor! ¡Salud al grande
Entre los grandes héroes! exclamaban
Civiles turbas, militares greyes,
Con ardiente alborozo,
En la vieja ciudad de los Virreyes.—

Y el vencedor huía,
Con firme paso y actitud serena,
Á confiar á las ondas de los mares
Los profundos secretos de su pena.—

La ingratitud, la envidia,
La sospecha cobarde, que persiguen
Como nubes tenaces
Al sol del genio humano,
Fueron siguiendo el rastro de sus pasos
A través del Océano,
Ansiosas de cerrarle los caminos
Del poder y la gloria,
¡Sin acordarse ¡torpes! de cerrarle
El seguro camino de la historia!

IX

¡Allá duerme el guerrero,
A la sombra de mústias alamedas
Que velan su reposo solitario!
¡Ay! ¡no arrullan su sueño postrimero,
Como soñó en la tarde de su vida,
Los ecos de las patrias arboledas!

Allá duerme el guerrero,
De extraños vientos al rumor profundo,—
Los vientos de la historia,
Que lloran las catástrofes del mundo;
Y acaso siente en la callada noche

Pasar en negra y lastimera tropa,
Fantasmas de los pueblos oprimidos,
¡Espectros de los mártires de Europa!

¡Como tembló la losa de su tumba
Y se agitó su sombra gigantea
Cuando sintió rugir á la distancia
El sangriento huracán de la pelea,
Y vió caer exámine á la Francia
Bajo los cascos del corcel germano
Y en medio del espanto de la tierra!
¡Ah! quizá levantó la yerta mano
Para ofrecerle en el desastre inmenso,
A falta de su espada,
¡La espada de Maipú y de San Lorenzo!

X

¡Un siglo más que pasa!
¡Una ola más, del mar de las edades,
Una nueva corriente de la historia,
Que arrastra á las eternas soledades
Generaciones, sueños y quimeras!
Hace un siglo recién desde aquel día,
Fecundo día de inmortal memoria,
Cuando en lejana, misteriosa zona,
¡El salvador de América nacía
A la sombra de palmas y laureles
Que no habían de bastar á su corona!

Un siglo, nada más; un paso apenas
Del tortuoso sendero
Que lleva al porvenir desconocido.—
Un siglo, nada más, y el grito fiero
Ya no se oye, del indio perseguido
Por la implacable fe del misionero
Y la avaricia cruel de sus señores.—
Ya ha crecido la hiedra,
De Yapeyú en los áridos escombros
Que alzan la frente airada,
De la luna á los lívidos fulgores,
¡Como tremenda maldición de piedra!

La aurora de este siglo
Nació en los tenebrosos horizontes
De un inmenso desierto.—
Tribus errantes y salvajes montes,
La barbarie doquier; y el fanatismo
Fué ascendiendo, ascendiendo,
Como un rayo de luz en un abismo,
Y al bajar al ocaso,
¡Alumbran su camino
Los millares de antorchas del progreso,
Del pensamiento al resplandor divino!

Ayer, la servidumbre
Con sus sombras tristísimas de duelo,
Cadenas en los pies y en la conciencia,
¡La sombra en el espíritu y el cielo!
Hoy, en la excelsa cumbre,

La libertad enciende sus hogueras,
Unida en santo abrazo con la ciencia,
Los dos genios del mundo vencedores:
¡La libertad que funde las diademas,
Y la ciencia que funde los errores!

¡Milagros de la gloria!
Tu espada, San Martín, hizo el prodigio;
Ella es el lazo que une
Los extremos de un siglo ante la historia,
Y entre ellos se levanta,
Como el sol en el mar, dorando espumas,
El astro brillador de tu memoria.—

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.—
¡Está escrito en la cima y en la playa,
En el monte, en el valle, por doquiera
Que alcanza, de Misiones al Estrecho,
La sombra colosal de tu bandera!

Febrero de 1878.

EL CONSEJO MATERNAL

Ven para acá, me dijo dulcemente
Mi madre cierto día,
(Aún parece que escucho en el ambiente
De su voz la celeste melodía).

—Ven y dime qué causas tan extrañas
Te arrancan esa lágrima, hijo mio,
Que cuelga de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer en el alma de sus hijos
Como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí á llorar.—Nada, le dije,
La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón, y ¡lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
Se turbó su pupila,
Y enjugando sus ojos y los mios,
Me dijo más tranquila:

—Llama siempre á tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta ó viva;
Si está en el mundo á compartir tus penas,
Y si no, ¡á consolarte desde arriba!...

Y lo hago así cuando la suerte ruda
Como hoy perturba de mi hogar la calma;
¡Invoco el nombre de mi madre amada,
Y entonces siento que se ensancha el alma!

LA MUJER

Solo, como la palma del desierto,
Mudo, como la boca del abismo,
Triste, como la noche del recuerdo,
Vago, como la niebla del vacío;
Arbol sin hojas;
Astro caído;
Tal era el hombre en la primer mañana,
Sonámbulo del sueño del destino.

Efluvios de la luz fecundadora,
Aromas de los gérmenes divinos,
Estrofas de dulcísima salmodia,

Rumores de los bosques y los rios;
Coro inefable
De inmensos himnos,
Como un presentimiento de la gloria
Brotaba alrededor de su camino.

La bruma vagarosa de los mares,
El hálito flotante del rocío,
El humo abrasador de los volcanes,
Los reflejos del éter encendido,
¡Eran la mirra
Del regocijo,
Que en el gran incensario del espacio
Quemaba el universo agradecido!

Los mundos palpitaban de alborozo,
Girando sin cesar en el vacío,
Los cielos azulados sonreían
Con la casta sonrisa de los niños;
¡Hora suprema!
¡Santo delirio!
¡La tierra era la virgen desposada
Y el sol brillante su nupcial anillo!

Y solo, como el árbol del desierto,
Mudo, como la boca del abismo,
Triste, como el silencio que precede
A la hora suprema del martirio,
Roca gigante
De un mar bravío,
El hombre se inclinaba silencioso
Ante tanta grandeza confundido.

La semilla caída de la planta,
Los metales que el fuego derretía,
Las estrellas, eternas mariposas
Volando en torno de la luz divina;
La luz fecunda
De eterna vida,
Inundaba los mundos virginales
En ondas de celeste melodía.

Los astros al girar en el espacio
Ardiendo de amoroso desvarío,
Se enviaban en sus ósculos de fuego,
De sus entrañas el caliente fluido;
Y el hombre mudo
Como el vacío,
No entendía el lenguaje de las almas,
Arropado en la sombra de sí mismo.

Dios estaba inclinado hácia la tierra,
Oyendo las plegarias de los orbes,
Contemplando en el vidrio de los mares,
De su aureola de luz los resplandores.

Una lágrima ardiente, cristalina,
Se desprendió de su pupila entonces:
¡Gota fecunda, de fecunda vida,
Que refracta la lumbre de los soles!

La tierra abrió los sudorientos lábios,
Entreabrieron sus pétalos las flores,
Y aquella gota de la eterna aurora
Fué un beso de celeste bendiciones

Y el hombre, mudo, solitario y triste,
Sintió el fuego de mágica fruición;
Y vió que de su sombra se elevaba
Una llama de tibio resplandor.

Era un soplo del genio de la vida,
Un rayo de la eterna inspiración;
El perfume inmortal de la esperanza,
El ritmo de la luz y del amor.

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
La nota musical de una oración,
¡La mujer, el compendio de lo bello,
La hija de una lágrima de Dios!

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
Balbuceó un himno de celeste amor;
¡Y exhaló sus cadencias mas sublimes,
El arpa colosal de la Creación!

LA VUELTA AL HOGAR

RECUERDOS

Todo está como entonces
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
¡Y las ramas con sus nidos!

Todo está, nada ha cambiado:
El horizonte es el mismo;
Lo que dicen esas brisas
¡Ya otras veces me lo han dicho!

¡Ondas, aves y murmullos
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
Su cabellera en el río,
¡Largas horas he pasado
A solas con mis delirios!

¡Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico,
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos!

Un viejo tronco de ceibo
Me daba sombra y abrigo,
¡Un ceibo que desgajaron
Los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos,
Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos;

El ceibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
¡Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios:
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
La última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos,
¡Pobre zorzal que venía
A despedir á un amigo!

Era el cantor de las selvas,
La imagen de mi destino,
¡Viajero de los espacios,
Siempre amante y fugitivo

¡Adios!—parecian decirme
Sus melancólicos trinos;—
¡Adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo oscuro y sombrío,
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oirlo.

Han pasado muchos años
Desde aquel día tristísimo;
¡Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos!

¡Hoy vuelve el niño hecho hombre,
No ya contento y tranquilo,
Con arrugas en la frente
Y el cabello enblanquecido!

¡Aquella alma limpia y pura
Como raudal cristalino,
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo!

Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
A sus gigantes designios;

¡Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido!
¡Sombras de sueños, dispersos
Como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas—hojas de plata
Del árbol del infinito.

¡Sólo, el niño se ha vuelto hombre
Y el hombre tanto ha sufrido,
Que apenas trae en el alma
La soledad del vacío!

CARLOS ENCINA

COLÓN

CANTO LIRICO

¡Sagrada inspiración! Tu lumbre pura
Del seno mismo del Eterno brota:
Raudal fecundo de virtud y glorias,
Fúlgido se desprende
Y en santo fuego el corazón enciende.
La humanidad que incierta se atropella
Del tiempo en el revuelto torbellino,
Oye tu voz, y con ansiosa huella
Sigue do quiera tu esplendor divino.
Tú, del profeta de la ley hebrea,
El cautiverio bárbaro aliviabas,
Y antes sus ojos la escondida noche
Del lóbrego futuro iluminabas;
Tronó en su voz tu poderoso acento;
Se alzó en su diestra tu invencible mano;
Y de Israel los hijos,
Vencedores del déspota cruento,
Marcharon libres, por tu luz guiados,
Dejando en pos sus hierros destrozados.
En su alma noble, tu celeste fuego

Arder sintió Licurgo el espartano;
Y á tu impulso, magnánimo suicida,
Consolidó sus leyes con su vida.
Tú, de Catón el corazón heroico
Poderosa inflamabas; y su mano,
Victoriosa se alzó sobre el tirano
Con la muerte sublime del estoico.
Tú, el arpa dulce de David templabas,
Tú, de Fidias el mármol esculpías,
En la frente de Sócrates brillabas,
Y de Cristo en la cruz resplandecías.
Tú, de Colón también la sien fulgente
Con tu aureola inmortal iluminaste,
Tú, de Colón también el pecho ardiente,
Con tu divino aliento fecundaste.
Por tí guiado, en misterioso vuelo,
Rasgando el éter, encubriose al cielo,
Y de tu luz al resplandor fecundo,
Abarcó su mirada todo un mundo.
¡Sagrada inspiración! tu lumbre pura
Del seno mismo del eterno brota;
Oye mi voz, y que el sombrío olvido
Rasgue ante mí su manto ennegrecido
Y tornen las edades que pasaron,
Revivan los sucesos que murieron,
Los hombres que en la tumba se ocultaron,
Los soles que al ocaso descendieron.

De lágrimas sin fin, de sangre y duelo,
La tierra miro, y de dolor cubierta,

Y en honda noche de luctuoso velo,
La triste humanidad vagando incierta;
El carro de la guerra
Tronar escucho con fragor horrendo,
La temblorosa tierra
En su vuelo de muerte recorriendo;
La tiranía bárbara le rige,
Y en su furor infando,
Esclavitud y luto va sembrando,
Y esclavitud y luto recogiendo.
La cándida verdad huye aterrada,
Sucumbe la virtud á su quebranto,
Y la alma libertad, encadenada,
El roto escudo inunda con su llanto.
Al choque de las armas fragorosas
El templo de las leyes se derrumba,
Y el monstruo impío, con rabioso encono,
Alza sobre él su ensangretado trono;
Así la tromba que engendrara acaso
El genio tronador de la tormenta,
Rinde, abate, ó devora destrozados
Mares, bajeles, bosques y collados;
Del rápido huracán entre las furias,
Viene á estallar por fin, y confundidos
Lanza, en negro montón, de sus entrañas,
Mares, bajeles, bosques y montañas.
¿Mas que sublime acento
Se escucha resonar entre el violento
Horrísono fragor que al orbe atruena?
¿Que viva luz en su esplendor inunda

La honda noche de horror que le circunda?
¿Quién sobre la oprimida muchedumbre,
Alza su frente á la celeste cumbre?
¡Es de la ciencia el sacerdote santo,
Que el altar abandona y se levanta,
El mortal inspirado que hasta el templo
De la inmortalidad guía su planta,
Es el hijo del pueblo que á la esfera
De los cielos remonta sus hogares,
Es el profeta de una nueva era,
Es Colón, es el cielo de los mares!
De la pobreza en el regazo tierno,
Le alimentó la gloria;
Y á mecerle en su cuna, descendieron
La inspiración divina y la victoria.
Y el hijo del olvido, levantado
Gigante inmenso en alas de su genio,
Encontró estrecho el mundo que pisaba
Y estrecho el horizonte que abarcaba;
Y otro sol, otra tierra y otro cielo,
Concibió su inspirada fantasía;
Y á la luz de la antorcha que le guía,
Rey de la inmensidad, tender su vuelo
Y sus ensueños contemplar ansía.
¡Una nave tan solo! y ese mundo
Pasmará, realizado, á las naciones;
Y el genio audaz que supo adivinarle,
Bastará con sus brazos á estrecharle.
¡Una nave tan solo! y el profundo
Seno del mar humillará, y del viento.

¡Una nave tan solo! y ese mundo
Surgirá de las olas á su acento.
Hijo de la verdad, el tiempo alado
Imprimiendo en tu faz sus hondas huellas,
Oyó tus preces y te vió con ellas
Recoger amargura y desengaños.
La nieve de los años
Se meció helada en tu marchita frente,
¡Y nadie te escuchó! y aquellos reyes
Que tan grandes y nobles parecieron
A tu acento en que un mundo palpitaba,
Con desdén ó sarcasmo respondieron.
¿Y no habrá de hallar eco tu plegaria?..
¿Y de la muerte fría,
Te ocupará la sombra funeraria
Antes que luzca de tu gloria el día?...

Mas ya de Iberia las benignas playas
Hollar te ven en venturoso instante;
Ya resonar escucho convincente
Tu palabra profética y ardiente;...
Muda la inteligencia,
Ante tí se postró, calló la ciencia,
Pero de tu alma el fuego sobrehumano,
El corazón adivinó en su vuelo,
Y una mujer con protectora mano,
Tu voz oyendo, respondió á su anhelo.

Ya el Océano te espera
Sublime como tú: majestuöso

Sacude la encrespada cabellera
Y sobre el manso viento,
Hasta tí envía su confuso acento;
La reina del misterio,
Bañado en luz su espléndido palacio,
Te aguarda en tu camino;
Y la victoria con sus alas de oro
Ya conducirte anhela
Al término feliz de su destino.
Allí te espera el mundo de tus sueños,
La virgen de los mares;
Y ya para ceñir tu sien ardiente,
Desentrelaza de su casta frente
Su corona de rosas y azahares.

La noche precipita en Occidente
Su carro ennegrecido,
Y el nacarado trono de la aurora
En el rosado Oriente
Se alza, de gasas y carmin vestido,
Y el oscilante seno
De una ligera carabela hollando
Con atrevida planta,
Colón sobre las aguas se levanta.
Parar los vientos, domeñar las olas,
Y los espacios humillar intenta,
Y de su esfuerzo y de su anhelo apoyo,
Tres naves, nada más, frágiles cuenta.
¿Fragiles? no; que con potente mano
Un genio las dirije en su camino,

Y el genio triunfará: ¡sobre la tierra
Triunfar es su destino!

Si el viento á combatirle se arrojara,
Al viento mismo audaz se encadenara;
Si olas sin fin hallara en su carrera,
Olas sin fin sereno traspusiera.
¡No haya temor! que la victoria os guía
Intrépidos marinos;
Y allá en la inmensidad del Oceano,
Con su fúlgida diestra
El dulce premio á vuestro anhelo muestra.
¡No haya temor! su irresistible vuelo
Llevará vuestras naves vencedoras,
Callará el aquilón de espanto lleno,
Y el horizonte rasgará su seno
Para dar paso á las cortantes proras.

¡Partieron! . . . de la brisa pasagera
Se oyó el gemir en la turgente lona,
Llevando el ¡ay! tristísimo que envía
El marino á la playa que abandona.
¡Partieron!. . . de las olas agitadas
Rompiendo van la nebulosa bruma,
Y en pos dejan las quillas aceradas
Hirvientes surcos de revuelta espuma.
¡Partieron!. . . en su rápida carrera
El viento volador las arrebata,
Y ya las blancas velas se confunden,
Allá, del mar, con la ondulante plata,

Ya el lejano horizonte las oculta...
Ya en seno el oceano las devora...
Ya, ante ellos, sus horrores y misterios
La inmensidad despliega aterradora....

Desde el ignoto azul de un nuevo cielo
Un majestuoso sol su luz envía;
Nueva aurora le anuncia en el Oriente,
Nuevo Occidente su fulgor esconde.
Impetüoso el viento
Alza su voz vagando allí sin freno,
Y un dilatado mar de ronco seno,
Con salvajes rugidos le responde.
Jamás mortal alguno aquellos cielos
Y aquel sol profanó con su mirada,
Jamás nave lanzada
A sondear la inmensidad del globo,
Dividió allí las olas con su prora,
Agitando la brisa voladora.
Solo el cóndor soberbio
O el águila sublime
Cuando á la inmensidad llevan su vuelo,
Aquella lumbre admiran.
O á que las auras vírgenes respiran,
Allí muere el imperio de los hombres,
Acaba allí la huella de su planta;
Y la naturaleza engrandecida
En su espléndido trono se levanta.
Pero en vano de escollos invencibles
La humanidad en su inmortal carrera

Se verá circuida por doquiera;
En vano á detenerla en su camino,
Abismos miles abrirá el destino;
Porque el mortal osado,
Sin descanso jamás, jamás cansado,
Con los escollos mismos
Cegará ante sus plantas los abismos.
—¿No veis, no veis allá en el horizonte,
De tres bajeles las tendidas velas,
Que ora aparecen en la densa bruma,
Ora el mar las confunde con su espuma?
Esas humildes barcas, invencibles
Desde que un genio abrigan en su seno,
Han cruzado recónditas regiones,
Y vencido los raudos aquilones,
Y al mar sombrío de furores lleno.
Allí Colón, con inflexible mano,
Va rigiendo su leve carabela,
Y entre la multitud que le circunda,
Su noble faz descuella
Como en la noche fulgorosa estrella.
De la verdad la lumbre
Resplandece profética en sus ojos,
Y el sacro fuego que en sus venas cunde,
Doquier valor y fe vívido infunde.
Cuando combate el huracán violento,
Cuando arrolla el furor del Oceano,
Semeja, majestuoso, el rey del viento,
O el padre de las olas soberano.
Mas ¡ah!... que de repente,

Su magnético aliento
El genio de los polos misterioso
A las naves envía poderoso:
La salvadora aguja vaga incierta
Sobre el eje en extraño movimiento,
Y la ciencia enmudece, y del portento
La oculta causa á comprender no acierta;
El fatídico espanto se apodera
De los helados pechos
Que el valor abandona;
Y en sus crispadas y nerviosas manos
Los yertos corazones aprisiona.
Aterrada la chusma y confundida,
Pide tornar á las remotas playas
Y contra el deber lucha,
Y los acentos del honor no escucha;
Pero todo lo vence y sobrepuja
El genio de los mares prepotentes.
Las voces callan al sonar sus ecos,
Los brazos caen ante sus brazos fuertes,
Y oprimido tal vez bajo su planta,
El hado mismo su cerviz quebranta.
Ya dos veces la reina de la noche
Brillar han visto entre el plateado velo,
Dos veces la han mirado en su carrera
Amenguarse, crecer, cruzar la esfera,
Y sepultarse en el azul del cielo,
Y siempre en pos del anhelado puerto,
Hienden el mar con vuelo infatigable,
Y solitario, y yerto.

El negro mar se extiende inacabable,
Y pasa en su carrera el rey del día,
Pasa las noches en sus opacas nieblas...
Y la traición sombría
Aguza su puñal en las tinieblas.

Pero deja que el mísero destino
Hiera tu corazón; deja que aleve,
Hasta tu seno, en sus furores lleve
Penas y afán, ¡errante peregrino!
Ya miro desplomarse la barrera
Que en tu sendero levantó su mano;
Ya romperse contemplo la cadena
Con que tu vuelo aprisionara en vano.
Ese cielo que miras esplendente
Es el que busca tu anhelar ardiente,
Ya está cerca el momento de la gloria,
Y pronto el sol que en el cenit se ostente
Será el fúlgido sol de tu victoria.

La noche en lento paso,
Silenciosa desciende hácia el ocaso
Si el alba apenas con su luz primera
Pálida tiñe la azulada esfera;
De la mar que á lo lejos se dilata,
Huyendo va la nebulosa bruma;
Y allá distante la rizada espuma
Baña el Oriente en blanquecina plata.
Una voz poderosa hasta los cielos
De repente se alzó: voz prodigiosa,

Como jamás los hombres escucharon,
Como jamás los ecos resonaron:
«¡Tierra!» en las naves agitadas suena;
«¡Tierra!» se oye en el mar estremecido...
Y el solemne clamor los aires llena,
De región en regiones repetido.
Un negro promotorio con su falda,
Hollaba el seno de la mar sombría,
Y entre la oscura, condensada niebla,
La majestuosa frente confundía.
Colón se alza sublime dominando
La yerta inmensidad sobre su planta,
Y más grande parece y majestuoso
Que la roca que ante ellos se levanta;
La turba le contempla confundida,
De admiración y espanto poseída,
Y ante su faz que irradia vencedora,
Postrada y muda su mandato adora.

¡Triunfaste al fin, gigante de las olas!
¡Venciste de la suerte los azares!
Los vientos te escucharon
Y los altivos mares
A tu presencia su furor calmaron,
—Mas ¡ah! ya de la envidia,
La faz contemplo ante tu gloria alzarse,
Y sus convulsos labios agitarse,
Lívidos de furor. La atroz perfidia
Y la calumnia impura,
Acudiendo á su voz, sus huellas siguen

En el misterio de la noche oscura.
¡Vencedor de la mar y de los vientos!
¡Ah! por qué no supiste
Triunfar también de la maldad humana!
Viste tu brazo fuerte
Entre cadenas doblegarse inerte;
Y sofocó tu pecho,
De un calabozo el horizonte estrecho,
¡Así los hombres te premiaron crueles!
Esos fueron, ¡oh genio!, tus laureles.

¿Y los siglos corrieron,
Y á tu inmortal memoria
Ni un monumento levantarse vieron?
Y esa generación de viles reyes
Que, en tu triunfo, cobarde se embriagara,
¿Con el oscuro polvo del olvido
Quiso eclipsar tu nombre esclarecido?...
¡Su torpe mezquindad no fué bastante
A comprender de tu alma la grandeza!
¡Los Reyes ... esos reyes tan soberbios,
Solo tienen de grande su pobreza!
¡Y hacen alarde de altivez y saña,
Y se visten de oro y pedrería...
Para ocultar su aleve cobardía,
Para encubrir el lodo que los baña!
¡Mas no importa! La llama generosa,
Que se escapara de tu polvo inerte,
Arde aun, pura y hermosa,
Aprisionando á el tiempo y á la muerte.

El sacro bardo á su calor se inspira,
Mira tu sombra, allá sobre los vientos,
Y de nuevo se escuchan tus acentos
En los acentos de la ardiente lira.
¡La noche del olvido
No existe para tí! ¡sin fin, tu nombre
Volará, por los siglos repetido,
A través de los tiempos eternales!
¡En un mundo grabaste tu memoria!
¡En un mundo tus huellas inmortales!...
Ese mundo, Colón, será por siempre
El monumento eterno de tu gloria.

«Tribuna». Octubre 14 de 1858.

CANTO AL ARTE

I

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto,
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad ¿por qué luchar crueles,
Mientras la humanidad vaga perdida,
Náufraga en los océanos de la vida?
¿No hay más allá en el mundo,
Trás la prisión que la mirada abarca?
Y el vuelo del espíritu, ¿detiene
El horizonte que la ciencia marca?

¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el arte
Que creó el sentimiento del poeta,
Es un ensueño de la mente inquieta?
La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega,
¿Será quizá engañosa
Trasformación de la materia ciega?
¡Virtud, justicia! ¿sois también mentira,
Atributo del átomo que gira?
¿Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusión del miserable suelo?
¡Sentimiento y razón! Fatal misterio
De la humana existencia,
¿Quien llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II

¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende;
Allí sus formas el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razón postrada
La siente por el vértigo atraida

Hacia el abismo de su propia nada.
¡Allí principia el arte! Allí se eleva
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
Y, siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
¡Se lanza á la región de lo sublime!
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito,
De esferas en esferas, va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se templa
En las notas sagradas,
Y es la obra del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.

Así bajo el ardiente colorido,
El lienzo mudo vive y se sublima;
Y, de suaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
Y los vagos acordes
Que al imperio del ritmo se conciertan,
¡Sed de infinito al corazón despiertan!

III

¡Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!
¡Verdad, justicia, aspiración perpetua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotros fuera
Sin el Arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razón que todo lo analiza?

La ciencia intenta conocer el cielo,
Y la unidad descubre de las fuerzas;
¡Pero mira allí mismo el sentimiento,
Y ve los mundos, que en su marcha eterna
Una suprema voluntad gobierna!

La razón quiso penetrar al hombre
Y sólo halló un cerebro;
¡Pero al arte ha encontrado la conciencia,
Y ha visto á Dios allí donde no alcanza
El severo rigor de la balanza!

¡No! ¡no es una ilusión! ¡no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiración responde!
¡No puede ser mentira
La visión inmortal que el alma esconde!

La fiera en su guarida
Es feliz y perfecta,

Por la gruta ó el bosque protegida;
El águila que sube
A las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atracción que su dominio estrecha;
El bruto muere sin pavor; en su alma
Elemental no existe
De la severa ley la imagen triste.

¿Por qué al hombre no llega
Esa armonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?
¡No! no es una ilusión; no es un delirio
La santidad del bien luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
¿Hay algo más que el átomo y la fuerza;
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio?

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
¡Lo bello, lo sublime, no es materia!
¡No es material el ser que lo proclama!
El canto poderoso de Bethoven,
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
¡Todo eso es inmortal, todo es divino,
Como es luz transformada el universo!

¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende

Toda virtud y gloria de la tierra?
¡Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga,
Y el planeta descubre
Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella
Sabe leer su presente, y de su historia
Tal vez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene
También sus armonías. Sus acordes
Vagan de lo infinito á lo creado;
No hay voz que los exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira,
Y á ellos ajusta la inspirada lira;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza:
Es del arpa de Dios sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota.

Eso es lo que sentimos
Cuando, en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma.

¡Gravitación sublime! á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen;
Cadena de armonía, que vincula
El ser creado á su celeste origen.

V

Cuando en la edad primera,
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía,
Y el dominio del suelo dividía,
De su cerebro apenas
El rayo de la idea
Vagaba oscuro al labio balbuciente;
Y preso en las cadenas
De la materia ruda,
Al suelo hundía la nublada frente.
Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.
Hasta que al fin la llama creadora
Que al planeta circunda,
Iluminó la noche de su mente,

Como la luz de la primera aurora;
Alzó su faz al cielo,
Que un reflejo inmortal transfiguraba,
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre,
—¡Haya un Dios! exclamó; y aquella hora
La hora sagrada fué del primer hombre.

Asi la humanidad se alzó del polvo,
Para vencer los tiempos
En inmortal carrera.
Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religión primera.

Desde entonces, por siempre,
Como valla insalvable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imagen del Creador alzada;
Imagen pura, limpia, transparente,
Que la razón no vé, que el alma siente.
¡Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazón en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes;
Ella es la fe que al mártir acompaña!

El frío escepticismo
Alza su esteril mano,
A borrar lo imborrable intenta en vano;

¡Antes la luz que los espacios llena
Su propia faz velara,
Y el caos, el universo sepultara!

No volverán los días
De aquel ser de las selvas primitivo,
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
El hombre ya no vive de materia:
¡Vive de la verdad! Su alma tocada
Por el fuego divino,
Presa no puede ser de muerte incierta;
¡Tiene ante sí la inmensidad abierta!
¡Allí, su aspiración y su destino!

¡Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa:
—Dios es del Arte la sublime idea:
¡Que su revelación el Arte sea!

¡Suprema luz increada,
Artista de los mundos Yo te invoco:
Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende!

Buenos Aires, 1877.

LA LUCHA DE LA IDEA

I

El Dios irrevelado,
El eterno misterio,
De su increado ser la vida crea,
Por ese acto supremo
Que no cabe en las formas de la idea.
Es germen invisible
Que en su misterio el átomo cincela;
Bosquejo que las formas de la vida
Como inmortal aspiración despliega;
Rudimento de luz, dudoso ensayo,
De la conciencia vacilante rayo;
Hombre por fin y mente iluminada
En que el Creador refleja su mirada,
Y que, de Dios, resuelve
El eterno problema,
Ultima faz del inmortal poema.
Ley de unidad, que en la unidad absorbe
El átomo y el orbe;
¡Transformación sublime
En que, el divino autor, su sello imprime!
Así nace la idea,
Germen imperceptible de la mente
En cuyo seno el porvenir se encierra;
¡Escala luminosa de la vida

Que ata el cielo á la tierra!
  Del trozo que labrara
La cuchilla de piedra,
Nació el Apolo griego;
Del grito informe la palabra humana,
Que anima el labio con divino fuego.
  De la cuerda vibrante,
Brotó la melodía,
Que la honda pena calma
Y hace sentir á Dios dentro del alma;
De la primer medida que sus pasos
Sobre la tierra marca,
La fórmula sublime,
Que somete á su imperio lo creado,
Imagen del eterno pensamiento
Que hasta la ley del infinito abarca.

  Ella venció la fiera
Del bosque primitivo;
Ella levanta la primer muralla
Que al elemento indómito avasalla.
  Es la ciencia severa,
Que arranca de los mundos el arcano,
Es la divina inspiración que habla
Con su voz inefable al pecho humano,
  Presta fuerza infinita á la mirada,
Poder al brazo, al pensamiento vuelo,
Y en semidioses convierte
Al que nació desnudo sobre el suelo.
  ¡Es la forma inmortal que transfigura

En sublime creación al barro inerte!
¡Es el sello de luz que el hombre lleva
Más allá de la muerte!
  La idea del Creador se manifiesta
En las formas sin fin del Universo;
La idea humana, sin cesar, descifra
Sus misterios profundos,
Y acompaña en el viaje de la vida
La evolución eterna de los mundos.

II

¿Por qué la Creación, por qué la vida?
¿Por qué la forma que cual denso vuelo,
Se opone, del espíritu, al anhelo?
¿Por qué la ley de la insondable muerte?
¿Por qué la luz entre tiniebla umbría?
¿Por qué nació del caos la armonía? ....
  El primer germen del dolor humano
Fué la primera idea;
Choque del alma en la materia inerte,
Lucha que principiaba
De la vida y la muerte,
Rayo del sol primero
Que la noche del caos iluminaba.
  De aquel choque ha brotado
La lucha de los siglos,
Que, al estampar su huella sobre el suelo,
Condensa repetida

Cada generación y cada vida.
  De allí la negra duda,
La batalla del alma, más horrible
Que tempestad sañuda,
Y el martirio del héroe,
Que fecunda con sangre la conciencia
De gloria y de dolor humana herencia.
  Sócrates, el apóstol inspirado
De la unidad divina,
La copa apura que en su labio vierte
El sombrío silencio de la muerte;
Pero el mundo pagano se ilumina,
Al irradiar de la sublime idea:
¡Uno es el Universo,
Uno es el Sér que el Universo crea!
  En la falda del Gólgota, enclavado
En la cruz funeraria,
Un hombre á Dios eleva
El alma en su plegaria:
Esa plegaria es lo inmortal que flota
Sobre el despojo que la muerte hiere.
Cristo es la idea humana
Encarnada en las formas,
La vida y el amor: ¡Cristo no muere!
  Rompiendo las tinieblas
Del fanatismo que á la tierra humilla,
Como eléctrico fuego,
El Libre Examen poderoso brilla.
  Es la conciencia libre,
Que se emancipa del error profundo;

Es la libre palabra
Que alzando á Dios el corazón del hombre,
Sobre la hoguera y el martirio labra
La libertad del mundo.
  Galileo triunfante
Del problema que el sabio desafía,
Y abriendo en los espacios,
Al ojo humano, inesperada vía,
Ilumina la historia
Con el puro reflejo de su gloria.
  Galileo vencido
Por la infame tortura
De la retractación, fué más sublime;
¡Emancipó la ciencia que redime
De la opresión impura!
  ¡La tierra gira, sí! y en cada punto
Que el polvo de los soles abrillanta
¡Gira una humanidad que al Dios del cielo
El inmortal espíritu levanta!
  ¡La tierra está en el cielo!
Y en cada estrella que los ojos miran,
Humanidades mil á Dios adoran,
Y humanidades mil en Dios se inspiran.
  Esa es la idea humana. Esa es la historia
Del alma que se agita
Como lo eterno en la mudable forma,
Y entre dos infinitos colocada,
Inscribe el infinito
Como suprema faz de su jornada.

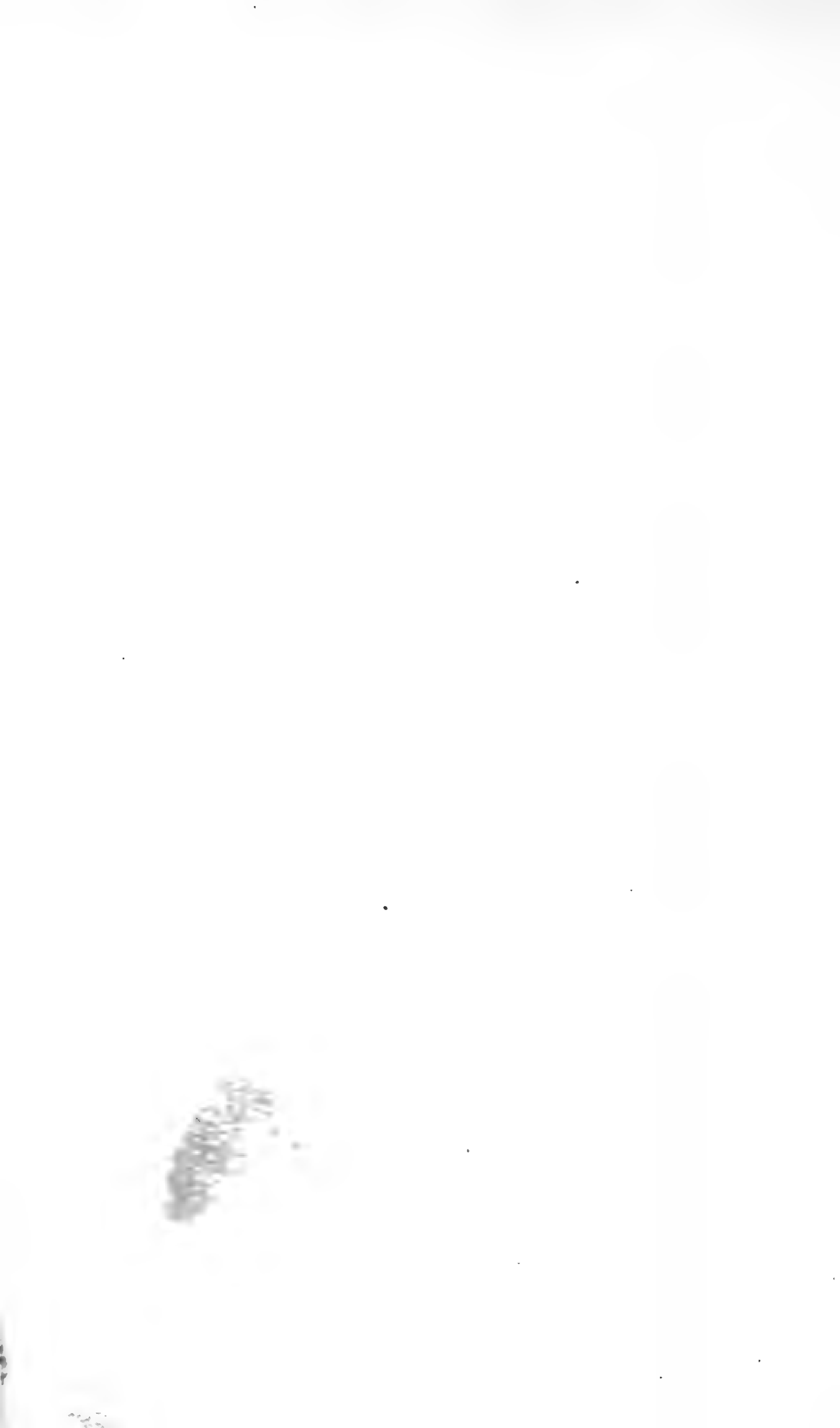
III

Cuando noche de oprobio y tiranía,
Los ámbitos del globo,
De confín á confín oscurecía,
Diáfana luz se viera
Que sobre el cielo de Colón luciera,
Como eléctrica aurora
Que la noche polar súbita dora.
En el cielo de América brillaba
El astro del futuro,
Y los tronos de Europa deslumbraba....
¡Era la libertad! Así el destino,
Rasgando de la historia
Los arcanos profundos,
En una idea encadenó dos mundos.
Franklin, el Prometeo americano,
Roba el fuego del cielo;
Guttemberg, con sus formas inmortales,
Puso á la idea el rayo
Que los tronos fulmina
Y el paso de los pueblos ilumina;
Colón dió nueva patria
Al espíritu nuevo
Que rechazaran los caducos reyes;
Y fué la libertad americana,
La libertad de la familia humana.
Desde el remoto suelo
Que el Missisipi riega,

Al plata cuyo seno
Dibuja la gigante cordillera,
La vencedora idea,
Cual inmenso meteoro,
Tiende el vuelo altanero,
Y disipa las sombras del pasado,
Como tormenta que arrolló el pampero.
Washington se levanta; él es el padre;
El genio y la virtud arman su brazo
Y conducen su espada á la victoria;
San Martín y Bolivar,
Émulos de su gloria,
Hermanos en lo grandes,
Hacen flamear el pabellón de Mayo
En la cresta soberbia de los Andes;
Y aclamando la enseña triunfadora,
Se alza la noble patria de los Incas,
Funesta al invasor, dos veces tumba,
Donde el trueno extranjero se derrumba.
¡América! tu historia
Es cuna del futuro,
La libertad humana fué tu idea,
La libertad del mundo esa es tu gloria.
Nuestros padres, los mártires de Mayo,
No conocieron patria,
Su vida fué el combate; su reposo,
El pabellón de guerra;
Y fué su hogar el palmo de la tierra
Que la sangrienta espada
Arrancó al enemigo en la jornada.

Sobre la eterna nieve de la cima
Y en el valle abrazado,
En la costa bravía y en el bosque
Y en el estéril llano,
Con sus tumbas abrieron
El cimiento inviolable de la patria
Que, en herencia, sus hijos recogieron.
¿Cuál es nuestra misión? ¿Cuál el camino
Del deber y el destino?
¡Hoy la idea triunfante,
Que al mundo marca sus futuras huellas
Y nueva luz añade
Allá en el Norte al pabellón de estrellas,
No tiene hogar ni patria
En la patria de López y Moreno;
Y al espirante paso del mendigo
Envuelto arrastra el porvenir consigo!
¡Hijas del Sud! ¡espíritus que alienta
La libertad con su fecundo rayo!
Es de gloria y de luz vuestra tarea:—
¡Patria para la idea!
En la patria de Mayo.

GERVASIO MENDEZ



A DIOS

No es este canto el eco de la ola
Que azota el huracán de la desgracia
Y que envuelta en la espuma de la ira,
Contra los mares de mi pecho brama;
Es este canto
¡Dios de mi alma!
La más tierna expresión del sentimiento,
En la flor del recuerdo perfumada.

Es la dulce armonía arrobadora
Que sobre el ¡ay! de mi infortunio vaga,
Levantando mi espíritu abatido
Sobre sus blancas y brillantes alas;
La fresca sombra,
La gota de agua
Que la fiebre voraz de mi martirio
En el desierto de mi vida calma.

Es la esencia del bien, suave perfume
Que el pasado en mi espíritu derrama,
Que el transcurso del tiempo no evapora,
Que el viento del dolor no me arrebata;
Unico aroma,
Unica lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida en la adelfa deshojada.

Es el recuerdo de mi Edén perdido,
Del Paraíso de mi edad temprana,
Del nido de mi amor y mi inocencia,
Del jardín más hermoso de mi patria,
Donde hay mujeres
¡Flores gallardas!
En cuyos labios, como en frescas rosas,
Va por la noche á perfumarse el aura.

Es la memoria de la tierra hermosa
Donde el hogar en que nací se halla
Sembrado de violetas y azucenas,
Rodeado de naranjos y de acacias;
¡Mansión humilde,
Paloma blanca,
A cuyo arrullo melodioso y tierno,
Me dormía feliz bajo sus alas!

Tierra bendita en que el poeta siente
Que hasta el cielo su espíritu levantan
Sus ráfagas de luz y de armonías
Y el perfume exhalado por sus auras;
¡Volcán de amores
Que á nadie abrasa,
Transmitiendo el calor del sentimiento
Hasta á las fieras que en sus selvas braman!

Allí, Dios mío, pronuncié tu nombre,
Allí, la fe se difundió en mi alma,
Y á tu influjo las flores de mi vida
Exhalaron suavísima fragancia;

¡Edad tranquila!
¡Arroyo en calma!
¡Cuan distinto del mar de mi existencia
Que hoy azota con furia la borrasca!

Si allí, Señor, mi corazón latía
Al suave impulso de impresiones santas,
Si allí las horas de mi vida fueron
Puras y alegres cual la luz del alba,
Si allí creía,
Si allí esperaba,
¿Como no ser sublime el sentimiento
Que á su recuerdo de mi ser emana?

Yo te ofrezco, Señor, su pura esencia,
Que hasta en las horas de dolor me embriaga,
Como el único bien que me ha dejado
Para consuelo mi fortuna ingrata:
¡Como el perfume,
Como la lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida en la adelfa deshojada!

Buenos Aires, Julio 1, 1876.

A BUENOS AIRES

Puro como el perfume de las rosas,
Grande como el espacio del vacío,
Bello como la luz del firmamento,
Suave como el hálito de un niño,

Desde mi pecho
Mudo y sombrío,
Se eleva un sentimiento que parece
Un manantial de luz entre un abismo.

En los días nublados del tormento,
En las noches calladas del martirio,
En tres años de angustias y de afanes
Que he contado las horas de tres siglos,
Siempre luchando,
Siempre vencido,
Las nieblas de la duda obscurecieron
El cielo transparente de mi espíritu.

La fe que eleva el sentimiento humano
Hasta la esfera del poder divino,
Que convierte en la aureola de la gloria
La corona de espinas del martirio,
Que hace gigantes
De los caídos,
Agrandando la talla de las víctimas
A medida que crece el sacrificio;

Ese sol que ilumina la conciencia
Difundiendo su luz en lo infinito,
Y que esparce el calor de la esperanza
En el frío rincón del desvalido;
Ese astro hermoso,
Fuego divino,
Lanzaba del ocaso de mi alma
Un resplandor amarillento y tibio;

Pero un soplo tan puro y perfumado
Que parece de un ángel el suspiro,
Viene á encender del astro agonizante
En mi existencia los fulgores vívidos.
¡En ese templo
Casi derruido,
Hoy las dulces plegarias del consuelo
Vuelven á alzarse con acentos místicos!

En un bosque de acacias, donde el aura
Canta en la noche melodiosos himnos
Para arrullar el sueño de las flores
Como arrulla una madre el de sus hijos,
Está mi rancho;
Mi pobre nido;
Perfumado en esencias de jazmines,
Salpicado de gotas de rocío.

Allí vivía sin saber más penas
Que las que cuenta en su murmullo el río,
Ni más dolor que el que expresar parecen
Con su extremada palidez los lirios,
Hasta que el monstruo
De mi destino,
Hizo temblar aquel edén de flores,
Lanzando en él aterrador rugido.

Brotando fuego sus sangrientos ojos
Al ciego impulso de su furia erguido,
Me asió en sus garras con furor salvaje,
Y hundió en mi carne su feroz colmillo.

Luché sin miedo,
Luché con brío,
Hasta exhalarse mi esperanza toda
Del desencanto en el mortal vahido.

Como el adiós que se le da á la tumba
Cuando enterrar el corazón sentimos,
Le dí un adios á mi modesta choza,
Querida tumba de mi bien perdido;
Y mudo y triste
Dejé mi asilo,
Para buscar bajo tu cielo, calma;
Para buscar sobre tu tierra, alivio.

Mas ¡ay! que siempre el implacable monstruo
En mi se ceba con feroz ahinco:
Como gemía en mi querida choza,
Bajo tu cielo, Buenos Aires, gimo.
Mi cuerpo se halla
De muerte herido,
Pero mi alma se retempla y vive
Bajo la influencia de un calor suavísimo.

Y ese calor que mi existencia halaga,
Llama fecunda de celeste brillo
Que á Dios se eleva entre perfumes suaves
Desde el sepulcro de mi cuerpo frío,
Fuego sagrado,
Rayo bendito,
Que sentía morir dentro mi pecho,
¡El aliento del tuyo lo ha encendido!

DESENCANTO

Á CARMEN

¡Ah! tú no puedes desgarrar el velo
De la tristeza que me abruma el alma,
No, tú no puedes disipar las sombras,
Que se dibujan en mi frente pálida.

Cuando á las flores en sus tallos doblan
De la tormenta las furiosas ráfagas,
Es imposible, encantadora amiga,
Que el aura pueda con su soplo alzarlas.

Y tú no puedes levantar mi vida,
Flor que deshoja tempestad humana,
Porque el aliento que en mi ser difundes
Es ¡ay! tan débil como lo es el aura.

No más te empeñes en tejer alfombras
De ricas flores á mi pobre planta,
Porque yo sé que mi existencia triste
Arrastraré por sobre espinas ásperas.

Todo es mentira, bondadosa Carmen,
Todo quimeras y promesas vanas,
Cuando se encierra nuestra fe en el pecho
Como el cadáver bajo fría lápida.

Y dentro el mío la esperanza vive
Como la flor que el huracán arranca,
Como la imagen del dolor de siempre,
Como el cadáver en la tumba helada.

¡JAMÁS!

Hay una hora misteriosa y triste
Para el que vaga en extranjero suelo,
En que la tierra sus encantos viste
De las tinieblas con el denso velo;

En que se oculta el luminar del día
Dejando sombra, soledad y calma,
Y más triste que el ¡ay! de la agonía,
Se siente un eco que nos llega al alma.

¡Oh! cuando veo que el reloj empieza
Esa hora sombría á señalar,
Oculto entre mis manos la cabeza,
Temiendo al mundo mi dolor confiar.

Y siento que mis ojos se humedecen,
Que el llanto baña mi marchita faz,
Que en mis trémulos labios aparecen
Estas palabras: ¿La veré?... ¡jamás!

LA MUJER QUE ADORO

Hay más poesía en la mujer que adoro,
Que la que esparcen de la luna pálida
Esas hebras de luz que en el espacio
El viento de la noche desparrama;
Pues son los sentimientos que iluminan
El purísimo cielo de su alma,
Más suaves, meláncolicos y tiernos
Que los destellos que la luna mana.

Hay más pudor, en sus divinos ojos,
Que del amor en la primer mirada,
Y más perfume, en sus rosados labios,
Que el que las flores en la noche exhalan.
Su nombre es la armonía que semeja
Un poema de amor y de esperanza:
Algunos dicen que se llama Pura,
¡Mas yo la llamo:! la mitad de mi alma!

A UNA ORIENTAL

Perfumes de violetas y jazmines,
Arrullos de paloma acongojada,
Resplandores de un astro melancólico,
Ternura y soledad de una plegaria,
Todo lo encierran,
Todo lo exhalan,

Las sentidas estrofas de tu canto,
Esos salmos celestes de tu alma.

A su ritmo, el espíritu se eleva,
Como á impulsos de música sagrada
Se elevan en el templo los perfumes
De la fe, la oración y la esperanza;
Cuando se sienten
Sus notas plácidas,
Se llora de ternura y de contento,
Y los ojos al cielo se levantan.

Hay en ellas promesas de ventura
Ungidas con el óleo de las lágrimas,
Cadencias de una voz entristecida
Que en una noche de infortunio canta;
Suspiros tiernos
De leves alas,
Que se agitan en torno de mi frente,
Disipando las sombras que la empañan.

¡Ah! cuando sientas de una vida enferma,
El ¡ay! que el dardo del dolor arranca,
Toma la lira entre tus manos de angel
Y haz que solloce en armonías blandas:
Arrulla siempre,
Paloma casta,
A los que tienen que vivir sufriendo,
¡Que tus arrullos los dolores calman!

Buenos Aires, Octubre de 1876.

A SAN MARTÍN

I

No podía morir! Cupo en la tumba
La gigantesca talla de su cuerpo;
¡Para encerrar su nombre y su memoria,
El hogar de la muerte era pequeño!

¡No cabía su espíritu grandioso
En la mansión eterna del silencio!
¡Como el alma de Dios, necesitaba
El espacio sin límites del cielo!

Aquel cóndor altivo que surgía
De entre las nubes de rojizo fuego,
Para tejer su nido de laureles
De los cañones en los hondos huecos;

Aquel brazo potente, que de España
Hizo temblar el formidable cetro
Y que en la nieve de los altos Andes
Iba á templar su deslumbrante acero;

Aquella alma celeste que exhalaba
Todo el calor de un celestial incendio,
Cuando henchida de gloria se cernía
De las batallas sobre el humo denso,

¡Cayó en la tumba, como caen los astros
En el sudario de su luz envuelto;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos!

No se extinguió dentro el sepulcro helado
La irradiación de sus gloriosos hechos,
¡La libertad la recogió en sus alas
Para alumbrar su esplendoroso templo!

Ante ella dobla su altanera frente,
Para pedirle inspiración el genio;
¡Y va la patria á retemplar su vida
En sus instantes de dolor supremo!

¡Héroe inmortal! Al recordar tu nombre,
Chispear el alma de entusiasmo siento;
¡Y en vano intenta modular mi lira
De tus victorias el sublime estruendo!

¿Qué extraño que arda, al resplandor del tuyo,
Como un volcán, mi enardecido pecho,
Si hasta las piedras en Maipú incendiaba
Batiendo el casco tu corcel guerrero?

II

¡Ah! quien pudiera levantar la vida
Sobre esas nubes que acaricia el viento,
Y en luz de estrellas y ternuras de angel,
Bañar el arpa y arrullar tu sueño!

Beber de Dios, en la inspirada frente
El blando acorde de su ritmo eterno,
Para decirle, en inmortales himnos,
¡Que tu memoria, San Martín, no ha muerto!

LUCHA

¡Yo tenía un hogar pequeño y pobre,
Digna cuna del mártir y del paria,
Sin techo en la tormenta de su suerte,
Sin pan en su hambre y en su sed sin agua

Era un humilde nido, casi oculto
En las frondosas y flexibles ramas
De un bosque de fragantes madreselvas,
Albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía
La pequeñez de la grandeza humana,
¡Pero ofrecía ilimitado espacio
A la gigante aspiración de mi alma!

Ebrio de corrupción, jamás el mundo
Hizo estallar en él su carcajada,
Ni en su celeste atmósfera fué el vicio
A derramar sus repugnantes miasmas.

Allí abrían las rosas sus capullos,
A las caricias de la luz del alba,
Como al calor de los primeros besos
Se abren los frescos lábios de la infancia.

Embriagados de esencia los jazmines
Sobre sus verdes tallos se inclinaban;
¡Encorvados ancianos parecían,
Envueltos en la nieve de sus canas!

Como regia diadema de brillantes
Que centellea en su frente casta,
Las luminosas gotas de rocío
Sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía
Del canto del zorzal y la calandria...
¡Todo formaba un colosal poema
En aquel libro de pequeñas páginas!

Deslumbrado una tarde por el brillo
De sus hermosas y radiantes galas,
¡Ví de pronto caer una paloma
Bajo la fuerza de sangrienta garra!

¡Era mi juventud, rica de ensueños,
Ilusiones, anhelos y esperanzas,
Que el buitre del dolor acometía
Con sed de sangre y convulsión de rabia!

¡Desde entonces arrastro la cadena
Que oprime mi existencia desolada,

Luchando día á día sin rendirme,
Con el hambre, la sed y la desgracia!

¡No es posible triunfar, pero que al menos,
Cuando en el polvo de la tumba caiga,
Sepan que no he ganado los laureles,
Ocultando la frente en la batalla!

Á BUENOS AIRES

I

Ya me ves, Buenos Aires, no he caído;
Aún mi frente se yergue en la batalla,
Como el roble tronchado por el rayo,
Que con su soplo el huracán levanta.

La tempestad de mi indomable suerte
Bate mi cuerpo con sangrienta saña,
Pero al herir mi espíritu, me eleva
Sobre sus negras y gigantes alas.

¡Me levanto, es verdad! Pero, ¿qué encuentro
Al posar en el mundo la mirada?...
¡Solamente el cadáver de la dicha,
Envuelto en el sudario de mis lágrimas!

¡Me levanto, es verdad! como las flores
Que azota embravecida la borrasca,
Elevando hasta el cielo sus perfumes
Y cayendo en la tierra deshojadas.

Así también mi corazón enfermo
Pierde al embate del dolor su savia,
Exhalando la esencia de la vida
En el triste sollozo de mi arpa.

Y es preciso cantar. ¡oh! es preciso
Ahogar en armonías la desgracia;
¡Y por migas de pan, vender estrofas
Escritas con el llanto de mi alma!

¡Ay del poeta que su frente inspira
En el rudo poder que la avasalla!...
Son las hebras de luz de sus ideas,
Hilos de oro que tejen su mortaja.

Pelícano que el mundo ha condenado
A arrancarse en pedazos las entrañas,
¡Cisne que el himno de la muerte entona,
Para arrullar su última esperanza!

II

¡Ah, si pudiera retornar el vuelo
Al nido sin espinas de mi infancia,
Cuantas notas celestes, Buenos Aires,
En tu oído mi labio derramara!

Genios que entretejisteis en mi lira
De mis primeros cantos la guirnalda,
Venid y la corona del martirio
De sus fúnebres cuerdas arrancadla.

Dadme una sola de esas blancas rosas
Cubierta de las perlas que arrojaba
Al caer de los brazos de la noche
A sus dormidos ojos, la mañana;

Dadme una, no más... ¡Ah! no me oyen,
¡Vientos de tempestad los arrebata!...
¡Se alejan, Buenos Aires, sin dejarme
Ni una flor que arrojar bajo su planta!

Julio de 1879.

SUEÑO

¡Tus ojos en mis ojos se posaban
Con amoroso afán,
Tus labios en mis labios esparcían
Perfumes de azahar!...

¡Para vivir así no nos bastaba
La inmensa eternidad!....
¡Exceptuando tu amor, todo lo diera
Por volver á soñar!

Aquellos que comprenden mi martirio,
Me llaman infeliz;
No saben que una dicha me sonrie...
¡La dicha de morir!

Aquella noche que por vez primera
Sentí sonar tu voz,
¡Me pareciste un ángel que traía
Un mensaje de Dios!

Me dijeron, ayer, que estaba triste
Y marchita mi faz;
Quisieron alegrarme,—pero en vano...
¡No te sentí nombrar!

¡Qué necios! se arrodillan en el templo,
Para pedir perdon,
Y sin nombrarte, quieren ángel mío,
Que los escuche Dios!

Con saber que estoy vivo, sé que me amas,
Que suspiras por mí:
¡Si no me amaras, alma de mi alma,
No podría vivir!

No me engañes jamás; jamás disfraces
La voz del corazón:
¡Me parece en tus labios, la mentira,
Una mancha de fango en una flor!

Me han dicho muchas veces,
Que es vano anhelo
Pretender en la tierra
Besar el cielo.
¡Como se miente!
Yo beso hasta los astros...
¡Beso tu frente!

¡NO ME OLVIDES!

¡No me olvides!... El alma lo repite,
De recuerdos sedienta;
El corazón y el labio lo pronuncia;
El cerebro lo sueña.

No me olvides, dijiste; y tus palabras
Rompieron la cadena
Que de todos los males de la vida,
Arrastró mi existencia.

¡Olvidarte, mi bien! ¡Romper el lazo
Que al cielo me sujeta!...
¡Abandonar el astro de tu alma,
Para hundirme en la tierra!...

¿No sabes que la luz de tu recuerdo
Es la única estrella
Que en la sombría noche de mi espíritu,
No eclipsan las tormentas?

¡Olvidarte, mi amor!... ¿Cómo olvidarte,
Si tu recuerdo encierra
Todo lo grande que anhelé en mis sueños
De hombre y de poeta?

Vienes de orar... Caíste de rodillas
A los pies del Creador...
¡Para ver á mi amor arrodillado
Es preciso ser Dios!

Flores y luces, oración y lágrimas,
Ofrendas del amor...
¡Que tristeza del alma se apodera
Al ver este panteón!

Espinas, sangre, soledad y sombras,
Emblemas del dolor...
¡Qué anhelo de morir siente mi espíritu
Al ver mi corazón!

Si en el mundo tuviera el egoísmo
Un poco de valor,
¡Cuantos amigos míos fueran ricos,
Vendiendo el corazón!

No son las desventuras de mi vida
Las que á matarme van;
El dolor de la tuya es, amor mío,
El que me va á matar!

No derrames si no es sobre tu alma
El llanto de tu amor:
¡Solamente en el cielo se derraman
Las lágrimas de Dios!

Algunos se avergüenzan cuando pisan
El umbral del dolor;
¡Como se avergonzaran si pudieran
Mirarse el corazón!

Han pasado dos años; han pasado
Como pasa el dolor,
Como pasan las lágrimas: dejando
¡Una huella de sangre al corazón!

ALFREDO LAMARQUE



LEYENDA MEDIOEVAL

(FRAGMENTOS)

Ved de cuan poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor...

Jorge Manrique.

En las orillas del Rhin,
Sobre un sitio pintoresco,
De un castillo destruido,
Se ven imponentes restos.
Una torre gigantesca,
Que se encorva por su peso,
Del río las olas rompe
Con infernal estruendo,
Llegando el sordo murmullo
Hasta los vecinos pueblos.

Los rubios hijos del Norte,
De heroicos romances llenos,
Refieren uno que tiene
Algo de negro y de tierno.
En esa torre desierta,
Se conservan los recuerdos

De una historia tenebrosa
En que señores y siervos
Vertieron sangre á torrentes
Por odios y por misterios.

Las dilatadas campiñas
En que se elevan conciertos
De las aves cuyas plumas
No conocen el acero,
Ofrecen triste contraste
Con el castillo en silencio,
Que de su esplendor pasado,
De batallas y torneos,
De discordias intestinas,
Es el último recuerdo.

Remontaremos entonces
A aquellos bélicos tiempos
En que sus altas almenas
Causaban espanto y miedo;
En que sus bravos soldados,
De duras cotas cubiertos,
Desafiando los rigores
Del brazo más fuerte y diestro,
Oponían resistencia
Con sus animosos pechos.

....

Corre al campo con ardor
De Almundar el potro oscuro

Seguido de mil jinetes
Que á la par llevan los suyos.
Relumbran, chisporrotean
Los cascos y los escudos,
Las lanzas y las espadas,
Con que regresan del triunfo
Glorioso que consiguieron
Sobre el enemigo rudo.

Tiene Almundar en la grupa
De su corcel, con que pudo
De la lid salir airoso,
La mujer por la que el mundo
Entero quemara. Vuela
Anhelante, inquieto, mudo,
Saltando talados campos
Para llegar á los muros
De quienes el bien perdido
Con valor recobrar pudo.

. . . .

Llegan en fin al castillo
Embocando la trompeta;
Al punto se eleva el puente
Y en el recinto penetran.
Al dueño de aquel solar,
De erguida y cana cabeza,
Halló Almundar sin consuelo,
Sumido en profunda pena,
Porque no hallaba el más caro
Bien que tenía en la tierra.

Lo que el anciano lloraba,
Era una hija hechicera
Que apenas contaba entonces
Unas quince primaveras.
Entonce Almundar exclama
Con su voz sonora y tierna:
«No llores más, buen anciano;
De mi brazo las proezas
Rescataron á tu hija
De luciente cabellera.

Fué virgen y virgen vuelve,
Siempre pura, hermosa y buena;
Que su mano me concedas
Te pido, conde. «El anciano
Da solo, como respuesta,
Orden para que preparen
En el castillo una fiesta;
Las bodas de Almundar, dice,
Lo juro, serán espléndidas».

....

Llegó el día. Los esposos
Su dicha en cantos celebran
Entre la gran algazara
Que del castillo se eleva.
Pero al lejano horizonte
Vese negra polvareda,
Y un tropel de caballeros

Hienden furiosos la tierra,
Dirigiéndose hacia el puente
Sin guardias, ni centinela.

Adelantan y su jefe,
Ceñido de una diadema,
Apostrofa de este modo:
A Almundar: «Con tu perversa
«Traición, Almundar, robaste
«De mi harem la gentileza.
«Esa virgen que tu tálamo
«Con ansia y afan espera,
«Debe vivir á mi lado.
«¡Infiel! ¡La muerte te espera!»

A su voz los caballeros
Las ricas espadas muestran,
Y sobre el pecho de Almundar
Las detienen y manejan.
Los vasallos del castillo
A coger las armas vuelan,
Y azuzados por el vino
Se lanzan á la pelea,
Furiosos de ver á tantos
Enemigos en las puertas.

Almundar cayó sin vida,
Después de heróica defensa;
Su enemigo, en su alegría,
Empapa en su sangre fresca
La lanza, y con ella traza,

En la torre gigantesca,
Una cruz, y escribe abajo:
«Almundar»; y en esa tierra,
Húmeda aún con su sangre,
Su cuerpo exánime entierra.

Al interior del castillo
Con la esperanza penetra
De encontrar acongojada
A la esposa virgen. Ella,
Con un puñal en la mano,
Previendo su suerte adversa
Esperaba. Apenas vió
Al jefe de la diadema,
Hirió su nevado seno,
Dando fin á su existencia.

Entonce él desesperado,
Con un peso en la conciencia,
Mandó sepultar la virgen
Al lado de las malezas
Donde Almundar reposaba.
Allí sus almas conservan
Los amores que quisieron
Gozar ambos en la tierra.
El mundo con su impiedad
Los separó; mas recuerdan,
En el reino del silencio,
De la vida la faz negra.

....

Cuentan que allá por la noche,
A la luz que da la luna,
Una sombra del sepulcro
De la virgen sin ventura
Se levanta y encamina
A la torre, donde nunca
Halla su Almundar querido
Que á orillas del río busca.
El ave de las tinieblas
En su campaña nocturna.

Mil quejas al cielo lanza,
Tal vez quejas de locura,
Cuando los muros ve escritos
Con la sangre de su Almundar.
Y después que su luz bella
Esconde la triste luna,
Vuelve al seno de los muertos,
Y durmiéndose en su tumba,
A la noche que sucede
Regresa á la torre oscura.

Mayo 25 de 1867.

Á MARÍA

Fuiste esa música que el alma alcanza
Como un arpegio del cielo aquí;
La última estrella de la esperanza
Que un rayo lanza
Desde la noche del porvenir.

Ricardo Gutiérrez.

Seductora visión que, detenida
Por los clamores de mi pecho herido,
Desgarraste tu pálido vestido
Y esplendorosa te dejaste ver;
Brisa del alba que, de amores llena,
Del caminante en la nublada frente
Depositaste un beso suavemente,
Que alegre el alma recogió después;

Paloma virginal que vas cruzando
Por la edad más risueña de la vida,
Llevando de tu cuello suspendida
Guirnalda de violetas y azahar;
Rayo de luz, vagando por los cielos
De la tormenta, en medio á los furores,
Reflejando en sus múltiples colores
Destellos de esperanza y de bondad;

Las brisas aromáticas del Plata,
Si mi ferviente súplica han oído,
Dejarante al pasar algún gemido.

Que te hablará con misteriosa voz.
¡Gemido meláncolico y profundo,
Porque es del corazón una armonía:
Escúchalo, mi bien, que te lo envía
En sus alas de amor la inspiración.

Al escuchar tu cariñoso acento
Sentime henchido de dulzura ignota,
Cual pobre flor que de repente brota
Al fuego amigo del ardiente sol.
Y así como suavísimos fulgores
Son los que anuncian un alegre día,
Tal vez éste fulgor del alma mía
De un tiempo de ventura es precursor.

¡Oh! no es preciso que te preste hechizos
El bello prisma de pasión fogosa,
Porque Dios te ha formado tan hermosa
Que ha dado vida á misterioso ideal.
Y al crearte en su inmenso pensamiento,
De bellezas sin par mundo infinito,
Quiso dejar sobre tu frente escrito
Un sello de ternura celestial.

Así como en lo espeso de la selva,
Rodeadas todas de esplendor salvaje,
Se ocultan en el medio del follaje
Hermosas flores respirando amor;
Así como derraman sus perfumes
Para calma bendita del viajero,

Apagando el quejido lastimero
Que una ruta difícil arrancó;

Yo creo que también, pobre viajero,
De la selva del mundo tenebrosa,
En tu imagen tan pura y candorosa
Una flor de la vida debo ver.
Embriágame con tu exquisito aroma,
Y verás despeñarse cual torrente,
El río de ilusiones que en mi mente
Formó la mano suave de la fe.

Septiembre de 1868.

INSPÍRAME

¡Ah! Dime lo que adoras, lo que amas con anhelo,
Y templaré mi lira para inspirarme allí;
Las flores de la selva, los pájaros del cielo,
Perfumes y cantares me ofrecerán así.

¡Responde! Todo calla por escuchar tu acento;
Las olas se deslizan cesando su rumor;
Las brisas interrumpen su alegre movimiento;
Mi espíritu detiene su curso volador.

Pronuncie una palabra tu labio purpurino,
Y pintará el paraiso mi pálido pincel...

. . . .

¡Mas nada me confías, y encuentro en mi camino
Frustradas esperanzas que acuden en tropel!

Septiembre 22 de 1868.

INMORTALIDAD DEL ALMA

(FRAGMENTOS)

Cuando fija el mirar en una tumba
La vacilante inteligencia humana,
Teniendo su miseria por peana
Y por dosel la inmensidad de Dios;
Dos ideas se fijan en su seno
Que la conmueven con diverso acento,
Invadiendo lloroso desaliento,
Pues fluctúa el mortal entre las dos.

Una le dice que el postrer suspiro
Se lanza en los umbrales de la nada,
Do nos conduce con su mano helada
El destino del hombre funeral.
La otra con sublime atrevimiento
Nos enseña la bóveda del cielo,
Hogar que al desprenderse de este suelo
Debe habitar el alma inmaterial.

Entonces una lucha prolongada
Se empeña con ardor; la triste duda
Abre honda herida con su espina aguda
Capaz un corazón de traspasar,
Y se siente del pecho en lo más íntimo
Que una voz misteriosa se levanta,
Pareciendo que el mundo á nuestra planta
Se quiere con estruendo desplomar.

Vagamos solitarios, abismados,
Llevando por doquier pasos inciertos,
Creyendo que la patria de los muertos
No tiene un solo aroma que aspirar.
Volvemos hacia atrás; nos sumergimos
En el fango que el mundo nos ofrece,
Donde todo lo noble se adormece
Reviviendo en horrible despertar.

Y al buscar la quietud desvanecida,
Llamamos á la puerta de los otros...
¡Nadie hallamos más sabio que nosotros!
¡Nadie que fin al desvarío dé!
Cansados de luchar, nos sonreímos
Al ver lo pobre de la humana ciencia,
Y acudimos en fin á la conciencia,
El último refugio de la fe.

Ella dice al incrédulo que existe
Un ser omnipotente y bondadoso,
Que derrama en la tierra cariñoso,

La abundancia, la vida y el placer.
Y que así como sabe regalarnos
Con sonrisa inefable de caricia,
En sus manos un rayo de justicia
Sabe á veces también estremecer.

....

Hay seres que caminan sobre flores
En el valle de lágrimas que habitan;
Hay otros, sin consuelo, que palpitan
Tan solo al recio embate del dolor.
Para aquellos la vida es la alegría
Con su aureola brillante coronada;
Para aquestos, la vida es la jornada
Sin amigos, sin techo, sin amor.

¡No es posible que á todos nos espere
Una corona igual en la otra vida!
Los unos la tendrán descolorida,
Manchada por el lodo en que rodó;
Y habrá quien llegará junto al Eterno
La diadema de perlas esplendentes,
Formadas en las lágrimas ardientes
Que su alma desgarrada derramó.

Desde los fuegos de candente zona
Hasta los hielos del lejano polo,
Solo un grito se escucha, un grito solo,
Que proclama en los aires la verdad;
El monarca que habita en los palacios

Y el salvaje que vaga en la pradera,
Por todos los espacios de la esfera
Lo repiten con bella identidad.

¡Ah! No dudemos más. Ya todo vuelve
A la calma. Ya no arde mi cabeza;
Ya se eleva mi frente con fiereza
Porque la larga lucha terminó.
Vivamos sin temor, y respetemos
Los mandatos del Dios crucificado...
¡Que reconozca al vernos á su lado
Al ángel que del cielo descendió!

Pero tú que caminas por la vía
Que te ofrece á su término un abismo;
Que en los brazos de loco escepticismo
Por la duda te dejas dominar;
Que piensas que la idea de un «Eterno»
Ha nacido en momento de locura;
Que contemplas tan solo la natura
Como un medio precioso de gozar;

Si no tienes la fe con que mitiga
Sus sinsabores el linaje humano,
Sé piadoso, y no vayas con tu mano
A demoler el templo de virtud.
No lances esa loca carcajada
Al escuchar el religioso acento,
Como el silvido lúgubre del viento
Que interrumpe las notas de un laúd.

Seca más bien las lágrimas de fuego
Que se derraman con dolor profundo
En este triste, miserable mundo,
Frente de eterno duelo y de maldad.
Y entonces al mirarte rodeado
De criaturas felices á millares,
Tendrás derecho á derribar altares
Y á anunciar á los pueblos la verdad.

Mayo 9 de 1869.

CALELIYAN

ROMANCE HISTÓRICO – SIGLO XVIII

Non es de sesudos omes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo
Que es te nudo más que vos.

(*Tesoro de los romaseros*).

Es una noche de luna;
Sobre la pampa desierta
Domina el triste silencio
Con su majestad severa;
Los pajarillos no cruzan
Los ámbitos de la esfera....
La verde sábana inculta
No interrumpe ni una vega.

De trecho en trecho lagunas
De plateadas aguas muertas,
Sin un árbol en la orilla,
Sin un hombre que las beba,
Son el lugar de reposo
De las aves pasajeras.
¿Quién en la noche traidora
Las llanuras atraviesa
Sino el nómade Pegüenche
En su caballo que vuela?
¡Qué grandiosa ante el viajero
Su soledad se presenta!
¡Quién no dobla la rodilla
Y ardiente plegaria eleva,
Al contemplar la extensión
De ese gran cuadro que encierra
Más secretos que el Océano,
Más misterios que la selva?
¡Ah! ¡son en verdad sublimes
Las dilatadas estepas
En que á la alma libertad
Erige un trono la América!

¿A dónde va ese tropel
En su fogosa carrera,
Atravesando cañadas
Y estremeciendo la tierra?
Son españolas las armas
Que blancos jinetes llevan;
No hay duda, son los soldados

Avezados en la guerra,
Que don Juan de San Martín,
Sin igual en altiveza,
Trae de la Trinidad,
Para castigar la ofensa
Que los indios comarcanos
Han hecho al pendón de Iberia.
El gobernador Salcedo
Recorre en fin á la fuerza
Que quiere ya ver segura
Su escarmentada frontera.
¡Ay de las tribus infieles!
El español no se venga
Con la conquista del suelo,
Sino que tala y degüella.
¡Ay de los viejos Guitmenes!
¡Sobre ellos con más dureza
Caerá la furia del godo,
Caerá la venganza negra!

¡Arriba! sus indios fieros,
Que es horrible la sorpresa!
¡Arriba! que mucha sangre
Demanda impía la afrenta

Vaga sombra al horizonte
Misteriosa ver se deja...
La temida toldería
Que otras horas vaga inquieta,
Reposa tranquila y muda

En medio de las malezas.
No tiene porque turbar
Su descanso ni sus fiestas,
Pues siempre dócil ha sido
A la cristiana influencia.
Siempre al huinca defendió,
Consiguiendo todo de ella,
Los engañosos tratados,
Las fementidas promesas.
No desvastan sus malocas
Las villas de la pradera,
Ni astucia ni dolo indica
Con su inocente apariencia;
Mas don Juan de San Martín,
A quien el encono ciega,
Apenas ha percibido
De los indios una huella
Se figura deben ser
Los autores de la ofensa.
Su voz domina el rumor
De sus soldados alerta
Y centelleando los ojos
Impaciente les ordena
A sangre y fuego destruyan
La tribu do nadie vela.

¡Fué espantosa la matanza
Que alumbró la luna llena!
Al ruïdo de las armas
Y las voces lastimeras,

Los que lejos aún estaban,
Con coraje y entereza
Lucharon hasta la muerte
En la desigual pelea.
¡Es hazaña muy menguada
La traición vil y sangrienta!
En la celada cayeron
Ancianos, niños y hembras;
Nada respetó cobarde
La furiosa soldadesca;
El incendio sucedió
De la toldería extensa,
Y nada quedó de pie
En breve sobre la tierra.
Cenizas, sangre y despojos,
Que infame ardid consiguiera,
Fueron al solo trofeo
De la cruel jornada aquella.
Bien pronto en polvo tornados
Los huesos que el campo encierra,
Serán juguetes del viento,
Hoy de los caranchos presa.
Cada cual sobre los llanos
Confía en su propia fuerza...
¿Quién tomará del denuesto
Venganza terrible y fiera?

Caleliyan se aproxima
Bajando ledo la cuesta
Por los caminos fangosos

Que ofrece la inculta sierra.
Sus miradas son ardientes
Y su estatura es esbelta.
Los músculos de sus brazos
Y las formas de sus piernas
Resaltantes al momento
Su robustez nos revelan.
Su chamal azul turquí,
Con listas blancas y negras,
Flota al capricho del viento
Que se agita con viveza.
Caleliyan es el hijo
Del guilmen que ayer muriera.
Entonces estaba ausente...
No sabe lo que le espera.
¡Que garboso viene el indio
Para suerte tan funesta!
Sus pies pequeños adorna
Con las botas recién hechas
Con las pieles de gaimules
Que ha cogido en la pradera.
Sus estribos son de pislo;
Sobre su caballo ostenta
Los tejidos admirables
Que su querida le hiciera
Para salir á la caza
De gamas, zorras y fieras.

«¡Qué me has hecho, Gueculbú!»
Dice, loco de tristeza,

El indio al llegar al punto
Testigo de su miseria.
« Allí está mi viejo padre
« Tendido sobre la yerba...
« Allí mis pobres hermanos...
« Allí mi querida buena...
« Allí todos mis amigos...
« ¿Quién mató la tribu entera?
« Yacen mezcladas al polvo
« Sus lucientes cabelleras,
« Y sus blancas dentaduras
« Los abiertos lábios muestran. »

No habló más Caleliyan
Pero su mirada fiera
Se detuvo sobre el cielo
Después de mirar la tierra.
Lanzó bárbaro alarido,
Y agitando su melena,
Blandió la terrible lanza
Y al potro clavó la espuela.
Va ligera por los aires
La perseguida gacela;
Va ligero el avestruz
Huyendo las bolas ciertas;
Pero no como el corcel
Que al oeste dirigiera
El bravo Caleliyan
De frente airada y siniestra.

¡Nunca vieron los cristianos
Invasión más carnicera!
¡Qué de españoles sufrieron!
¡Cómo rodaron cabezas!
Se tiñó todo el Oeste
Con una línea sangrienta,
Y mil cautivas se vieron
En los toldos prisioneras.
Todas las tribus, reunidas
Por una mano secreta,
Se lanzaron de improviso,
Cual buitres á la frontera.
Ni una sola casería
Escapó de la tormenta.
Los bienes amontonados
Con penosa diligencia,
Se vieron sobre los campos
A la merced de cualquiera;
Los soldados atrevidos
Que vinieron en defensa
De la frontera invadida,
No volvieron de la empresa.
¡Fué noche larga y horrible
Esa tristísima época!
En las veladas de campo
Muchas veces se recuerda
Temblando todos de miedo,
Con el oído en la tierra,
Porque de Caleliyan
Hasta la sombra hoy aterra!

De la falda de los Andes
Correntoso se despeña
El río Negro bordado
De márgenes pintorescas.
Es en su curso veloz,
Y es tan larga su carrera,
Que hasta el Atlántico mar
Sus olas altivas llegan.
Al entrar en el Océano
Son tan altas sus riberas,
Que más que al cauce de un río
A un abismo se asemeja.

Fenecientes y tranquilos
Los rayos del sol se alejan,
Y con su manto de virgen
El crepúsculo se muestra
¿A dónde va aquel jinete
De tan gallarda presencia?
¿Y porqué con su vicuña
Su hermoso cabello ciega?
¿No vé va á dar en el río?
¿No vé que no hay nadie cerca
Que le pueda socorrer
Si pierde en la agua su fuerza?
Mas va buscando la muerte,
Ningún auxilio desea.
Es Caleliyan el bravo,
El señor de la pradera,
Que ya no quiere la vida
Pues su esperanza está muerta.

Mayo de 1870.

LOS MARINOS

AL DOCTOR DON AURELIO PALACIOS

Cuando la luna envía sus rayos blanquecinos,
Plateando la llanura con tibia claridad,
Al recordar los mares, yo pienso en los marinos
Rogando á Dios disipe la negra tempestad.

Hay veces que en la noche, sobre el desierto oceano
Retumba el trueno, augurio de horrible confusión;
Las aguas se sublevan, y el viento soberano
Quebranta cables, jarcias, mastiles y timón.

Las nubes se amontonan, y cuando el navegante
Por rayo estrepitoso razgado el éter vé,
Doblega su rodilla y eleva su semblante,
Que al duelo siempre alumbra la antorcha de la fe.

En el peligro crudo se toca el arrecife,
Y gentes y tesoros al hondo abismo ván,
O intrépido el marino, de pié sobre su esquife,
Se burla de las olas, domina el huracán.

Se alcanza en esas lides aureola de renombre;
Pero también mas grande se puede conquistar,
Y es cuando rivaliza la tempestad del hombre
Con el furor que ofrece la tempestad del mar

Entonces se enrojece la espuma de las olas;
Como entre el lino el viento, la bala silva cruel:
Se mezclan con el humo las nubes antes solas,
Y el mar es el sepulcro del que combate en él.

Orgullo, envidia, sienten, llenando la memoria
De hermanos que cayeron los hijos de la mar;
Porque ellos apuraron la copa de la gloria,
La gloria, el sueño alegre, sin triste despertar.

¡Salud! salud vosotros que el pabellón querido
De Mayo, por los mares llevasteis sin temor;
Si os hielan con su nieve la tumba y el olvido,
Calentarán las losas mis perlas de dolor.

De nuestros días grandes en la esplendente aurora,
La trompa de la fama cansose de sonar...
¡Que ocupen los Rosales, los Brown y los Espora,
En el panteón futuro, magnífico lugar!

El mar de Vasco Nuñez y el mar de las Antillas,
Han visto tus victorias, celeste pabellón;
Do quiera te elevabas brotaban maravillas
Por libertad tronando terrible tu cañón.

¡Ah! ¡Cuántas, cuántas veces ante la azul bandera
Despareció humillada la flámula imperial!
Hoy llora el ancho Plata por la pasada era
En que meció triunfante la armada nacional.

¡Oh patria! ¿Lo recuerdas? Humearon tus altares
Con sacrificios dignos de Nelson y Trouvil,

Cuando al *Terror do mundo y al Serpenton dos mares*
Hundía valeroso tu barquichuelo vil.

Mortales y marinos, tus ínclitos corsarios
Cubriéronse de palmas cargados de botín;
Les guió del sol la marcha, cruzando los estuarios
Que bordan continentes del mundo en el confín.

Buchardo, Taylor, Chayter, del líquido elemento
Vencieron la crudeza; lidiaron una edad;
Flameando tu estandarte que donde quiera al viento
Abandonó perfumes de santa libertad.

¿Qué clima no sufrieron?—La estela que dejaron
Circula por el polo tocando el Ecuador.
¿Qué puerto hay ignorado?—Sus anclas desataron
Peleando en cada rada por descansar mejor.

Trasmitirá los hechos de esa epopeya grata
En diamantinos bronces aurífero cincel,
Y en el murmullo suave del majestuoso Plata,
Los cantarán las Náyades ceñidas de laurel.

¡Ah! ¡Tú que posas libre, República Argentina,
Sobre los dos océanos tu planta de Titán,
¡Escucha! Caído el velo, la inconsolable Ondina
Te pide nuevos lauros gimiendo con afán.

Como la virgen buena que esconde casta y pura
Hechizos seductores extraños al amor,
Así guarda mil ríos tu espléndida llanura,
Desconocido en ellos el humo del vapor.

Como la virgen mala, tal vez el Amazonas
Envidia tenga al Plata que no rindió jamás,
Y puede que irritados chocando sus coronas,
De nuevo se pregunten que cual reluce más.

Por eso cuando cruzo la playa solitaria,
En la sombría noche de calma funeral,
Remonto con sollozos al tiempo en que Bonaria
Alzaba á sus marinos el pórtico triunfal.

Junio de 1870.

DELIRIO

Monstruo infernal que la razón devora.

Echeverria.

Ven á darme una gota de tus mieles
Abeja del amor...

Jorge M. Mitre.

¿Recuerdas el Valhalla del Germano?
¿Recuerdas el paraíso de Mahoma?
¿Y aquel jardín en que al primer humano
Puso el Señor, mi cándida paloma?

¡Pues bien! el sitio aquel más bello era
Y era más suave el murmurar del viento...
Yo besaba tu negra cabellera,
Y tú me perfumabas con tu aliento.

En el boscaje aquel solo y umbrío,
Yo veía una luz vagando inquieta...
Y eran tus ojos negros, astro mío,
Que entusiasman mi mente de poeta.

¿A dónde vas ¡oh fantasía ardiente!
Cuando en las alas del amor tu subes?
Á donde va ese cóndor velozmente,
Á perderse en el seno de las nubes.

¡Dulce es amar en la estación de amores,
Idealizar pisando sobre escoria,
Y ver el porvenir lleno de flores
Escondiendo el pasado en la memoria!

¡Oh sombras de Beatriz, Francesca y Laura,
Que vivis en el pecho del que adora!
¡Venid, venid envueltas en el aura!
¡Vuestros secretos reveladme ahora!

Decidme si este ardor que esperimento,
Que oscila entre el temor y la esperanza,
Es un triste presagio de tormento,
O la aurora de un día de bonanza.

Por otro instante como aqueste diera
Un mundo entero con un mar de lloro.
¿Qué me importa sufrir? La hiel bebiera
Que no es tan acre si la copa es de oro.

¡Oh! Nunca ambicionara más trofeos
Ni fuera más inmensa mi alegría,

Si de tu boca, madre de deseos,
Arrebatara un ósculo la mía.

Mas ¡oye! ¿quién produce tan misterioso ruido?
¡Parecen los escombros de alcázar derrüido
Que se hunden en la mar!
¿De dónde es esa orquesta tan lúgubre y sonora?
¡Parecen las trompetas que anunciaran la hora
Del juicio divinal!

¿Por qué la inmensa bóveda celeste y transparente
Se vela con mil nubes que arrojan á mi frente
Su parda oscuridad?
¡Oh! sombra ¿Por qué turbas mis sueños indiscreta?
¿Qué buscas y quien eres?—¡La realidad! Poeta,
¡Te vengo á despertar!

Despertaré, ¡no importa! que si muestra
Tu rostro la infernal melancolía,
Ya acarició la palma de mi diestra
El seno de la amada fantasía.

¡Ah que siempre la estrella del delirio
En mi derrota plácida rutile;
Porque es más suave que el olor de un lirio,
Porque es más pura que el jazmín de Chile!

Junio de 1870.

EN LA MUERTE DE J. M. MITRE

La muerte es la verdad. Cae marchito
Todo laurel ante su soplo helado;
Su silencio es la voz del infinito,
Y su misterio un mundo revelado.

En la choza y en medio á la opulencia,
Con un destino igual nos encontramos;
Una frase reasume la existencia:
¡Venimos, padecemos... y nos vamos!

¿Dónde está nuestro amigo? que responda
La brisa de la tierra brasilera,
El ligero bajel, la amarga onda
Que lo alejó de la natal ribera.

¿Dónde está nuestro amigo? Al separarnos
Iba lleno de fe, lleno de vida.
Ha partido, nos dicen.. ¡y sin darnos
Un abrazo de eterna despedida!

Siempre, siempre en las horas de alegría
Noté en su risa un algo de severo.
Una vez entre amigos nos decía:
«¿Cuál de nosotros morirá primero?»

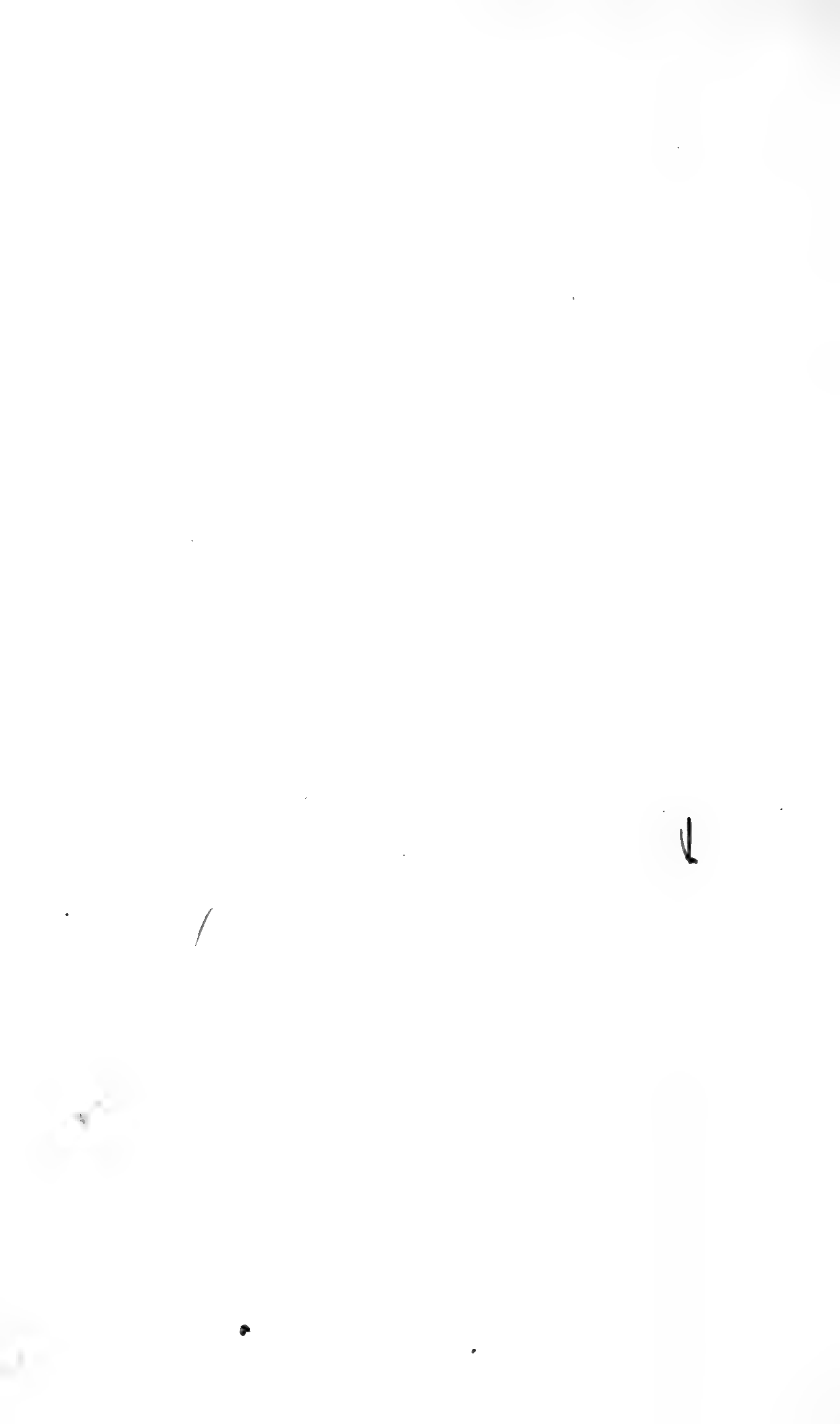
No supo sino amar. El «era bueno
«Porque jamás prostituyó su alma.»
¡Y bien! en vez de miel halló veneno,
Y lucha en vez de la anhelada calma.

No vivió con su edad. Causó fastidio
Todo á su fatigado pensamiento...
Y cantó la sirena del suicidio
En la hora sin luz del desaliento.

Yo sé que él esperaba en otra vida
De justicia, de paz y de ventura;
El mundo para él era escondida
Fuente de iniquidades y tortura.

Todos adoraremos su memoria
De su talento en las hermosas perlas,
Pues renunció á la vida y á la gloria
Cuando otros van recién á comprenderlas.

Diciembre de 1870.



DOMINGO D. MARTINTO



EN EL HOGAR

A mi madre.

En el fondo de antigua chimenea,
Entre rojas y azules llamaradas,
El negro trozo de carbón chispea,
Y de su luz los rayos inseguros,
Al desplegar las alas encantadas,
Luchan y oscilan en los blancos muros.

En un rincón tranquilo de la pieza,
Sobre una piel de tigre, acurrucado
Y hundida en la penumbra la cabeza,
Duerme mi perro fiel, el noble amigo
Que en todas partes encontré á mi lado,
Pronto á gozar ó á padecer conmigo.

Fuera, la lluvia con furor azota
El cerrado cristal de la ventana,
Y en su murmullo, el inconstante viento,
En una triste y quejumbrosa nota,
De la arboleda ó de la mar lejana
Traer parece el inmortal lamento.

Junto al fuego, sentado con el brío
Y el entusiasmo de la edad primera,

Yo dejo errar el pensamiento mío
A los caprichos de cualquier quimera;
Y enjambre de doradas mariposas
Que á los rayos de un sol de primavera
En torno giran de los frescas rosas,
Los dulces sueños de mi amor de niño
Vuelven, como antes á cercar mi vida;
Y otra vez en mi alma entristecida
Se abre la flor de mi primer cariño.

¿No la veis?... ¡Es mi madre! Sonriente,
Sentada al borde de mi tierna cuna,
Próspera y grande sueña mi fortuna
Y el labio imprime en mi dormida frente;
Y luego, al verme despertar, su canto
Une feliz á la oración sencilla,
Y en su semblante candoroso brilla
De su ternura el inefable llanto.

¡Cuadro de amor y de virtudes! ¡Bastas
Para llenar mi corazón entero!
Mas, cual las aves en el roto alero,
Otras visiones como aquellas, castas,
También se albergan en la mente mía,
Y cuando el labio con afán las nombra,
Cantando salen á la luz del día.

La vieja, rota y desteñida alfombra
Donde rodaba en inocente juego,
Bajo el ombú de centenaria sombra,

O donde acaso en mi infantil locura,
Soñé, ofuscado por orgullo ciego,
Alzar Babeles y escalar la altura;
El mueblaje, el retrato suspendido
De la vieja pared; el alfabeto
Con balbuciente rapidez leído;
Todos son trozos de mi amor sujeto
Por algún hilo de feliz memoria.

Aquí no llega del combate humano
El grito de dolor ó de victoria
Que lanza el hombre al agitarse en vano:
Todo la paz de la virtud respira,
Todo al inquieto corazón serena,
Y el alma libre, cual gigante lira,
A cada soplo del recuerdo suena.

¡Aún no concibo como pude, lleno
De engañosa ambición, dejar un día,
Paterna casa, tu inviolado seno,
De tus amores el calor fecundo,
Y todo cuanto en la niñez me hacía
Amar á Dios y bendecir al mundo!

¡Cara pagué mi ingratitud! Mi frente
A los golpes cedió de los pesares,
Mis fuerzas se extinguieron lentamente,
Y mi ardorosa juventud, vencida,
Cual rota barca en agitados mares,
Sola y sin rumbo atravesó la vida.

Pero ¡qué importa! Del paterno techo
Otra vez á la sombra me reposo,
Y junto á todo lo que amé, dichoso
Como antes, vuelve á palpitar mi pecho.

¡Nada ha cambiado! Siempre la fragancia
De los días risueños de mi infancia,
Como perfume de marchitas rosas,
Impregna el aire de mi humilde estancia;
Y hasta en el polvo del sillón ajado,
De aquellos tiempos y de aquellas cosas
Algún recuerdo me dejó el pasado.

¡Ah! cuando venga, enamorada, un dia
La tierna virgen de mis sueños de oro
A ser mitad de la existencia mía,
Dadle también, en armonioso coro,
Dulces objetos en que vivo preso,
¡Dadle, felices, el triunfal saludo,
Mientras se pose mi anhelante beso,
Como ave fiel, sobre su labio mudo!

Solo ella falta ahora á mi ventura
Para que eterna y sin rival se crea,
Y ella vendrá, como la lumbre pura
De un nuevo sol, á iluminar mi paso,
A ser el molde de mi propia idea
Y el dulce asilo de mi triste ocaso.

Quizás entonces, si otra vez, rendido,
Sin fe en el cielo, con el alma fría,

Torno ¡oh mi hogar! á tu caliente nido,
Pueda como hoy, en tu feliz sosiego,
Soñar las glorias de distante día
Junto á la luz del moribundo fuego.

MIS AMORES

Á MI AMIGO, EL POETA CALIXTO OYUELA

I

¿Cuál es el corazón que no ha sentido
Una vez, por lo menos, en la vida,
Redoblar su latido
Al dulce arrullo de una voz querida?

Desde Eva, la inocente pecadora,
Hasta Ninón, la alegre cortesana,
La belleza inmortal, como una aurora,
Ilumina y colora
Con sus destellos la existencia humana.

¡Desgraciado de aquel que, lejos de ella,
Persiga la fortuna!
Nunca en su Oriente encontrará la estrella
Que le guíe á la cuna,
Siempre distante de la dicha ansiada;

Y, como Seguismundo,
Verá tal vez, al fin de la jornada,
Que el bien mayor del mundo
Es ¡ay! pequeño, y muchas veces, nada!

Yo, por mi parte, sé que la hermosura
Es el solo remedio
Que en este mundo cura
La inexorable enfermedad del tedio;
Y ya, por esta y otras mil razones,
Amé, en el viaje de la vida, tanto,
Que me creo, sin grandes pretensiones,
Como María Magdalena, un santo.

II

Era Luisa una rubia encantadora,
De azules ojos, de infantil mirada
Y frente soñadora.
Tenía el busto esbelto,
La mano delicada,
Y la madeja del cabello suelto,
Al rodar por sus hombros, parecía
Luminosa cascada.

Extraña simpatía
Despertaba al momento
El ritmo de su acento,
Y al escucharlo, el corazón sentía
Doblar su moviviento.

La ví y la amé. Como las nuevas flores
Al sol de primavera,
A la luz inmortal de los amores
Abrí al instante mi existencia entera;
Y á veces, sumergido
En pensamientos por demás extraños,
Preguntábame á solas, sorprendido,
Cómo había vivido
Sin ella algunos de mis buenos años.

La amé y tomó la vida
Otro aspecto á mis ojos;
Y al soñar en mi dulce prometida,
Olvidaba los ásperos abrojos
Que encuentra en su camino
Todo el que vive con el alma, y siente
Irradiar en su frente
La eterna luz del ideal divino.

III

¡Amor, amor! Ensueño de Julieta,
Martirio de Eloisa,
Figura encantadora que al poeta
Arrastras sin cesar con tu sonrisa!
¡Amor, amor! ¿Qué pecho no ha sentido
Tus cortos goces y tus penas largas,
Y qué labio en tu copa no ha bebido
Hasta las heces, como el mar, amargas?

Pero ¡no importa! ¡El hombre, fatigado
De la lucha sin fin de la existencia,
Arroja, como Fausto, de su lado
El libro de la ciencia,
Creyendo ¡oh Margarita! que su loca
Y estéril experiencia
No vale un beso de tu casta boca!

IV

Luisa también me amó, y aunque un momento
Como todas, severa y pensativa,
En el alma ocultó su sentimiento,
Duró muy poco su actitud esquiva;
Y viendo un día que callaba en vano,
Con el arte infantil de las mujeres,
Tendiéndome la mano,
Me dijo, llena de rubor: «¿me quieres?»

¡Cuántos instantes bellos
Vimos de entonces resbalar en calma!
¡Y cuántas veces, como dos destellos
Que juntos parten de la blanca luna,
Se confundió mi alma con su alma,
Y confundidas, se sintieron una!
Siempre amantes y unidos,
Al pie del tronco del ombú paterno,
Pasábamos las tardes, sumergidos
En un coloquio eterno;
Y cuando el sol en el profundo ocaso

Lentamente se hundía,
Mientras la sombra con tranquilo paso
Su negro y triste pabellón tendía,
Ella exclamaba en su ternura santa,
Los grandes ojos levantando al cielo,
Como la virgen que en *El Lago* canta:
«¡Horas propicias, detened el vuelo!»

Y cuando ya de la fatal partida
El instante sonaba,
Como tórtola herida
Que busca asilo entre el follaje espeso,
Hacia mí se lanzaba,
Y nuestra despedida
Era un continuo y silencioso beso.

V

¡Vanitas vanitatis!... Mis amores
Al año ya sufrieron el destino
De las hojas marchitas de las flores,
De las ondas, del viento,
Y de cuanto alegró nuestro camino
Con su perfume y su armonioso acento.

Mas, no juzguéis ligeramente, hermosas,
Estos cambios, ajenos
A nuestra pobre voluntad: las cosas
Mejores, son las que nos duran menos!
Y si acaso hay alguna

A quien mi franca confesión enoje,
Que la piedra me arroje...
¡Seguro estoy que no lo hará ninguna!

Luisa luchó, luchó desesperada,
Con la honda indiferencia
Que, de súbito, un día, semejante
A una ráfaga helada,
Cruzó por mi existencia
Y mi cariño marchitó al instante;
Mas, ni quejas ni llanto
Mover pudieron mi insensible pecho,
Para siempre deshecho
De nuestro amor el fugitivo encanto;
Y si partir quería
De su profunda soledad la pena,
El rostro encantador de una morena,
Allá, en el fondo de mi ser, reía.

VI

Esta morocha, á quien la muchedumbre
Consideraba un ángel por lo bella,
Era la fiel imagen de la estrella
Que nunca da calor, por más que alumbre.

Jamás un dulce acento,
De sus labios hermosos desprendido,
Llegó á infundir á mi pasión aliento;
Y en la lista sin cuento,
Donde sus triunfos, cual Don Juan, llevaba,

Solo mi nombre relegó al olvido...
¡Tanto valor á mi conquista daba!

Si es triste que uno quiera
A la misma mujer que le ha engañado,
Aún es más triste verse despreciado
Cual si uno indigno del engaño fuera;
Pues siempre la mentira,
Entre los labios de una hermosa halaga,
Dulce consuelo al corazón inspira
Y sus dolores con largueza paga.

Ni un instante sereno
Le dió, pues, la cruel á mi existencia,
Y al querer olvidarla, la demencia
De mi pasión, hasta á despecho mío,
Me arrastraba á su seno
Como á la imagen de la nube el río.

Mil veces quise reaccionar... ¡y en vano!
De su gentil figura
O indiferente mano,
Por todas partes encontré la huella,
Y en esa fiebre, que rayó en locura,
¡La ví con miedo, cada vez más bella!

Entonces mi memoria,
Por un acaso, recordó la historia
De mi inocente Luisa,
Y hacia ella, arrepentido
Y con alma sumisa,
Volé cúal ave en libertad al nido.

VII

Volé... mas, su casita,
Que cual blanca paloma,
Detrás de un bosque de álamos asoma
Y á la quietud incita,
Tenía á mi llegada
Un aspecto de fiesta tan extraño,
Que mi razón turbada
Temió encontrarse con un nuevo engaño.

Vacilé unos momentos,
Luego llamé, y á la sirvienta vieja
Que, incomodada, apareció en la reja,
Lleno de miramientos,
Dije con voz que se acercaba á queja:
—«¿Ves? El pródigo amante
Vuelve otra vez á la paterna casa».
Mas la cruel me contestó al instante:
—«Esta tarde se casa
Luisa, ¡y á fe que le esperó bastante!»

¡Qué horrible sacudida
Fué para mí declaración tan brusca!
¡Al sufrir tal caída,
El hombre en torno inútilmente busca
Todas las fuerzas que le da la vida!

Yo, leyendo el Fedon, como el Romano,
Medité en el suicidio;

Luego soñé en hacerme franciscano
Y llevar á un convento mi fastidio;
Pero esa noche misma,
Mientras probaba que era
El amor de los hombres un sofisma...
¡Me vine á enamorar de una tercera!

PRIMAVERA

¡Ven mi adorada, ven! La Primavera
Con caricias de luz, ha despertado
La verde loma y la feraz pradera;
Y sus días risueños,
Hijos queridos del amor, han dado
Flores al árbol, y á las almas, sueños.

Como madre feliz que su hermosura
Con el velo engalana
Que estrenó ante el altar su frente pura,
Así hoy se cubre la inmortal natura
Con el albor de su primer mañana.

Ni una nube aparece
En la cúpula azul del firmamento,
Y el río que solloza y se estremece
A los besos del viento,
Arrojando á tus plantas sus espumas,
En su propia extensión se desvanece,
Bajo cortinas de flotantes brumas.

El ceibo á la luz del sol naciente,
Abre sus flores en guirnaldas, rojas
Como la sangre de tu labio ardiente;
Y entre las verdes hojas
Con que la hiedra y el jazmin florido
El tronco ciñen de elegante palma,
Cual negro punto, se dibuja el nido.

¡El nido! ¡Cuántos cantos de alegría
Se elevan de su seno,
Como se eleva la oración del alma,
Cuando despierta ó se adormece el día!
Está su ambiente lleno
De un perfume divino,
De ese perfume de pasión y gloria
Con que quiso el destino
Con tu recuerdo embalsamar mi historia.

La quietud del paisaje
Tiene algo de infinito, de grandioso;
Y el viento, el río, el ave y el follaje,
Nos hablan, en su idioma misterioso,
De cuanto en este mundo hemos amado;
Y recuerdos sin fin de lo pasado,
Cual bandada de pájaros errantes,
En torno se levantan,
O plegando las alas palpitantes,
De nuestra vida en el sendero cantan.

Y cuando todo allí revive y siente,
Tú también, reclinando la cabeza

Sobre mi pecho ardiente,
Me inundas con la luz de tu belleza;
Y alzando con tus manos los cabellos
Que tiemblan en mi frente,
Mis ojos buscas por hallarte en ellos.

¡Ah, nunca tan hermosa
Como hoy me pareciste!
¡Todo á tu lado juventud rebosa
Y de esplendor se viste;
Y feliz y risueña,
El alma amante un paraíso nuevo
Entre tus brazos sueña!

Cuando mi boca abrasadora llevo
A tu blanca garganta,
Parece que, agitado,
Como una ola que la brisa ha alzado,
Tu seno se levanta,
Y luego, llena de febril cariño,
Apoyando las manos en mi frente,
Como la madre á su travieso niño,
Me empujas dulcemente.

Todo, todo sonríe en ese instante:
El rayo de la luz en la pradera,
Y la luz del amor en tu semblante.

La brisa que en tu blonda cabellera
Se duerme como el pájaro en su nido,
Su aroma por la atmósfera derrama,

Y nos dice al oído:
¡Yo llevo el beso de la flor que me ama!

Y el ave, el arroyuelo
Que bajo de sus olas
Dibuja el fondo del tranquilo cielo,
Todo al pasar, ó bendición ó queja,
En nuestras almas solas
Alguna frase de cariño deja.

¡Amemos, pues, amemos! La ventura,
La gloria de la tierra,
La esperanza, la luz y la hermosura,
Todo en el seno del amor se encierra;
Y el placer más fecundo
Que al corazón opreso
Puede brindarle ¡oh mi querida! el mundo,
¡No vale nunca lo que vale un beso!

ENTUSIASMO

Á JUAN A. ARGERICH

Busque en claustros obscuros el asceta
Para su alma místico consuelo;
Yo gozo con la vida; soy poeta
Y amo la libre claridad del cielo.

Tiene para mi ser la tierra toda
Inefables dulzuras y armonías,
Y en el festín de su perpetua boda
Triunfantes pasan mis volubles días.

Conozco los poemas encendidos
Que con casto misterio el bosque esconde,
Y al arrullo amoroso de los nidos
Como eco suave mi canción responde.

El mundo, en mi cerebro reflejado,
En colores y líneas se transforma,
Y en el ritmo gentil de un verso alado
Sé encadenar la fugitiva forma.

No entre el rudo fragor de lucha recia,
Con la espada, conquisto más laureles;
Nací en los valles de la antigua Grecia,
Y están mis labios destilando mieles.

Tú sola ¡oh vida! ¡inagotable vida!
¡Foco inexhausto de hermosura y calma!
Eres la dulce, la inmortal querida
Con cuyo amor iluminé mi alma.

¡Nada temo de tí! Si oscura nube
Llega á envolverte en importuno velo,
Más alto que ella mi esperanza sube
Para bañarse en el azul del cielo.

Por eso canto, y mi canción jocunda
A los amantes corazones llena,
¡Oh vida colosal, vida fecunda,
Como las madres, generosa y buena!

EN LA ARENA

Si las cadenas de mi triste vida
Por este mundo de combate arrastro,
Y siempre espero, con la frente erguida,
Los golpes del destino,
Es que veo tu rastro
Impreso en mi camino,
Como esa línea que en los mares deja
La rauda nave que los va cruzando,
Sin escuchar la queja
De la ola azul que la besó cantando.

Sólo á la luz de tu recuerdo puro,
Como la flor al despuntar el día,
Se abre la idea en mi cerebro obscuro;
Y con las gotas de mi ardiente lloro,
Sobre el papel, bajo la pluma mía,
Cae encerrada en consonantes de oro.

Sólo por tí, como incansable atleta,
En las arenas de la tierra lucho,
Y donde el vítor del aplauso escucho,
Con mi arpa de poeta,
Me alzo altivo á disputar la palma
Que del más grande ceñirá la frente,
¡Y á la turba inclemente
Arrojo, al par de mi canción, el alma!

¡Todo por tí! Tú, sin embargo, nunca
Podrás premiarme con tu amor divino,
Y antes del día en que mi vida trunca
Descienda al polvo de la estéril nada,
Ya estará en tu camino
La pobre huella de mi pie borrada.

¡Ah! si al cerrar los fatigados ojos,
Al menos, un instante,
El beso ardiente de tus labios rojos
Sobre los míos palpitar sintiera,
Y aprisionado por tu brazo amante,
Contra tu virgen corazón muriera!

¡Ni eso será! Cuando una vez quisiste,
Viendo mi inmenso desamor, un rayo
De luz enviar hasta mi mente triste,
Sumida entonces en mortal desmayo,
Yo, como tú, sabía
Que mi existencia, miserable y loca,
Nunca á la tuya pretender podría,
Porque el jilguero que en los llanos vuela
No se levanta hasta la enhiesta roca
En donde el cóndor de los Andes vela.

¡Ni eso será! Pero mi brazo fuerte
Te mostrará que todavía puedo
Seguir luchando con mi propia suerte;
Que nunca al golpe inexorable cedo,
Con que me hiere mi terrible pena;
Y que, aunque á veces me encontraste herido
Y ensangrentado en la revuelta arena,
No indigno siempre de quererte he sido.

AL POETA OLEGARIO ANDRADE

VERSOS LEIDOS ANTE SU TUMBA

¡El poeta ha caído!
El viejo cóndor, desertando el Ande,
El viento hirió con funeral graznido,
¡Y la patria, llorando, ha recogido
La rota lira del cantor del *Grande!*

Ayer su rudo acento,
Sus vibrantes estrofas, como el rayo,
Al bajar de su altivo pensamiento,
El corazón herían,
Y en la tierra de Mayo,
Cual toques de clarín, repercutían.

¡Hoy calló para siempre!... Pues ¿qué mano
Osará arrebatar de aquella lira
El himno soberano;
Aquel himno que ruge y que suspira
Como el pampero al azotar el llano?

¡El poeta ha caído! Silenciosa,
Al borde del sepulcro, está sentada
Su Musa generosa,
Como una amante esposa
De su joven esposo separada.

Todo dice que ha muerto
El que su antiguo lustre mantenía,
El que arrancar sabía
A las auras salvajes del desierto
La inspiración viril de Echeverría.

¡Ha muerto, sí, pero su canto queda!
Mientras el hombre, nuevo Prometeo,
A los dioses no ceda,
Y con las ansias vivas del deseo,
Lance el reto inmortal á lo infinito
O escudriñe su arcano,
Tú vivirás, poeta,
Como la fe en el pensamiento humano.

¡Tú vivirás! Aunque tu cuerpo herido
En la ruda jornada,
Haya, al fin, descendido
Al polvo de la nada;
Ningún instante te hallarás ausente
De los recuerdos de la patria mía,
Y será tu Occidente,
Como el del sol, interminable día.

ÚLTIMA PÁGINA (1)

Trunco, sin gloria, para siempre cierro
Mi libro inútil, y al cerrarlo acaso,
En él mi pobre juventud entierro.

(1) Se publicó por primera vez en el Sud Americano, nº. 8, del 5 de Noviembre de 1888.

Murió la amiga que mi débil paso
Entre las sombras conducir sabía
Y alimentaba mi valor escaso.

Hoy, ave errante, la esperanza mía
No sabe donde reposar el vuelo,
Y está la tierra, para mí, vacía.

En mis instantes de inquietud y duelo,
Ninguna mano á señalarme alcanza
El rumbo ignoto que conduce al cielo.

Perdí la fe, la varonil pujanza
De aquel que á, impulso del amor sin miedo,
En el combate de la vida avanza.

Apenas hoy con mis dolores puedo,
Y muchas veces de la amarga duda
Al hondo abismo, fatigado, ruedo

La que en el mundo me prestaba ayuda,
El solo bien que perseguí en el mundo,
Duerme en el seno de la tierra muda.

Ya de sus brazos al calor fecundo
No late más mi corazón, y triste,
En recordarla mi consuelo fundo.

Como otra gloria para mi no existe,
Mi libro inútil, aunque trunco, cierro,
Y con lo grande que en mi ser subsiste,
En él mi pobre juventud entierro.

LUIS N. PALMA

RECUERDOS DE GLORIA

¡Miradlos, ellos son!... ¡Están luchando
Al pie del Ayacucho!... Dos banderas,—
Como las aves del vivac flotando
Se ven en las fantásticas laderas;
Y atruenan la colina
Acentos de victoria,
Rumores de cadenas que se rompen,
Gritos de maldición, himnos de gloria.

Es que dos pueblos luchan. Hoy se juega
La corona de un mundo en la batalla;
Es que ante el grito del dolor que llega,
Hasta el amor de nuestras madres calla;
¡Es que al fin han vencido
Nuestros soldados bravos!...
Hoy nos legan su ejemplo: «¡Sed, nos dicen,
«Mártires, sí, pero jamás esclavos!»

Y el himno de la gloria suena entonces
Entre el recio fragor de los cañones,
Y responde al arrullo de los bronces,
El canto colosal de tres naciones.
¡Y audaz el Plata se alza,
Y se estremece el Andes,
A la diana triunfal de un pueblo libre
Que pasa al mapa de los pueblos grandes!

Sombras benditas de los héroes muertos:
A la voz de la patria que os saluda,
Abandonad los túmulos desiertos,
Romped la loza de las tumbas mudas.
Yo contemplo al reflejo
De un sol que centellea,
Sobre la tabla de la fama escritos
Los nombres de Lavalle y Necochea.

Entre las brumas de la mar, yo veo
Al genio vencedor, á Alvear, que dice:
«Te doy la libertad, Montevideo,
Sé libre hasta morir. ¡Dios te bendice!»
Y agitar sus espadas
En las patrias riberas,
Saludando á los pueblos que batallan,
Córdoba y La Madrid, Paz y Las Heras.

Dos colosos recuerda el pensamiento,
Cual los que ostenta en sus historias Roma:
¡San Martín y Belgrano! á cuyo aliento
El coloniaje tiembla y se desploma.
¡No morirán sus nombres!
Para guardar su gloria,
¡Cada pecho argentino es un santuario!
¡Cada roca del Andes, una historia!

¡Patria, tus hijos son! Duerme tranquila
Bajo el dosel que forman sus espadas;
¡Mientras ardiente busca mi pupila
La historia desigual de tus jornadas,

A la luz del recuerdo
Te ve mi fantasía
Lidiar en Salta y coronar de flores
Tu cabeza de virgen, patria mía!

Yo te he visto luchar tras los profundos
Abismos de Maipú; volar triunfante
A arrebatar el cetro de dos mundos
De las manos nervudas de un gigante;
Y te admiré escalando
La enhiesta cordillera
Para salvar á Chile que imploraba
La sombra colosal de tu bandera.

Yo miro, coronadas de humo pardo,
Cruzar el mar impenetrable y solo
Las intrépidas naves de Buchardo,
Hasta tocar los témpanos del polo;
Y allí tus hechos suenan
De patriotismo ejemplo,
Como suenan las notas de una orquesta
En las calladas bóvedas de un templo.

Yo te he visto de pie, bella amazona,
Entre el fragor de las tremendas lides,
Al romper en los campos de Belona
La pesada corona de los Cides;
Y ostentando á los siglos
Cabe el fiero oceano
La página inmortal de tus conquistas,
La redención del mundo americano.

Y el rudo monte y el peñasco altivo,
Las colinas, los valles y montañas,
Son flameros de luz, recuerdo vivo
Donde leerán los siglos tus hazañas;
Que en este patrio suelo
Cada palmo de tierra
Es una tumba que los huesos guarda
De un titán ignorado de la guerra.

¡Patria! ¡del corazón cayó en pedazos
La cadena fatal! En su alegría,
La libertad te escucha entre sus brazos
Y te proclama «libre» ¡patria mía!
Para cantar tu nombre,
Que el patriotismo inflama,
Sólo es digno la voz con que te invocan
Las cien arpas de bronce de la fama.

¡Ah! no pierdas jamás en tu camino
Tu hermosa libertad! Será tu egida
Mientras haya en el mundo un argentino
Digno del pueblo que te dió la vida;
Y verán las edades
A su fecundo beso,
De los revueltos mares de los siglos
Alborear las auroras del progreso.

¡Y ¡ay! del que imbécil doblegar intente
Tu valiente cerviz al duro yugo!
Tú sabrás batallar, alzar la frente
Y arrancar el puñal á tu verdugo;

Y en tu heroica grandeza,
Con invencibles manos,
Quebrantarás los grillos de tus plantas
Para azotar el rostro á tus tiranos.

¡Mas tú no olvides que la fe del Cristo
Salva los pueblos! A su amor fecundo,
Siglos de edades sin cesar han visto
Salvar la cruz de su naufragio al mundo.
Del vergonzoso crimen
Ante la senda abierta,
Nunca la fe de tu conciencia arranques:
Apóstata ¡jamás! ¡Mil veces muerta!!

«La Fe y la Libertad», he ahí el lema
Que siempre debes ostentar ufana,
¡Ay! del que el credo de su fe blafema!
¡Ay! del que el sol de su pendón profana!
¡Ah! tú no borres nunca
Ese lema bendito,
¡Y atarás tu corona de laureles
Con las cintas de luz del infinito!

¡Compatriotas! marchemos de la mano
Por la senda triunfal de las naciones,
Que nuestro porvenir no es un arcano
Engendrador de eternas ilusiones.
La libertad sagrada
En su sublime idioma,
Nos habla de grandezas que renacen,
De un pasado sin luz que se desploma.

¡Uno es nuestro ideal! Fuerzas ingentes
Nos empujan al mundo del progreso,
La victoria nos lleva, nuestras frentes
Sólo se inclinan de su gloria al peso;
Y de los pueblos libres
En la mesa escogida
Nos sentamos también, y allí brindamos
En la brillante copa de la vida.

Y en ese canto universal que eleva
De cada pueblo colosal la gloria,
Que entre sus alas de gigante lleva
Coronas de laurel en la victoria,
Se enlaza siempre el himno
De las naciones grandes:
Un ritmo cadencioso, el de la Pampa;
Una nota inmortal, la de los Andes.

¡Hoy formamos un pueblo! Pueblo hermoso
Que deja tras de sí brillantes huellas,
Y marcha como el sol, audaz coloso,
Entre el polvo de luz de las estrellas;
Y la tierra se mueve
A su triunfante paso,
Y saludan su nombre bendecido
Las naciones de oriente y del ocaso.

Unidos por la paz, ¡marchad altivos
A la lid de la industria! ¡Esa es la senda!
Sobre campos de palmas y de olivos

Id á plantar la vencedora tienda.
¡El porvenir es vuestro!
¡Es vuestra la victoria!
¡Las manos enlazadas del escudo
Os llaman al concierto de la gloria!

CHACABUCO Y MAIPO *

(FRAGMENTO)

....

Un pueblo adormecido su alba frente
Levantó del sepulcro de la historia,
Llamando un salvador que el refulgente
Pabellón tremolara de victoria;
Y el salvador gritó:—«¡Pueblo valiente!
Juras arrodillado ante la gloria
Morir al pie de nuestro emblema puro?»—
Y el bravo pueblo contestó: «Lo juro.»

Este fué el himno de canción primera
Que resonó en los valles tropicales;
Fué el eco que se oyó en la cordillera
Al inclinar sus moles colosales
Por saludar la bicolor bandera;

* Declamada el día 28 de Mayo de 1880, en el colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fé.

Esto oyeron las sombras eternales
De los Incas de Maipo en los dinteles,
Entre dulces murmurios de laureles.

Allá do el cóndor á colgar se atreve
Su nido solitario junto al cielo,
Donde tan sólo en el peñón se mueve,
La sombra inquieta que dejó en su vuelo;
Allá do envueltas en brillante nieve,
Cual estátuas blanquísimas de hielo,
Airadas muestran las grandiosas moles
Los que ayer fueron campos españoles.

Cuando la luna desde el cielo baña
Con torrentes de luz la faz obscura
De la desierta y áspera montaña,
Es fama que, al compás del aura pura,
Se oye una voz que con dulzura extraña,
Desde un torrente bramador murmura:
«¡Fué aquí do San Martín tronchó en un día
La sierpe de la negra tiranía!»

«Aquí al herir la frente del tirano,
Hizo saltar de libertad la fuente
La espada del *caudillo americano:*
«Yo soy aquel benéfico torrente
Con que apagó el volcán del odio hispano,
Que tres siglos quemara un continente;
Ese genio inmortal que aún pasar siento
Sobre las alas del tranquilo viento.»

«¡Yo ví en el fondo de mis turbias olas,
Revueltas en horrible remolino,
Las armas y banderas españolas;
Yo ví flotar el victorioso lino,
Cruzado de brillantes aureolas,
En el brazo de ese ínclito argentino;
Yo ví las flores de su sien, y al verlas
Quise aplaudirlo y le ofrecí mis perlas!»

«Que feliz me sentí cuando el ibero,
En medio del horror de la derrota,
Volvió la espalda y arrojó el acero.
Yo lloré de placer y gota á gota
Empapé con mi llanto su sendero;
¡Mas no le abandoné, tras el patriota
Me lancé por las ásperas gargantas
Para besar el polvo de sus plantas!»

«Yo miré un día al inmortal coloso,
Desde la cumbre de mi trono ufano,
Echarse entre el estruendo fragoroso
De la lid, sobre un león, lanzarlo al llano,
Aherrojarle con éxito glorioso,
Y arrastrarle después al oceano.
Desde entonces yo soy el centinela
Que al pie del ara su victoria vela.»

La Gloria que hasta entonce oyera atenta
Alzarse estos acentos tan radiante,
Es fama que en la noche soñolienta

Con noble majestad dijo al instante:
«Chacabuco y Maipú, la patria os cuenta
Cual si fuerais las alas del gigante;
Dos florones de luz entre los cuales
Brilla el sol de sus glorias colosales.»

Chacabuco y Maipó son los flameros
Que incendió San Martín en la pelea,
De su patria en los áridos linderos;
Al rayo de ese sol que centellea,
Sobre ellos, como en dos ígneos letreros,
Nuestra patria argentina deletrea:
«¡Aquí duerme el coloso de los Andes!»
«Pueblos que os gloriais de él,
¡Sed como él grandes!»

EL AGUILA DEL ORINOCO

¡BOLIVAR!

Allá va, allá va, sobre la cumbre
Del Chimborazo audaz refrena el vuelo;
Quiere mares de fuego y roja lumbre
Con que inflamar el pabellón del cielo.

Quiere playas bravías, altos montes,
Avanzadas de eternas soledades,
Espacio, luz, inmensos horizontes,
Donde imperan inmensas soledades.

En sus ensueños de grandeza ansía
Que luzca un sol de libertad y gloria,
Que en cascadas de luz anuncie el día
De eterna redención para la historia.

Fija su vista en el soberbio Atlante
Que se revuelve en su prisión de piedra,
Mira luego al pacífico gigante
Y ni el rugir de su aquilón lo arredra.

Quiere irse á posar sobre el austero
Peñón de Ituzaingó, de peña en peña,
Para decir al universo entero:
«América es mi esclava; soy su dueña».

Delira con la unión de las naciones;
Fuera su único amor, amor profundo,
¡Si pudiera al fragor de los cañones
Entre sus garras sujetar al mundo!

Entonces fuera grande, entonces fuera,
Sobre su nido de laurel sangriento,
A bañarse del sol allá en la hoguera
Y á herir con himnos de victoria al viento.

¿No la veis? ¡oh! el vértigo la mueve,
Cual si oyera rumores de victoria!
Deja su altivo pedestal de nieve,
Para buscar un pedestal de gloria.

Va á cumplir su ideal. ¡Bendita sea!
De monte en monte, de la cumbre al llano,

Va á realizar su gigantesca idea:
«¡La comunión del mundo americano!»

En pos de su ideal, el torbellino
En su carro la lleva. Va triunfante
Marcando á las naciones su destino
Con sus robustas alas de gigante.

Del Cumaná al Potosí grandioso
Nada detiene su carrera, ¡nada!
No hay lindero á su vuelo poderoso,
Ni más ley que la punta de su espada.

Juega del mapa con las viejas leyes,
Borra sus lindes y sus glorias quema,
Y arrebata los cetros de los reyes
Para fundir con ellos su diadema.

Y porque quede su memoria viva
Y al mismo siglo su victoria asombre,
Quita el nombre de «América», y da altiva
A sus conquistas de «Colombia» el nombre.

¡Oh águila caudal, deten el vuelo!
Tu misión ya cumpliste, ya eres grande!
Será tu templo el pabellón del cielo,
Será tu peña la cerviz del Ande.

«Busco más gloria—me responde y vuela,
Como el turbión que el huracán desata.—
«Quiero seguir la luminosa estela
Que el genio deja en el hirviente Plata».

«¡Yo quiero dominar el Amazona,
Y arrebatarle en mi altanero vuelo
El disco de su sol, que es mi corona,
Y entre mis garras un girón del cielo!»
Va á cumplir su ideal. ¡Bendita sea!
De monte en monte, de la cumbre al llano
Va á realizar su gigantesta idea:
«¡La comunión del mundo americano!»

Á LA FAMILIA HISPANO-ARGENTINA

...... España, dijo:
«Hija del corazón, ven á mis brazos!»

¡No son dos pueblos ya!...¡Un soplo alienta
Dos almas de gigante! Van sonoras,
Apagando el rumor de la tormenta,
Voces de libertad, canto de auroras.
Es que España y mi patria,
¡Asombros de la historia!
Olvidan hoy su odios, ¡hoy se abrazan
A las puertas del templo de la gloria!

¡Feliz conciliación! ¡Eterno anhelo!
¡Olvidando el rencor, vuelta la calma,
A España vamos con la fe en el cielo
Y nuestra libertad dentro del alma!
Hoy volvemos al lado
De la madre adorada,

A dejar en su seno nuestros lauros,
A romper á su planta nuestra espada.

En vano ruge el mar embravecido,
Azotando las costas españolas:
¡Para borrar su nombre bendecido
No basta el mar con sus tremendas olas!
Hay hechos que no mueren,
Hay nombres que proclama
Eternamente la victoria y vibran
En las gigantes arpas de la fama.

¿Cómo no amarte, España? Hermosos lazos
De paz nos unen y de amor profundo:
¡Despertamos al mundo entre tus brazos!
¡Y hoy en tus brazos nos admira el mundo!
Hay comunión de glorias,
De penas y de amores....
¡Cuántas veces el ángel de las lides
Entrelazó á tus lauros nuestras flores!

Con ritmo acelerado, ardiente late
La sangre de la Iberia en nuestras venas;
Y aprendimos, luchando en el combate,
Libre como ella á destrozar cadenas,
Un día, entre el estruendo
De la fatal batalla,
Con ella fuimos á cavar la tumba
Del invasor inglés, cabe la playa.

Y el laurel inmortal de aquella hazaña,
Que allá en las aras del honor germina,
Ciñó dos frentes...¡La valiente España
Abrazada á la sílfide argentina!
        Ese heroico recuerdo
        De la gloria primera,
Palpitará en las páginas graníticas
Que azota el huracán en la ribera.

Cuando sufrió la tierra amedrentada
El duro peso de extranjeras leyes
Y el «Arbitro del Mundo» hundió en la nada
Pueblos de libertad, tronos y reyes;
        Cuando todo temblaba
        Bajo el cetro del Sena,
España no tembló, y holló triunfante
Las palmas de Austerlitz y las de Jena.

¡Cayó el águila audaz, cayó impotente!
Y de Baylén en el sangriento llano,
Un niño vencedor alzó la frente....
¡San Martín! ¡El gigante americano!
        Allí ensayó sus alas
        El «Cóndor Argentino»
¡Para colgar su nido de laureles
Sobre la frente del peñón andino!

Cuando al cruzar la arena del desierto,
Cubrió de gloria su pendón España,
Y sucumbió Tetuán y alzó un concierto

Asombrada la tierra á tanta hazaña,
También exhaló el Plata
Ardientes barcarolas,
Sacudiendo con vértigos de triunfo
Las entusiastas palmas de sus olas.

Mas un día ¡oh dolor! la patria mía
Sintió oprimida su inmortal cabeza
Por un genio brutal, la tiranía,
¡Día de execración y de tristeza!
El tigre sanguinario
De la pampa salvaje
Lanzó un rugido, y se tiñó de sangre
El capullo de espumas del oleaje.

Un rojizo vapor subió á la altura,
Al sordo ruido de siniestra guerra,
¡Y esa nube de sangre pasó impura
Como una maldición sobre la tierra!
Y los tristes poscritos,
Hecha el alma pedazos,
Del tibio hogar en su dolor huyeron,
Y España al verlos les tendió sus brazos.

¡Yo no sé qué atracción, qué fuerza ignota
Une España á mi patria! Tal vez fuera
Un recuerdo feliz que á veces brota
Del glorioso girón de una bandera:
Tal vez triste y doliente
El sufrimiento hermano,
Sus pechos desgarrados por la mano
De la guerra civil que los profana;

Tal vez fuera un deber...Mas no! yo siento
Que todo habla de amor: el aura suave,
El mar que ruge, el murmurante viento,
La flor, el bosque, la laguna, el ave;
Todo guarda recuerdos
De amores y cariño:
La religión, la sangre, el mismo idioma
Que habla el hombre y balbucea el niño.

¡Sí! en el lenguaje de Cervantes hablan
Nuestras pasiones de expresión de fuego,
Que las hace vivir y en ella estallan
Gritos de indignación, voces de ruego.
¡Ese es nuestro legado!
Es la herencia preciosa
Que aprendimos, soñando con el cielo,
En el regazo de la España hermosa!

Hoy marchamos con ella de la mano,
Por la senda triunfal de las naciones,
Y nuestro porvenir no es un arcano
Engendrador de eternas ilusiones.
La libertad sagrada
En su sublime idioma
Nos habla de grandezas que renacen,
De un pasado sin luz que se desploma.

¡Uno es nuestro ideal! ¡Fuerzas ingentes
Nos empujan al mundo del progreso!
La victoria nos une. Nuestras frentes
Sólo se inclinan de su gloria al peso;

Y de los pueblos libres,
En la mesa escogida,
Nos sentamos también, y allí brindamos
En la brillante copa de la vida!

Y en ese canto universal que eleva
De cada pueblo colosal, la gloria,
Que entre sus alas de gigante lleva
Coronas de laurel en la victoria,
Se enlazan siempre al himno
De las naciones grandes,
Un ritmo candencioso, el del Pirene,
Una nota inmortal, la de los Andes.

¡Hoy formamos un pueblo! Pueblo hermoso,
Que deja tras de sí brillantes huellas
Y marcha como el sol, audaz coloso,
Entre el polvo de luz de las estrellas,
Y la tierra se mueve
A su triunfante paso,
Y pronuncian su nombre bendecido
Las naciones de oriente y del ocaso.

Y si en días ¡qué horror! tristes y aciagos
Nos juramos rencor, ebrios de saña,
Sobre la sangre que manchó los lagos,
Al pie de la granítica montaña;
¡Ay! del bendito libro
De las dulces memorias,
Arránquese esa página de luto
Y quémela el volcán de nuestras glorias.

¡No más rencor! La criminal venganza
Audaz engendra la traición y el miedo;
¡Temblad el día que rompais la alianza,
Hijos de San Martín y Recaredo!
¡Coronados de oprobio,
Caminareis inciertos,
Llevando como estigma en la conciencia
La maldición de vuestros padres muertos!

Unidos por la paz, marchad altivos
A la lid de la industria! ¡Esa es la senda!
¡Sobre campos de palmas y de olivos
Id á plantar la vencedora tienda!
La aurora brilla...
¡Vuestro es el porvenir!
¿No veis? ¡ya flotan de la gloria al viento
Los pendones del Plata y de Castilla!

AMÉRICA Á LA SOMBRA DE LA CRUZ

CANCIÓN

¡América feliz! Astro bendito
Que guardaron los siglos con sus nieblas
En la cuna del mar. Mundo proscrito
Que con tus ayes los espacios pueblas,
Llegó tu redención!... Alza la frente,
Sultana de las selvas y los mares,

Hoy que imprime en el nuevo continente
La cruz divina su candente beso,
Himnos de libertad, dulces cantares
Preludian ya las arpas del progreso.

¡Ha llegado la cruz! Árbol de vida
Que del Calvario en el peñón sombrío,
Cuando temblaba de pavor rendida
La montaña altanera y el vacío,
Con siniestros relámpagos brillaba;
Sus brazos sacrosantos extendía
Á esa raza infeliz que ayer danzaba
Sobre las fauces del abismo abiertas,
Mientras su sombra colosal caía
Sobre el panteón de las edades muertas.

¡Esa es la cruz que triunfadora llega
Del mar de Atlante á la sonante orilla!...
¡Signo de redención, á tí se entrega
El mundo de Colón y de Castilla!...
Al sentirla llegar alegres cantan
Las dulces aves que el placer aduna,
Las florestas del trópico levantan
De azules flores su gentil diadema,
Y cada flor al rayo de la luna
El suave incienso de su aroma quema.

El mar sacude su pendón de espumas
Saludándola alegre. Centelleante
La aurora enciende las inquietas brumas

Del nebuloso septentrión, que ondeante
Su túnica de armiño desprendía
A los vientos del polo. Y la montaña,
Con ignoto cantar saluda el día,
Agitando los trémulos volcanes
Que avivan al pasar, ébrios de saña,
Nuncios de tempestad, los huracanes.

Todo canta en redor, todo suspira...
¡Natura exhala su canción sonora,
Como si fuera la vibrante lira
En que el poeta sus endechas llora!
¡Todo es hermoso, encantador, sublime!
En su idioma de amor hasta el profundo
De un mar sin playas sollozando gime,
Y presa del delirio tiende el vuelo
El alma hasta su Dios, buscando un mundo;
El alma hasta su Dios, buscando un cielo.

¡América es feliz! Tiene en su seno
Cuanto de grande el pensamiento sueña:
¡Un cielo siempre azul, dulce, sereno,
Auras, selvas y luz; vega risueña
Donde las brisas con las flores juegan;
Sonoros ríos que la barca hiende
Y á confundirse con los mares llegan,
Y símbolo de amor y de cariño
La cruz divina que sus brazos tiende
Como una madre al abrazar á un niño!

¡Bendita cruz! á su fulgor divino
Los falsos dioses en pedazos ruedan,
Entre el revuelto polvo del camino,
Y sus altares lúbricos remedan
Polvorientos escombros calcinados
De una obra colosal que se desploma.
¡Pobres pueblos con dioses fabricados!...
Yo me asombro al pensar ¡dolor profundo!,
Que tuviera también sus dioses Roma:
¡Y Roma entonces dominaba el mundo!

Transformación grandiosa se elabora
Bajo el amparo del madero santo,
A quien el cielo americano adora,
Y eleva altivo de grandeza un canto.
¡La libertad nació! Nuestros derechos
Ante los pueblos con valor proclama,
¡Hoy somos hombres libres! Nuestros hechos
Tendrán su altar también, tendrán su historia.
¡Divina religión! ¿Quién no te ama?
¡Gloria á la santa cruz, mil veces gloria!

Ya ilumina las sombras del vacío
El sol de la verdad, y amedrentado
Vuélvese y huye el sacerdote impío
Que arranca el corazón ensangrentado
De la víctima vil, y satisface
Su sed de sangre y su rencor de fiera,
Brindándolo á su dios, al sol que nace.
Ese vapor de sangre, que en la tarde

Olfateaba bramando la pantera,
No es ya el incienso que en las aras arde.

La cruz irradia su fulgor de gloria
Sobre el mundo naciente, y lo convida
Al festín de la ciencia y la victoria,
A libar en la copa de la vida.
Lo lleva de la mano hasta la valla
Que las ciencias levantan y le dice:
« Este lindero que á tus plantas se halla,
No traspases jamás, ese es mi imperio.
¡Quien lo profane encontrará ¡infelice!
Silencio y soledad, sombra y misterio!»

« Yo te daré mi fe; con ella vuela;
Vuela del genio á conquistar la palma,
Do la razón sin fe tiembla y se hiela,
Como en las horas del dolor el alma.
Yo salvaré ese caos donde rugiente
La tempestad de la razón humana
Alza hasta Dios su endurecida frente.
Tú lo hallarás después, mas nunca olvides
Que nuestra fe con la razón se hermana
En brazos de la paz, nunca en las lides ».

¿Oís? Al templo de la ciencia os guía,
Donde se emprende la inmortal contienda.
Pueblos nacientes de la patria mía:
Seguidla por doquier, esa es la senda.
¡Seguidla y sereis grandes! Las naciones

Que á su sombra se formen, oirán luego
De la industria en el yunque sus canciones,
Y verás, al través del humo denso
Que corona sus fábricas de fuego,
Un porvenir á su ambición inmenso.

¡Marchad sin vacilar! Tiemble natura
Bajo las ruedas del corcel de acero
Que atraviesa jadeante la llanura,
Veloz como los vientos del pampero;
Y en la eléctrica red que desparrama
Sus hilos por doquier, triunfante vibre
Vuestro nombre inmortal. Cante la fama
Y vuele el eco de su canto solo,
Desde el fuego de un mundo siempre libre
A los helados témpanos del polo.

¡Avanzad sin cesar, la cruz os guía!...
Si infames, la olvidais en la jornada,
Vuestra frente hollará la tiranía;
Sereis hombres sin fe, no valdreis nada.
¡Recordad que si un pueblo envejecido
Al peso de los siglos se derrumba,
Solo la cruz, sobre el titán rendido,
Tiene sus blancas alas siempre abiertas,
Como un angel de Dios sobre la tumba,
Velando el sueño de las razas muertas!

LAS ARPAS MUDAS

¡No sucumbe en las noches giganteas
El pensamiento humano!
¡Ni el torrente inmortal de las ideas
Va á morir como mueren los torrentes
En el valle lejano!

¡El pensamiento es águila, y su vuelo
Nadie encadena sin romper sus alas!
Para alentar su marcha salvadora,
Le dan las cumbres sus eternas galas,
El espacio su cielo,
Su aliento de titán los huracanes,
Y el fulgor colosal de sus incendios
El fuego abrazador de los volcanes!

¡No arroja el arte al polvo su corona
De laureles y palmas!
No olvida su memoria
La música sublime de las almas,
Más sublime que el canto de la gloria!

¡La virgen poesía
Es vida, es armonía,
Rumor de flores, cántico de aves,
Alborada de luz rompiendo el día,
Grito del alma que el amor expande
En canciones suaves,

Esperanzas, recuerdos, besos, lágrimas,
Notas del corazón,... todo lo bello!...
¡Dios, la patria, el hogar,... todo lo grande!

¡No callan los poetas porque el arte
Haya roto su lira,
Ni la vestal gallarda haya extinguido
En la sagrada pira
Que encendieron los dioses inmortales
La llama de las nobles emociones,
El fuego de los santos ideales!

Callan los bardos, porque el alma siente
Estruendo de borrascas en la altura...
¡Eternas noches de dolor presiente,
Adivina el fragor de un cataclismo,
Ve centellear las nubes en su frente,
Ve rugir á sus plantas el abismo!
¡Ah! cuando el ave calla,
Y apenas un gemido
Remeda el eco de aflicción extraña,
Es que el turbión que habita en la montaña
Va con violencia á sacudir su nido!

El siglo del progreso,
El que lleva en su mano redentora
La luz del rayo para abrirse paso
En la fiebre voraz que lo devora,
Con rapidez de vértigo se mueve;
Y va herido á morir en el ocaso

El coloso más grande de los siglos,
¡El siglo diecinueve!

¡En pos de la esperanza,
Que infunde al corazón nuevos alientos,
La humanidad sobrecogida avanza!
¡Y de asombro en asombro,
Ve que llena esa edad de los portentos
El gigantesco nombre de su fama
El ruido colosal de sus inventos!

¡Todo la fuerza material lo absorbe,
Y el rudo sello de su amor le imprime!
¡Ya el infinito su poder no arredra! . . .
Ya no hay nada sublime,
Sino la hulla y el carbón de piedra!

¡Ya no hay templos, ni dioses, ni oraciones,
En el pueblo sencillo,
Ni caen sobre él las bendecidas aguas!
¡El yunque es el altar! No hay más plegarias
Que las que arranca el golpe del martillo
Al hierro enrojecido de las fraguas!

¡Ha seguido al incienso
El humo de las fábricas de fuego!
¡Y á ese concierto inmenso
De los dulces amores,
El ruido atronador de los talleres
Y el continuo silbar de los motores!

Hoy todo se echa á la infeliz balanza
Del cálculo mezquino:
¡El corazón, el alma y la esperanza!
Hoy todo desmerece,
¡La virtud y la ciencia!
Todo en subasta pública se ofrece:
¡El pudor, la honradez y la conciencia!

Que en su incansable espíritu de empresa,
Por conseguir un bien que no comprende,
¡El siglo del vapor, todo lo pesa!
¡El siglo del metal, todo lo vende!

¡Han muerto los sublimes ideales
En que el alma se inspira
Para tejer canciones inmortales!

¡El éxito sin fe, tomó la lira,
La hizo crujir entre sus manos rudas,
Y la estrelló á sus plantas!...
¡Ya los vates no cantan! ...
¡Las arpas están mudas! ...

¿Qué habrá en la patria que sus bardos callan?
¿Qué se han hecho sus genios tutelares?...
¿Habrá arrancado el huracán la selva?
¿Habrá borrado el huracán sus mares?

¿Dónde están los poetas?
¿No hablan á su memoria
Nuestra leyenda—asombro de los siglos,
Nuestra apopeya—asombro de la historia?

¿Por qué callan? ¡Mirad!—¡Cuando la patria,
Fijos sus ojos en la azul esfera,
Guarda silencio mudo,
Es que afligida llora
Sobre el crespón que enluta su bandera,
Sobre el lodo que mancha nuestro escudo!

¡Ya no es la patria de antes! ¡La que un día
Fundieran en sus bronces los cañones,
La patria del valor y la hidalguía,
La patria de las grandes tradiciones!

¡Ya no es la misma que clavó en la cumbre
De la alta cordillera sus pendones!
La que dijo á sus bravos:
«¡Id á la lucha á redimir naciones!»
«¡Id á la lucha á libertar esclavos!»
¡Ya no despierta heroicos entusiasmos
La diana del combate,
Ni la indigna el crujir de las cadenas!...
¡La sangre está demás en nuestras venas!
¡Una alma enferma entre sus fibras late!

¡No es la que vieron levantar la frente,
Bajo el arco triunfal de sus espaldas,
Maipo, Junín, Ituzaingó y Florida,
En gloriosas jornadas!

¡La que admiró el Pacífico,
Y aclamaron las ondas del Atlante;
La que pasó triunfante
Por Quito y Magallanes;

Y vió encender, para alumbrar su paso,
Las flámulas de fuego
Que agitaron soberbios los volcanes
En la encrespada sien del Chimborazo!

Ya no es la patria de antes!...
¡Vencido el porvenir en sus deseos,
Bajaron á la tumba los gigantes,
Y treparon la cumbre los pigmeos!

El pueblo de la heroica independencia
No vive del recuerdo de sus glorias...
¡Destino, porvenir, todo lo olvida,
En su egoismo estrecho!

¡Y es hoy su indiferencia,
La muerte del civismo en la conciencia,
La abdicación cobarde del derecho!

¿Dónde están los poetas?
¿Por qué su voz á despertar no llega
A ese pueblo que duerme?
¡Ah! cuando un pueblo inerme,
Soberbio, olvida su virtud austera,
No es digno ni del aire en que se mece
El glorioso girón de su bandera!

¡Cuando en horrible día,
Surgió á la orilla del undoso Plata
Sangrienta tiranía,
Nuestros nobles poetas

Levantaron las arpas en su mano,
Para cantar las glorias de la patria,
Para execrar el nombre del tirano!

No fué su acento la expresión del ruego,
Ni fueron á pedir flores al arte;
¡Su voz fué rayo y desgarró la herida!
¡Sonó de Mármol la canción de fuego,
Como un grito de Marte,
Y saludó con voces de victoria,
La patria redimida,
La voz de trueno de Rivera Indarte!

¡Hoy callan los poetas! . . .
¡Las ráfagas inquietas,
Hoy ya no van á recoger sus notas!
¡Sus liras de oro en el ceibal colgaron,
Truncos sus cantos y sus cuerdas rotas!
Sombras hay en el cielo,
Sombras de tempestad que se levantan,
Como en las almas las tremendas dudas . . .
¡ Ya los vates no cantan!
¡ Las arpas están mudas ! . . .

¡Nunca la noche del dolor fué eterna! . . .
¡Tras la bruma sombría
Vendrán las alboradas redentoras,
Con guirnaldas de auroras,
A coronar la sien de un nuevo día!
Cuando en las altas cumbres
De los montes andinos,

Veais que un sol de redención chispea,
Como hirviente cascada;
¡Soldados de la idea,
Poetas argentinos,
Descolgad vuestra lira!... Es la alborada.

¡Tomad el arma con viriles manos,
Y rimad al tronar de los cañones
Sus cantos soberanos!
Alzad vuestras canciones,
Para decir con inmortales notas:
«¡De pie, nobles patriotas!»
«¡En el pueblo argentino no hay tiranos!»

LA REVOLUCIÓN

Ya la siento llegar... su inicua sombra
Mis pasos turba y mi conciencia aterra:
Tiene su acento atronador de guerra,
El rugido del mar, la voz del trueno,
El grito del salvaje y el profundo
Fragor del terremoto,
Que sacude los ejes de la tierra
Y hace temblar sobre su asiento al mundo.

Su mirada es de fuego, y una idea,
Como un rayo de luz en su pupila,

Sangrienta centellea:
Es la ley del error, el vilipendio
Del éxito brutal contra el derecho;
Es el fulgor siniestro del incendio,
La sentencia de muerte, el anatema
Contra el cetro, el altar y la diadema.

Suelto el cabello desgreñado y fiero
Sobre su espalda flota;
Y es su túnica negra, ajada y rota,
La sombra condensada
Que del cieno moral inmunda brota;
Y la arrastra frenética en las calles
Manchándola con lodo,
Como arrastra por cima de los valles
Sus largas vestiduras
La nube que al pasar soberbia ostenta
Y que sacude airada
Con su mano nervuda la tormenta.

Sorda al beber y de ambición sedienta,
Por medio de los pueblos se abre paso..
¡Miradla caminar desenfrenada
A impulso de su loco desvarío;
Miradla caminar, busca el ocaso;
Busca su loco dios, que es el vacío,
La destrucción, el vértigo y la nada!

Todo á su empuje se estremece y cede;
Todo tiembla de horror, todo vacila;

¡Parece que llevara en su cerebro
El genio de los bárbaros de Atila!
Destruye el templo, lo profana y huye
A los fulgores de la tarde inciertos,
Y va á romper las losas de las tumbas
Para insultar los muertos;
Con sus manos nefandas,
Las inscripciones del sepulcro borra,
Rompe las cruces y derrama al viento
El polvo de sus urnas veneradas.
Al mirarla pasar, desde su asiento,
Las estátuas parecen animadas
Levantarse en su lecho de granito,
Increparla, llorar, volverse airadas,
Y lanzar ¡ay! un grito,
Mezcla de maldición, de rabia y miedo,
Del fondo de sus túmulos desiertos...
¡Tremenda maldición la de los muertos!

La hidra del furor aun guarda lleno
El cáliz de su bárbara venganza,
Y corre á derramar ese veneno
Donde el poder de su rencor alcanza.

Al sentirla llegar, lloran los reyes
Su viejo poderío;
Y es su regia corona,
En la noche fatal de su grandeza,
Un anillo de bronce estrecho y frío
Que oprime su cabeza.

Entonces temblorosos y cobardes,
Por libertarse de tan duro yugo,
Quisieran deponerla ¡qué vergüenza!
En la frente brutal de su verdugo!

¡Mas en vano!... el puñal del asesino
Desgarra sus entrañas;
Y la plebe en confuso torbellino
Cruza las calles y feroz despliega
Al viento de las iras sus pendones;
Y despiadada y ciega,
En la hoguera voraz todo amontona,
Leyes, instituciones,
Caducos tronos, y en señal de gloria,
Arroja la diadema
Al incendio fatal: es su victoria.

Ásperas voces destempladas rompen
En báquicos cantares,
Y al lúbrico compás de su armonía
Se oye la voz de la revuelta impía
Alentando las turbas populares:
—¡Atrás poderes viejos!
Pueblos que me adoráis, seguid mis huellas:
Donde suene la voz de mis consejos,
Donde mi altivo pensamiento vibre,
Habrá un pueblo sin ley, un pueblo libre.—

Alemania creyó, la incauta Rusia
Se adormeció en sus brazos;
Y allí con necio empeño

Todo lo ambicionó, lo deseó todo,
Y halló tan sólo, al despertar del sueño,
Lodo en la frente, en la conciencia lodo.

También España, la que fuera un tiempo
Señora de ambos mundos,
Envuelta en la pesada polvareda
Que dejara tras sí, la siguió un día...
¡Día de execración, noche en la historia!
España delirante
Por la fiebre voraz que consumía
Sus fuerzas de gigante,
Se abrazó con la infame tiranía,
Soñando en su delirio con la gloria.

Edén del viejo mundo, Italia hermosa,
Por quien la historia sin cesar suspira,
Templo del arte, encarnación del genio,
¿Do las turbas están que ardiendo en ira
Arrebataran ciegas de tus manos
El arpa de oro y la vibrante lira
Para cantar ¡qué horror! á tus tiranos?
¿Dónde están dí, los que en la noche aquella
De tus orgías entre el humo espeso,
Profanaron tu frente de doncella
Al imprimir en ella
De la traición el vergonzoso beso?
¿En dónde, Italia, están?...Todos huyeron,
Dejando sólo, en arras
De ese cariño que falaz mintieron,
La cicatriz sangrienta de sus garras.

Y tú, bella sirena,
¿Qué dices en la noche soñolienta,
Cuando mece la cuna la tormenta,
Y te arrullan los cánticos del Sena?

¡París, París! ¡al pronunciar tu nombre
Me lleno de pavor!...¿Quién no se asombra
Al fulgor del incendio y la *Comuna,*
A la luz del petróleo y de la tea?
¡Yo escucharé de pie!... ¡Ay! ¡sólo miro,
Cegado por el polvo de tus ruinas,
Rotos altares, derrumbados templos,
Volcados tronos, sin vigor las leyes,
Y rodando en infames guillotinas
Las cabezas sangrientas de tus reyes!

¡Revolución fatal! basta de horrores,
De labor infecunda,
De crímenes sin cuento y vil escoria!
Donde antes sangre, derramemos flores,
Y el manto de la gloria
Enjugue ya las lágrimas del mundo.

Basta de luchas, que las patrias lloran
Sus locos devaneos;
Las guerras sin honor no engendran pueblos;
A su sombra tan sólo se elaboran
Naciones de raquíticos pigmeos.

El desorden sin fin, el desenfreno
De las pasiones ciegas,

Forman un mar de sangre y de veneno,
Y al viento de las iras populares,
Del fondo de ese mar sin valladares,
Nacen tan sólo corrupción y cieno.
Tú lo sabes también, patria adorada,
Que entregada al furor de los tiranos
Viste tu escudo mancillado y roto
En las guerras de hermanos contra hermanos.

No olvidaré esa tarde
¡Baldón eterno de la patria historia!
En que cayera envuelto en su bandera
Un mártir de tu gloria.
¡Cuánto entonces lloré ¡ay! la memoria
De esa escena de horror turba mi sueño.
Yo ví caer el pabellón risueño
De mi dicha infantil bañada en llanto,
Y con respeto santo
Lo acercaba á mis labios con cariño;
¡Era el primer dolor que arrebataba
De mis ojos mis lágrimas de niño!

Recuerdos de dolor, pasad veloces,
No desgarreis mi corazón que estalla;
Rumores de batalla,
Lamentos de orfandad, tétricas voces,
Que pretendo extinguir y lucho en vano,
Tenedme compasión... ¡era mi hermano!

¡Perdona, madre, que á turbar me atreva
Con su recuerdo tu ilusión de madre!

Tal vez mi voz tu corazón taladre,
Pero perdona, que mi acento lleva
Tu dulce nombre entrelazado al mío,
Y al rodar en su tumba solitaria
Formará con las ondas cabe el río,
Un cántico de amor y una plegaria.
Deja, madre, ese llanto que devora
Tu corazón herido;
El mar de tu dolor derrama en mi alma,
En mi alma que te adora:
Yo llevaré sin vacilar la palma
De tu martirio hasta la tumba fría;
Yo te daré del porvenir mis flores;
¡Pero no sufras más, ya más no llores,
Madre del corazón, ¡ay! madre mía!

¡Revolución sin nombre, te maldigo!
¡Tirano sin piedad, feroz castigo
Que la justicia airada
Arroja altiva sobre el pueblo imbécil
Que infame se degrada;
El mundo te desprecia y te abomina,
Te repudia el honor, te huye la gloria,
Y brillará candente
Al través de los siglos y la historia
La maldición de Dios sobre tu frente!

LOS TEMPLOS

¡Luchar hasta morir! Este es el lema
Que las edades, sin cesar, han visto
Al través de la historia
Centellear con relámpagos de gloria
Sobre la sien del lidiador de Cristo.

El circo está de pie. El pueblo ruge,
Se agita, vocifera,
Blasfema airado y maldiciendo estalla,
Esperando impaciente la batalla
Del hombre con la fiera.

A su estruendoso aplauso,
Con sed de sangre en su brutal empuje,
Quebranta la cadena,
¡Y en los brazos del vértigo, la hiena
Rugiente salta á la sangrienta playa!

¡Aún el espacio ensordecido atruena
La estrepitosa grita
Con que saluda al mártir en la arena
El pueblo, que brutal se precipita
A celebrar el triunfo de la hiena!

Yo miro levantarse en humo denso
Un nubarrón sombrío;
Esa nube pesada es el incienso

Que quema ante su Dios un pueblo impío;
Más allá está la hoguera, que inflamada
Los mártires calcina.

¡Parece su rojiza llamarada
La maldición de fuego que ilumina
Sobre espacios abiertos,
La ardiente roca en que su sien reclina
El genio abrazador de los desiertos!

Ya veo revolverse en oleadas,
Amarradas al potro del tormento,
Las ciudades de Dios despedazadas;
¡Siento sus ayes! ¡sus plegarias siento!
No es que teman, ¡oh Dios!, del tigre hircano
El furioso rugido
Que allá del circo en la prisión revienta...
¡Es que al ver á Nerón y á Diocleciano,
Recuerdan que no hay guerra más sangrienta
Que una espada en las manos de un tirano!

¡Lloran por sus verdugos! ¡Su plegaria,
Encarnación de su infinito anhelo,
Es el ala de luz en que se elevan
Los mártires al cielo!....

¡Ha cesado la lid! Estremecido
Por recias convulciones,
Ha rodado al abismo,
Asesinos de pueblos y naciones,
El monstruo colosal del paganismo.

En medio de la sombra condensada,
Que la virtud proscribe,
El genio de la fe relampaguea...
¡La verdad se abre paso! ¡Cristo vive!...
¡Ha cesado el reinado de la espada!
¡Ha triunfado la idea!

Sobre el revuelto campo de batalla,
Como una inmensa valla,
Alzada en la garganta de una arteria,
Se opone á la vida gangrenada
Del Dios de la materia.

¡Los templos de Jehová! Allí palpita,
En alianza bendita,
El alma de la patria inmaculada,
Unida á la piedad de los cristianos...
¡Es el consorcio de la fe y la espada,
Azotando la sien de los tiranos!

¡Allí va el hombre á retemplar la vida
Y á restañar la herida,
Que abre el dolor en la batalla ruda,
Cuando desgarra su conciencia enferma
La espada de la duda!

¡Allí buscan abrigo,
Batidos sin cesar por la desgracia,
El huérfano, el mendigo
Que en su miseria el infortunio azota
Con desprecio profundo!

¡Ay! del que lleva la corona rota
Y ajado su laurel por la tristeza!
¡Para el hombre caído en la pobreza,
No hay perdón en el mundo!

¡Allí el alma conturbada alcanza
A oir la voz que su dolor mitiga,
Esa voz siempre amiga
Del ángel del consuelo, la esperanza!
En la atmósfera tibia y perfumada
Del templo sacrosanto,
Van á beber su inspiración sagrada
La desgracia, el dolor, la gloria, el canto!

Al pie de la montaña
Que besa la marea
Imponiendo silencio al oleaje,
Se levanta el santuario de la aldea;
A su calor se forman los hogares,
¡Y en su vida inocente,
Sencilla y solitaria,
Unen á los clamores del torrente,
Que corre audaz á despertar los mares,
La voz de la plegaria!
De rodilla besando los altares
En el fervor de su oración piadosa,
A su virgen hermosa
Cuentan ¡ay! sus dolores,
Y en las gradas del ara bendecida
Alegres van á derramar sus flores.

¡El *templo* es callada centinela,
Que en su eterno mutismo
El porvenir de las naciones vela,
Y se asoma á su cumbre,
Como un águila audaz alzando el vuelo,
Para alentar los náufragos del mundo,
La cruz divina señalando al cielo!

¡Nuestra patria es feliz! ¡Tiene en su seno
Cuanto de grande el pensamiento sueña.
Un cielo siempre azul, dulce, sereno,
Auras, selvas y luz, vega risueña,
Donde las brisas con las flores juegan;
Sonoros ríos que la barca hiende
Y á confundirse con los mares llegan;
Y símbolo de amor y de cariño
La Cruz de Cristo que sus brazos tiende
Como una madre al abrazar á un niño!

Sobre la vieja brecha,
Abierta por el bronce de la guerra,
Se eleva el templo que á su seno estrecha
Como el ideal que en sus ensueños cierra:
¡El pendón, que es el alma de la patria!
¡«La Cruz», que es el asombro de la tierra!

¡La patria quiere templos! ¡Las naciones
Que á su sombra se formen, oirán luego,
De la industria en el yunque, sus canciones,
Y verán, al través del humo denso

Que coronan sus fábricas de fuego,
Un porvenir á su ambición inmenso!
¡Pueblos, que despertáis á la alborada
De un día de ventura,
Marchad sin vacilar! ¡Tiemble natura
Bajo las ruedas del corcel de acero
Que atraviesa jadeante la llanura,
Veloz como los vientos del pampero!

¡Y en la eléctrica red que desparrama
Los hilos por doquier, triunfante vibre
Vuestro nombre inmortal! Cante la fama
Y vuele el eco de su canto solo,
Desde el fuego de un mundo siempre libre
A los helados témpanos del polo.

¡Avanzad sin cesar! ¡La cruz os guía!
¡Si infames la olvidais en la jornada,
Vuestra frente hollará la tiranía!
¡Sereis pueblos sin fe! ¡No valdreis nada!
¡Recordad que si un pueblo envejecido
Al peso de los siglos se derrumba,
Sólo la cruz sobre el titán caído
Tiene sus blancas alas siempre abiertas,
Como un ángel de Dios sobre la tumba
Velando el sueño de las razas muertas!

A GUSTAVO BECQUER

RIMAS

Me trajeron las auras tus cantares,
Poeta de las rimas:
Dudé un instante si de un ángel fueran
Las tiernas melodías.

Hallé el perfume que en la noche exhalan
Las blancas campanillas:
Sentí el calor de la luciente llama
Que en los hogares brilla.

Vi llamar al cristal de tu ventana
Las negras golondrinas;
Las vi luego volar, pasar los mares
Y que ya no volvían.

Comprendí que las dichas son las aves
Que en las almas anidan,
Nacen y vuelan tras un mar de penas
Y al punto ¡ay! agonizan.

Comprendí yo también que dentro tu alma
Se abrazaban dos liras:
La lira del dolor y la ventura,
El llanto y la alegría.

Duerme, poeta, el sueño de la muerte
Bajo la losa fría;
Que siempre velan por tu nombre y fama
Los versos de tus rimas.

INOCENCIA

La niña rubia de cabellos de oro,
La de ojos puros como el lago azul,
Duerme en la cuna que el amor columpia
Y envuelven ondas de rosado tul.

¡Un ángel bello, con sus alas blancas
Abiertas como espléndido dosel,
Está velando su inocente sueño!...
¡Y ella, sin verlo, está soñando en él!

Coronas de jazmín llenas de aroma,
Frescas violetas, perfumado azahar,
Enbalsaman el seno de esa cuna,
Perfuman el santuario de ese hogar.

Ruidos de alas, estallar de besos,
Notas que vibran explosión de luz...
¡Todo llena esa atmósfera de cielo!...
Junto á la cuna hermosa está la cruz.

Duerme tranquila la bendita niña;
El ángel sigue de su sueño en pos;...
¿Sabeis quién es la niña? ¡Es la inocencia!
¿Y el ángel que la vela?... El ángel, ¡Dios!

PAZ EN LA TUMBA

(Á LA MEMORIA DE S. S. I. MONSEÑOR JACINTO VERA)

¡Pasan los genios, los colosos pasan
Cubiertos con el polvo de su gloria;
Y los pueblos con lágrimas amasan
El mármol que eterniza su memoria!

Llora tú, que los hados te amenazan,
Nación hermosa, de gigante historia!...
Las lágrimas los bravos no rechazan,
Son las perlas que funde la Victoria!

Llorad, sí, uruguayos, de rodilla
Al son del eco del dolor que zumba,
A ese astro de virtud que ya no brilla.

Llorad á vuestro Padre; hoy que retumba
Su augusto nombre en la eternal orilla
¡Al mártir de la paz... paz en la tumba!

A LA VIRGEN DEL PILAR

Han pasado los siglos y han rodado
Del mar del tiempo á la insondable fosa
Arrastrando cien pueblos... ¡No ha caído
A sus violentos choques Zaragoza!

¡El Pilar la defiende! Allí se estrellan
Mudos los siglos con pavor profundo,
¡Es ese el pedestal donde María
De pie se eleva dominando al mundo!

Por esto acuden las naciones todas
Cuando el dolor su corazón quebranta,
A abrazar su peana bendecida
Para besar su inmaculada planta.

¡Ella alienta los pueblos! La fe brota
Entre el canto inmortal de la victoria!
¡Ha de morir el crímen! ¡Pobre España,
No ha de quedar ni el polvo de su gloria?

En vano la impiedad abofetea
Esa columna de recuerdos llena:
¡No ha de alcanzar en su furor insano
Ni á desligar un grano de su arena!

En vano la profana y la maldice
El liberal auduz, ebrio de saña!
¡No triunfará jamás!... Desde su asiento
La Virgen del Pilar guarda la España!

REZA

Todo calla en redor, ni un eco tenue
Eleva el aura que las flores besa,
La luna como lámpara sagrada
Sobre el cristal de la laguna riela.

¡Qué quietud! qué silencio! qué misterio!...
Ni un canto solo en los espacios suena,
Ni un grito, ni un gemido... Es que natura
Con el lenguaje del silencio reza.

Reza, amigo, también. Cuando en la noche
Ruja el turbión de tus amargas penas;
Cuando sientas arder dentro tu seno
Todo el calor de una infernal hoguera.

¡Cuando solo y sin fuerza en tu desgracia
Náufrago del dolor, busques tu estrella,
Abrázate á la cruz y en tu delirio,
Dulce amigo del alma, entonces reza!

MARTÍN GARCÍA MÉROU

MISANTROPÍA

... Je suis une lampe sans flamme

Th. Gautier.

Vivo feliz. Como el varón de Horacio,
Procul negotiis, sin afán ni pena,
Abismo mi mirada en el espacio,
Y me baño en la atmósfera serena!

Ni el vértigo del mal turba mis horas,
Ni la pasión agita mi conciencia,
Pido al cielo la luz de sus auroras,
Escudado en mi eterna indiferencia.

A las tormentas de la inquieta gloria
La dulce paz de la ilusión prefiero;
El desprecio del mundo y de la historia
A la ambición; y Diógenes á Homero!

¡Ni odio ni amor! Testigo de la vida,
Ni su afán ni su anhelo me devora.
Soy como el ave que en la selva anida:
Al llorar canta, y cuando canta llora!

¡Seguid, hombres, seguid! La muerte os guía
Y todos camináis al mismo arcano,
A la misma pasión, la misma orgía,
La misma nada del destino humano!

¿A qué cambiar la límpida corriente
Que de la cumbre susurrante baja,
Por el cieno y la rabia del torrente
Que los peñascos, al pasar, desgaja?...

Lleno de calma en la tiniebla oculta,
En los días de duelo y de tristeza,
Cuando el sol en la sombra se sepulta,
Se enciende el ideal en mi cabeza.

Los libros, mis amigos, me acompañan,
Me cuentan al oído sus dolores,
En los reflejos de su luz me bañan
Y me dan el perfume de sus flores!

—¡Vamos! me dicen, y en la noche ardiente,
Guío, envuelto en los versos palpitantes,
Con Ariosto el hipógrifo valiente
Y el rocín pensativo con Cervantes!

¿Y mis novias?—Me adoran, me visitan,
Oigo el acento de su voz severa,
Y mi tranquilo corazón agitan,
Desde Lycenium, la Naná primera!

Mis éxtasis evocan monolitos,
Negros mengires, vastas soledades
Donde resuenan los primeros gritos
Del primer soñador de las edades;

La sombra sepulcral del hipogeo,
La esfinge, las pirámides gigantes,

O el perfume traidor del gineceo
Brindando sus caricias enervantes.

¡Hombres, seguid! dejadme pensativo
En los abismos del desdén profundo,
Viviendo en el espíritu cautivo!...
¿Teneis un corazón? ¡Yo tengo un mundo!

No me arrulla la voz estremecida
De ninguna pasión; nadie comparte
La soledad del sueño de mi vida:
¡Ni la fortuna, ni el amor, ni el arte!

Voy cruzando en la noche esplendorosa
El sendero inmutable de la suerte,
Y, al caer en la tumba silenciosa,
Cadáver frío, cambiaré de muerte!...

EL NIDO

Una tarde me decía:
¡Oh poeta! eleva el canto,
Antes que extienda su manto
La noche triste y sombría!

¿No encuentras en mi pasión
Esa ventura que calma
Las tempestades del alma,
Las luchas de la razón?

¡Vén! el mundo conmovido
De nuestra gloria se olvida.
¡Vén! y pasemos la vida
¡Al calor del mismo nido!

Yo te daré mis sonrisas
Y mis caricias más suaves;
Su tierno arrullo las aves,
Y su perfume las brisas!

Y tendrás en tu embeleso,
Reclinado en mi regazo,
Por cada canto un abrazo,
Por cada sonrisa un beso.

Deja que exhale su queja
La multitud que murmura:
Hagamos nuestra ventura,
Como hace el panal la abeja!

Deja que la gloria vana
Te abandone en la penumbra...
¿Qué te importa, si te alumbra
El fulgor de la mañana?...

Dios, que reparte la gloria
Y vela por nuestra suerte,
Dios que en mártir te convierte,
Ha hecho en la vida ilusoria:

El ave para cantar,
Para dar rayos la estrella,
La mujer para ser bella,
Y el poeta para amar!...

BARCAROLA

Mine own fortune in my misery!...
Shakespeare.

¿Ves? todo calla, todo suspira
Las amarguras de su pesar:
La hoja que tiembla, la dulce lira,
La luz que expira,
La brisa, el mar!

Las aves pasan con raudo vuelo
Dejando el eco de su canción;
Se nubla el monte, se empaña el cielo
Con el desvelo
De la extensión!

Se abre en los cielos la blanca estrella,
Sobre las tumbas llora el ciprés;
Gimen las yerbas, y la flor bella
Diciendo: ¡Es ella!
¡Besa tus pies!

¡Salve! alma mía! luz de mi vida!
Puerto y abrigo de mi dolor!...
¿Por qué te inclinas adormecida,
Como ave herida
Por el amor?...

Yo sé los cantos de los poetas;
Yo sé los sueños de la virtud,
Y las quimeras de alas inquietas
Laten sujetas
En mi laud!

Yo llevo en mi alma, joven y pura,
La savia ardiente del ideal;
Yo sé lo que hablan á la espesura
La noche oscura
Y el manantial!

Yo sé el idioma de la armonía;
Conozco el mundo de la ilusión,
La pena aguda, la angustia fría,
Y la agonía
De la pasión!

¿Ves? ¡soy tu esclavo! Ves? á tu planta
Pongo mi vida, mi amor, mi paz!
Mi alma á tu acento fiel se levanta,
Mi voz te canta
Con fe tenaz!

Cuando en mi pecho tu amor derramas,
Cuando comprendes mi frenesí,

Y todo: el cielo, la luz, las ramas,
Me pregunta: ¿Amas?...
Te miro á tí!...

¡Ven! olvidemos los sinsabores
De tanta pena, tanto dolor!...
Busquemos juntos climas mejores,
Eternas flores
Y eterno amor!

ESTANCIAS

Parece que las flores, tus hermanas,
Te hubieran dicho en el ramaje umbrío,
El secreto que todas las mañanas
Confían á los céfiros del río!

Porque tu voz, exenta de congojas,
En círculos brillantes se dilata,
Con el rumor de las marchitas hojas
Que el soplo de los vientos arrebata!

Hace soñar con la tranquila aurora;
Con el fresco raudal que serpentea;
Con la luz de la tarde encantadora
Que entre las nubes del cenit chispea.

Con los vagos acordes de la brisa
Que van gimiendo por la selva oscura;

Con el iris de paz de una sonrisa
Que sobre el rostro del placer fulgura!

Con las olas que tocan las riberas
Acariciando al sauce que se inclina;
Con el verde matiz de las praderas
Y el contorno fugaz de la colina.

Con los cendales de la blanca bruma
Que se cierne en la atmósfera serena;
Con el fulgor de la azulada espuma
Que espira y besa la dormida arena.

Con esa luz que en el oriente asoma
Cuando se alza la aurora solitaria;
Con la voz musical de la paloma;
Con la voz celestial de la plegaria!

Tú serás como el ave que se posa
Donde quiera que un árbol se levanta,
Y allí, sola en la tarde silenciosa,
Para arrullar su pensamiento, canta!

Te prestará su luz el firmamento;
Te contarán las fuentes sus amores,
Y subirá tu espíritu sediento,
Como sube el perfume de las flores.

¡Feliz el alma que en la noche ardiente
Atraviesa con calma este desierto,
Pidiendo una onda á la infinita fuente,
Pidiendo un eco al inmortal concierto!

Y al desgarrar la fúnebre mortaja
En que se envuelve nuestro afán sin nombre,
¡Feliz el alma que á la tierra baja
A redimir de la materia al hombre!

Ella va, como Ofelia enamorada,...
Mitigando el dolor de los dolores,
A derramar sobre la tierra helada,
Pasión y sueños, ¡lágrimas y flores!

Ella es la musa que al poeta inspira;
Ella es la fe que al corazón restaura;
Ella mezcla en las cuerdas de la lira
Los dulces nombres de Beatriz y Laura!...

ELEVACIÓN

Inquieto afán, incomprensible angustia
En el lejano porvenir se encierra...
Pasa el turbión, y la arboleda mustia
Da sus hojas marchitas á la tierra!

Se levanta el espíritu abatido
Y el mismo efluvio en la extensión remota,
Vierte calor en el agreste nido
Y arranca de los árboles la nota!

La rauda chispa que del astro errante
Baja, y se baña en el cristal del río,
Alumbra las facetas del diamante
Y da luz á las gotas del rocío!

Dios nos hace marchar en los escombros,
Envueltos en los pliegues de un sudario,
Con la fúnebre cruz sobre los hombros,
Y delante la senda del Calvario!

¡Ay del que espira en el placer liviano
Y sostenido por el vicio flota!
¡Ay del bajel si ruge el océano!
¡Ay del Werther que encuentra una Carlota!

El polvo sobre el polvo se amontona,
La ambición á la gloria se encadena,
Y hasta tiembla en la frente la corona
Cuando la plebe sublevada truena!

Se confunde la risa con el llanto
Después de las alegres saturnales,
Y el corazón, al levantar el canto,
Acompaña sus propios funerales.

¡Amor! ¡Virtud! ¡Indefinible anhelo!...
¿Queréis el resplandor de una diadema?...
¡Abandonad el miserable suelo,
Por el fulgor de la verdad suprema!

Levantad á los cielos la conciencia
Entre la gloria, la pasión y el genio,
Sin pasear vuestra helada indiferencia
Bajo el manto andrajoso de Antisténio!

Dios es quien vela sobre el cielo inmenso
Alumbrado en la noche solitaria...

Para Dios, el perfume es un incienso,
Y el grito de dolor, una plegaria!

El corazón, en el dolor cautivo,
A su golpe funesto se acrisola,
Y mira con desdén despreciativo
La copa de cicuta y la aureola!

El tropel de sus dichas fementidas
Le presta aliento, en la siniestra calma
De un pecho que desgarra sus heridas,
Para medir la majestad del alma!

Marchemos, pues, por la tostada alfombra,
Que el sol calcina, que sacude el viento;
Marchemos bajo el manto de la sombra
A apagar esta sed del pensamiento!

Vamos allí, donde la aurora asoma
Y bebe el corazón luz y hermosura,
Como bebe la cándida paloma
En la corriente cristalina y pura!

¡Oh espíritu inmortal! ¡Oh inspiraciones
Posadas en mi mente solitaria!...
Conducid sobre un ala mis canciones,
Conducid sobre otra ala mi plegaria!...

ESPERANZA

No es tan solo un delirio de la mente
Esta explosión de la verdad suprema,
Que enciende una aureola en cada frente
Y en cada corazón canta un poema!

Perdidos en el seno del abismo,
Sin contemplar en la desierta playa
Más que la luz de un pálido espejismo,
La fe vacila, el corazón desmaya!...

Y en esas horas en que Dios desploma
Todo el horror de la ansiedad inquieta,
Sin retornar al arca la paloma,
Se oscurece la frente del poeta!

¡Ah! si después de la borrasca aciaga
El iris no alumbrára nuestro paso;
Si cuando el astro en la extensión se apaga
La frente hundiera en el eterno ocaso;

Si del capullo que el gusano encierra
No se viera surgir la mariposa;
Si el hombre, polvo, á la enlutada tierra
Tornára en el abismo de la fosa;

Si, cegados en medio del camino,
Una emboscada fuera nuestra suerte,

Y la venda siniestra del destino
Nos llevara engañados á la muerte;

Si el corazón que lo ambiciona todo,
Angel caído del celeste rango,
Buscando el cielo descendiese al lodo
Y manchara sus alas en el fango;

¡En la erupción salvaje del delirio
Que ofuscara la mente conmovida,
Valiera más optar por el martirio,
Que arrastrar la cadena de la vida!...

JUNTO AL FUEGO

¡Misterio y soledad! Como un lamento
Resuena el himno que la tierra eleva
Y espira en el cristal del firmamento;

Incesante concierto que renueva,
Desde el zumbido del insecto errante
Hasta el suspiro que la brisa lleva...

Aquí donde el estrépito incesante
Del hombre que se agita, arrebatado
Por el raudal de la ambición constante.

No atraviesa el recinto sosegado
En que tiende su vuelo la memoria
Y exhuma los fantasmas del pasado.

Vuelve á evocar mi corazón su historia
Y, al pasar, acarician mis cabellos
Sus visiones de forma transitoria!...

¡Corazón ¡Corazón! tus sueños bellos
Despiertan otra vez mis ilusiones
Y me bañan en fúlgidos destellos.

No han muerto tus espléndidas pasiones,
No se ha secado el manantial ardiente
Que arrolló mis primeras expansiones;

Como ayer el espíritu ferviente
Palpita con placer; bulle la vida,
Y hierve como indómito torrente;

Como ayer esta atmósfera encendida,
Trae recuerdos de amor, en los gemidos
Que parten de la selva estremecida;

Como ayer, en el fondo de los nidos,
Se oye ruido de cantos y de besos,
Que son ¡ay! el más bello de los ruidos;

Y siento tus primeros embelesos
Sacudirse en tropel, como las hojas
Mecidas en los árboles espesos!...

¡Oh tiempo apresurado, que despojas
De sueños, de esperanzas, de ternuras,
Al alma que ha probado tus congojas!

¡Oh viejo misterioso, que apresuras
Nuestro paso en el mundo, y nos señalas
Sin piedad, las calladas sepulturas!

Mano que empaña las terrestres galas,
Dardo que hiere, soplo que marchita;
Viento en que pliega el pájaro las alas,

¡No has triunfado! mi espíritu palpita;
Mi esperanza de nuevo se agiganta,
Y mi ansia de placer es infinita!

La quimera á mi paso se levanta;
La Esfinge me ha confiado su misterio,
Y Dios me ha dicho en el oído: canta!

El sueño del amor; el casto imperio
De un alma que somete la existencia
Al yugo de su dulce cautiverio;

Ese santo poder de la inocencia
Que alumbra los abismos, y depura
De pesares y sombras la conciencia;

Esa palabra de inmortal ternura,
Que, como beso de pasión estalla,
Y como nota de laúd murmura,

Me prestan nuevo aliento en la batalla,
Y acarician mi sien palidecida,
Cuando el murmullo de la vida calla!...

Y tú, blanca visión, desvanecida
En copos de ilusión; sombra que llegas
Con la corona de azahar ceñida;

Tú que quizás por mi ventura ruegas,
Y á cada brisa que en las flores gime,
Las esperanzas de tu suerte entregas;

¡Ah! vuelve ahora, que el dolor me oprime!
Vuelve, que tiembla mi conciencia oscura,
Y á mi agitado corazón redime!

Tú me has hecho sentir que la amargura,
Como nube de estío, es pasajera;
Que el amor, como el sol, siempre fulgura,
Y que el alma es la eterna primavera!

PENUMBRAS

Me agrada la borrasca delirante
Que subleva las ondas de los mares
Y se pierde en las sombras, sollozante!

Agigantan mi alma los pesares,
Y mientras otros aterrados gimen,
Yo levanto con fe nuestros cantares!

Cuando las sombras del dolor oprimen,
En esas horas en que el alma pura
Se siente acariciada por el crimen,

Solo y perdido en la tiniebla oscura,
Yo sueño, yo medito, y en mi mente
La herida del dolor, abre y supura!

Yo escucho el eco de la voz ardiente,
Que, bajando del astro hasta la grama,
Refiere al corazón algo incoherente!

Oígo gemir el céfiro en la rama,
Y en el rumor del río que suspira
Yo descubro un acento que me llama!...

¡Oh poetas! ¿no es cierto que en la pira,
La divina actitud que el alma asume
Hace brotar el rayo de la lira?

¿No es verdad que la mente se consume
Cuando Dios no nos habla cariñoso
En el día, en el astro, y el perfume?...

¡Oh! yo lo sé, que á veces silencioso
El manto de la noche me ha abrigado
En la fronda del bosque rumoroso,

Y al detener mi paso fatigado,
Con amor á tu amor, Naturaleza,
Descansando en tu seno, he meditado!...

Es que tu reino solitario empieza
Allí donde las llagas de la vida,
En la sangre inoculan la tristeza!

Allí donde la mente enardecida,
Con las alas cortadas, bate el suelo
Como en la roca el águila vencida!

Cuando herido por triste desconsuelo
El hombre se levanta de la tierra,
Y se pierde en los ámbitos del cielo,

Lejos del mundo y su cobarde guerra,
Habla con Dios en el tranquilo viento,
O en el rugido del turbión que aterra!...

Cada flor, cada tierno pensamiento
Que en la conciencia su fragancia vierte,
Despierta una emoción ó un sentimiento.

El poeta en profeta se convierte,
Y sondea el misterio de la vida,
Comprendiendo el misterio de la muerte!

La ilusión, el amor que arde y anida
En cada corazón donde la idea
Va formando una tromba embravecida,

Hacen surgir la voz que balbucea,
El huracán frenético que zumba,
El rayo que en la sombra centellea!...

¡Todo á su empuje tiembla y se derrumba!
Pero en el seno del turbión violento,
Renace del capullo de la tumba
El fénix inmortal del pensamiento!...

AL LLEGAR Á PARÍS

Yo te he visto flotar en mis visiones,
¡Oh París! y mi espíritu sonriente
Encontraba en tu seno inspiraciones,
Y absorbía tu luz resplandeciente—
Yo te soñaba en tu perpetua gloria
Lleno de savia, amor y movimiento,
Ciudad glorificada por la Historia,
Metrópoli del arte y del talento!
Tú eres mi afán, el indomable encanto
De mis sueños de dulce poesía,
Y, en tu recinto mágico, veía
Cien pueblos á la sombra de tu manto!
Tú eras la voz que, sin cesar, nos llama;
La bandera que á todos nos cobija;
La ilusión que á nuestra alma regocija;
La eterna juventud, que sueña y ama!
Yo me decía:—«Un rayo de tu lumbre,
París! fecundará mi pensamiento!
Confundido en tu inmensa muchedumbre
Escucharé tu poderoso acento.
Tú serás la nodriza de mi mente,
Tú me abrirás tu corazón fecundo...
Me llama el mundo á la batalla ardiente
Y en tí se halla la síntesis del mundo»...

¡Pues bien! aquí estoy yo. Héme en tu seno,
Soldado que obedece á tus legiones,

El pensamiento me conduce, lleno
De amor, de juventud y de pasiones!
Aquí estoy, fuera del hogar lejano!
He cruzado París! siempre impaciente,
El fuego de los trópicos, ardiente,
La inquieta soledad del Océano!
¡Oh mundo! bebo el aire de tu vida!
Atono leve en tu extensión perdido,
En tus ondas de pueblo confundido,
Abismo mi mirada conmovida!
He dejado mi infancia candorosa,
Los campos de mi patria, y aquel cielo
Donde se une la nieve con la rosa,
Donde tienden los cóndores el vuelo!
Tú reunes los templos seculares,
Los viejos y gastados monumentos,
Los pórticos, las leyes, los altares,
El arte, la pasión, los pensamientos!
Tu espada, Roma! tu diadema, Grecia!
Has barrido las ruinas del pasado,
La tormenta en tu seno ha reventado,
Y amas la Libertad, vieja Lutecia!

Cuando acude á mi mente tu memoria,
Gigante lleno de trofeos, brilla
A mis ojos el cuadro de tu historia!
Te veo derribando la Bastilla,
Levantando frenético la tea,
Impulsando tus masas populares
Con el sordo bramido de los mares

Y la lenta invasión de la marea...
Te veo, enarbolando el estandarte
Del Terror, con el hacha del verdugo,
Uncir el mundo á tu sangriento yugo
Y lanzar de tu seno á Bonaparte,
Rey de los reyes, que con voz serena,
Mostraba la victoria con su espada
Y alfombraba tu frente despejada
Con los pendones de Austerliz y Jena!

Aquí pensó Moliére; aquí los rayos
De la gloria inmortal besan su frente;
Aquí dió vida á grandes y lacayos
Con la savia ardorosa de su mente!
Aquí Harpagón esconde sus escudos,
Y Tartufo se quita la careta:
Todos marchan perdidos y desnudos,
Todos son los esclavos del poeta!
Aquí soñó Corneille, lleno de luto,
Levantando en la sombra de la escena
Los espectros del Cid y de Jimena,
La arrogante figura de Poliuto.
Aquí rompió con sus pujantes manos,
Los pálidos cendales de la historia,
Se levantó á sus héroes, los Romanos,
Del choque de la gloria con la gloria!
Aquí el viejo profeta del presente
Que alza su lira contra todo yugo,
Inclina el mármol de su blanca frente:
Aquí canta y suspira Víctor Hugo!

Aquí sueña el proscrito soberano,
Voz de tormenta que, sin tregua, truena
Sobre toda opresión, toda cadena,
Todo mal, todo horror, todo tirano!
Testigos de los vértigos sin nombre
Del dolor! alma llena de cariño,
Que muestra Dios y la virtud al niño,
La gloria al mundo, la verdad al hombre!

¡Oh París! esa gloria, esos fulgores,
Esas obras que el tiempo ha coronado,
Esa visión hermosa del pasado,—
Todo está en tí y es tuyo. Pensadores
Como artistas, el viejo combatiente
Y el joven vencedor, todos te incensan!
Todos los que aman, todos los que piensan
Depositan sus lauros en su frente!

Abren tu seno á mi pasion divina
Aunque ruede á tus pies, como el creyente
Que la vista de su ídolo fulmina!...

EN EL BARRIO LATINO

¡Cómo acude en tropel á mi memoria,
La dulce imagen de tu vieja historia!

¡Ah! ¡tú sabes amar! El pensamiento
Centellea en tu frente pensativa!
Luchas, exploras, y á tu voz, cautiva,

La Musa te habla con pausado acento!
Has oído la eterna confidencia
De todos los poetas inmortales;
El capricho es el Dios de tu existencia,
Y el Arte el esplendor de tus anales!
Vives libre, orgulloso en tu pobreza,
Rey de tí mismo en tu mansión perdida,
Sacerdote y señor de la belleza,
Con tus dioses,—el libro y la querida! ....
Dejas que pase la ambición; que muera
Abandonada, pensativa y sola;
Que el amor llore en el placer de Rolla,—
Si brilla en la extensión la primavera! ...
Amas la patria y su estandarte santo,
Y defiendes su gloria en la trinchera!
Oyes sumiso el quejumbroso canto
De las almas que te aman, y que llegan
A mezclar su alegría á tus congojas
Brillan, gozan sin fin, y se doblegan
Cuando caen de los árboles las hojas!

¡Tu poeta es Murger! Su voz sonora
Entona el himno del amor eterno,
El amor con el fuego de la aurora,
Cuchicheado en las noches del invierno! ...
La *Chanson de Musette,* hondo gemido
Del alma que, abrazada á la esperanza,
Tras los destellos del placer se lanza,
Y naufraga en los mares del olvido!
Siguen tus pasos las dolientes sombras

De esos seres que adoras con delirio,
De esos fantasmas que en tus noches nombras
Y que á veces te brindan el martirio:
Mimí, Francine...vértigos de un día
Que llegan y hacen nido en tu pecho
Dejando en tu recuerdo su alegría,
Y el cuarto mudo, abandonado el lecho!...
Mariposas que van tras lo que brilla!
Débiles flores que el destino arroja
A la cruel desnudez de la boardilla!
Las trae un soplo; un beso las deshoja!

THE DEMON THOUGHT

Cuando su vuelo tiende
La cándida paloma; cuando enciende
La noche sus estrellas luminosas
Y el campo verde su perfume exhala;
Cuando se abren las rosas
Y el viento entre los árboles resbala;

Cuando todo se inclina
En brazos de la calma vespertina
Y abre el espacio sus brillantes puertas;
Cuando murmura quejumbroso el río,—
Tú solo te despiertas
Y te pierdes conmigo en el vacío!

Me traes en tu mensaje
El eco de otra voz, de otro lenguaje
Que las dulzuras del amor encierra,
¡Y en cada efluvio que contigo flota,
Me elevo de la tierra,
Como se eleva del laúd la nota!

Partamos, pues. El mundo
Hunde la frente en el sopor profundo
Con que lo envuelve la opresión nocturna...
Todo palpita en silenciosa calma...
La brisa taciturna
Une su acento al estertor del alma!

Partamos, pues. Suspira
Dios en el cielo; como un astro gira
En torno de Él la luminosa idea;
La mente creadora se levanta;
El hombre balbucea
Y el universo su grandeza canta!

Por valles y por cumbres
Se arrastran las perdidas muchedumbres,
Revientan las tormentas populares,
Y el pensador meditabundo ruega;
Al borde los mares
La ola que va, detiene á la que llega!

¡Oh Byron! ¿qué tortura
Llenó tu corazón de desventura
Y, hundiéndolo en un vértigo profundo,

Te hizo, alzando tu inspirado acento,
Maldecir iracundo
«El demonio fatal del pensamiento»?

¿Acaso no contabas?
¿Acaso delirante no arrastrabas
Por mares, por torrentes, por llanuras
Y montañas graníticas tu duelo,
Paseando en las alturas,
Y siempre ansioso de escalar el cielo?

¡Ah! la ilusión perdida
Nos arrastra sin calma por la vida;
La gloria, la ambición se desmorona;
Llora proscripta la verdad suprema;
Vacila la corona
Y se apaga la luz de la diadema!

El vicio omnipotente
Pretende alzar su envilecida frente;
Nada en la sombra nuestra suerte escuda;
Y llevamos, ahogados por el llanto,
En nuestro ser la duda
Y en el fondo del alma el desencanto!

¡Que! ¿todo se ha perdido?
¿No queda nada en el paterno nido?
¿Todo es humo fugaz, polvo liviano
Que esparce el soplo del turbión violento
O aventa nuestra mano?
¡Ah! También se maldice el pensamiento

¡Bendita, sí, bendita
Esa fuerza inmortal que precipita
Al genio en la corriente creadora;
Y enciende, iluminando el firmamento,
En el cielo la aurora
Y en la frente del hombre el pensamiento!

Desde la tierra al cielo
Nos transporta el arranque de su vuelo,
Cuando la noche la extensión enluta
Y un mundo informe en su interior se agita,
Como en la inmensa gruta
Donde se alza la blanca estalactita!

El alza sobre el hombre,
La fe, la gloria, el ideal sin nombre!...
El se ofrece valiente en holocausto
Y levanta de un soplo desde el lodo,
Al filósofo Fausto
Y al monstruo apasionado, Quasimodo!

Su voz siempre retumba
Como saliendo de la triste tumba
Donde descansa el ideal perdido;
Allí la estrofa con amor se labra,
Y se une su gemido
A la viva explosión de la palabra!

En la tiniebla ofrece
Esa luz que jamás desaparece,
Aunque vacile en el dolor austero

El hombre, con esfuerzo moribundo...
¡El es el derrotero
Que condujo á Colón al Nuevo Mundo!

Inspira á la Sibila
Que en medio de la atmósfera tranquila
Hace oir su profético conjuro,
Habla de gloria al inmortal poeta
Y en el espacio oscuro
Hace hermanos al sabio y al profeta!

Confunde y amalgama
La chispa débil y la eterna llama.
Por su poder el corazón sincero
Se corona de fúlgidos diamantes,
Y da la mano Homero,
A través de los siglos, á Cervantes!...

MIS LIBROS

AL DOCTOR DON MIGUEL NAVARRO VIOLA

Cuando tornáis del viaje misterioso
De las ideas que, tomando el vuelo,
Se ciernen en los ámbitos del cielo,—
Cuando en la noche oscura y sin testigos
Meditáis en la sombra y el reposo,—
Los libros, esos férvidos amigos,
Calmando la opresión del pensamiento

Os hablarán de libertad y gloria,
O á su voz alzarán el monumento,
Que guarda las cenizas de la historia.
Invisibles consejos, pronunciados,
Por labios invisibles, en la bruma
Que circunda la frente del poeta,—
Los héroes en sus líneas, exhumados
Del sepulcro fatal que los abruma,
Llenan de paz nuestra existencia inquieta;
Nos muestran el dolor de la jornada;
Unos pasan audaces, con la vista
Fija en el cielo, con la frente alzada
Como el que marcha al fin á una conquista;
Otros van exhalando sus lamentos,
Con el fardo de todos los dolores,
Desnudos, doblegados y harapientos
A través de oprimidos y opresores.
Otros, en medio de la calma austera
Que avasalla su espíritu gigante,
Nos van diciendo en el dolor: ¡Espera!...
En las dudas terribles: ¡Adelante!...

¡Cuántas veces, bebiendo en sus raudales,
Se levanta el espíritu en sus alas,
Mas allá de las dichas terrenales,
Mas allá de los roncos vendabales
Que van barriendo las etéreas salas!
Sumiso, palpitante, estremecido
El corazón, á su contacto santo
Deja el calor de su salvaje nido,

Y exhala, como un pájaro su canto!
Porque su soplo de pasión inspira
En medio de la noche solitaria,
Y eleva al pensamiento enardecido
Como eleva el acento de la lira,
Como eleva la voz de la plegaria!...
A través del cadalso y de la hoguera,
De la guerra, la cruz y la tortura;
A través de esa lúgubre carrera
Tapizada de llanto y amargura;
A través de esa bárbara jornada
En que queda la mente hecha jirones;
A través de la fe despedazada
Por la mano de todas las pasiones,—
Ellos nos guian en el largo viaje
Que afanosa recorre la conciencia,
Ellos nos llevan al primer celaje
De la aurora feliz de la existencia,
O en el vía crucis de la humana suerte,
Que seguimos sin calma ni fortuna,
Despues de contemplar la primer cuna,
Nos muestran los abismos de la muerte!...

¡Cuántos dolores, cuántos sufrimientos
Que, por fin, en el alma han estallado
En gritos, estertores y lamentos!
¿Qué ha sido la carrera del pasado
Sino un mudo calvario donde el hombre,
Bajo el poder de su dolor sin nombre,
Entre zarzas y espinas ha marchado?

La larga caravana en el desierto
A veces halla el pozo apetecido,
Y en el húmedo oasis, á cubierto
De los rayos de un sol incandescente,
Busca la paz en el sereno olvido
De los dolores que afrontó valiente.
Y la audaz caravana del progreso
En el mudo desierto de la vida,
Ha adelantado con el pecho opreso
A través de la atmósfera encendida,
Buscando siempre un ideal lejano
Que su débil contacto deshacía
Como el viento la espuma del océano!....

¡Oh Biblia! manantial de fe y dulzura,
Fuente perenne de inmortal poesía,
Que trina como un ave en la espesura
O se lamenta en la extensión oscura
Con los acentos de la mar bravía
¡Oh libro de pasión y sentimiento
Donde el nombre de Dios relampaguea
Como una hoguera que sacude el viento
Que en el bosque enlutado serpentea;
¿Quién no ha visto brotar la eterna aurora
Al final del acento omnipotente
Que hizo oir su palabra atronadora
Del Sinaí sobre la excelsa frente?
¿Quién no ha llorado, como Job lloraba,
Maldiciendo su mísero destino,
Hasta que el grito del Señor vibraba

En medio del revuelto torbellino?
¿Quién no ha exhalado los dolientes cantos
Del arpa celestial del rey-profeta?
¿Quién, arrullado por los himnos .santos,
No se ha sentido, alguna vez, poeta.?
¡Oh libro, vén á mí! Mis oraciones,
Antes de alzar hasta el Señor su vuelo,
Posan en tí las fatigadas alas;
Tú me das fuerza, libertad, consuelo,
En medio de las tristes aflicciones
Que envenenan la calma de este suelo;
Tú en la benigna ó la contraria suerte,
En la adversa ó la próspera fortuna,
De mi amor eres la celeste cuna,
La cuna donde duermen mis ideas
Al amparo del viento de la muerte!
Tú conmigo en las cúspides paseas,
Tú me muestras la roca que resiste
La vorágine inmensa de la duda
Que pasa por mi lado sordamente!
¡Tú santa unción en el dolor me escuda!
Cuando estoy solo, abandonado y triste,
En las diáfanas aguas de tu fuente,
Como en las ondas del Jordán me lavo,
E inmenso espacio mi mirada abarca!
Antes de leerte me sentía esclavo,
Luego me siento renacer monarca!
¡Tú me enseñas á creer! Entre la sombra
Y el claro oscuro que tu voz revela!
Un sacrificio tu piedad me nombra,

Una Cruz me señalas, y un martirio,
Que el denso manto de la noche vela!
Y, entonces, en las redes del delirio,
Prosternado en el polvo, reverente,
Como la llama del oscuro cirio
Cuando la azota el aquilón rugiente,
Siento pasar junto á mi sien sombría,
Algo igual á un lamento comprimido,
A un grito de dolor y de agonía,
A el doliente y tristísimo gemido
Del ave tierna que partió del nido
Y vuela sola en la extensión vacía! . . .

Id á beber allí, sabios, poetas,
Vosotros los que amaís esa dulzura
Que exhala el corazón de los profetas
Al soplo de la acerba desventura!
Vosotros los que vais á los altares
A derramar el alma en oraciones,
Comprended las celestes expansiones
Que brotan del Cantar de los Cantares.
Los que llorais por el afán lejano
Que persigue sin fe vuestra existencia,
Los que luchais con el dolor tirano,
Y, huérfanos de paz en la conciencia,
Desesperados contempláis el cielo,
Ved á Jesús sobre la cruz clavado,
Comprended el amargo desconsuelo
De esa madre que mide su agonia,
Y ved si hay un dolor, que comparado

Pueda ser á la angustía de María! ...
¡Rogad! ¡rogad! El alma solitaria
Mitiga así su pena abrumadora...
¡Dios ha puesto en el alma la plegaria
Como en el cielo diáfano la aurora!

Pasad ¡oh focos de inmortal poesía,
De amor, de fe, de gloria y de esperanza,
Que nos vais arrojando la armonía
Y ese santo ideal que nunca alcanza
El alma en los combates del destino!
¡Ah! vosotros sin tregua ni desmayo,
Alumbrando las simas del camino,
Alzáis valientes la encendida tea...
Cuando esa luz se denomina idea,
Brota y fulgura más vivaz que el rayo! ...
¡Todos alumbran! Al alzar la enseña
Nos muestran todos la escabrosa vía:
Su voz alienta nuestro débil paso
Y á la conquista del deber nos guía!
Todo el que ama, se estremece ó sueña,
Halla en ellos un faro esplendoroso,
Una almohada do posar la frente,
Y encontrar calma, soledad, reposo! ...
Cruzan perdidos, y se van. Los veo
Como espectros hundirse entre la bruma,
A compás de sus cantos. Un Orfeo
Sueña con Dios que á su conciencia abruma,
Y canta á la inmortal naturaleza
Con patética voz... Ciego, cargado

Por el tiempo y las penas, siempre austero,
Allá marcha otro ser, desesperado,
Que ha vivido, ha sufrido y ha cantado
La gloria y el dolor, se llama Homero!
Arrastra como un manto su pobreza
Que lacera su frente doblegada,
Cuando sus obras portentosas crea!
La gloria y el valor canta en la Iliada,
Y busca la ventura en la Odisea! . . .
¡Oh viejo Homero! cuántos pensamientos
Hervían en tu cráneo formidable,
Cuando arrastrando por la joven Grecia
La explosión de tus duros sufrimientos,
Al golpe aleve de la suerte recia
Que azotaba tu vida miserable,
Exhalabas al aire tus lamentos,
Y á todas horas, en el verde llano
O el alto pedestal de la colina,
Te acariciaban con su blanca mano
Las hijas de la bella Nemosina!
El sufrimiento en mártir te convierte
En esas horas faltas de esperanza,
En que la mano ruda de la suerte,
Que desgarra el cendal de las ideas,
Ya nos muestra la vida, ya la muerte,
O de ola en ola sin piedad nos lanza,
Como el golpe del mar enfurecido
La débil nave del valiente Enéas! . . .
Inmenso siempre, sin cesar divino,
El corazón se admira en tu carrera,

Ya subas hasta el manto cristalino
Que envuelve y vela la cerúlea esfera
Extendida á sus pies como una alfombra,
Para asistir al inmortal consejo
De los dioses que truenan en la sombra,
Mientras tiembla el Olimpo, conmovido
Cuando Júpiter frunce el entrecejo;
Ya reines en la tierra y tus acentos
Evoquen en el campo enardecido,
A Diómedes que esquiva á los troyanos,
Ayax que cede á su tremendo empuje,
Y envueltos en el polvo, sudorientos,
Blandiendo el arma con fornidas manos
Mientras la voz de la batalla ruge,
Aquiles que nos muestra su silueta
Entre la turba que á sus plantas gime;—
Ya en el altar de tu emoción sublime
Arda el incienso del amor, poeta,
Aún se esculpe en nuestra alma tu memoria,
Perpetuada en tus cantos inspirados,
Y en el libro divino de la historia;
Todavía las ondas de la gloria
Besan tus pies desnudos y llagados!

¡Silencio! Gime el viento en la espesura,
Remedando un quejido lastimoso
Que flota y sube, que sin fin murmura!
Viejo Ossian! ¿es tuyo ese lamento,
Ese quejido que del bosque hojoso
Con sus embates arrebata el viento?

¿Por qué nó? ¿No resuenan en su acento
Las tempestades lúgubres del alma,
O el inquieto turbión del pensamiento
Que en vano busca su perdida calma?
¿No se le ve sobre el altivo monte,
Apoyado en el brazo de Malvina,
Sondear con la mirada el horizonte
Que con la playa de la mar confina?
¿No se le oye gemir sobre los restos
De los héroes perdidos en la historia,
Y acompañar los bélicos aprestos
Entonando el cantar de la victoria? ...
El eco de sus cantos aún resuena
Asociado á las nubes y á los mares,
Al firmamento que en la sombra truena,
Al rumor de las selvas seculares!
Aún nos parece oir repercutida
La nota de su arpa que se aleja
Como el adios eterno de la vida:
Preludio que termina en una queja!
Aún se le ve sobre la lid funesta,
A la sombra del dólmen de granito,
Pensativo vagar por la floresta,
A solas con el mar y el infinito...
Para acallar la voz de sus dolores
Y domar de su espíritu la guerra,
Anhelaba huracanes destructores
Que sacudieran con furor la tierra!
Oía melancólicos cantares
Lo mismo en la tormenta que en la calma!

Para él, desde la estrella hasta los mares,
Todo era un salmo, una pasión, un alma!...

Taciturno, sombrío, vacilante
Pasa, en los velos de la sombra inquieta,
Un corazón de mártir y poeta
Preso en los lazos del destino: Dante!...
Nadie sondeó como él esas regiones
A cuyo umbral se deja la esperanza,
Ni azotó con más fuerza las pasiones,
Ni blandió con más ira la venganza!...
La vida lo abrevaba de amargura
Rompiendo al fin su corazón aún tierno,
Y él, maldiciendo tan tenaz tortura,
Fué á buscar una calma más segura
A las puertas siniestras del infierno!
Y allí, á solas con Dios y su pasado
Que del fondo de su alma se levanta,
Ebrio de odio y de dolores, canta
La inmensidad horrenda del pecado!
Entre el afán de la ambición maldita,
Entre el horror de todos los dolores,
Hace silbar su estrofa y precipita,
Con el ronco clamor de la avalancha,
El turbión de sus ecos tronadores!
¡Respira allí! Su corazón se ensancha
En la muda opresión del sufrimiento,
Y mientras todo á su alredor, oscuro,
Vacila, se estremece, titubea,—
Modela en verso su inmortal idea

Y entre el escombro del derruído muro
Hace rugir su vengador acento
Como el eco siniestro de un conjuro!...

¡Siempre el fatal misterio! ¡Ese problema,
Esa sombra, esa llaga corrosiva
Que se alimenta de la carne viva:
¡Ese volcán que al pensamiento quema!
¡Oh Manfredo! ¿cuál era la respuesta
Que demandabas al espacio inmenso
Cuando del monte en la región enhiesta,
Amortajado en el sudario denso
De la noche, besado por el aura,
Tu corazón marchito en la existencia,
Pidió la soledad, pidió el olvido?...
¿Acaso el beso de Beatriz ó Laura
Dá la ventura al corazón herido?...
¿Por qué saliste á maldecir tu ciencia,
Y á mirar á los cielos, viejo Fausto,
Como buscando en ellos la esperanza?...
¡Werther! ¿por qué tu corazón exhausto
A la insondable eternidad se lanza
Y al amor da su vida en holocausto?...
¡Misterio y nada más! Genios, poetas,
Penetrad en las simas de ese arcano
Y haced salir el corazón humano
De esas sendas tortuosas y secretas,
De ese pavor mortal que nos levanta,
En alas de la mente voladora,
A donde el genio complacido canta,
A donde el genio desgraciado llora!...

A través de las hondas y rompientes,
De ese mar sin bajeles y agitado,
Al turbión de los seres penitentes
El Dante guía con su gesto airado;
La formidable eternidad abarca,
Y nos hunde en el lóbrego horizonte,
Como á las almas sin perdón, Caronte,
Empujaba hasta el fondo de su barca

¡Siempre está allí! Visión fascinadora
Que con el brazo fijo se presenta
Al enfermizo rayo de la aurora,
O en medio de la bruma cenicienta!
¡Siempre está allí! Su sombra gigantesca
Se destaca del polvo del camino...
¿Qué muestra?... ¡Cuadros de pasión: Francesca!
¡Panoramas tremendos: Ugolino!...

¡Oh Shakespeare! con qué esfuerzo soberano
Desnudas la conciencia á nuestros ojos,
Alzando el alma en tu potente mano,
Y midiendo sus míseros despojos,
Como Hámlet alzaba conmovido
De la noche en el lóbrego misterio,
El viejo cráneo del bufón, sumido
En el sueño letal del cementerio!...
¡Pobre Jorick! decía. Y espantados
Nosotros repetimos: ¡Probre mente
Que recorre esos antros ignorados

Entre el vaivén de la pasión ardiente!
¡Ah! pobre alma que sufre la agonía
Cuando en el seno del dolor se lanza!
¡Pobre alma que abandona la esperanza
Al penetrar en la espiral sombría!

¿Qué abismos has sondeado, qué emociones
Sientes crispar tus músculos de acero,
Para pintar el crimen altanero,
El amor de tus sueños de poeta
O el hombre con instintos de leopardo,
El alma de Romeo y de Julieta,
O la negra figura de Ricardo?
¿En qué sombra bebiste aquellos sueños
Que estrujan tu cerebro de gigante
Para trazar fantásticos diseños
Y domar nuestra mente delirante?
¿Dónde encontraste, genio? tu modelo
Para mostrar á Macbeth aterrado,
Levantando el puñal ensangrentado,
La explosión de la cólera de Otelo,
Lear bañado en la luz de la tormenta,
El espectro de Banquo pavoroso,
Y el vicio que se agita poderoso
Pero vengado por su propia afrenta?
Tú sabes que en la vida, hora por hora,
El veneno del mal corre en las venas,
Tú sabes que la luz deslumbradora
No disipa la sombra de las penas,
Y al levantar tu canto, nuevo Esquilo,

Hieres el alma con tu golpe recio,
Y sobre el hombre pasas, intranquilo,
El rayo vengador de tu desprecio!
¡Oh Shakespeare! al volver de esas regiones,
Al tornar de las sombras del dilema
Que la esfinge curiosa nos plantea,
Al volver del turbión de las pasiones
Veo en tí mucho más que una diadema,
Acentos de dolor, revelaciones
De ese mundo interior del pensamiento
Donde brotan los rayos de la idea
De la nube tenaz del sentimiento!
Lucha oprimido por el genio, y llora;
Que al salir de la lid con la victoria
Hay en tu frente claridad de aurora,
Y en tu conciencia resplandor de gloria!...

Alas, sonrisas, cantos, armonías,
¡Subid! ¡volad! dejad los pensadores,
Los calvarios, las negras agonías,
Los crímenes, las luchas, los dolores.
¡Adelante! Valor, reveladores
Que nos hablais del porvenir lejano,
¡Oh sabios, extendednos vuestra mano!
¡Siempre adelante! Por la cruz guardados,
Fija la vista en el altar bendito
Marchemos á los antros ignorados,
Marchemos al Señor y al infinito.
Marchemos por la senda que seguía
Acompañado de Beatriz el Dante;

Sintamos al Señor, cual lo sentía
Moisés en el Horeb, cuando en un día
Se coronó de lumbre centellante!...
¡Ah! todos ellos cantan la grandeza
O hieren, sin espanto, la miseria;
Todos ellos derraman la belleza,
Nos sacan del dolor y la materia;
Muestran la luz de la primer mañana;
Levantan el pendón de los combates;
Tocan triunfales la sonora diana;
Y juntos, sabios, sacerdotes, vates,
En los vastos problemas de la ciencia
O en los hondos abismos de la vida,
Alzan al cielo el corazón ferviente
Sellado con la luz de la conciencia,
Que alumbra las arrugas de la frente!...
Ya llega al alma el celestial rocío,
Ya en los espacios al Señor se alcanza,
Se ha cantado la muerte y el hastío,
Cantemos el amor y la esperanza!
¡Oh corazón! tan sólo en los acentos
Que parten de esas liras enlutadas
Tan sólo en los divinos sentimientos
De esas almas que van desesperadas,
Tan sólo en las espléndidas praderas
Tan sólo en las graníticas montañas
Que levantan sus frentes altaneras
Entre las nubes rápidas y hurañas;
Tan sólo en los torrentes despeñados,
O en medio de las roncas cataratas,

Se encuentran los acentos inspirados
Que en tu salvaje soledad dilatas;
El canto de las aves solitarias,
La brisa que en los árboles se queja
Y esa mezcla de gritos y plegarias
Que sobre el ala del turbión se aleja!...
Pues hundido en el seno de los mares,
O escalando valiente el infinito,
Doquier encuentra el pensamiento altares,
En medio de las selvas seculares
O encima de los montes de granito!...

Aquí, á solas con Dios, como en un templo
En medio de la noche funeraria,
Lo concibo, lo adoro, lo contemplo
Y le hablo en la expansión de la plegaria!
Aquí me muestra de su gloria el rastro
El universo que sin calma oscila
Al soplo de su aliento omnipotente;
Admiro sus fulgores en el astro
Y en ese espacio de quietud tranquila
Que me arrulla en su seno, apasionada,
Se proyecta su luz en mi pupila
Que queda en las tinieblas deslumbrada!
A mi vista se extiende el libro inmenso
Que han hojeado los sabios y profetas,
Que el corazón, á su fulgor suspenso,
Recorre con la voz de los poetas;
Este libro inmortal, Naturaleza,
Donde escribe el Señor su poderío

En la nube, el escollo, la maleza,
La flor, el aura, la campiña, el río!

¡Ah! feliz, bien feliz el iniciado
En tus misterios, madre de belleza!
Feliz el corazón que ha levantado
Ese velo de Isis, extendido
Encima de tu plácida grandeza!
El monte que refleja las edades,
El mar que lanza queja atronadora
A impulso de las roncas tempestades,
El cometa que vuela enardecido,
Derramando su luz deslumbradora,
Sólo son despreciables caracteres
Del nombre del Señor que, en raudo grito,
Arroja la palabra de los seres
Al último confín del infinito...

¡Oh madre del amor, Naturaleza,
Tú que arrullas encima de tu seno
Al corazón que admira tu pureza,
¿No es verdad que nos hablas con el trueno,
Que nos besas la frente con la brisa,
Que nos consuelas con la flor que llora
Y en cada resplandor de cada aurora
Nos muestras el fulgor de tu sonrisa?
Yo he contemplado en la feraz llanura
Bajar el sol de su dorado trono
Para internarse entre la noche oscura!
Yo he escuchado llorar ese abandono

Al ave con sus trinos seductores,
Al cielo con su plácido rocío,
Al sauce con sus débiles rumores
Y con sus quejas de dolor al río;
Y yo mismo he sentido palpitante,
Al avanzar la noche solitaria,
Esa opresión del alma agonizante
Que desborda por fin en la plegaria!...
Y es que un foco radioso de poesía
Desprendida de Dios, Naturaleza,
Sobre tus sienes majestuosas arde;
Tu palabra es la plácida armonía
Del viento, del raudal, de la maleza;
Por eso al descender sobre la tarde
El manto misterioso de la noche,
Cuando en el seno de apacible calma
La flor del corazón abre su broche
Y el cielo vierte alfójar en el alma,
Se sienten esas voces cariñosas
Que el viento en la tiniebla balbucea,
Palabras, sí, palabras misteriosas
Que viniendo de Dios van á la idea!

Cuando en el mundo, valerosos nautas,
Nos lanzamos en pos de la ventura,
Recorriendo, perdidos Argonáutas,
Un océano infinito de amargura;
Cuando cubren las nubes nuestro cielo,
Cuando entre sombras de implacable duelo
Se marcha en la existencia, es necesario

Que nuestra alma penetre en tu santuario
¡Oh sublime Vestal, Naturaleza!
Porque tuya es la mano que coloca
El nido solitario en la maleza,
La flor abandonada entre la piedra
Y en el alma el amor, como en la roca
Los verdes lazos de la agreste yedra!

¿Qué importa entónces que el dolor arroje,
Al impulso voraz de las pasiones,
Como esas ramas que secó el invierno,
Un tropel de marchitas ilusiones?
¿Qué más da que frenético deshoje
El huracán continuo de la vida
Al corazón emocionado y tierno?
¡Águila audaz, la idea seductora
En medio de la sombra se levanta!
Subir, siempre subir es su destino;
Y de la vida en el erial camino
Todo cumple su ley: el alma llora,
Sonríe el manantial y el ave canta!
Y allí, tan sólo allí, cuando se mira
Surgir el sol de púrpura vestido
Por el fúlgido oriente que se inflama,
Cuando el rocío por su rayo herido
Enciende cada gota en cada rama,
Se comprende la luz, sube la idea,
Florece á su contacto el sentimiento
Y en el cenit del alma centellea
Como una nube que acaricia el viento!

¡La flor nos habla! De piedad henchida
Rebosa de su cáliz el perfume,
Y en el espacio de su corta vida
Palpita de pasión y se consume.
¡El mar nos habla! Su furioso empuje
Encuentra un dique en la potente roca,
Que á cada insulto de su voz que ruge
Con desdén á la lucha le provoca!
¡Nos habla el viento! Su palabra vana
Se pierde en el espacio rumorosa,
Como un eco de música lejana
Que atraviesa una noche tempestuosa!
Habla también la sombra, habla la aurora,
Habla la fuente y le contesta el río,
Y hasta el espacio se extremece y llora
Cuando derrama en perlas el rocío!

Es que el mundo también tiene su alma;
Es que al gozar celebra su alegría,
Es que en la sombra del dolor sin calma
Llora también, como también sentía...
Y en las palabras que tu voz derrama
Cual consuelo inmortal, Naturaleza;
En lo que dice el bosque, arde en la llama
Y suspira ó murmura en la maleza;
En la armonía universal que gime
En el viento, en el rio, en la tormenta;
En esa voz del corazón sublime
Que el universo entero transparenta;
En el eco de amor que en su circuito

Es gorjeo en las dulces avecillas,
Y es en el mar lamento de fiereza
De las ondas que azotan las orillas;
¡En el alma inmortal del infinito
Que también late en tí, Naturaleza,
Nos habla Dios!...
¡Poetas, de rodillas!...

HOMO

Á OLEGARIO V. ANDRADE

Al hundir la mirada en el pasado
Y en su sombra abismar el pensamiento,
Se estremece el espíritu agitado,
Y, como niebla que dispersa el viento,
Cuando el sol brilla y la arboleda canta,
Se evapora la duda transitoria,
Y del fondo sombrío de la historia
El Génesis del mundo se levanta.

¡Cuadro inmortal! ¡Como salvaje fiera
Que se revuelve en la opresión y ruge,
El mar jadeante, con furioso empuje,
Vela y salpica la lejana esfera,
Hierve el fuego en las cóncavas entrañas
Del astro incandescente; se elabora

La gran transformación, y las montañas
Mueven sus crestas con rumor profundo,
Y esperan el incendio de la aurora
Para bañarse en resplandor fecundo!
La lava hirviente con vigor circula,
Como la savia en el follaje umbrío;
Estremecida la extensión ondula,
Y las brumas eternas del vacío,
Desarrolladas por oculta mano,
Confunden sus vapores con las olas
Y cubren el hervor del océano
Circuído de brillantes aureolas.
¡El viento airado la extensión flagela
Y el eco de las hondas convulsiones,
Como coro de eternas maldiciones,
De mundo en mundo se dilata y vuela!
¡La explosión del volcán une su acento
Al estallido del granito; el monte
Vacila, como un ebrio, en su cimiento,
Coronando de sombra el horizonte,
Y, entre gases, rumores, cataclismos,
Las ruinas se confunden con las ruinas,
Y, cubierto por lumbres mortecinas,
Se cierne el huracán en los abismos!

Mas luego, como un pecho que se calma,
Poco á poco apacigua sus latidos
La tierra, que en los aires encendidos
Se inclina como el tronco de la palma,
Y entre dulces destellos de topacio,

Iluminada por la luz divina,
Como una novia que al altar camina,
Paso á paso se pierde en el espacio.
—Aún se sacude con temor. Apenas
Desprendida del Caos que la guardaba,
En sus vísceras móviles, la lava
Palpita como el mar en las arenas;
Las selvas lentamente se coronan
De hojas y flores, el torrente gime,
Las aves á las brisas se abandonan
Y dan al aire su canción sublime.
¡Cuando la luna pálida destella
Se agita dulcemente la enramada,
Y, desgarrando la extensión callada,
Abre sus ojos la primera estrella!
¡Sobre los campos y su verde alfombra,
Cuando extiende la noche sus crespones,
Se oye un vago rumor de conmociones
Y los monstruos despiertan en la sombra!
¡Todo es grande!—Legiones de colosos
Al mundo imponen su poder sin nombre
Y reinan en los antros pavorosos...
¡Sólo es pequeño y miserable el Hombre!

¡Job de la tierra! ¡Patria sin consuelo!
Fuego cubierto por mortal ceniza!
¡Vedlo! Sin fe, sin libertad, ni anhelo,
En la sombra, temblando, se desliza.
Y mientras todo brilla esplendoroso
Al soplo de la vida, que en torrentes

Se esparce sobre el seno de la tierra,
Ni el júbilo comprende ni el reposo,
Va arrastrando sus pasos impacientes,
Soldado eterno de una eterna guerra,
Que, de la suerte en los oscuros senos,
Combate y triunfa, sin honor ni gloria,
Alcanzando, por única victoria,
Un dolor nuevo y un peligro menos.

Vive oculto en la rústica caverna,
O en la choza cubierta de hojarasca
Dios lo abandona, el mundo lo gobierna,
Y, herido por la pena y la borrasca,
Sin una luz cuando la noche fría
Extiende el manto de su sombra densa,
Recorre las llanuras sin defensa
Con el instinto del pavor por guía.
¡O, presa del dolor y la asechanza,
Bajo las grutas cóncavas y estrechas,
Con el bárbaro afán de la venganza
Afilando la punta de sus flechas,
Parte al brillar en el confín lejano
El primer resplandor de la mañana,
Veloz corriendo tras la fiera hircana
Con el hacha de silex en la mano!

¡Y allí, cuando las sombras solitarias
Se dilataban por el ancho cielo,
De rodillas cayendo sobre el suelo,
Levantaba sus férvidas plegarias!...

Cruzó errante los valles, la pradera
Y el círculo fugaz del horizonte,
Y en las cúspides lóbregas del monte
Sintió nacer su religión primera.
¡Todo le hablaba: el céfiro en la rama,
El agua en la aspereza de la roca,
Del sol naciente la celeste llama,
El mar, la flor, los astros! ¡Como un canto
De libertad y de pasión, su boca
Balbuceó un himno majestuoso y santo,
Y, al borde del profundo precipicio
Cubierto por el manto de la hiedra,
Puso á sus dioses de grosera piedra
Sobre el místico altar del sacrificio!

¡Ay! era libre como el ave altiva
Que abandona su nido, cuando el viento
Hace temblar su ala fugitiva
Y pretende escalar el firmamento!
Nómade y solo, con vigor salvaje
Cruzaba el mundo, y en su pecho oscuro
Balbuceaba con ímpetu inseguro,
De las hondas pasiones el lenguaje.
¡Amó! sobre los llanos de esmeralda
Despertaron sus sueños comprimidos,
Brindó á una virgen su primer guirnalda,
Se exaltaron de pronto sus sentidos,
Se encendió su mirada centellante
En la luz de otros ojos abismada,
Y fué el mundo, al fulgor de la alborada,

El tálamo nupcial de aquel amante.
Cubierto por los árboles espesos,
Rendido de emoción y de ternura,
Arrulló el alma de su amada pura
Con la música eterna de sus besos.

¡Noche de amor! ¿Qué valen los poderes,
La efímera ambición, el ansia loca
Que agota nuestro ser en los placeres,
Ante el dulce murmullo de una boca
Que roza nuestra frente, de un acento
Que como tierna tórtola nos llama,
De un labio ardiente, de pasión sediento,
De un corazón que se despierta y ama?
¡Noche de amor! ¡La atmósfera serena
Temblaba dulcemente; en el capullo
Gemía el viento, y, al besar la arena,
El mar alzaba su perpetuo arrullo!
La flor emocionada, el ave sola,
La selva oscura, el palpitante nido,
Desde el lánguido canto de la ola
Hasta el salmo del mundo estremecido,
¡Oh eterno amor, tu inspiración bebía!
¡Se aspiraba el efluvio de tu aliento
En el brillante resplandor del día,
En la sombra tenaz del firmamento,
Del aura errante en los inquietos giros,
Y el mundo nebuloso y solitario
Exhalaba plegarias y suspiros,
Como el arpa que gime en el santuario!

El ídolo fatídico y sangriento
Cayó como el alud desde la cumbre;
Los dioses en compacta muchedumbre
Raudos flotaron sobre el éter solo,
¡Y el Hombre, al despertar al sentimiento,
Dejó á Moloch para abrazar á Apolo!
En medio de las vastas soledades,
Al impulso del céfiro movidos,
Los árboles se pueblan de deidades
Y despierta el ardor de los sentidos.
Corre el Fauno veloz entre el ramaje,
La Nínfa voluptuosa la enardece,
Y el Silvano, con ímpetu salvaje,
Entre las ramas móviles se mece.
La Náyade ligera se enamora
En la corriente cristalina y pura,
Favonio se estremece en la espesura,
Y reparten, con luz deslumbradora,
Diana el pudor y Vénus la hermosura!

¡Vénus! blanca deidad mágica hoguera
Donde se abrasa el corazón humano!
¡Besada por la onda del océano
Que mecía tu blonda cabellera,
Las gracias y las risas dulcemente
Te arrastran con los rápidos tritones,
Brilla el fuego del sol sobre tu frente
Y laten en tu seno las pasiones!
¡Tu cuerpo real magnífico descuella,
Y cuando te alzas fúlgida y desnuda,

El mundo entero se conmueve y duda!
¡Anda! ¡eres diosa puesto que eres bella!
En tus sienes no muere la guirnalda
Del amor y el placer, ¡y sus destellos
Dejan ver el raudal de tus cabellos
Como un manto de sol sobre tu espalda!
¡Luchas y triunfas en perpetua calma
Sobre la sangre y el humano lodo!
¡Oh! diosa del Amor, reinas en todo!
¡En todo, sí! ¡Pero te falta una alma!...

¿Por qué rugió la tempestad sombría
Arrastrando en sus alas las creencias,
Vénus cayó, temblaron las conciencias
Y sucedió á la religión la orgía?. .
¡Como potros salvajes, las pasiones
Destrozaron los cármenes lejanos,
Y se arrastró á los pies de los tiranos
El retórico al par de los bufones!...
¡Oh sociedad! ¡inquieta cortesana
Que en el público lecho te vendías,
Ahogando tus ocultas agonías
En los santuarios de la fe profana!
¡Ebria de sangre, de placer sedienta,
Prostituyendo tu misión divina,
Velabas bajo púrpura sangrienta
La torpe corrupción de Mesalina!
¡Y el hombre vil, soltando sus pasiones,
Hoyó el placer, la gloria y el deseo,
Dispersando en el viento sus girones

Heridos, temblorosos, palpitantes,
Como el crudo furor de las Bacantes
Los miembros destrozados de Penteo!

¿Qué le quedaba? Solitario, hundido
En la duda, en la nada y en la muerte,
Triste sondeó su miserable suerte,
Vió su entusiasmo juvenil perdido,
Vió su marchito corazón, su vida,
Su libertad, y, como nave rota
Que el viento impulsa y el escollo hiere,
Dilató su mirada humedecida,
Interrogó la inmensidad remota
Y sus pesares le dijeron: ¡Muere!...

La turba se arrastraba rumorosa,
Se ennegrecía la lejana esfera,
Y el cierzo de la noche borrascosa
Sucedía á la alegre primavera.
Se velaba en la sombra de los cielos
El ángel de los sueños inmortales;
De un lado lo asechaban sus desvelos,
Del otro, despojándose de velos,
Lo llamaban las roncas Saturnales!
Entonces ¡ay! ciñéndose las rosas
Del festín, con la cítara en la mano,
Al blando son del dactilo liviano
Levantando las copas espumosas,
Mientras el trueno en la extensión rugía
Y la fiera del circo destrozaba

El cuerpo palpitante del cristiano,
Apuraba el tumulto de la orgía,
En el placer de la abyección gozaba,
¡Y, al pasar como el viento del desierto,
Interrumpiendo su feliz transporte,
La espada de los bárbaros del Norte
Violó el sepulcro de un cadáver yerto!...

¡Los restos sin vigor de las legiones
Se envuelven en el polvo de la muerte
Y arrastran por el lodo sus pendones!
¡La fe divina, la conciencia fuerte
Que en el amor y la virtud se afianza,
Caen de la altura de su eterno solio
Al ver desparecer en lontananza
Los Dioses del antiguo Capitolio!
¡Con ciego afán, los monstruos imperiales
Despedazan su fúlgida diadema,
Y en un arranque de ambición suprema,
De Dios y la verdad en vilipendio,
Si salen de las rocas bacanales
Es para ver la rabia del incendio!

¡Luego, ante Cristo, se detuvo el mundo!....
¡Como un suspiro resonó su acento
De libertad, y el Hombre moribundo
Se sintió renacer al sentimiento!...
¡Oh! sobre el polvo del dolor, perdido
En todos los horrores de la suerte,
Sintiendo resonar junto á su oído

Las fúnebres salmodias de la muerte,
Repartiendo el perdón, la fe, el ejemplo,
Como el pan á una turba de mendigos
Reunidos bajo el pórtico del templo,
Viendo alzarse en tropel los enemigos,—
¿Quién no hubiera sentido el desconsuelo
Amargar la corriente de su vida?
¿Quién no se hubiera levantado al cielo
Al mirar la verdad escarnecida,
La fe y los odios en perpetua guerra,
La inquietud venciendo al heroísmo,
Y ante el fúnebre altar del Paganismo
Arrodillada sin pudor la Tierra?

¡Ah! ¡solo tú! Cuando en la noche helada
El ósculo del viento entumecía
Tu cuerpo, y al posarse tu pisada,
Desde el monte lejano á la hondonada,
Su huella en los desiertos imprimía;
Cuando roído por oculta pena
Llamabas á tu seno al desgraciado
Y enjugabas el llanto desolado
De la Niobe cristiana, Magdalena,—
¿No es verdad, no es verdad, mártir divino,
Que en el fondo de tu alma silenciosa,
Ante el mudo misterio del destino
Y el afán de la vida tempestuosa,—
Una inmensa piedad te desarmaba
Al mirar nuestros fútiles empeños,
Nuestra materia de la muerte esclava,

Y la cruel vanidad de nuestros sueños?—
¡Soplo de luz! ¡Espíritu de vida!
¡Todo á tu impulso se transforma y vive;
Todo alumbra tu ser; todo recibe
La sabia de tu sangre enardecida!...
Y á lo lejos, soñando, en el desierto,
En la Cruz, en el Circo, en la tortura,
Todo renace, y el cristiano apura
La copa del dolor y la amargura,
Por el escudo de su fe cubierto.
Calla el grito de muerte del profeta,
Friné cubre su seno palpitante,
¡Y en el silencio de la noche, errante,
Se macera el doliente anacoreta!
Recobra el alma su perdido imperio,
El éxtasis divino la devora,
¡Y en el sudario de la sombra llora
Perdida en el oculto monasterio!
¡Y allí, bajo las bóvedas oscuras,
Cuando la noche pálida se inclina
Y derrama su sombra mortecina
Sobre montes, torrentes y llanuras;
Allí, sobre las piedras funerarias
Del oculto sagrario, prosternado
Al pie del Crucifijo demacrado,
Habla el mártir con Dios en sus plegarias!

¡Humanidad! ¡Esclava sempiterna
Que cae del crimen al error doliente,
Y vuelve con el alma indiferente

Al vicio, como el ebrio á la taberna!
¡Cortesana que adula á los tiranos
Y al amor de su pecho los provoca,
Brindándoles el fuego de su boca
Y la ardiente caricia de sus manos!
¡Mártir cobarde que, sin fe ni anhelo,
Se arrastra por la cumbre ó el abismo,
Alzando cuando truena el cataclismo
El ruego á Dios y la mirada al cielo!
¡Maestra de los vicios seculares
Que ensangrientan el campo de la historia!
Despiadada madrasta de la gloria,—
¿Quién que mide tus íntimos pesares,
Tu cínica abyección, tu hipocrecía,
No se arranca del alma la alegría
Y ahoga la expansión de sus cantares?...

Todo muere: la gloria, la ventura,
La dulce candidez de los amores,
El perfume tranquilo de las flores
Y el alegre matiz de la llanura...
Y mientras todo á nuestros pies hundido
Por el tiempo veloz, rueda á su empuje;
Mientras cae en las sombras del olvido
La cándida inocencia; mientras ruge
La pasión y despierta la venganza;
Mientras en pos de la verdad perdida,
Pedimos un mendrugo de esperanza
En los tristes banquetes de la vida,—
¡La fe se apaga, la ilusión nos deja,

La amargura en el alma se desata,
Huye el amor, la inspiración se aleja,
Nos miente el hombre, el corazón nos mata!
Guardamos ay! con misterioso encanto
Dentro del pecho que el afán consume,
La armonía más lánguida de un canto,
La caricia más suave de un perfume;
Cruzamos entre prados halagüeños,
Henchidos de esperanza la existencia,
Mezclando nuestros sueños con los sueños
De un ángel coronado de inocencia;
Abrazamos su forma encantadora
Escuchando sus trémulos latidos,
Como se escucha al apuntar la aurora
El trino de los pájaros perdidos,—
¡Hasta que un día, pálido y lejano
Nuestra mirada con horror sondea
El corazón indiferente y vano
De esa torpe y mezquina Galatea!...
¡Y vamos tras la luz, tras la fortuna,
Llevando como signo de consuelo
La santa paz que nos meció en la cuna,
La dulce fe que nos bajó del cielo,—
Hasta encontrar, con inquietud sin calma
Y la vista clavada en el pasado,
Heladas las pasiones en el alma
Como cirios de un templo profanado!

¡Oh! yo lo siento! Con pesar profundo
Me abandono á las ondas encrespadas,

Y fijando en la tumba mis miradas
Dejo pasar la vanidad del mundo!
¡Y sueño con el éxtasis bendito
Que vive de ideal y de pureza,
La ley suprema, la inmortal belleza
O el fuego del espíritu infinito!
¡En la tarde tranquila en que se agita
La oración que remonta á las alturas
Del seno de las bóvedas oscuras,—
Mi dolorido corazón palpita
A la vista del Cristo lacerado
Que reparte, en los ámbitos desiertos,
El perdón de su labio demacrado,
Y el amor de sus brazos entreabiertos!
¡Caricia celestial! ¡Fuente sagrada
Donde bebe esperanzas é ilusiones
La pobre humanidad desamparada!...
¡Ay! si deben morir las expansiones
De este pecho que late enardecido
Al ritmo de profundas convulsiones;
Si, al querer elevar un mausoleo
Donde duerma el letargo del olvido
Este horrible pesar que lo devora
Con todos los tormentos del deseo,
Se estremece la mano vengadora,—
¡Corazón, mientras todo se derrumba
Abrázate á la Cruz, desesperado,
Y, á la sombra del claustro sosegado,
Sepulta tu dolor en otra tumba!

¡Oh poetas! El mundo nos convida
A gozar y á vivir. El cielo es puro,
La tarde bella, la extensión florida.
Bajo las hojas del follaje oscuro
Se sacude la flor. ¡El ave amante
Entona sus dulcísimas querellas
Y, en la noche callada, las estrellas
Nos clavan su mirada rutilante,
En la selva los árboles reales
Van sembrando el azahar de su corona
La alameda á las brisas se abandona;
El cielo se retrata en los cristales
Del río, melancólica serpiente
Que se arrastra en el campo dulcemente
Entre zarzas y móviles juncales!
¡El agua lame la menuda alfombra
Del prado encantador; viven los nidos;
Y duerme, entre los muros carcomidos,
El buho, sacerdote de la sombra!
¡Todo es amor! Rebosa la existencia
Y late el universo satisfecho...

¿Por qué, entonces, llevamos sin clemencia,
La eterna esclavitud en la conciencia
Y el eterno dolor dentro del pecho?...

¡Hemos llegado á la mitad del día!...
Dirigid al pasado la mirada
Y bebed en su sombra descarnada,
Pueblos la fe, ¡poetas, la agonía!

¡Raza indomable! ¡tu camino incierto,
Los pasos de tus mil generaciones,
Los harapos de todas tus naciones
Sembrados sobre el monte y el desierto,
Los tronos, tabernáculos, altares,
Los pórticos, los templos seculares,
La clámide y la toga, la insensata
Vanidad, y la fuerza transitoria,
Se cruzan en la sombra de la historia
Que el soplo de los siglos arrebata!

Allí la cruz. Aquí, los estertores
Del dolor. El plebeyo y el ilota.
¡Siempre, siempre de pie los opresores,
La verdad muda y la esperanza rota!
¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Pueblos! ¡el grito
De todos los que sufren, se levanta
Como una acusación del infinito,
Del polvo que remueve vuestra planta!
¡Ay! el hombre se arrastra macilento
Y nada lo consuela en el martirio.
¡Un delirio se mezcla á otro delirio,
Y un tormento se liga á otro tormento!
¡Si busca á Dios, le arrebatáis el cielo!
¡Si quiere amar, le desgarrais el alma!
¿Cuál es, Señor, la reservada palma,
El premio de su pena y su desvelo?
¿Acaso siempre la tenaz pelea
Le dirá: Muere? ¿Acaso confundidos,
Veremos á tiranos y oprimidos,

Y cómplice á la espada de la tea?
¿Acaso siempre tus eternas leyes
Servirán de irrisión á los impíos?
¿Acaso velarán los desvaríos
De dogmas viles, y cobardes reyes?
¿Acaso escuchas las dolientes voces
De todos los que claman y te imploran,
Y hieres sin piedad á los que lloran
En el santuario de los falsos dioses?...

¡Míranos! ¡Solos, desterrados, mudos,
Llevamos la tormenta en nuestro seno!
¡Y desnudos de amor, de fe desnudos
Arrastramos nuestra alma por el cieno!
Nos agita el indómito murmullo
De la pasión, que ruge á nuestro lado,
¡El Hombre es un monarca destronado
Que ha roto la diadema de su orgullo!
¿Qué importa que la gloria lo corone,
Que lo contemple el porvenir lejano,
Que el corazón se calme algún instante,
Si es sólo al fin un corazón humano?
¿Qué importa que la gloria deslumbrante,
Le dé á probar la copa bendecida,
Si todas las grandezas de la vida
Pasan más pronto que el cometa errante!...

¡Amar!... ¿Y para qué? Todo palpita
Para morir después; todo se arroja
En la pena, las brumas, la congoja;

La virtud rueda, las creencias vuelan,
Y después del ardor del primer beso
Nuestros labios frenéticos se hielan,
¡Vivir! ¿Y para qué? ¿Tanto embeleso,
Tantos ecos de amor, tantas canciones,
Tantos gritos de paz y de alegría,
Tanta luz, tanta fe, tantas pasiones,
Para llenar la aspiración de un día?...

¡Has triunfado, Dolor! ¡Muerte, has triunfado!
¡Dios está convertido en un verdugo
Y el hombre arrastra el formidable yugo
De todos los errores del pasado!
Esclavo, sufre; como rey, espera.
¡Cada astro solitario que se enciende
Entre las nubes de la azul esfera,
Cada ave errante que los aires hiende,
Cada rayo de luz de primavera;
Cuanto á su paso lo acaricia y ama,
Cuanto á su triste corazón inspira
Con las dulzuras de la eterna llama
Y la armonía de la eterna lira,
Hoy es sonrisa, claridad, perfume,
Palpitación de la esperanza humana,
Luego hoguera de amor que se consume,
Polvo, miseria y vanidad mañana!

AL TEQUENDAMA

¡Aún resuena tu estruendo en mis oídos
Y siento la opresión de tu grandeza,
Y el vértigo sacude mi cabeza
Como el turbión los árboles erguidos;
Aún te veo á mis pies, con rudo enojo
Sublevando tus ondas encrespadas,
En el ardor de tu incesante arrojo
Desplomarte, deshecho en mil cascadas,
Llegar al borde de la enhiesta roca,
Y, sintiendo el cercano cataclismo,
Como airado corcel que se desboca,
Abalanzarte en el profundo abismo!

¡Todo tiembla á tu paso: el cauce, el monte,
El árbol de raíces seculares
Que se eleva y domina el horizonte,
Los verdes lazos de la agreste hiedra
Y las rocas, graníticos altares
Que esperan á sus ídolos de piedra!
Inquieta y ronca, tu veloz corriente,
Entre dosel de gigantescas ramas,
Arrastra, serpeando, sus escamas,
Con el ímpetu ciego del torrente,
Y al llegar á la sima, ancha y profunda,
¡Tiembla el peñón y la corriente ruge,
Y en el delirio de tu enorme empuje
Se agiganta tu fuerza moribunda!

¡Ah! como busca el corazón sin calma,
Tequendama, este cuadro, esta grandeza,
Este terror que purifica el alma
Y en tanta majestad, tanta belleza!
¡Con qué placer llevamos nuestro paso
Hasta esa soledad, y el alma herida
Por angustia mortal, nube perdida
Desde el alba risueña hasta el ocaso,
Y los sueños que flotan desgarrados,
Y las penas que el tiempo desvanece,
Y tantos espejismos olvidados
Que en la distancia la ilusión acrece,
Todo busca tu seno, todo quiere
Embotar el dolor, puñal ocúlto
A cuyo golpe la esperanza muere,
Y olvidar el tumulto en tu tumulto!

¡He evocado á tu vista, temeroso,
Del polvo de los siglos, el pasado,
Con sus horas de lucha y de reposo!
¡He mirado llegar aquel soldado
Que bajo cota de crujientes mallas
Guardaba un férreo corazón, suspenso
Delante de tus lúgubres murallas,
Interrogando tu recinto inmenso,
Cuando mostraba, palpitante y nueva,
La montaña granítica la herida
Abierta entre la piedra endurecida
Por la mano inmortal de Nenqueteba!
¡Y rasgando con vuelo soberano

Los pálidos cendales de la historia,
He visto sobre el monte, sobre el llano,
Morir, luchando con honor y gloria,
La raza que adormeces con tu canto,
Cuando te vuelcas, rápido y profundo,
Y con raudales de perenne llanto
Riegas la virgen soledad de un mundo!

¡He llegado á tus ásperas riberas
Hoy que la suerte sin piedad me abruma,
Más débil que el capullo de la espuma
Que salpica tus rocas altaneras;
Hoy que he sentido con afán doliente
La puñalada de un dolor profundo,
Hoy que llevo en mi espíritu, viviente,
La visión de un semblante moribundo!...
¡Ah! déjanos sufrir, mientras tú gimes
Indiferente á la miseria humana,
Tu blanca niebla la pendiente moja,
Con tus anillos al peñasco oprimes,
Y siempre pura tu corriente mana!
Hay más rudo pesar, mayor congoja,
Más opresión, más hondo paroxismo
En la lucha del alma con la vida,—
Que en el loco furor de tu caída,
Que en tu choque tenaz con el abismo!...

¡El abismo! ¡el abismo! ¡Es una tumba
Que te aguarda al pasar, muda, en acecho...
Donde todo vacila y se derrumba,

Como árbol consumido por la llama,
Para morir en su recinto estrecho:
Ríos, ciudades, la virtud, el nombre...
Es la sima que absorbe al Tequendama,
Es el destino que destroza al hombre!...
¡El oculta en sus lóbregas entrañas
Atracciones traidoras; él te espera,
Torrente que naciste en las montañas,
Al rayo de la dulce primavera,
Para verte de pronto arrebatado,
Seguir rugiendo, sin volar, inerte,
Querer retroceder y, al fin, airado,
Marchar, como al suplicio el condenado,
Luchando brazo á brazo con la muerte!
¡Tú lo presientes, te retuerces, quieres
Detenerte, te exaltas y te agitas,
Con profundo terror te precipitas,
Y, hecho pedazos en las rocas, mueres!
¡Envuelto en centellantes resplandores
Alumbra el sol tu bárbara agonía,
Y te cubre de luz y de alegría
Como se cubre un féretro de flores!...

Nacer entre sonrisas, bajo el beso
Del aura que suspira en la espesura,
Ser la voz misteriosa que murmura,
Dulces endechas al juncal espeso,
Ser la fuente en que el cielo se retrata,
Que á la campiña silenciosa riega,
Y acariciando la extendida vega

Al través de la yerba se dilata,
¿Para qué? ¿Para qué?
—Llega una hora
Y el niño es hombre. ¡La veloz corriente
Que se arrastraba, plácida y serena,
Lanza al viento su voz aterradora,
Se encrespa, lucha, se revuelve y truena!
¡Vano, vano furor! ¡Dobla la frente
Gigantesco raudal, honda cascada!
¡Te arrebata una mano despiadada
Como el viento la arena del camino!
¡No volverás á tu apacible calma!
¡En el ronco clamor del torbellino
La palabra de Dios habla á nuestra alma!

¿Y nosotros? ¡También arrebatados
Por incesante afán, mustia la frente,
Triste el alma, los miembros fatigados,—
Seguimos á merced de la corriente!
¡Y en rebelión eterna con la tierra
O heridos por el mal y el egoísmo,
Dejamos el amor, la fe, la gloria,
Como armaduras de una antigua guerra,
Para rodar, por fin, en el abismo!
¡Abismo! ¡redención! ¡No es la esperanza
Reflejo de una imagen ilusoria,
Que se disipa si el dolor avanza!
Aquí donde la mente enardecida
Se embriaga de profundas emociones,
Siente más viva circular la vida

Y latir con más fuerza las pasiones,—
¡Levantemos el himno de victoria,
Nosotros, los errantes, los proscritos,
Los que al vivir, llorosos ó risueños,
Hacemos nuestros sueños infinitos
Y vivimos la vida de los sueños!...

MIMÍ

AL DOCTOR DON PEDRO GOYENA

Era el rayo del sol de la mañana,
El jardín se bañaba en sus fulgores,
Y la brisa al pasar, dulce y liviana,
Repartía sus besos á las flores.
Los árboles gozosos, sacudidos
Por sus ráfagas cálidas y suaves,
Acompañando el canto de las aves
Arrullaban sus sueños en los nidos.
El estanque bruñido sonreía.
¡Todo era alegre: el césped deslumbrante
Escuchaba extasiado la armonía
De la fuente veloz; y allá, distante,
Se empinaba, curioso y solitario,
Bañado de la luz en los reflejos,
Con su cúpula tersa de azulejos
Y su cruz cincelada, el campanario!
¡Recorriendo las flores amorosas

Y dejando en sus pétalos su aliento,
Como rayos del sol, las mariposas
Giraban en eterno movimiento!
¡Todo era un himno al resplandor del día,
Al cielo centellante de la aurora,
Himno lleno de luz embriagadora,
De savia y explosiones de alegría!
Balbuceaba la brisa pasajera
En la verde extensión de la espesura...
—¡El mundo se agitaba con ternura
En su luna de miel, la primavera!...

¡Julia corría en medio de las flores,
Esas dulces hermanas de la infancia
Que tienen su inocencia y su fragancia
Y calman con dulzura sus dolores!
—¡En su espalda la rubia cabellera
Se esparcía como oro deshilado
Y su cutis de armiño, sonrosado
Por la viva inquietud de la carrera,—
Atraía á las dulces mariposas
Como la blanca túnica del lirio
O la roja corola de las rosas!
Era un sueño, era un rayo, era un delirio
Persiguiendo los giros de su vuelo.
¡Las ramas se inclinaban en su frente,
Y al pasar á la margen de la fuente
La contemplaba, reflejado, el cielo!

Al fin, cansada, se detuvo. El viento
La acarició con más amor. ¡La alfombra

Del cesped verde le ofreció su asiento
Y los árboles todos cariñosos
Se dilataron para darle sombra!
Meditaba. ¡En sus ojos luminosos
Flotaba su mirada deslumbrante
Con la muda plegaria del que invoca!
¡Su único anhelo, su visión constante,
Lo que daba sonrisas á su boca,—
Era ese eterno sueño del cariño,
Era la imagen blanca y hechicera
De una muñeca, la primer quimera
Que despliega sus alas en el niño!...

La Muñeca llegó. ¡Cuántas caricias!
¡Cuántos sueños de pronto realizados!
¡Cuánto amor, cuántas íntimas delicias
Brillaron en sus ojos azulados!...
¡Aquel pequeño ser, aquel esbozo
Inanimado y yerto, de la vida,
Exhalaba un tristísimo solloso!
En su cuello flotaba desprendida
Su suelta cabellera, que adornaba,
Julia llena de encanto y de ternura,
Y como último rasgo de hermosura
Y gracia extrema,—¡la muñeca hablaba!...
Era poco, es verdad. Pero, lectores,
¿Para qué más palabras, si decía:
—Papá y mamá, y, exánime, gemía
Como el ave sin nido entre las flores!...

Julia la amó con la pasión intensa
De la niñez risueña. La llamaba
Mimí; vivía con su voz suspensa;
Al descender la noche la arrullaba
Y dormía con ella entre los brazos;
¡Y sí, á veces, Mimí, trémula y llena
De dolor, al llorar era importuna,
Julia inflexible, como enorme pena,—
Aunque llevando el alma hecha pedazos,—
La dejaba dormir sola en su cuna!

¡Y luego era el perdón! ¡Cuántos acentos
De cariño, borraban su castigo!
¡De su abandono y su dolor testigo
Para calmarla, le contaba cuentos!
Y al conjuro de esa alma encantadora
Acudían los genios y las hadas;
Barba Azul en la sombra aterradora,
Pulgarcito estampando sus pisadas
A través de la selva tenebrosa
Donde el Ogro de niños se alimenta,
Y, junto al fuego del hogar, radiosa,
¡La pobre, la querida Cenicienta!...

¡Llegó el invierno destemplado y frío!
¡Los árboles, sufriendo las nevadas,
Retorcían sus ramas descarnadas,
A la luz del crepúsculo sombrío!
¡Ya no flotaban como tersas plumas
Las nubes al cruzar el firmamento!

¡Como un puñal asesinaba el viento!
¡Todo era angustia, soledad y brumas!
¡La fuente se arrastraba moribunda
Sobre el lóbrego cauce congelado,
Y el mar sobre el peñasco quebrantado,
Inclinaba su sien meditabunda!
¡Sin la fuerza del sol y de la aurora,
Bajo el cielo de nubes encubierto
El jardín muere, la arboleda llora,
Y nadie cruza su ámbito desierto!
Todo busca calor. ¡Dentro del nido
No se escuchan arrullos ni canciones!
¡Caen las hojas, y van las ilusiones
A morir en el seno del olvido!

¡Ah! el plácido hogar gime sin calma!
¡Falta una voz en su recinto estrecho,
La voz de Julia que le daba el alma!
¡La fiebre que, esperándola en acecho,
La ha dejado crecer, pura y hermosa,
Una noche callada y tempestuosa
La hirió á traición y la postró en el lecho!
¡Y su pobre cabeza, devorada
Por el delirio y el dolor, se oprime;
Vaga triste y sin rumbo su mirada;
De cuando en cuando dolorida gime,
Y cansada, sin savia, se debate
En garras de ese fúnebre tirano,
Con el esfuerzo triste y soberano
Del que lucha en el último combate!....

Lentamente, se apaga la existencia
En su cuerpo sin fuego. Todo inspira
A su lado la paz y la inocencia.—
¡Su madre melancólica la mira,
La luz alumbra su pequeño lecho,
Un Cristo le abre los eternos brazos,
Y sueña que recibe sus abrazos
Y que duerme, por fin, sobre su pecho!
¡Entonces, como flor que en la mañana
Inclina sobre el tallo la corola,
Como en un beso, pálida y liviana,
Se derrama la espuma de la ola,—
Inclinando su frente sin pesares,
Oye un trémulo acento que la nombra,
Escucha como un ruido de cantares,
Quiere abrazar á un ángel en la sombra,
Extiende el brazo, rígido y suspenso,
Como apartando el golpe que la hiere,
Mira á su madre, con amor inmenso,
Y, besando á Mimí, suspira y muere!—
. . . .

¡Desde entonces la madre sin aliento,
Como un espectro en la tiniebla, pasa
Con un solo dolor y un pensamiento
Que el alma lentamente le traspasa
Y arrastra, con la mente en el pasado,
Que, como una montaña, se derrumba
Encima de su pecho fatigado,
La vida del ciprés sobre una tumba!

De tarde en tarde, con la vista errante,
Vacilando en su marcha, se dirige
Al cuarto abandonado, y anhelante
En el mudo martirio que la aflige,
Con la frente siniestra y contraída
Por la sombra tenaz de su fortuna,
Dice:
—«¡Julia... No ha muerto... está dormida!»...
Y se aleja, extraviada, conmovida
Mientras queda Mimí sobre la cuna!...

LAVINIA

Moi qui ne suis pas prude et qui n'ai pas de gaze
Ni de feuille de vigne á coller á ma phrase...
Je ne passerai rien......
Ce que j'écris, n'est pas pour les petites filles
Dont on coupe le pain en tartines. Mes vers
Sont des vers de jeune homme, et non un catéchisme.

Th. Gautier.—Albertus.

I

En las noches de invierno, junto al fuego,
¿Qué hacer, lector, cuando el carbón chispea,
Pasa la brisa modulando un ruego,
La lluvia melancólica golpea
El balcón de la pieza silenciosa,
Nuestro callado corazón reposa,
Y se escucha el rodar de los carruajes,

De la turba que pasa los zumbidos,
Cual rumor incesante de oleajes
En calma sepulcral desvanecidos?

II

Unos vuelven la vista hacia el pasado
Evocando su imagen transitoria;
Otros recuerdan la perdida historia
De un sueño de ventura disipado;
Otros, escriben versos; ¡yo, contento,
Dejo libre vagar mi pensamiento,
Tomo y recorro con afán ansioso
Una vieja novela, y al conjuro
De tu acento se puebla mi reposo
Y se ilumina mi cerebro oscuro!

III

Viejo Dumas, amigo de mi infancia,
¡Cuántas veces, tan fijos como absortos,
Meditando en los músculos de Porthos
Te evocaron mis ojos! La distancia
No ha borrado tus grandes creaciones.
¡Aún avanzan en rápidos bridones
Los héroes del amor y de la guerra,
Maison Rouge, Artagnan y Monte-Cristo,
Los dioses coronados de la tierra,
Que en todos nuestros sueños hemos visto!

IV

¡Aún viven esas reinas, esos pajes,
Esos amantes que el amor traiciona;
Gorenflot y su pollino; la tizona
Del valiente Chicot; los ricos trajes
De los reyes hidalgos; las batallas;
El escuadrón que asalta las murallas;
El choque de la lanza y el escudo,
O, como el rayo en la penumbra incierta,
El puñal de Antony, siempre desnudo,
Y su amada á los pies, rígida y yerta!

V

Otras veces, recuerdo conmovido
Aquellos días de la edad primera,
En que despierta el corazón dormido
A los rayos de un sol de primavera;
El colegio, su rápido tumulto,
La habilidad con que pasaba oculto
Con un libro, en los viejos corredores:
¡Toda aquella existencia divertida
Entre el latín, el juego, la comida,
Y el baño de saber de los doctores!...

VI

¡El colegio! ¡Aún contemplo con tristeza
Sus muros, sus salones, mis maestros

Que, al mover fatigados la cabeza,
Me llenaban de horóscopos siniestros!...
¡Mis largas luchas con la lengua griega,
Mi terror por el *alfa* y el *omega,*
La Química, pesada como el plomo,
Cuya horrible visión me perseguía
Hasta que, al fin, por descansar, caía
En brazos de Artagnan ó Juan Palomo!...

VII

Yo amaba la pereza, el sueño vago
Que en nada fija su perpetuo vuelo:
¡Mi espíritu, tranquilo como un lago,
Siempre en el fondo reflejaba el cielo!
Las ciencias me eran todas antipáticas;
No podría sufrir las matemáticas;
De las versiones griegas y latinas
No conserva recuerdo mi memoria;
¡Sólo hallaba muy lógico, en Historia,
El rapto sin igual de las Sabinas!...

VIII

Mi pecho ansioso de pasión profunda
Y lleno de ilusión retrospectiva,
Era una tierra virgen y fecunda...
La bella Helena, la Romana altiva
Herida por la mano de la muerte,
Las víctimas del odio de la suerte,

Las virtuosas, las débiles, la impura,
Que Lysistrata llamaría hermana;
Cleopatra, reina; Aspasia, cortesana;
¡Yo amaba á todas con igual ternura!...

IX

Un día, al arriesgar una caricia,
Cabizbajo salí de la pelea,
Y víctima infantil de la injusticia,
Comencé á despreciar mi Dulcinea...
¡Ah! pobre Caballero que adelantas
Por las sierras de lóbregas gargantas,
De tu rocín desapacible al trote,—
¿Qué encuentras en lugar de tu hermosura?
¡La decepción, la muerte y la locura!...
¡En amor, todos somos Don Quijote!...

X

—Alberto, sin embargo, no leía.
Con un montón de cartas á su lado,
Después de recorrer desencantado,
Tantos ecos de amor, flores de un día,—
Las confiaba al hogar, una por una...
Y esas pobres reliquias sin fortuna
Que su mano exhumaba del olvido,
Parecían sufrir en los carbones,
Y su negro cadáver consumido
Se agitaba con ondas convulsiones.

XI

¡Oh! ¡las cartas quemadas! El pasado
Nunca muere. ¿No es cierto que se eleva
Del polvo de la tierra, siempre nueva,
La embriaguez del placer amortajado?
¡Guardad, guardad con ambición suprema
La sombra del amor; ese poema
Que en la conciencia trémula se esconde,
Esa voz que, al llamar el sufrimiento,
Se levanta del alma y os responde
Con un grito inmortal de sentimiento!

XII

¿Y cómo desterrar de la memoria
Ese sueño feliz? ¡Luchais en vano!
¡El se levanta del confín lejano
A referiros vuestra vieja historia,
El se estremece en vuestro pecho helado,
El alumbra el espíritu cansado,
El mezcla entre los himnos su reproche
Y, cuando el viento quejumbroso zumba,
Envuelto en las tinieblas de la noche,
Se levanta del fondo de su tumba!...

XIII

Alberto,— me direis,—¿era un poeta?
—Algo más y algo menos. ¡Era un loco

Que amaba mucho y calculaba poco,
Era un Don Juan con corazón de asceta!
¡En sus horas de encanto y alegría,
Cuando el destello de la luz del día
El fondo de su ser iluminaba,
Se bañaba en sus puros resplandores
Y vivía feliz, pero estudiaba
Mucho más que á las ciencias, á las flores!

XIV

Siempre en pos de las glorias del amante
Y viviendo de sueños, altanero,
Cuando dejaba de la mano á Homero
Era cediendo á su pasión por Dante.
Por lo demás, espíritu diverso,
Pensaba en prosa pero amaba en verso,
Como las hojas del otoño, mustias,
Sus pasiones rodaban. ¡Su alma sola
Luchaba, sin ceder, con las angustias,
Como lucha el peñasco con la ola!

XV

Dormitaba en sus sueños el deseo
Y flotaba en su espíritu la duda.
Dentro de su alma, pensativa y muda,
Esperaba la alondra de Romeo.
Cuando, huyendo importunos y testigos,
Hablaba de sí mismo á sus amigos,

Les decía: «Mi dicha es bien completa.
«Ninguna sombra de dolor me agita.
«¡Si llaman á mi puerta, no es Julieta,
«Sino Manon Lescaut quien me visita!»

XVI

«¿Qué me importan, decidme, las polémicas
De los que luchan con salvaje encono,
Por levantar su vanidad á un trono
De palmas y «Memorias Académicas?»
¿Hay flores en los verdes matorrales?
¿Contestan á las aves los raudales?
Pues basta para mí. Dejad que pase
El mundo con su loco movimiento
Y que á los pueblos el cañón arrase:
¡Donde él no llega, llega el pensamiento!

XVII

«Yo quisiera volver el paso incierto
A aquellas horas de piedad primera,
En que el sol de una eterna primavera
Fecundaba las flores del desierto;
Y sin odios, sin penas ni dolores,
Olvidando mis hondos sinsabores,
Guardar perenne la divina esencia
Que se pierde en las brumas del pasado,
La paz, la juventud y la inocencia,
Triple perfume del hogar sagrado...»

XVIII

¡Y tenía razón! ¿Quién en su mente
No sufre la opresión de la agonía,
Hoy que giramos en la eterna orgía,
Hoy que al latir el corazón ardiente,
Lleno de amor, de aspiración y encanto,
Desplegando las alas de su canto,—
Como muestra de afecto delirante,
Mientras la risa entre sus labios vaga,
Nana muestra su torso de bacante,
Abre las manos, y nos dice: ¡Paga!...

XIX

¿Y á quien cantar? Ha muerto Magdalena,
La palabra de Cristo se ha perdido;
El grito del furor: «¡ay del vencido!»
Gobierna los combates de la arena,
Madelón y Cathós abren salones,
Y Tartufo disfraza sus pasiones,
La sociedad alegre reverencia
Y dobla respetuosa la rodilla,
Más que á la fe, el honor y la inocencia,
Al augusto Marqués de Mascarilla...

XX

¡Ay, del doliente corazón del joven
Que, desdeñando el hábito ó la toga,

En este mar de corrupción se ahoga,
Si no le quedan Byron y Beethoven!
Salpica la virtud con el sarcasmo
Y oculta como un crimen su entusiasmo,
Dejadlo que sus lágrimas agote:
¡Lleva el germen de todos los pesares!
¡Nace con la piedad de un sacerdote
Y encuentra despoblados los altares!...

XXI

Un día, Alberto se sintió cautivo
Y amó á Lavinia con pasión. Sus horas
Henchidas de placer, embriagadoras
Resbalaban tranquilas. Pensativo,
Dejó á la musa por su buena amada!
Y, aspirando la luz de su mirada,
Entre sus brazos trémulos y tiernos,
Besando la sonrisa de su boca,
En sueños de placer, cantos eternos,
Pasó diez meses de existencia loca.

XXII

¿Y después?—me direis.—¡Pregunta vana!
¡El cansancio llegó, llegó el hastío!
Su pobre corazón se sintió frío.
¡Dicha de ayer, es sombra de mañana!
Otros sueños turbaron su mollera,
Y, desdeñando su pasión primera,

Amó otra vez, frenético, lectores,
Y hoy los recuerdos de su amor repasa
Del fuego á los reflejos tembladores,
Pues mi héroe, sin preámbulos se casa.

XXIII

¡Un héroe que se casa! ¡Vaya un cuento!
¡Qué quereis, yo bien sé que es más hermoso
Un Manfredo en el monte pavoroso,
Dominando los genios con su acento!
Pero mi musa en el vacío flota;
No tiene ni una mísera Carlota,
Ni una vieja Verónica, y, exhausto
Mi numen, en verdad estrafalario,
No ha sabido llevar al holocausto
Un mártir del amor... celibatario!...

XXIV

¡Oh! ¡qué triste es la lluvia! ¡Silva el viento,
Rechinan en las torres las veletas,
Pasan luces fantásticas é inquietas
En el fondo del cielo ceniciento.
Baja la lluvia lentamente, baja!
La neblina semeja una mortaja,
Como un ladrón, el viento se desliza
Rozando las paredes. Su eco incierto,
Parece una canción de una nodriza
Que quisiera arrullar al mundo muerto.

XXV

El fuego conservaba todavía
Un reflejo vivaz. La llama ardiente
Se levantaba rápida, inclemente,
Y entre el rojo carbón resplandecía.
¡Y Alberto, con la barba sobre el pecho,
Tendido en su sillón como en un lecho,
Abismado en sus sueños de amargura,
Sondeaba los misterios del destino,
Enigma aterrador, visión oscura
Que arrebata un oscuro torbellino!...

XXVI

De pronto vaciló. Sobre su hombro
Sintió un golpe nervioso y agitado,
Y, al dar vuelta de súbito, azorado,
Retrocedió con inquietud y asombro:
«¡Lavinia!»—dijo.—Era ella. Temerosa
Levantaba su faz esplendorosa,
Y fijaba sus ojos encendidos
Por lágrimas de fuego, en su mirada.
¡Sus cabellos flotaban desprendidos
Cayendo ensortijados en cascada!

XXVII

¡Oh! ¡qué bella, qué bella en su tristeza
Se ostentaba de nuevo ante su amante!

¡Con qué luz centelleaba su semblante
Y brillaba en la sombra su cabeza!
Sus labios puros, vívidos y rojos;
El fuego concentrado de sus ojos;
Su cuello, de su seno el movimiento,—
Todo era encantador. Su vista hería
De amor y admiración el pensamiento,
Como el sol llena de fulgor el día...

XXVIII

—«¿Es cierto?—preguntó.—¿No me engañaba?
¡Ah! no es posible, no es posible, Alberto!
¿Acaso, dime, tu conciencia ha muerto,
Ó tu alma vive del rencor esclava?...
¡Por piedad, por piedad! ¿Ves? he llorado.
¿No te he dado mi amor? ¿No he marchitado
Las esperanzas de mi pecho puro?
¡Me has hundido frenético en el lodo,
Y hoy que llamo á tu amor, encuentro un muro;
Y hoy, lejos de ese amor, me falta todo!...

XXIX

«Yo esperaba, esperaba todavía...
No podía creer que en tu memoria
Muriera como imagen transitoria
Mi pasión. ¡Cuántas horas de alegría
Has pasado á mi lado! ¡Cuántas horas,
Mintiéndome palabras seductoras,

Reposabas tu sien sobre mi pecho,
Calmaba tus eternos desvaríos,
Te entrelazaba en un abrazo estrecho
Y cerraba tus labios con los míos!...

XXX

«Soy la misma, y ¿me ves? ¡Aún más amante!
¡Oh! vivir á tu lado eternamente,
Posar mis labios en tu triste frente
Arrullando tu espíritu anhelante...
¡Ese es el porvenir que me arrebatas!
Yo te he dado mi vida, y tú me matas,
Vuelve otra vez. No ha muerto mi cariño,
Ni el odio ha envenenado mi abandono,
¿No oyes que te amo? Ven, eres un niño,
¡Yo que he debido odiarte, te perdono!...»

XXXI

Alberto titubeó. Clavó sus ojos
En Lavinia, y con voz indiferente,
Le dijo lentamente, lentamente:
—«Puesto que quieres exhumar despojos,
Hablemos. No te exaltes. Es bien cierto
Que te he amado una vez. Mi pecho yerto
Se reanimó á tu lado. Mi existencia
Recobró un día su perdida calma,
Y esa calma voló. Bebí tu esencia,
Sequé tu juventud, te robé el alma.

XXXII

«¿Y después? Todo muere, amiga mía;
No hay amor que resista tanto halago;
Es un torrente que concluye en lago;
¡Todo hastía, Lavinia, todo hastía!
Hoy ¿para qué traer á la memoria
Aquel cadáver y su triste historia?
Dejemos reposar nuestro pasado.
Llegó la tempestad, y cayó el nido.
Nuestro pecho, Lavinia, está cansado.
Quiere olvidar. ¡Brindémosle el olvido!...

XXXIII

«Lavinia, separémonos. Mi vida
«Va á tomar otro rumbo. Sé dichosa
«Y olvídame».—Su frente tempestuosa
Se nublaba al hablar. Estremecida
Lavinia lo escuchaba, vacilante.
—«No me hieras,—repuso.—Ya bastante
«He llorado por tí. Vamos, sé bueno...»
—«¡Ay! Lavinia, Lavinia, soy el mismo
«Pero llevo un cadáver en mi seno...»
—«¿Un cadáver, Alberto? ¡Tu egoísmo!

XXXIV

El viento con gemido lastimero
Silbaba y azotaba los cristales...
Se oían como ruidos sepulcrales

Perderse en el silencio. Él, altanero,
Con la vista le dió la despedida,
Lavinia vaciló. Muda y herida,
Brilló en sus ojos resplandor sangriento,
Se plegaron sus lábios palpitantes
Y, cruzando de nuevo el aposento,
Se alejó de él con pasos vacilantes.

XXXV

Dejadla continuar. Lleva en el seno
Fermentando el mayor de los dolores;
El delirio infernal de los amores
Ha turbado su espíritu sereno,
Y marcha sola y trémula divaga...
¡Ah! cuando el astro de la fe se apaga,
Cuando se nubla la conciencia oscura
Y el amor es verdugo de sí mismo,—
No se halla salvación en la amargura,
No hay un rayo de luz en el abismo...

XXXVI

Largo tiempo vagó, vagó al acaso
Y sin rumbo ni fin. Cruzó sin calma
Calles y plazas. Desgarrada el alma,
Secos los ojos, impaciente el paso,
Dejó tras sí el murmullo, los reflejos
De las luces, y hundiéndose á lo lejos
En el seno de un negro laberinto,

Siguió, siguió. La sombra la rodeaba.
Todo era á sus miradas indistinto.
Y ella marchaba sin cesar, marchaba!...

XXXVII

De cuando en cuando, en su camino oía
Báquicos cantos, y, al fulgor escaso
De una linterna, reprimiendo el paso,
Escuchó los rumores de una orgía;
Mesas cojas, en torno pobres seres,
Miserables hambrientos, y mujeres;
Humo pesado, resplandor incierto;
Gritos, blasfemias, cantos y querellas,
Y algún ébrio, durmiendo como un muerto,
Sobre un montón de cascos de botellas.

XXXVIII

En el sórdido fondo de la pieza,
Con la frente siniestra y contraída,
Y una pipa en los lábios encendida,
Vió á un hombre y se detuvo. Su cabeza
Vacilaba en la sombra. Aún era hermosa
En su abyección. Doliente y temerosa
Su alma se mostraba á la mirada
En todos sus momentos de agonía,
Como flor que se dobla deshojada
Sin perfumes, colores ni alegría...

XXXIX

El tabuco mezquino rebosaba.
Lavinia entró; pero en aquel instante
Él se puso de pie y alzó vibrante
Su voz sonora que al cantar temblaba:
—«Escuchad lo que dice la Botella:
Dios hizo á la mujer fácil y bella;
Dios hizo al hombre para amarla todo
Se ha levantado desde el mismo fango.
¡Gocemos, pues, hermanos en el lodo,
Sin distinción de calidad ni rango!

XL

«¡La virtud! ¡el amor! dad pan al pobre
Y hablad después, filántropos divinos
Que sembrais de palabras los caminos,
Almas compuestas de miseria y cobre!
Hay hambrientos, ladrones, cortesanas;
Hay seres que al sentir en las mañanas
Brillar el sol, con inquietud y frío,
Sin hogar, sin amor, sin luz, sin lecho,
Van á implorar con ánimo sombrío
La limosna del rico satisfecho...

XLI

«¡Oh amiga! ¡oh compañera! ¡siempre bella
Y amante siempre! Tú eres quien nos calmas
Dando nuevo vigor á nuestras almas,

Tú eres la santa Caridad, Botella!
Tú nos arrullas con amor sincero,
Nos hablas con acento placentero,
Tú descubres magníficos palacios
Y velas nuestro fúnebre destino,
Poblando de visiones los espacios
Al dulce influjo del calor del vino».

XLII

Lavinia lo detuvo con las manos
Y entreabriendo su manto á su mirada,
Dejó ver su cabeza iluminada
Como por un destello sobrehumano.
—«¿Me ves?—le dijo:—Mírame. ¡Soy bella!»
Y brillaba en la sombra, como estrella
Que en la noche se ve resplandeciente,—
Con ese cuerpo que al doblarse ondula,
Con ese ardor de sangre efervescente
Que en oleadas eléctricas circula...

XLIII

—«Soy bella—prosiguió—quiero ser tuya,
Tuya, tu bien, dormir entre tus brazos,
Al calor de tus férvidos abrazos
Y sin que nada nuestro amor destruya.
Pero hay alguien que está sobre mi senda...
Yo te daré mi vida como ofrenda,
Yo ligaré mi suerte con tu suerte,

Si rompes la cadena que me ata...»
Y él contestó:—«Dí, ¿cómo poseerte?»
—«Siendo mi vengador. Tómame, y mata...»

XLIV

¡Oh! ¡que triste es la lluvia! No hay un astro
Sobre el cielo enlutado. Silba el viento
Y se pierde en la sombra su lamento...
Así pasa la vida... Cada rastro
Del agua, ahonda el primitivo cauce.
Dobla sus ramas con dolor el sauce!
Como un ladrón, el viento se desliza
Rozando las paredes. ¡Su eco incierto,
Parece la canción de una nodriza
Que quisiera arrullar al mundo muerto!...

XLV

Brilla la alegre luz de los festines
En casa de Lavinia. ¿A quién espera?
Cae flotante su hermosa cabellera;
Muellemente extendida en los cojines
Escucha ansiosa. Mágicos reflejos
Alumbran el cristal de los espejos;
Una mesa servida centellea;
El fuego luce en la apartada estancia,
Y en tanto el viento aúlla y balbucea
Y se pierde gimiendo en la distancia.

XLVI

¡Una... dos... media noche! Hora suprema.
Escuchad! ¿No parece que se agita
El mundo entero? El corazón palpita.
No hay en la sombra quien no rece ó tema!
Despierta, Macbeth! Pálidos se oprimen
Los lábios fríos del rencor. El crimen
Afila su puñal. La virtud llora,
Y el vicio alegre entona sus canciones...
¡Media noche! ¡hora de pesares, hora
En que se exaltan todas las pasiones!

XLVII

Puck está cerca. Hay voces que nos llaman
Y nos engañan. Hoffman se sacude
Y oye el violín de Krespel. Todo acude
A un conjuro siniestro. Se derraman
Apariciones vagas por el viento.
Cada canto es el eco de un lamento.
Los muertos dejan su ataúd y giran;
Los genios llegan por ocultas sendas;
Los que duermen se agitan y suspiran;
Pasa el aura impregnada de leyendas.

XLVIII

¡Media noche!... Silencio. El viejo Fausto
Comprende derrotado su impotencia,
Y, al quebrantar la copa de la ciencia,

Cae, maldeciendo su destino, exhausto.
Claudio Frollo, con lúgubre amargura
Graba: *Ananké* sobre la piedra oscura.
¿No oís ese rumor? Es un gemido
De hondo dolor y concentrada saña;
¡El feroz cazador vuela perdido
Talando como un rayo la montaña!...

XLIX

Y ella espera impaciente. Su mirada
Se fija con horror en su atavío...
Su pasión ha crecido como un río
Ahogando su conciencia desgarrada...
Odia y espera, espera al asesino
Con salvaje ansiedad... ¡Oh Amor divino!
¿Por qué, tras sueños de apacible calma,
Nos traes la tempestad? ¿Por qué tus horas
Dejan veneno y hiel dentro del alma?
¿Por qué, dándonos vida, nos devoras?...

L

Rumores... ¡Escuchad! Se abre la puerta
Y entra un hombre de súbito aterrado;
Y, mostrando un puñal ensangrentado,
Pasea en torno su mirada incierta...
Ebria de gozo, ardiente, entre sus brazos
Cae Lavinia; le oprimen sus abrazos;
Le acaricia su boca con locura,
Y, cediendo al ardor de su reclamo,
Roto el traje, radiante de hermosura:
«Soy tuya—dice—para siempre. ¡Te amo!...»

ADAN QUIROGA

MI MUSA

Mi musa es lo ideal. Cuando la llamo
Acude á mi reclamo,
Junta mis ayes de dolor, dispersos,
Y les hace callar, y les inspira,
Les entrega la lira
Y vuelven hasta mí soñando versos.

Ella, si siento, me acaricia tanto
Que diluye mi llanto,
Sin que suspiros del amor le esfumen;
Que al ay! no deja, si del labio brota,
Ser no más que una nota
De un dolor que las lágrimas consumen.

Es manojo de vívido destello
Su profuso cabello,
Parásito de oro de su espalda;
Hay en sus ojos, tristes y rasgados,
Dos cielos inundados
Por el verde color de la esmeralda.

En el mármol de estatua de su frente
La inspiración ardiente
Con pletórica vida centellea;
Y en la sien, que la música concibe,
Se siente y se percibe
La ebullición perenne de la idea.

Sus oídos atentos algo escuchan
Cuando en la tarde luchan
Luz de sol y crepúsculo de luna;
El ósculo en sus labios vive preso
Como niño travieso
A quien la madre recostó en la cuna.

Es en mis sueños al pensar, sencilla;
Y van por su mejilla
Las curvas del reir á su semblante;
Cobra aire regio y actitud de diosa
Si medita afanosa,
En lo noble, lo inmenso y lo distante.

Y no solo deidad ó diosa es ella,
Sino agreste doncella
Que corona su sien con el idilio,
Y en la guitarra nacional se inspira,
Y canta con la lira
Rival de la zampoña de Virgilio.

Mora en las sierras de la patria mía,
En la floresta umbría,
Adorada del sol, llena de verde;
En el valle de trébol matizado,
Donde el raudal cansado
Ya brota á flor de tierra ó ya se pierde;

En la choza de rústicos pastores,
Donde hacen los amores
Dilatar en el labio el universo;

Donde al vivir la vida nos parece
Que el otoño florece,
Que la luz canta y que ilumina el verso.

Es nota, y flor, y mies en primavera,
Y cuanto en la pradera
Es búcaro de amor, de luz ó canto;
Ama la aurora, que matices luce,
El astro la seduce,
De la puesta de sol hace su encanto.

De la grey pastoril y su inocencia
Me habla con frecuencia,
Con voz que tiene aliento de claveles;
Y me dice unas cosas tan extrañas
De mis verdes montañas,
Que sueño con sus *molles* y laureles.

A veces descuidado me sorprende,
Pues súbita desprende
Tal lluvia sobre mí de flores y hojas,
Que de temor á las espinas, salto,
Y huyo de ese asalto
De ánforas blancas y corolas rojas.

Son las flores de traje campesino
Que cortó en el camino
Y que me trae, como recuerdo grato:
La pasionaria, de labor prolija,
Cámbulos de Aconquija,
Flores del aire, con que viste Ambato.

Otras veces, haciendo de aldeana,
Con un traje de lana
Vestido el cuerpo, que la forma envidia,
Llega á mi alcoba en el instante triste
En que el alma se viste
Con esas horas negras con que lidia.

Es entonces de verla con que anhelo
Las nubes de mi cielo
Diluye entre las ráfagas terrestres,
En frases relatándome, sencillas
Los lances de las trillas,
Del amador las églogas campestres;

O entonando esos *tristes*, que parecen,
Acordes que florecen
Al soplo de las noches argentinas;
Ó esos cantos en décimas aladas,
Que semejan cascadas
De un amor, despeñado en las colinas.

¡Musa de las entrañas de mi tierra,
Perfume de la sierra,
Eco lejano de los grandes ríos:
Cuantas veces, en ósculo abrasado,
Tu voz, no se ha mezclado
A la tristeza de los versos míos!

Otras veces, olímpica y airosa,
Con el desdén de diosa
Y el regio porte de la musa helena,

Sin la guirnalda de campestres flores,
Sin idilio de amores,
Sin el cantar nervioso de la pena;

Con el alma en su ser arrodillada,
Con la mente arrastrada
Como por un imán á lo infinito,
Ofreciendo á los mártires la historia,
Estatuas á la gloria
Y al héroe el bronce que amasó el granito,

La musa del idilio, transformada,
Me refiere inspirada
Lo que caber no puede ni en el arte:
¡El abrazo del cántico y la hazaña
En la adusta montaña,
Del bardo y el guerrero, Apolo y Marte!

¡Me cuenta de la edad de las edades,
En que cien tempestades
En el monte rugian y en el llano;
Mientras la patria con la mente esclava,
Cual titán en su clava,
Era carne del buitre castellano!

¡Con qué sagrada inspiración refiere
Como el soldado muere,
Cobra alma el bronce y resucita el muerto!
¡Cómo la libertad es madre un día,
Doncella que vivía
Abrazada á la Cruz en el desierto!

¡Si me parece, oyendo su relato,
Que el toque de rebato
En el cuartel del castellano escucho,
Mientras de Tucumán suenan las dianas
Y llenan las mañanas
Los clarines de Maipo y Ayacucho!

¡Si me parece al escucharla atento
Que truena el pensamiento
Dentro del cráneo, con su fuerza toda;
Que es hoja de laurel la hoja del suelo,
Y que en lo azul del cielo
Cada estrella que tiembla es una oda!

Entonces, como el cóndor, sube y sube,
Aleteando, á la nube
El verso de mi musa, en dulce calma,
Y, domador de lo infinito, truena
Si cruge una cadena;
Brilla si es libre el corazón ó el alma!

¡Y mientras soy de aquella musa dueño,
Me fascina ó desdeño
Cuanto la vida universal encierra:
Por soñador y por demente, el hombre,
Lo eterno por su nombre,
Por grande el mar, y por ruïn la tierra!

AL EJÉRCITO DE LOS ANDES *

Su plan de cóndor, de tan vasto aliento,
El Misionero silencioso fragua,
No son valla los Andes á su intento,
Ni la rugiente inmensidad del agua.
Inca Yupanki tramontó la sierra,
Y Villac Humu con Almagro el Viejo
Vadearon las nieves, sojuzgando
La del Promauca poderosa tierra,
De espaldas y de yelmos al reflejo.
Sobre la mar Pacífica, Pizarrò
Entrega á los tritones del abismo,
Sin freno y brida, su velero carro,
Sintiéndose espantado de sí mismo.
La cordillera en cada invierno espesa
Sus aluviones de perpetuos hielos,
Y en cada tempestad el mar ensancha
Su no sujeto límite iracundo;
Que aquella escala cielos y más cielos,
Y el agua precipita su avalancha,
Sobre la curva tropical del mundo.
Y el Misionero silencioso calla,
Y en la andina ciudad retiene el día

* Premiada en el Certamen Literario de la Academia Literaria del Plata, el año 1903.

De su primera y su triunfal batalla,
Que no es hora propicia para el golpe
La de un pálido sol de mediodía.
A laborar aprisa, y sin sosiego,
En el callado invierno sin alarmas:
Al duro hierro someter al fuego,
Y convertirlo en vengadoras armas;
A no dar tregua en la ciudad patricia,
Ni en el parque y taller del Plumerillo,
A la fragua, al batán, al yunque, al molde,
A la aguja, á la lezna y al martillo,
Y á maniobrar de sol á sol. Mendoza,
Con pie seguro en sus movibles valles,
En un gran campamento; vivaquean
Cambujos y libertos en sus calles;
Los cholos de rebeldes alardean;
Cantan contra su rey, y de las viñas
En odres beben los cuadrienios jugos,
Y en las dulces miradas de las niñas
Uncen de nuevo los odiados yugos.
Ah! ¡Todo el mundo á caballo, y en campaña!—
Truena un clamor de la argentina tierra,
Y todo el mundo se alza contra España
Con el dilema—¡independencia ó guerra!
  El bravo montañés, el heredero
De los dolores de la extinta raza,
En atizar los odios contra el godo,
En franca rebelión, es el primero.
Su varonil espíritu rechaza
Dominaciones, servidumbres... ¡todo

O nada!—quiere en el natal refugio
De sus bohíos, que el rencor le abruma...
¡Y á borrar el baldón de Vilcapugio,
Y á vengar la vergüenza de Ayohuma!
De valle en valle la noticia cunde
Que el Salvador apareció en Mendoza,
Y por llanos y sierras se difunde;
Y entre el continuo circular del mate,
Junto al fogón de la ignorada choza,
Las mentas hablan de un triunfal combate.
¡Y adios Castilla con sus bravos godos,
Alféreces, justicias, regidores,
Impuestos, alcabalas y tributos,
Y forzados servicios y rigores,
Monopolios de oficios y de frutos,
Y cuanto grana y cuanto espiga el suelo
Para fomento de las arcas reales!
¡Y adios fueros de doctos y de usías,
Fernandinos escudos y blasones,
Prebendas señoriales, regalías,
Tapadas, y tenorios y balcones!
¡Y adios, oh linajudo castellano,
Que seda y raso y damasquinos gastas!
¡Y el poncho valga, el barragán indiano,
La patria urdimbre y el hechizo lienzo,
Que ya proclama la igualdad de castas
El criollo sableador de San Lorenzo!
En ciudades, y villas y campañas,
Con un ir y venir de gratas nuevas,
Mozos, viejos, paquetes y paisanos,

Se empiezan á alistar para las levas,
Jurando no amainar en la batida
De obligado desquite á los hispanos.
Con voz tonante, en el villorrio, el cura,
A la sombra del tala centenario,
A la patria proclama, da lectura,
Reuniendo en asamblea al vecindario:
Y al estallar la aclamación, un mozo,
Que en las filas patrióticas milita
Y en arengar al pueblo se ejercita,
Arrebatando aquel papel, se lleva
El viril documento en que palpita
El alma joven de una raza nueva,
Y entrando á la cercana pulpería
Vuélvense, el pueblo una hermandad de amigos
Una constante vidalita, el día,
La noche, un largo retrucar de obligos,
Desde Jujuy notábase y las Punas
Un indemne, insumiso movimiento,
Que á la región andina sacudía
El vórtice de un grande pensamiento
Con los nuevos ideales y fortunas.
Los de Salta y Jujuy bajan del Norte
Montados en los briosos redomones
Del gaucho Güemes, con airoso porte,
A un quejumbroso yaravé arreglando
El metro de las bélicas canciones.
A la mitad de su camino alcanzan
Al tucumano, que con firme empeño
Abandona su obraje en los laureles
Y sus surcos de caña; al santiagueño,

Que no lleva otro avío que sus ojos,
Atisbadores de la huyente abeja,
Que labra en troncos de simból sus mieles;
Tras ellos van los criollos del Ambato,
Gastando el lujo de sus ponchos rojos,
Y encomendando, al clarear el día,
El multiplico semestral del hato,
La suerte de sus hijos á María;
Y luego sigue el perspicaz riojano,
Que el trance salva las llanuras secas,
Al desamparo de su cielo glauco,
Silbando gatos, tarareando cuecas
De las vendimias de su dulce Arauco:
Y el cordobés audaz, que en su tonada,
Alardeadora de sus doctas luces,
Se pinta con sus mañas de paisano,
Viaja á la par del corredor puntano,
Insigne en las batidas de avestruces.
Y aquella romería se encamina
A la ubertosa tierra de alamedas,
Do medra el enviciado carolina,
Do el olivo y la vid se dan abrazos,
Y la morera mueve con sus brazos
La rueca de oro del telar de sedas.
¡Salve oh raza de heroicos montañeses!
¡Mohinos y aguerridos luchadores,
Ya azoten vuestra carne los reveses,
O la lid os aclame vencedores!
¡Por vosotros culmina la existencia
De esta gran patria de las patrias todas;

Vuestro brazo labró la independencia,
Y, como estatua colosal de Rodas,
La efigie secular de nuestra gloria,
Para que fuese en los futuros tiempos
El grande monolito de la historia!
¡Para tanto luchar, y caer luchando,
Para tanto vencer, y ser vencido,
Desde Mayo triunfal hasta Ayacucho,
Es relegaros al ingrato olvido
Compensar tan moríficas hazañas
Con el mísero bronce de Falucho,
Cuando sobra metal en las montañas!
Por todos los caminos y las sendas
Arrebañados van los insurgentes,
E invade los cuarteles de la villa
Indomeñable multitud de gentes,
Las que dejando al arrapiego gaucho,
El burdo poncho y el sombrero aludo,
Se visten con los bélicos arreos,
Que laboraron las gentiles manos;
Y al retribuir el militar saludo
Ostentan en los parques y paseos
Su apostura marcial de veteranos.
¡Sus soldados, por cientos y por miles
El Misionero silencioso cuenta,
Y en las tendidas líneas y desfiles
Mira aumentar su ejército, á medida
Que su fe en la victoria se acrecienta,
Y el día llega de lanzar su gente
A la grande, invencible arremetida,

Precipitando sobre el otro lado
De espadas y de sables un torrente,
Que correrá sonante y desbordado,
A la luz incendiaria del Antuco,
Buscando al Maipo para ser su afluente,
Después de abrirse cauce en Chacabuco!
¡Cual latiría el íntimo sensorio
Del silencioso capitán rebelde
Al mirar realizarse «su secreto»
Que el orbe fustigara de ilusorio,
Si saliera á la luz enorme y grande,
De tan magnas y vastas proporciones
Cual su gigante obstáculo del Ande,
La colosal vallada de aledaños,
Que confunde y separa las naciones,
Repartiendo los siglos y los años.
¡Y qué mundo de raras emociones
No describiera su imborrable curva
En derredor del sol de sus anhelos,
Al contemplar la cintilante turba,
¡De los fulgentes astros de los cielos,
Que en su triste soñar de peregrino
En la patria infeliz de sus abuelos,
Le hablarían de Dios, y su justicia,
De la lucha, y su oscuro desenlace,
Del mundo colonial que se desquicia,
Y del mundo de América que nace!
¡Paso al invicto Capitán y ¡plaza!
A los bisoños tercios que le siguen,
Y que fusil al hombro y sable en mano

El gran ideal de libertad persiguen
Para todas las patrias oprimidas
A lo largo del suelo americano!
La disciplina ingénita transforma
Al montañés intonso en veterano,
A la mesnada rústica en milicia;
Al toque de tambor en línea forma
La zafia y grande división patricia,
Que al rumor de ardorosas clarinadas
Camina y anda, evoluciona y muere
Su mar de bayonetas afiladas.
¡Como al patriota espíritu conmueve
E inspira aquel ejército formado
De un día al otro, con genial empeño,
En la historia del mundo destinado
A realizar la idealidad de un sueño!
¡Vadear los ríos, ascender montañas,
Salvar desfiladeros, repitiendo
Del Africano y Corso las hazañas;
Convulsionar las oprimidas tierras;
Dominar horizontes y confines,
Caminando por rutas de victoria
El puñado de heroicos paladines
Que llegan á codearse con la gloria;
Izar el blanco y el celeste trapo
En la torre del gótico castillo,
Entregando á las plebes, hecho harapo,
El glorioso y simbólico estandarte
Del honor, de la fe, de la ventura,
De la guerra, la náutica y el arte,

El pabellón de rojo y amarillo;
Llegar del mar á la extensión undosa,
Y de argonauta en una frágil quilla
Medirse con la mar ¡enorme cosa!
Y apresar, y dar caza diariamente
A los veleros barcos de Castilla,
Aunque se oponga la tormenta al frente;
Ir, y bajar en la lejana orilla
Donde se duermen los incaicos soles,
Y abrirse paso, mutilando yelmos,
Mellando espadas y quebrando lanzas
Por entre muchedumbres de españoles,
Para tomar la victoriosa senda
De las nuevas fortunas y esperanzas;
Y avanzar por la arena y por la nieve,
Y levantar la blanquecina tienda
Sobre el panal del congelado pico,
Y en el gran humedal del Apurímac
Y en la hidrópica selva del matico
Dormirse con el sueño de las dianas,
Y aparecerse la visión del Rímac,
Cuando la noble y colonial matrona,
Al grito victorial de sus campanas,
Deshoja el mirto de su real corona;
Cortar la línea equinoccial á sable,
Y aventurarse á Guayaquil y Quito,
Y dominar, en día memorable
Con su bandera desplegada al viento,
La cónica atalaya de granito
Del deslavado Chimborazo, que hunde

Su aturbonada sien, que el rayo azota,
En el piélago azul del firmamento!...
¡Ah... parece imposible tanta hazaña,
Al meditar que el gaucho es el que vence,
Y es el vencido nuestra madre España!...
¡La nieta de Alarico, engendradora
De los Carlos, Felipes é Isabeles;
La venerada y secular señora
Que, al andar victoriosa por el mundo,
Para besar su planta se inclinaron
Las copas de los mirtos y laureles!
¡Mas la trompeta de la diva Clía
Llena de salmos el azul profundo,
Y en la inmensa elación de tanta gloria,
En su carrera se detiene el mundo
Para oír la gran década de historia!...

Pasa el invierno frígido y brumoso,
Y ostenta la aterida Cordillera
Su espléndida canicie de coloso.
La mira el Misionero silencioso
Circunscribir el límpido horizonte,
Y anonadado al verse tan pequeño
Midiendo su estatura y la del monte,
Murmura sin cesar: «¡esa montaña
No me ha dejado conciliar el sueño!»
El día de la marcha contra España
Se va acercando, ¡memorable día!
Ya quema el sol de la argentina tierra,
Enjoyando la era labrantía;

Ya derrama su lágrima de duelo,
En el índigo pico de la sierra
El rubro Vesper de araucano cielo;
Ya en el peñasco enjalbegado y yermo
La luna brilla, y por la noche oculta
Su faz doliente de fetiche enfermo
O de *finada* virgen insepulta,
Ya se siente en el patrio campamento
Del Plumerillo, en el risueño valle,
Un grande y obstinado movimiento,
Hervir de gentes y chocar de espadas,
Y, galopando en su fiafante potro,
Anda anunciando el oficial Lavalle
Que comienzan las clásicas jornadas.
  La histórica ciudad del Misionero,
Como garrida almea se engalana,
Y al aire lanza su canglor guerrero,
Que al despuntar de una feliz mañana,
Abriendo calles el clarín resuena,
Y la tupida multitud renuente
Las avenidas y los parques llena,
Con desgaire triunfal de independiente.
  ¡Loor al invicto Ejército del Ande,
Que en culminante acción de pie se pone,
Y á la viril insinuación del Grande
El basáltico dorso del planeta
Con belicosa majestad traspone!
  ¡Como Belgrano en Tucumán obrando,
Sumiso á Dios y á sus secretos juicios,
Juran los regimientos de patricios

La bandera triunfal del Continente,
Insignia de las clásicas escenas,
A cuya grata sombra se cobijan
La libertad, para espaciar su frente,
La esclavitud para romper cadenas!
En aquel grande, inolvidable día
Cayó la bendición á nuestro suelo,
Y proclamó la muchedumbre loca
Su fe en el triunfo y en el Dios del cielo,
Con el fecundo grito de su boca.
Respondieron tambores y clarines
Por seis mil silenciosos corazones,
Y el nombre de la patria fué llevado
Por el viento á los últimos confines,
Palpitando en las sacras oraciones.
Mas las campanas de las torres callan,
Y no como en los días de victoria
Con jubiloso repicar estallan,
Cantando triunfos y gritando gloria:
Y es que corren, con ruido estrepitoso,
Detrás del escuadrón de pica y lanza,
Fundidas en cureñas y cañones
Por fray Lüis el artífice ardidoso,
Arquímides del parque y la maestranza.
Ha llegado Condarco, el ingenioso
Fabricante de pólvora y batanes,
Que rema con el fuego y con el agua:
El iniciado en los secretos planes,
Nocturno rastreador de soledades,
A la luz del blandón del Aconcagua,

Y en medio de las foscas tempestades.
El español alzó su campamento,
Y al sud desciende la engañada hueste,
Veloz y arrolladora como el viento,—
Que el vil pehuenche Necuñán la lleva,
Falaz secreto revelando al blanco,
Hasta el Planchón en la heredada gleba.
  La previsión científica del genio
Ni en el detalle de un suceso falla;
Y el Grande anuncia con reloj en mano
El día y el lugar de la batalla,
La hora de su triunfo, y el minuto
De redención del orbe americano.
Conocedor de los andinos planes
Del invencible ejército de Cuyo,
Pueyrredón exclamaba:—¡Todo, todo
Al cálculo responde; el triunfo es suyo!...
Sólo que Dios... sólo que Dios sea godo!...
  Era una aurina claridad. Enero
En la afilada bayoneta ardía
Y en las espadas de bruñido acero.
Y era un largo silencio emocionante
De mar dormido en crepitante calma,
De esas que suelen preceder al trueno
Y á la proterva tempestad del alma,
Cuando rompió la tregua de la vida
El ronco acento del cañón andino,
Que daba la señal de la partida
Al inmortal ejército argentino.
  ¿Quién es aquel á quien la turba aclama

Con explosión de vítores triunfales?...
¡Escrito está su nombre en los anales
De medio mundo!—¡San Martín se llama!—
¡El héroe de las druídicas Misiones,
Alto y fornido, como atleta griego,
Cuya frente enigmática y serena
Se insuflaba en su mundo de visiones
Sobre una inmensa tempestad de fuego;
El ronco Capitán de tez morena,
De aguileña nariz y negros ojos,
Los que, á la sombra fiel de sus pestañas,
Abarcaban las patrias lejanías,
Miraban á través de las montañas!
En su mula, enjaezada á la chilena,
De pie firme y de criollas energías,
Al tranco marcha. Cubre su melena
El típico falucho; gran capote
Azul turquí, botonadura gualda,
Ribeteado con vivos encarnados,
Su pecho envuelve y musculosa espalda;
Su diestra empuña el coruscante sable,
Que apunta á los altísimos nevados;
Calza su pie la granadera bota
Que á la rodilla da; ciñe en su taco
La nazarena de estrellado bronce
Con que pica á su potro en la derrota.
Del enemigo, cuando le abren claros
Las recias cargas del Octavo y Once.
Al lado del gigante Misionero
Va, conduciendo el militar tesoro,

Zenteno, el ascendido tabernero.
Del Estado Mayor gloria y decoro,
O'Higgins marcha, en el momento aciago
Para su Chile, que Marcó avasalla,
A despertar el alma de Santiago
Con la diana triunfal de la batalla.
Las Heras va también, el gran Las Heras
Empuje de los choques resonantes,
Que rompe cuadros, desbarata hileras
Con su aguerrido pelotón de infantes;
A la vanguardia de sus tropas, sigue
Soler, el iniciado del Cerrito,
El primero en trepar con osadía
Las empinadas cuestas de granito.
Lleva á la grupa de las mulas, Plaza,
Para hacerse escuchar, la artillería,
Temístocles de trueno y la amenaza.
Cramer y Conde, con marcial talante,
Guían al siete, iniciador de acciones;
Portus y Freyre, á la Legión volante
De audaces coraceros y dragones;
Mandan á los hercúleos granaderos,
A cuyo galopar tiembla y chispea
La tierra, en polvorosos entreveros,
Escalada, Zapiola, Necochea,
Y Melián, Olazábal y Lavalle,
El que al frente de rápidas patrullas
Corre á probar el temple de su corvo
En los agrios ribazos de Achupallas.
Y aquella armada multitud guerrera

Andando, andando, poco á poco sube
A la patria del águila altanera,
A la tierra del cóndor y la nube,
Cual si su intento gigantesco fuera
Dominar la amplitud del Continente
Desde la última roca de granito,
Interrogar el cielo frente á frente,
Y sondear la intención del infinito...
¡La Libertad en vuestra acción confía,
Anónimos soldados argentinos,
Preclaros héroes de la patria mía!
Desde el Estrecho al Ecuador lejano,
Con la fe de su gloria y sus destinos,
Que el misterioso porvenir escuda,
Una mitad del mundo americano
Al puñado de Apóstoles saluda!

Junio 4 de 1903.

ATLÁNTIDA

I

El pensamiento humano
Es un nimbo de luz de mil estrellas,
Que en las noches siniestras de lo arcano
Deja el polvo de soles de sus huellas.

Cuanto más densa obscuridad de cielo,
Más el fanal del astro centellea;
Cuanto más lucha el alma con su anhelo,
Y en su hambre de Ugolino,
A si misma, insaciable, se devora,
Más y más brilla el astro de la idea,
Que al rasgar la tiniebla del ocaso,
Dando un beso al oriente,
A la virgen despierta de la aurora,
Con guirnaldas de rayos en la frente.

Y es que el genio del hombre
Necesita en la lucha que lo humilla,
Para que al mundo asombre,
Tinieblas en el alma,
La duda, que es la sombra donde brilla,
El infortunio que es laurel y palma,
La envidia, que es su arena de combate,
Y nunca el pecho luchador inmuta;
¡Después... destierro, decepción y sangre,
Y veneno, y cadenas, y cicuta...
Y luego muerte, que se llama gloria,
Y sepultura ruin en el osario
Cubierto de cadáveres, la historia!

Aquel se llama Sócrates y apura
Licor de vida cada vez que toma
Con sus manos la copa de amargura;
Cristo, aquel otro, que avergüenza al mundo,
Y á Roma, con ejemplo nunca visto,

Por si algun día, si la muerte asoma,
Morir no sabe como muere Cristo
Y muere como Roma!...

¡Y este último es Colón, el visionario,
Incapaz de abortar ninguna hazaña;
El harapiento soñador, mendigo
De Génova, su patria, la inclemente,
Que dando gloria á España
Dió baldón á su patria y dió castigo;
Aquel demente que tornó demente
Del último confin del oceano,
Con el—¡Sea!—genésico en la boca,
Con un mundo en la mano!

II

Siete siglos hacía
Que la Hisperia del Cid en cautiverio,
A la sombra del regio minerete
Y la torre de ardientes azulejos,
Sin su perdida libertad yacía,
La joven hija del romano imperio
En su infeliz letargo y su desmayo
Ya vibrar no sentía
En Asturias la espada de Pelayo;
El trasparente Deva
No arrastraba la sangre musulmana
Que bañara los pies del monte Auseba;
De Covadonga en el recinto obscuro

No rugía la fiera castellana;
Ni con voces agudas, agrias, roncas,
Latir el héroe hacía
El corazón del llano de Simancas.
¡España esclavizada se reía
Y su perdida libertad lloraba,
Con todas esas lágrimas de sangre
Que vierte el rojo sol de Andalucía,
Sumida en la viudez, entre los brazos
Muelles y voluptuosos del Califa,
Contemplando la tumba
Del héroe de Tarifa,
Nuevo Aquiles latino,
Que fué, matando á su hijo por su patria,
Emulo sin rival de Colatino!

¡Pero Isabel nació, la egregia infanta,
Ligada á la fortuna,
Que arremetió con varonil encono,
En la cruzada santa,
A las mil huestes de la media luna,
Y alzó de nuevo el mancillado trono!
¡Tremenda fué la lid de tantos siglos!
Pero España, por fin, cuando la hora
Sonó de la venganza más cruenta,
Corrió á las tiendas de la gente mora,
En su carroza bélica empujada
Por el soplo voraz de la tormenta!
Las turbas de Boabdil en cien combates
Dispersas fueron por la hueste altiva,

Sin resistir ni un día á los embates
De la noble cautiva,
Que, rompiendo sus yugos carceleros,
Hizo de ellos flamígeros aceros
Con que avivar la ardiente llamarada
Y el sacro fuego de volcan que ardía
En el santuario inmenso de Granada.

¡Hela de nuevo libre y soberana
Con la corona real sobre su frente
Y á su espalda la túnica romana!
¡Hela otra vez, como antes, imponente
Con su ceño de diosa,
Después de siglos de vergüenza y lloro
Al negro borde de su misma fosa!
¡Cuán grande se presenta ante la historia
La matrona infeliz que sufrió tanto
Desde la noche aquella, sin memoria,
Noche de duelo y llanto,
En que el alarbe con su rudo ariete
Bañó de sangre el pecho castellano
En la afrentosa lid de Guadalete,
Tumba de España y del poder cristiano!
¡Y la figura de Isabel, que absorbe
Con tanta hazaña y colosal grandeza,
La admiración del orbe!
¡Isabel! ¡Isabel! ¡aún resuena
En tu dolor el salmo de la fama,
Mezclado al son de aquel clarín guerrero,
Espanto de Zoraida, la agarena;

Aún se oye tu grito de pelea,
Y la voz que te aclama
Biznieta de la estirpe de Alarico
Nacida para madre de una idea!

III

Pero no es, Isabel, la noble gloria
De tumbar de la Alhambra los baluartes,
Redimiendo á tu patria esclavizada,
El más limpio blasón de tu memoria;
No es la empresa gigante de tu espada,
Tu fé profunda, tu virtud austera,
Lo que más te levanta ante la historia...
¡Es Colón! es Colón, que desespera
Soñando en la esperanza de otro mundo,
La nueva gloria que tu gloria espera.

¡Alli viene! ¡alli viene!... Es un mendigo
Que tiene hambre pero pan no quiere,
Que siente frio y no demanda abrigo...
¡Isabel! Isabel! ¡Colón se muere...
Y á tus plantas implora,
Con ese triste acento
Con que la ciencia despreciada llora,
Si en la sien se retuerce el pensamiento!

Cuántos años de angustia,
De insomnios, y de dudas y de ensueños
No han aleteado en esa frente mustia,

Caldeada por la hoguera de sus sueños!
¡Cuántas veces el genio delirante,
Cansado de luchar con la pobreza,
No anhelara extinguir hasta los rastros
De la idea que ardía en su cabeza
Como encendido torbellino de astros!

¡Imposible luchar con la serpiente
Sintiendo el hambre del vedado fruto,
A menos que se llene nuestra frente
Con ese eclipse de razón del bruto!
Satanás, es la ciencia,
El angel tentador que al hombre aleja
Del paraíso de su sueño eterno,
Y caba en la conciencia
El abismo de llamas de su infierno.

Galileo ha sentido que la tierra
Del espacio es viajera peregrina,
Y aunque la infame abjuración pronuncia,
Siente que marcha siempre y que camina,
Y aunque desmienta el labio
Jamás la mente abjura lo que enuncia,
Jordano bruno confirmó la ciencia,
El fin del hombre y su destino eterno,
Y aquella Inquisición de la conciencia
Le preparó un infierno,
Y en el fulgor de la sangrienta tea,
Cuando la llama con ardor le abrasa,
El cuerpo quema, pero no la idea.

Apóstoles de Cristo fueron ellos,
Pues como él, al mirar en lontananza
De la verdad sublime los destellos,
En la noche siniestra del martirio
A las sombras tiñeron de esperanza.
¡Así también Colón, siendo uno solo,
Lucha á su siglo con viril acento,
Y en Rávena convence,
Aunque triste prosterna el pensamiento
Ante el concilio, que amenaza y vence
Con esa fe ruin, que no batalla
Y ofrece hogueras, ciega é impotente,
Si la razón no calla
Al vibrar del relámpago en la frente!

¡Siempre la noche tras la luz del día,
La sombra en la quietud del oceano;
Siempre el error, como cobarde harpía,
Siguiendo el rastro al pensamiento humano!
¡Y siempre el hombre combatiendo al alma;
No hay un laurel jamás para el que lidia,
Para el genio jamás hay una palma!
¡Ya lo sabes, Colón!... ¡de nuevo torna
Humilde nauta de la mar en calma,
Y al soplo de la ráfaga suave
Cobra salud en tu demencia suma,
Y sepulta tu sueño turbulento
Entre los tumbos de albicante espuma,
Para que se haga espuma con el viento!

¡Pero no!... no te humilla
La teológica ciencia,
Ni la saña del vulgo te mancilla,
Ni el desprecio cobarde de los reyes,
Ni el diente de la envidia y la indigencia.
Cuando abatido tu ánimo valiente,
Al peso de algun triste desaliento,
Agobiada la frente,
Creías que dudaba el pensamiento,
Con la ilusión de una esperanza á solas,
Ibas al borde de la mar inmensa
A perder la mirada entre las olas,
Y oyendo en las eternas sinfonías
Del misterioso mar algun relato,
Hay otro mundo, más allá—decías,
Como el divino soñador de Engina,
Siglos antes dijera,
Pensativo, sentado en la ruina
Que acariciaba la ola plañidera.
¡El cielo de tu siglo era pequeño,
Colón, para abarcar los horizontes
De tu divino sueño!
¡Mas nada importa, que la fe sagrada
De la sublime convicción amplía
La estrechez al espíritu marcada,
Y la idea, con luz de pleno día,
Como un cometa sideral describe
La inmensa curba que señala el rumbo
A la altiva razón emancipada,

El alma de tu siglo, transformada,
Al calor de una lid, en sus anhelos,
Dormida entre los lauros de Granada,
Llegó por fin, con ambición de gloria,
A soñar otro mundo en otros cielos;
E Isabel embriagada en la victoria,
Al oir el relato del marino,
Llena de convicción, pensó un instante
Que tenía en sus manos el destino,
Y tres naves le dió para que fuera
A clavar su bandera
En la espalda revuelta de Atlante!

IV

La mar estaba en calma,
Y en el confin lejano
El cielo sonreía como el alma,
Con gallardo vaiven y lento paso,
Avanzaban las regias caravelas,
Con la proa al ocaso,
Sueltas al aire las turgentas velas.
Se pierden poco á poco y desvanecen,
En la línea indecisa de las olas,
Los montes y las selvas que guarnecen
Las costas españolas.
Llega la tarde, y la pupila incierta
Contempla solo en la extensión del cielo
La inmensidad á la mirada abierta,
Y allá á lo lejos, algo que se agita

Como los humos del hogar distante,
Donde el niño inocente
Sonríe, mientras llora
Penas de ausencia el corazón amante.
Luego la noche llega,
Y el marinero audaz desde la proa
A Dios invoca y por sus hijos ruega,
Mientras la nave con desdén avanza,
Y la brisa nocturna,
Como armonioso canto de poeta
En la hora nupcial, brinda esperanza.

¿Adonde van las naves,
Que airosas y gallardas se menean,
Y que las brisas pérfidas
Con su soplo espolean?
¿Adonde ván?... Un día
Y un otro día corre
Y con pasmoso vértigo arrastradas
Se lanzan de la mar á los confines,
Las velas á los vientos desplegadas.
¿Adonde van?....¡Con rumbo al occidente,
Donde falto de tierra, va á volcarse
Veloz el mar, en catarata hirviente,
Arrastrando en su férvida corriente
Pedazos de bajeles
Naves volcadas, restos del naufragio,
Que, en su rabia sin nombre,
Lleva como laureles
De sus eternas luchas con el hombre!

¡Ay del marino audaz! ¡ay de las naves,
Que en empresa tan ruda y temeraria
Veloces van, en dirección al caos!
¡Ay del mísero nauta
Que en pos de la codicia, que es la muerte,
El vellocino de oro va buscando,
Como loco é intrépido argonauta
Lanzado á los azares de la suerte!
¿Qué fuerza misteriosa
Le impele siempre á continuar sin rumbos,
Sin temer la enojosa
Saña del viento, que levanta tumbos
De chispeantes espumas,
Y que despierta al huracán dormido
Bajo el tul impalpable de las brumas?
—¡Adelante! ¡adelante!—
Desde la débil prora,
Grita siempre el marino,
Cuando á inquietarse empieza el mar Atlante,
Sacudiendo sus crines de coloso
Al soplo de titán del torbellino!

¡Adelante! ¡adelante!... ¡impío grito
Del corazón beodo, sin conciencia,
Que tiene ante sus ojos lo infinito,
Y por todo refugio
Un débil leño, que al capricho cede
De la razón perdida en la demencia!
¡Adelante! ¡adelante!...
Y las frágiles naves del marino

Se deslizan, corriendo en el oleaje,
Como blancas visiones de un miraje
En el fondo siniestro del destino.

V

Siempre esa doble inmensidad de cielo
Y de mar, confundidas á lo lejos,
Donde la luz del sol en hebras de oro
Traza el círculo azul de sus reflejos.
¡Arriba, estrellas que palpitan tristes
En las noches serenas;
Abajo, los rumores del oleaje
En el arpa sutil de las sirenas;
Y en el confín lejano,
Donde corre á estrellarse el océano
Palpitante de colera salvaje,
La vestidura de flotante tules,
Los cendales azules
De un mundo sepultado en el arcano!

¡Delirio, nada más! ¡sueño de una hora,
Fantástica visión, silueta inmensa
Que el bello sol de una esperanza dora
Y la frente disipa cuando piensa!
¡Cielo y mar ¡nada más! lejanas brumas,
Silenciosos rumores,
Gemidos de las sombras que se agitan,
Sonrisas de la ola en las espumas,
Cantares de sirena en los albores,

Y en la tarde esas franjas misteriosas,
Que, en el delirio de la fe, semejan
Las playas de una tierra
Tapizadas de nardos y de rosas.

Esperanza con mezcla de delirio,
Gratos instantes en que sueña el alma,
Horas negras pobladas de martirio,
Sombría laxitud, noches sin calma,
Todo en hirviente vértigo se agita
En el fondo del ser que afirma y duda,
¡Todo en la mente y corazón palpita,
Y en polvorosa danza
A los ojos del genio se aparece
Como enjambre que hacina la esperanza!
— ¡Hay otro mundo! — sin cesar, murmura;
Y en las horas de triste desaliento,
Serenidad mostrando, el remo apura,
Suelta las velas cuando sopla el viento,
Y guiando el timón al occidente
Mueve las naves en la linfa pura,
Y corta las espumas del torrente.

VI

Muchos días pasaron
Y, sin cesar, las naves, impelidas
Por un secreto anhelo,
Volaban en la mar como perdidas
Aves de paso en la extensión del cielo.

Ya no eran suaves brisas
Ni ráfagas sútiles,
Las que alzaban los tumbos de las olas,
Arrullando la espuma con sonrisas
Y canciones gentiles.
Eran rachas de viento
Del septentrión bajadas
Las que, de cuando en cuando,
Agitaban el líquido elemento,
Convocando mareas á su bando.

Hay algo en el océano
De grande, misterioso é imponente
Como en el pecho humano,
Cuando la tempestad está cercana
Y se oye en cada onda del ambiente
El anuncio de su ira soberana.
El alma, como el mar, cuando es la hora
De la pasión, la cólera ó el crimen,
No rugen ni batallan,
Sino sumidas en silencio gimen,
Y después de gemir recién estallan.

¡Tal aquella mañana
Aconteció, cuando el audaz marino
Clavando la pupila
En la extensión lejana,
Soñaba en las caricias del destino
Mirando el cielo azul, la mar tranquila,
Fascinaciones ópticas del alma

Del marinero audaz! ¡Aquella calma
Es la calma letárgica que miente,
En el instante mismo
En que está por sentir, ciego, demente,
En el alma las furias del abismo
Y el calor del relámpago en la frente!
Llega la tempestad...retumba el trueno,
Se inquieta el mar, y las veleras naves
Sin rumbo corren, con el ala abierta,
Como tímidas aves
Que al soplo del pampero embravecido
Surcan errantes la extensión desierta,
Dejando hasta su nido.

¡Qué grande, qué soberbia, qué imponente
Es sobre el mar la tempestad sin freno,
Circuida de relámpagos la frente,
Teniendo por aliento la catrástrofe,
Por pulsación el retumbar del trueno!
¡Con qué furia indomable
Los elementos batallando rugen
Cuando se rasga el cielo, antes sereno,
Y hasta los ejes de la tierra crujen!
¡Y el mar... el mar... el colosal gigante
De armadura de espumas,
Que como el caos, ante el *fiat*, brama,
Y que tiene el fragor de cien diluvios
Para insultar á Dios!... ¡que se derrama
En el lecho de rocas de la tierra,
Que mueve el mundo, que sus playas barre,
Que nunca se halla en paz y siempre en guerra!

VII

¡Y sobre ese oceano, tan rugiente
Como el alma de Otelo,
Celoso de sentir sobre sus hombros
Algo más que la bóveda del cielo,
Las intrépidas naves avanzaban
Con gallardo vaiven y movimiento,
Como si se burlaran de las iras
Del colosal oceano turbulento,
Como si, desdeñando sus enojos,
Al fulgor del relámpago que mata,
Quisieran, cual beodos, tambaleando,
Ir á perderse entre horizontes rojos
Y abismarse en su hirviente catarata!

¿Quién puede contenerlas ni un instante
Si el genio con la idea las dirige,
Eneas domador de las tormentas
Que las fuerzas del mundo ordena y rige!
¡En vano el mar erguido las empuja,
Arrastra, abofetea,
Como monstruo rabioso y erizado!
¡Es en vano que ruja
O lance al aire con salvaje grito
Los ayes del pampero encadenado!...
Que el genio es un segundo Prometeo,
Como el Titán del Cáucaso, amarrado
A la roca fatal de su deseo.

¿Qué importan á Colón las tempestades
Si el rayo de la gloria le ha cegado,
Si sabe que se acerca ya la hora,
Y en el ancho panteón de las edades
Sobre su tumba dormirá la aurora
Y el cielo llorará sus soledades?...
¡La lid está empeñada,
Y más que miedo fuera
Hacer virar las naves al oriente,
Arriando la bandera
Porque está el enemigo frente á frente!
Torpeza fuera, indigna,
Volver la espalda al porvenir cercano...
—¡Adelante! ¡adelante!—es su consigna...
¡Y que siga bramando el oceano!

¡Primero perecer entre las olas
Movidas por los raudos elementos,
O volar, como débil hojarasca,
Sobre el ala revuelta de los vientos;
Beber hasta las heces
La verde copa de la amarga espuma,
Y no retroceder!... ¡mil y mil veces!...
¡Primero hallar sepulcro,
Cubierto por el paño de la bruma,
En la ancha soledad del mar de Atlante,
Que tornar á las costas españolas,
A ser la burla de la plebe torpe,
Con la mancha en la frente,
Y la vergüenza y el baldón, á solas,
De cobarde retándole y demente!

¡Venga otra vez la tempestad! ¡retumbe
El horrísono trueno,
Airado el viento entre las jarcias zumbe,
El cárdeno relámpago despida
La nube fiera, y de su roto seno
Con saetas de luz mate la vida!
¡Álcese el mar con fragoroso grito,
Y lance, entre el hervor de la batalla,
Su alarido de guerra á lo infinito;
Rásguese el cielo, choquen las estrellas,
Y en diluvio de luz y fuego caigan
Sobre el mundo en cenizas de centellas,
Y quiébrense también los férreos brazos
Que la tierra sostienen
Y en el espacio inmenso
El equilibrio universal mantienen!...
¡Por nada el genio en la batalla cede
Ni un palmo de su gloria,
Grande como su sombra ante la historia!
¡Colón no retrocede,
Guiado por la idea,
En su empresa gigante!...
Si Dios, para crear, exclama:—¡Sea!—
Para vencer, Colón, dice:—¡Adelante!

Mas ¿qué siniestro afán devora el alma,
Cual si el ángel callado de la muerte
Le ofreciera sus brazos
Para que duerma en calma?...

El varón esforzado, que la ira
Jamás temió del oleaje recio,
Siente en su alma dudas, y suspira;
Aquel que con desprecio
Miró cosas y pueblos, y monarcas
Y mar y tempestades,
Negras noches, siniestras claridades,
Siente un momento de ansiedad sombría,
Y la duda, esa hiena de la frente,
Vuelve á entonar su áspera elegia.

¡La envidia y la ignorancia, siempre hermanos
Serpientes que en la cuna,
Como Hércules, no pudo
Exterminar el genio entre sus manos!
¿Por qué vivís, si á vuestro vil aliento
Se infecta el aire puro de la vida,
Y no cuaja la flor del pensamiento?
¿Por qué vivís para asediar al hombre,
Disipando su sueño más querido,
Y hasta la tumba le seguís, airadas,
Para borrar las letras de su nombre,
Cuando sobran el tiempo y el olvido?...

¡Colón! ¡Colón! la envidia y la ignorancia
Te acosan otra vez, sobre los mares,
Para abatir tu espíritu á pesares,
La una viene á tí con la sonrisa
Temblorosa en los lábios,
Fría como el puñal ó el estileto,

Mas llevando en su pecho sus agravios,
Rabia en el corazón, ira de Hamleto;
¡La otra es un Goliat enceguecido,
El genio destructor de Torquemada
Que saluda con místico alarido
De la hoguera la ardiente llamarada!

¡Colón! ¡Colón! ¡empieza la batalla!...
¡Guarda tu luz y entre las sombras calla!...
¡Alerta, oh genio! empiezan á seguirte!...
¡La una busca la luz para extinguirla,
La otra busca la sombra para herirte!

Y tú, siempre soñando,
No miras en redor ¡á nada temes!
Ni á la ira del mar alborotado,
Ni á la plebe brutal, que está bramando...
¿En qué piensas!... ¿qué viste en lontananza?...
¿La realidad de un sueño despertado,
O el engaño falaz de una esperanza?...
¿Por qué no vuelves hacia atrás los ojos
Y los clavas, ardientes y anhelantes,
En los lejanos horizontes rojos?
¿Qué ha visto tu pupila soñadora
En el denso nublado de las brumas,
Teñidas por los rayos de la aurora?...

¡Colón! ¡Colón!... ¡tu rostro se demuda;
Vibra el rayo en tus ojos, y tu frente
Parece que se abre

Y que arroja el cadáver de su duda!...
¿Tiemblas de nuevo?...¿Sientes miedo, acaso?...
¿Vuelves los ojos, tímido, al ocaso?...
Tu pupila se ensancha poco á poco,
Absorviendo los rayos de la tarde;...
En verdad, en verdad... eras un loco...
¿Loco?... no ¡que tú piensas!...
¡Piensas y tiemblas al pensar!... ¡cobarde!

¡Cobarde!... y sin embargo
De la plebe no escuchas la amenaza...
¡Cobarde! indiferente,
Sumido en tu letargo,
Ni tu miedo ó tu cólera rechaza
La traidora cuchilla... ¡pero hay llanto
En tus ojos, marino!...
Y se encienden y apagan tus pupilas...
Tus brazos tiemblan, y tu labio mudo
Se entreabre, se agita...
¡Yo no sé si en tu pecho
Tu corazón de tempestad palpita!
Avanzas, retrocedes...
¡Estás ebrio, y olvidas que eres hombre!
¡Te increpan, te mancillan, y no sabes
Ni lavar las afrentas á tu nombre!...
¿Dónde vás?... ¿á la proa?
¿Empuñás el timón, vuelves la espalda
Al sol, cede tu empeño?...
Lo que pasó por tí solo fué sueño...
¡No!... tú desde la popa

Piensas solo en tu Atlántida
Y desdeñas á Europa!
Es un león tu ceño,
Tu aspecto de corsario!...
La voz se anuda en tu garganta... callas
Porque no puedes más ¡y al fin estallas
Con alarido de salvaje en guerra!...
¡Te reconozco, loco visionario!
¡Masa de tempestad, ya hallaste un mundo
Donde estallar!... un mundo!...
Tierra! Tierra!!

VIII

¡Salve Colón! Atleta de la historia,
Que bajo el manto espeso
De cuatro siglos de inmortal memoria,
Te yergues, como el genio del progreso,
La frente iluminada
Por la corona de astros de la gloria!

¡Peregrino del genio! ya triunfaste,
Perdido en la embriaguez de tu demencia!
—¡Tierra!—dijiste, y al decir, rasgaste
El velo de los siglos con tu ciencia;
Y arrancando en el ámbito profundo
Sus secretos al mar, que agita Eolo,
Añadiste otro mundo al viejo mundo,
Haciendo de los dos un mundo solo!

El tiempo, en sus siniestras veleidades,
Con mano despiadada desmorona
Los Babeles, y borra hasta su nombre...
Pueblos, reyes, deidades,
Todo se abisma y hunde... solo he visto
Vivir dos muertos, solo dos... un hombre,
Un hombre, que eres tú, y un Dios, que es Cristo!

EL INDIO

I

Por la tarde está sentado
Junto al río, siempre á solas,
Viendo cual pasan sus olas
Con algo que murmurar,
El indio triste y enfermo,
Esclavo de su destino,
A quien venció el argentino
En los toldos de su hogar.

Esta patria no es su patria;
Ni la ama ni la comprende,
Ni la escucha, ni la entiende
En su destierro sin fin.
Cuando se le llega es sombra,
Cuando respira, veneno:
¡El creció estrujando el seno
De la Pampa sin confín!

El ansía cielo libre,
Mundo abierto al horizonte,
Llano sin árbol ni monte,
Amplitud de corazón.
Al dar límites al mundo
Las cumbres llenas de hielo,
Ve en los pedazos de cielo
Mendrugos á su ambición.

Miedo le causa la sierra
Con el bramar de sus vientos,
Y escucha como lamentos,
En los ayes del *chircal*.
Tímido y supersticioso,
Cuanto es del bosque le pasma,
Y hasta cree que es un fantasma
La sombra del *biscotal*.

Es que en su pampa sin bosques
Menudo trébol florece,
Y un árbol tan solo crece
De trecho en trecho, el ombú;
Y es que entregado al mutismo,
No hay más acentos allá
Que los gritos del *chajá*
Y el silbido del *ñandú*.

Si absorto al cóndor contempla
Es que envidia su destino:
Libre es el cóndor andino,
Como el indio en su corcel;

O es que al verle volar tanto,
Imagina el prisionero
Que el cóndor es mensajero
De algún recuerdo para él.

Tan solo de tarde en tarde
Doma el indio su tristeza,
Hiergue altivo la cabeza,
Sacude su laxitud:
Y es cuando escucha á lo lejos
Bramar la nube irritada
Y ver que llega arrastrada
Por torbellinos del sud.

¡Como se crispan sus nervios
Si el huracán llega y pasa,
Troncha los *molles,* arrasa
Cuanto encuentra, de raíz,
Y tala, y siega, y destruye,
Y cual muertos por hileras
En la batalla, en las eras
Deja tendido al maíz!

Es lo único que le habla,
En su salvaje alarido,
Del hogar donde ha nacido,
De la pampa en donde amó,
Es lo único que llega,
De la patria al extranjero,
El plumaje del *pampero,*
Que en la cuna le arrulló.

¡Ah! por eso vive triste
El indio enfermo y sombrío,
El que á la orilla del río
Siente impulsos de llorar;
El que en la tarde se sienta,
Meditabundo y á solas,
A ver cual pasan las olas,
Con algo que murmurar.

II

Hace ya más de dos años
Que arrastra esa vida triste
Aquella alma, que se viste
Con el luto del pesar.
Hace mucho, mucho tiempo
Que se siente desgraciado
Aquel cóndor enjaulado,
Que aún no ha aprendido á llorar.

Pero el indio sufre y odia...
El indio sufre y se calla;
Es la flecha en la batalla
Que muerde muda y cruel.
¡No! ¡no! que no escape un eco:
¡El indio se avergonzara
Y con su llanto mojara
Una tierra que no es de él!

Es un volcán aplastado,
Nieve mezclada con fuego,

Grito de rabia sin ruego,
Cadáver sin ataúd.
Es el viento encadenado,
La pampa sin horizontes,
Llano convertido en montes,
Extensión sin plenitud.

El silencio concentrado
Es su copa de amargura;
Por eso el indio la apura
Hora á hora, sin cesar.
Muda, su patria ha caído,
Sus hijos, mudos, han muerto;
Ni un ¡ay! exhaló el desierto:
¡El indio no ha de llorar!

¿No es esclavo?... pues entonces
Que le atormente su pena,
Que pese más su cadena
En el pie ó el corazón;
Que cada hora que pase
Hierro sea, y cada día
A esa su cadena impía
Añada un nuevo eslabón.

Y que solo su destino
La cruel cadena desate,
Y del mundo le arrebate
Para olvidar y morir.
Si su pie, sujeto al yugo,
En el desierto no estampa

El venado de la pampa,
¿Para qué quiere vivir?

¡Ah si fuera dado al indio
Concentrar sus desengaños,
Hacer horas de los años
Que le faltan que llorar,
Y decir ¡adios! al río,
Y no volver más á solas
A ver cual pasan sus olas
Con algo que murmurar!

III

Hace mucho, mucho tiempo
Que el indio triste y sombrío
Rinde su vida al hastío,
Hunde en sombras su razón.
No bebe el aire del cielo,
No entra sol á su alma inerte,
Y los dedos de la muerte
Le estrujan el corazón.

Suena lo negro en su cráneo
La sombra en su oído zumba,
Voces extrañas de tumba
Salpican su soledad.
Ya no le llama el desierto;
¡Adios! la pampa le dice,
Y hasta, á veces, le maldice
En sueños, su libertad.

Tronco enfermo, ya se quiebra...
En el árbol carcomido
No hay ave que teja nido,
Ni cante, siquiera, en él.
Peña en que duerme, el abismo,
Ni el cóndor se posa en ella,
Y solo estampa su huella
La muerte fiera y cruel.

—Indio, murmuré yo un día,
Ven y dime lo que sientes.
Abrió el labio, y por sus dientes
Una frase rastreó.
Indio, mírame, que te hablo,
Le dije en acerbo tono,
Y el salvaje, sin encono,
De soslayo me miró.

Y luego no más sus ojos
En la tierra se clavaron,
Y en sus órbitas brillaron
Con siniestro resplandor.
—Indio, qué sientes, responde;
Dime que mal te hemos hecho.
Quiso hablar, pero en su pecho
Ahogó la frase el dolor.

—¿Te acobarda la faena?
Pues tarea más sencilla
Tendrás desde hoy en la trilla.—
Su silencio fué tenaz.

—¿Estás enfermo?... tu amigo
Yo soy, indio. En su semblante
Mostró el alma agonizante
La descolorida faz.

Sordo siempre á mi reclamo,
Guardó su letal mutismo;
Y si algo dijo, á sí mismo,
Sin decir, se contestó.
De su angustia comprimida,
Que vencer á su alma pudo,
Testigo franco, aunque mudo,
Fué un suspiro que exhaló.

Comprendo el origen, indio,
De tu negra pesadumbre:
Quieres sol, espacio, lumbre
Y una pampa en derredor.
¡Ah! sé bien que es lo que ansía,
Esa masa de tormenta...
Trueno ahogado, ya revienta
En mil rayos de dolor.

—Indio, ven, quiero que vuelvas
A ser hijo del desierto;
Vete, aunque tu raza ha muerto,
A vivir como el *ñandú*.
Eso quería... lo dijo
Su semblante macilento,
Tan triste como el lamento
Que al cantar lanza el *urú*.

—Vete, vete, cruza el monte,—
Dije, y al indio enseñando
Un caballo, fué volando,
Y de un salto lo trepó.
¡Lanzó luego un alarido
Feroz, salvaje, imponente,
Voz de la pampa inconsciente
Que en las sierras se estrelló!

Dió vuelta el corcel alípedo,
Y un relincho agudo oyose
Luego que al jinete viose
Sobre su grupa trepar.
En el caballo montado,
Sin bridas partió ligero,
Cual si un soplo de pampero
La forzara á galopar.

Solo oí, cuando partía
A la carrera lanzado,
Que me dijo, consternado,
—¡Cristiano amigo, eres tú!—
Y al cruzar la enhiesta cumbre,
De su expansión infinita,
La alegre, indómita grita
Repitiendo: *¡Ahú! ¡Ahú!*

Ave errante del desierto,
Va á buscar lejos su nido,
Donde un ombú se alza erguido
Entre un verde y amplio mar,

Mientras corre, y siempre corre,
El río que deja á solas,
Y cuyas parleras olas
Tienen mucho que contar.

FLORES DEL AIRE

En las montañas de mi tierra nace,
Parásita del tronco centenario,
Una flor que se llama *flor del aire,*
Porque lábranla brisas del verano.

No le arrulla al nacer brullente aurora,
Ni es amiga del aire de la noche;
No vive del carmín que pinta rosas,
Ni del violeta de las otras flores.

No hay en su cáliz un dorado estambre,
Ni en su seno una gota de rocío,
Ni filetes de luz bordan su traje,
Ni tienen manchas, como el crespo *brinco.*

El blanco de la luz del pleno día,
Del sol diluído en el caliente rayo,
De sus pétalos suaves es la tinta,
Color de beso de los lirios pálidos.

¡Cómo contrasta su blancura extrema
Con las hojas, teñidas de esmeralda!

¡Si parece un recuerdo de inocencia
Que dejara el amor á la esperanza!

No nace en el jardín, donde los lirios
Y las magnolias se abren; brota solo
En el *latar,* el bosque de los *timbos*
Y el suelo en que serpea el *kiscaloro.*

Nace plebeya y en humilde cuna;
Se bautiza en arrullos de la tórtola;
Vive ansiando encontrar su sepultura
En el seno gentil de una pastora.

Cada una flor es urna de perfume,
Como cada ilusión del nubil seno;
Naturaleza abrupta de las cumbres
Parece en ella transformada en beso.

Los mirtos y laureles de la selva
Se volverán coronas y guirnaldas;
Ella ha de ser el lauro del poeta,
Que no ha nacido aun para cantarla.

¡De entonces abrirase para el bardo
Y no para el pastor; para el Virgilio
Que entone con acentos ignorados
Penas y goces del agreste Títiro;

Para el poeta de cimbreos de águila,
Emulo de las cumbres argentinas,
Esclavo del dolor, de libres alas,
Condor del arte que anidó en las cimas!

¡Ah si venciendo al corazón, pudiera
Volver idea á tanto sentimiento!
¡Si lo que late en mí no fuese arteria,
O el corazón latiere en el cerebro!

¡Ah! ¡si fuera el cantor de mis montañas!
¡Si mis versos tuvieran su lenguaje!
¡Si al rumor de los himnos de la patria,
Coronaran mi sien *flores del aire!*

EN LA SOLEDAD

¡Mejor se vive así! Solo y aislado
En mi desierta alcoba paso el día,
Exhumando en la tumba del pasado
Sueños extintos de la mente mía.

¡Mejor se vive así! lejos de todo,
Sumergido en glacial indiferencia,
Ajeno á las pasiones y su lodo,
Limpio de corazón y de conciencia.

Lejos del hombre que me causa hastío
Con su ansiedad perpetua de fortuna
Abrazo mi razón á mi albedrío,
Como á gemelos en la misma cuna.

A la ambición mi espíritu se cierra;
Ningún afán empaña mi memoria;

Soy un pobre mendigo de la tierra
Que busca los harapos de la gloria.

En esta soledad en que me encuentro
No tengo ni siquiera un solo amigo;
En mi ser me confundo y reconcentro,
Y ni odio, ni pasión, ni amor abrigo.

¡Hombres! ya se cansó vuestra miseria;
El sayal que vestís es de mendigo;
Y en el sagrado templo y en la feria
Enseñais, como el réprobo, el castigo.

Si llegais hasta mí con vano intento,
Como Alejandro, con laurel y palma,
¡Yo os demando mi sol, el pensamiento,
Y me convierto en Diógenes del alma!

¡Dejadme solitario! . . . ¡Yo no busco
La azarosa inquietud de vuestra gloria;
Con vuestro fatuo brillo no me ofusco,
Porque es fosforescencia de la escoria!

¡Yo quiero el ideal, que mi alma adora;
Quiero la luz que el corazón no alcanza;
Un rayo solo de la eterna aurora,
Y un reflejo del sol de la esperanza!

Ansío levantar mi pensamiento
Con las alas del águila altanera . . .
¡Algo hay dentro de mi que infunde aliento,
Pero hay algo, también, que desespera!

Busco en los libros de los grandes sabios
Algo con que aplacar mi sed ardiente;
Siquiera inspiración para mis labios
Y ondas de luz para bañar mi frente.

¡Dante, ciego, me lleva hasta su *Infierno;*
Byron me da á beber su copa, mudo;
Y mientras Calderón me alza á lo eterno,
Me enseña Shakespeare á dudar, y dudo!

¡Milton, con fe profunda á Dios bendice;
Hugo, al monte inmortal del sacrificio;
Mientras Voltaire, sarcástico maldice,
Y Alfredo de Musset me arrastra al vicio!

Me dicen los filósofos:—¡adora!—
Y los sabios:—¡no existe la conciencia!—
Uno me grita:—¡ríe!—el otro:—¡llora!—
¡Heráclito y Demócrito es la ciencia!

—¡Hay un Dios! ¡hay un Dios!—¡aquel arguye
Que lleva al hombre por celeste ruta;—
Y Darwin, con sus huesos, reconstruye
El esqueleto de la bestia hirsuta!

¿Dónde está la verdad? Es loco empeño
Buscar astros de arriba en el abismo;
Saber, siquiera, que existir no es sueño,
Si hasta duda la duda de sí mismo.

¡Hombres! sois el juguete de la suerte,
Que deja al ideal del alma exhausto;

¡Hamlet oyó á un expectro de la muerte,
Y al mismo Satanás invoca Fausto!

¡Y yo te invoco á tí! profana ciencia;
Y en vez de hacer Goliat al pensamiento,
Vuelves pigmeo vil á la conciencia,
Y toda mi esperanza das al viento.

¡Lejos de mi el veneno de tus hojas,
Libro que niegas lo ideal, lo eterno;
Libro de fe, que abismas y acongojas,
Añadiendo un infierno á tanto infierno!

¡La Inquisición reviva, sí, reviva!
La Torquemada cruel; y á sus fulgores
La verdad salve de la llama viva,
Y en carbón se conviertan los errores!

¡Yo, en tanto, abjuraré de toda creencia,
Purgaré mis delitos uno á uno,
Si es delito aspirar la humana ciencia,
Si delincuente fué Jordano Bruno!

Mas ¿qué digo?.. ¡Te nombro en mis enojos
Institución del crimen, sin castigo!...
¡La sombra de Guzmán ante mis ojos!...
¡Santo, vuelve á tu altar!... ¡yo te maldigo!..

PRIMAVERA Y AMOR

Agitando el ramaje
De los jardines
Sollozaban las brisas
Entre jazmines,
Y de la loma
Lloraba entre los sauces
Una paloma.
Dijo el ave á la brisa:
—¿Quién esas flores,
Aura sutil, te ha dado
Para que llores?
¿Quién de esencias
Llenó tus blandas ondas
Y de cadencias?
Y contestó la brisa
De la pradera:
—La reina de las flores,
La primavera.
—Y á ti, avecilla,
¿Quién dió á tu lira de oro
Nota sencilla?
¿Quién puso en tu garganta
Suave gorjeo,
Mas dulce que los cantos
Del Himeneo?
¿Quién te dió nido

Con gajos de laureles
Entretejido?
Y al desplegar la noche
Su leve tul,
Y al morir el postrero
Rayo de luz,
Con tierna voz
Dijo, al volar, el ave:
—¡Brisa, el Amor!

ADELANTE

No me abate, pigmeos, vuestro insulto,
Ni me lastima el diente de la envidia:
Por un camino voy, y no me espanta
El fantasma ruin de la perfidia.

Y voy tranquilo, desafiando todo;
Y si más torpe la calumnia arrecia
Toma brios mi fe: ¡sigo á la gloria!
¡La calumnia no mancha al que desprecia!

Reptiles ponzoñosos, vuestro encuentro
No me infunde pavor, sí repugnancia;
Y si os lanzais sobre mi Gorgonas,
Venzo vuestro furor con mi arrogancia.

—¡Es un loco! ¡es un loco!—decis siempre,
Y compadece el odio repugnante:
¡Se pudiera cambiar vuestra cordura
Por la demencia de Shakespeare y Dante!

¡Oh! ¡dejadme marchar! ¡oigo su acento!...
¡Me llama el porvenir! ¡sigo al destino!...
¡Que sonrian los labios de Tartufo
Y rechinen los dientes de Ugolino!

RAMÓN OLIVER

TUCUMAN *

«Los bosques que encubren la superficie del país son primitivos, pero en ellos las pompas de la India están revestidas de las gracias de la Grecia».

D. F. Sarmiento.

I

De libertad el arca, del caudillaje tumba,
Guirnalda de mi patria,
De América jardín,
Para cantarte anhelo, ya el trueno que retumba
La brisa que murmura, ó el viento cuando zumba
En medio á tus florestas,
¡Oh Tucumán feliz!

II

No canto tus victorias, ni evoco tu grandeza,
Ni recordar pretendo
Tus horas de dolor,
Cantar tan solo quiero tu espléndida belleza,
Tu exhuberante y libre, feraz naturaleza,
Como rival no tiene
Del Plata al Ecuador.

* Premiada en los Juegos Florales celebrados por el Centro Gallego, en Buenos Aires, el 12 de Octubre de 1882.

III

¡Oh tierra bendecida! ¡Mi corazón te admira!
Divinas son tus selvas,
Tus bosques bellos son,
Allí se olvida todo, se sueña, se delira,
El corazón no sufre, las penas son mentira,
Y el alma del poeta
Destella inspiración.

IV

¡Oh Tucumán! Yo he visto tu espléndido Aconquija,
He visto tus risueñas
Colinas Yamari,
Pero lo grande y bello, de Dios obra prolija,
Que de tu cielo diáfano el manto azul cobija,
Son tus floridos bosques
A orillas del Salí.

V

Cuando la aurora vierte su luz suave y tranquila,
Cuando refleja en ellos
Su dulce claridad,
Hay seducción, hay vida, hay algo que titila,
Perfumes y colores, que aduermen la pupila,
Que embargan el espíritu
En éxtasis fugaz.

VI

Las lianas y moreras y el mirto rozagante,
¡Oh Tucumán! festonan
Tu esplendorosa faz,
Detienen la mirada y el paso al caminante,
Y en torno á sus corolas, de nectar anhelante,
Se mira en las mañanas
Al picaflor temblar.

VII

Y enjambre de brillantes, doradas mariposas,
Se ven batir las alas
Con incansable ardor,
Y en confusión continua, revueltas, afanosas,
Esperan revolando que caigan de las rosas
Las gotas del rocío
Deshechas por el sol.

VIII

Y cuando Febo ardiente ¡oh Tucumán! derrama
Sobre tu sien florida
Su esplendorosa luz,
¡Qué grande, qué sublime, qué lindo panorama,
Es ver flotar el bosque, bajo la verde rama
La luz del medio día
Como un dorado tul!

IX

A veces interrumpen canciones y rumores,
El plácido silencio
Del bosque encantador,
¡Son ellas, son tus hijas, que cantan sus amores,
Ocultas en las frondas de perfumadas flores,
Lo mismo que las aves
Cuando calienta el sol!

X

Allí, bajo el ramaje, tendidas sobre azahares,
Las lindas tucumanas
Cubiertas de alto tul,
Al son de las guitarras entonan sus cantares,
O en bulliciosa danza mitigan sus pesares,
Hasta que el sol oculta
Su postrimera luz.

XI

Entonces ¡ah! ¡qué vago, de la ciudad lejana,
En alas de la brisa
Llega hasta allí el rumor;
Y el eco majestuoso, fugaz, de la campana,
Cuando convoca á todos cual cariñosa hermana,
Ante el altar del templo
Para alabar á Dios!

XII

Y allá, cuando la noche despliega su celage,
Velando con sus sombras
Tan vasta soledad,
¡Que triste es el silencio que reina en el boscaje!
Y de tus verdes selvas de espléndido ramaje
Solemne es para el alma
La augusta magestad!

XIII

También eres grandioso, cuando la viva estrella,
Arroja desde el cielo
La luz sobre tu sien,
Cuando la luna hermosa su claridad destella,
Bañando con su lumbre tan plácida y tan bella,
Tus bosques de nogales,
De cedros y laurel.

XIV

Tan solo se oye entonces la brisa vagorosa,
Al agitar las ramas
Del verde naranjal;
No hay danzas, ni rumores, ni endecha melodiosa;
Y el loro y el tucano, la urraca bulliciosa,
Dormitan entre el denso
Ramaje del rosal.

XV

¡Son esas tus bellezas! ¡Mi corazón te admira!
!Divinas son tus selvas,
Tus bosques bellos son,
Allí se olvida todo, se sueña, se delira,
El corazón no sufre, las penas son mentira,
Y el alma del poeta
Destella inspiración!

Buenos Aires, Setiembre 24 de 1882.

EL VALLE DE LERMA *

¡Oh delicioso Valle! Verde nido
Que Salta oculta en su florido seno,
Fértil oasis de delicias lleno,
Déjame tus recuerdos evocar;
Quiero cantar ante la faz del mundo
Con entusiasmo, con ardiente anhelo,
La espléndida belleza de tu cielo,
Tu soberbia riqueza tropical.

....

Rumores misteriosos de la selva,
Vientos que descendeis de las montañas,

* Editado en Buenos Aires, en 1884, por la imprenta de Martínez calle San Martín 174.
Canto premiado con una pluma de oro por el Gobierno de Salta.

Sol que la cumbre de los cerros bañas,
Flores del bosque, ¡dadme inspiración!
¡Arrullos de las aves de mi patria,
Fugaces brisas, murmurantes ríos,
¡Dadle cadencias á los versos míos
Para cantar de Lerma el esplendor!

De Salta la gentil debajo el cielo,
Como ondulado sierpe que desliza
Sus anillos por lechos de esmeralda,
La quebrada de Escoipe se divisa,
Y hacia el Oriente de su verde falda
Se ve entre flores, cual sultan rendido,
De Lerma el Valle plácido tendido.
¡Oh qué ambiente, qué luz, qué sol, qué clima!
¡Qué sublimes contrastes, la natura,
Ofrece á la mirada del viajero
Que del Escoipe en las quebradas cimas,
Contempla placentero,
El bosque, el cerro y la feraz llanura!
Allá al poniente sempiternos hielos
Cubren de blancos velos,
Una comarca pálida y extraña,
Sin aves y sin flores, do se miran,
Solo á los viejos cóndores que giran,
Sobre la helada sien de la montaña,
Allá, del sol la enrojecida lumbre
Cuando traspone la nevada cumbre
De lejana colina,
Solo dormidos yermos ilumina,

Donde de cierzo á la caricia helada,
Como una ave cansada,
El triste *chúrqui* su ramaje inclina.
Aquí ¡el Valle! ¡Grandioso panorama!
¡Todo al placer invita!
¡La vida de los trópicos palpita,
Se difunde en su seno, se derrama,
Y al contemplar tan grandes maravillas
El corazón despierta, y de rodillas
Se adora á Dios, se le venera y ama!
Aquí se le contempla, aquí se mira
Su mano bienhechora,
Aquí el Creador en todo resplandece,
En el ave que trémula suspira,
En la flor, en la rama tembladora
Que el aliento del céfiro estremece.

Cuando la virgen Alba ruborosa
Como una tierna esposa,
Al fresco valle, ufana,
Con la diadema de su luz corona,
¡Qué hermoso cuadro á su fulgor se mira!
Allá á lo lejos, la sin par *Chicoana*
Con sus blancas casitas que engalana
La espesa enredadera,
Bajo la sombra de la verde liana
Y entre sus altos cerros escondida,
Parece una paloma
En su nido de ramas adornada.
El *Rosario de Lerma,* solitario,

Allá levanta su cabeza altiva
Con la cruz de su blanco campanario,
Cabe frondosos bosques, do florecen
El lirio, el amacay, la siempre-viva.
Aquí, *Cerrillos,*—más acá la cuesta
De *San Lorenzo,* la feliz quebrada
Donde en los días de placer y fiesta,
Van las hijas de Salta
Con el rayo de amor en la mirada,
A jugar con la linfa cristalina
Que serpeando desciende la colina.
Y allá, del sol á la primer vislumbre,
Se destaca altanera
Del *San Bernardo* la soberbia cumbre,
Ese cerro inmortal á cuyo nombre
El corazón del argentino late,
Porque en otrora al pie de esa montaña,
Tronó el cañón y con ardiente saña
Flamearon entre el humo del combate
El patrio pabellón con el de España!
¡Y *Salta* la gentil, Salta la bella,
La espléndida ciudad, edén hermoso,
En la margen del *Arias* rumoroso
Entre el cebil y el arrayan descuella!
Y más allá, ¡que grande, que infinito
Sublime panorama! Entre chañares,
La planicie inmortal de *Castañares*,
El campo de la Cruz, campo bendito,
Donde á la sombra del sagrado leño,
Para gloria del pueblo americano,

Duermen por siempre de la muerte el sueño
En una misma fosa confundidos
Los héroes de Tristán y de Belgrano.

¡Valle de promisión, región querida
Donde todo se enciende
Con la luz esplendente de la vida;
Su colosal vegetación sorprende,
Porque en su seno encierra
Los más preciosos dones de la tierra,
Porque allí, lujuriosa, sin medida,
Del fecundo Ecuador la savia ardiente
Y de la tibia zona la corriente
Circula estremecida!
Ya el verde ceibo con sus flores rojas
Del céfiro el arrullo
Con el quebracho y arrayán se enlaza,
Ya el triste molle de abatidas hojas
Inclina su cabeza y amoroso,
Parece que se abraza
Con el ramaje del *Chal-chal* frondoso;
Y aquí y allí, bajo la fresca sombra
De los frutales árboles, caídas,
Del verde musgo en la mullida alfombra
Se ve la mora, el *piquiyin* sabroso,
La guinda y la naranja confundidas,
Y allá en las horas de la dulce siesta,
¡Que grata es la floresta!
El valle es un concierto, es una lira
Que melodiosa al corazón inspira,—

Canta el zorzal oculto en la retama,
La triste *churra* sin cesar suspira,
La *charata* parece que nos llama
Con eco dolorido,
Y se escucha á lo lejos el silbido
Del negro *pipitero,* que reclama
A su consorte, en el caliente nido.
¡Y qué sublime y bello
Es ver el valle al declinar la tarde,
Del rojo sol al postrimer destello,
Cuando parece que el ocaso arde,
Cuando la luz nos deja,
Y del bosque tan solo entre las hojas
Se oyen de las *bumbunas* las congojas,
De la calandria la sentida queja.
En esa hora de mortal tristeza,
En que la sombra con la luz batalla,
Todo en el valle cesa,
Todo de Lerma en la floresta calla.
Los pobres bueyes, del humilde arado
Desata al fin el rústico labriego,
Y en busca de alimento y de sosiego
Suelta la hoz el segador cansado.
Con lento paso deja
Del alto cerro la verdosa falda,
Para volver á su redil, la oveja,
Y hasta el tierno rendido corderillo
De su noble pastor vuelve en la espalda.
Todo torna á la calma. Densas sombras
Envuelven la alqueria,

Para el molino subullente rueda,
La tristeza sucede á la alegría,
Y el fértil valle en el silencio queda.
¡Y en la alta noche, cuando todo duerme
En profundo letargo sumerjido,
Cuando su luz radiante
Del cielo lanza la plateada luna,
Solo turba el silencio
Del *Chilicote* el grito ó el quejido,
Del nocturno *cacuy*, pájaro errante
Cuya historia, la abuela, al tierno infante
Para hacerlo dormir cuenta en la cuna!
¡También de Lerma el tímido paisano
Refiere que en las noches de verano,
Cuando las blancas nieblas
Desde el fondo del Valle se levantan,
Se escuchan en el bosque silencioso
Unas voces dulcísimas que cantan,
Y se miran flotar en las tinieblas,
La sombra de Belgrano,
De Güemes el espíritu grandioso!
. . . .
. . . .
¡Oh cielo azul que contemplé de niño
Con infantil cariño,
Cuando ajeno del mundo á la falsía
¡Oh Valle! me internaba en tus chañares,
Y en tus lechos de azahares
Bajo un dosel de flores me dormía!
¡Oh florestas de Lerma! ¡Dulce asilo

Donde la calma anida!
¡Santuario de la paz y del sigilo!
Con que placer ¡oh tierra bendecida!
Volver quisiera á descanzar tranquilo,
Huyendo á las tormentas de la vida
Hoy que conozco el mundo y sus maldades,
Que he visto de pasiones el torrente
Que oculta el corazón de las ciudades,
Que he sentido en mi frente
El soplo de sus roncas tempestades,
Cuánto anhelo volver á tus vergeles
Y contemplar la plácida corriente
Del Arias rumoroso,
A la sombra de amor de tus laureles.
Tú dás al corazón que sufre y llora
La calma bienhechora,
Tus aves y tus flores nos consuelan,
Alientan al espíritu tus brisas,
Y el sol con sus sonrisas
Enjuga el llanto y los ojos velan.
De esta vida falaz, á ti no llega
El eco dolorido
Que hiere el alma y en pesar la anega,
Ni se escucha en tus frondas más ruido,
Que el de la brisa plácida que juega
Con el ramaje del rosal florido.
Pronto el Progreso ¡oh Valle floreciente!
Incrustará en tu frente,
El riel que cruza el llano,
Y el río, la montaña, el bosque ameno,

Y en alas del vapor, con voz de trueno
El bienestar, ¡aliento soberano!
Sus dones todos volcará en su seno,
¡Ay, también de esta vida tumultuosa
¡Oh Lerma! hasta tus lares
Han de llegar entonces los pesares,
El lujo, la maldad, la intriga odiosa,
Y han de robar la calma á tus chañares,
Y han de turbar tu dicha silenciosa!

. . . .

¡Salve Lerma feliz! Hermoso nido
Que Salta oculta en su florido seno,
Fértil oásis de delicias lleno
De la tierra Argentina galardón,—
Yo te saludo y á los cielos pido
Con toda la efusión del alma mía,
Que no te falte nunca la alegría
Que siempre ¡oh Valle! te proteja Dios.

INDICE

PÁGINAS

Luis N. Palma:

Martin Garcia Mérou:

Adán Quiroga:

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutiérrez.

TOMO IX—LIRA ARGENTINA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO IX—LIRA ARGENTINA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO X)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO X—AURORAS Y OCASOS

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

AURORAS Y OCASOS

CARLOS GUIDO Y SPANO

RAFAEL OBLIGADO

CALIXTO OYUELA

MARTIN CORONADO

JOAQUIN CASTELLANOS

ENRIQUE E. RIVAROLA

LEOPOLDO DIAZ

LEOPOLDO LUGONES

PEDRO PALACIOS

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

CARLOS GUIDO Y SPANO

Carlos Guido y Spano nació en Buenos Aires el 19 de Enero de 1827.

Es hijo del general Don Tomás Guido, prócer de la guerra de la Independencia; y habiendo alcanzado á ver alzarse sobre el horizonte el sol del centenario de la Revolución, representa el pasado y el presente; y es símbolo de gloria, de trabajo y de cultura. Las auras del Plata acariciarán ese día sobre su frente los laureles inmarcesibles del abolengo, entrelazados con los frescos laureles del poeta.

Sabemos por él mismo que pasó su juventud en Río Janeiro siendo entonces su padre Ministro plenipotenciario de la Argentina en la corte de Don Pedro; y que aquél fué el ambiente de sus primeras relaciones con las Musas.

Después de diez años de permanencia en Río y teniéndose noticias del mal estado de salud de su hermano Daniel, pasó Carlos á Francia para cuidarlo, encontrándose á su llegada con la triste noticia de la trágica muerte de aquel en un bosque cerca de Amiens.

La estadía de Carlos Guido en París se inició, así, en medio de la mayor congoja. Cuando su espíritu volvió á serenarse y su juventud le recordó los encantos y atractivos que hacian famosa á aquella Sirena, incitándolo á buscarlos, el rumor que llegó á sus oídos y el esplendor que hirió sus ojos, no fué el de la reina del Sena ataviada con las galas de la belleza en los templos de la ciencia, del arte y del placer, sino el grito de sus muchedumbres en las revueltas oleadas de la democracia, que paseaban por las calles de la gran Villa, la bandera de los ideales de la república.

Nuestro compatriota sintió caldearse en ánimo el aliento reivindicador de sus mayores; y confundiéndose con el pueblo, supo destacar su personalidad con los airosos prestigios de su ilustración, su cultura y su entusiasmo. Fué orador estruendosamente aplaudido en los clubs, tribuno aclamado en las asambleas, y caudillo festejado en todas partes.

Recordando él mismo aquellos sucesos, escribe: «¡Que vida aquella, amigo! Del hotel á la taberna, de la taberna á la Sorbona, de la Sorbona á oir disparatar en las cámaras á los primeros oradores del mundo, y de allí á los teatros, á las visitas, á los museos, al gabinete de lectura, á la cucaña de los placeres fáciles. Me entretenía en ver hacer suertes de equilibrio en la cuerda tirante de una situación peligrosísima, por no decir desesperada, á los grandes políticos, ó en reir presenciando las extravagantes piruetas de las

alumnas descarriadas de Terpsícore. Todo lo vi, todo lo anduve».

No sabemos si medió ó nó el oportuno llamado paterno, pero el caso fué, que, poco tiempo después de estos sucesos el joven demagogo regresaba al Brasil, al lado de los suyos. Con los prestigios de su ruidoso éxito en el extranjero fácil le fué á nuestro joven poeta entrar también triunfando en la sociedad brasilera, donde tantas afecciones había ya dejado. Pero esta vez fué triunfador vencido, admirador apasionado de las bellezas de su suelo y galan rendido á la bondad y la hermosura de sus mujeres; pues, muchos años después y ya *al descender la colina,* todavía recuerda aquellos años repitiendo la célebre estrofa del Dante:

Nessun magior dolore
Che ricordarsi del tempo felíce
Nella miseria.

La política vino á enturbiar el encanto de esta situación obligando á la Legación Argentina á retirarse.

Esto significaba la ruptura de las relaciones diplomáticas, pero como el motivo no era de aquellos que sublevan é indisponen entre sí á los pueblos, sino á los gobiernos; y el de la República Argentina merecía entonces la reprobación del mundo entero; Carlos decidió quedarse en Río de Janeiro, fuertemente retenido por sus vinculaciones sociales y literarias.

A pesar de tan elocuente demostración de afecto hacia el Brasil, de buenas á primeras el Gobierno le

exigió, por intermedio de la Policía, que saliera del territorio. Nuestro poeta protestó y reclamó de tan soberana injusticia, pero tuvo que acatar la orden; y dejándose guiar siempre por las Musas, se embarcó nuevamente para Europa.

Recordando este incidente dice el Señor Guido: «En conciencia, el Gobierno imperial me debería una amplia indemnización de daños y perjuicios. Atentó á mi libertad, á mi quietud, á mi felicidad, y tal vez hasta á mi porvenir. A estas horas me habría comido ya medio millón de bananas, me vería rodeado de infinidad de mulatitos, tendría vela en todas las procesiones, concluyendo al fin por vestirme de verde, ¿y quien sabe si con el tiempo no hubiera llegado á ser un *fazendeiro* acaudalado, á fuerza de roncar sobre una tierra tan fértil?»

Pero, esta vez, las Musas lo llevaron al Támesis, en vez del Sena; quizás, porque: «allí florecen las letras, las ciencias y las artes; allí la palanca de Arquímedes es manejada por el más pujante de los pueblos, teniendo por punto de apoyo el banco de Inglaterra; la igualdad ante la ley es menos quimérica que en cualquier otra parte; se lee el *Times* fresquito, y se puede contemplar el espectáculo de una gran nación que de puro orgullosa se cree la más feliz, la más bien gobernada del universo, aunque considerable número de sus habitantes perezcan de miseria, confirmándose aquello de que en la feria como en la corte: uno se tañe y otro se suena».

No fué muy larga la estadía de Guido y Spano en

la City, á pesar de lo cual supo descubrir bien pronto sus encantos y bellezas: «Sobre todas las grandezas de Londres, lo que más admiré fué las bandadas de niños rubios, sonrosados, angélicos, flores animadas, brincando por los parques, y á las bellas, novelescas inglesas. En realidad, estas me parecieron divinas, ¡qué diablos! tenía yo veinte años; aunque á pesar de los vapuleos del tiempo estoy por creer me sucedería hoy otro tanto».

La *merry Ingland* entró toda por sus ojos pero no lo atrajo. Los atractivos *baulevardiens* estaban allí, á un paso. El poeta creyó ver que la *belle France* le abría los brazos para que él le entregara sus veinte años, y volvió á pasar La Mancha, dispuesto *á hacer flamear los gallardetes de todos sus caprichos, sacudiendo los cascabeles de su alegría matinal, sin más guía que la bullente juventud.*

El inexperto soñador no había sentido venir la oleada de la monarquía que se precitaba sobre la Francia; y lo tomó la avalancha arrobado en el más poético idilio: *mientras sentado en el cesped, á la sombra de los castaños del regio parque de Versalles, se deleitaba leyendo en alta voz, rodeado de un coro de distinguidas señoritas, lindas, sonrosadas, conmovidas, los versos de algún poeta favorito.*

Casi al mismo tiempo, se hundía en la derrota y la ignominia el despotismo argentino, por lo que el joven Guido se apresuró á regresar á su hogar en Buenos Aires. Y como él no ha amado nunca la política, sino la belleza, la gracia y el arte, en medio de

los apasionados sucesos de la Confederación se mantuvo siempre *á igual distancia de la demagogia que de la autocracia revestida con el resplandor de la victoria ó con el aparato de la ley.*

Cuando el doctor Derqui ocupó la presidencia de la Confederación, el señor Guido y Spano fué nombrado Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, y desempeñó este cargo *hasta poco antes de derrumbarse la administración* que gobernaba la República, excepto Buenos Aires, temporalmente segregada.

Aprovechando el arreglo de la cuestión con Buenos Aires á que dió lugar el tratado del año 54, Guido y Spano vino á visitar á su familia; y entonces se casó, regresando al Paraná con su joven esposa.

El año 61 dimitió el cargo, y poco tiempo después fué nombrado Subsecretario del Ministerio del Interior; pero no aceptó el nombramiento, y el Gobierno admitió su excusación, por decreto de fecha 26 de Octubre de 1861, en términos muy honrosos para él.

Dirijióse entonces á Montevideo, donde se hallaba su padre el general Guido; y después de algún tiempo, pasado con bastante estrechez de recursos, trabajando como corrector de pruebas de una imprenta, se embarcó nuestro poeta para Río Janeiro, llevando la esperanza de realizar un negocio de tasajo cuya comisión le habían dado. El mismo señor Guido nos dice cual fué el resultado de su prosaica embajada: *fué por lana y volvió trasquilado.*

Por las alusiones que contienen sobre la política de la República que trajo las batallas de *Cepeda* y

de *Pavón*, la guerra con el Paraguay y la discordia con la República del Uruguay, transcribimos los siguientes párrafos de la autobiografía del señor Guido: «Parapetado en mis libros leía mucho y aprendía poco. Sin elementos para echar raíces en la tierra, me refugié en las nubes. Otros, entretanto, con su ignorancia á cuestas, tenían las propiedades de las plantas trepadoras; enredábanse al gran árbol de la libertad que llamaban, siendo solo acaso un ombú carcomido; echaban vástagos, desparramábanse pomposos, y subían, subían, hasta encaramarse, ahogando el árbol susodicho, á las áridas cumbres de la política en acción. Trepados allí se transformaban como por ensalmo en gobernadores, en ministros, en éforos y arcontes, conservando una seriedad admirable, lo que no les impedía hacer cada barbaridad de espantar. ¿A cuántos, á partir del día en que se segregó esta Provincia de la Nación constituida, no ví pasar desde mi montaña desolada, cual sobre un lienzo de figurones de una linterna mágica?—turba de nulidades, precipitándose imbécilmente una tras otra de las alturas á que no soñaron encumbrarse, en las más profundas simas del olvido.

Por dicha nuestra, al lado y en frente de esas entidades postizas, raquítico engendro de la demagogía delirante, no faltaron nunca hombres de pró en Buenos Aires, en la República Argentina, que sostuviesen los principios de la libertad en el orden, del derecho en los límites amplios de la Constitución. Sus esfuerzos, empero, no alcanzaron á evitar los estragos de la

guerra civil, ni la guerra del Paraguay de tan desastrosas consecuencias, ni los manejos sombríos que sembraron la discordia y la ruina en la República Oriental. Momentos hubo en que la opinión parecía anonadada ante el éxito, vanaglorioso en presencia de los escombros de las Repúblicas hermanas. Entonces la voz de ningún argentino osaba protestar todavía en nuestra Capital, sometida *arbitrariamente* al duro régimen del estado de sitio, contra los desmanes del poder sostenido por una prensa desorientada y frenética.

En tales circunstancias quise salvar mi voto de ciudadano libre. Lo hice pública y vigorosamente. Algunos días de arresto mal pudieron sofocar los dictados de mi conciencia sublevada. Uniendo la acción á la palabra, agitado por la necesidad del sacrificio, fuí á reunirme á los defensores de Paisandú, condenados de antemano á la derrota, encontrando solo á mi llegada las ruinas humeantes de la noble ciudad, y los cadáveres mutilados de sus héroes. Amenazado Montevideo de inminente catástrofe, corrí en seguida á pedir un lugar en las filas de los que se mostraban dispuestos á imitar la hazaña de sus compatriotas inmolados. Antes me había concertado con el Dr. Carreras, Ministro de Gobierno, personaje el más prestigioso de la situación, sobre un proyecto, que á haber sido apoyado según lo convenido, habría tal vez cambiado la faz de los negocios. Los orientales reconocidos generosamente á mi decisión en su favor, me acogieron con manifestaciones honrosas, anunciándose

mi llegada hasta en la orden general del ejército. No era acreedor á tanto; pero merecía, sí, haber tenido la ocasión de batirme defendiendo su causa tan indignamente hostilizada. No pudo ser. Montevideo traicionado cayó sin combatir. Lleno de ira y de vergüenza cual si fuese cómplice en la vil trama que entregó aquella plaza, me retiré de ese campo de oprobio á vivir de nuevo en mi aislamiento.»

Después de regresar á Buenos Aires sufrió Guido y Spano duros contrastes de familia, perdiendo á sus venerados padres y á su esposa.

Constristado su ánimo por tan rudos golpes se encerró en su casa y se entregó á la literatura y al estudio: «Forzado á vivir contemplando los astros, sin encontrar ocupación adecuada á mis escasas aptitudes, yo no descubrí ninguna ley, pero pude observar el desparpajo con que se infringen las improvisadas por los hombres, y visitado de las Musas tan amigas de callejear en Buenos Aires, lancé también mis canciones al viento.»

Con este motivo y hablando el Sr. Guido y Spano de las observaciones que se hicieran á sus poesías, nos dá su opinión sobre la tendencia romántica que tanto sedujo á algunos, diciendo:

«Y luego, decían, mi susodicho numen gozaba de una salud chocante, en medio de tantas almas doloridas, que ora de un revuelo se plantifican en lo más azul del empíreo buscando aire respirable, ora se arrojan llorando á mares en los abismos del desencanto y de la duda. ¿Habrá nada más grande, pen-

saban, fija la mente en los modelos de la escuela resonante con los acordes extraños de la danza Macabra, mansión suntuosa de alaridos y llantos, que esos pelícanos de la literatura destrozándose las entrañas para alimentar con ellos á los pálidos mortales, sus hijos adoptivos, sus hermanos de leche? ¿Puede un poeta que se respete á sí mismo, que tenga el más leve barrunto de su misión en la tierra, dejar de vivir desesperado? ¿Y cómo consideraría un vate de los de á folio, los tormentos de nuestra vil especie, sin mesarse las greñas, sin lanzar rasgueando las bordonas de su arpa funeraria, un par de reniegos por minuto, capaces de hacer estornudar á Lucifer? En esa disposición de ánimo, las imprecaciones se juntan con los ayes, y los ayes con las blasfemias, muy disculpables en el *delirium tremens* de la inspiración, y solloza el verso, y se retuerce la estrofa, produciendo precipitaciones de cadencias tartáreas, mientras el estro se levanta fulgurente á las nubes, creando á destajo en su ascensión ficciones, imágenes, tipos sorprendentes, enormes, llenos de esas bellas contorsiones y escorzos de las figuras del «Juicio Final» de Miguel Angel, tan admiradas en los cuadros divinamente espantosos trazados por la mano convulsiva del genio. Eso es poesía, lo demás no pasa de dibujos simétricos calcados de lo antiguo sobre papel chinesco.»

En 1872 el Ministro Dr. Nicolás de Avellaneda nombró á Guido y Spano Secretario del Departamento Nacional de Agricultura; y después de la Revolución

del 74 pasó á la Dirección del Archivo General de la Provincia.

Los años de servicio le dieron derecho para acogerse á la ley de Jubilaciones, y se retiró de la vida pública á gozar del cariño de los suyos y de la consideración y simpatía de todos sus compatriotas.

Guido y Spano tiene publicada su colección de versos, con el título de *Hojas al viento* y sus artículos en prosa, con el título de *Ráfagas.*

Hojas al viento. Buenos Aires, 1871, es un volumen en 8°. de 286 páginas.

Ráfagas son dos volúmenes, en 8°. ed. 1879.

RAFAEL OBLIGADO

En la revista ilustrada el *Sud Americano,* (1) el año 1889, aparecieron un día cuatro cartas suscritas respectivamente por los notables poetas españoles D. Gaspar Nuñez de Arce, D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Marcelino Menendez y Pelayo, y por el célebre novelista D. José María Pereda.

Las cuatro cartas se refieren á un mismo asunto, al volumen de poesías publicado en 1885 por D. Ra-

(1) Año I. no. 12. Buenos Aires 5 de Enero de 1889.

fael Obligado, y todas ellas son á cual más elogiosas de los versos de nuestro compatriota, á quien llaman meritísimo é inspirado poeta.

El voto de tan selecto tribunal hubiera bastado para su fama si ya no la hubiera tenido, de mucho antes, no solo entre nosotros sino también en los países sudamericanos de habla castellana, donde, el *cantor del Paraná,* vinculaba el estro de los poetas argentinos al entusiasmo del pensamiento, la grandeza y la belleza de todo lo que fuera americano.

Porque las estrofas del señor Obligado llevaban en sus versos el mejor encanto de la belleza, que es la naturalidad; el mejor halago para las almas, que es el sentimiento; y el mejor atractivo para la voluntad que es la armonía. Y abrasando con los fuegos de su entusiasmo el inmenso panorama conquistado á la libertad y á la gloria, bajo el irís de paz de sus amores, sus versos volcaban sobre el espíritu del pueblo el torrente de las dulces armonías del terruño, el hogar y la familia.

Mientras, cediendo á influencias extrañas, la mayor parte de los poetas argentinos de su época, sacrificaban el brillo de su propia inspiración para vestir las galas de intelectos agenos, él dejó correr en libertad á su Musa por las orillas del majestuoso río, las dilatadas pampas del desierto ó las tupidas árboledas de los huertos, y la permitió que se entretuviera libremente en admirar una flor del *seibo* ó una *flor del aire;* un *camalote* ó un *nido de boyeros;* el *canto de las olas,* ó el del sauzal *en la ribera;* y siguién-

dola, se encontró en la cumbre del Himcto mientras los demás vagaban por las laderas.

Y para que el contraste fuera más notable y el mérito más sobresaliente, cuando el romanticismo dominaba más en nuestra literatura, en el momento en que el *Victorhuguismo* resonaba en las arpas de los triunfadores del día con los cantos de los poetas más vehementes é inspirados de nuestro Parnaso, él se abrazó más estrechamente que nunca con su Diosa, é internándose en los campos de la leyenda fué á buscar entre sus pampas el alma de *Santos Vega.*

Su tendencia hacia el americanismo racional y bien entendido, del que ama la belleza de su ambiente y viéndola y sintiéndola aspira á reproducirla, imitarla ó transparentarla con la sublime sensillez de líneas y colores de la verdad natural, y su refinado buen gusto artístico y literario, que lo ha excluído de las fáciles complacencias del patrioterismo en el *género gauchesco,* ahorrándole el sacrificio de las ideas á su mente y de sus galas al lenguaje para la expresión de su entusiasmo artístico, destacan la personalidad del señor Obligado entre las de los primeros poetas de nuestro Parnaso.

Rafael Obligado nació en Buenos Aires el 27 de Enero de 1851. Fueron sus padres D. Luis Obligado y Dª. María Ortiz y Urien, ambos miembros de antiguas familias porteñas.

Hizo sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en la Universidad; pero

como la Fortuna ha derogado en su caso su ley de repudio á los poetas, ha podido darse el placer de cultivar su entendimiento con absoluta libertad de planes de estudio y programas oficiales,

El señor Obligado es miembro de diversas corporaciones literarias extrangeras y Académico correspondiente de la Real Academia Española.

Al crearse nuestra Facultad de Filosofía y Letras, en 1896, fué designado miembro de su primer consejo directivo, y pocos años después la Universidad de Buenos Aires le discernió «honoris causa» el título de Doctor en Filosofía y Letras, teniendo en cuenta «el sitio que ocupa entre los poetas y escritores argentinos».

Dr. CALIXTO OYUELA

Entre los hombres que más se han distinguido en estos últimos tiempos por su amor á las gayas letras y por su vasta ilustración literaria, figura en primera línea el Dr. D. Calixto Oyuela.

A su indiscutible mérito como poeta de inspiración y de buen gusto, reune la nada común condición de ser un erudito en cuestiones de letras. Su amor por

los clásicos y las polémicas agrias y dulces que ha sostenido en su defensa, destacan su personalidad con lineamientos de maestro, dándole sello propio y autoridad incuestionable en medio del desacierto y la desorientación en que se presentan las producciones de los poetas modernos.

El Dr. Oyuela es poeta de conceptuosas ideas y de hondos sentimientos, muy castizo, muy sobrio y elegante en sus frases. Su versificación es fluída y muy correcta, mostrándose siempre artista conocedor de los secretos del verbo, y de los de la retórica.

Se ha distinguido sobre todo en el género elegíaco, que es la composición más difícil por lo mismo que es la menos ostentosa en la forma y la más sentida en la expresión.

Ha escrito mucho y en sus dos volúmenes de versos, hay poesías de verdadero mérito.

Tiene renombre adquirido dentro y fuera del país, habiendo sido juzgado muy elogiosamente por autoridades de parcialidad insospechable.

D. Marcelino Menendez y Pelayo lo cita á Oyuela en varias partes de su Antología de poetas Hispano-Americanos y hasta transcribe algunos de sus juicios.

El P. Blanco García (1) también lo elogia mucho; pero quien se muestra francamente entusiasmado con las poesías de nuestro distinguido compatriota es el célebre autor de Pepita Giménez (2) que se expresa

(1) *La Literatura española en el siglo XIX.* Tomo 3, pág. 381.
(2) *Juicio de Juan Valera.* Oyuela. *Nuevos Cantos* pág. 271.

en los siguientes términos: «Pero volvamos á los *Cantos* de Oyuela, de que apenas hemos hablado, y que merecen toda atención y encomio. En ellos se ve que Oyuela es excelente poeta por naturaleza, y se ve, asi mismo, al humorista, al crítico, al hombre de gusto acendrado y depurado por el estudio. La más sana y elevada filosofía, el más noble concepto del arte, las más puras aspiraciones del espíritu, están expresadas en los versos de Oyuela con elegante y nítida sencillez. La oda á Fray Luis de León, con que empieza el tomo, es un verdadero dechado de estilo y de sentida poesía, y muestra bien la idea que tiene el autor de la poesía y de la misión del poeta.

«Todo, en las composiciones que el volumen encierra, me parece bien; pero sino fuera porque relativamente se dirá que rebajo algo otras composiciones, yo recomendaré *La vuelta al campo, El Titán, Eros* y *Al arte*».

Encabezamos las composiciones del Dr. Oyuela con su *Canto á la Patria en su primer centenario,* oda inédita, que su autor ha tenido la gentileza de permitirnos incluir en esta Antología.

En nuestra opinión, esta es una de las mejores poesías del Sr. Oyuela. Encontramos en ella grandeza, nobleza y entusiasmo poético verdadero.

La visión es clara y magnífica; y el sentimiento es hondo, palpitante y digno. Por eso al recorrer las páginas de la historia argentina en el primer siglo de vida independiente, su Musa se recrea en la be-

lleza de los hechos sin caer en las vulgares exaltaciones del denuesto ni de la injuria.

Al contrario, para ensalzar la gloria del triunfo y el mérito de la campaña libertadora, coloca á la Argentina al lado de la España, y solamente con la gloria de aquella la compara:

Hija de la Victoria,
Émula digna de la hispana gloria,
Por montes y por llanos
Lanzó sus fulminantes batallones,
En combatir, leones,
Y en el instante de vencer, hermanos.

Y no es que no tenga nervio para anatematizar lo que su patriotismo abomina y condena, pues las estrofas más enérgicas, las más llenas y vehementes, donde el poeta levanta más la entonación y agolpa con más nerviosidad las ideas, son aquellas en que excecra al despotismo y á la anarquía.

Pero como el arrebato es siempre lírico, su gesto es siempre apacible, noble y sereno; y puede con toda galanura juntar los extremos más opuestos para gozarse en el contraste y hacer resaltar más las distintas situaciones. Por eso dice:

El Execrado
Huyó á esconderse tras los vastos mares.
Roto el muro sombrío
Que muertas estancó bravas corrientes,
Rugiente olaje sacudió el navío;
Pero el rosal de las excelsas mentes,
Entre lumbres de aurora,

Descollar vió al Patricio soberano
A quien en duelo aún la Patria llora,
Y que, piloto en la borrasca experto,
Supo con fuerte mano
Llevarla en triunfo á jubiloso puerto.

Nada hay más fácil, al parecer, que las composiciones cuyo tema se relaciona con la Patria, porque la riqueza de los sentimientos que despierta y de puntos de vista que ofrece á la inspiración dan al poeta abundante material de ideas para entretener su arte. Pero también, nada es tan común como la vulgaridad de estas poesías.

Es que es muy dificil escapar al atractivo de tanto lugar comun como en estos casos se hallan, que á veces se presentan disfrazados por la imaginación y engalanados por la fantasía como verdaderas creaciones de la mente y variados espejismos de sus ideas. Y de esto ha salvado incólume el distinguido vate.

Con ello demuestra su cultura y su gusto exquisito, el conocimiento que tiene de la materia calológica y su dominio sobre la métrica y la rima.

Véase sino la descripción que hace del futuro entrevisto por los libertadores. ¡Todo un poema, compendiado en 16 versos!

Nuestros héroes así la vislumbraron
En sus sueños de amor y de ventura,
Rica en clara hermosura,
Cuajado el vasto suelo en mieses de oro.
Asi Moreno, espléndido meteoro,
Belgrano, el noble y puro,

Á quien el alma floreció en la mente
Y de astros recamó su cielo obscuro;
Rivadavia el vidente.
Y aquel grande entre grandes,
Que sobre su corcel saltó los Andes,
Y en tromba al Ecuador, pueblos redime;
Y consintiendo en que el supremo lauro
Al glorioso rival la sien corone
Como en solemne ocaso el sol se pone,
Callado se hunde en soledad sublime.

¿Y que decir del madrigal engarzado en estos cinco versos?

¡Cuál le enjuga el amor la húmeda frente,
Mientras pace el rebaño en la pradera,
Y ríe la esperanza en los trigales,
Donde, al soplo del viento, brotar siente
Como un fresco rumor de primavera!

Y para que nada falte á esta joya tan artísticamente cincelada por el inspirado cantor de Eros para la literatura nacional, el pensamiento cristiano resplandece en sus ideas como brillante aureola sobre la frente gloriosa de la patria:

Y no olvides que nada hay noble y grande
Sin la velada voz de lo Infinito,
Y que el eterno grito
De la angustia mortal, en Él se expande.
Reinen en tí serenas la Fe augusta,
Y la espada leal, la ley severa:
Doquier su voz no impera,
Desata el crimen su furor salvaje
Y vil codicia, delirante encono,

Corrupción ó pillaje,
Aullando suben á infamante trono.

Seguramente esto se debe á que, como dice el ilustrado prologuista de *Nuevos cantos*: «Oyuela sigue, con la curiosidad de su espíritu culto, todos los progresos de la ciencia; se interesa en las investigaciones de carácter sociológico; cree en el progreso; ama las instituciones de su patria; pero es lo que nació: creyente, conservador y clásico».

Calixto Oyuela nació en Buenos Aires el 3 de Febrero de 1857. Hizo los primeros estudios en colegios particulares y siguió los cursos del bachillerato en la Universidad, doctorándose en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en 1888.

Su vocación literaria, sentida desde muy joven, tuvo á mal traer la constancia en sus estudios jurídicos; pero el juicio y la serenidad de que siempre ha dado pruebas su carácter, y la influencia atrayente y estimuladora de la espiritual hada que inspiró sus primeros versos y las poesías *Eros* é *Iris*, lo llevaron al ansiado término desde las gradas del altar en que consagró con lazo indisoluble su matrimonio con ella.

Empezó á ser conocido y á destacarse en nuestro mundo literario por un artículo que publicó en respuesta á algunos ataques inconsiderados de que fuera blanco el ilustre crítico y literato español Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Sostuvo luego, en el espa-

cio de varios años, una série de polémicas bastante apasionadas, en defensa de sus gustos libremente clásicos y de las glorias de la literatura española que aquí era entonces hábito deprimir. En este sentido puede decirse que el ha sido el iniciador de la reacción en favor de las tradiciones de raza, que sin perjuicio de los nuevos elementos aportados por el progreso y la civilización general, pueden y deben siempre considerarse como fuentes naturales y fecundas del verdadero espíritu argentino.

En 1881 obtuvo con su canto *Al arte* el primer premio del tema, en los Juegos Florales en que Dn. Olegario Andrade mereció el premio de honor por su *Atlántida;* y al año siguiente Oyuela obtuvo este mismo premio por su poesía *Eros.*

En 1884, cuando se creó la cátedra de Literatura española y teoría literaria, el Gobierno confió al Dr. Oyuela su enseñanza; y posteriormente fué nombrado Profesor de Filosofía en la Escuela Normal de Profesores.

En 1889 fué nombrado Secretario de la Delegación Argentina al Congreso Pan-Americano de Washington, realizando entonces un vasto viaje de estudio por Europa y Estados Unidos.

El Dr. Oyuela fué el iniciador y el primer presidente del Ateneo, asociación de nuestros hombres de letras que pareció nacer con lozanía de planta que arraiga en suelo propicio, y que estaba llamada á desempeñar una gran función estimuladora en nuestro ambiente literario; pero que fué de duración muy

efímera y de ningún resultado práctico, sin duda por falta de protección oficial. Fué también el iniciador del proyecto de Instituto independiente de enseñanza secundaria, que se fundó en 1892, con el nombre de «Instituto Libre de segunda enseñanza», y allí dicta la cátedra de Literatura.

El Dr. Oyuela dirige desde su fundación, en 1906, el Conservatorio Labarden, y es miembro correspondiente de la real Academia Española.

Sus obras publicadas son:

Cantos. Buenos Aires 1891. 1 vol. en 6°, 331 págs.

Nuevos cantos. Buenos Aires 1905. 1 vol. en 8°, 317 páginas.

Estudios y artículos literarios. Buenos Aires, 1889. vol. en 4°, 600 págs.

Elementos de teoría literaria. 1 vol. (tres ediciones).

Opúsculos varios.

MARTÍN CORONADO

Nació en Buenos Aires el 4 de Julio de 1850. Hizo sus primeros estudios en la escuela de don Juan Sustaita, que era su padrino, pasando después al Colegio del Uruguay (que estaba entonces bajo la dirección de don Alberto Larroque) para estudiar Humanidades. Allí cursó hasta el 1er año de latín, viniendo después á la Universidad de Buenos Aires para continuar hasta

el 2° año de Derecho, después de lo cual abandonó la carrera de abogado para dedicarse á sus estudios favoritos: las letras.

Empezó por ser cronista de «La Prensa» en los primeros tiempos de su fundación; y en 1886, con el único propósito de optar á un puesto en las Oficinas del Registro Civil, se recibió de Escribano público.

El señor Coronado ha sido Jefe del Registro Civil durante más de once años.

Su verdadera vocación han sido las letras, y en ellas ha llegado á distinguirse y á ocupar puesto de primera fila entre los literatos argentinos, como poeta, dramaturgo y novelista.

En 1873 publicó la primera edición de sus poesías, que fueron muy bien recibidas por la opinión general y merecieron calurosos elogios de nuestros críticos más notables.

La edición que con el mismo título de «Poesías» publicó en 1904 es un tomo en 8° de 274 págs., bien nutrido de composiciones, en el cual ha incluído también el poema dramático «La rosa blanca», que fué su primer obra para el teatro. (1).

Coronado es poeta de mucho sentimiento que sabe aprovechar su vena sin violentar la inspiración ni sacrificar las armonías de sus cantos. Pero él ha dado preferente atención á sus obras para el teatro siendo en la actualidad uno de los autores más fecundos y de más éxito.

Se han representado las siguientes:

Luz de luna y luz de incendio, Labrador, Cortar por

---

(1) Fué estrenada en el teatro de la Opera el 16 de Junio de 1877, por la compañía de Hernán Cortés.

lo más delgado, Un soñador, Justicias de antaño, La piedra del escándalo, Culpas agenas, Flor del aire, Tormenta de verano, Parientes pobres, La vanguardia, Sebastián, El sargento Palma y Via libre.

El éxito de algunas de ellas ha sido verdaderamente notable, siendo la más aplaudida: *La piedra del escándalo*, que se ha dado más de 500 veces.

El señor Coronado ha escrito también una novela titulada *La bandera*, que fué premiada con una mención honorífica en un certámen particular, auspiciado por un fuerte comerciante de esta plaza.

Dr. JOAQUIN CASTELLANOS

Nació en San Lorenzo, Provincia de Salta en el mes de Octubre de 1860. En 1870 vino al Colegio Nacional del Rosario de Santa Fé, donde terminó los estudios secundarios.

Cinco años más tarde, en 1875, fué nombrado profesor del Colegio Nacional de Jujuy, y en 1879 pasó á ocupar el puesto de Vice-rector del Colegio Nacional de Catamarca.

El Doctor Castellanos ha tenido brillante y accidentada actuación política en el país, figurando siempre en las filas de aquellos cuyos entusiasmos se mantienen con los ideales del patriotismo y no con las concupisencias del poder.

Ha sido diputado al Congreso Nacional que hizo

honor á la representación de la Provincia de Buenos Aires de la cual formaba parte, conquistando reputación de ilustrado, hábil y valeroso orador parlamentario.

Sus relaciones con las Musas han sido apasionadas pero no constantes; sin embargo, creemos que, en los últimos años, el ha tratado de ocultarlas.

Actualmente anda en viaje de placer por Europa, y allí ha publicado sus trabajos sueltos en prosa, reuniéndolos en un volumen titulado *Labor dispersa;* pero no sabemos que el poeta haya tenido análoga complacencia con sus versos.

Dr. ENRIQUE E. RIVAROLA

El nombre del Dr. Rivarola es bien conocido en nuestro mundo literario y goza con justo título de la fama y renombre de poeta.

Es que este distinguido santafecino ha sido desde muy joven un apasionado cultor de la belleza y la armonía.

En 1881, cuando aún no contaba veinte años, publicó su primer volumen de versos, verdaderas flores «Primaverales» de su alma y de su vida, que tuvo el placer de prologar otro amante de lo bello, de lo noble y de lo grande, nuestro ilustre literato y hombre de estado, el Dr. Dn. Nicolás de Avellaneda.

Posteriormente, en 1883, publicó otro volumen titulado *Nuevas Hojas;* y son muchas las composiciones

con que ha contribuído á enriquecer nuestro Parnaso en las Revistas y Periódicos. Entre las principales conocemos: *Los héroes* (dedicada al Gral. Dn. Bartolomé Mitre), *Sor María* (poema), *Cuento de Otoño*, y *Ritmos.*

La precipitación y la embarazosa situación en que he debido concluir este trabajo para poderlo presentar terminado el día del centenario de nuestra independencia me han impedido completarlo debidamente. Salvo, en parte, esta deficiencia transcribiendo aquí los dos sonetos siguientes, que son muy buenos.

SARMIENTO

Al Dr. Adolfo Saldías.

Duerme el atleta. Bajo el mármol sueña
Que no descansa, el luchador valiente;
Y plegada sobre él, madre doliente,
Cubre su cuerpo la argentina enseña.

Duerme el atleta. El ideal diseña
Inmarcesibles glorias en su frente;
Sueña, y se ve, tranquilo, omnipotente,
Cóndor andino, sobre abrupta peña.

¡Allá arriba!... ¡más alto todavía!...
¡Donde tan solo llegue el pensamiento!
¡En la cumbre más áspera y bravía!

Glorifique la Patria sus hazañas.
¡Que para alzar la estatua de Sarmiento
Hay que hacer pedestal con las montañas!

1908.

EL AGUA

En una gota de agua convertida
El alma universal al mundo asoma:

Savia en el árbol, en la flor aroma,
Ala en el ave, en el hombre vida.

Brilla el agua en la nube enrojecida
Que extrañas formas en el aire toma,
Y en fecundante riego se desploma,
O pasa por los vientos impelida.

Si consumida la robusta arteria
Del río y de la mar, abandonara
La última gota de agua el duro suelo,

Masa informe de rígida materia,
Peñón sombrío y sin calor, rodara
Muda la tierra por el ancho cielo.

1903.

Este último soneto sirve también para mostrar la influencia del estilo del insigne autor de los «Gritos del combate» sobre el de nuestro distinguido compatriota, pues la forma en que desarrolla su pensamiento es la misma en que aquel presenta la idea engarzada en el precioso soneto titulado «El Dolor».

Enrique E. Rivarola nació en el Rosario de Santa Fé el 15 de Febrero de 1862. Estudió en los colegios nacionales del Rosario y Buenos Aires, pasando luego á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde recibió su título de Doctor el año 1887.

Descollando con notoriedad en la falange de intelectuales de su generación, forma parte del profesorado nacional desde hace muchos años. Ha dictado la cátedra de castellano en el Colegio Nacional de Buenos Aires y actualmente es profesor de Psicología en la

Escuela Normal de La Plata, y de Derecho Civil en la Universidad de aquella misma capital.

Su actuación política lo llevó á las bancas de la Legislatura de Buenos Aires, en la Cámara de Diputados, de la cual mereció ser designado vicepresidente 1º.

Actualmente es Presidente del Tribunal de Cuentas de la Provincia.

LEOPOLDO DIAZ

Leopoldo Diaz nació en Chivilcoy (Provincia de Buenos Aires) el 11 de Agosto de 1862. Hizo sus estudios primarios en las escuelas del pueblo y vino á cursar Humanidades en el Colegio Nacional de Buenos Aires, terminándolos en el Colegio Nacional de Mendoza.

Mostrando desde muy joven la vocación literaria que después lo ha dominado, fundó entonces, (junto con su hermano Don Benigno C. Diaz,) el diario *La Palabra.*

Y ya, después, su verdadera ocupación no ha sido otra que la de escribir para el diario, la revista ó el libro.

El año 84 fué nombrado Secretario de la Legación Argentina en la Asunción del Paraguay, empezando su carrera diplomática.

Fué nombrado Cónsul General en Suiza, en 1906, residiendo en Ginebra hasta el año 1909, en que pasó

con igual cargo á Cristianía (Noruega), donde actualmente reside.

El Señor Diaz tiene publicados varios volúmenes de poesías. El año 1896 publicó la colección titulada *Sonetos*, y durante su permanencia en Ginebra, en 1902, publicó otro volumen de Sonetos titulado *Las sombras de Hellas*, con traducción francesa de F. Raisin y con prefacio de Remy de Gourmont.

Su último libro es *La Atlántida conquistada*, poema en sonetos, traducido también al francés por el mismo Fredéric Raisin.

El Señor Díaz está condecorado por el Gobierno Francés con las *Palmas Académicas*.

LEOPOLDO LUGONES

Pocas personalidades tienen hoy entre nosotros contornos tan sobresalientes y relieve tan pronunciado como este distinguido periodista, publicista y poeta.

Su talento y su fecunda labor en el campo de las letras, donde se ha dado á la ímproba tarea de intentar (yendo á campo traviesa) el abrir nuevos caminos para llegar á las alturas del Pindo, no solo con prescindencia sino también con desdén y menosprecio de lo que su escuela llama viejos formulismos académicos, derrumbando metros, rimas, reglas y artes consagrados, lo ha expuesto á los golpes más violentos de la crítica, pero lo ha exhibido con todo el brillo de los entendimientos privilegiados.

No es esta la ocasión de discutir el éxito que se puede esperar de esta campaña; pero como leales cronistas del pensamiento poético en la República Argentina y como amantes de todo esfuerzo intelectual y anhelo superior de artista, en el ritmo, el color ó la forma, reconocemos el esfuerzo de nuestro compatriota y dejamos aquí constancia de su intento y de su obra.

Leopoldo Lugones nació en Río Seco (Prov. de Córdoba) el 13 de Junio de 1874. Cursó primeras letras en las escuelas del estado, pero ântes de ingresar á los Colegios Nacionales ya había él empezado su vida intelectual independiente, apartándose en sus lecturas de los programas y planes de estudios oficiales.

Se ha ilustrado á sí mismo, estudiando solo y á su gusto cuanto ha querido saber. Y en la prensa diaria, en el libro y al frente de los puestos públicos que ha desempeñado, ha hecho gala de su vasta erudición, y ha mostrado siempre tener completo conocimiento de las cuestiones que trataba.

Tendría 16 años cuando se inició en la carrera del periodismo. Pidió un puesto de reporter en un diario de Córdoba, que dirigía Don Evaristo Carriego; y su comprovinciano, sin más trámite, lo autorizó á echarse á la calle en busca de noticias. Hoy es subdirector del *Diario*, de Buenos Aires.

El periodismo ha sido la labor más continuada del señor Lugones, pues creemos que solamente la ha interrumpido durante el tiempo que estuvo al frente de

la Inspección General de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial.

A este puesto fué llevado por el Doctor Joaquín V. González, Ministro de Justicia é Instrucción Pública.

Después de un viaje por Europa y habiéndose recien fundado la Universidad de la Plata y el Instituto secundario á ella incorporado, el Gobierno ofreció al señor Lugones el rectorado de este último establecimiento; pero él declinó el honor, y volvió á su vida de periodista.

El señor Lugones lleva ya publicados varios volúmenes en prosa y verso.

Su primer libro de versos fué *Los crepúsculos del Jardín* (1905); pero su primer éxito de librería lo obtuvo con *Las montañas del oro* (1907).

El año pasado publicó otro volumen de versos con el título de *Lunario Sentimental*.

Sus obras en prosa son: *La reforma educacional, El imperio Jesuítico, La guerra gaucha, y Las fuerzas extrañas.*

PEDRO B. PALACIOS

Nació en San Justo (Provincia de Buenos Aires) el 13 de Mayo de 1854.

Ha estudiado y se ha ilustrado solo, habiendo estado varios años al frente de algunas escuelas comunes de la Provincia de Buenos Aires.

Su primer biógrafo, el Señor P. Groussac dice sobre él lo siguiente:

«Bajo el pseudónimo de *Alma fuerte*, el señor Palacios ha publicado en *La Nación* varios poemas (*Olímpicas, Cristianas, La sombra de la patria*, etc., de remedo becqueriano, pero todos ellos intensamente escritos. No creo que sea ninguno superior, por la idea ó la factura, al que aparece hoy y es una glosa rutilante del pensamiento de Schopenhauer: *el Universo es un fenómeno cerebral.* Por cierto que el Señor Palacios es un antodidacta, y carece de gusto seguro y virtuosidad verbal (lo que llamaba Sainte-Beuve «una buena retórica»). Pero también á ratos deja entrever y oir lo que no se adquiere con ninguna retórica: hay algo por allá arriba! Acaso una crisálida que el largo invierno aprisionara y que, criadas las alas al sol amigo, volverá mañana en plena luz».

ANTOLOGIA

(TOMO X)

CARLOS GUIDO Y SPANO

VICTOR HUGO

¿Veis esas rocas negras, escarpadas,
Que la onda brava rebramando azota?
¿Por qué el nauta al pasar larga la escota,
Y en su esquife, de pie, tristes miradas
Las dirige, y surcando su faz ruda
Una lágrima acaso, las saluda?
Allí el viento, las alas espaciosas
De vapores salinos impregnadas,
Muge doliente en funeral tristeza;
Estallan con estruendo pavorosas
Las tormentas; la niebla fría y baja,
Velando de las sirtes la aspereza,
Pende á modo de pálida mortaja;
Turba el silencio de las playas solas
El eterno tumulto de las olas.
Invisibles clarines convocando
A oscuras guerras, bárbaras, extrañas,
Suenan del mar los mostruos sublevando,
Y las aves acuáticas, hurañas
Voltejéan con ásperos graznidos
Sobre el piélago enorme, ó zahareñas
Cruzan buscando los ocultos nidos
En las grietas musgosas de las peñas.

Vosotros, hombres libres, que sombríos
En vuestra romería dura, austera,
Teneis solo una fe y una bandera—
Ante esos agrios riscos ¡descubríos!
¡Es *Kidormur,* es Guernesey!... ¡Bendita
La hospitalaria tierra
De la vieja Inglaterra!
Allá mora un Titán, Hugo allí habita,
Hugo de cuya frente majestuosa
Brotan vivas centellas, y que luego
De vencido á traición, no en los combates,
Logró salvar ¡empresa gloriosa!
Con su acendrado honor y sus penates,
De la alma libertad el sacro fuego,
Cuando en su ilustre patria perseguida
Tan solo en la conciencia halló guarida.

De la llama inmortal firme custodio,
La espada del arcángel esgrimiera
Más poderosa que el puñal de Harmódio.
Con ella el fallo bíblico escribiera
En caracteres ígneos, consagrados,
Que al opresor condena y á sus huestes;
Mientras sus labios que en mejores días
Supieron entonar himnos celestes
A la inocencia y al amor—tocados
De los carbones rojos de Isaías,
Los oráculos lanzan inspirados
Del porvenir, en graves armonías.
El águila sintiéndose acosada

Remontó hasta el Olimpo, y al Tonante,
Soberbia, fiera, osada,
El rayo arrebató que fulminante,
Con bríos soberanos
A la frente vibró de los tiranos.
Como aquel fabuloso personaje
De la tragedia antigua, Filocteto,
Que de Hércules las flechas poseía,
Y de vencer con ellas el secreto,
De Lemmos confinado en la salvaje,
Agreste soledad, cuando su ultraje
Vengar ansiando de dolor rugía:
¡Así el grande proscripto de la Francia,
Con sublime arrogancia
A los nuevos Atridas desafía;
Llámalos á juicio, y humillados
Fueron en medio de su orgullo necio,
De sus triunfos robados,
Por su profundo y colosal desprecio!

En el tiempo fijando la radiosa
Mente audaz, que su arcano nos alumbra—
En procesión solemne, portentosa,
Pasan ante él los siglos, y la Muerte
Al verle en la árdua cima á que se encumbra,
Cometa inmenso de la inmensa historia,
Que allí no alcanza con asombro advierte,
Y se postra vencida, deslumbrada
Por la auréola sagrada
De su virtud egregia y de su gloria.

Galo de raza, de la heróica tierra
Que defendió Vercingetorix bravo
Contra el poder de César, en la guerra
En que el libre luchó contra el esclavo;
Del destino fatal en la balanza
Donde de aquel bastardos descendientes,
Ministros de odio, seides de venganzas
Arrojaron la espada, rudo emblema;
Él, revestido de grandeza suma,
Ciñendo de su genio la diadema,
Arrojó en contrapeso la áurea pluma;
¡A las sagradas musas se propicia;
  Prorrumpe en noble canto
  Y constelan su manto,
La libertad, la paz y la justicia!
Del hogar de sus padres desterrado,
  Como hijo predilecto
  El mundo le ha adoptado,
Y en la alta frente del varón perfecto
Que es égida á sus dioses, exultante
La estirpe en él al recordar de Atlante,
Del pontífice magno colocara
Sobre el fresco laurel la excelsa tiara.
¡Honrad ¡pueblos! al ínclito poeta
Que cantara el amor en su arpa de oro;
  Al augusto profeta
Que enjugó en su pendón el tierno lloro,
Y al tremolarle al viento en sacro rito,
Del ideal señala el horizonte,
Mientras trepando audaz de monte en monte

Nos guía victorioso al infinito!
    El tiempo raudo pasa,
Y cuando el ala fúnebre desplega,
    Así la flor doblega
Como las cumbres gélidas arrasa.
A la inmortalidad anticipaos;
Al genio que se cierne en las alturas
    Llevad ofrendas puras—
A sus aras brillantes acercaos;
Rosas allí enlazad con verde palma,
Y los fuertes, honrados corazones,
Que siempre hallara la verdad propicios,
Con la esperanza al recobrar la calma
La ofrezcan abundantes libaciones,
Y nobles y gloriosos sacrificios.

Cuando caiga el coloso, (aleje el cielo
El terrible momento), que su alma,
    Desplegando su vuelo,
Y confundirse en la armonía vuelva
De la naturaleza,—¡triste y viuda
De su númen la tierra á quien escuda,
Bramará el mar, suspirará la selva;
Y como antorchas dignas solamente
De sus grandes exequias, sus volcanes,
    En su dolor vehemente,
    Y en honor de sus manes,
Por el creador espíritu agitada
Que en sus entrañas vívido fermenta,
Encenderá algún día en sus misterios:

Entonces en entrambos hemisferios,
Ya de sufrir cansada,
Hundirá en sus cenizas los imperios
De su trágica historia torpe afrenta;
Y en su vasta rüina,
De la justicia eterna en luz bañada,
Levantará gloriosa y opulenta,
Navegando la esfera cristalina,
Al hombre libre en la ciudad divina!

MÉXICO *

«Ya del robusto cuerpo las heridas
Agotaron su brío y fortaleza;
Ya busca en su flaqueza
Por la voz de su gentes esparcidas,
El firme apoyo de mi brazo fuerte.
Con la discordia quebrantado, inerte,
México fácil se presenta al yugo:
Tendrá en mí su verdugo;
¡Castigo sea á su dolor la muerte!
Sus campos talaremos; sus vencidas
Ciudades derrumbadas de su alteza
Caerán con fiero estrago, y fulminantes
Las imperiales águilas triunfantes,

* El nombre de México es de origen indio. En la lengua azteca significa «la habitación del Dios de la guerra» llamado Mexitli ó Huitzilopochtli.

Desde Anáhuac (1) el vuelo soberano
Desplegarán por uno y otro oceano».
Dijo el perjuro y las soberbias haces
Apresta y los navíos, y provoca
Con vil pretexto y fementida boca
A segundarle audaces,
Al bretón recio, al español bizarro
De Cortés descendiente y de Pizarro.

Acuden, y con ellos los traidores,
Digno cortejo á la feroz empresa.
¡Reyes y emperadores
En estrecha alianza
Con la mesnada ruin!... ¡Qué! ¿tanto os pesa
Movidos de ambición y de venganza,
El ver cómo patente
Pende de la justicia la balanza
En favor de la América esplendente?
Ayer no más se alzó—sonriola el mundo;
El hombre fué mas libre; ilustres hechos
Levantaron su fama y sus derechos,
De su grandeza manantial fecundo;
¡Libertad! dijo, y los valientes pechos
De sus hijos la amaron, repitiendo
¡Libertad! y profética y tonante
La alta voz resonando
Por dilatadas zonas,
Al grito portentoso y retronante

(1) La palabra Anáhuac significa «cerca del agua».
Clavijero.

Que cruzaba veloz por los espacios,
Sentisteis vacilar vuestras coronas
Y tembló el despotismo en sus palacios.
Temblasteis, sí, y á reparar la afrenta
Venís—¿mas qué buscais? ¿qué cosa intenta
Vuestra aleve ambición? ¡mengua y desdoro!
Lo está diciendo el bronce que retumba
Allá de Puebla en el torreón alzado,
    Con furia contrastado;
Quereis que la República sucumba,
    Y avaros y rapaces,
    Al cavarle la tumba
De América explotar el gran tesoro;
Sembrar la guerra proclamando paces;
Tapar la infamia con montones de oro.
Tarde acudisteis por fortuna, tarde;
    Que la amazona airada,
    Al intento cobarde,
Se apercibe, se irrita, se estremece,
    Y rechaza indignada
    Las razones sutiles
Que solo entienden los gobiernos viles
De no acorrer donde el peligro crece.
La india de que Europa enamorada
Por su belleza está; la que se sienta
A ver rodar al margen de sus ríos
    Las piedras preciosas
Con que vuestra codicia se apacienta;
La que alarga las manos generosas
Al extrangero huesped á quien ama

Y á quien hermano llama;
Que tendida en su hamaca, rumïando
Sus nobles esperanzas, el perfume
De la selva aspira;—al torpe asecho,
Insultada en su fe y en su derecho,
El águila imperial dejará implume,
Brava saltando del flotante lecho.

Siéntelo así el bretón y retrocede,
Y con noble civismo,
El que á ninguno en el valor le cede,
Renuncia al triunfo y se venció á sí mismo
También el claro capitán hispano,
Prim magnánimo digo, no queriendo
Mancillar de sus armas la limpieza,
Que la prez del valor no alcanzó en vano,
Ve el robo, y la traición y la mentira
Y el brioso pecho rebosando en ira
De México se aleja y lleva á España
Trocada en amistad la ardiente saña.
Así tu repitiendo,
Gran conde, la hazaña
Que ha llenado la historia con su estruendo,
¿Qué importa si el traidor tu acción impreca?
La dulce patria del antiguo azteca
Venció Cortés entrando y tú saliendo.

Quedó solo el francés, mas no sus naves
A incendiar se atrevió, como aquel grande
Y fiero castellano que en un tiempo

Se abrió á Tenochtitlan ancho camino.
Con más prudencia, espera que cargadas
De espléndido botín serán en breve,
O guarida á sus haces destrozadas.
César ordena que acometan ¡César!
    Parodia del romano
En quien llegar era vencer; aqueste
Huelga y triunfa en París, y sus legiones
    Del suelo mexicano,
Mientras él se harta, muerden los terrones.
Pesándole la espada de la Francia,
La trueca por la pluma, y borronea
    Del héroe de Farsalia,
    De aquel rayo de Italia,
En ocio blando la tremenda historia,
Porque le alumbre en el rincón oscuro
Que tendrá en el panteón de lo futuro,
El sangriento esplendor de su memoria.
Mas no del porvenir las áureas puertas
Al crimen coronado están abiertas:
    ¡Empínate pigmeo,
Pues por más que te busco no te veo!
Obediente á su voz su hueste avanza
De su marcial orgullo haciendo alarde,
Soltando á su altivez las flojas riendas,
Al triunfo cierto en júbilo rebosa:
«Voy á México, dice, á alzar mis tiendas,
Y en su sepulcro á colocar la losa».
¡Crueles! seguid y encontrareis el vuestro.
México está de pie, Lázaro vive;

La libertad tocole con su vara;
    Desde los altos cielos
    La bendición recibe,
De Guerrero, de Hidalgo, de Morelos,
Y á defender sus lares se prepara.
Con denuedo el inválido, la furia
Del invasor y el ímpetu sujeta;
Del profanado hogar sabrá arrojarle
    A golpes de muleta.

Y tú el primero, ínclito joven fuiste,
Zaragoza inmortal, quien contuviste
Su ira embravecida, que á tu nombre
Que despierta un recuerdo sobrehumano,
Sintió la sangre helada; y magno, y triste,
Gimió en la tumba el tío del tirano.
    Como el viento impetuoso
    Barre las ondas fieras
    Del golfo proceloso,
O esparce las espigas en las eras,
    Los contrarios huyeron
A tu terrible empuje, diligentes,
Y el Dios de majestad «quebró los dientes
A los que el freno de su ley mordieron».
¡Zaragoza! ¡oh ilustre y alto mozo,
Segado en flor á la brillante gloria
    De tu insigne victoria!
Tú caíste, mas vive entero, ardiente,
Tu espíritu sublime en tus hermanos.
Juarez, Ortega, Comonfort, cien otros
Cuya fama voló de gente en gente,
Blanden la espada que vibró en tus manos,
    Y porque al mundo asombre,

Cual presagio feliz, Puebla eminente,
Se hizo heredera de tu excelso nombre.
Ya la hueste imperial pávida y rota,
Repuesta del espanto en largo plazo,
Vuelve al combate y vuelve á la derrota.
Del libre en la muralla
La muchedumbre indómita se estrella
Del bando usurpador; rudo la embiste
Y ceja y cía rechazado; en tanto
La América á sus mártires incensa,
Y de México asiste
Con el alma anhelante á la defensa,
Dando lauro á los unos y á otros llanto.

¿Qué haces tú mientras, Francia, vieja leona,
Cubierta de gloriosas cicatrices
De que tu genio militar blasona,
Soportando una mosca en tus narices?
¿Cuando pues estornudas?
¿Cuando rompes la red con que te amarras,
Y despedazan tus potentes garras,
De tu acendrado honor los torpes Judas?
¿Acaso es tu bandera
La que se oculta en el combate? ¿acaso
De la ciega soberbia participas
Del déspota grotesco que en tí impera
Cuando sueña iracundo,
De Zaragoza, rota en los escombros,
Puedas llevar un mundo
Como el manto real sobre tus hombros?

¡Ea vieja leona,
Sardanápalo al circo te condena,
Contigo se divierte
Víctimas arrojándote á la suerte,
Y devoradas, riendo te aprisiona;
¡Ea, pardiéz, sacude la melena,
Y entiérrale en las sienes la corona!

América te envía
Su consejo de paz: si en son de guerra
Vienes, entonces se alzará bravía
Y en su pujanza asombrará la tierra.
Triunfará Anáhuac; las dolientes almas
De los impíos que mueven sus trastornos
Por Mixitli, Dios fuerte, confundidos,
Del Popocatepetl en las cavernas,
Rebramarán en los mugientes hornos
Derribadas á angustias sempiternas.
La República al fin verá cumplidos
Sus destinos egrégios: Zaragoza
De un mundo colosal primer baluarte,
Del derecho elevando el estandarte
No puede ya caer—caerán sus muros,
Y transformada en noble monumento
Que recuerde su gloria y su tormento,
Será eterno baldón á los perjuros.
¡Cualquiera de sus piedras calcinadas
Servirá á lapidarles, arrojadas
Por manos libres á su frente adusta,
Y la que Puebla fué, de heroismo ejemplo,
En su triste augusta,
Podrá no ser ciudad, más será templo!

EN LOS GUINDOS

Tenía yo diez y ocho años—ella
Apenas diez y seis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada
Ni más viva una fúlgida centella.
¡Un día Adriana bella
Conmigo fué al verjel á coger fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera,
Cuan atractiva y cuan hermosa era!
Llevaba un sombrerillo
De paja, festoneado, con adornos
De flores de canela y de tomillo,
Y realzando sus mórbidos contornos,
Un corpiño ajustado,
Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hácia el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
Le ofrecí el brazo; me arrobé al sentirla
Que en él lánguidamente se apoyaba.
Confuso y sin saber el qué decirla,
Me desasí—Trepéme á un alto guindo,
Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón la brindo,
Que ella con gracia recogió en la falda,

¡Oh delicioso instante!
¡Oh secretos de amor! ¿cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llameante,
Al ver desde la altura,
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura?
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos
El fuego interno que en mi alma ardía?
¿Esa la causa fué de sus sonrojos?
—«Aquella guinda alcanza, «me decía,
«Que está en la copa; agárrate á las ramas
No vayas á caer». «¿Y tú si me amas,
Qué me darás?»—Bermeja cual las pomas
Que madura el estío en las laderas,
Contestó apercibiendo dos palomas
Blancas, ébrias de amor:—«¡Lo que tú quieras!»

LAS HORAS

Queriendo coronar lo más hermoso
En torno al sol las Horas se juntaron,
Y allí en danza genial se armonizaron
Del almo día el sonrosado albor;
Mal envueltas en gasas transparentes
En el éter azul, todas son bellas;
¡Mas fué reina elegida al fin por ellas,
La dulce hora del primer amor!

Desde entonces el alma está á su imperio
Con misteriosos vínculos unida;
Se confunde á la esencia de la vida
Rica en tiernas promesas al pasar,
Y deja en pos dulcísimas memorias
Al perderse en el tiempo en casto vuelo,
Como brillan los astros en el cielo
Cuando en la tarde el sol se hunde en la mar.

A UNA JOVEN RUSA

En mi huerta hay pocas flores,
Niña rubia,
Mas de inocentes olores;
No han ajado sus colores
Sol ni lluvia.

Simples flores campesinas
Oreadas
Por las auras vespertinas,
De mi vida en las rüinas
Abrigadas.

Al cabello de áureas ondas
Prende alguna,
Por si danzas en las rondas
De las leves wilas blondas
A la luna.

Un mi amigo me ha mostrado
Tu semblanza,
El amigo afortunado
De quien has acariciado
La esperanza

¡Oh qué linda! coronada
De esplendores
De la juventud rosada,
Semejas la reina amada
De las flores.

¡Fuente sellada, manante
De consuelos;
Espejo limpio y flamante,
Que pinta el azul brillante
De los cielos!

Tu boca al amor convida,
Deliciosa,
Fresca granada partida;
En tí desborda la vida
Harmonïosa

Mas aunque el sentido adules,
Tu alma bella
Brilla en tus ojos azules,
Como entre diáfanos tules
Una estrella.

Sobre tu blanco vestido
Tu rosario
Del cinturón suspendido,
Pareces haber salido
Del santuario.

Quizás en el templo estenso,
Palpitante,
Toda impregnada de incienso,
Implorabas al Inmenso
Por tu amante.

Él te recuerda y derrama
Tierno llanto,
Diciéndome: «la reclama,
«Mi corazón la reclama,
¡La amo tanto!

Y agrega— «muero en su ausencia,
Sin su amor,
¿Qué me importa la existencia?
Es un ángel de inocencia,
Luz y flor;

La deidad de la armonía
Soñadora,
Que en sus himnos se extasía,
Y en dulce melancolía
Canta y llora».

Tu prestigio así he sentido
Desde lejos,
Como el lago adormecido
De algún astro ya escondido
Los reflejos.

¡Y que no te conociera
Flor discreta!
Mas sin verse en primavera
Se adivina en la pradera
La violeta.

¡Casta flor de la alba veste,
Solitaria,
Que cual un perfume agreste
Suba hasta el trono celeste
Tu plegaria!

Dios tu sueño de ventura
Rëalice;
Que tu vida fresca y pura,
Como el agua en la espesura
Se deslice!

¡NUNCA!

Fría como la aurora se refleja
En mi alma tu cándida hermosura,
Y emana suave un esplendor sereno
De mi esperanza efímera en la tumba.

Sobre ella pasas sin saberlo acaso,
Pues un dulce misterio la circunda,
Cuando, de gracia plena, te diriges
Bella y triunfante al templo de las musas.

No te detengas, nó, si al sauce triste
Ves allí suspendida una harpa muda,
Si del aura el espíritu flotante
Tu dulce nombre en derredor pronuncia.

Cual una virgen druida que se interna
De la sagrada selva en la espesura,
Así te vi pasar en mis ensueños
Al rayo azul de la argentada luna.

A tu presencia una ilusión celeste
La lobreguez de mi destino alumbra:
Enagenado derramé á tus plantas
De ámbar y nardo mis colmadas urnas.

En el cielo fijaste la mirada
Sublime— y tierna y pálida y confusa,
Extendiendo hacia mi la nívea mano,
Con voz sentida me dijiste:—¡Nunca!...

¡Nunca!... la noche oscureció mi alma,
La noche del dolor y de la culpa,
Y el armonioso genio de mi vida
Se perdió sollozando entre la bruma.

En las espinas del camino agreste
En jirones rasgó la blanca túnica;
Al viento deshojose la guirnalda
Con que al verte ciñó su frente augusta.

Hosca la suerte en mi existencia estéril
Esparció afan; un cántico es la tuya
Que las flores brillantes del Olimpo
Con esencias suavísimas perfuman.

Límpida mana y virginal la fuente
De sus días azules; allí arrullan
Los cándidos amores y en sus aguas
Bañan risueños sus doradas plumas.

Sigue pues, esquivándote á mi afecto,
Soñadora vestal tu fácil ruta,
Y que el pesar á cuya sombra vivo
Las rosas de tu sien no agoste *nunca!*

CONTESTACIÓN Á UN AMIGO HELENISTA

¡No conoce el amor mi casta musa!
¡Ay! y al viento flotando el manto griego
Sube al Olimpo, de su sed el fuego
A apagar en la fuente de Aretusa! (1)

---

(1) Aretusa: ninfa de Elida, bañándose un día en el Alfeo, inspiró amor al dios del río. Para escapar á su persecución imploró el socorro de Diana que la transformó en una fuente.

¡No conoce el amor! y el arpa usa
Tierna y vibrante el amoroso ruego,
En tanto que ya náufrago navego
Corriendo en pos de mi esperanza ilusa!

Tú que cantando surcas del Iliso (1)
Las ondas de cristal, llega sin susto
Al puerto en que soñaste un paraíso.

Y allí mientras invoco al Dios de Claros (2)
Feliz, á Vénus alza un templo augusto
De mármol fino de la blanca Paros.

NENIA

Llora, llora urutaú (3)

En idioma guaraní
Una joven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora urutaú
En las ramas del yatay (4)

---

(1) Iliso: arroyo que nace en el Himeto y va á expirar cerca de Atenas en el golfo de Egina.

(2) Claros: ciudad de Lidia en la embocadura del Aleso, cerca de Colophon. Célebre en la más remota antigüedad por su templo de Apolo.

(3) Urutaú—ave de dulcísimo canto.

(4) Yatay—palmera.

Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú—
Llora, llora urutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré!

Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay—
Padre, madre, hermanos ¡ay!

De un verde ubirapitá,
Mi novió que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sepultado está
De un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco tipoy (1)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los *cambá* (2)
No pudiéndolo rendir;

(1) Tipoy—saya blanca que usan las paraguayas.
(2) Cambá—los negros.

El fué el último en salir
De Curucú y Humaitá—
¡Lo mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití?
¿Por qué cielos no morí?...

¡Llora, llora urutaú
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tu—
Llora, llora urutaú!

AL PASAR

Abbeville (Francia).

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Vestía el traje villanesco, saya
Corta, listada, un delantal
Festoneado con cintas, de anafaya,
Y una toca plegada, de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
Si pude conocerla ¡cuán gentil!
Más frescas que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz, era de un timbre
Mas süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
No atinó á recordarme, se turbó;
Más luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

—«¡Cómo! ¿sois vos? me dijo conmovida,
¡Vos aquí en la comarca!... ¿La salud
Sentís de nueva acaso enflaquecida,
Y en procura volveis de aire y quietud?»

—«No, Blanca, á otro país voy de camino;
No cual en otro tiempo vuelvo aquí,

Enfermo y fatigado peregrino
En busca de la calma que perdí.

Y bien lo siento á fé. . . ¡ah, quién me diera
Habitar otra vez el romeral
Perderme entre la viña en la pradera,
Beber el agua virgen del raudal!»

No era ese el deseo caprichoso
Del que aspira á una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldeana bella'
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando—«¡Ya murió!»

—«¡Murió! ¿Cuándo murió?»—Cumplirá un año
Cuando empiecen las uvas á pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡Ah! si vierais, desierto está el hogar!»

Yo estimaba ă aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingénuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

«¿De qué murió?« le dije.—«Estaba fuerte
Como el tronco que veis de ese abenuz;
Un día entre la mies le halló la muerte
En el sitio en que se alza aquella cruz!»

—«¿Y os dejó alguna hacienda?—«Lo bastante
Para vivir, la casa, y más aquel
Molino que se vé blanquear distante,
Los bueyes, el sembrado y el verjel».

—« Pobre! ¿y tú madre?»—Llora el día entero,
Si quereis verla os llevaré, venid,
Está allá abajo al canto del otero
A la sombra tejiendo de la vid.»

—«Es tarde ya,» la contesté «y aún queda
Lejos la aldea adonde voy, á más
Temo afligirla; el cielo la conceda
El consuelo á sus penas, la dirás».

—«Más al menos» repuso, los colores
Animándola el rostro, «aceptareis
Del jardin de mi padre algunas flores
Plantadas por su mano «¿os negareis?»

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguila, pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

Al punto en que á estrecharse el valle empieza.
Hallábase la casa, al pie el jardín,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba á los mirtos el jazmin.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corza, con gracioso afán

A esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayan.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me le dió;
Luego por una senda sombreada,
Del arroyo á la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
Al grato son; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

—«Quisiera ir á donde vais, quisiera
Conocer otras tierras», exclamó—
Vino aquí vez pasada una extranjera,
¡Oh, cuántas maravillas me contó!»

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino espejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

—«Blanca», la dije al levantarme—«habita
Aquí la paz, consérvate fiel
Al hogar de tus padres y bendita
Corra tu vida y venturosa en él.

—«¿Nó volvereis?«—«¡Quién sabe! voy muy lejos.
¡Adios! cuida á tu madre, que el amor
De los hijos la savia es de los viejos,
De la vida que muere último albor».

A tomar mi caballo juntos fuimos...
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otra vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; yá distante
La vista volví atrás...estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

Aquél fresco recuerdo de otros días,
Su imagen que jamás podré olvidar,
Se mezcla á esas vagas armonías
Que la vida acarician al pasar!

BUENOS AIRES

Fué aquí, en las playas que fecunda el Plata,
Peregrina región que cual ninguna
El estro á las estrellas arrebata,
Donde en honrado hogar se alzó mi cuna.

¡Salve al gran río cuya faz retrata
La argéntea luz de la esplendente luna,
Ora arrastre sereno, ora combata
El esquife en que voy con mi fortuna!

Buenos Aires ¡oh patria! aunque me olvidas,
Mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
Tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.

Cuando ya no den sangre mis heridas,
Al cielo un postrer voto alzar pretendo:
Domir mi último sueño en tu regazo.

RÍO JANEIRO

¿Qué podré yo decir en tu alabanza
Tierra de luz, de paz, de poesía,
En que se abrió la flor de mi esperanza,
Que hoy su perfume lánguido te envía?

Quizá ya nunca, pues el tiempo avanza,
Volveré á ver tu cielo, tu bahía,
Ni á soñar vagabundo en muelle holganza.
Perdido entre tus selvas cual solía!

¡Oh princesa del valle florecido
Cuyos pies besa el mar, que la alta cima.
Refleja de tus montes seculares!

¡Aunque ausente de tí, jamás te olvido,
Pues de mi alma el amoroso clima
Está donde susurran tus palmares!

AT HOME

Bella es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud;
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad á Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración;
El es quien nos reune y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Da su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio,
Ansío rodearme de cariño;
La serena inocencia de los niños,
De la herida mortal calma el dolor.

Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pampas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid;—
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació;
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber; en ella
El despotismo estúpido se estrella:
¡La patria esclavizada redimió!

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
¡Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad!

Tomad ejemplo de él, y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de paz, radiantes de armonía,
Podaís decir de vuestro padre amado:
«Latió en su pecho un corazón honrado;
No fué un prócer,—fué más—hombre de bien!»

¡ADELANTE!!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza,
La viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
Èl torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil.
Mientras él siembra el odio y la cizaña,
Nuestras robustas manos siembren trigo;
Mientras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,
Se apretará con la honradez probada;
¡Sás, al combate! á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos,
Hombres libres, de limpio corazón!

La gran naturaleza nos invita
A su festín suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos
La libertad nos guíe con su luz;
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan:
¡A los valientes que en la lucha mueran,
Un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayeis conscriptos del progreso;
Rasgue el arado el seno de la tierra,
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley;
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga más liviana el noble canto
Del poeta; las artes con su encanto

A nuestro rudo afán den galardón;
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando á los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendón.

¡Y dulce será el ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud,—
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
O elevando sus preces al Eterno
Que nos da la esperanza y la salud!

A.....

¿Si tu no te ofendes? ¿Porque no decirlo?
Escucha en la vega montuosa, del mirlo
Que gime, el reclamo.
¡Mi voz á tu oído, más blanda resuene
Y el arpa vibrante sus cuerdas estrene
Diciendo te amo!

Te amo, sí, adoro tu augusta hermosura;
En tí no hallo mancha, tu frente es más pura
Que el velo que labras;

En ella reflejan los nobles instintos;
Tus manos colmadas están de jacintos,
De miel tus palabras.

¡Por qué no me es dado decirte, mi vida
No fué de pasiones jamás combatida,
Tu imagen que adoro
Fué en mi alma el origen de un culto sentido,
Sin que haya otro nombre robado al olvido
La musa que imploro!

Mas ¡ah! que gastada mi loca existencia
Perdió en sus delirios la paz, la inocencia
Que hoy llora anhelante.
¡Perfume del alma serena y sencilla!
¡Dulcísimo vino, que el vaso de arcilla
Derrama espumante!

Guirnaldas que ornaron mi pálida frente
Ya están deshojadas, nublose mi oriente
De sombra importuna;
Tú sola fulguras en medio á sus nieblas,
Cual brilla en el ara de un templo en tinieblas
Filtrando la luna.

Ingenua, modesta, más tierna que un niño,
Lo sé, no merezco tu dulce cariño,
Tus castos favores;
La fuente sellada que cerca el ganado
Y el mirto, no es mío, ni el huerto cerrado
De místicas flores.

¡Que dicha la vida beber en su aroma!...
Mas huye las sirtes la blanca paloma
Que arrulla en las palmas;
Al menos mis ojos contemplen su vuelo,
Y un día sus alas encumbren al cielo
Un ángel—dos almas.

Apareció en «La Tribuna» del 29 de Mayo de 1862.

RAFAEL OBLIGADO

AMÉRICA

I

Para cantar de América la bella
La fe profunda y el amor que inspira,
Para volcar el alma en vibraciones
Como la vuelca en sus torrentes ella,
No hay notas en la lira,
Ni férvidas canciones
En sus cuerdas, mojadas
Con el llanto de cien generaciones.

El trueno del torrente,
Del huracán el rápido estallido,
La tempestad enérgica y ardiente,
Esconden en su entraña
El mágico sonido
Que el alma busca, y en el aire siente,
Para arrullar de América el oído.

Todo es gigante en su fecundo seno:
Su pasado, que vierte en la memoria
El rojizo esplendor de la centella,
O produce en el ánimo sereno
Esa sed de admirar, que apenas sacia

En raudales de luz su misma gloria.
Todo es gigante en ella:
Los héroes y la historia
¡Y la sublime eterna democracia!

¡Ah! ¡miradla pasar! Esa bandera
Que muestra sobre el polvo del camino
Su regia pompa y majestad guerrera,
¡Ondula el soplo del amor divino!
¡El porvenir la llama!
¡El porvenir, que abiertas
Dejó á su marcha las doradas puertas
Que injusto un día le cerró el destino!

Para animar su paso
Y templar su valor en la batalla,
En la selva, en el monte,
Y en el círculo azul del horizonte,
¡El himno inmenso de la vida estalla!

¡Ah! por eso, en la arena,
Como un león en su salvaje lecho,
¡El Plata tiende su robusto pecho
Y sacude bramando su melena!

Y por eso su espuma,
Como rizada pluma,
Agita el blando y sonoroso Rímac,
El Niágara convulso se derrama,
Y en tanto que susurra el Apurímac,
¡Se despeña tronando el Tequendama!

II

Allá, yérguese altivo en su regazo
El viejo audaz de corazón de piedra,
A cuya cima ni la astuta hiedra
Ha podido trepar.—¡El Chimborazo!
Su frente de granito
Donde el sol de los trópicos chispea,
Por cima de las nubes centellea
¡Y parece horadar el infinito!

A solas con el cielo,
Mira á sus plantas dilatarse un mundo;
Hervir los pueblos; reposar los mares;
Tenderse por el suelo,
Alfombra digna de sus pies, las selvas;
Rodar por las montañas
De los torrentes los raudales fríos;
Y desplegarse entre flexibles cañas,
La franja azul de los serenos ríos.

En derredor de la nevada cumbre,
Fragancias tropicales
Volando esparce el aromado viento;
En las eternas nieves
Refresca ansioso su abrasado aliento,
Y las cuestas vecinas
Bajando con sonoro movimiento,
Se derrama por valles y colinas.

Sobre la altiva frente esplendorosa
Del augusto titán americano,
Viva aureola que en la sien gloriosa
De América se enciende,
Es fama que del cielo ecuatoriano
El Sol del Inca á reposar desciende.
Un día... sólo un día,
Se conmovió en su base sempiterna,
Echó el manto de nubes á la espalda,
Y tendió en la llanura de esmeralda
Su mirada sombría.

Rivales de su gloria,
Y midiendo su talla por su talla,
Frente á frente tenía
A Bolívar, de fuego en la victoria,
Y á San Martín, de bronce en la batalla,

III

¡Un gigante de pie, y otro caído!...
Mensajero eternal de la grandeza
Con que Dios nuestra América ha vestido,
Por las cálidas zonas,
Radiante de belleza,
¡Se tiende y se dilata el Amazonas!

Guirnalda de sus húmedas riberas,
Cargadas de rumores,
Las selvas que los siglos no marchitan,
Destrozando sus verdes cabelleras,
Le arrojan al pasar todas sus flores.

En el vasto paisaje
Por sus rápidas ondas sacudido,
Y del ave en el mágico plumaje,
El trópico derrama,
En soberbia explosión de colorido,
Los mil cambiantes de su eterna llama.

El himno de las aves; de las flores
El beso soñoliento;
La palmera, que tiembla enamorada
Bajo el ala del viento;
Cuanto encuentra en su marcha dilatada,
Cuanto guarda el edén de sus delicias,
Al gigante enamora;
Pero él sabe arrancarse á sus caricias,
Lanzándose al oriente
Como si fuera en busca de la aurora
Para atarla al cristal de su corriente.

IV

¡Silencio y soledad, misterio y calma!...
Lo infinito en la tierra y en el cielo;
La presencia de Dios dentro del alma;
¡La plenitud del vuelo!
La extensión y la paz del oceano
En inmóviles ondas de verdura...
¡He ahí la llanura,
Orgullo de la patria de Belgrano!

Amada del pampero,
Ella guarda para él todas sus galas,
¡Y él arrulla el silencio de sus horas
Con la música eterna de sus alas
Vibrantes y sonoras!

Al rayo de la luna,
Sobre la verde y dilatada alfombra,
Surgiendo del vapor de la laguna,
Cruzar parece la doliente sombra
De *Brián* y de *María*...
¡Dulce amor del desierto!

¡Infinito del alma en lo infinito
De su imponente majestad sombría!
¡Cómo su vago resplandor incierto,
Al corazón revela
Que el espíritu aún de Echeverría
De loma en loma sollozando vuela!...

Los siglos, en su paso por el mundo,
No vertieron las fuentes de la vida
En el seno fecundo
De la Pampa dormida:
La hollaron en silencio... y en silencio,
Al amparo de Dios, yace tendida.

¿Qué mano bienhechora
La arrancará al letargo de su sueño?
¿El rayo de qué aurora
Disipará las sombras que la envuelven

Y humillan con su peso?
La mano de sus hijos;
¡La aurora germinante del progreso!

Ella duerme y espera
Del pueblo de su amor sentir la planta,
Que á través del desierto se adelanta
Por lomas y ribazos
Para abrirse á la luz de la existencia,
Para erguirse gigante en su presencia
¡Para alzarlo también entre sus brazos!

V

¡Escuchad! ¡escuchad! ¡Largos rugidos
Pasan, del aire sacudiendo el vuelo,
Cual si allí se arrastrara por el suelo
Extraña catarata de sonidos!
¿Por qué tiemblan en torno los pinares?
¿Que horror sublime los espacios puebla?
¿Por qué el iris de paz, gloria del cielo,
Ríe atado al abismo entre la niebla?
¡Es que vuelca sus ondas seculares
El Niágara esplendente!
¡El Niágara! ¡la fuente
Inexhausta y soberbia de los mares!

Mil ondas encrespadas,
Como salvaje tropa de leones
Al borde del abismo arrebatadas,

Exhalan en rugidos
Sonoras pulsaciones,
Que vibran como un canto en los oídos.

¡Poema sin segundo,
En los peñascos del raudal impreso,
Que, con solemne entonación homérica,
Parece que cantara sobre el mundo
El himno del progreso
En la lira gigante de la América!

¡De Wáshington el pueblo,
Despertando á su voz, honda y valiente,
Aprendió el heroísmo
En la lucha tenaz bajo la bruma
Del raudal y el abismo,
De la roca y la espuma!
Y luchando también, hundió las naves
De la adusta Inglaterra;
¡Y á su empuje viril, el despotismo,
Que derriba las frentes á balazos,
Largo trecho rodó sobre la tierra
Como rueda un cañón hecho pedazos!

¡Escuchad! ¡escuchad! El torbellino
Hierve airado otra vez, airado truena;
¡Y es que el nombre de Cuba,
La mártir del destino,
En el arpa de América resuena!

¡Sí, que otra lira hermana,
Amarrada á la sirte procelosa,

Rugiendo en las espumas
Apostrofa á la tierra americana!
¡Ay! ¡La sonante lira
A cuyo acento el corazón se espande
Y, heroico en su dolor, estalla en ira,
De Heredia el inmortal, de Heredia el grande!

VI

Así, en medio de músicas extrañas,
Por inmensas llanuras
Y ríos y torrentes y montañas,
Eva de un mundo y del Edén señora,
Siguiendo va del porvenir la huella
América la bella,
América, la virgen soñadora.

De la pálida luna
No lleva el tibio y misterioso rayo
Sobre la sien ardiente,
Que el Dios del Inca lacentó su cuna,
Se alzó en la tierra al esplendor de Mayo,
Y al sol de Julio coronó su frente.

Allá, dos mares á su talle airoso
El tul suspenden de su parda bruma,
Y el Guaira proceloso
Y el Niágara, á su espalda
El manto arrojan de su hirviente espuma
Y van rodando á acariciar su falda;

Allí, como un trofeo
Que el viento encima de los Andes bate,
Como un jirón á la montaña asido
Del humo del combate,
Dejando el cóndor su riscoso nido,
Un punto inmoble la contempla... ¡Y luego,
Enamorado y ciego,
Abriendo su plumaje,
En el azul purísimo resbala
Y siente bajo el ala
Chispear el rayo del amor salvaje.

¡Ah! como él, el poeta americano,
Cóndor de los espacios de la idea,
El monte humilla, reconcentra el llano,
Y entre ambos polos la extensión pasea;
Como él, en medio de la tierra amada,
El alma pensativa
Suspende en el fulgor de una mirada;
Y desde el foco de su sien altiva,
¡Como él, difunde enamorado, ciego,
La llama convulsiva
De su potente inspiración de fuego!

1879.

ECHEVERRIA

I

Era esa pampa dilatada y sola,
Sin otra vida que la vida aquella
Que hace rodar la ola
Y girar en los cielos una estrella;
Sin más palabra que la voz vibrante
Del buitre carnicero,
El alarido de la tribu errante
Y el soplo del pampero.

Faltaba el alma á la extensión vacía;
A los vientos del llano,
Un rumor cadencioso, una armonía
Que sólo brota el corazón humano.

Su lumbre derramaba
El sol, siguiendo su fatal camino;
La luna, su destello soñoliento;
Pero al cielo faltaba
Un astro, el astro del amor divino,
Y á la tierra el fulgor del pensamiento.

Sentir, pensar... Suprema, única vida;
Para la sed del alma, ¡única fuente!
Sobre la tierra, que á vivir convida,
¿Bastarnos puede, acaso,

Un astro que se eleva del oriente
Y se oculta en silencio en el ocaso?

Nada dice al espíritu
La noche taciturna,
Encorvando su bóveda sombría
Como una inmensa ürna
Sobre la tierra desmayada y fría,
Si en la sombra lejana
De sus antros sin nombre
No destella la mente soberana
Y no palpita el corazón del hombre.

El vuelo de las aves,
De la laguna el musical rüido,
Las mil voces suaves
Que el viento imprime al pajonal dormido...
¡Ah! todo ese concierto
En vano resonaba,
Porque allá, sin un eco, se apagaba
¡En los profundos senos del desierto!

II

Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó á los sones
De mágica armonía;
En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.

Como surgiendo de silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó á sí mismo:
El Plata oyó su trueno;
La Pampa, sus rumores;
Y el verjel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.

Desde la hierba humilde,
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y, á cada nube oscura,
A grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga á sus versos el aliento
De la tierra argentina.

III

Una tarde sintió dentro del pecho
Esa fuerza expansiva
Que hace parezca el horizonte estrecho
De la ciudad nativa;
Y tendido en el lomo rozagante
Del potro pampeano,
Campos y campos devoró anhelante,
Y allá en la sombra se perdió del llano.

La noche era tranquila;
En la faz del desierto
Clavaban las estrellas la pupila,
Con esa mezcla de ansiedad y pena
Con que miramos en la tierra á un muerto.

¿Qué hablaron al poeta
Esos murmullos de la noche en calma
Del carrizal nacidos,
Que cantan al pasar en los oídos
Y lloran en el alma?
¿Qué historia le contaron?
¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,
Que sus ojos en llanto se empañaron
Y detuvo del potro la carrera?

¡Era que oyó el gemido
De un pecho desgarrado,
Un grito por tres siglos repetido
Y de nadie escuchado!
¡Era que de su lira generosa
Cayó en la cuerda viva,
Como gota de lluvia, luminosa,
La lágrima infeliz de *la cautiva!*

IV

En vano entre sus toldos el salvaje
Esclavizó á *María:*
En sus sueños geniales el poeta,

En el distante aduar, la presentía.
Para él nació; para su gloria fueron
Aquellas formas armoniosas, bellas;
Esos ojos que lágrimas vertieron
Hasta empaparle el corazón con ellas.

El reflejó en su espíritu doliente
Su historia sin ventura;
El la siguió, como paterna sombra,
Por la vasta llanura;
El hizo que las gotas de su llanto
En las almas sensibles se volcaran,
Y los ojos enjutos
De todo un pueblo á humedecer llegaran.

Rosa temprana en una erial caída,
El recogió sus hojas una á una.
Entregadas ¡oh Dios! por la fortuna
A todas las tormentas de la vida;
Y en las cadencias de su verso alado,
Dulce, insinuante, musical, sereno,
Vino y vertió su aroma delicado
De nuestra patria en el materno seno.

Desde entonces hay cantos de ternura,
Rumor de besos en la pampa inmensa;
Hay un alma que piensa,
Una fibra que late á cada paso;
Y derrama su lumbre perdurable
El astro hermoso que la vida encierra,

El astro del amor, puro, inefable,
Que no rueda al ocaso,
Que no empañan tormentas de la tierra.

V

¡República Argentina, madre mía!
¡Felices ¡ah! los que tu sien miraron
De frescos lauros coronarse un día!
¡Los que tu suelo estéril fecundaron
Con sangre de sus venas,
Y anillo por anillo, las cadenas
De la oprobiosa esclavitud trozaron!

Para aquellos heroicos corazones
Era música grata,
Del Pacífico al Plata,
El solemne tronar de tus cañones.
Solo á ellos fué dado
Contemplar esa mágica belleza
Con que, rotas las brumas del pasado,
Se levantó tu juvenil cabeza;
Sólo á ellos, beber en el reguero
De viva luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
De San Martín el inflexible acero.

¡Con qué íntimo gozo,
Tus hijos, fuertes en su amor profundo,
Te colocaron en excelso asiento

Para mostrarte independiente al mundo,
Independiente y libre...
Libre no, que era esclavo el pensamiento!

El filo de la espada
Cortar puede los lazos
Que á un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;
Más aquellos que inerte
El alma dejan á merced extraña,
Que hasta el rayo de sol en que se baña
Le dan quebrado por ajeno prisma,
Como el diamante con su propio polvo,
Sólo se cortan con el alma misma.

Y Echeverría los cortó. Su mente
Hirió como una espada,
De resplandores acerados llena,
Las viejas ligaduras
Que de la patria la conciencia atada
Tuvieron ¡ay á la conciencia ajena!

¡Y fué la libertad! ¡Y el pensamiento,
Tomó las alas del nativo cóndor
Para escalar audaz el firmamento;
Para arrojar de la región del rayo,
En páginas de fuego,
El *Dogma* excelso que, inspirado en Mayo,
Fué norma y guía de la patria luego!

VI

Profundas melodías
Vagaban en la atmósfera serena,
Como el fúnebre acento de la quema
Que sollozaba en los antiguos días:
Dulces cantos de amor, que eran el alma
Claridad y rocío:
El triste desengaño, el negro hastío,
La esperanza risueña...
¡Ah! ¡todo ese universo
Revivió en los *Consuelos*, y su verso
Se apoderó de la mujer porteña!

Él les dijo al oído
Tantos sueños de amor, que el alma encienden;
Tanto vago secreto,
De esos que ellas aprenden
Como las aves á construir su nido,
Que aún su nombre es amado
Como recuerdo de amorosa historia,
Cuya doliente evocación consuela;
Y aún llevan, en ofrenda á su memoria,
Ornando sus hechizos,
La cándida *diamela*
Que él, con sus manos, enlazó á sus rizos.

VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora
En que de nubes se cubrió y de duelo
La faz tranquila del hermoso cielo
Que vió de Mayo la primera aurora.
Como fiera traidora
Que avanza oculta en tempestad sombría,
La libertad rasgando y el derecho,
¡La garra de la infame tiranía
De Buenos Aires se clavó en el pecho! . . .

¡Adiós, sueños de amor! ¡adiós, hermosas
Que á la sien del poeta
Ofrenda hicisteis de tejidas rosas!
Él todavía, la mirada inquieta,
Vuelve á vosotras, de la nave ingrata
Que lo lleva al destierro y á la muerte
Sobre las olas del airado Plata.

¡Se ausentó para siempre! Solitario
Quedó su corazón, pues no cabía
En su íntimo santuario,
Otro amor que su patria, ni otro cielo
Que aquel sublime y grande,
Que se dilata del platino estuario,
En arco inmenso, hasta la sien del Ande.

Brotó de su alma, en su postrera noche,
Una lágrima ardiente,
De bendición para la patria ausente;
Para el tirano, de viril reproche;
Y herido al fin por la implacable saña
Del destino, se hundió como los astros,
Dejando en torno luminosos rastros,
En el sepulcro de la tierra extraña!

¡Oh injusticia! ¡oh dolor!... Patria de Mayo
¿Dónde están del poeta los despojos?
¿Brilla en su tumba de tu sol el rayo?
¿La misma luz que acarició sus ojos?
¿Duerme, madre, en tu seno
El hijo tuyo, el corazón valiente,
El que ni en llanto humedeció ni en sangre
El vivo lauro que ciño á tu frente?

¡No, que el cantor de la llanura, yace
De su pueblo olvidado!...
Ayer no más, trayendo las cenizas
Del héroe invicto, del primer soldado,
Llena de pompa y luz y movimiento,
Rozando aquella tumba solitaria
Pasó la nave; y su estertor profundo,
Hizo temblar la copa funeraria
De los cipreses, en dolientes coros,
Al huir gallarda á la natal ribera,
Revolviendo las hélices sonoras
Y suelta al aire la triunfal bandera!

¡Quedó esa tumba abandonada! ... Empero,
El fué también libertador; ¡guerrero
De la lucha más noble!—*La Cautiva.*
Que el sentimiento nacional exalta
Y su estandarte victorioso ondea,
Es como Maypo y Ayacucho y Salta,
¡El triunfo de una idea!

¡Poetas! De la patria es nuestra lira,
La inspiración sagrada
Que en sed de gloria, ¡al ideal aspira!
Y si queremos de los hijos nuestros
Tan solo una mirada,
No de frío desdén, de noble orgullo,
Venid, y entrelazadas nuestras manos,
¡Sigamos esa estrella que nos guía!
¡Lancémonos nosotros, sus hermanos
Por la senda inmortal de Echeverría!

Buenos Aires, 1881.

SANTOS VEGA

> Santos Vega el payador,
> Aquel de la larga fama,
> Murió cantando su amor
> Como el pájaro en la rama.
>
> *Cantar popular.*

I

EL ALMA DEL PAYADOR *

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afan de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna,
Pára la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo

* Payador: trovador.

Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,

Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan (1)
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega á las márgenes solas...
¡Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra á la espalda!

Si entonces cruza á lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!»

(1) Espejismo.

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero ha respirado
Que el payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que á mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega,
La convicción de que es mía
¡La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.

Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿Donde va? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiando la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera,
Hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo un embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,

Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado,
Como susurro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza á su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y, en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

«Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio que halaga
Con su incesante volar,
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
¡Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!...

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano;
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío,
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbre primera,
Se vió una sombra lijera
En occidente ocultarse,

Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera (1).

III

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada,
Sobre la curva lomada,
Que asalta el cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos á ver
Si en otro pago distante,
Hay quien se ponga delante,
Cuando se grita: ¡A vencer

(1) Tapera: ruina.

Sobre el inmenso escenario
Vanse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas,
De cada bando contrario;
Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través,
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroga al aire, gritando:
—«¡Vuela el *pato!*... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!»

Y cada bando á correr
Suelta el potro vigoroso,
Y aquel sale victorioso
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y á ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,

Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;
Y vencido y vencedor,
Del noble triunfo sedientos,
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas,
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí, corren dejando
Por los inciertos caminos,
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado,
De los unos conquistado,
De los otros presa luego;
Vense, entre hálitos de fuego,

Varios jinetes rodar,
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos;
Y en el aire sacudidos,
Rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;
Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento
Y con silbido de balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo á hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y tendido, á toda rienda;
—«¡Yo solo me basto!» grita,
En pos de él se precipita,
La tierra y cielos asorda,
Lanzada á escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
Y él los azuza y provoca,

Golpeándose la boca,
Con salvajes alaridos,
Danle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben,
Cuando, volviéndose, el joven,
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y silencioso,
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente,
Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor,
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta,
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban
Y en su guitarra zumbaban,
Esos vibrantes sonidos:

«Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, esos vengan,
A escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

«Hoy mi guitarra, en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con solo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
¡Todo!... ¡el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!

«Ya Buenos Aires, que encierra
Como las nubes el rayo,
El veinte y cinco de Mayo,
Clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino! ¿que haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?

¡De Buenos Aires nos llaman,
A Buenos Aires volemos!

«¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado!»

Cuando cesó esta armonía
Que los conmueve y asombra
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...
¡Patria! á sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y á Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando á Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron

Tras el Andes colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

IV

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel dè la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;

Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar á Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima á la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega cerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío,
Miró en torno con bravío

Y desenvuelto ademán,
Y dijo: « Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan ».

Alzó Vega la alta frente,
Y la contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
— « Por fin, dijo fríamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que estos provocan,
De saber como se chocan
Las canciones que cantamos. »

Así, diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos,
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
« La he besado hace un momento. »

Juan Sin Ropa «se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)

Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Con un aleteo inmenso.
Luego en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampëanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura,
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué á sentarse, medio envuelto,
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuantos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va, en pos del ideal,
Como el cóndor á los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;

La promesa del arado
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y á la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
É inclinando el rostro hermoso,
Dijo: « Sé que me has vencido. »
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su primer canto:

—«Adios, luz del alma mía,
Adios, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adios, mi única alegría,

Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va á hundir
En lo inmenso de esos llanos . . .
¡Lo han vencido! ¡Llegó hermanos,
El momento de morir! »

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
— « Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció. »

LA PAMPA

I

¿Qué voz suave, qué sonoro acento
Para cantarte ¡oh Pampa! me demandas?
¿Será el rugido atronador del viento?
¿Será el susurro de las auras blandas?

Te veo y me estremezco: mi alma siente
Que tu misma grandeza la aniquila,
Y súbito después alzo la frente
Para encerrarte entre mi audaz pupila.

Entonces algo tuyo me levanta
Y libre como el viento correr quiero...
¡Bate el caballo su orgullosa planta
Y vuela con impulso de pampero!

Fácil el llano á su vigor se tiende;
Huyendo lejos se adivina el monte;
¡No hay límite!...la niebla se desprende,
Y á su paso se aleja el horizonte.

«¡Más rápido! ¡más rápido! Entreabierto
Allí está el porvenir en su camino;
¡Salta! ¡vuela ¡devora ese desierto
¡Y arráncale el secreto del destino!»

Y el caballo se lanza, ya sediento
De espacio, de huracán y de frescura;
Se desata y se aleja el pensamiento
Como un ave extraviada en la llanura.

El alma sobre el llano se difunde,
Lo abarca como lo sol al mar distante,
Lo huella, lo limita, lo confunde,
Lo empapa de su espíritu gigante.

¡Sí! que del potro la veloz carrera
Precipita al abismo los sentidos;
¡El vértigo del alma se apodera
Y se sienten los nervios sacudidos!

El pecho se electriza; se acrecienta;
Se oye golpear un corazón de acero;
Allí el pulmón no vive si no alienta
El soplo poderoso del pampero.

Allí, lejos del hombre, sobre el llano,
Descompuesto el cabello, roto el traje,
Tengo orgullo de ser americano
Y de gozar de libertad salvaje.

Se enardece mi alma; delirante
Arrancó el velo al porvenir, ¡cuán bella
La imagen de la patria deslumbrante,
Amor y gloria y juventud destella!

Siento el rumor y el incesante coro
De un pueblo egregio que el progreso guía
Y alzando el alma á Dios, ¡me postro y oro
Ante la imagen de la patria mía!

Entonces quema mi ardorosa mano,
Mi corazón es fuego, mi frente arde...
¡Qué placer si desciende sobre el llano
El ala refrescante de la tarde!

II

La aurora es la belleza que deslumbra,
La juventud, el canto, la armonia;
La tarde es un sueño en la penumbra,
El beso de la noche con el día.

La tarde de la Pampa misteriosa
No es la tarde del bosque ni del prado:
Es más triste, más bella, más grandiosa,
Más dulce muere bajo el sol dorado.

Ni un rumor escucháis, ningún ruido
En la vasta planicie solitaria,
Solo un vago y dulcísimo gemido
Como el ruego postrer de una plegaria.

Cual el perfume de la flor, abierta
A los besos del céfiro que gira,
El alma se desprende, flota incierta,
Y con las ondas de la luz expira.

El cuerpo desfallece; la mirada,
Como el ave en la mar, sin rumbo vuela,
Sigue la nube errante y fatigada
La paz profunda de la noche anhela.

Aspiráis de ese cuadro misterioso
Una dulce ideal melancolía;
El corazón, latiendo silencioso,
Parece que desmaya con el día.

Sentís volar á la memoria errantes
Recuerdos de un dolor que no se nombra,
Fantasmas y quimeras vacilantes
Que corren á ocultarse entre la sombra.

Veis surgir, con el alma estremecida,
Los seres que en el mundo habéis amado,
Su sonrisa, su voz querida,
Como un largo sollozo del pasado.

Llega la hora sublime...aquel instante
En que la luz entre la sombra oscila,
En que el mundo desmaya suspirante
Y el alma vuela á su Creador tranquila.

¡A ese instante de unción, no hay quien resista!
Eleva al ignorante, eleva al sabio;
Estático quedáis, fija la vista,
Con el nombre de Dios sellado el labio...

III

Esperáis un momento... Ya la sombra
Sobre el llano sin luz rápida avanza,
Y se agrupan y ruedan en su alfombra
Las nubes de la noche, en lontananza.

Entonce el trueno, retumbando lejos,
Hiere las brisas que en silencio vagan;
Y súbitos y pálidos reflejos
Plomizos velos descubrir amagan.

Esperáis un momento... ¡Centellea
La tempestad que se alza á vuestro paso!
¡El ala del relámpago chispea
Sobre el tétrico fondo del ocaso!

Y rodando mil nubes agrupadas,
Empujan otras y otras de soslayo,
Rasgan su seno, y túrbidas y airadas
Vivaz arrojan á la tierra el rayo.

Los relámpagos rápidos, vibrantes,
Difundidos en ráfagas violentas,
Parecen las miradas centelleantes
Del Genio colosal de las tormentas.

Sentís hervir la sangre, y os parece
Que, rota nuestra vida, endeble palma,
En las alas del viento se estremece
Libre y audaz y en plenitud vuestra alma.

¡Oh, que placer!...El pecho, palpitante;
Entreabre vuestra boca...¡dais un grito!
¡Lo prolongan los ecos al instante!
¡Lo contesta tronando el infinito!

Imágenes soberbias, atrevidas,
El alma llenan de visiones grandes:
Se sueña, tras las nubes encendidas,
¡El Dios del Sinaí sobre los Andes!

O, rasgando los velos del santuario,
Se descubre de súbito á la mente,
La fecunda tragedia del Calvario,
Eterna lumbre del remoto Oriente.

Y envuelto en una atmósfera sin nombre
Se quiebra el trueno en vuestra frente erguida.....
Así concibo en mi delirio al hombre,
¡Figura colosal!...¡rey de la vida!

¡Dadme la Pampa así! ¡Súbito el rayo
Centellee en mi frente y zumbe luego!
La tempestad no es sueño, no es desmayo:
¡Es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuego!

1872.

A BALCARCE

«¡ No todos, no todos se olviden de mí!»
Balcarce.

No has muerto, poeta: tu acento querido
Vibrando en el alma del pueblo quedó
Y un eco perenne nos dice al oido:
¡ Adios, Buenos Aires; amigos adiós!

De cuantos cantores honraron su historia,
Ninguno más dulce, más tierno que tú.
Ninguno ha dejado más blanca memoria,
Ni lleva en la frente más cándida luz.

El mismo sepulcro no tiene tinieblas
Que basten á hurtarnos tu vivo fulgor,
Pues tú las divides y apartas y pueblas,
Con sólo tu nombre, de rayos de sol.

Tu sueño se cumple: la patria adelanta,
Sus frutos opimos nos brinda la paz;
Los granos de polvo que el viento levanta
Cayeron un día...tú, nunca caerás.

Profeta inconsciente, cual todo profeta,
Tiranos y errores miraste caer;
Y amigos yo he visto del niño poeta
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Durante la infancia, tu «adios» me decía
Las ansías secretas del próximo fin,
Y tu alma volcaba, llenando la mía,
Tristezas que nunca se fueron de mí.

Por eso en tu estrofa que amé desde niño,
Tus dos ó tres hojas de tierno laurel,
Ha puesto mi mano, con hondo cariño,
En esta guirnalda que enlazo á tu sien.

1882.

LOS HORNEROS

A Felicia Dorrego del Solar.

I

¿Es prosaico este título, Felicia?
Te diré la verdad:
Cuando canta un poeta, donde quiera
Brota del arte el límpido raudal.

¿Has visto desde ayer cómo las jóvenes
Más rosadas están,
Cómo hay algo en sus faldas armoniosas
Del revuelo gentil de la torcaz?

Pues con esto, Felicia, ya sabemos
Quien anda por acá:
¡La ardiente, infatigable tejedora
De nupciales guirnaldas de azahar!

La dulce Primavera, que desdeña
La estéril soledad,
Y entre el alma del joven y la niña
Entreteje las flores del rosal.

—Se cuida de nosotros, no de pájaros,
Sin duda me dirás;
Pero así que la sienten los horneros,
¡También revuelan con inmenso afán!

En torno giran del ombú, que empieza
Sus ojas á mostrar,
Y estremeciendo las rojizas plumas,
De rama en rama tropezando van.

Arrójanse de lo alto, como heridos
De congoja mortal;
El rocío, á los golpes de sus alas,
Salta en gotas de luz del trebolar;

Y después, en la noche, se reposan
En dulce intimidad,
La cabeza adormida bajo el ala
Con los santos ensueños del hogar.

II

Era horrible aquel año la sequía:
    Un soplo abrasador
De la tierra argentina calcinada
La fecunda y magnífica región.

Mugian en los campos los ganados,
    Ya trémula la voz,
Y los pacientes bueyes escarbaban
La tierra estéril, sorda á su clamor.

El potro de las pampas, que otro tiempo,
    Nervioso y vencedor,
A Chile y al Perú, nuestros hermanos,
Con San Martín la libertad llevó.

Sobre el inmenso llano, que á sus cascos
    Era breve extensión,
Hasta del vil chimango presa inerme,
Con fúnebres relinchos, ¡expiró!

Implacable, entre cárdenos vapores,
    Su fuego arroja el sol,
Y en errantes columnas, lanza el viento
Remolinos de polvo abrasador.

Ya no entonan alegres los horneros,
    Su vibrante canción:
Pasan mustios, callados, largos días
A la sombra del árbol protector.

Ven, en sueños, nidadas de polluelos,
Y, en paterna ilusión,
Sienten ya bajo el ala cariñosa
De sus hijos el grupo bullidor.

No padecen de sed, porque el rocío
Que en la noche cayó
Entre las hojas del ombú, les brinda
Refrescante y purísimo licor;

Ni víctimas del hambre desfallecen,
Porque en toda estación,
Ya en el suelo aprisionan, ya en los aires,
Las alas del insecto volador:

Están tristes y mudos los horneros,
No entonan su canción,
Porque son arquitectos, y no hay barro
Para hacer el palacio de su amor.

III

¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!
¡De occidente se ve
Avanzar densa nube color plomo,
Ceñida de relámpagos la sien!

Vuela el polvo batido por las gotas
Que empiezan á caer,
Y el olor desabrido de la lluvia
Es fragancia al espíritu otra vez.

Con frenético impulso, los ganados
Descienden en tropel
Al polvoroso lecho del arroyo,
Donde tantos murieron hasta ayer.

A manera de elásticas neblinas,
Las aves, cien á cien,
Sobre cada laguna se dispersan
Y se abaten de súbito después.

Las cercetas, los ánades azules,
Difunden, á la vez,
El chasquido de bronce de sus alas,
Barriendo el agua para hallar sostén.

Entretanto, redobla el aguacero,
Y hasta el rayo crüel,
Al herir la llanura á latigazos,
¡Parece que la hiere por su bien!

Llovió mucho, muchísimo, y al cabo
Volvió el sol á verter
Su luz sobre las charcas y lagunas,
Que en tersa plata relucir se ven.

Irradiaba el ombú luces metálicas
De la copa hasta el pie,
Y volaron al campo los horneros
Batiendo el ala con vivaz placer.

IV

El anhelo; el afán que los domina,
¡Quién pudiera decir!
¡Quién pintar de sus baños, en los charcos,
El veloz aleteo, el frenesí!

¡Y sus cantos vibrantes, repetidos
Que resuenan al fin,
Cual si niños, robustos y felices
Se echaran como locos á reir!

Dan principio después á la tarea
Con ansiedad febril,
A la dulce tarea de ir alzando
Los recios muros de un hogar feliz.

Van y vienen, trayendo entre sus picos
Ora paja, ora crin,
Que amasada con barro, en un cemento
Mejor que el portland se convierte allí.

Luego suelen un poste, una cumbrera,
Un árbol elegir
Para alzar el palacio, cuyos planos
Saben ya de memoria porque sí.

El pico, convertido en ingeniosa
Cuchara de albañil,
Que hasta el mismo Palladio envidiaría
Si hubiera estado alguna vez aquí,

El cimiento comienzan de la fábrica
En círculo á construir:
Una puerta, un pasillo y una alcoba...
¡Cuán poco basta para ser feliz!

Los muros, encorvándose, terminan
En bóveda gentil,
Y ni lluvias alcanzan ni huracanes
El flamante palacio á destrüir.

Poco tiempo después, ambos esposos
Dan caza al aguacil,
A la abeja, á la oruga, y en la alcoba
Se oye un grato incesante rebullir.

Al ceñirse una aurora del estío
Su nimbo carmesí,
Vió á la puerta agrupados los polluelos,
Y á sus padres, llamarlos á vivir;

Lúego, abiertas las alas inseguras
Bajo el cielo turquí,
Arrojarse á los campos de la patria
La familia inmortal del albañil.

V

¡Ah, cuán triste, Felicia, es ver que todo
Lo argentino se va!
¡La antigua sencillez de la familia!
¡La sombra de la casa paternal!

¡Que la fe de los héroes y las madres
Apagándose está!
¡Que no irán nuestros hijos desgraciados
De nuestros templos al divino altar!

¡Que todo cuanto existe, cuanto amamos
Mañana olvidarán,
Porque es ley antipática del hombre
Echar por tierra lo que adora más!

Con el rancho argentino, los ombúes
Van cayendo, en verdad,
Y polvo vendrá á ser cuanto recuerda
Nuestra antigua grandeza nacional;

¡Más, por siempre, la choza del hornero
En símbolo será
El rancho de la raza vencedora
De Salta y San Lorenzo y Tucumán!

Eres madre, Felicia, y eres nieta
De un patriota inmortal...
¡Dios bendiga á tus hijos! ¡Dios los llene
De las virtudes del paterno hogar!

1889.

LA FLOR DEL AIRE

Aquel que en el pecho del ave inocente
Pusiera una cuerda del arpa divina,
Rumor en el árbol
Y espuma en la linfa,

Formó para el mundo las flores del aire
De llanto de amores y de alas de brisas.

Jamás en su blanco purísimo seno
El sol ha clavado su ardiente pupila:
De tanta frescura
Sus rayos desvía;
Y sólo en las noches de amor y misterio,
La luna en secreto las besa y las mima.

En torno á su cáliz el húmedo aroma
Del beso de un niño volando palpita;
Sus hojas plegadas
En leves sonrisas,
Avivan del alma los sueños hermosos,
Demandan suspiros y ofrecen caricias.

Pendiente del flanco de la árida roca,
Su cándido aspecto de estrella dormida
Devuelve al presente
Las horas perdidas,
Y abriéndose al soplo de tanto recuerdo,
Posada en sus hojas el alma vacila.

Su dulce fragancia difunde en el aire
Promesas de vagas, celestes delicias...
El pecho se ensancha,
La frente se inclina,
Y el alma, batiendo las alas del ángel,
Escapa del mundo sedienta de vida.

1878.

EL NIDO DE BOYEROS

Á MERCEDES OBLIGADO

Yo conozco en las islas un arroyo
Eternamente límpido y sereno,
Que parece, tendido entre los sauces,
Larga cinta de acero.

Sonríen al pasar todas sus aguas
Del camalote azul bajo el reflejo,
Y del rosal silvestre se iluminan
Al cárdeno destello.

En la vecina estancia hay una niña
De trece años lo más, quizá de menos,
Muy dada á pasear por el arroyo
Tranquilo de mi cuento.

Se le ve en la canoa (una canoa
Pequeña y blanca con filetes negros),
Reclinada en la popa, y con la pala
Que le sirve de remo.

Unas veces, bogando lentamente
Por la margen, la lleva su deseo
A elegir una flor, y va regando
Las aguas con sus pétalos;

Otras, impulsa con vigor la pala,
Quedan detrás girando mil hoyuelos,
Y al aire se desatan en manojos,
Sus lúcidos cabellos.

Perturban el silencio de las islas
Sus gritos y sus risas, que los ecos
Con musical cadencia desparraman
Vibrantes á lo lejos.

Fatigada abandona, destilando,
Sobre la falda atravesado el remo;
Y tal, semeja un cisne que dispone
Las alas para el vuelo.

Suele verme al pasar, y me amenaza,
Fingiéndose enojada, con el dedo;
Del recodo inmediato, vuelve el rostro
Y me grita: «¡hasta luego!»

Pero ayer sucedió que mientras iba
Buscando sombras para el sol de enero
Vió colgado á un laurel, sobre las aguas,
Un nido de boyeros.

Era hermoso, en verdad: resplandecían
Las fibras del cardón en largo cesto,
Y al rumor del laurel se columpiaba
Con la igualdad de un péndulo.

La niña, puesta en pie sobre la popa,
Tendió los brazos á bajarlo en ellos,

Pero desvióle el nido una imprevista
Trepidación del viento.

Ya las mangas caídas, los desnudos
Mórbidos brazos levantó de nuevo,
Y, balanceada entonces la canoa,
La derribó en su asiento.

Irguióse al punto, en actitud airada,
Golpeóla fuerte el corazón el pecho,
Y alzó la pala á derribar el nido,
Con implacable ceño.

Sobre la copa del laurel, un ave,
Negra y brillante, reposó su vuelo;
Y por todas las islas resonaron
Los cantos del boyero.

Llevó la joven al cantor los ojos,
Bajó la pala y escuchó en silencio...
¡Qué intensas van las armoniosas notas
De las niñas al seno!

Oyó después, cuando callada el ave,
Embebecida se quedó un momento,
Salir del nido un delicioso y blando
Susurro de polluelos.

—«¡Ah, no duermen!» se dijo, y con la pala
Ingenuamente se entregó á mecerlos...
Pero vióme de pronto y encendida
Abandonó su empeño.

Sucede desde ayer que mi vecina,
Al volver lentamente de regreso,
No me quiere mirar, ni me amenaza
Como antes, con el dedo.

Es inútil negarme tus miradas,
Valiente remadora de ojos negros,
No dormirás ya en paz, porque conoces
El nido de boyeros.

LA FLOR DEL CEIBO

AL POETA CALIXTO OYUELA

Quiero realce su gentil figura.
La túnica sencilla y elegante
Con que se adorna y viste la hermosura.

C. Oyuela.

Tu »Flor de la caña»,
O Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Más negros y lindos,
Que cierta morocha
Del suelo argentino
Llamada... Su nombre
Jamás lo he sabido;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,

Difúndese de ella
Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
Le dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del ceibo.

Un día, una tarde
Serena de estío,—
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino;
Cubríala el seno,
Velando el corpiño,
Un chal tucumano
De mallas tejido;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido
Con una guirnalda
De flor de seíbo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los mios...
Tal vez un secreto
Los dos nos dijimos,
Por que ella, turbada,
Quizá por descuido

Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí á levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor á tomillo,
Al dárselo, «¡gracias,
Mil gracias!»— me dijo,
Poniéndose roja
Cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto,
Que juntos seguimos
La senda, cubierta
De sauces dormidos;
Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
La dije al oído;
¡Mi amor, más hermoso
Que flor de seíbo!

La frente inclinada
Y el paso furtivo,

Guardó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
—«Allí se columpian
Dos aves, me dijo;
Dos aves que se aman
Y juntas he visto
Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor del seíbo».

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas, como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino:
Detuvo sus pasos,
Y llena de hechizos,
En pago y en prenda
De nuestro cariño,
Hurtando á las sienes
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor del seíbo.

1876.

LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

Estos, *Fabio ¡ay dolor! que ves ahora*
Jardines sabiamente dibujados,
Fueron un tiempo rústicos cercados
De enhiesta pita y suculenta mora.

Y aquellos que allí ves altas mansiones
De mil primores llenas, antes fueron
Modestas granjas donde en paz latieron
Más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonce á sus anchuras
Por estos sus dominios discurría,
Y como es dada á la labor, tejía
Mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
Las violetas silvestres agrupaba,
Y por todas las quintas derramaba
Un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,
Prendía á las ventanas de una hermosa,

De mosqueta y jazmin red olorosa
Que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
Que agrupaba el pastor en los oteros,
Derramaban en flor los durazneros
Una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
Y en los verdes naranjos florecía,
De sus maternas manos recibía
Su corona nupcial la primavera.

Más tú dirás, amigo, que al presente,
Aquella nuestra madre, de igual modo
Sustenta, anima y embellece todo,
Y quien dijere lo contrario, miente.

¡Infeliz! ¡cuál te engañas! Tú no sabes
Lo que eran estos sitios, cuanta escena
De amor y paz y venturanza llena
Huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;
Mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
Una de esas mañanas en que ansía
Verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá, por los senderos,
Confundidos los pobres y los ricos,

La madre, las amigas y los chicos
Con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
Pandorgas, con navaja, y en batallas,
Y á cada triunfo un clamoreo estalla
En el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa
El adobe en los hornos; el ligero
Grato sonar de tarros del lechero
Que á largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
Guiadas por un criollo ó un navarro,
Las carretas de pasto, que en el barro
Vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
Aquel grupo de un árbol á la sombra,
Que tiene el césped por mullida alfombra,
Y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente,
Asándose el cordero apetitoso,
Y circular el mate generoso
En vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡oh manjares
Jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,
Salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
Que si un remedio á nuestras ansias veo,
Es quedar como Lope ante el Liceo
Llorando la vejez de su sotana.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
Que no hay porteñas hoy más regaladas
Que aquellas que acudian en bandadas
A nuestras quintas á juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
Cuando aquellos piecitos voladores
No podían llegar hasta las flores
Porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuanto ardid para asirse del ramaje
Y traspasar el cenagoso abismo,
Alzando con angélico heroísmo
La muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,
Cual un brazo flexible, que de intento
Para ayudar las inclinaba el viento...
Que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aun con las mejillas rojas
Como granadas de Engadí partidas,
Y las húmedas manos florecidas
Mariposeando entre las verdes hojas;

Y correr, y chillar. y ser más bellas
Cuando, lanzada como rauda fija (1),
Cruzada una medrosa lagartija
Con grave susto disparando de ellas;

Y, ya en violetas rebozando el seno,
Búcaro ardiente que las flores aman,
Como por los senderos se derraman
Dejando el aire de perfumes lleno.

¡Oh mi dulce porteña, amada mía!
¡Ya no hay violetas ni silvestres moras;
Huyeron ya de la niñez las horas
Dulces y alegres cuando Dios quería!...

Buenos Aires, 1884.

AYOHUMA

Á CARLOS VEGA BELGRANO

Esas músicas que están
Resonando de tal suerte,
Son la voz perenne y fuerte
Del clarín de Tucumán;
Y aquellas que al aire van
Veloces, rumbo á la gloria,

(1) Fija: arpón, fisga.

Son el eco que en la historia
Nos conmueve y nos exalta,
De las campanas de Salta
Que están gritando: ¡Victoria!

¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano!
¿Quién dice *Manuel Belgrano*
Sin que se sienta mejor?...
Pudo el destino traidor
Que á tanta virtud abruma,
Arrojar la densa bruma
De Vilcapugio á tu frente,
Y hasta hundirte en la inclemente
Noche inmensa de Ayohuma;

Pero no pudo, en su afán,
Dejar muda la voz alta
De las campanas de Salta,
Del clarín de Tucumán...
Y allá suenan, allá van
Veloces, rumbo á la gloria,
Desbordando de la historia
Sobre el Andes, sobre el llano,
Diciendo á todos: ¡Belgrano!
Clamando á gritos: ¡victoria!

Voz que alienta, himno que suma
Nuestras glorias, y aún dormidos
Oyen los muertos queridos

De la pampa de Ayohuma;
Voz que animadas exhuma
Y entrega á nuestras visiones
Aquellas santas legiones
De la patria y su bandera,
En cuyo sol reverbera,
Siempre fuego de cañones.

¡Ayohuma! ¡Ingrato día
En que, rasgada la entraña,
Sola, en áspera montaña,
La dulce patria moría!
Exangüe ya, se batía
Por las áridas mesetas,
Y las columnas inquietas
Del ejército español
La envolvían, bajo el sol,
En chispear de bayonetas.

Tras la carga resistida,
Su misma sangre pisando,
Iba la Patria arrojando
A borbotones la vida.
Zelaya, suelta la brida,
Con sus jinetes se avanza,
Y á limpio bote de lanza
Hace en las filas rëales
Callar las dianas triunfales,
Rugir la adusta venganza.

Superí rueda al abismo
Y los infantes de Cano;
Solo atraviesa aquel llano,
Solo, confiado en sí mismo,
El que en su heroico idealismo
Se goza hendiendo lëones,
Y que no cuenta legiones
Y es personal en la lid:
¡Solo se va La Madrid
A acuchillar los cañones!

Mas, ¡ay! en vano irradiaron
Luz esplendente sus hechos:
En pelotones, deshechos,
De cuesta en cuesta rodaron...
Pero en Zelaya vibraron
Los arrebatos postreros:
Vuelve á trepar los senderos
Que el español desaloja,
Y á contenerlo se arroja
Con su turbión de lanceros...

En la profunda quebrada,
Al pie del cerro vecino,
Suena el clarín argentino
Tocando inmensa llamada.
Sereno el pecho, la espada
A mal guardar, la visera
Alta en la frente guerrera,
Marcial y firme la planta,

Manuel Belgrano levanta
Con muda fe su bandera

Al gran clamor obedientes,
Van los dispersos llegando,
Unos, bravíos, alzando
Las armas resplandecientes;
Aquellos mustios, dolientes,
Llenos de afán y sonrrojos;
Otros, más que hombres, despojos,
Que, arrastrando su desmayo,
En la bandera de Mayo
Ponen el alma y los ojos.

Firmes, en cuadro formaron,
Y, á un breve toque marcial,
Se arrodilló el general...
Y todos se arrodillaron.
Como en Tucumán, alzaron
La oración que el alma exhala,
Y que fué, tendida el ala,
Hacia las místicas redes
De la Vírgen de Mercedes,
Su radiante generala.

Del cuadro, en fúnebre son,
Se difunde en ese instante,
Un hervor de agonizante
Que estremece el corazón.
Perturbando la oración,

Jura, impío, un veterano,
Otro al hijo llama en vano,
Aquel se alza á una descarga,
Y, delirando: «¡á la carga!»
Ruega á los pies de Belgrano.

Un silencio va cundiendo
Grave, triste, religioso,
Que á veces rompe, rabioso,
De un fusilazo el estruendo.
Suelta el sol, que está muriendo,
Su corona rota al mar,
Y se oye al lejos sonar
Como estertor de aquel día,
Vagarosa melodía
Que va llorando al pasar...

1892.

AUTOBIOGRAFÍA

1856-1885

Á MARIA IGNACIA ARGERICH

I

¿Versos me pides? Te comprendo, hermosa;
En mis secretos á iniciarte voy:
Como toda mujer, eres curiosa,
Y quieres que te muestre el corazón.

Pondré en la empresa mi mayor empeño,
De los recuerdos abriré el raudal,
Y, fugitiva tórtola sin dueño,
El alma mía posaré en tu hogar.

¡Oh tiempo aquel de la niñez primera
En que nos gusta que nos queme el sol,
Y olvidados cual música ligera
Hasta los besos de la madre son!

De aquellos tiempos los recuerdos míos,
Desparramados por el cielo azul,
Los campos cruzan y los anchos ríos
Girando envueltos en rosada luz.

Allá, en el seno de los bosques solos,
No hubo jamás un gavilán cual yo,
Gran cazador de urracas y chingolos,
Enorme crimen que perdona Dios.

Fué por entonces mi corcel primero,
No el piafador romántico alazán:
Un lanudo y magnífico carnero,
De grandes cuernos y apostura audaz.

El arrastró, por tardes y mañanas,
Nuestro coche de mimbres, donde, al sol,
Con mi futura novia mis hermanas
Formaban, juntas, un rosal en flor.

Empuñaba yo el látigo y las riendas,
Y con resuelto paso varonil,

Del trebolar por las angostas sendas,
Iba haciendo mi látigo crujir.

¡Y lo que es la inocencia! Me gustaba
Ver de mi novia el rostro angelical,
Cuando el coche de mimbres se volcaba,
Hacer pucheros, ¡y después llorar!

—«¿Porqué lloras, mi vida»? le decía
Gravemente, besándole la sien...
Y mi dulce pequeña sonreía
Con un cierto abandono de mujer.

II

Mas, como el tiempo, aunque en silencio, vuela
Y unos siete años contaría ya,
¡Ay! me encerraron en horrible escuela
Y en los campos quedó mi libertad.

Tuve un odio feroz á la cartilla,
Eran los libros mudos para mí;
Más mis ansias sacáronme á la orilla
Y supe leer y comencé á escribir.

Cuando en la Vuelta de Obligado un día
Trás larga ausencia me dejó un vapor,
En torrente vivaz la poesía
Ciega, imperiosa, por mi ser cundió.

Abierta el alma á la inmortal belleza
Y dominado por extraña sed,
En la eterna y veraz naturaleza
De la hermosura el esplendor busqué.

De nuestras selvas escuché el arrullo,
De nuestras pampas contemplé la faz,
Y el grande río, de la patria orgullo,
Que derramado por sus islas va.

En tanto en selvas, pampas y raudales,
Dejaba libre el corazón latir,
El estro de los cantos nacionales
Se despertaba poderoso en mí.

Y amé la patria con [illegible] de fuego,
Y supe entonces, para amarla más,
Porque se eleva, cual perenne ruego,
La solitaria cruz de ñandubay.

III

—Pero ¿Y la novia?—me dirás, María.
¿Mi novia? ¡Es cierto! la olvidaba ya;
Pues bien: la niña á la sazón tendría
Unos catorce...sin mentir la edad.

Joven, hermosa, enamorada y buena,
Negro el cabello y en la fresca tez
Ese pálido albor de la azucena
Que al sol parece comenzar á arder.

Con grande empeño simular quería
Algunos años más... siquiera dos,
Y sin causa formal me recibía
Con un gestito que adoraba yo.

Mas, pasaba una errante mariposa,
Y, adiós grave matrona, adiós mujer:
Era entonces la niña bulliciosa
Que nunca acierta á refrenar los pies.

¡Y que manera de correr girando,
De replegarse, de mostrar allí
La rumorosa falda revolando
Por todos los extremos del jardín!

Como yo la siguiera con los ojos,
Se avergonzaba de su loco afán,
Y la sangre vivaz de los sonrojos
Saltaba ardiendo á iluminar su faz.

Al volverse hacia mí, como al descuido,
Ya el jazmin arrancaba, ya el clavel,
Detrás de cada arbusto contenido
El vacilante y dominado pie.

Luego, recta, de súbito venía,
Y, segura en su imperio juvenil,
Con un golpe de audacia me decía:
« Iba en busca de flores para tí.»

«¡Tómalas, tómalas!»...y le temblaba
El alma entera en la vibrante voz,

Y después lentamente se alejaba
Con el gestito que adoraba yo.

IV

¡Cariñoso recuerdo de otros días,
Melancólico arrullo, tierno son
De esas vagas errantes melodías
Que van quedando de la vida en pos!

¡Os sienta aún, en presuroso vuelo,
Venir sonoras á calmar mi afán,
Á henchir como antes, bajo el mismo cielo,
De ritmo y vida mi paterno hogar!...

Sólo un asilo al corazón conviene,
Y yo, María, le conservo aún:
Mi santa madre á acariciarme viene
Y es de sus ojos para mí la luz.

Aun goza en ver mi libertad sujeta,
Y, expresión de cariño y altivez,
Aún me abraza y me dice «mi poeta»
Bañada en gloria la serena sien.

CALIXTO OYUELA

CANTO À LA PATRIA

EN SU PRIMER CENTENARIO

Sobre la Patria un siglo
Rodó, en un fluctüar de sombra y lampos;
En las almas y campos
La Paz serena su fulgor derrama.
Ya á la joven nación el mundo aclama;
Y viendo hervir en torno
Feliz y palpitante muchedumbre,
La generosa mano al mundo tiende,
Y ágil y fuerte, asciende
De su destino á la eminente cumbre.

La fecha redentora
Relumbra como un sol en nuestra mente,
Y en nuestro corazón brota sonora
Onda de amor en férvida corriente.
Hoy que la Patria en mi cantar se mira,
Sólo el oro del alma hasta ella eleve:
Cuando en lengua ideal le habla la Lira,
No vano incienso, la Verdad le debe.

Cien años há que á larga lid gloriosa
Esta alma tierra se arrojó valiente,

Y surgió de ella soberana, hermosa,
Tremulante el laurel sobre la frente.
Hija de la Victoria,
Émula digna de la hispana gloria,
Por montes y por llanos
Lanzó sus fulminantes batallones,
En combatir, leones,
Y en el instante de vencer, hermanos.
Y Dios besó su frente;
Y un himno inmenso resonó en la esfera;
Y el cielo hondo y sereno
Desprendió de su seno
Ráfaga azul, de sol resplandeciente,
Para tejer su virginal bandera.

Luego en internas luchas encendida,
Enhiesta ó abatida,
La selva atravesó, áspera y fuerte,
Que á hombres y naciones
Desvía en el camino de la vida,
Con bramidos de muerte
Cerrado por panteras y leones.
Respirando ya ambiente más sereno,
Abrió hondo surco á la labor fecunda,
Y con presagio de venturas lleno,
Que en la verdad y en el amor se funda,
Hoy á los hombres muestra,
Brindándoles su seno,
Más noble espada en la robusta diestra.

Nuestros héroes así la vislumbraron
En sus sueños de amor y de ventura,
Rica en clara hermosura,
Cuajado el vasto suelo en mieses de oro.
Así Moreno, espléndido meteoro,
Belgrano, el noble y puro,
Á quien el alma floreció en la mente
Y de astros recamó su cielo obscuro;
Rivadavia el vidente,
Y aquel grande entre grandes,
Que sobre su corcel saltó los Andes,
Y en tromba al Ecuador, pueblos redime;
Y consintiendo en que el supremo lauro
Al glorioso rival la sien corone,
Como en solemne ocaso el sol se pone,
Callado se hunde en soledad sublime.

Pero ¡cuántos dolores, Patria mía,
Despedazaron tu materna entraña!
¡Cuánta pérfida saña,
Y furia devorante,
Nublar hicieron tu gentil semblante!
Sobre todos Facundo se alzaría,
Tigre de sangre sin cesar sediento,
Si no hubiese uno solo, aun más cruento,
Nacido en negro instante
Para manchar el esplendor del día.

Sobre el potro las pampas le abortaron
Al ulular de la anarquía obscura:
Alma más torva y dura
Nunca allá los abismos engendraron!
Entre muerte y traición feroz se agita;
La luz, lo azul le irrita,

Cual si en espasmos de funesto olvido,
Fundiera en él natura
Al bufón, al demente y al bandido.

Helado el pensamiento
Vaga por esos tenebrosos días,
Cual por calles desiertas y sombrías,
Do con voces de muerte zumba el viento.
Volcóse en ruina inmensa
Cuanto es del mundo salvador tesoro;
Puñal blandió el Poder en vez de espada;
Vióse en duelo el amor, roto el decoro,
Y la virtud proscrita ó degollada.
En desborde feroz la humana escoria,
Muda la escuela, profanado el templo,
Fué aquella edad el más siniestro ejemplo
De la orgía del crimen en la historia!

Mas al fin huracanes vengadores
Limpiaron nuestro cielo
De ese asfixiante nubarrón de horrores
Que al sol de Mayo obscureció en su velo.
Y cuando en lid hirviente
El bronce de Caseros tronó airado,
Y nos volvió los dioses tutelares,
Pálido y tembloroso, el Execrado
Huyó á esconderse tras los vastos mares.
Roto el muro sombrío
Que muertas estancó bravas corrientes,
Rugiente olaje sacudió el navío;
Pero el rosal de las excelsas mentes,
Entre lumbres de aurora,
Descollar vió al Patricio soberano

Á quien en duelo aun la Patria llora,
Y que, piloto en la borrasca experto,
Supo con fuerte mano
Llevarla en triunfo á jubiloso puerto.

Ya en cimiento granítico asentada,
¡Oh Patria! enamorada
Te besa el aura pura
Que con las orlas de tu manto juega,
Y en ti volcando toda su hermosura,
Naturaleza de esplendor te riega!
Sombra te dan tus bosques seculares,
Fragancia tus jardines,
Y cantan en tu seno y tus confines
Tus grandes ríos, los solemnes mares.
La pampa, inmensidad que un mundo espera,
Símbolo de infinito, en ti se tiende;
El Andes te corona;
Y la celeste esfera,
Ebria de azul, para mirarte enciende
Todo el fulgor de su radiante zona!

En tu ascensión dichosa,
Honda sed de progreso tu alma inflama,
Y en tus costas, de gente varia y briosa
Un aluvión sonoro se derrama.
Ya con creciente estruendo oírse dejas
Un rumor incesante de talleres,
Y se mezcla á la espiga áurea de Ceres,
Rico vellón de innúmeras ovejas.
Tierra de redención, el inmigrante,
Que en su terruño escueto
Vivía, ya olvidado de ser hombre,

Á misérrimo afán siempre sujeto,
De nuevo empuje armado,
Halla en tu suelo libertad, respeto,
Y pan, y hogar, y un porvenir y un nombre,
En los revueltos surcos de su arado.
Y ya dueño de sí, fuerte y tranquilo
En el modesto asilo
Que levantó con manos paternales,
¡Cuál le enjuga el amor la húmeda frente,
Mientras pace el rebaño en la pradera,
Y ríe la esperanza en los trigales,
Donde, al soplo del viento, brotar siente
Como un fresco rumor de primavera!

Oculto, empero, entre infinitos dones
Cruel peligro te acecha:
Ver tu gran tradición caer deshecha,
Decoro señorial de tus blasones.
La savia que da al árbol su esmeralda,
Y su armoniosa copa al cielo eleva,
Y entre sus ramas prende
El sazonado fruto y la flor nueva,
De la raíz asciende.
Tu cuño y verbo victorioso imprime
En el viviente enjambre que hoy te estrecha
En abrazo fecundo,
Y en ti afirmando tu gloriosa raza,
Tu propio íntimo sér salva y redime,
Y tus armas embraza
Para avanzar á recibir al mundo!
No dañarás á tu genial riqueza,
Á una visión más alta de la vida:
Cinta de agua nacida

En la montaña, se acrecienta en río;
En dilatado curso copia ufano
Nuevos cielos y campos, nuevo ambiente;
Mas una misma es la veloz corriente
Que va desde la fuente al oceáno.

Ni con sórdido anhelo
Conviertas en mercado tu palacio;
Flote allá en los abismos del espacio
De lo ideal el transparente velo.
La vulgar opulencia
Que los trofeos de la vida ignora,
Secos y tristes ídolos levanta,
Y con estéril pompa los adora.
Depura el común zumo en rica esencia,
Guarda la sacra llama en ti encendida,
Y despliega en los siglos tu existencia
Fructificando en trascendente Vida!

Y no olvides que nada hay noble y grande
Sin la velada voz de lo Infinito,
Y que el eterno grito
De la angustia mortal, en Él se expande.
Reinen en ti serenas la Fe augusta,
Y la espada leal, la ley severa:
Doquier su voz no impera,
Desata el crimen su furor salvaje,
Y vil codicia, delirante encono,
Corrupción ó pillaje,
Aullando suben á infamante trono.

Al trabajo, al saber, tus magnas puertas
De par en par abiertas,

Giren severas en su fuerte quicio,
Cuando impudente vicio,
Ó las violencias de la humana fiera,
Que responde con muerte al beneficio,
Hacia ti tiendan su ominoso vuelo,
Negra en sierpes la hirsuta cabellera,
Para manchar y envenenar tu suelo!

¡Salve, oh Madre, en tus sagrados días!
De tus hijos acepta la áurea ofrenda;
Tu magnífica senda
Pueblen sin fin venturas y armonías!
Reverentes postrados á tus aras,
Nuestro inefable amor te consagramos,
Y aclamarte anhelamos
Templo de la Belleza y de la Idea,
En donde el himno de su fe se eleve;
Y que al ungirte, eterna, la Victoria,
La Justicia, que en Dios los orbes mueve,
Te inspire siempre, y sea
La irradiación suprema de tu gloria!

1910.

Á FRAY LUIS DE LEÓN

> But when the intervals of darkness come, as come they must; when the sun is hid and the stars withdraw their shining, we repair to the lamps which were kindled by their ray, to guide our steps to the East again, where the dawn is.
>
> *Emerson.*

Como celeste canto
Resuena tu inspirada poesía,
Y asciende en vuelo santo,

Y su alta melodía
Limpias ondas de amor al alma envía.

Vibra tu grande acento,
No en el hervor de popular tumulto,
Do el que hoy oye el concento
De fervoroso culto
Blanco es mañana de candente insulto;

Sino en la sacra esfera
Donde gloriosa la virtud fulgura,
Y en tibia primavera
Aura de virtud pura
Besa y abre la flor de la hermosura.

Tu voz, sin pompa vana,
Adulación sonora del sentido,
Se lanza dulce y llana
En el alma, sin ruido,
Cual ave amante en el oculto nido.

Rompió en un nuevo oriente
La hermosa lumbre de la edad pagana,
Y aquel ritmo potente,
Aquella gracia arcana
Se derramó en tu mente soberana.

Mas la antigua hermosura
En tu sublime fe, en tu ardiente celo
Fundió su esencia pura,
Y con místico anhelo
Voló, serena y encendida, al cielo;

Cual urna primorosa,
De nítido alabastro construída,

Se ostenta más hermosa,
Con más luciente vida,
Si de interno fulgor brilla encendida.

Tu numen vivifica
Naturaleza toda, y la levanta,
De nuevas gracias rica,
Á ser la lira santa
Donde el Eterno sus grandezas canta.

Sus plácidos rumores,
Su mudo acento, su menor rüido,
Sus rayos tronadores,
Con profundo sentido,
Como divino són hieren tu oído.

Y el oloroso huerto
Que cultivas *del monte en la ladera,*
De bella flor cubierto, (1)
Por secreta manera
Tu mente eleva á la celeste esfera.

Como aquel que vagando
Por hondo valle, más amigas siente
Las voces con que hablando
Está perennemente
Naturaleza en su callado ambiente;

Y la vista tendiendo
Á la imperial dominadora cumbre,
Volar quiere, venciendo

(1) La vida retirada.

La mortal pesadumbre,
Allá donde entrevé ríos de lumbre:

Tú así, en ansia constante
Por arrancarte á la terrena arcilla,
Ardes por la distante
Esfera sin mancilla
Donde la patria de las almas brilla.

¡Cuál de júbilo y pena
Sublime confusión te embebecía,
Cuando *noche serena*
Por la bóveda umbría
Resplandecientes lumbres extendía!

¡Oh cómo desplegaba
Tu purísima fe sus alas de oro!
¡Cómo en busca volaba
Del místico tesoro
De amor, que inflama el centellante coro!

Allí, en visión dichosa,
Celebra la región en que florece,
Perenne nardo y rosa;
Y el himno que la ofrece
Con blanca luz de gloria resplandece. (1)

¡Mortal á quien fué dada
Alta contemplación de la ventura
Al mundo real velada;
Y ver, tras niebla obscura,
Limpia y radiante la sublime altura!

(1) Morada del cielo.

Huella el suelo tu planta,
Y la tierra te manda sus rüidos;
Mas tu alma se levanta,
Y pasea encendidos
Por entre eternos soles sus sentidos.

¡Oh, ven á mí, ven! Lleno
Me siento de tu amor, grande agustino:
Yo amo el fulgor sereno,
El raudal cristalino
De tu sencilla fe y candor divino.

Henchido de alto anhelo,
Hijo de una región joven y hermosa,
Á quien romper el hielo
De la materia odiosa
Le falta sólo para ser dichosa;

Á ti, que eres creencia,
Poesía, ideal, mi lengua aclama;
Y ansiando por la esencia
Que tu espíritu inflama,
Pongo mi corazón sobre tu llama.

1886.

EL TITÁN

«Vencido está el error: la falsa lumbre
Que en necios sueños y en fatal delirio
Sumergió á la razón; la férrea mano

Que en tétrica mazmorra
De vil superstición y hondo silencio
Aherrojó un día al pensamiento humano,
Fueron: y en vez de la inflamada tea
Que el implacable inquisidor blandía,
Emblema de armonía,
Su esplendorosa luz manda la idea.
No es ya la tierra inhabitable abismo
Do unidos ruedan el dolor y el llanto:
Bello es el mundo; el sol de nuevo encanto
Lanza su ardiente claridad vestida,
Y al són del yunque y del Progreso al grito
Despierta en fin la humanidad dormida».

Así clamó el coloso
Al alzarse potente,
De resplandor sangriento coronado,
Y su acento grandioso,
Repercutiendo en las edades muertas,
De tumba en tumba resonó imponente.
Enérgico y valiente
Se arroja á la labor, vencer ansiando
Cuanto misterio el Universo esconde:
Hierve la fragua, cruje retemblando
Bajo el Comercio el opulento muelle,
Y al estruendo tenaz de hacha y martillo,
El silbo agudo del vapor responde.
Todo es acción, y movimiento, y vida,
Y entre el rumor de la fecunda lucha,
Que de incruenta gloria
La humana frente ciñe,
Se eleva un grito universal: ¡VICTORIA!

Victoria, sí: que donde quier se advierte
La invención peregrina,
Cuyo poder incontrastable y fuerte
Al mundo material vence y domina.
Rompe el hombre la valla que separa
Un mar del otro mar; el duro seno
Con fuerte mano hiende
De la madre inmortal, que guarda avara
La huella de los tiempos, y su historia
Al noble imperio de la luz asciende;
Senda al ígneo fulgor traza en el viento;
El libre pensamiento
Lanza veloz por la tendida esfera;
Al sonido fugaz rinde el espacio,
Ó aun con mayor brío
Le ata y retiene en reclusión severa;
Y surcando sereno
En móvil barca las etéreas ondas,
Mira á sus plantas la región del trueno.

¡Salve, labor fecunda,
Que por doquier derramas
Germen de rica y esplendente vida!
Todo cobra á tu impulso
Nuevo aliento y vigor; tu brazo fuerte
En regio alcázar la infernal guarida
Y en verde pompa el lodazal convierte.
Tú haces que el hombre sea
De su suerte señor; que si hoy hambriento
Esconde, y macilento,
Del mundo su vergüenza y desventura,
El nuevo sol contemplará trocado

Su feo harapo en áurea vestidura.
¡Loor á aquel que al tumultuoso seno
Del mar, ó á la honda entraña
Que del rico metal la vena cría,
Por el que el hombre audaz los montes hiende,
Impávido y sereno,
Ardiendo en sed de libertad desciende!
¡De lauro el canto adorne
La noble sien del artesano honrado,
Que en obscuro combate
Revuélvese esforzado,
Sin que más gloria ó recompensa espere,
Que la dulce costumbre
De ver en torno de él sus tiernos hijos
Al brillo alegre de amorosa lumbre!
¡Gloria al que heroico en la demanda muere!

Mas no mi altivo canto
Con vano incienso tu favor ruidoso
Comprará ¡oh siglo, cuyo fuerte empuje,
Alzado pensamiento,
Sed de verdad y empeño generoso
Mi ardiente corazón ama y venera!
¡Resuene y vibre fiera,
Virgen de vil adulación, la estrofa!
Rechazo ¡oh siglo! el profanado lauro
Que á la lisonja y no al valer se brinda;
Y aunque mi audacia al condenar, violento
Hundas mi nombre en perdurable olvido,
Te he de decir con varonil acento
Que eres Titán, pero Titán caído.

La luz que arrojan tus candentes fraguas,
No es la que al alma inunda
De vívido fulgor y anhelo eterno,
Y en ella el inefable
Germen celeste del amor fecunda;
No la que aquieta y calma
El ansia del que siente,
En magnífico giro,
Rodar la idea en su inspirada mente.
En tu soberbia frente
Pesa el numen del mal, que troncha y hunde
Cuanto envolverte en esplendor debiera:
De Gutenberg el prodigioso invento
Más el error que la verdad difunde;
El raudo tren cuyo rodar sonoro
Entre humo y polvo, de su sueño estéril
Levanta al ocio inerte,
Lleva también en su inflamada entraña
Gritos de rabia y estertor de muerte.
¡Y tú, tú mismo que con alto brío
Rompiste el largo imperio
Que en lo más santo la conciencia hollaba,
La insultas, la escarneces,
Y la haces hoy de la materia esclava!

Por cima del estruendo
Que tu arrogante turbulencia mueve,
Clamor de interna lucha,
Fatídico y tremendo,
De polo á polo resonar se escucha.

Rota en la mente el ara soberana,
La duda suspicaz, la duda aleve
Silba y se enrosca en la conciencia humana.
Tú en ella esparces confusión y espanto;
Tú vuelcas y sacudes,
Con arrebato ardiente,
Las que el hombre adoró creencias divinas,
Y cuando, virgen de maldad y crimen,
Se levante en el tiempo una edad nueva,
Contemplará tu ingente
Trono imperando sobre inmensas ruinas.

Ruinas ¡ay! que hacinadas
Guarda en la sombra la conciencia atea,
Donde, cual sierpe en su caverna inmunda,
Retuércese infecunda,
Sin el fulgor de lo inmortal, la idea.
¡No, no hallarás reparadora calma,
Oh siglo inquieto, si con mano impía
Agostas ó corrompes
La excelsa fuente donde bebe el alma!
¡No ascenderás á la anhelada cumbre,
Si entre el vano estruendoso clamoreo
En que tu lepra y tu delirio anegas,
Torpe maldices ó á mirar te niegas
Los resplandores de la eterna lumbre!

1883.

EROS

Hoy vengo, dulce dueño,
Á arrojar á tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen,
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva
De donde manan en raudal perenne
Las claras ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Y aun me parece, en solitarias horas,
Recibir en la frente
Tenues caricias de invisibles alas?

No soy de aquellos que al surgir al mundo
Las dulces musas con amor besaron,
Difundiendo en su sér esa armonía,
Esa oculta virtud que doma y rinde
Lo intangible y real, y en lazo de oro
Los liga, alzando la creada imagen
Coronada de luz y de hermosura;
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
Que holló del Pindo la radiante cima,
Lo realizó tu amor, la eterna Musa
Que derrama en mis cantos

El suave aroma que en tu sér se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
Limpio reflejo de la luz que enciende
Tu corazón de virgen;
Con tus palabras para mí más gratas
Que esa vaga armonía con que el viento
Suena en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora
La voz, antes no oída,
De la inmortal Naturaleza; entonces
De la alta estrella, y de la errátil nube
Y del clamor con que en el ancho Plata
Suelen las olas avanzar rugiendo
Su ira á estrellar en mi natal ribera,
Un mundo desprendiose de armonías,
Donde línea y color y ritmo unidos
A férvido sentir, á excelsa idea,
En hermandad sublime
La presencia de un Dios me revelaban,

Tu tierno amor cual generosa y amplia
Onda de luz se derramó en mi mente,
Y fué mi corazón acorde lira
Donde eco y forma halló el eterno ritmo.
¡Inefable emoción, engendradora
De briosa virtud y alto deseo!
Rica de savia nueva
El hombre siente rebullir la vida,
Y, lleno el pecho de viril constancia,
Al mundanal combate se apercibe,

Y ni duro revés, ni arduos afanes,
Ni sirtes mil su intrepidez doblegan,
Que, vencedor, una mirada ardiente
De su amada feliz le aguarda en premio.

¡Cómo anhelé que tu adorada planta
El lauro hollara á mi laúd ceñido!
Y ¡oh cuántas, cuántas veces
Vino mi oído á regalar süave,
En ondas vibradoras
De alto loor y de ruidoso aplauso,
Tu dulce nombre entrelazado al mío!
¡Engañosa ilusión! Al ave humilde
De corto y débil vuelo,
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
Ni alcanzó á la orgullosa
Copa del roble el vacilante junco.
Mas si dado no me es los ricos dones
Aumentar, que Fortuna
Con mano avara y desigual reparte,
Amor es vena irrestañable, y siempre
Rueda sonoro derramando aromas.
¡Feliz si puedo de tu amante labio
Verle perenne desprenderse, y lejos
De cuanto el mundo en su delirio ensalza,
Mi corona tejer con tus sonrisas!

Todo me habla de tí. La flor que entreabre
Su vívida corola; el aura leve
Que en torno gira; la onda rumorosa

Que entre menudos céspedes resbala,
Y aquella de la tarde
Voz íntima y profunda,
Que de un vago anhelar llena la mente,
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe:
Tráenme, envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo.
En la alta noche,
Cuando, huésped benigno,
Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y derramado ejército de estrellas
Relumbra en chispas por el éter vago,
Yo siento que tu imagen
Llena todo mi ser; radiante y viva
Ella aparece en cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y en ondas de ternura
Inundándome el alma, en ella, rica,
La flor de luz de mis ensueños brota.

Otros en pos de fútiles quimeras
A la arena del mundo
Enderecen sus férvidos corceles;
Sorprender quieran con tenaz porfía
La verdad insondable,
Que de ellos huye cual las frescas aguas
De la boca de Tántalo sediento;
Y, en ansia ardiente de ligeros goces,
Viles arrojen su mejor diadema
A las plantas de estólido magnate:

Yo anhelo ver la generosa lumbre
Del sol, que el mundo y tus cabellos dora,
Y aquella, aún más pura,
De tu amante mirar, á cuyo influjo
Mi espíritu se impregna
De olor de rosas y armoniosos cantos.

¡Todo está en tí mi corazón, que al ritmo
Late ¡oh amada que tu mente rige!
Y cuando vago de tu luz distante,
Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como, al hundirse el sol, bordan los astros
El manto obscuro del tendido cielo.
¡Tuya mi lira es! Tuyo su limpio
Aunque modesto son; y cuando envuelta
En velos funerarios,
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aún al herirla gemebundo el viento
Entre sus cuerdas vagará tu nombre.

1882.

ODA Á ESPAÑA

AL DECLARARSE LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS EN 1898

¡Vuelve á ceñir el casco refulgente,
Matrona egregia, y la invencible espada
Con que trazaste un día por el mundo
Surco inmenso de gloria!

¡Levanta en ira ya el potente brazo
Con que arrancaste un orbe de los mares,
Genial sembrando en soledades bárbaras
Mil pueblos florecientes!

Y la que, inerme, en ímpetu sublime,
Supo humillar al Capitán del siglo,
¡Castigue ahora la codicia infame
Del Mercader de América!

¡Tu honda de David parta la frente
Del grotesco Goliath americano,
Y caiga con estruendo, envuelto en sangre,
Para ejemplo del mundo!

¡Clava tu garra en el ingente pecho
De quien, inícuo, sin razón ni agravio,
Te reta á mortal duelo, en nombre solo
De sus hambrientas fauces!

¡Ve cual tiende rapaz la mano trémula,
Para robar de tu imperial corona
La rica perla que en ofrenda alzaron
Los mares á tu genio!

¡Fulmínale! ¡Escarmiéntale!; bramando
Torne á su inmensa cueva, y, como siempre,
Sus indios despedace, y sus catervas
De negros infelices!

Pueblo sin tradición, allegadiza
Turba de traficantes sudorosos,
Que á ruin medida y cálculo sujetan
Los impulsos del alma;

Los hijos son de la materia, ciega,
Fuerte, inmensa, brutal. En sus regiones
Asientan su insolente poderío,
Escarnio al universo.

¡Mas tú, adalid de la hidalguía antigua,
Viril y noble España, tu derecho
Contra todos defiendes, y no cuentas
Tu honra en esterlinas!

¡Un resplandor de lo ideal eterno
Orla tu frente, en triunfo ó desventura,
Y te muestra más grande y más hermosa
Que los pueblos más grandes!

¡Era fatal, ineluctable el choque
Entre el ladrón de California y Tejas,
Y quien la Cristiandad salvó en Lepanto,
Y dió un mundo á la Historia!

Más que dos pueblos que á la lid se arrojan,
Dos fuerzas son, terribles y contrarias,
Que se disputan desde el negro Caos
El imperio del orbe.

Una clama: *¡Interés!;* la otra *¡Justicia!*
Y en razas enemigas encarnadas,
Una lleva á magnánimas empresas;
Otra, á robos audaces...

Sobrecogida de emoción la tierra
Ve aproximarse la tremenda lucha,
¡Y te aclama, al mirar que ardiendo en ira
Das la melena al viento!

Toda alma, todo pueblo bien nacido,
Rinde homenaje á tu heroísmo, y vierte,
Como lluvia de flores, á tu paso
Votos y simpatías.

Con alma fuerte y grande ¡oh generosa!
Te lanzas á la gloria, ó al martirio,
Y te bendicen desde excelsa esfera
Tus legendarios héroes.

Las naciones de América, tus hijas,
Miran con llanto, palpitante el seno,
Como á jugarse van en lid horrenda
Tus sagrados destinos;

Y por vínculo eterno á tí enlazadas,
Al entrever tus triunfos, con orgullo
Sienten cruzar por sus erguidas frentes
Ráfagas de tu gloria.

¡Oh España! ¡Oh Madre! ¡Yo, que por mis venas
Siento correr tu sangre generosa,
Y nunca, hijo espurio, ó descastado,
Negué mi ilustre estirpe;

Yo, que á la faz del universo, altivo,
Por madre te confieso, veneranda,
En esta hora trágica y solemne
Beso tu frente augusta!

Y con el alma en tí, anhelante espero,
Enamorado augur de tu ventura,
Que el gran clamor en los espacios truene:
¡Por ESPAÑA, VICTORIA!

Abril de 1898.

ELEGIA

EN LA MUERTE DE LEÓN XIII

La cristiandad, velada
En duelo universal, la frente inclina
Ante la tumba del glorioso padre
Que ya al Puerto de Luz no la encamina.
De la más alta cima de la tierra
Descendiendo lumbroso al occidente,
Rodó á la eternidad. No pudo el siglo
A la muerte rendir mayor tributo
De grandeza y virtud. Con honda herida,
De rodillas, y en ruego y llanto, y luto,
Tiembla el orbe cristiano,
Cual si se helara en él aliento y vida
Al desprenderse de su augusta mano.

Aún contemplarle creo,
Encarnación de un ideal deseo,
En su nívea luciente vestidura,
La visión de lo eterno en la mirada,
Y vagando en sus labios dulce y pura,
Como santa divisa,
Aquella luz de su inmortal sonrisa,
De amor é inteligencia al par formada.
Al verle, parecía
Que de mística esfera

Un resplandor celeste descendía
Sobre esta tierra que el dolor impera.
Él orlaba su frente,
Él inspiraba su palabra santa,
Y semejaba, al escuchar su acento,
Que iba á arder en gloria el firmamento,
Y el suelo á florecer bajo su planta.

Fué para el mundo aroma y armonía,
Y fuerza fué también: la más hermosa,
La que en la idea y la virtud reposa,
La que es del infeliz sostén y amparo,
La que en la vida es eminente faro
Que al Sumo Bien entre tormentas guía.
El sol de su elevado pensamiento
Regó de claridad los vastos campos
Donde entre sombra y lampos
Combate hoy la humana inteligencia
Con ímpetu violento.
A lo más hondo su mirada alcanza,
Es al error inquebrantable roca,
Y vuelan de su boca,
Alondras, la Verdad y la Esperanza.
Potentes de la tierra,
Reyes y emperadores,
Encienden su corona en los fulgores
De la alta luz que el vaticano encierra.
Y algo más grande: la vital corriente
Que de todos los ámbitos del mundo
En incesante curso se dilata,

Su sagrado poder sumisa acata,
Y con profunda fe y amor profundo
Va á prosternarse en Roma reverente.

¡Oh Italia, de la gente
Latina, oriente y luz! ¡Genial señora,
De toda noble mente educadora,
Reina del sentimiento y la armonía!
Contigo el orbe llora
Tu excelso hijo, á quien por Padre aclama,
Y venturosa en tu dolor te llama,
Que en esta edad mezquina y sin alteza,
Con brío soberano
Aún sabes engendrar tanta grandeza,
Divino sello del linaje humano.
Y si hoy, rica de savia, hermosa y fuerte,
En tus soberbios lindes seculares
Celebras nueva alianza con la suerte,
Y te fecunda el beso de tus mares;
Por Roma Eterna y la Sagrada Silla,
¡De León por el grave ministerio,
De región en región tu nombre brilla,
Y aún riges en el mundo un grande imperio!

Sonó la fatal hora
En la que al peso de alta edad rendido,
León depuso el terrenal vestido,
Y rompió para él la eterna aurora.
¡Qué majestad en su serena muerte!
¡Y cómo quiso, en el momento extremo,

Tornar una vez más al canto amigo,
Cual solo digno intérprete y testigo
De su esperanza, y de su adiós supremo!
¡Unión grande y feliz! ¡Sublime abrazo
De santidad, de genio y poesía,
De la severa muerte en el regazo,
Y ante la eternidad, que se entreabría!
Clavó su vista de águila en el cielo,
Vibró solemne entre sus labios de oro
El cántico sonoro,
Y desplegó hacia Dios su inmenso vuelo!...

¡Padre! Tu sombra amada
Habitará perenne en la memoria
De la humana familia,
Viuda de tu grandeza y de tu gloria.
De la eternal morada
Que hoy te acoge con himnos de victoria,
Cual triunfador en la mundana guerra,
Vuelve á nosotros tu mirada amante,
Traiga tu bendición celeste brisa,
Y flote y brille siempre tu sonrisa
Cual símbolo de paz sobre la tierra!

Julio de 1903.

GLORIA

EN LA MUERTE DE BARTOLOMÉ MITRE

Cayó con gran sonido
El hombre excelso, y con dolor profundo
Exhala el corazón largo gemido.
¡Algo grande ha perdido
La Argentina y América y el Mundo!

Su poderosa mano
Quedó inerte, mostrando la derrota.
De su vida la muerte triunfa en vano:
¡Su aliento soberano
Sobre las cumbres de la patria flota!

Su vida está incrustada
En la patria inmortal que en turbia hora
Él forjó con su idea y con su espada;
¡En su tumba sagrada,
En el alma del pueblo que le adora!

No una vez, por ventura,
La gloria vertió aquí su lumbre clara;
Mas nunca, al remontarse á tanta altura,
Supo tan suave y pura
En cada corazón labrarse un ara.

En su triunfal camino
Rodó el amor en torno á su persona;
Y siempre, en fausto ó en adverso sino,
Tuvo todo argentino
Para su noble frente una corona.

En los tremendos días
En que imperando un bárbaro sangriento,
Larva infernal de anárquicas orgías,
Con hondas elejías
De infamia y muerte retumbaba el viento,

Surgió á la acción fecunda
El gran varón que la Argentina llora;
¡Arma el brazo viril; viva y profunda
La fé su alma inunda,
Y asalta á la barbarie vencedora!

De entonces, proceloso
Campo de inmensa lucha fué su vida,
Sin que en su vasto curso generoso
La viese aún el reposo
Ni un solo instante para el bien dormida.

La esperanza ilusoria,
La proscripción, el popular tumulto,
La amarga lid con la mundana escoria,
La rota y la victoria,
La aclamación, el rencoroso insulto,

La fé del civil bando,
El fulminante verbo tribunicio,

De tres naciones el marcial comando,
El soberano mando,
Y la aureola augusta del patricio:

¡Todo lo tuvo! Ajeno
De egoísta ambición, sigue su estrella,
Y de la imagen de la Patria lleno,
Su espíritu sereno
Por sobre todo en plenitud descuella.

No perdió en la pelea
La amplia visión tranquila su mirada,
¡Y viose siempre cual perenne tea
Resplandecer la idea
Aun en la punta misma de su espada!

Del belicoso estruendo
Toda convulsa la nación salía,
La vista á cimas de esplendor tendiendo:
Él la encarnó, fundiendo
Acción y mente en próvida armonía.

Caudillo, amó el reposo
De la meditación reveladora,
Y de la Inteligencia el templo hermoso,
Rindiendo fervoroso
Culto al saber, que la abrillanta y dora.

Y el escritor-soldado
Recorrió con erguido pensamiento
Las tumultuosas sendas do el Pasado

Rueda en sombra velado,
Y alzó á la patria historia un monumento.

Más alto todavía,
En pos de lo ideal, la mente eleva,
Cuando á tus sacras aras, Poesía,
Sediento de armonía
La noble ofrenda palpitante lleva.

¡Y creció sin ribera,
Como viviente mar que inmenso avanza,
La fe, el amor de la nación entera,
Que puso en él certera
Su admiración, su orgullo y su esperanza!

¡Cómo á su hogar sereno,
El Genio nacional vibrando iba
A llevarle perfumes de su seno,
De reverencia lleno,
Cual si se alzara en él la Patria viva!

Por oculta corriente
Se derramaba su moral fragancia,
Y los hervores del rencor rugiente
Transformaba elocuente
En elevada y rica consonancia.

Así en su edad extrema
Fué numen tutelar de la Argentina,
Faro providencial, mágico emblema,
Cuya virtud suprema
Trueca en ventura la inminente ruina.

Y en su encumbrada altura
La afable sencillez fué su divisa;
No fué su alma, generosa y pura,
Ajena á la dulzura,
Ni rebelde su labio á la sonrisa.

¡Feliz quien por tal suerte
En curva enorme la existencia abarca,
Y un tiempo de su patria el héroe fuerte,
Le acoge, al fin, la muerte
Siendo su Protector y su Patriarca!

Y al doblar la cabeza
Sobre el eterno tenebroso arcano,
Fué supremo esplendor de su grandeza
La plácida entereza
Y la fe redentora del cristiano.

¡General!... ¡Desde el templo
De luz que ocupas en ignota esfera,
Donde, al soltar el canto, te contemplo,
Serás, en paz, ejemplo,
Y en las contiendas bélicas, bandera!

En tí radiosa mira
La patria un servidor honesto y grande;
Por tí segura en libertad respira,
Y victoriosa gira
Hacia el fulgor que la Justicia expande.

Ceñido el negro manto,
Muda y temblando á tus despojos llega:

«¡Adios!»...te dice en su mortal quebranto,
Besa tu frente en llanto,
Y á eterno culto tu memoria entrega.

¡No queda con tu ausencia
Esta tierra que amaste, viuda y sola!
¡Toda frente argentina, en rica herencia,
Tendrá la refulgencia
De un rayo de tu espléndida aureola!

Con religioso celo
Ya tu nombre inmortal guarda la Historia,
¡Rasgue la Muerte el funerario velo,
Y vuele sobre el duelo
De todo un pueblo, el cántico de gloria!

Enero de 1906.

AL NIÁGARA

¡Salve, estupendo Niágara! Hijo errante
De las comarcas argentinas, donde,
Emulo tuyo, se abalanza el Guaira,
Ante tu esplendidez vibrante llego,
Y mi suprema admiración te rindo.
Limpio, sereno, hermoso,
Brilla en su trono el día, y me recibe
La risa azul de estos radiantes cielos.

¡Oh cuánta vez, en mi lejana patria,
Al seductor prestigio de tu nombre,
Soñé con tu grandeza
Y con hallarme en tu presencia augusta!
Y no, no es sueño ya, que al fin te miro
Y te contemplo en delicioso asombro
En tu pasmosa realidad, y esplenden
Esclavos de mis ojos tus encantos.

Rugientes, espumantes, clamorosas,
Y por región vastísima extendidas,
Corriendo vienen tus inmensas aguas
A desplomarse de las altas rocas
Que las cierran y oprimen
En herradura colosal. Ya en saltos
Ebrias se arrojan al tremendo abismo;
Ya se arrebatan ciegas, impelidas
De irrevocable decisión; ya en trenzas
Y en encajes de perlas y diamantes
Se desgranan y ríen. Vigorosas
Resurgentes columnas
Por las que bajan en trepar se afanan,
Y sin descanso su corriente impelen,
Mas al tocar la cima
Pesadamente al fondo se derrumban.
Al golpe horrendo, que sentirse debe
En las entrañas de la tierra, suena
Allá adentro, incesante,
Vivo redoble de grandiosos truenos,

Y los repite el eco, y su estampido
Con alto estruendo la comarca asorda.

Blanca, opulenta y vaporosa niebla
Oblícuamente desde lo hondo sube,
Y blanda flota, y gira, y se derrama
Como á semi-velar tanta hermosura.
En ella el sol sus rayos
Engarza y teje, y sus ardientes besos
La encienden toda en el fulgor glorioso
De abundantes arco-iris. Unos nacen
De las ondas serenas,
Y allá en los aires á perderse ascienden,
Y en las cascadas con temblor se copian;
Otros, dando al espacio
Cúpula excelsa, de colores rica,
Sumergen en el agua ambos extremos;
Ora en franjas se tienden largamente
Sobre las ondas, y en la fresca hierba
Y árboles de las márgenes se esfuman;
Ya en sueltos trozos esparcidos brillan;
Ya uniéndose dos de ellos, soberano
Resplandeciente círculo despliegan.
Parece entonces que entreabierta en haces
¡Oh Niágara! la esfera cristalina,
Rayos desprende la increada lumbre
Sobre tu frente, y su eternal diadema
De albo-celeste resplandor te inunda.

Ni faltan á tu gloria los hechizos
Con que el humano ingenio,
En misterioso efluvio,
Toda belleza natural consagra
Prestándole alma y voz. Y si aún el Leman
Con su onda azul los perdurables ritmos
De Byron canta y Lamartine, y el genio
De Shelley pasa en la inconstante nube,
Y el sauce se hermosea
Por magia de Musset, y entre los astros,
Que en la nocturna obscuridad relumbran,
El alma de León plácida vaga:
Aquí del grande Heredia
Suena el himno inmortal, y en tus torrentes
Se precipita audaz, luce en tus iris,
Y entre los pliegues de tu niebla envuelto,
Hermoso y triunfador se alza en los aires;
Mientras en lo profundo,
Y en el fragor de tu rugiente abismo,
Se oye de Pombo el desolado acento.

No á mí me impulsa, en mí modesta ofrenda,
El temerario empeño
De unir mi voz á tantas armonías,
Y en tu oleaje perpetuar mi nombre;
Que no se desplegó á las altas cumbres
El de la abeja susurrante vuelo.
Empero, más dichoso
Que el cubano cantor, miro á mi lado
A la que há tiempo mi existencia aroma

Con afecto inmutable, y verla pude,
Ante tu salto aterrador, violento,
Pálida sonreír, y con los ojos
Seguirme ansiosa, mientras yo avanzaba
A gozarme en tus ásperas caricias
Entre tu niebla y tumultuoso estruendo.
Y al pie de tus cascadas,
Hundido ya en impenetrable sombra,
Aún contemplé en la altura,
Como visión radiante,
Su dulce faz y tu encrespada cima
Al sol brillando con reflejos de oro.

¡Sublime imagen del poder perenne
De la creación, á nuestra mente brindas!
Siglos sin fin sobre tu frente ruedan,
Y tú en su curso, instante por instante,
Un mar derramas de impetuosas aguas
En los abismos, sin cansarte nunca.
Mas sobre el gran sonido,
Fuerza, abundancia, agitación, tumulto,
Que en tí palpita y hierve, excelso sello
Corona tu hermosura
De alta, serena, espléndida armonía.

¡Adiós, Niágara, adiós! Quizá la suerte
En un remoto porvenir te aguarda,
Que es ley común de cuanto el orbe encierra,
Si trueca un cataclismo en blando lecho
Tus ingentes peñascos, y no hallando

Reparo alguno tu corriente inmensa,
En sosegado curso amplia se extiende.
Con el traidor anzuelo apercibido,
Pescador indolente, en frágil barca,
Por donde hoy lanzas fulminantes ondas
Tranquilo entonces pasará cantando.

Niágara-Falls, 1889.

FUEGO SAGRADO

¡Lámpara misteriosa, que encendida
En el alma gentil perpetuamente,
Tornas en flor, y aroma, y rica fuente
La vibración inmensa de la vida!

Brilla pura, serena y escondida,
Regando de ideal la humana mente,
Y abrasa y funde en tu esplendor ardiente
Toda la escoria que en el mundo anida.

Brilla en la lid, en el taller, en la onda
De alta armonía que el poeta crea,
En la verdad que el pensador revele;

Y el corazón al corazón responda;
Y toda actividad trascienda, y sea
Flecha de amor que hacia lo eterno vuele.

1909.

FANTASIA

A la señora Delfina Mitre de Drago

Era una noche azul, diáfana y pura,
La luna conducía
Su albo bajel por la extensión serena,
Y vertiendo el encanto
Que de místico ensueño el alma llena,
Envolver á la tierra parecía,
Con su onda de luz, en níveo manto.
Salí sin rumbo, y me sentí ascendido,
Tras rápida y fantástica jornada,
A una región ignota
En altísima cumbre. La mirada
Lancé á través de la insondable esfera;
De mi orgánico sér perdí el sentido,
Y, toda valla ante mis ojos rota,
Fué inmensa mi visión, cual si estuviera
Entre el cielo y la tierra suspendido.
Contemplaba allí extático los astros,
Rasgado del espacio el negro velo,
Seguir, dejando en pos fulgentes rastros,
Su giro eterno en portentoso vuelo.
Empero, en el profundo
Silencio de esa gloria soberana,
Sólo hasta mí llegaba, desde el mundo,
El gran rumor de la colmena humana.

Y el alma me agitó, bien como suele
Hacer la luz lejana
De la región nativa,
Que, divisada apenas, de dulzura
Nos colma el corazón... Pero ¡cuán viva
Surgió ante mí su eterna desventura!

La esencia y ley de todo lo creado
Sujeta el mundo á imperfección y ruina,
Y si al ser singular, víctima inerme
De la desdicha á que el vivir condena,
Es la Muerte brutal libertadora,
Para el mísero mundo,
Siempre amarrado á su vital cadena,
Mientras no le dé paz la eterna mano,
Es noche sin aurora,
De duelo y de terror tremendo arcano.
Mas bien que en sus anillos la invencible
Necesidad al hombre envuelva y ciña,
El mal sin fin que su morada infama
Más copioso y pujante aun se derrama
De su torcida voluntad, su dura
Desafección del bien. La torpe riña,
El salvaje salteo
Que «lucha por la vida» hinchado llama,
En su conciencia obscura
De lo justo ideal borra el deseo.
Y con la luz que espléndida recibe
De «aquella su porción alta y divina»,
Sólo sus bajas sendas ilumina,
Y á bastarda ambición la circunscribe.

¡Cuánto pomposo término sonoro
Arroja sobre el hórrido esqueleto
De su designio sórdido y secreto,
Cual regio manto de oro!
El engaño, la astucia, el egoísmo,
Son los reyes potentes de la tierra,
Y con armas más viles
Que espadas y fusiles
El hombre al hombre va en perenne guerra.
Con la salud ó el bien del desgraciado
Acuñan sus monedas afanosos
La «industria seria y el comercio honrado»;
Y el gobierno que libre más se ostenta,
Porque ya no le afrenta
El dogal de la antigua «tiranía»,
Es casi siempre pérfido ejercicio,
Donde en medio de triunfos y reveses,
Con falsa vocería
Labran sus personales intereses
Catervas de políticos de oficio.
Y aunque en la interna esfera
De cada sociedad, tú, ley de vida,
Orden al fin, aunque inferior, impones,
¡Cómo de pueblo á pueblo
La insolente ambición, la fuerza impera!
¡Qué anárquica impudencia en las naciones!
Indignamente hundida
Fué la patria del boer: ¡deslumbrante,
Fascinó al invasor su oro y diamante!
El coloso del Norte,

Viendo sólo en España una rüina,
De un inícuo atentado se hizo reo;
Y con negra cohorte
De bárbara matanza y vil saqueo
Europa fué á civilizar la China.
¡Oh civilización!... ¡Soberbia altura
De una colonia de dorados vicios!
¡En vano la Riqueza esparce el oro,
Y va hollando el Saber sendas triunfales,
Si no alza el corazón sus edificios,
Y en la frente del hombre no fulgura
El resplandor de incendios inmortales!...

Mientras así en tristeza meditaba
La muda inmensidad se obscurecía,
Y la tiniebla en los espacios era
Tan honda al fin, como si no debiera
Volver ya en ellos á reír el día.
De pronto, sobre el mundo ví á lo lejos
Posarse misteriosos los reflejos
De un invisible sol, de ignoto oriente,
Y prodigiosamente
Hacer saltar, cuando sus flancos toca,
De la gigante roca
De nuestros males, límpida corriente.
Entonces comprendí por qué se elevan
Tal vez en los desiertos de la vida
Los vergeles del bien, donde auras puras
Brío y consuelo á nuestras almas llevan.
A esa luz que estremece las honduras

Del corazón, la tierra se corona
De almas heroicas, de pasión llameante,
Y centellean en su obscura zona
Moisés, Newton, Colón, Teresa y Dante.
Entonces los humanos sentimientos
No son fuego pintado:
El amor, tantas veces profanado
Por la inconstancia frívola, ó la triste
Aridez de almas de su culto indignas,
Es comunión dulcísima, que alientos
Da á toda una existencia,
Y con perenne esencia
Aun á la muerte en su fervor resiste.
Entonces sube á su sagrado solio
El amor maternal... ¡Oh madre mía,
Memoria santa que en mi pecho vive
Como divino talismán! Más noble
Se hace, al pensar en tí, mi pensamiento,
Cual si esparciendo su hálito fecundo
La santa abnegación de tu cariño,
En mí tornara á retoñar el niño,
Y se impregnase de virtud el mundo!...

De la celeste cima
Donde á solas mi espíritu flotaba,
Sediento de expansión libre y serena,
Por oculta atracción, casi inconsciente,
Comencé á descender, y al fin rendido,
Con el alma en pesar, baja la frente,
Próximo estuve á la mansión terrena.

Ví, al penetrar en ella, abrupto alcázar
En medio de medrosas soledades,
Y en su ronco rodar le estremecían,
Y á sus torres altísimas ponían
Cimera colosal las tempestades.
De su seno una voz vaga, errabunda,
Surgía, hasta quebrarse en un gemido;
Y por encima de su vasta mole,
Allá en un mar de obscuridad profunda,
Resplandecía escrito en rayos de oro:
«Esta mezquina tierra,
De dolor y egoísmo inmenso imperio,
Sólo una cosa encierra
Digna de almas excelsas: el *Misterio.*»

Marzo de 1909.

ESTROFAS

Hoy que al ocaso, de vapor cubierta,
Mi existencia declina,
Y con la luz crepuscular, incierta,
Melancólicamente se ilumina;

Y al descender de la luciente cumbre,
En el tenaz recuerdo
De cuanto fuí y amé, tiniebla ó lumbre,
Meditabundo con afán me pierdo:

A tí, dulce y divina Poesía,
Con más vivo embeleso
Consagro mi ferviente idolatría,
Y aun sueño recibir tu augusto beso.

No en tí me halaga el primoroso manto,
Ni las pomposas galas,
Que ofrecen, no vigor, sino quebranto,
Al soberano impulso de tus alas.

¡A mí la ardiente voz, íntimo acento
Con que sueñas, ó lloras;
El vuelo que te eleva al firmamento,
La luz triunfal con que las cumbres doras!

¡Yo amo la inspiración celeste y pura,
De rayos coronada,
Que derramó en el mundo la hermosura,
Reflejo de tu olímpica mirada!

Es tu raudal emanación gloriosa,
Corriente siempre nueva,
Que rodando serena ó tempestuosa,
Sonido de alma entre sus ondas lleva.

¡No desdeñosa del mortal te alejes!
Sus míseros empeños
Huyen del áureo estambre con que tejes
El misterioso encaje de tus sueños.

¡Benigna acoge mi modesta ofrenda,
Y los hondos anhelos
Con que contemplo arder desde mi tienda
Las mil constelaciones de tus cielos!

Y cuando llegue al término prescrito,
Y del mundo me ausente,
Oyendo en tí el rumor de lo infinito,
Brille la eternidad sobre mi frente.

1904.

LA VUELTA AL CAMPO

I

¡Héme otra vez en el risueño albergue
Donde las limpias horas
De mi niñez tranquila
Bordadas de inocencia transcurrieron!
¡Cuánto sangriento y férvido combate
Reñido desde entonces
En lo íntimo del alma ¡ay! trocaron
En hondo hervor su virginal reposo!
¡Qué de afanes, congojas y dolores
La trama de mi vida
Con largo hilo de hierro entretejieron!
¡Cuántos goces también, cuántos vivaces
Afectos, encendidos
Al recio golpe en mundanales yunques!
Allí el amor, anhelo de hermosura,
Lanzó á mi corazón dardo sũave,
E hizo que en él brotaran,
En vez de sangre, inmarcesibles flores.
El envió á iniciarme en sus misterios,
No á sensual Safo, ni á Diotima docta,
Mas á cándida virgen, sin más ciencia
Que la de alzarme á la mansión celeste
Con la amorosa lumbre de sus ojos,
Y la abundante miel de sus palabras.

Allí, en largas vigilias, devorado
Del ansia de saber, vi derrumbarse
Del tiempo en los abismos,
En honda convulsión, siglos é imperios;
Tremenda sobre el mundo
De Dios la eterna maldición sonando;
Y la virtud serena
Pasar cual lampo entre siniestras sombras.
Vi lanzar á la espada del guerrero
Sangriento resplandor, y oí el heroico
Clamor de la victoria,
Que en lamentos los ecos devolvían.
¡Y cuál fué mi embeleso, cuál mi encanto,
Al ver á algún mortal semi-divino
Seguir, bañada en luz la augusta frente,
La oculta y nemorosa
Senda por donde fueron
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Entonces vi también surgir del polvo
De las antiguas ruinas,
Siempre armónico y simple, siempre joven,
Radiante de hermosura, el mundo griego.
¡Encarnación vivísima y profunda
Del arte y la belleza;
Potente vibración, himno perenne,
Pueblo de héroes y dioses, yo te adoro!
Tú hiciste resonar entre mi alma
La majestuosa voz del grande Hòmero,
La rápida y suave

Armonía de Píndaro, el rugiente
Arranque de Demóstenes, el claro
Acento de Platón, noble y sublime.
Y amé lo que tú amabas,
Y viví de tu vida, y tomé parte
En la hazaña inmortal de los trescientos,
Y vi á Jerjes huir torvo y sombrío,
Y contemplé extasiado
Tus rudos juegos y graciosas danzas,
Y creí en tus bellísimas ficciones,
Y escuché á tus sofistas, y sencillo
A Sócrates decir en el Liceo
Una nueva y sin par filosofía;
Y de sacro terror fuí conturbado
Al visitar tu Partenón luciente.
Mas cuando vi al tirano Macedonio
Acercarse ominoso á Queronea,
Quise encender la cólera terrible
De tus dioses ¡oh Grecia!, porque, airados,
Con mano formidable
En polvo hundiesen su ambiciosa frente...

Caíste en hondo abismo,
Mas tu aliento inmortal vive é impera,
Y al extenderse en generosas ondas,
Engendra nueva vida en nuestras almas,
Vida de luz y plácida armonía.
Yo también, encendido
Con una chispa de tu excelsa hoguera,

Adoré la belleza, en tí encarnada,
Y aun soñé alguna vez que hasta mi frente
En giros luminosos
La inspiración celeste descendía.
¡Horas de soledad, coloquios dulces
Con la Venus Urania!
Hoy al volver á esta mansión dichosa,
Y al contar con dolor los eslabones
Que de mi infancia por jamás me alejan,
Alzáis aún en mi arrobada mente
Un deleitoso y vívido recuerdo.

II

Aún lo son más, empero, los que surgen
De esa edad infantil, cuya memoria
Guarda todo mortal, y á la que siempre
Torna en sus duelos con amor los ojos,
Como si viera en ella
De frescura y de paz fuente escondida.
¡Y cuántos brotan para mí, radiantes,
Al llevar otra vez mi incierto paso
Por entre estas sombrías arboledas,
Y estas movibles y sonantes cañas!
Aún veo aquí la huella inextinguible
Del tiempo aquel que en inocentes juegos
Y en dulce y blanda placidez corría.
¡Cuánto estrépito alegre, cuánto agudo
Grito infantil, de estos agrestes troncos

En torno resonó, cuando en fingidos
Raudos corceles, la ruidosa turba
En desorden triunfal los invadía!
Quién, echando pie á tierra,
Agil trepaba por las verdes ramas,
E iba á turbar gozoso
La dulce calma del caliente nido;
Quién en viva carrera aventajando
A los demás, con grande clamoreo
Enaltecía su sin par victoria.
Y era de ver cuál la caterva, armada
De largas cañas y torcidos palos,
Con marcial ademán, obedeciendo
A la estentórea voz del más robusto,
En tumultuoso batallón marchaba.
¡Días hermosos, por jamás huídos!
¿Quién podrá ver sin indecible encanto
Los límpidos raudales
Que por el alma de la infancia ruedan?
¿Qué es lo que sabe de la horrenda lucha
Que la entraña del mundo
Día por día con furor sacude?
Nada. Tan sólo advierte
Que vive y goza, y que tras blando sueño
Por Dios mismo sobre ella derramado,
Naciendo el día, tornará entre risas
A gozar y á vivir. ¡Oh incomparable
Edad! ¡Oh dulce infancia! ¡Y tú nos huyes!
¡Y tú pasas también, no eres eterna!

Por la noche, reunidos
En torno de un inculto
Trabajador, oíamos pasmados
De sus labios brotar mil maravillas,
Largas leyendas, peregrinos cuentos,
Do en vértigo sin fin se entremezclaban
Palacios encantados, portentosos
Jardines, centellantes lagos de oro,
Lindos mancebos y terribles viejos.
¡Cuántas preguntas cándidas lanzadas
Por el atento corro,
El sabroso relato interrumpían!
¡Qué honda ansiedad nos embargaba, cuando
Feroz gigante de nervudos miembros
Lanzaba por los aires
A la amante infeliz del héroe invicto!
¡Qué férvida alegría al verlos, libres,
Gozar después de sin igual ventura!
Jamás esas creaciones soberanas,
Que del ingenio humano
Son timbre y esplendor, y que más tarde
Extático admiré, tan honda huella
Imprimieron en mí, cual los pasmosos
Y absurdos lances que en la infancia oía.

Mas de cuantos recuerdos
Aquí me asaltan por doquier, ninguno
Mayor dulzura á mis afectos brinda
Que el que es imagen del alegre bando
En que á encontrar volábamos el coche

Que nos traía á nuestro anciano padre.
¡Qué gozo al columbrarle; qué algazara
A su alredor formábamos; qué ansioso
Cada cual pretendía
Ser antes que los otros divisado!
Uno al angosto estribo,
Otro al pescante, intrépido saltaba;
En tanto que un tercero, penetrando
En lo interior, en su tostada frente
El codiciado beso recibía.
¡Padre: hoy que ya exento
De mortal velo, gozas la sublime
Serenidad de las celestes auras,
Yo siento penetrarme
De acerba pena é íntima dulzura,
Recordando la plácida sonrisa
Que todo tu semblante iluminaba,
Al contemplarte víctima dichosa
De nuestro alegre y cariñoso asalto!

III

Ya todo huyó. Mas al volver con ansia
A tu seno, inmortal Naturaleza,
Y al respirar tus revolantes brisas,
Aun tal vez imagino
Que aquellos días deliciosos vuelven.
¿Cómo no fuera así, si hoy te contemplo
Cual de niño te amé? Desde esta loma,
Risueña y ondulante

Miro extenderse la feraz llanura;
En un declive, en desiguales grupos,
Punzantes ñapindás, rústicos talas;
Al lado opuesto, esbeltos
Álamos solitarios, semejantes
A solemnes columnas
De antiguo monumento destruído,
Al cielo elevan sus soberbias copas;
Por la suave hondonada
Blancas ovejas, bueyes y caballos
En grata variedad vagan paciendo;
Y allá en lejana altura, medio oculto
Entre verde arboleda, se divisa
Nutrido y caprichoso caserío,
Do en lazo extraño alternan la europea
Choza del labrador y el rancho humilde.
Blanca humareda en espiral asciende
Súbito de su seno; es la triunfante
Locomotora que silbando rueda,
Imagen fiel del siglo, hirviente y rauda.
Ante estos amplios llanos,
Que una apacible vaguedad envuelve,
Y sobre cuya faz, allá en la altura,
Ilimitado el firmamento brilla,
Mi espíritu anhelante
Se mece en lo infinito, y confundido
Con la madre inmortal, en giro inmenso
Por la tierra y los cielos se difunde.

IV

¡Madre Naturaleza! ¡Cuánto gozo
Siento al mirar el variado manto
Con que las horas al pasar te cubren!
Al nacer la mañana
Todo de amor en tí palpita inquieto;
Y el breve y repetido
Gorjear de las aves; los rumores
Que por tu seno tímidos circulan;
Y el blanco velo que en tu frente ondea,
Anunciarnos parecen que en tu regio
Tálamo, ansiosa la venida aguardas
Del monarca del día.
Rompe, por fin, magnífico, encendiendo
En rósea lumbre las cercanas nubes,
Y tú el primero y suave
Beso al sentir de sus tendidos rayos,
De pudoroso tinte te coloras.
Más tarde, ya ascendido
Al solio del cenit, toda te abrasa
En tu candente fragua, y por tus venas
Savia de fuego rápida discurre.
Y al declinar en occidente.... ¡oh triste
Hora crepuscular, triste y solemne!
Hora llena de unción, en que se agolpan
En tropel á la mente los recuerdos,
Y aun nos parece que en lucientes nimbos
En el pardo horizonte lentos vagan,

Y con voz misteriosa
Nos hablan de los días que pasaron,
De otra luz, de otros mundos y otros cielos.
Semejas ¡oh Natura!
La imagen de la eterna despedida,
Cual si al hundirse el sol entre arreboles
No ya á ceñirte de esplendor volviera.

¡Oh Noche! ¡Almo sosiego! ¡Cuánto adoro
Tu silencio elocuente!
Sólo se escucha el canto
Tenaz del grillo, entre la hierba oculto;
El mugir de algún toro; el vigilante
Ladrido del mastín; y en altas horas,
Allá lejos, el áspero chirrío
De larga hilera de pesados carros,
Que el viento trae unido al quejumbroso
Melancólico son de los cencerros.
No turban tu sosiego estos rumores
¡Oh Noche!, antes te tornan
Más íntimo y solemne. En él yo escucho
Mil secretos acentos
Que en efluvios suavísimos despides;
Y al levantar los ojos
Á la bóveda inmensa y estrellada,
No el grito puedo reprimir, ferviente,
Que desde el fondo de mi alma brota;
¡Aquí de Dios, exclamo,
Está en orbes de luz el nombre escrito!
¡Aquí en la muda inmensidad impera!

Todo, Natura, en tí resurge á vida
Vestido de hermosura;
Y al tibio beso de las blandas auras,
La creación, de tu incansable seno
Revienta y rueda en infinitas ondas;
Mas no por ello turbas tu sencilla
Solemnidad, tu majestuosa calma.
¡Y he de dejarte, por correr á hundirme
Allá donde los hombres
Fabrican sus pestíferas ciudades;
Donde á vil precio la amistad se alquila;
Donde los odios que en el alma hierven
Falsa é infame la sonrisa oculta!
¡Do en los hondos abismos
Del corazón, con timidez cobarde,
Los más tiernos afectos
Es fuerza encadenar, para arrancarlos
Al necio escarnio, á la insultante mofa!
¡Sea! Empero, no en balde
Me habré bañado en tu sereno ambiente,
Y en tus puros aromas: así acopio
Para el mortal combate alientos nuevos...
Mas ¡ay! ¡quién en tus brazos
Plácidamente reposar me diera!

Lomas de Zamora, 1883.

REMINISCENCIAS

¡Divino sentimiento,
Que en cascadas de luz el orbe inundas,
Impetuoso y violento!
¡Hoguera inmensa, en cuya ardiente llama
El corazón depúrase, y la mente
En rutilante claridad se inflama!
Habla la hoja en su temblor; la onda
Salta y revienta en hervorosa espuma;
Del bosque en las entrañas
Salvaje vida palpitar se siente;
La estrella mira, fúndese la bruma,
Y hasta del sol el rayo esplendoroso
Baja más limpio á iluminar la frente.

¡Yo te bendigo, Amor; yo que á tí debo
Los únicos instantes
Por que la vida vale el ser vivida!
¡Yo que hoy por ti de nuevo siento erguirse,
Convulsas, palpitantes,
Las ondas de mi alma, ayer dormida!
¡Libre, por fin, á la sublime altura
Dirige el vuelo, do la vida esplende,

Y ya otra vez se enciende
En amor, y entusiasmo, y hermosura!

Hoy encuentro de nuevo en mi camino
La virgen dulce y tierna
Que yo tanto adoré. La trenza obscura
Por su elegante espalda resbalaba,
Y á la áurea sencillez de su figura
Gracia y realce singular prestaba.
¡Qué enjambres de memorias
De un tiempo que pasó, bello y radiante,
A su fresca visión de primavera,
En vuelo fulgurante
Me transportaron á mi edad primera!
¡Oh hermosa, única edad, en que la vida
Lanza en lava encendida
Afectos mil del corazón bullente,
En que se ama sin fin, y aun los dolores
Exhalan el perfume
De la espina que crece entre las flores!
Mas ¡ay, que el tiempo sin piedad consume
Este encanto feliz! Quedas tú sola,
Honda melancolía,
Brillando en la existencia
Cual triste luz de moribundo día.

Mas ya el pasado torna
Por magia del amor. Él en tus ojos,
¡Oh mi llorado dueño!
Aún arde por mí, que duro, ingrato,
En mi orgullo insensato,

El nido hollé de tu amoroso ensueño.
¡Cuánta secreta pena
En tu infausta pasión! Tu alma serena,
Antes en sueño virginal mecida,
Se abrió, rosa encendida,
Al rayo de mi amor, de aromas llena.
Y la esencia amorosa,
De sus ocultas fuentes derramada,
Resplandeció en la luz de tu mirada
Y te envolvió en su efluvio victoriosa.

¡Cuántas veces, vencida dulcemente,
Tu abrillantada frente
En mí posabas, y en la inquieta calma
De nuestro arrobamiento, yo sentía
Que tu cuerpo gentil se estremecía,
Y que allá adentro te temblaba el alma!
En esas de pasión solemnes horas,
Candentes, bullidoras,
Que aun al morir, en el azul profundo
Dejan, flotando, del espacio, un mundo,
Fué para mí placer nunca excedido
El templar en tu aliento,
Y tender á tus plantas,
Como león dormido,
Mi altivo y generoso pensamiento.
Cuanto germen fecundo
Brotaba en él; cuanta ambición vehemente
Entre sus rojos círculos oprime
La voluntad; cuanta visión serpea

Del sueño vago en la región obscura,
Anhelo de hermosura
Que á más sublime esfera alza la mente,
Y en el fulgor de lo inmortal la baña;
El alma, en fin, con cuanto siente y crea,
En corrientes de amor á ti fluía,
Y en ti acendrada, al mundanal tumulto,
Que siempre por asalto al hombre toma,
Serena descendía
Con nueva savia y penetrante aroma.

Después... todo ya fué. Las frescas galas
De juventud y amor se marchitaron,
Y el tiempo inexorable
Pasó cerniendo sobre tanta hoguera
La nieve de sus alas.
En las vulgares redes de la vida
Presas quedaron á morir las aves
Que en libre y gentil vuelo
Sus deliciosos cantos derramaron
Por los azules ámbitos del cielo.
Mas si la férrea mano del destino
Por opuesto camino
Impelió nuestros pasos, y hoy tan sólo
Como en lampo fugaz á mí te ofrece,
Siempre tu dulce imagen,
Doquier mi afecto ó pensamiento mueva,
En mi cansado espíritu se eleva,
Y sobre sus abismos resplandece.
Así, tras impetuoso torbellino,

Que robustas encinas
É ingentes monumentos anonada,
La luna, en blanco resplandor bañada,
Surge, y alumbra la silentes ruinas.

ELEGIA

Á LA MEMORIA DE MI HIJA CARMENCITA

¡Tú, que mi sér con tu recuerdo llenas,
Y, muerta, eterna en mi memoria vives,
Y con tus breves días circunscribes
Mis horas venturosas y serenas!
Suspenso un punto apenas
El vivo curso de mi acerbo llanto,
Que toda el alma en su raudal desprende,
A ti en efluvios íntimos asciende,
Roto en gemidos, mi doliente canto.

¡Cuán desierto mi hogar! ¡Qué densas brumas,
Reparo eterno al sol de la alegría,
Sobre su cielo derramó tu ausencia!
¿Dónde aquella opulencia
De su triunfante lumbre, inmenso día,
Que allá en el fondo de mi sér reía,
Y ciñó de esplendores mi existencia?

¡Contigo se extinguió! Sola y obscura,
Testigo de mi enorme desventura,
Quedó ya para siempre esta morada
De que tú eras encanto y alegría.
Sus ámbitos vacíos
Sólo el lamento de tu nombre llena,
Que exhalan sin cesar los labios míos,
Al sentir sobre el alma desolada
La ausencia de tu límpida mirada,
La sensación de que tu voz no suena.

¡Oh! Cuando, absorto en mi dolor inmenso,
Mi mente evoca tu infantil figura,
Tu dulce hablar, tu timidez graciosa,
Y entre el cabello de oro y fresca rosa,
El resplandor de tu pupila obscura;
Y surge en mi recuerdo,
Región de angustia en que infeliz me pierdo,
El tiempo en que dejarte Dios quería
A mi lado crecer, besarme, ufana
Gorjear por la mañana,
Y lanzar de tus ojos mi alegría:
Siento me invade un estupor profundo,
Una ansia horrenda, un bárbaro tormento,
Una amargura interminable; siento
Que está en mi alma agonizando un mundo.

¡Todo aquí te recuerda hora por hora,
Todo en el culto de tu amor se inflama,
Todo en silencio con dolor te llama,

Todo tu ausencia inconsolable llora!
¡Aquí entre risas de tu edad gozabas,
Alegre y bulliciosa aquí corrías,
Y á mí tus ojos cándidos volvías,
Y todo el corazón me iluminabas!
Si se entreabre una puerta,
Si mueve el viento una cortina acaso,
Parece darte paso,
Y que á favor de la penumbra incierta,
Surges como evocada,
Trayendo en brazos tu muñeca amada.
Mas ¡ay, que así, anheloso y febriciente,
Con recobrar su dulce soberano
Soñando siempre en vano,
Te aguardará mi hogar eternamente!

Desde el día fatal de tu partida
Mi lento paso por el mundo llevo
A modo de sonámbulo, y la vida
A la región del sacrificio elevo.
Tal vez un punto mi dolor refrena
La varia voz del mundo, y excitado
Por su estruendo y bullicio, hablo y sonrío;
Mas es tregua fugaz, que, desolado,
Siempre que vuelvo á mí, vuelvo á mi pena;
Que tornando infecunda
Mi alma á toda dicha honda y serena,
A todo alegre brío,
Rodando va con ímpetu bravío
La ola amarga que en dolor me inunda.

¡Con qué empeño tenaz mi pensamiento,
Renovando sin fin las ansias mías,
Torna al lugar de tus postreros días,
Do se apagó tu vida y mi contento!
¡Solitaria mansión, donde en la infancia
Aspiré la fragancia
De los frescos efluvios campesinos,
Donde crecí feliz, y la inocencia
Me bañó en la azulada transparencia
De sus mansos raudales cristalinos!
¿Quién me dijera entonces, hija mía,
Que en esta misma patriarcal morada,
Do tantas veces resonó vibrante
Mi júbilo infantil, un torvo día
La Desventura helada
Te pondría en mis brazos expirante?
En ella aún algo al sentimiento mío
Le queda de tu sér, como la estela
De luz que deja tras de si el navío
Cuando en el seno de las ondas vuela.
Tráenme el eco de tu voz las brisas,
Las flores dan tu delicado aroma,
Y en las estrellas tu mirada asoma,
Y brillan en los aires tus sonrisas.

El tiempo, en tanto, seguirá su curso
Con serena indolencia,
Haciéndome entrever siempre más lejos
Los pálidos reflejos
De la adorada luz de tu existencia.

Empero, aunque la suerte
Cruel se goce en prolongar mi vida
En una edad remota, aún en ella
Te llevaré cual luminosa estrella
En el cielo del alma suspendida.
¡Eternamente el pensamiento mío
Verá en mi triste mesa
Un asiento vacío!
Y á través de la muerte y la distancia,
En blando sueño y en tenaz vigilia,
Siempre irá á ti nuestro doliente anhelo,
Y tu recuerdo, en silencioso vuelo,
A completar vendrá nuestra familia.

¡Ah, si al menos pudiese en mis canciones
Darte vida otra vez! ¡Y respiraras,
Y con lumbre inmortal triunfante entraras
En todos los ardientes corazones!
¡Que si la mente mía no concibe
Consuelo alguno á mi mortal quebranto,
Dulce tributo en mi delirio creo
A tu memoria dar, cuando deseo
Que al ver tu tierna imagen en mi llanto,
Todos en su recuerdo te atesoren,
Todos, sensibles, con mi amor te quieran,
Todos sin fin con mi dolor te lloren!

1891.

NOCHE DE LUNA

EN EL SEPULCRO DE MI HIJA

Ya la luna su disco á etérea cumbre
Sobre el silencio universal levanta,
Y con la voz de su nevada lumbre
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento
Quedaba dulcemente adormecido,
Resbalando en mi ser un fresco aliento
De regiones celestes desprendido!

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo,
¡Oh luna! al contemplar tu faz errante,
A henchirla toda, con clamor profundo,
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,
A ella bajan, rompiendo sus neblinas,
No ya á alumbrar mis encantados sueños,
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente entonces, desalada y vaga
A la mansión de los extintos vuela,
Do el mundanal rumor sordo se apaga,
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida,
Junto al sepulcro en que mi hija mora,
Sin voz, inmensamente dolorida,
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡Cómo tu luz, oh luna, triste baña
La blanca tumba en que mi amor se estrella,
Y la besa, y la halaga, y la acompaña,
Cual si quisiera conversar con ella!

Ya su sepulcro, alucinado, veo
Resplandecer con místicos fulgores,
Y se entreabre radioso á mi deseo,
Y vuela de él un ángel entre flores...

¡Hija adorada! Ante tu losa fría
Gime y se encoge el corazón temblando,
Que ya no hay luz, ni aromas, ni armonía,
Donde no va tu júbilo sonando.

¡Señor! ¡Señor! Pues tu justicia ordena
Que caiga en mí tan honda desventura,
De respeto y de amor el alma llena,
Alzo á ti en holocausto mi amargura.

Mas no, Dios mío, bienhechor consuelo,
Ni olvido infiel de tu bondad imploro:
¡Pues es por ella mi profundo duelo,
Yo adoro mi dolor, mi llanto adoro!

Del ángel mío la infantil belleza
Trocó en ceniza un huracán de fuego...
En vano el día brillará...¡Oh tristeza,
Esencia de la vida, á ti me entrego!

1891.

MARTIN CORONADO

SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón, ya mío
Lanzó su vida de mi planta en pos:
Aquel nido de amor quedó sombrío
Como tumba sin lágrimas... vacío
Como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino
No se desvió del rancho de su hogar,
Cuando triste, y doliente, y peregrino,
El martirio de amor de mi destino
Arrastraba al azar?

¡Fuí tan cruel! Mis ojos con empeño
La envolvían en rayos de pasión,
Para arrancar á la quietud del sueño
Su ternura de tórtola sin dueño
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
Reservada á los pobres del saber;
Y á quince años, hermana de la luna,
Guardaba aún el sello de la cuna
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
Buscó la mía su pupila azul;
Como el sol que corona una alborada,
El amor en la frente inmaculada
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
Rozando mi tostado á su alazán:
Ella, trémula siempre ante los nidos,
Con tumultuoso oleaje de latidos
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí me adelantaba
Lanzando á la carrera su corcel,
Y una rama á los molles arrancaba:
—¿La quieres para ti? me preguntaba,
¡Se parece al laurel!

O si no, con las flores de los tolas,
Miniaturas de nácar del jazmín,
Que en racimos abrían sus corolas,
Tachonaban sus trenzas, dueñas solas
Del agreste jardín;

Y radiante de júbilo venía
Su victoria en mis ojos á buscar:
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía,—
Que soy tu sueño, que tu lira es mía,
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas
Ascendía, siguiendo el caracol

De la senda tortuosa en las quebradas,
Cubiertas con las alas desplegadas
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
Revelaba abandono y languidez:
Se doblaba su mórbida cintura
Como rama de sauce que asegura
Dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía, y orgullosa
De guïarme en la marcha:—¡Por aquí!—
Repetía mil veces afanosa,
Y murmuraba á intérvalos quejosa:
—¡No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta
Del abismo sin luz del porvenir,
Parecía á mis sueños de poeta
Estrella de crepúsculo, sujeta
A temblar...y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,
Me atraía hacia ella, y, sin querer,
Su secreto en mi oído abandonaba:
—Esa pampa tan verde,—murmuraba—
¡Qué hermosa debe ser!

¡Y qué tierna¡Y que bella! No colora
Al cielo el sol como el amor su faz;
Su sonrisa era el beso de una aurora,
Su palabra caricia tembladora,
Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino
Marcó otra vez la huella de mi pie,
Y triste, y solitario, y peregrino,
Con la sombra inmortal de mi destino
Del valle me alejé.

¡Fuí cruel, muy cruel! Alma perdida
En la noche sin astros del dolor,
Al amor sollozante de mi vida
La inmolé sobre el ara conmovida
Por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
De mi memoria el enlutado altar:
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día á mi conciencia,
No te puedo olvidar!

Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído
Como el eco tenaz de la expiación;
Y triunfante del tiempo y del olvido
Tu blanca imagen arrullando el nido
Es mi eterna visión.

Córdoba—1877.

LA CAUTIVA

De la tierra extranjera
Vendrá el gigante de las patrias glorias,
Al pie de la bandera
Que tiene su alma y guardará altanera
Su urna azul su polvo de victorias.

Proscripto del destino,
Vendrá en la muerte á levantar su tienda
Bajo el sol argentino,
Y en cada ola que alzará el camino
La libertad la llevará una ofrenda.

¡La América al soldado
Dará las palmas de la tierra toda
Donde lloró el pasado,
Donde á la sombra del pendón sagrado
Paseó el cadalso la conquista goda!

La proa del navío
Por el laurel se sentirá sujeta,
Y allí hasta el mar bravío
Irán las ondas del Platino río
Con la caricia de la patria inquieta.

Con extraño murmullo,
Sobre los flancos del bajel severo

Pondrán amor y orgullo,
Y harán oir, á San Martín su arrullo,
Y al ronco mar los gritos del pampero.

El gigante caído
De aquellas olas guardará el lamento,
Porque ellas habrán ido
Sobre el abismo á conmover su oído,
Con esta endecha que les dijo el viento:

« Allá, tras la neblina
En que parece que á tocar sus brumas
El cielo al mar se inclina,
Hay una tierra que nació argentina
Y en la borrasca se ciñó de espumas.

« A aquella tierra un día
El sol de Mayo la besó en la frente,
Y hoy llora todavía,
Perdida y sola en la extensión vacía,
Con el recuerdo de su amor ausente.

« Hija del Nuevo Mundo,
La llama triste á consolar su pena,
Y oye solo, iracundo,
Del Oceano el estertor profundo
Que en el confín del horizonte suena.

« Cual víctima expiatoria,
A su cadena la amarró el pirata
De aventurera historia,

Para olvidar la tempestad de gloria
Que á sus milanos desbandó en el Plata.

« Y allá gime cautiva,
Luchando en vano por romper sus lazos
Con ira convulsiva,
Con el rubor de la romana altiva
Cuando el esclavo la estrechó en sus brazos.

« Su clamoroso alerta,
Todos los ecos que el abismo esconde
Alza en la mar desierta,
Pero jamás la soledad despierta,
Pero jamás el vengador responde!

« ¡ Ay! el ave marina
Sabe no mas lo que se queja á solas
La cautiva argentina,
Cuando le grita el huracán: *¡Malvina!*
Y dicen: *¡Fatkland!* las sombrías olas.

« Ella, la compañera
De sus peñascos descarnados, sabe,
Que inerme y prisionera,
En la ansiedad del abandono espera,
Como encallada y solitaria nave;

« Que eterna sombra arroja
Sobre las cumbres donde rueda el trueno,
Una bandera roja
Que en el delirio de mortal congoja
Como una garra se clavó en su seno;

«Que el sueño del rescate
La hace vibrar como gigante lira
Templada en el combate,
Cuando sus alas la tormenta bate
Y en soplo audaz la libertad respira;

«Que la soberbia azota
Del opresor la miserable esclava,
Cantando su derrota,
Y donde quiera que su enseña flota,
El estandarte de la patria clava;

«Y que ora en explosiones
De orgullo airado, su penacho agita
De niebla hecha girones,
Llamando al viento á desatar turbiones,
Y dando al rayo vengadora cita;

»Y ora pide doliente
Su inmensa tumba, su grandeza entera,
Al hondo mar rugiente
¡Para perderse en el oleaje hirviente
Con el sudario de la azul bandera!»

Así dirán airadas
Las anchas olas del Platino río,
De espumas coronadas,
Volcando flores, de la patria enviadas,
Sobre los flancos del triunfal navío.

¡Ay! En la urna muda
Como un recuerdo dormirá el atleta

Que América saluda;
Pero el secreto de la mar ceñuda
En cada oído lo dirá el poeta.

¡De su lira sonora
Saldrá perenne la canción guerrera
Que marcha voladora,
Como la luz, á despertar la aurora,
Como la chispa, á reventar la hoguera!

1879.

UNA HISTORIA

COMPOSICIÓN LEIDA EN LA CONFERENCIA DADA EN MERCEDES, POR LA SOCIEDAD «PORVENIR LITERARIO» EL 24 DE SETIEMBRE DE 1870.

I

Laura la casta doncella
De peregrino semblante,
Era tan tierna y amante
Como candorosa y bella.

Y Carlos, el solo dueño
De aquel corazón en flor,
La amaba con ese amor
Que hace de la vida un sueño.

Esto bastaba á llenar
El anhelo de los dos,
Por que amar es creer en Dios,
Es ser bueno y es gozar.

¡Y pasaban sin dolor
Las horas de su existencia,
Sin más sombra en su conciencia
Que la imagen de su amor;

Sin más recuerdo que aquel
Que traía á su memoria,
En ella á Carlos su gloria,
Y á Laura, su encanto, en él!

Y sin más afán sentido
Que el afán de la avecilla
Que busca entre la gramilla
La paja para su nido.

II

Así en dulce languidez
Iban los días corriendo,
Cuando resonó tremendo
El grito del año diez.

Carlos, patriota entusiasta,
Tomó el fusil en sus manos,

Y dijo con sus hermanos
A los opresores: «¡Basta!»

Y dando el adiós postrero
A Laura su bien querido,
Cambió su humilde vestido
Por el traje del guerrero.

III

Laura lloró, no ese llanto
Que enrrojece las mejillas:
Laura lloró de rodillas,
Con una especie de encanto.

Sus labios no se entreabrieron
Para exhalar un gemido:
Ante el martirio sentido
Temblaron y enmudecieron.

¡Parecía aquella calma
La calma del moribundo,
Que mira radiante el mundo
Cuando se le escapa el alma! . .

¡Oh! no hay dolor en la vida
Para la mujer que ama,

Como el que en ella derrama,
Un adiós de despedida.

La flor bella y perfumada
Que pasara en un instante
De los labios de su amante
A su boca enamorada;

El beso lleno de fuego,
De lágrimas y de amor;
El recuerdo seductor
De una promesa y un ruego;

La última frase que oyera,
Y la huella que él dejara,
Y el paso que se alejara,
Y el rumor que se perdiera;

Son ¡ay! para la mujer
Que en vano á su ídolo llama,
Algo extraño, una amalgama
De amargura y de placer.

La ansiedad de la agonía
Y el goce del bien logrado....
¡Un sollozo entrelazado
Con un canto de alegría!

IV

Pasó la tarde galana,
Y la noche silenciosa,
Y cándida y vaporosa
Volvió á lucir la mañana.

Y Laura, siempre de hinojos,
Inmóvil se mantenía,
Absorta, pálida, fría,
Enjuto el llanto en los ojos.

¿Cómo pudo padecer
Su martirio hora por hora?
¿Por qué la luz de la aurora
No la halló muerta al nacer?

¿Qué palabras de consuelo
Escuchó? ¿quién la sostuvo?
Dios, que en sus labios estuvo,
Guardó el secreto en el cielo.

V

Era una noche: la luna
Lanzaba su luz postrera
Sobre el pueblo que meciera
De Laura y Carlos la cuna.

Un silencio sepulcral
Reinaba: solo una puerta

Permanecía entreabierta:
La puerta de un hospital;

¡De un hogar de bendición
Para el infeliz soldado
Que caía denodado
Al pie de su pabellón!...

Vertida la última gota
De sangre, en humilde lecho
A la sombra de aquel techo
Iba á morir un patriota.

Contra la hueste extranjera
Fué el primero en batallar,
Y el primero en empapar
Con su sangre su bandera.

¡Y ahora noble piedad
La ofrece aquel lecho blando,
Para que espire cantando
Un himno á la libertad!

VI

Mas no morirá el soldado
Solo y triste; una figura
Blanca, llena de ternura,
Corre anhelante á su lado.

Es el ángel de bondad
Que llaman en derredor

«Hermana» por el amor,
«Madre» por la caridad.

Y ella solícita avanza
Y llega junto al herido
Para decirle al oído
Una frase de esperanza.

Una frase toda calma,
Melodiosa, arrobadora...
¡Frase de una alma que llora
Para que no llore otra alma!

Y se inclina vacilante
Hacia él, y cariñosa,
Su dulce mirada posa
En su pálido semblante.

Entonces desgarrador
Gemido lanza su pecho,
Y se arroja sobre el lecho
Loca de angustia y de amor.

¡Carlos! grita... el moribundo
Se estremece: en un instante
Se alza ébrio y delirante,
Que aquel grito encierra un mundo.

¡Laura! con pena murmura,
Viviendo para su amada,

Y su sombría mirada
Un relámpago fulgura.

En tanto la muerte cruel
A Carlos llama ligera...
Y cuando su amado muera,
¿Laura vivirá sin él?

VII

La noche huye: los dos
Inmóviles todavía,
Pueden ver con alegría
En la mañana á su Dios.

¡Una hora mas!... entreabiertos
Ríen sus labios unidos...
¿Duermen?... sí... están dormidos
Con el sueño de los muertos.

VIII

Hace algún tiempo, esta historia
Por vez primera escuché,
Y de entonces la guardé
Con cariño en mi memoria.

Y al oír de un hospital
Solo el nombre, nuevamente
Traigo á los dos á mi mente
Desde su lecho nupcial.

Y hoy que miro conmovido
Reunirse el pueblo afanoso,
Para brindar el reposo
Y el alivio al desvalido,

Esa historia de otra edad,
Con su triste y dulce encanto
Llega hasta mí bajo el manto
De la tierna caridad.

De esa caridad divina
Que llena el alma de amor,
Y alza templos al dolor
Sobre la tierra argentina.

Setiembre 22 de 1870.

LOS POETAS

Á CARLOS GUIDO Y SPANO

I

Pasaron ya los tiempos
De la fuerza brutal divinizada;
Crepúsculo del alma y de la historia
En que todas las sendas del progreso
Se abrían con empuje de victoria
Sobre el rastro sangriento de la espada.

Hoy es del pensamiento
El imperio del orbe. En las serenas
Regiones de la luz, cima de escombros
Es el conquistador, héroe ó verdugo:
El gran Napoleón hoy puede apenas
Servir de pedestal á un Victor Hugo.

II

Ya no ciñen el casco de la guerra,
Ni la tiara del César, como otrora,
Los dioses de la tierra.
Los héroes de la estirpe soberana,
Los astros del eterno centelleo,
Nacen hoy de la raza soñadora
Que dió á Franklin las nubes por peana,
Y el cielo por dosel á Galileo.
Ellos van, en la marcha redentora,
Al frente de la inmensa caravana;
Ellos tienen el cetro de la aurora
Para guiar á la conciencia humana.

III

Llamadles sabios ó poetas: nunca
Sombras ni tempestades
Podrán borrar la estela luminosa
De su paso á través de las edades.

Ni morirán jamás, mientras se vea
Una estrella en los cielos encendida,
Y el alma sienta y crea,
Y flote la ilusión sobre la vida;
Mientras el fuego del amor fecundo
Guarde en un corazón, en uno solo,
La juventud y el porvenir del mundo.

IV

De pie sobre las tumbas del pasado,
Vencedor de la muerte y del olvido,
El trovador errante
Canta aún en las almas la grandeza
Del eterno ideal desconocido;
Y en la lejana soledad vibrante,
Con su laúd de mágico sonido
Despierta las leyendas misteriosas
Que el mundo antiguo le contó al oído.

Asilado en añejos torreones
Surge aún de las ruinas del castillo
El sollozo inmortal de sus canciones;
Y en la noche á los rayos de la luna,
En medio de armaduras y trofeos,
Le vemos todavía
Vagar con sus brillantes devaneos
Sin nombre, sin hogar y sin fortuna,
Sonámbulo de amores y torneos.

V

En el ara del Cristo condenada
A eterna proscripción y eterno duelo,
La raza de Judá cruza la vida,
Maldita y perseguida,
Sin patria ni en la tierra ni en el cielo.
Pero en vano los siglos á los siglos
Transmitirán el bárbaro anatema,
Para extinguir su nombre en la memoria
Y arrancar de su frente la diadema
Que en la cuna del mundo
Tejió el Señor con rayos de su gloria.

Los salmos del Profeta,
Serán siempre la voz de la esperanza,
Alzada sobre todos los dolores;
Y en el beso de todos los amores,
Y al compás del balance de las cunas
En el fondo de todos los hogares,
Resonará esa música del cielo
Que se llama «El cantar de los cantares».

VI

Mucho pueden los nobles soñadores
De anhelos inmortales;
Los del altivo espíritu encendido
Por la fe de los grandes ideales.

Es el clamor de *Plácido* (1) y Zenea
Lo que nos ata al corazón cubano,
Y del Plata hasta el golfo mexicano,
La maldición de Mármol centellea
En el cerebro insomne del tirano.

VII

Mucho pueden los nobles soñadores:
Ora llenen de insólitos rüidos
La quietud de la pampa solitaria,
Para abrir al amor y á la plegaria
De los lejanos pueblos oprimidos:
Ora canten con Nenia la grandeza
Y el glorioso dolor de los vencidos:
Ora vuelquen en versos centelleantes
Los himnos de victoria,
Que empujan á los pueblos delirantes
Al martirio, á la muerte y á la gloria;
Ora suban con alas de entusiasmo
Sobre abismos, torrentes y neblinas,
A sonar el clarín de Chacabuco,
En las cumbres andinas.

VIII

Amemos á los poetas que levantan
El alma con su lira;

(1) La casa Maucci hermanos é hijos, ha editado la colección completa de las poesías del insigne cubano.

Son ellos los que animan y agigantan
Las viejas tradiciones;
Los que sueñan y cantan
El destino inmortal de las naciones.

Y cuando llega el día
Del dolor y la sombra—eternamente
Lo dice Mármol en la patria mía;—
Para agitar en plena servidumbre
Con soplos de huracán el alma inquieta
De la trova y postrada muchedumbre
La diosa Libertad tiene su cumbre:
¡La frente del poeta!

CANTO Á JESÚS

¡Salve á tu nombre, redentor del mundo,
Rayo y sostén de la conciencia humana,
A quien se vuelven en las horas todas
Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!
¡Salve á tu nombre
Víctima santa,
Mártir sublime, que tu sangre diste
A los errores de la edad pasada!

El hombre antiguo, como el cuerpo inerte,
Que oculto empuje en el espacio lanza,
En su carrera de egoísmo, nunca

Miró la huella que al pasar dejara:
Nunca detuvo
Su errante marcha,
Para mojar los labios del sediento,
Para borrar el surco de una lágrima.

Nunca de hermano el cariñoso nombre
Llegó hasta el corazón con la palabra;
Nunca al gemido respondió el consuelo;
Nunca el amor convulsionó las almas,
Si una caía,
Se le apartaba,
Como á inútil estorbo, del camino
Donde la muerte su cabeza helara.

Mas tú, en un día de inmortal recuerdo,
Elevaste tu voz de aliento y gracia,
Para llamar á ti los desvalidos,
Los huérfanos de dicha y de esperanza;
Los que comían
El pan de lágrimas;
Los que á sus padres y á sus hijos vieron
Tocar la tierra con la frente esclava.

Del porvenir el misterioso libro
En el templo judaico se encerraba,
Y ellos, los pobres, los hambrientos, ellos,
Nunca salvaron la primera grada...
¡Ah tú arrancaste
Su última página,
Y la arrojaste palpitante, viva,
A aquellas muchedumbres desoladas!

No ya Israel con insolente orgullo
Señor se dijo de la extirpe humana;
No ya Dios tuvo en su recinto sólo
El ruego del altar y la plegaria:
Todos los pueblos,
Todas las razas,
En torno suyo y con placer de niño
Tomaron parte en el festín del alma.

La caridad, la caridad bendita,
Marchó sobre la huella de tu planta,
Y el amor y la fe se difundieron
En los giros de luz de tu palabra;
La tierra toda
Batió las palmas,
Y bajo el polvo de cuarenta siglos
Adán se estremeció: te adivinaba.

Tu obra concluía...tu reinado, empero
No era del mundo, y la postrer mirada
Que de la cruz sobre tu grey lanzaste
En la hora de augustia de tu alma,
Nos prometía,
Nos revelaba,
Tras el límite negro de la tumba,
La eterna aurora de la eterna patria.

¡Bendito seas, redentor divino,
Rayo y sostén de la conciencia humana,
A quien se vuelven en las horas todas

Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!
    En donde quiera
    Que un dolor haya,
¡Siempre á tu nombre irradiará el consuelo
Sobre la nube de la queja amarga!

Siempre en la frente de los hombres todos,
Como una estrella misteriosa y pálida,
El infinito brillará en su rayo
De la vida inmortal, de la esperanza;
    Tendiendo siempre
    Irán las almas,
Desde el suelo sin paz de su destierro
A la región de luz de tu morada!

LA TARDE

Bajo la influencia del velado rayo,
Semeja el llano vaporosa alfombra...
¡Melancólico y dulce es el desmayo
De la luz en el seno de la sombra!

¡Oh! yo amo la tarde, con su calma,
Sus brumas, su misterio, su grandeza:
A ella tengo vinculada el alma
Por el lazo de amor de la tristeza.

No sé por qué paréceme más puro
A la luz del crepúsculo ese cielo...
La tarde es la expansión: el claro-obscuro
Respira la poesía del consuelo.

Cuando dejo, rendido de fatiga,
La labor cuotidiana,—silencioso,
En el misterio de la tarde amiga
Embellezco mis horas de reposo.

Sumérjome en el éxtasis: la nube
Que flota en el espacio, solitaria,
Me parece que á Dios lánguida sube
Llevándole en sus alas mi plegaria.

Y cuando el sol magnífico desciende
Entre el verdor de la lejana cumbre,
Y en haces rojos sobre el llano extiende
Los postreros destellos de su lumbre;

Su último rayo, que me lanza esquivo,
Se ofrece á los ensueños de mi mente,
Como el beso que un ángel fugitivo
Depusiera al pasar sobre mi frente.

Á LA LUNA

I

No hay alma que tus rayos no busque suspirante
Diadema que coronas las noches del amor,
Ni ensueño de poeta que á ti no se levante,
Siguiendo por el cielo tu blanco resplandor.

¿Qué guardas en tu seno? ¿qué vínculo divino
Enlaza á los espíritus tu dulce claridad?
Tú llenas de bellezas las zarzas del camino,
Tú pueblas de sonrisas la azul inmensidad.

Todos te aman, todos: cuando en el cielo avanzas,
Risueña y vaporosa, la noche es un Edén;
Cuando tu lumbre ocultas, las bellas esperanzas
Parece que contigo veláranse también.

Mil veces de este sitio, de soledad cercado,
Mis ojos han seguido tu lánguida ascensión:
¡Qué dulce y bella eres! tu disco en luz bañado,
Como un asilo eterno se ofrece á la ilusión.

II

¡Oh, luna melancólica! ¿no has visto en tu carrera
Al ángel de las dichas que guarda el porvenir,
Flotante en el espacio la undosa cabellera,
La oliva entre las manos, errante discurrir?

¿No has visto si buscaba, sedienta la mirada,
Las blancas espirales del humo de mi hogar,
Las rosas que lo cercan, los sauces, la enramada,
Donde modula el viento su eterno suspirar?

¡Oh luna! ¿no le has visto? ¿jamás de tus destellos
Su pálida figura fantástica surgió?
¿Jamás estremecida besaste sus cabellos?
¿Jamás bajo tus alas su frente cobijó?

¡Secreto impenetrable! ni al eco del reproche,
Ni al eco del suspiro, que suben hacia ti,
Te agitas y respondes...la misma cada noche,
Hermosa, pero muda, te elevas al cenit.

Tu luz, toda consuelo, colora la esperanza,
Sonríe á los dolores, arrulla el corazón;
¡Mas, ¡ay! pálida siempre, jamás un rayo lanza
Al fondo misterioso de la inmortal región!

ORACIÓN

Coronada la frente de azahares,
Enlazadas las manos sobre el seno,
En los labios la última sonrisa,
En los ojos el último destello;
Voló su alma
Como un ensueño:
¡Que las alas del angel la cobijen;
Que la arrulle el amor de los recuerdos!

SUEÑO DE AMOR

Como dulce paloma sorprendida
En su nido de paz por la alborada,
Yo la soñé en mis brazos reclinada,
Por mis cantos de amor estremecida.

Al buscar su mirada, toda el alma
Se anegaba en la luz de su pupila;
¡Atracción melancólica y tranquila,
Cual la del cielo azul y el mar en calma!

Era bella sin par, blanca belleza,
Con tintes de crepúsculo vestida;
Y algo como una luz desvanecida
Flotaba en derredor de su cabeza.

Yo sentía su aliento perfumado
Acariciar mi frente y mis cabellos,
Y en sus ojos, en tímidos destellos,
Recogía su amor embelesado.

Aureolada su frente de inocencia,
Palpitante en sus labios la ternura,
¡Qué hermosa estaba así lánguida y pura,
Respirando candor de adolescencia!

¡ASÍ!

Joven el corazón, el alma ardiente,
Un solo bien en la creación siguiendo,
La estrella de la fe sobre la frente,
Incólume el candor de adolescente...
Así la vida y el amor comprendo.

MADRE

¡Madre! feliz el que en su seno exhala
El primero y el último suspiro,
El que llora y sonríe bajo el ala
De aquel inmenso amor.
¡Triste el que evoca su bendita sombra
En cada hora en que el dolor consagra,
El que en eterna soledad la nombra,
Sin que nadie responda á su clamor!

Recuerdos de la infancia placentera,
Ella os presta su cándida poesía,
Ella os viste de luz, de primavera,
De belleza inmortal.
La cuna que á su lado no la mira,
Como un ángel de paz, risueña y tierna,
Es una hoja pálida que gira
Al soplo de un helado vendaval.

La dicha que á su nombre se eslabona
Es la única hermosa de la vida:
La gloria sólo es grande si corona
Su frente y nuestra sien.
Donde quiera que brilla su mirada,
Las nobles ambiciones se despiertan:
El alma de su amor desamparada
Languidece á la sombra del Edén.

. . . .

¡Madre!... la mía en el sepulcro mora,
Bajo los sauces de dolientes ramas,
Que el sueño de la noche redentora
Arrullan sin cesar.
Há muchos años que su voz no suena
Y en torno mío la esperanza agita,
Há muchos años que el recuerdo llena
El sitio predilecto de mi hogar.

¡Ah! pero vive al corazón asida
Su dulce imagen, que robé á la muerte,
Ultimo rayo de la fe sentida
Que llevo al porvenir;
Y como el iris de la eterna alianza,
Ella me alienta en mis amargas horas,
Y me enseña que el ángel de esperanza
También sabe en la sombra sonreir.

BAJO LOS SAUCES

La sombra de los sauces oscilaba,
Sobre la cuna rústica extendida;
A su lado, la madre contemplaba
Del ángel de su amor la faz dormida.

Dormía el inocente al eco blando
De las hojas que el viento estremecía,
Hermoso, sin afán, tal vez soñando
Que un ala misteriosa le cubría.

De una cascada el lánguido murmullo
Llenaba la arboleda de rumores,
Y lejos, dos palomas, en su arrullo
Decían á las selvas sus amores.

Aquella soledad en dulce calma,
Despertaba un anhelo indefinido;
La sed de la ternura henchía el alma...
La sombra era el misterio; el bosque, el nido.

La madre, suspirante, enamorada,
Se inclinó sobre el niño de repente,
Con un dedo en los labios, la mirada
De orgullo y de pasión resplandeciente.

Y trémula, feliz, casi de hinojos,
Absorbiendo su aliento con delicia,

No pudo más, y le besó en los ojos,
Con todo el corazón en la caricia.

Estremeciose el niño, arrebatado
A la región azul; y confundiendo
Pena y placer en su inocente enfado,
Rompió á llorar, pero lloró sonriendo.

EN EL SALÓN

Brillante está el salón: en los espejos
Se retratan las luces á porfía,
Llenando los contornos de reflejos
Y haciendo chispëar la pedrería.

Mujeres tentadoras, vaporosas,
En fantástica danza confundidas,
Van y vienen, cual bellas mariposas,
De blanca gasa y de ilusión vestidas.

Brillante está el salón: ¡cuánto descuella
La dulce Alicia, de la fiesta gala!
Llevando los espíritus tras ella,
Sobre la alfombra rápida resbala.

Su ser respira deliciosa calma...
¡Dentro tal vez el huracán domina!
Alma de sacrificio es aquella alma
Que á través de su lujo se adivina.

Acaso del amor sintió en un día
Subirle al corazón la ardiente llama,
Y con su ídolo huyó su lozanía...
¡Y hoy, sólo un nombre y un recuerdo ama!

La danza bulliciosa la arrebata,
El vértigo de su alma se apodera,
Ondula su vestido, se desata
Su abundante y dorada cabellera.

Parece que la fiebre la domina,
La fiebre del recuerdo, que devora,
Y á otro mundo el espíritu encamina
Por la huella de rosas de la aurora.

¡Qué triste debe ser en el instante
En que los sueños cantan la esperanza,
Sentirse sobre el mundo vacilante
Y contemplar un bien que no se alcanza!

Alicia gira en tanto arrebatada,
Agitado el aliento y comprimido,
El seno borrascoso, la mirada
Sedienta de la sombra y del olvido.

Gira, y gira sin tregua, y á lo lejos,
Parece que el espíritu vislumbra,
Que al morir de la luz y sus reflejos,
Se hundirá para siempre en la penumbra.

REVELACIÓN

Ayer no lo sabía,
¡Oh, no! por vez primera
De largo se vestía,
Y aturdida, sonriente, y hechicera,
A la par de las blancas mariposas
Viajeras del jardín, giraba inquieta
En torno de los lirios y las rosas,
Como el eterno ensueño del poeta.

Pero ya no lo ignora,
Porque dejando insomne esta mañana
El lecho con la aurora,
Tras la danza brillante que engalana
Su último recuerdo y lo colora,
Halló la senda del jardín cubierta
De flores deshojadas:
¡De flores á su paso derramadas
Por una mano experta
En alfombrar la ruta de las hadas!

—¡Ah! ¿quién será?—se dijo de repente,
Recogida en los labios la sonrisa,
Una mano en la frente,
Y otra en el corazón, que se lo avisa.

¡Y recordé que anoche la miraron
Con tan ávidos ojos!
¡Que tantos á su lado suspiraron,
Cuando tímida y llena de sonrojos
En los giros del vals la arrebataron!

¡Que desprendió una mano misteriosa
La flor de su cabello,
Que como nunca se sintió dichosa,
Qué no quería que cesara aquello!

Su lindo pie, para marchar tendido,
Esquivó entonces el bordado suelo
Y se quedó en el aire suspendido...
Semejante á esas aves, que en su anhelo
De luz y libertad, el primer vuelo
Van á ensayar del borde de su nido.

Brilló sobre su frente sonrojada
Algo como la luz de una aureola,
Y murmuró bajando la mirada:
—¡Qué miedo tengo de venir tan sola!

CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa,
El agua en sus flancos riza,
Y rápida se desliza
Como un cisne mi canoa.

Los sauces, la cabellera
Sumergida entre las ondas,
Alzan murallas de frondas
En una y otra ribera.

En lecho de algas mecidos
Por una brisa indolente,
Al paso de la corriente
Tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
El árbol al lado mío,
Porque ha empezado el estío
A deshojar su corona;

Y esas hojas, y esas flores,
De la corriente cautivas,
Van pasando fugitivas
Como recuerdos de amores.

A veces furtiva lanza
Un destello á la pupila,
Una luz que tiembla, oscila,
Y se extingue en lontananza.

Y á veces lejano suena
Un rumor que hasta el oído
Llega claro, difundido
En la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
De algún remo que voltea,

Ya es el ave que aletea
Entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
Tibia, vestida de gala,
Y mi canoa resbala
Sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo
De la madre ante la cuna,
Está mirando la luna
El paisaje desde el cielo.

VISIÓN DE ENSUEÑO

Te soñé cuando niño: en torno mío
Agitabas tus alas de paloma,
Como el ángel risueño de las cunas
Que envuelve á la inocencia en su aurëola.

Eras pálida entonces como el alba
Cuando en la frente de la noche flota,
Y etérea como el rayo de la luna,
Y blanca como el velo de las novias.

Al despuntar mi dulce adolescencia,
Otra vez te soñé: tierna y piadosa,
Surgías á mi paso como un astro,
Girando entre mi espíritu y la sombra.

¿Dónde no estabas tú? yo te veía,
Hada de mis ensueños protectora,
Ya viajera en el ala de las nubes,
Ya flotante en la espuma de las olas.

No eras pálida ya: te coloreaba
Ese tinte indeciso que eslabona
La nítida blancura de las nieves
Y el esplendor de llama de las rosas.

Después, mi juventud lanzó en relámpagos
La luz primaveral: brilló la antorcha
De los sueños de amor sobre mi frente,
Y un nuevo sol precipitó las horas.

Mi alma de poeta sintió el vértigo
Del abismo de luz; la sed de pompa
Del cielo tropical, cuando despierta
Palpitante en los brazos de la aurora.

¡Y te volví á soñar! visión del nido
Que tiembla bajo el manto de las hojas;
Destello del amor de una mirada,
Poema del arrullo de las tórtolas.

¡Creación de la esperanza, que resume
El Edén de la vida y su corona,
En un vestido blanco ondeando al aire
Sobre un tapiz de margaritas rojas!

Eso eras tú cuando golpeó mi lira
A la puerta del templo de la gloria;

Eso eras tú cuando busqué en el cielo
El alma hermana de mi alma sola.

Hoy todavía, tu inmortal sonrisa
Entre mis labios el suspiro ahoga;
Hoy todavía, misteriosa estrella,
Sobre la noche de mi vida flotas.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lleva la nave, viajadora inquieta,
Un Edén escondido:
Son dos novios de ayer, que han hecho el nido
Donde lo haría el sueño de un poeta.

Ellos quisieron, para amarse á solas,
La errante soledad del camarote,
Y el nido, puesto á flote,
Con alas de vapor hiende las olas.

Allí está la pareja, cuyo anhelo
Unió la tierra al cielo
Con invisibles lazos,
Cuando en nombre del Dios que abre las flores
El dulce amor la aprisionó en sus brazos.

Ella, la hermosa frente
Al peso del rubor tiene doblada,
Y ha entornado los ojos, porque siente
El miedo de la luz en la mirada.

Él, se ha puesto de hinojos
Para tomar y acariciar sus manos,
Para sentir, espiándole los ojos,
Que es suya, toda suya,
La virgen de los ruegos soberanos.

Allí están, en profundo
Extásis de pasión, sabiendo apenas
Que pueda haber más gloria en este mundo
Que el beso forjador de sus cadenas.

Y en tanto que ella esconde,
Huyendo del rubor, sin saber dónde,
Sobre su pecho el rostro enrojecido,
Él traduce los besos en palabras,
Y el poema inmortal canta en su oido:

«Acuérdate, mi amada,
Del día aquel que nos unió el destino,
Cuando puso el Señor en mi camino
La promesa del cielo en tu mirada.

«Aquel hermoso día
Era un arrullo la creación entera,
Y al través de tu alma y de la mía,
Como un enjambre de alas rumorosas,
Pasó la primavera.

Yo no sé cómo fué que nos sentimos
Con sed de luz de cantos y de aromas;
Nos amamos mirándonos,

Como brotan las flores en racimos
Y nacen en casales las palomas.

«Desde entonces, la vida,
Sonrojada en los dos, tuvo colores,
Y ofreció á la ilusión, embellecida,
Regazo azul para soñar de amores.

«¡Quién tuviera la voz de la inocencia
Para encantar las almas, evocando
De nuestro idilio la inefable historia!
¡Tanta dulce memoria
Que á nuestro corazón se está asomando!

«El tiempo aquel—acuérdate alma mía!
Cuando en las tardes tu beldad galana
En vaporoso traje se envolvía,
Y á mi me parecía
Que era marco del cielo tu ventana;

«Cuando en el templo lleno
De luz crepuscular, al lado tuyo
Iba á sentirme generoso y bueno,
Y á orar por mis quimeras, con el alma
Mecida por las ondas de tu seno!

Acuérdate mi encanto,
De aquella noche de las dulces horas
Por cuya sombra suspiramos tanto!

«Cuando por vez primera
Atravesó el dintel de tu morada

Mi tímida ternura,
Que envidiaba á tus rosas la ventura
De acariciar tu negra cabellera!

«Ni en la voz de pasión con que embelesas
Mi existencia cautiva,
Hay más gritos de amor que en el relámpago
Con que me dijo ruegos y promesas
Tu mirada furtiva.

«Cuánto ideal risueño
Con sus visiones de brillantes galas,
Aquella noche acarició mi sueño,
Cuando tu imagen me cerró los ojos
Y el alma insomne desplegó las alas!

«Como soñar contigo era mi vida,
Soñé que eras de Dios hija mimada,
Un Dios tan justo y bueno,
Que tan sólo á mis besos consagrada
Te guardaba en los cielos escondida!

«En la hora nupcial del Paraíso,
La estrella del amor brilló en tu frente,
Y, porque Dios lo quiso,
Un ángel puro abandonó en mis brazos
Tu belleza inocente.

«Y eras, mi bien, tan bella,
Que no había en mi espíritu adormido
Otro rayo de sol que el de tu huella;

Y el cielo, y Dios, y el ángel, y la estrella,
Tenían el color de tu vestido!

«Acuérdate, mi gloria,
De tanta imagen dulce y sonriente,
Que despertar se siente,
Como una aurora eterna, en la memoria.

«Aquel cambio de flores á hurtadillas,
Sin que nadie nos viera;
Y aquel hallarse siempre y donde quiera
Unidas por *milagro* nuestras sillas;

«Y aquel pensar los dos la misma cosa,
Que parece mentira,
Como si fuera el alma luminosa,
Cuando el amor la mira:

«Y aquellos celos míos, que llenaban
Mi alma de relámpagos, y luego,
Vencidos por la pena de tu ruego,
En tus hermosos ojos se apagaban!

«Nunca estará lejana
De nuestro corazón, en hora alguna,
Esa bandada inquieta de recuerdos,
Que en derredor de la inocente cuna
Sus alas blancas batirán mañana.

«Hora que estoy de hinojos,
Alza tus negros ojos

Para ver el abismo de los cielos;
Alza, para mirar si son más rojos
Tus labios ó mis celos.

«Todo en torno respira
El amor y la luz: voces extrañas
Arrullan en el aire que suspira,
Y el rio, como el cielo que nos mira,
Tienen besos de sol en las entrañas.

«Bésame tú también en nuestro nido:
Quiero, de encanto lleno,
Contar sobre tu labio estremecido,
Desde el primero al último latido
De ese mi corazón que está en tu seno!

«Alza, mi bien, la frente coronada
De lánguidos rubores,
Más bellos todavía que las flores
Con que teje la virgen desposada
Su diadema de amores.

«Flota en el aire tibio
El perfume de todas las corolas:
La luz en el espacio centelléa;
Y en el blando regazo de las olas
Nuestro lecho nupcial se balancéa.

«Escóndete en mis brazos, alma mía,
Y bésame en secreto,
Que hay un rayo de sol que nos espía,
Para contarlo al olëaje inquieto.

«Bésame eternamente,
Arrullando las horas de mi vida
Con tu dulce caricia enamorada,
Y te amaré rendida
Más que te amaba un tiempo suspirada.

«Sueños y desvaríos
De la dicha serena,
En ese beso eterno, mi morena,
Pasarán de tus labios á los míos.

«Y hoy, y mañana, y siempre, al lado tuyo,
Con miedo de la noche abrumadora,
Veré el día que parte,
Y entre tus brazos soñaré la aurora
Con ansia de la luz para mirarte!»

Así canta el amor, en el oído
De la novia agitada y suspirante,
El poema del nido,
Mientras la nave, errante
En alas del vapor, tiende su estela
Sobre el camino del Edén perdido.

GERVASIO MÉNDEZ

En larga noche de duelo
Cruzó el poeta la vida,
Con la fe jamás vencida
De las visiones del cielo.

Sintióse alado, y el vuelo
Tendió sobre sus dolores;
Cantó glorias, cantó amores,
Amarrado á su cadena,
Y fué la muerte serena
Su primer lecho de flores.

EL VOTO

(Fragmentos de un poema)

FRAGMENTO PRIMERO

I

En la agreste región de San Lorenzo,
Allá, donde la espada
Del guerrero inmortal abrió el camino
De la inmortal cruzada;
Donde apartando montes y riberas
El Paraná, tendido,
En amplia curva el horizonte ensancha,
Y agita envanecido
Sus turbias olas en soberbia cancha;

A la margen del río suspendida
Sobre la alta barranca,
Como garza dormida,

Asomaba entre talas y algarrobos
Una casita blanca
Por el ramaje á medias escondida.
Allí vivía con sus tiernos hijos
Y la tristeza de un pesar profundo,
Una mujer que otrora
Feliz y hermosa se llamó en el mundo.

Esposa y madre, le robó la suerte
Al compañero amado,
Que en la defensa heroica del pasado
Halló en el campo de Pavón la muerte,
Y á aquel rincón aislado,
De amor y llanto el corazón repleto,
La viuda del soldado,
Diciendo adiós al porvenir soñado,
Se llevó su dolor como un secreto.

Allí, con Dios á solas,
Del pasado feliz lloró la ausencia,
Y al arrullo del viento y de las olas
Dejó correr la mísera existencia,
Hasta que al fin la dominó la calma
De la llanura plácida y tranquila,
Y de la roja y húmeda pupila
El llanto del dolor tornóse al alma.

II

En su triste aislamiento
Sólo dos goces para ahogar tenía

De la dicha perdida el sentimiento;
Saber que allí, vigor y lozanía
A sus pálidos niños prometía
Del aire puro el generoso aliento,
Y sentir que hasta ella se extendía,
Como un ala invisible y protectora,
La sombra de la cruz que coronaba
La solitaria torre del convento.

Si en otros tiempos, de su dicha ufana,
Fué para ella apenas
La dulce religión, cumbre lejana
Perdida entre las nieblas luminosas
De la esperanza humana;
En medio de su duelo
Se dió á ella fanática, encendida
La tibia fe por insaciable anhelo;
Y es que toda ilusión desvanecida,
Proscripta de la tierra, busca el cielo.

Despierta con el alba cada día,
La luz del sol naciente
Postrada ante el altar la sorprendía,
Y era el dulce rumor de su plegaria
El primer cuchicheo misterioso
De la iglesia vacía.

Orar, orar sin tregua, era su encanto;
Orar, hasta que Dios compadecido
La uniera á aquel que la quería tanto,
Y borrando el dolor de su memoria,

La dejara otra vez hacer su nido,
Humilde y escondido
En algún rinconcito de su gloria.

Después que la oración la consolaba,
De vuelta en el hogar, en cada lecho
Con un beso á los niños despertaba;
Y al contemplar las cabecitas rubias
Que entreabriendo los ojos deslumbrados
La espiaban con sonrisa juguetona,
El alma sin querer se le volvía
Al templo, y suspiraba,
Pensando en los hogares desolados
Donde baja la muerte
A robar á las madres su corona.

III

¡Fatal presentimiento!
Honda visión del maternal cariño,
Que ante la cuna plácida del niño
Descorre el porvenir al pensamiento!

Un día ¡eterno día!
En vano al templo la llamó en el viento
La voz de la campana;
Que la madre infeliz, puesta de hinojos
Junto al lecho del niño, no la oía,
Y la risueña luz de la mañana
Le sorprendió en los ojos
Insomnio y llanto y vaguedad sombría.

¡El niño estaba enfermo!
¡El niño iba á morir!—Con soplo ardiente
La fiebre abrumadora
Sus alas rojas le batió en la frente,
Y apagó vencedora
Cuantas sonrisas ensayó la aurora
En la pálida faz del inocente.

Plegado el vuelo en la quietud del nido,
Como un pájaro herido;
Secos los labios, jadeante el pecho,
Postrado, inerme, en el revuelto lecho,
Bajo el dosel de las cortinas blancas,
Por largas horas se quejó dormido;
Y cuando el sol de la serena tarde
Hundió el inmenso disco enrojecido
Tras de la verde loma,
El niño, sin afán y sin tristeza,
Entregó con dulcísima entereza
A la muerte su cuello de paloma.

IV

¡Tremenda fué la prueba!
¡Mudo el dolor sin lágrimas!
Para el materno corazón desierto,
Hasta el consuelo de llorar se lleva
Consigo el hijo muerto!

Tremenda fué... Dudaba todavía
Ante el abismo de repente abierto

Donde cayó su última esperanza,
Y ya el segundo niño, el que tenía
La inquietud de los verdes picaflores,
Galanes del jazmín de la ventana,
Sobre el lecho fatal mustio yacía
Con los azules ojos brilladores
Cerrados á la luz de la mañana.

Era la misma fiebre abrasadora,
La misma postración desesperante,
La misma queja en el sopor del sueño;
Y en la tarde también, en esa hora
En que baja del cielo á la llanura
La sombra suspirante,
Tranquilo, sin dolor, casi risueño,
Se durmió para siempre; y la ternura
De la madre angustiada,
Y las flores silvestres, y los nidos,
Se quedaron sin dueño.

V

Cuando el tercero, el último pedazo
De cielo azul que le quedó en el mundo
Desmayado á su vez en el regazo
De la fiebre traidora,
Se entregó á la caricia embriagadora
De aquel sueño profundo
Que era como el dintel de la partida,
La madre, enloquecida

De dolor y de espanto bajo el peso
De tanta desventura,
Huyendo del hogar, sola y perdida,
Se echó á vagar sin rumbo en la llanura.

Andaba, y no sabía
Por qué ni para qué: con vano intento
Desgarrar pretendía
La torva lobreguez del pensamiento;
Que toda el alma suya parecía
Nube de tempestad que arrastra el viento.
Vibrante el corazón, con ansia loca
De arrojar á la calma del espacio
Sollozos y gemidos,
Sentía alzarse en la agitada mente,
Como viejos rencores escondidos,
La ira por la luz indiferente,
Y el odio por los campos florecidos.

Así, marchando siempre á la ventura,
Llegó como atraída
Por extraña visión del alma obscura
Al templo del convento;
A aquel templo, guardián de sus tristezas,
Donde asiló sus horas de amargura,
Y en las notas del órgano sonoro
Oyó la inmensa voz del firmamento.

Bajo la nave, llena
De fresca paz y soledad serena,

Sintióse de repente
Devuelta á la razón; en su memoria
Surgió, roto el encanto,
El cuadro horrible del hogar vacío,
Sin él, sin ellos, sin amor, sin gloria,
Sin nada mas que su dolor sombrío!

Y el llanto, el dulce llanto,
Del alma enferma bienhechor rocío,
Cayó sobre las sombras de su duelo,
Como una de esas lluvias del estío
Que funden á su paso las tormentas,
Y que en hebras de luz bajan del cielo.

En su labio, febril y tumultuosa,
Estalló la plegaria enmudecida;
Un no sé qué de santa confianza
Abrió ante ella la senda luminosa
De la eterna piedad en lontananza,
Y de altar en altar, desfallecida,
Arrastró de rodillas la esperanza.

VI

Lloró, rogó; la solitaria nave
Se llenó del clamor de su lamento,
Y con la fe que mueve las montañas
Como un soplo divino,
Al dolor, á la muerte y al destino,
Opuso la humildad de un juramento.

Juró, si el hijo de su amor vivía,
Que á Dios consagraría
Del niño enfermo la existencia entera,
Y en el ara del templo inmolaría
Los sueños de la loca fantasía,
Y del amor la espléndida quimera.

Juró más todavía:
Juró llevar en hábitos de duelo
Amortajada siempre su hermosura;
Y juró que si un día en su camino
Algún hijo sin madre abandonaba
La voluntad del cielo,
Hijo suyo también se llamaría
Aquel hijo sin madre y sin ventura,
Y en la cuna del huérfano pondría
Tanto dulce calor de sus entrañas,
Que le haría olvidar que eran extrañas
La ternura perdida y su ternura.

VII

Cuando volvió al hogar desamparado,
Era la tarde ya: triste y serena,
Como el recuerdo del dolor pasado,
Velaba al pie de las cortinas blancas
La muda soledad de sombras llena.

La pobre madre, en el silencio horrible,
Sintió á la muerte en derredor del lecho,

Y con las manos oprimió hasta ahogarle
El corazón que le golpeaba el pecho.

Creyó morir; terrores de agonía
Agolparon sollozos y tinieblas
En aquel corazón hecho pedazos;
Pero la fe con súbita energía
La levantó en sus brazos,
Y apartó las cortinas de repente
Con fiebre de ilusión.—Allá en el fondo,
La desmayada luz besó una frente
De rizos coronada;
Y vió, loca de encanto y de alegría,
Que el niño la buscaba y sonreía
Con lágrimas de ausencia en la mirada.

FRAGMENTO SEGUNDO

I

Bajo el azul de un cielo transparente
Brillada la mañana,
Húmeda de rocío
Y chispeante de luz, sonriendo ufana
A la inquietud del río,
Y quebrando en la trémula corriente
Dos rayos de su sol, un sol de estío.

Flotaban sobre el tímido oleaje
En las aguas del *Tigre* los vapores,

Como girones de rasgado encaje,
Y en alas de la brisa pasajera,
Columpio de las flores,
Huían, mojando el paso en la ribera
El lánguido follaje
De los sedientos sauces cimbradores.

Cual lejano rumor de catarata
Dispersado en el viento,
La ronca voz del Plata
Como un redoble en el confin se oía;
Esa voz del abismo soñoliento
Que despierta á las olas cada día.
Efluvios de perfume, desprendidos
De toda la amplitud del horizonte,
Pasaban en el aire, confundidos
Con la música eterna de los nidos
Ocultos en el monte.

La vida, desbordante
De juventud y brillo y primavera,
Circulaba en redor, engalanada
Como una novia errante.
En la atmósfera pura,
¡Cuánta luz inflamada!
En la verde ribera,
Por el viejo sauzal amurallada,
¡Cuánto alegre rumor, cuánta frescura!

Surgiendo del paisaje sonriente,
Blandos susurros, mágicos sonidos,

Poblaban de caricias el ambiente,
Como el eco de arrullos escondidos
A la sombra del monte, en los ribazos,
Donde besaba el junco á la corriente
Desmayada en sus brazos.

II

El *Cisne* iba á partir: su casco entero
Con el ronco estertor se estremecía
Del vapor prisionero,
Que inquieto y jadeante,
En la cárcel estrecha comprimía
Su aliento de gigante

Súbito en silbo ardiente
Arrojó al aire un grito,
El grito de su cólera impaciente,
Y salvando la válvula, que abría
Paso á la libertad y al infinito,
Con un salto de fiera
Se lanzó sobre el émbolo indolente,
Y lo arrastró rugiente
En el vértigo audaz de su carrera.

El *Cisne*, con nerviosa sacudida,
Se desprendió del viejo fondeadero,
Balanceando su mole conmovida;

Batió las rojas palas;
Y ceñido de espumas bullidoras,
Hendió las ondas y partió ligero,
Semejantes á esas aves pescadoras
Que vuelan empapándose las alas.

III

Cubría la toldilla
Inquieta muchedumbre de viajeros,
Que miraban, en grupos placenteros,
Cómo huían los sauces con la orilla,
Dejando á trechos asomar, esquivo,
Tras el verdor risueño de sus hojas
Como un breve relámpago furtivo,
Un ramo encantador de flores rojas
Sobre la oscura copa de un seíbo.

Todos, con sed de luz en la mirada,
Contemplaban los juncos, que abatían
Al paso de la ola desbordada
Sus tallos tembladores;
Las aguas tumultuosas, que subían
Con empuje de asalto á la ribera,
Y luego descendían
En cascadas henchidas de rumores.

Las deshechas espuman que azotaban
Los flancos de la nave,
Y girando en la estela se alejaban

Cautivas del hirviente remolino;
El vuelo tarde y grave
De alguna blanca garza soñolienta;
El humo negro, en fin, que en torbellino
Corría sobre el agua y sobre el monte,
Y remedaba nubes de tormenta
En el vago confín del horizonte.

IV

Al pie de la bandera
Que oscilaba en la popa, y parecía
Un ala fatigada,
Movida por la ráfaga postrera
Del huracán que la azotó en la altura,
Un sacerdote había
De negra vestidura,
Recogido en la sombra, la mirada
Vaga é inmovil, contemplando á solas
La cinta de la estela desplegada
Sobre el tumulto de las turbias olas.

Cual la noche y la aurora,
Se tocaban la luz y la tristeza
En su desnuda frente pensadora,
Llena de majestad y de grandeza;
Una frente encendida
Por implacable anhelo,
Como si allí asomara,
Con su clamor de juventud, la vida,
Cautiva eterna en la prisión del cielo.

Ni un rumor ni un acento,
De los que en torno resonar hacía,
Inquieta como enjambre en movimiento,
La alegre multitud, le conmovía;
La sola voz que oía
Estaba allá, en su insomne pensamiento,
Y en actitud de soñadora calma,
Refugiado en el fondo de si mismo,
Diríase que balanceaba el alma,
Con goce extraño, sobre el hondo abismo.

A veces en su frente,
Jugando con el aire, se plegaba
La bandera indolente;
Y aquella frente entonces se animaba,
Y súbito se erguía
Nerviosa y altanera,
Cual si la estremeciera,
El beso de la gloria que pasaba.

Otras veces, del monte desprendido
Un arrullo salvaje de palomas
Llegaba con la brisa susurrante
A cantar el amor junto á su oído;
Y entonces la mirada
Del pobre soñador, entre las olas
Se hundía desolada,
Cual si buscara en la corriente el nido.

V

El fúnebre ropaje,
La doliente actitud, el aislamiento
De aquella melancólica figura,
Que cortaba el azul del firmamento,
Proyectando su sombra en el paisaje,
Al fin se apoderaron
De cada pensamiento
Con absorta fijeza,
Y los ojos de todos se clavaron,
Inundados de luz, en su tristeza.

En las almas vulgares
La alegria es crüel: ella no tiene
Esa penumbre azul de los altares
Con que vela la dicha ruborosa
Su Edén al infortunio;
Ella no se detiene,
Tímida y silenciosa,
Como un ángel de paz y de consuelo,
Ante el dolor que á entristecerla viene
Con su eterno reproche;
Ni tiende, como el cielo,
Los brazos del crepúsculo á la noche.

La nube que limita
Su horizonte de luz desencadena
Su cólera infantil, y en risa estalla,
Y pasa sobre el duelo que la irrita,
Como en los viejos tiempos de la historia,
Después de la batalla,

Cruzaban, de oro y púrpura cubiertos,
Los carros de victoria,
Sobre la sangre tibia de los muertos.

VI

Curiosidad primero,
Y cólera después, en torno suyo
Despertó el solitario,
¿Por qué estaba sombrío,
En medio de la luz que en cada hoja
Inflamaba la gota de rocío?
¿Quién era ese agorero
De desgracia ignorada,
Esa ave negra que miraba al río
Como una tempestad encadenada?

¡Un fraile! era un presagio;
¡Y allí, sobre la borda suspendido,
Como lúgubre heraldo del naufragio!
Murmullos de amenaza
Dejó escapar un labio enardecido,
Y le siguieron otros, y en tumulto,
Cada vez más hiriente, más acerbo,
Entre sonrisas se elevó el insulto,
Hasta que alguno le azotó el oído
Con un grito brutal: «Al agua el cuervo!»
Volvióse el soñador: Paseó iracundo,
Como león que el látigo despierta,
Una mirada de estupor profundo
Sobre la turba hostil; buscó el ultraje
En los labios risueños, en los ojos

Fijos en él con avidez salvaje,
Y bajo el soplo ardiente
De aquella tempestad, tornó á la calma,
Cruzó los brazos y esperó de frente.

EL ÚLTIMO SUEÑO

Sobre una tumba olvidada
Hay un árbol florecido,
Y sobre el árbol un nido,
Y en el nido una pollada
Inquieta y mal emplumada,
Que sin respeto á los muertos,
Tan pronto ensaya conciertos
De música discordante,
Como tiende al caminante
Los anchos picos abiertos.

Nadie sabe quien reposa
Debajo de aquella tierra,
El olvido cuando entierra
Cava muy honda la fosa.
Pero una madre dichosa
Sostiene con mucho empeño,
Que es una novia sin dueño
Que se ha quedado dormida
Soñando... y, en la otra vida
Realiza su último sueño.

JOAQUIN CASTELLANOS

EL VIAJE ETERNO

Á MI AMIGO QUERIDO DOCTOR J. H. MARTINEZ CASTRO

El hombre es el sacerdote de la creación.

Lamartine.

Como la fuente de los grandes ríos
La cuna está del pensamiento humano
En los bosques sombríos;
El también vá á perderse en otro Oceano,
Es un río también ancho y profundo
Que ora apacible se desliza y lento,
Ora se precipita turbulento
Como un mar desbordado sobre el mundo!

Es el río inmortal de las ideas,
Que por el cauce inmenso de la vida
Corre á desembocar al infinito,
Y con el limo universal que encierra
Pasa á través de arenas y de hielos,
Fecundando la tierra
Y reflejando en su cristal los cielos!

Habitador del bosque primitivo,
Fiera errante en la lóbrega espesura,
El hombre en la Natura

Antes de ser su rey, fué su cautivo;
Cautivo de los ciegos elementos,
Siervo infeliz de la materia bruta,
Su vida es una presa que la muerte
Al infortunio sin cesar disputa!

Con misterioso anhelo
En su cerebro apenas aletea,
Sin fuerza aún para tender el vuelo,
El ave de la idea!
No tiene patria aún, hogar, ni calma,
Y apenas si en sus sendas escabrosas
Lo guía un vago instinto de las cosas
Especie de crepúsculo del alma!

Crepúsculo que anuncia
El día para el mundo del espíritu;
Vaga y confusa irradiación de un astro
Que allá en su oriente misterioso espera
Un mandato de Dios para lanzarse
A iluminar la esfera!
Alborada indecisa que precede
Con vagos arreboles
Al sol del pensamiento,
Rey invisible de los otros soles!

Como una jóven madre cuando siente
El fruto de su amor dentro su seno,
Así la tierra toda
Se estremece con júbilo sagrado,

Y hasta el cielo sonrie alborozado
Con la sonriza del azul sereno!

Ya tiembla la montaña amenazada
Por un audaz dominador de cumbres;
Ya siente casi hollada
La nieve vírgen de su intacta cima
Oyendo á la distancia en la espesura
Los pasos de un titán que se aproxima
Con firme intento de escalar la altura!

De aquel mísero ser abandonado
Que cruzaba el desierto desvalido,
¿Qué luz sobre su frente ha descendido?
¿Qué diadema inmortal le ha coronado?
¿Porqué las selvas vírgenes y hermosas
Inclinan su ramaje
Y ante su planta deshojando rosas
Le rinden homenaje,
Y le ofrecen los árboles sus flores,
Las flores sus perfumes más süaves
Los campos sus vistosos atavíos,
Su más sonoro cántico las aves,
Y su más blando murmurar los ríos?

Es que ya lanza el fuerte Prometeo
Su grito audaz de rebelión y guerra,
Henchido de recónditos anhelos
Ya se apercibe un hijo de la tierra
Para el rapto del fuego de los cielos!

Es que el ave de luz, que en otros días,
En el cerebro de la bestia humana,
Dormitaba sin voz y sin aliento,
Ha batido con ímpetu sus alas
Pronta á lanzarse á desafiar el viento!
El huésped peregrino de las selvas,
Huérfano morador de la espesura,
Oye en el aire extrañas armonías.
Misteriosos llamados de la altura!
Sale de su guarida, avista el llano,
Y el rayo en su mirada centellea!
¡Es que ha brotado la primer idea!
¡Es que ha nacido el pensamiento humano!
Es que con pasmo siente,
Que de su sér entre el caos profundo,
Ya se elabora en aparente calma
El misterioso génesis del alma
Más sublime que el génesis del mundo!

Salvaje aún, soberbio ya se muestra,
Y al ir al monte por la agreste falda
Suena el carcaj de flechas á su espalda,
Y el arco de Nemrod vibra en su diestra!

Vencedor de las fieras en el bosque,
Cuando regresa en busca de sosiego
Con los despojos de la res herida,
¿Quién ha encendido fuego
Al umbral de su rústica guarida?
¿Quién le sale al encuentro á su llegada?

¿Quién lo espera de júbilo sonriente
Con guirnaldas de flores en la frente
Y caricias de amor en la mirada?

¿Quien? La mujer, su eterna compañera,
La que su rostro sudoroso enjuga,
La que con llanto sus heridas lava,
La que en hechizos y en ternura hermosa,
Entonces era la sumisa esclava
Para más tarde ser la noble esposa!
Y la madre bendita,
Y la madre fecunda, en cuyo seno
La venidera humanidad palpita!

Magnético poder, fuerza gigante
Latir hacía á la creación entera;
Y la tierra en su infancia
Bajo un cálido sol de primavera
Tibia exhalaba matinal fragancia!

El mundo ebrio de gozo,
Se estremeció en presencia del sagrado
Misterio del amor; la exhuberante
Virgen naturaleza primitiva
Sintió arder y agitarse en ese instante
Todo el torrente de su savia viva!
Vencida por la mágia de un influjo
Desconocido y de un placer sin nombre
Pródiga desplegó todo su lujo
Para las bodas de su rey; el hombre!

En la hora feliz de sus amores
Brindóle allí en las selvas tropicales
Un tálamo de céspedes y flores!
Por antorchas nupciales
Le dió los astros vívidos que alumbran
Las noches de los climas orientales!

Cuando dos séres por su bien perdieron
Esa inocencia estúpida, esa calma
Estéril de la bestia;
Allá en la vasta soledad sintieron
Con la del cuerpo, la atracción del alma!
Cuando el rumor del agua cadencioso,
Y á los vagos murmullos del ramaje
Mezcló su eco armonioso
El verbo humano en un edén salvaje,
La voz de la palabra modulada
Reveló al mundo incógnitas delicias,
La selva obscura se pobló de encantos;
El aura fresca suspiró caricias
Y aprendieron las aves nuevos cantos!

Suspiros de pasión, vagos acentos,
Voces por vez primera articuladas,
Notas nunca escuchadas
Volaron sobre el ala de los vientos;

Y á la vista de Dios en los desiertos,
Sintiendo en noche cálida y hermosa
El impulso de un éxtasis sin nombre,

Unos labios de rosa
Con sus labios de fuego tocó el hombre!
Los deleites del cielo
Gustó la tierra por la vez primera;
Los campos florecieron de improviso;
De ese ósculo brotó la primavera;
Donde nació el amor, fué el paraíso!

Así su vida en trabajosa senda
Del aislamiento á la familia pasa
Forma la tribu en fin y alza la tienda
Ese rústico esbozo de la casa!

Con el cuerpo robusto ya cubierto
Por la piel de una fiera
Doma al bruto y se lanza á la carrera
Por el ámbito inmenso del desierto!
Y el desierto le atrae y habla á su mente
Con la voz de las roncas tempestades,
Y allí su alma confundir se siente
Al alma de las vastas soledades!
Allí en sus obras Dios se le revela,
Y su infinita majestad admira;
No en las biblias humanas
Donde la imagen del Creador se vela
Con celajes de fábula y mentira
Que empequeñecen su inmortal grandeza,
Sino en tu libro eterno
¡Oh, santa y colosal naturaleza!

Poeta y sacerdote de lo creado
Mezclaba el nombre en los primeros días,
El himno y la plegaria
Del mundo á las primeras armonías!
Sus holocaustos ofreció en el templo
Grandioso de las selvas seculares,
A la luz de los ámplios horizontes,
Sirviéndole de altares
La enhiesta cima de los altos montes!

Como fuente en su origen, clara y pura,
El alma humana virgen todavía,
Llena de fuerza y de candor vivía
En contacto filial con la natura
Y en relación con Dios. Era su culto
El culto espiritual de los que oraban
Al aire libre en el espacio abierto;
Sencilla religión que profesaban
Los antiguos patriarcas del desierto!

Aún las nubes del error no eclipsan
Al sol del pensamiento,
Ni absurdos dogmas la razón empañan
Como al limpio cristal impuro aliento!
No había aún los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,
Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre!
Y bendicen el crimen,
Entonces aún no había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

El pensamiento humano
Va siempre en busca de un ideal divino;
Tiene la vasta inmensidad por rumbo,
La tierra por camino!
Es una tempestad de tempestades,
Donde se agitan férvidos anhelos,
Y su vida á través de las edades
Una ascención sin término á los cielos!

Lanzado á la conquista del espacio
Su marcha en las naciones
Es primavera fúlgida de gloria,
Su triste alejamiento es un invierno
Moral. Los grandes hechos de su historia,
Son las jornadas de su viaje eterno!

La India con sus espléndidas llanuras
Y sus altas cadenas de montañas
De colosal vegetación cubiertas,
Turbando el polvo de las razas muertas
Lo sintió circular por sus entrañas!

Buscando un nuevo y apartado asilo
Se lanza hacia el Egipto misterioso,
Páramo inmenso que fecunda el Nilo!
Vasto oásis, isla de verdura,
Que sobre el mar de arenas del desierto
A los rayos del sol duerme cubierto
Con la pompa oriental de su hermosura!
Dejó su nombre escrito

Allí con portentosos monumentos!
Esfinges y obeliscos de granito
Cuyos rotos fragmentos,
Despojos del naufragio de una raza
En el inquieto mar de las edades,
En tristes y calladas soledades,
De arenas sobre estériles colinas,
Parecen hoy cubiertos por la yedra,
Que del mudo poema de las ruinas
Son colosales páginas de piedra!

Solo quedan de pie como guardianes
Del tiempo en esos anchos horizontes,
En altos conos que parecen montes
De apagados volcanes!
Las sombrías pirámides
Que la grandeza humana y la existencia
De las razas que han muerto,
Proclaman en presencia
De la grandeza eterna del desierto!

Hijo de las regiones de la aurora
Siempre con rumbo al Occidente avanza,
Y de la sombra en dirección se lanza
Para ahuyentar la noche aterradora
Cual otro sol que como el sol camina
Del Oriente al Ocaso, (1)
Y detuvo su marcha peregrina
Cuando de Grecia en la región divina

(1) Es digna de meditarse la coincidencia de que la civilización, avanzando de Oriente á Occidente, ha seguido una marcha paralela á la del sol, en su curso diario.

Una patria feliz halló á su paso!
Dejando en ella espléndidos vestigios,
Y haciendo de sus obras monumentos,
En cada esfuerzo realizó prodigios
Y á cada idea ejecutó portentos!
En una lengua por el arte amada
De dulce ritmo y celestiales voces,
    A cantar destinada
La gloria de los héroes y los dioses,
Inspira en melodioso balbuceo,
De su existencia en el primer período,
La Teogonía mística de Hesiodo
Y los sagrados cánticos de Orfeo!
Después levanta á su cenit glorioso
    Al astro Inteligencia,
Y una inmortal constelación de genios,
Del Arte y de la Ciencia
El firmamento espléndido corona,
Cuando en pasmoso y acabado estilo
Canta en Homero, en Píndaro y Esquilo
Y en Platon y Aristóteles razona.
Con el Homero del cincel, con Fidias
El gigantesco Partenon eleva,
    Esa Iliada de mármol,
Y á las inquietas turbas populares
Con la voz de Demóstenes subleva
Como subleva el huracán los mares!

Enamorado de ese suelo hermoso
Donde la eterna Venus palpitaba,

De ese suelo que Flora embellecía
Y Céres fecundaba,
El errante viajero de los siglos
Deslumbrado por mágicos colores,
Entre embriagueces lánguidas yacía
Aprisionado por la red de flores
Que el génio de la Fábula tejía!
En dulce adoración de la belleza,
La verdad descuidaba,
Que es de su ruta el anhelado extremo,
Y en su culto á la gran Naturaleza
Ciego olvidaba al Hacedor Supremo!
Hasta que en medio á las alegres voces
Sócrates hizo oír su voz severa,
A cuyo acento retembló en la esfera
El viejo Olimpo y sus caducos dioses!

Es que las nubes del error ya eclipsan
Al sol del pensamiento,
Y absurdos dogmas la razón empañan
Como al limpio cristal impuro aliento;
Había ya los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,
Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre
Y bendicen el crimen;
Es que entonces ya había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

Ellos, los que al filósofo de Atenas
Dieron la copa de cicuta; ellos

Que en su arrogancia vana
Creen que se mata la conciencia humana
Porque un campeón en su defensa muera,
Ellos darán mañana
La cruz á Cristo y á Juan Hus la hoguera!

La marcha del espíritu en los tiempos
Es como una Odisea de la historia:
Ulises es el símbolo, el emblema
De sus rudos contrastes y su gloria!
El pensamiento humano,
Que abate tronos como el héroe griego
Y se alza vencedor entre rüinas
Hollando sangre y destrucción y fuego,
También por las borrascas combatido,
Náufrago á veces se le mira errante
Vagar por entre escollos, perseguido
De enemigas deidades;
¡Rey destronado que de zona en zona
Navega por el mar de las edades
En busca de su patria y su corona!

Después se lanza á otra feliz ribera,
Y en pos de Grecia, la nación artista,
Levanta á Roma, la nación guerrera
Destinada del orbe á la conquista.
Su trono asienta en el vergel latino
Que el Tíber baña en abundante riego,
Allí donde alza al éter cristalino
Su cúpula de nieve el Apenino
Y el Vesubio su cúpula de fuego!

Como la diosa Palas, ese pueblo
Nació armado á la vida
Para arrojarse con ardor fecundo
A la ciclópea lucha sostenida
Durante doce siglos contra el mundo!
Probando contra Aníbal su constancia
Se alzó más grande al borde del abismo
Y en la Iberia domó con su heroismo
El épico heroismo de Numancia!
Extendiendo hacia el Africa abrasada
Su cuerpo giganteo
Fué en sus brazos Cartago sofocada
Como en los brazos de Hércules, Anteo!
En tanto que la gloria conducía
Sus vencedoras águilas; en tanto,
Que de sus armas el fragor hacía
Trémulo el orbe enmudecer de espanto;
Mientras de la señora de los pueblos,
Sobre la regia frente, que de Marte
Los rayos coronaban,
Sus vates con amor entrelazaban
Al guerrero laurel, flores del arte!
Mientras hacían resonar el viento
De la epopeya con la nota grave,
Con el lírico acento
De la oda entusiasta y la süave
Cadencia del idilio
En deliciosos sáficos, Horacio,
Y en sublimes exámetros, Virgilio,
Roma se apoderaba del espacio!

Pero el espacio hambriento que devora
Lo que en sus negros ámbitos se abisma,
La hunde agobiada bajo el peso enorme
De su grandeza misma!
En vano por instantes se incorpora,
En vano asirse á la extensión desea;
Vacila y cae, y la extensión la absorbe,
Haciendo en pavoroso desconcierto
Despertar á las razas del desierto
Y en su ancha base estremecer al orbe!

Así volcado en rápido hundimiento
Cae el mundo romano
Como vieja montaña desquiciada;
Pero se salva el pensamiento humano!
Porque su vago y misterioso efluvio
Flota sobre los grandes cataclismos,
Como en las vastas aguas del diluvio,
Sobrenadaba el Arca en los abismos!
Y viendo entonces por doquier rüina
Fué del sagrado Gólgota á la cumbre,
Buscando un foco en que avivar la lumbre,
Con que el orbe ilumina.

Ya en posesión de la verdad divina
Sale al encuentro de esas nuevas razas
Hijas de una región desconocida
Que vomita el desierto,
Y hallando el mundo á su expansión abierto
En busca de la luz van á la vida!

Sale á su encuentro y las detiene, y hace
Cuando la enseña de la cruz levanta,
Que se arrodillen con fervor profundo,
Ellas, á cuya planta
Se arrodillara con temor el mundo!
Después las alza con la frente ungida
Por el bautismo de la nueva idea,
Y entre el caos de los feudales tiempos
Donde la edad moderna se elabora
Sobre la noche universal pasea
El alma de Jesús como una aurora!

Siglos y siglos se escuchó en la tierra
El hurrah de las razas vencedoras
Que en el futuro su poder distinguen
Mezclado al largo, incógnito y perdido
Sollozo de las razas que se extinguen
Rodando hacia el silencio y el olvido!
Dios preside en el alto firmamento,
Y preside el espíritu en la tierra
De una inmutable ley al cumplimiento,
Ley que el progreso universal encierra
Y hace que en pos de cien transformaciones
Se conviertan, dejando eternos rastros,
Las nebulosas pálidas en astros,
Y las razas errantes en naciones!

Nacen y mueren pueblos en la Italia;
Los Francos herederos de su gloria
Celebran el festín de la victoria

Sobre la tumba de la antigua Galia!
De la que solo queda entre rüinas
Cubiertas por el manto de la yedra,
Las sombras de las druídicas encinas
Sobre las grandes dólmenes de piedra.

La abrupta cima de las altas rocas
Teniendo por asiento,
Y dominando en torno la campiña,
Se alzaban el castillo y el convento
Como nidos de aves de rapiña!
Del pueblo se hacen el sangriento azote
Cuando instituyen como santo fuero,
La servidumbre física, el guerrero,
La esclavitud moral, el sacerdote!

Dos poderes al mundo esclavizaban
Dictándole sus leyes:
Los reyes á los pueblos dominaban
Los papas á los pueblos y á los reyes!
La injusta guerra por doquier ardía,
El pueblo soportaba los horrores
Y obediente la Europa á sus señores
Oraba y combatía!
La Iglesia omnipotente
Alzando aquí un cadalzo, allí una hoguera,
Tiraniza el espíritu, le oprime
Y castiga con bárbaro escarmiento
El delito sublime
De pensar en su propio pensamiento!

La noble España, émula de Roma,
La que á la sombra del pendón guerrero
Dando á las artes venturoso asilo,
Tuvo en Cervantes un rival de Homero
Y en el gran Calderón un nuevo Esquilo,
La nación que abarcando
Mayor espacio en la terrestre esfera
Hizo retroceder los horizontes;
Pueblo que en medio de los pueblos era
Lo que el monte Himalaya entre los montes!
Volcánico cometa que á su paso
Dejó un reguero fúlgido en la historia
Y fué á caer en silencioso ocaso
Desde el cenit del cielo de la gloria!
Es que en hondo sopor aletargado,
Fué al peso agobiador del fanatismo;
Coloso que rodó despedazado
Con pavoroso estrépito al abismo.

Desmintiendo su voz con sus ejemplos,
El clero oraba hipócrita de día,
Y de noche, á espaldas de los templos,
En bacanales lúbricas reía!
Reía; en tanto el pueblo,
La inmensa masa anónima que vive
Entre la pena de infortunios viejos
Y la congoja súbita que asombra,
Sollozaba allá lejos,
En las profundidades de la sombra!

¡El pueblo, eterno mártir olvidado,
Que espirante en la tienda de campaña,
En el taller hambriento y fatigado,
Y hambriento y desvalido en la cabaña,
Exhala su lamento,
Ese largo gemido sin respuesta
Que los monarcas en su alegre fiesta
No saben donde se lo lleva el viento!
Aunque caen silenciosas,
Las lágrimas del pueblo no se pierden!
Son riego de simientes misteriosas!
Los hondos, tristes y llorosos ayes
Que lanzan las dolientes multitudes,
Como el vapor que brota de los valles
Del trópico en las altas latitudes,
Primero es una masa que invisible
Se extiende, y luego se condensa y sube
Hasta formar la nube,
En donde el rayo estallará terrible!

Hierve la tempestad en los abismos
Haciendo que un rumor profundo y grave,
Retumbe sordo y pavoroso ruede
Del globo en las entrañas silenciosas;
Es la inquietud inmensa que precede
Al cumplimiento de las grandes cosas!

Por el cáncer del vicio corroida,
La Iglesia vacilaba en desconcierto
De Jesús con la túnica arropada;

Era un cadáver fétido cubierto
Con un manto de púrpura sagrada!
El grande, el inmortal Savonarola
Sacerdote y tribuno,
Apóstol de la ley del evangelio
Y el noble pensador Giordano Bruno,
Mártir del evangelio de la ciencia,
En la hoguera espiraron
Para los redentores encendida
Porque con mano intrépida arrancaron
Algo del velo de esa fe mentida;
Hasta que ardiendo en entusiasmo santo
Lútero apareció como un mesías,
Y en medio al estupor de las naciones
Hizo pedazos ese impuro manto
Y la tierra barrió con sus jirones!
Ese hondo tabernáculo de vicios
Así del todo abierto,
Así desnudo el ídolo del todo,
Mostró á la Europa atónita lo que era
La Iglesia: brillo y esplendor por fuera;
Por dentro, sangre y podredumbre y lodo!

Lutero, este Jesús del Occidente
Que restituye al hombre la conciencia
Y Gutemberg, cuyo sublime genio,
Presta á la inteligencia
Las alas fulgurantes del relámpago,
Socavan el cimiento
Del Vaticano y con pujanza altiva,

Ponen en libertad al pensamiento
Como se suelta un águila cautiva!

Cuando el humano espíritu alborea
Después de largo eclipse,
Los primeros fulgores de la idea
Del genio brillan en la excelsa frente,
Como al alzarse el sol en el Oriente
Lo que primero dora, son las cumbres!
Los genios son los grandes emisarios
Que Dios al mundo envía,
Los que alzando sus índices gigantes
Del progreso y la luz muestran la vía!
Galileo y Colón con noble audacia,
Y con el torpe fanatismo en guerra
Hallaron como premio á sus anhelos,
El uno nuevos mundos en la tierra
El otro nuevos astros en el cielo!

El hombre un tiempo en su soberbia dijo:
«Los cielos y la tierra
Se han hecho para mí; yo soy el hijo
Predilecto de Dios; yo soy su imagen!
La mansion de mi vida
Alumbra el sol desde el inmenso espacio
Como perenne lámpara encendida
En la bóveda inmensa de un palacio!
Prendiendo el manto azul del firmamento
Con diamantinos broches,
Los ángeles suspenden las estrellas

Para que en el misterio de las noches
Mi vista ociosa se deleite en ellas!»
¡Sueños de vanidad! Con mente osada
Copérnico adivina el movimiento
De la gigante máquina del mundo,
Y vé la triste humanidad inquieta
El puesto humilde que en los cielos tiene
    Nuestro pobre planeta;
    Y débil humillada
Siente el hondo pesar del que despierta
Bajo el duro rigor de áspero dueño
    Y en profundo abandono,
Despues de creerse en la ilusion de un sueño
De pie en el alto pedestal de un trono!

  Mirando todo bajo un plan diverso
Al que su necia presunción forjara,
La vasta inmensidad del universo
Con su humillante pequeñez compara;
    Pero Kepler se expande
En portentosos cálculos, mostrando
Que en esa pequeñez hay algo grande,
Puesto que él desde el polvo de la tierra,
Mísera habitación de los mortales,
Atomo leve en la extension perdido,
Se eleva á los espacios siderales
En alas de su espíritu atrevido;
En frente allí de la creacion inmensa
Rásgase ante él de la verdad el manto,
Tiene sublimes éxtasis; y piensa

Pensamientos de Dios!
Mas ay! en tanto
Que audaz el genio humano
De la tierra exploraba el hondo abismo
Y audaz por los espacios discurria,
La esencia de su ser desconocia,
Se ignoraba á sí mismo!
Pero Descartes penetró del alma
En el mundo invisible, cuyo imperio
Estaba como un bosque primitivo
Poblado de tinieblas y misterio!
Al entrar derribó viejos errores
Y abrió nuevos senderos,
Como el valiente leñador que avanza
Y se interna en la lóbrega espesura,
Lós troncos bate de árboles antiguos
Y abre camino en una selva oscura!

Haley, ese profeta de la ciencia,
Sublime indagador del infinito,
Con quien tuvo su espíritu gigante
Largas horas de muda confidencia,
Dice al cometa errante:
«Tal dia brillarás en nuestro cielo,»
Pasa un siglo, y á la hora prefijada
Un nuevo astro con triunfante vuelo
Se presenta en la bóveda azulada!

Franklin la mira en dias de tormenta,
Pero su mente á las alturas sube

Y en el aire extendiendo
El brazo de metal del pararayo
Roba su chispa eléctrica á la nube!
¡Franklin ya tiene en su poder el rayo,
El arma de los dioses!
Y al valeroso Washington la entrega
Cuando en su patria llega
De la esperada libertad la hora,
Para que sea en sus robustas manos
La espada redentora
Con que arrebate el cetro á los tiranos!

¡Instantes de suprema espectativa!
Oscura nube espesa,
Fatídica se cierne en los espacios
Y en tanto en la mansion de los palacios
Nunca el rumor de los festines cesa!
El vicio entre la púrpura se engríe,
Algo en el seno de las sombras lucha;
La voz de los filósofos se escucha,
El pueblo lee y medita; Voltaire ríe!
El horizonte lóbrego y profundo
Fulgura al brillo de lejanas teas;
La atmósfera es de fuego, las ideas
Cruzan como relámpagos el mundo!
Armado avanza el pensamiento humano
Sin que nada en su senda lo desvíe;
Por grados la contienda recrudece,
Rousseau los corazones enardece
Diderot argumenta y Voltaire ríe!

Y en esa risa irónica y potente
Hay un vago estertor de multitudes,
Un rumor sordo de cadenas rotas
Que hace temblar la mitra y la diadema;
Esa risa sublime tiene notas
De burla, de sollozo y de anatema!

La descreida humanidad se hundía
En torpe y sibarítico marasmo;
Ya no la conmovía
La virtud, ni la fe, ni el entusiasmo;
Fué entonces que Voltaire con mano airada
Le azotaba la faz desvergonzada
Sirviéndole de látigo el sarcasmo!

Fué su implacable sátira el terrible
Demoledor ariete á cuyos golpes
Temblaron con su pompa y con sus leyes,
El trono envilecido de los Papas
Y el trono ensangrentado de los resyes!
¡Papado, Monarquía!
¡Nuevas Babeles del orgullo humano
Que levantara audaz el despotismo,
Que tiene por cimiento la ignorancia
Y por cúpula inmensa el fanatismo!
Para que brille el día
Despues de las tristezas de esa larga
Noche de pavorosa tiranía
Que fué del mundo horror y vilipendio,
No de los astros el fulgor bastaba;

Esa noche moral necesitaba
La llama abrasadora del incendio!

Y el incendio estalló, y ardió en la tierra;
Se levantó como un titán el pueblo,
Y cetros y coronas
Echando al fuego de sangrientas piras,
Hizo al salir de su mortal desmayo,
Ministro de sus cóleras al rayo
Y al trueno heraldo de sus justas iras!

Como un mar azotado por los vientos
La muchedumbre ruge,
Y al estallar su contenido encono,
Se agita, se abalanza, y á su empuje
Deshechos ruedan el altar y el trono!
La Francia en honda convulsión lanzaba
Grito de libertad tan alto y fuerte
Que, para siempre sonará en la historia;
Fué un volcan en fusión que vomitaba
Lava de muerte en erupción de gloria!

Siempre en pos de los grandes cataclismos
En que se agita el mar ó los volcanes,
Soplan los tempestuosos huracanes,
Esa respiración de los abismos!
Poderoso huracan que en su carrera
Arrebata ciudades;
Que las selvas deshoja, hincha los rios,
Traspasa las calladas soledades,

Trepa á la cima de los Alpes fríos,
Desciende de sus altos
Picos de nieve perennal cubiertos,
Se ensancha, crece, el horizonte llena,
Cruza los mares, vuela á los desiertos
Y se revuelca en la caldeada arena;
Surcado de relámpagos
Su torbellino denso,
Los potentes obstáculos arrasa;
Pero derrama por do quier que pasa
Pólen fecundo en el espacio inmenso;
Eso fué Bonaparte!
Rayo de genio y huracán de gloria,
Que el rojo brillo de incendiarias teas
El polen esparció de las ideas
Con que Francia iluminó la historia!

Después que desató esas tempestades
¿Por qué cruza de nuevo el oceano,
El viajero inmortal de las edades,
El pensamiento humano?

Es que más altas cimas
Quiere para brillar; es que anhelando
Espacios más profundos,
Busca como Colón ignotos climas
Y encuentra nuevos mundos!

Quiere encender el faro de su lumbre
Donde le dé la libertad su amparo,

Y halla para columna de ese faro
Del Chimborazo la soberbia cumbre!
Su brillo se dilata
Por la vasta extensión de un continente
Y se refleja fúlgido y potente,
En el espejo colosal del Plata.

La voz del heroísmo
Lanza su grito enérgico de alerta
Y en los antros sin luz del fanatismo
El alma de la América despierta;
San Martín y Bolívar, los titanes
De las patrias contiendas
Que serán el Alcides y el Teseo
De futuras leyendas,
Libre entregaron á la raza humana
Inmenso campo para obrar prodigios;
El Plata, el Marañón y el Amazonas
Conservan de su paso los vestigios;
Y todo, todo en las extensas zonas
Que en triunfo recorrieron
Su genio y sus proezas atestigua;
Son en el nuevo mundo lo que fueron
Los semidioses de la edad antigua!
Para librar naciones
Sus pobres pero intrépidas legiones
Atravesaron páramos sombríos;
Tiñieron con su sangre de leones
Las pampas y las selvas y los ríos;
Treparon las mesetas de los Andes,

Y pueblo alguno ni época en la historia
Hombres y hazañas contempló tan grandes
Sobre tan alto pedestal de gloria!
Al pie de esas gigantes cordilleras
Que hacen la tierra aproximar al cielo
Y bañarla en su luz; en las riberas
De ríos dilatados como mares,
De llanuras sin fin sobre la alfombra
Y bajo el ancho pabellón de sombra
De inexplorados bosques seculares,
Su trono asienta el pensamiento humano,
        Rey del orbe moderno,
Y en el vergel del argentino llano
Detiene el curso de su viaje eterno!
¡Y aquí demorará siglos y siglos,
Que al fin encuentra en esta tierra virgen
En donde el sol de porvenir asoma,
Una patria más bella que la Grecia,
        Más potente que Roma!
        La patria americana,
En cuyo suelo espléndido y fecundo
Vendrá por fin á realizar el mundo
La libertad de la conciencia humana!

Es nuestra hermosa América un oásis
A donde en pos de las jornadas rudas
        Por áridos desiertos,
La peregrina humanidad acampa;
Aquí la mente y la palabra vuela
Libre como los vientos de la pampa;

Sávia primaveral nutre la vida,
Rumbo de oriente las ideas toman,
Se abaten viejos ídolos, y altares
Caducos se desploman!
Y el hombre fuerte de la edad presente
Que corta istmos para unir los mares,
En este mundo joven mira y siente
Perforación de montes,
Cumbres que invitan á gigantes vuelos,
Vastos ensanchamientos de horizontes,
Inmensa sed de espacio, hambre de cielos!

En vano los eternos rezagados
En la marcha ascendente del progreso
Que dan la espalda al sol que se levanta,
Sobre el fango de tiempos ya pasados
Quieren hacernos resbalar la planta;
No lo conseguirán. Se puede al águila
Aprisionar, más sólo cuando inerme
Sobre las grietas duras
Herida cae ó descuidada duerme,
Mas no cuando se cierne en las alturas!
Y hoy dueño del espacio
El pensamiento es águila de lumbre
Que vuela por los ámbitos profundos
De la insondable selva de los mundos
Hasta posarse en Dios, excelsa cumbre!

No es una ciencia atea,
Un futuro sin Dios, lo que predican

Los defensores de la nueva idea;
Son los fuertes obreros que edifican
El nuevo santuario de las almas.
Son los profetas que en su ardor fecundo
Anuncian entre víctores y palmas
La religión del porvenir, al mundo!
Es el templo en escuela convertido,
Y el culto inmaterial de la conciencia
Lo que en su ardiente prédica reclaman;
No es la ciencia sin Dios lo que proclaman,
Sino á Dios revelado por la ciencia!

¡Alma del infinito,
Desconocido espíritu sin nombre
Cuya grandeza por doquier contemplo,
La tierra es tu ara, la creación tu templo,
Y el sacerdote de ese templo, el hombre!

EL BORRACHO

Ya van tres noches de festín. En ellas,
Avido el corazón de un algo inmenso,
Toda una vida en el placer condenso
Y aún tengo hambre de placer y amor!
Quiero beber mi juventud de un sorbo
Del goce en la frenética locura,
Como en el ansia de la sed se apura
Una copa repleta de licor!

Afluye á mi cerebro en onda cálida
La sangre haciendo estremecer el pulso,
Y vacilante, trémulo, convulso,
Con nerviosa inquietud,
Siento que el aire á mis pulmones falta;
Mi pecho en sorda agitación palpita
Y el golpe seco al retumbar imita
Del martillo clavando el ataúd!

Corra el deleite para mí á raudales;
Mas que la tempestad, temo la calma;
Tormentas de placer sacudan mi alma
Que harto conoce ya las del pesar!
Dadme el ardor de las pasiones locas,
Dadme un eden de tropicales flores;
Quiero aturdirme en frenesí de amores
Y en un salvaje vértigo gozar!

Yo antes amé la vida del desierto
A donde libre el corazón se expande,
A donde el hombre, inculto pero grande,
Parece dominar la inmensidad;
¡Ah! yo envidiaba al hijo de la Pampa,
Al rey de la llanura primitiva
Cuando tenía en su extensión nativa
Por único rival la tempestad!

Hoy busco las ciudades; hoy prefiero
La sucia fonda que con luz mezquina
Amarillenta lámpara ilumina,

A un paisaje bellísimo con sol;
La taberna es mi hogar; en este sitio
Donde se goza porque en él se olvida
Vengo á tomar venganza de la vida
Usando como un arma el alcohol!

Aqui llegan los náufragos del mundo;
Aquí en la pobre y mísera taberna
El pueblo alivia la tristeza eterna
De un dolor cuyo fondo nadie vé;
Este es el sitio, la fatal guarida
En donde á unos la miseria lanza,
A otros un amor sin esperanza
Y á muchos como á mí... yo no sé qué!

Es como esas honduras que en los montes
Doran apenas pálidas vislumbres;
A veces lo que rueda de las cumbres
Es allí donde cae;
Sordas borrascas su interior conmueven,
Estallan silenciosos cataclismos
Y tiene, como todos los abismos,
El misterioso vértigo que atrae!

Irresistible vértigo... conozco
Un hombre de alto ingenio allí perdido;
Ebrios los padres de su padre han sido,
Su padre y sus hermanos ebrios son;
Los tristes frutos de su amor, los rasgos
De esa fatal herencia llevan fijos,

Y ebrios serán los hijos de sus hijos
¡Ay! hasta la postrer generación!

Yo he visto en frente á una taberna el cuerpo
De un jóven bello de elegante talle
Que un día sobre el cieno de la calle
Entre un charco de sangre amaneció;
Nadie sabe su historia ni su nombre,
No tuvo quien lo asista moribundo;
Su último y doloroso ¡adios! al mundo
Nadie en el mundo oyó!

Eso me espera á mí... pero bebamos!
Adentro, mis gozosos camaradas
Bailando con mujeres alquiladas
Se agitan al compás de un acordeón.
Allí en un charco de licor un ebrio
Resbala y cae con palmoteo y mofa
Y caïdo en el suelo filosofa....
Hé ahí al hombre, al rey de la creación!

De un organillo que en la calle suena
Mezclan al vago acorde, sus ronquidos,
Los que chorreando baba allí tendidos
Duermen en el sopor de la ebriedad;
Al fin se tiñe este grotesco cuadro
Con la luz virginal de la mañana;
Yo me acerco á mirar de una ventana
El lento despertar de la ciudad,

La vista de la aurora me trasporta
A un mundo y á una época lejana;
Es la hora del toque de la diana
Y en distante cuartel suena un clarin.
¡Lo escucho en una orgía, y es el mismo
Que allá en los tiempos de la patria, grandes,
Retumbó en las quebradas de los Andes
Y en los campos de Máipo y de Junín!

¡Oh patria, yo, que hasta de Dios blasfemo
Y desprecio los ídolos del hombre,
Yo me arrodillo al pronunciar tu nombre;
Tú eres mi única fé, mi último amor!
¡Cuanto envidio á los mártires sin gloria
Que con la sangre ardiente de sus venas
Mojaron del desierto las arenas,
Su vida dando por guardar tu honor!

¡Quién fuera de esos héroes ignorados
Que cuando caen, á tu bandera fieles,
Reclinan su cabeza sin laureles
En sepulcros sin flores ni inscripción;
¡Ah, pero ahora en vez de noble sangre
Inmundo barro nuestro suelo alfombra!
Ni siquiera morir bajo la sombra
Se puede de tu amado pabellón!

Almas de ardiente inspiración bañadas,
Jóvenes bardos de la patria mía,
No olvidéis que la grande poësía

Es hija de la santa libertad!
¡Cantáis brisas y flores, cuando al pueblo
Hay manos que sacrílegas lo oprimen!
¡Escarneced al criminal y al crimen,
O el cobarde laúd despedazad!

Para marcar el rostro de los siervos
O al amo imbécil fustigar con ira,
Con las cuerdas de bronce de la lira,
Poetas, es ya tiempo de imitar,
Al gaucho noble, al payador valiente
Que arranca una bordona á su guitarra
Y al extremo de un látigo la amarra
Cuando precisa herir al azotar!

¡Oh patria, al ver que tu destino entregas
A estúpidos mandones, me parece
Que de cólera el Plata se estremece,
Y pienso en los delirios de mi fe,
Que hasta las piedras de las calles sienten
Ira y vergüenza de que pisen ellos
Donde en los días de tu gloria, bellos,
Próceres y héroes han sentado el pie!

¡Ciudad de Mayo, que en un tiempo has sido
La joya de la América latina,
Pueblo de Juan Chassaing y Adolfo Alsina,
No, tú no eres el que viendo estoy!
Has perdido el vigor; tus ciudadanos
Se han hecho más cobardes que mujeres

Y una turba ruin de mercaderes
Depositaria de tu suerte es hoy!

¡Comprendes el oprobio y lo soportas,
Envilecida estás, y estás contenta!
Te has puesto abajo de la misma afrenta
Impávida gozando en tu abyección!
Yo degradado en joven, soy tu imagen;
Pero así en tu desgracia, patria mía,
Yo te amo y tus ultrajes lavaría
Con sangre de mi propio corazón!

. . . .

Aquí, desde este sitio y á esta hora
Voy el mundo á mirar á la manera
Que solitario en árida ribera
Contempla el pobre náufrago en la mar,
Las tablas sueltas de la rota nave
Donde viajaba á los deseados puertos,
Y mira, de otros náufragos los yertos
Cadáveres flotar!

Allí para un bautismo han madrugado
Y á un niño envuelto con pañales finos,
Le ponen entre el cura y los padrinos
El sello de la santa religión,
Como en la fiesta de la *yerra* ponen
Una señal al infeliz ternero
Cuyo destino es ir al matadero
O á tirar el arado en la opresión!

Cruza después un fúnebre cortejo;
Con pompa en él la vanidad disputa
Los homenajes que el dolor tributa;
¡Hoy cuántos llorarán al que murió!
Y antes que el cuerpo frágil se disuelva
Bajo la triste lápida mortuoria
Tal vez se habrá borrado su memoria
Entre los seres que en el mundo amó!

Después el cuadro cambia, y de una boda
El grupo alegre desde aquí contemplo;
Se agolpan los curiosos hacia el templo,
Y en los delirios de su eterno afán,
Los novios sueñan que al edén caminan,
Sin pensar en su férvido alborozo
Que marchan ciegos de pasión y gozo
Y los ciegos no saben donde van!

No saben que el amor como la muerte
Nos lleva en dirección desconocida;
Toma al azar las almas en la vida,
Les hace un cielo próximo entrever,
Y las arrastra al vértigo y la noche;
Yo hallé un calvario al fin de ese camino;
Implacable al herir es el destino
Cuando tiene por arma á la mujer!

Yo quise á una... La adoraba tanto
Como si la pasión de muchas vidas
Estuvieran en mi alma refundidas;

¡Era un amor salvaje y tropical!
Pero fría y tenaz calculadora
Me inmoló sin piedad á su egoismo;
Por su culpa me arrastro en un abismo,
Por ella soy borracho y criminal!

¡Y ella vive triunfante, y yo caído,
Y aún siento que de allá desde su altura,
Me tiene como atado á su hermosura
Pendiente en el dogal de mi dolor:
Así un árbol hermoso en campo ameno
Gentil se ostenta sobre verde alfombra
Sosteniendo un cadáver que á su sombra
Lívido cuelga de una rama en flor!

Me traicionaron cuando yo tenía
Sed de emociones y hambre de placeres;
¿Pero á qué maldecir á las mujeres?
No son todas así;
Muchas saben amar; y lo que arroja
Mas hiel y luto en mi existencia triste,
Es que yo veo que el amor existe
Y sé que ya no existe para mí!

¡Yo necesito emborrachar el alma!
Y anhelo, que á mi ocaso sin fulgores
Le presten arrebol con sus colores
Las rosas más lozanas del jardín;
Quiero unir la alegría de las rosas
Al horror de los túmulos abiertos

Y que me sirva el cráneo de los muertos
De copa en un sacrílego festín!

¡Oh tú, joven beldad, hija del pueblo,
Que tras del mostrador de esta taberna
Te han condenado en una orgía eterna
A que marchites tu mejor edad:
Ven y deshoja flores en mi vaso;
Juntemos mi dolor con tu tristeza;
Joya en el barro, pierdes la pureza,
Y aún guardas, pobre niña, tu bondad!

Entre el horror de la embriaguez y el juego
Estallando en salvaje paroxismo,
Te ví, rayo de luz en este abismo,
Oleadas de furor apaciguar;
Si el dolor de los grandes infortunios
Arranca el llanto de tus ojos bellos,
Alma piadosa, llora por aquellos
Que como yo, no pueden ni llorar!

El extraño poder que rige al orbe,
Sin consultarme, sin que yo lo pida,
Me hizo el presente griego de la vida
Que no puedo en verdad agradecer;
Al mundo me lanzó como en la noche
Arroja el mar un náufrago á la playa;
De este destierro cuando al fin me vaya
¿Dónde irá lo que hay de íntimo en mi ser?

A la nada, al infierno, á cualquier parte.
Que sea lejos, lejos de este mundo,
Astro maldito, globo moribundo,
Que nutre á la podrida humanidad,
Donde abriendo la muerte á cada paso
A nuestros pies alguna tumba nueva,
Una mitad del corazón nos lleva
Y nos deja á sufrir la otra mitad!

Los trovadores que con pulcro estilo
Hacen gemir sus liras enlutadas,
Comparan con las rosas deshojadas
Una vida infeliz;
La mía es cual las yerbas de un camino
Que al sol y á la intemperie se marchitan
Y el casco de las bestias que transitan
Las seca y las arranca de raíz.

Es malo ser poeta, pero á veces
Es grata de los versos la armonía;
El pueblo siempre amó la poesía
Y yo amo todo lo que vibra en él;
Tengo delirio por las arpas de oro
De Méndez, Rivarola y Obligado
Que en la sien de la patria han enlazado
Flores del arte al bélico laurel!

Yo solo á falta del amor ó el vino
O cuando el vino ó el amor me hastía,
Llamo á las musas que invocar solía,

Y siempre acude á mí la del dolor;
Ella con ronca voz me dicta cantos
Sin el ritmo feliz de la belleza;
Francos y rudos, tienen la aspereza
De la tosca canción del payador!

Es que en la selva que asoló el incendio
No anidan ya los pájaros cantores;
El árbol del desierto no dá flores
Y cuando dá, las seca el huracán.
No tiene rosas, ni verdor, ni tiene
Blandas ondulaciones de colina
La roca agreste de una cumbre andina
Cráter tal vez de incógnito volcán!

. . . .

Pero ya escucho que de lo alto suena,
Llamando á la oración de la mañana,
En la vecina iglesia la campana
Con metálica y lenta vibración.
Allí gentes del pueblo se encaminan
A elevar sus plegarias á los cielos;
El mundo de los últimos consuelos
Para las almas es la religión.

Yo ayer al templo fuí donde mi madre
A misa en otro tiempo me llevaba,
Y al pie del mismo altar en que ella oraba
Con profunda emoción me arrodillé.
Desde que ella murió, yo me hice incrédulo;

Ya no pisaba las iglesias nunca;
Quise rezar; la Salve medio trunca
Fué la única oración que recordé.

Al hallarme, después de larga ausencia,
Bajo esas naves donde tantas veces
Mi pobre madre levantó sus preces
A Dios, por mis hermanos y por mí;
Al mirar las imágenes que objeto
Eran de su piedad, me parecía
Que aún algo de ella en el recinto había,
Y como una mujer me enternecí.

Yo en mi cansado espíritu sentía
Lo que debe sentir el peregrino
Si lo llevan las vueltas del camino
A un sitio en que antes disfrutó de paz;
Y allí descansa y piensa entristecido
Que tiene que seguir su marcha errante,
Más penosa después de aquel instante
De reposo fugaz.

Mi pasado evoqué... Cuando la mente
En volver al pasado se encapricha,
¡Ay, los recuerdos de la muerta dicha
Vienen en ronda fúnebre á vagar
Por las sombras del alma, como dicen
Que en la alta noche de misterios llena,
Salen las tristes ánimas en pena
El sueño de los vivos á turbar!

Se elevan como pálidos espectros
Desde el limbo interior de mi memoria
Los falsos espejismos de la gloria,
Las vanas sombras del perdido bien!
Remonto el curso de mis bellos días
Hasta la dulce edad de los amores,
Y hallo el tendal de las marchitas flores
Que me hicieron soñar con un edén!

La imagen ¡ay! de mi primer afecto,
Unico que gocé sin desengaños,
De mi casta pasión de quince años
Dulce idilio de amor primaveral,
Trae á mi mente los contornos vagos
De una figura angelical y tierna
Cuya memoria en mi alma será eterna
Si el alma, como espero, es inmortal!

¡Después, reminiscencias de la infancia...
Y la escuela y sus juegos inocentes,
Y los seres queridos, hoy ausentes,
Que antes poblaban mi desierto hogar!
Cuando el pálido sol de esos recuerdos
De mi hondo hastío derritió la calma,
Sentí de lo recóndito del alma
Que porfiaba una lágrima en brotar!

¡Ella subió por último á mis ojos!
Al fin como la onda contenida,
Al fin iba á encontrar una salida

Tanto dolor que á solas devoré;
Yo no sé desahogarme, ignoro el llanto;
Pero en esa ocasión, aglomeradas,
Todas mis amarguras no lloradas
En la lágrima aquella condensé.

¡Y cuando iba á verterla, en el instante
En que brotaba ya, con torpe ejemplo
Un fraile vino y me arrancó del templo
Como se arroja un perro de un salón!
Salí á la calle y regresé á la orgía;
De entonces como en lóbrega caverna
Gotea el agua en filtración interna,
Me cae el llanto aquel al corazón!

¡Ay! desde entonces con afán profundo,
De mi fría existencia en la aridez,
Para olvidarme y olvidar el mundo
Busco el aturdimiento en la embriaguez.

En la sorda ansiedad que me devora,
Yo de mi propio ser preciso huir;
Duda el que piensa, y el que siente, llora;
Vale más no pensar y no sentir.

Vale más en un torpe desenfreno
Matarse en el suicidio del placer;
El alcohol es el mejor veneno;
El mejor, exceptuando la mujer!

Hiel en el fondo y néctar en el borde
Es de la vida el vaso engañador;
Música alegre en el primer acorde
Y al fin sollozo de mortal dolor!

Cuando en la orgía estúpida me abismo
No bebo por el gusto de beber;
Bebo porque en el fondo de mi mismo
Tengo algo que matar ó adormecer!

¡Y el hombre es un mendigo de placeres,
El mundo es una orgía en confusión,
Y en la escala infinita de los seres,
Borrachos todos en la vida son!

Los dandys y coquetas cuando exhiben
En los teatros, las plazas y las calles
Vistosos trajes y elegantes talles,
Ebrios, los pobres, van de vanidad!
Muñecos bien vestidos con que juega
En su existencia frívola y ociosa
Esa niña voluble y caprichosa
Que llaman sociedad!

La guerra es noble y su venganza justa
Si va en defensa de una santa idea,
Pero nunca, jamás cuando se emplea
Con un bastardo afan.
Para mi esos laureados asesinos
Que logran por sus crímenes un solio,

Las gradas al trepar del Capitolio
Ebrios de sangre van!

El tribuno inspirado cuyo acento
Escucha el pueblo con asombro y pasmo
Y á quien la turba en férvido entusiasmo
Lleva en marcha triunfal por la ciudad,
Entre las muchedumbres que lo aclaman
En el día feliz de la victoria,
Ebrio de gloria vá, porque la gloria
Es también una rápida ebriedad!

La pareja gentil de adolescentes,
Que bebiéndose el alma en las miradas,
Con las trémulas manos enlazadas
Se encienden por instantes en rubor,
Y por instantes, con ardiente rapto,
En dulces, largos, resonantes besos,
Unen sus labios abrasados... esos
Están ebrios de amor!

Las plantas se emborrachan con rocío;
Vaso de rica esencia son las flores
Donde van los insectos zumbadores
Y alegres liban su licor de miel.
Hasta el cóndor andino, cuando al alba
Vuela y se posa sobre una alta cumbre,
Bebe rayos de sol, y ebrio de lumbre
Se lanza al éter á reinar en él!

El artista en sus noches de delirio,
Cuando frente á la gran naturaleza,
Buscando el ideal de la belleza
Le brinda inspiración la soledad,
Ebrio de ideas el cerebro siente
Y es de su alma en la celeste orgía,
Su divino licor la poesía,
Y su vaso la azul inmensidad!

¡Ah, yo también en las contadas horas
Que en esta vida disfruté de calma,
Gozé de esa embriaguez que siente el alma
Cuando se tiene inspiración y amor;
Hoy que yo mismo agoto mi existencia
En la agonía de un suicidio lento,
Siento un constante vértigo, me siento
Borracho de dolor!

Todo se bambolea en torno mio;
Todo á mi oído fúnebre retumba;
Y ebria la humanidad hacia la tumba
Marcha en carnavalesca procesión;
El hombre errante y huérfano en la tierra,
La tierra errante y huérfana en el cielo,
Y en un sollozo universal de duelo
Refundida la voz de la creación!

El aire está impregnado de sollozos,
Estériles los campos y sombríos,
Crecen con sangre y lágrimas los ríos

Llevando sangre y lágrimas al mar!
Como fiera en acecho está el abismo,
Y en la naturaleza y en el alma
Torva domina esa siniestra calma
Que suele las borrascas presagiar!

¡Todo es noche y dolor! Allá en la tarde
Ebrio se acuesta el sol en el ocaso
Y las estrellas con incierto paso
Ebrias caminan de su disco en pos!
¡La tierra es un sepulcro de que el cielo
Es la lápida inmensa y triste y muda;
¡Todo es noche y dolor!...Ebrio sin duda
Cuando hizo el universo estaba Dios!

¡Amigos, maldición sobre la vida!
Cuando yo caiga á vuestro lado, inerte,
Con una orgía festejad mi muerte
Y al campo mi cadáver arrojad.
Haced como en las islas magallánicas
Las tribus de sus páramos incultos,
Donde dicen que entregan insepultos
Los muertos á la vasta soledad!

¡Qué espléndido ataúd el de un paisaje
Que baña en luz la bóveda celeste,
O el alta cima de un peñón agreste
Siempre batido por el ronco mar!
Antes que me devoren los gusanos,
Bajo un montón de piedras bien cubierto,

Con mi cuerpo á las aves del desierto
Un salvaje banquete quiero dar!

Ellas son más benignas que los hombres;
Solo devorarán mi carne fría,
Mientras lo grande que en mi ser había,
El mundo lo desgarra sin piedad!
¡Compañeros, un bríndis á la muerte!
Si quereis nuestra fiesta interrumpamos
Para clavarnos un puñal, y vamos
A continuarla allá en la eternidad!

¡Y que claro, que espléndido está el día!
¡Como brilla la luz, la luz sagrada,
Que en la grande, en la excelsa obra creada
Fué la hija primogénita de Dios!
¡Si alguien, amigos, en la tierra os ama,
Mandadle vuestra triste despedida;
Yo en la hora fatal de la partida
No tengo á quien enviar mi último adiós!

Resto viviente del antiguo caos,
Náufrago de un inmenso cataclismo,
Nací de las tinieblas del abismo
Y aún laten sus borrascas en mi ser;
Cuando descienda al mundo de las sombras
Con mi dolor se agrandará el infierno,
Y mi alma errante en el espacio eterno
Hará la noche universal crecer!

FANTASIA POÉTICA

Bajo un manto de sombras yace el mundo,
Como un sepulcro bajo negra lápida,
Y del vacío en la región sin límite,
Y sobre el vasto imperio de las aguas,
Sobre los valles
Y las montañas
Tiende en silencio el ángel de la noche
Entre la densa oscuridad sus alas.

Tenue vapor de blanquecina niebla.
Sobre las altas cumbres se derrama,
Y como un faro, en playa tenebrosa,
La luna clara en el oriente se alza,
Entre celajes
De nubes pálidas,
Como una virgen cuya frente ciñe
Blanco cendal de transparentes gasas.

Tibios destellos de su luz serena
Un vasto campamento iluminaban,
Y el centinela, mientras todos duermen,
La voz de alerta de hora en hora lanza,
Y las hogueras
Medio apagadas
Brillan apenas, como fuegos fatuos,
Sobre un antiguo campo de batalla.

Bajo la fría bóveda del cielo
Y sobre un duro lecho sin almohada,
Reposaban los hijos de la guerra
De sus afanes y fatigas diarias;
Y bajo un árbol
De espesas ramas,
Dormía un jóven y soñó durmiendo,
Que en sus nativos campos se encontraba.

Soñó que al otro lado de los mares,
Sobre un sangriento campo de matanza,
Sobre un montón de ruinas y de escombros,
Había un trono, y sobre el trono estaba
El león terrible
De las Españas,
Desgarrando el costado de una virgen,
Que yacía á sus pies encadenada.

Duerme el guerrero y en su sueño escucha
El eco sin rumor de unas pisadas,
Y luego un ruido como un ruido seco,
De pesadas cadenas que se arrastran;
Y ante sus ojos,
Inmóvil, pálida,
Velada en nieblas, vió surgir la sombra
De una mujer con vestiduras blancas.

Era su aspecto el majestuoso aspecto
De una gloriosa reina destronada,
Cuando convoca á todos sus guerreros
Para un día de gloria y de venganza.

Sus ojos negros
Chispas lanzaban,
Y de una herida abierta en su costado,
Gota á gota la sangre derramaba.

La virgen de las blancas vestiduras
Que entre nieblas surgió como un fantasma
Habló así al guerrero que dormía
Y era su voz la voz de una plegaria,
Habló y le dijo
Estas palabras:
¡Oh, tu duermes el sueño del reposo,
En la noche de luto de la patria!

Atiende las palabras de mi boca,
Escucha á Dios que por mis labios te habla,
Y recuerda que el libro del destino
Escrito tiene en sus eternas páginas,
Que nadie puede,
Que nadie alcanza
Entrar al templo de la gloria, si antes
No recibe el bautismo de las lágrimas.

Si robusteces con tu ayuda al déspota
Que hace tres siglos oprimió á tu patria,
Tendrás en premio para solo un día
Coronas de oro á su capricho fiadas,
Muchas riquezas
Poder y fama;
Fama, poder, coronas y riquezas
Que por el suelo rodarán mañana.

Mas si quieres sufrir las amarguras,
Las congojas del pueblo y sus desgracias,
Luchar al lado del que heroico lucha
Para salvarle de opresión extraña,
Y si á ceñirte
Te resignaras
La corona de espinas del martirio
Que para el genio la calumnia labra,

Entonces te daría en mis altares
Una corona de laurel y palma;
Mas envidiable que el dosel de un príncipe,
Mas gloriosa que el cetro de un monarca;
Fúlgida aureola,
Simple guirnalda,
Que brille hasta el fin de las edades,
Que resplandezca como un sol sin mancha.

«Yo soy el dulce hechizo de tus sueños,
La inolvidable cuna de tu infancia;
Soy la futura gloria de tu nombre,
Soy la infeliz América tu patria.
Oye mi acento,
Despierta y marcha
Donde luchan mis hijos, tus hermanos,
Para ser libres como Dios los criara.

Calló la blanca aparición y súbito
Resplandeció su rostro en lumbre clara,
Fúlgida aureola iluminó su frente,
Y entre la densa oscuridad velada,

Se perdió luego
Cual sombra rápida;
Pero su voz como lejana música,
Quedó vibrando en los espacios, mágica.

Oye su acento San Martín, y al soplo
Del patriotismo retemplando su alma,
Atravesó el Océano y sus linderos
Desafiando el furor de las borrascas;
Hasta que un día
Llegó á su patria,
Jurando perseguir á los tiranos......
Hasta que el mismo Dios le diga « basta ».

Sobre los montes de nevada cima,
Sobre los llanos de la inmensa Pampa,
Sobre las ondas del inquieto Océano,
Sobre las rocas de extranjeras playas,
Luchando siempre,
Venció á la España,
Y sobre rica alfombra de despojos,
Trono de gloria levantó á su patria.

Un continente atravesó llevando
La victoria á su carro encadenada;
Sobre su frente el sol de la justicia,
Y en su horizonte el sol de la esperanza;
Sol cuya lumbre
El hombre empaña
Con sus miserias. Pero Dios lo mira
Y lo vuelve á encender con su mirada.

Arrebatando el rayo á las tormentas,
Se cierne como el Dios de las batallas,
Y anuncia sobre el pedestal de un mundo
Con poderosa voz que retumbaba
Como el estruendo
De muchas aguas,
Que el mundo es libre, y derribado yace
De los tiranos el soberbio alcázar.

Para fortificar en Dios su espíritu,
Para pedirle inspiraciones santas,
Sobre las nubes donde nace el rayo
Alzó su vuelo, semejante al águila;
Trepó á la cumbre
De las montañas,
Donde tocando con su frente el cielo
El mundo todo contempló á sus plantas.

Negros borrones arrojó la envidia
De su alta gloria en las brillantes páginas,
Y el héroe, el salvador de tres naciones
No tuvo sobre el suelo de la patria
Ni un pobre rancho
Para morir en calma!
¡Siempre el apostol de una gran idea
Ha sido el mártir de su propia causa!

En las amargas horas del destierro....
En la noche fatal de sus desgracias
Y hasta en el polvo de la tumba fría,
Han insultado su virtud sin mancha,

Pero su gloria
Y sus hazañas.
Tras larga noche hoy brillan más fulgentes
Como el sol, ya pasada la borrasca.

Delicia del Edén de nuestra tierra,
Castas y hermosas vírgenes del Plata
Tejed coronas de laurel de gloria
Para el campeón que el universo aclama;
Entonad himnos
En su alabanza,
Himnos guerreros que á los hombres digan
¡La voluntad del pueblo es soberana!

Pero no alcemos cantos de alegría
En las noches de luto de la patria;
Porque una fiesta y sus lujosas pompas,
Si al pueblo sus derechos arrebatan,
Son como flores
Y ricas galas,
Con las que adornan una pobre víctima
Para arrancarle luego las entrañas.

LA LEYENDA ARGENTINA

Cuando los dioses con su rayo hirieron
De Prometeo la cerviz erguida,
Los buitres hasta el Cáucaso subieron
Olfateando la sangre de su herida;

Y al mirarlo amarrado en las montañas
Rugiendo en sus sollozos formidables,
Se lanzan insaciables
Á roerle con furia las entrañas.

Así fué como en época lejana,
Trás el descubrimiento, la conquista
Vino sobre la tierra americana,
Y su inmenso vergel se abrió á la vista
De la hambre de oro y la ambición hispana.

Turbas de aventureros se lanzaron,
Y en busca de riqueza ponderada
Los rincones de América escarbaron
Con la cruz en el puño de la espada,
Y la espada homicida
Por el fraile canalla bendecida.

Y ruinas sobre ruinas hacinando
Forman una piráimide de escombros,
En cuyo enorme vértice clavando,
Su negro pabellón en sangre tinto
Y con las fuerzas de un titán alzando
Esa inmensa pirámide en sus hombros,
La arrojan á los pies de Carlos Quinto.

Con vivientes despojos
De pueblos que oprimían,
Mientras cantaba el sacerdocio en coro,
Los vencedores un festín hacían;
Sacrílego festín, donde servían
Sangre por vino y por manjar el oro.

Cortés, para guiar á sus legiones,
Sus naves quema, y la rojiza hoguera
Del incendio enarbola por bandera,
Y avanza con el trueno en los cañones
Sobre desconocidos hemisferios,
Para morir ó conquistar imperios.

En tanto que Pizarro
Soñando en hechos como su alma grande,
Quebró de la conquista bajo el carro
El cristal de la nieve de los Andes,
Y en el nombre maldito
Del Dios de los católicos hería,
Y el nombre de ese Dios leer no sabía
Sobre la uña de Atahualpa escrito.

. . . .

El despotismo vencedor convierte
Los pueblos en rebaños,
Y su diluvio universal de muerte
A la América entera dejó inerte
Por el espacio de trescientos años.

Era un mar de dolores la existencia
Donde ese pueblo estaba sumergido;
El cuerpo por los hierros oprimido,
Por el fraile oprimida la conciencia.

En sus desiertos campos,
Sólo con llanto de amargura llenos,

Las madres á sus hijos bautizaban,
Que desde el pecho maternal pasaban
De la más negra esclavitud al seno.

Fué el continente entero un calabozo,
Tumba inmensa sin lápida mortuoria,
Y un prolongado, universal sollozo
Que tres siglos duró—¡hé ahí su historia!

¡Sierva de la fortuna era la gloria
Y cómplice del crimen la fortuna!

¡Tierra elegida para ser la cuna
Del nuevo Cristo que en su ardor fecundo
Salvando pueblos, formará naciones!
Provincia de Misiones,
Yapeyú, Nazaret del nuevo mundo,
Pídele al cielo nubes de tormenta,
Y á la tormenta el huracán, el trueno,
Que andando el tiempo engendrará en tu seno
El rayo vengador de tanta afrenta.

¡América infeliz! Reina vencida
Y en tu propio palacio encarcelada,
Que restañas la sangre de tu herida,
Con una astilla de tu rota espada!
Virgen guerrera de las armas de oro,
De tu antiguo esplendor como un emblema,
Ciñe á tu frente la real diadema
Y empuña tu arco y tu carcaj sonoro;
Llama á la tempestad carro de bronce,

Y haz que lo arrastre el torbellino ciego,
Donde el ronco clarín del trueno se halla,
El iris, arco inmenso de batalla
Y el rayo, dardo espléndido de fuego!...

. . . .

Pasó el tiempo y los pueblos despertaron,
En torno la mirada dirigieron,
Y cuando en tanta esclavitud se vieron
Sin Dios, sin patria y sin hogar se hallaron!

Y aunque al salir de su mortal desmayo
Están desnudos, pobres é indefensos,
Lanzan de su alma electrizada el rayo,
Y hace erupción de luz el sol de Mayo,
Y la defiende en ámbitos inmensos!

Del cielo y de las cúspides nevadas
Su pabellón en el color tiñendo
Piden su ronca voz á las cascadas,
Á las tormentas su furor; y espadas
De sus cadenas con el hierro haciendo,
Sofocan en la cuna, como Alcides,
Del torpe despotismo las serpientes
Y cuerpo á cuerpo en sanguinosas lides,
Se lanzan con la raza de los Cides,
En campo abierto á combatir valientes!
¡Titánica contienda, duelo á muerte
Del pueblo niño y la nación pujante,
Que ante el mundo renueva de esta suerte
La lucha de David con el gigante!

Como un astro que lleva vagabundo
Un globo en formación en sus entrañas,
Ellos, de su alma en el afán profundo,
Llevando el porvenir de todo un mundo
Se dieron cita al pie de las montañas!

Y las montañas hasta el cielo alzaban
Sus blancas cumbres por el rayo heridas,
Cuyas enormes moles extendidas
Por todo un horizonte, semejaban
Un fantasma coloso, que llevando
En su cuerpo armadura de granito,
Y la nieve en su frente
Como casco de plata refulgente,
Para impedir la entrada al infinito
Se levanta en las sombras impotente!

Precipicios y abismos se ocultaban
Entre las selvas vírgenes y grandes:
Los Andes sobre el mundo se elevaban
Y el Tupungato audaz sobre los Andes!
Montaña adusta, que en las sombras vela,
Y una armada legión viendo que avanza,
Voces de alerta con el trueno lanza.
Porque es el centinela
Que á su vanguardia colocó sombrío,
La Cordillera, ejército de montes,
Para espiar los lejanos horizontes
En las mudas fronteras del vacío!

Allí la inmensa soledad encierra
Las tempestades, el alud, los vientos;
Una continua agitación la tierra
Y un desorden sin fin, los elementos!
Allí el suelo al pisarlo se estremece,
Y á cada paso alguna cima abierta
Tan honda se distingue, que parece
De un mundo subterráneo la ancha puerta;
Precipicios sin fin en cuyas bocas
Se oye en la noche con terrible estruendo,
Que de las altas cimas van cayendo
Masas de nieve y árboles y rocas!

Al pálido lucir de un sol de otoño
Que chispea en las lanzas y en los cascos,
Entre el estruendo del alud que rueda
Descuajando peñascos,
El fragor de las armas
Y el áspero rugir de los torrentes
Que caen de las laderas,
Van las haces guerreras
Trepando las pendientes!
La tierra absorta las miró con pasmo
Que por sus flancos la montaña asaltan,
Sin pararse á contar en su entusiasmo,
Cuantos tiranos que vencer les quedan
Ni cuantos pueblos que librar les faltan!
En vano las gigantes
Y enormes cordilleras,
Su muro inmenso de granito oponen,

Que casi va del uno al otro polo;
Ellos, las rocas áridas que solo
Los astros y las águilas trasponen,
Pasan y siguen su triunfante marcha;
Aunque la lluvia en nieve se condensa
Superponiendo á la montaña inmensa
Otra montaña colosal de escarcha!

Y cuando un día en la mitad se hallaron
De esa selva de montes colosales,
A medirse en su altura se pararon;
Mas luego que miraron
El vuelo de las águilas reales,
Diciendo: «¡Subiremos donde subes!»
Subieron como el águila á las nubes.

Monarca alado de las altas cimas,
Contempla el cóndor asombrado y mudo,
Esos seres extraños de otros climas,
Posado al borde de un peñasco agudo,
Para verlos mejor, de cumbre en cumbre
Alza el vuelo, trazando
Su curva inmensa sobre un mar de lumbre,
Las rocas con sus alas azotando;
Y dice, hablando así consigo mismo:
«¿Serán hijos tal vez de las llanuras?
¿O genios que arrojados del abismo
Pretenden escalar estas alturas?
¿Han descendido, acaso,
Desde el carro del Sol, cuando en la tarde

Sobre la nieve de las cumbres arde
Con las pálidas tintas del ocaso?»

Tiembla y eriza su plumaje entonces,
Con profundo rumor, al sentir luego,
Los cañones rodar, monstruos de bronce
Con un ojo de fuego!
Hasta las tribus bárbaras salieron
Del fondo del desierto y se acercaron,
Y cuando el rumbo de su marcha vieron
De nuevo al fondo del desierto huyeron
Después que un grito de estupor lanzaron!

Dios, que á los héroes el honor dispensa,
Quiere de tanto arrojo en recompensa,
Que pasen bajo un pórtico de gloria
Los que á la muerte van ó á la victoria;
Y el iris ante el sol, su curva inmensa
Extiende sobre pálidas neblinas;
¡Arco de triunfo, pórtico infinito,
Cuyas altas columnas de granito
Son las gigantes cúspides andinas!

Y al tocar esas cúspides nevadas,
Al compás de la música salvaje
Que forman en las peñas las cascadas
Y el viento en el ramaje,
El himno nacional cantan en coro;
Salmo y oda magnífica, imponente,
Que hubieran, sí, podido dignamente

Cantarla sin desdoro
Los inmortales con sus arpas de oro
Entre el estruendo de un millón de voces,
Cuando en los cielos terminó la guerra
Gigante de los dioses
Con los titanes, hijos de la tierra.

. . . .

La Libertad es un edén soñado,
Una especie de América escondida,
Que es preciso arrancar con heroísmo
De entre las sombras de un profundo abismo
Y al través de los mares de la vida!

¡A tí, el Colón de tan sublime empresa,
A tí, el caudillo de una gran cruzada,
Hoy te proclama, San Martín, la historia
El nuevo Aquiles de una nueva Iliada!
¡Héroe que á la inmortal obra de Cristo
Prestas el brazo y el valor de Marte,
Con la imagen del sol en tu estandarte
Trémulo el orbe de estupor te ha visto!
Tú, cuyo genio brilla
Como antorcha de luz para los pueblos,
Para los opresores como tea,
Mártir apóstol, redentor, soldado,
Que te presentas en la lucha armado
Mas bien que de una espada, de una idea,
Antes que al llanto tus soldados lleves,
Como en un nuevo Sinaí bendito,
Te paras sobre un trono de granito

En la región de las eternas nieves!
  Allí en tus huestes el valor exaltas,
Y lanzas, montado en tu corcel de guerra,
El mas bello estandarte de la tierra
Del planeta en las cúspides más altas!

  La diosa Libertad entre sus manos
Lo toma y dice: ¡Ved aquí el emblema
De vuestra redención, americanos,
Seguidlo al campo de la lid suprema!

  Y el planeta á su vez como un navío
Que el mar del infinito surca errante,
    Va paseando triunfante,
Del espacio en los vastos horizontes
Nuestro glorioso pabellón sagrado,
    Que flota enarbolado
En sus gigantes mástiles, los montes!

  Lavalle y Necochea
Como cachorros de león hambrientos,
Ganosos de probarse en la pelea,
Para abrirse camino
La ruda escarcha con sus sables rajan,
Y á modo de rugiente torbellino,
La áspera cuesta los primeros bajan.
  Por vez primera y sin perder sus bríos
Nuestro hermoso corcel, hijo del llano,
Bebió en los manantiales de los ríos
Que corren á morir al grande océano.

Al metálico estruendo de las armas
Y al marcial clamoreo de las huestes,
Los ecos de los valles respondían
Con la voz de los roncos huracanes
Y á su paso encendían
Sus rojas llamaradas los volcanes,
Cuyo brillo en la noche semejaba,
Iluminando su camino incierto,
La columna de fuego que guiaba
A los hijos de Israel en el desierto!

Después de rudo y áspero descenso
Hallan el enemigo, la batalla,
El triunfo ó el martirio; y cuando estalla
La voz del bronce y el primer disparo
De soledad en soledad retumba,
Su bronco trueno despertó en la tumba
La sombra de Lautaro
Que en medio al humo del combate denso
En forma de relámpago se lanza
Y repitiendo sin cesar venganza,
Cruza terrible en el espacio inmenso!
Afilado en las rocas de la cumbre
El hierro lleva, que á través de rios
De bosques y de páramos sombrios,
Trazó brillantes círculos de lumbre
Desde el Plata á los Andes
Y hasta el alto Perú, tierra encantada
Que baña el Amazonas con sus brazos;
Bajo sus golpes se rompió en pedazos

De Zaragoza y de Bailén la espada!
Y desgarrando el estandarte ibero,
Lo hizo con sus legiones
Por el polvo arrastrar, ¡roto en girones!

Esa espada que un tiempo
Desastillando cetros de opresores,
Hizo que ante ella con terror profundo
Se inclinen los altivos vencedores
De Bonaparte—¡vencedor del mundo!
Esa espada relámpago que hería
En las batallas al compás del trueno,
Era el gigante espíritu,
El pensamiento que surgió del seno
De la inmortal revolución de Mayo,
Cuando en brillante acero de pelea
Y en verbo alado se encarnó su idea,
¡Como el fluido eléctrico en el rayo!
Los soldados del ideal sublime,
Los voluntarios de la gran cruzada
Que los destinos de la patria amada
De la ominosa esclavitud redime,
Teniendo ante su vista
Por campo de batalla un continente,
Van coronados de laurel la frente
De un mundo á la conquista,
Cuando á ser libres ó á morir resueltos
Descienden á los llanos
A volcar tronos y á domar tiranos!
Como gigantes de otra edad, que envueltos,

Según cuentan las viejas tradiciones,
De alguna fiera con la piel diforme,
Iban armados de su maza enorme
A rendir monstruos y amansar leones!

. . . .

La grandeza de Dios no cantan solo
De la inmensa creación los esplendores
Con sus auroras fúlgidas del polo
Que en la nieve reflejan sus colores,
El eterno suspiro de la brisa,
Sus nubes de oro, y la perpetua risa
De la luz en las ondas y en las flores!
¡No! Que también en la gigante esfera
Donde piensa el mortal, obra y se agita,
La grandeza infinita
Del Creador de los orbes reverbera!
Porque dejando luminosos rastros
Al par revelan su poder fecundo,
En el cielo los astros,
Y las grandes acciones en el mundo!

En tanto que sostiene el equilibrio
Del universo y sus gigantes moles
Y sus menores átomos gobierna,
Cruza invisible en la extensión eterna,
Formando mundos y eclipsando soles,
Para fertilizar los continentes
Y unir los pueblos y acercar las zonas,
Repletas las vertientes

Del Plata, el Marañón y el Amazonas!
Y en la revelación de las ideas
Y el soplo de las grandes intuiciones,
Comunica su espíritu á los pueblos
Y empuja á su destino á las naciones.
Por eso al campo de la lucha él mismo
Lanzó nuestras legiones,
Como una catarata de heroismo
Que revuelta y veloz, turbia, sombria,
Desde la cumbre descendió al abismo!
Y al sol de un nuevo día,
Con blancos copos que doró su lumbre
Desde el abismo salpicó á la cumbre!
¡Catarata del río de la historia
Que en torbellinos rápidos se alzaba
Y en cuya nube líquida brillaba
El inmenso arco iris de la gloria!

¡De nuestros héroes el torrente humano,
Que en Chacabuco y en Maipú rompiendo
La barrera fatal de tiranía
Con que de un pueblo hermano
La expansión de la vida se impedía,
Van á la lucha atroz y al sacrificio
Para que el sol alumbre,
Cuando los rayos de su disco vibre
Sobre cada región del continente,
Un pueblo independiente
En una tierra libre!
¡Para que sea como el mar y el viento

Amplia su acción en la terrestre esfera
Y libre y grande en la creación entera
Como el aire y la luz, su pensamiento!

¡Dejando á su memoria
Por monumento colosal los Andes,
Buscan espacios y órbitas mas grandes
Donde giren los astros de su gloria!
¡El mar los llama y sobre el mar se lanzan;
De la escuadra argentina
En la vasta extensión las naves flotan,
Y sus velas azotan
Vientos de Maratón y Salamina!

¡Van del estrecho á las ardientes zonas
Dando á los pueblos libertad y leyes,
Y desde el ancho Plata al Amazonas
Rompiendo de los reyes las coronas
Sobre la misma frente de los reyes!

¡Y hallan al fin de su triunfal carrera,
De una lucha inmortal cumplido el plazo,
Que el sol diadema de sus glorias era,
Y el asta colosal de su bandera
El monte Chimborazo!

Y ese tiempo pasó. ¡Los argentinos,
Entre la sangre, el polvo y la humareda
Que en pos de los combates siempre queda,

Pierden de vista el sol que sus destinos
Marcó en sus frentes con la luz de Mayo,
Y en lucha fratricida se ensangrienta
Un pueblo cuya vida es la tormenta
Y cuyo ardiente espíritu es el rayo!
¡Le trae de nuevo la ambición tiranos,
Toda una tempestad lleva en el alma,
Y sus coronas de laurel y palma
Mancha con sangre que sus propias manos
Vierten en guerra injusta contra hermanos!

¡La hiel del odio y el profundo encono
Que iban dejando tantas servidumbres
Entre las ignorantes muchedumbres
Que en triste llanto y mísero abandono
Yacian antes á los pies de un trono,
Subieron hasta el cielo, como sube
El vapor impalpable de la tierra
Que condensado formará la nube
Donde el rayo se encierra;
Nube de tempestad, de cuyo seno
Caerá como de una urna, del vacío,
Sobre los oprimidos, el rocío,
Sobre la sien del opresor, el trueno!

....

Terminada que fué la heroica guerra,
Vuelven los hijos de la pampa un día
Al pobre rancho que su hogar encierra,
Y en premio á tanta hazaña

Los redentores de una tierra extraña
Se hallan esclavos en su propia tierra!

Siempre proscriptos en la triste zona
Del dolor, de la muerte y el olvido,
        Se junta y eslabona
De su errante existencia en el destierro,
Al trabajo sin fin la eterna pena,
Como del prisionero en la cadena
Una argolla de bronce á otra de hierro!

¡Soñando en las grandezas del pasado,
        Mi vida solitaria
Lleva el gaucho argentino, relegado
A la infamante condición del paria!
¡Pero al sentir que encuentra en su delirio
De paz, de dicha y libertad y gloria,
        En la lucha el martirio
Y el desprecio después de la victoria,
Empuñando otra vez su vieja espada
        Y el hacha del obrero
Dejando al tronco de un ombú clavada,
Huyó á los llanos donde su alma expande
        Libre como el pampero,
        Como el desierto grande!
¡Convertido en salvaje montonero
Del desierto volvió; volvió más tarde
A vengarse del amo que insolente
Lanzó un puñado de iras á su frente,
Le escupió el rostro y le llamó cobarde!

Su odio entonces esa raza esclava
En un rapto de cólera desborda,
Como el Océano una tormenta sorda,
Como el volcán su contenida lava,
Cuando en noche serena
Como incendio que alumbra el horizonte
Por la espalda del monte
Suelta en rizos de fuego su melena!

. . . .

Cada época del mundo
Tiene su eterna encarnación viviente,
Y un fiel emblema de su edad sin calma
Fué Rosas—ese espíritu fecundo
En sus instintos para el mal, y el alma
Salvaje pero grande de Facundo!
Carácter de héroe y corazón de fiera,
Que con sangre escribiendo en nuestra historia
Ingratos triunfos sin laurel ni gloria,
Semejaba en su rápida carrera
Astro incendiado que se lanza ciego
A seguir una inmensa trayectoria
Dando á las nubes un color de fuego!

Trás la revolución viene el tumulto,
Y arrebatada por pasión salvaje
La clase pobre, el elemento inculto,
Lanzado en el turbión del caudillaje,
Sigue á sus corifeos exaltados,
Angeles vangadores de los pueblos

Y apóstoles armados
De vagos ideales,
De confusos instintos que los llaman
Con rumbo á sus destinos inmortales,
Pero que haciendo de los pueblos mismos
Una horda inquieta y un sangriento bando,
Les iban con las lanzas señalando
Lejanos rumbos al través de abismos.
Y en ellos se lanzaron inexpertos.
Entonces, ¡ay! la Libertad sagrada
Que tiene eclipses como el sol, se ausenta,
Habla en la soledad de los desiertos
De nuestros padres con las sombras grandes,
Y arrastrando su túnica enlutada
Con ira santa, va á romper su espada
Contra las rocas de los altos Andes!

De allí sólo desciende
A vagar en las selvas correntinas,
O en la escondida soledad se pierde
De Yapeyú buscando las ruinas!
O á veces se lamenta al pie sentada
Del laurel que ha brotado siempre verde,
Sobre la tumba de Berón de Astrada;
Otra, en bosque de apartado valle,
Puesta en un campamento solitario,
La bandera argentina por sudario
Al cadáver de un mártir, de Lavalle!
¡El martirio es también una victoria
Si un noble ejemplo para el mundo queda!

Por eso al contemplar de Avellaneda
La cabeza insepulta, ensangrentada,
Sobre un madero en Tucumán clavada,
Posa en su frente su postrera lumbre,
Como al ponerse el sol, manda á la cumbre,
El destello de su última mirada!
O cual cóndor herido
Que va á posarse en lánguido desmayo
Sobre enorme peñasco carcomido,
Fragmento de montaña desprendido
De una cumbre gigante, por el rayo!

La errante libertad busca un asilo
De los proscriptos en el alma ardiente,
A quienes pudo el déspota inclemente
Segarlos de su espada bajo el filo,
Antes que hacerles doblegar la frente!
Sobre el arpa inmortal de Echeverría
Gime una larga y fúnebre elegía;
Y de Rivera Indarte con la pluma,
En las Tablas de sangre,
Pone del opresor ante la vista
De sus salvajes crímenes la lista.

Con la inspirada voz de los poetas
Canta al pasado y el presente llora,
Y á las turbas inquietas
Les muestra el porvenir, cielo que dora
De una lejana redención la aurora!

Toma de Mármol la robusta lira
Y de sus cuerdas sobre el bronce herido
Arranca un hondo y colosal gemido,
Trueno de indignación, pampero de ira,
Que va de boca en boca
Repetido en el mundo americano,
Como el rayo, al saltar de roca en roca,
A estrellarse en la frente del tirano!

Sin esas nobles luchas
Donde tu inquieto corazón te guía,
Donde tu altivo espíritu se expande
¡Gloriosa patria mía!
Hoy tu destino con la paz sería
Más venturoso, pero no más grande!
De esos desordenados elementos
De entre las ruinas de un caos salidos,
Juntando los fragmentos
Desechos y esparcidos,
Formó la Libertad, la nación nueva
Que al salir de una obscura nebulosa,
Como inmortal constelación, gloriosa,
En el cielo de América, se eleva.

Pueblo á la vez libertador y mártir,
Que en pocos años condensó en su historia
Siglos de luto y décadas de gloria,
Y en su marcha al progreso recorriendo,
De la vida en los ámbitos profundos,
La órbita universal en donde giran

Los hombres, las naciones y los mundos,
Y en su senda mezclando á la ventura
Huellas de sangre y brilladores rastros,
Tiene como los astros
¡Una faz luminosa y otra obscura!

Su lucha y redención es en la vida
De Hércules al martirio semejante,
Cuando después de la salvaje guerra,
En los bosques del mundo primitivo,
Domó los mónstruos que en la edad pasada
Infestaban la tierra.

Y una noche, vistiendo emponzoñada
La túnica fatal de Deyanira
Tinta en la sangre del centauro Neso,
Un fuego extraño por sus venas cunde,
Y del labio arrojando espuma blanca,
Del sufrimiento en el primer acceso,
Por arrancarla de su cuerpo, arranca
Sus carnes que caen hechas pedazos
Y con la fiebre intensa
De horrible paroxismo,
Hunde peñascos con sus fuertes brazos,
Arboles saca de raíz, y él mismo
Muriendo de dolor, convulso de ira,
En la cumbre de un monte
Forma una grande pira
Donde purificado por el fuego
Sobre brillante y tempestuosa nube

A la morada del Empíreo sube
¡Y en la vida eternal revive luego!
Al festín de los dioses convidado
Y ceñida la sien de una guirnalda,
Se reclina, inmortal, transfigurado,
¡De una diosa gentil sobre la falda!
Es de la eterna Juventud la diosa,
Que de las Musas entre el dulce coro,
Le brinda, sonriendo cariñosa,
El néctar celestial en copa de oro.
¡Nación de Mayo, estás ya de regreso
Sobre la senda de tu gran destino
Y de la vida en el festín divino
Te embriagas en el néctar del progreso!
A los pueblos hermanos
El llamamiento de tu voz invita,
Para que en signo de una eterna alianza,
Con la oliva pacífica en las manos,
Vengan á devolverte la visita
Que allá en gloriosos tiempos les hiciste
Cuando del suelo de su misma patria
La plena y grande posesión les diste!
Y alza la inteligencia soberana
Un nuevo templo en que el mortal encierra
Sobre tu suelo, ¡oh patria americana!
Los nobles frutos de la industria humana
Junto á los frutos de la madre tierra!
Y este hermoso y magnífico inventario,
Solemne exhibición de los portentos
Del arte y de la ciencia,

Es del trabajo el inmortal santuario
Y el templo de la paz por excelencia,
        Ante el cual se derrumba
La pagoda, la iglesia y la mezquita
Que no son templos donde Dios habita
Sino de muertas religiones tumbas!
Allí, en ese espléndido torneo
Donde la oliva de la paz sagrada
Con la palma del triunfo entrelazada
Obtiene el vencedor como un trofeo,
Allí se mira en estupor profundo
Que el hombre el cetro á la natura arranca;
Allí se ostenta el esplendor fecundo
Del pensamiento humano, esa palanca
Con que se puede levantar el mundo!

Allí en noble y pacífica contienda
Van los soldados del combate diario
Del trabajo, á dejar sobre el santuario
        Más digna y pura ofrenda
Que esos guerreros de la edad pasada,
Que de sangre cubiertos,
Colgaban de una encina consagrada
Despojos y armas de enemigos muertos!

Nuestra madre, la América bendita
        Reina de los oceanos,
Toma, para acudir á nuestra cita,
La urna de la riqueza entre las manos
Y la vuelca abundosa

En los altares de esa fiesta hermosa!
Y asombra al mundo con la rica ofrenda
De los tesoros que su seno mana
Como odalisca de oriental leyenda
Que al hacer su tocado en la mañana,
Por recrearse en el rumor sonoro
Y verla duplicarse en el reflejo,
Sobre un bruñido espejo
De sus joyas volcaba el cofre de oro!

El sol en nuestro cielo reverbera
Y su imagen de fuego se retrata
Sobre las ondas límpidas del Plata
Y entre los pliegues de la azul bandera!
De la bandera azul que se levanta
Como un tiempo en la cumbre de los montes,
En el recinto de esa fiesta santa,
Para mostrarnos nuevos horizontes;
Horizontes sin límite,
Campos del porvenir, donde se expande
Tu espíritu inmortal, patria querida,
Pueblo nacido ayer y hoy ya tan grande!
Espléndida es el alba á cuya lumbre
Principias tu ascensión; anchas las sendas,
Y un día llegarás hasta la cumbre,
Y será el día en que tu marcha emprendas
Por todos los caminos de la vida
A tu fecunda actividad abiertos,
Cuando, para estupor de las edades,
Puebles de monumentos tus ciudades

Y de inmensas ciudades tus desiertos,
Lanzando á todos rumbos
La audaz locomotora,
Ese Alejandro de la edad moderna
Que el espacio devora,
Y al pensamiento humano
Lleva del orbe á la conquista eterna!
Que uniendo pueblos, transformando imperios,
Pasa bosques, llanuras, arenales,
Y estrecha los distantes hemisferios
Con sus brazos de hierro colosales!
Como la blanca enseña que una nave,
Cuando las ondas hiende
Entre el horror de tempestad sombría,
Para que sirva al náufrago de guía,
De los más altos mástiles suspende!
Así, ¡oh patria! tu espléndida bandera,
De la existencia sobre el mar profundo,
Llama á todos los náufragos del mundo
Para brindarles tu natal ribera!
Y es ella y todo el suelo americano
Como un regazo maternal abierto,
Donde esa parte del linaje humano
En la miseria y el dolor caída,
Con ansia, al orientar su rumbo incierto,
Puede encontrar la tierra prometida
Tras el viaje angustioso en el desierto!

¡Pueblo argentino, trono reservado
Para que reine un porvenir sin nombre,

Dios á la humanidad tu suelo ha dado
Y en tí encuentra una patria el desterrado,
El alma un culto y un hogar el hombre!

Su poder soberano,
Regio homenaje á tu beldad suprema,
Puso el rayo al alcance de tu mano,
Como alfombra á tus piés, el oceano,
Sobre tu frente el sol, como diadema!

De un profético sueño en las visiones
Ves que en el cielo, tu destino escrito,
Dice, que al frente irás de las naciones
A alzar en la creación nuevas creaciones
Y á tomar posesión del infinito!

ENRIQUE E. RIVAROLA

LA VUELTA DEL HÉROE

Á JOSÉ DE SAN MARTIN

De pie,—sobre la arena
Que acarician las olas que derrama
El turbulento Plata, en su carrera
De león, agitando su melena,—
Un pueblo entero, San Martín, te espera,
Un pueblo entero, San Martín, te aclama
Vencedor del olvido. De tu fama
Alza el laurel que conquistate un día,
Cuando diste el relámpago á tu espada,
Que abatiera en la tierra esclavizada,
La frente de la vieja tiranía.
Alza el laurel guerrero,
Que vió el mundo caído en el proscripto,
Caído sí, pero jamás marchito.

Un día,—triste día—
Nuestro gran río,—murmurando á solas,
Bajo el casco de hierro
Con que la nave el oleaje hendía—
Lloraba en el gemido de las olas
El adiós del destierro.
Y eras tú el desterrado. Hecho pedazos

Debió caer, coloso de la guerra,
Tu corazón al extender los brazos
En el supremo adiós! Dejar la tierra
En que tanto sufriste;
La tierra en que naciste;
La tierra en que veías libertada,
A Yapeyú, la cuna en que tu infancia
Mecióse con risueñas alegrías,
Aspirando en sus bosques la fragancia
Derramada en sus flores;
La tierra redimida
En que atraviesa el Andes—el proscenio
En que lanzó sus vivos resplandores
La aureola de tu genio
El Andes con sus riscos y quebradas,
Y llanos que te dieron sus laureles,
Cuando fueron alzando tus corceles
Polvo de redención con sus pisadas!

San Lorenzo ¡Allí! Fué en las riberas
Que baña el Paraná, do incendió el rayo
El sable de tus huestes granaderas;
Do, desplegando al viento
El pabellón de Mayo,—
Retó á los opresores,—fué el aliento
Del soldado de América; el acento
De un himno que exitaba á la pelea;
El grito del combate furibundo;
La forma de una idea:
La libertad de un mundo!

Confuso vió el verdugo
El valor de la víctima, que, alzándose,
En su frente opresora quebró el yugo...
Y al primer eslabón de la cadena,
Que caía en pedazos,—la victoria
Sobre el pueblo argentino abrió las alas,
Sobre el héroe inmortal abrió la gloria!
Así pasaste el Andes!
Como inmensa avalancha
Que desprendida de la cumbre enhiesta,
En la corriente rápida se ensancha,—
Así la erguida cuesta
Tus soldados bajaban,
Los pueblos que esperaban
Les vieron descender como la lava
Que se desborda del volcán hirviente,
Y por el valle corre y serpentea...
Y rompió sus cadenas Chile, esclava;
Y entre las garras del león potente
Irguióse en la pelea.

Les vieron descender,—como desciende
Desde la nube, vengador el rayo,
Y luchar sin desmayo;
Les vieron vencedores
En la cuesta inmortal de Chacabuco;
Levantarse en Maipú con la victoria
De dos pueblos hermanos,
Y libertar la patria de los Incas
Cansada de ser trono de tiranos!

Vuelve! Vuelve! La América te espera!
Vuelve! Vuelve! á la patria que tu brazo—
Arma del genio—levantó en la historia!
Vuelve, y reposa envuelto en la bandera
Que desde el Plata al alto Chimborazo
Paseaste en la victoria!

Vuelve! y si nuestro aliento
En los días de lucha; que tu nombre
Revele tu grandeza al pensamiento;
Que el hombre en tus cenizas
Pueda animar sus fuerzas; que tu ejemplo,
De todos, San Martín, ejemplo sea;
Y cuando el pueblo lea
Bajo la augusta bóveda del templo
En letras de oro tu renombre escrito,
Medite con el alma con movida
Y recuerde—agitado
Del patrio amor que el corazón expande,—
Al héroe en el soldado,
Y en el proscripto al grande!

25 de Mayo de 1880.

PRIMAVERA LÚGUBRE (*)

Primavera gentil, al mundo tornas;
Vida, luz, esplendor sobre él derramas;

* Se publicó en el «Sud Americano», en el núm. 7, del 20 de Octubre de 1888, pág. 126.

De hojas, flores y pájaros adornas
Las antes secas y desnudas ramas.

Las leves alas fúlgidas abiertas,
Tocas los llanos y las altas cimas;
Te acercas á la flor y la despiertas,
Te avecinas al sol y lo reanimas.

Pasas sobre los campos y levantas
El débil tallo, las menudas hierbas;
En el murmullo de las aguas cantas
Y la bravura de la ola enervas.

Nido la golondrina hace en tu manto,
Y, del hogar bajo el tranquilo techo,
Resuena el canto, el armonioso canto
Que alegra el alma y que conforta el pecho.

Doquier vas el júbilo te espera,
Perfume al aire das, música al viento,
Y parece que el mundo recibiera
En tus cálidos besos el sustento.

Yo, solo en mis tristezas, Primavera,
Ciego para tu luz, sordo á tu arrullo,
Ni hallo en tu cielo el sol que el alma espera,
Ni músicas encuentro en tu murmullo.

Ya no me atrae el campo silencioso,
Ni á su plácida sombra la arboleda,
Ni el turbio arroyo, manso y perezoso,
Que en ondas grietas por el llano rueda.

Ni tus puestas de sol, ni tus auroras,
Dicen nada á mi espíritu sin bríos;
Ni es mi delicia ya pasar las horas
Jugando en la corriente de los ríos.

¿Por qué? Porque estoy solo sin alientos,
Y lejos de volar, que antes solía,
Entrega á los caprichos de los vientos
Sus alas rotas la esperanza mía.

Porque la enamorada compañera
Que encanto fué de mis mejores días,
Ya no puede como antes, Primavera,
Conmigo compartir tus alegrías.

Y aunque el retoño vigoroso rompa,
Por asomar al día, la corteza,
Y vista el mundo deslumbrante pompa,
Y prodiguen los cielos su belleza;

En la honda pena en que sin fuerzas yace
Envuelto en noche triste, en noche negra,
Sólo mi corazón ya no renace,
Sólo mi corazón ya no se alegra!

EN LAS OLAS

Sobre el barranco que festona el río,
Donde las olas en tumulto espiran,
Asído el brazo, con el pecho trémulo,
Mudos llegamos.

Ansia de vida y libertad salvaje
Arder sentía el corazón ahogado;
Ansia de amar, como amarán las libres
Aves del bosque.
Caía el sol, enrojeciendo el cielo,
Y envuelta en fuego, la ciudad tranquila,
Sobre las aguas proyectaba tenue,
Plácida sombra.
Pronto en la onda nos meció la barca,
Doblando el junco en la ribera fértil;
Y como un ave de la mar, las olas
Cortó ligera.
¿Hacia que playa? Hacia la playa extensa
Do el horizonte los abismo toca;
Á respirar del infinito al borde
Cálidas brisas!
Á amar en dulce y silencioso olvido,
Lejos del mundo y su miseria eterna;
Cerca del astro que elevó su erguida
Frente en la noche!
Ella mis manos oprimió en las suyas;
El arco alzó de sus pestañas negras;
Y fué, á su sombra, su mirada triste
Vasto crepúsculo!
¡Ah! yo sentía el despertar de un mundo
Al rayo azul de su primer mañana;
Rumor de selvas y cantar de pájaros,
Brisas y flores!
Fija en su rostro la mirada ansiosa,
La contemplé, cual si temiese verla

Súbita huir, como otras veces víla,
Luz en mis sueños!
Dije á los astros: «Recoged dos almas
Del infinito en la dorada puerta,
Y descubrid á su ansiedad el fúlgido
Cielo sin límites!»
Dije á las olas: «En la espuma móvil,
Lejos llevad nuestro primer suspiro;
Dad á la vida del amor el vasto
Piélago inmenso!»
Dije á su amor: «De mi existencia rápida,
Soplo de un día, pasajero sueño,
Toma las horas, y en corriente dulce,
Haz que se pierdan!»

SOLEDAD

De la verde alameda al fresco abrigo
Llevar mi amor á disfrutar quisiera,
Si pudiese tu amor venir conmigo.
Pasearíamos juntos la ribera;
Tú arrancarías las esbeltas flores
Que hace abrir la naciente primavera;
Yo encontraría en tu pupila inquieta
La flor de los ensueños del poeta;
Y apartados de un mundo de dolores,
Solos los dos, bajo ese cielo en calma,
Dejaríamos trémula en el alma

Desbordarse la luz de los amores!
Aquí, bajo la sombra, donde pasa
Atravesando las tupidas ramas
El rayo tibio de la luz escasa,
Tú me dirías, sí, cuanto me amas!...
Me dirías tus sueños, tus secretos,
Que de vivir en tí viven inquietos;
Y en un exceso de pasión vehemente,
Darías con el soplo de un «te adoro»
Lluvia de perlas á mis sueños de oro,
Fresco rocío al corazón ardiente!
Fieles testigos del amor sincero,
Entre las hojas las alegres aves
Traducirían en sus coros suaves
La frase balbuciente del «te quiero»...
Ellas verían nuestro amor gigante
Temblando en el suspiro que se exhala,
Y cruzar el espacio como un ala
Revoloteando por el cielo errante;
Y en tanto que vagásemos perdidos
Con incansable afán nos seguirían,
Y al par de nuestras almas alzarían
El canto del amor, sobre sus nidos!
Árbol á cuya sombra llevo el paso;
Flor que te inclinas si te besa el viento;
De las cascadas lánguido lamento;
Sol de fuego que ruedas al ocaso;
Primavera que naces este día;
Y tú, callado cielo, muda calma,
Veríais como un soplo de armonía,

Cruzando el valle, atravesando el monte,
Ir dos cuerpos soñando con un alma;
Buscando en lo infinito su horizonte!...

Á ORILLAS DEL PLATA

Me place con el pampero
Esa tu lidia gigante,
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies.

Esteban Echeverría.

Antes que el sol deslumbrador del día,
Desate, por la esfera
Desbordante de aromas y armonía,
Las hebras de oro de su luz primera,—
Yo desciendo á tus márgenes amadas,
Voy en busca de tí, gigante río,
Para escuchar las músicas que entonas,
Y respirar la brisa, el soplo frío
De tus olas, que ruedan agitadas
Como grupo de ondinas juguetonas.

Voy á admirar tus olas sin reposo
En continuo vaivén rizando espumas,
Y á contemplar los vastos horizontes
En que flotan inmóviles las brumas
Remedando las crestas de los montes
Do quiebra el sol su rayo cariñoso.

Sobre las toscas húmedas, verdosas,
Que salpican las olas plañideras
Al apagar sus voces bulliciosas
En la muda extensión de las riberas,
Caminando al azar, feliz me siento
Porque mío es el aire que respiro,
Y puedo levantar el pensamiento
En alto, libre y turbulento giro,
Sobre el confuso batallar del viento!

Emir, mi perro fiel,—el compañero,
Que, porque no traduce su alegría
En importuno palabreo, escojo,—
En la onda bravía
Se sumerge, valiente y altanero,
En busca de las piedras que le arrojo;
Y ofreciendo su pecho á la espumosa
Y rápida corriente,
Se vuelve hacia la playa silenciosa,
Y en el césped mojado
Deposita á mis pies, en cariñosa
Actitud reverente,
El objeto á las ondas entregado.

Así paso mis horas,
Horas de libertad, horas de vida,
Lejos del mundo y su luchar constante,
Entregando á las olas bullidoras
La nave de mis sueños, combatida
Sin tregua de un instante!

Así también, con ímpetu violento,
Deseos de gritar á veces siento!...
¡Tantas ansias ahogadas,
Guarda mi joven corazón amante!
¡Tantas aspiraciones olvidadas!

Y cuando el sol naciente,
Asomando en las nubes del Oriente,
Extiende sobre el río
Ancha faja de fuego que arrebola
Y hace chispear un rayo en cada ola;
Cuando á paso tardío,
O bajando un barranco con presteza,
Llega la lavandera con su lío
De ropa en la cabeza;
Y la locomotora,
Pesada y humeante, sobre el puente
Camina, rechinando, atronadora;
Y á lo lejos se escucha
El bullicio confuso de la vida
Con que despierta la ciudad dormida;—
Suspendo mi paseo
Y vuelvo lentamente,
Mientras oprimo el corazón, que siente
De ser puro y amar nuevo deseo!

Octubre de 1881.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA *

El descubrimiento de América es un segundo génesis: la creación de un nuevo mundo por el pensamiento del hombre.

I

A la orilla del mar el genio ardiente
Como la visión del porvenir á solas,
Revolvía los sueños en su frente
Y hundía su mirada entre las olas.

Era Colón. Su pensamiento inquieto
Con sed de fuego, con pasión salvaje,
Luchaba, disputando su secreto
Al confuso rodar del oleaje;
Luchaba, como el pájaro viajero,
A quien el mar al revolverse azota,
Mientras á impulso valeroso y fiero,
Abierta el ala infatigable flota.

De trono en trono errante,
Por una nave, cuya abierta lona
Cruce el inmenso mar, rauda y triunfante,
Ha mendigado al cetro y la corona.

* Premiada en los Juegos Florales celebrados por el Centro Gallego en Buenos Aires, el 12 de Octubre de 1882.

Ya,—la proa hácia el rumbo solitario,
Flotando altivas sobre el mar profundo,
Están las naves de inmortal memoria,
Colón! Colón! Ahí tienes tu calvario!
Ve á redimir con tu martirio un mundo!...
Isabel de Castilla, he ahí tu gloria!!

II

Allá van!... Allá van las carabelas,
En el airado mar cortando espumas;
La brisa palpitante hincha sus velas,
Y parecen, perdiéndose en las brumas,
Tres aves gigantescas que se alejan,
Y que en las olas agitadas dejan
Bañar sus blancas y rizadas plumas.

¿Hacia que playa ignota
Se dirigen las proas altaneras?...
El mar se yergue y ruge y las azota;
Doquier el horizonte sin riberas
Huye y se aleja la visión que flota
Por la sed del espíritu evocada;
Y las olas sucédense revueltas,
Cual si cayesen al abismo, envueltas
En rápida cascada!

Cielo y mar!... Por doquiera
La inmensidad en la azulada esfera,
Con las móviles ondas confundida!...

A veces, suspendida
Sobre las aguas, la lejana bruma
Quiebra el rayo de sol, bello y fecundo;
Y bañada de luz, blanca de espuma,
Deja soñar la aparición de un mundo!

El genio lo ha soñado!... Delirante,
En las noches azules y serenas,
Lo ha visto levantarse, palpitante,
Del lecho de coral de las sirenas.
Ha escuchado en los ecos los acentos
De sus selvas espesas y sombrías,
Pobladas de rumores y armonías—
Arpa en que juegan los ligeros vientos.
Ha visto el horizonte enrojecido
Por el volcán que en sus entrañas arde;
Y en las horas serenas de la tarde,
Cuando el mundo universo entra en reposo,
Ha soñado á sus pies al mar dormido,
Rodando su oleaje silencioso,
Sobre las mustias playas extendido!

III

Una rama, flotante en la corriente,
Una nave errante atravesando el cielo,
Y Colón, impaciente,
Asomando á sus ojos mudo anhelo,
Y sondeando, sibila misteriosa,
La franja gris que en el confín reposa,

Esperanza que nace y crece y brilla.
Duda que el alma en su esperanza hiere.
Horizontes huyendo ante la quilla.
Una ilusión que nace—Otra que muere.

Después... La inmensidad con su misterio.
El mar y el genio disputando á solas.
La sombra, siempre en perdurable imperio.
Rodando sin cesar, las turbias olas.
Visiones que se van. Duda que aterra.
Caos negro, profundo...
Un grito de expansión. Otro de ¡Tierra!
Colón, dueño de un mundo!

IV

América feliz! Tú que rompiendo
La onda movediza de los mares
Surgiste como Vénus de las aguas,
Con tus montes, tus selvas seculares,
Y sus voces, que el viento rumoroso
Lleva en ecos inciertos
A arrullar con su canto misterioso
La muda soledad de tus desiertos;
Tú—que—al sentir, vibrando en el abismo,
El genio de Colón que te evocaba,—
Sacudiste la frente adormecida,
Y sacaste del fondo, roto el velo,
El seno que en silencio palpitaba,
Para aspirar el soplo de la vida

Y contemplar la irradiación del cielo,—
Tú marchas adelante,—hacia el progreso!
Marchas al porvenir,—hacia la cumbre!
Y el sol al verte, con amante beso,
Te dió el calor de su encendida lumbre!

V

He visto, atronadora,
Cruzar el llano, atravesar el puente,
La audaz locomotora,
En cuyo seno hirviente
Se estremece la savia bullidora
Que da á los pueblos rebosante vida;
Y con roncos acentos,
Despertar á la selva adormecida,
En honda soledad; mas que á los vientos
Veloz vertiginosa en la carrera,
Sacudiendo en el aire estremecida
El haz de su revuelta cabellera!

He visto sobre el Plata,
En el vasto horizonte de las olas
Ruedan de blanca espuma coronadas,
Con velas desplegadas,
Avanzando la nave vogadora,—
Avanzando con raudo movimiento,
Como una ave que parte sobre el viento,
A saludar el rayo de la aurora!
La he visto, portadora—

En sus crugientes flancos, azotados
Por olas y huracán, viento y marea—
De cuanto el hombre crea
En su asidua labor; de cuanto admira
La ciencia audaz que en descubrir se afana,
Y el arte, vibración de eterna lira,
Relámpago de fuego de la idea,
Gloriosa antorcha de la estirpe humana!

Todo marcha adelante!
La muchedumbre, enjambre alborotado,
Marcha soñando al porvenir risueño
Y sin volver los ojos al pasado!
Tal el torrente rápido desciende
De la alta cima el erizado monte;
Tal, sobre duras rocas serpentea,
Buscando en la extensión del horizonte
La vasta inmensidad de la llanura;
Sus arbustos, sus sombras, sus rumores,
Donde pueda rodar su linfa pura
Sobre lecho de céspedes y flores!

VI

Ya no asola la horda del salvaje,—
Corcel sin freno,—al campo y las ciudades,
Ni marca, con el robo y el pillaje,
Su huella en las inmensas soledades.
No avanza con las iras de la ola,
Que á la enriscada playa empuja el viento,

Ni gime la «Cautiva»
Con un ¡ay! melancólico y ahogado
Llevando por las pampas, fugitiva
El cuerpo sin aliento de su amado!...
Hoy, de la noche en el sopor profundo
Se vé por la tiniebla, el paso incierto,
La silueta del indio vagabundo
Huir despavorido en el desierto!

VII

El mundo de Colón así despierta!
Así con sus victorias se levanta!
Y hoy, si la Musa su pupila incierta
Clava en el porvenir, se inspira y canta!
Allí está su misión. Allí la aurora
De un nuevo sol al despuntar chispea,
Y la alta cumbre de sus glorias dora.
Investiga la ciencia, el arte crea,
Y un pasado de errores se evapora
Ante ese sol del porvenir: la idea!

VIII

América, al trabajo! Altiva y fiera,
La selva tiembla: el tronco al hacha espera
Y al minero el tesoro en la montaña.
El monstruo del vapor, en su carrera,
No al sol brillante con su aliento empaña.

Mas recio que sus olas espumosas,
Al borde de tus ríos, tus ciudades,
Arrojan de sus masas populosas
Rumor de tempestad á las edades;
Rumor que lleva presuroso el viento,
De polo á polo inquieto y anhelante,
Y que hoy repite con viril acento:
América, adelante!

Buenos Aires, Setiembre de 1882.

LEOPOLDO DÍAZ

PATRIA

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
Patria es la tierra donde se ha soñado,
Patria es la tierra donde se ha luchado,
Patria es la tierra donde se ha vencido,

Patria, es la selva, es el obscuro nido,
La cruz del cementerio abandonado,
La voz de los clarines, que ha rasgado
Con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino,
Que en el enorme piélago sonoro
Deja una blanca estela en su camino.

Y patria es el airón de la bandera
Que ciñe con relámpago de oro
El sol, como á una virgen cabellera.

LA LENGUA CASTELLANA

Lengua de mis abuelos, lengua mía,
Nada iguala tu música sonora
Ni tu dulce cadencia, donde mora,
Cual en Castalia fuente, la armonía.

De soberbios cambiantes, como el día,
Infinitas riquezas atesora
Tu voz cuando maldice ó cuando implora,
En la duda, en el triunfo, en la alegría.

Tienes acentos de clarin lejano,
Rumores de torrente americano,
Quejas de viola, arrullos de salterio:

En la lira de bronce del poeta,
Unes, al huracan la brisa inquieta,
Y al claro sol, penumbras de misterio.

EL SONETO CASTELLANO

Lope divino consagró el soneto:
Orna su yelmo con penacho de oro,
Y de su ritmo en el andar sonoro
Une la gracia y el reir discreto.

El gran Cervantes le ofrendó en secreto
De Aladino las gemas, el tesoro,
Y con el fasto de un califa moro
Dió el entrambote al último terceto.

Los Argensola, con murmullo suave,
Quevedo, en alto pensamiento grave,
Góngora y Tirso, con fulgor de luna.

Cincelaron el vaso de armonía,
Anfora rebosante de ambrosía.
Y le dieron su nombre y su fortuna.

EL POETA QUE VENDRÁ

Vendrá el poeta que tus glorias cante,
Madre inmortal, América latina,
Bardo de excelsa inspiración divina
Que monumento á tu esplendor levante.

La lira falta del Aeda errante
Que oiga el poema de la cumbre andina,
El rumor de la Pampa sibilina
Y la solemne voz del mar Atlante;

Que pinte la opulencia de tus ríos,
De tus bosques hirsutos y bravíos,
Donde el sol tropical su luz derrama;

Y orientando al futuro el pensamiento.
En toda obscuridad ponga una llama,
Lance una profecía en cada viento!

LAS CARABELAS

Monge humilde, gallardo caballero,
Orgulloso mendigo que se baña
En el oro del sol, grande de España
Vagabundo, soldado, vil pechero.

El que agita la cruz ó blande acero,
Capaz de abnegación ó heroica hazaña,
Todo el que sienta en varonil entraña
Latir un corazón de aventurero:

Ceñid el férreo casco y la armadura;
Allá, tras de la ignota mar obscura
Resplandecen Atlántidas sin dueño;

Y al rumor del alisio entre las velas,
Cruzarán la extensión las carabelas,
Las raudas carabelas del Ensueño!

JESÚS

El viejo paganismo dirigía
Mirada ansiosa al porvenir distante,
Cuando Jesús, aurora fulgurante,
En la noche del mundo amanecía.

Amaba el infortunio... Se nutría
De paz y de verdad con fe gigante,
Y por los montes de Judea, errante,
Nueva luz en las almas encendía.

Humilla al poderoso, al altanero,
Siembra la caridad en su camino,
Abre su corazón al pordiosero.

La víctima expiatoria del destino;
Y más grande que Sócrates severo
Expira bendiciendo á su asesino.

SATAN

A Joaquín V. González.

Mudo, de pie, sobre el peñón erguido
Se agita en la tiniebla el condenado;
La cólera divina aun no ha doblado
La indómita cabeza del vencido.

Su rostro por el rayo ennegrecido
De nuevo yergue el inmortal forzado,
Y como Prometeo encadenado
Crece el orgullo de Satán caído.

Es el primer rebelde, el primer grito,
La más altiva imprecación lanzada
Ante la augusta faz del infinito.

La primera ambición desenfrenada
Y la horrible serpiente del delito
Que entre la sombra se retuerce airada.

VÉRTIGO

Cuando tiende la noche en torno mío
De sus sombras la túnica enlutada,
Abre en la azul inmensidad callada
Sus fauces tenebrosas el vacío.

De lo insondable y misterioso el frío
Me llega al corazón, y me anonada
Esa atracción siniestra de la nada,
Y de mi pobre pequeñez me río.

Si el vértigo sufriste y la locura
Del insondable afán que no me calma,
¡Oh Tántalo! me explico tu amargura!

Y en los terrores infinitos creo
De aquel que mira el interior de su alma
Y no encontrando á Dios, se siente ateo!

BYRON

Heredero de Milton el coloso,
Nació del norte en la región sombría
Cual entre brumas aparece el día
Destacando su seno luminoso.

Espíritu gigante y tempestuoso
Preñado de tormentas y armonía,
El corcel de los siglos detenía
Unciéndolo á su carro victorioso.

Soñador inmortal, cóndor britano,
Desterrado de Albión cruza tranquilo
Las olas turbulentas del oceano.

Grecia le brinda su sagrado asilo
Y vuela á combatir como espartano
Por las tumbas de Leonidas y Esquilo!

HOMERO

Ruedan los siglos á la oscura nada,
Mientras el nombre del divino Homero,
Su luz esparce sobre el mundo entero
Que repite los cantos de la Iliada.

Cuando la humanidad desesperada
Marche al azar por lóbrego sendero,
Y el rumor de su grito lastimero
Vibre en la inmensa bóveda enlutada:

Como un astro gigante de la altura
Proyectará tu genio soberano
Raudal de luz sobre la edad futura.

Y rasgando las sombras del arcano
Tu gloria, Homero, brillará más pura,
En la avalancha del turbión humano!

SAN MARTIN

Desplegaron los cóndores el vuelo,
Himno vibrante el mar alzó á su paso,
Cuando iba, como un sol hacia su ocaso,
A hundirse entre las sombras de su duelo.

Ahogar la esclavitud era su anhelo,
Y libre, un mundo, levantó su brazo;
E irguióse á saludarlo el Chimborazo,
Agitando su túnica de hielo.

Inspirada sibila del futuro,
América es más grande en la memoria
De los que fueron su invencible muro

Su refulgente triángulo de gloria:
Bolivar inmortal, Washingtón puro
Y San Martín, gigante de la historia.

EDAD DE PIEDRA

El hombre antiguo, rey de la espesura,
Con las formas de un Hércules salvaje
Sintió de las miserias el ultraje,
Del dolor y del hambre la tortura.

Vence al león en su caverna oscura,
Su piel le sirve de impotente traje,
Del mar escucha el férvido oleaje
Y á Dios presiente en la infinita altura.

Forja el hacha de Silex brilladora,
Y del sol á los rayos centellea
En su carcaj, la flecha silbadora.

Cruza el torrente, el ámbito sondea,
Y en su espíritu audaz, dominadora,
La viva luz de la razón clarea.

EDAD DE BRONCE

Es la edad de la Iliada y la Odiséa.
En su lira de bronce Homero canta,
Fidias, el regio Portenón levanta,
Y la estrofa de Esquilo centellea.

Brilla la inspiración; el Arte crea.
Y Roma, que en el triunfo se agiganta,
El orbe antiguo encadenó á su planta
Y se embriagó con sangre en la pelea.

Cruza los mares fúnebre alarido,
Que de pavor helando al navegante,
De ola en ola se aleja repetido.

Y del ocaso al resplandor incierto,
La voz del paganismo agonizante,
Dice al mundo que Júpiter ha muerto.

EDAD DE HIERRO

La noche medioval. Hondo lamento
Anuncia el fin del mundo esclavizado,
Y en el heroico pecho del cruzado
Vibra del fanatismo el rudo acento.

Enmudece el altivo pensamiento,
Y símbolo vetusto del pasado,
De trepadoras hiedras coronado,
Frente al muro feudal, se alza el convento.

La negra sombra de la duda avanza,
Ruge la libertad en lontonanza,
Y es la ciencia crepúsculo indeciso.

Agonizan los dogmas seculares,
Y en el alma del hombre, los pesares,
Anublan la visión del Paraíso.

EDAD DE ORO

Pasó la noche. Resplandece el día.
Audaz surcando el piélago profundo,
Colón, sorprende el despertar de un mundo
Que en misteriosa oscuridad dormía.

Képler indaga en la extensión vacía
La ignota ley del astro vagabundo,
Y Gutenberg, innovador fecundo,
Abre á la ciencia esplendorosa vía.

Brilla en la frente del linaje humano;
Con resplandores de inmortal diadema,
La luz del pensamiento soberano.

Lutero agita la razón por lema,
Y el fanatismo se retuerce en vano
Ante el fulgor de la verdad suprema.

LEOPOLDO LUGONES

PREFACIO

Lector, este ramillete
Que mi candor te destina,
Con permiso de tu usina
Y perdón de tu bufete;

No significa en ninguna
Forma, un anárquico juego,
O un desordenado apego
Por las cosas de la luna.

Pasatiempo singular
Tal vez, aunque harto inocente,
Como escupir desde un puente
O hacerse crucificar;

Epopeya baladí
Que, por lógico resorte,
Quizá sirva á tu consorte
Para su five o'clock tea...

Perdóname las cadenas
De amor, que me llagan vivo;
Nadie disputa al cautivo
La libertad de sus penas.

Mi flaqueza vencedora
Lleva consigo el desquite,
Si al mismo mar se le admite
El sonrojo de la aurora.

Mas yo sudé mi sudor
En mi parte de labranza,
Y el verde de mi esperanza
Es primicia de labor.

Obrero cuya tarea
Va sin grimas ni resabios,
Mientras á flor de sus labios
Un aria vagabundea...

1905.

CISNES NEGROS

A Mariano de Vedia.

La tarde en muelle lasitud declina
Ligeramente enferma, y el ambiente
Está suave como una muselina
Habitual, cuyo roce no se siente.

Abrúmase el estanque; entre los juncos
Una vieja piragua se desfonda,
Quizá arrastrando los recuerdos truncos
De algun drama de amor sobre la onda...

Para que el kiosco en su cristal se marque
Con la trivial fidelidad de un calco,
Reposa el agua; el nemoroso parque
Tiene una majestad de catafalco.

Hay una estatua entre la fronda obscura;
Abstracto albor su desnudez aviva,
¡Y como impone al bosque la mesura
De su castidad grave y pensativa!

Adquiere la alameda encanto agreste—
Su ámbito, diluyendo las siluetas,
Acaba en una infinitud celeste
Que la tarde sembró de violetas.

Duerme el estanque en su matiz de plomo;
Mas, fina rama ó invisible vuelo,
Rizan su frágil superficie como
Una felpa frisada á contrapelo.

Y esa fugaz tremulación del agua
Fuera la única inquietud acaso,
Si no surgieran junto á la piragua
Tres enlutadas de indolente paso.

Casi niñas las tres, sus brazos flojos
Con prematuro afán siegan quimeras,
Y asombra lo profundo de sus ojos
Y la devastación de sus ojeras.

Como un temple sutil vibra el linaje
En sus nervios; un áspero pregusto

De voluntad, aun bajo del encaje
Dá al mórbido mentón algo de adusto.

Sabrán sufrir y odiar, pero se augura
Que ya agobiadas de ancestral flaqueza,
Su odio es más ironía que amargura
Y su mal es esplín más que trisetza.

Su palidez ya casi luminosa
Las vuelve mas esbeltas y mas leves,
Como evocando la asunción gloriosa
De un diáfano crepúsculo en las nieves.

Y sus cabellos de fragancia queda
Que artístico alfiler prende y alhaja,
Hacen pensar en la excesiva seda
De un insecto anormal que se amortaja.

Una se yergue con aciago hastío,
Y en la obsesión fatal que la acomete,
Presenta á la pasión en desvarío
La atracción inquietante de un florete,

El Deber como un ayo antiguo y lerdo,
Fastidia su inconciencia soñadora
Regañando al pasar (¡ah, qué recuerdo
De un pecado mortal me asalta ahora!)

Sus ojos miran cual los de una ciega,
Sin expresión, sin rumbo, sin visiones,
Y la estupefacción que los anega
Anticipa espontáneas perversiones.

Son sus labios capullo en que rebosa
Sangre de esclavos por nutricio jugo,
Fatigándose en ellos la golosa
Beatitud de un ídolo verdugo.

La otra tiene por todo distintivo
Un menudo lunar junto á su cuello,
De cuando en cuando un ademán cursivo
Como el céfiro, alisa su cabello.

Bagatela jovial, sólo en la liza
De algun fútil amor sufrió quebranto,
Y ese lunar que la individualiza
Como el tilde á la *forma su encanto.*

Adora las baladas «A la Luna»—
Sabe un poco de Schummann, no muy triste,
Y corona superflua como una
Cinta, el viejo blasón que ya no existe.

Pero la estirpe, de altivez dechado,
La agobia en su magnífico decoro.
(¡Oh prima á quien pudiera haber amado
Cuando tenía un corazón de oro!)

Sellando la piedad lúgubre y rica
De su luto, con fiel recogimiento,
La tercera en el agua se duplica
Como un joven ciprés ya macilento.

Sugiere en la quietud casi nocturna,
La ilusión de un cariño que se yerma

En la melancolía taciturna
De amar sin esperanzas á una enferma.

(Las nobles fuentes que el jardín decoran,
Gimen en la abismada lejanía,
Con esos balbuceos que ya lloran
Y que no son palabras todavía).

Sueña quizá las acuitadas trovas
De amadores heridos de pesares,
Por quienes en sus ríspidas alcobas
Plañeron Berenguelas y Guiomares;

O en el novio ideal, mancebo blondo
Entrevisto por la íntima persiana,
Que á la tarde pasó, miró muy hondo,
Y que no volverá á pasar mañana...

La noche da á las tres aire de esfinge;
Y el negro traje al agravar la duda,
Con la caricia de sus curvas finge
Líquida ondulación que las desnuda.

Cuando de pronto, con ligero arranque,
En su blancura casi refulgente.
El solitario cisne del estanque
Boga hacie ellas armoniosamente...

PARADISIACA

Cabe una rama en flor busqué tu arrimo.
La dorada serpiente de mis males
Circuló por tus púdicos cendales
Con la invasora suavidad de un mimo.

Sutil vapor alzábase del limo
Sulfurando las tintas otoñales
Del Poniente, y brillaba en los parrales
La transparencia ustoria del racimo.

Sintiendo que al azul nos impelía
Algo de Dios, tu boca con la mía
Se unieron en la tarde luminosa,

Bajo el caduco sátiro de yeso,
Y como de una cinta milagrosa
Ascendí suspendido de tu beso.

HOLOCAUSTO

Llenábanse de noche las montañas,
Y á la vera del bosque aparecía
La estridente carreta que volvía
De un viaje espectral por las campañas.

Compungíase el viento entre las cañas,
Y asumiendo la astral melancolía,
Las horas prolongaban su agonía
Paso á paso á través de tus pestañas.

La sombra pecadora á cuyo intenso
Influjo, arde tu amor como el incienso
En apacible combustión de aromas,

Miró desde los sauces lastimeros,
En mi alma un extravío de corderos
Y en tu seno un degüello de palomas.

AMAPOLA

Con su saya de viejos brocateles
Iba Clori sabrosa hacia la trilla,
Y al verla entre las mieses amarillas
Inflaban sus riñones los donceles.

Evocaban fandagos y rondeles
En las medias punzó sus pantorrillas,
Y la sangre pintaba en sus mejillas,
Como una dehiscencia de claveles.

Sonó un beso...Los vahos del rastrojo
Se fatigaban en la ardiente brisa;
Y mientras Clori con fingido enojo

Sonreía, ajustando su camisa,
Brotó un menudo pececito rojo
Del trémulo coral de su sonrisa.

EL SOLTERON

I

Largas brumas violetas
Flotan sobre el río gris,
Y allá en las dársenas quietas
Sueñan obscuras goletas
Con un lejano país

El arrabal solitario
Tiene la noche á sus pies,
Y tiembla su campanario
En el vapor visionario
De ese paisaje holandés.

El crepúsculo perplejo
Entra á una alcoba glacial,
En cuyo empañado espejo
Con soslayado reflejo
Turba el agua del cristal.

El lecho blanco se hiela
Junto al siniestro baúl,
Y en su herrumbrada tachuela
Envejece una acuarela
Cuadrada de felpa azul.

En la percha del testero,
El crucificado frac
Exhala un fenol severo,
Y sobre el vasto tintero
Piensa un busto de Balzac.

La brisa de las campañas,
Con su aliento de clavel,
Agita las telarañas
Que son inmensas pestañas
Del desusado cancel.

Allá por las nubes rosas
Las golondrinas, en pos
De invisibles mariposas,
Trazan letras misteriosas
Como escribiendo un adiós.

En la alcoba solitaria,
Sobre un raído sofá
De cretona centenaria,
Junto á su estufa precaria
Meditando un hombre está.

Tendido en postura inerte
Masca su pipa de boj,
Y en aquella calma advierte
¡Qué cercana está la muerte
Del silencio del reloj!

En su garganta reseca
Gruñe una biliosa hez,

Y bajo su frente hueca
La verdinegra jaqueca
Maniobra un largo ajedrez.

¡Ni un gorjeo de alegrías!
¡Ni un clamor de tempestad!
Como en las cuevas sombrías,
En el fondo de sus días
Bosteza la soledad.

Y con vértigos extraños,
En su confusa visión
De insípidos desengaños,
Ve llegar los grandes años
Con sus cargas de algodón.

II

A inverosímil distancia
Se acongoja un violín,
Resucitando en la estancia
Como una ancestral fragancia
Del humo de aquel esplín.

Y el hombre piensa. Su vista
Recuerda las rosas té
De un sombrero de modista...
El pañuelo de batista...
Las peinetas... el corsé....

Y el duelo en la playa sola:
Uno ... dos ... tres ... Y el lucir
De la montada pistola ...
Y el son grave de la ola
Convidando á bien morir.

Y al dar á la niña inquieta.
La reconquistada flor
En la persiana discreta,
Sintióse héroe y poeta
Por la gracia del amor.

Epitalamios de flores
La dicha escribió á sus piés,
Y las tardes de colores
Supieron de esos amores
Celestiales ... Y después ...

Ahora, una vaga espina
Le punza en el corazón,
Si su coqueta vecina
Saca la breve botina
Por los hierros del balcón;

Y si con voz pura y tersa,
La niña del arrabal
En su malicia perversa,
Temas picantes conversa
Con el canario jovial;

Surge aquel triste percance
De tragedia baladí;

La novia... la flor... el lance
Veinte años cuenta el romance,
Turguenef tiene uno así.

¡Cuan triste era su mirada,
Cuán luminosa su fe
Y cuán leve su pisada!
¿Por qué la dejó olvidada?...
¡Si ya no sabe por qué!

III

En el desolado río
Se agrisa el tono punzó
Del crepúsculo sombrío,
Como un imperial hastío
Sobre un otoño de gró.

Y el hombre medita. Es ella
La visión triste que en un
Remoto nimbo descuella;
Es una ajada doncella
Que le está aguardando aún.

Vago pavor le amilana,
Y va á escribirla por fin
Desde su informe nirvana...
La carta saldrá mañana
Y en la carta irá un jazmín.

La pluma en sus dedos juega;
Ya el peligro tiene el doblez;
Y su alma en lo azul navega.
A los veinte años de brega
Va á escribir *tuyo* otra vez.

No será trunca ni ambigua
Su confidencia de amor
Sobre la vitela exigua.
¡Si esa carta es muy antigua!...
Ya está turbio el borrador.

Tendrá su deleite loco,
Blancas sedas de amistad
Para esconder su ígneo foco.
La gente reirá un poco
De estos novios de otra edad.

Ella, la anciana, en su leve
Candor de virgen senil,
Será un alabrastro breve.
Su aristocracia de nieve
Nevará un tardío abril.

Sus canas, en paz suprema,
A la alcoba sororal
Darán olor de alhucema,
Y estará en la suave yema
Del fino dedo el dedal.

Cuchicheará á ras del suelo
Su enagua un vago frú-frú,

¡Y con qué afable consuelo
Acogerá el terciopelo
Su elegancia de bambú!...

Así está el hombre soñando
En el aposento aquel,
Y su sueño es dulce y blando;
Mas la noche va llegando
Y aun está blanco el papel.

Sobre su visión de aurora,
Un tenebroso crespón
Los contornos descolora,
Pues la noche vencedora
Se le ha entrado al corazón.

Y como enturbiada espuma,
Una idea triste va
Emergiendo de su bruma:
¡Qué mohosa está la pluma!
¡La pluma no escribe ya!

ROMÁNTICA

A Amado Nervo (de México)

Tu recuerdo es como un olor de rosas,
A cuya sugestión mi pecho siente,
Esa melancolía de las cosas
Que guarda el aposento de un ausente.

La última tarde, como el viento fuera
Un poco más cordial que en estos días,
Llegó esa exhalación de primavera
Al huerto de mis breves alegrías.

La glorieta con su ámbito desierto
Evocaba tus largos peinadores,
Y dorado de otoño hacía el huerto
La caridad de sus postreras flores.

En el lago espectral, la clara luna
Que da el insomnio del amor aciago,
Regaba sus fulgores como una
Camelia deshojada sobre el lago.

Alguno refería en la enramada
La historia de un amor, ahora yermo,
Con la voz temerosa y mesurada
Como en consulta sobre un niño enfermo.

Y tu nombre surgió de aquella obscura
Narración, avivando ignotas huellas;
Y al eco de tu nombre en la espesura,
Toda mi noche se nevó de estrellas.

Y te ví como en esa hora distante,
Cuando al efluvio de amistad que deja
Tu falda, me sentí un poco gigante,
Y bueno como un ángel ó una oveja;

Como en ese crepúsculo sombrío,
Cuando ante el duelo de las hojas mudas,

Nuestras almas vistiéndose de hastío,
Se parecían como dos viudas...

En esa tarde y ésta, iguales miedos;
Igual tristeza en el follaje inerte;
Y tú á mi lado y en tus finos dedos
Una sutil insinuación de muerte.

Mi huérfano dolor, como un ropaje
Demasiado magnífico, te abruma;
Mientras tu fantasía, en un miraje
De arborescencia capilar se esfuma.

Y ese miraje cuya sombra arranca
Toda su luz á tu mirada fija,
Está flotando en la tiniebla blanca
Del ópalo que adorna tu sortija.

Con languidez de plenilunio boya
En descompuesta carnación de almendra,
El ánima fluída de la joya
Que en gota de coñac su luz acendra.

A su influjo despiertan mis cautivas
Penas, renace mi abatido encanto,
Y me acojo á tus manos evasivas
Para que el pecho no me duela tanto.

Son pobre lenitivo á mi amargura,
La aquiescencia trivial de tu elegante
Sombrilla, y la etiqueta un poco dura
Que autoriza la punta de tu guante.

Tu carne se congela en alabastro,
Y mi palabra, en tí, solo despierta
Una vaga sonrisa, como el rastro
De una hoja seca sobre el agua muerta.

Fúnebre es tu candor adolescente
Que la luna sonámbula histeriza,
Y el perfume de nardo decadente
En que tu alma pueril se exterioriza.

Fría en el mármol cruel de tu inocencia,
A la hosca fiera que en mi amor te brama,
Sonríe tu romántica indolencia
Rebuscando actitudes de gran dama.

La fiera se deslumbra en el destello
Que tu collar adamantino arroja,
Y la apacientas con tu fino cuello
Que en su agua de iris el diamante moja.

Pero hay algo de tí, caricia leda
Que en mi revive; tu perfume acaso,
Que como una sutil cinta de seda
A tí me arrastra, y me insinúa al paso.

Que tus ojeras lánguidas no mienten.
Y mientras desde la pradera obscura,
Las azucenas pálidas asienten
Al galante cariz de la aventura;

Mientras á mi hábil asechanza esquiva,
Fuga en sus pliegues ágiles tu falda,

Y con escalofríos de piel viva
Se ajusta el raso á tu armoniosa espalda;

Mientras junto á la náyade oportuna,
Finge tu cuerpo, en abandono blando,
Esas melancolías que son una
Pereza triste de seguir amando;

Aquel ingenuo amor de los serenos
Días, á nuestras ansias siempre tardos,
Ha empezado á placerse entre tus senos,
Como abeja dichosa entre los nardos.

Tu boca elude aún la impía falta
De mi beso, en que tu alma padecía;
Mas ya tus ojos que el recuerdo exalta,
Se entenebrecen llenos de la mía.

La tibia seda que en tus rizos toco,
Mórbido aroma en mis entrañas vierte,
Y siento que me invaden, poco á poco,
Ideas de mi madre y de la muerte.

Y recuerdo los versos de otros días;
Aquellos seres místicos y raros,
Que en su estricto lenguaje de armonías
Traducen incurables desamparos;

Y el epígrama en que, con hábil tino,
La ironía, en epítetos de mofa,
Vibra como una flecha de oro fino
Sobre el arco de acero de la estrofa;

Y los cantares que mi amor te expresan
—Estrofas agradables á tu oído—
En que las rimas dóciles se besan
Tal como las palomas en un nido.

Pues todas las canciones en que flota
Algo mío, alegrías ó dolores,
Están en tí como en la misma gota
De miel, los jugos de diversas flores.

En las sombrías noches de ventura
Guían con clara luz tus mismas huellas,
Porque cuando el amor te transfigura,
No tienes sombra como las estrellas.

Renueva aquí, bajo el follaje espeso,
La inquietud de los tálamos viudos,
Y te parecerá que á cada beso
Brota una flor entre tus labios mudos.

Cosecharemos flores; mi opulento
Jardín, te brindará filtros extraños;
Y como el dulce ruiseñor del cuento,
Te encantaré en mi amor trescientos años.

EL MAL INEFABLE

Allá sobre el oleaje macilento
Su última lividez consume el día,
Y el tenebroso azul del firmamento
Se abisma en sideral melancolía.

Olas y nubes, dunas y pinares,
En bloque colosal la noche integra,
Al dilatar por montes y por mares
La inmensidad de su mirada negra.

En trivial situación de Paraíso
Mi corazón exalta tu hiperdulia,
Mientras que del salón llega, indeciso,
Un rumor de Chopín y de tertulia.

Lozanas de canícula las rosas,
Bajo la brisa litoral que arrecia,
Inspiran como damas voluptuosas
Una aromática embriaguez de especia.

La amable luna en su postrera fase
Algo casi fatal pone en tu ceño,
Y en tu alma, joya de primera clase,
Brota á su luz congénere el ensueño.

Sobre el mínimo seno tu franela
Pectoral, de enfermiza, te asesina;
En tu grácil albor se aterciopela
La ternura infantil de la eglantina.

Pulida como el agua, en tu pureza
Hay el frío de un alba sin sonrojos,
Y el cielo se duplica en la franqueza
Perseverante de tus grandes ojos.

En cita que consagra mi fortuna,
Mi transporte se vuelve un poco necio

Ante tu honor, y fútil como una
Mariposa, es tu ósculo sin precio.

Inmoviliza en tumba de mosaico
El palaciego estanque su fastidio,
Mientras le evoca el plenilunio arcaico
Familiares ideas de suicidio.

Desde el balcón divinizarse deja
Tu mirada su lánguido apogeo,
Y la luna suspende de tu reja
La quimérica escala de Romeo.

A la amorosa sugestión del astro
La ninfa del jardín sus gracias une,
Y su blanca ceguera de alabastro
Ampara nuestra soledad impune.

La certidumbre de tu amor lejano,
Que á fúnebres azares se encomienda,
Trocó á mi corazón, trivial Fulano,
En un excelso prócer de leyenda.

Paladín que muriéndose en la llama
De deleitoso mal con que le aflijes,
Es, á pesar de su valiente fama,
Fruslería *keepsake* entre tus dijes...

Esta noche, la luna que agoniza,
Tu fichú bajo el cual se angustia el asma,
El mar meciendo apenas su baliza—
Tienen no sé qué encanto de fantasma.

La brisa insomne, desde su retiro
Bajo lúgubres árboles suspenso,
Comunica en romántico suspiro
Su honda palpitación al parque inmenso.

El último estribillo de un romance
Agranda el bloque de silencio inerte,
Y nuestro amor, en desolado trance,
Se prepara al olvido y á la muerte.

AVE MIA GRATIA PLENA

Abre la flor su tímido capullo
A las temperies del ambiente amigo,
Y la tórtola agreste con su arrullo
Anuncia ya la madurez del trigo.

El paisaje, algo adusto en su atonía,
De nuestro grave amor forma el emblema;
Los crepúsculos visten todavía
Un raso gris de distinción suprema.

Ese tono angustiosamente vago,
Ahonda una tristeza nada ingrata;
El agua serenísima del lago,
Sensible como un cutis, se amorata.

Tras del sauzal desnudo que se encorva
Sobre ella, el cielo diáfano clarea

Su azul de frialdad un poco torva
Como las castidades de una fea.

Y la invernal beatitud se obstina
En dar, con su mutismo visionario,
A tu aquiescente luto de sobrina,
Una solemnidad de aniversario.

Mas la otra tarde, á la hora en que se esconde
El sol, y como en vísperas de ausencia
Las manos se unen más, no sé de donde
Nos llegó una floral evanescencia.

Elucidando tu ideal sin norma,
Su soplo, con tibiezas mortecinas,
Fué el invisible cuerpo que dió forma
Al flotante guipur de las cortinas.

En la umbrosa avenida que se aleja
Hacia quien sabe que misterio eclógico,
Evocaste la clásica pareja
De algún amable infierno psicológico.

Avanzaban los dos en la vislumbre,
Profundizando la íntima ternura
De tu piedad, con una certidumbre
Tan dulce de morir, que era ventura.

Y te dije—«¿te acuerdas?...» Y tus ojos
Me dijeron—«¿te acuerdas?»... Y un reproche
En que había más lástimas que enojos,
En nuestra alcoba anticipó la noche.

¿Te acuerdas?... El salón vasto y seguro...
La estufa en que mermaban los tizones...
Lucían en el pecho casi oscuro
Su anodino esplendor los artesones.

Bajo las rigideces laceradas
Del severo brocado en desaliño,
Con la espontaneidad de las granadas
Maduras, se entreabría tu corpiño.

O bien tus manos, para dar, calmantes
Como el silencio, su beleño ambiguo,
Mecían, torturadas de diamantes,
El alma de algún músico ya antiguo.

Y soñábamos góndolas discretas...
O en gárrulo sainete de amoríos,
Pompones, bandolines y caretas
Preludiando corteses desafíos.

(La espada que á tu prez vidas tributa,
Y émula de Tizona y de Altaclara,
Vibra al acometer, fina y enjuta,
Su alegre desnudez que el sol aclara).

O decíamos versos lentamente...
Cual lánguida doncella que investiga
El dilema de amor correspondiente
En la flor que deshoja con fatiga.

El noble vino de tu amor me diste;
Y en horas de abandono y de infortunio,

Si fué mi noche tu mirada triste,
Fué tu blancura astral mi plenilunio.

Por presagios insólitos opresos,
Sombreamos de dolor nuestra delicia;
Y cuando ya el cansancio de los besos
Desazonaba la voraz caricia;

En cadencia obsesora te nombraba,
Para seguir, con mis arbitrios sabios,
Besándote en tu nombre que pasaba
En miel diminutiva por mis labios.

Y no me amaste más; en vano alcance
Perseguí tus quimeras, y aquel drama
Fué sencillo y veraz como el percance
De un vaso que rompe y se derrama.

Ese recuerdo, endecha de infinita
Tristura, ante las pálidas praderas
Que extasía la tarde, resucita
Con su remordimiento tus ojeras.

Tu faz se anega en lágrimas sencillas
Como los manantiales y el rocío;
Y el indulgente amor, en tus mejillas
Esclarece un crepúsculo tardío.

Sacuden su sopor viejas pasiones,
Como fieras magníficas y lerdas,
Y es la calma de nuestros corazones
Frágil silencio de estiradas cuerdas.

La noche, en la angustiosa lontananza,
A su tocado azur prende una estrella;
Tus manos, eficaces de esperanza,
Vacilan en rendirse á mi querella.

Y con la gran quietud, pone tu luto
Una inefable angustia en su poesía,
Porque en la indecisión de ese minuto
Pasa la eternidad, amada mía.

ARIA DE MEDIA NOCHE

Luna, son las doce.
Con feliz auspicio,
Deja que te goce
Mi encanto novicio.

En mi astral vigilia
Que tu amor se digne,
Darme la honra insigne
De hablarte en familia.

Permite que inciense
Tu faz de magnesia,
Mi amor ateniense
Postrado en tu iglesia.

Mi fiel sacerdocio,
Por tu azul parroquia,

Rima y soliloquia
Los versos del ocio;

Que al pálido tedio
De tu luz inútil,
Dan por intermedio
Su músical fútil.

Cuando en mi ventana
La honda madreselva
El rostro te envuelva
Como á una sultana;

Y tu prez excelsa
Me entregues por premio,
Cual lánguida Elsa
De mi amor bohemio;

Captaré la clave
De tu eterna magia
Que el amor presagia
Con beleño suave.

Con ojeras lilas
Tu hondo sortilegio
Turba á las pupilas
Del casto colegio.

La precoz alumna
Quel amor desvela,
Tu disco recela
Trás de una columna.

Sé buena y otorga
Tu gracia á su empeño
Como astral pandorga
Remonta su ensueño.

Que asaz te recuerde
Sobre el clavicordio,
En lírico exordio
Con su pisaverde.

Que haciendo á tu imagen
Religiosa venia,
Sus manos no cuajen
En luna y gardenia.

Y cuando sucumba
Su virtud indemne,
La noche solemne
Cávale por tumba.

Plenitud oblonga
De deidad adulta,
Tu esplendor prolonga
Con virtud oculta.

Cuando ancha y sanguínea
Surges del abismo,
Trama un cataclismo
Tu mágica línea.

El funesto buho
Desde su ramaje

Con lúgubre duo
Divulga tu ultraje.

La temprana alondra,
Con pueril festejo,
En tu claro espejo,
Vibra y se atolondra;

Y en el lago, donde
La cigueña ayuna,
El cisne es *Vizconde*
De la Blanca Luna.

Tu presencia obtiene,
Deslumbrante y sola,
Como una gran bola
La risa del nene.

Vuelve el arte eximia
Su vasta liturgia
Con la noble alquimia
De tu metalurgia.

Y al mísero burgo
Con su oca y su cabra,
El jaspe lo labra
Tu oro taumaturgo.

Tu misericordia
Seráfica, absorbe
En igual concordia
Los pueblos del orbe.

Su cuño no cambia
Tu libra esterlina,
Ya sea en la China
O en la Senegambia.

Cuando en tu alta empresa
Mi orgullo se esponje,
Yo seré tu monje
Si tú mi abadesa.

Por eso ante el vulgo
Que te hace ludibrio
Tu valor promulgo
Con justo equilibrio.

Con versos sonoros
Deja, pues, que adorne,
Tu cuarto bicorne,
Tu cabal as de oro.

Luna, ya es la una,
Sopla tu candil,
Escuálida luna,
Mi luna de abril.

QUIMERA LUNAR

Apaciguando el gran río
Con una gracia enfermiza,
La luna espiritualiza
Un crepúsculo de estío.

Desde el profundo diván
Gusta uno su dulce opio,
Y se despide algo propio
En las velas que se van.

Aquel cuarto de pensión
Da á un paisaje de suburbio,
Que va poniéndose turbio
A la par del corazón.

La fantasía detalla
En el ramaje más tosco,
Leves caprichos de kiosco
Bajo un cielo de pantalla.

Y en la irresoluta luz,
Bellos crisántemos dobles,
Mecen blanduras de nobles
Abanicos de avestruz;

Ocurrencia baladí
Que concibo, grave y tierno,
Hojeando un viejo cuaderno
De modas, perdido allí...

Una tristeza olvidada
Llena el personal recinto
Con el afecto distinto
De una hermana ya casada.

Dolorosamente pura,
El alma, de tal manera,

Se reduce en su quimera
Como una fuente en su hondura.

Y ante ese ilusorio abismo,
Con inclementes resabios,
La clausura de los labios
Su amarga de fatalismo.

En el rincón inmediato
Donde el bufete se esquiva,
La sombra meditativa
Tiene un silencio de gato.

Llega un lejano compás
De polka; en el confidente
Florece excesivamente
Todo un jardín de lampás.

En el cristal que atormenta
Su heráldica contorsión.
Moldea un áureo dragón
Mi copa más violenta.

Abajo, el ama legisla
Su honor de sartén y escoba,
Mientras defiende mi alcoba,
Su soledad, como una isla.

Hay tertulia; su rumor
Comenta el lujo mediano
De la sala; en el piano
Recita la hija menor.

Mima su pequeño modo
Y cecea su falacia
Versos de amor, con la gracia
De fingir que ignora todo.

Muere la tarde estival,
Y entre sus dulces fatigas,
La charla de las amigas
Llega cortada y trivial.

Concíbese su semblanza,
Trazando bajo las gorras
Con remilgos de cotorras
Reglas de buena crianza.

Entre raudos delantales,
Sobre la mesa ya puesta,
Anticipará la fiesta
Sus brindis en los cristales.

Y en tanto ¡qué placidez
En mi aislamiento profundo!
No hay quietud en este mundo
Más dulce que ella tal vez.

En el tiempo transcurrido
Silencia cada hora muerta
Su lapso, como una puerta
Que se ha cerrado sin ruido.

Tendiendo sus graves paños,
La sombra apaga el reflejo

De un melancólico espejo
Palidecido de antaños.

Y en las joyas cristalinas
Del lavabo, un pomo exótico,
Promete sutil narcótico
De ponzoñas florentinas.

Con un leve roce obscuro
De sensación indolente,
Pasa el sueño por la frente
Como un gato sobre un muro.

Entonces brotando inciertas
En suave resurrección,
A la muda habitación
Llegan las ternuras muertas.

Criaturas del azul
Que envuelve un frágil misterio,
Tailleur Luis XV, Imperio...
Primores de encaje y tul.

Dulcifican más la calma
Sus atónitas pupilas
Que son las gotas tranquilas
En que les desborda el alma.

Y sus besos de pasión,
Tanto corazón revelan,
Que sus labios se modelan
En forma de corazón

Tiembla el alma en sus regazos
Como un niñito maltrecho
Que defiende mal su pecho
Cruzando sobre él los brazos.

Entre todas hay alguna
Tan leve, que es casi nada,
Enteramente flotada
En ondas de gasa y luna.

En lo irreal de su tez
Tiene su hermosura hermética
Como una noche poética
Por luna su palidez.

Y percibo que quizás
Me revela su presencia
Un amor de adolescencia
Que no definí jamás.

Pero ¿amé acaso? ¿Fuí yo
Aquel mismo?... Cuanto diera
Por averiguar siquiera
Si alguna vez existió.

Con dolorosa ventura
El corazón á ella unido,
Sangra como un fruto herido
Que aumenta así su dulzura.

Tornándolo menos grave
En aquel absurdo amor,

Un suspiro es al dolor
Lo que el vuelo para el ave.

¡Ah, quimeras del azul
En vuestro frágil misterio!
Tailleur, Luis XV, Imperio...
Primores de encaje y tul.

Así brota un ideal
En los internos jardines,
De hojear viejos figurines
Una tarde pasional.

ODELETA Á COLOMBINA

A tu punzante sorna
De aventurera avispa,
La luna en loca chispa
De tus ojos, se torna.

Tu gracia superfina
De un insinuante tufo
Al cefirillo bufo
Que infla tu crinolina.

Arlequín mequetrefe,
Con mano afable y luenga,
Te subraya su arenga
Finchado como un jefe.

Pierrot borracho y sucio
De vino y de berrinche,
Ante el feliz compinche
Se araña el occipucio.

Esbozan sus afanes
Mímicas morondangas
Que amplían en sus mangas
Alados ademanes.

Su pantomima es queja
Que en necio mixtifori,
Gime, y te llama Clori
Plagiando una oda vieja.

El lúgubre jengibre
De su embriaguez acerba
Pone en su muda verba
Loas de gran calibre.

Como á hermana de Euterpe,
Por musa te idolatra;
O te sueña Cleopatra
Para tornarse sierpe.

Y su amor, poco ducho
Del poético ripio,
Se arde desde el principio
Con su último cartucho.

En tiránica sede
Frusta su ojo lascivo

Tu escarpín evasivo
Provocándole adrede.

O en huracán de cintas,
Súbitamente loca,
Con tu pintada boca
Los pómulos le pintas;

Bien que en el mismo elogio
De ese fugaz almagre,
El percibe el vinagre
De su martirologio.

Mas ya en celosa angurria
Traba Arlequín los ojos,
Y líricos enojos
Te rasca en su bandurria.

Y el gran Polichinela,
Rojo como una antorcha
A tu salud descorcha
Su frasco de mistela.

Como un hechizo corre
Su erótico menjurje
Y su joroba surge
Bella como una torre,

Que asiéndote á su cuello
Con audacias modernas,
Le oprimes en tus piernas
Como á un feliz camello.

Cuando el licor te raspe
La lengua, á tu capricho
La luna alzará un nicho
Con su pálido jaspe;

Y en amoroso indulto
Querrás *(in vino véritas)*
Que con gracias pretéritas
Pierrot te rinda culto.

Pero á tu amor, en tanto,
Polichinela inculca
Pavores de trifulca
Con celoso quebranto.

Sospechando de befa
La esclavitud que le unce,
El entrecejo frunce
Cual lóbrega cenefa;

Y Arlequin, con remedos
De militar sainete,
Para un lance á florete
Se ensortija los dedos.

Los dos gruñen tan malos,
Que quizá en el destrozo,
Tu mudo y blanco mozo
Lleva tras cuernos palos.

Mas tu ira les espera
Su mortífera pulla

En el grito de grulla
Con fragua tu corneta;

Y acabando la intriga
Con amoroso ahinco,
Te escapas en un brinco
Que hace brillar tu liga.

Para un dulce misterio,
De aventura española,
De capa, estoque y viola,
Pierrot te aguarda en serio.

Mientras fiel al destino
Te suspiraba en vela,
Trocó á la luna en muela
Del clásico molino.

La noche fué la tolva,
Las estrellas el grano
Con cuya harina, ufano
De su invención, se empolva.

Con su molino espúreo,
La luna, en noble hallazgo,
Os prepara el hartazgo
De un almuerzo epicúreo.

Cuando la roa el cuarto
Menguante, en otro esfuerzo
Variaréis ese almuerzo
Con un nuevo reparto.

En la sombra infinita
Donde su luz se extingue,
La luna echará un pringue
Vivaz, de carpa frita;

Y amargará la hartura,
Cuando en torno á esa carpa,
Trinando como un arpa
Pulule la fritura.

Solo la luna nueva
Finge á tus ambiciones
Las gratas tentaciones
Que ama toda hija de Eva.

Mientras el novilunio
La cierra como á una ostra,
Tu pobre amante arrostra
Durmiendo, su infortunio.

A los deberes sorda,
Ostenta con astucia,
Tu petulante argucia,
Tu pantorrilla gorda

Y mientras Pierrot yace
Como un blancuzco espárrago,
Dile en risueño fárrago
Su *requiescat in pace.*

Vibren tus lentejuelas,
Vuelen tus escarpines,

En busca de Arlequines
Y de Polichinelas.

Vuelve á correr la tuna,
Déjate hacer la corte,
Y pon á tu consorte
Los cuernos... de la luna.

LUNOFILIA

En la tarde suave y cálida,
Desde el diván carmesí,
Alzas fielmente hasta mí
Tus lentos ojos de pálida.

Con la espectral ilusión
De la hora que te importuna,
Un vago pavor de luna
Te acerca á mi corazón.

Por el cielo angelical
Se ahonda en místico ascenso
La soledad de un inmenso
Plenilunio inmaterial;

Que encantando los jardines
Viene casi lastimero,
Delirado en un ligero
Frenesí de violines.

En escena baladí
Te infunde su poesía
Tan dulce melancolía,
Que quieres morir así.

Con el mimo de estar triste
Buscas mi arrullo más blando,
Y te sorprendes llorando
Lágrimas que no sentiste.

Pides, tan sola en la vida,
Diminutivos de infancia,
Y tu tímida constancia
Quiere ser compadecida.

Con alteración ardiente,
En tu insaciable interés
De preguntarme «quién es
Tu...» (1) eternamente;

Quisieras huir conmigo
Hacia un país de quimera,
Donde no se conociera
La voz del mundo enemigo.

Algo eleva nuestro ser,
Y la calma de la luna,
Nos embarca como una
Blanca nave... á no volver

(1) Aquí el lector debe poner el nombre amado.

DE LAS «ODAS SECULARES»

1910

A Buenos Aires.

Primogénita ilustre del Plata,
En solar apertura hacia el Este,
Donde atado á tu cinta celeste
Va el gran río color de león;
Bella sangre de prósperas razas
Esclarece tu altivo linaje,
Y en la antigua doncella salvaje
Pinta en oro su noble sazón.

Arca fuerte de nuestra esperanza,
Fuste insigne de nuestro derecho,
Como el bronce leal sobre el pecho
Asegura al país tu honra fiel.
La genial Libertad, en tu cielo
Fino manto á la patria blasona,
Y eres tú quien le porta en corona
El decoro natal del laurel.

En tu frente, magnífica torre
De la estirpe, tranquila campea
Como amable paloma la idea
De ser grata á los hombres de paz.

Su esperanza la impulsa y parece
Cuando así su remonte acaudalas,
Que de cielo le empluma las alas
Aquel soplo pujante y audaz.

Joya humana del mundo dichoso
Que te exalta á su bien venidero,
Como el alba anticipa al lucero
Aun dormida en su pálido tul.
Cada vez que otro día dorado
Te aproxima á la nueva ventura,
Se diría que el sol te inaugura
Sobre abismos más hondos de azul.

Certidumbre de días mejores
La igualdad de los hombres te inicia,
En un vasto esplendor de justicia
Sin iglesia, sin sable y sin ley.
Gajo vil de ignorancia y miseria
Todavía espinando retoña,
Sobre la áspera Cruz de Borgoña
Que trozaste en los tiempos del rey.

Tenga el agua veraz de tu fuente
Cada labio sin sed por testigo,
Y el honesto vigor de tu trigo
Cada buen corazón por raíz.
Y en el lícito patio de todos,
Al encanto social de tu alianza,
Como el gusto del pan la confianza
Sea el goce del día feliz.

Simpatiza á los dioses que trae
Con sus penas la gente confiada,
Como al pobre que llega, en la grada
Presta el mármol su tabla imparcial.
Y tu clara ilusión de concordia,
Dirimiendo los cultos precarios,
Sustituya á sus negros Calvarios
Una gran caridad de ideal.

Sér la *Villa de Plata* que tiene
La franqueza por llave sonora
Y por puerta de calle la aurora
En visión de solícito Edén;
Dar á todos los tristes consuelo,
Sin dejar de ser noble y ser bella,
Como no se aminora la estrella
Porque haya ojos que amantes la ven:

Esa es la misión que el destino
En la patria futura te asigna,
Como ayer por valiente y por digna
Fué la gloria tu prenda de honor.
Para ser la feliz y la justa,
Que tu propia esperanza nos debe,
Haz que sean el amo y la plebe
Miés pareja de buen sembrador.

Que en la misma igualdad de justicia
Se confundan la plebe y el amo,
Cual la flor y la espina en el ramo

Que vincula olorosa virtud.
Lo que pena en tu siglo naciente,
Es dichoso dolor, ansia tierna,
Con que la honda delicia materna
Fructifica en triunfal juventud.

No relegues por vana quimera
La esperanza que en tí puso el triste,
Es más árduo ser libre y lo fuiste
Al tajar de la espada veloz.
Tu labor de ideal odia al hierro,
Mas no olvide su noble fatiga,
Que el lozano vigor de la espiga
Necesita buen filo en la hoz.

Mientras llega á ese triunfo la hora
De cantarlo el poeta futuro,
Y el capuz de su germen obscuro
Tu simiente de luz rompe al fin,
Cobre el timbre filial de mi canto
Precedente elocuencia en tus bronces,
Y el Pampero le preste hasta entonces
Valeroso y ufano clarín.

PEDRO PALACIOS

JESÚS

I

!Como brota del charco sombrío
Y á conjuros de luz meridiana,—
Yo no sé por qué afán de lo triste,—
Gracioso nenúfar de flores de nácar:
La presión secular exprimiendo
De la fétida chusma, la entraña,
Conjuró de aqnel barro de sangre
La noble azucena doliente de su alma!

II

¡Gota pura del bien absoluto
De la estirpe mortal, destilada;
Prodigioso perfil de la errante
Visión de justicia que sueña la raza;
Profundísimo beso errabundo
Que al rozar tus dolores, estalla:
Perdurable tristeza divina
Cubriendo las viles tristezas humanas!

III

¡Celestial mensajero que siente,—
Mientras cruza los orbes y baja,—
La precisa intuición espantable
Del hondo vacío voraz que lo traga!
¡Femenina zozobra que al mundo,

Como palio de lágrimas, guarda;
Gemebunda torcaz valerosa
Que al prófugo crimen le tiende las alas!

IV

¡Corazón matinal, todo blanco,
Cuyo fuego de hoguera ofrendaria,
Con efluvios de mirra, perfuma,
De Job la rabiosa, la trágica sarna!
¡Corazón, cuyo amor intangible
Sin buscar otro amor, se dilata,
Como estuvo en el caos el Eterno,
Sin peso, ni forma, ni rumbos, ni vallas!

V

¡Cual se tuercen y escurren flexibles,
Sin lograr abatir la muralla,
Ya tenaces, ya febles, ya locos,
Bramando y silbando, los vientos que pasan:
La invasora legión de cariños
Que á la vida real nos amarra,
No logró reducirle, siquiera,
Ni el sacro materno dogal de la patria!

VI

¡Nebulosa de amor: de amor mismo;
Sin la paz del hogar, que coarta,
Ni la fiel amistad, que suprime,
Ni aquel inefable deleite, que sacia!
¡No asirás, hombre fórmula y ergo,
Su inasible figura esfumada:

Como polvo de aurora, difuso,
Difuso en la vida su espíritu vaga!

VII

¡Proyectó sugestiones de nimbo
Su perpetua niñez inspirada:
Rechazó lo carnal de sus carnes,
Cual cisne jocundo que hiende las aguas,
No sufrió lobregueces de ocaso
Su fulgor de lucero del alba:
Blanco César triunfal de lo puro,
Querube incorpóreo que preña las almas!

VIII

¡Como diestros, por sí, se detienen
Los caudales del mar en la playa;
Cual germina, y retoña, y produce,
Silvestre, salvaje, libérrima planta:
Ni el saber, ni el sofisma turbaron
Su sagaz, pensativa ignorancia:
Floración cerebral; tierra virgen;
Flamígero foco del Verbo, que irradia!

IX

¡Como aquel predilecto que siente,
Por geniales virtudes innatas,
La noción de las notas que surgen,
Y ondean y ríen, cual ninfas hermanas:
Pudo aquel predilecto admirable,
Como disco luciente de plata
Reflejar, en la noche futura,
La eterna, la sola verdad soberana!

X

¡Formidable saber que redujo,
Como á loca jauría, en su alma,
Cual recoges el cielo en tus ojos,
Y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!
¡Formidable saber que sanciona
Que tu bien y tu mal son palabras;
Resonantes palabras vacías!
¡Cilicio de púas internas que arrastran!

XI

¡Porque luz, y calor, y sonido
Sólo son cerebrales fantasmas,
Mientras vibran espacios y soles
Sumidos en mudas tinieblas heladas!
¡Y así toda su ciencia y la mía;
Nada más que impresión comparada;
Nada más que ilusiones eternas
Que aloja en nosotros el caos que no acaba!

XII

¡Pues si aquel escozor de la herida
Que produjo, en tu carne, la daga,
Ni le sufre tu músculo roto
Ni aquel cincelado prodigio que mata:
La estupenda, la simple, la hermosa,
La cabal creación que proclamas
Con la misma inconciencia que vives,
Debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

XIII

¡Allí está el Universo! ¡Allí mismo
Puso Dios su taller y su patria!
¡Desde aquella ruin madriguera
Colora el vacío y esculpe la nada!
¡Y esos lampos de luz que fulguras,
Su divino cincel los arranca!
¡Y esos torpes impulsos que sigues,
No son más que alientos de Dios que trabaja!

XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,
Breves horas, apenas, pensara,
Llenaría cual tú, su conciencia
De leyes, y dudas, y luces, y manchas.
¡Porque cada cerebro es el nudo
De la misma labor que le arrancan,
Como el triste gusano cautivo
Del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito á infinito,
Lo que es—no su aspecto: su masa;—
Te conquista, te absorbe, te agota,
Cual Eva incansable que nunca se sacia;
Mientras tú, viejo Adán de la vida,
Poseído en la sombra, le amas,
Con la inerte caricia profunda
Del joven dormido que violan las hadas

XVI

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
Cuando puso en la jerga que hablas
Su perdón ilegal ¡que ha vencido!
Y es esa que gozas, legal tolerancia!
Tolerancia que va paulatina,
Como crece la fruta en la rama,
Laborando en tu ley, el derecho
De abrir su capullo del todo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
Cuando echó, por tu bien, á su espalda,
No la cruz de tus culpas, que dicen:
¡La cruz de la imbécil sapiencia pasada!
Y esto quiso Jesús, en tu abono,
Fugitiva miseria de paja,
Diminuto vibrión que conduces
Del plan del Eterno, los hilos de llamas!

XVIII

Ni redujo su amor á linderos,
Pues no fué su egoismo el que amaba;
Ni alcanzó la virtud, con ser ella,
De aquel soberano de mínima gracia;
Ni logró la mujer ablandarle,
Nada más que cubierta de faltas
Y á sus pies, en la cruz, retorcióse,
De celos del crimen, su madre sagrada.

XIX

Convirtió su fracaso en victoria;
Y en reflejos de solio, su infamia;
Y á la cruz de su muerte, en el signo
Que besan y besan las hordas que pasan!
Se abrazó de lo vil ¡con sus brazos!
Le sentó junto á Dios, que callaba,
Y abrazados asi, te sonrien,
Cual dos refulgentes deidades hermanas!

XX

Circuló su criterio de madre
Por el haz de la recua postrada,
Como ruedan, filtrando la nube,
Jirones de luna por sobre la piara:
Y un gemir de titanes vencidos,
Y un hedor de sudores y llagas,
Y un bramar de reptiles rebeldes,
Subieron cual roja, fugaz llamarada!

XXI

Y lo mismo que al paso de Febò,
Por el aire sutil, se dilatan
Resplandores difusos que corren
Por valles y cumbres y fuentes y charcas;
La primera, la sola caricia,
De su pecho fluyó sobrehumana,
Como el mar, como el sol, como el éter,
Cual todos los besos de amor que sonaran!

XXII

¡Si, la fiera de ayer languidece!
¡Solo es puro el amor que no ama!
¡No son más que resortes que crujen.
Los padres, los hijos, la aldea y la raza!
Como ya construidos los arcos,
Las inútiles cimbras arrancas,
Sobrará mucho barro de bestia
La vez que desplieguez del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra en la historia su mole,
Como azul eminencia lejana,
Cuyos flancos enormes conquistan
Los pueblos que crecen, á luengas jornadas!
Migración á la cumbre del Cosmos,
Cuyas níveas regiones más altas,
Cruzarás, si no abdicas, tan puro
Cual cándida tropa de lirios con alas!

XXIV

Como el tierno capullo de loto,
Con su lívida frente de nácar,
Sobre charcos malditos, preside
La prófuga serie de soles que bajan;
Su perfil soñador de azucenas,
Rematando la cúpula humana,
Como luz hecha flor, simboliza
La fúlgida serie de soles que avanzan!

DIOS TE SALVE....

I

Cuando se haga en ti la sombra,
Cuando apagues tus estrellas;
Cuando abismes en el fango más hediondo, más infecto,
Más maligno, más innoble, más macabro,—más de muerte,
Más de bestia, más de cárcel,—
Tu divina majestad:
No has caído, todavía,
No has rodado á lo más hondo....
Si en la cueva de tu pecho más ignara, más remota,
Más secreta, más arcana, más obscura, más vacía,
Más ruïn, más secundaria
Canta salmos la Tristeza,
Muerde angustias el Despecho,
Vibra un punto, gime un ángel, pía un nido de sonrojos,
Se hace un nudo de ansiedad.

II

Los que nacen tenebrosos;
Los que son y serán larvas;
Los estorbo, los peligro, los contagio, los Satanes,
Los malditos, los que nunca,—nunca en seco, nunca siempre,
Nunca mismo, nunca nunca,—
Se podrán regenerar:
No se auscultan en sus noches,
No se lloran á sí propios...

Se producen imperantes, satisfechos,—como normas,
Como moldes, como pernos, como pesas controlarias,
Como básicos puntales,—
Y no sienten el deseo
De lo Sano y de lo Puro
Ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante
De su arcano cerebral.

III

Al que tasca sus tinieblas;
Al que ambula taciturno;
Al que aguanta en sus dos lomos,—como el peso indeclinabl
Como el peso punitorio de cien urbes, de cien siglos;
De cien razas delincuentes,—
Su tenaz obcecación;
Al que sufre noche y dia,—
Y en la noche hasta durmiendo,—
Como el roce de un cilicio, como un hueso en la gargant
Como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídc
Como un callo apostemado
La noción de sus miserias,
La gran cruz de su pasión:
Yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas;
Yo le beso las dos plantas; yo le digo: Dios te salve....
¡Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
Vaso infame del Dolor!

INDICE

ANTOLOGÍA